Cuerpos sexuados

Cuerpos sexuados

La política de género y la construcción de la sexualidad

Anne Fausto-Sterling

TRADUCCIÓN DE AMBROSIO GARCÍA LEAL

melusina

Título original: *Sexing the Body. Gender politics and the construction of sexuality.*

Copyright ©2000 by Anne Fausto-Sterling

© De la traducción: Ambrosio García Leal

© Editorial Melusina, S.L., 2006
Madrazo 115, 3º-1ª
08021 Barcelona

www.melusina.com

Diseño gráfico: David Garriga

Ilustración de cubierta: Mamad Mossadegh / Photonica

Primera edición

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Fotocomposición: Víctor Igual, S.L.
Impresión: A&M Gràphic, S.L.

ISBN-13: 978-84-96614-03-1
ISBN-10: 84-96614-03-4
Depósito legal: B-26989-2006

Impreso en España

Para la siempre deliciosa y estimulante Paula,
ánimo de mi corazón y mi mente.

Contenido

Prefacio *11*
Agradecimientos *13*

1. Duelo a los dualismos *15*

2. «Aquel sexo que prevaleciere» *47*

3. Sobre géneros y genitales: Uso y abuso del intersexual moderno *65*

4. ¿Por qué debería haber sólo dos sexos? *103*

5. El cerebro sexuado: De cómo los biólogos establecen diferencias *143*

6. Glándulas, hormonas sexuales y química de género *179*

7. ¿Existen realmente las hormonas sexuales? (El género se traslada a la química) *207*

8. La fábula del roedor *235*

9. Sistemas de género: Hacia una teoría de la sexualidad humana *279*

Notas *305*
Bibliografía *437*
Índice de materias *507*

Prefacio

En mi anterior libro, *Myths of gender: Biological theories about women and men*, exhortaba a los expertos a examinar las componentes personal y política de sus puntos de vista. A nivel individual, los científicos se decantan por una u otra tesis biológica sobre la base de la evidencia científica, pero también por su conformidad con algún aspecto de la vida que les resulta familiar. Como toda persona que haya pasado por una etapa de su vida manifiestamente heterosexual, otra etapa manifiestamente homosexual, y una fase de transición entre ambas, estoy abierta a las teorías de la sexualidad que admiten la flexibilidad y el desarrollo de nuevas pautas de conducta, incluso en la edad adulta. Pero no me sorprende que quienes siempre se hayan sentido heterosexuales u homosexuales puedan inclinarse por las teorías que postulan una sexualidad biológicamente determinada que se despliega a lo largo del desarrollo.

Con independencia de las inclinaciones personales, todo autor que pretenda presentar una argumentación general más allá de los límites de su especialidad debe recopilar evidencias y agruparlas de manera que el conjunto tenga sentido. Espero haberlo hecho lo bastante bien para convencer a los lectores de la necesidad de teorías que permitan una variación humana sustancial y que integren la potencia analítica de la biología y la sociología en el análisis sistemático del desarrollo humano.

Para un libro destinado a un público amplio, este volumen incluye una sección de notas y una bibliografía inusualmente extensas. La justificación esencial estriba en que he escrito dos libros en uno: una narración accesible al gran público y un libro universitario que pretende suscitar la discusión dentro de los círculos académicos. A ratos la discusión académica puede hacerse arcana o irse por ramas laterales que desvíen la atención de la narrativa principal. Además, los científicos suelen demandar citas de fuentes originales o descripciones detalladas de experi-

mentos concretos. Las notas me han servido para trasladar allí la discusión más académica y evitar distraer al lector no profesional. Pero, aunque no es obligatorio para seguir mi argumentación general, aconsejo a todos los lectores que lean las notas, pues añaden profundidad y diversidad al texto.

Además, *Cuerpos sexuados* es una obra altamente sintética, lo que implica que casi todos los lectores, sean o no científicos, estarán poco o nada familiarizados con algunas de las áreas que toco, lo que muy posiblemente les llevará a mostrarse escépticos. Ésta es otra razón por la que he incluido tantas notas, para indicar que mis afirmaciones, incluso las que hago de pasada, tienen un respaldo sustancial en la literatura académica. Por último, los lectores interesados en temas particulares pueden recurrir a las notas y la bibliografía para informarse más por su cuenta. Me temo que esto es culpa de la profesora que llevo dentro. Mi mayor deseo al escribir este libro es estimular la discusión y el anhelo de conocimiento en mis lectores; de ahí la bibliografía rica y actualizada, que incluye publicaciones trascendentales en campos tan diversos como los estudios científicos del feminismo, la sexualidad, el desarrollo, la teoría de sistemas y la biología.

También he incluido una buena cantidad de ilustraciones, lo que tampoco es usual en un libro de esta clase. Algunas consisten en historietas o tiras cómicas que describen hechos discutidos en el texto. Aquí me he inspirado en otros que han transmitido ideas científicas mediante viñetas. Mucha gente piensa que la ciencia es una profesión sin sentido del humor, cosa de la que también se acusa siempre a las feministas. Pero esta científica feminista encuentra humor por todas partes. Espero que algunas de las ilustraciones contribuyan a que los lectores suspicaces de las culturas de la ciencia y del feminismo vean que es posible mantener una discusión académica profundamente seria sin perder el sentido del humor.

La biología misma es una disciplina muy visual, como revela un vistazo a los libros de texto actuales. Algunas de mis ilustraciones intentan comunicar información de manera visual, no verbal. Al hacerlo así sólo estoy siendo fiel a mi propia tradición académica. En cualquier caso, animo al lector o lectora a reír si algo le mueve a la risa, a estudiar diagramas si lo desea, o a pasar de largo las ilustraciones y centrarse en el texto, si es su preferencia.

Agradecimientos

Escribir este libro me ha llevado más de seis años. Durante ese tiempo he tenido el constante apoyo de mi familia y mis amigos, quienes han sobrellevado mi obsesión y mi aislamiento siempre que me imponía un nuevo plazo. Doy las gracias a todos y cada uno de ellos. Cada uno de vosotros (y sabéis a quiénes me refiero) me ha proporcionado el basamento sobre el que me alzo.

Cuando tuve que revisar y sintetizar material de campos ajenos al mío, conté con la generosidad de expertos académicos e independientes que se prestaron a leer borradores y me hicieron saber cuándo tenía algún concepto básico equivocado o había omitido alguna referencia esencial. Cada una de las personas de la larga lista que sigue tiene una atareada agenda y proyectos propios, a pesar de lo cual todos me prestaron su tiempo para leer y comentar las primeras versiones de uno o más capítulos de este libro o ayudarme a formular algunas de sus ideas. Algunos también compartieron conmigo los borradores de sus propias obras, lo que me permitió ponerme al día. Si he omitido a alguien, pido excusas por adelantado. Por supuesto, soy la única responsable de la versión final de este libro.

Elizabeth Adkins-Regan, Pepe Amor y Vasquez, Mary Arnold, Evan Balaban, Marc Breedlove, Laura Briggs, Bill Byne, Cheryl Chase, Adele Clarke, Donald Dewesbury, Milton Diamond, Alice Dreger, Joseph Dumit, Julia Epstein, Leslie Feinberg, Thalia Field, Cynthia García-Coll, GISP 006, Elizabeth Grosz, Philip Gruppuso, Evelynn Hammonds, Sandra Harding, Ann Harrington, Bernice L. Hausman, Morgan Holmes, Gail Hornstein, Ruth Hubbard, Lily Kay, Suzanne Kessler, Ursula Klein, Hannah Landecker, James McIlwain, Cindy Meyers-Seifer, Diana Miller, John Modell, Susan Oyama, Katherine Park, Mary Poovey, Karen Romer, Hilary Rose, Steven Rose, Londa Schiebin-

ger, Chandak Sengoopta, Roger Smith, Lynn Smitley, Linda Snelling, Peter Taylor, Douglas Wahlsten, Kim Wallen.

Los participantes en el servidor «Loveweb» han estado siempre dispuestos a discutir conmigo y discrepar de mis ideas, además de compartir referencias y reimpresiones, y en el proceso me han ayudado a aclararlas. El debate, intelectual o de cualquier otro tipo, puede ser el fuego necesario para forjar conceptos mejorados.

Los editores de Basic Books han tenido un papel fundamental en la redacción del manuscrito y su versión final. Tengo una deuda especial con Steven Fraser, Jo Ann Miller y Libby Garland. Steve creyó en el libro desde el principio y me hizo lúcidos comentarios sobre los capítulos iniciales. Jo Ann y Libby llevaron a cabo una atinada y minuciosa corrección del manuscrito, que ha consolidado sobremanera el libro.

Varias partes de este libro las escribí estando en excedencia o ausente de la universidad Brown. Doy las gracias a mis colegas por suplir mi desaparición, y a la dirección de la universidad por facilitar mis excendencias. También quiero dar las gracias al personal administrativo y las secretarias que me asistieron. He contado con el generoso apoyo de los bibliotecarios de la universidad, quienes me ayudaron a encontrar las fuentes más recónditas y respondieron con prontitud a mis demandas a veces urgentes. Ningún científico puede ejercer su oficio sin la ayuda de unos buenos bibliotecarios. Quiero dar especialmente las gracias a mis asistentes de investigación: Veronica Gross, Vino Subramanian, Sonali Ruder, Miriam Reumann y Erica Warp.

Otros pasajes de este libro los escribí en la residencia de la Fundación Rockefeller en Bellagio, Italia. Otras partes se escribieron con la financiación de una beca del American Council of Learned Societies, y otras mientras fui miembro del Instituto Dibner para la historia de la ciencia y la técnica en el Instituto Tecnológico de Massachusetts. Doy las gracias a todas las personas involucradas en estas instituciones por su apoyo, tanto financiero como práctico.

Dos talentosas ilustradoras, Diane DiMassa y Alyce Jacquet, han hecho una aportación inestimable a este proyecto. Les doy las gracias por su esmerado trabajo. Erica Warp también ha aportado ilustraciones de última hora.

Por último, pero no en último lugar, mi compañera Paula Vogel me ha ofrecido un apoyo constante. Se mostró entusiasmada con el proyecto desde el principio. Leyó dos borradores de cada capítulo y me proporcionó estímulo intelectual y una consistencia emocional sin la cual no podría haber completado el libro. A ella le dedico este *Cuerpos sexuados*.

1

Duelo a los dualismos

¿Macho o hembra?

Con las prisas y la emoción de la partida hacia los juegos olímpicos de 1988, María Patiño, la mejor vallista española, olvidó el preceptivo certificado médico que debía dejar constancia, para seguridad de las autoridades olímpicas, de lo que parecía más que obvio para cualquiera que la viese: que era una mujer. Pero el Comité Olímpico Internacional (COI) había previsto la posibilidad de que algunas atletas olvidaran su certificado de feminidad. Patiño sólo tenía que informar al «centro de control de feminidad»,[1] raspar unas cuantas células de la cara interna de su mejilla, y todo estaría en orden... o así lo creía.

Unas horas después del raspado recibió una llamada. Algo había ido mal. Pasó un segundo examen, pero los médicos no soltaron prenda. Cuando se dirigía al estadio olímpico para su primera carrera, los jueces de pista le dieron la noticia: no había pasado el control de sexo. Puede que pareciera una mujer, que tuviera la fuerza de una mujer, y que nunca hubiera tenido ninguna razón para sospechar que no lo fuera, pero los exámenes revelaron que las células de Patiño tenían un cromosoma Y, y que sus labios vulvares ocultaban unos testículos. Es más, no tenía ni ovarios ni útero.[2] De acuerdo con la definición del COI, Patiño no era una mujer. En consecuencia, se le prohibió competir con el equipo olímpico femenino español.

Las autoridades deportivas españolas le propusieron simular una lesión y retirarse sin hacer pública aquella embarazosa situación. Al rehusar ella esta componenda, el asunto llegó a oídos de la prensa europea y el secreto se aireó. A los pocos meses de su regreso a España, la vida de Patiño se arruinó. La despojaron de sus títulos y de su licencia federativa para competir. Su novio la dejó. La echaron de la residencia atlética

nacional y se le revocó la beca. De pronto se encontró con que se había quedado sin su medio de vida. La prensa nacional se divirtió mucho a su costa. Como declaró después, «Se me borró del mapa, como si los doce años que había dedicado al deporte nunca hubieran existido».[3]

Abatida pero no vencida, Patiño invirtió mucho dinero en consultas médicas. Los doctores le explicaron que la suya era una condición congénita llamada *insensibilidad a los andrógenos*; lo que significaba que, aunque tuviera un cromosoma Y y sus testículos produjeran testosterona de sobra, sus células no reconocían esta hormona masculinizante. Como resultado, su cuerpo nunca desarrolló rasgos masculinos. Pero en la pubertad sus testículos comenzaron a producir estrógeno, como hacen los de todos los varones, lo cual hizo que sus mamas crecieran, su cintura se estrechara y su cadera se ensanchara. A pesar de tener un cromosoma Y y unos testículos, se había desarrollado como una mujer.

Patiño decidió plantar cara al COI. «Sabía que era una mujer», insistió a un periodista, «a los ojos de la medicina, de Dios y, sobre todo, a mis propios ojos».[4] Contó con el apoyo de Alison Carlson, ex tenista y bióloga de la universidad de Stanford, contraria al control de sexo, y juntas emprendieron una batalla legal. Patiño se sometió a exámenes médicos de sus cinturas pélvica y escapular «con objeto de decidir si era lo bastante femenina para competir».[5] Al cabo de dos años y medio, la IAAF (International Amateur Athletic Federation) la rehabilitó, y en 1992 se reincorporó al equipo olímpico español, convirtiéndose así en la primera mujer que desafiaba el control de sexo para las atletas olímpicas. A pesar de la flexibilidad de la IAAF, sin embargo, el COI se mantuvo en sus trece: si la presencia de un cromosoma Y no era el criterio más científico para el control de sexo, entonces había que buscar otro.

Los miembros del Comité Olímpico Internacional seguían convencidos de que un método de control más avanzado sería capaz de revelar el auténtico sexo de cada atleta. Pero, ¿por qué le preocupa tanto al COI el control de sexo? En parte, las reglas del COI reflejan las ansiedades políticas de la guerra fría: durante los juegos olímpicos de 1968, por ejemplo, el COI instituyó el control «científico» del sexo de las atletas en respuesta a los rumores de que algunos países de la Europa Oriental estaban intentando glorificar la causa comunista a base de infiltrar hombres que se hacían pasar por mujeres en las pruebas femeninas para competir con ventaja. El único caso conocido de infiltración masculina en las competiciones femeninas se remonta a 1936, cuando Hermann Ratjen, miembro de las juventudes nazis, se inscribió en la prueba de salto de altura femenino como «Dora». Pero su masculinidad no se tradujo en una

gran ventaja: aunque se clasificó para la ronda final, quedó en cuarto lugar, por detrás de tres mujeres.

Aunque el COI no requirió el examen cromosómico en interés de la política internacional hasta 1968, hacía tiempo que inspeccionaba el sexo de los atletas olímpicos en un intento de apaciguar a quienes sostenían que la participación de las mujeres en las competiciones deportivas amenazaba con convertirlas en criaturas virilizadas. En 1912, Pierre de Coubertin, fundador de las olimpíadas modernas (inicialmente vedadas a las mujeres), sentenció que «el deporte femenino es contrario a las leyes de la naturaleza».[6] Y si las mujeres, *por su propia naturaleza*, no eran aptas para la competición olímpica, ¿qué había que hacer con las deportistas que irrumpían en la escena olímpica? Las autoridades olímpicas se apresuraron a certificar la feminidad de las mujeres que dejaban pasar, porque el mismo acto de competir parecía implicar que no podían ser mujeres de verdad.[7] En el contexto de la política de género, el control de sexo tenía mucho sentido.[8]

¿Sexo o género?

Hasta 1968, a menudo se exigió a las competidoras olímpicas que se desnudaran delante de un tribunal examinador. Tener pechos y vagina era todo lo que se necesitaba para acreditar la propia feminidad. Pero muchas mujeres encontraban degradante este procedimiento. En parte por la acumulación de quejas, el COI decidió recurrir al test cromosómico, más moderno y «científico». El problema es que ni este test ni el más sofisticado que emplea el COI en la actualidad (la reacción de la polimerasa para detectar secuencias de ADN implicadas en el desarrollo testicular) pueden ofrecer lo que se espera de ellos. Simplemente, el sexo de un cuerpo es un asunto demasiado complejo. No hay blanco o negro, sino grados de diferencia. En los capítulos 2-4 hablaré del tratamiento que han dado (o deberían dar) los científicos, los médicos y el gran público a los cuerpos cuya apariencia no es ni enteramente masculina ni enteramente femenina. Una de las tesis principales de este libro es que etiquetar a alguien como varón o mujer es una decisión social. El conocimiento científico puede asistirnos en esta decisión, pero sólo nuestra concepción del género, y no la ciencia, puede definir nuestro sexo. Es más, nuestra concepción del género afecta al conocimiento sobre el sexo producido por los científicos en primera instancia.

En las últimas décadas, la relación entre la *expresión social* de la mas-

culinidad y la feminidad y su *fundamento físico* ha sido objeto de acalorado debate en los terrenos científico y social. En 1972, los sexólogos John Money y Anke Ehrhardt popularizaron la idea de que sexo y género son categorías separadas. El *sexo*, argumentaron, se refiere a los atributos físicos, y viene determinado por la anatomía y la fisiología, mientras que el *género* es una transformación psicológica del yo, la convicción interna de que uno es macho o hembra (identidad de género) y las expresiones conductuales de dicha convicción.[9]

Las feministas de la segunda ola de los setenta, por su parte, también argumentaron que el sexo es distinto del género (que las instituciones sociales, diseñadas para perpetuar la desigualdad de género, producen la mayoría de las diferencias entre varones y mujeres).[10] Estas feministas sostenían que, aunque los cuerpos masculinos y femeninos cumplen funciones reproductivas distintas, pocas diferencias más vienen dadas por la biología y no por las vicisitudes de la vida. Si las chicas tenían más dificultades con las matemáticas que los chicos, el problema no residía en sus cerebros, sino en las diferentes expectativas y oportunidades de unas y otros. Tener un pene en vez de una vagina es una diferencia de sexo. Que los chicos saquen mejores notas en matemáticas que las chicas es una diferencia de género. Presumiblemente, la segunda podía corregirse aunque la primera fuera ineludible.

Money, Ehrhardt y las feministas de los setenta establecieron los términos del debate: el *sexo* representaba la anatomía y la fisiología, y el *género* representaba las fuerzas sociales que moldeaban la conducta.[11] Las feministas no cuestionaban la componente física del sexo; eran los significados psicológico y cultural de las diferencias entre varones y mujeres —el género— lo que estaba en cuestión. Pero las definiciones feministas de sexo y género dejaban abierta la posibilidad de que las diferencias cognitivas y de comportamiento[12] pudieran *derivarse* de diferencias sexuales. Así, en ciertos círculos la cuestión de la relación entre sexo y género se convirtió en un debate sobre la «circuitería» cerebral innata de la inteligencia y una variedad de conductas,[13] mientras que para otros no parecía haber más elección que ignorar muchos de los descubrimientos de la neurobiología contemporánea.

Al ceder el territorio del sexo físico, las feministas dejaron un flanco abierto al ataque de sus posiciones sobre la base de las diferencias biológicas.[14] En efecto, el feminismo ha encontrado una resistencia masiva desde los dominios de la biología, la medicina y ámbitos significativos de las ciencias sociales. A pesar de los muchos cambios sociales positivos desde los setenta, la expectativa optimista de que las mujeres consegui-

rían la plena igualdad económica y social una vez se afrontara la desigualdad de género en la esfera social ha palidecido ante unas diferencias aparentemente recalcitrantes.[15] Todo ello ha movido a las pensadoras feministas a cuestionar la noción misma de sexo[16] y, por otro lado, a profundizar en los significados de *género*, *cultura* y *experiencia*. La antropóloga Henrietta A. Moore, por ejemplo, critica la reducción de los conceptos de género, cultura y experiencia a sus «elementos lingüísticos y cognitivos». En este libro (sobre todo en el capítulo 9) argumento, como Moore, que «lo que está en cuestión es la encarnación de las identidades y la experiencia. La experiencia ... no es individual y fija, sino irredimiblemente social y procesal».[17]

Nuestros cuerpos son demasiado complejos para proporcionarnos respuestas definidas sobre las diferencias sexuales. Cuanto más buscamos una base física simple para el sexo, más claro resulta que «sexo» no es una categoría puramente física. Las señales y funciones corporales que definimos como masculinas o femeninas están ya imbricadas en nuestras concepciones del género. Considérese el problema del Comité Olímpico Internacional. Los miembros del comité quieren decidir quién es varón y quién es mujer. ¿Pero cómo? Si Pierre de Coubertin rondara todavía por aquí, la respuesta sería simple: nadie que deseara competir podría ser una mujer, por definición. Pero ya nadie piensa así. ¿Podría el COI emplear la fuerza muscular como medida del sexo? En algunos casos sí, pero las fuerzas de varones y mujeres se solapan, especialmente cuando se trata de atletas entrenados. (Recordemos que Hermann Ratjen fue vencido por tres mujeres que saltaron más alto que él.) Y aunque María Patiño se ajustara a una definición razonable de feminidad en términos de apariencia y fuerza, también es cierto que tenía testículos y un cromosoma Y. Ahora bien, ¿por qué estos rasgos deberían ser factores decisivos?

El COI puede aplicar la prueba del cariotipo o del ADN, o inspeccionar las mamas y los genitales, para certificar el sexo de una competidora, pero los médicos se rigen por otros criterios a la hora de asignar un sexo incierto. Se centran en la capacidad reproductiva (en el caso de una feminidad potencial) o el tamaño del pene (en el caso de una presunta masculinidad). Por ejemplo, si un bebé nace con dos cromosomas X, oviductos, ovarios y útero, pero un pene y un escroto externos, ¿es niño o niña? Casi todos los médicos dirían que es una niña, a pesar del pene, por su potencial para dar a luz, y recurrirían a la cirugía y tratamientos hormonales para validar su decisión. La elección de los criterios para determinar el sexo, y la voluntad misma de deter-

minarlo, son decisiones sociales para las que los científicos no pueden ofrecer guías absolutas.

¿Real o construida?

Intervengo en los debates sobre sexo y género como bióloga y como activista social.[18] Mi vida está inmersa en el conflicto sobre la política de la sexualidad y la creación y utilización del conocimiento sobre la biología del comportamiento humano. La tesis central de este libro es que las verdades sobre la sexualidad humana creadas por los intelectuales en general y los biólogos en particular forman parte de los debates políticos, sociales y morales sobre nuestras culturas y economías.[19] Al mismo tiempo, los ingredientes de nuestros debates políticos, sociales y morales se incorporan, en un sentido muy literal, a nuestro ser fisiológico. Mi intención es mostrar la dependencia mutua de estas afirmaciones, en parte abordando temas como la manera en que los científicos (a través de su vida diaria, experimentos y prácticas médicas) crean verdades sobre la sexualidad; cómo nuestros cuerpos incorporan y confirman estas verdades; y cómo estas verdades, esculpidas por el medio social en el que los biólogos ejercen su profesión, remodelan a su vez nuestro entorno cultural.

Mi tratamiento del problema es idiosincrásico, y con razón. Intelectualmente, vivo en tres mundos aparentemente incompatibles. En mi departamento universitario interacciono con biólogos moleculares, científicos que examinan los seres vivos desde la perspectiva de las moléculas que los constituyen. Describen un mundo microscópico donde causa y efecto están mayormente confinados en una sola célula. Los biólogos moleculares raramente piensan en órganos interactivos dentro de un cuerpo individual, y menos en la interacción de un cuerpo con el mundo exterior a la piel que lo envuelve. Su visión de un organismo es de abajo arriba, de pequeño a grande, de dentro a fuera.

También interacciono con una comunidad virtual, un grupo de estudiosos unido por un interés común en la sexualidad, y conectado mediante algo llamado «servidor de listas», donde uno puede plantear preguntas, pensar en voz alta, comentar noticias relevantes, discutir teorías de la sexualidad humana y comunicar los últimos resultados de las investigaciones. Los comentarios son leídos por un grupo de gente conectada a través del correo electrónico. Mi servidor (que llamo «Loveweb») está formado por un grupo diverso de sabios: psicólogos, etólogos, en-

docrinólogos, sociólogos, antropólogos y filósofos. Aunque en este grupo coexisten muchos puntos de vista, la mayoría que más se deja oír defiende las explicaciones biológicas de la conducta sexual humana. Los miembros de Loveweb tienen nombres técnicos para preferencias que consideran inmutables. Aparte de los términos homosexual, heterosexual y bisexual, por ejemplo, hablan de *ebofilia* (la preferencia por las jóvenes púberes), *efebofilia* (la preferencia por los varones adolescentes), *pedofilia* (la preferencia por los niños), *ginofilia* (la preferencia por las mujeres adultas) y *androfilia* (la preferencia por los varones adultos). Muchos miembros de Loveweb creen que adquirimos nuestra esencia sexual antes del nacimiento, y que ésta se despliega a medida que crecemos y nos desarrollamos.[20]

A diferencia de los biólogos moleculares y los miembros de Loveweb, la teoría feminista contempla el cuerpo no como una esencia, sino como un armazón desnudo sobre el que la ejecutoria y el discurso modelan un ser absolutamente cultural. Las pensadoras feministas escriben con un estilo persuasivo y a menudo imaginativo sobre los procesos por los que la cultura moldea y crea efectivamente el cuerpo. Además, y a diferencia de los biólogos moleculares y los participantes en Loveweb, tienen muy en cuenta la política. A menudo han llegado a su mundo teórico porque querían comprender (y cambiar) la desigualdad social, política y económica. A diferencia de los habitantes de mis otros dos mundos, rechazan lo que Donna Haraway, una destacada pensadora feminista, llama «el truco de Dios»: la producción de conocimiento desde arriba, desde un lugar que niega la situación del sabio individual en un mundo real y problemático. Entienden que todo saber académico añade hilos a una trama que interconecta cuerpos racializados, sexos, géneros y preferencias. Los hilos nuevos o diferentemente trenzados modifican nuestras relaciones, nuestra situación en el mundo.[21]

Viajar entre estos mundos intelectuales dispares produce algo más que una leve incomodidad. Cuando entro en Loveweb, tengo que aguantar vapuleos gratuitos dirigidos a cierta feminista mítica que desprecia la biología y parece tener una visión del mundo manifiestamente estúpida. Cuando asisto a encuentros feministas, las ideas debatidas en Loveweb son motivo de abucheo. Y los biólogos moleculares no piensan demasiado en ninguno de los otros dos mundos. Las cuestiones planteadas por las feministas y los participantes en Loveweb parecen demasiado complicadas; estudiar el sexo en las bacterias o los hongos es la única manera de llegar a alguna parte.

A mis colegas de departamento, de Loveweb y feministas les digo lo

siguiente: como bióloga, creo en el mundo material. Como científica, creo en la construcción de conocimiento específico mediante la experimentación. Pero como testigo (en el sentido cuáquero del término) y, en los últimos años, historiadora del feminismo, también creo que lo que llamamos «hechos» del mundo vivo no son verdades universales, sino que, como escribe Haraway, «están enraizados en historias, prácticas, lenguajes y pueblos específicos».[22] Desde su emergencia como disciplina en Estados Unidos y Europa a principios del siglo XIX, la biología ha estado estrechamente ligada a los debates sobre la política sexual, racial y nacional.[23] Y la ciencia del cuerpo ha cambiado junto con nuestros puntos de vista sociales.[24] Muchos historiadores señalan los siglos XVII y XVIII como periodos de enorme cambio en nuestras concepciones del sexo y la sexualidad.[25] Durante este tiempo, el ejercicio feudal de un poder arbitrario y violento concedido por derecho divino fue reemplazado por una idea de igualdad legal. En la visión del historiador Michel Foucault, la sociedad todavía requería alguna forma de disciplina. El capitalismo pujante necesitaba nuevos métodos para controlar la «inserción de los cuerpos en la maquinaria productiva y el ajuste de los fenómenos poblacionales a los procesos económicos».[26] Foucault dividió este poder sobre los cuerpos vivos (*biopoder*) en dos formas. La primera se centraba en el cuerpo individual. El papel de muchos profesionales de las ciencias (incluidas las llamadas ciencias humanas: la psicología, la sociología y la economía) consistió en optimizar y estandarizar la función corporal.[27] En Europa y Norteamérica, el cuerpo estandarizado de Foucault ha sido tradicionalmente masculino y caucásico. Y aunque este libro se centra en el género, también discute la emergencia de las ideas de raza y de género a partir de las asunciones subyacentes sobre la naturaleza del cuerpo físico.[28] Entender cómo funcionan la raza y el género —juntos y por separado— nos ayuda a comprender mejor la incorporación de lo social.

La segunda forma de biopoder de Foucault —la «biopolítica de la población»—[29] surgió a principios del siglo XIX, a medida que los pioneros de las ciencias sociales comenzaron a desarrollar los métodos estadísticos necesarios para supervisar y gestionar «la natalidad y la mortalidad, el nivel de salud, la esperanza de vida y la longevidad».[30] Para Foucault, «disciplina» tiene un doble sentido. Por un lado, implica una forma de control o castigo; por otro, se refiere a un cuerpo de conocimiento académico (la disciplina de la historia o la biología). El conocimiento disciplinario acumulado en los campos de la embriología, la endocrinología, la cirugía, la psicología y la bioquímica ha movido a los médicos a intentar controlar el género mismo del cuerpo, incluyendo

también «sus capacidades, gestos, movimientos, situaciones y comportamientos».[31]

Al anteponer lo normal a lo natural, los médicos también han contribuido a la biopolítica poblacional. Nos hemos convertido, escribe Foucault, en una «sociedad de normalización».[32] Un importante sexólogo de mediados del siglo XX llegó a bautizar los modelos femenino y masculino de su texto de anatomía como Norma y Normman (sic).[33] La noción de patología se aplica hoy en muchos ámbitos, desde el cuerpo enfermo o diferente[34] hasta la familia uniparental en el gueto urbano.[35] Pero la norma de género es una imposición social, no científica. La carencia de estudios sobre las distribuciones normales de la anatomía genital, así como el desinterés de muchos cirujanos en esos datos cuando existen (un asunto que discuto en los capítulos 3 y 4), ilustran claramente esta afirmación. Desde el punto de vista de la práctica médica, el progreso en el tratamiento de la intersexualidad implica mantener la normalidad. En consecuencia, *debería* haber sólo dos categorías: macho y hembra. El conocimiento promovido por las disciplinas médicas autoriza a los facultativos a mantener una mitología de lo normal a base de modificar el cuerpo intersexual para embutirlo en una u otra clase.

Sin embargo, el progreso médico de una persona, puede ser la disciplina y el control de otra. Los intersexuales como María Patiño tienen cuerpos disidentes, incluso heréticos. No encajan de manera natural en una clasificación binaria, si no es con un calzador quirúrgico. Ahora bien, ¿por qué debería preocuparnos que una «mujer» (con sus mamas, su vagina, su útero, sus ovarios y su menstruación) tenga un «clítoris» lo bastante grande para penetrar a otra mujer? ¿Por qué debería preocuparnos que haya personas cuyo «equipamiento biológico natural» les permita mantener relaciones sexuales «naturales» tanto con hombres como con mujeres? ¿Por qué deberíamos amputar o esconder quirúrgicamente un clítoris «ofensivamente» grande? La respuesta: para mantener la división de géneros, debemos controlar los cuerpos que se salen de la norma. Puesto que los intersexuales encarnan literalmente ambos sexos, su existencia debilita las convicciones sobre las diferencias sexuales.

Este libro refleja una política alternativa de la ciencia y del cuerpo. Estoy profundamente comprometida con las ideas de los movimientos gay y de liberación femenina, que sostienen que la conceptualización tradicional del género y la identidad sexual constriñe las posibilidades de vida y perpetúa la desigualdad de género. Para cambiar la política del cuerpo, hay que cambiar la política de la ciencia misma. Las feministas

(y otros) que estudian la creación del conocimiento empírico por los científicos han comenzado a reconceptualizar la naturaleza misma del procedimiento científico.[36] Como ocurre en otros ámbitos sociales, estas autoras entienden que el conocimiento empírico, práctico, está imbuido de los temas políticos y sociales de su tiempo. Me sitúo en la intersección de estas tradiciones. Por un lado, los debates científicos y populares sobre intersexuales y homosexuales (cuerpos que desafían las normas de nuestro sistema de dos sexos) están profundamente entrelazados. Por otro lado, tras los debates sobre qué significan estos cuerpos y cómo tratarlos subyace la controversia sobre el significado de la objetividad y la naturaleza intemporal del conocimiento científico.

Puede que en ninguna parte se haga tan patente esta controversia como en las explicaciones biológicas de lo que hoy llamaríamos orientación sexual o preferencia sexual. Considérese, por ejemplo, el tratamiento televisivo habitual del caso de mujeres casadas que «descubrieron», a menudo después de los cuarenta, que eran lesbianas. Aunque las mujeres entrevistadas hayan tenido vidas sexuales activas y satisfactorias con sus maridos y hayan formado una familia, supieron que debían «ser» lesbianas desde el primer minuto en que se sintieron atraídas por una mujer.[37] Es más, probablemente siempre habían sido lesbianas sin saberlo. La identidad sexual se presenta como una realidad fundamental: una mujer es o inherentemente heterosexual o inherentemente lesbiana. Y el acto de revelarse como lesbiana puede anular una vida entera de actividad heterosexual. Esta presentación de la sexualidad no sólo parece absurdamente supersimplificada, sino que refleja algunas de nuestras creencias más hondamente arraigadas (tanto que, de hecho, buena parte de la investigación científica —sobre animales y sobre personas— gira en torno a esta formulación dicotómica, como discuto en los capítulos 6-8).[38]

Muchos autores sitúan el punto de partida de los estudios científicos modernos de la homosexualidad humana en la obra de Alfred C. Kinsey y colaboradores, publicada por primera vez en 1948. Sus informes sobre el comportamiento sexual de varones y mujeres proporcionaron a los sexólogos modernos un conjunto de categorías útil para medir y analizar conductas sexuales.[39] Emplearon una escala de 0 a 6, donde 0 corresponde a cien por cien heterosexual y 6 a cien por cien homosexual. (Una octava categoría, «X», se reservaba para los individuos sin apetencias ni actividades eróticas.) Aunque era una escala discreta, Kinsey subrayó que «la realidad incluye individuos de cada tipo intermedio, dentro de un continuo entre los dos extremos y entre todas y cada una de las categorías de la escala».[40]

Los estudios de Kinsey ofrecían nuevas categorías definidas en términos de excitación sexual —especialmente orgasmo— en vez de permitir que conceptos como *afecto*, *matrimonio* o *relación* intervinieran en las definiciones de la sexualidad humana.[41] La sexualidad era una característica individual, no algo producido dentro de relaciones en contextos sociales particulares. Hoy las categorías de Kinsey han adquirido vida propia, lo que ejemplifica mi afirmación de que, a través del mismo acto de medir, los científicos pueden cambiar la realidad social que se proponen cuantificar. No sólo muchos gays y lesbianas sofisticados se refieren ocasionalmente a sí mismos mediante un número de Kinsey (como en un anuncio personal que podría comenzar «alto, musculado, 6 en la escala de Kinsey, busca... »), sino que muchos informes científicos aplican la escala de Kinsey para definir la población objeto de estudio.[42]

Aunque muchos científicos sociales reconocen lo inadecuado del uso de una sola palabra, *homosexual*, para describir el deseo, la identidad y la práctica homosexuales, la escala lineal de Kinsey sigue reinando en los trabajos académicos. En los estudios que buscan factores genéticos ligados a la homosexualidad, por ejemplo, los investigadores comparan los valores extremos del espectro y prescinden de los intermedios, con objeto de maximizar la probabilidad de encontrar algo interesante.[43] Los modelos pluridimensionales de la homosexualidad no están del todo ausentes. Fritz Klein, por ejemplo, ha concebido una trama con siete variables (atracción sexual, conducta sexual, fantasías sexuales, preferencia emocional, preferencia social, autoidentificación, estilo de vida hetero/homo) sobrepuestas a una escala temporal (pasado, presente y futuro).[44] Sin embargo, un equipo que examinó 144 estudios sobre la orientación sexual publicados en *Journal of Homosexuality* de 1974 a 1993 encontró que sólo uno de cada diez de estos informes adoptaba una escala pluridimensional para evaluar la homosexualidad. Alrededor del 13 por ciento aplicaba una escala unidimensional, casi siempre una versión de los números de Kinsey, mientras que el resto se basaba en la autoidentificación (33 por ciento), la preferencia sexual (4 por ciento), la conducta (9 por ciento) o, lo más chocante de todo para una publicación académica, ni siquiera describía con claridad sus métodos (11 por ciento).[45]

Si estos ejemplos de la sociología contemporánea muestran que las categorías empleadas para definir, medir y analizar la conducta sexual humana cambian con el tiempo, la reciente profusión de estudios de la historia social de la sexualidad humana sugiere que la organización social y la expresión de la sexualidad humana no son ni intemporales ni

universales. Los historiadores apenas han comenzado a atar los cabos sueltos del registro histórico, y cualquier nueva visión de conjunto seguramente diferirá de la anterior,[46] pero en la figura 1.1 ofrezco un resumen en forma de viñetas de este progreso.

Además de acumular información, los historiadores también discuten sobre la naturaleza de la historia misma. El historiador David Halperin escribe: «El verdadero problema de todo historiador cultural de la antigüedad, y todo crítico de la cultura contemporánea, es ... cómo recuperar los términos en los cuales se constituyeron auténticamente las experiencias de individuos pertenecientes a sociedades pasadas».[47] La historiadora feminista Joan Scott argumenta de manera parecida al sugerir que los historiadores no deben asumir que el término *experiencia* tiene un sentido autoevidente, sino que deben intentar comprender el funcionamiento de los procesos complejos y cambiantes «por los que se asignan, rechazan o adoptan las identidades y "tomar nota" de aquellos procesos que tienen efecto precisamente porque pasan inadvertidos».[48]

Por ejemplo, en su libro *The Woman Beneath the Skin*, la historiadora de la ciencia Barbara Duden describe sus dificultades con un texto médico de ocho volúmenes escrito en el siglo XVIII, cuyo autor describe más de 1.800 casos de enfermedades que afectaban a mujeres. Duden se vio incapaz de averiguar qué enfermedades tenían aquellas mujeres en los términos de la medicina del siglo XX. Sólo pudo apreciar «retazos de teorías médicas que habrían estado circulando, combinadas con elementos tomados de la cultura popular; percepciones corporales autoevidentes junto a cosas que parecían manifiestamente improbables». Duden describe su desazón intelectual y su determinación de comprender aquellos cuerpos femeninos alemanes del siglo XVIII en sus propios términos:

> Para acceder a la existencia corporal interior, invisible, de aquellas pacientes, tuve que aventurarme a cruzar la frontera que separa ... el cuerpo bajo la piel del mundo que lo rodea ... el cuerpo y su entorno han sido adscritos a dominios opuestos: por un lado están el cuerpo, la naturaleza y la biología, fenómenos estables e invariantes; por otro lado están el entorno social y la historia, dominios de cambio constante. Al trazarse esta frontera, el cuerpo fue expulsado de la historia.[49]

En contraste con la desazón de Duden, muchos entusiastas historiadores de la sexualidad no han titubeado en lanzarse a su recién estrenada piscina. Se complacen en impresionar al lector con sentencias como «El año 1992 marcó el centenario de la heterosexualidad en América»[50]



FIGURA 1.1: Una viñeta sobre la historia del sexo y el género. (Fuente: Diane DiMassa, para la autora)

o «De 1700 a 1900 los ciudadanos de Londres efectuaron una transición de tres sexos a cuatro géneros».[51] ¿Qué quieren decir los historiadores con afirmaciones como éstas? Su punto esencial es que, hasta donde alcanzan los documentos históricos (desde el arte primitivo hasta la palabra escrita), los seres humanos se han entregado a una variedad de prácticas sexuales, pero que esta actividad sexual está ligada a los contextos histó-

ricos. Esto es, las prácticas sexuales y su consideración social varían no sólo con las culturas, sino con el tiempo.

El artículo que proporcionó la piedra de toque que condujo al tratamiento de la sexualidad como un fenómeno histórico fue «El rol homosexual», publicado en 1968 por la socióloga Mary McIntosh.[52] La mayoría de occidentales, señaló McIntosh, asume que la sexualidad de la gente puede clasificarse en dos o tres categorías: homosexual, heterosexual y bisexual.[53] McIntosh argumentaba que esta manera de ver las cosas era poco informativa. Por ejemplo, la concepción estática de la homosexualidad como un rasgo físico intemporal no nos dice mucho de por qué distintas culturas definían la homosexualidad de maneras diferentes, o por qué la homosexualidad parecía más aceptable en ciertos tiempos y lugares que en otros.[54] Un importante corolario de la insistencia de McIntosh en una perspectiva histórica de la homosexualidad es que la heterosexualidad, como todas las otras formas de la sexualidad humana, también tiene una historia.

Muchos estudiosos se sumaron al reto de McIntosh de otorgar un pasado a la expresión sexual humana. Pero hay mucho desacuerdo en cuanto a las implicaciones de este pasado.[55] Los autores de libros como *Gay American History* y *Surpassing the Love of Men* se afanaron en buscar modelos pasados que pudieran ofrecer afirmación psicológica a los miembros del naciente movimiento de liberación gay.[56] Como la búsqueda de heroínas emulables en los inicios del movimiento feminista, las primeras historias «gay» miraban al pasado para promover un cambio social en el presente. La homosexualidad, argumentaban, siempre ha estado con nosotros, y deberíamos permitir que acabe de incorporarse en la cultura preponderante.

Pero la euforia inicial suscitada por el descubrimiento de un pasado gay pronto dio lugar a acalorados debates sobre los significados y funciones de la historia. ¿Eran inapropiadas nuestras categorías sexuales contemporáneas para analizar otros tiempos y lugares? Si los homosexuales, en el sentido actual, siempre habían existido, ¿significaba eso que la condición es hereditaria en una parte de la población? El que los historiadores hallaran evidencias de homosexualidad en cualquier era que estudiaban, ¿podría verse como una prueba de que la homosexualidad es un rasgo biológicamente determinado? ¿O quizá la historia sólo nos muestra la diferente organización cultural de la expresión sexual en tiempos y lugares diferentes?[57] Algunos autores encontraban liberadora esta segunda posibilidad, y mantenían que comportamientos aparentemente constantes en realidad tenían sentidos totalmente distintos en di-

ferentes tiempos y lugares. El hecho aparente de que, en la antigua Grecia, el amor entre mayores y menores fuera un componente esperado del desarrollo de los ciudadanos varones libres, ¿podría significar que la biología no tenía nada que ver con la expresión sexual humana?[58] Si la historia contribuía a probar que la sexualidad era una construcción social, también podría mostrar cómo hemos llegado a nuestro orden actual y, lo más importante de todo, dar alguna idea de cómo conseguir el cambio político y social por el que estaba batallando el movimiento gay.

Muchos historiadores creen que nuestras concepciones modernas del sexo y del deseo hicieron su primera aparición en el siglo XIX. Algunos señalan simbólicamente el año 1869, cuando un reformador alemán contrario a la ley antisodomía pronunció por primera vez en público la palabra *homosexualidad*.[59] La introducción de un nuevo término no creó por arte de magia las categorías sexuales del siglo XX, pero parece marcar el inicio de su emergencia gradual. Fue a partir de entonces cuando los médicos comenzaron a publicar informes de casos de homosexualidad (el primero en el mismo año 1869, en una publicación germana especializada en psiquiatría y enfermedades nerviosas).[60] Con el crecimiento de la literatura científica surgieron especialistas en recopilar y sistematizar las publicaciones. Las hoy clásicas obras de Krafft-Ebing y Havelock Ellis completaron la transferencia de las conductas homosexuales del dominio público a otro gestionado al menos en parte por la medicina.[61]

Las definiciones emergentes de homosexualidad y heterosexualidad se erigieron sobre un modelo dicotómico de la masculinidad y la feminidad.[62] Los victorianos, por ejemplo, contraponían una masculinidad sexualmente agresiva a una feminidad sexualmente indiferente. Pero esto planteaba un enigma. Si sólo los varones sentían un deseo activo, ¿cómo podían dos mujeres desarrollar un interés sexual mutuo? Respuesta: una de las dos tenía que ser una *invertida*, alguien con atributos marcadamente masculinos. Esta misma lógica se aplicaba a los varones homosexuales, a los que se contemplaba como más afeminados que los heterosexuales.[63] Como veremos en el capítulo 8, esta concepción sigue aún vigente en los estudios contemporáneos de conductas homosexuales en roedores. Una rata lesbiana es la que monta a otra rata; una rata macho es «gay» si se muestra receptivo a ser montado.[64]

En la antigua Grecia, los varones cambiaban de rol homosexual con la edad, de femenino a masculino.[65] Hacia el siglo XX, en cambio, cualquiera que participara en actos homosexuales *era* un homosexual, una persona constitucionalmente proclive a la homosexualidad. Los historia-

dores atribuyen la emergencia de este nuevo cuerpo homosexual a los cambios sociales, demográficos y económicos ocurridos durante el siglo XIX. En Norteamérica, muchos varones y algunas mujeres que en las generaciones previas habían permanecido en la granja familiar encontraron espacios urbanos en los que reunirse. Fuera de la vista de la familia, se sintieron más libres para satisfacer sus intereses sexuales. Los que buscaban interacciones homosexuales se daban cita en bares o puntos de encuentro particulares; y a medida que su presencia se fue haciendo más obvia, también lo hicieron los intentos de controlar su comportamiento. En respuesta a la policía y los reformadores de la moral, tomaron conciencia de sus comportamientos sexuales, y un sentimiento de identidad embrionario comenzó a formarse.[66]

Esta identidad en ciernes tuvo su propia traslación a la medicina. Los varones (y después las mujeres) que se identificaban como homosexuales buscaban ahora ayuda médica. Y la proliferación de informes médicos proporcionó a los homosexuales un marco para sus propios retratos de sí mismos. «Al contribuir a proporcionar una identidad y un nombre a gran número de personas, la medicina también contribuyó a conformar su experiencia y a cambiar su comportamiento, creando con ello no ya un nuevo trastorno, sino una nueva especie de persona, el homosexual moderno».[67]

Puede que la homosexualidad naciera en 1869, pero la gestación del heterosexual moderno requirió otra década. La palabra *heterosexual* hizo su debut público en la Alemania de 1880, en el contexto de una defensa de la homosexualidad.[68] En 1892, la heterosexualidad cruzó el Atlántico y llegó a Norteamérica. Allí, tras un periodo de debate, los médicos convinieron en que «heterosexual se refería a un Eros normal orientado al otro sexo. [Los médicos] proclamaron un nuevo separatismo heterosexual, un *apartheid* erótico forzoso que segregó a los normales de los pervertidos».[69]

Durante la década de los treinta la noción de heterosexualidad se abrió paso hasta la conciencia pública, y para cuando estalló la segunda guerra mundial la heterosexualidad parecía un rasgo permanente del paisaje sexual. Pero el concepto ha sido puesto en tela de juicio. Las feministas contestan a diario el modelo de dos sexos, mientras que una comunidad gay y lesbiana con una fuerte identidad propia reclama el derecho a la normalidad. Los transexuales y, como veremos en los próximos tres capítulos, una naciente organización de intersexuales han constituido movimientos sociales para acomodar entes sexuales diversos bajo el paraguas de la normalidad.

Los historiadores cuya obra acabo de glosar enfatizan la discontinuidad. Creen que la búsqueda de «leyes generales sobre la sexualidad y su evolución histórica se rendirá a la evidencia de la variedad de mentalidades y comportamientos pasados».[70] Pero algunos no están de acuerdo. El historiador John Boswell, por ejemplo, aplica la clasificación de Kinsey a la antigua Grecia. La interpretación griega del *molle* (varón afeminado) o la *tribade* (mujer masculina) importa poco. La existencia misma de estas dos categorías, que Boswell puntuaría con un 6 en la escala de Kinsey, evidencia que los cuerpos o esencias homosexuales han existido por los siglos de los siglos. Boswell reconoce que la humanidad ha organizado e interpretado las distintas conductas sexuales de manera diferente en periodos históricos diferentes. Pero sugiere que siempre ha existido una variedad de cuerpos predispuestos a actividades sexuales particulares similar a la actual. «Las construcciones y el contexto configuran la articulación de la sexualidad, pero no eliminan el reconocimiento de la preferencia erótica como categoría potencial».[71] Boswell contempla la sexualidad más como una «realidad» que como una «construcción social». Mientras que para Halperin el deseo es un producto de normas culturales, Boswell sugiere que muy posiblemente nacemos con inclinaciones sexuales particulares. El desarrollo personal y la adquisición de la cultura nos muestran cómo expresar nuestros deseos innatos, pero no los crean en su totalidad.

El debate sobre las implicaciones de una historia de la sexualidad aún no está zanjado. El historiador Robert Nye compara los historiadores con los antropólogos. Ambos grupos catalogan «costumbres y creencias curiosas» e intentan, escribe Nye, «encontrar algún patrón de semejanza común».[72] Pero lo que concluimos sobre las experiencias pasadas de la gente depende en gran medida de hasta qué punto creemos que nuestras categorías de análisis trascienden el tiempo y el espacio. Supongamos por un minuto que tenemos unos cuantos viajeros del tiempo clónicos, individuos genéticamente idénticos en la antigua Grecia, en la Europa del siglo XVII y en los Estados Unidos contemporáneos. Boswell diría que si un clon particular fuera homosexual en la antigua Grecia, también lo sería en el siglo XVII y en la actualidad (figura 1.2, modelo A). El hecho de que las estructuras de género difieran en distintos tiempos y lugares podría condicionar la actitud del invertido, pero no lo crearía. Halperin, sin embargo, argumentaría que no hay garantía de que el clon moderno de un heterosexual de la Grecia clásica fuera también heterosexual (figura 1.2, modelo B). El cuerpo idéntico podría expresar distintos deseos en diferentes épocas.

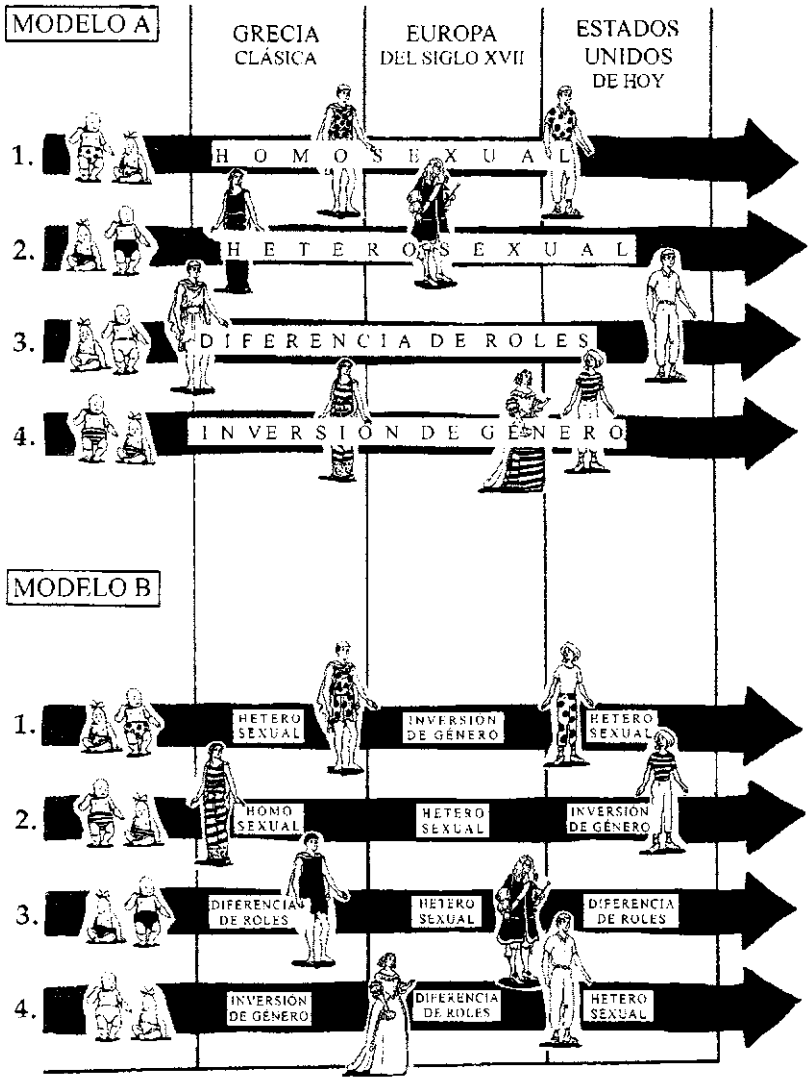


FIGURA 1.2: Modelo A: una lectura *esencialista* del registro histórico. Una persona con una tendencia homosexual innata sería homosexual con independencia del periodo histórico. Modelo B: una lectura *construccionista* del registro histórico. Una persona con una constitución genética particular podría o no volverse homosexual, dependiendo de la cultura y el periodo histórico en los que creciera.

No hay manera de decidir qué interpretación es la correcta. A pesar de las similitudes superficiales, no podemos saber si la *tribade* de ayer es la marimacho de hoy o si el maestro griego amante de su discípulo es el pedófilo de hoy.[73]

¿Naturaleza o crianza?

Si los historiadores han buscado en el pasado pruebas del carácter innato o social de la sexualidad humana, los antropólogos han perseguido lo mismo con sus estudios de comportamientos, roles y expresiones sexuales en culturas contemporáneas de todo el globo. Los que han examinado datos de una amplia variedad de culturas no occidentales han discernido dos patrones generales.[74] Algunas culturas, como la nuestra, definen un rol permanente para los que entablan relaciones homosexuales («homosexualidad institucionalizada», en la terminología de Mary McIntosh).[75]

Otra cosa son las sociedades donde todos los varones adolescentes tienen contactos genitales con varones mayores, como parte esperada de un proceso de desarrollo. Estas asociaciones pueden ser breves y altamente ritualizadas o pueden durar años. Aquí el contacto orogenital entre dos varones no significa una condición permanente o categoría especial del ser. Lo que define la expresión sexual en esas culturas no es tanto el sexo del *partenaire* como su edad y posición.[76]

Los antropólogos estudian pueblos y culturas muy diferentes con dos objetivos en mente. El primero es entender la variación humana, las diversas maneras en que los seres humanos organizan la sociedad con objeto de comer y reproducirse. El segundo es la búsqueda de universales. Como los historiadores, los antropólogos discrepan sobre si la información extraída de una cultura puede decirnos algo sobre otra cultura, o si las diferencias subyacentes en la expresión de la sexualidad importan más o menos que las aparentes similitudes.[77] Pero este desacuerdo no impide que los datos antropológicos se esgriman a menudo en las discusiones sobre la naturaleza del comportamiento sexual humano.[78]

La antropóloga Carol Vance escribe que la antropología actual refleja dos líneas de pensamiento contradictorias. La primera, a la que llama «modelo de influencias culturales», aunque no deja de subrayar la importancia de la cultura y el aprendizaje en el modelado del comportamiento sexual, asume que «el sustrato de la sexualidad ... es universal y está biológicamente determinado; en la literatura aparece como el "im-

pulso sexual"».[79] La segunda aproximación, dice Vance, consiste en interpretar la sexualidad enteramente en términos de construcción social. Un construccionista moderado podría argumentar que el mismo acto físico puede conllevar diferentes significados sociales en culturas diferentes,[80] mientras que un construccionista más radical podría argumentar que «el deseo sexual es en sí mismo una construcción de la cultura y la historia a partir de las energías y capacidades del cuerpo».[81]

Algunos construccionistas sociales están interesados en poner de manifiesto similitudes interculturales. Por ejemplo, el antropólogo Gil Herdt, un construccionista moderado, cataloga cuatro enfoques culturales primarios de la organización de la sexualidad humana. *La homosexualidad estructurada por edades*, como en la Grecia clásica, también se encuentra en algunas culturas tradicionales donde los adolescentes pasan por un periodo de desarrollo durante el cual viven recluidos con varones mayores a los que practican la felación regularmente. Estos actos se consideran parte del proceso normal de transformación en un adulto heterosexual. En la *homosexualidad de inversión de género*, «la actividad homosexual implica una inversión del comportamiento sexual normativo: los varones se visten y actúan como mujeres, y las mujeres se visten y actúan como varones».[82] Herdt aplica el concepto de *homosexualidad especializada* a las culturas que permiten la actividad homosexual restringida a papeles sociales concretos, como el de chamán. Esta forma de homosexualidad contrasta sobremanera con nuestra propia creación cultural moderna: el *movimiento gay*. Declararse «gay» en Estados Unidos implica adoptar una identidad y adherirse a un movimiento social y a veces político.

Muchos estudiosos han ensalzado la obra de Herdt porque ofrece nuevas formas de pensar el estatuto de la homosexualidad en Europa y América. Pero, aunque ha proporcionado tipologías útiles para el estudio intercultural de la homosexualidad, otros objetan que conlleva asunciones que reflejan su propio contexto cultural.[83] La antropóloga Deborah Elliston, por ejemplo, piensa que el uso del término *homosexualidad* para describir el intercambio de semen en las sociedades melanésicas «imputa un modelo de sexualidad occidental ... que se basa en las ideas occidentales sobre el género, el erotismo y la persona, que en última instancia oscurece el significado de estas prácticas en Melanesia». Elliston se queja de que el concepto de sexualidad estructurada por edades oscurece la composición de la categoría «sexual», y que es precisamente esta categoría la que requiere clarificación para empezar.[84]

Cuando los antropólogos dirigen su atención a las relaciones entre género y sistemas de poder social, tropiezan con las mismas dificultades

intelectuales que encuentran al estudiar «terceros» géneros en otras culturas. En los setenta, las feministas europeas y norteamericanas tenían la esperanza de que los antropólogos les proporcionarían datos empíricos que sustentaran su defensa política de la igualdad de género. Si existían sociedades igualitarias en alguna parte del mundo, ello implicaría que nuestras estructuras sociales no son inamovibles. Ahora bien, ¿y si las mujeres de todas las culturas conocidas tuvieran un estatuto subordinado? Como ha sugerido más de uno, ¿no implicaría esta similitud intercultural que la subordinación femenina debe estar biológicamente predeterminada?[85]

Cuando las antropólogas feministas viajaron por el mundo en busca de culturas que enarbolaran la bandera de la equidad, no volvieron con buenas nuevas. La mayoría concluyó, como escribe la antropóloga Sherry Ortner, «que, de una manera u otra, los hombres eran "el primer sexo"».[86] Pero las críticas a estos primeros análisis interculturales arreciaron, y en los años noventa algunas antropólogas feministas destacadas reconsideraron el asunto. Las comparaciones interculturales de estructuras sociales tropiezan con el mismo problema que plantea la obtención de información mediante encuestas. Simplemente, los antropólogos deben idear categorías en las que clasificar la información obtenida. Inevitablemente, algunas de las categorías concebidas reflejan los dogmas de los propios antropólogos, lo que algunos autores llaman «proposiciones incorregibles». La idea de que sólo hay dos sexos es una proposición incorregible,[87] igual que la idea de que los antropólogos reconocerían la igualdad sexual cuando la encontraran.

Ortner sostiene que la controversia sobre la universalidad de la desigualdad sexual ha continuado durante más de dos décadas porque los antropólogos asumían que cada sociedad sería internamente consistente, una expectativa que, según ella, no es razonable: «Ninguna sociedad o cultura es totalmente consistente. Toda sociedad/cultura tiene ejes de prestigio masculino y ejes de prestigio femenino, otros de igualdad de género y otros (a veces muchos) ejes de prestigio que no tienen que ver con el género. El problema en el pasado ha sido que todos nosotros ... estábamos intentando encasillar cada caso». En vez eso, argumenta Ortner, «lo más interesante de cualquier caso dado es precisamente la multiplicidad de lógicas, de discursos, de prácticas de prestigio y poder en juego».[88] Si nos fijamos en las dinámicas, las contradicciones y los temas menores, entonces se hace posible apreciar tanto el sistema dominante vigente como el potencial de los temas menores para convertirse en principales.[89]

Pero las feministas también tienen proposiciones incorregibles, y una central ha sido que todas las culturas, como escribe la antropóloga nigeriana Oyeronke Oyewumi, «organizan su mundo social a través de una percepción de los cuerpos humanos» como masculinos o femeninos.[90] En su crítica del feminismo europeo y norteamericano, Oyewumi subraya que la imposición de un sistema de género (en este caso a través del colonialismo seguido del imperialismo ilustrado) puede alterar nuestra comprensión de las diferencias étnicas y raciales. Su propio análisis detallado de la cultura yoruba evidencia que la edad relativa es un organizador social mucho más significativo que el sexo. Por ejemplo, los pronombres de la lengua yoruba no indican el sexo, sino si el aludido es mayor o menor que el hablante. Lo que piensan sobre cómo funciona el mundo configura el conocimiento del mundo que producen los pensadores; y ese conocimiento afecta a su vez al mundo.

Si la tradición intelectual de su país la hubieran construido pensadores yoruba, afirma Oyewumi, «la veteranía prevalecería sobre el género».[91] Contemplar la sociedad yoruba a través de la óptica de la veteranía en vez del género tendría dos importantes efectos. En primer lugar, si los estudiosos euro-americanos tuvieran conocimiento de Nigeria a través de antropólogos yoruba, nuestra propia creencia en la universalidad del género podría cambiar. Finalmente, este conocimiento podría alterar nuestras propias construcciones. En segundo lugar, la articulación de una visión de la organización social basada en la veteranía entre los yoruba presumiblemente reforzaría dichas estructuras sociales. Pero, observa Oyewumi, la intelectualidad africana a menudo importa las categorías de género europeas, y «al escribir sobre cualquier sociedad a través de una perspectiva de género, los intelectuales necesariamente introducen el género en esa sociedad ... De manera que la intelectualidad está implicada en el proceso de formación del género».[92]

Así pues, los historiadores y los antropólogos no se ponen de acuerdo sobre cómo interpretar la sexualidad humana a través de la historia y las culturas. Los filósofos incluso cuestionan la validez de las palabras *homosexual* y *heterosexual* (los términos mismos del debate).[93] Pero, con independencia de su situación en el espectro construccionista, la mayoría asume que existe una división fundamental entre naturaleza y crianza, entre los «cuerpos reales» y sus interpretaciones culturales. Por mi parte, comparto la convicción de Foucault, Haraway, Scott y otros de que nuestras experiencias corporales son el resultado de nuestro desarrollo en culturas y periodos históricos particulares. Pero, especialmente como bióloga, quiero concretar el argumento.[94] A medida que crecemos y nos desarrollamos,

de manera literal y no sólo «discursiva» (esto es, a través del lenguaje y las prácticas culturales), construimos nuestros cuerpos, incorporando la experiencia en nuestra propia carne. Para comprender esta afirmación debemos limar la distinción entre el cuerpo físico y el cuerpo social.

No a los dualismos

«Un demonio de nacimiento, sobre cuya naturaleza la educación nunca puede fijarse». Ese es el reproche del Próspero de Shakespeare a su esclavo Calibán en *La tempestad*. Está claro que la cuestión de lo innato y lo adquirido ha preocupado a la cultura europea durante bastante tiempo. Las maneras euro-americanas de entender el mundo dependen en gran medida de los dualismos (pares de conceptos, objetos o credos opuestos). Este libro se centra especialmente en tres de ellos: sexo/género, naturaleza/crianza y real/construido. Solemos emplear los dualismos en alguna forma de argumento jerárquico. Próspero se queja de que la naturaleza controla el comportamiento de Calibán, y de que sus esfuerzos por civilizarlo son en vano. La educación humana no puede imponerse a la naturaleza diabólica. En los capítulos que siguen encontraremos un debate intelectual interminable sobre cuál de los dos elementos de un dualismo particular debería dominar sobre el otro. Pero en virtualmente todos los casos, opino que las cuestiones intelectuales no pueden resolverse, ni puede haber progreso social, si nos remitimos a la queja de Próspero. En vez de eso, al considerar momentos puntuales en la creación del conocimiento biológico sobre la sexualidad humana, procuro deshacer el nudo gordiano del pensamiento dualista. Propongo cambiar el *bon mot* de Halperin de que «la sexualidad no es un efecto somático, es un efecto cultural»[95] por la idea de que la sexualidad *es* un hecho somático *creado* por un efecto cultural. (Véase especialmente el capítulo final de este libro.)

¿Qué tiene de preocupante que recurramos a los dualismos para analizar el mundo? Estoy de acuerdo con la filósofa Val Plumwood en que este recurso oscurece las interdependencias de cada par. La relación mutua entre los pares permite su solapamiento. Considérese un extracto de la lista de Plumwood:

Razón	Naturaleza
Masculino	Femenino
Mente	Cuerpo

Amo	Esclavo
Libertad	Necesidad (naturaleza)
Humano	Natural (no humano)
Civilizado	Primitivo
Producción	Reproducción
Yo	Otro

En el uso cotidiano, los conjuntos de asociaciones en cada columna de la lista suelen ir juntos. «La cultura», escribe Plumwood, acumula estos dualismos como un almacén de armas «que pueden aprovecharse, refinarse y reutilizarse. Las viejas opresiones almacenadas como dualismos facilitan y abren el camino a otras nuevas».[96] Por esta razón, aunque me centraré en el género, no dudaré en señalar las intersecciones entre las construcciones e ideologías raciales y las de género.

En última instancia, el dualismo sexo/género limita el análisis feminista. El término *género*, colocado en una dicotomía, excluye necesariamente la biología. Como escribe la pensadora feminista Elizabeth Wilson: «Las críticas feministas de la estructura estomacal u hormonal ... resultan impensables».[97] (Véanse los capítulos 6-8 para un intento de remediar la deficiencia hormonal.) Estas críticas son impensables por culpa de la división real/construido (a veces formulada como una división entre naturaleza y crianza), donde muchos sitúan el conocimiento de lo real en el dominio de la ciencia (equiparando lo construido con lo cultural). Las formulaciones dicotómicas por parte de feministas y no feministas conspiran para hacer que el análisis sociocultural del cuerpo parezca imposible.

Algunas pensadoras feministas, especialmente durante la última década, han intentado —con éxito variable— componer una descripción no dualista del cuerpo. Judith Butler, por ejemplo, ha reclamado el cuerpo material para el pensamiento feminista. ¿Por qué, se pregunta, la idea de materialidad ha venido a significar lo que es irreducible, lo que puede sustentar la construcción pero no puede construirse?[98] Estoy de acuerdo con Butler en que tenemos que hablar del cuerpo material. Hay hormonas, genes, próstatas, úteros y otras partes y fisiologías corporales de las que nos valemos para diferenciar entre machos y hembras, y que se convierten en parte del sustrato del que emergen las variedades de la experiencia y el deseo sexuales. Es más, las variaciones en cada uno de estos aspectos de la fisiología afectan profundamente la experiencia individual del género y la sexualidad. Pero, escribe Butler, cada vez que intentamos volver al cuerpo como algo que existe con anterioridad a la

socialización, al discurso sobre lo masculino y lo femenino, «descubrimos que la materia está colmatada por los discursos sobre el sexo y la sexualidad que prefiguran y constriñen los usos que pueden darse a ese término».[99]

Las nociones occidentales de materia y materialidad corporal, argumenta Butler, se han construido a través de una «matriz de género». Que los filósofos clásicos asociaban la feminidad con la materialidad puede verse en el origen de la palabra misma. «Materia» deriva de *mater* y *matrix*, que significa útero. Tanto en griego como en latín, según Butler, la materia no se entendía como una pizarra en blanco a la espera de un significado externo. «La matriz es un ... principio formativo que inaugura e informa el desarrollo de algún organismo u objeto ... para Aristóteles, "la materia es potencialidad, la forma realidad"... En la reproducción, se dice que las mujeres aportan la materia y los hombres la forma».[100] Como señala Butler, el título de su libro, *Bodies That Matter* (*Cuerpos que importan*), es un juego de palabras bien meditado. Ser material es hablar del proceso de materialización. Y si los puntos de vista sobre sexo y sexualidad ya están incrustados en nuestras concepciones filosóficas de la materialización de los cuerpos, la materia de los cuerpos no puede constituir un sustrato neutral preexistente sobre el que basar nuestra comprensión de los orígenes de las diferencias sexuales.[101]

Puesto que la materia ya contiene las nociones de género y sexualidad, no puede ser un recurso imparcial sobre el que construir teorías «científicas» u «objetivas» del desarrollo y la diferenciación sexuales. Al mismo tiempo, tenemos que reconocer y hacer uso de aspectos de la materialidad «que pertenecen al cuerpo». «Los dominios de la biología, la anatomía, la fisiología, la composición hormonal y química, la enfermedad, la edad, el peso, el metabolismo, la vida y la muerte» no pueden negarse.[102] La pensadora crítica Bernice Hausman concreta este punto en su discusión de las técnicas quirúrgicas disponibles para crear cuerpos transexuales. «Las diferencias entre vagina y pene», escribe, «no son meramente ideológicas. Cualquier intento de abordar y descifrar la semiótica del sexo ... debe reconocer que estos significantes fisiológicos tienen funciones en el sistema real que escaparán ... a su función en el sistema simbólico».[103]

Hablar de sexualidad humana requiere una noción de lo material. Pero la idea de lo material nos llega ya teñida de ideas preexistentes sobre las diferencias sexuales. Butler sugiere que contemplemos el cuerpo como un sistema que simultáneamente produce y es producido por significados sociales, así como cualquier organismo biológico siempre es el

resultado de las acciones combinadas y simultáneas de la naturaleza y el entorno.

A diferencia de Butler, la filósofa feminista Elizabeth Grosz concede a algunos procesos biológicos un estatuto preexistente a su significado. Grosz piensa que los instintos o pulsiones biológicas proporcionan una suerte de materia prima para el desarrollo de la sexualidad. Pero las materias primas nunca bastan. Deben venir con un conjunto de significados, «una red de deseos»[104] que organice los significados y la conciencia de las funciones corporales del niño. Esto resulta claro si se tienen en cuenta las historias de los llamados niños salvajes, criados sin las constricciones humanas ni la inculcación de significados. Estos niños no adquieren ni el lenguaje ni el impulso sexual. Aunque sus cuerpos aportaran la materia prima, sin un contexto social humano la arcilla no pudo modelarse en una forma psíquica reconocible. Sin la socialidad humana no puede desarrollarse la sexualidad humana.[105] Grosz intenta comprender de qué manera la socialidad y el significado, que claramente se originan fuera del cuerpo, acaban incorporándose a su fisiología y sus comportamientos tanto conscientes como inconscientes.

A modo de ilustración, veamos un par de ejemplos concretos. Una mujer menuda y canosa, ya entrada en los noventa, mira en el espejo su cara arrugada. ¿Quién *es* esa mujer?, se pregunta. Su imagen mental de su propio cuerpo no concuerda con la imagen reflejada en el espejo. Su hija, ya cincuentona, intenta recordar que debe usar los músculos de las piernas en vez de la articulación de la rodilla para que subir y bajar escaleras no le resulte doloroso. (Al final adquirirá un nuevo hábito quinésico y dejará de pensar conscientemente en el asunto.) Ambas mujeres están reajustando los componentes visual y quinésico de su imagen corporal, formada sobre la base de información pasada, pero siempre un tanto desfasada en relación al cuerpo físico actual.[106] ¿Cómo ocurren estos reajustes, y cómo se forman nuestras imágenes corporales iniciales en primera instancia? Aquí necesitamos el concepto de la psique, un dominio donde tienen lugar traducciones de la mente al cuerpo y viceversa (unas Naciones Unidas, como si dijéramos, de cuerpos y experiencias).[107]

En *Volatile Bodies*, Elizabeth Grosz considera la conjunción de cuerpo y mente. Para facilitar su proyecto, evoca la imagen de una banda de Möbius como metáfora de la psique. La banda de Möbius es un enredo topológico (figura 1.3), una cinta plana torcida una vez y luego pegada por los extremos para formar una superficie circular retorcida. Imaginemos una hormiga desplazándose por dicha superficie. Al principio del

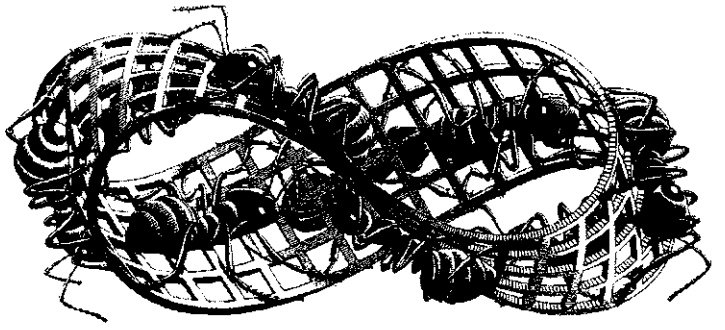


FIGURA 1.3: Banda de Möbius II, por M.C. Escher. (© Cordon Art; reimpreso con permiso)

viaje circular, la hormiga está claramente en la cara externa de la cinta; pero a medida que se desplaza, sin levantarse en ningún momento del plano, acaba estando en la cara interna. Grosz propone que contemplemos el cuerpo (el cerebro, los músculos, los órganos sexuales, las hormonas y demás) como la cara interna de una banda de Möbius, y la cultura y la experiencia como la cara externa. Pero, como sugiere la imagen, entre el interior y el exterior no hay solución de continuidad, y se puede pasar de uno a otro sin levantar los pies del suelo.

Como relata Grosz, psicoanalistas y fenomenólogos describen el cuerpo en términos de sensaciones.[108] La mente traduce la fisiología en un sentido interior del yo. La sexualidad oral, por ejemplo, es una sensación física a la que primero el niño y después el adulto da un significado psicosexual. Esta traducción tiene lugar en el interior de la banda de Möbius. Pero a medida que uno se traslada al exterior, comienza a expresarse en términos de conexiones con otros cuerpos y objetos, cosas que obviamente no forman parte del yo. Grosz escribe: «En vez de describir el impulso oral en términos de cómo se siente ... la oralidad puede entenderse en términos de lo que hace: crear vínculos. Los labios del niño, por ejemplo, forman conexiones ... con el pecho o el biberón, posiblemente acompañados por la mano en conjunción con el oído, estando cada sistema en perpetuo movimiento e interrelación mutua».[109]

Continuando con la analogía de Möbius, Grosz imagina que los cuerpos crean psiques empleando la libido como marcador para trazar una vía desde los procesos biológicos hasta una estructura interior o deseo. A otro ámbito de conocimiento diferente concierne el estudio del «exterior» de la banda, una superficie obviamente más social, marcada

por «textos, leyes y procedimientos pedagógicos, jurídicos, médicos y económicos» encaminados a «esculpir un sujeto social ... con capacidad de trabajo, o de producción y manipulación, un sujeto capaz de actuar como sujeto».[110] Así pues, Grosz también rechaza un modelo de naturaleza/crianza para el desarrollo humano. Aun reconociendo que no conocemos el alcance y los límites de la maleabilidad del cuerpo, Grosz insiste en que no podemos simplemente «sustraer el entorno, la cultura, la historia» y quedarnos sólo con «naturaleza o biología».[111]

Más allá de los dualismos

Grosz postula impulsos innatos que, a través de la experiencia física, se organizan en sensaciones somáticas, las cuales se traducen en lo que llamamos emociones. Sin embargo, tomar lo innato en sentido literal todavía nos deja con un residuo inexplicado de la naturaleza.[112] Los seres humanos son biológicos (y, por ende, seres naturales en cierto sentido) *y* sociales (y, por ende, entidades en cierto sentido artificiales o, si se quiere, construidas). ¿Podemos concebir una manera de vernos a nosotros mismos, a medida que nos desarrollamos desde la concepción hasta la vejez, como naturales y artificiales a la vez? Durante la pasada década ha surgido una apasionante visión que he agrupado bajo la rúbrica de teoría de sistemas ontogénicos.[113] ¿Qué es lo que ganamos al escoger esta teoría como marco analítico?

La teoría de sistemas ontogénicos niega que haya dos tipos fundamentales de procesos: uno guiado por los genes, las hormonas y las células cerebrales (esto es, la naturaleza) y otro por el medio ambiente, la experiencia, el aprendizaje o fuerzas sociales (esto es, la crianza).[114] Una pionera de esta teoría, la filósofa Susan Oyama, asegura que «ofrece más claridad, más coherencia, más consistencia y otra manera de interpretar los datos; además proporciona los medios para sintetizar los conceptos y métodos ... de grupos cuya incomprensión mutua les ha impedido trabajar juntos, o siquiera comunicarse, durante décadas». Sin embargo, la teoría de sistemas ontogénicos no es un filtro mágico. Muchos la desestimarán porque, como explica Oyama, «proporciona menos ... orientación sobre la verdad fundamental» y «menos conclusiones sobre lo que es inherentemente deseable, saludable, natural o inevitable».[115]

¿Cómo puede ayudarnos la teoría de sistemas ontogénicos a desembarazarnos de los procesos mentales dualistas? Considérese un ejemplo descrito por Peter Taylor, una cabra nacida sin patas delanteras. Duran-

te su vida consiguió desenvolverse saltando sobre sus patas traseras. Un anatomista que estudió la cabra tras su muerte vio que tenía una espina dorsal en forma de S (como la humana), «huesos engrosados, inserciones musculares modificadas y otros correlatos del movimiento sobre dos piernas».[116] Este sistema esquelético (como el de cualquier cabra) se desarrolló como parte de su manera de desplazarse. Ni sus genes ni su entorno determinaron su anatomía. Sólo el conjunto tenía tal poder. Muchos fisiólogos del desarrollo reconocen este principio.[117] Como ha escrito un biólogo, «la estructuración tiene lugar durante el ejercicio de las historias vitales individuales».[118]

Hace unos años, cuando el neurólogo Simon LeVay comunicó que las estructuras cerebrales de los varones homosexuales y heterosexuales diferían (y que esta diferencia reflejaba una más general entre varones y mujeres), se convirtió en el centro de una tormenta.[119] Aunque enseguida se convirtió en un héroe para muchos gays, tuvo que vérselas con un grupo muy heterogéneo de críticos. Por un lado, a las feministas como yo misma no les gustó su empleo acrítico de las dicotomías de género, que en el pasado nunca habían contribuido a promover la igualdad de las mujeres. Por otro lado, la derecha cristiana rechazó su resultado porque consideraba que la homosexualidad era un pecado que los individuos pueden elegir no cometer.[120] La investigación de LeVay, y la del genetista Dean Hamer después, sugerían que la homosexualidad era congénita o innata.[121] El discurso del debate público pronto se polarizó. Cada bando contraponía términos como *genético*, *biológico*, *congénito*, *innato* e *inmutable* a términos como *ambiental*, *adquirido*, *construido* y *elección*.[122]

La facilidad con la que tales debates evocan la dicotomía naturaleza/crianza es consecuencia de la pobreza de un enfoque no sistémico.[123] Políticamente, este marco intelectual encierra enormes peligros. Aunque algunos tienen la esperanza de que la creencia en el lado natural de las cosas propiciará una mayor tolerancia, la historia pasada sugiere que lo contrario también es posible. Incluso los arquitectos científicos del argumento naturalista reconocen los peligros.[124] En un extraordinario pasaje de un artículo publicado en *Science*, Dean Hamer y colaboradores expresaban su inquietud: «Sería fundamentalmente contrario a la ética emplear esta clase de información para intentar evaluar o alterar la orientación sexual presente o futura de una persona. En vez de eso, los científicos, los educadores, los políticos y el público deberían trabajar juntos para asegurar que esta investigación se use para beneficio de todos los miembros de la sociedad».[125]

La psicóloga feminista Elisabeth Wilson se ha inspirado en el revue-

lo suscitado por la obra de LeVay para plantear algunas cuestiones importantes en relación con la teoría de sistemas.[126] Muchos teóricos críticos, feministas y homosexuales arrinconan deliberadamente la biología, abriendo con ello el cuerpo a la conformación social y cultural.[127] Pero ésta es una jugada equivocada. Wilson escribe: «Lo que puede ser política y críticamente contencioso en la hipótesis de LeVay no es la conjunción neurología-sexualidad per se, sino la manera concreta en que se efectúa dicha conjunción».[128] Una respuesta política efectiva, continúa, no tiene que separar el estudio de la sexualidad de la neurología. En vez de eso, Wilson, que pretende desarrollar una teoría de la mente y el cuerpo (una descripción de la psique que una la libido al cuerpo), sugiere que la visión del mundo de las feministas incorpora una descripción del funcionamiento del cerebro que se conoce, a grandes rasgos, como conexionismo.

El enfoque antiguo para comprender el cerebro era anatómico. La función podía localizarse en partes concretas del cerebro. En última instancia, función y anatomía eran una sola cosa. Esta idea subyace tras el debate sobre el cuerpo calloso (véase el capítulo 5), por ejemplo, y el tumulto sobre el resultado de LeVay. Muchos científicos creen que una diferencia estructural representa la localización cerebral de diferencias comportamentales medibles. En cambio, los modelos conexionistas[129] asumen que la función emerge de la complejidad e intensidad de múltiples conexiones neuronales actuando a la vez.[130] El sistema tiene algunas características importantes: a menudo las respuestas no son lineales, las redes pueden «entrenarse» para responder de maneras particulares, la naturaleza de la respuesta no es fácil de predecir, y la información no se localiza en ninguna parte, sino que más bien es el resultado neto de las diferentes conexiones y sus distintas intensidades.[131]

Los postulados de la teoría conexionista proporcionan puntos de partida interesantes para comprender el desarrollo sexual humano. Por ejemplo, puesto que las redes de los modelos conexionistas suelen ser no lineales, pequeños cambios pueden tener grandes efectos. Una implicación para el estudio de la sexualidad es que, a la hora de buscar aspectos del entorno que conformen el desarrollo humano, podría ser fácil equivocarse de lugar y de escala.[132] Además, una misma conducta puede tener muchas causas subyacentes, acontecimientos que ocurren en distintos momentos del desarrollo. Sospecho que nuestras etiquetas de homosexual, heterosexual, bisexual y transexual no son categorías válidas en absoluto, y sólo se comprenden bien en términos de acontecimientos ontogénicos únicos[133] que afectan a individuos particulares. Es-

toy de acuerdo, pues, con los conexionistas que argumentan que «el proceso ontogénico mismo está en el núcleo de la adquisición de conocimiento. El desarrollo es un proceso de emergencia».[134]

En la mayoría de discusiones públicas y científicas, sexo y naturaleza se entienden como reales, mientras que género y cultura se entienden como construidos.[135] Pero éstas son falsas dicotomías. En los capítulos 2-4 parto de los marcadores más visibles del género —los genitales— para ilustrar cómo se construye, literalmente, el sexo. Los cirujanos eliminan partes y emplean plásticos para crear genitales «apropiados» para la gente nacida con partes corporales no fácilmente identificables como masculinas o femeninas. Los médicos creen que su pericia les permite «escuchar» lo que les dice la naturaleza sobre el sexo verdadero que deberían tener estos pacientes. El problema es que sus verdades proceden del medio social y son reforzadas en parte por la tradición médica de hacer invisible la intersexualidad.

Nuestros cuerpos, como el mundo en el que vivimos, están hechos de materia. Y a menudo nos valemos de la investigación científica para comprender la naturaleza de dicha materia. Pero esta investigación científica implica un proceso de construcción de conocimiento. Ilustraré este punto con algún detalle en el capítulo 5, que nos traslada al interior del cuerpo (la menos visible anatomía cerebral). Me centraré en una controversia científica: ¿Tienen una conformación diferente los cuerpos calosos (una región cerebral específica) de varones y mujeres? En este mismo capítulo mostraré cómo los científicos construyen argumentos a base de escoger enfoques y herramientas experimentales particulares. El debate entero está socialmente constreñido, y las herramientas concretas elegidas para canalizar la controversia (por ejemplo, una modalidad particular de análisis estadístico o el empleo de cerebros de cadáveres en vez de imágenes por resonancia magnética) tienen sus propias limitaciones históricas y técnicas.[136]

En circunstancias apropiadas, sin embargo, hasta el cuerpo calloso resulta visible a simple vista. ¿Qué ocurre, entonces, cuando profundizamos aún más, hasta la química invisible del cuerpo? En los capítulos 6 y 7 veremos cómo los científicos crearon la categoría de las hormonas sexuales, en el periodo que va de 1900 a 1940. Las hormonas mismas se convirtieron en marcadores de la diferencia sexual. Así, la detección de una hormona sexual o su receptor en alguna parte del cuerpo (las células óseas, por ejemplo) convierte esa parte antes neutra en sexual. Pero si uno adopta, como hago yo, una perspectiva histórica, puede ver que las hormonas esteroides no tienen por qué dividirse en categorías sexuales y

no sexuales.[137] Podría haberse considerado, por ejemplo, que son hormonas de crecimiento que afectan a una amplia gama de tejidos, órganos reproductivos incluidos.

Hoy los científicos están de acuerdo sobre la estructura molecular de los esteroides que etiquetaron como hormonas sexuales, aunque no sean visibles a simple vista. En el capítulo 8 me centraré por una parte en cómo aplicaron los científicos el recién acuñado concepto de hormona sexual para profundizar en el conocimiento del desarrollo genital en los roedores, y por otra parte en su aplicación del conocimiento sobre las hormonas sexuales a algo aún menos tangible que la química corporal: el comportamiento ligado al sexo. Pero, parafraseando al poeta, el curso de la auténtica ciencia nunca discurrió en calma. Los experimentos y modelos que describían el papel de las hormonas en el desarrollo de la conducta sexual de las ratas guardan un turbador paralelismo con los debates culturales sobre los papeles y capacidades de varones y mujeres. Parece difícil eludir la idea de que, por muy científica y objetiva que aparente ser, nuestra comprensión de las hormonas, el desarrollo cerebral y la conducta sexual está construida en contextos históricos y sociales específicos que han dejado su marca.

Este libro examina la construcción de la sexualidad, comenzando por las estructuras visibles de la superficie exterior del cuerpo y acabando por las conductas y las motivaciones (esto es, actividades y fuerzas manifiestamente invisibles) inferidas sólo a partir de su resultado, pero que se presumen localizadas muy dentro del cuerpo.[138] Pero los comportamientos son por lo general actividades sociales, expresadas en interacción con objetos y seres distintivamente separados. Así, al pasar de los genitales externos a la psique invisible, nos encontramos de pronto caminando por una banda de Möbius que nos devuelve al exterior del cuerpo, y más allá. En el capítulo final bosquejaré enfoques de investigación que potencialmente pueden mostrarnos cómo pasamos de fuera a dentro y otra vez fuera, sin despegar nunca los pies de la superficie de la banda.

2

«Aquel sexo que prevaleciere»

El continuo sexual

En 1843, Levi Suydam, un vecino de veintitrés años de Salisbury, Connecticut, solicitó a la junta electoral de la ciudad el permiso de votar como miembro del partido conservador en una reñida elección local. La solicitud suscitó una andanada de objeciones por parte de la oposición, por una razón que debe ser bien rara en los anales de la democracia norteamericana: se decía que Suydam era «más hembra que macho», por lo que su papeleta no tendría validez (ya que sólo los varones tenían derecho a voto). La junta llamó a un médico, un tal William Barry, para que examinara a Suydam y zanjara el asunto. Presumiblemente, tras observar un falo y unos testículos, el buen doctor certificó la masculinidad de Suydam, lo que permitió a los conservadores ganar la elección por un voto de diferencia.

Unos días más tarde, sin embargo, Barry descubrió que Suydam menstruaba regularmente y tenía un orificio vaginal. También tenía la cadera ancha y los hombros estrechos propios de la constitución femenina, pero ocasionalmente sentía atracción física por el sexo «opuesto» (que para «él» era el femenino). Por otra parte, «sus propensiones femeninas, como la afición por los colores vistosos y los retales de calicó, que comparaba y unía, junto con su aversión al trabajo físico y su incapacidad para ejecutarlo, eran recalcadas por muchos».[1] (Nótese que este médico decimonónico no distinguía entre «sexo» y «género», porque encontraba la afición a coser retales de calicó tan indicativa como la anatomía y la fisiología.) Nadie ha podido averiguar aún si Suydam perdió su derecho a voto.[2] Sea como fuere, esta historia da idea tanto del peso político que impone nuestra cultura sobre la determinación del «sexo» correcto de una persona como de la profunda

confusión que siembran los casos en que éste no puede determinarse con facilidad.

La cultura europea y americana está profundamente comprometida con la idea de que sólo hay dos sexos. Incluso nuestro lenguaje rehúsa otras posibilidades, de manera que para escribir sobre Levi Suydam y otros casos parecidos he tenido que inventar convenciones: el/la para denotar individuos que no son ni macho ni hembra, o quizá son ambas cosas a la vez. La convención lingüística tampoco es un capricho. Encajar en la categoría de varón o mujer tiene una relevancia social concreta. Para Suydam (y todavía hoy para las mujeres en algunas partes del mundo) significaba el derecho a voto. También puede significar el servicio militar obligatorio o el sometimiento a leyes relativas a la familia y el matrimonio. En muchas partes de Estados Unidos, por ejemplo, dos individuos legalmente registrados como varones no pueden mantener relaciones sexuales sin quebrantar leyes contra la sodomía.[3]

Nuestros cuerpos biológicos colectivos, sin embargo, no comparten el empeño del Estado y la legislación en mantener sólo dos sexos. Machos y hembras se sitúan en los extremos de un continuo biológico, pero hay muchos otros cuerpos, como el de Suydam, que combinan componentes anatómicos convencionalmente atribuidos a uno u otro polo. Las implicaciones de mi idea de un continuo sexual son profundas. Si la naturaleza realmente nos ofrece más de dos sexos, entonces nuestras nociones vigentes de masculinidad y feminidad son presunciones culturales. Reconceptualizar la categoría de «sexo» desafía aspectos hondamente arraigados de la organización social europea y americana.

En efecto, hemos comenzado a insistir en la dicotomía macho-hembra a edades cada vez más tempranas, lo que ha contribuido a que el sistema de dos sexos se implante más profundamente en nuestra visión de la vida humana y nos parezca innato y natural. Hoy día, meses antes de que el feto abandone el confort del útero, la amniocentesis y los ultrasonidos identifican su sexo. Los progenitores pueden así elegir por anticipado el papel pintado del cuarto del bebé: motivos deportivos —en azul— si esperan un niño y florales —en rosa— si esperan una niña. Los investigadores casi han completado la puesta a punto de la tecnología que permite elegir el sexo del bebé en el momento de la fecundación.[4] Además, las técnicas quirúrgicas modernas contribuyen a mantener el sistema de dos sexos. Hoy los niños que al nacer no son «ni una cosa ni otra, o ambas»[5] (un fenómeno bastante corriente) desaparecen pronto de la vista porque los cirujanos los «corrigen» sin demora. En el pasado, sin embargo, los intersexuales (o hermafroditas,

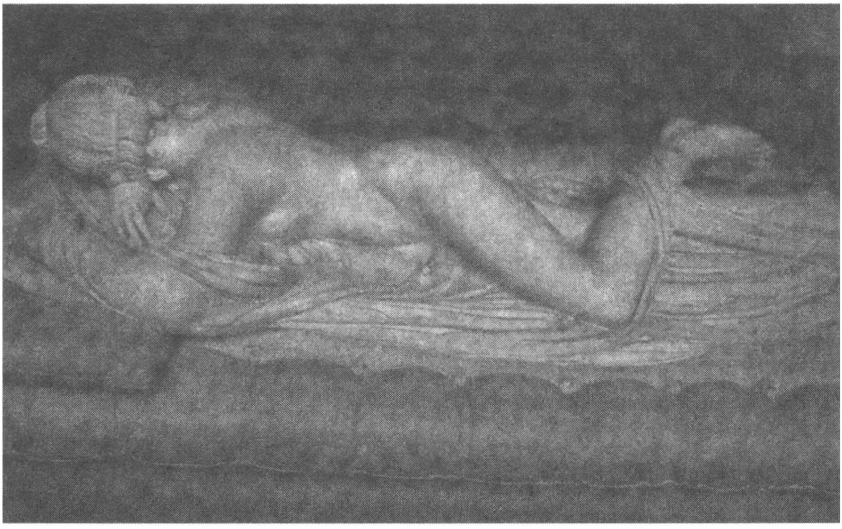


FIGURA 2.1: Hermafrodita durmiente, estatua romana del siglo II a. de C. (Erich Lessing, de Art Resource; reimpreso con permiso)

como se les llamó hasta hace poco)* eran culturalmente reconocidos (véase la figura 2.1).

¿Cómo contribuyó el nacimiento y la presencia reconocida de hermafroditas a conformar las ideas sobre el género en el pasado? ¿Cómo se desarrollaron los modernos tratamientos médicos de la intersexualidad? ¿Cómo ha surgido el movimiento político de los intersexuales y sus simpatizantes para promover una actitud más abierta a identidades sexuales más fluidas, y cuánto éxito ha tenido su lucha? Lo que sigue es un relato de construcción social en el sentido más literal, la historia del reforzamiento quirúrgico de un sistema sexual bipartidista y la posibilidad, de cara al siglo XXI, de la evolución de un orden pluripartidista.

Historia hermafrodita

La intersexualidad es un tema antiguo. La palabra *hermafrodita* deriva de la combinación de los nombres de Hermes (hijo de Zeus y conocido

* Los miembros del actual movimiento intersexual rehúsan el término *hermafrodita*. Yo lo emplearé cuando el contexto histórico lo requiera. Puesto que la palabra *intersexual* es moderna, la omitiré cuando escriba sobre el pasado.

como el mensajero de los dioses, patrón de la música, controlador de los sueños y protector del ganado) y Afrodita (la diosa griega del amor sexual y la belleza). Hay al menos dos mitos griegos sobre el origen del primer hermafrodita. En uno, Afrodita y Hermes engendran un hijo dotado con los atributos de ambos progenitores, los cuales, indecisos sobre la masculinidad o feminidad de la criatura, deciden darle el nombre de Hermafroditos. En el otro, el hijo es un varón asombrosamente bello del que se enamora una ninfa. Rendida por el deseo, entrelaza su cuerpo con el de su amado hasta tal punto que se convierten en uno.

Si la figura del hermafrodita ha parecido lo bastante extraña para inspirar especulaciones sobre su origen, también se ha contemplado como la encarnación de un pasado humano anterior a la división sexual dualista. Los primeros intérpretes de la Biblia pensaban que Adán comenzó su existencia como hermafrodita, y que sólo se dividió en dos individuos, varón y mujer, después de caer en desgracia. Platón escribió que en un principio había tres sexos —masculino, femenino y hermafrodita— pero que el tercer sexo se perdió.[6]

Las distintas culturas han tratado a los intersexuales de carne y hueso de maneras diferentes. Los textos religiosos judaicos como el Talmud y la Tosefta incluyen largas listas de normas para la gente de sexo mixto, que legislan sobre derechos de herencia y conducta social. La Tosefta, por ejemplo, establece que los hermafroditas no pueden heredar el patrimonio paterno (como las hijas) ni recluirse con mujeres (como los hijos) ni afeitarse la barba (como los varones). Cuando estén menstruando deben aislarse de los varones (como las mujeres); tampoco se les permite dar testimonio o ejercer el sacerdocio (como las mujeres), pero se les aplican las leyes antipederastia. Si la ley judaica promovía la integración cultural y social de los hermafroditas, los romanos fueron menos amables con ellos. En tiempos de Rómulo se creía que los intersexos eran un mal augurio, y a menudo se les mataba. En la época de Plinio, en cambio, los hermafroditas se consideraban aptos para el matrimonio.[7]

Al repasar la historia del análisis médico de la intersexualidad, podemos hacernos una idea más general de la variación de la propia historia del género, primero en Europa y luego en Norteamérica, que heredó las tradiciones médicas europeas. En el proceso podemos constatar que no hay nada natural o inevitable en los actuales tratamientos médicos de la intersexualidad. Los médicos de la Antigüedad, que situaban el sexo y el género a lo largo de un continuo y no en las categorías discretas de hoy, no se inmutaban ante los hermafroditas. La diferencia sexual implicaba una variación cuantitativa. Las mujeres eran frías, los varones calientes,

y las mujeres masculinas o los varones femeninos eran tibios. Además, la variación sexual humana no se detenía en el número tres. Los progenitores podían producir hijos con distintos grados de virilidad e hijas con distintos grados de feminidad.

En la era premoderna competían varias visiones de la biología de la intersexualidad. Aristóteles (384-322 a. de C.), por ejemplo, categorizó los hermafroditas como gemelos incompletos. Aristóteles pensaba que los gemelos completos se daban cuando la madre aportaba materia suficiente en la concepción para crear dos embriones enteros. Ahora bien, si había más materia de la necesaria para crear un individuo, pero no la suficiente para crear dos, entonces la materia sobrante se convertía en genitales añadidos. Sin embargo, Aristóteles no creía que los genitales definieran el sexo del bebé, sino que era el calor del corazón lo que determinaba su masculinidad o feminidad, y sostenía que, bajo su confusa anatomía, todo hermafrodita pertenecía en realidad a uno de sólo dos sexos posibles. En el siglo I de nuestra era, el influyente Galeno cuestionó la teoría aristotélica y argumentó que los hermafroditas pertenecían a un sexo intermedio. Galeno creía que el sexo emanaba de la oposición entre los principios masculino y femenino en las semillas materna y paterna en combinación con interacciones entre los lados izquierdo y derecho del útero. Superponiendo los posibles grados de dominancia entre las semillas masculina y femenina a las posibles posiciones del feto en el útero, compuso una cuadrícula que contenía de tres a siete casillas. Dependiendo de la casilla donde se situara el embrión, su sexo podía ir desde enteramente masculino hasta enteramente femenino, pasando por varios estados intermedios. Así pues, los pensadores de la tradición galénica no creían en una separación biológica estable entre la condición masculina y la femenina.[8]

Los médicos medievales mantuvieron la teoría clásica del continuo sexual, aunque con divisiones cada vez más marcadas dentro de la variación sexual. Los textos médicos medievales refrendaban la idea clásica de que el lado derecho del útero, más caliente, producía varones, mientras que los fetos implantados en el lado izquierdo, más frío, se desarrollaban como mujeres, y los implantados hacia el centro se desarrollaban como mujeres masculinizadas o varones feminizados.[9] La noción de un continuo calorífico coexistía con la idea de que el útero estaba dividido en siete cámaras separadas. Las tres de la derecha daban varones, las tres de la izquierda mujeres, y la cámara central hermafroditas.[10]

La disposición a buscar un sitio para los hermafroditas en la teoría científica, sin embargo, no se tradujo en aceptación social. Histórica-

mente, los hermafroditas han sido vistos a menudo como perturbadores, subversivos, o incluso fraudulentos. Hildegarda de Bingen, una famosa abadesa y mística visionaria alemana (1098-1179), condenó cualquier confusión de las identidades masculina y femenina. Como ha señalado la historiadora Joan Cadden, Hildegarda emplazó su condena «entre la aserción de que las mujeres no deberían decir misa y una advertencia contra las perversiones sexuales ... Un desorden del sexo o los papeles sexuales es una desorganización del tejido social ... y del orden religioso».[11] Una admonición tan severa era inusual para la época. A pesar de la extendida incertidumbre sobre sus papeles sociales correctos, la animadversión hacia los hermafroditas se mantuvo comedida. Los textos médicos y científicos medievales consignaban rasgos de personalidad negativos, como un temperamento libidinoso en el hermafrodita masculino feminizado o mentiroso en el hermafrodita femenino masculinizado,[12] pero la condena explícita parece haber sido infrecuente.

Los biólogos y médicos de la época no tenían el prestigio social y la autoridad de los profesionales de hoy, y no eran los únicos que estaban en posición de definir y reglar el hermafroditismo. En la Europa renacentista, los textos científicos y médicos a menudo propugnaban teorías contradictorias sobre la producción de hermafroditas. Estas teorías no podían fijar el género como algo real y estable dentro del cuerpo. Además, las tesis de los médicos no sólo competían entre sí, sino también con las de la Iglesia, la judicatura y la clase política. Para complicar más las cosas, cada nación europea tenía sus propias ideas sobre los orígenes, peligros, derechos civiles y deberes de los hermafroditas.[13] Por ejemplo, en 1601 el caso de Marie/Marin le Marcis generó gran controversia en Francia. «Marie» había vivido como una mujer durante veintiún años antes de decidir vestirse como un hombre y acudir al registro civil para casarse con la mujer con quien cohabitaba. «Marin» fue arrestado y llevado a juicio, y tras escuchar sentencias pavorosas (primero a morir en la hoguera, pena que luego se le «redujo» a la horca... ¡y nosotros que pensábamos que nuestro corredor de la muerte era malo!) al final fue puesto en libertad con la condición de que vistiera como mujer hasta los veinticinco años. Bajo la ley francesa, Marie/Marin había cometido dos delitos: sodomía y travestismo.

La ley inglesa, en cambio, no condenaba explícitamente el travestismo. Pero recelaba de aquellos que adoptaban el atuendo de una clase social a la que no pertenecían. En un caso de 1746, Mary Hamilton se casó con otra mujer tras cambiarse el nombre por el de «Dr. Charles Hamilton». Las autoridades legales estaban seguras de que había cometido una

falta, pero no pudieron concretarla. Al final la acusaron de vagancia, con la excusa de que la suya era una trampa inusualmente abominable, aunque común.[14]

Durante el Renacimiento no hubo un tratamiento legal específico del hermafroditismo. Mientras que en unos casos intervenían médicos del Estado, en otros era la Iglesia la que tomaba la iniciativa. Por ejemplo, en el año 1601 (el mismo del arresto de Marie/Marin) en la ciudad italiana de Piedra un joven soldado llamado Daniel Burghammer asombró a su regimiento al parir una niña perfectamente sana. Después de que su alarmada esposa llamara a su capitán, Burghammer confesó que era mitad varón mitad mujer. Bautizado como hombre, había servido como soldado durante siete años, a la vez que trabajaba de herrero. Burghammer dijo que el padre de la criatura era un soldado español. Sin saber qué hacer, el capitán notificó el caso a las autoridades eclesiásticas, quienes decidieron bautizar a la niña, que recibió el nombre de Elizabeth. Una vez destetada (Burghammer amamantó a su hija con sus pechos femeninos) varias ciudades compitieron por el derecho a adoptarla. La Iglesia declaró que el nacimiento de la niña había sido un milagro, pero le concedió el divorcio a la esposa de Burghammer, presumiblemente porque la capacidad de dar a luz de éste parecía poco compatible con el papel de esposo.[15]

Las historias de Marie/Marin, Mary Hamilton y Daniel Burghammer ilustran un tema bien simple. Distintos sistemas legales y religiosos de distintos países contemplaban la intersexualidad de manera diferente. Los italianos parecían relativamente poco preocupados por la transgresión de las fronteras entre géneros, al contrario de los franceses, quienes la sancionaban rígidamente, mientras que los ingleses, aunque la detestaban, se preocupaban más por la transgresión de las fronteras entre clases. Aun así, por toda Europa la distinción tajante entre macho y hembra estaba en el núcleo de los sistemas legales y políticos. Los derechos de herencia, los códigos penales y el derecho al voto y la participación en el sistema político estaban todos determinados en parte por el sexo. ¿Y los que estaban en medio? Los expertos legales reconocían la existencia de hermafroditas, pero insistían en que se posicionaran en este sistema dualista. Sir Edward Coke, afamado jurista inglés de principios de la edad moderna, escribió: «Un hermafrodita puede adquirir patrimonio con arreglo a aquel sexo que prevaleciere».[16] Similarmente, en la primera mitad del siglo XVII los hermafroditas franceses podían testificar en los juicios y hasta casarse, siempre que se atuvieran al papel asignado por «el sexo que domina su personalidad».[17]

Los expertos médicos y legales estaban de acuerdo en que el individuo el/la tenía el derecho a decidir qué sexo prevalecía, pero una vez hecha la elección se esperaba que se atuviera a ella. La pena por contravenir esta norma podía ser severa. Lo que estaba en juego era el mantenimiento del orden social y los derechos del hombre (en sentido literal). Así pues, aunque estaba claro que algunas personas tenían un pie a cada lado de la división macho/hembra, las estructuras sociales y legales siguieron apegadas a un sistema de dos sexos.[18]

La construcción del intersexual moderno

A medida que la biología se constituyó en disciplina organizada a finales del siglo XVIII y principios del XIX, fue ganando cada vez más autoridad sobre la disposición de los cuerpos ambiguos.[19] Los científicos decimonónicos adquirieron una percepción clara de los aspectos estadísticos de la variación natural,[20] pero este conocimiento trajo consigo la autoridad para declarar que ciertos cuerpos eran anormales y requerían una corrección.[21] El biólogo Isidore Geoffroy Saint-Hilaire interpretó un papel protagonista en la reformulación de las ideas sobre las diferencias sexuales. Fundó una nueva ciencia, que llamó *teratología*, para el estudio y la clasificación de los nacimientos inusuales. Saint-Hilaire y otros biólogos de su misma cuerda se pusieron a estudiar todas las anomalías anatómicas, y establecieron dos importantes principios que comenzaron a inspirar las aproximaciones médicas a la variación natural. En primer lugar, Saint-Hilaire argumentó que «la Naturaleza es un todo»[22] (es decir, que incluso los nacimientos inusuales o los llamados «monstruosos» eran parte de la naturaleza). En segundo lugar, basándose en conceptos estadísticos de nuevo cuño, proclamó que los hermafroditas y otras anomalías de nacimiento eran producto de un desarrollo embrionario anormal. Para comprender su génesis, argumentó, había que entender el desarrollo normal. A su vez, el estudio de las variaciones anormales podía arrojar luz sobre los procesos normales. Saint-Hilaire creía que desentrañar los orígenes del hermafroditismo conduciría a una comprensión más general del desarrollo de las diferencias sexuales. Esta trasposición científica de la proverbial fascinación por los hermafroditas ha seguido siendo, hasta el día de hoy, un principio guía de la investigación científica sobre las bases biológicas del sexo, los roles sexuales y las conductas de los no intersexuales. (Véanse los capítulos 3 y 4 para una discusión de la literatura moderna sobre el tema.)

Los escritos de Saint-Hilaire no sólo fueron importantes para la comunidad científica, sino que también cumplieron una nueva función social. Si en los siglos anteriores los cuerpos inusuales habían sido tratados como antinaturales y monstruosos, el nuevo campo de la teratología ofrecía una explicación natural del nacimiento de gente con cuerpos extraordinarios.[23] Al mismo tiempo, sin embargo, redefinió tales cuerpos como patológicos, como aberraciones curables en virtud de un conocimiento médico incrementado. Irónicamente, pues, el conocimiento científico sirvió para borrar del mapa precisamente los fenómenos que iluminaba. A mediados del siglo XX, la tecnología había «avanzado» hasta el punto de poder hacer desaparecer de la vista cuerpos que en otro tiempo habían sido objeto de asombro y perplejidad, todo en nombre de la «corrección de los errores de la naturaleza».[24]

La desaparición del hermafrodita se basó en gran medida en la técnica científica estándar de la clasificación.[25] Saint-Hilaire dividía el cuerpo en «segmentos sexuales», tres a la izquierda y tres a la derecha: la «porción profunda», que contenía los ovarios, los testículos o estructuras relacionadas; la «porción media», que contenía estructuras sexuales internas como el útero y las vesículas seminales, y la «porción externa», que incluía los genitales externos.[26] Si los seis segmentos eran plenamente masculinos, sentenció, también lo era el cuerpo. Si los seis eran femeninos, el cuerpo también. Pero si se daba una combinación de segmentos masculinos y femeninos, el resultado era un hermafrodita. Así pues, el sistema de Saint-Hilaire continuaba reconociendo la legitimidad de la variedad sexual, pero subdividía los hermafroditas en varios tipos, lo que puso los cimientos de la diferenciación posterior entre hermafroditas «verdaderos» y «falsos». Puesto que los hermafroditas «verdaderos» eran muy raros, este sistema de clasificación hacía la intersexualidad virtualmente invisible.

A finales de la década de 1830, un médico llamado James Young Simpson, abundando en el enfoque de Saint-Hilaire, propuso clasificar los hermafroditas en «espurios» y «auténticos». En los primeros, escribió, «los órganos genitales y la configuración sexual general de un sexo se aproximan, por un desarrollo imperfecto o anormal, a los del sexo opuesto», mientras que en los hermafroditas auténticos «coexisten en el cuerpo del mismo individuo más o menos órganos genitales».[27] En la visión de Simpson, los «órganos genitales» incluían, además de los ovarios o testículos (las gónadas), estructuras como el útero o las vesículas seminales. Así, un hermafrodita auténtico podía tener ovarios y vesículas seminales, o testículos y útero.

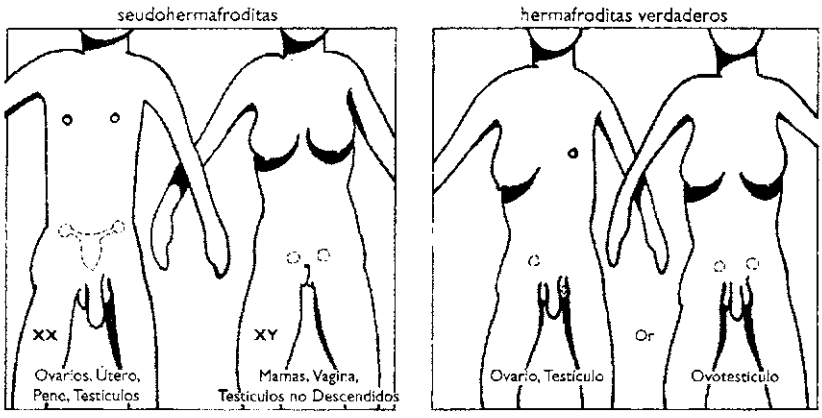


FIGURA 2.2: Los «seudohermafroditas» tienen ovarios o testículos combinados con los genitales «opuestos». Los «hermafroditas verdaderos» tienen un ovario y un testículo, o una gónada combinada llamada ovotestículo. (Fuente: Alyce Santoro, para la autora)

La teoría de Simpson presagiaba lo que la historiadora Alice Dreger ha llamado «la edad de las gónadas». El honor de otorgar plenos poderes a las gónadas recayó en un médico alemán llamado Theodor Albrecht Klebs, quien publicó sus ideas en 1876. Como Simpson, Klebs distinguió entre «hermafroditas verdaderos» y «seudohermafroditas». Restringió la primera categoría a los individuos que tenían tejido ovárico y testicular a la vez en su cuerpo. El resto de anatomías mixtas (personas con pene y ovarios, o testículos y vagina, o útero y bigote) no correspondía a hermafroditas auténticos en el sistema de Klebs. Ahora bien, si no eran hermafroditas, ¿qué eran? Klebs pensaba que bajo cada una de aquellas superficies engañosas se escondía un cuerpo que en realidad era o masculino o femenino. Insistió en que las gónadas eran el único factor definitorio del sexo biológico. Un cuerpo con dos ovarios era femenino, por muy masculina que fuera su apariencia. Y un cuerpo con dos testículos era masculino. No importaba si no eran funcionales y su portador tenía mamas y vagina: los testículos hacían al macho. Como ha señalado Dreger, la consecuencia de este razonamiento fue que «menos gente contaba como "auténticamente" masculina y femenina a la vez».[28] La ciencia médica estaba obrando su magia: los hermafroditas comenzaban a desaparecer.

Una vez las gónadas se convirtieron en el factor decisivo (figura 2.2), hacía falta algo más que el sentido común para identificar el sexo autén-

tico de un individuo. Las herramientas de la ciencia (en la forma de un microscopio y nuevos métodos de preparación de tejidos para su examen microscópico) se hicieron esenciales.[29] Rápidamente, las imágenes de cuerpos hermafroditas desaparecieron de las revistas médicas, reemplazadas por abstractas micrografías de cortes finos y meticulosamente teñidos de tejido gonadal. Además, como observa Dreger, el estadio primitivo de las técnicas quirúrgicas, en especial la falta de anestesia y antisepsia, a finales del XIX implicaba que los médicos sólo podían obtener muestras de tejido gonadal tras la muerte o la castración del sujeto: «Escasos, muertos, impotentes: ¡los hermafroditas auténticos se habían convertido en un grupo ciertamente lastimoso!».[30] En cuanto a las personas de sexo mixto, simplemente desaparecieron, no porque hubieran disminuido, sino porque la clasificación científica no contemplaba su existencia.

Hacia el cambio de siglo (en 1896, para ser exactos) los médicos británicos George F. Blackler y William P. Lawrence escribieron un artículo en el que examinaban informes anteriores de hermafroditismo auténtico. Habían encontrado que sólo tres de veintiocho casos cumplían las nuevas normas. Al estilo orwelliano, limpiaron los registros médicos pasados de informes de hermafroditismo, con el argumento de que no satisfacían los estándares científicos modernos,[31] mientras que muy pocos casos nuevos satisfacían el criterio estricto de la verificación microscópica de la presencia de tejido gonadal de ambos sexos.

Sobre sexo y género

Bajo el manto del avance científico, la acción ideológica de la ciencia era imperceptible para los científicos del cambio de siglo, igual que lo era para el COI la acción ideológica de requerir el test de la polimerasa para las atletas (véase el capítulo 1). Las teorías decimonónicas de la intersexualidad (los sistemas de clasificación de Saint-Hilaire, Simpson, Klebs, Blackler y Lawrence) encajan en un grupo mucho más amplio de ideas biológicas sobre la diferencia. Los científicos y los médicos insistían en que los cuerpos de varones y mujeres, de blancos y gente de color, de judíos y gentiles, de obreros y gente de clase media, diferían profundamente. En una época en que los derechos individuales eran objeto de debate político sobre la base de la igualdad humana, los científicos decían que algunos cuerpos, por definición, eran mejores y más merecedores de derechos que otros.

Si esto parece paradójico, desde otro punto de vista tiene sentido. Las teorías políticas que declaraban que «todos los hombres son iguales» no sólo eran amenazadoras porque proporcionaban una justificación a las colonias para derrocar el régimen monárquico y establecer repúblicas independientes. También amenazaban con minar la lógica subyacente tras instituciones sociales y económicas fundamentales como el matrimonio, la esclavitud o la restricción del derecho de voto a los varones blancos con propiedades. No sorprende, pues, que la ciencia de las diferencias se invocara a menudo para invalidar las reivindicaciones de emancipación social y política.[32]

En el siglo XIX, por ejemplo, las activistas del movimiento abolicionista estadounidense pronto comenzaron a insistir en su derecho a hablar en público,[33] y a mediados de siglo tanto las estadounidenses como las inglesas exigían más oportunidades educativas y derechos económicos, así como el derecho a votar. Sus iniciativas encontraron una feroz resistencia por parte de expertos científicos.[34] Algunos médicos argumentaron que permitir a las mujeres acceder a la universidad arruinaría su salud y provocaría su esterilidad, lo que en última instancia llevaría a la degeneración de la raza (blanca, por supuesto). Las mujeres con estudios se sublevaron, y poco a poco conquistaron el derecho a la educación superior y el voto.[35]

Estas luchas sociales tuvieron profundas repercusiones sobre la categorización científica de la intersexualidad. Más que nunca, los políticos necesitaban dos y sólo dos sexos. El tema había ido más allá de los derechos legales particulares como el de voto. ¿Y si, pensando que era un varón, una mujer ejercía alguna actividad para la que se suponía que las mujeres no estaban dotadas? ¿Y si se las arreglaba bien? ¿Qué pasaría con la idea de que las incapacidades femeninas naturales dictaban la desigualdad social? A principios del siglo XX, a medida que el debate sobre la igualdad social entre los sexos se acaloró, los médicos concibieron definiciones aún más estrictas y exclusivas de hermafroditismo. Cuanto más se radicalizaba la contestación social de la separación entre las esferas masculina y femenina, más médicos insistían en la división absoluta entre masculinidad y feminidad.

Los intersexuales a examen

Hasta principios del siglo XIX, los árbitros fundamentales de la condición intersexual habían sido los juristas, quienes, aunque pudieran consultar a médicos y sacerdotes en casos particulares, acostumbraban a

guiarse por su propia manera de entender la diferencia sexual. A principios del siglo XX, los médicos suplantaron a los juristas como principales normalizadores de la intermediación sexual.[36] Aunque el estándar legal (que no había más que dos sexos y que todo hermafrodita tenía que identificarse con el sexo dominante en su cuerpo) se mantuvo, en la década de los treinta los médicos habían abierto una nueva vía: la supresión quirúrgica y hormonal de la intersexualidad. La edad de las gónadas dio paso a la aún menos flexible edad de la conversión, en la que los médicos encuentran imperativo reconvertir a la gente de sexo mixto, por cualquier medio que sea necesario, en varón o mujer (figura 2.3).

Pero los pacientes, siempre problemáticos, continuaron poniendo palos en las ruedas. Incluso durante la edad de las gónadas, los médicos basaban más de una vez su evaluación de la identidad sexual en la forma general del cuerpo y la inclinación del paciente (con independencia de lo que indicaran sus gónadas). En 1915, el médico británico William Blair Bell sugirió públicamente que a veces los sexos estaban demasiado mezclados para dejar que las gónadas solas dictaran el tratamiento. Para entonces, las nuevas tecnologías de anestesia y asepsia ya hacían posible la extracción de muestras de tejido (biopsias) de las gónadas de pacientes vivos. Bell encontró una paciente que presentaba rasgos externos mixtos (mamas, pero también barba, un clítoris elongado, voz grave y ausencia de ciclo menstrual) cuya biopsia reveló que sus gónadas eran ovotestículos (una combinación de tejido ovárico y testicular).

Enfrentado a un auténtico hermafrodita, vivo y coleando, Bell se remitió al criterio legal, y escribió que «las características predominantemente femeninas han decidido el sexo adoptado». Subrayó que las gónadas no tenían por qué ser el único criterio para decidir el sexo de un paciente, sino que «la posesión de un [único] sexo es una necesidad de nuestro orden social, para los hermafroditas tanto como para los sujetos normales».[37] Aun así, Bell no abandonó los conceptos de seudohermafroditismo y hermafroditismo verdadero. De hecho, la mayoría de médicos continúa dando por sentada esta distinción. Pero, ante la apremiante complejidad de los cuerpos y personalidades reales, Bell insistió en que cada caso debía tratarse con flexibilidad, teniendo en cuenta los múltiples signos corporales y comportamentales del paciente intersexual.

Pero esto volvía a plantear un viejo problema: ¿qué signos debían tenerse en cuenta? Considérese un caso del que informa en 1924 Hugh Hampton Young, el «padre de la urología americana».[38] Young operó a un joven que presentaba un pene malformado,[39] un testículo no descen-



FIGURA 2.3: Una viñeta sobre la historia de la intersexualidad. (Fuente: Diane DiMassa, para la autora)

dido y una masa dolorosa en la ingle. La masa resultó ser un ovario conectado con un útero y oviductos atrofiados. Young ponderó el problema:

Un joven de aspecto normal con instintos masculinos [atlético, heterosexual] resultó tener un ... ovario funcional en la ingle izquierda. ¿Cuál era el carácter del saco escrotal en el lado izquierdo? Si la gónada también era in-

dudablemente femenina, ¿debería dejarse que permaneciera alojada en el escroto? Si era masculina, ¿debería dejarse que el paciente continuara viviendo con un ovario y un oviducto funcionales en el lado izquierdo del abdomen? Si había que extirpar los órganos de un lado, ¿cuál debería ser?[40]

Resultó que el joven tenía un testículo, y Young extirpó el ovario. Conforme fue adquiriendo experiencia, Young basó cada vez más sus juicios en la situación social y psicológica de sus pacientes, apoyándose en la interpretación sofisticada del cuerpo más para hacerse una idea de la gama de posibilidades físicas que como un indicador necesario del sexo.

En 1937, Young, por entonces profesor de urología en la Universidad Johns Hopkins, publicó *Genital Abnormalities, Hermaphroditism and Related Adrenal Diseases*, un libro notable por su erudición, penetración científica y apertura mental. En él, Young sistematizó la clasificación de los intersexos (manteniendo la definición de Blackler y Lawrence de hermafroditismo auténtico) y recopiló una gran variedad de casos meticulosamente documentados, propios y ajenos, para mostrar y estudiar el tratamiento médico de estos «accidentes de nacimiento». No juzgaba a las personas que describía, algunas de las cuales vivían como «hermafroditas practicantes» (esto es, tenían experiencias sexuales como hombres y como mujeres a la vez).[41] Tampoco intentó forzar a nadie a someterse a tratamiento.

Uno de los casos de Young era un hermafrodita llamado Emma que se crió como mujer. Poseía una vagina y un clítoris lo bastante grande (entre una y dos pulgadas de largo) para poder tener relaciones sexuales «normales» tanto con hombres como con mujeres. Siendo adolescente tuvo experiencias sexuales con unas cuantas chicas por las que se sintió profundamente atraída, pero a los diecinueve años se casó con un hombre con quien tuvo una vida sexual poco placentera (aunque, de acuerdo con Emma, él nunca se quejó). Durante éste y otros matrimonios sucesivos, Emma tuvo relaciones sexuales placenteras con amigas. Según refiere Young, parecía «bastante contenta, incluso feliz». En conversación con él, sin embargo, le confió que en ocasiones habría deseado ser un varón. Pero, aunque Young le aseguró que la transformación sería un asunto relativamente simple, el/la replicó: «¿Habría que eliminar esa vagina? No sé, porque es mi bono de comida. Si lo hiciera, tendría que prescindir de mi marido y buscarme un trabajo, así que creo que me quedaré como estoy. Mi marido me mantiene bien y, aunque él no me da ningún placer sexual, mi novia me lo da de sobra». Sin más comentarios

ni evidencia de decepción, Young pasaba al siguiente «ejemplo interesante de hermafrodita practicante».[42]

Su resumen del caso no dice nada de motivaciones financieras, sólo menciona que Emma rehusó la reconversión sexual porque «le daban pánico las operaciones requeridas».[43] Pero Emma no era el único caso de opción sexual influida por consideraciones económicas y sociales. Por lo general, cuando se les ofrecía la posibilidad de elegir, los hermafroditas jóvenes optaban por convertirse en varones. Considérese el caso de Margaret, nacida en 1915 y criada como chica hasta los catorce años. Cuando su voz comenzó a virilizarse y su pene malformado creció y comenzó a asumir funciones adultas, Margaret pidió permiso para vivir como un varón. Con la ayuda de psicólogos (que más tarde publicaron un informe del caso) y un cambio de residencia, abandonó su atavío «ultrafemenino», consistente en un «vestido de satén verde con falda acampanada, un sombrero de terciopelo rojo con adornos de bisutería, zapatillas con lazos, peinado a lo garçon con puntas cayendo sobre las mejillas», y se convirtió en un muchacho de pelo corto, jugador de béisbol y rugby, a quien sus nuevos compañeros de clase apodaron Big James. El joven James tenía sus propias ideas sobre las ventajas de ser varón, tal y como le contó a su hermana: «Es más fácil ser un hombre. Ganas más dinero y no hace falta que te cases. Si eres una chica y no te casas la gente se ríe de ti».[44]

Aunque el doctor Young iluminó el tema de la intersexualidad con una buena dosis de sabiduría y consideración hacia sus pacientes, su obra fue parte del proceso que condujo a una nueva invisibilidad y un enfoque rígido e intransigente del tratamiento de los cuerpos intersexuales. Además de una juiciosa recopilación de estudios de casos, el libro de Young es un extenso tratado sobre las terapias más modernas (quirúrgicas y hormonales) para aquellos que buscaban ayuda. Aunque menos dado a los juicios morales y el control de los pacientes y sus progenitores que sus sucesores, proporcionó a la siguiente generación de médicos los cimientos científicos y técnicos sobre los que basar sus prácticas.

Al igual que en el siglo XIX, el conocimiento incrementado de los orígenes biológicos de la complejidad sexual facilitó la eliminación de sus signos. La comprensión profunda de las bases fisiológicas de la intersexualidad, junto con el mejoramiento de las técnicas quirúrgicas, especialmente a partir de la década de los cincuenta, comenzó a hacer posible que los médicos reconocieran a la mayoría de intersexuales ya desde su nacimiento.[45] El motivo de recomendar su reconversión era genuinamente humanitario: permitir que los individuos encajaran y fun-

cionaran física y psicológicamente como seres humanos saludables. Pero tras este anhelo subyacen asunciones no discutidas: primero, que debería haber sólo dos sexos; segundo, que sólo la heterosexualidad era normal; y tercero, que ciertos roles de género definían al varón y la mujer psicológicamente saludables.[46] Estas mismas asunciones continúan proporcionando la justificación para la «gestión médica» moderna de los nacimientos intersexuales.

3

Sobre géneros y genitales: Uso y abuso del intersexual moderno

La actitud ante el intersexual

Los médicos

Un niño nace en un gran hospital metropolitano de Estados Unidos o la Europa occidental. El obstetra, tras advertir que los genitales del recién nacido no son ni masculinos ni femeninos, o las dos cosas a la vez, consulta con un endocrinólogo pediátrico (especialista en hormonas) y un cirujano. Se declara el estado de emergencia médica.[1] De acuerdo con los estándares de tratamiento vigentes, no hay tiempo que perder en reflexiones sosegadas o consultas con los progenitores. No hay tiempo para que los nuevos padres consulten a otros que hayan tenido hijos de sexo mixto antes que ellos o hablen con intersexuales adultos. Antes de veinticuatro horas, el bebé debe abandonar el hospital con un solo sexo, y los progenitores deben estar convencidos de que la decisión ha sido la correcta.

¿Por qué tanta prisa? ¿Cómo se puede estar tan seguro en sólo veinticuatro horas de que el sexo asignado al recién nacido es el correcto?[2] Una vez se toma una decisión de esta índole, ¿cómo se lleva a cabo y cómo afecta al futuro del niño?

Desde los años cincuenta, psicólogos, sexólogos y otros investigadores han discutido teorías sobre los orígenes de las diferencias sexuales, en especial la identidad de género, los roles sexuales y la orientación sexual. Hay mucho en juego en estos debates. Nuestras concepciones de la naturaleza de las diferencias de género conforman, a la vez que reflejan, la estructuración de nuestros sistemas sociales y políticos. También conforman y reflejan nuestra comprensión de nuestros cuerpos físicos. En ninguna parte resulta esto tan evidente como en los debates sobre

la estructura (y reestructuración) de los cuerpos que son sexualmente ambiguos.

Curiosamente, la práctica contemporánea de «fijar» el sexo de los bebés intersexuales justo después del nacimiento emanó de algunas teorías del género sorprendentemente flexibles. En los años cuarenta, Albert Ellis estudió ochenta y cuatro casos de neonatos de sexo mixto y concluyó que «si bien la *potencia* del impulso sexual humano posiblemente depende en gran medida de factores fisiológicos ... la *dirección* de este impulso no parece depender directamente de elementos constitucionales».[3] En otras palabras, en el desarrollo de la masculinidad, la feminidad y las inclinaciones homosexual o heterosexual, la crianza importa mucho más que la naturaleza. Una década más tarde, el psicólogo John Money y sus colegas los psiquiatras John y Joan Hampson, de la Universidad Johns Hopkins, abordaron el estudio de los intersexuales, quienes «proporcionarían un material de valor incalculable para el estudio comparativo de la morfología y fisiología corporales, la crianza y la orientación psicosexual».[4] Money y colaboradores se basaron en sus propios estudios para llevar al extremo la tesis de Ellis y establecer lo que hoy parece extraordinario por su absoluta negación de la noción de inclinación natural. Concluyeron que las gónadas, las hormonas y los cromosomas no determinaban automáticamente el género de un niño: «A partir de la suma total de casos de hermafroditismo, la conclusión que se deriva es que la conducta y la orientación masculinas o femeninas no tienen una base instintiva innata».[5]

¿Dedujeron de ello que las categorías «masculino» y «femenino» no tenían base biológica alguna? En absoluto. Estos científicos eligieron a los hermafroditas como objetos de estudio para probar que la naturaleza apenas contaba; pero nunca cuestionaron la asunción fundamental de que sólo hay dos sexos, porque su meta era saber más sobre el desarrollo «normal».[6] En la visión de Money, la intersexualidad era resultado de procesos fundamentalmente anormales. Sus pacientes requerían tratamiento médico porque *deberían* haber nacido varones o mujeres. El objetivo del tratamiento era asegurar un desarrollo psicosexual correcto a base de asignar al niño de sexo mixto el género adecuado y luego hacer lo necesario para asegurar que el niño y sus progenitores creyeran en el sexo asignado.[7]

Hacia 1969, año en que Christopher Dewhurst (profesor de obstetricia y ginecología en el Queen Charlotte Maternity Hospital y el Chelsea Hospital for Women de Londres) y Ronald R. Gordon (pediatra y catedrático de salud infantil en la Universidad de Sheffield) pu-



FIGURA 3.1: Un bebé XX de seis días con genitales externos masculinizados. (Foto original de Lawson Wilkins en Young 1961 [figura 23.1, p. 1405]; reimpreso con permiso)

blicaron su tratado *The Intersexual Disorders*, los tratamientos médicos y quirúrgicos de la intersexualidad habían llegado a un grado de consenso nunca antes alcanzado. Sorprende poco que este consenso médico cristalizara en una época que asistió a lo que Betty Friedan ha llamado «la mística femenina», el ideal de posguerra de la familia suburbana estructurada en torno a unos roles sexuales estrictamente divididos. Que la gente no acababa de conformarse a este ideal se desprende del tono casi histérico del libro de Dewhurst y Gordon, un tono que contrasta vivamente con la ponderación de su precursor Young.

Dewhurst y Gordon abren su libro con una descripción de un recién nacido intersexual, acompañada de una fotografía en primer plano de sus genitales. Los autores recurren a la retórica de la tragedia: «Uno sólo puede intentar imaginar la angustia de los padres. Que un recién nacido tenga una deformidad ... [que afecta] a algo tan fundamental como el sexo mismo de la criatura ... es una tragedia que de inmediato evoca vi-

siones de un inadaptado psicológico sin esperanza, abocado a llevar una vida de soledad y frustración como un monstruo sexual». Advierten que éste es el destino que le espera al bebé si el caso no se trata como es debido, «pero, por fortuna, con un tratamiento correcto las perspectivas son infinitamente mejores de lo que los pobres padres —emocionalmente aturdidos por el suceso— o cualquiera que no tenga un conocimiento especial podría llegar a imaginar». Por suerte para la criatura, cuyos tiernos genitales se nos invita a examinar íntimamente (figura 3.1), «el problema fue abordado con prontitud y eficacia por el pediatra local». Al final nos enteramos de que a los progenitores se les aseguró que, a pesar de las apariencias, el niño era «en realidad» una niña cuyos genitales externos se habían masculinizado por unos niveles de andrógeno inusualmente elevados durante la vida fetal. También se les dijo que en el futuro podría tener relaciones sexuales normales (tras pasar por el quirófano para abrir el canal vaginal y acortar el clítoris) y hasta tener hijos.[8]

Dewhurst y Gordon contraponen este final feliz al resultado de una terapéutica incorrecta o negligencia médica por ignorancia. Describen el caso de una persona que siempre había vivido como una mujer, invitándonos de nuevo a contemplar de cerca sus genitales,[9] que incluyen un clítoris peniforme, pero sin escroto y con aberturas uretral y vaginal separadas. Los autores refieren que, siendo adolescente, el/la se había preocupado por sus genitales y su ausencia de pechos y menstruación, aunque se había amoldado a «su infortunado estado». Pero a los cincuenta y dos años las dudas volvieron a «atormentarle». Tras diagnosticar al sujeto como un seudohermafrodita masculino, abocado a una vida de infelicidad por culpa de una asignación equivocada de sexo femenino, Dewhurst y Gordon afirman que el caso ilustra «la clase de tragedia que puede derivarse de un tratamiento incorrecto del problema».[10] Su libro, por el contrario, pretende aleccionar a sus lectores (presumiblemente personal médico) sobre cómo gestionar correctamente este tipo de situaciones.

En la actualidad, a despecho del acuerdo general de que las intersexualidades de nacimiento deben corregirse de inmediato, la práctica médica en estos casos varía mucho. No hay estándares nacionales o internacionales que rijan los tipos de intervención factibles. Muchas escuelas médicas enseñan los procedimientos específicos discutidos en este libro, pero los cirujanos toman decisiones individuales basadas en sus propias creencias y en lo que era la práctica corriente cuando se formaron (que puede o no concordar con lo que se publica en las revistas mé-

dicas más destacadas). Sin embargo, sea cual sea el tratamiento elegido, los médicos que deciden cómo manejar la intersexualidad se rigen por, y perpetúan, creencias profundamente arraigadas sobre las sexualidades masculina y femenina, los roles sexuales, y el lugar (in)adecuado de la homosexualidad en el desarrollo normal.

Los progenitores

Cuando nace un niño de sexo mixto, alguien (unas veces el cirujano, otras un endocrinólogo pediátrico, más raramente un consejero de educación sexual) explica la situación a los padres.[11] Un niño «normal», dicen, nace con un pene (definido como un falo recorrido longitudinalmente por un conducto uretral central —a través del cual fluye la orina— que se abre al exterior por la punta). Este niño también tiene un cromosoma X y un cromosoma Y (XY), dos testículos alojados en un saco escrotal, y una variedad de conductos, que en el varón sexualmente maduro transportan espermatozoides y otros componentes del fluido seminal al mundo exterior (figura 3.2B).

Igual de frecuente es que el bebé tenga un clítoris (un falo sin uretra) que, como el pene, está ricamente irrigado e inervado. En ambos casos, la estimulación física puede provocar una erección y una serie de contracciones que llamamos orgasmo.[12] En una niña «normal» la uretra se

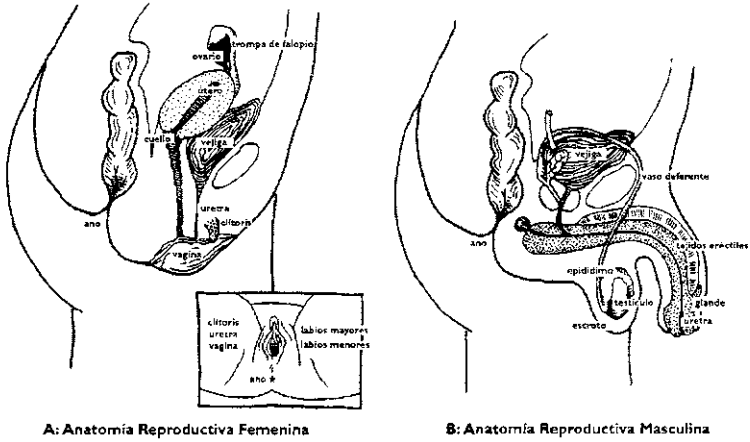


FIGURA 3.2: A: Anatomía reproductiva femenina. B: Anatomía reproductiva masculina. (Fuente: Alyce Santoro, para la autora)

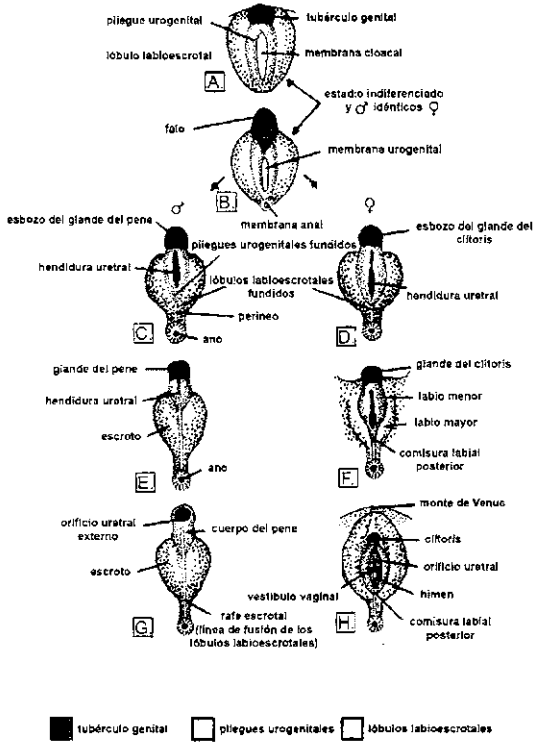


FIGURA 3.3: El desarrollo de los genitales externos desde la fase embrionaria hasta el nacimiento. (Fuente: redibujado por Alyce Santoro de Moore 1997, p. 241, con permiso de W.B. Saunders)

abre cerca de la vagina, un amplio canal cuya abertura está rodeada por dos juegos de labios carnosos. El canal vaginal conecta por dentro con el cuello uterino, que a su vez se abre al interior del útero. Unidos a éste hay dos oviductos que, después de la pubertad, transportan óvulos desde el vecino par de ovarios hasta el útero (figura 3.2A). Si el bebé también tiene dos cromosomas X (XX), entonces decimos que es de sexo femenino.

Los médicos también explicarán a los progenitores que los embriones masculinos y femeninos se desarrollan de manera progresivamente divergente a partir de un mismo punto de partida (figura 3.3). La gónada embrionaria opta al principio del desarrollo por la vía masculina o la femenina, y más tarde el falo se desarrolla en un pene o se queda en un clítoris. Similarmente, los lóbulos urogenitales embrionarios o bien

permanecen abiertos para convertirse en labios vaginales o se funden para formar un escroto. Por último, todos los embriones contienen estructuras destinadas a convertirse en el útero y las trompas de Falopio, y otras con el potencial de transformarse en los epidídimos y vasos deferentes (estructuras tubulares implicadas en el transporte de esperma desde los testículos hasta el exterior del cuerpo). Cuando el embrión opta por una u otra vía, las estructuras apropiadas se desarrollan y el resto degenera.

Hasta aquí muy bien. Los médicos no han hecho más que explicar algunos hechos básicos de la embriología. La trampa está en lo que dicen cuando el desarrollo no procede por la vía clásica. Los médicos suelen informar a los progenitores de que la criatura tiene un «defecto de nacimiento», y que tardarán un poco en saber si es niño o niña.[13] Les aseguran que pueden identificar el sexo «verdadero» que se esconde bajo la confusión superficial y que, una vez lo hagan, sus tratamientos quirúrgicos y hormonales pueden llevar a término la intención de la naturaleza.[14]

Los médicos de hoy todavía aplican las categorías decimonónicas de hermafroditas «verdaderos» y «seudohermafroditas».[15] Puesto que la mayoría de intersexuales encaja en la segunda categoría, los médicos piensan que un bebé intersexual es «en realidad» un niño o una niña. Money y otros especialistas formados en este enfoque, prohíben pronunciar la palabra *hermafrodita* en la conversación con los progenitores, y para evitarla emplean una jerga más técnica, como «anomalía de los cromosomas sexuales», «anomalía gonadal» o «anomalía de los órganos externos»,[16] con lo que se comunica que los intersexos son inusuales en algún aspecto de su fisiología, y no que constituyen una categoría sexual aparte, ni masculina ni femenina.

Los tipos de intersexualidad más corrientes son la hiperplasia adrenocortical congénita, el síndrome de insensibilidad androgénica, la disgénesis gonadal, el hipospadias y las composiciones cromosómicas inusuales como XXY (síndrome de Klinefelter) o XO (síndrome de Turner) (véase la tabla 3.1). El llamado hermafroditismo verdadero combina ovarios y testículos. A veces un individuo tiene un lado masculino y un lado femenino. En otros casos el ovario y el testículo se desarrollan juntos en un mismo órgano, formando lo que los biólogos llaman un ovotestículo.[17] No es infrecuente que al menos una de las gónadas (más a menudo el ovario)[18] funcione lo bastante bien para producir óvulos o espermatozoides y niveles funcionales de las llamadas hormonas sexuales (andrógenos o estrógenos). En teoría no es imposible

TABLA 3.1: *Algunos tipos comunes de intersexualidad*

NOMBRE	CAUSA	RASGOS CLÍNICOS BÁSICOS
Hiperplasia adrenocortical congénita	Disfunción hereditaria de una o más de seis enzimas implicadas en la síntesis de hormonas esteroides	En los bebés XX causa una masculinización genital de leve a severa, que puede ser de nacimiento o posterior. Si no se trata, puede causar masculinización en la pubertad. Algunas formas afectan drásticamente al metabolismo salino y ponen en peligro la vida si no se tratan con cortisona.
Síndrome de insensibilidad a los andrógenos	Cambio hereditario del receptor para la testosterona en la superficie celular	Bebés XY con genitales muy feminizados. El cuerpo es «ciego» a la presencia de testosterona, ya que las células no pueden captarla y usarla para dirigir el desarrollo por la vía masculina. En la pubertad estos intersexos desarrollan mamas y una silueta femenina.
Disgénesis gonadal	Diversas causas, no todas genéticas; un cajón de sastre	Se refiere a individuos (la mayoría XY) cuyas gónadas no se desarrollan adecuadamente. Los rasgos clínicos son heterogéneos.
Hipospadias	Diversas causas, que incluyen alteraciones del metabolismo de la testosterona[a]	La uretra no se abre al exterior por la punta del pene. En las formas leves la abertura está justo debajo del glande, en las formas moderadas está en el tronco del pene, y en las severas en la base.
Síndrome de Turner	Mujeres en cuyo genotipo falta el segundo cromosoma X (XO)[b]	Una forma de disgénesis gonadal en mujeres. Los ovarios no se desarrollan; la estatura es baja; los caracteres sexuales secundarios están ausentes. El tratamiento incluye estrógeno y hormona del crecimiento.
Síndrome de Klinefelter	Varones con un cromosoma X de más (XXY)[c]	Una forma de disgénesis gonadal esterilizante, a menudo acompañada de crecimiento mamario en la pubertad. El tratamiento incluye la administración de testosterona.

a. Aaronson et al. 1997.

b. Por supuesto, la historia es más complicada. Para algunos estudios recientes véase Jacobs, Dalton et al. 1997, Boman et al. 1998.

c. Hay muchas variaciones cromosómicas clasificadas como síndrome de Klinefelter (Conte y Grumbach 1989).

que un hermafrodita pudiera ser capaz de gestar y dar a luz hijos propios, aunque no hay ningún caso documentado. En la práctica, los genitales externos y conductos acompañantes están tan entremezclados que la única manera de comprobar qué partes están presentes y cuál está conectada con cuál es la cirugía exploratoria.[19]

Los padres de niños intersexuales suelen preguntar con qué frecuencia nacen hijos como el suyo y si existe alguna asociación de padres que tengan el mismo problema con la que puedan contactar. Dado que los médicos acostumbran a clasificar los intersexos como casos urgentes, y la investigación sobre el tema es escasa, no suelen estar enterados de los recursos disponibles, y a menudo se limitan a decir a los padres que la condición es extremadamente rara, por lo que no encontrarán a otros en circunstancias similares. Ambas respuestas están lejos de la verdad. Volveré a la cuestión de los grupos de apoyo a los intersexuales y sus progenitores en el próximo capítulo. Aquí me ocuparé de la cuestión de la frecuencia.

¿Cuán a menudo nacen bebés intersexuales? Junto con un grupo de estudiantes de la Universidad Brown, rastreamos la literatura médica en busca de estimaciones de la frecuencia de diversas formas de intersexualidad.[20] Para unas pocas categorías, usualmente las más raras, la evidencia era anecdótica, pero para el resto había estadísticas. La cifra que dimos al final (un 1,7 por ciento de todos los nacimientos; véase la tabla 3.2) debe tomarse sólo como un orden de magnitud y no como una estimación precisa.[21]

Aunque nos hubiéramos excedido por un factor de dos, esto todavía significaría que cada año nacen miles de niños intersexuales. A una tasa del 1,7 por ciento, por ejemplo, en una localidad de 300.000 habitantes habría 5100 personas con diversos grados de intersexualidad. Compárese esta proporción con el albinismo, otra condición humana relativamente rara, pero que la mayoría de lectores probablemente recordará haber observado alguna vez. Pues bien, los albinos son mucho menos frecuentes que los intersexos: sólo 1 de cada 20.000 nacimientos.[22]

TABLA 3.2: *Frecuencias de diversos casos de desarrollo sexual no dimórfico*

100 CAUSA	FRECUENCIA ESTIMADA / NACIMIENTOS
No XX o no XY (salvo síndromes de Turner o Klinefelter)	0,0639
Síndromes de Turner	0,0369
Síndrome de Klinefelter	0,0922
Síndrome de insensibilidad a los andrógenos	0,0076
Insensibilidad parcial a los andrógenos	0,00076
Hiperplasia adrenocortical congénita clásica (sin contar poblaciones de muy alta frecuencia)	0,00779
Hiperplasia adrenocortical congénita tardía	1,5
Agénesis vaginal	0,0169
Hermafroditas verdaderos	0,0012
Idiopáticos	0,0009
TOTAL	1,728

La cifra del 1,7 por ciento se obtuvo promediando una amplia variedad de poblaciones. La intersexualidad no se distribuye uniformemente en el mundo. Muchas formas de intersexualidad se deben a alteraciones genéticas, y en algunas poblaciones los genes implicados son mucho más frecuentes que en otras. Considérese, por ejemplo, el gen de la hiperplasia adrenocortical congénita. Cuando se presenta en doble dosis (esto es, cuando el individuo es homocigoto para el gen) hace que las mujeres XX nazcan con genitales externos masculinizados (aunque sus órganos reproductivos internos son los de una mujer potencialmente fértil; véase la tabla 3.1). La frecuencia de este gen varía mucho de una población a otra. Un estudio evidenció que el 3,5 por mil de los recién nacidos yupik (una etnia esquimal) tenía el gen de la hiperplasia adrenocortical congénita en dosis doble. Por el contrario, sólo 5 neozelandeses por millón expresan el rasgo. La frecuencia de una alteración genética relacionada que no afecta a los genitales, pero puede causar un crecimiento prematuro del vello púbico y síntomas como una pilosidad

inusual y calvicie seudomasculina en las mujeres jóvenes, también varía mucho. Estos genes alterados dan síntomas en 3/1000 italianos, mientras que entre los judíos asquenazíes la proporción asciende a 37/1000.[23]

Además, la incidencia de la intersexualidad podría estar aumentando. Ya hay un caso documentado de un recién nacido con un ovario y testículos, cuya madre lo concibió por fecundación *in vitro*. Parece ser que, de tres embriones implantados en el útero, dos, uno XX y otro XY, se fusionaron. Salvo por el ovario, el feto resultante, formado a partir de la fusión de un embrión masculino y otro femenino, se desarrolló en un niño normal y sano.[24] También preocupa que la presencia de contaminantes medioambientales que imitan los estrógenos estén comenzado a causar un extendido incremento de la incidencia de formas de intersexualidad como el hipospadias.[25]

Pero si nuestra tecnología ha contribuido a modificar nuestra constitución sexual, también ha proporcionado las herramientas para negar tales cambios. Hasta hace muy poco, el espectro de la intersexualidad nos ha movido a corregir los cuerpos de sexo indeterminado. En vez de forzarnos a admitir la naturaleza social de nuestras ideas sobre la diferencia sexual, nuestras cada vez más sofisticadas técnicas médicas nos han permitido, al convertir tales cuerpos en masculinos o femeninos, insistir en que la gente es, por naturaleza, o varón o mujer, con independencia de que los nacimientos intersexuales sean notablemente frecuentes y puedan estar aumentando. Las paradojas inherentes a este modo de pensar, sin embargo, continúan flotando sobre la medicina convencional, aflorando una y otra vez tanto en los debates académicos como en el activismo político sobre las identidades sexuales.

La «reparación» de la intersexualidad

El arreglo prenatal

Para producir niños de género normal, algunos científicos han vuelto la vista hacia la terapia prenatal. La biotecnología ya ha cambiado el género humano. Por ejemplo, hemos recurrido a la amniocentesis y al aborto selectivo para reducir la frecuencia del síndrome de Down, y en algunas partes del mundo incluso hemos alterado la proporción de sexos mediante el aborto selectivo de los fetos femeninos,[26] y ahora tanto el sonograma como el examen amniótico de las mujeres embarazadas pueden detectar indicios del género del bebé, además de una amplia variedad de

anomalías del desarrollo.[27] La mayoría de intersexualidades no puede tratarse antes del nacimiento, pero una de las formas más frecuentes —la hiperplasia adrenocortical congénita— sí admite la intervención prenatal. ¿Es deseable esto? ¿Cómo podría la eliminación de una causa principal de ambigüedad genital afectar a nuestra comprensión de «lo que califica un cuerpo de por vida dentro del dominio de la inteligibilidad cultural»?[28]

Los genes causantes de la hiperplasia adrenocortical congénita están bien caracterizados, y ahora hay varios modos de detectar su presencia en el embrión.[29] Una mujer que sospeche que puede estar gestando un bebé con hiperplasia adrenocortical congénita (si ella o algún familiar son portadores de alguno de los genes responsables) puede someterse a tratamiento y luego a examen. Lo pongo en este orden porque, para prevenir la masculinización de los genitales femeninos, el tratamiento (con un esteroide llamado dexametasona) debe comenzar a las cuatro semanas de gestación.[30] Los primeros métodos diagnósticos, sin embargo, no pueden aplicarse hasta la novena semana.[31] Por cada ocho fetos XX así tratados, sólo uno nacerá con genitales masculinizados.[32] Si el feto resulta ser de sexo masculino (a los médicos no les preocupa la masculinización de los fetos XY, porque, por lo visto, nunca se puede ser *demasiado* masculino)[33] o no está afectado de hiperplasia adrenocortical congénita, el tratamiento puede interrumpirse.[34] Pero si el feto es XX y está afectado, el tratamiento con dexametasona se continúa durante todo el embarazo.[35]

Puede parecer una buena idea, pero hay pocos datos que la sustenten. Un estudio comparaba siete niñas hiperplásicas (nacidas con genitales masculinizados) con sus hermanas tratadas prenatalmente. Estas últimas nacieron con genitales completamente femeninos o sólo levemente masculinizados en comparación con sus hermanas.[36] Otro estudio de cinco niñas hiperplásicas informaba de un desarrollo genital considerablemente normalizado.[37] En medicina, sin embargo, todo tiene un precio. Las pruebas diagnósticas[38] pueden provocar abortos en un 1 o 2 por ciento de los casos, y el tratamiento tiene efectos secundarios tanto para la madre (retención de fluidos, ganancia excesiva de peso, hipertensión y diabetes, estrías abdominales marcadas y permanentes, vello facial y emotividad acrecentada) como para el bebé. «El efecto sobre el "metabolismo" fetal no se conoce»,[39] pero un estudio reciente ha indicado efectos negativos tales como un retardo del crecimiento y del desarrollo psicomotor. Otro grupo de investigación ha encontrado que el tratamiento prenatal con dexametasona puede causar una variedad de pro-

blemas comportamentales, como una mayor timidez, menos sociabilidad y mayor emotividad.[40]

Muchos especialistas todavía no recomiendan este tratamiento porque «la seguridad de esta terapia experimental no ha quedado establecida en pruebas rigurosamente controladas».[41] Por otro lado, la diagnosis prenatal permite a los médicos reconocer las alteraciones metabólicas y comenzar el tratamiento desde el nacimiento. El tratamiento precoz y continuado puede prevenir posibles crisis metabólicas por pérdida de sales (potencialmente mortales) y otros problemas, como la detención prematura del crecimiento y el adelantamiento extremo de la pubertad. También beneficia a los niños XY con hiperplasia adrenocortical congénita, que (aunque, obviamente, no tienen problemas con sus genitales) padecen los mismos desarreglos metabólicos. Por último, el tratamiento hormonal precoz permite eliminar o minimizar la cirugía genital.

La aceptación de la terapia prenatal por los padres no es unánime. En un estudio de 176 embarazos, 101 parejas de progenitores aceptaron el tratamiento prenatal después de evaluar los pros y contras, y 75 lo rechazaron. De estas 75, quince tenían fetos con hiperplasia adrenocortical congénita, siete XY y ocho XX, y tres de estas ocho madres optaron por abortar.[42] En otro estudio, los investigadores encuestaron a 38 madres para evaluar su actitud hacia el tratamiento. Aunque todas habían padecido efectos secundarios graves y se mostraron preocupadas por las posibles secuelas a corto y largo plazo de la dexametasona sobre sus bebés y sobre ellas mismas, todas declararon que volverían a pasar por ello para evitar tener una hija con genitales masculinos.[43]

La *diagnosis* prenatal parece justificarse porque permite que médicos y progenitores se preparen para el nacimiento de una criatura cuyos problemas médicos crónicos demandarán un tratamiento hormonal precoz. Otra cosa es la *terapia* prenatal. Dicho lisa y llanamente: ¿merece la pena aplicar siete tratamientos innecesarios, con sus efectos secundarios concomitantes, para tener una niña virilizada menos? Si pensamos que la virilización requiere una reconstrucción quirúrgica general a fin de evitar futuros daños psicológicos, la respuesta probable será que sí.[44] En cambio, si pensamos que muchas de estas operaciones son innecesarias, entonces la respuesta muy bien podría ser negativa. Quizá pueda llegarse a un compromiso. Si se pudieran minimizar los efectos secundarios del tratamiento limitándolo a la fase inicial del desarrollo genital, esto probablemente aliviaría los problemas genitales más graves, como la fusión de los labios vulvares, pero quizá no frenaría el agrandamiento del clítoris. La separación de los labios fusionados y la reconstrucción del

seno urogenital son operaciones quirúrgicas complejas y no siempre exitosas, aunque esenciales para que la afectada pueda tener hijos. Así pues, y si lo demás no cambia, parece que lo mejor sería evitar la cirugía. Como argumento en lo que queda de capítulo y en el siguiente, sin embargo, reducir un clítoris hipertrofiado simplemente no es necesario.

El arreglo quirúrgico

Si no ha habido «arreglo» prenatal y nace un intersexo, los médicos deben decidir, como dirían ellos, sobre la intención de la naturaleza. ¿Qué «se supone» que habría sido la criatura recién nacida, niño o niña? Patricia Donahoe, profesora de cirugía en la Escuela Médica de Harvard y destacada investigadora en los campos de la embriología y la cirugía, ha concebido un procedimiento rápido para decidir la asignación de sexo a un recién nacido ambiguo. Primero se mira si el bebé tiene dos cromosomas X (es cromatín-positivo) y luego si sus gónadas están situadas simétricamente. Si es así, se cataloga al bebé como seudohermafrodita femenino. En cambio, un bebé XX con asimetría gonadal se clasifica de entrada como hermafrodita auténtico, porque la asimetría suele reflejar la presencia de un testículo en un lado y un ovario en el otro.

Los bebés con un solo cromosoma X (cromatín-negativos) también pueden subdividirse en simétricos y asimétricos. Los del primer grupo se clasifican como seudohermafroditas masculinos, y los del segundo como afectos de disgénesis gonadal, un cajón de sastre que agrupa a los individuos cuyas gónadas potencialmente masculinas no se han desarrollado como es debido.[45] Este árbol de decisión, que se basa en las permutaciones derivadas de la simetría o asimetría gonadal y la presencia o ausencia de un segundo cromosoma X, permite al médico categorizar rápidamente al recién nacido intersexual. Una evaluación más profunda y precisa de la situación específica del individuo puede llevar semanas o meses.

Se sabe lo bastante de cada una de las cuatro categorías (hermafrodita verdadero, seudohermafrodita masculino, seudohermafrodita femenino y disgénesis gonadal) para predecir con precisión considerable (aunque no completa) cómo se desarrollarán los genitales y si la criatura desarrollará rasgos masculinos o femeninos en la pubertad. Basándose en este conocimiento, los médicos aplican la siguiente regla: «Los individuos de genotipo femenino siempre deberían criarse como mujeres, preservando el potencial reproductivo, con independencia de su viriliza-

ción. En cambio, la asignación de género a los individuos de genotipo masculino se basa en su anatomía, principalmente el tamaño del falo».[46]

Los médicos insisten en dos evaluaciones funcionales de la adecuación del tamaño fálico. Los niños deberían ser capaces de orinar de pie para «sentirse normales» frente a sus iguales, mientras que los adultos necesitan un pene lo bastante grande para la penetración vaginal en el acto sexual.[47] ¿Cuán grande debe ser el órgano para cumplir estas funciones centrales y así satisfacer la definición de *pene?* En un estudio de 100 niños recién nacidos, la longitud del pene variaba de 2,9 cm a 4,15 cm.[48] Para Donahoe y colaboradores, un falo de 2 cm es preocupante, mientras que por debajo de 1,5 cm de longitud y 0,7 de grosor debe optarse por una reasignación de género.[49]

De hecho, los médicos no están seguros de qué debe contar como un pene normal. Por ejemplo, en un pene «ideal» la uretra se abre por la punta del glande. Las aberturas subapicales suelen contemplarse como una patología, cuya denominación médica es *hipospadias*. En un estudio reciente, sin embargo, un grupo de urólogos examinó la localización de la abertura uretral en 500 varones hospitalizados por otros problemas. Resultó que, en relación al pene ideal, sólo el 55 por ciento de los varones de la muestra era normal.[50] El resto exhibía hipospadias leve, en grado variable. Muchos ni se habían enterado de que toda su vida habían estado orinando por un agujero desviado. Los autores de este estudio concluyen:

> Los urólogos pediátricos deberían conocer la «distribución normal» observada de las posiciones del meato urinario ... ya que el fin de la cirugía reconstructiva debería ser restituir la normalidad del individuo. La cirugía puramente estética, en cambio, trataría de sobrepasar lo normal ... éste es el caso de muchos pacientes con hipospadias, cuyo meato urinario el cirujano intenta recolocar en una posición distinta de la que hallaríamos en el 45 por ciento de los varones llamados normales.[51]

Cuando se opta por convertir a un intersexo en un varón, las inquietudes son más sociales que médicas.[52] La salud física no suele preocupar, aunque algunos bebés intersexuales son proclives a padecer infecciones del tracto urinario que, si se agravan, pueden causar lesiones renales. Más bien, la cirugía genital temprana tiene fines psicológicos. ¿Puede la cirugía convencer a progenitores, cuidadores e iguales (y, a través de todos ellos, al propio interesado) de que el intersexual es en realidad un varón? Los varones intersexuales son en su mayoría estériles, así que lo

que más cuenta es la funcionalidad del pene en las interacciones sociales (si «se ve bien», si puede «funcionar satisfactoriamente» en el acto sexual). Lo que define el cuerpo masculino no es lo que el órgano sexual hace para el cuerpo al que está unido, sino lo que hace en interacción con otros cuerpos.[53] Lo cierto es que nuestras ideas sobre la longitud mínima del pene de un bebé son bastante arbitrarias. Quizá sin pretenderlo, Donahoe ha evidenciado la naturaleza social del proceso de decisión al comentar que «el tamaño del falo al nacer no se ha correlacionado de manera fiable con su tamaño y función en la pubertad».[54] Así, los médicos pueden decidir eliminar un pene a su juicio demasiado pequeño y crear una niña, aunque ese pene pudiera haber alcanzado el tamaño «normal» en la pubertad.[55]

Así pues, en la decisión de si un bebé es niño o niña intervienen definiciones sociales de los componentes esenciales del género. Estas definiciones, como observa la psicóloga social Suzanne Kessler en su libro *Lessons from the Intersexed*, son principalmente culturales, no biológicas.[56] Considérense, por ejemplo, los problemas creados por la introducción de los enfoques médicos europeos y norteamericanos en culturas con sistemas de género diferentes. Un grupo de médicos de Arabia Saudí informó recientemente de varios casos de intersexos XX con hiperplasia adrenocortical congénita, una disfunción hereditaria de las enzimas que catalizan la síntesis de hormonas esteroides. A pesar de tener dos cromosomas X, algunos de estos intersexos nacen con unos genitales externos tan masculinizados que se les toma inicialmente por niños. En Estados Unidos y Europa estos bebés suelen criarse como niñas, porque pueden ser madres una vez corregida la masculinización genital. Los médicos saudíes formados en la tradición europea recomendaban esta solución a los padres con este problema. En algunos casos, sin embargo, los progenitores rechazaron la propuesta de que su «hijo» se convirtiera en una hija. «La resistencia a la educación femenina tenía una base social ... Era esencialmente una expresión de las actitudes de las comunidades locales ... en particular la preferencia por los hijos sobre las hijas».[57]

Si etiquetar a los intersexos como niños está estrechamente ligado a las concepciones culturales de la masculinidad y la funcionalidad del pene, etiquetarlos como niñas es un proceso aún más imbuido de las definiciones sociales del género. La hiperplasia adrenocortical congénita es una de las causas más comunes de intersexualidad en las personas de genotipo XX. Como ya hemos visto, estas personas pueden ser madres en la edad adulta. Los médicos suelen regirse por la regla de Donahoe, que

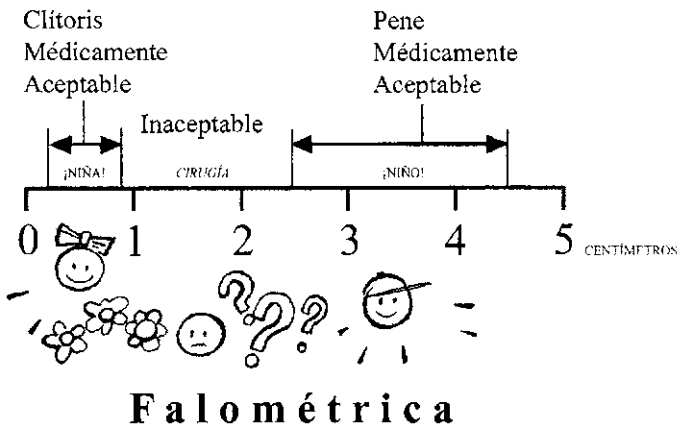


FIGURA 3.4: Falométrica. Los números de la escala indican centímetros. (Fuente: Alyce Santoro, para la autora)

prioriza la preservación de la capacidad reproductiva, aunque Kessler ha informado del caso de un cirujano que decidió reasignar el sexo de un bebé de genotipo femenino en vez de eliminar un pene bien formado.[58] No obstante, en la asignación de sexo masculino predomina la regla del tamaño. Una razón es puramente técnica. Los cirujanos han tenido un éxito bastante discreto a la hora de construir el pene grande y firme que requiere la virilidad. Crear un chico es difícil. En cambio, crear una chica es mucho más fácil. No hace falta construir nada: sólo hay que sustraer el exceso de masculinidad. Como dijo un cirujano bien conocido en este campo: «Puedes hacer un agujero, pero no puedes construir un poste».[59]

Como recurso didáctico en su lucha por cambiar la práctica médica de la cirugía genital infantil, los miembros del movimiento por los derechos de los intersexuales han concebido un «falómetro» (figura 3.4), una regla que representa los rangos previsibles de tamaños fálicos para niños y niñas recién nacidos. Proporciona un resumen gráfico del razonamiento subyacente tras el proceso de asignación de género. Si el clítoris es «demasiado grande» para una niña, los médicos querrán reducirlo,[60] pero, en contraste con el pene, en la decisión raramente se tienen en cuenta medidas precisas. El caso es que tales medidas existen. Desde 1980 sabemos que el clítoris medio de las recién nacidas mide 0,345 cm.[61] Estudios más recientes evidencian que el tamaño normal del clítoris al nacer varía entre 0,2 cm y 0,85 cm.[62] En una entrevista de 1994,

TABLA 3.3: *Historia reciente de la cirugía del clítoris*

TIPO DE CIRUGÍA	INFORMES PUBLICADOS	AÑOS DE PUBLICACIÓN	Nº TOTAL DE PACIENTES
Clitoridectomía	7	1955-1974	124
Reducción del clítoris	8	1961-1993	51
Recesión del clítoris	7	1974-1992	92
Informes comparativos	2	1974, 1982	93[a]

Fuente: Extraído de datos publicados en Rosenwald et al. 1958; Money 1961; Randolf y Hung 1970, Randolf et al. 1981; Donahoe y Hendren 1984; Hampson 1955; Hampson y Money 1955; Gross et al. 1966; Lattimer 1961; Mininberg 1982; Rajfer et al. 1982; van der Kamp et al. 1992; Ehrhardt et al. 1968; Allen et al. 1982; Azziz et al. 1986; Newman et al. 1992b; Mulaikal et al. 1987; Kumar et al. 1974; Hendren y Crawford 1969.

a. Puede incluir datos reportados previamente.

un eminente cirujano especialista en reasignación de sexo parecía desconocer la existencia de esta información. También declaró que estas mediciones le parecían irrelevantes porque, en el caso femenino, la «apariencia general» cuenta más que el tamaño.[63] A despecho de las estadísticas médicas publicadas que evidencian un amplio rango de tamaños clitorídeos al nacer, a menudo los médicos se basan sólo en su impresión personal para decidir cuándo un clítoris es «demasiado grande» para una niña y debe reducirse, aun en los casos en que el bebé no es intersexual en ningún sentido.[64] Así pues, las ideas de los médicos sobre el tamaño y el aspecto apropiados de los genitales femeninos llevan a una cirugía genital innecesaria y sexualmente dañina.[65]

Considérense, por ejemplo, los recién nacidos cuyos genitales se sitúan en un limbo fálico: más de 0,85 cm pero menos de 2,0 cm (véase la figura 3.4). Una revisión sistemática de la literatura clínica sobre cirugía del clítoris desde 1950 hasta hoy revela que, si bien los médicos han seguido siendo partidarios de asignar tales infantes al género femenino, sus ideas sobre la sexualidad femenina y, en consecuencia, su concepto del tratamiento quirúrgico apropiado de la intersexualidad femenina, han cambiado radicalmente (véase la tabla 3.3). En los años cincuenta, cuando se pensaba que el orgasmo femenino era vaginal y no clitorídeo, los cirujanos practicaban clitoridectomías completas sin ningún reparo (el procedimiento se ilustra en la figura 3.5).[66]

Pero a lo largo de los años sesenta, los médicos fueron comenzando a

reconocer la base clitorídea del orgasmo femenino, aunque todavía hoy quedan cirujanos que mantienen que el clítoris es innecesario para el placer sexual femenino.[67] En consecuencia, los cirujanos se decantaron por los procedimientos que siguen aplicándose en la actualidad. En la operación conocida como reducción del clítoris, el cirujano corta el tronco del falo elongado y cose el glande junto con los nervios preservados al muñón remanente (figura 3.6). Menos frecuente es la recesión del clítoris, en la que el cirujano esconde el tronco del clítoris (al que un grupo de cirujanos aludió como «el ofensivo tronco»)[68] bajo la piel, de manera que sólo asome el glande (figura 3.7). Dependiendo de su anatomía genital de nacimiento, las criaturas asignadas al sexo femenino pasan por operaciones adicionales como la construcción vaginal o la reducción labio-escrotal.

Los intersexuales asignados al género masculino también pasan por remodelaciones quirúrgicas considerables. En la literatura médica se describen más de trescientos «tratamientos» quirúrgicos para el hipospadias, la abertura de la uretra por debajo del ápice del pene (lo que puede obligar al niño a orinar sentado). Algunas de estas operaciones tienen por objeto corregir la curvatura del pene hacia abajo (una consecuencia frecuente del desarrollo intersexual) para facilitar la erección.[69] Salvo las formas más leves, todas las correcciones quirúrgicas del hipospadias implican incisiones considerables y, en ocasiones, trasplantes de piel.

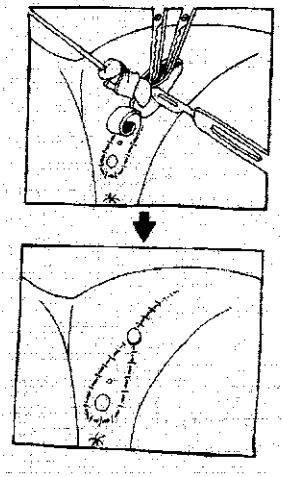


FIGURA 3.5: Eliminación del clítoris (clitorectomía). (Fuente: Alyce Santoro, para la autora)

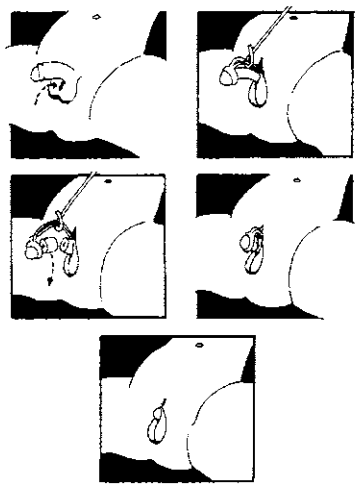


FIGURA 3.6: Reducción del clítoris. (Fuente: Alyce Santoro, para la autora)

Esta remodelación genital puede requerir hasta tres operaciones durante los dos primeros años de vida, y aún más hacia la pubertad. En los casos más difíciles, las cicatrices acumuladas pueden conducir a un pene inmovilizado por culpa de la fibrosis, una situación que un médico ha descrito como «hipospadias mutilado».[70]

No se ha llegado a un consenso sobre qué técnicas minimizan la complicaciones y el número de operaciones. La ingente literatura médica sobre el hipospadias no es concluyente. Cada año se publican decenas de artículos que describen nuevas técnicas quirúrgicas, cada una supuestamente mejor que las anteriores».[71] Muchos de estos informes se centran en técnicas especiales para lo que los cirujanos llaman «operaciones secundarias» (esto es, una cirugía destinada a reparar operaciones previas fallidas).[72] Hay muchas razones para esta proliferación de artículos sobre el hipospadias. La condición es altamente variable, de ahí que admita tratamientos muy diversos. Pero una revisión de la literatura también sugiere que a los cirujanos les complace especialmente introducir técnicas innovadoras de reparación genital. Hasta los profesionales de la medicina se han percatado de esta obsesión por la reconstrucción del pene. Como ha escrito un eminente urólogo, inventor de una técnica que lleva su nombre: «Cada especialista en hipospadias tiene sus fetiches».[73]

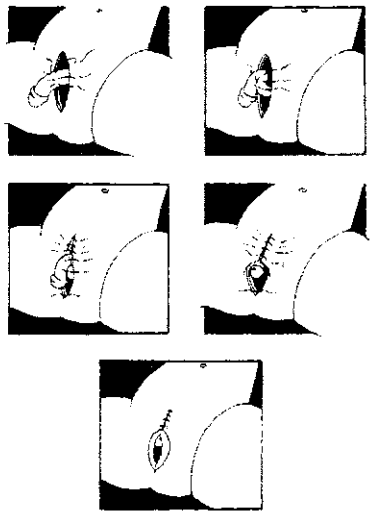


FIGURA 3.7: Ocultación del clítoris (recesión). (Fuente: Alyce Santoro, para la autora)

El arreglo psicológico

Aunque investigadores influyentes como John Money y John y Joan Hampson creían que la génesis de la identidad de género durante la primera infancia es extraordinariamente maleable, también creían que la ambigüedad en la vida adulta es patológica. Entonces, ¿cómo efectuaría un infante intersexual la transición de las posibilidades abiertas iniciales a la identidad de género fijada que el estamento médico estimaba necesaria para la buena salud psicológica? Money y los Hampson insistían en que el esquema psicológico infantil se desarrollaba en consonancia con su imagen corporal, por lo que la cirugía genital temprana era imperativa. Las partes corporales tenían que concordar con el sexo asignado. Pero si la coherencia anatómica era importante para el niño,[74] más aún lo era para sus progenitores. Como habría dicho Peter Pan, «tenían que creer» en la identidad de género asignada a la criatura para que dicha identidad se hiciera real. Hampson y Hampson escribieron: «Al trabajar con niños hermafroditas y sus padres, resulta claro que el establecimiento de la orientación psicosexual del niño comienza no tanto con éste como con sus padres».[75]

Irónicamente, la ligadura lógica de los médicos se revela en sus lar-

gas discusiones sobre lo que *no* debe decirse a los padres, cuando intentan explicarles que la asignación de género decidida (y a menudo construida por medios quirúrgicos) no es arbitraria, sino que es natural y de algún modo inherente al cuerpo del paciente. Se ha implantado así una tradición de doble lenguaje. Los manuales médicos y artículos de investigación originales casi unánimemente recomiendan que padres e hijos no reciban una explicación completa de la condición sexual del infante. En vez de decir que es una combinación de masculino y femenino, los médicos aducen que el intersexo es claramente varón o mujer, pero que el desarrollo embrionario no se ha completado. Un médico escribió: «Deberíamos esforzarnos al máximo en desterrar la idea de que el niño es en parte varón y en parte mujer ... A menudo es mejor explicar que "las gónadas estaban incompletamente desarrolladas ... y por lo tanto había que eliminarlas". Deberíamos hacer todo lo que podamos para desterrar cualquier sentimiento de ambigüedad sexual».[76]

Una publicación médica reciente advierte de que al aconsejar a los progenitores de niños intersexuales hay que «evitar añadir información confusa o contradictoria a la incertidumbre de los padres ... Si los genitales externos del niño son dudosos, a los padres sólo hay que decirles que se investigará la causa».[77] Este grupo de médicos y psicólogos holandeses suele tratar con niños afectos de insensibilidad androgénica (véase la tabla 3.1). Estos niños tienen un genotipo XY y testículos funcionales, pero sus células no responden a la testosterona, por lo que no sólo no desarrollan los caracteres sexuales secundarios masculinos, sino que, al llegar a la pubertad, a menudo responden al estrógeno producido por sus propios testículos y adquieren una voluptuosa figura femenina. Suelen ser criados como mujeres, tanto por su aspecto como porque la experiencia pasada indica que estas personas adquieren una identidad de género femenina. A menudo se les extirpan los testículos, pero los investigadores holandeses advierten que «hablamos sólo de gónadas, no de testículos. Si la gónada contiene tejido ovárico y testicular, decimos que no se ha desarrollado del todo en la dirección femenina».[78]

Otros médicos son conscientes de que deben tener en cuenta el conocimiento y la curiosidad de sus pacientes. Como escribe un grupo de investigadores, «el test de la cromatina puede hacerse en los cursos de biología de secundaria, y el tratamiento mediático de la medicina sexual es cada vez más detallado, por lo que es una temeridad asumir que a un adolescente se le puede escatimar el conocimiento sobre su condición gonadal o cromosómica». Pero estos autores también sugieren que a un intersexo XY criado como niña nunca se le diga que nació con unos tes-

tículos que se eliminaron, y subrayan que la comprensión científica matizada del sexo anatómico es incompatible con la necesidad del paciente de una identidad bien definida. Por ejemplo, un intersexo reconvertido en niña debería ver cualquier tratamiento quirúrgico al que se haya sometido no como una operación que lo transformó en chica, sino como una eliminación de partes que no se correspondían con su sexo. «Por convención, la gónada se consigna como testículo», escriben los mismos autores, «pero en la formulación del paciente lo mejor es que se contemple como un órgano imperfecto ... inadecuado para una vida como mujer y, por ende, eliminable».[79]

Otros opinan que incluso esta apertura limitada es contraproducente. Un cirujano sugiere que «las explicaciones pato-fisiológicas detalladas son inapropiadas, y la honestidad médica a cualquier precio no es beneficiosa para el paciente. Por ejemplo, no se gana nada diciendo a los varones genéticos criados como mujeres que sus gónadas o sus cromosomas son masculinos».[80] Esta insistencia de los médicos en reservarse la información y sus propias decisiones sobre los cuerpos de los pacientes revela sin quererlo sus temores de que la divulgación de los hechos sobre los cuerpos intersexuales amenace la adhesión de los individuos (y, por extensión, de la sociedad) a un modelo estrictamente masculino-femenino. No digo que exista una conspiración de silencio, sino que los médicos están cegados por su propia convicción de que todo el mundo es o varón o mujer, lo que les impide ver la ligadura lógica.

Silenciar la verdad en interés de la salud psicológica, sin embargo, puede ser contrario a la práctica médica sensata. Considérese la controversia sobre la castración temprana de los niños afectos de insensibilidad androgénica. La razón usual es que los testículos pueden volverse cancerosos. No obstante, la tasa de cáncer testicular en estos pacientes sólo aumenta significativamente después de la pubertad. Además, aunque su cuerpo no responda a los andrógenos, sí puede responder y responde a los estrógenos producidos por los testículos. La feminización natural podría muy bien ser preferible a la inducida artificialmente, en particular por el peligro de una futura osteoporosis. ¿Por qué los médicos no retrasan la extirpación de los testículos hasta justo después de la pubertad, entonces? Una razón es que en tal caso seguramente tendrían que contarle más al paciente sobre su condición, algo que son extremadamente reacios a hacer.[81]

Kessler describe un caso así. A una de estas personas se le extirparon los testículos cuando era demasiado joven para recordar o comprender la importancia de los cambios en su anatomía. Ya adolescente, los médicos

le explicaron que necesitaría tomar estrógenos por un tiempo, y que de niña le habían quitado sus ovarios porque no eran normales. Seguramente con intención de convencerla de que su feminidad era auténtica a pesar de su incapacidad para ser madre, uno de los médicos que la trataron le dijo que su útero estaba atrofiado, pero que siempre podría adoptar niños. Otro miembro del mismo equipo médico aprobó la explicación de su colega: «Le está diciendo la verdad, porque si no se hace así ... luego vienen los problemas». Ahora bien, como señala Kessler, puesto que la joven nunca tuvo útero ni ovarios, ésta era una curiosa versión de «la verdad».[82]

En los últimos años los pacientes han tenido mucho que decir sobre tales medias verdades, o mentiras absolutas, y en el próximo capítulo consideraré sus opiniones. Por ahora, pasemos de los protocolos terapéuticos encaminados a mantener la intersexualidad dentro de los límites de un sistema de dos géneros a los estudios experimentales sobre los intersexos humanos. En la larga tradición establecida por Saint-Hilaire, estas investigaciones se valen de la intersexualidad para extraer conclusiones sobre el desarrollo «normal» de la masculinidad y la feminidad.

Los usos de la intersexualidad

Hacerse un hombre / hacerse una mujer

Las asunciones subyacentes tras el tratamiento quirúrgico de la intersexualidad no han escapado a la crítica. No todo el mundo cree que la identidad sexual es fundamentalmente maleable. El más dramático de estos debates, con diferencia, ha sido la controversia de casi treinta años entre John Money y otro psicólogo, Milton Diamond. En los años cincuenta, Money y sus colaboradores, los Hampson, argumentaron que el sexo asignado y el sexo inculcado eran un mejor pronosticador de la identidad de género y la orientación sexual de un hermafrodita en la edad adulta que cualquier otro aspecto de su sexo biológico: «Teóricamente, nuestros hallazgos indican que ni la herencia pura ni el entorno puro son doctrinas adecuadas del origen de la identidad de género ... Aun así, es evidente que los roles y la orientación sexuales no están determinados de manera automática, innata, instintiva por agentes físicos como los cromosomas. Por otro lado, también es evidente que el sexo asignado e inculcado no determina de manera automática y mecánica la identidad y la orientación sexuales».[83]

Ahora bien, ¿era aplicable la tesis de Money a la mayoría de niños se-

xualmente no ambiguos? ¿Habían llegado él y sus colegas, a través del estudio de los niños intersexuales, a una teoría general, incluso posiblemente universal, del desarrollo psicosexual? Money creía que sí, y para demostrarlo esgrimió el caso de un niño no ambiguo llamado John, quien había perdido su pene a los siete meses de edad tras una circuncisión fallida. Basándose en su experiencia con intersexos, Money aconsejó que el accidentado fuera criado como niña tras remodelársele quirúrgicamente para adecuar su cuerpo a su nueva condición. Un elemento trascendental de este caso era que, excepcionalmente, existía un control: Joan (como se le rebautizó) tenía un hermano gemelo. Money esperaba que este caso zanjaría el debate sobre la importancia del sexo inculcado. Si Joan adquiría una identidad de género femenina, mientras que su hermano genéticamente idéntico continuaba por la senda de la masculinidad adulta, entonces quedaría claro que las fuerzas del entorno se imponían a la constitución genética.

Al final la familia aceptó el cambio de sexo del bebé, y poco antes de sus dos primeros años de vida se le castró y feminizó quirúrgicamente. Money se complacía sobremanera en citar el testimonio de la madre de Joan, según el cual a la niña le disgustaba la suciedad y le encantaban los vestidos y «tener el pelo arreglado».[84] Money concluyó que su caso demostraba que «las pautas de crianza dimórficas tienen una influencia extraordinaria en la conformación de la diferenciación psicosexual infantil, cuyo resultado último es una identidad de género femenina o masculina». En un momento de particular entusiasmo, escribió: «Recurriendo a la alegoría de Pigmalión, uno puede modelar un dios o una diosa a partir de la misma arcilla».[85]

La explicación de Money del desarrollo psicosexual enseguida se granjeó adhesiones como la más progresista, liberal y moderna.[86] Pero no todos la suscribían. En 1965, Milton Diamond, por entonces un joven que acababa de doctorarse, decidió desafiar a Money y los Hampson. Lo hizo a instancia y con el respaldo de mentores que procedían de una tradición bien diferente en el campo de la psicología.[87] Los consejeros científicos de Diamond proponían un nuevo paradigma para el desarrollo del comportamiento sexual, en el que las hormonas, y no el entorno, eran el factor decisivo.[88] En una fase temprana del desarrollo, estos mensajeros químicos intervenían directamente en la organización del cerebro; hormonas producidas en la pubertad podían activar el cerebro hormonalmente organizado para generar conductas ligadas al sexo tales como el apareamiento y la maternidad.[89] Aunque estas teorías se basaban en estudios con roedores, Diamond se inspiró en ellas para atacar la obra de Money.[90]

Diamond alegaba que, en esencia, Money y sus colaboradores esta-

ban sugiriendo que los seres humanos son sexualmente neutros al nacer, y cuestionó esta interpretación con el argumento de que «los mismos datos pueden no ser inconsistentes con la idea más clásica de una sexualidad inherente ya fijada al nacer». Diamond admitía que Money y sus colaboradores habían mostrado que «para los individuos hermafroditas ... es posible asumir roles sexuales opuestos a su sexo genético, morfológico, etc.». Pero discrepaba de sus conclusiones generales, aduciendo que «asumir que un rol sexual es exclusivamente, o siquiera principalmente, un engaño fomentado por la cultura», en vez del resultado de «tabúes y mecanismos de defensa potentes superpuestos a una *prepotencia biológica u organización y potenciación prenatal*, parece injustificado y, a partir de los presentes datos, sin fundamento».[91] En otras palabras, Diamond argumentaba que, aun en el caso de que Money y sus colaboradores estuvieran interpretando correctamente el desarrollo intersexual, su trabajo no arrojaba luz sobre los que él llamaba «normales».[92]

Diamond también señaló que el caso de John/Joan era el *único* ejemplo de desarrollo prenatal «normal» en el que la crianza se había im-

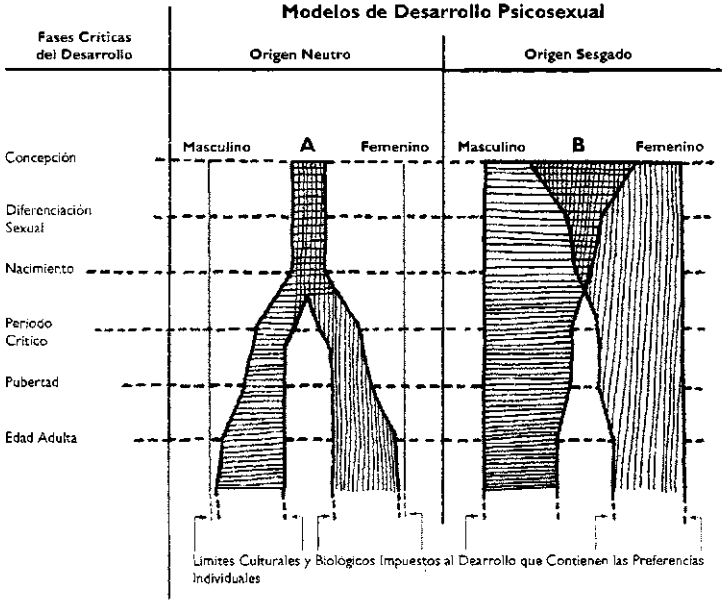


FIGURA 3.8: Modelos de desarrollo psicosexual. (Adaptado de Diamond 1965. Fuente: Alyce Santoro, para la autora)

puesto a la biología. En oposición a la teoría de la neutralidad del género y el moldeado ambiental de la identidad masculina o femenina,[93] Diamond propugnaba su propio modelo de «predisposición psicosexual». La idea era que los embriones masculinos y femeninos se solapan parcialmente al principio, y tienen un potencial relativamente amplio de desarrollo psicosexual. Pero, a medida que progresa el desarrollo pre y posnatal, entran en juego «restricciones culturales y biológicas que encauzan la capacidad total por canales aceptables»[94] (figura 3.8).

Sólo otro especialista osó desafiar a Money.[95] En 1970, el psiquiatra Bernard Zuger encontró varios estudios de casos clínicos en los que intersexuales adolescentes o adultos rechazaron su sexo asignado e insistieron en cambiarlo. Estos individuos parecían estar oyendo alguna voz interior que les instaba a ir contra corriente. Los padres podían insistir en que eran mujeres y los médicos podían haberles despojado de sus testículos, inyectado estrógenos y dotado de una vagina, pero ellos *sabían* que en realidad eran varones. Zuger concluyó: «Los datos de hermafroditas que pretenden evidenciar que el sexo inculcado se impone a las influencias contradictorias de cromosomas, gónadas, hormonas y genitales internos y externos en la determinación de la identidad de género resultan insostenibles sobre fundamentos metodológicos y clínicos. Las conclusiones extraídas de los datos en lo que respecta a la adopción del género asignado y el peligro psicológico de cambiarlo, si no es a muy corta edad, no son congruentes con otros datos similares encontrados en la literatura médica».[96]

Money estaba furioso. Publicó una réplica en la revista *Psychosomatic Medicine*, donde despotricaba contra Zuger en estos términos: «Lo que realmente me preocupa, incluso me aterra, del artículo del doctor Zuger no es sólo una cuestión de teoría ... sino que médicos y cirujanos inexpertos y/o dogmáticos lo esgriman como justificación para *imponer* una reasignación de sexo errónea ... omitiendo por irrelevante una evaluación psicológica, para ruina de la vida del paciente».[97] En su libro de 1972 con Anke Ehrhardt, Money atacaba de nuevo: «Parece, pues, que los prejuicios de los médicos sesgan la estadística actual de reasignación de sexo a favor del cambio de chica a chico, y en hermafroditas masculinos en vez de femeninos. Insistir en este punto no sería necesario si no fuera porque algunos autores siguen sin entenderlo».[98]

Pero Diamond acosó a Money con una determinación digna del inspector Javert en *Los miserables*. A lo largo de los años sesenta y setenta publicó al menos otros cinco artículos contestando las ideas de Money. En una publicación de 1982, escribía que los textos de psicología y es-

tudios de la mujer habían exhibido a John/Joan «para respaldar la aserción de que los roles y la identidad sexuales son básicamente aprendidos». Hasta la revista *Time* estaba propagando la doctrina construccionista de Money. Pero Diamond insistía en su «teoría de interacción biosocial», según la cual «la naturaleza impone límites a la identidad sexual y la preferencia de pareja, y es dentro de estos límites donde las fuerzas sociales interactúan y se formulan los roles sexuales».[99] (Nótese que en 1982 los términos del debate habían cambiado. Diamond hablaba ahora de identidad *sexual* y no de identidad de *género*, y se había introducido un nuevo concepto, la *preferencia de pareja*, al que volveré más adelante a propósito de los orígenes de la homosexualidad.)

Diamond no escribió este artículo sólo para incordiar. Tenía noticias sensacionales. En 1980, la BBC realizó un documental sobre el caso John/Joan. La intención inicial de los productores era presentar una semblanza de Money y su pensamiento, con Diamond como contrapunto crítico. Pero cuando los periodistas de la BBC comenzaron a preparar el documental en 1976, comprobaron que algo no marchaba bien con Joan (quien por entonces ya había cumplido los trece años): tenía ademanes masculinos, envidiaba la vida de los chicos, quería aprender mecánica del automóvil, y orinaba de pie. Los psiquiatras que la atendían pensaban que estaba teniendo «considerables dificultades para adaptarse a su condición femenina», y comenzaban a dudar de que lo consiguiera. Cuando los periodistas recabaron la opinión de Money sobre el resultado de su «experimento», rehusó seguir hablando del asunto, así que finalmente el reportaje presentó la constatación del descontento de Joan por los psiquiatras, sin la intervención de Money. Diamond se enteró de todo esto por el equipo de producción de la BBC, pero el documental no se emitió en Estados Unidos. En un intento de sacar los hechos a la luz en Norteamérica, Diamond publicó en 1982 una reseña del documental con la esperanza de desacreditar la teoría de Money de una vez por todas.[100]

El artículo no tuvo la repercusión que Diamond hubiera querido. Pero no abandonó. Puso anuncios en la *American Psychiatric Association Journal* para contactar con alguno de los psiquiatras que se ocuparon de Joan y pedirle colaboración para airear la verdad. Finalmente obtuvo respuesta de Keith Sigmundson, no sin que éste dejara pasar unos cuantos años antes de decidirse a dar el paso porque, como declaró él mismo, «estaba cagado de miedo ... no sabía lo que haría John Money con mi carrera».[101] Lo que Sigmundson contó a Diamond superaba todas sus expectativas: en 1980, Joan había vuelto a pasar por el quirófano para des-

prenderse de sus pechos y, más tarde, dotarse de un pene reconstruido, después de lo cual se había casado con una madre soltera con la que había formado una familia. Por fin, Diamond y Sigmundson fueron noticia de portada cuando desvelaron los detalles silenciados del caso de John/Joan, a quien ahora llamaban Joan/John.[102]

Diamond y Sigmundson esgrimieron el fracaso de la reconversión sexual de John para poner en tela de juicio dos ideas básicas: que los individuos son psicosexualmente neutros al nacer, y que el desarrollo psicosexual sano está íntimamente ligado a la apariencia de los genitales. Apoyándose en la poderosa historia de John/Joan/John, incluido el testimonio materno de su persistente y rebelde rechazo de los intentos de socializarlo como mujer, Diamond ha defendido que, lejos de ser sexualmente neutro, el cerebro está sexuado ya desde antes del nacimiento: «La evidencia de que los seres humanos *normales* no son psicosexualmente neutros al nacer, sino que, por su herencia mamífera, están sesgados y predispuestos a interactuar con las fuerzas del entorno, la familia y la sociedad a la manera masculina o femenina, parece abrumadora».[103]

Desde la denuncia de Diamond y Sigmundson, otros informes similares de rechazo del sexo reasignado y de crianza exitosa como varones de niños nacidos con penes malformados han merecido una atención ampliada.[104] Diamond y otros han ganado crédito (aunque algunos todavía albergan dudas)[105] para su reclamación de nuevos paradigmas terapéuticos, sobre todo la sustitución de la cirugía temprana e irreversible por apoyo psicológico. «Con esta gestión del problema», razona Diamond, «la predisposición de un varón a actuar como tal y su conducta real se reforzarán a diario en interacciones a todos los niveles sexuales, y se preservará su fertilidad».[106]

El debate, sin embargo, no está zanjado. En 1998, un grupo de psicólogos canadienses publicó un seguimiento de otro caso de reasignación de sexo subsiguiente a una *ablatio penis* (la delicada manera de aludir a la pérdida accidental del pene en la literatura médica). Este niño fue reconvertido en niña a los siete meses (mucho antes que John/Joan, quien tenía casi dos años cuando se le cambió de sexo). En 1998, el paciente, cuyo nombre se mantuvo en el anonimato, tenía veintiséis años y estaba viviendo como una mujer. Había tenido parejas masculinas antes, pero ahora se había pasado al lesbianismo. Tenía un oficio «practicado casi exclusivamente por hombres». Los autores hacen notar «un historial de marcada masculinidad comportamental en la infancia y una predominancia de la atracción sexual por las mujeres en las fantasías eró-

ticas». Pero no consideran que la reconversión sexual fuese del todo fallida, e insisten en que la *identidad* de género fue efectivamente modificada por la crianza en este caso, aunque los modales y la orientación sexual no lo fueran en la misma medida. Su conclusión es que «puede que la orientación y los roles sexuales estén más fuertemente influenciados por factores biológicos que la formación de la identidad de género».[107]

Esta teoría ha suscitado un acalorado debate. Algunos sexólogos, por ejemplo, replican que la evidencia presentada en este artículo de Susan Bradley y colaboradores es más favorable que contraria a la postura de Diamond. Y la controversia ha adquirido nuevos matices a medida que los intersexuales adultos han comenzado a aportar sus propios puntos de vista, además de sugerir interpretaciones más complejas de los estudios de casos que las ofrecidas por los académicos o los médicos.[108] Incluso el mismo John Money, aunque sigue rehusando la discusión, ha adoptado una postura menos radical. En un comentario de otro caso de *ablatio penis*, esta vez por el ataque de un perro a un niño, concede que el resultado a largo plazo de la reasignación sexual tanto temprana como tardía «no puede decirse que sea perfecto», y admite que los niños reconvertidos en niñas a menudo optan por el lesbianismo, lo que contempla como una evolución negativa por el estigma social que conlleva. Sin citar nunca a Diamond ni aludir al debate, concede que «hasta ahora no hay un conjunto unánimemente aceptado de líneas directrices para el tratamiento del trauma y la mutilación genital en la infancia, ni un banco de datos con el que confeccionar una estadística de resultados».[109]

La definición de la heterosexualidad: Un intersexual sano es un intersexual como es debido

Un espectro inquieta a la medicina: el espectro de la homosexualidad. Lo que parece ser un interés reciente en la conexión entre género y orientación sexual no es más que una expresión más explícita de las inquietudes que desde hace tiempo han motivado las discusiones científicas sobre el género y la intersexualidad. Los argumentos sostenidos sobre el tratamiento de los intersexuales no pueden comprenderse sin situarlos en el contexto histórico de los debates sobre la homosexualidad. Como escribe un historiador, en los años cincuenta «los medios de comunicación y la propaganda gubernamental asociaban a los homosexuales y otros "psicópatas sexuales" con los comunistas, como los más peligrosos de los inconformistas, enemigos invisibles que podían ser nuestros veci-

nos, y que amenazaban la seguridad de los niños, las mujeres, la familia y la nación».[110] Joseph McCarthy y Richard Nixon veían comunistas homosexuales debajo de cada piedra. Cuando los médicos decidían asignar un sexo definitivo a una criatura de sexo ambiguo, no bastaba con que adquiriese una personalidad masculina o femenina. Para que el tratamiento se considerara exitoso, tenía que ser heterosexual. Los Hampson, que entendían la homosexualidad como una psicopatología, un «desorden del sexo psicológico», subrayaban que el tratamiento adecuado de la intersexualidad no suponía una amenaza de homosexualidad,[111] y decían a los médicos que no necesitaban informar a los padres de niños intersexuales de que «su hijo no está destinado a crecer con deseos anormales y perversos, porque hermafroditismo y homosexualidad se confundan irremediablemente».[112]

No se puede culpar a los padres por sentirse confusos. Si la intersexualidad difuminaba la distinción entre varones y mujeres, entonces también difuminaba la separación entre heterosexuales y homosexuales. ¿Podría ser que un intersexual en proceso de reconversión acabara convirtiéndose en homosexual? Todo se reducía a cómo se definiera el sexo. Considérese un bebé con síndrome de insensibilidad androgénica nacido con un cromosoma X y otro Y en cada célula de su cuerpo, testículos y genitales externos ambiguos pero de apariencia más femenina que masculina. Dado que sus células son insensibles a la testosterona que producen sus testículos, se le cría como niña. En la pubertad sus testículos producen estrógeno, que transforma su cuerpo en el de una jovencita. Luego se enamora de un joven. Sigue teniendo testículos y un genotipo XY. ¿Es homosexual o heterosexual?

Money y sus seguidores dirían que, afortunadamente, es heterosexual. La lógica de Money sería que una persona educada como mujer tiene una identidad de género femenina.[113] En el complejo trayecto desde el sexo anatómico hasta el género social, su genética y sus gónadas masculinas son irrelevantes, porque su sexo hormonal y su sexo asignado son femeninos. Siempre que se sienta atraída por los hombres, la consideraremos heterosexual. La convención médica y cultural acepta que estas personas son mujeres como es debido, una definición que probablemente ellas también aceptan.[114]

Money y su equipo concibieron sus programas de tratamiento de la intersexualidad en los años cincuenta, cuando la homosexualidad se definía como una patología mental. Aun así, el propio Money tenía claro que el calificativo «homosexual» es una elección cultural, no un hecho natural. Al considerar los hermafroditas emparejados, unos criados

como mujeres y otros como varones, Money y Ehrnhardt escriben que tales casos «representan lo que, a todos los efectos, es homosexualidad planeada experimentalmente e inducida iatrogénicamente. Pero *la homosexualidad en estos casos debe calificarse como tal según el criterio del sexo genético, el sexo gonadal o el sexo hormonal fetal.* Pero deja de ser homosexualidad según el criterio posquirúrgico de los genitales externos y del sexo hormonal puberal».[115]

Más recientemente, el movimiento de liberación gay ha inspirado un cambio de ideas que ha contribuido a que los médicos vean, hasta cierto punto, que sus teorías son compatibles con un concepto más tolerante de la orientación sexual. Diamond, quien en 1965 hablaba de «afeminamiento y otras desviaciones sexuales», escribe hoy que «a partir de nuestra comprensión de la diversidad natural cabe anticipar una amplia oferta de tipos sexuales y orígenes asociados», y continúa: «Ciertamente, la gama entera de opciones: heterosexual, homosexual, bisexual, incluso el celibato ... debe proponerse y discutirse con franqueza».[116] Diamond reflexiona que la naturaleza es el árbitro de la sexualidad, pero ahora la naturaleza permite más de dos tipos normales de sexualidad. Su lectura actual de la naturaleza (y la de otros autores) es un relato de diversidad. Por supuesto, la naturaleza no ha cambiado desde los años cincuenta. Son nuestros relatos científicos los que han cambiado para conformarse a nuestras transformaciones culturales.

El intersexual como experimento de la naturaleza

Las prescripciones de Money para tratar la intersexualidad lo retratan, a él y a sus partidarios, en un atolladero ideológico. Por un lado, creen que los intersexuales habitan cuerpos cuyo desarrollo sexual ha ido mal. Por otro lado, argumentan que el desarrollo sexual es tan maleable que, si se parte de una edad lo bastante temprana, los cuerpos y las identidades sexuales pueden cambiarse casi a voluntad. Pero si el sexo corporal es tan maleable, ¿por qué molestarse en mantener el concepto?[117]

Los científicos que se enfrentan a este dilema contemplan a los intersexuales no sólo como pacientes que necesitan atención médica, sino como una suerte de experimento natural. En particular, desde los años setenta, los intersexuales han sido el centro de la investigación de las causas hormonales de las diferencias de comportamiento entre los sexos. Las manipulaciones deliberadas de hormonas durante el desarrollo, efectuadas con impunidad en ratas y monos, están proscritas en los seres hu-

manos. Pero cuando la naturaleza nos ofrece un experimento, parece de lo más natural estudiarlo.

Sobre la base de una ingente investigación animal (véase el capítulo 8) acerca de la influencia de las hormonas gonadales en el desarrollo comportamental, los científicos se han valido de los intersexuales para revisar tres extendidas creencias en cuanto a dimorfismo sexual:[118] diferencias en el deseo sexual,[119] diferencias en los juegos infantiles, y diferencias cognitivas, en particular las aptitudes espaciales.[120] El análisis de este cuerpo de conocimiento muestra que los intersexuales, contemplados como desviaciones de la norma que deben corregirse para preservar un sistema de dos géneros, también se estudian para establecer lo «natural» que es el sistema en primera instancia.

Considérense, por ejemplo, los intentos de los psicólogos modernos de comprender los orígenes biológicos del lesbianismo estudiando la intersexualidad femenina causada por una hiperactividad de las glándulas suprarrenales. Las niñas con hiperplasia adrenocortical congénita nacen con genitales masculinizados porque sus glándulas suprarrenales han producido un exceso de hormona masculinizante (andrógeno) durante el desarrollo fetal. Si se detecta ya desde el nacimiento, la producción de andrógeno se atenúa administrando cortisona y los genitales se «feminizan» quirúrgicamente.

Aunque, hasta la fecha, no hay evidencia directa de que las hormonas afecten el desarrollo cerebral y genital durante la misma fase embrionaria,[121] los investigadores se preguntaban si el exceso de andrógeno prenatal también afectaba el desarrollo cerebral. Si la exposición del cerebro fetal al andrógeno lo masculinizara irreversiblemente, ¿sería esto una «causa» de que las mujeres hiperplásicas tuvieran intereses y deseos sexuales más masculinos? La pregunta misma sugiere una teoría de la lesbiana como una descarriada. Como escriben las psicoanalistas Maggie Magee y Diana Miller: «Una mujer que vive su vida sentimental e íntima con otra mujer se contempla como una mujer que se ha "desviado" de la senda del desarrollo femenino correcto, expresando una identificación y unos deseos masculinos y no femeninos».[122] La aplicación de esta concepción a las mujeres hiperplásicas parecía tener sentido. Su producción «extra» de andrógeno había hecho que se desviaran de la trayectoria correcta del desarrollo femenino, por lo que el estudio de esta forma de intersexualidad podría proporcionar algún respaldo a la hipótesis de que las anomalías hormonales están en el núcleo del desarrollo de la homosexualidad.[123]

Desde 1968 hasta la actualidad, aproximadamente una docena de es-

tudios (el número de los cuales continúa aumentando) han buscado indicios de masculinidad inusual en las mujeres afectas de hiperplasia adrenocortical congénita. ¿Eran más agresivas y activas de niñas? ¿Preferían los juguetes masculinos? ¿Estaban menos interesadas en jugar con muñecas? Y la pregunta definitiva: ¿son lesbianas o albergan fantasías y deseos homosexuales?[124] En el sistema de género donde se enmarca esta investigación, las niñas que prefieren los juguetes masculinos, les gusta encaramarse a los árboles, desdeñan las muñecas y quieren estudiar una carrera presumiblemente también son proclives a la homosexualidad. La atracción sexual por las mujeres se entiende como una forma típicamente masculina de elección de objeto de deseo, no diferente en principio de la afición por el fútbol o las revistas eróticas. Las mujeres con intereses masculinos, por lo tanto, estarían reflejando un complejo comportamental del que la homosexualidad adulta no es más que una expresión pospuberal.[125]

Recientemente, Magee y Miller analizaron diez estudios de mujeres con hiperplasia adrenocortical congénita. Aunque Money y colaboradores reportaron en su momento que las jóvenes hiperplásicas eran más activas que los controles (mayor derroche de energía, agresividad y afición a los juegos rudos),[126] lo cierto es que trabajos más recientes no han confirmado esta observación.[127] Es más, ninguno de estos estudios ha encontrado que las chicas hiperplásicas tengan un carácter más dominante.[128] Unas cuantas publicaciones han reportado que las niñas con hiperplasia adrenocortical congénita están menos interesadas que los controles (a menudo hermanas no afectadas) en jugar con muñecas y otras formas de «preparación» para la maternidad. Inexplicablemente, sin embargo, un grupo de psicólogos ha observado que estas niñas pasan más tiempo jugando con sus mascotas y cuidando de ellas, mientras que otro grupo ha reportado que las afectas de este síndrome no querían tener hijos propios y más a menudo preferían estudiar una carrera que ejercer de ama de casa.[129] Sumándolo todo, estos resultados no abonan un papel principal de las hormonas prenatales en la producción de las diferencias de género.

Magee y Miller encuentran especialmente defectuosa la investigación sobre la incidencia del lesbianismo en las mujeres hiperplásicas. Para empezar, no hay un concepto compartido de homosexualidad femenina. Las definiciones van desde «identidad lesbiana hasta fantasías homosexuales, pasando por relaciones homosexuales o experiencia homosexual».[130] Aunque varios estudios reportan un incremento de pensamientos o fantasías homosexuales, ninguno ha encontrado mujeres hi-

perplásicas exclusivamente homosexuales. Mientras que uno de los grupos de investigación concluyó que «los efectos de las hormonas prenatales no determinan la orientación sexual individual»,[131] otros se aferran a la idea de que «la exposición temprana a los andrógenos puede tener una influencia masculinizante en la orientación sexual femenina».[132]

Así pues, una mirada crítica a los estudios de la masculinización asociada a la hiperplasia adrenocortical congénita revela una literatura poco sólida y problemática. ¿Por qué continúan publicándose estudios de esta índole, entonces? Creo que estos científicos, cuya preparación no cabe poner en duda,[133] vuelven a beber una y otra vez de las fuentes de la intersexualidad porque están tan profundamente inmersos en su propia teoría del género que les resulta imposible ver otras maneras de reunir e interpretar los datos. Son peces que nadan con soltura en sus propios océanos, pero que no pueden conceptualizar la marcha sobre un sustrato sólido.[134]

Interpretar la naturaleza es un acto sociocultural

Todas las opciones de tratamiento de los cuerpos con genitales mixtos, ya sea la química o la cirugía, o dejarlos como están, tienen consecuencias más allá del ámbito médico inmediato. ¿Qué puede significar la expresión «construcción social» en un mundo material de cuerpos con genitales y pautas de comportamiento diferentes? La filósofa feminista Judith Butler sugiere que «los cuerpos ... sólo viven dentro de las constricciones productivas de ciertos esquemas de género altamente polarizados».[135] Las aproximaciones médicas a los cuerpos intersexuales proporcionan un ejemplo literal. Los cuerpos dentro del rango «normal» son culturalmente inteligibles como masculinos o femeninos, pero las reglas para vivir como varón o mujer son estrictas.[136] No se permiten clítoris demasiado grandes ni penes demasiado pequeños. Las mujeres masculinas y los varones afeminados no interesan. Estos cuerpos son, como escribe Butler, «impensables, abyectos, inviables».[137] Su misma existencia pone en tela de juicio nuestro sistema de género. Cirujanos, psicólogos y endocrinólogos intentan crear buenos facsímiles de cuerpos culturalmente inteligibles. Si decidimos eliminar los genitales mixtos mediante tratamientos prenatales (los ya disponibles y los que puedan estarlo en el futuro) también estamos decidiendo seguir con nuestro actual sistema de inteligibilidad cultural. Si decidimos por un tiempo dejar que los cuerpos mixtos y las alteraciones de los comportamientos

propios de cada género se hagan visibles, entonces habremos decidido, de grado o por fuerza, cambiar las reglas de la inteligibilidad cultural.

La dialéctica de la argumentación médica no debe interpretarse ni como una diabólica conspiración tecnológica ni como una historia de apertura sexual a la luz del conocimiento científico moderno. Como el hermafrodita, es ambas cosas y ninguna. Nuestro conocimiento de la embriología y la endocrinología del desarrollo sexual, acumulado durante los siglos XIX y XX, nos dice que los machos y hembras humanos proceden de embriones con las mismas estructuras. La masculinidad y la feminidad completas representan los extremos de un espectro de tipos corporales posibles. El que estos extremos sean los más frecuentes ha dado pábulo a la idea de que no sólo son naturales (esto es, de origen natural) sino normales (esto es, la representación de un ideal estadístico y social). El conocimiento de la variación biológica, sin embargo, nos permite conceptualizar como naturales los espacios intermedios menos frecuentes, aunque sean estadísticamente inusuales.

Paradójicamente, las teorías del tratamiento médico de la intersexualidad socavan la creencia en la inevitabilidad biológica de los roles sexuales contemporáneos. Los teóricos como Money sugieren que, en ciertas circunstancias, el cuerpo es irrelevante para la creación de la masculinidad y la feminidad convencionales. Los cromosomas son lo de menos, seguidos de los órganos internos (gónadas incluidas). Los genitales externos y los caracteres sexuales secundarios adquieren más importancia por su capacidad de señalizar visualmente todo lo concerniente al comportamiento propio de cada género. En esta visión, la sociedad en la que crece el niño es la que decide qué comportamientos son apropiados para los varones y para las mujeres, y no misteriosas señales corporales.

Pero los médicos de la vida diaria, atareados en convencer a padres, abuelos y vecinos ruidosos sobre opciones de género para infantes intersexuales, desarrollan un lenguaje que refuerza la idea de que, agazapado dentro del niño de sexo mixto, en realidad hay un cuerpo masculino o femenino. Al hacerlo así también fomentan la convicción de que los niños nacen con un género, y contradicen la idea de que el género es una construcción cultural. La misma contradicción emerge cuando los psicólogos apelan a las hormonas prenatales para explicar supuestas frecuencias aumentadas de lesbianismo y otros deseos juzgados impropios de una mujer psicológicamente sana.

Dentro de estas prácticas e ideas contradictorias hay margen de maniobra. Las comprensiones científica y médica de los múltiples sexos humanos conllevan tanto los medios para reforzar las convicciones domi-

nantes sobre sexo y género como las herramientas para desbaratarlas. A veces los análisis feministas de la ciencia y la tecnología presentan estas empresas como colosos monolíticos contra los cuales toda resistencia es inútil. Los relatos feministas de la tecnología reproductiva han sido particularmente proclives a este derrotismo, pero la filósofa Jana Sawicki ha proporcionado un análisis más alentador: «Aunque las nuevas tecnologías reproductivas pueden sustentar el statu quo en lo que respecta a "las relaciones de poder existentes", la tecnología también ofrece nuevas posibilidades de subversión y resistencia».[138] No sólo es éste también el caso de la gestión médica de la intersexualidad, sino que sugiero que siempre es así. Las feministas deben familiarizarse lo suficiente con la tecnología para conocer los puntos de resistencia.

Nuestras teorías del sexo y el género subyacen tras la gestión médica de la intersexualidad. El que una criatura deba criarse como varón o mujer, y someterse a alteraciones quirúrgicas y diversos regímenes hormonales, depende de lo que pensemos sobre una variedad de cuestiones. ¿Cuán importante es el tamaño del pene? ¿Qué formas de erotismo heterosexual son «normales»? ¿Qué es más importante, tener un clítoris sexualmente sensitivo (aunque sea más grande y fálico que la norma estadística) o uno visualmente cercano al tipo corriente? La red del conocimiento es intrincada y los hilos siempre están interconectados. Así, las teorías del sexo y el género (al menos las que pretenden ser científicas o «basadas en la naturaleza») se derivan en parte del estudio de los niños intersexuales sometidos al sistema de gestión. Si es necesario también puede apelarse a los estudios con animales, aunque estos también se generan en el marco de un sistema social de convicciones sobre sexo y género (véase el capítulo 8).

Esto no significa que estemos para siempre atados (para mal o para bien, según el punto de vista) a nuestra concepción actual del género. Los sistemas de género cambian. A medida que se transforman, producen diferentes descripciones de la naturaleza. Ahora mismo, en los albores de un nuevo siglo, es posible asistir a semejante cambio. Estamos pasando de una era de dimorfismo sexual a una de variedad más allá del número dos. En la actual coyuntura histórica, nuestra comprensión teórica y nuestra competencia práctica nos permiten hacernos una pregunta nunca antes formulada en nuestra cultura: ¿por qué debería haber sólo dos sexos?

4

¿Por qué debería haber sólo dos sexos?

Herejías hermafroditas

En 1993 publiqué una modesta propuesta consistente en reemplazar nuestro sistema de dos sexos por otro de cinco sexos.[1] Mi sugerencia era que, además de machos y hembras, deberíamos aceptar también las categorías de *herm* (hermafroditas «auténticos»), *serm* («seudohermafroditas» masculinos) y *serf* («seudohermafroditas» femeninos). Era una propuesta deliberadamente provocadora, pero el artículo también tenía un tono irónico; por eso me sorprendió la magnitud de la controversia que suscitó. La derecha cristiana conectó mi idea de los cinco sexos con la cuarta conferencia mundial sobre la mujer, auspiciada por Naciones Unidas, que iba a celebrarse en Pekín dos años más tarde, y quiso ver una suerte de conspiración global en marcha. «Es exasperante», decía el texto de un anuncio en el *New York Times* pagado por la liga católica por los derechos religiosos y civiles,[2] «oír discusiones sobre "cinco géneros" cuando toda persona cuerda sabe que no hay más que dos sexos, enraizados ambos en la naturaleza».[3]

John Money también estaba horrorizado, aunque por otras razones. En una nueva edición de su guía para el tratamiento psicológico de los niños intersexuales y sus familias, escribió: «En los años setenta los ambientalistas ... se convirtieron ... en "construccionistas sociales". Se alinean contra la biología y la medicina ... Para ellos, todas las diferencias sexuales son artefactos socialmente construidos. Ante los casos de defectos de nacimiento de los órganos sexuales, atacan toda intervención médica y quirúrgica como una intromisión injustificada concebida para embutir a los niños en moldes sociales fijos de lo masculino y lo femenino ... Una autora [Fausto-Sterling] ha llegado al extremo de proponer que hay cinco sexos».[4] En cambio, quienes batallaban contra las restric-

ciones de nuestro sistema de sexo/género recibieron el artículo con agrado. La escritora de ciencia ficción Melissa Scott escribió una novela titulada *Shadow Man*, que incluye nueve tipos de preferencia sexual y varios géneros, incluidos los *femes* (gente con testículos, genotipo XY y genitales de aspecto femenino) los *hermes* (gente con ovarios y testículos) y los *memes* (gente con genotipo XX y genitales de aspecto masculino).[5] Otros tomaron la idea de los cinco sexos como punto de partida para sus propias teorías multigenéricas.[6]

Estaba claro que había tocado una fibra. El que mi propuesta incitara a tanta gente a reafirmar nuestro sistema de sexo/género sugería que el cambio (y la resistencia al mismo) estaba cerca. Mucho ha cambiado, en efecto, desde 1993, y me gusta pensar que mi artículo fue un estímulo importante. Los intersexuales se han materializado delante de nuestros ojos, como los seres teletransportados dentro de la nave *Enterprise*. Se han convertido en un grupo de presión que reivindica un cambio de las prácticas médicas. De forma más general, el debate sobre nuestras concepciones culturales del género se ha intensificado, y la frontera que separa lo masculino de lo femenino parece más difícil de definir que nunca.[7] Algunos encuentran esta situación profundamente turbadora, mientras que para otros resulta liberadora.

Por supuesto, me sumo a los que cuestionan las ideas sobre la división masculino/femenino. A coro con una organización creciente de intersexuales adultos, un pequeño grupo de intelectuales, y un modesto pero creciente colectivo médico,[8] sostengo que el tratamiento médico de los nacimientos intersexuales debe cambiar. *Primero*, habría que prescindir de la cirugía innecesaria (por *necesaria* entiendo la encaminada a salvar la vida del bebé o mejorar significativamente su estado físico). *Segundo*, los médicos pueden asignar un sexo provisional (masculino o femenino) al bebé, sobre la base del conocimiento existente de la probabilidad de que desarrolle una identidad de género concreta (¡prescindiendo del tamaño del pene!). *Tercero*, el equipo médico debería informar exhaustivamente y prestar apoyo psicológico a largo plazo tanto a los padres como a la persona afectada. Por bienintencionados que fueran, los tratamientos de la intersexualidad, implantados desde los años cincuenta, han hecho mucho daño.

Primero, no dañar

Hay que acabar con la cirugía genital. Protestamos por las prácticas de mutilación genital en otras culturas, pero las nuestras nos parecen tole-

rables.[9] A algunos de mis colegas médicos les escandalizan tanto mis ideas sobre la intersexualidad que rehúsan discutirlas conmigo.[10] Deben de pensar que estoy sacrificando el bienestar de unos niños infortunados sobre el altar de la política de género. Por supuesto, nunca se me ocurriría usar a unas pobres criaturas intersexuales como caballo de batalla para asaltar la fortaleza de la desigualdad de género. Desde el punto de vista de la práctica médica, esta crítica no deja de ser comprensible. En medio de las crisis diarias que requieren soluciones rápidas y pragmáticas, cuesta dar un paso atrás para contemplar el cuadro entero y preguntarse si hay otras respuestas posibles. Sin embargo, una razón por la que estoy convencida de que mi propuesta no es ni contraria a la ética ni impracticable es que la «cura» médica de la intersexualidad a menudo hace más mal que bien.

Como hemos visto, la cirugía genital infantil es cirugía estética con un fin social: remodelar un cuerpo sexualmente ambiguo conforme a nuestro sistema de dos sexos. Este imperativo social es tan fuerte que los médicos lo asumen como un imperativo clínico, a pesar de la categórica evidencia de que la cirugía genital temprana es inadecuada: requiere múltiples operaciones, deja múltiples cicatrices y a menudo elimina la capacidad orgásmica. En muchos de los casos reportados de cirugía clitorídea, el único criterio de éxito es el estético, en vez de la función sexual ulterior. La tabla 4.1 recoge información procedente de nueve informes clínicos sobre los resultados de la clitoroplastia reductora (véase la figura 3.6) en ochenta y ocho pacientes.[11] La inadecuación de las evaluaciones es palmaria. Dos de los nueve informes no especifican los criterios de éxito; cuatro ponen por delante los criterios estéticos, y sólo uno tiene en cuenta la salud psicológica o el seguimiento a largo plazo. Los activistas intersexuales han revelado las historias complejas y dolorosas que hay detrás de estas cifras anónimas, desafiando las convicciones y prácticas predilectas del estamento médico en cuanto al tratamiento de la intersexualidad.[12]

Cheryl Chase, la carismática fundadora de la ISNA (Intersex Society of North America), ha tenido un papel protagonista en esta batalla al hacer pública su propia historia. A los treinta y seis años, Chase regentaba un pequeño negocio que la hacía viajar constantemente por todo el mundo.[13] De no ser por su anhelo de compartir su pasado con otros intersexuales, su incesante movilidad habría hecho imposible conocer los detalles de su historia médica. Nacida con ovotestículos, pero con genitales internos y externos femeninos, el único signo externo de su diferencia era un clítoris agrandado. Sus padres la criaron como un niño hasta

TABLA 4.1: *Resultados de la clitoroplastia reductora*

Nº DE SUJETOS	EDAD DE LA PRIMERA OPERACIÓN	EDAD DE EVALUACIÓN	CRITERIOS DE ÉXITO	RESULTADOS	COMENTARIOS	FUENTE
14	2 meses - 15 años	Inmediatamente después de la operación	No especificados	1 «bueno», 1 «insatisfactorio» y 12 «excelente» (p. 225)	3 casos de niñas con «agrandamiento idiopático»; no se administraron analgésicos a niños pequeños	a
18	< 6 meses a 38 años	No especificada	Estéticos, sociales y funcionales	Sin aclarar	Datos virtualmente ausentes	b
7	< 16 años	No especificada	Estéticos y funcionales	1 de 2 adolescentes reportó «gratificación sexual satisfactoria» (p. 225)	Se cita la obra de Masters y Johnson para cuestionar la idea de que la clitorectomía no afecta a la función sexual y se critica la técnica anterior	c
11	Variada pero no especificada	Desconocida	Estéticos, satisfacción sexual (2 pacientes)	«Estéticamente satisfactorio» (p. 355)	Alivio de dolor asociado a excitación sexual en paciente de 8 años con recesión del clítoris previa mediante reducción; 2 mujeres sexualmente activas reportaron «las mismas sensaciones placenteras postoperatorias» (p. 355)	d
3	Primera infancia	No especificada	No especificados	Informe de una vía ventral que daña menos los nervios clitorídeos	«Es difícil evaluar clínicamente si la función sensorial de los genitales externos ha quedado inafectada» (p. 341)	e

10	Primera infancia	No especificada	Estéticos y funcionales	«Excelente» (pero sin datos)	Aparentemente la valoración es sólo sobre la condición postoperatoria inmediata; sin seguimiento a largo plazo	f
9	< 1 año	< 1 año	Estéticos sin especificar	Sin seguimiento ni descripción detallada	Se recomienda la intervención temprana	g
10	0,5 – 5 años	Mediana de 20,8 años	Salud psicológica y normalidad física; valoraciones independientes vía evaluaciones psicológicas, ginecológicas y físicas	«Ni el aspecto anatómico ni la funcionalidad de los genitales externos eran satisfactorios» (p. 48); pacientes con una psicología mayormente masculina o intermedia	Se recomienda psicoterapia continuada por un equipo interdisciplinario durante la niñez; cada paciente sufrió una media de 3 operaciones (entre 1 y 6)	h
6	3 – 13 meses	6 – 42 meses	Estéticos, en especial la ocultación del glande	«Con todos los pacientes se logró un resultado estéticamente satisfactorio» (p. 652)	Se favorece la clitoroplastia reductora sobre la recesión	i
6	No especificada	15 – 30	Orgasmo	«Todos... reportaron orgasmo copulatorio»	Se favorece la clitoroplastia	j
6	6 meses – 14 años	No especificada	No especificados	4/6 requirieron una segunda operación	Los resultados se consignan simplemente como «satisfactorios»	k

a. Randolf y Hung 1970. b. Kumar et al. 1974. c. Fonkalsrun et al. 1977. d. Mininberg 1982. e. Rajfer et al. 1982. f. Oesterling et al. 1987. g. Sharp et al. 1987. h. Van der Kamp et al. 1992. i. Bellinger 1993. j. Costa et al. 1997. k. Joseph 1997.

los dieciocho meses. Luego, por consejo médico, se le practicó una clitorectomía completa (véase la figura 3.5). Sus padres le cambiaron el nombre, se deshicieron de todas sus prendas y todas sus fotos de niño, y en adelante la criaron como niña.

Antes de la pubertad volvió a pasar por el quirófano, esta vez para eliminar la porción testicular de sus gónadas. Se le comunicó que la habían operado de una hernia. Su historial médico confirma su recuerdo personal de que los médicos nunca hablaron directamente con ella durante las revisiones anuales sucesivas. Su madre nunca tuvo acceso a los informes psiquiátricos. Aun así, a los dieciocho años, Chase sabía que algo había pasado. Quiso consultar su historia médica; pero un médico que había accedido de entrada a su petición cambió de idea tras leer los informes y rehusó dárselos a conocer. Finalmente, a los veintitrés años, consiguió que otro médico le dijera que había sido diagnosticada como un hermafrodita auténtico y «corregida» quirúrgicamente para convertirla en mujer.[14]

Durante catorce años Chase enterró esta información en alguna parte de su subconsciente. Luego, mientras residía en el extranjero, cayó en una depresión que la hizo pensar en el suicidio. Volvió a casa, comenzó una terapia y luchó por reconciliarse con su pasado. En su indagación para descubrir si podía tener la esperanza de llegar a experimentar el orgasmo aun sin poseer un clítoris, consultó a sexólogos y anatomistas. La falta de asistencia por parte de los especialistas en intersexualidad la desanimó: «Cuando acudí a ellos, esperaba que me prestaran alguna ayuda. Pensaba que estos médicos tendrían conexiones de primera con terapeutas experimentados en tratar casos como el mío. No tienen ninguna conexión, ni ninguna simpatía».[15]

Aunque Chase desespera de conseguir una plena capacidad orgásmica, ha dedicado su vida a luchar contra la cirugía genital temprana. Espera que a otras personas no se les niegue la posibilidad del placer sexual completo, que contempla como un derecho de nacimiento. Al perseguir esta meta, no está pretendiendo situar a unos niños en primera línea de una guerra de géneros. Lo que sugiere es que se socialicen como niños o niñas, y que más tarde, ya adolescentes o adultos, decidan qué hacer con su cuerpo, con pleno conocimiento de los riesgos para su función sexual. También pueden rechazar su identidad de género asignada y, si lo hacen, no habrán perdido partes indispensables de su anatomía por culpa de una cirugía prematura.

Chase se ha convertido en una hábil organizadora política. Aunque comenzó su batalla en solitario, sus huestes aumentan cada día: «Cuando fundé la ISNA en 1993, no había grupos políticos de ese estilo ... Des-

de que la ISNA entró en escena, han comenzado a aparecer otros grupos con una actitud más beligerante hacia al estamento médico ... En 1996, otra madre que había rechazado las presiones médicas para asignar su criatura intersexual al sexo femenino ... fundó el HELP (Hermaphroditic Education and Listening Post)».[16] Aunque muchos de los nuevos grupos son menos explícitamente políticos, no dejan de apreciar el enfoque más radical de la ISNA.[17] Y Chase continúa promoviendo coaliciones entre organizaciones de intersexuales, académicos y psicólogos y médicos clínicos. Lentamente, Chase y otros han comenzado a cambiar la práctica médica estadounidense.[18]

Pero estos activistas aún arrostran una fuerte oposición. A Chase se le amputó el clítoris a principios de los sesenta. Algunos médicos me han dicho que tanto la cirugía que se le aplicó como la desinformación eran típicas entonces, pero no ahora. No obstante, aunque los estilos quirúrgicos han cambiado (lo que no quiere decir que sean mejores),[19] la clitorectomía aún se da en ocasiones,[20] igual que la práctica de mentir a los pacientes y ocultarles información médica incluso cuando ya son mayores de edad. Considérese el caso más reciente de Ángela Moreno. En 1985, con doce años cumplidos, su clítoris se agrandó hasta alcanzar 3,8 centímetros. Al no tener otra referencia pensó que era normal. Pero su madre advirtió el cambio y, alarmada, la llevó corriendo a un médico que le dijo que tenía cáncer de ovario y necesitaba una histerectomía. Sus padres le dijeron que, fuera como fuera, seguiría siendo su niñita. Cuando despertó de la anestesia, sin embargo, su clítoris había desaparecido. Hasta los veintitrés años no descubrió que su genotipo era XY y que tenía testículos, no ovarios. Nunca tuvo cáncer.[21] Hoy Moreno es una activista de la ISNA, donde ha encontrado una cura del daño psicológico causado por las mentiras y la cirugía. Sueña con enseñar en una escuela Montessori y quizás adoptar un niño. A la hora de definirse, escribe: «Si tuviera que etiquetarme como varón o mujer, diría que soy una clase diferente de mujer ... No soy un caso de un sexo u otro, ni una combinación de ambos. Nací hermafrodita; y desde el fondo de mi corazón, querría que se me hubiera permitido quedarme así».[22]

Los pacientes adultos han comenzado a contestar la práctica de mentir a los niños sobre su intersexualidad. Si en el pasado sólo unas pocas voces profesionales abogaban por contar la verdad en un sentido más literal,[23] nuevas voces —las de los propios pacientes— han comenzado a demandar una transparencia absoluta. En 1994, una mujer con síndrome de insensibilidad androgénica publicó su historia de manera anónima en la *British Journal of Medicine*.[24]

Nunca se le había contado toda la verdad. Pero algunas pistas sobre su caso se habían filtrado hasta ella (un desliz de una enfermera por aquí, un comentario descuidado de un médico por allá). Y, siendo ya adolescente, hizo algo con lo que los manuales clínicos raramente cuentan. Inteligente y curiosa, fue a una biblioteca de medicina y se puso a indagar. Lo que descubrió era poco reconfortante. Cuando finalmente compuso todas las piezas del rompecabezas, se sintió humillada, triste y traicionada. Llegó a pensar seriamente en el suicidio. Le llevó años aceptar su situación lo bastante para sentirse mejor consigo misma. Hoy aconseja a los médicos que tratan con niños intersexuales que la mejor práctica médica es decir toda la verdad, junto con una discusión franca de las ideas sobre la identidad de género.

Otras personas con experiencias similares se sintieron identificadas con esta historia. Una mujer nacida sin vagina escribió una carta al editor de la revista en la que se hacía eco de los sentimientos del testimonio anónimo:

> Ni a mí ni a mis padres se nos ofreció apoyo psicológico ... A menos que los padres puedan hablar abiertamente con un psicoterapeuta profesional (y no un médico) y se les informe sobre qué deben decir a su hijo y cuándo, contactos con otras personas con el mismo problema, fuentes de apoyo psicológico o psicoterapia ... quedarán prisioneros de sus propios sentimientos ... [No hacerlo así] podría ser mucho más dañino que la revelación de la verdad en un entorno afectuoso y protector.[25]

De hecho, todas las organizaciones intersexuales de nuevo cuño[26] dicen lo mismo: «Contádnoslo todo. No insultéis nuestra inteligencia con mentiras. Cuando habléis con niños, dadles una información apropiada para su edad. Pero mentir nunca funciona, y puede destruir tanto la relación entre el paciente y sus padres como la relación entre paciente y médico».[27]

En cierto sentido apenas sorprende que la cirugía genital siga practicándose, amparada en la afirmación gratuita de que no afecta a la función sexual.[28] La anatomía y fisiología del clítoris todavía se conocen poco.[29] En la literatura médica, esta estructura ha pasado por largos periodos —incluido el presente— de representación incompleta. Así, por ejemplo, las ilustraciones médicas actuales no representan su variabilidad morfológica,[30] o siquiera toda su complejidad.[31] De hecho, en los textos médicos (con la excepción de los libros de autoayuda para mujeres) el clítoris se representaba con más detalle a finales del siglo XIX que ahora. Si los médicos ignoran la variación y saben poco de la función del

clítoris, ¿cómo pueden saber si la apariencia estética o la fisiología funcional postoperatoria es «satisfactoria»?

Cicatrices y dolor

Los testimonios personales de intersexuales sometidos a cirugía genital insuflan vida en los hechos estadísticos fríos. Entre éstos destaca uno: los estudios de las secuelas a largo plazo de la cirugía genital son tan escasos como los dientes de gallina,[32] a pesar de que la literatura médica está repleta de evidencias de los efectos negativos de dicha cirugía. En una revisión de los artículos médicos existentes, mi colega Bo Laurent y yo anotamos las menciones de fibrosis, que puede causar insensibilidad, y de operaciones repetidas, que suelen dejar más cicatrices que una sola operación. También encontramos cinco menciones de dolor residual en el clítoris o el muñón.[33] Particularmente llamativo fue un informe donde se informaba de que diez de dieciséis pacientes con recesión del clítoris tenían hipersensibilidad genital.[34]

La vaginoplastia, denominación general de una variedad de técnicas para agrandar, remodelar o construir vaginas *de novo*, también conlleva peligros como «fibrosis y estenosis vaginal»[35] (la obstrucción o estrechamiento de un conducto o canal). Laurent y yo encontramos diez menciones independientes de fibrosis asociada a la cirugía vaginal. La estenosis es la complicación más corriente.[36] Una causa de este estrechamiento de la cavidad vaginal es el tejido cicatrizado. De ahí que un equipo de cirujanos incluyera entre sus metas la evitación de una cicatriz anular.[37] En nuestra revisión de la literatura encontramos que la frecuencia de la estenosis vaginal, especialmente en las vaginoplastias practicadas en la infancia,[38] se elevaba hasta el 80 o el 85 por ciento.[39]

La cirugía genital reiterada puede tener efectos psicológicos negativos además de físicos. Un grupo de médicos concedía que el trauma provocado por dicha cirugía podría contrarrestar en parte sus pretendidos beneficios: «Si la niña cree que es objeto de maltrato físico por el personal médico, con una concentración excesiva y dolorosa en los genitales, el ajuste psicológico puede ser menos favorable».[40] Los testimonios personales de intersexuales confirman la cara amarga del tratamiento médico. Muchos intersexuales adultos declaran que los exámenes genitales repetidos, a menudo con fotografías y una concurrencia de estudiantes e internos, constituyen uno de sus recuerdos de infancia más dolorosos.

Joan/John, por ejemplo, ha descrito sus visitas anuales al hospital clínico Johns Hopkins como «un suplicio».[41]

Otros se expresan en términos parecidos. Un intersexual masculino me dijo que una manera de medir el tamaño y la funcionalidad del pene en jóvenes intersexuales es que el médico masturbe al chico para provocar una erección. Las niñas sometidas a cirugía vaginal sufren prácticas invasivas similares. Cuando una niña pequeña es operada, a los padres se les dice que deben introducir un consolador para que la vagina recién construida no se cierre.[42] Está claro que la concentración médica en crear los genitales apropiados, que pretende evitar el sufrimiento psicológico, contribuye al mismo.[43]

Operaciones múltiples

La estadística no miente. Aunque la literatura médica derrocha confianza en la factibilidad de las reconversiones genitales, los procedimientos son complejos y arriesgados. Del 30 al 80 por ciento de los niños sometidos a cirugía genital pasan por más de una operación. No es raro que una criatura tenga que pasar de tres a cinco veces por el quirófano. Una revisión de las vaginoplastias practicadas en el Hospital Universitario Johns Hopkins de 1970 a 1990 encontró que 22 de 28 (78,5 por ciento) niñas con vaginoplastias tempranas requirieron operaciones ulteriores. De éstas, 17 ya habían sufrido dos operaciones, y 5 ya habían pasado por tres.[44] Otro estudio repottaba que la recesión exitosa del clítoris «requería una segunda operación en cierto número de pacientes, a veces una tercera, y una glandoplastia en otras». (La glandoplastia implica cortar y rehacer la punta del falo, o glande.) También reportaba operaciones múltiples subsiguientes a vaginoplastias tempranas.[45, 46]

Los datos sobre la vaginoplastia, una de las operaciones más frecuentes en intersexuales, son bastante fiables. Laurent y yo reunimos información procedente de 314 pacientes, que se resume en la tabla 4.2. La tabla sugiere la naturaleza imperfecta de la evaluación médica. Sólo en 218 pacientes los investigadores daban criterios específicos para evaluar el éxito de una operación. Para las pacientes adultas (unas doscientas veinte), un criterio estándar era la capacidad de copular vaginalmente. Lo que se desprende de estos estudios es que, incluso en sus propios términos, estas operaciones raramente tienen éxito, y a menudo son arriesgadas. *Primero*, las complicaciones postoperatorias que requieren operaciones adicionales son relativamente frecuentes. A veces la cirugía

acumulada causa una fibrosis significativa. *Segundo*, varios autores destacan la necesidad de refuerzo psicológico para que las pacientes aceptaran la operación. *Tercero*, las tasas generales de éxito pueden ser muy decepcionantes. Un estudio halló que, aunque 52 de 80 pacientes (el 65 por ciento) tenían aberturas vaginales «satisfactorias», 12 de éstas (el 23 por ciento) no practicaba la cópula.[47] Cuando las operaciones iniciales no tenían éxito, muchas pacientes rehusaban volver al quirófano. Así pues, en los estudios que incluyen criterios claros de evaluación del éxito de la vaginoplastia, la cirugía tiene una elevada tasa de fracaso.

Los estudios de la cirugía del hipospadias revelan una noticia positiva, otra negativa, y otra de signo incierto. La buena noticia es que los varones adultos operados de hipospadias superan hitos sexuales importantes (como, por ejemplo, la edad del primer acto sexual) a las mismas edades que los varones del grupo de control (formado por varones operados de la zona inguinal, pero no genital, en la infancia). Tampoco diferían en su conducta o funcionamiento sexual. La mala noticia es que estos varones son más tímidos a la hora de buscar contactos sexuales, posiblemente por el aspecto de sus genitales. Esta inhibición es mayor cuantas más operaciones han sufrido.[48] La cirugía tiene un éxito más limitado en los casos de hipospadias severa, porque no suele solucionar problemas como la rociada al miccionar o eyacular, aunque permita una erección normal.[49]

¿Y la noticia de signo incierto? Todo depende de si la adherencia estricta al rol sexual prescrito se entiende como salud psicológica. Por ejemplo, un estudio encontró que los jóvenes hospitalizados más veces por problemas relacionados con el hipospadias mostraban un comportamiento más «intergenérico».[50] Para los equipos de tratamiento de la intersexualidad, como uno cuya meta explícita era «prevenir el desarrollo de una identificación con el otro género en niños nacidos con ... genitales ambiguos», este resultado es un fiasco.[51] Por otro lado, los médicos han visto que, aunque sigan los principios de Money al pie de la letra, en la práctica hasta el 13 por ciento de todos los intersexos —no sólo los jóvenes con hipospadias— acaba apartándose de la adscripción genérica estricta que requiere el tratamiento. Esto angustia a los psicólogos que se adhieren al sistema de dos géneros.[52] Sin embargo, para los que creemos en una variedad de géneros, la variabilidad de conducta entre los niños intersexuales no es una mala noticia.

TABLA 4.2: *Evaluación de la vaginoplastia*

Nº DE SUJETOS	EDAD DE LA OPERACIÓN	EDAD DE LA EVALUACIÓN	CRITERIOS DE ÉXITO	RESULTADOS	COMENTARIOS	FUENTE
7	Primera infancia	No indicada	No especificados	«Satisfactorio» (sin criterio explícito)	Considera deseable la clitorectomía en casos de masculinización avanzada	a
42	< 1 año a > 2 años	> 16 años	Penetración vaginal confortable	• Cirugía inicial: 34% de éxito • Éxito tras 3 operaciones: 62%	Retraimiento significativo de las pacientes ante la opción quirúrgica; más éxito con pacientes de más edad	b
23	No indicada	15 - 37 años	Actividad coital; informe de orgasmo	• 15 con actividad frecuente (1x/día - 2x/semana) • 5 «frecuencias decrecientes» • 13 con orgasmo por penetración vaginal • 9 con orgasmo por estimulación manual • 50% requiere lubricante vaginal	«El factor más determinante del éxito fue el ajuste psicológico de la paciente al estado previo al conocimiento de la anomalía» (p. 546)	c
23	Promedio 1,84-5,5 años	No indicada	No indicados	• 15 (la población más joven) con complicaciones postoperatorias serias, incluyendo estenosis y agenesia vaginal • 8 con resultados considerados adecuados	Recomienda posponer la «vaginoplastia definitiva hasta ... la pubertad, para evitar la fibrosis y la estenosis vaginal subsiguientes a una operación agresiva a edades más tempranas»	d

80	No indicada	18 – 70 años	Cuestionarios sobre actividad sexual; estatuto marital	• 65% con introito y vagina satisfactorios • 23% de las anteriores sin actividad sexual, en comparación con el 64% de las pacientes sin introito adecuado	Sugiere mayor énfasis en la adecuación de la cirugía correctora y «mayor uso de los servicios psicoendocrinos ... para hacer que la paciente acepte la vaginoplastia» (p. 182)	e
14	No indicada	Adulta	No indicados	• 2/4 con problemas de tamaño vaginal • 8/14 con estenosis severa que requirió cirugía adicional • 3 con crecimiento capilar molesto en el introito	Discute pros y contras de diversas técnicas de vaginoplastia; no menciona la mejor edad para la cirugía, pero parece que se practicó en la primera infancia	f
13	Antes de la pubertad	11 – 22 años	No indicados	• Estenosis que requirió cirugía adicional en 10/13 casos • 3/13 con actividad copulatoria exitosa	• Porcentaje de exito «decepcionante» (p. 601) • «Como norma, el introito corregido a edad temprana sufre fibrosis» (p. 601) • Es poco aconsejable intentar la reconstrucción introital hasta después de la pubertad» (p. 601)	g

(*continuación*)

TABLA 4.2: *(continuación)*

Nº DE SUJETOS	EDAD DE LA OPERACIÓN	EDAD DE LA EVALUACIÓN	CRITERIOS DE ÉXITO	RESULTADOS	COMENTARIOS	FUENTE
45	3 a > 15 años	No indicada	Posición del borde posterior de la abertura vaginal; flexibilidad de las suturas y ausencia de inflamación o estenosis; calidad de la abertura vaginal; ausencia de hipertrofia de los músculos circundanres	• 16/45 casos requirieron cirugía adicional tras la pubertad • 6/12 casos favorables declararon tener actividad sexual satisfactoria	La cirugía correctiva ha alcanzado parcialmente su objetivo al permitir la reasignación sexual a una edad temprana	h
28	3 semanas a 5 años	18 – 25 años	Penetración vaginal exitosa	• 6/28 requirieron sólo 1 operación • 22/28 requirieron 3-4 operaciones	Discute los factores anatómicos que hacen necesaria la cirugía repetida, pero continúa favoreciendo la cirugía temprana	i
23	No indicada	14 – 38 años	Penetración sin dolor ni sangrado; orgasmo	• Con dilatación posquirúrgica, 7/8 satisfactorios • Sin dilatación, 4/8 no satisfactorios • 7 Sin actividad sexual	Concluye que la vaginoplastia infantil seguida de dilatación adulta da buenos resultados; también presenta datos de clitorectomía frente a clitoroplastia	j

38	Todas menos una entre 15 y 30 años	No indicada	Lubricación; longitud o diámetro vaginal; fecundidad; ausencia de problemas psicológicos	• Sin lubricación vaginal: 6/38 • Tamaño vaginal demasiado reducido: 5/38 • Esterilidad: 10/38 • Problemas psicológicos: 3/38 • Sin psicoterapia: 12/38 • 13 con cópulas satisfactorias de 23 con actividad sexual	k

a. Hendren y Crawford 1969. b. Azziz et al. 1986. c. Hecker y McGuire 1977. d. Allen et al. 1982. e. Mulaikal et al. 1987. f. Newman et al. 1992a. g. Sotiropoulos et al. 1976. h. Nihoul-Fekete et al. 1982. i. Bailez et al. 1992. j. Costa et al. 1997. k. Fliegner 1996.

El derecho a rehusar

Los manuales de tratamiento modernos dedican mucho espacio al tema de cómo conseguir que los progenitores aprueben la terapia sugerida. Está claro que éste es un asunto muy delicado. Y así debe ser, porque los padres *pueden* ser intratables. A veces se reafirman en su propia opinión sobre el sexo de su criatura y el grado de alteración quirúrgica que están dispuestos a permitir. En los años noventa, el hijo de Helena Harmon-Smith nació con un ovario y un testículo, y los médicos querían reconvertirlo en una niña. Harmon-Smith rehusó. «Tenía partes que yo no tengo», escribió, y «es un niño precioso».[53] Harmon-Smith no veía la necesidad de una intervención quirúrgica, pero, en contra de su deseo expreso, un cirujano extirpó las gónadas de su hijo. En respuesta se ha convertido en una activista que ha fundado un grupo de apoyo a padres con el mismo problema, llamado HELP (Hermaphrodite Education and Listening Post).

Harmon-Smith ha publicado instrucciones, en la forma de diez mandamientos, para los médicos ante el nacimiento de un niño intersexual. Los mandamientos incluyen: «No tomarás decisiones drásticas el primer año; no aislarás a la familia de información y apoyo; no aislarás al paciente en una unidad de cuidados intensivos, y le permitirás permanecer en una sala regular».[54] Kessler sugiere una nueva fórmula para anunciar el nacimiento de un bebé XX afectado de hiperplasia adrenocortical congénita: «Felicidades. Tienen ustedes una hermosa niña. El tamaño de su clítoris y sus labios fusionados nos indica un problema médico subyacente que podría requerir tratamiento. Aunque su clítoris es de talla grande, sin duda es un clítoris ... Lo importante no es qué aspecto tiene, sino cómo funciona. Es una niña con suerte, porque sus parejas sexuales lo tendrán fácil para encontrar su clítoris».[55]

La resistencia de los progenitores no es nueva. En los años treinta, Hugh Hampton Young describió dos casos de padres que se negaron a que sus hijos intersexuales fueran operados. Gussie, de quince años, había sido educada como una niña. Tras ingresar en el hospital (la razón de su hospitalización no se aclara), Young comprobó (mediante un examen quirúrgico bajo anestesia general) que Gussie tenía un testículo lateral, un clítoris peniforme, una vagina y un útero subdesarrollado con su trompa de Falopio, pero sin ovario. Mientras la paciente estaba en la mesa de operaciones, los cirujanos decidieron descender el testículo y

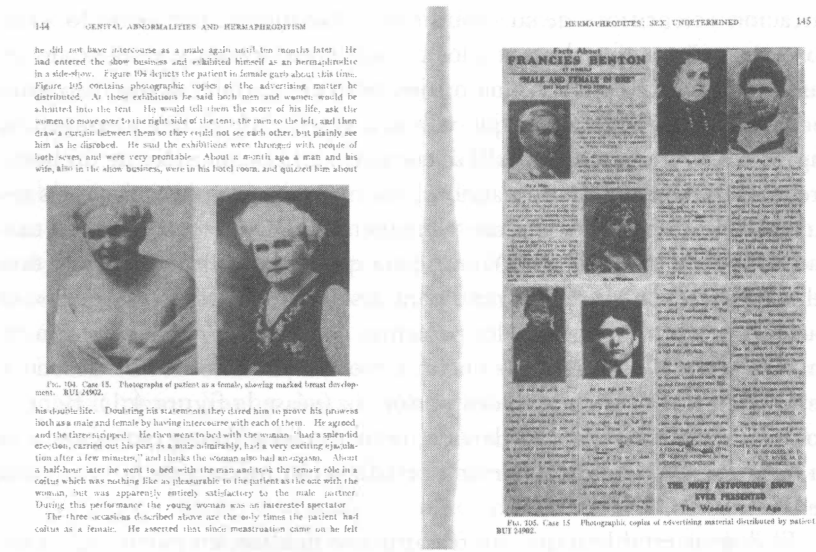
alojarlo en el labio agrandado, que haría de escroto. Luego le dijeron a la madre que su hija no era tal, sino un muchacho, le aconsejaron cambiarle el nombre por el de Gus y la emplazaron para una cirugía «normalizadora» ulterior.

La respuesta de la madre fue inmediata e indignada: «Se encolerizó sobremanera, y afirmó que su hija era una chica, que no quería un varón, y que continuaría educándola como a una chica».[56] La resistencia materna puso a Young en un aprieto. Ya había creado un nuevo cuerpo con un testículo externo. ¿Tenía que ceder a la insistencia de la madre en que Gus continuara siendo Gussie? Y si era así, ¿cómo? ¿Debería proponer la eliminación del pene y del testículo, cosa que dejaría a Gussie sin ninguna gónada funcional? ¿Debería intentar manipular su producción hormonal? Estas cuestiones quedaron sin respuesta, porque Gussie nunca volvió al hospital. En otro caso similar los padres ni siquiera permitieron la cirugía exploratoria y, tras un examen externo inicial del paciente, nunca volvieron. Young se quedó ponderando las posibilidades que estaban más allá de su control: «¿Debería permitirse que este paciente crezca como un varón ... aunque [la cirugía] muestre que sus gónadas son femeninas?».[57]

Young también comentó varios casos de hermafroditas adultos que rechazaron no sólo el tratamiento, sino la posibilidad de obtener una explicación «científica» de su «condición». George S., por ejemplo, criado como niña, se fue de casa a los catorce años. Vestía y vivía como un varón. Incluso se casó con una mujer, pero encontraba demasiado duro mantener a una esposa, así que volvió a vestirse de mujer y emigró de Inglaterra a Norteamérica. Allí se convirtió en la «querida» de un hombre, aunque continuó adoptando el rol masculino en las relaciones sexuales con mujeres. Sus mamas plenamente desarrolladas causaban turbación, por lo que acudió a Young para que se las quitara. Cuando éste rehusó hacerlo sin antes operarlo para descubrir su sexo «verdadero», el paciente se esfumó. Otro de los pacientes de Young, Francies Benton, se ganaba la vida exhibiéndose en un circo. El anuncio decía «Macho y hembra en uno. Un cuerpo, dos personas» (véase la figura 4.1). Benton no tenía interés en cambiar de vida, pero acudió a Young para satisfacer su curiosidad y para obtener una certificación médica de la veracidad de su anuncio.[58]

El dogma establece que sin tratamiento médico, en particular la intervención quirúrgica temprana, los hermafroditas están abocados a una vida desgraciada. Pero hay pocas investigaciones empíricas que respalden esta afirmación.[59] De hecho, los estudios reunidos para justificar el

tratamiento médico a menudo sugieren lo contrario. Francies Benton, por ejemplo, «no padecía ansiedad por su condición, no quería que lo cambiasen, y disfrutaba de la vida».[60] Claus Overzier, un médico del hospital clínico de la Universidad de Mainz, Alemania, reportó que en la mayoría de casos el comportamiento psicológico de los pacientes concordaba sólo con su sexo de crianza y no con su tipo corporal; y en muchos de estos casos el tipo corporal no se había «adaptado» para conformarlo al sexo inculcado. En sólo un 15 por ciento de los 94 casos estudiados por Overzier los pacientes estaban descontentos con su sexo legal; y siempre se trataba de una «mujer» que quería ser «varón». Hasta Dewhurst y Gordon, los más obstinados defensores del tratamiento a edad muy temprana, admitieron un gran éxito en el «cambio de sexo» de pacientes mayores. Estos autores reportaron veinte casos de reasignación de sexo después del periodo supuestamente crítico de los dieciocho meses. Su impresión fue que todas las reasignaciones habían sido «exitosas», y se preguntaban si «la reasignación puede recomendarse con menos reparos de lo que se ha sugerido hasta ahora».[61] Pero, más que destacar esta observación positiva, subrayaban las dificultades prácticas de los cambios de sexo tardíos.


144 GENITAL ABNORMALITIES AND HERMAPHRODITISM

he did not have intercourse as a male again until ten months later. He had entered the show business and exhibited himself as an hermaphrodite in a side-show. Figure 104 depicts the patient in female garb about this time. Figure 105 contains photographic copies of the advertising matter he distributed. At these exhibitions he said both men and women would be admitted into the tent. He would tell them the story of his life, ask the women to move over to the right side of the tent, the men to the left, and then draw a curtain between them so they could not see each other, but plainly see him as he disrobed. He said the exhibitions were thronged with people of both sexes, and were very profitable. About a month ago a man and his wife, also in the show business, were in his hotel room, and quizzed him about

FIG. 104. Case 15. Photographs of patient as a female, showing marked breast development. BUT 24902.

his double life. Doubting his statements they dared him to prove his prowess both as a male and female by having intercourse with each of them. He agreed, and the three stripped. He then went to bed with the woman, "had a splendid erection, carried out his part as a male admirably, had a very exciting ejaculation after a few minutes," and thinks the woman also had an orgasm. About a half-hour later he went to bed with the man and took the female rôle in a coitus which was nothing like as pleasurable to the patient as the one with the woman, but was apparently entirely satisfactory to the male partner. During this performance the young woman was an interested spectator.

The three occasions described above are the only times the patient had coitus as a female. He asserted that since menstruation came on he felt

HERMAPHRODITES: SEX UNDETERMINED 145

Facts About
FRANCIES BENTON
AT FORTY
"MALE AND FEMALE IN ONE"
and Now — Two Sexes

FIG. 105. Case 15. Photographic copies of advertising material distributed by patient. BUT 24902.

FIGURA 4.1: Francies Benton, un «hermafrodita en ejercicio», y su anuncio. (Reimpreso con permiso de Young 1937, pp. 144-145.)

A veces los pacientes rehúsan el tratamiento a pesar de consecuencias tan visibles como el crecimiento de la barba en mujeres. Randolf et al. comentan el caso de una joven que había «rehusado con obstinación toda cirugía ulterior, a pesar de la prominencia desfigurante de su clítoris»,[62] mientras que Van der Kamp et al. reportan que nueve de cada diez mujeres adultas que se habían sometido a una reconstrucción vaginal pensaban que las operaciones de esta clase no deberían practicarse antes de la pubertad.[63] Por último, Bailez et al. reportan la negativa de una paciente a operarse por cuarta vez para conseguir una abertura vaginal que posibilitara la cópula.[64]

Los niños intersexuales cuyos genitales parecen contradecir la identidad de género asignada no están abocados a una vida desgraciada. Laurent y yo recopilamos más de ochenta ejemplos (publicados desde 1950) de adolescentes y adultos con genitales visiblemente anómalos (véanse las tablas 4.3 y 4.4). Sólo un individuo se clasificó como potencialmente psicótico, pero esto tenía que ver con un progenitor psicótico y no con la ambigüedad sexual. Queda claro que los niños se adaptan a la presencia de genitales anómalos y se las arreglan para convertirse en adultos funcionales, muchos de los cuales se casan y tienen vidas sexuales activas y aparentemente satisfactorias. Incluso hay ejemplos llamativos de varones con penes diminutos que tienen vidas maritales activas sin penetración.[65] Hasta los proponentes de la intervención temprana reconocen que la adaptación a unos genitales inusuales es posible. Hampson y Hampson, basándose en datos de más de doscientos cincuenta hermafroditas adultos, escriben: «La sorpresa es que tantos pacientes de aspecto ambiguo fueran capaces, *a pesar de su apariencia*, de salir adelante y mantenerse psicológicamente sanos, o quizá sólo con problemas leves».[66]

La literatura clínica es altamente anecdótica. No hay estándares científicos consistentes o siquiera debatibles para evaluar el bienestar psicológico de los pacientes en cuestión. Pero, a pesar de la carencia de datos cuantitativos, nuestro estudio es muy revelador. Aunque crecieron con malformaciones tales como micropenes, precocidad sexual, crecimiento mamario en la pubertad o hematuria (sangre en la orina, en estos casos sangre menstrual), la mayoría de los niños intersexuales criados como varones asumieron el estilo de vida característico de los varones adultos heterosexualmente activos. Lo mismo puede decirse de la mayoría de intersexuales criadas como mujeres, a pesar de anomalías genitales que incluían la presencia de un pene, clítoris agrandado, escroto bífido y/o pubertad virilizante.

TABLA 4.3: *Resultados psicológicos de niños criados como varones con genitales inusuales*

PATRÓN CONGÉNITO (TAMAÑO DE MUESTRA)	CAMBIO DE SEXO ASIGNADO	INTERVENCIÓN MÉDICA	EVALUACIÓN	RESULTADOS	COMENTARIOS	FUENTE
Intersexo XX (1)	Ninguno	Extirpación de un ovario a los 11 años; biopsia ovárica a los 24 años	Sólo física y hormonal	Varón casado con una vida sexual satisfactoria	Nunca se le informó de su verdadera condición física	a
Pene pequeño, escroto bífido, meato urinario basal, crecimiento mamario en la pubertad y presencia de útero, oviductos y ovarios (1)	Criado como varón; reasignado a mujer en la adolescencia	Reconstrucción vaginal a los 17 años; sin cirugía de clítoris	Física, hormonal, psiquiátrica, MMPI, test de Rorschach	Mujer casada a los 20 años, espera ser madre	En la infancia le gustaba ser un chico; recibió una educación sexual considerable por parte de sus padres; la madre le inculcó el secretismo genital a causa de su diferencia anatómica	b
Precocidad sexual en individuo de sexo genético, gonadal y hormonal masculino (1)	Ninguno	Psicoterapia familiar exhaustiva	CI, tests psicológicos estandarizados y entrevistas	«Adaptación psicológica completamente adecuada» (p. 15)	Vida familiar sana	c
Intersexo XX; falo pequeño con hipospadias; labioscroto fundido vacío (1)	Ninguno	Mamas y órganos internos femeninos extirpados en la adolescencia; tratamientos hormonales; cirugía plástica del pene a los 25 años	Entrevistas exhaustivas	Varón casado; «para todo el mundo ... pasaba por un universitario ordinario, uno de los más estables y bien adaptados» (p. 317)	Único caso estudiado en un artículo que resume gran número de estudios pero da pocos detalles concretos	d

Hiperplasia adrenocortical congénita; falo pequeño con uretra interna (1)	Ninguno; hematuria a los 18 años	Extirpación de útero y ovarios a los 18 años; tratamiento hormonal	Informe clínico	«Estudiante universitario, sobresaliente en música, interesado en los deportes»; tenía contactos sexuales con mujeres (p. 157)	«A los 10 años el paciente comprobó que sus genitales externos eran menores que los de los otros chicos de su edad, y a partir de entonces procuró no exhibirlos ante sus compañeros de clase» (p. 156)	e
Hiperplasia adrenocortical congénita; uretra intrafálica; falo de 5 cm a los 21 años (1)	Ninguno; sangrado uretral cíclico	Ninguno	Sólo física	Varón casado	No se ofrecen datos psicológicos	f
Hiperplasia adrenocortical congénita; vello púbico y axilar desde los 5 años; menstruación a los 26; micropene; uretra intrafálica (1)	Ninguno; deseo de ser mujer expresado a los 35 años	Cirugía adrenocortical, con resultado de muerte del paciente	Física y observación ocasional	Inteligencia normal; sirvió en el ejército durante la segunda guerra mundial	Atracción hacia compañeros masculinos en la adolescencia	g
Mismo desarrollo físico (1) (Hermano menor del anterior)	Ninguno	Tratamiento hormonal desde los 25 años (la muerte del hermano le hizo rehusar la cirugía)	Física y observación ocasional	Casado a los 22 años; tenía actividad sexual regular	Comenzó a menstruar a los 22 años	h

(*continuación*)

TABLA 4.3: *(Continuación)*

PATRÓN CONGÉNITO (TAMAÑO DE MUESTRA)	CAMBIO DE SEXO ASIGNADO	INTERVENCIÓN MÉDICA	EVALUACIÓN	RESULTADOS	COMENTARIOS	FUENTE
Hiperplasia adrenocortical congénita con microfalo (2)	Ninguno	Ovarios y útero eliminados a los 12 y los 31 años, respectivamente	Psicológica mediante entrevista	Ambos casados, uno padre por inseminación de un donante; vidas sexuales satisfactorias	Adaptados a actividades sexuales distintas del coito vaginal	i
Intersexo con pene pequeño y mamas desarrolladas (1)	Uno; criado como varón	A los 15 años, extirpación de ovario y útero	Ninguna	Casado con una mujer, buscó tratamiento de su infertilidad		k
Intersexo; clítoris agrandado, menstruación; mamas desarrolladas, sin barba ni vello púbico o axilar (1)	Ninguno	A los 20 años, eliminación de ovario y útero, pero se le deja un ovotestículo	Física y observación breve	Casado; trabajaba de granjero	«Comparativamente callado ... prefería trabajar solo ... tenía cierto complejo de inferioridad» (p. 148)	l
Intersexo criado como varón (1)	Ninguno	Ovotestículo eliminado a los 29 años	Conversaciones con el paciente	Consciente de su anormalidad genital desde los 8 años, se las arregló para ocultarla y practicó deportes como el fútbol americano; trabajó en oficios masculinos; se casó a los 26 años con una mujer	El desarrollo mamario a los 15 años le llevó a abandonar las competiciones de natación y fútbol	m

Genitales anormales, mamas agrandadas, hematuria periódica (1)	Ninguno	Cirugía a los 21 años para extirpar útero y ovario	Conversaciones con el paciente	El paciente tenía un oficio y ademanes masculinos, y parejas sexuales femeninas	El paciente rehusó convertirse en una mujer y prefirió el sexo de crianza	n
Genitales ambiguos, mamas (1)	Ninguno: criado como varón	A los 15-16 años: mamoplastia, reparación de hipospadias en 3 fases, histerectomía	Conversaciones con el paciente	Participaba en deportes con otros chicos; «adaptación social adecuada durante la niñez» (p. 663)		o
Intersexo criado como varón (1)	Ninguno	Histerectomía para frenar menstruación y reducción de mamas	Historial	Paciente «totalmente contento» (p. 1151), pero tenía que sentarse para orinar	El paciente consiguió ocultar a su familia su necesidad de sentarse para orinar	p
Causas diversas: el perfil hormonal y la morfología corporal secundaria contradicen el sexo asignado (27)*	Ninguno; 4 criados como varones, 23 criados como mujeres	Incierta	Psicológica y física	«Cuatro ambivalentes respecto del rol sexual» (p. 256)	Todos los casos ambivalentes se criaron como niñas	q
Intersexo: mosaico XX, XY; mamas y hematuria; genitales inusuales apreciados al nacer (1)	Ninguno	Eliminación de útero y trompas de Falopio a los 14 años	Historial centrado en la composición cromosómica	Los psicólogos no recomendaron el cambio de sexo	Sin detalles de la trayectoria vital	r

(*continuación*)

TABLA 4.3: *(Continuación)*

PATRÓN CONGÉNITO (TAMAÑO DE MUESTRA)	CAMBIO DE SEXO ASIGNADO	INTERVENCIÓN MÉDICA	EVALUACIÓN	RESULTADOS	COMENTARIOS	FUENTE
Adultos criados como varones con pene pequeño (12)	Ninguno	Extirpación de testículos en unos casos y corrección quirúrgica de hipospadias en otros	Entrevistas	· 9 se estrenaron sexualmente hacia los 16 años · Todos varones heterosexuales · 6 se sentían normales · 6 fueron objeto de burla	Los padres que «llamaban la atención sobre las anormalidades o eludían hablar de ellas, a menudo diciendo al niño que las escondiera, crearon niños tímidos y ansiosos» (p. 571); «un pene pequeño no impide el rol masculino normal, y un micropene o microfalo por sí solo no debería dictar una asignación de género femenino en la infancia» (p. 571)	s
Intersexo; criado como varón (1)	Ninguno	Corrección de hipospadias a los 29 años	Historial	Casado con mujer XX; declaró copular dos veces por semana con orgasmo por ambas partes	Pene pequeño y curvado que «no preocupó al paciente antes de casarse» (p. 332); sólo buscó ayuda porque no podía eyacular dentro de la vagina y quería tener hijos	t

* Incluidos también en la tabla 4.4. a. Glen 1957. b. Norris y Keettel 1962. c. Money y Hampson 1955. d. Money 1955; Money et al. 1955b. e. Peris 1960. f. Maxted et al. 1965. g. Madsen 1963. i. Van Seters y Slob 1988. j. Van Seters y Slob 1988. k. Ten Berge 1960. l. Ben-lih y Kai 1953. m. Capon 1955. n. Ben-lih et al. 1959. o. Hughes et al. 1958. p. Jones y Wilkins 1961. q. Money 1955. r. Gilgenkrantz 1987. s. Reilly y Woodhouse 1989. t. Zachariae 1955.

Entre el grupo de intersexuales criados como varones y el de intersexuales criados como mujeres se aprecian dos diferencias interesantes. La primera es que sólo una minoría de mujeres intersexuales optó por feminizar sus genitales masculinizados en la adolescencia o la edad adulta, mientras que más de la mitad de los varones intersexuales pasó por el quirófano para masculinizar sus cuerpos feminizados. La segunda es que el 16 por ciento de los intersexuales criados como mujeres decidió pasarse al otro sexo en la adolescencia o la edad adulta. Estos individuos se adaptaron con éxito —y a menudo con expresa satisfacción— a su nueva identidad. En contraste, sólo el 6 por ciento de los intersexuales criados como varones quiso cambiar de sexo. En otras palabras, los varones parecen tener un afán mayor de masculinizar sus cuerpos feminizados que las mujeres de feminizar sus cuerpos masculinizados. En una cultura que premia la masculinidad, esto apenas sorprende. Una vez más, los aspectos médico y biológico sólo pueden visualizarse a través de un cedazo cultural.[67]

Retorno a los cinco sexos

En el mejor de los casos, los enfoques vigentes sobre el tratamiento de la intersexualidad apenas pueden justificarse. Muchos pacientes sufren secuelas —físicas y psicológicas— de un proceso que confía mucho en las proezas de la cirugía y poco en la explicación, el apoyo psicológico y la transparencia. Tenemos dos caminos posibles. Por la derecha podemos reafirmar la naturalidad del número dos y continuar desarrollando la tecnología médica, incluyendo la «terapia» génica y las intervenciones prenatales para asegurar que los recién nacidos pertenezcan a uno de dos sexos. Por la izquierda podemos ratificar la variabilidad natural y cultural. Tradicionalmente la cultura europea y americana ha definido dos géneros, cada uno con una gama de comportamientos permisibles; pero las cosas han comenzado a cambiar. Ahora hay amos de casa y mujeres que pilotan cazabombarderos. Hay lesbianas femeninas y varones homosexuales viriles. Los transexuales, de varón a mujer o de mujer a varón, hacen la división sexo/género virtualmente ininteligible.

Todo lo cual me lleva de nuevo a los cinco sexos. Imagino un futuro en el que nuestro conocimiento del cuerpo ha llevado a contestar el control médico,[68] en el que la ciencia médica se ha puesto al servicio de la variabilidad genérica, y los géneros se han multiplicado más allá de los límites hoy concebibles. Suzanne Kessler sugiere que «la variabilidad de

géneros puede ... verse ... de una nueva manera: como una expansión de lo que se entiende por masculino y femenino».[69] Acaso en última instancia los conceptos de masculinidad y feminidad podrían solaparse hasta el punto de restar toda relevancia a la noción misma de diferencia de género.

En el futuro, las divisiones jerárquicas entre paciente y médico, progenitor e hijo, varón y mujer, heterosexual y homosexual, se disolverán. Todas las voces críticas presentadas en este capítulo apuntan a fisuras en el monolito de la práctica y la literatura médicas. Es posible vislumbrar una nueva ética del tratamiento médico que permita la profusión de la ambigüedad, enmarcada en una cultura que ha prescindido de las jerarquías de género. En mi utopía, las principales preocupaciones médicas de un intersexual serían las condiciones potencialmente amenazadoras para la vida que a veces se asocian a la intersexualidad, como el desequilibrio iónico debido a la disfunción adrenocortical, la mayor frecuencia de tumores gonadales o las hernias. La intervención médica encaminada a sincronizar la imagen corporal con la identidad de género sólo raramente se daría antes de que el paciente tuviera uso de razón. Esta intervención técnica sería una empresa cooperativa entre médico, paciente y consejeros sexuales. Como ha señalado Kessler, los genitales infrecuentes de los intersexuales no tendrían por qué verse como «deformados». La cirugía, ahora contemplada como un gesto creativo (los cirujanos «crean» una vagina), podría verse como destructiva (se elimina tejido) y, por ende, sólo necesaria cuando peligra la vida.[70]

Los tratamientos aceptados dañan la mente y el cuerpo. Y está claro que unos niños cuya anatomía genital no se ajuste del todo a su sexo inculcado pueden convertirse en adultos sanos. Pero los buenos médicos siguen mostrándose escépticos,[71] igual que muchos padres y progenitores potenciales. Es imposible no personalizar la discusión. ¿Qué haríamos si tuviéramos un hijo intersexual? ¿Estaríamos dispuestos a convertirnos en pioneros de una nueva estrategia de tratamiento? Aparte de los nuevos activistas por los derechos de los intersexuales, ¿dónde buscaríamos consejo e inspiración?

La historia del transexualismo invita a la reflexión. En la cultura europea y americana entendemos que los transexuales son individuos que han nacido con cuerpos masculinos o femeninos «bien constituidos». Psicológicamente, sin embargo, se ven a sí mismos como miembros del sexo «opuesto». El anhelo del transexual de conformar su cuerpo a su psique es tan intenso que muchos buscan ayuda médica para transformar sus cuerpos mediante tratamientos hormonales y, en última instancia,

TABLA 4.4: *Resultados psicológicos de niños criados como mujeres con genitales inusuales*

PATRÓN ONTOGÉNICO (TAMAÑO DE MUESTRA)	CAMBIO DEL SEXO ASIGNADO	INTERVENCIÓN MÉDICA	EVALUACIÓN	RESULTADO	COMENTARIOS	FUENTE
Clítoris peniforme; menstruación a los 13 años (1)	Ninguno	Amputación del clítoris en la edad adulta	Psicológica, hormonal	Se afirma que la paciente estaba satisfecha	Atracción primaria hacia las mujeres, pero con identidad de género femenina; el psiquiatra quería convencerla de que se operara para convertirse en varón (¿para evitar la homosexualidad?), pero la paciente rehusó	a
Precocidad sexual en individuo de sexo genético, gonadal y hormonal femenino (3)	Ninguno; criado como mujer	Psicoterapia familiar	CI, tests psicológicos estandarizados y entrevistas	2/3 bien adaptadas; de 1 se predice psicosis	La paciente inadaptada tenía un padre psicótico y una familia pobremente adaptada	b
Intersexo XY; clítoris agrandado (2-3 cm); escroto bífido; micción por la vagina (2 «hermanas»)	Ninguno; criado como mujer	Ninguna; reconocimiento médico al casarse por la micción inhabitual	Física, hormonal	Mujeres aparentemente sanas y casadas	Ambas conscientes de su anomalía a los 10 años por su forma de orinar. No se menciona disconformidad con el clítoris grande	c

(Continuación)

TABLA 4.4: *(Continuación)*

PATRÓN ONTOGÉNICO (TAMAÑO DE MUESTRA	CAMBIO DEL SEXO ASIGNADO	INTERVENCIÓN MÉDICA	EVALUACIÓN	RESULTADO	COMENTARIOS	FUENTE
Intersexo XY; pene pequeño y vagina (1)	Ninguno; criado como mujer	Eliminación del pene y dilatación vaginal después de casarse	Ninguna	Felizmente casada pero estéril		d
Intersexo XY; genitales externos malformados; sin desarrollo mamario (1)	Ninguno; criado como mujer	Eliminación de los testículos, agrandamiento vaginal y tratamiento con estrógeno a los 21 años	Indeterminada	«Muy bien adaptada a su rol femenino» (p. 43)		e
Disfunción testicular; genitales ambiguos pero feminizados (3)	Cambio de sexo, de mujer a varón, a los 20-33 años		Conversaciones con médicos	1: «paciente sumamente satisfecho» (p. 1214); 2: sin información	Se pide «una actitud no tan rígida» respecto de cuándo operar (p. 1216)	f
Varón normal con hipospadias perineal severa, criado como niña (1)	Reasignado a varón a los 14 años	Corrección quirúrgica del hipospadias	Tests psicológicos y entrevistas	Adaptación exitosa tras un periodo de varios meses	«El equipo del Johns Hopkins ... no ha ofrecido una evidencia convincente» de la obligatoriedad del cambio de sexo a edad temprana (p. 1217)	g

Mujeres con hiperplasia adrenocortical congénita (7)	Ninguno; criado como mujer	Ninguna	Psicológica y entrevistas	Dos casadas; «eran enteramente femeninas en su aspecto y ademanes» (p. 255)		h
Causas diversas: el perfil hormonal y la morfología corporal secundaria contradicen el sexo asignado (27)*	Ninguno; 4 criados como varones, 23 como mujeres	Indeterminada	Psicológica y física	«Cuatro ambivalentes respecto del rol sexual» (p. 256)	Todos los casos ambivalentes se criaron como niñas	i
Intersexos con pene, escroto bífido, testículos y ovotestículos (2)	Ninguno; criado como mujer	Remodelación genital a los 26 y 24 años	Conversaciones con médicos; física	Ambas casadas; «chicas aparentemente normales» (p. 280)	Una no tenía abertura vaginal; el marido «cohabitaba» usando el espacio entre el perineo y las piernas; la otra era anorgásmica; ambas experimentaron una pérdida de libido posquirúrgica	j
Clítoris peniforme (1)	Ninguno; criado como mujer	Extirpación del pene y dilatación vaginal a los 17 años	Ninguna	La paciente se sentía mujer	«Con cierta dificultad, se le persuadió de someterse a tratamiento quirúrgico» (p. 79)	k

(*continuación*)

TABLA 4.4: *(Continuación)*

PATRÓN ONTOGÉNICO (TAMAÑO DE MUESTRA)	CAMBIO DEL SEXO ASIGNADO	INTERVENCIÓN MÉDICA	EVALUACIÓN	RESULTADO	COMENTARIOS	FUENTE
Hipospadias; criado como niña (1)	Reasignado a varón a los 13 años	Varias operaciones para corregir el hipospadias, a requerimiento del paciente	Informe amplio y personal de cómo afrontó el cambio de sexo	Casado con dos hijos adoptados	Desearía haber podido copular y tener hijos biológicos, pero se muestra resignado: «tengo una vida plenamente feliz en su mayor parte» (p. 1256)	l
Hipospadias; criado como niña (1)	Reasignado a varón a los 13 años	Corrección quirúrgica de hipospadias y pene encapuchado	Anecdótica	Matrimonio exitoso	Paciente ansioso de cambiar de sexo, «tenía sus propias ideas ... incluso un nombre ya elegido y un programa de actividades decididamente masculino» (p. 490)	m
Intersexo; criado como mujer (1)	Ninguno	Apertura quirúrgica de la vagina a los 18 años	Historial	Identificado como varón al nacer, pero criado como niña por la madre; orientación sexual hacia los varones; deseo de casarse	A edad temprana su madre le dijo que «no debía dejar que nadie viera sus genitales, porque era diferente de los otros niños y niñas» (p. 431)	n

Intersexo XY, criado como niña (1)	En la pubertad se convirtió en un varón típico	Indeterminada	Historial	«Se sintió totalmente aliviado al decírsele que era un varón» (p. 1151)	Casado a los 22 años con una mujer	o
Intersexo XY con insensibilidad parcial a los andrógenos; criado como niña con clítoris agrandado (1)	A los 33 años se le eliminaron las mamas	Eliminación de mamas en la edad adulta	Historial; pruebas hormonales, anatómicas y psiquiátricas	Individuo con una fuerte identidad de género masculina, aparentemente desde muy pequeño; orientación sexual hacia las mujeres	Identidad de género masculina ya evidente en la primera infancia	p

Si no se especifica, el cambio del sexo de crianza fue quirúrgico. *Incluidos también en la tabla 4.3. a. Nogales et al. 1956; b. Hampson y Money 1955. c. Lubs et al. 1959. d. Ten Berge 1960. e. Jones 1957. f. Dewhurst y Gordon 1963. g. Berg 1963. h. Money 1955. i. Money, Hampson et al. 1955. j. Witschi y Mengert 1942. k. Laycock y Davies 1953. l. Armstrong 1966. m. Brown y Fryer 1957. n. Brewer et al. 1952. o. Jones y Wilkins 1961. p. Gooren y Cohen-Kettenis 1991.

operarse para desprenderse de sus gónadas y remodelar sus genitales externos. Las demandas de los transexuales autoidentificados han forzado a los médicos a reconocer y nombrar el fenómeno y a cambiar sus prácticas. Así como la idea de que la homosexualidad es un rasgo innato y estable no se planteó hasta finales del siglo XIX, el transexual no emergió plenamente como un tipo especial de persona hasta mediados del veinte. Sin embargo, la conquista del derecho legal al cambio de sexo por vía quirúrgica tuvo un precio: el refuerzo del sistema de dos géneros.[72] Al recurrir a la cirugía para ajustar sus cuerpos a su identidad de género, los transexuales representan el extremo lógico de la filosofía del estamento médico en lo que respecta a la concordancia entre sexo y género dentro del cuerpo de un individuo. De hecho, los transexuales apenas tenían otra elección que no fuera situarse a sí mismos en este marco si querían obtener ayuda quirúrgica. Para evitar crear un matrimonio «lésbico», los médicos exigían que los transexuales casados se divorciaran antes de pasar por el quirófano, después de lo cual podían cambiar legalmente sus partidas de nacimiento para reflejar su nueva condición.

Sin embargo, en los últimos diez o veinte años, el edificio del dualismo transexual se ha resquebrajado. Algunas organizaciones de transexuales han comenzado a promover la idea del *transgenericismo*, que constituye una revisión más radical de los conceptos de sexo y género.[73] Mientras que los transexuales tradicionales describirían a un travestido (un varón que viste de mujer) como un transexual en proceso de transformación en una mujer completa, los transgenericistas aceptan una variedad de identidades de género. «El transgenericismo sustituye la dicotomía de transexual y travestido por un concepto de continuidad». Las generaciones anteriores de transexuales no querían apartarse de las normas de género, sino amoldarse plenamente a su nuevo rol sexual. Hoy, en cambio, muchos arguyen que necesitan manifestarse como transexuales, y asumen una identidad transexual permanente que no es ni masculina ni femenina en el sentido tradicional.[74]

Dentro de la comunidad transgenérica (que tiene su organización política propia y su boletín electrónico propio en internet) abunda la variación de género. Algunos optan por convertirse en mujeres, pero manteniendo sus genitales masculinos intactos. Muchos de los que se han sometido a una transformación quirúrgica han adoptado un rol homosexual. Por ejemplo, un varón reconvertido en mujer puede comportarse como una lesbiana (o como un gay en el caso inverso de una mujer reconvertida en varón). Considérese el caso de Jane, nacida varón a efectos fisiológicos, cercana ya a los cuarenta, y que continúa viviendo

con su esposa (con quien se casó cuando todavía era John). Jane toma hormonas para feminizarse, pero este tratamiento aún no ha menoscabado su capacidad de tener erecciones y penetrar a su mujer:

> Desde su perspectiva, Jane tiene una relación lésbica con su mujer (Mary). Pero también usa su pene para el placer. Mary no se identifica como una lesbiana, aunque siente amor y atracción hacia Jane, a quien ve como la misma persona de quien se enamoró, aunque haya cambiado físicamente. Mary se considera heterosexual ... aunque define la intimidad sexual con su pareja Jane como algo intermedio entre lésbica y heterosexual.[75]

Si se acepta la variación genérica, ¿eso implica que el concepto de género mismo debería desaparecer? No necesariamente. La pensadora Martine Rothblatt propone un sistema de género cromático que diferenciaría entre cientos de tipos de personalidad. Sugiere tres dimensiones —agresión, maternalidad y erotismo— con siete niveles cada una, cuyas permutaciones dan 343 (7x7x7) variantes de género. Una persona de género malva, por ejemplo, sería «una persona poco maternal con una buena cantidad de erotismo pero no demasiada agresividad».[76] Para algunos, el sistema de Rothblatt es estúpido o innecesariamente complicado. Pero lo que plantea es importante, y comienza a sugerir posibles maneras de criar niños intersexuales en una cultura que reconoce la variación de géneros.

¿Acaso es tan irrazonable pedir que nos centremos más en la variabilidad y prestemos menos atención a la conformidad de género? El problema con el género, en su concepción actual, es la violencia —metafórica y real— que ejercemos al generalizar. Ningún varón ni mujer se ajusta al estereotipo genérico universal. «Sería más útil», escribe la socióloga Judith Lorber, «agrupar pautas de comportamiento y sólo después buscar marcas identificadoras de la gente que es probable que se comporte de cierta manera».[77]

Si europeos y norteamericanos nos pasáramos a un sistema de sexo y género de múltiples roles (como en cierta medida estamos haciendo), no seríamos pioneros culturales. Varias culturas amerindias, por ejemplo, definen un tercer género, que puede incluir gente que etiquetaríamos como homosexual, transexual o intersexual, pero también gente que etiquetaríamos como varón o mujer.[78] Los antropólogos han descrito otros grupos, como los hijaras de la India, integrados por individuos que en Occidente etiquetaríamos como intersexos, transexuales, afeminados y eunucos. Como ocurre con las categorías amerindias, los hijaras varían

en cuanto a origen y características.[79] Los antropólogos discrepan sobre la interpretación de los sistemas de género amerindios. Lo que importa, sin embargo, es que la existencia de otros sistemas sugiere que el nuestro no es inevitable.

No pretendo idealizar otras culturas. Un sistema de género distinto del nuestro no es garantía de igualdad social. Entre los sambia, una etnia de las montañas de Papúa Nueva Guinea, y en unos cuantos pueblos de la República Dominicana se da una frecuencia relativamente elevada de una mutación genética causante de una deficiencia en la enzima 5-α-reductasa.[80] Los niños XY con esta deficiencia nacen con un pene diminuto, testículos no descendidos y un escroto dividido. A menudo se les toma por niñas o intersexos ambiguos. En la adolescencia, sin embargo, la testosterona producida de manera natural hace que el pene crezca, los testículos desciendan, los labios vulvares se fusionen en un escroto y el cuerpo se vuelva velludo y musculoso.[81]

Y tanto en Nueva Guinea como en la República Dominicana, los niños con este síndrome (que en Estados Unidos suelen ser operados sin demora) son reconocidos como un tercer sexo.[82] Los dominicanos lo llaman *guevedoche*, o «pene a los doce», mientras que los sambia lo llaman *kwolu-aatmwol*, lo que sugiere la transformación de una persona «en un ente masculino».[83] En ambas culturas, los niños con esta deficiencia experimentan una socialización sexual ambivalente. Y en la edad adulta se autoidentifican como varones en su gran mayoría (pero no necesariamente con completo éxito). El antropólogo Gil Herdt escribe que, en la pubertad, «la transformación puede ser de fémina (posiblemente con una crianza ambigua) a un tercer sexo aspirante a varón que, en ciertos escenarios sociales, se clasifica entre los varones adultos».[84]

Aunque estas culturas saben que a veces nacen niños de un tercer tipo, sólo reconocen dos roles sexuales. Herdt argumenta que la intensa preferencia en estas culturas por la masculinidad, junto con la posición de libertad y poder de los varones, pueden explicar fácilmente por qué tanto los *kwolu-aatmwol* como los *guevedoche* optan casi siempre por el rol masculino aunque se les haya criado como niñas. Si bien la obra de Herdt nos proporciona una perspectiva que trasciende de nuestro propio marco cultural, sólo estudios ulteriores aclararán cómo se desenvuelven los miembros de un tercer sexo en las culturas que reconocen tres categorías corporales pero ofrecen un sistema de sólo dos géneros.

Hacia el fin de la tiranía de los géneros

El reconocimiento de una tercera categoría no asegura un sistema de género flexible. Dicha flexibilidad requiere una lucha política y social. Al discutir mi propuesta de los «cinco sexos», Suzanne Kessler plantea este punto con gran efecto:

> La limitación de la propuesta de Fausto-Sterling es que la legitimación de otras contexturas genitales ... sigue otorgando a los genitales una significación primaria e ignora el hecho de que en el mundo cotidiano las atribuciones de género se hacen sin acceso a la inspección genital ... Lo que tiene primacía en la vida diaria es el género que se ejerce, con independencia de la configuración de la carne bajo el vestido.

Kessler argumenta que para los intersexuales y sus defensores sería mejor apartar la vista de los genitales y dejar de reivindicar una identidad sexual separada. En vez de eso, sugiere, debería admitirse una mayor variedad de varones y mujeres. Algunas mujeres tendrían clítoris grandes o labios fusionados, mientras que algunos varones tendrían «penes diminutos o escrotos deformes, fenotipos sin ningún significado clínico o de identidad».[85] Pienso que Kessler tiene razón, y por eso ya no abogo por el uso de categorías discretas como *herm*, *serm* o *serf*, ni siquiera en broma.

La persona intersexual o transexual que presenta un género social (lo que Kessler llama «genitales culturales») no concordante con sus genitales físicos a menudo se juega la vida. En un juicio reciente, una madre demandó a unos paramédicos por el fallecimiento de su hijo travestido, a quien se negaron a seguir tratando tras descubrir sus genitales masculinos. El tribunal les condenó a pagar casi tres millones de dólares a la demandante. Aunque es esperanzador que un tribunal encontrara inaceptable semejante conducta, el caso resalta el alto riesgo que entraña la transgresión del género.[86] Los «guerreros transgenéricos», como los llama Leslie Feinberg, continuarán en riesgo hasta que logremos trasladarlos al lado «aceptable» de la línea imaginaria que separa el género «normal, natural, sacrosanto» de lo «anormal, antinatural, enfermizo [y] pecaminoso».[87]

Una persona con ovarios, mamas y vagina, pero cuyos «genitales culturales» son masculinos también tiene problemas. Al solicitar un carné de conducir o pasaporte, por ejemplo, uno debe marcar la casilla «V»

o «M». Supongamos que esa persona marca la «M» de mujer y luego muestra el carné para identificarse. El asesinato en 1998 del homosexual Matthew Shepherd en Wyoming ilustra los posibles peligros. Una mujer de apariencia masculina corre peligro de ser atacada si no «pasa» como varón. También puede encontrarse en un aprieto legal si la policía le pide la documentación por una infracción de tráfico o control de pasaporte, porque las autoridades la podrían acusar de enmascaramiento de identidad con algún móvil ilegal. En los años cincuenta, cuando la policía hacía redadas en los bares de lesbianas, se exigía que las mujeres vistieran un mínimo de tres prendas femeninas para evitar el arresto.[88] Como señala Feinberg, no hemos avanzado mucho desde entonces.

Dada la discriminación y violencia de que son objeto aquellos cuyos genitales culturales y físicos no concuerdan, la transición a un utópico régimen multigenérico requiere protección legal. Sería de ayuda eliminar la categoría «sexo» de los pasaportes, permisos y demás. La activista transexual Leslie Feinberg escribe: «Las categorías sexuales deberían eliminarse de todos los documentos identificativos básicos, desde el carné de conducir hasta el pasaporte; y puesto que el derecho de cada persona a definir su propio sexo es tan básico, también debería eliminarse de las partidas de nacimiento».[89] De hecho, ¿por qué son necesarios los genitales físicos para la identificación? Seguramente serían más útiles otros atributos más visibles (como la estatura, la complexión o el color de ojos) y menos visibles (huellas digitales y perfiles de ADN).

Los activistas transgenéricos han redactado una «declaración internacional de los derechos genéricos» que incluye, entre otros diez, «el derecho a definir la identidad de género, el derecho a controlar y cambiar el propio cuerpo, el derecho a la expresión sexual y el derecho a entablar compromisos amorosos y contratos matrimoniales».[90] Las bases legales de tales derechos se están forjando en los tribunales mientras escribo, a través de la jurisprudencia establecida respecto de la discriminación sexual y los derechos de los homosexuales.[91]

Como hemos visto, la intersexualidad ha estado desde hace tiempo en el centro de los debates sobre las conexiones entre sexo, género y su estatuto social y legal. Hace unos años, la historiadora Mary Beth Norton, de la Universidad de Cornell, me envió las transcripciones de las actas del Tribunal General de la Colonia de Virginia. En 1629, un tal Thomas Hall se presentó en el juzgado declarando ser varón y mujer a la vez. Puesto que los tribunales civiles esperaban que la vestimenta se ajustara al sexo de cada cual, el inspector decidió que Thomas era una mujer y le ordenó vestir ropas femeninas. Más tarde, un segundo ins-

pector anuló la primera sentencia, declarando que Hall era un varón y, por lo tanto, debía vestir como tal. De hecho, Thomas Hall había sido bautizado como Thomasine y había llevado ropas femeninas hasta los veintidós años, cuando se enroló en el ejército. Después volvió a vestirse de mujer para ganarse la vida confeccionando encajes. Las únicas referencias a la anatomía de Hall dicen que tenía una parte masculina tan grande como la punta de su dedo meñique, que no hacía uso de ella y que —como decía la propia Thomasine— tenía «un pedazo de agujero». Finalmente, el Tribunal de Virginia aceptó la dualidad de género de Thomas(ine) y sentenció que «se publicará que el llamado Hall es un hombre *y* una mujer, que todos los habitantes de los alrededores pueden tomar nota de ello, y que irá vestido de hombre, salvo la cabeza, que irá tocada con una cofia provista de visera».[92]

El estatuto legal de los intersexuales operados sigue siendo incierto.[93] A lo largo de los años, los derechos de sucesión real, el tratamiento diferencial de la seguridad social o las pólizas de seguros, las leyes laborales y las restricciones de voto habrían tenido que revisarse al declarar a un intersexo legalmente varón o mujer. Aunque estas cuestiones ya no preocupan tanto, el Estado sigue estando muy interesado en reglar el matrimonio y la familia. Considérese el caso de un australiano de genotipo XX nacido con un ovario y trompa de Falopio en el lado derecho, un pequeño pene y un testículo en el lado izquierdo. Criado como varón, en la edad adulta pasó por el quirófano para masculinizar su pene y desprenderse de sus mamas. Los médicos encargados de su caso acordaron que debía seguir siendo varón, porque ésta era su orientación psicosexual. Más tarde se casó, pero los tribunales australianos anularon la unión. La sentencia decía que, en un sistema legal que requiere que una persona sea una cosa u otra a efectos de matrimonio, él no podía ser ni varón ni mujer (de ahí la necesidad de incluir el derecho a contraer matrimonio en la declaración de derechos genéricos).[94]

Los debates sobre la intersexualidad son inextricables de la controversia sobre la homosexualidad. No podemos considerar los retos que plantea la primera a nuestro sistema de género sin considerar el desafío paralelo planteado por la otra. Al considerar el posible matrimonio de un intersexual, a menudo las normas legales y médicas se centran en la cuestión del matrimonio homosexual. En el caso *Corbett v. Corbett 1970*, April Ashley, un transexual británico se casó con un tal Mr. Corbett, que luego pidió la anulación del matrimonio porque April era en realidad un hombre. April argumentó que era una mujer a efectos sociales y, por ende, apta para el matrimonio. Sin embargo, el juez sentenció que la

operación era un artefacto impuesto a un cuerpo claramente masculino. April no sólo había nacido varón, sino que los cirujanos no le habían construido una vagina lo bastante grande para permitir la penetración. Además, el acto sexual era «la institución sobre la que se construye la familia, en la que la capacidad para la cohabitación heterosexual natural es un elemento esencial». «El matrimonio», continuaba el juez, «es una relación que depende del sexo y no del género».[95]

Una sentencia británica anterior había anulado el matrimonio entre un hombre y una mujer nacida sin vagina. El marido declaró que no podía introducir su pene más de cinco centímetros en la vagina artificial de su esposa. Incluso adujo que no era el canal biológico que se le debía como marido. El juez estuvo de acuerdo, remitiéndose a un caso muy anterior en el que un colega había sentenciado: «Soy de la opinión de que ningún hombre debería reducirse a este estado de conexión cuasi-natural».[96]

Ambos jueces británicos declararon ilegal el matrimonio sin posibilidad de acoplamiento pene-vagina; uno incluso añadió el criterio de que cinco centímetros no constituían una penetración. En otros países (incluidos los diversos estados norteamericanos que prohíben el contacto anal y oral o restringen esta prohibición a los encuentros homosexuales)[97] ciertos tipos de encuentro sexual pueden ser constitutivos de delito. Similarmente, un médico holandés discutió varios casos de intersexuales XX criados como varones que se habían casado con mujeres. Al definirlos como hembras biológicas (basándose en su genotipo y sus ovarios) el médico planteó un debate sobre la legalidad de tales matrimonios. ¿Deberían disolverse «a pesar de que sean matrimonios felices»? ¿Deberían tener «reconocimiento legal y eclesiástico?».[98]

Si los genitales culturales contaran más que los genitales físicos, muchos de los dilemas descritos serían fáciles de resolver. Desde mediados de los sesenta el Comité Olímpico Internacional ha obligado a todas las atletas a pasar un test cromosómico o de ADN, aunque algunos científicos abogan por la eliminación del control de sexo.[99] A la hora de decidir quién puede competir en el salto de altura femenino o si deberíamos consignar el sexo en la partida de nacimiento de un bebé, el juicio se deriva primariamente de convenciones sociales. Legalmente, el interés del Estado en mantener un sistema de dos géneros se centra en las cuestiones del matrimonio, la estructura familiar y las prácticas sexuales. Pero se avecina un tiempo en el que incluso estas preocupaciones estatales nos parecerán arcanas.[100] Las leyes que regulan el comportamiento sexual consensuado entre adultos tienen orígenes religiosos y morales. Al me-

nos en Estados Unidos, se supone que Iglesia y Estado están completamente separados. A medida que nuestro sistema legal se vaya secularizando cada vez más (como creo que ocurrirá), parece sólo cuestión de tiempo hasta que las leyes que dictan la conducta de alcoba consensuada se consideren inconstitucionales.[101] Cuando eso ocurra, las últimas barreras legales para la emergencia de una amplia variedad de expresión genérica desaparecerán.

El tribunal de la colonia de Virginia obligó a Thomas/Thomasine a señalizar sus genitales físicos mediante un conjunto dual de genitales culturales. Ahora, como entonces, los genitales físicos constituyen una base muy pobre para decidir sobre los derechos y privilegios de los ciudadanos. No sólo son confusos, sino que ni siquiera son públicamente visibles. Es el género social el que vemos e interpretamos. En el futuro, el anuncio de que un recién nacido es «niño» o «niña» quizá permita a los nuevos padres imaginar un abanico expandido de posibilidades para su bebé, especialmente si es de los pocos niños con genitales inusuales. Quizá llegaremos a considerarlos especialmente bendecidos o afortunados. No es tan descabellado pensar que algunos puedan convertirse en las parejas más deseables, capaces de proporcionar placer sexual de una variedad de maneras. Por ejemplo, un estudio de varones con penes inusualmente pequeños encontró que «se caracterizan por una actitud experimentadora en cuanto a posturas y métodos». Muchos de estos hombres atribuían «la satisfacción sexual de la pareja y la estabilidad de sus relaciones a su necesidad de hacer un esfuerzo extra, incluyendo técnicas distintas de la penetración».[102]

Mi visión es utópica, pero creo que es una posibilidad. Todos los elementos para hacerla realidad ya existen, al menos en forma embrionaria. Las reformas legales necesarias están a tiro, impulsadas por los grupos de presión genéricos: organizaciones políticas que trabajan por los derechos de las mujeres, los derechos de los homosexuales y los derechos de los transexuales. La práctica médica ha comenzado a ceder a la presión de los pacientes intersexuales y sus defensores. La discusión pública sobre el género y la homosexualidad mantiene una tendencia general a una mayor tolerancia hacia la ambigüedad y la multiplicidad de géneros. El camino estará lleno de baches, pero la posibilidad de un futuro más diverso y equitativo es nuestra si decidimos hacerla real.

5

El cerebro sexuado: De cómo los biólogos establecen diferencias

El colosal calloso

Supongamos que la visión utópica que acabo de describir en el capítulo anterior se convierte en una realidad. ¿Desaparecerían todas las diferencias de género? ¿Se asignarían las ocupaciones, los ingresos, las jerarquías y los roles sociales exclusivamente sobre la base de las aptitudes físicas e intelectuales y las inclinaciones individuales? Puede. Pero algunos dirían que, con independencia de lo mucho que abramos la puerta, seguiría habiendo diferencias ineluctables entre grupos. Los científicos, argumentarían esos fatalistas, han demostrado que, además de nuestros genitales, diferencias anatómicas clave entre los cerebros masculino y femenino convierten el género en un importante marcador de capacidades. Para reforzar su postura podrían citar la afirmación, ampliamente divulgada, de que el cuerpo calloso (el haz de fibras nerviosas que conecta los hemisferios cerebrales izquierdo y derecho) de los cerebros femeninos es más grande o bulboso que el de los masculinos. Y *eso*, exclamarían, limitará para siempre el punto hasta el que la mayoría de mujeres puede llegar a convertirse en matemáticas, ingenieras y científicas altamente cualificadas. Pero no todo el mundo cree en la realidad de esta diferencia cerebral ligada al sexo.

La anatomía externa parece un asunto simple. ¿Tiene cinco dedos la mano del bebé, o seis? Se cuentan y ya está. ¿Tiene pene o vagina? Se mira y ya está. ¿Quién puede estar en desacuerdo acerca de las partes corporales? Los científicos recurren a la retórica de la visibilidad para hablar de las diferencias cerebrales ligadas al sexo, pero pasar de las estructuras externas fáciles de examinar a la anatomía interna es problemático. Las relaciones entre género, función cerebral y anatomía son difíciles tanto de interpretar como de ver; por eso los científicos se afanan

tanto en convencer a sus colegas y al público en general de que las diferencias entre las anatomías cerebrales masculina y femenina son visibles y significativas.[1] Algunas de estas afirmaciones provocan batallas que pueden durar cientos de años.[2] A la hora de comprender cómo y por qué pueden prolongarse tanto estos debates, continúo insistiendo en que los científicos no se limitan a interpretar la naturaleza para descubrir verdades aplicables al mundo social, sino que se valen de verdades extraídas de nuestras relaciones sociales para estructurar, leer e interpretar la naturaleza.[3]

Las «soluciones» médicas a la intersexualidad concebidas como innovaciones científicas, desde nuevos métodos de clasificación hasta nuevas técnicas de microscopía, han interaccionado con la preconcepción de que no hay más que dos géneros. La unanimidad científica ha reinado en parte porque las convicciones sociales sobre lo masculino y lo femenino no estaban en disputa. Pero cuando la escena social se convierte en un campo de batalla, a los científicos les cuesta llegar a un consenso. En este capítulo expondré cómo emplean los científicos sus armas para debatir sobre la masculinidad y la feminidad al pasar de las diferencias externas a las internas. ¿Para qué profesiones están más dotados los cerebros «masculinos» o «femeninos»? ¿Habría que esforzarse especialmente en animar a las mujeres a estudiar ingeniería? ¿Es «natural» que los niños tengan más problemas para aprender a leer que las niñas? ¿Están más dotados los gays para profesiones femeninas como la peluquería o la floristería porque tienen un cuerpo calloso más femenino? Estas cuestiones sociales entrelazadas alimentan el debate sobre la anatomía del cuerpo calloso.[4]

El verano de 1992 fue intenso. No había otra cosa que hacer más que sentarse a examinar nuestro cuerpo calloso colectivo. O así parecía. ¿Qué otra cosa puede explicar la súbita oleada de artículos sobre este grueso haz de fibras nerviosas? Las revistas *Newsweek* y *Time* iniciaron la tendencia con la publicación de artículos sobre las diferencias de género y el cerebro.[5] Las mujeres, como informaba una ilustración de *Time* a sus lectores, tenían cuerpos callosos mayores que los de los hombres. Esta diferencia, sugería la leyenda de otra llamativa ilustración, podría proporcionar «la base de la intuición femenina». El texto del artículo concede que no todos los neurobiólogos creen en esta presunta diferencia cerebral. Meme Black, en un artículo para *Elle*, fue menos cauta: el que las mujeres tengan cuerpos callosos mayores podría explicar por qué «las chicas son menos propensas que los chicos a decantarse por campos como la física y la ingeniería».[6]

Otros se subieron al carro. Un artículo del *Boston Globe* sobre las diferencias de género y el cuerpo calloso citaba a la doctora Edith Kaplan, psiquiatra y neuróloga: «Los cerebros de hombres y mujeres son anatómicamente diferentes, y el de las mujeres tiene un cuerpo calloso más grueso ... En virtud de estas interconexiones», sugería, las mujeres tienen más aptitud verbal y los varones más aptitud visuo-espacial.[7] Para no quedarse atrás, Nicholas Wade, el editor científico del *New York Times*, escribió que la investigación concluyente que había revelado las diferencias sexuales en el cuerpo calloso desacreditaba «algunas ideologías feministas» que «afirman que todas las mentes están creadas iguales y las mujeres deberían ser igual de competentes en matemáticas si no fuera porque se desmoralizan en la escuela».[8] (¡Vaya!)

La campaña no se detuvo en la cuestión de si el cerebro de las mujeres las hacía ineptas para las carreras científicas. Los medios de comunicación parecían dispuestos a creer que todas las diferencias fisiológicas y sociales podían derivarse en última instancia de diferencias en la forma de una parte del cerebro. Sigamos la lógica de un artículo de portada de 1995 de la revista *Newsweek*, titulado «Por qué hombres y mujeres piensan de manera diferente», donde se sugería que las diferencias en el cuerpo calloso podrían explicar por qué las mujeres piensan holísticamente (lo que se da por cierto), mientras que el hemisferio cerebral derecho de un varón no sabe lo que hace el izquierdo (lo que también se da por cierto). «Las mujeres tienen más intuición», afirma el autor, «quizá porque están en contacto simultáneamente con la racionalidad del cerebro izquierdo y las emociones del derecho».[9] Para sustentar esta teoría el artículo cita estudios que indicaban que las niñas con hiperplasia adrenocortical congénita eran más masculinas que las otras tanto en sus juegos como en sus aptitudes cognitivas, y sugiere (en una llamativa muestra de razonamiento circular) que tales estudios podrían indicar que las hormonas sexuales son responsables de las diferencias en el tamaño del cuerpo calloso.[10]

Como si esta argumentación no fuera lo bastante inverosímil, algunos llevaron el determinismo del cuerpo calloso aún más lejos. En 1992, por ejemplo, la psicóloga Sandra Witelson añadió una especia diferente al guiso, con un artículo en el que argumentaba que, así como varones y mujeres difieren en sus aptitudes cognitivas y en la estructura de sus cuerpos callosos, lo mismo vale para gays y heterosexuales. (Como suele ocurrir, de las lesbianas no se habla.) «Es como si, en algunos aspectos cognitivos, [los homosexuales] fueran un tercer sexo neurológico», escribe Witelson, y añade que las diferencias cerebrales pueden contribuir

a explicar «la aparentemente mayor prevalencia y competencia de los homosexuales en comparación con los heterosexuales en algunas profesiones».[11] Witelson no especificó a qué profesiones se refería, pero al argumentar que la forma del cuerpo calloso contribuye a determinar la dominancia izquierda-derecha, la identidad de género, las pautas cognitivas y la preferencia sexual, de hecho estaba sugiriendo que esta área cerebral interviene en la regulación de casi todos los aspectos del comportamiento humano.[12]

Estos artículos de periódicos y revistas nos muestran un cuerpo calloso ajetreado, con las mangas remangadas y la frente sudorosa, afanándose en proporcionar a los investigadores un único centro de control anatómico, un origen físico para una serie de variaciones fisiológicas y sociales. ¿Por qué tiene que trabajar tanto el cuerpo calloso? ¿Por qué no se limita a dejar que los hechos hablen por sí mismos? En la primera década del siglo XIX, los anatomistas, que hasta entonces siempre habían dibujado esqueletos masculinos, se interesaron de pronto por la estructura ósea femenina. Puesto que el esqueleto se contemplaba como la estructura fundamental, la esencia material del cuerpo, el hallazgo de diferencias sexuales dejaría claro que la identidad sexual impregnaba «cada músculo, vena y órgano unido a y moldeado por el esqueleto».[13] Pues bien, surgió una controversia. Un anatomista (mejor dicho una, porque era mujer) dibujó féminas con cráneos proporcionalmente menores que los masculinos, mientras que otro anatomista pintó mujeres cuyos cráneos tenían un tamaño relativo mayor que los masculinos. Al principio todo el mundo se decantó por la primera versión pero, tras muchos tiras y aflojas, los especialistas de la época reconocieron la exactitud de la segunda. Aun así, los científicos se agarraron al hecho de que los cerebros femeninos eran menores en tamaño absoluto para afirmar que las mujeres eran menos inteligentes.[14] Hoy preferimos el cerebro, y no el esqueleto, como sede de las fuentes más fundamentales de la diferencia sexual.[15] Pero, a pesar de los avances recientes de la investigación neurológica, este órgano sigue siendo un gran desconocido, un medio perfecto sobre el que proyectar, aun sin darnos cuenta, las asunciones sobre el género.

El debate contemporáneo sobre el cuerpo calloso comenzó en 1982, cuando la prestigiosa revista *Science* publicó un breve artículo escrito por dos antropólogos físicos, que enseguida ganó notoriedad cuando el presentador de televisión Phil Donahue dijo erróneamente que los autores habían descrito «un paquete extra de neuronas que faltaba en los cerebros masculinos».[16] El artículo de *Science* reportaba que ciertas regiones del cuerpo calloso eran mayores en las mujeres que en los varones. Aun-

que admitían que sus resultados no pasaban de preliminares (la muestra estudiada incluía nueve varones y cinco mujeres), los autores los relacionaron atrevidamente con «posibles diferencias de género en el grado de lateralización de las funciones visuo-espaciales».[17] Traducción: algunos psicólogos (pero no todos)[18] piensan que varones y mujeres emplean sus cerebros de manera diferente. Presuntamente, los varones harían un uso casi exclusivo del hemisferio izquierdo cuando procesan información visuo-espacial, mientras que las mujeres usarían ambos hemisferios. En la jerga psicológica, los varones están más lateralizados en lo que respecta a las tareas visuo-espaciales. Sobre esta proposición se erige otra, también discutida: que la lateralización aumentada implica mayor competencia. A menudo los varones ejecutan mejor tareas espaciales estandarizadas, y muchos creen que esto también explica su mayor competencia en matemáticas y ciencias. Si se da por buena esta historia y se añade la creencia de que las diferencias funcionales postuladas son innatas (derivadas, por ejemplo, de diferencias anatómicas quizás inducidas por hormonas durante el desarrollo fetal), entonces se puede argumentar que no tiene sentido una política social que promueva la representación equitativa de varones y mujeres en campos como la ingeniería y la física. Después de todo, no puede sacarse sangre de una piedra, por mucho que se exprima.

El psicólogo Julian Stanley, responsable de un programa nacional para jóvenes con talento matemático, ha informado de que los chicos de doce años obtienen mejores notas en los exámenes de física que las chicas. Para Stanley, este resultado implica que «se encontrarán pocas mujeres con un razonamiento mecánico tan bueno como el de la mayoría de varones. Esto podría constituir una seria desventaja en campos como la ingeniería eléctrica y la mecánica ... Estas discrepancias harían ... desaconsejable afirmar que *debería* haber tantos ingenieros eléctricos como ingenieras». Y continúa: «No tiene sentido suponer que la paridad es una meta factible hasta que encontremos maneras de incrementar dichas capacidades entre las mujeres».[19] Mientras tanto, Camilla Benbow, colega de Stanley, sugiere con unas pruebas ínfimas[20] que las diferencias sexuales en la aptitud matemática podrían emanar, al menos en parte, de diferencias innatas en la lateralización cerebral.[21]

Vemos aquí el empleo del cuerpo calloso como parte de lo que Donna Haraway ha llamado «el cuerpo tecnocientífico». Es un nudo desde el cual emanan «hebras pegajosas» que atraviesan nuestro mundo de géneros, atrapando piezas de información como moscas en un papel adhesivo.[22] Los relatos del cuerpo calloso adquieren dimensiones colosales, conectando la baja representación de las mujeres en la ciencia con las

hormonas, las pautas cognitivas, la educación de niños y niñas,[23] la homosexualidad, la dominancia izquierda-derecha y la intuición femenina.[24] Las hebras pegajosas no se limitan a los relatos de género, sino que se embadurnan también de historias sobre la raza y la nacionalidad. En los siglos XIX y principios del XX, el cuerpo calloso estuvo también implicado en la cuestión racial. En este comienzo del siglo XXI, los estilos de pensamiento (que muchos creen mediados indirectamente por el cuerpo calloso)[25] están a menudo racializados. En vez de que los «negros» tengan cuerpos callosos menores que los de los caucásicos,[26] ahora oímos que los amerindios o asiáticos (del color que sea) piensan más holísticamente que los europeos. En las discusiones acerca del cuerpo calloso y su papel en la conexión de los hemisferios izquierdo y derecho abundan los dualismos resbaladizos (tabla 5.1) sobre los cuales nos previno Val Plumwood (véase el capítulo 1). No es fácil cargar todo ese peso sobre el cuerpo calloso, y éste es el meollo del presente capítulo. ¿Cómo se ha convertido el cuerpo calloso en objeto de conocimiento científico? Dado el carácter recalcitrante de este objeto tecnocientífico, ¿cuáles son las armas desplegadas por los científicos para hacer que el cuerpo calloso asuma la carga del género?

La domesticación del cuerpo calloso

La mayoría de afirmaciones sobre la función del cuerpo calloso se basan en estimaciones de su tamaño y forma. ¿Pero cómo pueden los científicos efectuar mediciones precisas de una estructura tan compleja e irregular como el cuerpo calloso? Visto por encima, parece un relieve topográfico (figura 5.1). Hay un par de crestas que discurren paralelas y luego divergen hacia el sur. Flanqueando las cretas hay mesetas laterales, y un vasto valle entre las crestas. Estrías transversales recorren todo el territorio. Estas estrías, que representan millones de fibras nerviosas, constituyen el cuerpo calloso.[27] Como sugieren las crestas y valles, estas fibras no discurren por un plano bidimensional, sino que suben y bajan. Además, como indican los bordes del relieve, las fibras no están separadas de otras partes del cerebro, sino que se conectan y entrelazan con ellas. Como escriben un par de investigadores: «La forma del cuerpo calloso recuerda mucho a un pájaro con una formación alar complicada. Además, estas alas se confunden con las regiones de materia blanca ascendentes ... lo que hace que la porción lateral del cuerpo calloso sea esencialmente imposible de definir con certidumbre».[28]

TABLA 5.1: *Dicotomías relativas a los hemisferios cerebrales de los siglos diecinueve y veinte*[a]

SIGLO XIX		SIGLO XX	
IZQUIERDO	DERECHO	IZQUIERDO	DERECHO
Anterior	Posterior	Verbal	Visuo-espacial/no verbal
Humanidad	Animalidad	Temporal	Simultáneo
Actividad motora	Actividad sensorial	Digital	Analógico
Inteligencia	Emoción/ sensibilidad	Racional	Intuitivo
Superioridad blanca	Inferioridad no blanca	Pensamiento occidental	Pensamiento oriental
Razón	Locura	Abstracto	Concreto
Masculino	Femenino	Femenino	Masculino
Objetivo	Subjetivo	Objetivo	Subjetivo
Yo de vigilia	Yo subliminal	Realista	Impulsivo
Vida de relaciones	Vida orgánica	Intelectual	Sensual

a. Tomado de Harrington 1985.

También podríamos imaginar el cuerpo calloso como un haz de cables telefónicos transatlánticos. En medio del Atlántico (el valle central, que conecta los hemisferios cerebrales izquierdo y derecho) los cables están densamente empaquetados, y a veces los paquetes de cables se levantan formando crestas; pero a medida que los cables se dispersan por las casas y oficinas de Norteamérica y Europa, pierden su forma distintiva. Paquetes menores de cables se desvían hacia Escandinavia o los Países Bajos por el norte, y la Península Ibérica o Italia por el sur. Éstos se reparten a su vez entre ciudades separadas y, en última instancia, conexiones telefónicas particulares. En estas conexiones finales el cuerpo calloso pierde su definición estructural, integrándose en la arquitectura cerebral misma.

El cuerpo calloso «real», por lo tanto, es una estructura difícil de separar del resto del cerebro, y lo bastante compleja e irregular en sus tres dimensiones para ser imposible de delimitar. Así pues, el neurólogo que quiera estudiar el cuerpo calloso, primero tiene que domesticarlo, convertirlo en un objeto de laboratorio discreto, tratable y observable. Este reto no es nada nuevo. Pasteur tuvo que llevar sus microbios al laboratorio para poder estudiarlos.[29] Morgan tuvo que domesticar la mosca del vinagre antes de crear la genética mendeliana moderna.[30] Pero es vital

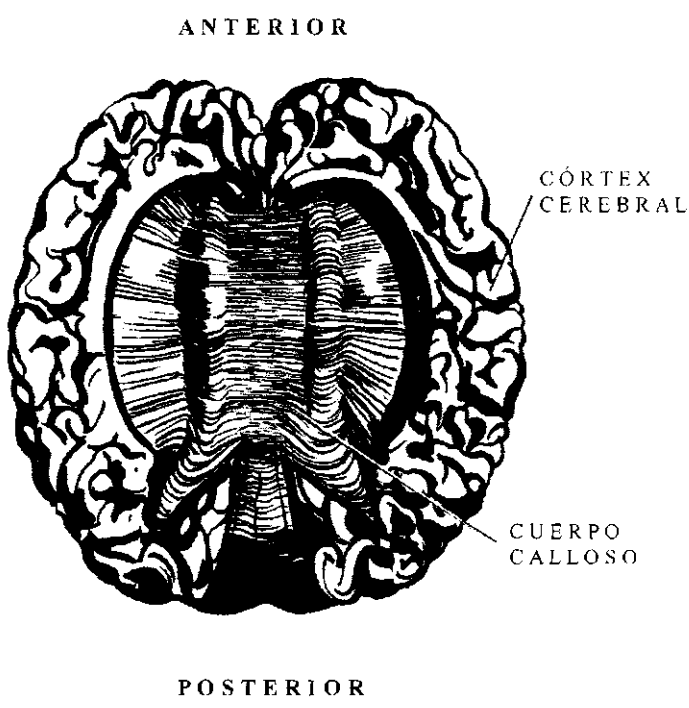


FIGURA 5.1: Una representación tridimensional del cuerpo calloso entero, separado limpiamente del resto del cerebro. (Fuente: Alyce Santoro, para la autora)

recordar que este proceso altera de manera fundamental el objeto de estudio. Esta alteración no necesariamente invalida la investigación. Pero los procedimientos de los investigadores para acceder a su objeto de estudio (a menudo ignorados en la divulgación popular de los estudios científicos) revelan mucho sobre las asunciones subyacentes.[31]

Los científicos comenzaron a domesticar el cuerpo calloso a finales del siglo XIX y principios del XX. En aquel momento se depositaron grandes esperanzas en emplearlo para comprender las diferencias raciales (con un poco de género añadido). En 1906, Robert Bennet Bean, que trabajaba en el laboratorio anatómico de la Universidad Johns Hopkins, publicó un artículo titulado «Algunas peculiaridades raciales del cerebro negroide».[32] Los métodos de Bean parecían inatacables. Dividió primorosamente el cuerpo calloso en subsecciones, prestó una minuciosa atención a la preparación de especímenes, presentó gran número de

trazados del cuerpo calloso,[33] hizo un amplio uso de cuadros y tablas, y reunió una numerosa muestra (103 negros y 49 caucásicos norteamericanos). Tan útiles fueron sus resultados que algunos de los participantes en el debate actual no sólo se refieren a su obra, sino que han reanalizado sus datos.[34] De hecho, aparte de algunas florituras modernistas (como el uso de una estadística y una informática sofisticadas), los procedimientos para determinar el tamaño y la forma del cuerpo calloso en cadáveres no han cambiado durante los cien años desde la publicación del informe de Bean. No pretendo meter a los científicos modernos en el mismo saco de una investigación que hoy la mayoría considera racista. Lo que digo es que, una vez liberado del cuerpo y domesticado para la observación de laboratorio, el cuerpo calloso puede servir a diferentes amos. En un periodo de inquietud por las diferencias raciales, se pensó por un tiempo que el cuerpo calloso era la clave de dichas diferencias. Ahora, la misma estructura se ha puesto al servicio del género.[35]

Las medidas iniciales de Bean confirmaban estudios anteriores que pretendidamente mostraban que los negros tenían lóbulos frontales menores, pero lóbulos parietales mayores, que los caucásicos. Además, Bean encontró que los negros tenían el lóbulo frontal izquierdo mayor que el derecho, y el lóbulo parietal izquierdo menor que el derecho, mientras que en los caucásicos esta asimetría derecha/izquierda se invertía. Para Bean, estas diferencias eran completamente consistentes con el conocimiento sobre las diferencias raciales. Que la porción posterior del cerebro de los negros fuera grande y la anterior pequeña parecía explicar la certeza autoevidente de que los negros tenían «un potencial y un gusto artísticos subdesarrollados ... una inestabilidad de carácter que se traduce en una carencia de autocontrol, especialmente en conexión con la relación sexual». Por supuesto, esto contrastaba con los caucásicos, que eran claramente «dominantes ... y dotados primariamente de determinación, voluntad, autocontrol, autogobierno ... y un elevado desarrollo de las facultades éticas y estéticas». Bean continúa: «Uno es subjetivo, el otro objetivo; uno es frontal, el otro occipital o parietal; uno es un gran razonador, el otro emocional; uno es dominador, pero con gran autocontrol, mientras que el otro es sumiso, pero violento y sin autocontrol».[36] También halló que los extremos anterior (genu, o rodilla) y posterior (*esplenio*) del cuerpo calloso eran mayores en los varones que en las mujeres. Pero su interés primario era la raza. Razonó que las porciones medias (el *cuerpo* y el *istmo*) contenían fibras responsables de la actividad motora, que creía más similares entre las razas que otras regiones cerebrales.[37] Y, en efecto, halló que las diferencias raciales más marcadas se

situaban fuera de las áreas motoras. Las convicciones que prevalecen sobre las razas llevaron a Bean a esperar que el esplenio (que presumiblemente contenía fibras que conectaban las partes posteriores de los hemisferios izquierdo y derecho, áreas que se creían más responsables del gobierno de las funciones primitivas) fuera mayor en los no blancos que en los blancos. Y las medidas lo confirmaron. Similarmente, predijo que el genu, que conecta las partes anteriores del cerebro, sería mayor en los caucásicos, una predicción que sus números también confirmaron.[38]

Entonces, como ahora, estos trabajos estimularon tanto a la comunidad científica como a la opinión pública. En 1909, Franklin P. Mall, presidente del departamento de anatomía de la Universidad Johns Hopkins, cuestionó los hallazgos de Bean.[39] Las objeciones de Mall tienen un retintín familiar: la gran variación individual ahogaba las diferencias entre grupos. Las diferencias no eran lo bastante marcadas para resultar perceptibles a primera vista, y ni Bean ni los otros habían normalizado sus resultados teniendo en cuenta las diferencias en el peso cerebral. Además, Mall pensaba que sus propias medidas eran más precisas porque había empleado un instrumental mejor, y había realizado sus estudios a ciegas para eliminar «mi propia ecuación personal».[40] Su conclusión fue que «en lo sucesivo, los argumentos a favor de diferencias debidas a la raza, el

TABLA 5.2: *Resultados de Bean*

VARÓN CAUCÁSICO > MUJER CAUCÁSICA > VARÓN NEGRO > MUJER NEGRA	VARÓN CAUCÁSICO > MUJER CAUCÁSICA > VARÓN NEGRO = MUJER NEGRA	VARÓN NEGRO > MUJER NEGRA > VARÓN CAUCÁSICO > MUJER CAUCÁSICA	VARÓN NEGRO > MUJER NEGRA = VARÓN CAUCÁSICO > MUJER CAUCÁSICA
Área total del cuerpo calloso	Mitad anterior/ mitad posterior	Esplenio	Cuerpo/istmo
Área de la mitad anterior			
Área del genu			
Área del istmo			
Área del cuerpo			
Genu/esplenio			

sexo y el genio tendrán que basarse en datos nuevos, tratados de manera realmente científica y no sobre la base de afirmaciones más antiguas».[41] Mientras Mall atacaba a Bean en el ámbito científico, éste y el antropólogo Franz Boas bailaban con los medios de comunicación populares.[42] El contexto social puede cambiar, pero las armas de la controversia científica pueden transferirse de una época a la siguiente.

Definición del cuerpo calloso

Los científicos no miden, dividen, sondean, escudriñan y discuten el cuerpo calloso per se, sino más bien un corte central del mismo (figura 5.2). Se trata de una representación bidimensional de una sección sagital del cuerpo calloso.[43] Como esto es un poco largo, llamémoslo CC. (En

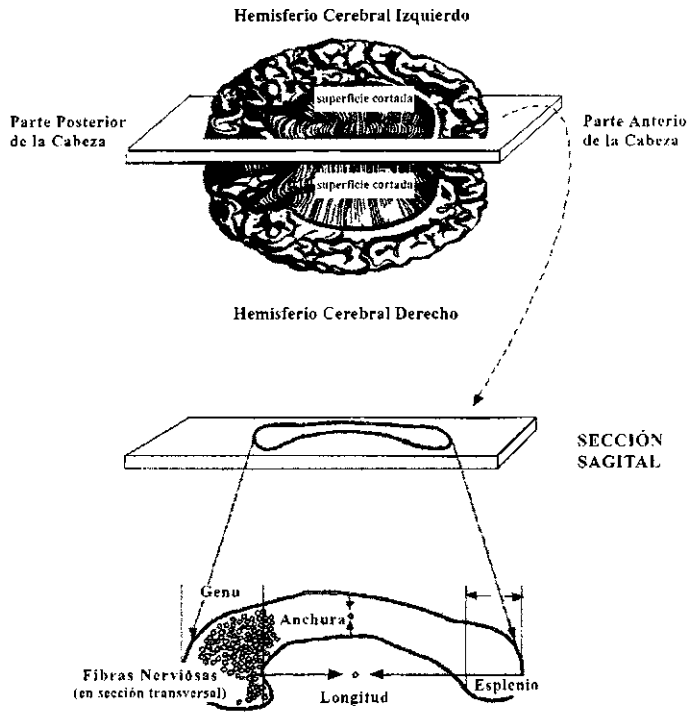


FIGURA 5.2: La transformación de la estructura tridimensional del cuerpo calloso en una versión bidimensional. (Fuente: Alyce Santoro, para la autora)

adelante me referiré a la estructura tridimensional, ese «pájaro con una formación alar complicada», como CC 3-D.) Estudiar la versión bidimensional del cuerpo calloso tiene varias ventajas. La primera es que la disección es mucho más fácil. En vez de invertir horas de penoso trabajo para disecar el córtex y otros tejidos cerebrales conectados al CC 3-D, los investigadores pueden tomar un cerebro entero, introducir el bisturí por el espacio que separa los hemisferios izquierdo y derecho, y cortarlo por la mitad. (Es como cortar una nuez por la mitad y luego medir la superficie del corte.) La sección cerebral resultante puede fotografiarse, y luego los investigadores pueden trazar un contorno de la superficie del CC y medirla a mano o con la ayuda de un ordenador. En segundo lugar, la sencillez de la preparación del tejido facilita la estandarización del objeto, lo que asegura que distintos equipos de laboratorio estén hablando de lo mismo cuando comparen sus resultados. En tercer lugar, un objeto bidimensional es mucho más fácil de medir que uno tridimensional.[44]

Pero esta técnica postmortem (PM) aún deja pendientes algunas cuestiones metodológicas. Por ejemplo, para preparar los cerebros primero hay que preservarlos, para lo cual se someten a un proceso llamado fijación. Los distintos laboratorios recurren a distintos métodos de fijación, y todos producen alguna contracción y deformación de la estructura. Así pues, siempre hay algunas dudas sobre la relación entre la estructura viva y funcional y el material muerto y preservado que se estudia en la práctica. (Por ejemplo, una diferencia de tamaño entre dos grupos podría derivarse de una diferencia en la cantidad de tejido conjuntivo presente, que además puede tener una respuesta diferente a la fijación.)[45]

Aunque los investigadores discrepan sobre qué técnicas de obtención de muestras cerebrales causan menos distorsión, raramente reconocen que sus datos, basados en secciones bidimensionales, podrían no ser válidos para los cerebros tridimensionales alojados en las cabezas de la gente. Esto puede deberse en parte a que los investigadores están más interesados en los méritos relativos de la técnica postmortem clásica y una técnica nueva: la imagen por resonancia magnética (IRM). Algunos esperan que esta tecnología avanzada posibilite una descripción unificada del cuerpo calloso.[46]

Las imágenes por resonancia magnética ofrecen dos ventajas principales. La primera es que proceden de individuos vivos y sanos. La segunda es que siempre hay más individuos vivos y sanos disponibles que cerebros procedentes de autopsias,[47] lo que permite tamaños de muestra

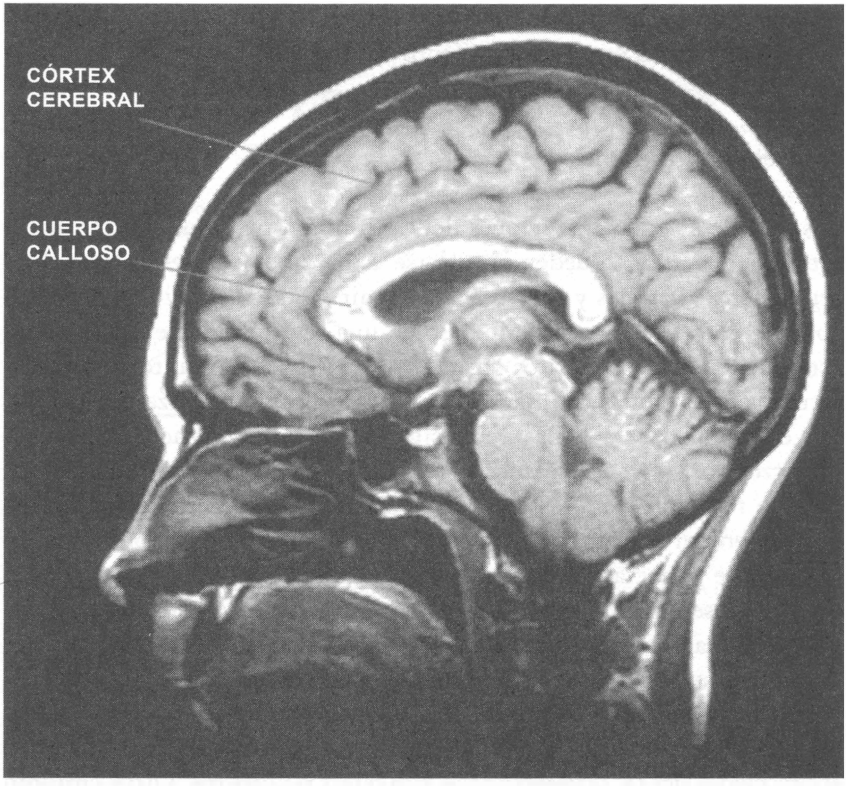


FIGURA 5.3: Imagen por resonancia magnética de una sección sagital de una cabeza humana. Son claramente visibles las circunvoluciones del córtex cerebral y el cuerpo calloso. (Cortesía de Isabel Gautier)

mayores, menos susceptibles de sesgo en factores potencialmente distorsionadores como la edad o la dominancia derecha-izquierda. Pero no todo es jauja. Los neurólogos Sandra Witelson y Charles Goldsmith han señalado que los límites entre el CC y las estructuras adyacentes son más borrosos con la técnica IRM que con la técnica PM. Además, los escáneres tienen una resolución espacial más limitada, y los cortes ópticos suelen ser mucho más gruesos que los cortes manuales de cerebros muertos.[48] Jeffrey Clarke y colaboradores observan que «los contornos del cuerpo calloso eran menos nítidos en las fotografías por IRM que en los cortes postmortem», y otros mencionan dificultades a la hora de decidir cuál de las muchas secciones ópticas era la verdadera sección sagital central.[49] Por último, los estudios con la técnica IRM son difíciles de estandarizar respecto del peso o el volumen cerebral. Así, puesto que tanto la técnica IRM

como la PM representan ciertos rasgos cerebrales, los estudios del cerebro que aplican uno u otro procedimiento son interpretativos.

Domesticar midiendo

¿Es posible efectuar mediciones del CC con las que todos los científicos estén de acuerdo? ¿Pueden emplearse estos datos para establecer diferencias entre varones y mujeres o convenir en que no hay nada que encontrar? Parecería que no. Me baso en una revisión de treinta y cuatro artículos científicos escritos entre 1982 y 1997.[50] Los autores de estos estudios emplean las últimas técnicas (medidas informatizadas, estadística compleja, IRM y demás), pero siguen sin ponerse de acuerdo. En sus esfuerzos por convencerse unos a otros (y al mundo exterior) de que el CC es o no relevante para las cuestiones de género, estos científicos se esfuerzan en dar con unas técnicas, unas mediciones y una aproximación lo bastante perfectas para hacer incuestionables sus proposiciones.

Si se observa la tabla 5.3, se ve que casi nadie cree que haya diferencias de tamaño absoluto en el cuerpo calloso entero. En vez de eso, los científicos subdividen el CC bidimensional (véase la figura 5.4). Los investigadores eligen distintos métodos de segmentación y construyen diferentes particiones. La mayoría simboliza la naturaleza arbitraria de las subsecciones del CC etiquetándolas con letras o números. Otros emplean nombres antiguos. Casi todos, por ejemplo, definen el esplenio como el quinto de cinco segmentos del CC, pero unos pocos dividen el CC en seis[51] o siete[52] partes, y llaman esplenio al segmento posterior. Cada partición del CC representa un intento de domesticarlo, de hacer que genere medidas que los autores esperan que sean lo bastante objetivas para ser replicables por otros. Las etiquetas proporcionan valencias diferentes a los métodos. Al etiquetar las subdivisiones con letras o números, algunos delatan la naturaleza arbitraria del método. Otros les asignan términos anatómicos tradicionales, lo que da una sensación de realidad, de que podría haber una subestructura visible del CC (igual que los pistones dentro del motor de gasolina).

Para poder extraer información sobre el funcionamiento del cerebro, los científicos *deben* domesticar su objeto de estudio, y en la tabla 5.3 y la figura 5.4 puede apreciarse la variedad de enfoques aplicados a este fin. De hecho, este aspecto de la diferenciación está tan implantado en la rutina cotidiana del laboratorio que la mayoría de investigadores lo pierde de vista. Una vez separados y nombrados, el esplenio, el istmo,

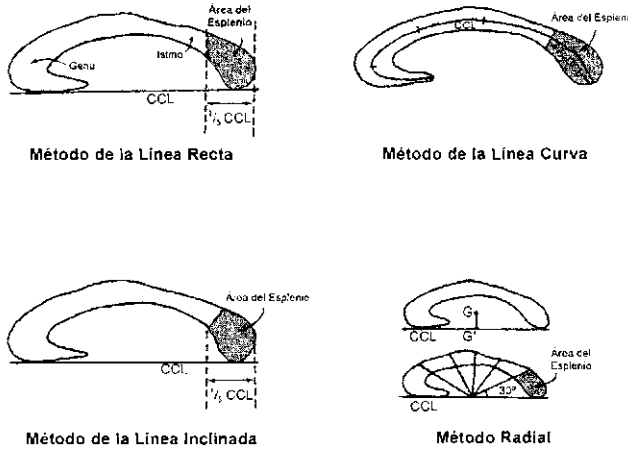


FIGURA 5.4: Una muestra de métodos empleados para subdividir el cuerpo calloso. (Fuente: Alyce Santoro, para la autora)

los cuerpos medios, el genu y el rostro se convierten en objetos biológicos, estructuras que se contemplan como reales, y no como las subdivisiones arbitrarias que son. Simplificar las partes corporales para imponer algún orden conceptual sobre la formidable complejidad del cuerpo vivo es el pan de cada día del científico de laboratorio. Pero hay consecuencias. Cuando los neuroanatomistas transforman un CC 3-D en un esplenio o genu, proporcionan «acceso público a nuevas estructuras rescatadas de la oscuridad o el caos». El sociólogo Michael Lynch describe tales creaciones como «objetos híbridos que son demostrablemente matemáticos, naturales y literarios».[53] Son matemáticos porque ahora aparecen en una forma mensurable.[54] Son naturales porque, después de todo, derivan de un objeto natural (el CC 3-D). Pero el cuerpo calloso, el esplenio, el genu, el istmo, el rostro y los cuerpos medios anterior y posterior, *tal como se representan en los artículos científicos*, son ficciones literarias.

No hay nada inherentemente incorrecto en este proceso. La dificultad surge cuando el objeto transformado —el híbrido tripartito de Lynch— acaba confundiéndose con el original. Una vez un científico encuentra una diferencia, intenta interpretar su significado. En el debate en curso, todas las interpretaciones han procedido como si el objeto

TABLA 5.3: *Diferencias sexuales absolutas en el cuerpo calloso*

	Nº DE ESTUDIOS					
	MAYOR EN MUJERES ADULTAS	MAYOR EN VARONES ADULTOS	SIN DIFERENCIA ENTRE ADULTOS	MAYOR EN NIÑOS[b]	SIN DIFERENCIA ENTRE NIÑOS Y NIÑAS	SIN DIFERENCIA FETAL[c]
Medida efectuada (véase la figura 5.4)						
Área del CC	0	1[a]	16[a]	1	2	2
Anchura máxima del esplenio	3	0	11	0	1	2
Longitud del CC	0	0	7	1	0	0
Área: división 1	0	1	7	0	1	0
Área: división 2	0	0	8	0	1	0
Área: división 3	0	2	7	0	1	0
Área: división 4	1	0	9[g]	0	1	0
Área: división 5 (esplenio)	0[f]	0	17[g]	1[d]	2	0

Anchura 1	0	0	2	0	0	0
Anchura 2	0	0	2	0	0	0
Anchura 3	0	0	2	0	0	0
Anchura mínima del esplenio	0	1	3[c]	0	0	1
Anchura mínima del CC	2	2	0	0	0	0
Anchura máxima del cuerpo	0	0	2	0	0	0
Área de los 4/5 anteriores	0	0	2	0	0	0

a. Una diferencia hallada era significativa con un test estadístico (ANOVA) pero no con otro (MANOVA).
b. No hubo casos en los que las niñas tuvieran partes mayores.
c. En un caso se encontró una diferencia absoluta en la anchura del esplenio a favor de los fetos femeninos, pero no en el área.
d. Depende del test estadístico usado.
e. Se apreciaba diferencia en PM pero no en IRM.
f. De Lacoste-Utamsing y Holloway (1982) dicen que hay una diferencia, pero luego dan una probabilidad de 0,08, que suele considerarse estadísticamente insignificante
g. Basado en una subdivisión del CC en 7 partes (el istmo es la sexta y el esplenio la séptima).

medido *fuera* el cuerpo calloso. En vez de eso, la interpretación debería intentar revertir el proceso de abstracción. Pero aquí surgen dificultades. Se sabe demasiado poco de la anatomía detallada del cuerpo calloso intacto, de su estructura tridimensional, para llevar a cabo dicha tarea. Se otorga así significado a una abstracción ficticia,[55] y el espacio abierto a la manipulación se hace enorme.

Hay una medida en todas las cosas

Una vez convenidas todas las subdivisiones, los estudiosos del cuerpo calloso pueden ponerse a trabajar. Ahora pueden hacer decenas de mediciones. Del CC entero se obtienen medidas del área superficial, la longitud, la anchura, y cualquiera de éstas divididas por el volumen o el peso cerebral. Del CC subdividido se obtienen partes nominadas o numeradas: el quinto anterior se convierte en el genu, el quinto posterior en el esplenio, y una porción más estrecha en el centro se convierte en el istmo. Una vez los investigadores han hecho del CC un objeto medible, ¿qué encuentran?

Los resultados resumidos en las tablas 5.3, 5.4 y 5.5 revelan lo siguiente: con independencia de cómo esculpen la forma, sólo unos cuantos investigadores encuentran diferencias absolutas entre los sexos en el área del CC. Unos pocos señalan que varones y mujeres tienen cuerpos callosos de distinta conformación (de acuerdo con estos autores, las mujeres tendrían un esplenio más bulboso), aunque esta diferencia no se traduzca en una diferencia de tamaño (área o volumen). Los escasos estudios de fetos y niños pequeños no evidenciaron diferencias apreciables, lo que sugiere que, si existe una diferencia entre varones y mujeres adultos, aparece sólo con la edad.[56] Finalmente, los informes de diferencias sexuales en la vejez son contradictorios, lo que no permite llegar a una conclusión firme.[57]

Algunos investigadores han sugerido que, si hay una diferencia de género en el CC, puede ser la opuesta de lo que los científicos han asumido en general. Los varones tienen cerebros y cuerpos mayores que los femeninos. Si resulta que ambos sexos tienen cuerpos callosos de tamaño similar, entonces, puesto que las mujeres tienen cerebros menores, las mujeres tendrían cuerpos callosos proporcionalmente mayores.[58] En esta línea, muchos investigadores han comparado el tamaño relativo del cuerpo calloso entero o de partes del mismo en varones y mujeres. La tabla 5.4 resume estas medidas relativas, y las opiniones están divididas:

cerca de la mitad dice haber encontrado una diferencia, y la otra mitad dice que no.

Aunque la mayoría de investigadores interesados en buscar diferencias de género se concentra en el esplenio (el extremo posterior más, o menos, bulboso del cuerpo calloso), otros se han fijado en un segmento diferente del CC llamado istmo (véase la figura 5.4). Mientras que los estudiosos del esplenio han tendido a buscar sólo diferencias entre varones y mujeres, los que examinan el istmo piensan que esta parte del cerebro está asociada a otras características además del género, como la dominancia izquierda-derecha y la orientación sexual. Algunos estiman que el área del istmo es menor en los diestros que en los zurdos, pero que las mujeres no exhibirían esta diferencia.[59] He resumido estos resultados en la tabla 5.5. Aquí tampoco hay mucho consenso. Algunos ven una diferencia estructural asociada a la dominancia izquierda-derecha en varones pero no en mujeres, otros no ven diferencia alguna entre zurdos y diestros, y un artículo llega a afirmar que una de las regiones del CC es mayor en las mujeres diestras que en las zurdas, pero al revés en el caso de los varones.[60]

¿Qué hacen los científicos ante observaciones tan diversas? Un enfoque aplica un método estadístico especial llamado metaanálisis, consistente en recopilar datos de numerosos estudios con muestras pequeñas para crear una muestra que se comporta matemáticamente como si fuera un único gran estudio. Katherine Bishop y Douglas Wahlsten, dos psicólogos, han publicado lo que parecen ser los resultados inequívocos de dicho metaanálisis. Su estudio de cuarenta y nueve conjuntos de datos distintos evidencia que los varones tienen cuerpos callosos algo mayores que los femeninos (lo que atribuyen a su mayor tamaño corporal), pero no confirma la existencia de diferencias significativas en el tamaño absoluto o relativo ni en la forma del CC entero, ni tampoco del esplenio. Bishop y Wahlsten recalculaban la significación estadística de una diferencia absoluta en el área del esplenio cada vez que sumaban un nuevo estudio a su base de datos. Cuando se tenían sólo unos cuantos estudios con una muestra acumulada pequeña, los resultados sugerían la existencia de una diferencia en el área del esplenio. Pero, a medida que se acumulaban datos adicionales de estudios más recientes en la literatura, la diferencia entre sexos disminuía. Para cuando se tuvieron diez estudios publicados, la diferencia en el tamaño absoluto del esplenio había desaparecido, y nadie ha conseguido resucitarla.[61]

Pero los investigadores continúan debatiendo sobre la existencia de diferencias relativas en la estructura del CC. Bishop y Wahlsten no en-

TABLA 5.4: *Diferencias sexuales relativas en el cuerpo calloso*

	Nº DE ESTUDIOS					
	MAYOR EN MUJERES ADULTAS	MAYOR EN VARONES ADULTOS	SIN DIFERENCIA ENTRE ADULTOS	MAYOR EN NIÑOS[b]	SIN DIFERENCIA ENTRE NIÑOS Y NIÑAS	SIN DIFERENCIA FETAL[c]
Medida efectuada (véase la figura 5.4)						
Área del CC /peso o volumen cerebral	7		8		2	
Área: división 1/peso o volumen cerebral		1	2			
Área: división 2/peso o volumen cerebral			2			
Área: división 3/peso o volumen cerebral		1	1			
Área: división 4/peso o volumen cerebral	1		2			
Anchura o área del esplenio/peso, volumen o longitud cerebral	3		5[c]			

Área del esplenio/área o longitud del CC	3	4	
Índice de delgadez (longitud del CC / grosor ideal)[b]	2[d]	1[d]	1[d]
Coeficiente de bulbosidad (anchura media del esplenio/anchura media de la región adyacente del CC)[a]	2[d]		
Coeficiente de bulbosidad/área total del CC		1	
Anchura mínima/área total del CC	1		
Área 6 (de 7 divisiones)/área total del CC	1		

a. A este coeficiente lo llamo «moco de pavo», porque se basa en la idea de que un esplenio bulboso al final de un cuello estrecho da una forma de carúncula de pavo a la estructura general. Véase Allen, Richey et al. 1991.

b. Clarke et al. (1989) definen el grosor ideal como el área del cuerpo calloso dividida por la longitud de la línea media (calculada como la línea que divide en dos mitades iguales la superficie sagital del cuerpo calloso).

c. He calculado uno de estos resultados a partir de los datos presentados por Emory et al. 1991; uno de los cinco se basa en subdividir el CC en cuatro partes.

d. Se encuentra una diferencia postmórtem, pero no mediante IRM.

TABLA 5.5: *Preferencia manual, sexo y tamaño del cuerpo calloso*

	Nº DE ESTUDIOS					
	VARONES: DIESTROS	VARONES: DIESTROS < ZURDOS[a]	MUJERES: DIESTRAS = ZURDOS[a]	MUJERES: DIESTRAS = ZURDAS[a]	AMBOS SEXOS: DIESTROS > ZURDAS[a]	AMBOS SEXOS: DIESTROS = ZURDOS[a]
Medida efectuada (véase la figura 5.4)						
Área total del CC	2	3	6	0	1	4
Área del istmo[b]	3	1	3	0	2[c]	1
Istmo/área total del CC	1					
Mitad anterior[b]	1	1	2	0	1	1
Mitad posterior[b]	1	1	2	0	1	1
Región 2[b]	2	1	1	1	1	1
CC /cerebro						1
Esplenio/cerebro						1

a. Las definiciones de dominancia manual aplicadas son más complejas y sutiles que sólo zurdo o diestro. b. Para la regionalización del CC en los estudios de la dominancia manual, véase la figura 5.4. c. Varones zurdos > mujeres.

contraron ninguna, pero otro equipo que efectuó un segundo metaanálisis encontró no sólo que los varones tienen cerebros y cuerpos callosos algo mayores que las mujeres, sino que, en relación al tamaño cerebral total, las mujeres tenían cuerpos callosos mayores. Sin embargo, este estudio no contaba con datos suficientes para confirmar la existencia de una diferencia en el tamaño relativo del esplenio.[62]

Pero estos metaanálisis tropiezan con las mismas dificultades metodológicas que los estudios individuales. ¿Hay alguna manera legítima de establecer una diferencia relativa? ¿Por qué factor deberíamos dividir: peso o volumen cerebral, o tamaño total del CC? Un grupo de investigadores ha llamado «seudoestadística» (¡una denominación ciertamente beligerante!) a la práctica de dividir un área por el tamaño cerebral total.[63] Otro investigador ha replicado que no es nada nuevo que unos colegas ataquen la metodología de cualquier estudio que descubra diferencias de género, porque «un extremo del espectro político está abonado a la conclusión de que no hay diferencias».[64] Seguimos sin consenso.[65]

Batallando con números

Para el advenedizo que entra en disputa por primera vez, la vorágine de números y medidas es desconcertante. Al presentar y analizar sus medidas, los científicos apelan a dos tradiciones intelectuales distintas, ambas etiquetadas a menudo con el término *estadística*.[66] La primera tradición (la recopilación de gran cantidad de números para evaluar o estimar un problema social) se remonta a los siglos XVIII y XIX, y tiene sus raíces (todavía visibles hoy) en las prácticas de los censistas y los actuarios de las compañías de seguros.[67] Este legado ha derivado lentamente en la metodología más reciente de las pruebas de significación, encaminada a establecer diferencias entre grupos, aunque los individuos de cada grupo muestren una variación considerable. La mayoría asume que, porque emplean una matemática de alto nivel y se basan en una teoría de la probabilidad compleja, las técnicas estadísticas de la diferencia son socialmente imparciales. Las pruebas estadísticas de hoy, sin embargo, son producto de un esfuerzo por diferenciar elementos de la sociedad humana, por poner de manifiesto las diferencias entre grupos sociales diversos (ricos y pobres, delincuentes y observantes de la ley, caucásicos y negros, varones y mujeres, ingleses e irlandeses, heterosexuales y homosexuales, por citar sólo unos pocos).[68]

¿Cómo se aplican estas técnicas al problema de las diferencias de género en el CC? Estos estudios aplican ambos enfoques. Por un lado, los morfometristas efectúan multitud de medidas y las disponen en tablas y gráficos. Por otro lado, emplean pruebas estadísticas para correlacionar dichas medidas con variables como el sexo, la preferencia sexual, la dominancia manual y las aptitudes espaciales y verbales. Las herramientas estadísticas sofisticadas cumplen funciones tanto retóricas como analíticas. Cada estudio del cuerpo calloso recopila cientos de medidas individuales. Para dar sentido a esta «avalancha de números», en palabras del filósofo Ian Hacking,[69] los biólogos las categorizan y las presentan de manera legible.[70] Sólo entonces los investigadores pueden «exprimirlas» para obtener información de ellas. ¿Cambia una estructura con la edad o en la gente que sufre una enfermedad concreta? ¿Difieren entre sí varones y mujeres, o blancos y negros? El artículo de investigación especializado, que presenta números y extrae significado de ellos, es en realidad una defensa de cierta interpretación de los resultados. Como parte de su estrategia retórica, el autor cita trabajos previos (con lo que recluta aliados), justifica por qué su método es una elección más apropiada que la de otro laboratorio con distinta óptica, e incluye tablas, gráficos y dibujos para mostrar al lector un resultado particular.[71]

Pero las pruebas estadísticas no son sólo florituras retóricas. También son poderosas herramientas analíticas empleadas para interpretar resultados no obvios a primera vista. Hay dos maneras de enfocar el análisis estadístico de la diferencia.[72] A veces las distinciones entre grupos son obvias, y lo más interesante es la variación intragrupal. Por ejemplo, si examináramos un grupo de cien chihuahuas y cien san bernardos, todos adultos, seguramente nos fijaríamos en dos cosas. En primer lugar, veríamos que el más pequeño de los san bernardos sería bastante mayor que el más grande de los chihuahuas. Un estadístico representaría ambos grupos como dos campanas de Gauss no solapadas (figura 5.5A). No tendríamos dificultad en concluir que una raza de perro es más grande y robusta que la otra (esto es, que hay una diferencia de grupo). En segundo lugar, apreciaríamos que ni todos los san bernardos ni todos los chihuahuas tienen la misma talla y peso. Cada variación individual se situaría en algún punto de su campana de Gauss correspondiente. Podríamos preguntarnos si un perro concreto es pequeño para un san bernardo o grande para un chihuahua. Para responder a esta cuestión tendríamos que efectuar análisis estadísticos que nos dieran más información sobre la variación individual dentro de cada raza.

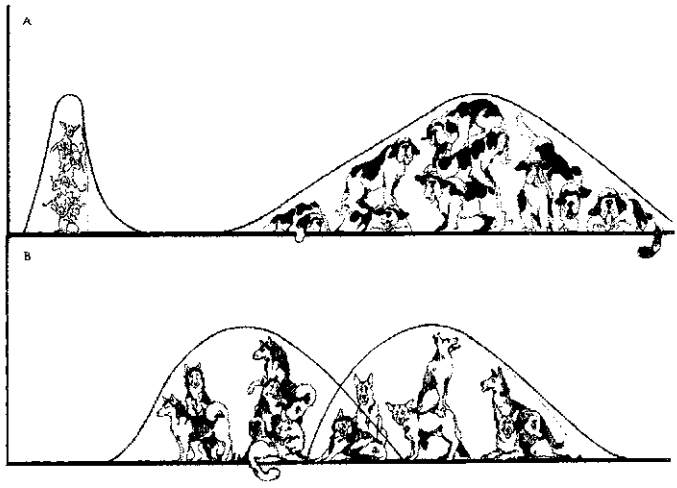


FIGURA 5.5: A: Comparación entre chihuahuas y san bernardos. B: Comparación entre perros esquimales y pastores alemanes. (Fuente: Alyce Santoro, para la autora)

A veces, sin embargo, los investigadores recurren a la estadística cuando la distinción entre grupos no es tan clara. Imaginemos un ejercicio diferente: el análisis de 100 perros esquimales y 100 pastores alemanes. ¿Es más grande una raza que otra? Sus campanas de Gauss se solapan considerablemente, aunque la talla y el peso medios difieren algo (figura 5.5B). Para resolver este problema de la «diferencia verdadera», los investigadores de hoy suelen emplear una de dos tácticas. La primera aplica un test aritmético bien simple, ahora informatizado. El test tiene en cuenta tres factores: el tamaño de la muestra, la media de cada población, y el grado de variación en torno a la media. Por ejemplo, si el peso medio de los pastores alemanes es de 25 kilos, ¿se acercan los perros en su mayoría a ese peso, o varían ampliamente (digamos entre 15 y 35 kilos)? Este rango de variación es lo que se conoce como desviación estándar. Si es grande, entonces la población es muy variable.[75] Por último, el test calcula la probabilidad de que ambas medias poblacionales (la de los pastores alemanes y la de los esquimales) difieran por puro azar.

Los investigadores no necesitan agrupar sus datos en campanas de Gauss separadas para establecer diferencias entre poblaciones. Basta con

que agrupen todos los datos, calculen la variabilidad de los mismos, y luego analicen las causas de dicha variabilidad. Este proceso se denomina análisis de la varianza (ANOVA). En nuestro ejemplo perruno, los investigadores interesados en diferenciar entre pastores alemanes y esquimales agruparían los pesos de los 200 perros y luego calcularían la variabilidad total, desde el perro más pequeño al más grande.[74] Luego efectuarían un ANOVA para subdividir la variación: un tanto por ciento dará cuenta de la diferencia de raza, otro de la diferencia de edad o marca de comida para perros, y también habrá un porcentaje de variación residual indeterminada.

Las pruebas de comparación de medias nos permiten diferenciar entre grupos. ¿Es real la diferencia de CI entre asiáticos y caucásicos? ¿Están los varones más dotados para las matemáticas que las mujeres? El problema es que, cuando se trata de cuestiones sociales, la claridad de la diferencia entre chihuahuas y san bernardos es rara. Muchos de los estudios del cuerpo calloso aplican el ANOVA. Se calcula la variabilidad de una población y luego se indaga qué porcentaje de esa variabilidad puede atribuirse, por ejemplo, al género, la dominancia izquierda-derecha o la edad. Con la difusión del ANOVA se ha introducido subrepticiamente un nuevo objeto de estudio. Ahora, en vez de mirar el tamaño del cuerpo calloso, estamos analizando las contribuciones del género y otros factores a la *variación* de dicha variable en torno a una media aritmética. Al emplear la estadística para domesticar el cuerpo calloso, los científicos se alejan aún más del original no domado.[75]

Convencer a otros de una diferencia en el tamaño del cuerpo calloso sería pan comido si los objetos simplemente se vieran diferentes. De hecho, una primera línea de ataque en la controversia sobre el cuerpo calloso es la afirmación de que la diferencia de forma entre los esplenios masculino y femenino es tan marcada que salta a la vista. Para probar esta afirmación, los investigadores trazan un contorno de cada CC de su muestra, y luego pasan los dibujos, cada uno etiquetado sólo con un código, a observadores imparciales que los separan en bulbosos y delgados. Finalmente, se identifican los dibujos clasificados para ver si todos o la mayoría de los bulbosos resultan proceder de mujeres y los delgados de varones. Este procedimiento no da resultados muy impresionantes. Dos grupos afirman que la diferencia es claramente visible; un tercer grupo también reporta que la diferencia es detectable visualmente, pero que la variabilidad individual es tan amplia que para confirmar esta conclusión se requiere un test de significación estadística.[76] Por otra parte, otros cinco grupos de investigación no consiguieron distinguir a ojo los cuerpos callosos femeninos de los masculinos.

Cuando la visión directa no consigue distinguir el sexo del cuerpo calloso, el siguiente paso es echar mano de las pruebas estadísticas. Además de los que intentaron diferenciar visualmente los cuerpos callosos masculinos y femeninos, otros nueve grupos abordaron sólo un análisis estadístico de la diferencia.[77] Dos de ellos reportaron una diferencia en la forma del esplenio, mientras que siete no encontraron ninguna diferencia estadísticamente significativa. Esto deja el tanteador en 5 puntos a favor de los que abogan por un dimorfismo sexual del esplenio y 13 en contra. Ni siquiera la estadística es capaz de disciplinar el objeto de estudio en categorías netamente separadas. Como ya dijera Mall en 1908, el cuerpo calloso exhibe una variación individual tan amplia que simplemente es imposible asignar diferencias significativas a grupos grandes.

En 1991, tras nueve años de debate sobre el cuerpo calloso, un colega neurobiólogo me dijo que un artículo recién publicado había zanjado el asunto. Y las notas de prensa (tanto la popular como la científica) parecían darle la razón. Y, ciertamente, una primera lectura del artículo de Laura Allen y colaboradores me dejó impresionada.[78] Habían estudiado una muestra amplia (122 adultos y 24 niños), habían controlado la variación posiblemente atribuible a la edad, y habían aplicado dos métodos distintos para subdividir el cuerpo calloso: el de la recta y el de la curva (véase la figura 5.4). Además, el artículo está repleto de datos. Hay ocho gráficos y figuras, además de tres tablas subdivididas llenas de números, todo lo cual da fe de la meticulosidad de su empresa.[79] El que presenten sus datos con tanto detalle es una demostración de seguridad. Los lectores no tienen por qué confiar en los autores: pueden examinar los números por sí mismos y recalcular lo que quieran de la manera que quieran. ¿Y qué concluyen los autores sobre las diferencias de género? «Si bien observamos una llamativa diferencia en la *forma* del cuerpo calloso, no hubo evidencia concluyente de dimorfismo sexual en el área del cuerpo calloso o sus subdivisiones».[80]

Pero, a pesar de su manifiesta seguridad, al releer el estudio advertí que no era tan concluyente como parecía. Vayamos paso a paso. Los autores recurrieron tanto a la inspección visual como a las medidas directas. A partir de sus observaciones a ojo (que califican de subjetivas), llegan a la siguiente conclusión:

La clasificación subjetiva del CC posterior de todos los sujetos por sexos, sobre la base de un esplenio femenino más bulboso y un esplenio masculino más tubular, reveló una correlación significativa entre la estimación del sexo

por la forma del esplenio y el género real del sujeto (χ^2 = 13,2603; 1 df; coeficiente de contingencia = 0,289; p < 0,003). Específicamente, 80 de 122 (el 66 por ciento) de los cuerpos callosos adultos (χ^2 = 10,123; 1 df; coeficiente de contingencia = 0,283; p < 0,0011) se identificó correctamente.[81]

Para empezar, podemos hacer números: a partir de la forma del esplenio, sus sexadores a ciegas pudieron clasificar correctamente como varón o mujer 80 de 123 contornos de cuerpos callosos adultos. ¿Era esto suficiente para afirmar una diferencia visible, o aún no podría descartarse que los aciertos fueran producto del azar? Para averiguarlo, los autores aplican el test de la ji cuadrado (simbolizado por la letra griega χ^2). El bien conocido fundador de la estadística moderna, Karl Pearson (entre otros), concibió este test para analizar situaciones en las que no hay unidad de medida. En este caso la pregunta es: ¿es suficiente la correlación entre bulboso y femenino o delgado y masculino para asegurar la conclusión de una diferencia visual? La clave está en la cifra p < 0,0011. Esto significa que la probabilidad de 80 de 122 identificaciones correctas por puro azar es del 1 por mil, bastante por debajo del 5 por ciento (p < 0,05) que se adopta en la práctica científica estándar.[82]

Muy bien, el 66 por ciento de las veces los observadores podían distinguir los cuerpos callosos masculinos y femeninos con sólo fijarse en su forma. Y el test χ^2 nos dice cuán significativo es este proceso de diferenciación. La estadística no miente. Pero sí desvía nuestra atención del diseño del estudio. En este caso, Allen et al. entregaban sus trazados del CC a tres observadores distintos, que no tenían conocimiento del sexo de la persona cuyo cerebro había servido de modelo para el dibujo. Estos operadores a ciegas repartieron los dibujos en dos pilas, bulboso o tubular, asumiendo que, si la diferencia era obvia, la pila tubular debería corresponder en su mayoría a varones y la bulbosa a mujeres. Hasta aquí muy bien. Ahora viene la trampa: los autores consideraron correctamente clasificado el género de un sujeto si dos de los tres observadores ciegos habían acertado con él.

¿En qué se traduce esto numéricamente? El complejo pasaje antes citado dice que el 66 por ciento de las veces los observadores acertaban. Esto podría significar varias cosas. Había 122 trazados de cuerpos callosos. Puesto que había tres observadores para cada dibujo, esto nos da 366 observaciones individuales. En el mejor de los casos (desde el punto de vista de los autores), los tres observadores siempre coincidían en su clasificación de cualquier CC individual. Esto significaría que en 244

de 366 ocasiones (el 66 por ciento) habrían adivinado el sexo a partir de la forma. En el peor de los casos, sin embargo, para cada dibujo individual, sólo dos de los tres observadores habrían coincidido en su clasificación. Esto implicaría que sólo en 160 de 366 ocasiones (el 44 por ciento) los observadores habrían acertado el sexo del sujeto. Allen et al. no proporcionan al lector todos los datos de las observaciones a ciegas, por lo que su éxito real sigue siendo incierto. Pero su test de la ji cuadrado hace que muchos se convenzan de que por fin han encontrado una respuesta aceptable por todos.

Los datos no hablan por sí mismos. Se presentan en forma de tablas, gráficos y dibujos, y se someten a pruebas estadísticas rigurosas; pero de ello no emerge una respuesta clara. Los datos necesitan un respaldo adicional, y para ello los científicos intentan interpretar sus resultados plausiblemente. Para sustentar sus interpretaciones, las ligan al conocimiento previamente construido. Sólo cuando sus datos quedan trenzados en esta trama más amplia de significado, los científicos pueden finalmente hacer que el cuerpo calloso hable con claridad. Sólo entonces pueden emerger los «hechos» sobre el cuerpo calloso.[83]

¿Cuándo un hecho es un hecho?

Como todo estudio académico, el de Allen y colaboradores se enmarca necesariamente en el contexto de la discusión sobre el tema más amplio que explora, en este caso el cuerpo calloso. Los autores deben referirse a los trabajos preexistentes para establecer la validez del suyo propio. Allen y colaboradores señalan, por ejemplo, que aunque el cuerpo calloso contiene más de un millón de fibras nerviosas, este enorme número representa sólo un 2 por ciento de todas las neuronas del córtex cerebral. Apuntan que hay evidencias de que las fibras del esplenio transfieren información visual de un hemisferio cerebral a otro. Otra región (el istmo, para el que ellos no encontraron dimorfismo sexual, pero donde otros investigadores ven diferencias entre gays y heterosexuales, y entre diestros y zurdos) incluye fibras que conectan las regiones corticales de uno y otro hemisferio implicadas en el lenguaje.

Allen y colaboradores tienen que ser concisos. Después de todo, se trata de examinar sus hallazgos, no de repasar todo lo que sabe de la estructura y función del cuerpo calloso. Imaginemos este aspecto de la producción de hechos sobre el cuerpo calloso como una labor de macramé. Aquí el artista emplea nudos como enlaces en la creación de tramas

intrincadas. Los hilos conectores aseguran los nudos individuales dentro de la estructura general, aunque cada nudo por separado no sea especialmente fuerte. Mi representación de la trama del cuerpo calloso (figura 5.6) incluye sólo las disputas contemporáneas. Pero cada nudo tiene una cuarta dimensión añadida: su historia social.[84] Para emplazar el nudo «diferencias de género en el cuerpo calloso», Allen et al. han alargado un hilo y lo han atado a un segundo nudo etiquetado como «estructura y función del cuerpo calloso». Esa trama está a su vez afianzada por una segunda trama de investigación.

Las especulaciones sobre la estructura y función del cuerpo calloso abundan. Puede que más fibras nerviosas permitan un flujo de información más rápido entre los hemisferios cerebrales derecho e izquierdo; puede que un flujo más rápido mejore la aptitud espacial o verbal. O puede que unos segmentos de cuerpo calloso mayores (o menores) retarden el flujo eléctrico entre ambas mitades cerebrales, y que ello mejore la aptitud espacial o verbal. Ahora bien, ¿qué hace exactamente el cuer-

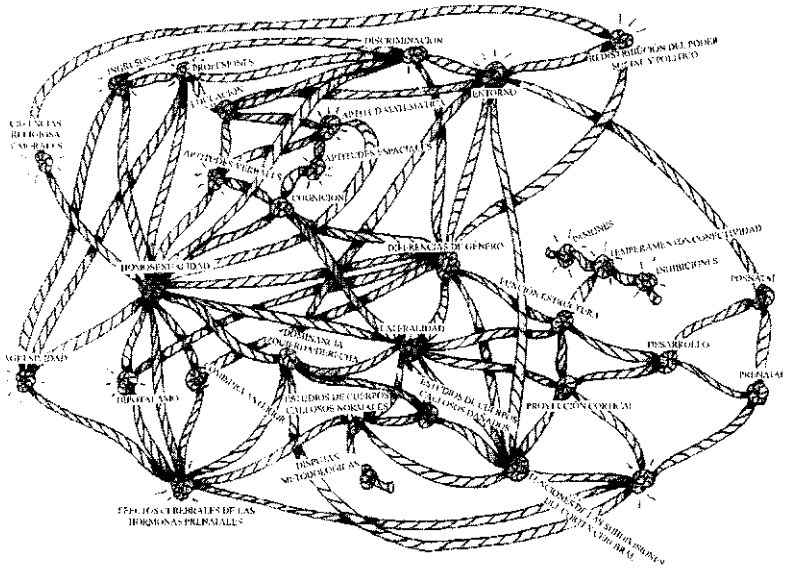


FIGURA 5.6: Un macramé de nudos de conocimiento, en el que se implanta el debate sobre el cuerpo calloso. (Fuente: Alyce Santoro, para la autora)

po calloso en general, y el esplenio en particular? ¿Qué tipo de células discurren por el cuerpo calloso, adónde van, y cómo funcionan?[85] El nudo de estructura/función contiene cientos de artículos producidos por comunidades investigadoras que se solapan, de las que sólo algunas se interesan por las diferencias sexuales. Un equipo de sociólogos llama a estos grupos «comunidades persuasivas»,[86] cuyas elecciones de lenguaje o técnicas estadísticas sofisticadas puede condicionar la manera en que sus miembros ven un problema.[87] La investigación sobre la estructura y función del cuerpo calloso interconecta varias comunidades persuasivas. Una línea de investigación, por ejemplo, compara el número de neuronas pequeñas y grandes, unas con vaina de mielina aislante, otras desnudas, en diferentes regiones del cuerpo calloso. Estas células desempeñan distintas funciones, lo que proporciona pistas sobre el funcionamiento del cuerpo calloso.[88]

El nudo de estructura/función es denso.[89] Un número de la revista *Behavioural Brain Research* dedicado enteramente a la investigación sobre la función del cuerpo calloso ilustra este punto. Algunos artículos de ese número especial trataban de hallazgos y controversias sobre la lateralización hemisférica, y de sus implicaciones para la función del cuerpo calloso.[90] Estos trabajos se conectan a su vez con estudios de la dominancia izquierda/derecha, las diferencias sexuales y la función cerebral.[91] Éstos también se interconectan con una literatura que discute la interpretación de los estudios de personas con lesiones en el cuerpo calloso y compara los resultados con los de estudios sobre sujetos con el cuerpo calloso intacto.[92] Un aspecto bien conocido de la lateralización es la dominancia izquierda/derecha: cómo la definimos, cuál es su causa (genes, entorno, posición al nacer), qué implicaciones tiene para la función cerebral, cómo afecta a la estructura del cuerpo calloso (y cómo afecta la estructura del cuerpo calloso a la dominancia izquierda/derecha), si hay diferencias entre varones y mujeres, y si hay diferencias entre homosexuales y heterosexuales. La dominancia izquierda/derecha es un nudo muy concurrido.[93]

Todos estos nudos se conectan en algún punto con uno etiquetado como cognición.[94] A veces las pruebas concebidas para medir las aptitudes verbales, espaciales o matemáticas revelan diferencias de género.[95] Tanto la fiabilidad de tales diferencias como su origen dan pábulo a un debate inacabable.[96] Algunos ligan la creencia en diferencias cognitivas entre los sexos al diseño de programas educativos. Un ensayista, por ejemplo, establece un paralelismo entre enseñar matemáticas a las mujeres y dar lecciones de vuelo a las tortugas.[97] Teorías elaboradas y a ve-

ces diametralmente opuestas conectan el dimorfismo sexual cognitivo con la estructura del cuerpo calloso. Una, por ejemplo, sugiere que la diferencia de talento matemático se deriva de una diferencia en el número de neuronas excitatorias del cuerpo calloso, mientras que otra sugiere que la naturaleza inhibitoria de las neuronas del cuerpo calloso es lo más importante.[98]

Los efectos de las hormonas sobre el desarrollo cerebral constituyen un nudo especialmente poderoso en este macramé (tendré mucho más que decir de las hormonas en los próximos tres capítulos). Allen y colaboradores se preguntan si el dimorfismo sexual del cuerpo calloso podría estar inducido por hormonas, alguna otra causa genética o el entorno. Tras considerar brevemente la hipótesis medioambiental,[99] escriben: «Sin embargo, más llamativos han sido los datos que indican una influencia de los niveles de hormonas gonadales perinatales sobre casi todas las estructuras sexualmente dimórficas examinadas hasta ahora».[100] Este breve aserto invoca una enorme y compleja literatura sobre hormonas, cerebro y comportamiento (parte de la cual ya hemos considerado en el contexto de la intersexualidad). Por sí sola, la investigación sobre el cuerpo calloso puede ser débil. Pero con el respaldo del vasto ejército de la investigación endocrinológica, ¿cómo puede dudarse de la realidad de las diferencias? Aunque no existe una evidencia convincente que ligue el desarrollo del cuerpo calloso humano a las hormonas,[101] la invocación de la vasta literatura sobre el desarrollo cerebral en animales[102] estabiliza el precario nudo del cuerpo calloso.[103]

Dentro de cada una de las comunidades persuasivas representadas en la figura 5.6 mediante nudos de un macramé, encontramos científicos atareados en concebir nuevos métodos para poner a prueba y confirmar su hipótesis preferida o refutar un punto de vista que consideran erróneo. Para estabilizar el hecho que persiguen, hacen mediciones, emplean estadísticas o inventan nuevas máquinas. Pero, al final, pocos hechos (nudos cortados, no afianzados en otros) sobre las diferencias de género son especialmente robustos[104] (por emplear una palabra favorita de los científicos), así que deben extraer su fuerza de sus conexiones con la trama. Estos investigadores trabajan primariamente en el lado científico de las cosas, estudiando los genes, el desarrollo, las partes cerebrales, las hormonas, la gente con lesiones cerebrales y demás (figura 5.7A). Esta porción del nexo trata con fenómenos aparentemente objetivos, el dominio tradicional de la ciencia.[105] En el lado cultural de nuestro macramé (figura 5.7B) vemos que el nudo de la diferencia sexual está ligado a cuestiones decididamente políticas: cognición, homosexualidad, entor-

no, educación, poder político y social, creencias morales y religiosas. Muy rápidamente nos hemos deslizado de la ciencia a la política, de la controversia científica a las luchas de poder políticas.[106]

Cabezas parlantes: ¿hablan los hechos por sí mismos?

¿Podemos llegar a saber si hay una diferencia de género en el cuerpo calloso?[107] Bueno, eso depende hasta cierto punto de lo que entendamos por *saber*. El cuerpo calloso es un elemento anatómico altamente variable. Los científicos se afanan en fijarlo para la observación de laboratorio, pero a pesar de sus esfuerzos no consiguen aquietarlo. Puede cambiar o no, según la experiencia, lateralidad, salud, edad y sexo del cuerpo que lo aloja. Por lo tanto, *saber* significa encontrar una aproximación al cuerpo calloso tal que diga lo mismo a una amplia variedad de investigadores. Pienso que la probabilidad de este logro es pequeña. En última

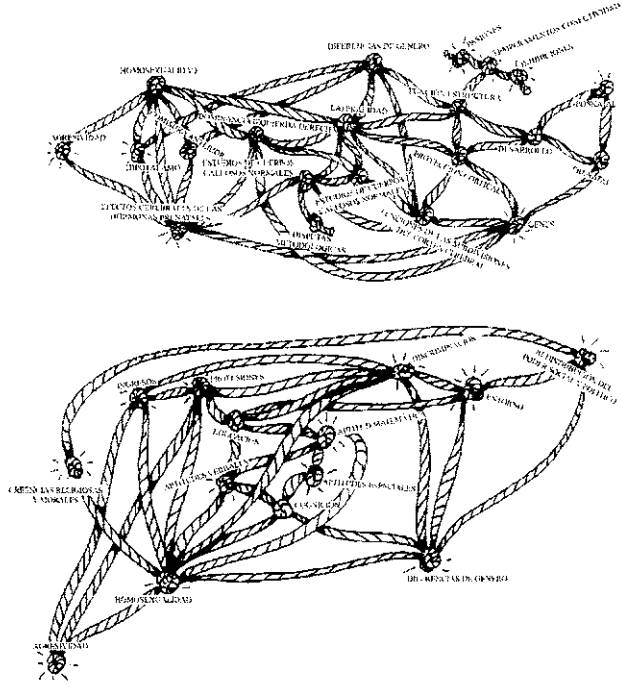


FIGURA 5.7 A (*arriba*): La «mitad científica» de la trama de conocimiento interconectado; 5.7 B (*abajo*): La «mitad cultural» de la trama de conocimiento interconectado. (Fuente: Alyce Santoro, para la autora)

instancia, las cuestiones que abordan los investigadores, las metodologías que emplean y las vinculaciones de su trabajo con comunidades persuasivas adicionales reflejan asunciones culturales sobre los significados del asunto sometido a estudio (en este caso, los significados de la masculinidad y la feminidad).

La creencia en una diferencia de base biológica suele estar ligada a una política social conservadora, aunque la asociación entre conservadurismo político y determinismo biológico no es absoluta, ni mucho menos.[108] No soy capaz de predecir a priori si en el futuro nos convenceremos de la existencia de diferencias de género en el cuerpo calloso, o si simplemente dejaremos que el debate decaiga sin llegar a ninguna parte. Sin embargo, si nos pusiéramos de acuerdo sobre la política de género en educación, lo que creamos sobre la estructura del cuerpo calloso no debería importar. Ahora sabemos, por ejemplo, que «el entrenamiento en tareas espaciales conducirá a resultados mejorados en las pruebas de aptitud espacial».[109] Supongamos además que nos pusiéramos de acuerdo en que las escuelas «deberían proporcionar entrenamiento de la aptitud espacial a fin de equiparar las oportunidades educativas de ambos sexos».[110]

Si nuestra cultura se unificara en torno a esta concepción de la igualdad de oportunidades, la controversia sobre el cuerpo calloso podría seguir varias vías. Los científicos podrían decidir que, dado lo poco que sabemos sobre su funcionamiento, la cuestión es prematura y debería aparcarse hasta que dispusiéramos de aproximaciones mejores para estudiar la función nerviosa en el cuerpo calloso. O podrían decidir que la diferencia existe, pero no queda fijada para siempre desde el nacimiento. Su programa de investigación podría centrarse en las experiencias que influencian tales cambios, y la información obtenida podría ser útil para los educadores que diseñan programas de entrenamiento de las aptitudes espaciales. Las feministas no pondrían objeciones a tales estudios, porque las ideas de inferioridad e inmutabilidad habrían sido desterradas de la idea de diferencia, y podrían confiar en el compromiso de nuestra cultura con una concepción particular de la igualdad de oportunidades educativas. O podríamos decidir que, después de todo, los datos no confirman un dimorfismo anatómico del cuerpo calloso en ningún momento del ciclo vital. En vez de eso, podríamos preguntarnos sobre las fuentes de la variabilidad individual en la anatomía del cuerpo calloso. ¿Cómo interacciona la variabilidad genética con los estímulos del entorno para producir una diferencia anatómica? ¿Qué estímulos son importantes para qué genotipos? En otras palabras, podríamos emplear

la teoría de sistemas ontogénicos como marco de nuestras investigaciones sobre el cuerpo calloso. Elegir un camino científico aceptable para la mayoría, y cubrirlo de hechos consensuados, sólo será posible cuando hayamos logrado una paz social y cultural en lo que respecta a la equidad de los géneros. Esta visión no niega la existencia de una naturaleza material y verificable; ni tampoco sostiene que lo material (en este caso el cerebro y su cuerpo calloso) no tiene nada que decir en esta materia.[111]

El cuerpo calloso no carece de voz. Por ejemplo, los científicos no pueden decidir arbitrariamente que la estructura es redonda en vez de oblonga. En relación a las diferencias de género, sin embargo, digamos que farfulla. Los científicos han empleado su inmenso talento para intentar eliminar el ruido de fondo y ver si pueden sintonizar más claramente con el cuerpo calloso. Pero éste es un medio bastante poco cooperativo. El que los científicos continúen sondeando el cuerpo calloso en busca de una diferencia de género esencial da idea de lo arraigadas que siguen estando sus expectativas sobre las diferencias biológicas. No obstante, como ocurre con la intersexualidad, yo diría que el interés de los estudios sobre el cuerpo calloso reside en lo que podemos aprender acerca de la vastedad de la variación humana y las maneras en que el cerebro se desarrolla como parte de un sistema social.

6

Glándulas, hormonas sexuales y química de género

La testosterona corrompe la fuente de la juventud

En un homenaje a la ciencia médica celebrado en 1945, Paul de Kruif, un bacteriólogo y popular escritor científico de cincuenta y cuatro años, publicó un libro titulado *The Male Hormone*, en el que revelaba al mundo un hecho profundamente personal: estaba tomando testosterona. En la antesala de los cuarenta, explicaba, había comenzado a advertir que su virilidad iba en declive. Su energía había disminuido y, peor aún, su coraje y autoestima. Sólo cinco años antes, después de que su veterano jefe se retirara, la perspectiva de un cambio en su vida profesional le había hecho presa del terror y la histeria. «Eso fue antes de la testosterona. Fue un pequeño síntoma de mi hambre de hormona masculina, de mi declive, de mi pérdida de fuerzas». Pero a los cuarenta y cuatro años, su confianza estaba recuperando su vigor; y todo se lo debía a la testosterona: «Seré perseverante y recordaré tomar mis veinte o treinta miligramos diarios de testosterona. No me avergüenza que mi cuerpo envejecido ya no produzca tanta como antes. Es como unas muletas químicas. Es virilidad prestada. Es tiempo prestado. Y, además, es lo que hace toros a los toros».[1]

En los años sesenta, el doctor Robert A. Wilson proclamó que el estrógeno podía hacer por las mujeres lo que la testosterona supuestamente hacía por los varones. Al declinar la producción de estrógeno durante la menopausia, las mujeres estaban condenadas a un terrible destino: «Los estigmas de la desfeminización de la Naturaleza» incluían «un agarrotamiento general de los músculos, un malhumor de viuda, y un soso y negativo estado de vacuno». Las mujeres posmenopáusicas, escribió en *Journal of the American Geriatric Society*, existían pero no vivían. En las calles «pasan sin dejarse notar y, a su vez, notan poco».[2] Con el apoyo

de Ayerst Pharmaceuticals ofreció una cura de la menopausia (que por entonces se consideraba un trastorno debido a una deficiencia de estrógeno) a base de Premarin, la marca de Ayerst para su suplemento de estrógeno.[3]

La fascinación por las propiedades curativas del estrógeno y la testosterona no cesa. El estrógeno y una hormona relacionada, la progesterona, se han convertido en los medicamentos más usados en la historia de la medicina.[4] En la imaginación popular, sexo y hormonas siguen tan ligados como en los días de Kruif y Wilson. «Sí», escribió Kruif en 1945, «el sexo es químico y el compuesto sexual masculino parecía ser la clave no sólo del sexo, sino de la iniciativa, el coraje y el vigor».[5] En 1996, cuando la testosterona apareció en portada de la revista *Newsweek*, el titular decía: «Atención, varones que envejecéis: la testosterona y otros tratamientos hormonales ofrecen nuevas esperanzas de mantenerse joven, atractivo y fuerte».[6]

Pero, en la era unisexual, el tratamiento a base de testosterona no es sólo para hombres. Las mujeres, especialmente las posmenopáusicas (esas mismas criaturas vacunas de cuyas vidas se lamentaba el doctor Wilson) también pueden beneficiarse de un poco de la venerable molécula. Un partidario de administrar testosterona a las mujeres mayores, el doctor John Studd, del departamento de obstetricia y ginecología del Hospital de Chelsea y Westminster en Londres, ha dicho de sus pacientes femeninas tratadas con testosterona que «sus vidas se han transformado. Su energía, su interés sexual, la intensidad y frecuencia de sus orgasmos, su deseo de ser acariciadas y tener contacto sexual... todo mejora».[7] Es más, resulta que los varones necesitan estrógeno para el desarrollo normal de todo, desde los huesos hasta la fertilidad.[8]

¿Por qué, entonces, las hormonas siempre han estado estrechamente asociadas a la idea del sexo, cuando parece ser que las «hormonas sexuales» afectan de hecho a órganos de todo el cuerpo y no son específicas de ningún género? El cerebro, los pulmones, los huesos, los vasos sanguíneos, el intestino y el hígado (por ofrecer una lista parcial) requieren todos de estrógeno para su normal desarrollo.[9] A grandes rasgos, los efectos generalizados del estrógeno y la testosterona se conocen desde hace décadas. Una de las propuestas de este capítulo y el siguiente es que, a lo largo del siglo XX, los científicos han integrado los signos del género (desde los genitales a la anatomía de las gónadas y los cerebros, y hasta la química corporal misma) más exhaustivamente que nunca en nuestros cuerpos. En el caso de la química corporal, los investigadores consiguieron esto a base de definir como hormonas sexuales lo que de hecho

son reguladores ontogénicos de amplio espectro, con lo que sus papeles no sexuales en el desarrollo tanto masculino como femenino han quedado prácticamente eclipsados. Ahora que la etiqueta de hormona sexual parece pegada con epóxido a estos esteroides, cualquier redescubrimiento de su papel en tejidos como los huesos o los intestinos tiene un extraño resultado. En virtud del hecho de que las llamadas hormonas sexuales afectan a su fisiología, estos órganos, obviamente *no* implicados en la reproducción, vienen a contemplarse como órganos sexuados. La química satura el cuerpo, de la cabeza a los pies, de significado sexual.

Los científicos no integraron el género en la química corporal deliberadamente. Simplemente, se ocuparon de sus asuntos como eficaces investigadores en ejercicio. Se dedicaron a investigar los temas más candentes, obtener los recursos financieros y materiales que posibilitaran su trabajo, establecer colaboraciones fructíferas entre investigadores de distinta formación y, por último, firmar acuerdos internacionales para estandarizar la denominación y evaluación experimental de las diversas sustancias químicas que purificaban y examinaban. Pero en este capítulo y el que sigue, además de ver a los científicos ocupados en estas actividades normales, observaremos que, aun sin intención expresa, la obra científica sobre la biología hormonal ha estado estrechamente ligada a la política de género. Pienso que las descripciones científicas de las hormonas sexuales sólo pueden comprenderse si se contempla lo científico y lo social como parte de un sistema inextricable de ideas y prácticas, simultáneamente social y científico. A modo de ilustración, trasladémonos a un momento científico clave en la historia de las hormonas, en el que los científicos se empeñaron en imponer el género a las secreciones internas de ovarios y testículos.

El descubrimiento de las «hormonas sexuales» es un episodio extraordinario de la historia de la ciencia.[10] Hacia 1940, los científicos las habían identificado, purificado y nombrado. Pero, en su exploración de la ciencia de las hormonas (la endocrinología), los investigadores sólo podían hacerlas inteligibles en términos de las disputas sobre género y raza que caracterizaban sus entornos de trabajo. Cada elección sobre cómo evaluar y nombrar las moléculas que estudiaban naturalizaba ideas culturales sobre el género.[11] Cada institución y comunidad persuasiva implicadas en la investigación endocrinológica ponía sobre la mesa un programa social sobre raza y género. Las compañías farmacéuticas, los biólogos experimentales, los médicos, los agrónomos y los investigadores del sexo interseccionaban con feministas, defensores de los derechos de los homosexuales, eugenistas, partidarios del control de natali-

dad, psicólogos y fundaciones de beneficencia. Cada uno de estos grupos, que llamaré mundos sociales, estaban conectados por personas, ideas, laboratorios, material de investigación, fondos y mucho más.[12] Examinando las intersecciones entre estos mundos puede verse de qué manera ciertas moléculas se convirtieron en parte de nuestro sistema de género, o cómo el género se convirtió en parte de la química.

¡Hormonas, vaya una idea!

Como se sabe desde hace tiempo, las gónadas afectan el cuerpo y la psique de una miríada de maneras. Durante siglos, los granjeros han sabido que la castración afecta tanto al físico como al comportamiento de los animales domésticos. Y aunque la castración humana fue oficialmente prohibida por el Vaticano, en Europa las voces cantoras de los *castrati* todavía se siguieron oyendo en más de un coro eclesiástico hasta finales del siglo XIX. Estos niños castrados crecían más de lo normal, y sus voces trémulas de soprano adquirían una extraña y etérea calidad.[13] Durante el último cuarto del siglo XIX, era frecuente que los cirujanos extirparan los ovarios de las mujeres que juzgaban «insanas, histéricas, infelices, difíciles de controlar por sus maridos o reacias a ejercer de amas de casa».[14] Pero las razones del funcionamiento aparente de tales medidas drásticas estaban muy poco claras. La mayoría de fisiólogos decimonónicos postulaba que las gónadas comunicaban sus efectos a través de conexiones nerviosas.

Otros, sin embargo, hallaron indicios de que las gónadas actuaban a través de secreciones químicas. En 1849, Arnold Adolf Berthold, profesor de fisiología en la Universidad de Gotinga, «transformó lánguidos capones en gallos de pelea». Primero creó los capones extirpando los testículos a unos cuantos pollos, y luego reimplantó las gónadas desconectadas en las cavidades corporales de las aves. Puesto que los implantes no estaban conectados al sistema nervioso, dedujo que cualquier efecto que tuvieran debería transmitirse por la sangre. Berthold comenzó con cuatro pollos: a dos les reimplantó los testículos y a otros dos no. De Kruif describió los resultados con su inimitable estilo: «Mientras que las dos aves capadas ... se convirtieron en orondos pacifistas, las otras dos ... siguieron siendo gallos en toda regla. Cacareaban. Peleaban. Perseguían a las gallinas con entusiasmo. Sus llamativas crestas y barbas rojas seguían creciendo»[15] (figura 6.1).

Los resultados de Berthold languidecieron hasta 1889, cuando el fi-

siólogo francés Charles-Edouard Brown-Séquard informó a sus colegas de la Société de Biologie parisina de que se había inyectado extractos de testículos de cobaya y perro prensados. Los resultados, dijo, fueron espectaculares. Había experimentado un renovado vigor y un incremento de la claridad mental. También informó de que pacientes femeninas suyas a las que había administrado jugo de ovarios de cobaya filtrado habían experimentado una mejoría física y mental.[16] Aunque muchos médicos respondieron a las afirmaciones de Brown-Séquard con algo más que cierto escepticismo, la *organoterapia* (el tratamiento con extractos de órganos) adquirió una enorme popularidad. Mientras los fisiólogos debatían sobre la veracidad del asunto, sales de «extractos de órganos animales, materia gris, extracto testicular» para el tratamiento de «la ataxia locomotora, la neurastenia y otros trastornos nerviosos» se difundían rápidamente por Europa y Estados Unidos.[17] Al cabo de una década, sin embargo, los nuevos tratamientos quedaron desacreditados. Brown-Séquard admitió que los efectos de sus inyecciones testiculares eran de corta duración y, probablemente, resultado del poder de la sugestión. Pero,

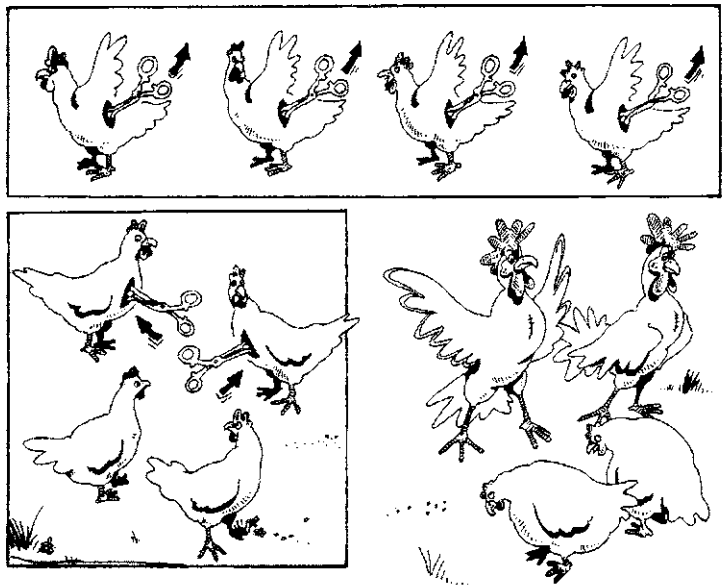


FIGURA 6.1: El experimento de transferencia de gónadas de Berthold. (Fuente: Alyce Santoro, para la autora)

aunque los extractos gonadales no consiguieron cumplir sus promesas, otros dos tratamientos sí reportaron beneficios médicos: los extractos de glándula tiroides demostraron ser efectivos para el tratamiento de los desórdenes tiroideos, y los extractos de glándulas suprarrenales funcionaban bien como vasoconstrictores.[18]

A pesar de los éxitos, los fisiólogos se mostraban escépticos ante la idea de mensaje químico implícita en la organoterapia.[19] La firme creencia de los fisiólogos decimonónicos en que el sistema nervioso controlaba las funciones corporales dificultó al principio el reconocimiento de la significación de los mensajeros químicos, los productos de secreciones orgánicas internas.

Las hormonas sexuales toman forma a medida que el género cambia de forma

No fue hasta el cambio de siglo que los científicos comenzaron a considerar seriamente la idea de que las secreciones químicas regulaban la fisiología corporal. Aunque en la década de 1890 el fisiólogo británico Edward Schäfer interpretó los resultados de la gonadectomía (la eliminación de los testículos o los ovarios) en términos de función nerviosa, en los años siguientes él mismo y sus discípulos comenzaron a reevaluar sus resultados.[20] En 1905, Ernest Henry Starling, sucesor de Schäfer en la cátedra de fisiología del Colegio Universitario de Londres, acuñó el término *hormona* (que en griego significa «excitante» o «estimulante»). Definió las hormonas como compuestos químicos que «tienen que transportarse del órgano que los produce al órgano que afectan a través del torrente sanguíneo».[21]

Los psicólogos británicos alumbraron y abrazaron el concepto de hormona entre los años 1905 y 1908. Su interés científico (en especial la secreciones producidas por las glándulas sexuales, ovarios y testículos) se despertó en un periodo en el que la opinión pública de Estados Unidos y muchas naciones europeas había comenzado a revisar las construcciones tradicionales del género y la sexualidad.[22] Se iniciaron nuevos debates sobre los derechos de las mujeres y los homosexuales, durante lo que los historiadores han descrito como una «crisis de la masculinidad».[23] Al mismo tiempo, acontecimientos como la fundación de la sexología científica, la invención de la psiquiatría psicoanalítica por Freud, y la insistencia (sobre todo en Estados Unidos) en la experimentalización de las ciencias biológicas tuvieron lugar en el contexto de estas luchas de

género.[24] El empeño en definir y comprender el papel de las hormonas sexuales en la fisiología humana no fue una excepción. Desde el principio, estas investigaciones reflejaban y a la vez contribuían a las definiciones de masculinidad y feminidad y, con ello, a conformar las implicaciones de dichas definiciones para los roles sociales y económicos de los varones y mujeres del siglo XX.

¿Cuáles eran algunos de los elementos visibles en los nuevos debates sobre la masculinidad y la feminidad? El historiador Chandak Sengoopta escribe que la Viena de principios del siglo XX experimentó «una crisis de género ... un momento en el que las fronteras y normas de la masculinidad y la feminidad cambiaban, se desintegraban y parecían entrelazarse».[25] En la Europa central esta crisis también adquirió tintes racistas, pues algunos ideólogos describieron a los varones judíos a la vez como afeminados *y* como depredadores sexuales.[26] En este mismo periodo, el médico y reformador alemán Magnus Hirschfeld y sus colegas fundaron el Comité Científico Humanitario, que repetidamente solicitó al Reichstag la revocación de la ley antisodomía.[27] Los varones homosexuales, argumentaban, eran variantes sexuales naturales, no delincuentes. Los derechos de las mujeres y la emergencia de la homosexualidad no fueron menos prominentes en Inglaterra y Estados Unidos.[28] La tabla 6.1 presenta dos décadas de acontecimientos que entretejieron los movimientos sociales del feminismo y el activismo homosexual con la emergencia del estudio científico del sexo y la idea de las hormonas sexuales.

La biopolítica del feminismo y la homosexualidad

A principios del siglo XX, los ideólogos intentaron extraer lecciones políticas del conocimiento científico sobre el desarrollo humano.[29] En 1903, por ejemplo, un estudiante de filosofía vienés llamado Otto Weininger publicó un influyente libro titulado *Sexo y carácter*, que se basaba en las ideas de la embriología decimonónica para desarrollar una teoría abarcadora de la masculinidad, la feminidad y la homosexualidad. Weininger creía que incluso después de perfilarse sus anatomías distintivas, varones y mujeres contenían determinantes sexuales (plasmas) masculinos y femeninos en sus células. La proporción de estos plasmas variaba de un individuo a otro, lo que explicaría la amplia gama de masculinidad y feminidad observada en las personas. Los varones homosexuales tenían proporciones casi iguales de los plasmas masculino y femenino.[30]

TABLA 6.1: *Pensamiento sobre sexo y sexualidad a finales del siglo diecinueve y principios del veinte*[a]

FECHA	EVENTO
1889	Geddes y Thomson publican *The Evolution of Sex*[b]
1892	Richard von Krafft-Ebing publica *Psychopatia Sexualis, with especial reference to Contrary Sexual Instinct: A medico-legal study*
1895	Oscar Wilde es juzgado públicamente por conducta homosexual[c]
1896	Havelock Ellis comienza a trabajar en sus *Studies in the Psychology of Sex*[d]
1897	Magnus Hirschfeld funda el Comité Científico Humanitario
1898	El libro *Sexual Inversion*, de Havelock Ellis, es objeto de persecución por obsceno y escandaloso
1903	Otto Weininger publica *Sexo y carácter*, que elabora una teoría biológica compleja del sexo[e]
1904	El endocrinólogo Eugen Steinach estudia los efectos de las hormonas sexuales sobre la conducta animal
1905	El psiquiatra suizo August Forel publica *La Questionne Sexuelle*, donde aboga por el matrimonio homosexual[f]
1905	Sigmund Freud publica *Tres ensayos sobre la teoría sexual*

a. Basado en Wissenschaft 1999; véase también Bullough 1994.

b. Geddes y Thomson 1895. Este libro proporcionaba una descripción completa de la variabilidad biológica en los sistemas de reproducción sexual y daba cuenta de la evolución del sexo en términos todavía socorridos hoy. El libro trata primariamente de la biología no humana, pero se convirtió en una piedra angular del pensamiento sobre la evolución del sexo en nuestra especie.

c. Mientras que «el sensacional procesamiento de Oscar Wilde en 1895 por conducta homosexual despertó un gran interés público en la inversión sexual e inspiró una literatura considerable» (Aberle y Corner 1953, p. 5), entonces como ahora el interés científico en la homosexualidad femenina iba muy rezagado (el libro de Havelock Ellis sobre la homosexualidad no dedicaba más de una tercera parte de sus páginas al lesbianismo, que asociaba a la prostitución). Durante las primeras dos décadas del siglo XX, sin embargo, el lesbianismo se convirtió en un asunto público.

d. [La fecha de publicación de la primera edición estadounidense es 1901. Cito de una edición de 1928.] Los tomos de Ellis sobre la sexualidad humana establecieron un estándar científico alto para la época. Era desapasionado y no hacía juicios sobre la amplia variación de la conducta sexual humana. Para más información sobre el origen de la sexología moderna, véase Jackson 1987; Birken 1988; Irvine 1990a, 1990b; Bullough 1994; Katz 1995.

e. Sengoopta 1992, 1996. Para la influencia de este libro en Inglaterra, véase Porter y Hall 1995.

f. Forel 1905.

TABLA 6.1: *(Continuación)*

FECHA	EVENTO
1906	La feminista norteamericana Emma Goldman, defensora del control de la natalidad y los derechos de las mujeres, funda la revista *Mother Earth*
1907	El médico alemán Iwan Bloch aboga por el estudio científico del sexo[g]
1908	Magnus Hirschfeld edita el primer número de *Journal of Sexology*
1909	Edward Carpenter publica *The Intermediate Sex: A Study of Some Transitional Types in Men and Women*[h]
1910	El fisiólogo británico Francis Marshall publica el primer tratado sobre la fisiología de la reproducción[i]
1912	Se extraen hormonas ováricas mediante solventes lipídicos[j]
1913	El endocrinólogo británico Walter Heape publica *Sex Antagonism*[k]

g. Bloch definió 14 áreas de investigación sexológica, incluyendo la anatomía y la fisiología (en particular la hormonal) sexuales, la fisiología del acto sexual, la psicología y evolución del sexo, la biología comparativa del sexo, la higiene sexual, la política sexual (legislación incluida), la ética sexual, la etnología sexual y la patología sexual.

h. Carpenter 1909. El propio Carpenter (1844-1929) fue un miembro de lo que llamó «el sexo intermedio». Creía en la existencia de diferencias biológicas entre los sexos, pero pensaba que la distancia social existente era dañina. Para más sobre Carpenter, véase Porter y Hall 1995, pp. 158-160.

i. Marshall 1910. Este libro estableció el incipiente campo de la biología reproductiva al reunir en un solo texto las contribuciones de la embriología, la anatomía, la fisiología y la ginecología. Para más sobre Marshall, véase Clarke 1990a, 1990b, 1998.

j. Corner 1965.

k. Heape 1913. Heape argumentaba que varones y mujeres tenían intereses evolutivos fundamentalmente distintos y que el antagonismo sexual es un problema biológico. Al discutir lo que llama «el descontento de las mujeres», escribe que «estamos tratando un problema primariamente biológico, que la violación de los principios fisiológicos ha precedido con mucho la de la ley económica, y que las condiciones existentes no pueden entenderse bien y manejarse satisfactoriamente hasta que este hecho no se reconozca con claridad» (pp. 11-12). Para una discusión adicional en relación con las hormonas sexuales, véase Oudshoorn 1994 y Clarke 1998.

En Inglaterra, Edward Carpenter publicó ideas similares: «Podría parecer que la naturaleza, al mezclar los elementos que van a componer cada individuo, no siempre mantiene sus dos grupos de ingredientes —que representan los sexos— escrupulosamente separados ... Sabiamente, debemos pensar, porque si siempre se mantuviera una estricta distinción de tales elementos, ambos sexos pronto se separarían en latitudes lejanas y no podrían comprenderse mutuamente en absoluto».[31] Weininger pensaba que el anhelo femenino de emancipación emanaba de los elementos masculinos de sus cuerpos. Ligó esta masculinidad con la tendencia lesbiana, poniendo a mujeres talentosas como Safo y Georges Sand como ejemplo de la veracidad de sus tesis. Pero hasta las mujeres más talentosas seguían teniendo una buena cantidad de plasma femenino en sus cuerpos, lo que hacía imposible la plena igualdad entre varones y mujeres. Así, esta teoría incorpora la asunción a priori de que todo logro, talento o aspiración social procede por definición del plasma masculino. En el mejor de los casos, las mujeres sólo podían acceder a una masculinidad parcial.[32]

En Estados Unidos también hubo autores que describieron el anhelo femenino de votar como un fenómeno biológico. James Weir empleó argumentos evolutivos en un artículo publicado en la revista *The American Naturalist*. Las sociedades primitivas, señaló, eran matriarcados. Conceder a las mujeres el derecho a votar y participar en la vida pública representaría un retorno al matriarcado. Este anhelo femenino atávico de votar obedece a una razón simple. Virtualmente todas las feministas son *viragos* (mujeres dominantes, agresivas y psicológicamente anormales). Son engendros evolutivos. Algunas tienen «los sentimientos y deseos de un hombre», pero hasta las más masculinas se mueven sólo por la emoción, no por la lógica. Weir veía «en el establecimiento de la igualdad de derechos el primer paso hacia el abismo de ese horror inmoral que tanto repugna a nuestros estilos éticos cultivados: el matriarcado».[33]

Por supuesto, no todo el mundo, y en particular no todos los científicos, se opusieron a la emancipación femenina. Pero los modelos sociales del género alimentaban a la vez que derivaban de dos fuentes de la biología decimonónica: la embriología y la evolución. La idea de que la esfera pública era masculina *por definición* estaba tan profundamente implantada en el tejido metafísico de ese periodo que parecía natural argumentar que las mujeres que aspiraban a los Derechos del Hombre tenían que ser también masculinas por definición.[34] Si la masculinidad femenina era un sinsentido evolutivo o una anomalía embrionaria era objeto de debate.[35] Pero fue en este contexto donde la diferencia inhe-

rente entre los sexos —y la inferioridad femenina— se tomó como un hecho incuestionable que condicionó la investigación científica de las secreciones internas de ovarios y testículos.

Las hormonas en el centro del escenario

Hacia 1915 se habían publicado tres tratados sobre la reproducción, las hormonas y los sexos. *The Physiology of Reproduction*, por Francis H.A. Marshall, publicado en 1910, resumía más de una década de investigación, y se convirtió en el texto fundador del nuevo campo de la biología reproductiva. Marshall, un profesor universitario de fisiología agrícola, estudió los ciclos reproductivos de los animales domésticos y los efectos de las secreciones ováricas sobre la salud y la fisiología de órganos reproductores como el útero. Su obra sobre lo que en ocasiones llamó «fisiología generativa» (la fisiología de la reproducción) tuvo una influencia de gran alcance. No sólo proporcionó la base de nuevas técnicas en la cría de animales, sino que configuró la teoría y práctica del campo de la ginecología. Marshall esperaba unificar descripciones de la reproducción hasta entonces no relacionadas, y para ello consultó y citó obras de «zoología y anatomía, obstetricia y ginecología, fisiología y agricultura, antropología y estadística».[36]

The Physiology of Reproduction examinaba todos y cada uno de los aspectos de la generación conocidos: fecundación, anatomía reproductiva, gestación, lactancia y, de especial interés para la historia de la investigación endocrinológica, capítulos sobre «El testículo y el ovario como órganos de secreción interna» y «Los factores que determinan el sexo». En la sección anterior, Marshall recopilaba evidencias científicas, reunidas rápidamente durante la primera década del siglo XX, de que los ovarios y los testículos segregaban una «materia» que ejercía influencia sobre otros órganos del cuerpo. La idea de las hormonas sexuales había comenzado a dar sus primeros pasos.[37]

El tono de Marshall es seco y fáctico. Su texto está repleto de descripciones detalladas de experimentos que ponían de manifiesto los efectos de extractos gonadales en el desarrollo de los mamíferos. Parece no mostrar ningún interés por las implicaciones sociales de su obra, pero descansa sobre un saber académico que sí estaba explícitamente preocupado por las conexiones entre biología y género. Por ejemplo, sin suscribir sus opiniones sociales, señala la «ayuda especial» que le proporcionó el libro de Patrick Geddes y J. Arthur Thomson, *The Evolution of*

Sex, publicado en 1889, un compendio del sexo en el mundo animal que impuso el espermatozoide activo y el óvulo pasivo como paradigmas de las verdades biológicas esenciales acerca de las diferencias sexuales: «Es en general cierto que los machos son más activos, enérgicos, fervientes, apasionados y variables, mientras que las hembras son más pasivas, conservadoras, tranquilas y estables. Al ser más activos y, en consecuencia, tener un dominio de experiencia más amplio, pueden adquirir cerebros mayores y más inteligencia; pero las hembras, especialmente cuando ejercen de madres, sin duda tienen una cuota mayor y más habitual de emociones altruistas».[38]

A pesar del tono impersonal del libro, Marshall no ignoró del todo la metafísica social del género. Al discutir los «Factores que determinan el sexo», consideró las ideas de Weininger con algún detalle, y consignó las reflexiones de éste sobre la biología de «la sáfica y el marimacho, hasta el varón más afeminado». La idea general de que los animales —humanos incluidos— contienen rasgos tanto masculinos como femeninos atrajo a Marshall. No estaba tan convencido como Weininger de que las fuentes de la masculinidad y la feminidad residieran en el interior de las células individuales. En vez de eso, sugirió que su «estilo fisiológico de pensamiento requiere asociar los caracteres de un organismo con su metabolismo particular»,[39] incluyendo por implicación la fisiología hormonal. En una nota a pie de página, Marshall ligó directamente el mundo de los experimentos sobre reproducción y hormonas en animales al mundo social humano estudiado por los sexólogos, con citas clave de Krafft-Ebing, Havelock Ellis, Iwan Block y August Forel (véase la tabla 6.1).

Si Marshall eludió las ramificaciones sociales de la biología reproductiva, el biólogo Walter Heape (un colega al que Marshall dedicó su libro) no dejó lugar a dudas acerca de su postura cuando publicó su influyente *Sex Antagonism* en 1913. Heape se había dedicado a la investigación fundamental en biología reproductiva, en particular el ciclo del estro en mamíferos, y había probado que el apareamiento estimulaba la ovulación en los conejos. De forma más general, había acomodado la ciencia de la reproducción dentro del campo de la agricultura.[40] En 1913 había pasado a aplicar su conocimiento del mundo animal a la condición humana.

A Heape le turbaba la conmoción social en torno suyo, en particular los estridentes movimientos sufragista y obrero. A principios del siglo XX, las sufragistas estadounidenses y británicas tomaron las calles para protestar por su condición social, económica y política inferior. Los pi-

quetes de obreras recorrían los Estados Unidos,[41] y en 1909 una amplia coalición de activistas del movimiento obrero, sufragistas, organizaciones de mujeres negras[42] y amas de casa inmigrantes reivindicaban la emancipación y el derecho al voto en nuevas combinaciones militantes.[43] El movimiento tenía una amplia capacidad de convocatoria, porque «las mujeres de ambos extremos del espectro económico tenían una nueva apetencia de organización política».[44] Mientras tanto, las sufragistas inglesas irrumpían en el parlamento y desplegaban banderas desde las galerías, rompían ventanas y asaltaban a la guardia del número 10 de Downing Street.[45]

Heape comenzaba su libro atribuyendo «la condición convulsa que satura la sociedad ... a tres fuentes: el antagonismo racial, el antagonismo de clase, y el antagonismo sexual».[46] Estos antagonismos, en particular el sexual, tenían sus raíces en la mala gestión social de la diferencia biológica. Hombres y mujeres tenían papeles generativos fundamentalmente diferentes. Heape insistía en que si las mujeres vivían «conforme a su organización fisiológica»,[47] atendiendo a sus hogares y dejando los asuntos públicos a los varones (cuya sexualidad los hacía de manera natural más inquietos y menos cortos de miras), podrían evitar los trastornos mentales, la soltería y su masculinidad implicada, y la mala salud general.[48] Curiosamente, Heape reconocía cierto grado de solapamiento biológico entre los cuerpos masculino y femenino. Pero esto no le llevó a cuestionar sus presunciones sobre la naturaleza fundamental de la diferencia sexual. Más bien, veía la combinación de rasgos sexuales en cada cuerpo como una metáfora del funcionamiento de la diferencia de género en el cuerpo político. El antagonismo sexual, escribió, estaba presente dentro de «cada individuo de un sexo ... Así, ambos sexos están representados en cada individuo de cada sexo, y si bien las cualidades masculinas son más prominentes en el hombre y las cualidades femeninas lo son más en la mujer, ambos tienen cualidades del otro sexo más o menos ocultas en su interior». Cada individuo, por lo tanto, era portador de una combinación de factores dominantes y subordinados que eran «en realidad, aunque más o menos débilmente, antagonistas».[49]

Fue el ginecólogo británico William Blair Bell quien dio el paso de ligar las diferencias de género sociales a las hormonas. Bell pensaba que las secreciones internas de los órganos individuales no deberían considerarse de manera aislada, sino como parte de una totalidad corporal de interacciones entre los diversos órganos endocrinos. Mientras que los científicos habían tendido a pensar que «una mujer era una mujer por mor de sus ovarios sólo», Bell creía que «*la feminidad misma depende de to-*

das las secreciones internas». Para sustentar su teoría, Bell señaló la existencia de mujeres con testículos y de individuos con ovarios «que no son mujeres en el sentido estricto del término».[50] Las ideas de Bell contribuyeron a destronar la gónada como único determinante del sexo, y con ello a cambiar la comprensión y los tratamientos médicos de la intersexualidad.[51] También rehicieron por completo las ideas científicas sobre la naturaleza y los orígenes de la sexualidad «normal».

Bell creía que los ovarios y otras glándulas endocrinas inclinaban a las mujeres hacia una sexualidad y unas devociones «de mujer»; aquellas mujeres que no se comportaban como tales estaban viviendo en contra de las tendencias de sus propios cuerpos. Las que él consideraba «más cercanas a la naturaleza» o «inmunes a la civilización» eran mujeres «que disfrutan del acto sexual y quizá fueran un tanto promiscuas ... pero con instintos maternales fuertes». Las mujeres «afectadas por la civilización» iban desde las que rechazaban el deseo sexual pero querían ser madres, pasando por las que se entregaban a los placeres del sexo pero carecían de instintos maternales (y que no eran «normales en sentido estricto»), hasta las que no querían ni sexo ni maternidad. Estas últimas estaban «en el lindero de la masculinidad ... de pecho usualmente plano y ... a menudo su metabolismo tiene un carácter en su mayor parte masculino: se ven indicios de esto ... en el carácter agresivo de la mente». Bell concluyó que «la psicología normal de toda mujer depende del estado de sus secreciones internas, y si no es por la fuerza de las circunstancias —económicas y sociales— no tendrá ningún deseo inherente de abandonar su esfera de acción normal».[52] Como en buena parte de la literatura endocrinológica de este periodo, se hace patente una honda preocupación social por las mujeres que querían salir de su «esfera de acción normal».

Heape y Bell hablaban de antagonismo sexual en un sentido social, y creían que las secreciones internas contribuían a crear las mentes y los cuerpos masculinos y femeninos. El médico y fisiólogo vienés Eugen Steinach, sin embargo, creía que las hormonas mismas exhibían antagonismo. Como médico e investigador en Praga, y luego director de la división de fisiología del Instituto Vienés de Biología Experimental, trabajó en la tradición creciente de los estudios de trasplantes, transfiriendo testículos a ratas y cobayas hembras, y ovarios a machos (de lo que enseguida veremos más).[53] El estilo intervencionista de Steinach personificaba el espíritu de un nuevo enfoque analítico que estaba barriendo Europa y Estados Unidos.[54] En su concepción, los cuerpos y comportamientos masculinos y femeninos eran resultado de la actividades de las hormonas sexuales, y sus experimentos con animales propor-

cionaban pruebas de la naturaleza antagónica de las hormonas sexuales. En manos de Steinach, las hormonas mismas adquirieron características masculinas y femeninas. El sexo se hizo químico, y la química corporal se sexualizó. El drama de la diferencia sexual no sólo emanaba de las secreciones internas, sino que ya se estaba interpretando en ellas.[55]

Steinach creía que las hormonas patrullaban las fronteras que separaban la masculinidad de la feminidad y la homosexualidad de la heterosexualidad. Su investigación con ratas y cobayas y la traslación de sus resultados a los seres humanos ilustra las maneras complejas en que los credos de género se convierten en parte del conocimiento científico. Steinach comenzó su carrera de experimentador en 1884, y al principio trabajó en una variedad de problemas fisiológicos, ninguno de los cuales tenía una relación obvia con el sexo. En 1894, sin embargo, publicó un artículo sobre la anatomía comparativa de los órganos sexuales masculinos, un anticipo de su reorientación experimental hacia la fisiología sexual. Diez artículos y dieciséis años más tarde, volvió a la fisiología del sexo. Su artículo «El desarrollo de la masculinidad funcional y somática completa en mamíferos como efecto particular de la secreción interna del testículo» marcó el comienzo de los experimentos modernos sobre el papel de las hormonas en la diferenciación sexual.[56]

De hecho, la obra de su vida entera tenía como premisa la idea no discutida de que debe haber una distinción «natural» nítida entre masculinidad y feminidad. A pesar de que los experimentos que realizó más bien difuminaban esta distinción, su descripción altamente antropomórfica de sus resultados da idea de hasta qué punto sus convicciones sobre las diferencias sexuales conformaron su ciencia. Para empezar, concluyó que los productos hormonales de ovarios y testículos, que llamó «glándulas puberales», tenían efectos sexualmente específicos. Los testículos producían sustancias tan poderosas que podían hacer que las hembras inmaduras desarrollaran los caracteres físicos y psíquicos de los machos. Steinach razonó que los efectos hormonales sobre la psique deben estar mediados por cambios cerebrales, en un proceso que describió como una «erotización del sistema nervioso central».[57] Steinach pensaba que todos los mamíferos contenían estructuras rudimentarias *(Anlage)* de ambos sexos. Las secreciones de las glándulas puberales promovían el desarrollo de ovarios, que inducían la ontogenia femenina; o testículos, que inducían la masculina. Pero ésta era sólo una parte de la historia. También creía que las glándulas sexuales inhibían activamente las *Anlage* del sexo «opuesto». Así, las sustancias ováricas no sólo inducían una ontogenia femenina, sino que inhibían la masculina; y las secre-

ciones testiculares inhibían a su vez el desarrollo femenino. Steinach llamó a este proceso de inhibición ontogénica «antagonismo sexual endocrino».

¿Cuál fue la evidencia experimental que llevó a Steinach a describir los procesos del desarrollo físico en términos tan militaristas como «batallas entre las acciones antagónicas de las hormonas sexuales» y «antagonismos encarnizados»?[58] Steinach implantó ovarios a ratas y cobayas machos castrados nada más nacer (véase la tabla 6.2). Con el tiempo, estos machos desarrollaron muchos rasgos femeninos. Su estructura esquelética y capilar era la típica de una elegante hembra de roedor; desarrollaron glándulas mamarias funcionales, se mostraban dispuestos a amamantar crías y presentaban su grupa a los machos que los cortejaban, a la manera femenina. Parecía que los ovarios producían una sustancia feminizante específica. Pero aún había más. En primer lugar, los trasplantes de ovarios no «arraigaban» en el cuerpo masculino si antes no se habían eliminado los testículos. En segundo lugar, Steinach examinó el crecimiento del pene en machos con ovarios implantados y lo comparó con el de machos castrados sin más. Significativamente, para él, el pene parecía atrofiarse bajo la influencia de la glándula puberal femenina, hasta hacerse menor que el de los machos castrados no feminizados. Finalmente, observó Steinach, los machos castrados feminizados eran incluso más pequeños que sus hermanas no operadas. Los ovarios implantados no sólo les habían impedido convertirse en machos más grandes y robustos, sino que de hecho parecían haber inhibido su crecimiento (figura 6.2).

Aunque al principio Steinach se refirió a estos últimos procesos simplemente como «inhibiciones»,[59] pronto comenzó a recurrir a la retórica más poderosa de la batalla de los sexos. ¿Requerían sus datos iniciales un lenguaje tan fuerte? Parecería que no. Por ejemplo, en un estudio de 1912 con ratas, cuando informó por primera vez de la reducción del pene, no observó el mismo efecto en la próstata o las vesículas seminales, lo que Steinach explicó por lo reducidos que ya eran estos órganos en el momento del implante ovárico. En 1913, sin embargo, describió la atrofia de las vesículas seminales (en relación a los controles castrados) en cobayas machos castrados con ovarios implantados.[60] Así pues, los datos sobre el desarrollo orgánico eran endebles y contradictorios. Obviamente, la inhibición recíproca tampoco explicaba por qué los machos feminizados crecían menos que sus hermanas intactas. Se pueden imaginar otras explicaciones para el hecho de que los implantes gonadales no «arraigaran» en presencia de su «opuesto». Por ejemplo, puede que los testículos estimularan la actividad de alguna otra glándula, lo que creaba un entorno desfavorable al desarrollo ovárico (y viceversa).[61]

TABLA 6.2: *Experimentos de Steinach*

EXPERIMENTO	ANIMAL	RESULTADOS	CONCLUSIONES	AÑO
Ovarios trasplantados a machos inmaduros castrados	R, C	• El trasplante sólo «arraiga» en los machos castrados • El ovario no promueve el desarrollo del pene, la próstata y otros caracteres secundarios • El ovario induce la atrofia del pene (en R pero no en C) • El ovario estimula el crecimiento mamario (C) • Los machos con ovarios implantados son menores y tienen un pelaje más «femenino» (R y C) • Los machos feminizados exhiben reflejos de apareamiento femeninos, respuestas maternales y ausencia de iniciativa sexual masculina o impulsos agresivos	• Antagonismo entre hormonas sexuales • Ovarios y testículos segregan sustancias diferentes[a] • El ovario inhibe el desarrollo masculino • El ovario segrega sustancias feminizantes específicas • El ovario inhibe el desarrollo masculino (tamaño, pelaje) • Las hormonas causan una «erotización del sistema nervioso central»	1912[b]
Testículos trasplantados a hembras sin ovarios	R, C C	• Las mamas y el útero no se desarrollan • Desarrollo en la dirección masculina • Cuerpo y pelaje más masculino que femenino • Las hembras implantadas son más agresivas y abordan sexualmente a las hembras en celo	• Los implantes testiculares inhiben los caracteres femeninos • Los testículos masculinizan la ontogenia • Los testículos promueven el desarrollo masculino • Las hormonas causan una «erotización del sistema nervioso central» (p. 723)	1913[c]
Trasplante simultáneo de ovarios y testículos a machos inmaduros castrados		• Se desarrollan muchos caracteres secundarios masculinos • Se desarrollan glándulas mamarias funcionales	• La influencia inhibidora del ovario no puede imponerse en presencia de testículos • Los ovarios pueden influenciar el desarrollo de los caracteres femeninos y los testículos el de los caracteres masculinos	1913[d]

R = ratas C = cobayas. a. Steinach 1910. b. Steinach 1912. c. Steinach 1913. Este artículo también menciona los efectos feminizantes de la hipertrofia ovárica inducida por rayos X en hembras, reportados luego en otro artículo firmado con Holznecht (1916); el examen por Steinach de los efectos ováricos en las hembras no pasó de aquí. d. Steinach 1913.

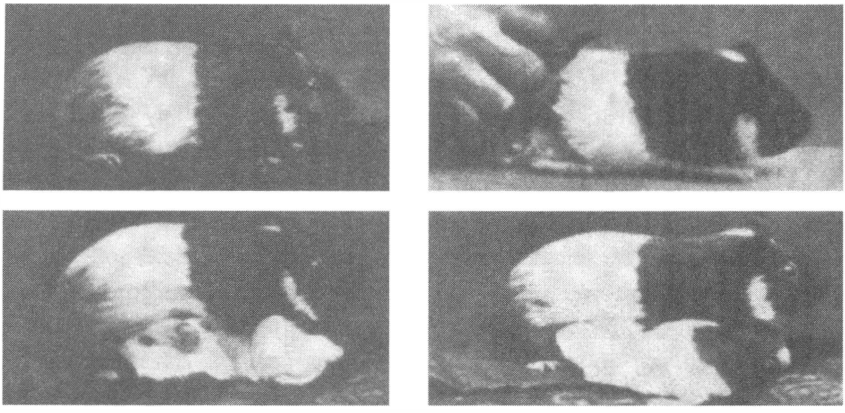


FIGURA 6.2 A: Cobaya macho feminizado. *De izquierda a derecha*: perfil del animal; demostración de sus caracteres sexuales; macho amamantando una cría de cobaya; macho amamantado dos crías.

El discurso de Steinach, con su énfasis en el conflicto, no sólo reflejaba ideas preexistentes sobre la relación natural entre masculinidad y feminidad, sino que también estableció un marco analítico que configuró sus intereses científicos y diseños experimentales. ¿Qué pasaría, se preguntó, si se trasplantaran gónadas masculinas y femeninas a un huésped castrado, de manera que se viesen «forzadas a batallar en condiciones iguales para ambas e igualmente desfavorables»?[62] En algunos casos un

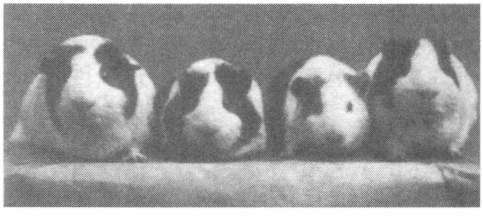


FIGURA 6.2 B: Serie de masculinización. *De izquierda a derecha*: hermana masculinizada, hermana castrada, hermana normal, ¿hermano normal? (Fuente: Steinach 1940)

ovario y un testículo se fusionaban en un único «ovotestículo», y cuando Steinach examinó esta gónada mixta al microscopio tuvo «la impresión de que se entablaba una batalla entre ambos tejidos».[63] Cuando se fijó en los caracteres sexuales secundarios, encontró que los animales bisexuales, creados mediante un doble trasplante, parecían supermachos, pues eran más grandes y poderosos que sus hermanos normales. Steinach concluyó que la influencia inhibidora de la glándula puberal femenina,

tan evidente en experimentos anteriores, cedía ante la presencia de una glándula masculina. Esto no significaba que los testículos neutralizaran los ovarios. Los animales bisexuales tenían una complexión robusta y masculina, pero también desarrollaban «pezones firmes y largos, listos para ser succionados».[64] Steinach concluyó que en sus trasplantes dobles desaparecía todo signo de acción inhibitoria cruzada de las gónadas. Los testículos promovían el desarrollo masculino, los ovarios el femenino, y «las fuerzas inhibidoras eran incapaces de imponerse» la una a la otra.[65]

Los datos de Steinach son compatibles con sus conclusiones, pero no de manera indiscutible. Es lo que los filósofos llaman *subdeterminación*, y es un aspecto corriente de la creación de hechos por parte de los científicos. La respuesta del organismo a intervenciones experimentales concretas limita las conclusiones permisibles, pero a menudo no de manera unívoca. En tal caso los científicos tienen varias interpretaciones plausibles donde elegir. Tanto la elección final como su recepción más allá de los límites del laboratorio depende en parte de factores sociales no experimentales. Describir la interacción entre las secreciones ováricas y testiculares como un antagonismo (en vez de una inhibición mutua) era científicamente plausible. Pero, al mismo tiempo, también superponía a los procesos químicos de las gónadas de rata y cobaya un relato político sobre el antagonismo sexual humano que trazaba un paralelismo con las luchas sociales contemporáneas. Las funciones fisiológicas devinieron una alegoría política, lo que, irónicamente, las hizo más creíbles y no menos, porque parecían compatibles con lo que la gente ya «sabía» sobre la naturaleza de la diferencia sexual.

Consideremos, por ejemplo, la decisión de practicar trasplantes dobles.[66] ¿Por qué Steinach no dedicó más tiempo a detallar los efectos de las secreciones masculinas y femeninas sobre los cuerpos masculinos y femeninos, para averiguar más sobre lo que hacían las hormonas en sus emplazamientos «naturales»? Parte de la respuesta seguramente hay que buscarla en su compromiso con los nuevos métodos experimentales que exigían alterar los procesos normales para desvelar los hechos subyacentes. Pero más allá de eso, habiendo aceptado el discurso del antagonismo hormonal y trabajando en un entorno donde tanto la masculinidad femenina como la feminidad masculina amenazaban la estabilidad social, los experimentos de doble trasplante parecían tan obvios como urgentes. Hablaban de la política del momento. Donde quizá se vea más claro que los intereses de Steinach estaban conformados por los debates políticos es en su enfoque de la homosexualidad.[67] Sus estudios con animales le llevaron a creer que había encontrado pruebas de que el

intercambio de testículos por ovarios conducía a un comportamiento sexual alterado. Su investigación le sirvió de fundamento para una teoría detallada de la homosexualidad humana. Argumentó que quienes tenían «ataques periódicos del impulso homosexual» tenían gónadas que alternaban la producción de hormonas masculinas y femeninas. En cambio, los «homosexuales constantes» desarrollaban órganos sexuales opuestos cuando, en la pubertad, su tejido productor de hormona masculina degeneraba.[68] Para confirmar esta teoría, Steinach buscó «tejido femenino» en los testículos de homosexuales masculinos, y creyó encontrar tanto atrofia testicular como la presencia de células que supuestamente sintetizaban la hormona femenina, a las que llamó células F.

Luego llevó a cabo el experimento definitivo para poner a prueba sus ideas. En colaboración con el cirujano vienés R. Lichtenstern, extrajo un testículo de cada uno de siete varones homosexuales e implantó en su lugar testículos de donantes heterosexuales.[69] (Los testículos implantados habían sido extirpados por razones médicas, como puede ser el que uno de los dos testículos no hubiera descendido, lo que dejaba al paciente heterosexual con un testículo funcional.) Al principio se sintieron eufóricos al constatar un éxito: la aparición de interés sexual en el sexo «opuesto». Con el paso del tiempo, sin embargo, el fracaso de las operaciones se hizo evidente, y después de 1923 dejaron de practicarse.[70] La elección de los experimentos y la elección de sus interpretaciones estaban influenciadas en parte por las tradiciones científicas de la época y en parte, desde luego, por las respuestas de los organismos estudiados, pero también por el medio social en el que vivía Steinach, que definía la masculinidad y la feminidad, la homosexualidad y la heterosexualidad, como categorías en oposición (definiciones que parecían tan incontrovertibles como necesitadas de respaldo científico, dada la conmoción política del momento).

Esto no quiere decir que el medio social determine unívocamente los hechos científicos. De hecho, tanto en Estados Unidos como en Inglaterra, surgió una oposición científica significativa a la idea del antagonismo de las hormonas sexuales.[71] Hacia 1915, los fisiólogos británicos, representantes del campo emergente de la endocrinología, y los genetistas norteamericanos parecían haber llegado a un punto muerto. Los genetistas intuían que los cromosomas definían o controlaban el desarrollo sexual. Los endocrinólogos creían que las hormonas definían al hombre (o la mujer). Un embriólogo norteamericano, Frank Rattray Lillie (1870-1947), desbloqueó la situación con su trabajo sobre las becerras llamadas «machorras», hembras estériles y masculinizadas, herma-

nas mellizas de un becerro. En 1914, el capataz de la granja privada de Lillie le envió un par de fetos de vacuno mellizos abortados, todavía envueltos en sus membranas amnióticas.[72] Uno era un macho normal, pero el cuerpo del otro parecía combinar partes masculinas y femeninas. Intrigado, Lillie se puso a estudiar la cuestión y obtuvo más material de los establos de Chicago.[73] Después de examinar 55 parejas de becerros mellizos, Lillie concluyó, en una publicación de 1917 ahora clásica, que la vaca machorra, o *freemartin*, era una hembra genética cuyo desarrollo había sido alterado por hormonas procedentes de su hermano mellizo, debido a la confluencia de los sistemas circulatorios tras la fusión de sus placentas inicialmente separadas.[74] De esta forma concilió las visiones genética y hormonal del sexo. La determinación del sexo partía de los genes, pero las hormonas acababan el trabajo.

La vaca masculinizada de manera espontánea se parecía en muchos aspectos a los animales con gónadas trasplantadas de Steinach, un hecho que Lillie reconoció enseguida.[75] Pero Lillie era reacio a dejar que sus terneros le hablaran de la naturaleza de las hormonas masculinas y femeninas. Se preguntaba, por ejemplo, por qué sólo la hembra de la pareja de mellizos resultaba afectada. ¿Por qué las secreciones femeninas no feminizaban al macho, como hacían con los roedores de Steinach? Lillie propuso dos posibilidades. Puede que hubiera «cierta dominancia natural de las hormonas masculinas sobre las femeninas» o, alternativamente, que las ontogenias masculina y femenina no estuvieran sincronizadas.[76] Si los testículos comenzaban a funcionar antes que los ovarios en el desarrollo embrionario, entonces, en el caso inusual de dos mellizos de distinto sexo, podía ser que la gónada masculina segregase una hormona que transformaba el ovario potencial en un testículo antes de que tuviera oportunidad de producir hormonas femeninas. Estudios anatómicos detallados confirmaron la hipótesis de la asincronía. «Por lo tanto», concluyó Lillie, «no puede haber conflicto hormonal».[77] Al final, Lillie se vió incapaz de concluir gran cosa sobre la naturaleza de la actividad hormonal masculina. Inicialmente suprimía el desarrollo ovárico; pero no quedaba claro si la aparición posterior de caracteres masculinos tales como un falo agrandado o conductos de esperma se derivaba de la mera ausencia de tejido ovárico o de una estimulación positiva por parte de hormonas masculinas.[78]

Esta incertidumbre llevó a Lillie a «sugerir amablemente» a su protegido Carl R. Moore que repitiera los experimentos de Steinach con ratas.[79] Moore asintió y llevó a cabo trasplantes recíprocos: ovarios en machos inmaduros castrados y testículos en hembras inmaduras también

castradas. Enseguida tropezó con dificultades. «Es una pena que los caracteres somáticos distintivos del macho y la hembra de rata ya no resulten patentes», escribió. «Steinach ha puesto un énfasis considerable en las relaciones de peso y longitud corporal de sus machos feminizados y hembras masculinizadas como indicadores de masculinidad y feminidad. La opinión de quien escribe, sin embargo, es que unas diferencias tan leves ... son unos criterios de masculinidad y feminidad muy pobres».[80] Tras continuar con su crítica, Moore rechazó el peso y la longitud como indicadores satisfactorios del sexo de la rata. Similarmente, encontró que la estructura del pelaje y del esqueleto, los depósitos de grasa y las glándulas mamarias eran rasgos demasiado variables para servir como diferenciadores sexuales fiables.[81]

Pero, aunque Moore rechazó los marcadores del género físico que Steinach había dado por sentados, admitió que ciertos comportamientos sugerían un vínculo claro entre las hormonas y las diferencias sexuales. Los machos feminizados (castrados y con ovarios implantados) querían ejercer de madres. Se posicionaban para que las crías accedieran a sus ficticias mamas (¡aunque no tenían pezones!) y las defendían agresivamente de los intrusos. Los machos normales y las hembras masculinizadas no mostraban interés alguno en las crías. Estas últimas exhibían conductas inusuales: intentaban montar a hembras normales, lamiéndose entre montas como haría un macho intacto. Pero, observó Moore, las diferencias no siempre eran obvias ni siquiera con los marcadores comportamentales: «Steinach ha descrito la docilidad de la rata hembra normal (no pelea, es fácil de manejar, es menos proclive a morder o resistirse a la manipulación, etc.) pero, una vez más, las variaciones son demasiado grandes para tener algún valor práctico. Muchas hembras de esta colonia son decididamente más belicosas que los machos. En varios casos, tras una manipulación repetida, estas ratas mordían, arañaban y no se parecían en nada a una hembra mansa y apacible».[82]

Moore perseveró en su crítica.[83] En una serie de artículos publicados a lo largo de una década, se dedicó a desmantelar la obra de Steinach (véase la tabla 6.3). Éste había insistido en que los machos de rata y cobaya eran mucho mayores que las hembras, y que las hembras castradas crecían más que sus hermanas intactas (véase la figura 6.2) si tenían implantes testiculares. En cambio, los machos castrados con implantes ováricos parecían encogerse hasta hacerse incluso menores que sus hermanas normales. Moore dijo otra cosa. Citó trabajos ya publicados que mostraban que la simple eliminación de los ovarios hacía que las hembras crecieran más. En sus propios experimentos con ratas observó que

el dimorfismo sexual se mantenía aún después de la eliminación de las gónadas, lo que sugería que éstas no tenían nada que ver con el mayor tamaño de los machos. Sus resultados con cobayas incrementaron su escepticismo. Aunque la tasa de crecimiento de machos y hembras difería al principio del desarrollo, al cabo de un año ambos sexos habían alcanzado el mismo tamaño, y posteriormente las hembras se hacían más grandes. Las hembras castradas crecían al mismo ritmo que las intactas, y sólo los machos castrados crecían visiblemente menos que los machos intactos, las hembras castradas y las hembras intactas. Moore remató su artículo de 1922 con un directo a la mandíbula de Steinach:

> Por llamativa que pueda ser la influencia de las secreciones internas de las glándulas sexuales sobre algunos caracteres en ciertas formas animales, parece difícil y a menudo imposible encontrar en animales de laboratorio ordinarios caracteres lo bastante diferentes y constantes en ambos sexos para ser susceptibles de análisis mediante procedimientos experimentales. Y muchos de los caracteres citados en la literatura que pretendidamente ofrecen una demostración del poder de las secreciones sexuales para inducir modificaciones en el sexo opuesto se vienen abajo cuando se someten a un análisis crítico. En opinión de quien escribe, el carácter del peso corporal modificado en cobayas pertenece a este grupo.[84]

Steinach, mientras tanto, se reafirmaba en sus teorías. Escribió que Moore malinterpretó sus trabajos y que su oposición no tenía sentido. En un teatral experimento final, sirviéndose de los avances en la endocrinología (que se discuten en el capítulo siguiente), inyectó extractos ováricos y placentarios que contenían hormonas femeninas activas en crías de rata de sexo masculino (en vez de recurrir a los menos seguros trasplantes de órganos). El resultado fue una inhibición del desarrollo testicular, así como de las vesículas seminales, la próstata y el pene, lo que confirmaba su tesis del antagonismo entre hormonas femeninas y desarrollo masculino.[85]

Sin embargo, en 1932, Moore y su colaboradora Dorothy Price repitieron el experimento y lo hicieron aún mejor. Para empezar, concluyeron que «en contra de Steinach ... la oestrina [el factor extraído de los ovarios] no tiene efecto sobre los atributos masculinos. Ni los estimula ni los inhibe». Pero la refutación de Steinach no era más que el aperitivo del plato principal: una nueva visión de la función hormonal. El debate sobre el antagonismo hormonal, escribieron, «nos forzó a ampliar nuestras interpretaciones para ligar la acción de las hormonas gonadales con la actividad de la hipófisis».[86] Moore y Price postularon varios prin-

TABLA 6.3: *Experimentos de Moore*

EXPERIMENTO	ANIMAL	RESULTADOS	CONCLUSIONES	FUENTES
Injerto de testículo en hembra castrada; injerto de ovario en macho castrado	Rata	• Peso y pelaje muy variables • Los machos con ovarios exhiben comportamiento maternal • Las hembras con testículos no muestran inclinación maternal • Agresión presente en machos y hembras normales • Las hembras con testículos intentan montar a las otras hembras	• No fiables como marcadores sexuales • Los ovarios feminizan la conducta parental masculina • Los testículos masculinizan la conducta parental femenina • La agresión es un marcador sexual pobre • Los testículos masculinizan la conducta de apareamiento femenina	a
Comparación entre crecimientos de machos y hembras castrados a lo largo de 180 días	Rata	• Los machos castrados siempre pesan más que las hembras castradas	• El dimorfismo sexual de tamaño no tiene que ver con las secreciones gonadales	b
Injerto de ovario en machos con un testículo intacto e injerto de testículo en hembras con ovarios intactos	Rata	• Los ovarios implantados desarrollan folículos, pero no ovulan • En los testículos implantados las células espermáticas degeneran, pero no así las células de Sertoli	• Ambos resultados contradicen la afirmación de Steinach de que los implantes sólo prosperan cuando se han eliminado las gónadas de los huéspedes, una piedra angular de su tesis del antagonismo hormonal	c

Injerto de ovario en machos con un testículo intacto e injerto de testículo en hembras con ovarios intactos	Rata	• Los ovarios implantados desarrollan folículos, pero no ovulan • En los testículos implantados las células espermáticas degeneran, pero no así las células de Sertoli • Los machos con testículos y ovarios implantados desarrollan un aparato genital masculino y caracteres físicos normales (se convierten en machos reproductores)	• Contradice la incapacidad de Steinach de injertar ovarios en machos con sus testículos intactos • Moore ignora este resultado; no queda claro si los injertos de testículo realmente prosperaron • «La presencia de un testículo normal no impide ... el desarrollo ... de un ovario injertado en una rata macho» (p. 167) • «No hay indicios de antagonismo entre ovario y testículo» (p. 169)	d
Castración de machos y hembras; implante cruzado de ovarios y testículos	Cobaya	• La castración causa pérdida de libido en ambos sexos • Los machos con ovarios implantados experimentan crecimiento mamario, pero ningún otro signo de feminidad física • Las hembras con testículos son agresivas e intentan montar a las hembras normales en celo • En las hembras con testículos el clítoris adquiere el tamaño de un pene	• Se consigna variabilidad comportamental • «El poder de modificación somática del ovario es incuestionable» (p. 384) • Cambio de comportamiento en la dirección masculina • Las gónadas tienen efectos modificadores positivos, pero no hay antagonismo hormonal	e

(*continuación*)

TABLA 6.3: *(Continuación)*

EXPERIMENTO	ANIMAL	RESULTADOS	CONCLUSIONES	FUENTES
Comparación entre curvas de crecimiento de machos y hembras castrados	Cobaya	• Los machos y hembras no operados y las hembras castradas alcanzan el mismo tamaño al cabo de un año • Los machos castrados crecen menos que las hembras	• La extracción de los ovarios no afecta al peso corporal a largo plazo • La castración causa una pérdida de peso corporal en relación a los machos normales • «El peso relativo de un cobaya no sirve como indicador de su condición sexual» (p. 309)	f

a. Moore 1919. b. Moore 1919. c. Moore 1920. d. Moore 1921b. Moore resume este artículo en su introducción: «Puede afirmarse por adelantado que en el caso de la rata blanca no hay pruebas de la existencia de un antagonismo entre las glándulas sexuales adultas» (p. 131). e. Moore 1921c. f. Moore 1922. Moore no puede ocultar su impresión de que Steinach es un mal experimentador: «Sin más discusión sobre el punto anterior, debería quedar claramente demostrado para el lector que dicha comparación de pesos entre dos o tres animales, escogidos al azar, no es en absoluto fiable como evidencia de su naturaleza sexual. Como ha señalado previamente quien escribe, la misma crítica se aplica al caso de las ratas» (p. 293).

cipios: (1) en su localización propia, las hormonas estimulan el desarrollo de los atributos reproductivos, pero no tienen efecto sobre los órganos del sexo opuesto; (2) las secreciones de la pituitaria (hipófisis) estimulan la producción de hormonas propias por las gónadas; (3) «las gónadas no tienen un efecto *directo* sobre las gónadas del mismo o del otro sexo», y (4) las hormonas gonadales de cada sexo inhiben la actividad de la pituitaria, disminuyendo la cantidad de estimulante sexual que fluye por el organismo.[87] En pocas palabras, Moore y Price degradaron las gónadas a la categoría de actores secundarios dentro de un sistema más complejo en el que el poder estaba descentralizado. Las gónadas y la pituitaria se controlaban mutuamente mediante un sistema retroactivo análogo a un termostato.[88]

¿Qué lecciones deberíamos extraer de este momento de la historia de la endocrinología? ¿Debemos concluir que, simplemente, la «buena ciencia» de Moore se impuso al trabajo descuidado de Steinach?[89] ¿O esta disputa sobre la sexualización química del cuerpo revela una relación más compleja entre conocimiento social y conocimiento científico? Ciertamente, Moore se basó más en trabajos publicados con anterioridad, aportó más datos y parecía preparado para descartar lo que llamó «la ecuación personal» atendiendo al problema de la variabilidad.[90] Está claro que sospechaba que Steinach filtró sus datos para que se ajustaran a su teoría, en vez de construir una teoría a partir de información obtenida de manera imparcial. Pero, aunque Moore siguió una vía que finalmente le condujo a lo que hoy creemos que es la respuesta «correcta», también tuvo sus propios deslices experimentales. Por ejemplo, contradijo directamente a Steinach al mostrar que podía implantar un ovario en una rata macho que conservaba sus testículos; pero al ampliar el experimento a los cobayas, empleó sólo animales castrados para sus implantes. ¿Por qué? Puede que no obtuviera tan buenos resultados cuando dejaba intactas las gónadas del huésped. ¿O quizá su diseño experimental reflejaba el menor interés de Moore en la intersexualidad y la homosexualidad?[91]

O considérense sus resultados con injertos de testículo. Steinach había señalado que sus implantes testiculares contenían buena cantidad de tejido intersticial (del que hoy se sabe que es la sede de la producción de testosterona).[92] Los implantes de Moore se desarrollaban poco, y no parecían producir mucho tejido intersticial. De hecho, no está claro que sus implantes testiculares tuviesen actividad fisiológica, a pesar de lo cual concluyó que no tenían efectos masculinizantes. Parece posible, sin embargo, que el experimento simplemente fallara. Sin implantes testi-

culares funcionales, no podía ponerse a prueba este aspecto del trabajo de Steinach.

Verdadera o falsa, la idea del antagonismo sexual, cuando se trasladó a la escena de la biología hormonal, suscitó un debate enormemente productivo.[93] Al final, Moore y Price concibieron una explicación que integraba una posición «separada pero igual» con un papel sexualmente inespecífico para las hormonas gonadales como reguladores importantes del desarrollo. Por un lado, argumentaron que la hormona testicular (todavía sin nombre en 1932) había promovido el desarrollo de los atributos masculinos, pero no había tenido ningún efecto directo sobre las partes femeninas. Similarmente, la hormona ovárica (llamada oestrina en las circunstancias que se describen en el siguiente capítulo) estimulaba ciertos aspectos del desarrollo femenino, pero no tenía ningún efecto directo sobre la diferenciación masculina. Por otro lado, ambas hormonas podían inhibir la pituitaria de ambos sexos, suprimiendo indirectamente con ello su propia producción por las gónadas. Moore y Price no escogieron una expresión con reminiscencias sociales (análoga a «antagonismo hormonal») para describir su teoría, aunque reconocieron que su trabajo tendría interés para las cuestiones de la intersexualidad y el hermafroditismo. Puede que se formaran en una tradición científica de mayor cautela,[94] o puede que las crisis de género, clase y raza hubieran comenzado a remitir para cuando redactaron sus conclusiones.[95] Aunque la respuesta a estas preguntas es tema de una futura investigación histórica, lo que quiero decir aquí es que la determinación del género es un asunto más complejo que limitarse a dejar que los cuerpos nos digan la verdad.

Aunque derrotada por los endocrinólogos, la idea del antagonismo entre las hormonas sexuales no murió. El propio Steinach nunca la abandonó.[96] El médico endocrinólogo y sexólogo Harry Benjamin, pionero de la cirugía como cura de la transexualidad,[97] elogió la idea del antagonismo hormonal en el obituario de Steinach: «La oposición a la teoría del antagonismo fisiológico de las hormonas sexuales aún existe, pero esta oposición sigue sin ser convincente a la luz de los muchos experimentos que la corroboran».[98] Otros también continuaron suscribiendo el modelo de Steinach. En 1945, nuestro amigo de Kruif se refirió al antagonismo sexual como una «guerra química entre las hormonas masculinas y femeninas ... una miniatura química de la bien conocida guerra humana entre hombres y mujeres».[99] Una vez establecido, un hecho científico puede desmentirse en un campo, seguir siendo un «hecho» en otros, y perpetuarse en la imaginación popular.

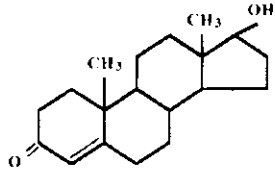
7

¿Existen realmente las hormonas sexuales? (El género se traslada a la química)

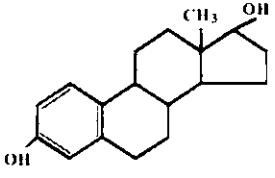
Preparándose para el diluvio

Carl Moore y Dorothy Price no acabaron con la confusión sobre la naturaleza biológica de la masculinidad y la feminidad, ni sobre las hormonas mismas. Durante la década que precedió a la primera guerra mundial, el conocimiento científico se fue acumulando lentamente, pero en la posguerra se hizo posible una nueva etapa en la investigación sobre hormonas (más tarde llamada «la fiebre del oro endocrinológica» y «la edad de oro de la endocrinología»)[1] gracias a la interconexión de nuevas instituciones políticas y científicas en Estados Unidos e Inglaterra. Una vez más, los mundos sociales que proporcionaban el contexto del trabajo científico son una parte esencial de la historia; en particular, comprender el contexto social nos ayuda a ver cómo se han gestado nuestras ideas sobre las hormonas sexuales.

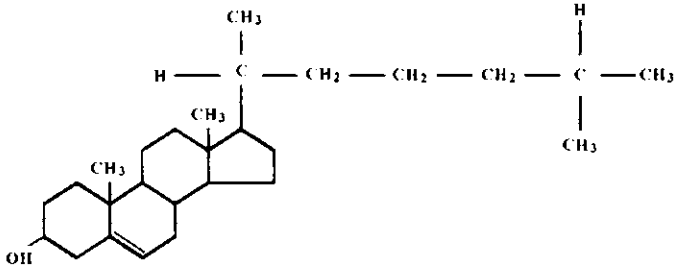
La primera guerra mundial supuso un serio contratiempo para la ciencia europea. Además, fisiólogos y bioquímicos estaban enfrascados en el estudio de las proteínas. Sin embargo, los productos químicos empleados para extraer y examinar proteínas no servían para las hormonas gonadales que, como los hechos demostrarían, pertenecían a una clase de moléculas llamadas esteroides (derivados del colesterol; véase la figura 7.1). No fue hasta 1914 que los químicos orgánicos identificaron los esteroides y encontraron maneras de extraerlos a partir de material biológico (aunque los bioquímicos habían dado con la extracción lipídica de factores gonadales un par de años antes).[2] Las hormonas gonadales habían sido definidas como mensajeros químicos, pero antes de 1914 nadie sabía cómo aislarlas. Como hemos visto, su presencia sólo podía adivinarse a través de una compleja combinación de cirugía e implantación. Un científico escéptico escribió que los investigadores de este periodo se



TESTOSTERONA



ESTRADIOL



COLESTEROL

FIGURA 7.1: La estructura química de la testosterona, el estradiol y el colesterol. (Fuente: Alyce Santoro, para la autora)

encomendaban a ensayos de «extractos mal definidos en mujeres histéricas y jóvenes caquéxicas». Hacia el final de la primera guerra mundial, «las esperanzas sociales y científicas de una endocrinología médica de las funciones y disfunciones sexuales no se habían cumplido».[3]

A pesar de la lenta acumulación de información científica sobre las hormonas, se estaban tramando cambios importantes. Las alianzas, las intrigas y el melodrama comenzaron a vincular la obra de biólogos como Frank Lillie con la de psicólogos como Robert Yerkes, filántropos

como John D. Rockefeller hijo y reformadores sociales de diversos colores. Estos últimos incluían mujeres que ostentaban el recién acuñado apelativo de «feminista»,[4] además de eugenistas, sexólogos y médicos. Las hormonas, representadas sobre el papel como fórmulas químicas neutras, se convirtieron en actores principales en la moderna política de género.

Las primeras décadas del siglo XX fueron un tiempo de profunda intersección entre el conocimiento social y el científico, entre la investigación y la aplicación. La nueva clase empresarial quería servirse del saber científico para hacer que tanto sus obreros como sus procesos de producción industrial fuesen más eficientes;[5] los reformadores acudían a los estudios científicos para orientarse sobre cómo manejar una hueste de problemas sociales. De hecho, fue en esta época cuando las ciencias sociales —psicología, sociología y economía— comenzaron a aplicar técnicas científicas a la condición humana. Mientras tanto, los practicantes de las llamadas ciencias duras también comenzaron a verse a sí mismos como expertos que tenían algo que decir en materia de problemas sociales, desde la prostitución, el divorcio y la homosexualidad hasta la pobreza, la desigualdad y la criminalidad.[6]

Las biografías entrelazadas de los más apasionados reformadores sociales y los científicos más eminentes del momento denotan las complejas conexiones entre los programas científicos y sociales. Considérese, por ejemplo, el papel interpretado por la ciencia y los científicos en las vidas de algunas feministas de principios de siglo y en la formulación de sus ideas sobre el género.[7] Olive Schreiner, novelista y feminista sudafricana, tuvo en su juventud un romance con Havelock Ellis, uno de los padres de la sexología. Su influencia puede apreciarse en su conocido tratado de 1911, *Women and Labor*, donde Schreiner argumentaba que la libertad económica de las mujeres incrementaría la atracción y la intimidad heterosexuales.[8] Schreiner no fue la única feminista influenciada por Ellis. Margaret Sanger, activista del control de natalidad estadounidense, fue en su busca y se convirtió en su amante entre 1913 y 1915, después de trasladarse a Europa para evitar ser procesada por enviar literatura sobre métodos anticonceptivos por correo, y por defender un intento de volar la finca de los Rockefeller en Tarrytown, Nueva York.[9] Al igual que Schreiner, y anarquistas y defensoras del amor libre como Emma Goldman, Sanger promovía el control de natalidad ligando abiertamente la opresión sexual y la económica. Y como Goldman, Sanger se arriesgó a ser encarcelada por desafiar la ley Comstock que prohibía por obscena la distribución de información sobre métodos anticonceptivos.[10]

El control de la natalidad en especial era una piedra angular de la política feminista. Una activista de la época escribió: «El control de natalidad es un elemento esencial en todos los aspectos del feminismo. Seamos seguidoras de Alice Paul, Ruth Law, Ellen Key u Olive Schreiner, todas debemos ser seguidoras de Margaret Sanger».[11] Y Margaret Sanger luchó denodadamente para influenciar las líneas de investigación de los endocrinólogos, con la esperanza de que su ciencia fuera la salvación para millones de mujeres forzadas a dar a luz demasiadas veces en circunstancias terribles. Al cabo de los años consiguió asegurarse algo más que una pequeña subvención institucional para los científicos deseosos de embarcarse en su programa de investigación. Parte de la historia de las hormonas sexuales expuesta en este capítulo tiene que ver con la lucha entre científicos y activistas políticos para asegurarse la ayuda de los otros sin renunciar a sus metas particulares (promover el control de la natalidad por un lado o el conocimiento «puro» sobre las hormonas sexuales por el otro).

Pero, aún más que los canales personales entre activistas y científicos, colaboraciones sin precedentes entre filántropos, científicos sociales e instituciones subvencionadas por el gobierno hicieron posible el desarrollo de un nuevo conocimiento científico sobre el género y las hormonas (véase la figura 7.2). En 1910, John D. Rockefeller hijo fue miembro de un gran jurado en la ciudad de Nueva York para investigar

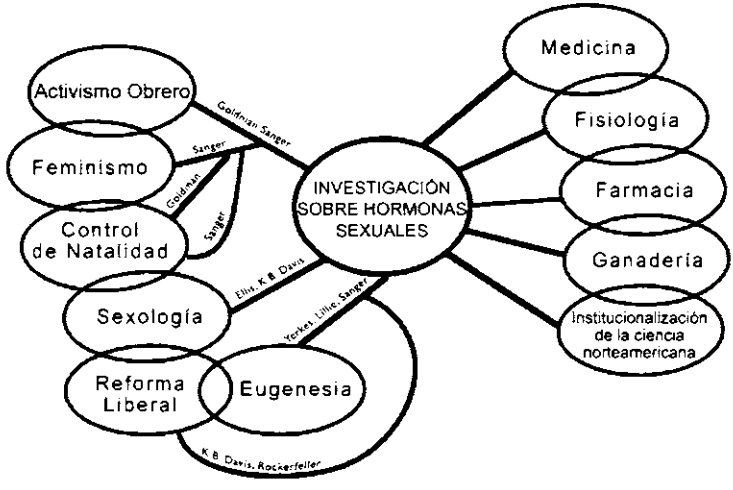


FIGURA 7.2: Mundos sociales personal e institucional. (Fuente: Alyce Santoro, para la autora)

la «trata de blancas».[12] Profundamente afectado por las deliberaciones, organizó y financió la Oficina de Higiene Social. A lo largo de los siguientes treinta años esta institución donó casi seis millones de dólares para el «estudio, mejoramiento y prevención de aquellas condiciones, infracciones y males sociales que afectan adversamente el bienestar de la sociedad, con especial referencia a la prostitución y las lacras asociadas a ella».[13] Entre los numerosos proyectos auspiciados por la Oficina estaba el Laboratorio de Higiene Social para el estudio de la delincuencia femenina, concebido y dirigido por la penalista, trabajadora social y feminista Katherine Bement Davis (1860-1935).[14]

Davis se había doctorado en ciencias políticas por la Universidad de Chicago. Entre sus profesores de sociología estuvieron Thorstein Veblen y George Vincent, quien más tarde sería director de la Fundación Rockefeller.[15] En 1901, Davis fue nombrada superintendente para la mujer en el recién abierto reformatorio femenino de Bedford Hills, en el estado de Nueva York. Aquí su trabajo pionero sobre los delincuentes sexuales llamó la atención de Rockefeller, quien en 1912 compró unos terrenos junto al reformatorio para establecer allí el Laboratorio de Higiene Social. Rockefeller dijo de Davis que era «la mujer más inteligente que he conocido».[16] En 1917 se convirtió en secretaria general y miembro del consejo directivo de la Oficina de Higiene Social. Sus intereses iban más allá de la criminalidad, y se valió de su influencia para ampliar las atenciones de la Oficina a la gente «normal», la salud y la higiene públicas, y la investigación biológica básica de la fisiología y función de las hormonas.[17]

Pero el andamiaje que sustentó la explosión de la investigación endocrinológica en los años veinte aún no estaba montado. En 1920, el psicólogo Earl F. Zinn, adjunto de Davis en la Oficina de Higiene Social, promovió un renovado esfuerzo para comprender la sexualidad humana.[18] Sus solicitudes de apoyo financiero por parte del Consejo Nacional de Investigación (el nuevo brazo de la Academia Nacional de Ciencias) llamaron la atención del psicólogo Robert M. Yerkes.[19] En octubre de 1921, Yerkes convocó a un grupo de distinguidos antropólogos, embriólogos, fisiólogos y psicólogos que urgieron al Consejo para que emprendiera un amplio programa de investigación sobre sexualidad. Los convocados señalaron que «las pulsiones y actividades asociadas al comportamiento sexual y reproductivo tienen una importancia fundamental para el bienestar del individuo, la familia, la comunidad y la raza».[20] Con esta iniciativa financiada con fondos ajenos a la Oficina de Higiene Social, vio la luz el CRPS (Committee for Research in Problems of Sex).

El consejo asesor del nuevo comité incluía al propio Yerkes, el fisiólogo Walter B. Cannon, Frank R. Lillie, Katherine B. Davis y el psiquiatra Thomas W. Salmon. Era «un grupo pequeño de gente entusiasta ... que afrontaba un vasto dominio de ignorancia y conocimiento incompleto, y que apenas sabía siquiera por dónde y cómo comenzar».[21] Su misión inicial fue «comprender el sexo en sus muchas fases», y la estrategia era lanzar «un ataque sistemático desde los ángulos de todas las ciencias relacionadas».[22] Al cabo de un año, sin embargo, Lillie había secuestrado el CRPS, desviándolo del enfoque pluridisciplinario y concentrándolo en el estudio de la biología básica.[23] Lillie confeccionó una lista de temas de investigación por orden de importancia: los aspectos genéticos de la determinación del sexo, la fisiología del sexo y la reproducción, la psicobiología sexual animal y, en último lugar, la sexualidad humana, incluyendo las dimensiones individual, antropológica y psicosocial. Durante sus primeros veinticinco años, el CRPS financió buena parte de la investigación puntera en endocrinología, la antropología del comportamiento sexual, la psicología animal y, más tarde, los famosos estudios de Kinsey. Yerkes presidió el comité a lo largo de toda su existencia, mientras que Lillie fue miembro hasta 1937.

Lillie y Yerkes desviaron los recursos del CRPS hacia la investigación de la biología hormonal, con el argumento de que la biología básica era fundamental para comprender los complejos problemas que habían motivado inicialmente a Rockefeller a fundar la Oficina de Higiene Social. Esto no significa que ambos científicos fueran académicos en su torre de marfil, ajenos o indiferentes a las principales tendencias sociales de su tiempo. De hecho, su pensamiento conformó y estaba conformado por las convicciones imperantes sobre la política sexual y la sexualidad humana. Como jefe del laboratorio de biología marina de Woods Hole, Massachusetts, y del departamento de zoología de la Universidad de Chicago (de 1910 a 1913), Lillie ya era un actor principal en el desarrollo de la biología norteamericana. Su trabajo sobre las terneras machorras lo había colocado en el centro del campo emergente de la biología reproductiva, y planeaba organizar la investigación biológica en la Universidad de Chicago en torno a los campos de la embriología y la biología sexual. Lillie pretendía unificar las diversas líneas disciplinarias de su departamento bajo el palio de la utilidad social.

En particular, era un ferviente partidario del movimiento eugenista, del que pensaba que ofrecía un enfoque científico del tratamiento de los males sociales. Los eugenistas advertían de que el «acervo racial» de la nación peligraba por la afluencia masiva de inmigrantes de la Europa

oriental y la permanencia en la población de antiguos esclavos y sus descendientes. Para limitar la carga sobre la clase media blanca que representaba la pobreza y la delincuencia, que se consideraban derivadas de la «herencia débil» de los inmigrantes y las razas de piel oscura, los eugenistas abogaban por el control de la reproducción de los llamados inadaptados y la promoción de la natalidad de los representantes del acervo racial anglosajón. Miembro de la sociedad educativa eugenista de Chicago, del comité organizador del segundo congreso internacional de eugenesia (1923) y del consejo asesor del comité eugenésico estadounidense, Lillie expuso sus ideas en un boletín estudiantil de la Universidad de Chicago: «Si nuestra civilización no quiere seguir el camino de las civilizaciones históricas, hay que poner freno a las condiciones sociales que hacen que el éxito biológico y el dejar descendencia entren en conflicto con el éxito económico, lo que invita a los mejores intelectos a dejar que sus familias se extingan». En su propuesta de construir un instituto de genética, Lillie abundó en este tema: «Estamos en un punto decisivo de la historia de la sociedad humana ... En todas partes las poblaciones presionan sobre sus fronteras y además, desafortunadamente, la mejor estirpe desde el punto de vista biológico no siempre es la que se reproduce más deprisa. Los problemas políticos y sociales implicados son, fundamentalmente, problemas de biología genética».[24]

El compromiso de Lillie con la eugenesia lo alió directamente con otros dos activistas del movimiento, Margaret Sanger y Robert Yerkes. Sanger había trocado su feminismo radical de juventud por una imagen más conservadora. La disminución del interés de Sanger (y del movimiento por el control de natalidad) por los derechos de las mujeres corrió paralela al incremento de su propaganda del valor del control de natalidad para reducir la fecundidad de aquellos que eran vistos como menos valiosos socialmente. «Más niños de los aptos, menos de los inadaptados: éste es el eje principal del control de natalidad», escribió Sanger en 1919. Los eugenistas escribían regularmente para la revista de la liga americana de control de natalidad, *Birth Control Review*, mientras que en los años veinte menos de un 5 por ciento de sus artículos tenía que ver con el feminismo.[25]

Como Lillie, Yerkes era un científico de buena formación. Se había doctorado en psicología por la Universidad de Harvard en 1902, y a lo largo de los siguientes diez o quince años trabajó con organismos que iban desde invertebrados como la lombriz de tierra y el cangrejo violinista hasta mamíferos como ratones, monos y seres humanos. En Harvard, Yerkes se cruzó con Hugo Munsterberg, uno de los fundadores de

la psicología industrial, promotor de la idea de una jerarquía natural del mérito. En una democracia como la estadounidense, esto implicaba que las diferencias sociales deben proceder de diferencias biológicas inherentes. Yerkes escribió: «En los Estados Unidos de América, *dentro de los límites impuestos por la edad, el sexo y la raza*, las personas son iguales bajo la ley y pueden reclamar sus derechos como ciudadanos».[26]

En este periodo inicial de su carrera, Yerkes se concentró en medir dichos límites. El futuro de la humanidad, pensaba, «depende en no pequeña medida del desarrollo de las diversas ciencias biológicas y sociales ... Debemos aprender a medir diestramente cada forma y aspecto del comportamiento».[27] A principios del siglo XX, cuando la psicología estaba intentando ganarse la respetabilidad científica, Yerkes trabajó duro para demostrar lo que aquella disciplina emergente podía ofrecer.[28] Cuando estalló la primera guerra mundial, vio la oportunidad de convencer al ejército de que necesitaba psicólogos para evaluar las aptitudes de todos los soldados de cara a la asignación de destinos y tareas. Junto con Lewis M. Terman[29] y H.H. Goddard, otros dos proponentes de las pruebas mentales, Yerkes convirtió el test de inteligencia en un instrumento que podía aplicarse en masa, incluso a los muchos reclutas analfabetos. Hacia el fin de la guerra, Yerkes había acumulado datos de CI de 1,75 millones de hombres, y había mostrado que las pruebas psicológicas podían aplicarse a grandes instituciones. En 1919, la Fundación Rockefeller le concedió una beca para confeccionar un test de inteligencia estándar. Al año de su publicación, se habían vendido medio millón de ejemplares del test de Yerkes.[30]

El CRPS, liderado por Lillie y Yerkes, no fue la única organización que dedicó atención y dinero a los problemas de la biología hormonal. A partir de los años veinte, Margaret Sanger y otros defensores del control de natalidad comenzaron a reclutar investigadores para su causa, con la esperanza de que podrían dar con una solución técnica a la miseria social y personal que acarreaban los embarazos no deseados.[31] Sanger aglutinó a sus seguidores científicos a través de la Oficina de Investigación Clínica del Control de Natalidad (fundada por ella misma en 1923). Entre los miembros de su consejo asesor profesional estaban Leon J. Cole, profesor de genética en la Universidad de Wisconsin, estrechamente asociado a Lillie por su interés mutuo en las vacas masculinizadas. Esta conexión también alcanzaba al investigador británico F.A.E. Crew, a quien Sanger había reclutado para que encontrara un espermicida seguro y efectivo.[32] Puesto que el envío de información sobre anticonceptivos por correo era ilegal en Estados Unidos, la investigación del

espermicida se trasladó a Inglaterra, aunque no sin el apoyo de otra agencia norteamericana privada: el Comité de Salud Maternal, que obtuvo fondos de la Oficina de Higiene Social y los desvió al equipo de Crew.[33] De vez en cuando, Sanger también recibió dinero directamente de Rockefeller para proyectos y simposios concretos.

Así pues, los intereses personales, institucionales, científicos, financieros y, en última instancia, políticos de los actores que promovieron y llevaron a cabo la investigación de las hormonas sexuales se solapaban de maneras intrincadas. Durante los años veinte, con el respaldo de este aparato de investigación reforzado, los científicos finalmente pudieron someter las elusivas secreciones gonadales a su control. Los químicos empleaban una notación abstracta para describirlas como esteroides (véase la figura 7.1). Podían clasificarlas como alcoholes, cetonas o ácidos. Pero, a medida que se hizo más claro que las hormonas desempeñaban múltiples funciones en el cuerpo humano, las teorías que ligaban sexo y hormonas se hicieron más confusas, porque la asunción de que las hormonas tenían «genero» estaba ya profundamente implantada. Hoy parece difícil ver cómo se podía dar género a unos compuestos químicos asociales. Pero si repasamos la historia de las hormonas sexuales desde 1920 hasta 1940, podemos ver cómo se incorporó el género a estos poderosos compuestos químicos que día a día ejecutan sus maravillas fisiológicas dentro de nuestros cuerpos.

A medida que esta potente y bien financiada infraestructura de investigación se asentó, el optimismo se hizo palpable. «El futuro pertenece al fisiólogo», escribió un médico. La endocrinología abrió la puerta a «la química del alma».[34] Ciertamente, los veinte años entre 1920 y 1940 fueron gloriosos para los investigadores de las hormonas. Aprendieron a destilar factores activos a partir de testículos y ovarios. Concibieron maneras de medir la actividad biológica de los compuestos extraídos y, finalmente, produjeron cristales puros de hormonas esteroides y les dieron nombres que reflejaban sus estructuras y funciones biológicas. Mientras tanto, los bioquímicos dedujeron estructuras y fórmulas químicas precisas para describir las moléculas cristalizadas. Cada paso de los investigadores hacia el aislamiento, la medición y la nomenclatura implicó decisiones científicas que continúan condicionando nuestras ideas sobre los cuerpos masculinos y femeninos. Aquellos juicios, entendidos como «la verdad biológica sobre la química sexual», se basaron no obstante en la mentalidad cultural preexistente sobre el género. Pero el proceso por el que se tomaron estas decisiones no fue obvio ni estuvo libre de conflictos. En efecto, si contemplamos la pugna de los científicos para reconciliar los datos experimentales

con sus asunciones sobre las diferencias de género, sabremos más sobre cómo adquirieron sexo las hormonas.

En 1939, el CRPS patrocinó la segunda edición de un libro titulado *Sex and Internal Secretions*.[35] El volumen representaba mucho de lo que se había conseguido desde que el Consejo Nacional de Investigación, con el respaldo de Rockefeller, comenzara a financiar la investigación sobre hormonas en 1923. Fiel al programa de Frank Lillie, la mayor parte de las más de mil páginas de este libro científico cubría los hallazgos de la química y la biología de las hormonas y describía magníficas gestas de descubrimiento.

Los esfuerzos colectivos de los endocrinólogos parecían ofrecer algunas maneras potencialmente radicales de pensar sobre la sexualidad humana. Así lo reconoció Lillie.[36] «El sexo», escribió en sus comentarios introductorios, «no existe como entidad biológica. Lo que existe en la naturaleza es un dimorfismo ... en individuos masculinos y femeninos ... En cualquier especie dada reconocemos una forma masculina y una forma femenina, se clasifiquen esos caracteres como de orden biológico, psicológico o social. *El sexo no es una fuerza que produce tales contrastes*. No es más que un nombre para nuestra impresión total de las diferencias». Hablando como los construccionistas de hoy, Lillie continuaba: «Es difícil sustraerse al antropomorfismo precientífico ... y en el campo del estudio científico de las características sexuales hemos sido particularmente lentos en desprendernos no sólo de la terminología, sino de la influencia de dichas ideas».[37]

Sin embargo, el propio Lillie no siguió su consejo. Ni él ni sus colegas fueron capaces de sustraerse a la idea de que las hormonas están ligadas de manera esencial a la masculinidad y la feminidad. Aunque señaló que cada individuo contenía los «rudimentos de todos los caracteres sexuales, sean masculinos o femeninos» y reiteró los argumentos de Moore contra el concepto de antagonismo hormonal, Lillie siguió hablando de hormonas masculinas y femeninas: «Así como hay dos conjuntos de caracteres sexuales, también hay dos conjuntos de hormonas sexuales, la masculina ... y la femenina».[38] Capítulo tras capítulo de la edición de 1939 de *Sex and Internal Secretions* discute el hallazgo sorprendente de hormonas «masculinas» en los cuerpos femeninos y viceversa, pero Lillie nunca consideró que este travestismo hormonal comprometiera su noción subyacente de una distinción biológica entre machos y hembras.

Hoy todavía tenemos que luchar contra el legado de lo que Lillie llamó «antropomorfismo precientífico». Buscando en una base de datos de los principales periódicos desde febrero de 1998 hasta febrero de 1999,

encontré 300 artículos que mencionaban el estrógeno y 693 que hablaban de la testosterona.[39] Pero aún más chocante que el número de artículos era la diversidad de temas. Los artículos sobre el estrógeno trataban asuntos que iban desde las cardiopatías, la enfermedad de Alzheimer, la nutrición, la tolerancia al dolor, la inmunidad y el control de natalidad hasta el crecimiento óseo y el cáncer. Los artículos sobre la testosterona abarcaban comportamientos tales como preguntar por una dirección (¿preguntará él o no?) la cooperación, la agresión, el abrazo o la «cólera femenina al volante», así como una amplia gama de temas médicos, incluyendo el cáncer, el crecimiento óseo, las cardiopatías, la impotencia femenina, la anticoncepción y la fecundidad. Un vistazo a las publicaciones científicas recientes muestra que, además de los temas anteriores, los investigadores han averiguado que la testosterona y el estrógeno afectan el cerebro, la formación de células sanguíneas, el sistema circulatorio, el hígado, el metabolismo de carbohidratos y lípidos, la función gastrointestinal y las actividades de la vesícula biliar, el tejido muscular y el riñón.[40] Pero, a pesar del hecho de que ambas hormonas parecen estar presentes en todos los tipos de cuerpos y producir toda suerte de efectos, muchos periodistas e investigadores continúan considerando al estrógeno la hormona femenina y a la testosterona la hormona masculina.

¿Hay que contemplar todos estos sistemas orgánicos distintos como caracteres sexuales por el solo hecho de estar afectados por compuestos químicos que hemos etiquetado como hormonas sexuales? ¿No tendría tanto o más sentido guiarse por un grupo de investigación actual que sugiere que estas hormonas «no son simplemente esteroides sexuales»?[41] ¿Por qué no redefinir estas moléculas como las ubicuas y poderosas hormonas de crecimiento que son? Es más, ¿por qué no se contemplaron así desde el principio? En 1939 los científicos ya conocían la miríada de efectos de las hormonas esteroides. Pero los científicos que registraron y nombraron por primera vez los factores testiculares y ováricos entretejieron el género de manera tan intrincada en su marco conceptual que todavía no hemos conseguido desligarlo.

Purificación

En 1920, la hormona masculina hacía hombres a los niños, y la hormona femenina hacía mujeres a las niñas. Las feministas habían logrado una gran victoria política al conseguir el derecho de voto, y América había

librado sus costas de muchos radicales forasteros. Pero esta aparente calma pronto dio paso a una nueva inquietud. Mientras que el feminismo luchaba por mantener su recién encontrada identidad, los roles femeninos continuaban cambiando y las hormonas sexuales comenzaron a multiplicarse.[42]

Tres cuestiones científicas relacionadas fueron foco de atención en los nuevos centros de investigación establecidos en los años veinte. ¿Qué células del ovario o el testículo producían la sustancia o sustancias responsables de los efectos observados por Steinach, Moore y otros? ¿Cómo podían extraerse hormonas activas a partir de tejidos gonadales? Y una vez obtenido un extracto activo, ¿cómo podía purificarse? En 1923, los biólogos Edgar Allen y Edward A. Doisy, que trabajaban en la Escuela de Medicina de la Universidad de Washington en St. Louis, anunciaron la localización, extracción y purificación parcial de una hormona ovárica.[43] Justo seis años antes, Charles Stockard y George Papanicolaou (apodado Pap) habían puesto a punto un método fácil para controlar el ciclo ovulatorio de los roedores.[44] Allen y Doisy emplearon la nueva técnica para evaluar la potencia de los extractos obtenidos a partir de folículos extraídos de ovarios de cerda.[45] Inyectaron sus extractos en ratas castradas para intentar inducir cambios en las células vaginales típicos de las hembras en estro. Primero mostraron que sólo las sustancias procedentes del fluido que rodea el oocito (el llamado fluido folicular) afectaban el ciclo ovulatorio. Las hembras castradas no sólo exhibían un cambio a nivel celular, sino que también cambiaban de conducta. Allen y Doisy observaron que los animales exhibían «instintos de apareamiento típicos, pues las hembras castradas tomaban la iniciativa en el cortejo». Una vez establecido un método fiable para comprobar la actividad hormonal (lo que se conoce como bioensayo, porque el test se basa en la respuesta medible de un organismo vivo), Allen y Doisy también pusieron a prueba extractos comercializados por las compañías farmacéuticas, que resultaron ser biológicamente inactivos, lo que justificaba «un escepticismo bien fundado en lo concerniente a las preparaciones comerciales».[46]

Allen y Doisy habían empezado muy bien. Tenían un bioensayo fiable, y habían demostrado que el factor ovárico procedía del líquido que rellenaba los folículos (y no, por ejemplo, del cuerpo lúteo, otra estructura visible en el ovario). Pero la purificación era otra historia. Al principio el progreso fue lento, porque la materia prima sólo podía obtenerse en cantidad limitada y a un coste «astronómico». Se necesitaba

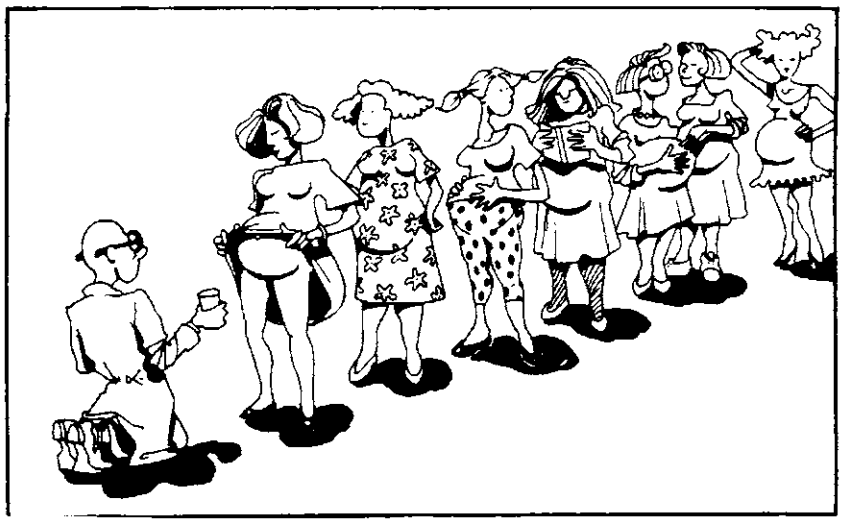


FIGURA 7.3: La orina de las embarazadas tiene una alta concentración de hormona femenina. (Fuente: Alyce Santoro, para la autora)

alrededor de un millar de ovarios de cerda para obtener 1 decilitro de fluido folicular, con un coste de alrededor de 1 dólar por miligramo de hormona.[47] Hasta que, en 1927, dos ginecólogos alemanes descubrieron que la orina de las embarazadas tenía concentraciones sumamente elevadas de hormona femenina,[48] y se entabló una carrera para acceder antes que nadie a una cantidad suficiente de una mercancía que de un día para otro se había revalorizado (figura 7.3) y, después, aislar y purificar la hormona que contenía. En 1929, dos grupos (el de Doisy en St. Louis y el de Butenandt en Gotinga)[49] habían conseguido cristalizar la hormona de la orina y analizar su estructura química. ¿Pero era la misma que producían los ovarios? La demostración definitiva vino en 1936, cuando Doisy y su equipo produjeron a partir de cuatro toneladas de ovarios de cerda unos cuantos miligramos de moléculas cristalizadas químicamente idénticas.[50] La hormona urinaria y el factor ovárico eran lo mismo.

El aislamiento de la hormona masculina siguió una trayectoria parecida. Primero, los científicos concibieron un método para estimar la fuerza de un extracto, en este caso el crecimiento en un tiempo dado de la cresta de un gallo castrado (expresado en unidades capón internacionales, o UCI). Luego tenían que encontrar una fuente de hormona barata. De nuevo, la encontraron en los ubicuos y baratos orines. En 1931, Butenandt aisló 50 miligramos de hormona masculina a partir

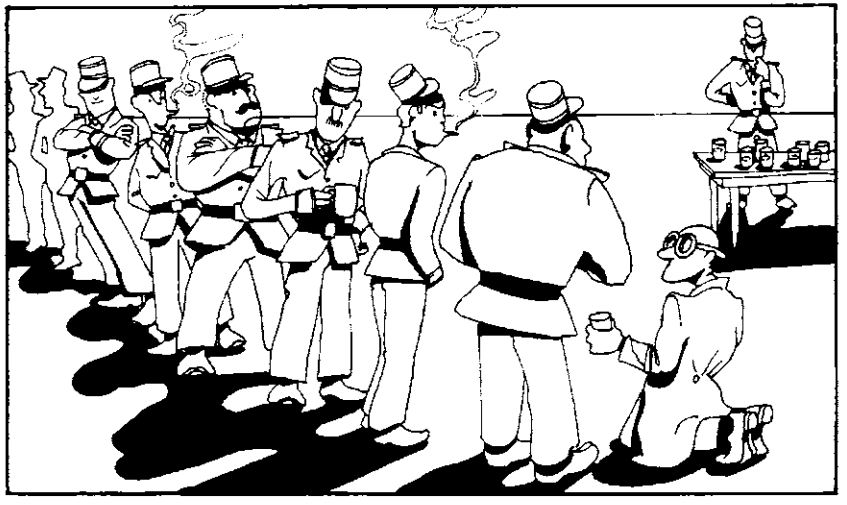


FIGURA 7.4: La orina de los varones tiene una alta concentración de hormona masculina. (Fuente: Alyce Santoro, para la autora)

de 25.000 litros de orina humana procedente de los cuarteles de la policía berlinesa (figura 7.4).

Los científicos habían encontrado hormonas masculinas en los testículos y la orina de los varones, y hormonas femeninas en los ovarios y la orina de las embarazadas. Hasta aquí muy bien. Todo parecía estar en su lugar. Pero, al mismo tiempo, otra investigación intentaba desmantelar la convicción de Steinach (y Lillie) de que cada hormona pertenecía y afectaba a un sexo, el cual quedaba biológica y psicológicamente definido por ella. Para empezar, resultó que ni la hormona masculina ni la femenina eran moléculas únicas, sino sendas familias de compuestos químicos relacionados con propiedades biológicas similares pero no idénticas. Las dos hormonas se convirtieron en muchas.[51] Aún más desconcertantes eran los informes dispersos de aislamiento de hormonas femeninas de procedencia masculina. En 1928 se publicaron nueve de estas comunicaciones. El ginecólogo Robert Frank escribió que estos hallazgos le parecían «desconcertantes» y «anómalos»,[52] mientras que un editorial del *Journal of the American Medical Association* encontraba «un tanto inquietante» la detección de hormonas femeninas activas en «los testículos y la orina de hombres normales».[53] Tan convencido estaba el redactor (o redactora) del editorial de la improbabilidad de semejante hallazgo que ponía en duda la validez de las pruebas de citología vagi-

nal, que se habían convertido en el estándar de medida para la purificación de hormona femenina.[54]

Pero el impacto del hallazgo de hormona femenina en los testículos y la orina de «hombres normales» quedó empequeñecido por otro hallazgo publicado en 1934. En un artículo descrito por otros científicos como «sorprendente», «anómalo», «curioso», «inesperado» y «paradójico»,[55] el científico alemán Bernhard Zondek notificaba su descubrimiento de la «excreción masiva de hormona estrogénica en la orina del caballo semental»[56] (ese mítico y caro símbolo de la virilidad). Enseguida otros encontraron hormonas femeninas donde se suponía que no deberían estar. En 1935 aparecieron 35 de tales informes en las revistas científicas, y al año siguiente 44. La primera notificación del hallazgo de hormonas masculinas en hembras se publicó en 1931, y en 1939 este resultado había sido confirmado por al menos otras catorce publicaciones.[57]

En realidad, la primera notificación de actividad hormonal cruzada se había publicado ya en 1921, cuando Zellner reportó que los testículos trasplantados a conejas castradas podían inducir el crecimiento del útero. Pero la importancia de este hecho no se apreció plenamente hasta que se detectaron las hormonas de un sexo en los cuerpos del otro. Las hormonas sexuales no sólo aparecían inesperadamente en el sexo equivocado, sino que parecían capaces de afectar al desarrollo tisular en su opuesto. A mediados de los años treinta estaba claro que las hormonas masculinas podían influenciar el desarrollo femenino, y viceversa. Los anatomistas Warren Nelson y Charles Merckel, por ejemplo, señalaron el «sorprendente efecto» de un andrógeno en las hembras. La administración de esta hormona «masculina» estimulaba el crecimiento mamario, el agrandamiento del útero, «un llamativo agrandamiento del clítoris» y «periodos de estro prolongados».[58]

Al principio, los científicos intentaron encajar estos hallazgos en el viejo esquema dualista. Por un tiempo se refirieron a las hormonas que cruzaban la barrera de los sexos como hormonas heterosexuales. ¿Qué hacían estas hormonas? Nada, insinuaban. No eran más que subproductos nutricionales sin conexión con las gónadas. (Así lo sugirió Robert T. Frank, quien afirmó que «todos los comestibles ordinarios contienen hormona sexual femenina. Una patata de tamaño medio contiene al menos 2 MU [*mouse units*]».)[59] El descubrimiento posterior de que las glándulas suprarrenales podían producir hormonas heterosexuales proporcionó un breve alivio a aquellos cuya existencia les provocaba ansiedad. Al menos las gónadas mismas todavía se atenían a una estricta se-

paración de géneros, porque las hormonas heterosexuales no se originaban en ellas.[60] Como alternativa a la hipótesis nutricional, Frank detectó la presencia de hormona femenina en la bilis, lo que consideró «de gran interés teórico e importancia para explicar la aparición de hormona sexual femenina [sic] reactiva en la sangre de los machos y en los orines [sic] de las hembras».[61]

Por último, algunos argumentaron que las hormonas heterosexuales indicaban un trastorno. Aunque los varones de los que se había extraído estrógeno parecían normales, quizá fueran «hermafroditas latentes».[62] Pero, dada la extensión de los hallazgos, esta postura era difícil de mantener. Todo ello condujo a una crisis de definición: si las hormonas no podían definirse como masculinas y femeninas en virtud de su presencia exclusiva en unos cuerpos o masculinos o femeninos, ¿cómo podían definirse de una manera que la pudieran traducir los distintos laboratorios y las compañías farmacéuticas que anhelaban producir nuevas medicinas a partir de tan poderosos compuestos bioquímicos?

Medición

Tradicionalmente, los científicos hacen frente a las crisis de esta clase, que suelen infestar los campos nuevos y en expansión, acordando estándares. Si cada uno empleara el mismo método de medida, si cada uno cuantificara sus productos de la misma manera, y si todo el mundo pudiera ponerse de acuerdo sobre la denominación de aquellas sustancias proliferantes que de algún modo habían atravesado las fronteras de los cuerpos a los que se suponía que pertenecían, entonces, esperaban los científicos, podrían enderezar lo que se había convertido en una situación confusa. En los años treinta, la estandarización se convirtió en un tema central del programa de los expertos en hormonas sexuales.

Durante las primeras tres décadas del siglo XX, los científicos habían empleado una desconcertante variedad de métodos para detectar la presencia de hormonas femeninas. En general, extraían los ovarios de los animales del bioensayo y luego les inyectaban o implantaban sustancias o tejidos a prueba, y a continuación comprobaban la restauración de alguna función perdida. ¿Pero qué funciones perdidas tenían que buscar, y con qué sensibilidad podían detectarse? Los ginecólogos se centraban en su órgano predilecto, el útero, midiendo el impacto de las sustancias a prueba sobre el incremento del peso uterino en animales ovariectomizados. Los científicos de laboratorio, en cambio, empleaban una varie-

dad mucho mayor de pruebas. Medían la actividad muscular, el metabolismo basal, los niveles sanguíneos de calcio y glucosa, la coloración de las plumas (cuando se trataba de aves) y el desarrollo de las glándulas mamarias y la vulva.[63] Para no quedarse atrás, los psicólogos se basaban en una variedad de conductas para evaluar la actividad hormonal: anidamiento, impulso y vigor sexual, y comportamiento maternal hacia las crías recién nacidas.[64]

Cómo medir y estandarizar la presencia y la fuerza de la hormona femenina no era una cuestión meramente académica. Muchos de los informes de investigación sobre la medida y la estandarización trataban la cuestión de las preparaciones farmacéuticas.[65] Las compañías farmacéuticas, disputándose las oportunidades planteadas por los avances en la investigación hormonal, empezaron a pregonar sus preparaciones obtenidas a partir de glándulas sexuales masculinas o femeninas. La idea de que las hormonas testiculares podían paliar o incluso invertir el proceso de envejecimiento era especialmente popular. Un informe sobre la extracción y la medida de hormonas testiculares criticó el uso de preparados en personas, afirmando: «Hasta ahora, no existe ningún indicio de que este producto pueda ser útil para la recuperación del "vigor" en los envejecidos o en los neurasténicos. Sin embargo, si existe alguna indicación para su empleo y la dosis para el hombre debe ser comparable a la que se encuentra en el capón, entonces la inyección diaria equivalente para un hombre de 68 kilos debería alcanzar una cantidad equivalente al peso de al menos 2 kilos de tejido testicular de toro o 7 litros de orina masculina normal».[66]

Este escepticismo científico inicial tuvo poco impacto en el mercado de las hormonas. Aún en 1939, empresas como Squibb, Hoffman-La-Roche, Parke-Davis, Ciba y Bayer continuaban comercializando unas setenta preparaciones ováricas de dudosa actividad.[67] Escarmentados por la debacle de 1889, cuando el científico Edouard Brown-Séquard (véase el capítulo 6) había insistido en que los extractos testiculares le hacían sentirse más joven y vigoroso, sólo para retractarse unos cuantos años más tarde, los ginecólogos querían asegurarse de que tales preparaciones tuvieran un valor terapéutico genuino.[68] Lo mismo querían las compañías farmacéuticas que financiaban la investigación básica en preparaciones hormonales estandarizadas.[69] Finalmente, en 1932, se convocó un congreso internacional de ginecólogos y fisiólogos, auspiciado por la Organización Sanitaria de la Sociedad de Naciones, para decidir estándares de medida y nomenclatura de la hormona sexual femenina.

Como señaló después uno de los participantes, A.S. Parkes, «las se-

siones fueron inesperadamente plácidas».[70] Los participantes en la primera conferencia internacional sobre estandarización de hormonas sexuales, celebrada en Londres, convinieron, por ejemplo, en que la expresión «actividad estral específica» debe entenderse como el poder de inducir, en la hembra adulta privada por completo de sus ovarios, un grado reconocible con precisión de los cambios característicos del estro normal. Por el momento, el único cambio contemplado como una base adecuada para la determinación cuantitativa de la actividad respecto de la preparación estándar fue la serie de cambios en los contenidos celulares de la secreción vaginal de la rata o el ratón.[71] Es gracioso que la tradición de emplear ratones en Estados Unidos y ratas en Europa llevara a adoptar dos estándares: el MU (de *mouse unit*) y el RU (de *rat unit*).

A pesar de este acuerdo, la conferencia no satisfizo a todo el mundo. Al constreñir la definición de hormona femenina a su papel en el ciclo ovulatorio, los participantes menoscabaron la visibilidad de los otros efectos fisiológicos de la hormona. Los científicos holandeses, que habían tenido una intervención clave en los procesos de identificación y purificación de hormonas, criticaron lo que llamaron la «escuela unitaria» de la endocrinología sexual.[72] Un artículo de 1938 de Korenchewsky y Hall, del Lister Institute de Londres, subrayaba este punto. Los estrógenos podían inhibir el crecimiento, producir depósitos de grasa, acelerar la degeneración del timo y reducir el peso de los riñones. Así pues, no se trataba de «meras hormonas sexuales, sino de ... hormonas que también poseen múltiples efectos importantes sobre órganos no sexuales».[73] ¿Era biológicamente correcto definir la hormona femenina solamente en términos del ciclo ovulatorio de los mamíferos? ¿No se desviaba la atención de sus muchos papeles no sexuales en el cuerpo? De hecho, dado que «las hormonas sexuales no son sexualmente específicas»,[74] ¿era legítimo continuar llamándolas hormonas sexuales? ¿Existían realmente las hormonas sexuales?

El establecimiento de estándares de medida y definición de la hormona sexual masculina siguió una pauta similar. Una vez más, había una amplia variedad de efectos sobre animales castrados que eran candidatos a estándares para la hormona sexual masculina. El crecimiento de la cresta de gallo se impuso a otros contendientes, desde los cambios en el peso de la próstata, la vesícula seminal y el pene hasta la cuerna de ciervo, la cresta de salamandra macho o el plumaje de cortejo en ciertas aves. La Segunda Conferencia Internacional sobre Estandarización de Hormonas Sexuales, celebrada en 1935 en Londres, reconoció la necesidad de un bioensayo mamífero, pero concluyó que no había ninguno

aceptable como estándar. En consecuencia, se acordó que «el estándar internacional para la actividad de la hormona masculina debería consistir en androsterona cristalina, y la unidad de actividad se definió como 0,1 mgm [sic]. Este peso es aproximadamente la dosis diaria requerida para dar una respuesta fácilmente medible en la cresta del capón al cabo de 5 días».[75] Como en el caso de la hormona femenina, «todas las funciones y procesos no relacionados con los caracteres sexuales y la reproducción quedaron excluidos».[76]

Definir la hormona femenina en términos de la fisiología del ciclo ovulatorio, y la masculina en términos de un carácter sexual secundario que tiene un papel marginal en la escena de la reproducción, no necesariamente representaba lo que hoy consideraríamos «la mejor ciencia». Para ambas hormonas, más de un bioensayo potencialmente preciso y fácil de usar competía por convertirse en un estándar. Por ejemplo, el gallo de la variedad perdiz de la raza leghorn tiene plumas pectorales negras y de punta roma, mientras que sus plumas dorsales son anaranjadas, largas y puntiagudas. La gallina de la misma variedad tiene plumas pectorales de color salmón, y plumas dorsales pardas y de punta roma. Si se inyecta hormona femenina en capones desplumados, éstos desarrollan plumas pectorales de color salmón o plumas dorsales pardas. Los experimentos basados en este dimorfismo «sugieren que la producción de pigmentos pardos en las plumas pectorales del capón de la raza leghorn podría servir de indicador para la hormona femenina».[77] El test era fácil, no había que matar a ningún animal y sólo llevaba tres días. En cambio, el bioensayo basado en el estro de la rata requería mucha precaución debido a la elevada variabilidad individual, un hecho que ya se advirtió cuando se eligió como medida estándar.[78]

En el caso de la hormona masculina, la principal alternativa al test de la cresta de gallo era otro basado en el desarrollo de la próstata y las vesículas seminales en machos de rata castrados. Korenchevsky y colaboradores desconfiaban del test de la cresta de gallo por varias razones. El que la orina de las embarazadas estimulara el crecimiento de la cresta tanto como la orina de los varones «normales» les resultaba especialmente chocante: «La especificidad del test de la cresta, por lo tanto, resulta dudosa», y habría que «reemplazarlo por un test basado en los órganos sexuales u otros órganos de los mamíferos».[79] Por otro lado, Thomas F. Gallager y Fred Koch, los inventores del test de la cresta, pensaban que los bioensayos con mamíferos no habían demostrado su valía: «No sabemos de ningún estudio en el que se haya establecido la variabilidad animal mediante ensayos con mamíferos. Nuestra opinión es

que se demostrará que los ensayos con mamíferos concebidos hasta ahora consumen más tiempo, o son menos exactos, o ambas cosas».[80]

Así pues, la elección de una medida que distanciaba la masculinidad animal de la reproducción, que ligaba la feminidad animal directamente al ciclo generativo, y que oscurecía los efectos de esas hormonas sobre los órganos no reproductivos, no era obligada. La naturaleza no *requería* que estas pruebas en concreto se convirtieran en los estándares de medida. La elección de estas medidas probablemente tuvo poco que ver con las concepciones del género (conscientes o subconscientes) de los actores principales. La confirmación o negación de la hipótesis de que la ideología de género fue la *causa* de que se eligiera lo que se eligió requeriría una investigación más profunda y, en cualquier caso, ésta sería una explicación demasiado simplista. Participar personalmente en las deliberaciones debió de representar una gran ventaja. Ni Korenchevsky ni Gustavson estuvieron presentes en ninguna de las dos conferencias internacionales sobre el tema, mientras que Doisy y Koch, cuyos bioensayos resultaron elegidos, sí estuvieron. Sea como fuere, las elecciones hechas por las razones que fueran —rivalidades, prioridad, conveniencia— han influenciado profundamente en nuestra comprensión de la naturaleza biológica de la masculinidad y la feminidad. Estas decisiones determinaron la sexualización de las hormonas esteroides. Los procesos normales de la ciencia (el afán de estandarizar, analizar y medir con precisión) nos proporcionaron hormonas específicamente sexuales y, con ello, coartaron las posibles revelaciones sobre cómo funciona el cuerpo y cómo se sexualiza.

Desde la estandarización del proceso de detección de las hormonas masculinas y femeninas, una variedad de moléculas de composición y estructura química conocidas se convirtió oficialmente en hormonas sexuales. En adelante, cualquier actividad fisiológica que manifestaran aquellas hormonas era, por definición, sexual, aunque las hormonas «masculinas» o «femeninas» afectaran a tejidos como los huesos, los nervios, la sangre, el hígado, los riñones y el corazón (efectos que ya se conocían por entonces). Que dichas hormonas tuvieran efectos de tan amplio alcance no impidió que siguieran asociándose al sexo. Es más, los tejidos no implicados en la reproducción se sexuaron en virtud de su interacción con hormonas sexuales. Las definiciones científicas de los estándares ratón, rata y cresta de gallo parecían evocar en el plano celular la idea de la naturaleza humana en la que tanto había insistido Freud: el sexo estaba en el centro de nuestro ser.

Nomenclatura

Si la estandarización de las mediciones fue crucial para la consolidación de la identidad de las hormonas esteroides como sustancias sexuales, igualmente lo fue su nomenclatura. No fue por razones puramente científicas por lo que se decidió llamar «andrógenos» a las hormonas masculinas, «estrógenos» a las femeninas, «testosterona» (químicamente hablando, un esteroide cetónico del testículo) a la hormona aislada por primera vez de la orina procedente de unos cuarteles de policía (pero cuyo origen se localizó más tarde en el testículo), y «estrógeno» o, más raramente, «estrona» (químicamente hablando, una cetona relacionada con el estro) a la hormona cristalizada en primera instancia a partir de la orina de las embarazadas (y localizada luego en los ovarios de cerda). Estas denominaciones se convirtieron en estándares sólo tras un arduo debate, y reflejaban, a la vez que conformaron, las ideas sobre la biología del género en el siglo XX.

En los primeros días de la investigación de las hormonas sexuales, los científicos se mostraban muy comedidos. Evitaban los nombres y las definiciones. Se referían sólo a la «hormona masculina» o la «hormona femenina» o, en ocasiones, a su tejido de origen («hormona ovárica», por ejemplo), a la espera de que las cosas estuvieran más claras.[81] En 1929 había unos cuantos nombres para la hormona femenina flotando en el aire. Los términos *ovarina, ooforina, biovar, protovar, foliculina, feminina, ginacina* y *luteovar* se referían a su origen, mientras que *sistomensina* (que corta la menstruación), *agomensina* (que induce la menstruación), *hormona estral* y *menoformon* (que causa la menstruación) se referían a acciones biológicas propuestas o demostradas. Algunos investigadores preferían las raíces griegas, y de ahí los términos *teliquina* (thelys = lo femenino; kineo = poner en marcha), *teelina*, *teeol* y, para la hormona masculina, *androquinina*. Las *tocoquininas* aludían a «la hormona procreadora (Zeugungshormon), lo que vale tanto para la masculina como para la femenina» (véase la figura 7.5). Pero la coyuntura definitiva aún no había llegado. Frank, por ejemplo, pensaba que «la denominación de hormona sexual cubre todas las necesidades hasta que sepamos más sobre las sustancias mismas. El término es aplicable a cualquier sustancia que incremente o establezca los caracteres femeninos y la feminidad».[82]

A principios de la década de los treinta, las denominaciones hormona masculina y hormona femenina comenzaron a perder fuelle. En 1931, el autor de un artículo científico se refirió a una hormona «ambisexual» (que actuaba en ambos sexos); en 1933, un investigador habló de

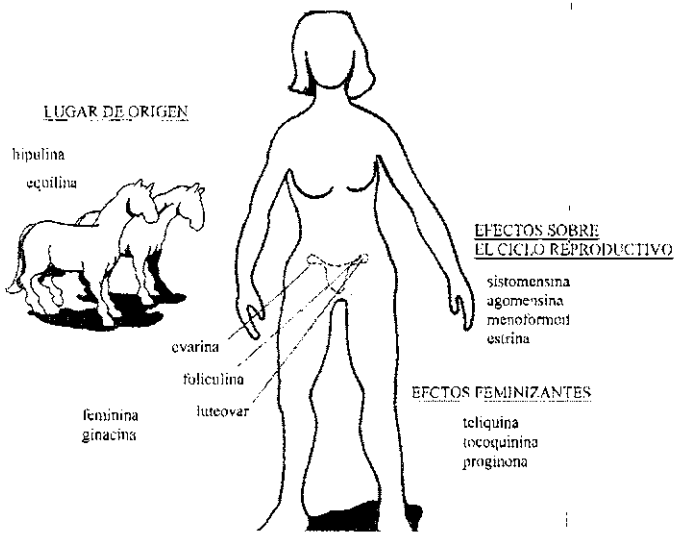


FIGURA 7.5: Nombres de la hormona femenina. (Fuente: Alyce Santoro, para la autora)

«la *llamada* hormona sexual femenina». En 1937, el *Quarterly Cumulative Index Medicus* introdujo los términos *andrógeno* (creador de hombres) y *estrógeno* (creador del estro) en su índice temático, y en pocos años habían arraigado.[83] Pero no sin maniobras ni discusiones. Surgieron dos problemas interrelacionados: a qué había que llamar hormona masculina y hormona femenina (de las que por entonces ya se sabía que eran más de una) y cómo referirse a sus localizaciones y acciones contrarias (como la presencia de hormona femenina en la orina de los sementales).

El uso de la raíz latina *estrus* (que significa tábano, loco, insano) para construir los nombres de la hormona femenina se acordó entre trago y trago «en una cantina cercana al colegio universitario», cuando el endocrinólogo A.S. Parkes y unos cuantos amigos suyos acuñaron el término *estrina*.[84] Uno de los participantes en la sesión declaró que la elección había sido «una idea feliz que nos proporcionó un término general satisfactorio y un pie manejable sobre el que basar los nuevos nombres y adjetivos que pronto necesitarían los fisiólogos y químicos orgánicos».[85] En 1935, el comité de hormonas sexuales de la Organización Sanitaria de la Sociedad de Naciones eligió el término «estradiol» para la sustancia aislada a partir de ovarios de cerda, ligando así el concepto de estro a la terminología de la química orgánica.

Hacia 1936 los científicos habían cristalizado al menos siete moléculas estrogénicas. El Consejo de Farmacia y Química de la Asociación Médica Americana se planteó cómo denominarlas. Con Doisy en el comité, había muchos números para llamar *teelina* (la denominación acuñada por él) a la hormona femenina. Pero resultó que la empresa Parke, Davis & Co. ya había comercializado su estrina purificada con la marca «teelina», por lo que el término no estaba disponible para uso general. La segunda mejor elección era la raíz *estrus*, pero de nuevo Parke, Davis & Co. había registrado ya el término *estrógeno*. A petición del Consejo, sin embargo, la compañía renunció a sus derechos de propiedad sobre el nombre, lo que permitió su adopción como término genérico.[86] El Consejo aceptó *estrona, estriol, estradiol, equilina* y *equilenina* (las dos últimas identificadas en la orina de las yeguas) como nombres comunes, y retuvo los términos *teelina, teeol* y *dihidroteelina* como sinónimos de *estrona, estriol* y *estradiol*.[87]

La suerte estaba echada, aunque durante unos años la gente continuaría sugiriendo modificaciones. Parkes, por ejemplo, con una constatación creciente de los diversos efectos biológicos del complejo hormonal femenino, propuso un nuevo término que establecería un paralelismo entre las nomenclaturas de las hormonas masculinas y femeninas. «Uno recela de abogar por el uso de nuevas palabras», escribió, «pero se están evidenciando anomalías obvias en la descripción de ciertas actividades de las hormonas sexuales». Los términos *androgénico* y *estrogénico*, observó, se introdujeron para «promover la claridad de pensamiento y la precisión expresiva ... pero ahora resulta evidente que son inadecuados». El término *estrogénico*, argumentó, debería aplicarse sólo y literalmente a las sustancias que inducen cambios en el ciclo ovulatorio. En vista de que, por ejemplo, la capacidad del estrógeno de feminizar el plumaje de las aves difícilmente podía llamarse estrogénica en el sentido literal de la palabra, Parkes propuso *ginecogénico* como «término general para describir la actividad que resulta en la producción de los atributos de la feminidad».[88] Pero su propuesta llegó demasiado tarde. La nomenclatura no paralela (*andrógenos* para el grupo de hormonas masculinas y *estrógenos* para el de hormonas femeninas) había prendido. Al final, los términos con la raíz *thelys*, que denotaba no el ciclo reproductivo, sino el concepto más general de lo femenino, cayeron en desuso, y el ideal de las hormonas femeninas quedó inextricablemente ligado a la idea de la reproducción femenina.

La nomenclatura del grupo de hormonas masculinas, en cambio, había sido un asunto bastante simple. Una reseña de la bioquímica de los

andrógenos publicada en 1939 ni siquiera mencionaba la cuestión de la nomenclatura, aunque el artículo acompañante sobre la bioquímica de los compuestos estrogénicos dedicaba cuatro páginas a ese tema.[89] Con una sola excepción, el nombre de la hormona masculina simplemente combinaba la raíz griega *andrus* (hombre) con la nomenclatura técnica del bioquímico. Sólo para la molécula que ahora llamamos testosterona (y sus derivados) se eligió un término más específico, *testis*, como armazón etimológico.

Así pues, a mediados de los años treinta los científicos habían cristalizado las hormonas y se habían puesto de acuerdo sobre la mejor manera de medir su actividad y nombrarlas. Sólo restaba un problema. Si los andrógenos hacían al hombre y los estrógenos producían furor uterino, ¿cómo debían categorizarse esas mismas hormonas cuando no sólo se dejaban ver en el cuerpo equivocado, sino que parecían tener efectos fisiológicos? Korenchevsky y colaboradores se referían a tales hormonas como «bisexuales», y propusieron agruparlas a todas de acuerdo con esta propiedad. La única hormona que podía verse como puramente masculina o femenina era la progesterona (originada en el cuerpo lúteo). Categorizaron un segundo grupo como «parcialmente bisexual», unas con propiedades principalmente masculinas y otras con propiedades principalmente femeninas. Finalmente, propusieron la existencia de «hormonas genuinamente bisexuales», causantes de un retorno a «la condición normal de todos los órganos sexuales atrofiados ... en la misma medida en ratas de ambos sexos».[90] La testosterona pertenecía a este grupo.

En 1938, Parkes sugirió otra vía. Le disgustaba el término *bisexual* porque implicaba «una querencia sexual por ambos sexos», así que propuso el término *ambisexual*, que a su juicio podía «aplicarse con perfecta propiedad a las sustancias ... que exhiben actividades propias de ambos sexos».[91] Estas distinciones finas nunca calaron. Todavía hoy la cuestión de la clasificación es una rémora para los biólogos, en especial los interesados en establecer correlaciones entre hormonas y conductas sexuales particulares.

Significados de género

La historia de las hormonas sexuales nos enseña que los intercambios entre el género social y el científico son complejos y a menudo indirectos. Los científicos se pelearon con la nomenclatura, la clasificación y la medición por una variedad de razones. En la cultura científica, la exactitud

y la precisión tienen una alta consideración moral, y como buenos científicos que aplican los estándares más elevados de su oficio, los endocrinólogos querían hacer lo más correcto. Pero, en términos de nomenclatura, sólo Parkes parece haber dado con la propuesta «correcta», y fue desestimada. Una razón de ello (pero no la única) es que, en esa búsqueda de lo más correcto, «lo» es un término ideológicamente cargado, lo que denota una variedad de concepciones sociales de lo que significaba la masculinidad y la feminidad entre los años 1920 y 1940.

Ese «lo» definía la normalidad biológica y social. Por ejemplo, Eugen Steinach propuso que las hormonas impedían que el potencial bisexual subyacente apareciera, de forma anormal, en el cuerpo equivocado.[92] Los machos sólo producían hormonas masculinas antagónicas o supresoras del desarrollo femenino aun en presencia de hormonas femeninas. Las hembras sólo producían hormonas femeninas antagónicas o supresoras del desarrollo masculino aun en presencia de hormonas masculinas. Cada sexo tenía su propia esfera. Durante más de una década, las ideas de Steinach influyeron en los investigadores de las hormonas, incluido Lillie. Pero a medida que se aclaró que el cuerpo regula sus hormonas a través de ciclos complejos y equilibrados que implican una retroacción con la glándula pituitaria,[93] la noción de antagonismo hormonal directo se abandonó, aunque científicos como Lillie se aferraron a la idea de las esferas separadas.[94]

Su fidelidad a un sistema de dos géneros hizo que algunos científicos recusaran las implicaciones de nuevos experimentos que aportaban una evidencia creciente en contra de la unicidad de las hormonas masculina y femenina. Frank, por ejemplo, confundido por su hallazgo de hormona femenina en «los cuerpos de machos cuyos caracteres masculinos y su capacidad de impregnar hembras son incuestionables», decidió que la respuesta residía en hormonas contrarias presentes en la bilis.[95] Otros sugirieron que el hallazgo de hormonas sexuales de origen suprarrenal podía «salvar» la hipótesis de las esferas hormonales separadas. En un comentario retrospectivo, uno de los bioquímicos holandeses escribió: «Proponiendo la hipótesis de una fuente extragonadal para explicar la presencia de hormonas masculinas en los cuerpos femeninos, los científicos pudieron sortear la necesidad de atribuir la secreción de hormonas masculinas al ovario».[96]

Pero los científicos son un colectivo muy diverso, y no todo el mundo reaccionó ante los nuevos resultados intentando encajarlos en el sistema de género imperante. Parkes, por ejemplo, reconoció que la constatación de que las glándulas suprarrenales eran fuente de andrógeno y

estrógeno representaba «un golpe final a cualquier idea bien definida de la sexualidad».[97] Otros se interrogaban sobre el concepto mismo de sexo. En una reseña de la edición de 1932 de *Sex and Internal Secretions* (que resumía los primeros diez años de avances financiados por el CRPS), el endocrinólogo británico F.A.E. Crew fue aún más lejos: «¿Es imaginario el sexo? ... Resulta que la base filosófica de la investigación moderna sobre el sexo siempre ha sido extraordinariamente pobre, y puede decirse que los investigadores norteamericanos han hecho más que el resto de nosotros para destruir la fe en la existencia de justo lo que intentamos analizar». Aun así, Crew creía que la ciencia acabaría definiendo el sexo, «el objeto de sus pesquisas», y no al revés. «Si en una década se ha desvelado tanto», escribió, «¿qué no sabremos al cabo de un siglo de trabajo inteligente y concienzudo?».[98] A pesar de la creciente evidencia científica de lo contrario, el sexo *debe* existir.

Los científicos se esforzaron por comprender el papel de las hormonas en la construcción de las diferencias sexuales, en un medio cultural plagado de cambios en el significado y la estructura de los sistemas de género. En 1926, Gertrude Ederle asombró al mundo al convertirse en la primera mujer que cruzó a nado el Canal de la Mancha, batiendo el récord masculino anterior en el proceso. Dos años después, Amelia Earhart se convirtió en la primera mujer que sobrevolaba el Atlántico. Fueron logros espectaculares y simbólicos, pero los cambios de gran alcance tuvieron que vencer una resistencia más tenaz. De 1900 a 1930 se duplicó el empleo remunerado de las mujeres casadas fuera del hogar, pero sólo hasta representar el 12 por ciento, y en la década que siguió a la aprobación de la decimonovena enmienda, los esfuerzos de las feministas por llegar hasta todos los rincones del mercado laboral siguieron siendo una ardua cuesta arriba.

Pero, si bien la resistencia a la igualdad económica completa se mantuvo, durante el periodo de 1920 a 1940 tuvo lugar una reconceptualización capital de la familia, el género y la sexualidad humana. Por ejemplo, en el famoso informe Kinsey, sólo el 14 por ciento de las mujeres nacidas antes de 1900 admitió haber tenido relaciones sexuales prematrimoniales antes de los veinticinco años, mientras que entre las nacidas en la primera década del siglo XX el porcentaje ascendía al 36 por ciento.[99] El feminismo, la popularidad creciente de la psicología freudiana, el nuevo campo de la sexología y el conocimiento creciente de las hormonas sexuales y las secreciones internas suscitaron «una ola de descrédito de la moralidad sexual "victoriana"».[100]

La diversidad de las voces científicas corría paralela a la diversidad

dentro del propio feminismo. Por ejemplo, algunas feministas argumentaban que las mujeres podían trabajar en cualquier campo a la par con los hombres; otras pensaban que su diferencia reproductiva especial las hacía merecedoras de una legislación protectora que reglara su jornada y sus riesgos laborales.[101] Hacia el final de la década de los treinta, las feministas afrontaban un dilema de su propia retórica (un dilema, añadiría yo, con el que las feministas contemporáneas siguen peleándose): si varones y mujeres eran iguales en todo, entonces organizar a la gente como miembros de uno u otro sexo tenía poco sentido; pero si, por otro lado, eran en verdad diferentes, ¿hasta dónde podía llevarse la exigencia de igualdad? En 1940, Eleanor Roosevelt sintetizó el problema con precisión: «Las mujeres deben adquirir más conciencia de sí mismas como mujeres y de su capacidad para funcionar como grupo. Al mismo tiempo deben intentar borrar de las conciencias de los hombres la necesidad de considerarlas como un grupo o como mujeres en sus actividades cotidianas, especialmente en la industria o las profesiones».[102]

En medio de esta agitación social, nunca fue posible resolver la identidad de las hormonas sexuales. En 1936, John Freud, un bioquímico holandés que investigaba la estructura de las hormonas, sugirió abandonar el concepto mismo de hormona sexual. El estrógeno y afines actuaban como «promotores del crecimiento del músculo liso, el epitelio estratificado y algunos epitelios glandulares de origen ectodérmico».[103] Contemplar las hormonas como catalizadores haría «más fácil de imaginar las múltiples actividades de cada sustancia hormonal». Freud barruntó que «el concepto empírico de hormona sexual desaparecerá y una parte de la biología pasará definitivamente a ser propiedad de la bioquímica».[104]

Aunque deberíamos reverenciar (si bien con alguna revisión feminista) la herencia intelectual de la endocrinología, comenzando por los experimentos pioneros de Berthold, ya es hora de tirar por la borda tanto la metáfora organizadora de la hormona sexual como los términos específicos *andrógeno* y *estrógeno*. ¿Qué podríamos poner en su lugar? Nuestros cuerpos producen varias decenas de moléculas diferentes, pero estrechamente emparentadas y químicamente interconvertibles, pertenecientes al grupo químico de los esteroides. A menudo estas moléculas llegan a su destino a través del sistema circulatorio, aunque a veces las células las producen in situ. Llamarlas hormonas suele ser, por lo tanto, apropiado (porque una hormona se define como una sustancia que viaja por el torrente sanguíneo para interactuar con un órgano a cierta distancia de su lugar de origen). Así pues, para empezar, convengamos en lla-

marlas *hormonas esteroides* y nada más. (Estoy dispuesta a mantener sus designaciones bioquímicas, siempre que recordemos los límites etimológicos de la nomenclatura.)

Diversos órganos pueden sintetizar hormonas esteroides, y una variedad aún mayor puede responder a su presencia. En las circunstancias adecuadas estas hormonas pueden afectar drásticamente el desarrollo sexual tanto al nivel anatómico como al nivel comportamental. Están presentes en distintas cantidades y a menudo afectan de distinta manera a los mismos tejidos en los machos y hembras convencionales. Al nivel celular, sin embargo, es mejor conceptualizarlas como hormonas que gobiernan los procesos de crecimiento y diferenciación celular, la fisiología celular y la muerte celular programada. En pocas palabras, son poderosas hormonas del crecimiento que afectan a la mayoría de sistemas de órganos, si no todos.

Esta reconceptualización de las hormonas esteroides nos proporciona importantes oportunidades. La teórica cuasi-unidad lograda por los endocrinólogos a finales de la década de los treinta ha sido finiquitada. Si existe alguna posibilidad de obtener una teoría abarcadora y con sentido de las acciones y efectos fisiológicos de estas moléculas basadas en el colesterol, debemos abandonar el paradigma sexual subyacente. En segundo lugar, si queremos comprender los componentes fisiológicos del desarrollo sexual y de las conductas de apareamiento, debemos estar dispuestos a romper la camisa de fuerza de la hormona sexual y contemplar los esteroides como uno más de cierto número de ingredientes importantes para la creación de machos, hembras, la masculinidad y la feminidad. No sólo comenzaremos entonces a apreciar los constituyentes fisiológicos no esteroides de dicho desarrollo, sino que seremos capaces de conceptualizar las maneras en que el entorno, la experiencia, la anatomía y la fisiología se traducen en las pautas de conducta que consideramos interesantes o dignas de estudio.

Una de las lecciones de este capítulo es que los credos sociales se entretejen en la práctica diaria de la ciencia de maneras a menudo invisibles para el científico en ejercicio. En la medida en que los científicos proceden sin apreciar las componentes sociales de su actividad, trabajan con una visión parcial. En el caso de las hormonas sexuales, sugiero que la ampliación de nuestra visión científica modificaría nuestra comprensión del género. Pero, por supuesto, estos cambios sólo pueden tener lugar en la medida en que nuestros sistemas de género cambien. Género y ciencia forman un sistema que funciona como una sola unidad, para bien o para mal.

8

La fábula del roedor

El uso de hormonas para sexualizar el cerebro

Hacia los años cuarenta, los endocrinólogos, bioquímicos y biólogos de la reproducción habían identificado, cristalizado, denominado y clasificado una hueste de nuevas hormonas. También habían perfilado los papeles de las hormonas —gonadales y pituitarias— en el control del ciclo reproductivo, lo que daba confianza a los investigadores para considerar más seriamente la posibilidad de que las hormonas regularan la conducta humana. El estudio de la bioquímica del comportamiento se independizó a medida que las viejas coaliciones institucionales y financieras que habían promovido y dirigido el florecimiento de la biología hormonal experimentaron un cambio de rumbo.[1]

Hasta 1933, la Fundación Rockefeller canalizó su apoyo a la investigación sobre el sexo a través de la Oficina de Higiene Social, orientada a los servicios sociales, pero luego asumió la financiación directa del CRPS.[2] La transferencia marcó la transición del fomento de la ciencia nacional al servicio directo del cambio social a una autonomía en la que los propios científicos concebían programas de investigación que, al menos por fuera, parecían tener como única motivación el conocimiento por el conocimiento.[3] Ya en 1928, el CRPS reflejaba este cambio en su nuevo plan a cinco años vista. Los miembros del comité habían escrito que «la ciencia moderna, en particular la medicina experimental, ha mostrado que los mayores beneficios para la humanidad se han derivado de investigaciones de carácter fundamental, cuyas implicaciones no podían preverse», y que «los problemas sociales y médicos apremiantes» muy probablemente sólo se resolverían si se adquiría una comprensión científica de la sexualidad humana.[4]

La Fundación Rockefeller absorbió el CRPS justo cuando el ingeniero

conservador Warren Weaver se convirtió en director de su división de ciencias naturales. Weaver consolidó un movimiento creciente entre los biólogos que sostenía que el próximo asalto de grandes avances vendría de la aplicación de las leyes de la física a la biología. Comenzó su ejercicio del cargo destacando con entusiasmo la estrecha relación entre la psicobiología y su propio campo en las ciencias naturales:

> ¿Puede el hombre obtener un control inteligente de su propio poder? ¿Podemos concebir una genética tan sólida y extensiva que albergue la esperanza de engendrar hombres superiores en el futuro? ¿Podemos adquirir un conocimiento suficiente de la fisiología y la psicobiología del sexo de manera que el hombre pueda poner bajo control racional este omnipresente y altamente peligroso aspecto de la vida? ¿Podemos desvelar el enrevesado problema de las glándulas endocrinas, y concebir, antes de que sea demasiado tarde, una terapia para todo el horrendo espectro de desórdenes físicos y mentales derivados de trastornos glandulares? ... En suma, ¿podemos crear una nueva ciencia del Hombre?[5]

Sin embargo, el interés de Weaver en la psicobiología pronto decayó, a la vez que se desplazaba al nuevo campo de la biología molecular. Entre 1934 y 1938, el apoyo a los ámbitos de la endocrinología y la biología reproductiva con aplicaciones prácticas o clínicas declinó, y en 1937 la división oficial del trabajo entre las ciencias naturales y las médicas se incorporó a la estructura formal de la fundación. La endocrinología y la biología sexual quedaron fuera de la esfera de Weaver, lo que le permitió concentrarse en la genética, la fisiología celular y la bioquímica.[6] A principios de los cuarenta, el CRPS destinaba relativamente pocos fondos a la investigación básica en biología hormonal. «Aunque era mucho ... lo que quedaba por aprender sobre la relación de las hormonas con el comportamiento sexual, parecía que ya no era necesario poner el énfasis en las hormonas mismas».[7] Cada vez más, el CRPS financió la investigación de las relaciones entre las hormonas, el sistema nervioso y el comportamiento. Mientras que el trabajo de Terman sobre la masculinidad, la feminidad y la familia continuó sufragándose hasta después de la segunda guerra mundial, Yerkes y su heredero forzoso, C.R. Carpenter, se habían pasado al estudio de las jerarquías de dominancia y sexuales en poblaciones de primates semisalvajes.[8] Al mismo tiempo, nuevas voces (incluida la del joven Frank A. Beach, quien iba a convertirse en el decano de la siguiente generación de investigadores de la psicología animal) entraron en escena, una vez montado el decorado para aplicar las percepciones científicas a las complejidades del comportamiento ani-

mal. Esta nueva hornada de investigadores trabajó inicialmente en los campos de la embriología, la psicología animal comparada y la etología.[9] Podían apreciar la potencia de las nuevas herramientas de investigación (preparaciones de hormonas purificadas, cirugía para extraer órganos endocrinos concretos) y al menos tenían una idea general de qué órganos producían qué hormonas.[10] Al principio estudiaban una variedad de especies, pero con el tiempo los roedores de laboratorio, sobre todo la rata y el cobaya, se impusieron como modelos primarios para explorar la relación entre las hormonas y las conductas sexuales en los mamíferos.[11]

¿Cómo han conformado los experimentos científicos sobre hormonas y comportamiento la masculinidad y la feminidad de los roedores desde 1940 hasta el presente? A menudo, las ideas culturalmente promovidas sobre la masculinidad y la feminidad humanas parecían guardar un paralelismo con los experimentos con ratas. Pero no digo ni que la ciencia fuera una marioneta en manos de la cultura, ni que nuestras estructuras sociales fueran meras marionetas animadas por la naturaleza de los cuerpos estudiados o los hallazgos de los endocrinólogos. En vez de eso, veo un fértil campo de coproducción, lo que la crítica literaria Susan Squier ha descrito como «una densa y atareada zona franca de negocio, relación y cruce de fronteras».[12]

En este capítulo seguiré la trayectoria del roedor masculino y femenino, y sus correrías por Villaciencia. Si antes he argumentado que los diferentes enfoques médicos de la intersexualidad conducen a diferentes representaciones del género, aquí sugiero que podemos elaborar una visión diferente, y creo que mejor, de la virilidad roedora y, por extensión, una visión diferente y mejor de la sexualidad humana sin caer en el abismo naturaleza/crianza.

Si las hormonas hacen al hombre, ¿qué hace a la mujer?

Harry Truman puso fin a la segunda guerra mundial lanzando dos bombas atómicas. Durante la guerra fría, los niños norteamericanos aprendían cómo protegerse de la bomba atómica: agacharse y cubrirse. Algunos padres construyeron refugios atómicos y debatieron sobre la ética de dar la espalda o incluso disparar a sus vecinos menos visionarios cuando llegara la hora. La política de género quedó ligada al nuevo lenguaje de la seguridad nacional. Como han mostrado varios historiadores, ésta fue una época en la que los convenios domésticos estables (esto es, las es-

tructuras familiares «tradicionales») se equiparaban con, y se pensaba que garantizaban, la estabilidad doméstica (y la nacional).

La ecuación de orden sexual y contención nuclear se verificaba en ambos sentidos. El poder atómico comunista se contemplaba como una amenaza directa a la estabilidad de las familias norteamericanas. En 1951, el físico de Harvard Charles Walter Clarke advirtió que un ataque atómico destruiría los soportes sociales normales de la vida familiar y comunitaria, abriendo «el potencial para el caos sexual», y sugirió que los profesionales sanitarios deberían almacenar una abundante reserva de penicilina para tratar una eventual epidemia posatómica de enfermedades venéreas, y que las fuerzas vivas deberían prepararse para «una vigorosa represión de la prostitución, así como medidas para contener la promiscuidad, el alcoholismo y el desorden».[13]

El caos sexual incluso parecía amenazar la seguridad nacional desde dentro. En 1948, por ejemplo, Guy Gabrielson, presidente del partido republicano, escribió que los «pervertidos sexuales» se habían «infiltrado en el gobierno», y que podían ser «tan peligrosos como los comunistas auténticos».[14] Los homosexuales no sólo eran gente de poca voluntad, sin hombría y, por ende, vulnerables a las infiltraciones y amenazas comunistas, sino que su modo de vida (por emplear un lenguaje más moderno) se burlaba de la familia tradicional, debilitándola de la misma manera que los comunistas, quienes pretendían que las lealtades políticas suplantaran los lazos de sangre y así socavar la civilización capitalista. Además, el varón norteamericano estaba pasando por una crisis de masculinidad. Como escribió en su momento el historiador Arthur Schlesinger Jr., los síntomas incluían una alarmante confusión de los roles sexuales tanto en el hogar como en el trabajo. La fascinación por la homosexualidad, «esa encarnación de la ambigüedad sexual», y por «el cambio de sexo (el fenómeno Christine Jorgenson)» expresaba «una tensión más profunda sobre el problema de la identidad sexual».[15]

Las ideologías de posguerra insistían en que la seguridad nacional dependía de que varones y mujeres adoptaran sus roles domésticos apropiados. Las mujeres, sugerían muchos, estaban hechas para ejercer sus papeles naturales de esposa y madre. Con un lenguaje muy parecido al empleado por los biólogos de la época para describir la diferenciación femenina del embrión, un artículo de 1957 publicado en *Ladies' Home Journal* y titulado «¿Es un despilfarro la educación universitaria femenina?» expresaba esta idea sin ambages. El colegio universitario era un buen sitio para buscar marido, pero «está claro que las mujeres más fe-

lices nunca han encontrado el secreto de su felicidad en libros o lecciones. Hacen lo correcto de manera instintiva».[16]

En cambio, y también con un lenguaje llamativamente semejante al de los escritos de la época sobre la biología del desarrollo masculino, los hombres por lo visto necesitaban de apoyo y aliento sustanciales para cumplir con sus obligaciones naturales como ganapanes y maridos. A los propagandistas de posguerra les inquietaban los efectos feminizantes de un nuevo y creciente sector de la economía: el trabajador de cuello almidonado, sentado todo el día en un escritorio, físicamente inactivo y sometido a un gran estrés. Un artículo de revista típico urgía a las mujeres a alimentar el sentido de la virilidad de sus maridos, a considerar que los hombres que «se pasan toda la vida detrás de un escritorio de caoba ... en un empleo menor» necesitan «disipar las dudas que los mejores de ellos abrigan sobre sí mismos».[17] Estos hombres querrían tener una mujer capaz de reafirmar su masculinidad al escogerlos a ellos a pesar de ser lo bastante atractivas para interesar a otros hombres.

Pero los expertos de la época también insistían en que lo que hacían los hombres en el ámbito doméstico era capital para mantener su hombría y transmitirla a la siguiente generación.[18] La intervención paterna en la educación de los hijos era esencial si uno no quería criar una nenaza. Un artículo de 1950 en la revista *Better Homes and Gardens* comenzaba así: «¿Estamos apostando nuestro futuro a una cosecha de mariquitas? ... Te horroriza que tu hijo sea una nenaza, pero no se sonrojará por ello ni ganará independencia [sic] si dejas todo el trabajo de hacerlo un hombre a su madre».[19] Una madre podía criar «instintivamente» a una hija, pero su tendencia innata a proteger a su hijo de todo peligro era un estorbo para el desarrollo de su independencia y hombría.[20] La paternidad misma se convirtió en un nuevo signo de hombría, aunque se pensara que su ejercicio no era tan natural como el de la maternidad. Se popularizó la idea de que los varones tenían que recibir lecciones de expertos en la vida matrimonial y familiar para aprender a hacerlo bien.

A pesar de la extendida ideología de conformidad entre los roles sexuales y los roles de género, prevaleciente en películas, revistas, políticas gubernamentales y planes de estudio, durante la década de los cincuenta no faltaron retos a las concepciones del género imperantes. La publicación de los informes Kinsey, por ejemplo, puso en tela de juicio las ideas aceptadas sobre el comportamiento sexual de los norteamericanos al sugerir que los contactos homosexuales, el sexo prematrimonial y la masturbación eran conductas extendidas y biológicamente normales.[21] Con la fundación de la revista *Playboy* en 1953, Hugh Hefner creó

un espacio cultural para el soltero mariposón pero muy viril, así como una suerte de modelo para la mujer sexualmente liberada. Y a finales de los cincuenta, la generación «beat» desafió las definiciones convencionales de la masculinidad, a la vez que salían a la luz los movimientos por los derechos de los homosexuales.

Así pues, los científicos que estudiaban la sexualidad animal en esta época trabajaban en un medio cultural complejo. Por un lado, podían formular sus metáforas y teorías en los términos de la corriente ideológica principal. Por otro, la existencia misma de contracorrientes que desafiaban la mentalidad estándar hacían factible que algunos científicos concibieran ideas nuevas sobre la sexualidad animal. Considérense los estudios sobre el desarrollo fetal de las diferencias anatómicas entre machos y hembras. En 1969, el embriólogo francés Alfred Jost resumió así las conclusiones de sus veinte años de trabajo en este campo: «Convertirse en un macho es una aventura prolongada, angustiosa y arriesgada; es una suerte de lucha contra la tendencia inherente a la feminidad».[22] Todos los machos, sean ratas, cobayas o humanos, tenían que luchar contra una feminidad interior. Como habían avisado algunas revistas de los años cincuenta, el peligro del afeminamiento acechaba bajo la superficie masculina. ¿Cómo llegó Jost a esta conclusión, que evocaba las ansiedades de la época? ¿Cómo se tradujo esta conclusión, derivada de minuciosos exámenes de embriones masculinos y femeninos, en la investigación de las relaciones entre las hormonas y los comportamientos masculino y femenino?

Cuando en 1947, con treinta y dos años, Jost inició una serie de publicaciones que describían sus experimentos sobre el desarrollo de las anatomías masculina y femenina en conejos y ratas, entró en un debate sobre la equiparabilidad de los andrógenos y los estrógenos.[23] Los investigadores de la década anterior habían convenido en que la inyección de testosterona u otros andrógenos en fetos femeninos masculinizaba sus genitales externos y conductos internos. Más controvertida era la cuestión de si los estrógenos ejercían un efecto paralelo sobre los embriones masculinos. La discusión tenía como marco los modelos previos de la fisiología hormonal masculina y femenina de Eugene Steinach. El escocés B.P. Wiesner, por ejemplo, encontró que los estrógenos (que él todavía llamaba teliquinas) inyectados en crías recién nacidas de sexo masculino (cuyos genitales externos están poco desarrollados) inhibían el crecimiento del pene y producían machos feminizados. Pero Wiesner creía que el estrógeno inhibía la actividad testicular en vez de actuar directamente sobre los genitales, lo que le llevó a rechazar la teoría dihormóni-

ca de que los animales adquirían su masculinidad o feminidad a través de sistemas hormonales iguales pero opuestos en su acción. Wiesner escribió que «[la teoría monohormónica] reconoce la dominancia absoluta de la hormona masculina en los procesos ontogénicos y describe las condiciones para la diferenciación femenina como la *ausencia*, y no la presencia, de una *hormona sexual específica*».[24]

En cambio, investigadores del departamento de fisiología y farmacología de la facultad de medicina de la Northwestern University argumentaron que la testosterona y el estrógeno tenían papeles comparables en el desarrollo masculino y femenino. En una serie de experimentos, R.R. Greene y colaboradores inyectaron concentraciones elevadas de hormonas estrogénicas en ratas preñadas. Los machos nacidos de las madres tratadas tenían «genitales externos de aspecto femenino y de tres a seis pares de pezones bien desarrollados». Sus testículos no descendieron hasta el escroto, sino que se mantuvieron en una posición más propia de los ovarios. Los conductos espermáticos no crecieron y la próstata no se desarrolló. Es más, estos machos exhibían un desarrollo parcial de la vagina, el útero y los oviductos. Finalmente, los investigadores observaron un efecto paradójico: algunos de los fetos femeninos en madres gestantes a las que se habían inyectado estrógenos nacían con anatomías masculinizadas. Así pues, el estrógeno feminizaba a los machos, pero masculinizaba a las hembras. Greene y colaboradores encontraron estos hechos «más compatibles con la teoría dihormónica».[25] Ciertamente, por sí solos los resultados de los experimentos de inyección de hormonas en ratones y ratas parecían indicar que los efectos de los estrógenos y los andrógenos eran virtualmente paralelos (véase la tabla 8.1).

En un intento de zanjar este debate, Jost recurrió a una técnica experimental innovadora, consistente en eliminar las gónadas embrionarias de fetos de conejo todavía en el vientre de la madre. Este enfoque técnicamente dificultoso y fisiológicamente más «normal» que inyectar grandes dosis de hormonas purificadas proporcionó información sobre los papeles desempeñados por las hormonas gonadales del propio embrión. Jost llevó a cabo cuatro experimentos distintos: castración (eliminación de los testículos u ovarios), parabiosis (conexión de los sistemas circulatorios de dos embriones en desarrollo), injerto de testículos u ovarios embrionarios en un feto del sexo «opuesto», e inyección de hormonas.[26]

Las técnicas de Jost eran nuevas para quienes trabajaban con mamíferos, y su éxito con una cirugía tan exigente atrajo la atención de los experimentadores. Las castraciones, efectuadas en fetos de entre 19

TABLA 8.1: *Efectos de los andrógenos y los estrógenos en el desarrollo fetal*

	EFECTOS ANDROGÉNICOS EN EL DESARROLLO FETAL FEMENINO		EFECTOS ESTROGÉNICOS EN EL DESARROLLO FETAL MASCULINO	
ESTRUCTURA ANATÓMICA	RATA	RATÓN	RATA	RATÓN
Posición de la gónada	Masculinizada	Masculinizada	Feminizada	Feminizada
Genitales internos femeninos	Sin efecto	Sin efecto	Estimulados	Estimulados
Genitales internos masculinos	Estimulados	Estimulados	Inhibidos	Inhibidos
Genitales externos	Masculinizados	Masculinizados	Feminizados	Feminizados

Fuente: adaptado de Greene et al. 1940b, tablas 3 y 4, pp. 333-334.

y 23 días, dieron resultados sorprendentes. En los fetos masculinos castrados se desintegraban estructuras masculinas como el epidídimo (un conducto que transporta el esperma de los testículos al exterior durante la eyaculación), mientras que los esbozos de los oviductos, el útero y parte del cuello uterino se desarrollaban como si el embrión fuera femenino en vez de masculino. Es más, estos fetos desarrollaban un clítoris y una vagina en vez de un pene y un escroto. En cambio, la extirpación del ovario de un feto femenino no tenía efectos obvios sobre el desarrollo sexual. Oviductos, útero, cuello y vagina, todos se diferenciaban como es debido, aunque si la castración era lo bastante temprana estos órganos no alcanzaban su tamaño normal.

Lo que chocó especialmente a Jost fue que, sin un testículo fetal, el sistema de conductos seminales degeneraba, mientras que el aparato genital femenino se desarrollaba incluso en los fetos masculinos. ¿Qué hacía que ambas anatomías genitales se comportaran de manera tan diferente? Puesto que los machos no tenían ovarios, esas estructuras no podían ser responsables del desarrollo femenino continuado. Para averiguar si el estrógeno materno o el procedente de las glándulas suprarrenales podía ser el inductor del desarrollo genital femenino, Jost llevó a cabo experimentos adicionales, y al final concluyó que «*un cristal de andrógeno podría contrarrestar la ausencia de testículos y asegurar el desarrollo de caracteres somáticos masculinos*».[27]

Juntándolo todo, Jost concluyó que el desarrollo del tracto repro-

ductor femenino no necesitaba ser inducido por el ovario embrionario. De ahí que las estructuras femeninas se diferenciaran tanto en las hembras como en los machos castrados. Los testículos, teorizó, producían alguna sustancia que inhibía el desarrollo del tracto reproductor femenino. El hecho de que la anatomía genital femenina se desarrollara incluso en machos castrados a los que se administraba testosterona le llevó a postular que debía haber dos sustancias involucradas. Una, la testosterona, estimulaba el desarrollo de la anatomía genital masculina. La otra, por entonces hipotética pero más tarde identificada como una hormona proteínica llamada sustancia inhibidora mulleriana (SIM), causaba la degeneración del tracto reproductor femenino.[28] El testículo fetal normalmente produce ambas hormonas.

Con cautela y detalle, Jost discutió las implicaciones de sus resultados para las teorías mono- y dihormónica del desarrollo sexual. Para empezar, señaló que los tractos reproductivos masculino y femenino, presentes en los estadios embrionarios iniciales de ambos sexos, tenían potencialidades ontogénicas muy diferentes. Por ejemplo, con independencia del sexo genético del embrión, el tracto reproductivo femenino se desarrollaba siempre que no fuera inhibido por una secreción testicular, mientras que el tracto reproductivo masculino degeneraba a menos que hubiera testosterona presente. ¿Respaldaban estos resultados la teoría monohormónica de Wiesner? Jost recordó a sus lectores que, cuando se eliminaban los ovarios en una fase temprana del desarrollo fetal, el tracto reproductivo femenino no alcanzaba su tamaño normal. Era probable, pues, «que el ovario también produzca una secreción morfogenética, aunque sin duda tiene un papel más limitado que la secreción testicular». Además, el hecho de que la influencia ovárica no causara la degeneración del tracto reproductivo masculino no demostraba que los ovarios no tuvieran papel alguno. Jost sugirió que podía haber una suerte de seguro por partida doble (esto es, alguna fuente de hormona podía entrar en acción en ausencia de ovarios) y que los experimentos futuros deberían centrarse en el papel del ovario, la fisiología del ovario fetal y los efectos de la castración al principio del desarrollo.[29]

A pesar de su pericia y su perspicacia, que le llevó a cuestionar las teorías de sus colegas, Jost no cayó en la cuenta de que su teoría se comprometía incondicionalmente con la metáfora de la ausencia femenina y la presencia masculina. Hasta mediados de los sesenta se refirió a las hembras como el tipo sexual neutro o ahormonal. Según él, las hembras se convertían en hembras porque *no tenían* testículos, mientras que éstos eran los principales responsables de que la ontogenia masculina se sepa-

rara de la femenina. A principios de los setenta, Jost describió el desarrollo masculino como una heroicidad, una travesía por una carretera llena de peligros. Los testículos *imponían* la masculinidad con la ayuda de un minúsculo pero poderoso cromosoma Y. El embrión masculino tenía que luchar contra la tendencia inherente hacia la feminidad.[30]

Las estructuras retórica y teórica de la obra de Jost, y de otras investigaciones científicas sobre las hormonas, parecían reflejar los debates sociales del momento sobre el género. La teoría dihormónica era compatible con una visión en la que los sexos ocupaban esferas separadas. Sus partidarios entendían que cada sexo era producto de un control activo y específico de la ontogenia. Tanto el desarrollo masculino como el femenino eran procesos que requerían explicación. Podría parecer que este paralelismo entre masculinidad y feminidad comporta una equivalencia entre ambos conceptos. La teoría monohormónica, en cambio, insistía en la naturaleza conflictiva del desarrollo masculino, y empleaba una retórica que sugería los peligros para los varones de la feminidad subyacente: «Los caracteres masculinos del cuerpo deben imponerse ... contra la tendencia femenina básica del cuerpo mamífero». Las hembras, por el contrario, representaban la plantilla de partida natural. En la teoría de Jost, la masculinidad, tanto en el cuerpo biológico como en el cuerpo político, requería de una acción agresiva para mantenerse.[31]

La proverbial idea de que la feminidad representaba una carencia corporal, mientras que la presencia física definía la masculinidad, en combinación con la insistencia en la necesidad de que los hombres cultivaran su masculinidad y las mujeres se limitaran a seguir pasivamente sus inclinaciones naturales, explica en parte por qué Jost y otros aceptaron una hipótesis aún por confirmar.[32] La retórica acrítica del absentismo femenino también contribuye a explicar el hecho de que ni Jost ni otros llevaran a cabo estudios completos y detallados para averiguar qué gobernaba el desarrollo femenino si, como sugerían los experimentos de castración *in utero*, el ovario fetal tenía sólo un papel menor.[33] Si la ontogenia femenina era un estado fundamental, sólo la ontogenia masculina requería explicación, y la expresión «diferenciación sexual» en realidad significaba «diferenciación masculina».[34]

El modelo de Jost de la hembra como producto de una ausencia no ha perdido su vigencia. En la actualidad los científicos estudian los genes implicados en el desarrollo de los ovarios o los testículos mismos.[35] Pero hasta hace poco, la idea de que el cuerpo femenino es la trayectoria ontogénica «por defecto» ha sido una traba incluso para el pensamiento científico más sofisticado. El autor de un artículo científico que discutía

la importancia de genes concretos para el desarrollo del ovario o del testículo tras la fecundación[36] escribe: «En *presencia* de un cromosoma Y ... las gónadas ... se forman como testículos ... En *ausencia* de testículos, los genitales se desarrollan en el sentido femenino ... Así pues, la determinación del sexo puede equipararse a la formación de los testículos».[37] «En el caso humano ... la hembra es el sexo *constitutivo* y el macho el sexo *inducido*. Por lo tanto, la determinación del sexo puede considerarse el equivalente de la determinación masculina», escribe otro científico.[38] Y un tercero dice que «a menudo se ha aludido a la trayectoria ontogénica femenina como la trayectoria por defecto».[39]

El modelo científico de desarrollo sexual que se impuso es el que más tomaba prestado de, y mejor se ajustaba a, las ideas conservadoras que caracterizaban la feminidad por la pasividad y la carencia, pero ha hecho más que limitarse a reforzar los puntos de vista conservadores. De hecho, la idea de que todos los embriones comienzan siendo femeninos, que el «estado fundamental natural» es la feminidad y que la masculinidad es un mero añadido, ha complacido a muchas feministas. Por ejemplo, la escritora científica y feminista Natalie Angier escribe que «desde una perspectiva biológica, las mujeres no son las segundonas, sino la condición original. Somos el capítulo primero, primer párrafo, descendientes de las auténticas fundadoras del Edén».[40] Así como la metáfora de un estado fundamental femenino tiene gancho cultural en el ámbito de la política de género, ha abierto las puertas a importantes intuiciones científicas. Desde el punto de vista evolutivo, por ejemplo, la idea sugiere que las hembras precedieron a los machos en su venida al mundo, que el macho se deriva de la hembra (lo contrario de la costilla de Adán). Esta idea ha alimentado una fascinante investigación sobre temas que incluyen la evolución del cromosoma Y y la variedad de sistemas sexuales del mundo animal.[41]

Pero la metáfora dio y la metáfora quitó. Piénsese en los dualismos que genera. Si el plan femenino es el natural, ¿significa esto que la naturaleza es femenina y, por ende, que la cultura es masculina? Y si la feminidad puede contaminar o menoscabar la masculinidad, ¿significa eso que «mantener la masculinidad requiere la *supresión* de lo femenino»?[42]

Cuando Jost escribió que «convertirse en un macho es una aventura prolongada, angustiosa y arriesgada; es una suerte de lucha contra la tendencia inherente a la feminidad», construyó un relato en el que la aventura, el riesgo y la heroicidad pertenecen al sexo masculino. Muchas crónicas actuales de la determinación primaria del sexo, basadas en el relato de Jost, tienen poco que decir sobre el desarrollo femenino. Durante

años la expresión «determinación del sexo» ha sido equivalente a «determinación del sexo masculino».[43] Pienso que la aceptación de este punto de vista ha motivado una gran cantidad de investigación sobre los mecanismos (genéticos y hormonales) del desarrollo masculino, pero pocos se han esforzado en desentrañar los mecanismos del desarrollo femenino.[44] En una revisión de 1986, las genetistas Eva Eicher y Linda L. Washburn criticaban la investigación de la determinación del sexo por «presentar la inducción del tejido testicular como un evento activo ... y la inducción del tejido ovárico como un evento pasivo (automático). Desde luego, la inducción del tejido ovárico es un proceso ontogénico tan activo y genéticamente dirigido como la inducción del tejido testicular ... Casi nada se ha escrito de los genes implicados en la inducción del tejido ovárico a partir de la gónada indiferenciada».[45] Hubo que esperar a los años noventa para que comenzaran a proponerse teorías de la ontogenia femenina.[46]

La desatención científica hacia el desarrollo femenino no se debe simplemente al poder de la metáfora de la presencia/ausencia. En efecto, otras metáforas (en particular los relatos sobre genes maestros)[47] *y* los animales mismos también cuentan en la historia científica de los desarrollos masculino y femenino. Por ejemplo, un investigador que buscaba efectos activos del estrógeno en el desarrollo femenino del cobaya encontró que las inyecciones de estrógeno provocaban abortos, lo que hacía difícil seguir esta línea de investigación.[48] En vista de ello, decidió que era más prudente para su carrera continuar por otra línea de investigación que le diese resultados publicables en un lapso de tiempo razonable.

Como la mayoría de investigadores de las hormonas esteroides mamíferas, Jost esperaba que sus resultados se aplicarían, en la práctica y en la teoría, a los seres humanos. Casi desde el principio interaccionó con investigadores médicos del desarrollo humano. En 1949, gracias a la intermediación de su hermano Marc, Alfred Jost visitó la Universidad Johns Hopkins donde conoció a Lawson Wilkins, pionero del estudio de la intersexualidad humana (véanse los capítulos 2-4). Una intensa discusión vespertina sobre sus casos clínicos hizo que Wilkins adoptara la teoría monohormónica de Jost sobre el desarrollo sexual mamífero, una idea que enseguida plasmó en el libro que estaba escribiendo sobre las malformaciones sexuales humanas. Por su parte, Jost apreció la importancia de la aprobación de aquel renombrado médico clínico para un joven experimentador como él (Jost tenía entonces treinta y tres años, y Wilkins cincuenta y cinco).[49]

El motor de todo: de la bisexualidad a la heterosexualidad

La influencia del modelo del desarrollo sexual de Jost se extendió más allá del estudio de los genitales y la anatomía ligada al sexo. A finales de los años cincuenta, la idea había sido importada por los estudiosos del comportamiento, quienes teorizaban que la testosterona dejaba una impronta en el cerebro masculino, preparándolo para actividades como la monta, el apareamiento y la defensa territorial. El cerebro femenino, en cambio, adquiría su género en ausencia de testosterona. La idea parecía casar perfectamente con la descripción de Jost del desarrollo anatómico. Pero el comportamiento era un asunto mucho más resbaladizo que la anatomía. A pesar de que la intersexualidad —humana o animal— era una fuente de confusión, el desarrollo anatómico seguía siendo un patrón claro para medir los efectos hormonales. Había testículos u ovarios, epidídimos o trompas de Falopio, escroto o labios vaginales. Pero la investigación del comportamiento sexual iba más allá, hasta las cuestiones de la masculinidad, la feminidad, la homosexualidad, la bisexualidad y la heterosexualidad.

Bisexualidad

Desde los años treinta hasta los cincuenta, el CRPS desvió su apoyo financiero a los estudios del comportamiento sexual en animales y personas. Frank Ambrose Beach comenzó a destacar como científico en los años treinta y, a mediados de los cuarenta, había articulado una teoría detallada de la sexualidad animal. Siendo estudiante Beach había abandonado toda esperanza de comprender la psicología humana y había decidido que «las ratas blancas eran más simples», aunque todavía aspiraba a resolver problemas básicos en psicología. Su doctorado consistió en dañar áreas concretas del córtex cerebral para ver si podía perturbar el comportamiento maternal de las ratas. Durante la segunda guerra mundial y justo después, Beach y otros estudiosos de la psicología animal completaron tres tareas: particularizar conductas que podían cuantificarse y designarse como masculinas o femeninas; dar sentido a las diferencias comportamentales entre especies y entre individuos de la misma especie, y estudiar los efectos del estrógeno, la progesterona y la testosterona en las conductas sexuales adultas.[50] Al sintetizar los resultados de tales experimentos, articularon una visión de los orígenes de la masculi-

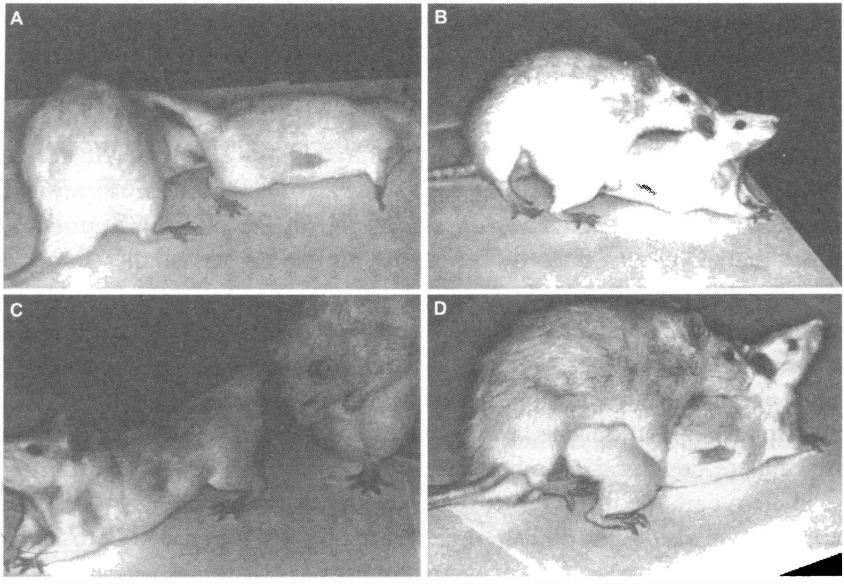


FIGURA 8.1: Apareamiento y lordosis en la rata de laboratorio. A: El macho investiga para determinar si la hembra está en estro. B: Si está en estro, el macho la monta y agarra sus cuartos traseros. Este estímulo táctil hace que ella aparte la cola a un lado y arquee la espalda (lordosis). C: El macho desmonta y se acicala. D: Tras unas cuantas montas, el macho eyacula. (Fotos por cortesía de Julie Bakker)

nidad y la feminidad animal que muchos investigadores se apresuraron a aplicar a los seres humanos.

En esta discusión quiero subrayar tres aspectos de la obra de Beach. En primer lugar, insistió en la diversidad de la conducta animal (dentro de cada sexo, dentro de cada especie y entre diferentes especies y géneros). En segundo lugar, adoptó lo que hoy llamaríamos un enfoque sistémico del comportamiento animal, enfatizando las interacciones entre los diversos sistemas fisiológicos corporales, así como el contexto social que desencadena o permite conductas concretas. En tercer lugar, fue un liberal declarado en lo que respecta a la diversidad sexual humana. Al contemplar su carrera y sus ideas, podemos ver claramente una vez más que lo social y lo científico forman parte de un único tejido.

En un periodo notablemente prolífico de cuatro años, Beach presentó en al menos catorce artículos científicos los resultados de su investigación de la sexualidad de las ratas. Cosa no sorprendente, encontró diferencias sexuales en el control de las conductas de apareamiento masculi-

na y femenina. Cuando una rata hembra se siente amorosa, ejecuta saltos y correteos característicos, y hace vibrar sus orejas. Cuando el macho la monta, ella aplana la espalda, levanta la grupa, aparta la cola y permite la cópula (véase la figura 8.1). La elevación y presentación de la grupa es un acto reflejo también inducible si se acaricia la espalda de la rata. El nombre técnico de esta respuesta es lordosis. Un macho dispuesto huele y lame los genitales femeninos y, si ella lo permite, la monta, introduce su pene (intromisión) y empuja profundamente. El macho puede repetir este comportamiento hasta diez veces antes de eyacular. Tras cada intromisión, rápidamente se retira y lame sus genitales. Para el psicólogo experimental, cada una de estas acciones separadas ofrece una oportunidad de subdividir la conducta de apareamiento en partes que pueden contarse y analizarse para estudiar la posible influencia de las hormonas, el entorno y la experiencia vital.[51] Para cada sexo, la serie de comportamientos define la masculinidad y la feminidad en relación al apareamiento.[52] Pero tan notables como las diferencias entre los sexos eran las diferencias individuales dentro de cada sexo, entre cepas de la misma especie, y entre especies de roedores. Neurológicamente, argumentó Beach, todos los animales tienen un potencial bisexual. ¿Cuáles eran los factores, se preguntó, que desencadenaban expresiones sexuales particulares, ya fuera el apareamiento heterosexual, la monta de un macho por otro, la lordosis masculina, la monta de una hembra por otra o de un macho por una hembra?

Beach y otros investigadores de la sexualidad animal tenían que defender tanto la importancia como la propiedad de su trabajo. Durante los años cuarenta y cincuenta, las teorías psicoanalíticas «ambientalistas» del desarrollo humano eran mucho más populares que las interpretaciones biológicas de la conducta. Especialmente durante los años cincuenta, la psicología humana ha estado profundamente marcada por el psicoanálisis.[53] Para los psicólogos comparativos, sin embargo, la psicología freudiana adolecía de una fundamentación nula en la biología experimental y cuantitativa. La psicología animal comparada prosperó en Estados Unidos tras la estela de John B. Watson y otros,[54] mientras que etólogos europeos como Konrad Lorenz dramatizaban los conceptos de la etología con experimentos sobre la impronta en aves. Las famosas fotografías de polluelos de pato y ganso siguiendo a Lorenz a todas partes como si éste fuera su madre, porque fue el primer objeto móvil que vieron tras romper el cascarón, capturaron la imaginación de muchos estadounidenses. En general, los estudiosos de la psicología humana y animal habían insistido en la importancia de la experiencia y el aprendizaje

combinados con la idea de las pulsiones instintivas innatas (hambre, deseo sexual y demás) en la conformación del comportamiento. Ahora los endocrinólogos y fisiólogos esperaban inclinar la balanza hacia la biología.[55] Además, el sexo mismo no era un tema para hablar en público.[56] Esta atmósfera desfavorable puede explicar por qué Beach abría su artículo capital de 1942 con un ataque: «Los estudiosos del comportamiento animal han especulado a menudo sobre la naturaleza de la excitación sexual, y las escuelas de pensamiento fisiológico se han fundado en concepciones ambiguas del "impulso sexual" humano». Beach pretendía situar la discusión sobre un fundamento científico y ofrecer una «interpretación filogenética del comportamiento humano».[57]

Beach ofreció un modelo del comportamiento animal de múltiples niveles y sexualmente diverso. Muchos vertebrados, señaló, nacían con los circuitos neuromusculares (pautas motoras) requeridos para solicitar y ejecutar el acto sexual al completo. Las ratas macho, por ejemplo, normalmente no se apareaban hasta que tenían de 35 a 80 días. Pero la inyección de testosterona a edades mucho más tempranas desencadenaba todo un abanico de conductas adultas. Sin embargo, la evidencia de pautas motoras innatas no era extensiva a los grandes monos. Parecía ser que en éstos la práctica y la experiencia eran cruciales para la aptitud copulatoria, un hecho de especial importancia para la «interpretación filogenética de la vida sexual humana» de Beach.

Pero nacer con la circuitería básica no era bastante, sobre todo porque Beach pensaba que las pautas motoras de las respuestas sexuales masculina y femenina estaban presentes en cada sexo. ¿Cómo se hacía dominante una pauta sobre otra en un individuo concreto? Beach buscó la respuesta en el análisis de los componentes de la excitación sexual, pero aplicando un enfoque holístico.[58] Así, la excitación resultaba de la constitución particular de la rata individual,[59] de la potencia de los objetos estimuladores y de la experiencia previa del animal. Así como los machos individuales variaban en su afán de apareamiento, las hembras variaban en su receptividad. Ambas cosas eran relevantes para que el apareamiento se consumara. El resultado más probable de la unión de una hembra indiferente con un macho nada entusiasta era el fracaso. Pero si se juntaba un macho de poco brío con una hembra altamente receptiva, saltaban chispas.[60]

Beach analizó las inclinaciones de las ratas emparejadas. La experiencia previa importaba. Los machos segregados durante largo tiempo con otros machos se apareaban mucho menos que los criados en aislamiento o con hembras. Los sentidos también importaban. Las hembras recepti-

vas presentaban a los machos una auténtica cornucopia de estímulos: movimientos, posturas, vibraciones de las orejas, olor, sabor, tacto, todo ello contribuía a excitar sexualmente a los machos. Si a un macho se le privaba de uno de sus cinco sentidos todavía era capaz de excitarse. Pero si se suprimía más de uno, su interés por el sexo disminuía sobremanera.[61] Aunque no estaba claro cómo,[62] el cerebro (y en particular el córtex cerebral, sospechaba Beach) también era necesario para el apareamiento. Y por último, pero no en último lugar, las hormonas importaban. Las hormonas podían incrementar la excitabilidad general de un animal a base de acrecentar su sensibilidad a los estímulos sexuales.

Tanto la testosterona como el estrógeno tenían efectos inespecíficos. Por ejemplo, si se inyectaba testosterona en machos de rata no experimentados, se excitaban tanto que intentaban montar a hembras no receptivas, machos jóvenes y hasta cobayas.[63] La inyección de testosterona también incrementaba la excitabilidad general de las hembras, así como su tendencia a exhibir pautas de apareamiento de ambos sexos.[64] El estrógeno también podía inducir pautas de apareamiento masculinas en ambos sexos y, por supuesto, hacía honor a su nombre provocando el estro en las hembras. Beach insistió en «la ausencia de una correlación perfecta entre la condición hormonal del animal y el carácter del comportamiento visible». Ni siquiera las ratas eran meras esclavas de sus niveles hormonales. Los «factores psíquicos» importaban, aunque no tanto como en la especie humana.[65]

En su artículo de 1942, Beach se ayudó de un diagrama para unificar las piezas del rompecabezas: la información sensorial entrante, el papel del sistema nervioso central y la función de las hormonas (figura 8.2). Propuso la existencia de un mecanismo excitador central (MEC), un paquete de células nerviosas que recibiría información de los receptores sensoriales y enviaría señales a los circuitos neuronales que ejecutan las pautas de apareamiento masculinas y femeninas. Cada tipo de receptor estimularía un número diferente de neuronas en el MEC Así, el olfato podría ser más importante que la visión. Pero los efectos en el mecanismo central serían acumulativos.[66] Puede que el olfato por sí solo no fuera capaz de incrementar la excitación hasta que el centro enviara una señal inductora de la monta o la lordosis. O podría bastarse para estimular la monta, pero no la intromisión. Pero la estimulación adicional de otros receptores sensoriales elevaría el nivel de excitación por encima de cierto umbral. En el esquema de Beach, las hormonas interpretaban tres papeles. En primer lugar, podían actuar directamente sobre el MEC para incrementar el nivel de excitación sexual. En segundo lugar, podían re-

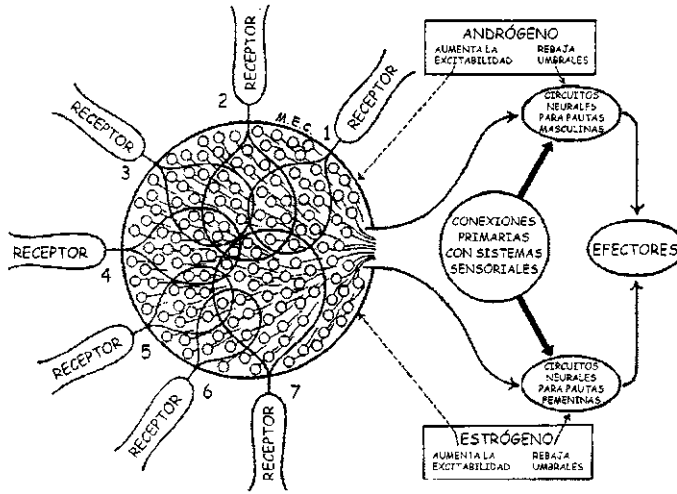


FIGURA 8.2: Modelo de Beach de los mecanismos por los que las hormonas afectan al comportamiento. (Beach 1942b, p. 189; reimpreso con permiso)

bajar el umbral requerido para estimular los circuitos gobernantes de las pautas de conducta masculinas o femeninas. En tercer lugar, podían afectar directamente a los sentidos. Por ejemplo, Beach sospechaba que la testosterona incrementaba la sensibilidad táctil del pene.[67] Los receptores táctiles del pene enviarían señales más intensas al MEC, lo que incrementaría la excitación sexual del animal.

En el esquema de Beach, machos y hembras difieren de manera cuantitativa, pero no cualitativa. Así, por ejemplo, el andrógeno puede inducir la conducta de monta en una hembra, pero menos que en el caso masculino. Una hembra con receptores sensoriales especialmente sensibles podría necesitar menos andrógeno o estrógeno para llegar a un estado de excitación sexual que otra con receptores menos sensibles o numerosos. La hipótesis de Beach explicaba primorosamente la variabilidad individual dentro de cada sexo, así como el hecho de que, en ciertas condiciones, ambos sexos pudieran exhibir pautas de apareamiento masculinas y femeninas, y también el hecho de que tanto el andrógeno como el estrógeno pudiera inducir ambas pautas en ambos sexos.

Beach ejerció inicialmente buena parte de su carrera en el Museo Americano de Historia Natural de Nueva York, pero en 1946 su repu-

tación creciente hizo que la Universidad de Yale le ofreciera una plaza académica en su departamento de psicología. Desde esta posición de autoridad, promovió activamente sus ideas sobre la sexualidad animal. En 1948, Beach impartió la prestigiosa conferencia Harvey en Nueva York. Destacando la similitud entre machos y hembras, señaló que «los mecanismos fisiológicos del comportamiento sexual femenino se encuentran en todos los machos, y los del comportamiento sexual masculino en todas las hembras ... La homosexualidad humana refleja el carácter esencialmente bisexual de nuestra herencia mamífera».[68] Las sociedades humanas pueden condenar la inmoralidad de la conducta homosexual, escribió Beach, pero uno no podría apelar a la naturaleza como justificación: nuestra ascendencia mamífera demostraba que la homosexualidad era bastante natural.

La investigación de Beach se enmarcó en las discusiones sociales de la sexualidad humana. Realizó la mayor parte de su trabajo sobre la bisexualidad animal justo antes y durante la segunda guerra mundial. Al terminar la guerra comenzó a aplicar sus ideas al caso humano, en un momento en el que «la actitud pública hacia la discusión abierta y la exploración científica de los problemas relativos al sexo se había vuelto notablemente indulgente, si no liberal».[69] La importancia de su obra se vio enormemente reforzada por el hallazgo de Kinsey de la profusión de la bisexualidad tanto en varones como en mujeres. En 1946, Beach reconoció que había tenido acceso a los resultados todavía inéditos de Kinsey,[70] pero, puesto que Beach conocía a Kinsey y fue uno de sus entrevistadores,[71] es probable que hubiera estado pensando en la sexualidad humana desde principios de los cuarenta.[72] A su vez, Kinsey citó repetidamente los estudios de Beach con animales a fin de situar el comportamiento humano dentro de la panoplia de la biología mamífera normal.[73] La guerra misma hizo más visible la homosexualidad.[74] Al mismo tiempo, Beach hizo experimentos con ratas que sugerían una gama notablemente amplia de conductas sexuales, y entrevistó a personas sobre sus hábitos sexuales. Al menos hasta principios de los cincuenta, las ideas de Beach siguieron siendo compatibles con elementos de la discusión nacional.[75]

Heterosexualidad

A medida que la ideología de la guerra fría, que ensalzaba la heterosexualidad y despotricaba de la homosexualidad, vino a dominar la escena nacional durante los años cincuenta, otras lecturas más restrictivas de la

sexualidad animal ganaron fuerza y presencia. Hacia 1959 surgió un nuevo roedor, inequívocamente heterosexual y mucho más ceñido a roles sexuales separados que las ratas de Beach. Una nueva teoría implicaba que la variación individual era producto de la influencia hormonal temprana.[76] Se echaba de menos el esfuerzo integrador del comportamiento tan evidente en la obra de Beach. En vez de eso, los biólogos excluyeron la experiencia vital de las explicaciones biológicas del comportamiento, arrinconándola como una suerte de hermana pequeña molesta (siempre mencionada, pero nunca partícipe real de los juegos de los grandes). Por último, los investigadores de la psicología animal aplicaron la versión de Jost del desarrollo genital al comportamiento, con lo que la feminidad se convirtió en una ausencia y la masculinidad en una lucha.

Una figura clave a través de la cual podemos seguir esta progresión es William C. Young, quien se doctoró en la Universidad de Chicago con una tesis sobre el transporte de espermatozoides (desde los testículos hasta el mundo exterior). Durante los años treinta y cuarenta, con fondos del CRPS, Young se concentró en la conducta de apareamiento del cobaya.[77] Su lema era «observar, medir y registrar», y eso fue justo lo que hizo.[78] Apreció la naturaleza cíclica de las respuestas de apareamiento femeninas, detalló con exactitud en qué momentos del ciclo ovulatorio aparecían y desaparecían conductas particulares, y calculó la correlación entre los cambios cíclicos del estrógeno y la progesterona y las oscilaciones de la respuesta sexual femenina. Como en la rata, las hembras de cobaya exhibían lordosis cuando estaban en celo, «con frecuencia ... acompañada de una vocalización gutural, además de la persecución y monta de otras hembras e incluso machos».[79]

Aunque las hembras ejecutaban «los movimientos de la cópula, salvo la retirada y limpieza de genitales», Young y colaboradores mostraron cierta ambivalencia hacia este comportamiento impropio.[80] Por un lado, describieron tales montas como un ingrediente normal del impulso sexual femenino.[81] Por otro, las etiquetaron como «conducta homosexual en hembras normales».[82] En una serie de experimentos, Young y su equipo comprobaron que lo que inducía la conducta de monta en las hembras era una combinación de estrógeno y progesterona. Para gran sorpresa suya, la testosterona apenas tenía efecto.[83]

La revisión publicada en 1941 por Young de la investigación sobre la conducta de apareamiento en las hembras mamíferas cubría buena parte del mismo territorio que la síntesis publicada por Beach el año siguiente. Sin embargo, Young no se atrevió a postular teorías globales de

tales conductas complejas. «Factores endocrinos, neurales, genéticos, ontogénicos, nutricionales, medioambientales, psicológicos, patológicos y ligados a la edad ... y sin duda otros» se combinaban para generar las conductas de apareamiento. Determinar la responsabilidad de cualquier factor particular parecía casi imposible. «Aun así ... hay que elegir algún punto de partida ... Se han seleccionado las hormonas ováricas no porque sean necesariamente el único factor limitante, sino porque son el medio para inducir el celo mediante procedimientos experimentales y el medio para dilucidar el papel de los otros factores». En otras palabras, las hormonas eran el «gancho», el punto de entrada para la comprensión de los comportamientos sexuales.[84]

Durante la primera parte de su carrera, Young trabajó sobre todo con hembras de cobaya, pero a partir de 1950 su interés se desplazó a los machos. Primero describió y midió con precisión cinco aspectos de la conducta de apareamiento masculina: contacto frontal, olfateo, monta, intromisión y eyaculación.[85] Una y otra vez observó variaciones individuales. Mientras que algunos machos se mostraban muy fogosos, otros apenas parecían interesados en aparearse. ¿Tenían menos testosterona los machos sexualmente tibios? No. Cuando se castró a individuos tibios y fogosos y luego se les inyectó la misma concentración de testosterona a todos, las diferencias individuales se mantenían. Los cobayas más activos sexualmente antes de la castración volvieron a apretar el acelerador a fondo cuando recuperaron sus hormonas. Y los inicialmente tibios continuaron siéndolo incluso después de recibir dosis extra de testosterona. Puesto que la cantidad de hormona circulante no explicaba las diferencias en el deseo sexual, Young postuló que la capacidad de respuesta a la hormona de los tejidos que mediaban la conducta sexual debía variar en cada animal.[86]

Ahora bien, ¿por qué diferían estos tejidos mediadores de un macho a otro? Durante varios años, Young y sus discípulos estudiaron factores tanto genéticos como experienciales. Las diferencias genéticas debidas a la consanguinidad daban cuenta de una parte de la variabilidad. Pero las experiencias sociales tempranas importaban mucho. En algunos experimentos se separó de sus hermanos a un recién nacido al que durante sus primeros diez a veinticinco días de vida se mantenía con la única compañía de su madre y luego en aislamiento total de sus congéneres hasta la edad adulta. En una cepa cuyos machos siempre eran sexualmente tibios, el aislamiento tras veinticinco días de lactancia causaba una caída drástica en el rendimiento sexual. En las cepas fogosas, el destete a los diez días seguido de aislamiento rebajaba severamente la respuesta se-

xual. Conclusión: «El contacto con otros animales tiene una acción organizadora sobre el desarrollo de la pauta copulatoria del cobaya macho».[87]

A finales de los cincuenta, Young y su equipo habían completado estudios exhaustivos de las conductas de apareamiento de machos y hembras. En los muchos experimentos llevados a cabo por Young, Beach y otros desde los años treinta, las hormonas se comportaban en gran medida conforme a lo postulado por Beach. De una manera u otra, podían estimular la expresión de potenciales «previamente organizados o determinados por factores genéticos y experienciales».[88] Pero otros experimentos sugerían que la influencia hormonal al principio del desarrollo podía tener efectos a largo plazo sobre el comportamiento, no evidentes hasta que el animal maduraba sexualmente. La discrepancia entre estos datos y la teoría de Beach había quedado sin resolver, por lo que Young decidió reabrir la cuestión de los efectos hormonales a largo plazo, y al hacerlo abrió un nuevo capítulo en la historia de la virilidad roedora.

En 1959, cuando la retórica de la guerra fría sobre la homosexualidad, el comunismo y la familia estaba en su punto álgido, Young y tres de sus discípulos publicaron su ahora clásico artículo (al que en adelante me referiré como el artículo de Young, aunque éste era el último de los firmantes) titulado «Acción organizadora de la administración prenatal de propionato de testosterona sobre los tejidos mediadores de la conducta de apareamiento en el cobaya». Había mucho en juego, y lo sabían. El hallazgo de que la exposición prenatal a andrógenos o estrógenos tenía «una acción organizadora que se reflejaría en el carácter del comportamiento sexual adulto» sugería que toda una gama de conductas adultas podría explicarse en gran medida por la química hormonal prenatal. También sugería un paralelismo entre la importancia de las hormonas para el comportamiento y su importancia para el desarrollo anatómico. Por último, la confirmación de esta idea dirigiría «la atención hacia un posible origen de las diferencias comportamentales entre los sexos que tiene importancia *ipso facto* para la teoría psicológica y psiquiátrica».[89]

Este último comentario, que hacía referencia a la obra de John y Joan Hampson sobre el desarrollo de las diferencias sexuales humanas, contenía una señal sutil pero importante. Recordemos (capítulo 3) que durante los años cincuenta los Hampson y John Money habían estudiado el desarrollo de intersexuales humanos criados como varones o mujeres. A diferencia de Beach, que aceptó la homosexualidad humana como parte de una gama natural de comportamientos sexuales, los Hampson veían la homosexualidad y el travestismo como conductas anormales.[90] Al citar su obra, el equipo de Young expresaba implícitamente su de-

sacuerdo con la tesis de la bisexualidad subyacente, y al mismo tiempo sugería que los estudios con cobayas conducirían al hallazgo de una base biológica de la homosexualidad.[91]

La publicación del artículo de 1959 de Young condicionó el estudio de las hormonas y la conducta sexual durante décadas. Los autores proponían una teoría (el modelo organizacional/activacional de la actividad hormonal) que relegaba la síntesis de Beach a los últimos cajones de la historia. ¿Qué hallaron Young y su equipo? ¿Cuál era la formulación inicial del modelo O/A? ¿Cómo fue desplazado el roedor bisexual por el heterosexual (el cobaya masculino o la rata femenina) del centro de la atención?

Young y colaboradores sugirieron que las hormonas pre- o perinatales *organizaban* el tejido del sistema nervioso central de manera que, en la pubertad, las hormonas podían *activar* conductas específicas. Inyectaron testosterona a hembras de cobaya preñadas,[92] y vieron que las madres hormonadas parían intersexos femeninos (llamados *hermafroditas* por los autores del artículo). Todas las crías de sexo femenino expuestas a la testosterona tenían signos anatómicos internos de masculinización. Algunas habían desarrollado genitales externos masculinizados. Cuando estas hembras crecían, tardaban más en entrar en celo a base de inyecciones de estrógeno y progesterona. Sus respuestas de lordosis eran mucho más débiles que las de los controles no expuestos, y «el tan característico gruñido gutural que acompaña a la lordosis en las hembras normales faltaba a menudo o, en algunos individuos, siempre». También montaban vigorosamente a otras cobayas cuando se les inyectaba testosterona. Aparte del gruñido asociado a la lordosis, la cantidad, y no la calidad, distinguía lo femenino de lo masculino. Por ejemplo, en un experimento el 89 por ciento de las hembras control castradas entraba en estro tras una inyección hormonal, en comparación con el 65 por ciento de las hembras tratadas prenatalmente con genitales externos normales, el 22 por ciento de las hembras con genitales masculinizados y el 38 por ciento de los machos castrados (un segundo tipo de grupo de control).[93] La ausencia de estro, el periodo de latencia más largo del estro inducido hormonalmente, el celo más corto, la respuesta de lordosis más corta, los intentos de monta sin inyección de estrógeno/progesterona, todo ello indicaba un decrecimiento de la feminidad y un incremento de la masculinidad. Masculinidad y feminidad se hicieron mutuamente excluyentes. Un incremento de una implicaba un decremento de la otra.

Young y colaboradores habían empezado por las hembras masculinizadas, pero pronto se pusieron a estudiar la feminización de los machos.

Siguiendo la lógica de presencia/ausencia de Jost, razonaron que si la testosterona añadida imponía la masculinidad, entonces su supresión permitiría la expresión de la feminidad subyacente. Castraron ratas o conejos inmaduros «antes de que se completara la acción organizadora del andrógeno», y ya adultos les inyectaron una mezcla de estrógeno y progesterona con objeto de inducir «un comportamiento femenino en respuesta a la monta por machos intactos». Lo que encontraron es que los machos castrados antes de los diez días de edad mostraban una mayor frecuencia de comportamiento femenino, definido en las ratas como estro y lordosis, vibración de orejas, correteos y agachadas. La castración afectaba a la lordosis masculina más llamativamente que a las otras conductas, lo que sugería que no todos los aspectos de la feminidad roedora estaban organizados de manera similar.[94]

Lo que tuvo de especial aquel artículo de 1959 no fueron sus resultados; el propio Young y otros habían publicado resultados comparables diecinueve años antes, y por aquel entonces Beach estaba obteniendo datos similares con perros.[95] Fue la explicación científica de sus observaciones lo que fue relevante. Los autores se preguntaron si la exposición de los embriones a hormonas sexuales afectaba a los sustratos neurales del comportamiento sexual, sustratos que se asumían localizados en «tejidos del sistema nervioso central».[96] Y si era así, ¿fijarían las hormonas fetales el potencial comportamental de un individuo como masculino o femenino de manera permanente? Basándose en la obra de Jost, los autores asumieron que, en el embrión, la testosterona promovía la diferenciación de los genitales masculinos, mientras que la sustancia inhibidora mulleriana causaban la desintegración de las partes femeninas. En el individuo adulto, los ovarios o testículos, el útero o el epidídimo, todos respondían a las hormonas de la pubertad. Pero esta segunda respuesta era más funcional que ontogénica. Young y colaboradores pensaban que algo similar debía pasar con «los tejidos nerviosos mediadores de la conducta de apareamiento». En el embrión, estos tejidos se diferenciaban u «organizaban» en «la dirección masculinizadora o feminizadora»,[97] en el adulto, las hormonas «activaban» los tejidos previamente organizados.

Las ideas expuestas en el artículo de 1959 ampliaron al comportamiento la relación entre hormonas y anatomía postulada por Jost. La testosterona prenatal «realzaba» la «receptividad» a la testosterona adulta, y a la vez suprimía la capacidad para «exhibir los componentes femeninos» tras la administración de estrógeno/progesterona. La testosterona, teorizaban los autores, tenía un papel dual. En primer lugar, acentuaba la masculinidad al incrementar la frecuencia de las montas.

En segundo lugar, suprimía la feminidad al reducir la frecuencia y duración de la lordosis. En el adulto, el estrógeno y la progesterona ejercían de activadores hormonales. La implicación tácita era que el comportamiento femenino está detrás de todo el desarrollo. La testosterona lo suprimía e imponía las capacidades masculinas sobre un sistema femenino subyacente.[98]

El grupo de Young estiró la analogía anatómica para refutar la teoría bisexual de Beach y sus predecesores. «Estos investigadores pusieron el énfasis en la receptividad incrementada de sus cobayas y ratones masculinizados» a los andrógenos inyectados, con la intención aparente de «presentar el cambio como la expresión de una bisexualidad inherente ... La existencia de la bisexualidad se da por sentada. Lo que nosotros sugerimos es que esta bisexualidad adulta es tan inadecuada en los tejidos nerviosos como lo es para ... los tejidos genitales».[99] Aunque no era imposible inducir comportamientos del otro sexo en los adultos, esto era difícil de conseguir. Recurriendo de nuevo a la analogía con la anatomía genital, estos críticos señalaron que tanto machos como hembras contenían vestigios de órganos embrionarios susceptibles de responder a hormonas producidas por el cuerpo adulto, pero que las respuestas de estos órganos vestigiales raramente eran como las de los órganos plenamente formados. La extensión del modelo anatómico de la acción hormonal al comportamiento implicaba un reconocimiento de la posibilidad de una bisexualidad conductual, pero rebajaba sobremanera su importancia, lo que preparó el camino para una visión esencialmente heterosexual de los machos y las hembras.[100]

Young y colaboradores no titubearon en proponer que sus hallazgos irían mucho más allá de las altamente estilizadas conductas reproductivas de las que habían reunido datos.[101] Al rechazar los argumentos psicológicos sobre «el modelado del comportamiento a través de la manipulación del entorno», propusieron que toda pauta de conducta tenía una causa biológica subyacente. En este caso, habían demostrado que la testosterona «actúa sobre los tejidos del sistema nervioso central en los que se organizan las pautas de conducta sexual».[102]

Predicando la palabra

El artículo de Young de 1959 electrizó a los científicos interesados en las hormonas y el comportamiento. A mediados de los sesenta, en las revistas especializadas proliferaban los artículos que validaban la hipóte-

sis O/A en ratas, hámsteres, ratones y monos. La hipótesis se había convertido en una teoría y luego en un concepto.[103] Y como tal, iba bastante más allá de la conducta copulatoria. Con el paso de los años, los científicos la aplicaron al anidamiento, el comportamiento maternal, la agresión, la actividad en campo abierto, la carrera en una rueda de ejercicio, la pelea lúdica, el gusto por lo dulce (en las ratas, las hembras son más golosas que los machos), la evitación condicionada por el sabor, el aprendizaje de laberintos y las asimetrías cerebrales.[104] La fundamentación de la hipótesis O/A en la ya admitida teoría de Jost del desarrollo anatómico, su aparentemente amplio dominio de aplicación, y su foco socialmente aceptable en el desarrollo heterosexual fueron todos factores clave que contribuyeron a su rápida aceptación.[105]

Las ideas de Young no sólo establecieron el programa de investigación en su propio campo. Durante los años sesenta, Young lideró un gran cambio de rumbo en las teorías del comportamiento. Si con anterioridad él mismo y otros habían reconocido la importancia de la variabilidad (genética) individual, la complejidad fisiológica *y* el entorno en el desarrollo del comportamiento sexual, ahora los sociólogos y biólogos adoptaban su foco en las causas hormonales de las diferencias de género. El propio Young tuvo un papel clave al argumentar que la investigación de la importancia de las hormonas para el desarrollo de la conducta de apareamiento en los animales arrojaba luz sobre la condición humana.

Este cambio de rumbo en el pensamiento de Young puede apreciarse en su exhaustiva revisión de 1961 titulada «Las hormonas y la conducta de apareamiento». Aquí, aunque repasa experimentos anteriores que evidencian la variabilidad individual en el comportamiento de la rata y el cobaya, así como la importancia de la experiencia en el desarrollo de las conductas sexuales, parece más impresionado por el sensacional descubrimiento de que las hormonas prenatales también influenciaban en dichas conductas. También volvió a insistir en el potencialmente largo alcance de la teoría O/A, y su eventual aplicación a una variedad de conductas no reproductivas para las que se habían encontrado diferencias sexuales. Y, aun reconociendo la extendida creencia en «factores psicológicos» relevantes para el desarrollo de la conducta sexual humana, barruntó una nueva ola: si, como había predicho, las hormonas prenatales resultaban afectar a una multitud de conductas, entonces se establecería un vínculo entre «el trabajo de los embriólogos experimentales ... y el trabajo de los psicólogos y psiquiatras» que necesitarían comprender el desarrollo de los tejidos nerviosos.[106]

Hacia el final de su vida (falleció en 1965), a medida que sus anti-

guos discípulos adquirieron prestigio, Young abogó por una reorganización de las fronteras disciplinarias que abarcase el estudio del comportamiento animal y humano. En un artículo principal de *Science* (la revista oficial de la Asociación Americana para el Avance de la Ciencia) publicado en 1964, Young, Charles Phoenix y Robert Goy escribían: «Sin ignorar la influencia de factores psicológicos, que sabemos grande, ni la necesidad de observaciones minuciosamente registradas de las conductas, vaticinamos que, cada vez más, los materiales y técnicas empleados serán los del neurólogo y el bioquímico». De hecho, a finales de los sesenta el conocimiento del desarrollo del comportamiento sexualmente dimórfico había experimentado un vuelco. Las diferencias genéticas individuales y la importancia de las interacciones sociales (incluso para los roedores) se hicieron menos visibles.[107] Casi nadie mencionaba el hecho de que los machos prenatalmente «organizados» por la testosterona aún necesitaban una organización posnatal a través del contacto social. Como resultado, los comportamientos masculino y femenino en los roedores (como en el caso humano, para el que servían de modelo) se veían ahora más estereotipados, y más rígidamente determinados por el entorno hormonal prenatal.

Esto ocurría a pesar de los esfuerzos de muchos investigadotes eminentes por mantener a raya los modelos ontogénicos unifactoriales. Ante una audiencia interdisciplinaria que incluía expertos sobre el desarrollo humano, Charles Phoenix dijo que esperaba que «el concepto de la acción organizadora del andrógeno prenatal no diera pie a discusiones trilladas de herencia frente a entorno, o se entendiera como una teoría fatalista que hace inútil el estudio del efecto del entorno sobre el desarrollo del comportamiento sexual normal». Pero los proponentes de la teoría O/A fueron incapaces de integrar sus observaciones de los efectos tempranos de las hormonas con sus observaciones de los determinantes ambientales del comportamiento sexual. De hecho, su propia hipótesis de trabajo fue un impedimento para esta integración, porque adolecía de las mismas dificultades que la descripción sexo/género de los cuerpos humanos. Desarrollo y experiencia, naturaleza y crianza, nunca están separados. Así pues, la frase final de este pasaje de Phoenix no hace más que replantear el problema que esperaba podet sortear: «Lo que se sugiere aquí es un mecanismo por el cual la información codificada en el material genético se traduce en morfología y, en última instancia, comportamiento». En otras palabras, el cuerpo viene primero, y la experiencia se sube al carro. Con este modelo no es posible escapar a las «discusiones trilladas de herencia frente a entorno».[108]

Mientras que la teoría O/A arraigó profundamente en los sesenta, a mediados de los setenta las definiciones aceptadas de la masculinidad y la feminidad roedoras fueron puestas en tela de juicio, sobre todo por Frank Beach y su escuela, inspirada por el pujante movimiento de liberación femenina.[109] El papel del estrógeno en el establecimiento de los comportamientos tanto masculino como femenino volvió a ser tema de debate, y se contempló la posibilidad de que masculinidad y feminidad discurrieran por líneas paralelas y no opuestas.[110] Desde su posición de editor fundador de la revista *Hormones and Behavior*, que enseguida se convirtió en la opción preferente para publicar artículos sobre hormonas y comportamiento sexual, Beach arremetió contra la teoría O/A.[111] La respuesta inmediata en la prensa científica o en forma de experimentos explícitos fue escasa, y él mismo apenas volvió a insistir en el tema por un tiempo (como si considerara que la andanada había sido excesiva y no quisiera comprometer los lazos personales con sus adversarios profesionales, demasiado valiosos incluso para un científico tan renombrado).[112]

Pero Beach no dejó de creer en un modelo bisexual del desarrollo adulto. Tras recordar a sus lectores que las hembras adultas no tratadas no sólo montan a otros animales, sino que empujan con un movimiento de vaivén, concluyó que «el sistema nervioso de la rata hembra es capaz de mediar todas las respuestas masculinas, con la notable excepción de la eyaculación».[113] Si uno quería entender las relaciones entre hormonas y comportamiento, sentenció Beach, sería mejor estudiar los factores inmediatos desencadenantes de conductas concretas que construir «mecanismos cerebrales imaginarios». No obstante, en los años setenta Beach había hecho balance de lo que se sabía sobre «una bisexualidad básica del cerebro», y había concedido que en los machos genéticos los comportamientos masculinos eran más fáciles de activar que los femeninos, y al revés en las hembras. Además, en ambos sexos el repertorio conductual femenino era más sensible a la estimulación estrogénica, mientras que el masculino respondía antes al andrógeno.[114] Para Beach, una «bisexualidad básica» no implicaba una ausencia de diferencias sexuales.

Mientras Beach publicaba unos cuantos artículos más criticando los procedimientos experimentales empleados para estudiar los efectos de las hormonas prenatales,[115] y otros reexaminaban los efectos de las hormonas sobre el desarrollo genital,[116] un informe de que el andrógeno neonatal producía diferencias anatómicas medibles en el hipotálamo parecía confirmar la hipótesis organizacional.[117] Pero las cosas eran más complejas. Un resumen de una sesión de trabajo para juzgar el «estado de la cuestión» de las hormonas y las diferencias sexuales concluyó que

«a pesar de la evidencia contraria a la influencia completamente determinante de las estructuras periféricas, está claro que la expresión del comportamiento sexual adecuado es parcialmente dependiente de las estructuras periféricas adecuadas. Cuando se observa, la supresión del comportamiento debe interpretarse con cautela, y hay que pensarlo dos veces» antes de concluir que el sistema nervioso central es el único culpable.[118]

Al final, Beach aceptó la evidencia de que las hormonas prenatales podían afectar el desarrollo cerebral de manera permanente. Aun así, continuó recordando a cualquiera que quisiera escucharle que la interacción hormona/comportamiento era compleja y dependía de la constitución genética, de la condición física y emocional del individuo, y de su historia personal.[119] En 1981, el psicólogo Harvey Feder, uno de los expertos en hormonas de la nueva generación, encontró que la analogía con los estudios anatómicos de Jost había dejado de ser útil, y que «hasta podría ser contraproducente».[120] En la década posterior a la crítica de Beach se habían acumulado pruebas de los efectos prenatales de las hormonas sobre la anatomía cerebral. Pero la relación entre los cambios anatómicos y el comportamiento seguía (y sigue) sin aclararse.[121] Beach no se equivocaba al decir que los circuitos cerebrales básicos que gobiernan la conducta suprimida se mantienen en el cerebro adulto; Young tampoco se equivocaba al decir que se requerían circunstancias especiales para hacerlos entrar en juego. Aunque algunas de las críticas de Beach no han resistido la prueba del tiempo, la teoría O/A siguió planteando problemas. Muchos de ellos tenían que ver de una manera u otra con la conceptualización óptima de las diferencias de género. En los años setenta, el largo brazo del movimiento de liberación femenina se introdujo en el laboratorio.

La liberación de la rata hembra

Beach era una voz minoritaria en una época sexualmente conservadora. Pero los científicos no podían permanecer ajenos a los debates políticos y sociales suscitados por gente como Betty Friedan, cuyo muy vendido libro *La mística de la feminidad*, publicado en 1963, dinamitó el idilio de la familia suburbana. Después de que en 1966 Friedan fundara la Organización Nacional para la Mujer, otros movimientos promotores del cambio social (el movimiento por los derechos civiles, el movimiento pacifista y, con los disturbios de Stonewall en 1969, el movimiento de

liberación gay) ganaron visibilidad.[122] Para cuando Money y Ehrhardt publicaron su *Man and Woman, Boy and Girl* (1972), una obra revolucionaria sobre la biología del desarrollo sexual, el movimiento de liberación femenina era una fuerza a tener muy en cuenta. Money y Ehrhardt se figuraron que no complacerían a nadie: «Los defensores de la supremacía masculina querrán citar los hallazgos del capítulo 6» relativos al efecto de las hormonas fetales sobre el desarrollo cerebral «y dejar de lado los capítulos 7 y 8», donde se discute la importancia del entorno para la formación de la identidad de género; «los defensores de la liberación femenina, en cambio, atenderán principalmente a los capítulos 7 y 8 y dejarán de lado el capítulo 6».[123]

Y en 1974 el psicólogo Richard Doty publicó un artículo titulado «Un llamamiento por la liberación de la hembra roedora: cortejo y cópula en los roedores» (véase la figura 8.3). Doty, que había completado sus estudios posdoctorales bajo la supervisión de Frank Beach, señaló que las hembras per se habían sido menos estudiadas. Durante los años sesenta, sólo el 20 por ciento de los artículos sobre la cópula de las ratas publicados en *Journal of Comparative and Physiological Psychology* se centraba en las hembras. Otro 68 por ciento se centraba sólo en los machos, mientras que el 12 por ciento se ocupaba de ambos sexos.[124] Doty también criticó el procedimiento estándar para evaluar la conducta sexual en el laboratorio, una crítica de enorme trascendencia, porque dicho procedimiento es el meollo de los experimentos en los que se sustenta la teoría O/A.[125]

Al concebir las mejores maneras de observar la conducta sexual femenina, la mayoría de científicos intentaba mantener constante el comportamiento de la hembra examinada. Se solía poner a los machos en una pequeña caja de observación y se les permitía oler y acostumbrarse a su entorno. Una vez el macho de turno se sentía cómodo, los científicos introducían a la hembra. El macho la montaba unas cuantas veces mientras ella arqueaba el dorso para permitir la intromisión y la eyaculación. Los machos experimentados llegaban a conocer el procedimiento muy bien, y se excitaban tanto de antemano, escribió un experto en ratas, «que cuando al final se introduce a la hembra, el macho no se molestará en inspeccionarla para ver si está en estro», sino que intentará montarla sin más.[126] Aún hoy, la mayoría de investigadores intenta minimizar la variabilidad femenina, para lo cual se introduce a menudo a las hembras en cámaras circulares sin esquinas, con lo que se evita que se arrinconen para impedir la monta. Para los estudios hormonales suelen emplearse machos sexualmente experimentados, porque la conducta



FIGURA 8.3: La liberación de la rata hembra. (Fuente: Alyce Santoro, para la autora)

precopulatoria de los inexpertos, monta incluida, depende del comportamiento de solicitación de la hembra.[127] (No puedo dejar de pensar en esto como la versión roedora de la tradición de la mujer mayor que introduce al joven en el mundo sexual adulto.)

De hecho, cuando los experimentadores permitían la elección femenina, comenzaban a pasar cosas curiosas. Doty mencionó experimentos en los que las hembras tenían que *desear* copular (un deseo expresado por el accionamiento de una palanca para tener acceso a un macho). En esta situación las hembras espaciaban sus contactos sexuales (y, por ende, los de los machos) de una manera que quizá reflejaba mejor su conducta en libertad. La variación del diseño experimental también afectaba a los resultados de los experimentos de exposición hormonal pre- o perinatal. El psicólogo Roger Gorski describió experimentos en los que primero permitía a una hembra tratada perinatalmente con andrógenos que se acostumbrara a su área de observación. De acuerdo con la teoría O/A, el tratamiento androgénico prenatal debería haber suprimido la lordosis (la medida de su feminidad). En efecto, esto es lo que pasaba cuando simplemente se introducía a la hembra en una caja donde la esperaba un macho. Pero cuando Gorski invirtió las tornas e introdujo al macho después de permitir que la hembra inspeccionara su nueva caja durante un par de horas, observó que «la mayoría de hembras exhibía un elevado CL» (cociente de lordosis, una medida estándar que se obtiene dividiendo el número de montas inductoras de lordosis por el número total de montas). Los efectos organizadores permanentes del andrógeno en el cerebro femenino parecían haber desaparecido.[128] Gorki señaló que su resultado indicaba que la masculinización de las hembras tratadas con andrógeno depende del contexto.[129]

El que los efectos del tratamiento hormonal prenatal dependieran del contexto experimental no fue la única constatación que hizo tambalear la teoría O/A en los años setenta. Algunos investigadores, liderados por Frank Beach, pusieron en tela de juicio el modelo imperante de la masculinidad y la feminidad en los roedores. Beach distinguió tres componentes del comportamiento heterosexual femenino: *atractividad* (el grado en que la hembra atrae al macho), *proceptividad* (el grado en que la hembra se siente atraída por un macho y solicita activamente la cópula) y *receptividad* (la disposición pasiva de una hembra a copular).[130] En el montaje experimental estándar, los investigadores solían medir sólo la componente de receptividad pasiva del comportamiento femenino. Pero algunos experimentos sugerían que las hormonas prenatales podían afectar a la receptividad sin influir en la proceptividad o la atractividad.[131] Así pues, argumentó Beach, cualquier buena teoría que relacione las hormonas con el comportamiento debería tener en cuenta la complejidad del mismo.[132]

Un segundo desafío teórico, igualmente importante, a la teoría O/A giraba en torno a una cuestión aún más amplia: la relación entre la masculinidad y la feminidad. Si un animal (o persona) era extremadamente masculino (se mida como se mida la masculinidad), ¿significaba eso que, por definición, era *no* femenino? ¿O la masculinidad y la feminidad eran entidades separadas e independientes una de otra? (Recordemos la observación de Beach de que los machos que respondían con una lordosis a los intentos de monta por otros machos también montaban a las hembras y engendraban descendencia.) ¿Cómo podían algunos individuos ser masculinos y femeninos al mismo tiempo?

El artículo de Young de 1959 había implicado que la masculinidad y la feminidad eran mutuamente excluyentes. Cuanto más masculino era un cobaya, menos femenino, y viceversa. El psicólogo Richard Whalen, otro discípulo de Beach, encontró que en las ratas esto no estaba tan claro. En las circunstancias adecuadas, podía obtener machos y hembras proclives tanto a montar a otros como a dejarse montar, con lordosis incluida. En otras palabras, las respuestas masculina y femenina no eran mutuamente excluyentes, sino que más bien eran «ortogonales»[133] (véase la figura 8.4). Más adelante, Whalen y Frank Johnson complicaron las cosas, manipulando las dosis hormonales y tiempos de estimulación, con objeto de mostrar que la masculinización misma tenía al menos tres componentes fisiológicas independientes.[134] Whalen propuso un modelo ortogonal de la sexualidad murina en el que masculinidad y feminidad variaban de manera mutuamente independiente. El mismo animal

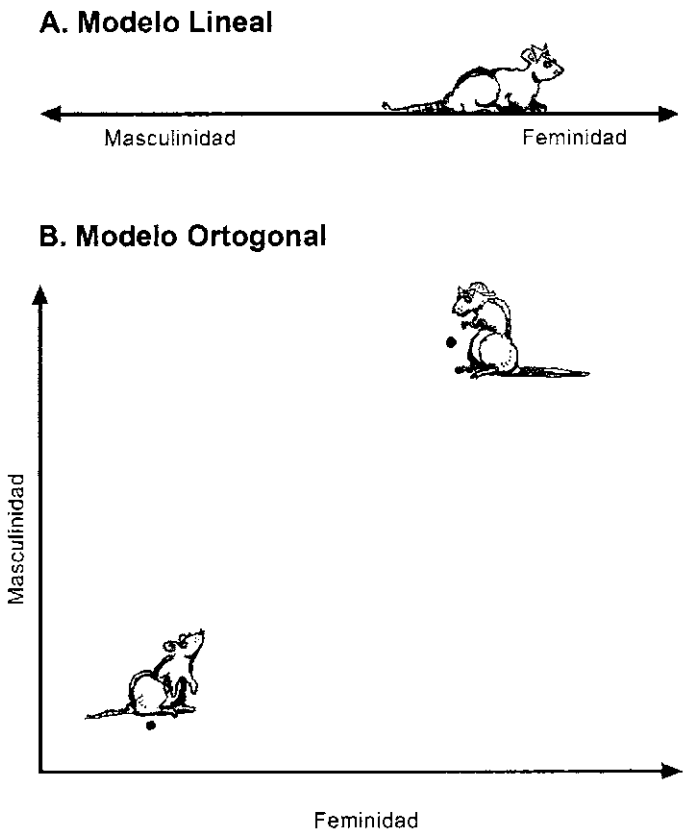


FIGURA 8.4: A: modelo lineal de la masculinidad y la feminidad. A medida que un animal se hace más femenino, también debe hacerse menos masculino. B: modelo ortogonal de la masculinidad y la feminidad. El animal de la esquina superior derecha exhibe muchos rasgos femeninos *y* muchos rasgos masculinos. (Fuente: Alyce Santoro, para la autora)

podía ser a la vez muy masculino *y* muy femenino, muy femenino y nada masculino (o viceversa) o poco de ambas cosas.

Si la obra de Beach y sus discípulos venía a reflejar la insistencia feminista en que la pasividad no definía la feminidad y que los comportamientos masculino y femenino se solapaban de manera significativa, otros investigadores parecían beber de la misma fuente de ideas. Por ejemplo, Whalen publicó su modelo ortogonal el mismo año en que la

psicóloga Sandra Bem popularizaba la idea de la androginia y concebía una escala para medir las variaciones independientes de la masculinidad y la feminidad en las personas. El hecho de que ninguno conociera la obra del otro sugiere que la idea de la independencia mutua de la masculinidad y la feminidad estaba «en el aire», aunque la ruta por la que llegó a Whalen y Bem es difícil de precisar.[135]

Siguiendo la guía de Whalen, los científicos modificaron su terminología. El término *desfeminización* vino a significar la supresión de conductas típicamente femeninas (como la lordosis) en las hembras genéticas, mientras que *masculinización* se aplicaba a la expresión aumentada de conductas típicamente masculinas en las hembras genéticas. Una terminología paralela se aplicaba a los machos genéticos: los tratamientos *desmasculinizantes* rebajaban la frecuencia de conductas típicamente masculinas, mientras que los *feminizantes* aumentaban la de las conductas típicamente femeninas. El uso de estos términos tuvo el efecto inesperado de «propiciar preguntas sobre la bisexualidad espontánea que podrían haberse pasado por alto en un marco teórico diferente».[136]

El clima de los setenta, con su énfasis en la androginia humana, el clamor del movimiento feminista y el naciente movimiento gay, contribuyó a hacer visibles ciertos problemas que planteaba la visión científica de la biología sexual roedora. Incluso a nivel bioquímico, resultó que las distinciones sexuales estaban lejos de ser nítidas. De hecho, durante los años setenta los bioquímicos comprobaron que la testosterona, la más masculina de las moléculas, solía ejercer su influencia sobre el desarrollo cerebral sólo después de haberse transformado (a través de un proceso químico llamado *aromatización)* ¡en estrógeno! La reacción de los científicos que descubrieron el fenómeno, que una vez más hacía difícil conceptualizar estas hormonas esteroides como hormonas sexuales específicas, evocó la provocada en los años treinta por el descubrimiento de actividad estrogénica en la orina de los caballos sementales: lo encontraron paradójico o sorprendente. No obstante, el papel del estrógeno en el desarrollo sexual había vuelto a atraer la atención.[137]

La rata gay

A lo largo de los ochenta, los sociólogos acudieron a la biología para explicar las prácticas sexuales humanas, mientras que la influencia de la nueva aceptación social y redefinición de la diversidad humana se dejó sentir en los programas de investigación de los biólogos. En 1981, los

investigadores Alan Bell, Martin Weinberg y Sue Hammersmith publicaron un estudio titulado *Sexual Preference: Its Development in Men and Women*. Habían entrevistado a cientos de homosexuales para obtener información sobre sus historias pasadas, vidas familiares y relaciones con sus madres, padres, hermanos y demás. No encontraron ningún factor destacable como causa de la homosexualidad. Aunque no habían estudiado las componentes biológicas de la homosexualidad, los autores dedicaron un capítulo breve al tema, donde mencionaban que las hormonas prenatales podían afectar al desarrollo cerebral.[138] Similarmente, los médicos interesados en la endocrinología humana y la adquisición del género prestaron atención y contribuyeron a la investigación sobre las hormonas y el desarrollo animal, interaccionando a menudo con los expertos en roedores.[139] Los más vinculados al mundo de la neuroendocrinología habían estado comprobando la teoría de los efectos hormonales prenatales, valiéndose de la intersexualidad humana (sobre todo mujeres con hiperplasia adrenocortical congénita y varones con síndrome de insensibilidad a los andrógenos) como análogos humanos de los roedores castrados.

A medida que nuevas y más complicadas explicaciones de la homosexualidad humana comenzaron a tomar forma en el debate público, los investigadores del comportamiento animal empezaron a reevaluar sus propios experimentos sobre la sexualidad roedora. Cuando dos décadas antes Beach insistió en que los roedores eran inherentemente bisexuales, quería decir que las hembras tenían el potencial de exhibir una conducta de apareamiento masculina. Esto significaba que podían perseguir y montar a otro animal, fuera del sexo que fuera. Similarmente, los machos tenían el potencial de exhibir conductas típicamente femeninas, incluyendo la vibración de orejas y la lordosis. Puesto que los mismos machos que exhibían estos ademanes femeninos no se privaban de montar vigorosamente a las hembras y engendrar descendencia, y las mismas hembras que intentaban montar a otras también se dejaban fecundar y criaban a sus retoños, Beach conceptualizó el sistema neurológico subyacente como bisexual.[140] Al mismo tiempo, Kinsey advirtió de que aplicar los términos *homosexual* y *bisexual* a los animales era «desafortunado», porque propiciaba que los médicos clínicos malinterpretaran gravemente los experimentos con animales.[141] El tiempo ha demostrado que la preocupación de Kinsey estaba fundada. Irremediablemente, los estudios de la sexualidad animal y de la humana se han confundido mutuamente.

Durante los años ochenta, los investigadores médicos defendieron

con vigor la idea de que la homosexualidad humana era resultado de una exposición prenatal a una cantidad o calidad de hormona indebida, y a menudo asumieron que esta causa de homosexualidad ya se había demostrado en animales. Pero el auge del movimiento gay aportó nuevos términos al debate nacional. Mientras que la naturaleza de la vida homosexual se hizo más visible, aparecieron profundas fisuras en el terreno de la sexualidad animal. Por ejemplo, se consideraba que un macho de rata que arqueaba la espalda al ser montado por otro macho tenía un comportamiento homosexual, mientras que el montador se comportaba como correspondía a un macho heterosexual. La analogía humana sugeriría que sólo un miembro de una pareja de varones es homosexual, pero lo que se suele entender es que cuando dos hombres se relacionan sexualmente es que ambos son homosexuales.[142] Lo mismo vale para las hembras: sólo la hembra montadora se contemplaba como eventualmente homosexual. Aunque esta visión de las parejas lésbicas humanas fue típica durante los años veinte, en los ochenta se creía que ambos miembros de una pareja del mismo sexo son igualmente homosexuales. Pronto los científicos se pusieron a debatir acaloradamente sobre la conveniencia de aplicar modelos animales a las personas.[143]

Durante los años ochenta, los términos *orientación sexual* y *preferencia sexual* se convirtieron en sustitutos de la palabra *homosexual*. Parecían como más correctos, más benignos, y al evitar un término ideológicamente cargado como *homosexual* servían mejor al movimiento gay. En lo que respecta a la retórica, permitieron hacer campaña contra la discriminación basada en la orientación o preferencia sexual. Pero estas expresiones denotaban nuevos conceptos que a su vez llevaron a los científicos a reorganizarse. Hacia el final de la década de los ochenta, la psicóloga experimental Elizabeth Adkins-Regan llamó la atención sobre la importancia de aplicar la noción de «preferencia u orientación sexual» a los estudios con animales. Además de que la mayoría de estudios sobre hormonas y comportamiento reproductivo en roedores simplemente no examinaba la orientación o preferencia sexual porque a los animales nunca se les daba elección, cualquier estudio de la elección de los apareamientos tenía que distinguir entre la preferencia sexual y la social.[144] Por ejemplo, los animales que vivían en grupos de machos o de hembras y se apareaban sólo durante la época del celo podrían preferir relacionarse socialmente con individuos de su mismo sexo, aunque sus preferencias de apareamiento fueran estrictamente heterosexuales.

A medida que cambió la conciencia cultural de la homosexualidad humana, también cambiaron los experimentos con ratas. Mi propia re-

visión de artículos publicados en *Hormones and Behavior* entre 1978 y 1998 muestra que el primer artículo cuyo título incluye el término *preferencia sexual* se publicó en 1983. Luego no vuelve a aparecer hasta 1987, y de ahí a 1998 se publicaron otros 17 artículos que trataban de la elección, preferencia u orientación sexual (en animales). Para solucionar el problema de estudiar la preferencia sexual en roedores con un diseño experimental que no daba elección al animal, un grupo de etólogos holandeses concibió un nuevo sistema específicamente diseñado para el estudio de la orientación sexual en ratas. Dividieron una caja abierta en tres compartimientos. En el central, el animal se mueve libremente y puede elegir sentarse junto a uno de dos compartimientos (o a veces entrar), el primero de los cuales contiene un macho sexualmente activo y el segundo una hembra en celo. El animal a prueba puede elegir estar con uno u otro de los llamados animales estímulo, o puede elegir la soledad. Si un macho pasa más tiempo con la hembra, se asume que es heterosexual, mientras que si dedicara más tiempo a rondar al macho estímulo, ello sería indicio de homosexualidad. En este montaje, las ratas también pueden expresar opciones bisexuales o asexuales. En los años cuarenta los roedores eran «bisexuales». Ahora tienen «preferencias» y «orientaciones». Si montan o arquean la espalda es otra historia.[145] Una vez más, vemos que la experimentación y la cultura son coproductores del conocimiento científico,[146] y este conocimiento híbrido a su vez conforma los debates sociales sobre la homosexualidad humana.[147]

La comprensión de la sexualidad roedora

En vez de intentar divorciarnos de la cultura y pretender que los científicos podemos crear conocimiento libre de valores, lo cual es imposible, supongamos que incluimos nuestras situaciones culturales. Supongamos que nos esforzamos en crear descripciones de la sexualidad roedora que tengan en cuenta desde los genes hasta la cultura (cultura roedora, se entiende) como elementos de un sistema indivisible que genera el comportamiento adulto. Éste relato se parecería más a «Dragones y mazmorras» que a la «Caperucita roja». Los elementos de dicho relato ya existen en la literatura científica. Ahora hay que organizarlos.

A grandes rasgos, la teoría O/A establece que, durante el periodo pre- (cobayas) o peri- (ratas) natal, las hormonas (usualmente la testosterona, aunque algunos piensan que la clave está en el estrógeno) afectan

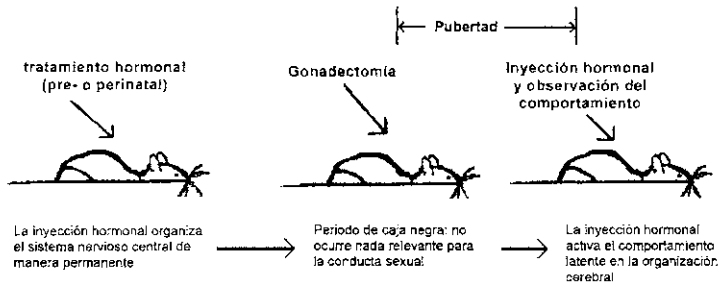


FIGURA 8.5: Panorama del diseño e interpretación de los experimentos que condujeron a la teoría organizacional/activacional de la relación entre hormonas y comportamiento.

al desarrollo cerebral de manera permanente. De algún modo (aunque aún no está claro cómo),[148] ciertas estructuras cerebrales se consagran a conductas futuras como la monta o la lordosis (véase la figura 8.5). La pubertad activa las vías nerviosas previamente organizadas y el comportamiento se hace visible. Beach, Young y los brillantes etólogos que han seguido sus pasos han visto que este cuadro es estático y simplista, e incapaz de integrar al animal en desarrollo dentro de su entorno. Entonces, ¿por qué no han propuesto visiones más dinámicas de la sexualidad roedora?

Los experimentos están ahí. Lo que falta es la voluntad y la teoría. Si se continúa asumiendo que, en la interacción entre naturaleza y crianza, la naturaleza lo inicia todo en algún momento temprano del desarrollo fetal, y sólo después entra en juego la crianza, es imposible una resolución. A menudo los científicos hablan en términos de «predisposiciones», inclinaciones naturales que la experiencia y las interacciones sociales pueden modificar, pero con mayor o menor dificultad. Una revisión profunda de la interacción entre las influencias sociales y hormonales sobre las diferencias sexuales en el macaco rhesus ha concluido que la naturaleza necesita de la crianza y que la crianza necesita de la naturaleza.[149] Esto es casi correcto, pero el dualismo naturaleza/crianza aún persiste. Lo que sugiero es que cambiemos nuestra visión (algo así como ponerse unas gafas para ver en tres dimensiones) para poder apreciar que naturaleza y crianza constituyen un sistema dinámico indivisible. Este enfoque sistémico de la psicología evolutiva no es nuevo, pero hasta ahora apenas se ha aplicado.[150]

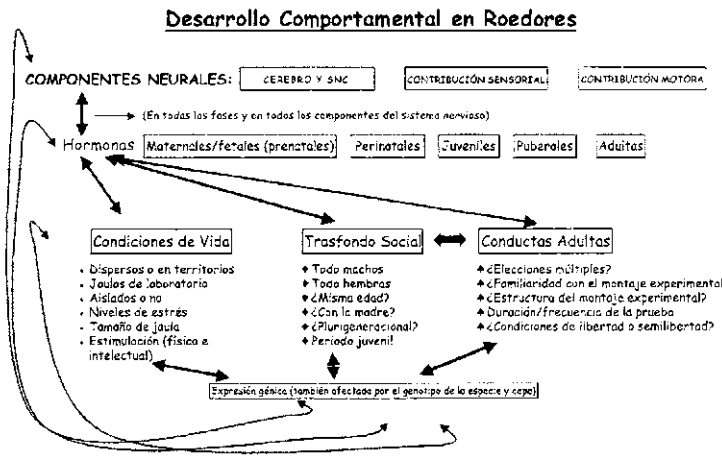


FIGURA 8.6: Una descripción enriquecida del desarrollo comportamental en roedores.

Los animales se desarrollan en un entorno. En el útero, ese entorno incluye la fisiología materna. La química corporal de una madre es resultado de su comportamiento. ¿Qué come? ¿Está en una situación de estrés? ¿Cómo responden sus hormonas a todo ello?[151] La experiencia vital antes del nacimiento también puede depender del tamaño de la camada, y hasta de si el feto se encuentra entre dos hermanos de sexo opuesto.[152] Además, los propios movimientos y respuestas nerviosas espontáneas del feto pueden afectar a su desarrollo.[153] Pero esto es sólo el principio. Las camadas de los roedores son numerosas, y el número y tipología de los hermanos afecta a su conducta tras el nacimiento,[154] igual que la interacción con sus madres. El ciclo vital entero, desde antes del nacimiento hasta la edad adulta, pasando por el destete, los juegos infantiles y la pubertad, proporciona oportunidades de pasar por experiencias clave para el desarrollo de la respuesta sexual (véase la figura 8.6).

¿Cómo podrían cooperar las experiencias vitales y las hormonas para producir el comportamiento adulto? Veamos algunos ejemplos ilustrativos. En un artículo clásico sobre la teoría O/A, Harris y Levine señalaron que las ratas hembras tratadas con hormonas tenían aberturas vaginales más pequeñas, más redondeadas o con otras anormalidades.[155] Otros encontraron que todas las hembras sometidas a una exposición perinatal a

andrógenos tenían la vagina ocluida, y la mayoría (el 91 por ciento) tenía agrandado el clítoris.[156] Además, las hembras expuestas a la testosterona eran de mayor tamaño que las otras.[157] Estas diferencias físicas podrían conducir fácilmente a distintas experiencias de aprendizaje. Las hembras más grandes podrían aprender a montar más a menudo, y las provistas de un clítoris agrandado podrían encontrar ciertas formas de actividad sexual especialmente placenteras. De Jonge, por ejemplo, ha ofrecido pruebas de que la progesterona incrementa la libido de una rata hembra sólo si media una gratificación sexual. Una vagina cerrada puede hacer que una hembra se muestre menos receptiva a la monta, lo que se traduciría en menos experiencias juveniles y menos proclividad a la lordosis en la edad adulta. No obstante, los tratamientos químicos cuidadosamente dosificados pueden dar un animal con genitales de aspecto normal que, sin embargo, exhibe un comportamiento alterado. Así pues, los cambios en el comportamiento no se explican sólo por unos genitales alterados.[158]

Beach, Young y muchos otros ofrecen una abundante evidencia de la importancia de las interacciones sociales para el desarrollo de las conductas de apareamiento. Los animales criados en aislamiento son sexualmente incompetentes,[159] y tener compañía no basta. La *clase* de compañía también es importante. ¿Qué componentes de la crianza contribuyen al desarrollo de las conductas sexuales? En un conjunto de experimentos con ratas, el 15 por ciento de los machos normales criados en aislamiento exhibían lordosis; la proporción se elevaba a la mitad en los criados con hembras de la misma edad, y al 30 por ciento en los criados con otros machos.[160] Las razones de estas diferencias no se conocen; pero conductas como la lordosis, en cuyo desarrollo intervienen hormonas perinatales, también dependen sobremanera de las circunstancias de la crianza.[161]

¿Y qué decir de los cinco sentidos? La testosterona no sólo afecta a los genitales y el cerebro. Por ejemplo, las crías de rata huelen distinto según su sexo. Esta diferencia dependiente de la testosterona induce a las madres a lamer a sus hijos con más frecuencia y vigor que a sus hijas, especialmente en la región anogenital. Esta conducta materna afecta a su vez al comportamiento sexual adulto. Los machos criados por madres con las fosas nasales bloqueadas (y que, en consecuencia, los lamían menos) tardaban más en eyacular y tenían un periodo refractario más largo entre eyaculaciones. La psicóloga Celia Moore y colaboradores también han reportado que los machos criados por madres remisas a lamerlos tenían menos neuronas motoras en una región de la médula espinal aso-

ciada al reflejo eyaculatorio. En otras palabras, el desarrollo de una parte del sistema nervioso central (una región específica de la médula espinal) está influenciado por el comportamiento maternal. Aquí el efecto de la testosterona es sólo indirecto (sobre el olor estimulador del lamido).[162]

Los machos inmaduros también pasan más tiempo acicalándose los genitales que las hembras, y esta estimulación adicional acelera el viaje a la madurez reproductiva. Similarmente, las ratonas maduran antes si permanecen en la vecindad de ciertos olores.[163] Es decir, el crecimiento de un roedor depende en parte de su propio comportamiento. Aquí naturaleza y crianza no están separadas. El equilibrio hídrico y salino, la extensión de las patas y la emisión de orina (todo lo cual difiere en las crías de uno y otro sexo) afectan a la conducta materna de lamido. Parece ser, pues, que el cerebro es sólo uno entre una variedad de elementos afectados por la exposición temprana a las hormonas. Unos elementos son anatómicos, otros fisiológicos, otros comportamentales y otros sociales. Todos forman parte de un sistema unitario.[164]

El tratamiento hormonal también afecta al desarrollo muscular y nervioso aparte del cerebro. Por ejemplo, las ratas machos tienen un juego de tres músculos, necesarios para la erección y la eyaculación, fijados al pene. Estos músculos están inervados por neuronas que parten de la médula espinal inferior. Músculos y nervios acumulan andrógenos necesarios para la función sexual. En las hembras, uno de estos músculos degenera poco después del nacimiento a menos que reciba andrógeno durante un periodo concreto.[165] No sabemos si los cambios comportamentales (en particular la proclividad a montar a otros individuos) mediados por la testosterona tienen algo que ver con la presencia de este músculo en las hembras, pero sí sabemos que la actividad sexual de una rata macho afecta al tamaño de las neuronas motoras que inervan estos músculos. En este ejemplo, «las diferencias de comportamiento sexual causan, más que son causadas por, las diferencias de estructura cerebral».[166]

¿Y qué hay de la pluriculturalidad roedora? De nuevo, Beach, Young y otros mostraron hace años que distintos linajes genéticos exhibían pautas de actividad sexual diferentes.[167] Un modelo adecuado del comportamiento sexual debe incluir las diferencias genéticas individuales e incorporar los efectos de un largo periodo de interacción materno-filial, así como la experiencia obtenida de los hermanos, los compañeros de jaula y las parejas sexuales. En los últimos tiempos sólo los estudios de Moore y de De Jonge y colaboradores han analizado los efectos hormonales sobre la conducta en este marco más complejo, pero todavía restringido a un entorno supersimplificado: el laboratorio. No hay garan-

tía de que los efectos hormonales sobre la conducta sexual demostrados en situaciones de laboratorio tengan mucho poder explicativo en las poblaciones naturales.[168]

La teoría O/A prácticamente ignora los posibles efectos hormonales desde poco después del nacimiento hasta la pubertad. La relevancia de las hormonas en este periodo varía según la especie. En algunos casos, las hormonas ováricas pueden afectar al desarrollo de conductas ligadas al sexo más o menos continuamente hasta la pubertad. En las ratas, la expresión de la conducta de apareamiento femenina era mayor en machos castrados con ovarios injertados en momentos variables. Los animales injertados también pesaban menos en la pubertad, y esta diferencia de peso era proporcional al tiempo pasado desde el injerto.[169] Además, las secreciones durante el desarrollo posnatal pueden modificar la respuesta de las hembras adultas al estrógeno.[170]

Aunque muchos mamíferos pasan por un periodo inicial discreto de sensibilidad a la testosterona, otros no. Los cerdos, por ejemplo, responden a la testosterona desde el nacimiento hasta la pubertad, y los efectos comportamentales de las hormonas inyectadas progresan con el tiempo. Puesto que los cerdos inmaduros suelen entregarse a juegos sexuales en combinaciones macho-macho y macho-hembra, parece especialmente posible que las experiencias y las hormonas cooperen para generar el comportamiento adulto.[171] En las ratas hembras, tanto los teflejos copulatorios masculinos como la orientación incrementada hacia otras hembras pueden derivarse de experiencias sexuales concretas en la edad adulta o de tratamientos hormonales en la adolescencia.[172] En pocas palabras, el hecho de que niveles variables de hormonas concretas que afectan a la estructura y función del sistema nervioso circulen durante toda la vida de un individuo justifica un enfoque abarcador para comprender el papel de las hormonas en el desarrollo de las diferencias sexuales en la estructura cerebral. Un enfoque sistémico que abarque el ciclo vital entero no deja fuera las semanas entre el nacimiento y la pubertad, y una teoría más completa abre nuevas perspectivas experimentales, menos visibles bajo el régimen O/A.[173]

En un artículo sobre la diferenciación sexual del sistema nervioso, el neuroanatomista C. Dominique Toran-Allerand escribe: «Se cree en general que los andrógenos testiculares ejercen una influencia inductiva u organizativa en el sistema nervioso central en desarrollo durante periodos restringidos (críticos) de diferenciación neural en una fase fetal tardía o posnatal, momento en que el tejido es lo bastante plástico para responder de manera permanente e irreversible a estas hormonas».[174] En su

artículo de 1959, Young y colaboradores daban por terminados sus experimentos tras examinar a sus cobayas tratados dos veces, la primera entre los seis y los nueve meses y la segunda al año de edad. Pero los cobayas pueden vivir hasta ocho años, a pesar de lo cual no hay estudios a largo plazo de la conducta de apareamiento del cobaya en diversas situaciones hormonales y experienciales. Lo mismo ocurre con virtualmente todos los roedores empleados en estudios similares, aunque la tesis de la permanencia quizá se aplique más a animales como los ratones, que no suelen vivir más de uno o dos años.[175]

Los comportamientos que se exteriorizan en los meses inmediatamente posteriores a la pubertad pueden cambiar con la experiencia vital subsiguiente. Por ejemplo, se ha observado que las ratas androgenizadas en una fase perinatal tienden a mostrarse más reticentes a la lordosis. Sin embargo, un seguimiento prolongado, puede contrarrestar esta diferencia.[176] Por otra parte, se sabe que la testosterona puede activar la monta en las ratas hembras normales.[177] Como ha dicho un crítico, «la "circuitería" de estos comportamientos persiste ... En este sentido, Beach no se equivocaba al cuestionar la idea de que los esteroides perinatales modifican la estructura esencial del sistema nervioso».[178]

La noción de permanencia también tropieza con otras dificultades. En un principio se pensó que los efectos activadores eran transitorios, con una duración de unas pocas horas a unos pocos días. La organización permanente, por el contrario, se supone que es para toda la vida. En la práctica, esto ha significado de unos cuantos meses a alrededor de un año. Ahora bien, ¿cómo se clasifican los efectos hormonales sobre el cerebro cuya duración se mide en semanas, en vez de días o meses? Se ha descrito una variedad de tales casos en aves cantoras y mamíferos. En estos ejemplos, ciertas estructuras cerebrales crecen en respuesta a un incremento hormonal, y decrecen en respuesta a un decremento.[179] Si el cerebro puede responder a estímulos hormonales con cambios anatómicos que pueden durar semanas e incluso meses, se abre de par en par una puerta a las teorías en las que la experiencia tiene un papel significativo. Hasta los roedores dedican un tiempo considerable al juego social, actividades que influyen en el desarrollo del sistema nervioso y el comportamiento futuro. Es plausible, como mínimo, que las actividades lúdicas alteren los niveles hormonales, y que el cerebro en desarrollo pueda responder a tales cambios.[180] Después de todo, los sistemas hormonales responden de manera exquisita a la experiencia, sea en la forma de nutrición, estrés o actividad sexual (por citar sólo unas pocas posibilidades). Así pues, no sólo se desdibuja la distinción entre efectos organiza-

tivos y activacionales, sino también la línea divisoria entre los comportamientos llamados biológicos y los de origen social.

Los seres humanos aprenden, y están muy orgullosos de ello. Se dice que somos los animales más mentalmente complejos de todos (sin ofender a los grandes monos, que podrían llevarnos la contraria si pudieran hablar). Parece irónico, pues, que nuestras explicaciones más notorias e influyentes del desarrollo de las conductas sexuales en los mamíferos avanzados omitan el aprendizaje y la experiencia. Puesto que el control de la síntesis hormonal difiere en primates y roedores,[181] se puede objetar que los estudios de la base hormonal del comportamiento sexual en otros grupos de mamíferos nos dicen poco o nada de los primates, humanos incluidos.[182] Antes de considerar en el capítulo final las teorías de la sexualidad humana, quisiera ir aún más lejos y afirmar que las teorías derivadas de la experimentación con roedores son inadecuadas incluso para los roedores.

9

Sistemas de género: Hacía una teoría de la sexualidad humana

Retrato infantil de una científica

Consideremos una niña nacida en el verano de 1944, que más tarde se convertiría en científica. ¿Acaso el retrato que se muestra en la figura 9.1, con dos años de edad, donde sostiene un tubo de ensayo que mira al trasluz y en la otra mano una taza medidora, es la expresión temprana de una inclinación innata a medir y analizar, de unos genes que la condujeron por el camino de la investigación de laboratorio? ¿O es el testimonio de la determinación de su madre feminista en proporcionar juguetes no tradicionales a su hija pequeña? Su madre se dedicaba a escribir libros de historia natural para niños, y tanto ella como su hermano (que también se hizo científico) aprendieron a reconocer musgos, helechos, setas y madrigueras de insectos en sus paseos por el bosque.[1] Cuando estaba en la escuela universitaria, su padre escribió una biografía de Rachel Carson.[2] ¿Genes científicos o entorno? Cada interpretación admite un argumento lógico, y no hay manera de demostrar cuál es la correcta.[3]

Muchos, tras examinar la trayectoria vital de esta jovencita, dirían que el género no está lejos de la superficie. Su interés precoz por las ranas y las serpientes la señalaba como un marimacho, una etiqueta que algunos sociólogos interpretan hoy como un signo temprano de masculinidad impropia.[4] Cuando tenía once años, sus amigos en las colonias de verano escribieron su epitafio: «En memoria de Anne, que prefería los bichos antes que los chicos» (quizá barruntando una homosexualidad futura). Pero aquel mismo verano perdió la chaveta por un joven monitor, y a los veintidós años se casó por amor y deseo. Sólo años después aquel epitafio se volvería profético.

Aquella niña desdeñaba las muñecas, tenía serpientes y ranas como mascotas, y creció con apegos heterosexuales que más tarde se tornaron



FIGURA 9.1: ¿Una científica en ciernes? (Fuente: Philip Sterling)

homosexuales. ¿Cómo debemos interpretar su vida, o cualquier vida? Especular sobre genes para la personalidad analítica o la homosexualidad puede ser un buen tema de tertulia o proporcionar solaz a quienes necesitan explicar por qué alguien se volvió «así». Pero separar los genes del entorno, la naturaleza de la crianza, es un callejón científico sin salida, un modo inadecuado de pensar en el desarrollo humano. En vez de eso, deberíamos prestar atención a los filósofos John Dewey y Arthur Bentley, que hace medio siglo reivindicaron «la licitud de contemplar juntas ... muchas cosas de las que convencionalmente se habla como si estuvieran compuestas de esferas irreconciliables».[5]

En este libro he mostrado de qué manera el conocimiento médico y científico de la anatomía y la fisiología adquiere género. He ido de fuera (el género genital) a dentro, desde el cerebro a la química corporal y, por último, algo bastante intangible: el comportamiento (de los roedores). Pues bien, resulta que no podemos entender la fisiología del comportamiento subyacente sin considerar la historia social y el entorno del animal. Como si de una banda de Möbius se tratara, cuando nuestro análisis descendía al nivel de la química y, por implicación, los genes (esto es, cuando llegábamos al interior más profundo de nuestro viaje) de pronto teníamos que considerar los factores más externos de todos: la historia social del animal, y la arquitectura del aparato experimental. ¿Por qué ciertas cepas respondían a estímulos hormonales sólo en ciertas condiciones? Y si la cuestión motriz en la superficie externa de la banda de Möbius es cómo adquiere género el conocimiento del cuerpo, en la superficie interna es cómo se convierten el género y la sexualidad en hechos somáticos. En suma, ¿cómo se convierte lo social en material? Responder a esta pregunta requeriría otro libro, así que en este capítulo final me limitaré a ofrecer un marco para la investigación futura.

Los estudios del proceso de materialización del género deben basarse en tres principios. Primero: el binomio naturaleza/crianza es indivisible. Segundo: los organismos (humanos o no) son procesos activos, blancos móviles, desde la concepción hasta la muerte.[6] Tercero: ninguna disciplina académica o clínica sola puede proporcionarnos una manera infalible o mejor que ninguna otra de entender la sexualidad humana. Las intuiciones de muchos, desde las pensadoras feministas hasta los biólogos moleculares, son esenciales para la comprensión de la naturaleza social de la función fisiológica.

¿Somos nuestros genes?

Vivimos en un mundo genocéntrico.[7] Nuestros procesos mentales están tan imbuidos de la convicción de que somos lo que dictan nuestros genes que parece imposible pensar de otra manera. Concebimos nuestros genes como una plantilla para el desarrollo, información lineal que no hay más que extraer del libro de la vida. Vamos a ver películas cuya premisa principal es que todo lo que necesitamos para crear un *Tyrannosaurus rex* es una secuencia de ADN aislada a partir de un mosquito fosilizado (el detalle, explícito en *Parque Jurásico*, de que el material genético necesitaba de un huevo para generar un tiranosaurio se pierde en el enredo).[8] Y casi a diario oímos en las noticias que la secuenciación del genoma humano nos ha permitido identificar los genes del cáncer de mama, la diabetes, la enfermedad de Parkinson y más. Los estudiosos de la genética humana pueden hacer el resto y «descubrir» genes para el alcoholismo, la timidez y, sí, la homosexualidad.[9]

Aunque los científicos se muestren remisos a otorgar al gen plenos poderes, las presentaciones populares de los nuevos hallazgos prescinden de la sutileza lingüística. Por ejemplo, cuando Dean Hamer y colaboradores señalaron que los varones homosexuales compartían una secuencia de ADN particular localizada en el cromosoma X, se expresaron con bastante cautela. Frases como «el papel de la genética en la orientación sexual masculina» o «un locus relacionado con la orientación sexual» abundan en el artículo.[10] Sin embargo, esta cautela se echa en falta en otras páginas del mismo número de *Science*, la revista que publicó los resultados del grupo de Hamer. En la sección de noticias científicas, el titular rezaba así: «Evidencia de un gen de la homosexualidad: Un análisis genético ... ha revelado una región del cromosoma X que parece contener un gen o genes de la homosexualidad».[11] Dos años más tarde, la cobertura informativa en un medio más popular, *The Providence Journal*, incluía en la misma página titulares que hacían referencia al «gen gay» y la búsqueda del «gen de la esquizofrenia».[12]

¿Pero qué sentido tiene hablar de genes gays o genes para alguna otra conducta compleja? ¿Aportan algo tales afirmaciones, o el discurso más circunspecto de Hamer y colaboradores, a nuestra comprensión de la sexualidad humana? Pienso que este discurso no sólo no arroja luz sobre los temas en cuestión, sino que provoca cataratas intelectuales.[13]

Un breve repaso de la fisiología génica básica demuestra por qué: la función génica sólo puede comprenderse en el contexto de ese sistema

ontogénico que llamamos célula. La mayoría de la información contenida en las secuencias proteicas de una célula puede encontrarse en el ADN del núcleo celular. El ADN mismo es una gran molécula compuesta de unidades enlazadas llamadas bases.[14] La información genética no es una línea continua en la molécula de ADN. Un tramo que codifica parte de una proteína (un *exón*) puede estar junto a una región no codificadora (un *intrón*). Antes de que la información genética pueda usarse para sintetizar proteínas, la célula debe producir un molde de ARN de la región del ADN que contiene la información requerida. Luego entran en acción enzimas que cortan los intrones y pegan los exones para obtener la secuencia lineal que sirve de plantilla para una proteína específica. La síntesis de la proteína requiere además la actividad coordinada de moléculas de ARN especiales y numerosas proteínas diferentes.

Para abreviar, decimos que los genes producen proteínas; pero es precisamente esta abreviatura lo que crea problemas. El ADN desnudo no puede producir proteínas. Necesita de muchas otras moléculas (en particular los ARN de transferencia encargados de transportar cada aminoácido al ribosoma y fijarlo, como un torno, de manera que otras enzimas puedan soldarlo al eslabón previo de la cadena en construcción). Otras proteínas llevan el mensaje genético del núcleo al citoplasma, desenrollan el ADN para que otras moléculas puedan interpretar su mensaje en primera instancia y cortar y componer la plantilla de ARN. En suma, los productos génicos no son obra de los genes. Póngase ADN puro en un tubo de ensayo y se quedará ahí, inerte, por los siglos de los siglos. Póngase ADN en una célula y hará de rodo, dependiendo en gran medida del presente y el pasado de la célula en cuestión.[15] Es decir, la acción, o inacción, de un gen depende del microcosmos en el que se encuentra.[16] Nuevas investigaciones sugieren que en una célula activada pueden expresarse hasta 8000 genes, lo que ilustra lo complejo que puede ser dicho microcosmos.[17]

Parafraseando al filósofo Alfred North Whitehead, diríamos que el desarrollo es un blanco móvil. Cada estadio del organismo que se desarrolla a partir de una sola célula huevo fecundada se construye sobre el anterior. A modo de analogía, consideremos el desarrollo de un bosque en un terreno abandonado. Al principio aparecen plantas anuales, gramíneas y arbustos leñosos; al cabo de unos años comienzan a verse algunos cedros, sauces y espinos, además de acacias. Estos árboles necesitan plena luz para crecer, de manera que al aumentar de tamaño su propia sombra impide que sus retoños salgan adelante. Pero el álamo blanco es capaz de prosperar en las condiciones creadas por los cedros y

sus acompañantes. Al final, los álamos y otros árboles crean un sotobosque fresco y cubierto de hojarasca en el que pueden prosperar los retoños de abetos, píceas, arces rojos y robles. Éstos crean, a su vez, condiciones para el crecimiento de hayas y arces azucareros; y estos nuevos árboles crean, a su vez, un microclima en el que prosperan sus propios retoños, con lo que se desarrolla una constelación estable de árboles llamada comunidad clímax. La regularidad de tal sucesión no es resultado de ningún programa ecológico en los genes de cedros, espinos y sauces, sino que «surge a través de una cascada histórica de interacciones estocásticas [procesos aleatorios que pueden estudiarse estadísticamente] entre diversos» organismos vivos.[18]

La obra de M.C. Escher ofrece una analogía útil. A principios de los cuarenta realizó una serie de grabados concebidos para dividir el plano en figuras encajadas. Dos propiedades de estas imágenes nos ayudan a ver cómo se aplica la teoría de los sistemas ontogénicos a las células y el desarrollo (figura 9.2). Si miramos la imagen, primero saltan a la vista las aves, y luego los peces. Ambos patrones están siempre ahí, pero nuestro foco de atención pasa de uno a otro. En segundo lugar, cada trazo delinea simultáneamente el contorno de un ave y de un pez. Si Escher modificara la forma del ave, el pez también cambiaría de forma. Lo mismo ocurre con una interpretación sistémica de la fisiología celular. Los genes (o las células, o los organismos) y el entorno son como el pez y el ave. Si cambia uno, cambia el otro. Si se mira uno, se ve el otro.

La célula socializada

Neuronas y cerebros

Así pues, los genes son parte de una célula compleja con una historia propia. Las células, a su vez, funcionan como grupos íntimamente conectados que constituyen órganos coherentes en un cuerpo integrado y funcionalmente complejo. Sólo a este nivel, contemplando las células y los órganos dentro del cuerpo, podemos comenzar a atisbar cómo se incorporan los eventos externos a nuestra propia carne.

A principios del siglo XX, en la provincia india de Bengala, el reverendo J.A. Singh «rescató» a dos niñas (que llamó Amala y Kamala) que se habían criado desde la infancia en el seno de una manada de lobos.[19] Las dos niñas podían correr más deprisa a cuatro patas que muchas personas sobre dos piernas. Tenían hábitos nocturnos, ansiaban comer car-

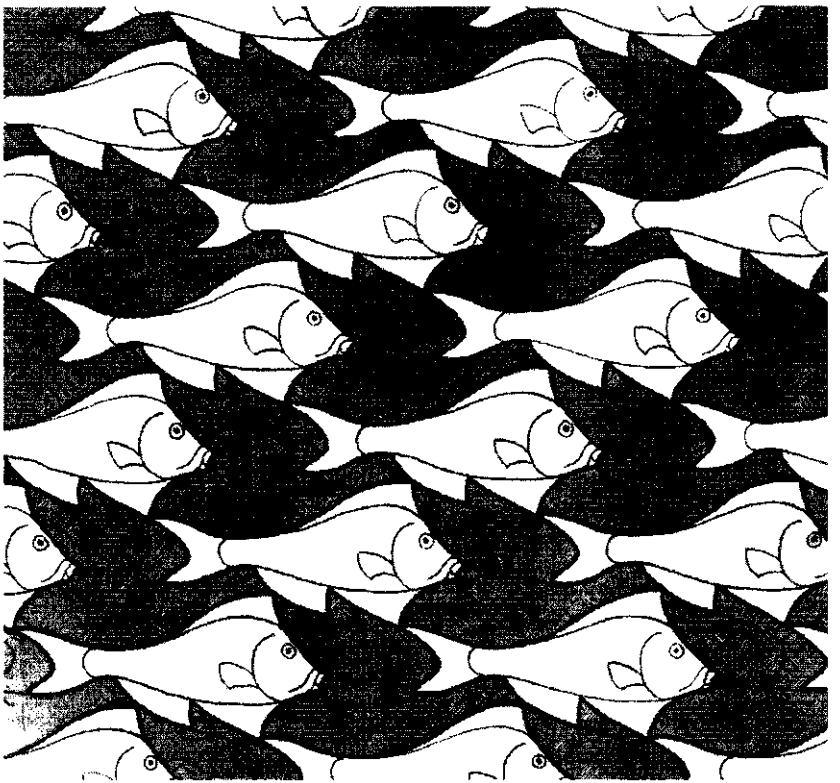


FIGURA 9.2: Dibujo E34B, de M.C. Escher. (© Cordon Art, reimpreso con permiso)

ne cruda y carroña, y se comunicaban tan bien con los perros a la hora de comer que éstos les permitían compartir su pitanza. Está claro que los cuerpos de estas niñas, desde su estructura esquelética hasta su sistema nervioso, habían sufrido una profunda modificación al desarrollarse entre animales no humanos.

Los casos de niños salvajes ilustran dramáticamente lo que los neurólogos han tenido cada vez más claro, especialmente en los últimos veinte años: los cerebros y los sistemas nerviosos tienen plasticidad. Su anatomía general (así como las conexiones físicas menos visibles entre neuronas, células diana y el cerebro) no sólo cambia después del nacimiento, sino incluso en la edad adulta. Recientemente, hasta el dogma de que en el cerebro adulto no hay renovación celular ha seguido el camino del dodo.[20] Esta modificación anatómica se deriva a menudo de la

respuesta a, y la incorporación de, experiencias y mensajes externos por parte del sistema nervioso.

Los ejemplos de cambio físico en el sistema nervioso derivado de una interacción social son abundantes.[21] Dos grupos de estudios parecen especialmente relevantes para la comprensión de la sexualidad humana. Uno concierne al desarrollo y la plasticidad de las neuronas y sus interconexiones en los sistemas nerviosos central y periférico.[22] El otro se ocupa de los cambios en los receptores neuronales que pueden enlazarse a neurotransmisores como la serotonina y hormonas esteroides como los estrógenos y andrógenos que, a su vez, pueden activar la maquinaria de la síntesis de proteínas de un grupo de células concreto.[23] Estos ejemplos evidencian que el sistema nervioso y el comportamiento se desarrollan como parte de un sistema social.

A veces los científicos perturban tales sistemas interfiriendo la función génica de uno u otro componente. Analíticamente, esto se parece a quitar una bujía para ver qué efecto tiene esta interferencia en el funcionamiento de un motor de combustión interna. Por ejemplo, los científicos han creado ratones sin el gen que codifica los receptores de la serotonina y han observado la distorsión de su conducta.[24] Pero, aunque estos experimentos proporcionan una información importante sobre el funcionamiento de las células y su intercomunicación, no pueden explicar el desarrollo de conductas particulares en escenarios sociales particulares.[25]

¿Cómo puede afectar la experiencia social a la neurofisiología del género? El neurobiólogo comparativo G. Ehret y colaboradores ofrecen un ejemplo en su estudio del comportamiento paternal de los ratones. Los machos que nunca han tenido contacto previo con crías se desentienden de ellas cuando se alejan demasiado del nido, pero basta un día, o incluso menos, en compañía de crías para despertar el reflejo paternal de devolverlas al nido. Ehret y colaboradores encontraron que la exposición temprana a la presencia de crías se correlacionaba con un incremento de la recepción de estrógeno en ciertas áreas cerebrales y un decremento en otras.[26] En otras palabras, parece ser que la experiencia de la paternidad modifica la fisiología hormonal del cerebro masculino y la aptitud paterna.

El hecho de que los cerebros humanos también sean plásticos, una idea que ha comenzado a introducirse en los medios de comunicación de masas,[27] permite imaginar mecanismos por los que la experiencia podría convertirse en género somático. Ciertas señales del entorno estimulan la proliferación de neuronas o el establecimiento de nuevas conexiones en-

tre ellas.[28] El cerebro de un recién nacido es bastante incompleto. Muchas de las conexiones entre neuronas y otras partes del cuerpo son provisionales, y requieren un mínimo de estimulación externa para hacerse permanentes. En algunas regiones cerebrales, las conexiones neuronales en desuso se deshacen en los primeros doce años de vida.[29] Así pues, la experiencia física y cognitiva temprana conforma la estructura cerebral.[30] Incluso los movimientos musculares prenatales tienen un papel en el desarrollo cerebral.

Una manera que tiene el cerebro de «consolidar» conexiones neuronales es revestir las fibras nerviosas individuales con una vaina de materia grasa, llamada mielina. El cerebro de un bebé humano está sólo parcialmente mielinizado. Aunque la mielinización principal tiene lugar durante la primera década de vida, el cerebro no queda del todo fijado ni siquiera entonces. El incremento de la mielinización se multiplica por dos entre la primera y la segunda décadas de vida, y hay otro incremento adicional del 60 por ciento entre los cuarenta y los sesenta años,[31] lo que da plausibilidad a la idea de que el cuerpo pueda incorporar experiencias ligadas al género durante toda la vida.

Finalmente (al menos para esta discusión),[32] grandes grupos de neuronas pueden modificar su patrón de conectividad (o *arquitectura*, como lo llaman los neurólogos). Durante años, los neuroanatomistas han llevado a cabo experimentos para averiguar qué segmento del cerebro responde cuando se estimula una parte externa del cuerpo. Si se toca la cara se disparan ciertas neuronas corticales, si se toca la mano o los dedos responden otras, y si se tocan los pies es otro grupo de neuronas el que se activa. Los libros de texto suelen representar tales experimentos mediante un cuerpo deforme (llamado *homúnculo*) superpuesto al córtex cerebral. Los científicos pensaban que, tras la primera infancia, la forma del homúnculo ya no cambiaba. Pero los resultados de una serie de experimentos han modificado radicalmente este punto de vista.[33]

Un estudio reciente compara la representación del córtex cerebral de los dedos de la mano izquierda de músicos que tocan instrumentos de cuerda con controles de la misma edad y sexo sin experiencia con esta clase de instrumentos. Los instrumentistas de cuerda mueven constantemente los dedos segundo a quinto de la mano izquierda. En el homúnculo, estos dedos de la mano izquierda son visiblemente mayores que los de los controles, y los de sus propias manos derechas.[34] O considérense las personas ciegas desde la infancia que han aprendido a leer en Braille.[35] Como era de esperar, la representación de los dedos que emplean para leer aparece agrandada. Pero sus cerebros se han reajustado de

manera más sorprendente: han reclutado una región del córtex normalmente dedicada a procesar la información visual (el llamado córtex visual) para procesar las sensaciones táctiles.[36]

Tanto en los músicos como en los ciegos de nacimiento, la reorganización cortical probablemente tiene lugar en la infancia, un hecho que confirma algo que ya sabemos: los niños tienen una enorme capacidad de aprendizaje. Pero estos estudios amplían nuestras ideas sobre el aprendizaje al mostrar que las conexiones anatómicas del cerebro responden a influencias externas. Este conocimiento da al traste con el empeño tanto en mantener la distinción entre cuerpo y mente como en presentar al cuerpo como precursor del comportamiento, y justifica la insistencia en que el entorno y el cuerpo son coproductores del comportamiento, así como la inconveniencia de dar prioridad a una componente sobre la otra.[37]

Los estudios de ciegos y músicos evidencian la plasticidad del cerebro juvenil, pero ¿hasta qué punto puede cambiar la anatomía cerebral adulta? La respuesta a esta pregunta nos la da un fenómeno que desde hace tiempo ha fascinado a los estudiosos del cerebro humano, desde los neurocirujanos hasta los fenomenólogos: el misterio del miembro fantasma. A menudo los amputados sienten que el miembro perdido aún sigue ahí. Al principio el miembro fantasmal parece tener la forma del miembro ausente, pero con el tiempo se percibe como más ligero y hueco, y adquiere la capacidad de atravesar objetos sólidos.[38]

Un manco puede «sentir» la mano perdida en respuesta a una ligera estimulación de los labios; y un brazo perdido puede volver a «sentirse» en respuesta a una caricia en la cara, un fenómeno conocido como *sensación referida*. Estudios recientes explican tales sensaciones por el descubrimiento de que la región del córtex otrora dedicada al miembro ausente es «usurpada» por las áreas adyacentes (en el ejemplo, el campo cortical que conecta los estímulos exteriores con la cara). También se registra un agrandamiento de la mano intacta del homúnculo, presumiblemente por su uso incrementado en respuesta a la pérdida de la otra mano.[39] Aunque la reorganización del córtex cerebral probablemente no explica del todo el fenómeno de los miembros fantasmales,[40] proporciona un ejemplo inmejorable de la respuesta de la anatomía cerebral adulta a circunstancias nuevas.[41]

¿Cómo se aplicaría todo esto a la diferenciación sexual y la expresión sexual humana? Las respuestas ofrecidas hasta la fecha han sido insufriblemente vagas, en parte porque hemos estado pensando demasiado en la dimensión individual y demasiado poco en términos de sistemas on-

togénicos. Como escribe Paul Arnstein, un técnico sanitario interesado por los vínculos fisiológicos entre el aprendizaje y el dolor crónico, «la verdadera naturaleza del sistema nervioso central ha escapado a los investigadores por su estructura siempre cambiante y plenamente integrada, y su sinfonía de mediadores químicos. Cada sensación, pensamiento, sentimiento, movimiento e interacción social modifica la estructura y función del cerebro. La mera presencia de otro organismo vivo puede tener profundos efectos sobre la mente y el cuerpo».[42] Sólo comenzaremos a comprender cómo se introducen el género y la sexualidad en el cuerpo cuando aprendamos a estudiar la sinfonía y su audiencia a la vez.

Anatomía sexual y reproducción

Los cambios cerebrales a lo largo de nuestras vidas forman parte de un sistema ontogénico dinámico que incluye desde las neuronas hasta las interacciones interpersonales. En principio, podemos aplicar conceptos similares a las gónadas y los genitales. El desarrollo de la anatomía genital interna y externa comienza en el feto y se continúa en la niñez, afectado por factores como la nutrición, la salud y los accidentes aleatorios. En la pubertad, el sexo anatómico se amplía para incluir no sólo la diferenciación genital, sino los caracteres sexuales secundarios que, a su vez, dependen no sólo de la nutrición y la salud general, sino de la actividad física. Por ejemplo, las mujeres que se entrenan para pruebas de larga distancia pierden grasa corporal, y por debajo de cierta razón grasa/proteína se interrumpe el ciclo menstrual. Así pues, la estructura y la función gonadales responden al ejercicio y la nutrición y, por supuesto, también cambian a lo largo del ciclo vital.

La fisiología sexual no es lo único que cambia con la edad, también lo hace la anatomía. Con esto no quiero decir que un pene se desprenda o un ovario se disuelva, sino que el físico, la función anatómica y la experiencia del propio cuerpo sexual cambian con el tiempo. Por supuesto, tenemos claro que los cuerpos de un bebé, una persona de veinte años y una de ochenta difieren; pero reincidimos en una visión estática del sexo anatómico. Los cambios que tienen lugar a lo largo del ciclo vital se integran en un sistema biocultural en el que células y cultura se construyen mutuamente. Por ejemplo, la competición atlética lleva tanto a los atletas como a un público mayor que intenta emularlos a remodelar sus cuerpos a través de un proceso a la vez na-

tural y artificial. Natural porque la dieta y el ejercicio modifican nuestra fisiología y anatomía. Artificial porque las prácticas culturales nos ayudan a decidir qué aspecto queremos y la mejor manera de conseguirlo. Además, la enfermedad, los accidentes o la cirugía (desde la transformación a que se someten los transexuales completos hasta la gama de procedimientos aplicados a los caracteres sexuales secundarios, que incluyen la reducción o agrandamiento de pechos o el agrandamiento del pene) pueden modificar nuestro sexo anatómico. Solemos pensar en la anatomía como un invariante, pero no lo es; como tampoco lo son aquellos aspectos de la sexualidad humana derivados de nuestra estructura y función corporales, y de la propia imagen ante uno mismo y ante los demás.

La reproducción también cambia a lo largo del ciclo vital. A medida que crecemos, pasamos de un periodo de inmadurez reproductiva a otro en el que es posible la procreación. Podemos tener hijos o no (o ser fértiles o no), y el cuándo y el cómo elegimos hacerlo afectará profundamente a la experiencia. La maternidad a los veinte y a los cuarenta, sea en el marco de una pareja heterosexual o lesbiana, o como madre soltera, no es una experiencia biológica singular. Diferirá emocional y psicológicamente según la edad, la circunstancia social, la salud general y los recursos financieros. El cuerpo y las circunstancias en las que se reproduce no son entidades separables. De nuevo, algo que a menudo contemplamos como estático cambia a lo largo del ciclo vital, y sólo puede comprenderse en términos de un sistema biocultural.[43]

En su libro *Rethinking Innateness*, el psicólogo Jeffrey Elman y coautores se preguntan por qué los animales con una vida social compleja pasan por largos periodos de inmadurez posnatal, lo que parecería representar un gran peligro: «Vulnerabilidad, dependencia, consumo de recursos parentales y sociales ... De todos los primates, los humanos son los que más tardan en madurar».[44] Su respuesta: una ontogenia más larga deja más tiempo al entorno (histórico, cultural y físico) para conformar al organismo en desarrollo. De hecho, el desarrollo en el marco de un sistema social es el *sine qua non* de la complejidad sexual humana. La forma y el comportamiento surgen sólo a través de un sistema ontogénico dinámico. Nuestra psique conecta el exterior con el interior (y viceversa) porque nuestro desarrollo prolongado se integra en un sistema social.[45]

Gracias al cielo por las niñas (y los niños)

El proceso del género

«Todo este asunto del desarrollo celular, cerebral y orgánico es fascinante», podría replicarme un padre frustrado, «pero todavía quiero saber por qué mi hijo se dedica a correr disparando láseres imaginarios, mientras que mi hija prefiere saltar a la comba». Muchos participantes en Loveweb plantean retos similares, y citan estudios que ponen de manifiesto la aparición temprana de las diferencias sexuales (lo que para ellos es una prueba de su carácter innato). ¿Cómo puedo reconciliar las observaciones de incontables padres con la multitud de estudios publicados por sociólogos y psicólogos evolutivos con un enfoque sistémico de la adquisición del género? Para ello tengo que encajar algunas piezas ya existentes del rompecabezas.

«El género», argumentan algunos sociólogos, «es una consecución localizada ... no un mero atributo individual, sino algo que se consigue en interacción con otros».[46] A través de la retroacción directa, niños y adultos aprenden a «hacer género».[47] Compañeros de clase, padres, maestros y hasta los extraños en la calle evalúan la vestimenta de los niños. Un crío que vista pantalones se ajustará a las normas sociales, mientras que si se pone una falda no lo hará. ¡Y enseguida se dará cuenta! Así pues, el género nunca es meramente individual, sino que implica interacciones entre grupos pequeños de gente. El género involucra reglas institucionales. Si un gay sale a la calle vestido de mujer, pronto aprende que se ha desviado de una norma de género. El mismo hombre en un bar de ambiente recibirá cumplidos si participa de una subcultura que se rige por otras directrices. Además, las marcas de género forman parte del «marcar la diferencia». Establecemos identidades que incluyen la raza y la clase además del género, y marcamos el género de manera diferente según nuestra posición en las jerarquías racial y de clase.[48]

En Norteamérica y Europa, niños y niñas comienzan a comportarse de manera diferente ya en la etapa preescolar. Durante los años escolares se evitan mutuamente, pero cuando llega el infierno hormonal de la pubertad se buscan con fines sexuales y de socialización. Los varones y mujeres adultos viven y trabajan en instituciones solapadas pero divididas por géneros, y en la vejez vuelven a separarse, esta vez por la diferente tasa de mortalidad de unos y otras. Los psicólogos evolutivos, sociólogos y teóricos de sistemas han hecho algunos descubrimientos sugerentes

sobre la manera en que los niños adquieren el género, aunque el resto del ciclo vital sigue siendo un tema de investigación futura.[49]

Tradicionalmente, la psicología ha ofrecido tres enfoques para la comprensión de la adquisición del género: la psicodinámica freudiana, el aprendizaje social y el desarrollo cognitivo. Para Freud, la conciencia infantil de los propios genitales produce fantasías eróticas, que a su vez llevan a la identificación con una figura adulta adecuada y la adquisición de un rol sexual apropiado.[50] Los proponentes del aprendizaje social ponen el énfasis en la conciencia adulta de los genitales infantiles, lo que lleva a un refuerzo diferencial, el ofrecimiento de modelos de género apropiados y la adquisición de un rol y una identidad de género.[51] La teoría cognitiva también parte de la conciencia de los genitales infantiles por los otros. Esto lleva a un encasillamiento del que se deriva la identidad de género y, finalmente, la adquisición de un rol genérico apropiado.[52] Las sociólogas feministas han aplicado todos estos paradigmas para confeccionar modelos del desarrollo de la diferencia sexual. En el pasado una meta primaria fue ofrecer mejores descripciones del desarrollo femenino, ya que en sus formulaciones originales las tres teorías se ocupaban más de cómo los niños se convertían en hombres. Más recientemente, sin embargo, ciertas voces feministas han comenzado a cuestionar la estructura misma de la disciplina, reclamando descripciones más complejas de la diferencia *y* una vuelta al estudio de las similitudes entre ambos sexos.[53] Aquí me baso especialmente en la obra de los teóricos cognitivos y del aprendizaje social. Con independencia del enfoque aplicado, la meta sigue siendo comprender el desarrollo del yo: «La conducta, la experiencia y las identificaciones, incluyendo el deseo sexual y la elección de objeto, [que] son relativamente estables o fijas o que, al menos, ... [son] un "núcleo" básico o primario de identidad».[54]

A menudo el género y la sexualidad se presentan ante nosotros como rasgos universales de la existencia humana. ¿Significa esta universalidad aparente que la sexualidad humana y el género son innatos, y que la experiencia social sólo los moldea superficialmente? Un ejemplo ilustrativo de que ésta no es la manera correcta de plantear la cuestión es el desarrollo de otra conducta humana aparentemente universal: la sonrisa.[55] Los recién nacidos tienen una sonrisa simple: la cara se relaja mientras los lados de la boca se abren y estiran hacia arriba. Se ha observado una «sonrisa» idéntica en fetos de tan solo veintiséis semanas. Esto sugiere que inicialmente se desarrolla un juego básico de conexiones neurales que permite al feto en desarrollo «sonreír» de manera refleja incluso *in utero*. Los recién nacidos sonríen de manera espontánea durante la

fase REM del sueño, reconocible por el rápido movimiento ocular, pero al principio no es un modo de expresión emocional.

A las dos semanas, el bebé comienza a sonreír esporádicamente cuando está despierto, y el gesto recluta otras partes corporales. Los labios se curvan más hacia arriba, «los músculos de las mejillas se contraen, y la piel en torno a los ojos se arruga». Los bebés de tres meses sonríen mucho más a menudo, y lo hacen de manera no aleatoria, en respuesta a estímulos externos. Entre los seis meses y los dos años de edad, la sonrisa se combina con una amplia variedad de expresiones faciales: sorpresa, enojo, entusiasmo. Además, estas expresiones se hacen más complejas y personales. La sonrisa puede ir acompañada de «arrugamientos de nariz, caídas de mandíbula, parpadeos, exhalaciones y levantamientos de cejas que sirven para comunicar estados de ánimo desde el placer hasta la pillería».[56] Así, en un lapso de dos años, la sonrisa cambia de forma (con todo lo que ello implica en términos de reclutamiento de músculos y nervios), tempo y conexiones con otras acciones expresivas. Una sonrisa no es una sonrisa no es una sonrisa (cargándose un poco a Gertrude Stein).

Al mismo tiempo que los músculos y nervios que gobiernan la sonrisa se desarrollan y complican, también lo hacen las funciones y contextos sociales que suscitan la sonrisa. Mientras que en el recién nacido la sonrisa se asocia a la somnolencia y la falta de estímulos sensoriales, pronto los bebés responden con una sonrisa a voces y sonidos familiares, y con menos regularidad a las caricias. Hacia las seis semanas, el bebé sonríe mayormente cuando está despierto, en respuesta a señales visuales. Entre los tres y los seis meses, el bebé sonríe a su madre más que a objetos inanimados, y hacia el primer año de edad «la sonrisa cumple una variedad de funciones comunicativas, incluyendo la intención de engatusar o hacer travesuras».[57] En primera instancia, la sonrisa parece ser un simple acto reflejo, pero con el tiempo cambia de maneras complejas (en términos de los nervios y músculos implicados, pero también de las situaciones sociales que suscitan la sonrisa y su uso por el niño como parte de un sistema de comunicación complejo). Así, una respuesta fisiológica se «socializa» no sólo en términos de intención, sino también en términos de las partes corporales mismas (qué nervios y músculos intervienen y qué los estimula).

Contemplar la sonrisa como un sistema ontogénico nos permite cambiar afirmaciones sin sentido del estilo de «la sonrisa es innata y genética» por estudios experimentales minuciosamente diseñados «que varían sistemáticamente las condiciones ... que ... pueden influir en la

forma, tempo y función de la sonrisa» en diferentes momentos del ciclo vital.[58] El psicólogo Alan Fogel y colaboradores se han basado en sus estudios de la sonrisa para proponer lo que llaman una perspectiva sistémica de la emoción.[59] En primer lugar, argumentan que las emociones son relacionales antes que individuales. Los niños pequeños, por ejemplo, sonríen en respuesta a otras personas o cosas. En segundo lugar, contemplan las emociones como sistemas estables autoorganizados. Pero estabilidad no implica permanencia. Así, la inducción visual de la sonrisa se mantiene estable en los bebés durante tres o cuatro meses, pero luego esta respuesta es reemplazada por un nuevo sistema estable que implica una variedad de interacciones físicas con sus madres o cuidadores.[60]

La investigación en sistemas ontogénicos dinámicos ha tenido poca o ninguna influencia en el estudio del desarrollo sexual humano, pero su aplicabilidad parece obvia. En primer lugar, tenemos que dejar de buscar causas universales del comportamiento sexual y la adquisición del género y aprender más sobre (y de) la diferencia individual. En segundo lugar, tenemos que esforzarnos en estudiar el sexo y el género como partes de un sistema ontogénico. En tercer lugar, tenemos que ser más imaginativos y concretos en lo que respecta al término *entorno*. Ahora mismo pienso que apenas tenemos idea de las componentes externas del desarrollo sexual humano, pero la propuesta de Fogel y otros (que los comportamientos pasan por periodos de inestabilidad, en los que es más factible el cambio, y de estabilidad) es útil.

Pero sí tenemos algunos puntos de partida. Desde mediados de los ochenta, varios grupos de psicólogos evolutivos han planteado dos cuestiones interrelacionadas sobre el género. ¿Qué saben los niños del sexo (las partes corporales) y cuándo lo aprenden? ¿Se correlaciona este conocimiento con las conductas ligadas al género (como las diferencias en los patrones de juego) o las afecta de alguna manera? La respuesta a estas preguntas está comenzando a esbozarse.[61] Los psicólogos han introducido la idea de un esquema o proceso esquemático que permite a los niños aplicar un conocimiento rudimentario para seleccionar juegos, iguales y comportamientos «apropiados». De acuerdo con esta línea de pensamiento, los niños adoptan roles sexuales particulares a medida que integran su propio sentido del yo en su propio esquema de género en desarrollo, un proceso que (como la adquisición de la sonrisa) lleva varios años. Una predicción razonable (y comprobable) es que durante este tiempo ciertas formas de expresión corporal ligadas al género (como puede ser «lanzar como una chica») se estabilizan. Pero (de nuevo como

en el caso de la sonrisa) la estabilidad no tiene por qué significar permanencia, como debería dejar claro la observación de una lanzadora de peso.

Cualquiera que haya observado cómo aprenden los niños acerca del mundo que les rodea ha visto un esquema en marcha. Recuerdo un día que mi sobrinita señaló un reloj con un dibujo esquemático de la cara de un búho. «Búho», pronunció ufana. Me sorprendió que fuera capaz de reconocer una representación tan simple a partir de los detallados dibujos de estas aves nocturnas que había visto en sus libros de cuentos. Pero había interiorizado un esquema que le permitía reconocer un búho sobre la base de una información mínima. Beverly Fagot y colaboradores estudiaron los esquemas de género en niños desde 1,75 a 3,25 años. Daban a los niños una «tarea de género» consistente en clasificar correctamente imágenes de adultos y niños como «mamá», «papá», «chico» o «chica». Los niños más pequeños (en torno a los dos años de edad) no pasaban la prueba, lo que parecía indicar que no tenían un concepto de género operativo. Pero con dos años y medio ya eran capaces de clasificar correctamente a adultos y niños. Además, los niños que habían adquirido dicho esquema chico-chica se comportaban de manera distinta. Por ejemplo, los niños mayores preferían formar grupos de juego unisexuales, y las niñas que pasaban la prueba eran menos agresivas.[62]

Fagot y Leinbach observaron también la conducta de bebés de un año y medio en casa. A esta edad ni pasaban el test de reconocimiento de género ni practicaban juegos sexistas. A los 2,25 años, la mitad de los bebés ya era capaz de distinguir entre niños y niñas, y la otra mitad no. Entre ambos grupos había dos diferencias. En primer lugar, «los padres de los bebés adelantados daban más respuestas positivas y negativas a los juegos con juguetes sexistas» y, en segundo lugar, «los adelantados exhibían un comportamiento más acorde a los estereotipos sexuales tradicionales que los otros».[63] Hacia los 4 años, ambos grupos no diferían en su preferencia por los juegos sexualmente estereotipados. Aun así, los adelantados seguían teniendo un mayor discernimiento de los estereotipos sexuales. Fagot y colaboradores concluyeron que «la construcción de un esquema de género refleja las dimensiones comportamental, cognitiva y afectiva del entorno familiar».[64]

De niña solía ir a la escuela primaria en bicicleta, meditando mientras recorría el paisaje suburbano neoyorquino. Durante un tiempo me absorbió un problema en particular. Sabía que los chicos tenían el pelo corto, las chicas lo tenían largo, y los bebés nacían calvos. Me preguntaba de dónde sacaban los adultos su asombroso poder para determinar de

inmediato el sexo de un recién nacido. Sabía lo de los genitales, por supuesto. Tenía un hermano mayor, y nos bañábamos juntos hasta que tuve cuatro o cinco años. Ocasionalmente también había visto a mi padre desnudo. Pero nunca conecté esta información con mi confusión acerca del sexo de los recién nacidos. Hasta que un día, cuando tenía unos diez años, de vuelta a casa en mi bicicleta, súbitamente la respuesta irrumpió en mi cabeza: «Claro, *así* es como lo saben», pensé. Cuando vuelvo la vista atrás, a través del visillo de la teoría feminista, me doy cuenta de que el género estuvo claro en mi horizonte muchos años antes de que el sexo se hiciera visible.[65]

Mi confusión no era única, es sólo que tardé un poco en resolverla. Al menos en Norteamérica, los niños pequeños parecen basar su primer esquema de género rudimentario en marcadores culturales del género y no en su conocimiento de las diferencias genitales. En un estudio, la psicóloga Sandra Bem mostró a niños de 3, 4 y 5 años fotografías de niños o niñas desnudos y luego de los mismos niños o niñas vestidos de tales. Los niños de menos de tres años tenían dificultades para clasificar un cuerpo infantil desnudo como masculino o femenino, pero eran capaces de clasificar los niños vestidos valiéndose de indicadores sociales como la indumentaria o el corte de pelo.[66] Cerca del 40 por ciento de los niños de 3, 4 y 5 años eran capaces de identificar el sexo de todas las fotos una vez tenían conocimiento de los genitales. El resto aún no había adquirido la noción de constancia del sexo (esto es, se valían de indicadores genéricos como el peinado o la vestimenta para decidir quién era niño y quién niña). Esto también significaba que algunos de estos niños creían que podían pasarse al sexo opuesto con sólo cambiar la vestimenta. Su propia identidad de género aún no estaba fijada.

La comprensión infantil de la constancia anatómica no parecía afectar a las preferencias en materia de roles sexuales. De hecho, el esquema de género temprano se demostró crítico. «Primero los niños aprendían a etiquetar los sexos, y sólo más tarde mostraban preferencias marcadas por juguetes o compañeros de su sexo y discernimiento de las diferencias sexuales en juegos y vestimenta». Aunque los niños no necesitaran la noción de estabilidad del sexo para adquirir preferencias sexualmente estereotipadas, este conocimiento reforzaba dichas preferencias. Podría ser que «los niños que pueden reconocer los sexos pero no entienden la estabilidad anatómica aún no estén seguros de que siempre pertenecerán al mismo grupo genérico».[67] En consonancia con las observaciones anteriores, los niños mayores (entre 6 y 10 años) exhiben preferencias más estereotipadas que los menores. Cosa no sorprendente, primero apren-

den a asociar las características relevantes para su propio sexo y sólo más tarde estabilizan sus expectativas respecto del otro sexo (véase la figura 9.3).[68]

De los individuos a las instituciones y vuelta a empezar

Para cuando los niños dominan la escena social de la escuela, saben que son o niño o niña, y esperan seguir siéndolo. ¿Cómo «hacen género» los escolares? En su importante estudio *Gender Play: Girls and Boys in School*, la socióloga Barrie Thorne construye un marco metodológico esencial para estudiar el comportamiento de los niños mayores. Thorne estaba cada vez más insatisfecha con los esquemas de la «socialización del género» y el «desarrollo del género» en los que se enmarcan los estudios del género en las vidas infantiles. Se queja de que las ideas tradicionales sobre la socialización del género presumen una interacción vertical del fuerte (el poderoso adulto) al débil (el niño como receptor pasivo) y que, aun concediendo cierta capacidad de acción a los niños, los sociólogos los han definido como meros receptores, cuerpos afectados por los adultos y la cultura circundante. Los adultos tienen «la categoría de actores sociales consumados», mientras que los niños son «incompletos, adultos en ciernes». Thorne argumenta que los sociólogos harían mejor en contemplar a los «niños no como la siguiente generación de adultos, sino como actores sociales en una variedad de instituciones». Por último, y lo más importante, los marcos tradicionales de la socialización del género se centran en el desenvolvimiento de los individuos. En su trabajo, Thorne prefirió partir de «la vida de grupo, con sus relaciones sociales, la organización y significado de situaciones sociales, las prácticas colectivas a través de las cuales niños y adultos crean y recrean el género en sus interacciones diarias»; esto es, un sistema y su proceso.[69]

Al centrarse en la generación de significado por el contexto social y la práctica diaria, tanto de niños como de adultos, Thorne se aparta de la cuestión «¿son diferentes los niños de las niñas?» y se pregunta cómo los niños crean activamente y desafían las estructuras y significados de género.[70] Nos exhorta a descomponer el género en un complejo de conceptos relativos tanto al individuo como a la estructura social. Además, resalta la importancia de comprender que «las relaciones entre géneros no son fijas ... sino que varían según el contexto» (lo que incluye la raza, la clase y la etnia). Como feminista, la meta de Thorne es promover la equidad en la educación y más allá. Piensa que su enfoque del estudio de

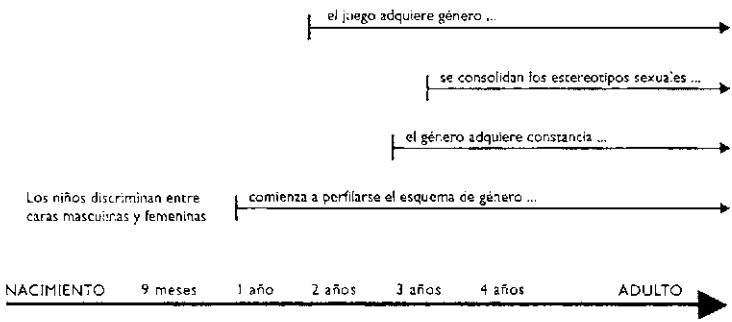


FIGURA 9.3: Etapas del desarrollo de la especificidad genérica. (Fuente: Erica Warp, para la autora)

los niños y niñas puede contribuir a tal fin. En la misma línea, la psicóloga Cynthia García-Coll y colaboradores proponen integrar los estudios del género en los niños con los de la raza, la etnia y la clase social.[71]

Los teóricos de los sistemas dinámicos como Alan Fogel sugieren de qué manera el género pasa del exterior al interior del cuerpo, mientras que las psicólogas evolutivas y sociólogas feministas como Thorne, Fagot, Bem, García-Coll y otras muestran de qué manera el género institucional, además de atributos como la raza y la clase social, se integraría en un sistema de comportamiento individual. Ciertamente, el género está representado tanto en los individuos como en las instituciones sociales. La socióloga Judith Lorber ha ofrecido una guía europeo-norteamericana para tales distinciones (véase la tabla 9.1). La componente institucional del género incide en la componente individual, y los individuos interpretan la fisiología sexual en el contexto del género institucional e individual. El yo sexual subjetivo siempre emerge en este sistema genérico complejo. Lorber argumenta (y estoy de acuerdo) que «como institución social, el género es un proceso de creación de condiciones sociales distinguibles para la asignación de derechos y responsabilidades ... Como *proceso*, el género crea las diferencias sociales que definen a la "mujer" y el "hombre" ... Las pautas de interacción dependientes del género adquieren estratos adicionales de comportamiento sexual, parental y laboral en la infancia, la adolescencia y la edad adulta».[72] Así pues, Lorber, como otras sociólogas y psicólogas feministas,[73] subraya que la cuestión de nuestro yo subjetivo no tiene que ver «sólo» con la psicología y la fisiología humanas, sino que los individuos

sexuados están inmersos en instituciones sociales profundamente marcadas por una variedad de desigualdades de poder.[74]

Aunque Lorber correlaciona el género institucional con el individual, su objetivo no es mostrar cómo lo individual se empapa físicamente de lo institucional. Pero el trabajo de sociólogos e historiadores puede proporcionar guías útiles para la investigación futura.[75] Considérese la obra de sociólogos como Kinsey y otros que han seguido sus pasos. Encuestar a la población para saber más sobre la sexualidad humana es un asunto espinoso. Por un lado, las encuestas nos proporcionan una información sobre el género y la sexualidad que puede ser de gran importancia para cuestiones políticas que van desde la pobreza hasta la salud pública.[76] Por otro lado, cuando creamos las categorías que nos permiten contar, también creamos nuevos tipos humanos.[77]

Consideremos una pregunta aparentemente simple: ¿Cuántos homosexuales de ambos sexos hay en Estados Unidos? Para responderla, primero tenemos que decidir quién es homosexual y quién es heterosexual. ¿Debemos basar nuestra decisión en la identidad? Si es así, sólo contaríamos como homosexuales a quienes se digan a sí mismos «soy homosexual». ¿O deberíamos contar también a aquellos varones que se consideran plenamente heterosexuales, pero que una o dos veces al año se emborrachan, van a un bar de ambiente y se relacionan carnalmente con varios hombres, después de lo cual alegan que, al quedar sobradamente satisfecha su ansia de tales prácticas sexuales con esos encuentros esporádicos, no ven la necesidad de contárselo a sus esposas o aplicarse la etiqueta de «homosexual»?[78] ¿Deberíamos crear una categoría separada para los bisexuales, y cómo deberíamos definir al bisexual auténtico?[79] ¿Es bisexual un varón que en su adolescencia experimentó una o dos veces con otro varón, pero que desde entonces sólo se ha relacionado sexualmente con mujeres? ¿Son bisexuales los que ejercen de homosexuales en prisión, pero no en la calle?[80]

Las respuestas dadas por los sociólogos a estas preguntas crean las categorías por las que organizamos la experiencia sexual. A medida que los sociólogos crean información «objetiva» sobre la sexualidad humana, proporcionan categorías individualmente útiles. El «Kinsey 6», por ejemplo, ha pasado a formar parte de la cultura nacional y contribuye a la estructuración de la psique de algunos individuos, mientras que el varón que se emborracha y se entrega a la homosexualidad una vez al año no tiene por qué conceptualizarse a sí mismo como homosexual porque no tiene una «preferencia» o una «orientación» hacia los hombres.[81] Con esto no pretendo sugerir que los sociólogos no deberían dedicarse a

TABLA 9.1: *Subdivisión del género de Lorber*

COMO INSTITUCIÓN SOCIAL, EL GÉNERO SE COMPONE DE:	A TÍTULO INDIVIDUAL, EL GÉNERO SECOMPONE DE:
Categorías genéricas: géneros socialmente reconocidos y expectativas comportamentales, gestuales, lingüísticas, emocionales y físicas	*Categoría sexual:* asignada prenatalmente, al nacer o tras reconstrucción quirúrgica
División sexual del trabajo	*Identidad de género:* sentido individual del propio género en los ámbitos laboral y familiar
Parentesco: derechos y responsabilidades familiares de cada categoría genérica	*Categoría marital y procreadora:* cumplimiento o incumplimiento del emparejamiento, concepción, crianza y/o roles de parentesco permitidos o no permitidos
Guiones sexuales: pautas normativas de deseo y conducta sexuales prescritas para cada categoría genérica	*Orientación sexual:* deseos, sentimientos, prácticas e identificaciones sexuales social e individualmente configuradas
Personalidades: combinaciones de rasgos prefiguradas por las normas de conducta para cada categoría genérica	*Personalidad:* pautas internalizadas de emociones socialmente normativas, organizadas por la estructura familiar y la progenitura
Control social: aprobación y gratificación formal e informal del comportamiento conforme, y estigmatización y medicalización del comportamiento inconforme	*Procesos genéricos:* «hacer género», las prácticas sociales de aprendizaje y escenificación de comportamientos apropiados, esto es, desarrollo de una identidad de género
Ideología: justificación de las categorías genéricas, a menudo con argumentos sobre diferencias naturales (biológicas)	*Creencias:* incorporación de, o resistencia a, la ideología de género
Imaginería: representaciones culturales del género en el lenguaje simbólico y las producciones artísticas	*Presentación:* manifestación del propio género a través de vestidos, cosméticos, adornos y marcadores corporales permanentes y reversibles

Fuente: adaptado de Lorber 1994, pp. 30-31.

hacer encuestas. De hecho, la información que generan tiene gran importancia. Pero deberíamos tener siempre presente que las encuestas incorporan necesariamente las ideas pasadas sobre el género y la sexualidad, a la vez que crean nuevas categorías abocadas a soportar una carga institucional e individual.

Los historiadores también contribuyen tanto a la estructura como a la comprensión del género institucional e individual. El psicólogo George Elder, Jr., escribe: «Las vidas humanas están socialmente inmersas en tiempos históricos y lugares específicos que conforman su contenido, pauta y dirección ... Los distintos tipos de cambio histórico son experimentados de manera diferente por personas de distintas edades y roles».[82] El historiador Jeffrey Weeks ha aplicado esta idea al estudio de la sexualidad humana y ha distinguido cinco aspectos de la producción social de sistemas de expresión sexual.[83] Los sistemas de *parentesco y familia* y los *cambios económicos y sociales* (como la urbanización, la creciente independencia económica femenina y el desarrollo de una economía de consumo)[84] organizan y contribuyen a las formas cambiantes de la expresión sexual humana, igual que los nuevos tipos de *reglamento social*, que puede expresarse a través de la religión o de la ley. Lo que Weeks llama *el momento político*, es decir, «el contexto político en el que se toman las decisiones (legislar o no, perseguir o ignorar) puede ser importante a la hora de promover cambios en el régimen sexual» y suponer también una contribución profunda a la expresión sexual individual.[85] Finalmente, Weeks invoca lo que llama *culturas de resistencia*. Stonewall, por ejemplo, la sede de la fundación simbólica del movimiento por los derechos de los homosexuales, después de todo no era más que un bar donde los gays se reunían con propósitos sociales más que políticos. Aunque, al final, los homosexuales autoidentificados recurrieron a medios políticos convencionales (voto, grupos de presión y comités de acción política) la existencia previa de espacios privados que propiciaron el desarrollo de una subcultura gay permitió tales actividades al hacer visibles las alianzas potenciales para demandar un cambio político, a la vez que modificaba la encarnación individual de lo que vino a conocerse como la sexualidad gay.[86]

Comprender la historia de la tecnología también es clave para entender la encarnación individual de los sistemas de género contemporáneos. Piénsese, por ejemplo, en la categoría transexual. En el siglo XIX no había transexuales. Sí había hombres que pasaban por mujeres, y viceversa.[87] Pero el transexual moderno, una persona que recurre a las hormonas y la cirugía para transformar sus genitales de nacimiento, no po-

dría haber existido sin la requerida técnica médica.[88] El transexual surgió como una identidad o tipo humano cuando, a cambio del reconocimiento médico y el acceso a las hormonas y la cirugía, los transexuales convencieron a sus médicos de que se habían convertido en los miembros más estereotipados de su sexo adoptivo.[89] Sólo entonces los facultativos consentirían en crear una categoría médica a la que podían acogerse los transexuales para obtener tratamiento quirúrgico.

Muñecas rusas

¿Hay alguna manera fácil de visualizar el proceso bifacial que conecta la producción de conocimiento sexual del cuerpo en una cara con la materialización del género dentro del cuerpo en la otra?[90] Aunque no hay metáfora perfecta, las muñecas rusas siempre me han fascinado. Al abrir cada muñeca exterior, siempre aguardo expectante a ver si dentro hay una aún más pequeña. A medida que las muñecas se reducen de tamaño, me maravilla la delicadeza de la artesanía. Pero exponerlas es un dilema. ¿Debería separarlas y alinearlas en una serie decreciente? Esta presentación es atractiva, porque muestra cada componente de la muñeca más grande, pero insatisfactoria, porque cada muñeca individual, aunque visible, está hueca. La complejidad del anidamiento se pierde y, con ella, el placer, la maestría y la belleza de la estructura ensamblada. La comprensión del sistema de muñecas anidadas no surge de la contemplación de cada muñeca por separado, sino del proceso de montarlas y desmontarlas.

Las muñecas rusas me parecen útiles para visualizar las diversas capas de la sexualidad humana, desde la celular hasta la social e histórica (figura 9.4).[91] Los académicos pueden desmontar el sistema para exponerlo o estudiar una muñeca con más detalle. Pero cada muñeca individual está hueca. Sólo el conjunto entero tiene sentido. A diferencia de su contrapartida en madera, la muñeca rusa humana cambia de forma con el tiempo. El cambio puede darse en cualquiera de las capas, pero, puesto que el conjunto entero tiene que encajar, la alteración de un componente requiere modificar el sistema interconectado, desde el nivel celular hasta el institucional.

Si los historiadores sociales y comparativos escriben sobre el pasado para ayudarnos a comprender por qué enmarcamos el presente de maneras particulares (la muñeca más externa), los analistas de la cultura popular, críticos literarios, antropólogos y algunos sociólogos nos hablan



FIGURA 9.4: El organismo representado por un sistema de muñecas rusas. (Fuente: Erica Warp, para la autora)

de la cultura contemporánea (la segunda muñeca más grande). Analizan nuestros comportamientos colectivos, reflexionan sobre la interacción entre individuos e instituciones, y hacen la crónica del cambio social. Otros sociólogos y psicólogos piensan en las relaciones individuales y el desarrollo del individuo (la tercera muñeca), mientras que algunos psicólogos se ocupan de la mente y la psique (la cuarta muñeca). Como centro (o, si se prefiere, actividad) que vincula los eventos externos al organismo con los internos (la segunda muñeca más pequeña),[92] la mente cumple una función importante y peculiar. El cerebro es un órgano clave en la transferencia de información de fuera a dentro del cuerpo y al revés, y una variedad de neurólogos intenta no sólo comprender cómo funciona el cerebro en calidad de órgano integrado, sino cómo funcionan sus células individuales. De hecho, las células constituyen la última y más pequeña de nuestras muñecas.[93] En los diferentes órganos, las células se especializan en una variedad de funciones. También funcionan como sistemas, porque su historia y su entorno inmediato inducen señales para que genes particulares contribuyan (o no) a las actividades celulares.

La adopción de las muñecas rusas como marco intelectual sugiere que la historia, la cultura, las relaciones, la psique, el organismo y la célula son localizaciones apropiadas a partir de las cuales estudiar la adquisición y los significados de la sexualidad y el género. La teoría de sistemas ontogénicos, se aplique al conjunto o a sus subunidades, pro-

porciona el andamio para la reflexión y la experimentación. Ensamblar las muñecas menores en una única muñeca grande requiere la integración de conocimientos derivados de niveles muy diferentes de organización biológica y social. La célula, el individuo, los grupos de individuos organizados en familias, los grupos de iguales, las culturas y las naciones y sus historias son fuentes de conocimiento sobre la sexualidad humana. No podremos comprenderla bien a menos que consideremos todos estos componentes. Para llevar a cabo esta tarea, los estudiosos harían bien en trabajar en grupos interdisciplinarios. Y aunque no es razonable, por ejemplo, pedir a los biólogos que adquieran competencia en teoría feminista, ni a las pensadoras feministas que adquieran competencia en biología celular, sí es razonable pedir a cada grupo de estudiosos que entienda las limitaciones del conocimiento procedente de una sola disciplina. Sólo equipos no jerárquicos, pluridisciplinarios, pueden fraguar un conocimiento más completo (o, como dice Sandra Harding, «menos falso»)[94] de la sexualidad humana.

No tengo la ingenua esperanza de que mañana todo el mundo corra a formar equipos interdisciplinarios y se ponga a revisar sus sistemas de creencias sobre la naturaleza del conocimiento científico. Pero las controversias públicas sobre las diferencias sexuales y la sexualidad continuarán encendiéndose. ¿Pueden cambiar los homosexuales? ¿Hemos nacido así? ¿Pueden las jóvenes ser competentes en las matemáticas de alto nivel y las ciencias físicas? Ahí donde éstos u otros dilemas relacionados afloren a la superficie, espero que los lectores y lectoras puedan volver a este libro para encontrar maneras nuevas y mejores de conceptualizar los problemas en cuestión.

La pensadora feminista Donna Haraway ha escrito que la biología es política por otros medios.[95] Este libro ofrece una argumentación ampliada de la verdad de dicha afirmación. Estoy segura de que continuaremos defendiendo nuestras políticas con argumentos biológicos. Quisiera que, en el proceso, nunca perdiéramos de vista el hecho de que nuestros debates sobre la biología del cuerpo siempre son debates simultáneamente morales, éticos y políticos sobre la igualdad política y social y las posibilidades de cambio. Nada menos es lo que está en juego.

Notas

Capítulo 1: Duelo a los dualismos

1. Hanley 1983.
2. Mi descripción de estos hechos se basa en las siguientes referencias: de la Chapelle 1986; Simpson 1986; Carlson 1991; Anderson 1992; Grady 1992; Le Fanu 1992; Vines 1992; Wavell y Alderson 1992.
3. Citado en Carlson 1991, p. 27.
4. Ibíd. La denominación técnica de la condición de Patiño es síndrome de insensibilidad a los andrógenos. Es una de varias condiciones que dan lugar a cuerpos con mezcla de partes masculinas y femeninas. Son lo que hoy llamamos *intersexos*.
5. Citado en Vines 1992, p. 41.
6. Ibíd., p. 42.
7. La contradicción fue un escollo para el atletismo femenino a todos los niveles. Véase, por ejemplo, Verbrugge 1997.
8. Los juegos olímpicos especialmente, y el deporte femenino en general, han generado toda suerte de diferencias de género en el contexto de su práctica. La exclusión de las mujeres de ciertas pruebas o la promulgación de reglas distintas para las pruebas masculinas y femeninas son ejemplos obvios. Para una discusión detallada sobre género y deporte, véase Cahn 1994. Para otros ejemplos de la contribución del género mismo a la construcción de cuerpos masculinos y femeninos diferentes en el deporte véase Lorber 1993 y Zita 1992.
9. Money y Ehrhardt definen «rol de género» como «todo lo que una persona dice y hace para indicar a los otros o a sí misma el grado en que es masculina, femenina o ambivalente». Definen «identidad de género» como «la monotonía, unidad y persistencia de la propia individualidad como masculina, femenina o ambivalente ... La identidad de género es la experiencia privada del rol de género, y el rol de género es la experiencia pública de la identidad de género» (Money y Ehrhardt 1972, p. 4). Para una discusión de la distinción entre «sexo» y «género» de Money véase Hausman 1995.

Money y Ehrhardt distinguen entre sexo cromosómico, sexo fetal gonadal, sexo fetal hormonal, dimorfismo genital, dimorfismo cerebral, la respuesta de los adultos al género del infante, imagen corporal, identidad de género juvenil, sexo hormonal puberal, erotismo puberal, morfología puberal e identidad de género adulta. Todos estos factores se sumarían para definir la identidad de género de una persona.

10. Véase, por ejemplo, Rubin 1975. Rubin también cuestiona las bases biológicas de la homosexualidad y la heterosexualidad. Nótese que las definiciones feministas del género se aplicaban también a las instituciones y no sólo a las diferencias personales o psicológicas.
11. A menudo la dicotomía sexo/género se convirtió en un sinónimo del debate naturaleza/crianza, o mente/cuerpo. Para una discusión sobre el uso de estas dicotomías para entender la interrelación de los sistemas de creencias sociales y científicos véase Figlio 1976.
12. Muchos científicos y sus divulgadores afirman que los varones son más competitivos, más agresivos o resueltos, y más sexuales, proclives a la infidelidad y demás. Véase, por ejemplo, Pool 1994 y Wright 1994. Para una crítica de estas afirmaciones véase Fausto-Sterling 1992, 1997a, 1997b.
13. Para las feministas este debate es muy problemático porque enfrenta la autoridad de la ciencia, en particular la biología, a la autoridad de las ciencias sociales, y en cualquier batalla de esta clase las últimas tienen todas las de perder. En nuestra cultura, la ciencia esgrime todo el aparato del acceso especial a la verdad: la pretensión de objetividad.
14. Spelman acuñó el término «somatofobia» para la aversión feminista al cuerpo (véase Spelman 1988). Recientemente un colega me comentó que parecía que las teorías biológicas del comportamiento me dieran miedo, y que le confundía que, al mismo tiempo, me dedicara a los estudios biológicos como medio de obtener información interesante y útil sobre el mundo. Tenía razón. Como muchas feministas, tengo buenas razones para recelar de introducir la biología en el cuadro. No son sólo los siglos de argumentaciones que han hecho uso del cuerpo para justificar desigualdades de poder: también me he encontrado dichas argumentaciones a lo largo de mi vida. En la escuela primaria, un maestro me dijo que las mujeres podían ser enfermeras pero no médicos (después de que yo declarara mi intención de dedicarme a la medicina). Más tarde, siendo una joven profesora asistente en Brown, un catedrático del departamento de historia me dijo amablemente, pero con gran autoridad, que la historia demostraba que nunca había habido mujeres geniales ni en ciencias ni en letras. Según parecía, habíamos nacido para ser mediocres. Para colmo, cuando volvía de las reuniones científicas, emocionalmente afectada por mi incapacidad para introducirme en los cónclaves masculinos donde tenían lugar los auténticos cambios científicos (en las conversaciones de salón y de comedor),

leí que «los grupos de hombres» eran un resultado natural de los lazos masculinos desarrollados por los cazadores prehistóricos. Nada podía hacerse al respecto.

Ahora comprendo que experimenté el poder político de la ciencia. Este «poder se ejerce de manera menos visible, menos conspicua [que el estatal o institucional], y no sobre, sino *a través de* las estructuras institucionales, las prioridades, las prácticas y los lenguajes dominantes de las ciencias» (Harding 1992, p. 567, énfasis en el original). No sorprende, pues, que, como otras feministas, fuera reticente a basar el desarrollo de la psique en alguna esencia corporal. Contestábamos lo que se dio en llamar «esencialismo». Hoy, como hace un siglo, las feministas esencialistas argumentan que las mujeres *son* diferentes por naturaleza, y que dicha diferencia constituye la base de la igualdad o la superioridad social. Para una introducción a los extensos debates feministas sobre el esencialismo, véase J.R. Martin 1994 y Bohan 1997.

15. Para una discusión de esta resistencia en términos de esquema de género adulto véase Valian 1998a, 1998b.
16. Véanse los capítulos 1-4 de este libro; también Feinberg 1996; Kessler y McKenna 1978; Haraway 1989, 1997; Hausman 1995; Rothblatt 1995; Burke 1996, y Dreger 1998b. Un ensayo sociológico reciente sobre el problema del género considera que «"el filo cortante" de la teorización social contemporánea en torno al cuerpo puede localizarse dentro del propio feminismo» (Williams y Bendelow 1998, p. 130).
17. Moore 1994, pp. 2-3.
18. Mi activismo social ha incluido la participación en organizaciones que defienden los derechos civiles de todo el mundo, sin distinción de raza, género u orientación sexual. También he colaborado en asuntos tradicionalmente feministas como la acogida de mujeres maltratadas, los derechos reproductivos y el acceso equitativo de las mujeres a los puestos académicos.
19. En realidad, yo haría extensiva esta afirmación a *todo* el conocimiento científico, pero en este libro restringiré mi argumentación a la biología (la empresa científica que mejor conozco). Para una argumentación ampliada sobre este asunto, véase Latour 1987 y Shapin 1994.
20. Algunos objetarían que la gente expresa sexualidades muy impopulares a pesar de la intensa presión social contraria, cuando no la amenaza de daño físico. Está claro, dirían, que nada en el ambiente fomenta tales conductas. Otros argumentan que debe haber alguna predisposición determinada prenatalmente que, en interacción con factores externos desconocidos, conduce a una sexualidad adulta recalcitrante y a menudo inmutable. Los miembros de este último grupo, probablemente la mayoría de integrantes de Loveweb, se autodenominan *interaccionistas*. Pero su versión del interaccionismo (lo que significa que el cuerpo y su entorno interaccionan para

producir pautas de conducta) implica una gran dosis de cuerpo y sólo una pizca de entorno. Como escribe uno de los interaccionistas más incondicionales y elocuentes: «La verdadera cuestión es cómo el cuerpo genera el comportamiento» (discusión de «Lovenet»).

21. El saber académico no es el único agente de cambio; éste se combina con otros agentes, incluyendo medios tradicionales como el voto y las preferencias de los consumidores.
22. Haraway 1997, p. 217. Véase también Foucault 1970; Gould 1981; Schiebinger 1993a, 1993b.
23. Véase, por ejemplo, Stocking 1987, 1988; Russett 1989; Poovey 1995.
24. La historiadora Lorraine Daston señala que la idea de la naturaleza o lo natural invocada en los debates sobre el cuerpo cambió del siglo XVIII al XIX: «La naturaleza moderna era incapaz de ofrecer "hechos firmes"... La naturaleza moderna abundaba en revelaciones acerbas sobre las ilusiones de la ética y la reforma social, porque era despiadadamente amoral» (Daston 1992, p. 222).
25. Durante este tiempo, sostiene Foucault, la transición del feudalismo al capitalismo requirió una nueva concepción del cuerpo. Los señores feudales aplicaban su poder directamente. Campesinos y siervos obedecían porque así lo dictaban Dios y su soberano (salvo, por supuesto, cuando se rebelaban, como hacían de tarde en tarde). El castigo de la desobediencia era, a ojos modernos, violento y brutal: se estiraban los miembros hasta descuartizar al reo. Para una descripción sobrecogedora de esta brutalidad, véanse los capítulos iniciales de Foucault 1979.
26. Foucault 1978, p. 141.
27. Estos esfuerzos dieron lugar a «una *anatomo-política del cuerpo humano*» (Foucault 1978, p. 139; el subrayado es del original).
28. Puesto que algunos debates sobre sexo y género representan la vieja controversia naturaleza/crianza con tintes modernos, su resolución (o, como pretendo, su disolución) es relevante para los debates sobre la diferencia racial. Para una discusión de la raza en términos de la biología moderna, véase Marks 1994.
29. Foucault 1978, p. 139; el subrayado es del autor.
30. Ibíd. En el capítulo 5 expongo cómo el auge de la estadística permitió a los científicos del siglo XX postular diferencias sexuales en el cerebro humano.
31. Sawicki 1991, p. 67; para una interpretación de Foucault en un contexto feminista véase también McNay 1993.
32. Foucault 1980, p. 107.
33. Citado en Moore y Clark 1995, p. 271.
34. Un ejemplo de la anatomo-política del cuerpo humano.
35. Un ejemplo de la biopolítica de la población.
36. Harding 1992, 1995; Haraway 1997; Longino 1990; Rose 1994; Nelson y Nelson 1996.

37. Véase también Strock 1998.
38. Además, las teorías derivadas de dicha investigación afectan profundamente la manera en que la gente vive su vida. Por ejemplo, la transformación de los homosexuales en personas «rectas» ha sido objeto de mucha propaganda en los últimos tiempos. Para los homosexuales es muy importante si ellos y otros piensan que pueden cambiar o, por el contrario, que su inclinación homosexual es permanente e incorregible (Leland y Miller 1998; Duberman 1991). Para más sobre este punto véase Zita 1992. Para un análisis detallado de la bisexualidad véase Garber 1995 y Epstein 1991.

    El sociólogo Bruno Latour sostiene que una vez un hallazgo científico obtiene una aceptación tan general que le otorgamos la dignidad de hecho, incluyéndolo sin discusión en libros de texto y diccionarios científicos, se pierde de vista detrás de un velo o, en palabras de Latour, una «caja negra» (Latour 1987). A partir de entonces nadie se pregunta si, en origen, tuvo un papel ideológico en la escena política o social, o si reflejaba ciertas prácticas culturales o visiones del mundo.
39. Kinsey et al. 1948; Kinsey et al. 1953. *Las ocho categorías de Kinsey.* 0: «Todas las respuestas psicológicas y actividades sexuales orientadas abiertamente a personas del sexo opuesto». 1: «Respuestas psicosexuales y/o experiencias orientadas casi enteramente hacia individuos del sexo opuesto». 2: «Respuestas psicosexuales y/o experiencias preponderantemente heterosexuales, aunque con una respuesta diferenciada a los estímulos homosexuales». 3: Individuos que «están a medio camino en la escala homosexual-heterosexual». 4: Individuos cuyas «respuestas psicológicas se orientan más a menudo hacia individuos de su mismo sexo». 5: Individuos «casi enteramente homosexuales en sus respuestas psicológicas y/o actividades sexuales». 6: Individuos «exclusivamente homosexuales». X: «Sin respuesta erótica a estímulos heterosexuales u homosexuales ni contactos físicos manifiestos». (Kinsey et al. 1953, pp. 471-472).
40. Cuando contaron los encuentros homosexuales acumulados desde la adolescencia hasta la cuarentena, vieron que las respuestas homosexuales ascendían al 28 por ciento para las mujeres y casi el 50 por ciento para los varones. Cuando se ceñían a las interacciones conducentes a orgasmo, las cifras aún eran altas: 13 por ciento para las mujeres y 37 por ciento para los varones (ibíd. p. 471). Kinsey no tomó la homosexualidad como una categoría natural. Su sistema, insistió, no pretendía despiezar la naturaleza.
41. Por supuesto, Kinsey estudió estos otros aspectos de la existencia sexual humana, pero estaban expresamente excluidos de su escala de 0 a 6, y la complejidad y sutileza de sus análisis a menudo se perdía en las discusiones subsiguientes. Hasta finales de los ochenta, algunos investigadores recelaban de la adecuación de la escala de Kinsey y propusieron modelos más

complejos. Uno concibió una trama con siete variables (atracción sexual, comportamiento sexual, fantasías sexuales, preferencia emocional, preferencia social, autoidentificación, modo de vida hetero/homo) y una escala de tiempo (pasado, presente, futuro) ortogonal (Klein 1990).

42. Véase, por ejemplo, Bailey et al. 1993; Whitam et al. 1993; Hamer et al. 1993, y Pattatucci y Hamer 1995.

Desde el principio, Kinsey fue objeto de ataques tanto políticos como científicos. La indignación de ciertos congresistas hizo que perdiera su financiación. Los científicos, en particular los estadísticos, criticaron su metodología. Kinsey había recopilado datos de un número impresionante de varones y mujeres, pero con una abrumadora mayoría de blancos de clase media del medio oeste de Estados Unidos, aplicando lo que los sociólogos llaman ahora muestreo en bola de nieve. Partiendo de una muestra de estudiantes, había entrevistado después a sus amigos y familiares, a los amigos y familiares de sus amigos y familiares, y así sucesivamente. A medida que se corrió la voz sobre el estudio (a través de sus disertaciones públicas, por ejemplo) reclutó más sujetos, algunos de los cuales se prestaron voluntariamente a las entrevistas tras oírle hablar. Aunque procuró reunir gente de distintos entornos, caben pocas dudas de que seleccionó un segmento de la población especialmente dispuesto, y a veces presto, a hablar de sexo. Puede que esto explique la elevada frecuencia de encuentros homosexuales en sus informes.

En el aspecto positivo, Kinsey y un pequeño número de colaboradores bien adiestrados (en consonancia con el racismo y el sexismo de la época, los entrevistadores de Kinsey debían ser varones, blancos y de origen anglosajón) realizaron personalmente todas las entrevistas. En vez de emplear cuestionarios preparados, siguieron un procedimiento memorizado que les dejaba libertad para seguir líneas de sondeo que les permitieran asegurarse de obtener respuestas completas. Otros enfoques más modernos han cambiado este proceso más flexible, pero también más idiosincrásico, por una estandarización que permite emplear entrevistadores menos cualificados. Es muy difícil saber si, de resultas de ello, se pierden datos importantes (James Weinrich, comunicación personal) (Brecher y Brecher 1986; Irvine 1990a, 1990b).

43. Éste es un procedimiento obligado en los estudios de ligamiento molecular (para cualquier rasgo multifactorial) dada la baja resolución de la técnica (véase Larder y Scherk 1994). Si el rasgo no se constriñe enormemente, es imposible obtener una asociación estadística significativa. Pero la constricción del rasgo lo hace inapropiado para generalizar un hallazgo a toda la población (Pattatucci 1998).
44. Klein 1990. Para una versión de modelo ortogonal, véase Weinrich 1987.
45. Chung y Katayama 1996. En el más importante informe reciente de las prácticas sexuales de los estadounidenses, Edward O. Laumann, John H.

Gagnon, Robert T. Michael y Stuart Michaels categorizaron sus resultados a lo largo de tres ejes: comportamiento, deseo e identidad (Laumann, Gagnon et al. 1994). Por ejemplo, se reportó que el 59 por ciento de las mujeres con al menos algún interés homosexual expresaba deseo hacia otras mujeres pero no otros comportamientos, mientras que el 15 por ciento expresaba deseos y conductas homosexuales *y* se autoidentificaba como lesbiana. Un 13 por ciento declaró conductas (interacciones) lésbicas sin deseo intenso ni identificación homosexuales. Aunque en el caso masculino la distribución difería, la conclusión general es la misma: hay un «alto grado de variabilidad en la manera en la que se distribuyen los diferentes elementos de la homosexualidad en la población. Esta variabilidad se relaciona con la organización de la homosexualidad como un conjunto de comportamientos y prácticas y su experiencia subjetiva, y suscita cuestiones provocativas sobre la definición de *homosexualidad*» (Laumann, Gagnon et al. 1994, p. 300). El tamaño muestral de este estudio fue de 3.432 sujetos, y el rango de edades de 18 a 59 años. Había discrepancias en los datos, que los autores señalan y discuten. Por ejemplo, el 22 por ciento de las mujeres dice haber sido objeto de forzamiento sexual, mientras que sólo el 3 por ciento de los varones dice haber forzado sexualmente a alguna mujer. Los hombres declaran más parejas sexuales que las mujeres, lo que suscita una pregunta: ¿de dónde las sacan? (véase Cotton 1994; Reiss 1995).

46. A menudo oigo decir a mis colegas biólogos que nuestros compatriotas en otros campos tienen una vida más fácil, porque el conocimiento científico cambia continuamente, mientras que otras disciplinas permanecen estáticas. De ahí que tengamos que revisar constantemente nuestros cursos, mientras que un historiador o un experto en Shakespeare puede dar siempre la misma lección año tras año. Lo cierto es que nada hay más lejos de la verdad. El campo de la literatura cambia continuamente a medida que nuevas teorías analíticas y nuevas filosofías del lenguaje pasan a formar parte de los recursos académicos. Y un profesor de lengua inglesa que no ponga al día regularmente sus lecciones o prepare nuevos cursos adaptados a los cambios en la disciplina será tan criticado como el profesor de bioquímica que lee sus lecciones directamente del libro de texto. La actitud de mis colegas es un intento de erigir fronteras, de convertir el trabajo científico en algo especial. Los análisis actuales de la ciencia, sin embargo, sugieren que no es tan diferente después de todo. Para una visión general de la sociología de la ciencia, véase Hess 1997.
47. Halperin 1990, pp. 28-29.
48. Scott 1993, p. 408.
49. Duden 1991, pp. v, vi.
50. Katz 1995.
51. Trumbach 1991a.

52. McIntosh 1968.
53. En filosofía, la cuestión de cómo categorizar la sexualidad humana suele discutirse en términos de «clases naturales». El filósofo John Dupré escribe con más generalidad sobre las dificultades de cualquier clasificación biológica: «No hay una manera única, dada por Dios, de clasificar los innumerables y diversos productos del proceso evolutivo. Hay muchas maneras plausibles y defendibles de hacerlo, y la mejor dependerá tanto de los propósitos de la clasificación como de las peculiaridades de los organismos en cuestión» (Dupré 1993, p. 57). Para otras discusiones de las clases naturales en relación a la clasificación de la sexualidad humana, véase Stein 1999 y Hacking 1992 y 1995.

    Aún hoy muchos de nosotros perdemos el tiempo especulando sobre si esto o aquello es «realmente» recto o «realmente» desviado, igual que «podríamos preguntarnos si cierto dolor es indicador de cáncer» (McIntosh 1968, p. 182).
54. Sólo viajando en el tiempo, argumenta Latour, puede comprenderse la construcción social de un hecho científico. Las partes interesadas deben retrotraerse al periodo inmediatamente anterior a la aparición del hecho en cuestión y meterse en la piel de unos ciudadanos de otra época que participaron en su «descubrimiento», discutieron sobre su realidad y finalmente acordaron meterlo en la caja negra de la facticidad (véase la nota 38). Así pues, no podemos entender las formulaciones científicas modernas de la estructura de la sexualidad humana sin retrotraernos en el tiempo hasta su origen.
55. En la actualidad disponemos de una rica literatura sobre la historia de la sexualidad. Para una perspectiva general de las ideas sobre la masculinidad y la feminidad, véase Foucault 1990 y Laqueur 1990. Para la sexualidad en Roma y los primeros tiempos de la Cristiandad, véase Boswell 1990 y Brooten 1996. Para un tratamiento actualizado de la sexualidad en la Edad Media y el Renacimiento, véase Trumbach 1987, 1998; Bray 1982; Huussen 1987; Rey 1987. Para las expresiones cambiantes de la sexualidad en los siglos XVIII y XIX, véase Park 1990; Jones y Stallybrass 1991; Trumbach 1991a, 1991b; Faderman 1982; Vicinus 1989. Para trabajos históricos adicionales véase Boswell 1995; Bray 1982; Bullough y Brundage 1996; Cadden 1993; Culianu 1991; Dubois y Gordon 1983; Gallagher y Laqueur 1987; Groneman 1994; Jordanova 1980, 1989; Kinsman 1987; Laqueur 1992; Mort 1987. Para la conexión de nuestras ideas sobre la salud y la enfermedad con nuestras definiciones de sexo, género y moralidad véase Moscucci 1990; Murray 1991; Padgug 1979; Payer 1993; Porter y Mikuláš 1994; Porter y Hall 1995; Rosario 1997; Smart 1992; Trumbach 1987, 1989.
56. Katz 1976 y Faderman 1982.
57. Halwani 1998 ofrece un ejemplo de la naturaleza continuada de este debate.

58. A veces presentada como la cuna de la democracia moderna, Atenas estaba en realidad gobernada por una reducida elite de ciudadanos varones. El resto (esclavos, mujeres, extranjeros y niños) tenía un estatuto subordinado. Esta estructura política proporcionaba el andamiaje para el sexo y el género. Por ejemplo, no había prohibiciones específicas del sexo entre varones; lo que importaba era qué *clase* de sexo se practicaba. Un ciudadano podía tener contacto sexual con un joven o un esclavo siempre que llevara la parte activa y el otro la pasiva. Esta clase de sexo no violaba la estructura política ni ponía en cuestión la masculinidad del participante activo. Por otro lado, el sexo insertivo entre ciudadanos del mismo rango «era virtualmente inconcebible» (Halperin 1990, p. 31). El acto sexual era una declaración de la posición social y política de cada cual. «El sexo entre superior e inferior era una representación en miniatura de la polarización por la que se medía y definía la distancia social entre ambos» (ibíd. p. 32). La postura también importaba. Cuando se analiza la variedad de actos sexuales representados en las decoraciones de las vasijas griegas, se ve que los ciudadanos siempre penetraban a las mujeres o a los esclavos por detrás. (No, la postura del misionero no es ni universal ni «natural».) Pero en las tan pregonadas relaciones entre varones mayores y sus protegidos, el contacto sexual (sin penetración) era cara a cara (Keller 1985). Weinrich (1987) distingue tres formas de homosexualidad identificadas en diferentes culturas o épocas históricas: homosexualidad de inversión, homosexualidad estructurada por edades y homosexualidad de rol. Véase también Herdt 1990a, 1994a, 1994b.
59. Katz 1990, 1995. Otros autores (Kinsman 1987) señalan el uso del término en textos del húngaro K.M. Benkert fechados en 1869. Algo se respiraba en el aire.
60. Hansen 1989, 1992. Poco después se publicaron informes franceses, italianos y norteamericanos.
61. Ellis 1913. Algunos historiadores puntualizan que la implicación de la profesión médica en la definición de los tipos sexuales humanos es sólo una parte de la historia. Pueden encontrarse tratamientos más matizados del tema en Krafft-Ebing 1892; Chauncey 1985, 1994; Hansen 1989, 1992; D'Emilio 1983, 1993; D'Emilio y Freedman 1988; Minton 1996. Duggan escribe: «Lejos de crear o producir nuevas identidades lesbianas, los sexólogos del cambio de siglo extrajeron sus "casos" de testimonios de las propias mujeres y de recortes de periódico, así como de la literatura francesa de ficción y pornográfica, como bases "empíricas" de sus teorías» (Duggan 1993, p. 809).
62. En épocas anteriores las sexualidades masculina y femenina se situaban a lo largo de un continuo de caliente a frío (Laqueur 1990).
63. La invertida auténtica de este periodo se travestía y, cuando le era posible, ejercía oficios apropiadamente masculinos. En 1928, Ellis describía así a

la lesbiana invertida: «Los movimientos bruscos y enérgicos, la postura de los brazos, el habla directa ... la rectitud y el sentido del honor masculinos ... todo ello sugiere la anormalidad física subyacente a un observador agudo ... a menudo hay un gusto pronunciado por fumar cigarrillos ... pero también una decidida tolerancia a los puros. También hay una antipatía y a veces incapacidad para la costura y otras ocupaciones domésticas, y a menudo cierta capacidad para el atletismo» (Ellis 1928, p. 250). Ningún libro expresó más claramente esta idea que el de Hall (1928), cuya influencia afectó a las vidas de miles de lesbianas hasta bien entrados los setenta. Véase también el capítulo 8 de Silverman 1992.

64. Aunque la idea de la inversión influyó enormemente en los expertos sexuales del cambio de siglo (los que luego se llamarían sexólogos), el concepto era inestable y fue cambiando a medida que los roles sexuales estrictos se debilitaron, y varones y mujeres comenzaron a coincidir con más frecuencia en los mismos espacios públicos. Ellis y después Freud comenzaron a separar los comportamientos y roles masculinos del deseo homosexual. Así, la elección de objeto de deseo (o preferencia sexual, como suele decirse hoy) adquirió importancia como categoría de clasificación sexual. Para las mujeres se fue introduciendo más lentamente una división similar, que quizá no emergió del todo hasta que la revolución feminista de los setenta hizo añicos los roles sexuales rígidos. Para más información sobre la historia de la sexología, véase Birken 1988; Irvine 1990a, 1990b; Bullough 1994; Robinson 1976; Milletti 1994.

Para una crónica fascinante de esta transformación desde el punto de vista de las propias feministas véase Kennedy y Davis 1993.

65. Aunque el sexo entre hombres no les molestaba, los griegos reconocían la existencia de *molles*, varones afeminados que anhelaban ser penetrados, y *tribades*, mujeres que preferían el sexo con otras mujeres, aunque lo practicaran también con hombres. Ambos grupos eran considerados mentalmente perturbados. Pero la anormalidad no residía en el deseo homosexual. Lo que preocupaba a los médicos griegos era la desviación de *género*. Los *molles*, incomprensiblemente, deseaban someterse al poder masculino adoptando el rol sexual pasivo, y las *tribades*, intolerablemente, se apropiaban el rango político masculino al asumir el rol sexual activo. Unos y otras diferían de la gente normal por querer demasiado de algo bueno. Se les consideraba hipersexuados. (Así, los *molles* adquirían el deseo de ser penetrados porque el rol activo no les proporcionaba suficiente alivio sexual.) David Halperin escribe: «Estos desviados desean placer sexual como la mayoría de la gente, pero sus deseos son tan fuertes e intensos que les impulsan a buscar medios inusuales e indecorosos ... de satisfacerlos» (Halperin 1990, p. 23).

66. El historiador Bert Hansen escribe: «Un sentido de identidad provisional facilitó la interacción ulterior ... que a su vez facilitó la formación de una identidad homosexual en más individuos» (Hansen 1992, p. 109).

67. Ibíd. p. 125. Véase también Minton 1996. El historiador George Chauncey ofrece un material impresionante de un amplio y bastante abierto y aceptado mundo gay urbano durante el primer tercio del siglo XX. En contraste con ese periodo, la cultura gay fue objeto de una gran represión entre los años treinta y cincuenta (Chauncey 1994). Allan Bérubé (1990) documenta la participación de homosexuales de ambos sexos en la segunda guerra mundial, y sugiere que el movimiento gay moderno constituye uno de los últimos legados de sus luchas en el servicio militar. Para una fascinante historia oral del movimiento gay de la posguerra, véase Marcus 1992. Otros ensayos sobre el periodo de posguerra pueden encontrarse en Escoffier et al. 1995. Para una discusión de los problemas historiográficos al escribir historias de la sexualidad, véase Weeks 1981a, 1981b; Duggan 1990.
68. Su entrada en la lengua inglesa tuvo lugar en 1889, con la traducción al inglés del *Psychopathia Sexualis* de Krafft-Ebing.
69. Katz 1990, p. 16. Hoy en día el concepto de heterosexual se nos antoja inexorablemente natural, pero hasta finales de los años treinta no se consolidó en tierras americanas. En 1901 los términos *heterosexual* y *homosexual* no aparecían en el *Oxford English Dictionary*. Durante las primeras dos décadas del siglo XX, novelistas, dramaturgos y educadores sexuales lucharon contra la censura y la desaprobación pública para que el erotismo heterosexual tuviera un espacio público. Pero el término *heterosexual* tuvo que esperar hasta 1939 para salir definitivamente del submundo médico y merecer ese honor de los honores que es la publicación en el *New York Times*. De ahí a Broadway, en el musical *Pal Joey*, pasaron otros diez años.

    La letra completa de *Pal Joey* se cita en Katz 1990, p. 20; para una historia más detallada del concepto moderno de heterosexualidad véase Katz 1995. En 1929, la educadora sexual Mary Ware Dennett fue acusada de enviar material obsceno (un folleto de educación sexual para niños) por correo. Sus escritos delictivos hablaban de los gozos de la pasión sexual (dentro de los confines del amor y el matrimonio, por supuesto). La autora Margaret Jackson argumenta que el desarrollo de la sexología menoscabó el feminismo de la época «al declarar que los aspectos de la sexualidad masculina y la heterosexualidad eran *naturales*, y construir sobre esa base un modelo "científico" de la sexualidad» (Jackson 1987, p. 55). Para más información sobre el feminismo, la sexología y la sexualidad en este periodo véase Jeffreys 1985.
70. Nye 1998, p. 4.
71. Boswell 1990, pp. 22, 26.
72. Nye 1998, p. 4.
73. Como sugiere, por ejemplo, James Weinrich (1987).
74. No todos los antropólogos están de acuerdo sobre el número exacto de patrones; algunos citan hasta seis. Como ocurre con muchas de las ideas discutidas en este capítulo, el mundo académico todavía está procesando el

flujo de datos entrantes y proliferan los nuevos análisis de datos antiguos.

75. McIntosh 1968.
76. En los años pasados desde el ensayo de McIntosh se han publicado otros libros sobre el tema dignos de estudio. Véase, por ejemplo, Dynes y Donaldson 1992a, 1992b y Murray 1992.
77. Para una revisión de los estudios interculturales de la sexualidad humana, véase Davis y Whitten 1987; Weston 1993; Morris 1995.
78. Véase, por ejemplo, el recurso de Weinrich a la noción de universales humanos para inferir la base biológica de los rasgos comportamentales (Weinrich 1987).
79. Vance 1991, p. 878.
80. Nótese que esta definición permite a Boswell ser un construccionista social moderado sin dejar de creer que el deseo homosexual es innato, transhistórico e intercultural. De hecho, la expresión *construcción social* no se refiere a un cuerpo de pensamiento unificado. Su sentido ha cambiando con el tiempo; los «construccionistas» más modernos suelen ser más sofisticados que los primeros. Para una discusión detallada de las distintas versiones del construccionismo y el esencialismo véase Halley 1994.
81. Vance 1991, p. 878. Halperin ciertamente encaja en este construccionismo más radical.
82. Herdt 1990a, p. 222.
83. Una lectura en profundidad del informe de Herdt de las sociedades melanesias revela tres asunciones (occidentales) subyacentes: que la homosexualidad es una práctica de por vida, que es una «identidad», y que estas definiciones de homosexualidad pueden encontrarse en todo el mundo.
84. Elliston 1995, pp. 849, 852. Los antropólogos mantienen discrepancias similares en cuanto a las implicaciones de las prácticas amerindias agrupadas por los expertos bajo la denominación de «bardaje» (una variedad de costumbres que implican roles y comportamientos transgenéricos sancionados por la comunidad). Algunos sostienen que la existencia del bardaje demuestra que la asunción de roles y comportamientos del otro sexo es la expresión universal de una sexualidad innata, pero otros piensan que ésta es una visión simplista y ahistórica de unas prácticas que exhiben gran variación entre las culturas amerindias y las épocas históricas. Carolyn Epple, por ejemplo, que ha estudiado cómo definen los navajos al *nádleehí* (la denominación del bardaje en el idioma navajo), ha señalado que las definiciones varían de un caso a otro. Esta variación tiene sentido porque la visión del mundo de los navajos «parece poner el énfasis en las definiciones situacionales más que en las basadas en categorías fijas». Epple se cuida mucho de precisar expresiones como «la visión del mundo de los navajos» indicando que se refiere a la que comentan sus informadores. No hay una visión del mundo singular, porque cambia con la región y el periodo histórico, y se entiende mejor como un complejo de sistemas de creencias so-

lapados, lo cual contrasta con la asunción euro-norteamericana de que la homosexualidad es una clase natural fija. (Para una discusión de las clases naturales, véase Dupré 1993; Koertge 1990; Hacking 1992, 1995.) Además, señala Epple, los navajos no necesariamente contemplan al *nádleehí* como una transgresión de género. Para los navajos estudiados por ella, toda persona es masculina y femenina a la vez, de manera que no describirían a un hombre con ademanes de mujer como afeminado. «Puesto que masculinidad y feminidad están siempre presentes», observa Epple, «la apreciación de lo "masculino" frente a lo "femenino" reflejará por lo general la perspectiva del observador, y no un valor absoluto» (Epple 1998, p. 32). Para críticas adicionales del concepto de bardaje, véase Jacobs, Thomas et al. 1997.

85. Véase, por ejemplo, Goldberg 1973 y Wilson 1978.
86. Ortner 1996.
87. Aunque no fue idea suya, Kessler y McKenna hicieron un uso excelente de este concepto en su análisis de los estudios interculturales de los sistemas de género (Kessler y McKenna 1978).
88. Ortner 1996, p. 146.
89. Ortner escribe: «Las hegemonías son poderosas, y nuestra primera tarea es comprender cómo funcionan. Pero las hegemonías no son eternas. Siempre habrá (para bien o para mal) dominios de poder y autoridad que se sitúen fuera de la hegemonía y puedan servir como imágenes y puntos de apoyo para ordenamientos alternativos» (ibíd. p. 172).
90. Oyewumi 1998, p. 1053. Véase también Oyewumi 1997.
91. Oyewumi 1998, p. 1061.
92. Oyewumi 1997, p. xv. Oyewumi señala que las divisiones de género son especialmente visibles en las instituciones estatales africanas, derivadas originalmente de formaciones coloniales y, por ende, representativas de las imposiciones transformadas del colonialismo, incluyendo los sistemas de género de los colonizadores.
93. Stein 1998. Para un tratamiento completo de las ideas de Stein, véase Stein 1999.
94. Otra bióloga feminista, Lynda Birke, ha ido en esta misma dirección (Birke 1999).
95. Halperin 1993, p. 416.
96. Plumwood 1993, p. 43. Plumwood también argumenta que los dualismos «son resultado de una suerte de dependencia negada de un otro subordinado» (ibíd. p. 41). Esta negación, combinada con una relación dominante-subordinado, configuran la identidad de cada lado del dualismo. Bruno Latour, en un marco diferente, expresa una idea parecida (que naturaleza y cultura se han separado de manera artificial para crear la práctica científica moderna). Véase Latour 1993.
97. Wilson 1998, p. 55.

98. En sus propias palabras, quiere «preguntar cómo y por qué la "materialidad" se ha convertido en un signo de irreductibilidad, esto es, cómo es que la materialidad del sexo se entiende sólo como portadora de construcciones culturales y, por consiguiente, no puede ser una construcción» (Butler 1993, p. 28).
99. Ibíd. p. 29.
100. Ibíd. p. 31.
101. Para otros ejemplos de significados sedimentados en la ciencia, véase Schiebinger 1993a, sobre la elección de Linneo de las mamas como raíz del término para designar la clase mamíferos, y Jordanova 1989, sobre la descripción de Durkheim de las mujeres en su libro *Suicide*, publicado en 1897.
102. Butler 1993, p. 66.
103. Hausman 1995, p. 69.
104. Grosz 1994, p. 55.
105. Singh 1942; Gesell y Singh 1941; Candland 1993; Malson y Itard 1972.
106. «La imagen corporal no puede identificarse de manera simple e inequívoca con la sensación proporcionada por un cuerpo puramente anatómico. La imagen corporal es una función de la psicología y el contexto sociohistórico del sujeto tanto como de su anatomía» (Grosz 1994, p. 79). Véase también Bordo 1993.
107. La filósofa Iris Young considera un conjunto similar de problemas en su libro y ensayo del mismo título (Young 1990).
108. La fenomenología es una disciplina que estudia el cuerpo como participante activo en la creación del yo. Young escribe: «Merleau-Ponty reorienta la tradición entera de esta indagación al localizar la subjetividad no en la mente o la conciencia, sino en el *cuerpo*. Merleau-Ponty otorga al cuerpo vivido la categoría ontológica que Sartre ... atribuye a la conciencia sola» (Young 1990, p. 147).

    Grosz se apoya mucho en una relectura de Freud, del neurofisiólogo Paul Schilder (Schilder 1950) y del fenomenólogo Maurice Merleau-Ponty (Merleau-Ponty 1962).
109. Grosz 1994, p. 116.
110. Ibíd. p. 117. Los intelectuales a los que acude Grosz para comprender los procesos de la inscripción externa y la formación del sujeto incluyen a Michel Foucault, Friedrich Nietzsche, Alphonso Lingis, Gilles Deleuze y Felix Guattari.
111. Para continuar con la discusión de las posiciones de Grosz, véase Grosz 1995; Young 1990; Williams y Bendelow 1998.
112. Sospecho que Grosz comprende esto, pero ha elegido el punto de partida mal definido de un «impulso» (hambre, sed, etc.) porque tenía que comenzar su análisis por alguna parte. De hecho, fue mentora de Elisabeth Wilson, cuya obra proporciona parte de la base teórica necesaria para diseccionar la noción de impulso misma.

113. Al discutir la teoría de sistemas ontogénicos he juntado muchas cosas. He encontrado nuevas maneras de pensar en el desarrollo organísmico (incluido el humano) entre pensadores de unas cuantas disciplinas diferentes. No siempre se han leído entre sí, pero puedo discernir hilos comunes que los conectan. A riesgo de ser injusta con alguno de ellos, los agruparé bajo la rúbrica de teóricos de sistemas ontogénicos. El bagaje disciplinario del que procede esta obra incluye: *Filosofía:* Dupré 1993; Hacking 1992, 1995; Oyama 1985, 1989, 1992a, 1992b, 1993; Plumwood 1993. *Biología:* Ho et al. 1987; Ho y Fox 1988; Rose 1998; Habib et al. 1991; Gray 1992; Griffiths y Gray 1994a, 1994b; Gray 1997; Goodwin y Saunders 1989; Held 1994; Levins y Lewontin 1985; Lewontin et al. 1984; Lewontin 1992; Keller y Ahouse 1997; Ingber 1998; Johnstone y Gottlieb 1990; Cohen y Stewart 1994. *Teoría feminista:* Butler 1993; Grosz 1994; Wilson 1998; Haraway 1997. *Psicología y sociología:* Fogel y Thelen 1987; Fogel et al. 1997; Lorber 1993, 1994; Thorne 1993; García-Coll et al. 1997; Johnston 1987; Hendriks-Jansen 1996. *Derecho:* Halley 1994. *Estudios de la ciencia:* Taylor 1995, 1997, 1998a, 1998b; Barad 1996.
114. Muchos sociobiólogos y algunos genetistas contemplan los organismos como el resultado de la suma de los genes y el entorno. Estudian la variabilidad de los organismos y se preguntan qué proporción de la misma puede atribuirse a los genes y qué proporción al entorno. Si las causas genética y ambiental no dan cuenta de toda la varianza, puede añadirse al sumatorio un tercer término definido como la interacción gen-entorno. A veces estos científicos se autodenominan interaccionistas, porque aceptan la intervención tanto de los genes como del entorno. Este enfoque ha sido contestado en más de una ocasión, con el argumento de que dicho análisis de la varianza retrata los genes y el entorno como entidades medibles por separado. Algunos de estos críticos también se autodenominan interaccionistas, porque consideran imposible separar lo genético de lo adquirido. Yo prefiero la idea de sistema ontogénico porque evita esta confusión terminológica, y porque la idea de sistema conlleva el concepto de interdependencia mutua de sus partes. Para críticas de la partición de la varianza véase Lewontin 1974; Roubertoux y Carlier 1978; Wahlsten 1990, 1994.
115. Oyama 1995, p. 9. Existe una edición revisada y ampliada del libro de Oyama publicada en el año 2000 (Duke University Press).
116. Taylor 1998a, p. 24.
117. Para una referencia sobre este punto, véase Alberch 1989, p. 44. Otro ejemplo: un embrión tiene que moverse en el útero para integrar el desarrollo nervioso, muscular y esquelético. Los fetos de ánade real aún en el huevo deben oír sus propias vocalizaciones para responder después a las maternales; los de joyuyo, en cambio, deben oír las de sus hermanos para adquirir la capacidad de reconocer a su madre (Gottlieb 1997).

118. Ho 1989, p. 34. Alberch hace una observación similar: «Es imposible establecer si la forma determina la función o viceversa, porque ambas están interconectadas al nivel del proceso generativo» (Alberch 1989, p. 44).
119. Los resultados de LeVay aún están por confirmar y, entretanto, han sido objeto de intenso escrutinio (LeVay 1991). Véase Fausto-Sterling 1992a, 1992b; Byne y Parsons 1993; Byne 1995. En ausencia de confirmación no veo otra cosa que la dificultad del estudio por la relativa escasez de material procedente de autopsias de individuos con una historia sexual conocida. En cualquier caso, una eventual confirmación de los resultados de LeVay no nos ayudará a comprender demasiado sobre la adquisición o mantenimiento de la homosexualidad a menos que enmarquemos la información en un sistema ontogénico. Por sí solo, su hallazgo no permite decidir entre naturaleza o crianza.
120. Me horrorizó empezar a recibir mensajes y llamadas telefónicas de organizaciones cristianas derechistas que interpretaron mi debate público con LeVay como una muestra de homofobia compartida.
121. Bailey y Pillard 1991; Bailey et al. 1993; Hamer et al. 1993.
122. En un detallado y brillante análisis de los problemas planteados por las dicotomías naturaleza/crianza, esencial/construido y biología/entorno, la jurista Janet Halley aboga por la construcción de una plataforma común para la lucha por la igualdad personal, política y social (Halley 1994).
123. Oyama 1985.
124. LeVay 1996.
125. Extraordinario, porque no es habitual que en una comunicación estrictamente científica se discutan las implicaciones sociales potenciales del propio trabajo (Hamer et al. 1993, p. 326).
126. A Wilson le interesa más la naturaleza filosófica de los ataques al trabajo de Levay que las críticas de carácter técnico, cuya validez admite de buena gana, como de hecho hace el propio LeVay (véase LeVay 1996). Para las críticas técnicas véase Fausto-Sterling 1992a, 1992b; Byne y Parsons 1993.
127. Wilson me incluye en la lista de feministas que tuvieron una respuesta antibiológica refleja a LeVay. Aunque nunca he pensado en la sexualidad humana en términos que descartan el cuerpo, sí admito que he sido reticente a expresar muchos de estos pensamientos por escrito, porque estaba atenazada por el dualismo esencialismo/antiesencialismo. La historia de la ideología esencialista en la opresión de mujeres, homosexuales y afroamericanos ha sido un enorme contrapeso en mi pensamiento. Sólo ahora que veo que la teoría de sistemas ofrece una vía de escape a este dilema estoy más dispuesta a discutir estas cuestiones en la página impresa.
128. Wilson 1998, p. 203.

129. Aquí hablaré de algunos de los conexionistas que aplican sus ideas a la función cerebral o la modelan mediante simulaciones informáticas de redes neuronales.
130. La psicóloga Esther Thelen escribe: «Ahora se piensa que la información multimodal está a menudo ligada en múltiples sitios a lo largo de su procesamiento, y que no hay una única área localizada en el cerebro donde tiene lugar la composición perceptiva» (Thelen 1995, p. 89).

    Los conexionistas postulan elementos de procesamiento llamados *nodos* o *unidades* (que podrían ser, por ejemplo, neuronas). Los nodos tienen muchas conexiones que les permiten recibir y enviar señales a otros nodos. Las distintas conexiones tienen diferentes pesos o fuerzas. Unos nodos reciben señales y otros las envían. Entre ambos tipos de nodos hay una o más capas que transforman las señales a medida que se envían. Las transformaciones obedecen reglas básicas. Un tipo es una transmisión 1:1 (es decir, lineal), otro es un umbral (es decir, por encima de cierto nivel de señal de entrada se activa una nueva respuesta). Las respuestas no lineales de los modelos de redes neuronales son las que más se parecen al comportamiento humano real y las que más han avivado la imaginación de los psicólogos cognitivos.
131. He hilvanado esta primaria exposición de un campo tan complejo a partir de tres fuentes: Wilson 1998; Pinker 1997; Elman et al. 1996.
132. Recientemente se ha demostrado que éste es el caso de los estudios del comportamiento de ratones. Tres grupos de investigadores en distintas partes del continente norteamericano tomaron cepas de ratones genéticamente idénticas e intentaron hacer que se comportaran de la misma manera. Para ello estandarizaron los experimentos en todos los aspectos que se les ocurrieron (misma hora del día, mismo aparato, mismo protocolo de examen, etc.), a pesar de lo cual obtuvieron resultados marcadamente diferentes. Había claros efectos externos específicos del laboratorio de turno sobre la conducta de aquellos ratones, pero los experimentadores no fueron capaces de descifrar las claves medioambientales importantes. Hay que ser cautos y llevar a cabo ensayos múltiples en distintas localizaciones antes de concluir que un defecto genético afecta a una conducta (Crabbe et al. 1999).
133. Cuando los investigadores piden a gemelos idénticos que resuelvan puzzles, éstos obtienen resultados más similares que los pares de extraños. Pero si se registra la actividad de los cerebros de los gemelos mediante escáner, se observa que la función cerebral no es idéntica: «Los gemelos idénticos con sus genes idénticos nunca tienen cerebros idénticos. No hay dos medidas iguales». Este resultado es difícil de explicar con una descripción del comportamiento que sugiere que los genes «programan» la conducta (Sapolsky 1997, p. 42), pero no con una descripción en términos de sistemas ontogénicos.

134. Elman et al. 1996, p. 359. Véase también Fischer 1990.
135. Joan Fujimura escribe: «Sólo porque algo sea construido no significa que no sea real» (Fujimura 1997, p. 4). Haraway escribe: «Los cuerpos son perfectamente "reales". Nada sobre la corporeización es "pura ficción". Pero la corporeización es trópica e históricamente específica en cada capa de sus tejidos» (Haraway 1997, p. 142).
136. Haraway contempla los objetos del estilo del cuerpo calloso como nodos de los que parten «hebras pegajosas» que «conducen a todas las grietas y recovecos del mundo» (véanse ejemplos concreros en los últimos capítulos de este libro). Biólogos, médicos, psicólogos y sociólogos emplean todos un «manojo de prácticas creadoras de conocimiento» que incluye «el comercio, la cultura popular, las luchas sociales ... historias corporales ... narrativas heredadas, relatos nuevos», la neurobiología, la genética y la teoría de la evolución para construir creencias sobre la sexualidad humana (Haraway 1997, p. 179). Haraway se refiere al proceso de construcción como práctica material-semiótica y a los objetos mismos como objetos materiales-semióticos, y se vale de esta expresión compleja para sortear la división real/construido. Los cuerpos humanos son reales (es decir, materiales), pero sólo interacciones a través del lenguaje (el uso de signos, verbales o de otra índole). De ahí el término *semiótico*.
137. Éste es un buen ejemplo del argumento de Dupré de que no hay una manera fija de dividir la naturaleza (Dupré 1993) y de la exhortación de Latour a contemplar la ciencia en acción (Latour 1987).
138. Por supuesto, los conexionistas no creen que las conductas y motivaciones tengan una localización cerebral permanente, sino que contemplan el comportamiento como el resultado de un proceso dinámico.

Capítulo 2: «Aquel sexo que prevaleciere»

1. Citado en Epstein 1990. Epstein y Janet Golden encontraron la historia de Suydam y la pusieron a disposición de otros estudiosos.
2. Un investigador que trabajaba para *The Sciences* llamó al pueblo de Suydam en Connecticut para verificar la historia. Por lo visto, el alcalde le pidió que silenciara el apellido porque aún quedaban familiares vivos en la zona y la historia todavía soliviantaba a algunos vecinos.
3. Halley 1991.
4. Kolata 1998a.
5. Debo esta expresión a Epstein 1990.
6. Young (1937) publicó una revisión completa y muy legible de los hermafroditas desde la antigüedad hasta el presente.
7. Ibíd.

8. Las fuentes de esta discusión son Epstein 1990, 1991; Jones y Stallybrass 1991; Cadden 1993; Park 1990.
9. Esta exposición de la determinación del sexo y los significados de género en la Edad Media procede de Cadden 1993.
10. Una variación de esta idea es un útero con cinco cámaras, con la intermedia como generadora de hermafroditas.
11. Cadden 1993, p. 213.
12. Ibíd. p. 214.
13. Jones y Stallybrass 1991.
14. Ibíd.; Daston y Park 1985.
15. Matthews 1959, pp. 247-248. Estoy en deuda con mi colega Pepe Amor y Vasquez por llamarme la atención sobre este incidente.
16. Citado en Jones y Stallybrass 1991, p. 105.
17. Ibíd. p. 90.
18. Varios historiadores han señalado que la inquietud por la homosexualidad intensificó la demanda de una reglamentación social de los hermafroditas. De hecho, la homosexualidad misma se presentó a veces como una forma de hermafroditismo. Aunque relativamente rara, la intersexualidad encajaba (y encaja) en una categoría más amplia de variación sexual que preocupaba a médicos, religiosos y autoridades jurídicas. Véanse discusiones en Epstein 1990; Park 1990; Epstein 1991; Dreger 1998a, 1998b.
19. Coleman 1971; Nyhart 1995.
20. Foucault 1970; Porter 1986; Poovey 1995. Para más sobre los orígenes sociales de la estadística, veáse el capítulo 5 de este libro.
21. Daston 1992.
22. Citado en Dreger 1988b, p. 33.
23. Para los tratamientos clásicos de los «nacimientos monstruosos» véase Daston y Parks 1998; para una evaluación moderna de Saint-Hilaire véase Morrin 1996.
24. Estos comentarios se inspiran en Thomson 1996 y Dreger 1998b. Para una discusión de la manera en que la moderna tecnología reproductiva y genética nos ha empujado aún más en la dirección de la eliminación de los cuerpos fenomenales véase Hubbard 1990.
25. Para una discusión de la función social de la clasificación y de la manera en que la ideología social produce sistemas de clasificación particulares véase Schiebinger 1993b; Dreger 1998b.
26. Dreger 1988b.
27. Ibíd. p. 143.
28. Dreger 1988b, p. 146.
29. El microscopio no era nuevo, aunque experimentó un mejoramiento continuado a lo largo del siglo XIX. Igual de importante fue el perfeccionamiento de las técnicas de corte de tejidos en capas muy finas y su tinción para hacerlos distinguibles para el observador (Nyhart 1995).

30. Dreger 1988b, p. 150.
31. Para evaluaciones actuales basadas en este sistema «moderno» véase Blackless et al. 2000.
32. Russett (1989) ofrece ejemplos bien documentados de los usos de la ciencia de la diferencia física.
33. Sterling 1991.
34. Newman 1985.
35. Clarke 1873; Howe 1874; para la centenaria lucha de las mujeres por acceder a la profesión científica véase Rossiter 1982, 1995.
36. La historiadora Dreger basó su libro en más de trescientos casos de la literatura médica británica y francesa.
37. Citado en Dreger 1998b, p. 161.
38. Newsom 1994.
39. El hombre padecía hipospadias, una malformación consistente en que la uretra no se abre por la punta del pene. Los varones con hipospadias tienen dificultades para orinar.
40. Citado en Hausman 1995, p. 80.
41. Los hermafroditas practicantes difieren de los bisexuales. Estos últimos tienen cuerpos completamente masculinos o femeninos, aunque no son completamente heterosexuales. Un *hermafrodita practicante*, en el sentido de Young, es una persona que emplea sus partes masculinas para ejercer el rol masculino en la relación sexual con una mujer y sus partes femeninas para ejercer el rol femenino en la relación sexual con un varón.
42. Young 1937, pp. 140, 142.
43. Ibíd. p. 139.
44. Dicks y Childers 1934, pp. 508, 510.
45. Las últimas publicaciones médicas especulan sobre el empleo futuro de la terapia genética *in utero*. En teoría, tales tratamientos podrían prevenir muchas de las formas de intersexualidad más comunes; véase Donahoe et al. 1991.
46. Pueden encontrarse evidencias de esta falta de autorreflexión por parte de la comunidad médica en Kessler 1990.

Capítulo 3: Sobre géneros y genitales: Uso y abuso del intersexual moderno

1. Una cinta didáctica para estudiantes de cirugía producida por el colegio de cirujanos norteamericanos comienza con esta frase del cirujano Richard S. Hurwitz: «El descubrimiento de genitales ambiguos en el recién nacido es una emergencia médica y social». Las citas que siguen son típicas de los artículos médicos sobre intersexualidad: «El sexo ambiguo en el recién nacido es una emergencia médica» (New y Levine 1981, p. 61); «Aunque ahora se acepta que la ambigüedad genital es una emergencia

médica, no era así hace una década» (Lobe et al. 1987, p. 651); «La reasignación de género es una emergencia quirúrgica neonatal» (Pintér y Kosztolányi 1990, p. 111); «El niño con genitales ambiguos es una emergencia quirúrgica neonatal» (Canty 1977, p. 272). La meta de un cirujano es completar la reasignación de género en veinticuatro horas y «dar de alta al bebé como niño o niña» (Lee 1994, p. 30). Rink y Adams (1998) escriben: «Uno de los problemas más devastadores con el que pueden encontrarse los nuevos padres es que su hijo tenga genitales ambiguos. Se trata de una auténtica emergencia que requiere la colaboración en equipo del neonatólogo, el endocrinólogo, el genetista y el urólogo pediátrico» (p. 212). Véase también Adkins 1999.

2. Un médico escribe que «después del malparto, la anomalía genital es el problema más serio, porque amenaza la contextura entera de la personalidad y la vida de la persona». Por lo visto, cosas como el retardo mental, la discapacidad física severa y las enfermedades que ponen en peligro la vida palidecen ante un bebé con genitales mixtos (Hutson 1992, p. 239). El colegio de cirujanos norteamericanos viene a decir que las consecuencias de que una niña nazca con un clítoris anormalmente grande son lo bastante alarmantes para justificar la cirugía, y para asumir el riesgo de la anestesia. Richard Hurwitz señala que la mayoría de remodelaciones genitales se practica después de los seis meses para minimizar el riesgo de la anestesia, pero que «si el clítoris es muy grande, puede ser necesario ocuparse de él antes por razones sociales» (ACS-1613: «Surgical reconstruction of ambiguous genitalia in female children», 1994).
3. Ellis 1945; énfasis en el original.
4. Money 1952, p. 8. Véase también Money y Hampson 1955; Money et al. 1955a; Money 1955; Money et al. 1955b; Money et al. 1956; Money 1956; Money et al. 1957; Hampson y Money 1955; Hampson 1955; Hampson y Hampson 1961.
5. Money et al. 1955a, p. 308.
6. Más recientemente, en el prólogo de Money 1994, Louis Gooren, doctor en medicina, escribía que «la normalidad en el sexo es una demanda básica humana. Él los creó varón y mujer» (p. IX).
7. Kessler señala las siguientes asunciones no discutidas en la obra de Money: (1) los genitales son naturalmente dimórficos, y las categorías genitales no son construcciones sociales; (2) los genitales no dimórficos pueden y deben remodelarse quirúrgicamente; (3) el género es necesariamente dicotómico porque los genitales son naturalmente dimórficos; (4) los genitales dimórficos son los marcadores esenciales de la dicotomía de género, y (5) médicos y psicólogos están legítimamente autorizados para definir las relaciones entre género y genitales (Kessler 1998, p. 7). En este libro tan detallado como accesible, Kessler disecciona cada una de estas asunciones no reconocidas.

8. Dewhurst y Gordon 1963, p. 1.
9. Esto parece una convención del género médico: al lector se le muestran las fotos más íntimas, que se considerarían pornográficas si aparecieran en la revista *Hustler* en vez de un libro de medicina. De hecho, al consultar textos de medicina durante la preparación de este libro me he encontrado a menudo con que las fotografías de intersexuales y/o sus genitales habían sido recortadas por algún lector previo. Curiosamente, siempre se nos muestra el «antes», para ilustrar la ambigüedad sexual, pero pocas veces el «después», con lo que el lector puede juzgar el «capricho» de la naturaleza, pero no la pericia del cirujano. La foto de un bebé completo reproducida en la figura 3.1 es una imagen poco habitual.
10. Dewhurst y Gordon 1963, p. 3. Al lector no se le dice nada de lo que hizo esta «mujer» en los treinta años pasados desde su «adaptación limitada» hasta su última crisis. No sabemos si se casó o no, ni cómo se ganaba la vida.
11. Esta exposición se basa en mis lecturas de historias de casos, manuales médicos, entrevistas y artículos de revista.
12. Por supuesto, el orgasmo es una experiencia del cuerpo entero, no restringida al pene o el clítoris, pero la mayoría de sexólogos modernos acepta que el falo es el punto de origen de esta respuesta fisiológica placentera.
13. Baker 1981, p. 262. De acuerdo con Baker, los primeros tres minutos de la interacción médico-progenitor son cruciales.
14. Para una documentación completa y una exposición mucho más detallada del guión estándar que ofrecen los médicos a los padres de niños intersexuales véase Kessler 1998.
15. Creo que debería prescindirse de la distinción entre hermafroditas auténticos y seudohermafroditas, y que el término *intersexualidad* debería sustituirse por otro. Los autores de un texto médico actual que revisa los desórdenes del desarrollo sexual los agrupan en cuatro categorías principales: desórdenes de la diferenciación gonadal, seudohermafroditismo femenino, seudohermafroditismo masculino y otros. El hermafroditismo auténtico pasa a ser una subcategoría dentro de los desórdenes de la diferenciación gonadal (Conte y Grumbach 1989, p. 1814; tabla reimpresa con permiso).

I. Desórdenes de la diferenciación gonadal

A. Disgénesis de los túbulos seminíferos y sus variantes (síndrome de Klinefelter)

B. Síndrome de disgénesis gonadal y sus variantes (síndrome de Turner)

C. Disgénesis gonadal XX y XY hereditaria o esporádica y sus variantes

D. Hermafroditismo auténtico

II. Seudohermafroditismo femenino

A. Hiperplasia adrenocortical congénita virilizante

B. Andrógenos y progestinas sintéticas transferidas por el torrente circulatorio materno

C. Malformaciones del tracto intestinal y urinario (forma no adrenal del seudohermafroditismo femenino).

D. Otros factores teratológicos

III. Seudohermafroditismo masculino

A. Ausencia de respuesta testicular a la hCG y la LH (agénesis o hipoplasia de las células de Leydig)

B. Errores congénitos de la biosíntesis de testosterona

1. Errores que afectan a la síntesis de corticosteroides y testosterona (variantes de la hiperplasia adrenocortical congénita)

a. Deficiencia de la escisión lateral del colesterol (hiperplasia adrenocortical congénita lipoide)

b. Deficiencia de la 3-β-hidroxiesteroide-deshidrogenasa

c. Deficiencia de la 17-α-hidroxilasa

2. Errores que afectan primariamente a la biosíntesis de la testosterona

a. Deficiencia de la 17,20-liasa

b. Deficiencia de la 17-α-hidroxiesteroide-oxidorreductasa

C. Defectos en tejidos diana andrógenodependientes

1. Resistencia a las hormonas androgénicas (defectos de los receptores de andrógenos)

a. Síndrome de resistencia completa y sus variantes (feminización testicular)

b. Síndrome de resistencia parcial (síndrome de Reifenstein)

c. Resistencia a los andrógenos en varones infértiles

2. Errores congénitos del metabolismo de la testosterona en tejidos periféricos

a. Deficiencia de la 5-α-reductasa (seudohermafroditismo masculino con virilización normal en la pubertad; hipospadias perineal hereditaria con desarrollo ambiguo del seno urogenital y pubertad masculina)

D. Seudohermafroditismo masculino disgenético

1. Variantes X cromatin-negativas del síndrome de disgénesis gonadal (XO/XY, XYp- y otras)

2. Forma incompleta de la disgénesis gonadal XY hereditaria

3. Variante asociada a degeneración renal

4. Síndrome de testículos ausentes (regresión testicular embrionaria)

E. Defectos en la respuesta, síntesis o secreción del factor inhibidor del canal mulleriano:

Conductos genitales femeninos en varones por lo demás normales (*uteri herniae inguinale;* síndrome mulleriano persistente)

F. Ingestión maternal de progestinas

IV. Formas no clasificadas de desarrollo sexual anormal

A. En varones

1. Hipospadias

2. Genitales externos ambiguos en varones XY con múltiples anomalías congénitas

B. En mujeres

1. Ausencia o desarrollo anómalo de la vagina, el útero y las trompas de Falopio (síndrome de Rokitansky)

16. Money 1968.
17. La información aquí presentada procede de las siguientes fuentes: Gross y Meeker 1955; Jones y Wilkins 1961; Overzier 1963; Guinet y Decourt 1969.
18. Federman 1967, p. 61.
19. Cada una de las tres categorías de intersexualidad puede subdividirse a su vez. Los investigadores médicos Paul Guinet y Jacques Decourt clasificaron 98 casos bien descritos de hermafroditas auténticos en cuatro tipos principales. El primer grupo (un 16 por ciento de los casos) exhibía «una diferenciación femenina muy avanzada» (Guinet y Decourt 1969, p. 588). Tenían una abertura vaginal separada de la uretral y una vulva hendida con labios mayores y menores. En la pubertad desarrollaban mamas y las más de las veces menstruaban. Su clítoris agrandado y sexualmente despierto, que en la pubertad amenazaba a veces con convertirse en un pene, solía impeler a los miembros de este grupo a buscar atención médica. De hecho, tan tarde como en los años sesenta, algunos intersexos criados como niñas llamaban la atención de los médicos porque se masturbaban a menudo, una actividad considerada impropia del sexo femenino. Los miembros del segundo grupo (un 15 por ciento) también tenían mamas, menstruaciones y un porte femenino, pero sus labios vaginales estaban fusionados en un escroto parcial. Su falo (una estructura fetal que se diferencia en un clítoris o un pene) medía entre 4 y 7 cm, pero orinaban por una uretra situada dentro de la vagina o en su contorno. Más frecuente (el 55 por ciento de los casos) es que los hermafroditas auténticos tengan un porte más masculino. La uretra discurre por el interior del falo o se abre por su base, lo que se parece más a un pene que a un clítoris. Si hay sangre menstrual, es eliminada junto con la orina (un fenómeno conocido como *hematuria*). La vagina (sin labios) se abre por encima de un escroto de aspecto normal, y a menudo es demasiado corta para permitir la cópula heterosexual. A pesar del aspecto relativamente masculino de los genitales, se desarrollan mamas en la pubertad. Lo mismo vale para el último grupo (el 13 por ciento), cuyo falo y escroto son completamente normales y sólo tienen una vagina vestigial.

Internamente, la práctica totalidad de los hermafroditas auténticos posee un útero y al menos un oviducto en combinaciones diversas con conductos espermáticos. Los datos sobre composición cromosómica no son del todo fiables, pero parece que la mayoría de hermafroditas auténticos posee dos cromosomas X. Muy raramente son XY, y ocasionalmente son un mo-

saico de tejidos XX y XY (u otros agrupamientos raros de cromosomas X e Y) (Federman 1967). Estos datos son dudosos porque, con muestras de tejido limitadas, es virtualmente imposible eliminar la posibilidad de mosaicos genéticos. La investigación más actual en este terreno adopta un enfoque molecular, que puede demostrar la presencia o ausencia de genes particulares no visibles al microscopio. Aun así, el problema del muestreo persiste. Véase, por ejemplo, Fechner et al. 1994; Kuhnle et al. 1994.

20. Blackless et al. 2000; véase la lista en la nota 15.
21. Las numerosas razones técnicas de esto pueden consultarse en Blackless et al. 2000.
22. Como ocurre con cualquier rasgo genético, distintas poblaciones tienen distintas frecuencias génicas. Así, la frecuencia de albinos citada vale para Estados Unidos, pero no necesariamente para otras partes del mundo donde el gen del albinismo es menos raro. En las poblaciones caucásicas, la estimación de nacimientos intersexuales que «requieren» cirugía se acerca a la frecuencia de la fibrosis quística (1 de cada 2500).
23. New et al. 1989, pp. 1888, 1896; Blackless et al. 1999.
24. Estos embriones quiméricos, como se les llama, suelen ser creados a propósito por estudiosos del desarrollo en modelos animales como el ratón. En este caso, por supuesto, la quimera fue un accidente. Pero, dado el incremento de fecundaciones in vitro, es de esperar que tales casos se repitan (Strain et al. 1998).
25. Sobre estrógenos medioambientales, véase Cheek y McLachlan 1998; Clark et al. 1998; Dolk et al. 1998; Golden et al. 1998; Landrigan et al. 1998; Olsen et al. 1998; Santti et al. 1998; Skakkebaek et al. 1998; Tyler et al. 1998.
26. El interés creciente de los académicos en la idea del cyborg (en parte humano, en parte máquina) es indicativo de tales cambios. Las personas llevan marcapasos, corazones artificiales, implantes estrogénicos, implantes de silicona y demás. Véase Haraway 1991; Downey y Dumit 1997.
27. El conocimiento sobre los cromosomas o los genitales de un bebé a veces inicia un proceso de definición de género bastante antes del nacimiento. Rapp insiste en atender a la diversidad de voces femeninas en vez de asumir que siempre seremos las víctimas pasivas de las nuevas técnicas reproductivas (Rapp 1997).
28. Butler 1993, p. 2.
29. Speiser et al. 1992; Laue y Rennert 1995; Wilson et al. 1995; Wedell 1998; Kalaitzoglou y New 1993.
30. Laue y Rennert 1995, p. 131; New 1998.
31. El método más antiguo consiste en examinar una muestra de tejido del corion, una de las membranas protectoras que envuelven al feto.
32. Laue y Rennert 1995, p. 131.
33. Inesperadamente, y por razones aún no comprendidas, algunos niños XY

con hiperplasia adrenocortical congénita tienen genitales parcialmente feminizados (Pang 1994).

34. Los diagramas de flujo del protocolo terapéutico pueden verse en Karaviti et al. 1992; Mercado et al. 1995; New 1998.
35. Todavía hay bastante incertidumbre al respecto. Se ha reportado el nacimiento de un niño con genitales femeninos aunque el tratamiento con dexametasona no se inició hasta las dieciséis semanas de desarrollo (Quercia et al. 1998).
36. Mercado et al. 1995.
37. Lajicl et al. 1998.
38. Las pruebas son o bien una muestra del corion o bien la más conocida amniocentesis.
39. Pang 1994, pp. 165-166.
40. Trautman et al. 1995.
41. Seckl y Miller 1997, p. 1077. Estos autores también escriben: «El problema ético de someter sin necesidad a 7 de 8 fetos con riesgo de hiperplasia adrenocortical a una terapia experimental cuyas consecuencias a largo plazo se desconocen no está resuelto, y ni la seguridad ni las secuelas a largo plazo están establecidas. Por lo tanto, este tratamiento prenatal sigue siendo una terapia experimental» (p. 1078).
42. Mercado et al. 1995.
43. Trautman et al. 1996.
44. Véase, por ejemplo, Speiser y New 1994a, 1994b.
45. Donahoe et al. 1991.
46. Ibíd. p. 527.
47. Lee 1994, p. 58.
48. Flatau et al. 1975. Recientemente se han publicado estándares de tamaño del pene en niños prematuros. ¿Significa esto que comenzaremos a ver cirugía genital en niños prematuros? Véase Tuladhar et al. 1998. Se trata de que un micropene no relacionado con el estadio de desarrollo prematuro se reconozca lo bastante pronto para no demorar el tratamiento de reasignación de sexo.
49. Donahoe et al. 1991.
50. He tomado prestada esta frase de Leonore Tiefer, quien ha escrito de manera persuasiva sobre la normalización de las expectativas sobre ciertos tipos de función sexual. El incremento de la demanda de Viagra sugiere que la idealización de la función peneana no refleja la norma de la vida diaria (Tiefer 1994a, 1994b).
51. Estos autores señalan que el suyo es el primer estudio de la distribución normal de la abertura uretral y debería servir de base para decidir sobre la corrección quirúrgica del hipospadias (Fichtner et al. 1995).
52. La aserción procede de la cinta didáctica ACS-1613: «Surgical reconstruction of ambiguous genitalia in female children» (1994).

53. Newman et al. (1992a) escriben que lo importante «es la presencia de un falo de tamaño suficiente para funcionar como conducto urinario masculino, para tener una apariencia satisfactoria en la comparación con los iguales y para una función sexual satisfactoria» (p. 646); véase también Kupfer et al. 1992, p. 328.
54. Donahoe y Lee 1988, p. 233.
55. La obsesión por el tamaño del pene no es universal. Los griegos encontraban más viriles y atractivos los penes pequeños.
56. Kessler 1998.
57. ¿Sripathi et al. 1997, pp. 786-787. A propósito de este ejemplo, Frank escribe: «Tiene que aceptarse que las actitudes hacia el sexo de crianza y, en particular, hacia las genitoplastias feminizantes en pacientes con hiperplasia adrenocortical congénita diagnosticada tardíamente, serán en Oriente Medio muy diferentes de las europeas» (Frank 1997, p. 789). Véase también Ozbey 1998; Abdullah et al. 1991.
58. Kessler 1990, pp. 18-19.
59. Hendricks 1993, p. 15. Para más sobre las actitudes de algunos cirujanos véase Miller 1993.
60. Véanse, por ejemplo, las discusiones sobre el tamaño del clítoris en Kumar et al. 1974.
61. Riley y Rosenbloom 1980.
62. Oberfield et al. 1989; véase también Sane y Pescovitz 1992.
63. Lee 1994, p. 59.
64. Los médicos se refieren a tales casos como «clitoromegalia idiopática» (esto es, clítoris agrandado por causas desconocidas).
65. Gross et al. 1966.
66. Fausto-Sterling 1993c.
67. Véase la discusión de Milton T. Edgerton en Sagehashi 1993, p. 956; Masters y Johnson 1966. En una entrevista telefónica que mantuve con él en 1994, el doctor Judson Randolf me dijo que concibió la operación menos drástica de recesión del clítoris después de que una de sus enfermeras de quirófano cuestionara la necesidad de una clitorectomía completa.
68. Randolf y Hung 1970, p. 230.
69. Smith 1997.
70. Stecker et al. 1981, p. 539.
71. He aquí una selección de las publicaciones más recientes sobre hipospadias: Abu-Arafeh et al. 1998; Andrews et al. 1998; Asopa 1998; Caldamone et al. 1998; de Grazia et al. 1998; Devesa et al. 1998; Dolk 1998; Dolk et al. 1998; Duel et al. 1998; Fichtner et al. 1998; Figueroa y Fitzpatrick 1998; Gittes et al. 1998; Hayashi, Maruyama et al. 1998; Hayashi, Mogami et al. 1998; Hoebeke et al. 1997; Johnson y Coleman 1998; Kojima et al. 1998; Kropfl et al. 1998; Lindgren et al. 1998; Njinou et al. 1998; Nonomura et al. 1998; Perovic 1998; Perovic y Djordjevic 1998; Perovic, Djordjevic et

al. 1998; Perovic, Vukadinovic et al. 1998; Piro et al. 1998; Retik y Borer 1998; Rosenbloom 1998; Rushton y Belman 1998; Snodgrass et al. 1998; Titley y Bracka 1998; Tuladhar et al. 1998; Vandersteen y Husmann 1998; Yavuzer et al. 1998. Una búsqueda en Medline con la palabra clave «*hipospadias*» me proporcionó más de dos mil publicaciones sobre el tema. Para una defensa razonada de la cirugía del hipospadias véase Glassberg 1999.

72. Véase, por ejemplo, Duckett y Snyder 1992; Gearhart y Borland 1992; Koyanagi et al. 1994; Andrews et al. 1998; Duel et al. 1998; Hayashi, Mogami et al. 1998; Retik y Boter 1998; Vandersteen y Husmann 1998; Issa y Gearhart 1989; Jayanthi et al. 1994; Teague et al. 1994; Ehrlich y Alter 1996.
73. Duckett 1996, p. 134.
74. Hampson y Hampson escriben: «La apariencia corporal tiene una importante influencia indirecta sobre el desarrollo psicológico, incluyendo lo que llamamos rol de género u orientación psicosexual» (Hampson y Hampson 1961, p. 1415).
75. Ibíd. p. 1417.
76. Peris 1960, p. 165.
77. Slijper et al. 1994, pp. 10-11.
78. Ibíd. p. 14.
79. Lee et al. 1980, pp. 161-162.
80. Forest 1981, p. 149.
81. Para un argumento en contra de la gonadectomía temprana véase Diamond y Sigmundson 1997a.
82. Kessler 1990, p. 23.
83. Y continuaban: «El sexo de asignación y crianza es, de manera sistemática y conspicua, un pronosticador más fiable de la orientación y el rol sexuales de un hermafrodita que el sexo cromosómico, el sexo gonadal, el sexo hormonal, la morfología reproductiva interna accesoria o la morfología ambigua de los genitales externos» (Money et al. 1957, pp. 333-334).
84. Esto no concuerda con las declaraciones de la madre treinta años después, en las que confirmaba el recuerdo de John de intentar rasgar sus vestidos de niña. La memoria e interpretación de terceros a menudo plantea problemas a la hora de evaluar la utilidad de la información derivada del estudio de casos.
85. Money y Ehrhardt 1972, pp. 144-145, 152. Money declaró que quería desarraigar la «tiranía de las gónadas» del siglo XIX y principios del XX (Dreger 1998b), que a su juicio conducía a menudo a una asignación de sexo psicológicamente injustificada. Pero lo cierto es que esta retórica no respondía a la realidad, ya que médicos como W.H. Young, cuya obra tuvo que ser conocida por Money, hacía tiempo que habían dejado de basarse

sólo en las gónadas para asignar el sexo. Puede que Money simplemente quisiera hacer llegar su trabajo a una audiencia más amplia y todavía ignorante de médicos rurales, o puede que cabalgara sobre la nueva ola de la psicología neofreudiana que insistía en la importancia de una «familia adecuada» que aportase los modelos del padre trabajador y la madre ama de casa. Haría falta una investigación histórica más profunda para determinar cuáles eran los compromisos ideológicos de Money y cómo conformaron sus estudios.

86. No está claro por qué un punto de vista aparentemente tan radical caló tan hondo en el discurso médico, haciendo imposible hasta hace muy poco cuestionar el enfoque de Money y colaboradores para el tratamiento de la intersexualidad. Kessler escribe: «A diferencia de la prensa, lo que me interesa de este caso no es si sustenta una teoría biológica o social del desarrollo del género, sino por qué los teóricos del género (incluyendo McKenna y yo misma) estaban tan dispuestos a abrazar la teoría de la plasticidad del género de Money, y por qué ésta se convirtió en la única teoría enseñada a los padres de niños intersexuales» (Kessler 1998, p. 7).
87. En los agradecimientos de este artículo, Diamond escribe: «Estoy en deuda con Robert W. Goy, quien me sugirió escribir este artículo, y con los doctores William C. Young, Charles H. Phoenix y Arnold A. Gerall por iluminar la discusión de las teorías y dificultades involucradas en una presentación de este estilo» (Diamond 1965, p. 169). Zucker escribe: «Así, en lo que constituye una dialéctica maravillosa, mientras que Money y su equipo enfatizaban la importancia de los factores psicosociales para diversos aspectos de la diferenciación psicosexual humana, también se estaban articulando un método, un paradigma y una teoría de los factores biológicos de la diferenciación psicosexual en animales inferiores» (Zucker 1996, p. 151).
88. Más adelante, Robert W. Goy amplió este enfoque a los estudios con monos rhesus. La forma más influyente de este paradigma se articula en Phoenix et al. 1959. Este artículo se discute en detalle en el capítulo 8.
89. La historia de esta teoría de organización/activación en roedores es otro asunto (véase el capítulo 8) y su aplicabilidad a los primates es aún motivo de controversia (véase Bleier 1984 y Byne 1995).
90. Diamond 1965.
91. Ibíd. pp. 148, 150; la cursiva es mía.
92. Diamond escribió: «Aunque los seres humanos *pueden adaptarse* a un género erróneamente impuesto, (a) esto no significa que los factores prenatales no tengan influencia, y (b) no pueden hacerlo sin dificultades si no están prenatal y biológicamente predispuestos». También argumentaba que los seres humanos comparten un legado vertebrado común, por lo que es de esperar que sus sistemas ontogénicos sean similares a los de otros animales (Diamond 1965, p. 150; énfasis en el original).

93. Esta caracterización de la teoría de Money me parece inexacta. Retrata a un niño psicosexualmente indiferenciado cuya identidad de género parece desarrollarse sólo en respuesta a influencias externas. Al principio parece haber una elección completa de la identidad de género, pero tras un periodo crítico de la primera infancia, en el que la elección se restringe, nuevas experiencias de aprendizaje «amplían y dirigen el desarrollo sexual» (ibíd. p. 168). La postura real de Money cambió con el tiempo, y ni siquiera en sus primeras publicaciones sostuvo siempre la idea de la neutralidad absoluta al nacer. Diamond tomó la versión más extrema de las a veces inconsistentes ideas de Money, con objeto de dejar clara la diferencia de pensamiento entre ambos. Sobre este punto, véase también Zucker 1996.
94. Diamond 1965, p. 168.
95. Su trabajo se publicó, seguido de una reseña negativa de Money (Zuger 1970; Money 1970). También apareció un artículo breve sin respuesta en el *British Medical Journal*, fechado en 1966, que ofrecía otro raro relato de primera mano de la reconversión de una niña en niño a los trece años, y su ulterior desarrollo y matrimonio exitoso (Armstrong 1966).
96. Zuger 1970, p. 461.
97. Money incluye a Diamond en su lista de ejemplos negativos (Money 1970, p. 464).
98. Money y Ehrhardt 1972, p. 154. Money y Ehrhardt citan aquí a Zuger y Diamond como ejemplos negativos.
99. Diamond 1982, p. 183.
100. Ibíd. p. 184.
101. Citado en Colapinto 1997, p. 92.
102. Angier 1997b. Incluso en 1997, el punto de vista de Money contaba con tanto predicamento que al principio Diamond y Sigmundson no pudieron publicar su artículo (Diamond, comunicación personal, 1998).
103. Diamond y Sigmundson 1997b, p. 303; la cursiva es mía. Véase también 1997a y Reiner 1997. En este pasaje Diamond tiene dificultades para seguir su propio consejo de evitar términos como *normal* frente a *mal desarrollado*, véase el párrafo 3, p. 1046.
104. Véase, por ejemplo, Gilbert et al. 1993; Meyer-Bahlburg et al. 1996; Reiner 1996; Diamond 1997b; Reiner 1997a, 1997b; Phornputkul et al. 2000; Van Wyk 1999; Bin-Abbas et al. 1999.
105. Cfr. Diamond y Sigmundson 1997a y 1997b con Meyer-Bahlburg et al. 1996, Zucker 1996 y Bradley et al. 1998.
106. Diamond y Sigmundson 1997b, p. 304. Véase también Lee y Gruppuso 1999; Chase 1999.
107. Bradley et al. 1998, pp. 6-8.
108. He aquí algunos de sus comentarios: «Encuentro interesante que los autores ... no investigaran los posibles efectos de la "crianza negativa"... que aquí saltan a la vista: mientras que John tenía un hermano gemelo bien

adaptado y un padre atento y afectuoso, la paciente de Bradley tuvo un padre alcohólico que abandonó a su familia cuando ella tenía 3 o 4 años ... y luego un padrastro alcohólico. No me extraña que rechazara cualquier anhelo de ser varón». «A los 26 años yo estaba feliz y heterosexualmente casada con un hombre; si se me hubiera presentado un equipo de médicos para preguntarme cómo estaba, seguramente es eso lo que les habría contestado. Dos años más tarde me había divorciado y quería someterme a una operación correctiva para normalizar [para hacer más masculinos] mis genitales» y resultar más atractivo para las mujeres. «He estado viviendo como un hombre desde marzo de 1998». Otros comentaban que a los 26 años sus identidades de género aún no estaban «acabadas». De hecho, una idea omnipresente en este debate es que hay una identidad verdadera y estable que los individuos deben encontrar y con la que deben vivir. Es triste que uno nunca llegue a conocer su auténtica identidad («Estoy seguro de que es transexual, pero no lo sabe»).

Por último, los intersexuales aducían que «lo que se interpreta como un rechazo del cambio de sexo podría ser también el rechazo de la perspectiva traumática de someterse a exámenes íntimos». A pesar del trauma de la hospitalización, la cirugía y los exámenes genitales frecuentes, «los artículos mencionados seguían centrándose en el orden/desorden de la identidad de género e ignorando la cuestión de la violación de la integridad corporal personal». Sólo unos pocos expertos en este campo han planteado la cuestión general del efecto de cualquier trauma quirúrgico temprano en el comportamiento y el desarrollo ulterior. Durante este debate en línea, algunos sexólogos dieron las gracias educadamente a sus correspondientes intersexuales por sus reflexiones, pero ninguno consideró seriamente sus puntos sustantivos. Hacerlo así habría hecho aún más difícil interpretar y poner los estudios de casos al servicio de una teoría de la formación del género concreta.

109. Money 1998, pp. 113-114.
110. Bérubé 1990, p. 258.
111. Hampson y Hampson 1961, p. 1425. Money et al. (1956, p. 49) catalogan a tres hermafroditas tratados como «levemente insanos» porque «tenían deseos e inclinaciones homosexuales».
112. Money et al. 1955b, pp. 291-292. «Es importante», escribe un equipo de investigadores, «que los padres tengan oportunidades sobradas de expresar ... sus temores de cara al futuro, como ... el temor de una naturaleza sexual anormal. Los padres se sentirán reconfortados cuando sepan que su hija puede ser tan heterosexual como las otras niñas, y que no desarrollará rasgos masculinos» (Slijper et al. 1994, pp. 14-15). Nótese aquí también la asociación del lesbianismo a la masculinidad. Véase también Dittmann et al. 1992, que escriben: «Nuestra experiencia clínica nos dice que muchos padres (algunos desde el mismo día del diagnóstico)

están profundamente preocupados por el desarrollo psicosexual y la orientación sexual de sus hijas con hiperplasia adrenocortical congénita. Por eso recomendamos ... tener en cuenta el desarrollo psicosexual, la conducta sexual y la orientación sexual e incluir estos aspectos en el tratamiento clínico y psicosocial de las pacientes y sus familias» (p. 164). Por supuesto, estoy de acuerdo en que estas cuestiones deben incluirse en el asesoramiento y la educación sexual ofrecidos a las familias con intersexos. Lo que quiero significar aquí es que la preocupación por una posible homosexualidad se atribuye a la familia, mientras que el equipo médico siempre se presenta a sí mismo como liberal y abierto sobre estos temas. Nunca me he encontrado ningún especialista en intersexos que haya escrito algo así: «Antes pensaba que la homosexualidad era una posibilidad insana, pero ahora me doy cuenta de que no es así. Por lo tanto, he modificado mi enfoque y análisis terapéutico de las maneras siguientes».

113. Para una comparación entre intersexuales parejos que, de acuerdo con los autores, adquirieron identidades de género distintas según el sexo inculcado véase Money y Ehrhardt 1972, capítulos 7 y 8. Este tipo de estudio comparativo tiene una enorme fuerza retórica.

114. Todo lo cual da crédito al argumento de Suzanne Kessler y Wendy McKenna de que el género es una construcción social y que el término *sexo* es engañoso: «el sistema bicorporal no viene dado, sino que la gente es responsable del mismo» (Kessler y McKenna, comunicación personal; véase también Kessler y McKenna 1978; Kessler 1998). Esto no significa, como podrían sugerir algunos escépticos, que la gente construye los cuerpos. Lo que construye es el sistema que los categoriza, y un sistema de sólo dos cuerpos no es la única posibilidad. Como se discute en el siguiente capítulo, una mayor tolerancia de la diversidad sexual puede muy bien conducir a una era en la que dejemos de pensar que sólo hay dos sexos.

115. Money y Ehrhardt 1972, p. 235; la cursiva es mía. Money y Dalèry (1976) escriben: «Una fórmula para crear el homosexual femenino perfecto ... según los criterios del sexo cromosómico y el sexo gonadal es tomar un feto cromosómica y gonadalmente femenino e inundar el sistema de hormona masculinizante durante el ... periodo en el que se diferencian los genitales externos. Luego se asigna el sexo masculino al recién nacido (p. 369). Nótese que, en la visión de Money, la mujer homosexual perfecta tiene pene y un cerebro masculinizado. Kessler describe así estas situaciones: «¿En qué sentido podría decirse que una mujer con una vagina que obtenga gratificación sexual siendo penetrada por otra "mujer" con un clítoris agrandado (que parece un pene y funciona como tal) es lesbiana? Si los cuerpos sexuados se confunden, la orientación sexual también. Definir la orientación sexual según la atracción hacia la gente

con los mismos o distintos genitales, como se hace ahora, ya no tendrá sentido» (Kessler 1998, p. 125).

116. Diamond 1965, p. 158; Diamond y Sigmundson 1997a, pp. 1046-1048. Pero nótense también algunos deslices ocasionales, como el uso del término *normal* en este contexto: «La evidencia de que las personas normales no son psicosexualmente neutras al nacer, sino que, en consonancia con su herencia mamífera, están predispuestas e inclinadas a interaccionar con las fuerzas externas, familiares y sociales al modo masculino o femenino, parece abrumadora» (ibíd. p. 303).
117. Kessler y McKenna (1978) escriben: «Hablaremos de género, en vez de sexo, incluso para referirnos a aquellos aspectos de ser mujer (chica) o varón (chico) que tradicionalmente se han contemplado como biológicos. Ello servirá para subrayar nuestra postura de que el elemento de construcción social es primario en todos los aspectos del ser femenino o masculino, especialmente cuando nuestra terminología parezca poco elegante (como, por ejemplo, cromosomas de género)» (p. 7).
118. La realidad de estas diferencias, cuándo aparecerían en el desarrollo y cómo se medirían, son cuestiones que no se discuten aquí (véase Fausto-Sterling 1992b). Aunque convengamos en que tales diferencias existen, la controversia sobre su origen persiste. ¿Nos basaremos primariamente en un modelo biológico de la diferencia, donde el género se superpone a un fundamento corporal preexistente, que llamamos sexo?
119. ¿Cómo se concreta esto en nuestras ideas sobre la masculinidad, la feminidad y el deseo sexual? Para comprender los estudios médicos contemporáneos debemos remitirnos, como tantas veces, a la época victoriana. Los hombres, afirmaban nuestros regios tatarabuelos, tenían un deseo sexual activo, mientras que las mujeres eran desapasionadas hasta la asexualidad. La pasividad innata de las mujeres, escribió el sexólogo alemán Richard von Krafft-Ebing, «reside en su organización sexual [naturaleza/sexo], y no se funda sólo en los dictados de la buena crianza [cultura/género]» (citado en Katz 1995, p. 31). En este sistema de pensamiento, una mujer que tuviera un deseo sexual intenso, especialmente hacia otra mujer, se habría masculinizado por definición. Ser lesbiana significaba invertir el orden sexual, ser psicológica y emocionalmente un varón en un cuerpo de mujer (Money y Dalèry 1976, p. 369). Durante el primer cuarto del siglo XX, al menos cuando escribían sobre el sexo matrimonial, los sexólogos de la escuela de Havelock Ellis reconocían que las mujeres tenían pasiones sexuales. No obstante, aplicaban el concepto de inversión sólo a las mujeres que se comportaban como varones (si eran agresivas, fumaban puros, vestían al modo masculino y tomaban a otras mujeres como objetos amorosos). Aparentemente, la participante pasiva en una relación lésbica no era lesbiana. Para una discusión más detallada de este tema véase Chauncey 1989 y Jackson 1987. Como expresó me-

lodramáticamente Radclyffe Hall en su novela *The Well of Loneliness* (1928), la parte «pasiva» podía irse igual de fácilmente con un hombre. Algunos eminentes teóricos de la homosexualidad masculina también se adhirieron firmemente a un modelo de inversión completa. El reformador y defensor de los derechos homosexuales alemán Magnus Hirschfeld, por ejemplo, consideraba que el invertido masculino era un hermafrodita en cuerpo y mente. De ahí que buscara no sólo indicios comportamentales, sino tipos corporales intermedios. Por un tiempo formó equipo con el endocrinólogo Eugen Steinach, quien le dio la gran noticia de que había encontrado células especiales en los testículos de varones homosexuales. Estas células, creían, producían hormonas que feminizaban al invertido tanto corporal como psicológicamente. La investigación de Steinach es capital en la construcción del conocimiento sobre supuestas hormonas masculinas y femeninas. Su obra se discute con más detalle en el capítulo 6. Para un fascinante relato de la colaboración entre Hirschfeld y Steinach véase Sengoopta 1998.

120. Mucho de lo que sigue podría aplicarse a las investigaciones sobre diferencias en aptitud espacial, pero para evitar repeticiones no discutiré estos estudios en detalle. Algunas referencias clave son Hines 1990; Hines y Collaer 1993; Sinforiani et al. 1994; Hampson et al. 1998. Hines y Collaer sugieren que cualquier relación entre niveles de testosterona prenatales y aptitud espacial incrementada podría ser un producto secundario de diferencias en pautas de juego mediadas hormonalmente. También encuentran que los datos que respaldan la idea de que las diferencias sexuales en aptitud matemática son causadas por la exposición prenatal a andrógenos «son débiles» (p. 19).
121. Abramovich et al. 1987.
122. Magee y Miller 1997, p. 19. Véase también Fuss 1993 y Magid 1993. Hay una teoría alternativa de la homosexualidad masculina que la explica como una hipermasculinidad (Sengoopta 1998). Según algunos, esta hipermasculinidad puede explicar por qué los gays de la sociedad estadounidense moderna son tan activos sexualmente. Por analogía, las lesbianas podrían expresar una sexualidad hiperfemenina, en el sentido de ausencia de deseo sexual. Esta idea se ha esgrimido para explicar la diferencia de actividad sexual entre gays y lesbianas (Symons 1979).
123. En contraste, la exposición disminuida a los andrógenos e incluso el hipospadias severo no se consideraba una «interferencia en el desarrollo del comportamiento típico del género masculino» en los niños XY (Sandberg y Meller-Bahlburg 1995, p. 693).
124. En un libro anterior critiqué muchos de estos estudios, como también hizo Ruth Bleier (Fausto-Sterling 1992; Bleier 1984). Unos pocos estudios recientes han respondido a las críticas incluyendo en su diseño experimental evaluaciones ciegas del comportamiento o intentando encontrar controles

apropiados (como, por ejemplo, otros niños que padezcan males crónicos no relacionados con el sexo). Pero, en conjunto, el diseño de todos estos estudios deja mucho que desear. Lo que pretendo no es tanto revisar los problemas experimentales como mostrar hasta qué punto nuestro sistema de género ha dictado el diseño de estos estudios y limitado la interpretación de los datos.

125. Podría ser de otra manera. Por ejemplo, hay modelos ortogonales de la masculinidad y la feminidad que sugieren que una y otra son rasgos independientes. Los investigadores que adoptaran un modelo de este estilo podrían estudiar a las jóvenes con hiperplasia adrenocortical congénita, pero se fijarían en otras conductas y emplearían cuestionarios estructurados de otra manera (Constantinople 1973). Spence escribe: «La naturaleza pluridimensional del rol sexual y otros fenómenos relacionados con el género también está comenzando a reconocerse. Aunque la identidad de género pueda ser esencialmente dimórfica, el enunciado general de que los atributos masculinos y femeninos nunca coexisten ni pueden hacerlo ha sido refutado de manera efectiva» (Spence 1984). Véase también Bem 1993. Otros investigadores podrían recurrir a las jóvenes hiperplásicas para investigar los efectos a largo plazo de trastornos crónicos y operaciones quirúrgicas repetidas en los juegos ligados al género, la preparación para la edad adulta y la elección de objeto amoroso. Si decidieran comparar trastornos crónicos de etiología hormonal con desórdenes de otro tipo aún podrían identificarse efectos hormonales interesantes.

126. Los psicólogos han usado el término *marimachismo* para referirse a la masculinidad de las niñas con hiperplasia adrenocortical congénita. La imprecisión de este término ha llevado a los autores de artículos recientes, quizá tras años de crítica feminista, a reemplazarlo por medidas comportamentales específicamente definidas.

127. Un conjunto de estudios distingue entre la forma severa de la hiperplasia adrenocortical congénita, en la que parece haber diferencias de actividad en las jóvenes afectadas, y la forma simple, en la que la masculinización comportamental es menos pronunciada. Muchos estudios anteriores no distinguían entre estas dos formas del trastorno, que muy bien pueden traducirse en distintas pautas de conducta. La explicación de las diferencias comportamentales plantea el dilema típico entre las posibilidades biológicas y las sociales (véase Dittmann et al. 1990a, 1990b).

128. Magee y Miller 1997, p. 83; Hines y Collaer 1993, p. 10.

129. Magee y Miller 1997. La observación del cuidado de mascotas procede de Leveroni y Berenbaum 1998. Se ofrecen varias explicaciones posibles, como por ejemplo que «las jóvenes hiperplásicas podrían pasar más tiempo con mascotas porque están menos interesadas en los niños, pero no son menos maternales en general que el grupo de control» (p. 335). Ello implicaría que la testosterona interfiere el desarrollo del interés en los ni-

ños, pero que cierto rasgo general llamado maternalidad, que puede dirigirse a cualquier cosa menos los niños, existe con independencia de los niveles de andrógeno.

130. Magee y Miller 1997, p. 87.
131. Dittmann et al. 1992, p. 164.
132. Hines y Collaer 1993, p. 12.
133. En otras palabras, hacen «buena ciencia» según la mayoría de estándares (subvenciones, publicaciones, revisiones, promociones). Una ciencia que sólo plantea dudas si uno reconoce la posibilidad de otros sistemas lógicos.
134. Considérese un estudio realizado por las psicólogas Sheri Berembaum y Melissa Hines: a los niños les gusta jugar con camiones y juegos de construcción, mientras que las niñas prefieren jugar con muñecas y cocinitas. Muchos psicólogos han encontrado diferencias ligadas al sexo en los juegos preferidos por los niños. (Obviamente, los juguetes concretos son específicos de cada cultura. Aun así, las diferencias en los juegos infantiles se manifiestan en todas partes, aunque se expresen de manera diferente en cada cultura.) Ahora bien, ¿cómo surgen estas preferencias? Berembaum y Hines admiten que los niños aprenden de otros niños; pero, sugieren, este aprendizaje no puede explicarlo todo: «Presentamos evidencias de que las preferencias sexuales en materia de juguetes también se relacionan con hormonas prenatales o neonatales (andrógenos)» (Berembaum y Hines 1992, p. 203). Tras citar una miríada de estudios en animales que muestran la influencia de las hormonas sobre el cerebro y el comportamiento, señalan que las niñas con hiperplasia adrenocortical congénita ofrecen «una oportunidad única para estudiar las influencias hormonales sobre las diferencias sexuales en el comportamiento humano» (p. 203). En su introducción, las autoras toman nota de las deficiencias de los estudios previos y prometen hacerlo mejor. En concreto, distinguen cuatro problemas principales (ya señalados por Bleier y yo misma; véase Bleier 1984; Fausto-Sterling 1992b). Los estudios previos (a) evaluaban la conducta a partir de entrevistas en vez de la observación directa, (b) la evaluación no se hacía a ciegas (por ejemplo, los investigadores sabían si estaban tratando con sujetos experimentales o con controles), (c) las conductas se estimaban como presentes o ausentes y no como un continuo, y (d) las conductas masculinas y femeninas se trataban a menudo como los extremos separados de un único continuo, sin considerar que podrían coexistir en un mismo individuo.

Berembaum y Hines cumplieron su promesa. En comparación con estudios anteriores, éste estaba ciertamente bien hecho. Una diferencia clave (a la que enseguida volveré) es que Berembaum y Hines tuvieron en cuenta la severidad de la hiperplasia adrenocortical en las niñas que observaron. Se fijaron, por ejemplo, en la edad del diagnóstico y el grado de

virilización genital. Grabaron en vídeo sesiones de juego en las que tanto niños como niñas tenían acceso a juguetes preferentemente masculinos y femeninos, así como opciones neutras (preferidas igualmente por ambos sexos, como libros, juegos de mesa y rompecabezas). Finalmente, las cintas de vídeo se evaluaban por partida doble y por separado, y ninguno de los dos observadores conocía la condición ni la identidad de los niños cuyas elecciones de juego contabilizaban.

El principal hallazgo positivo de Berembaum y Hines fue que, en comparación con las parientes no afectadas, las niñas hiperplásicas escogían juguetes masculinos más a menudo y jugaban más tiempo con ellos (tan a menudo y tanto tiempo como los niños). También jugaban menos con juguetes femeninos, pero la diferencia no era significativa. Las autoras sugieren que este pequeño efecto podría ser un artefacto experimental (p. 204). Finalmente, y es su tratamiento de este último punto el que quiero examinar, «el tiempo pasado con juguetes masculinos o femeninos no se relacionaba significativamente con ninguna caracrerística de la enfermedad» (pp. 204-205), incluyendo el grado de virilización. No ofrecen datos concretos sobre una posible correlación con el momento del diagnóstico, lo que sería una información importante. (Sospecho que su tamaño de muestra era demasiado pequeño para poder afirmar algo en un sentido u otro.) Esta información podría ser interesante si se asume que cuanto más tiempo ha pasado la niña sin tratamiento, más tiempo habrá estado expuesta a niveles de andrógeno inusuales, y mayor será la probabilidad de observar un efecto hormonal (si es que existe). Además, podría ser muy interesante estudiar la exposición posnatal a andrógenos porque, en teoría, ello daría a los científicos la oportunidad de observar las influencias combinadas de las hormonas y la experiencia en la generación de algunas pautas comportamentales. Esto vale especialmente para los seres humanos, porque muchos estadios críticos del desarrollo cerebral son posnatales. Pero la experimentación con animales que sirve de trasfondo a estas investigadoras hace muy poco probable que lleguen a plantearse estas cuestiones, lo que requiere un marco de referencia y un programa de investigación distintos. Hay otras tradiciones etológicas que sí conducirían lógicamente a esta clase de cuestiones, como analizo en los capítulos 1 y 9 de este libro. Véase también Gottlieb 1997.

¿Por qué debería importar que el grado de preferencia de las niñas hiperplásicas por los juguetes masculinos se correlacione de manera significativa con la virilización de sus genitales? Recordemos que Berembaum y Hines querían comparar su estudio con una vasta literatura sobre el desarrollo animal. En este terreno experimental, los investigadores saben en qué momento del desarrollo deben inyectar hormonas de prueba y con qué concentraciones. Para definir periodos críticos, varían el momento de la inyección y administran diferentes cantidades de hormona para

inducir una respuesta a la dosis (a mayor la dosis, mayor el efecto). Este ajuste experimental fino es imposible en el caso humano. ¿Durante cuánto tiempo y en qué estadios de desarrollo estuvieron expuestas aquellas niñas a niveles de andrógeno elevados? No lo sabemos. ¿A qué niveles hormonales estuvieron expuestas? No lo sabemos. Esta información es fundamental para interpretar los resultados de los estudios con niñas hiperplásicas, pero es inasequible a todos los efectos. De ahí la necesidad de remitirse a la experimentación con animales y apelar a «nuestra herencia vértebrada compartida» (Diamond y Sigmundson 1997b) y confiar en controles internos imperfectos pero importantes.

Uno de tales controles es el grado de virilización. Los testículos fetales comienzan a secretar andrógenos a las ocho semanas de la concepción, y continúan haciéndolo a niveles elevados hasta que su producción comienza a decrecer durante el segundo y el tercer trimestre. Bajo su influencia se desarrollan los genitales internos y externos (véase la figura 3.1). Normalmente, la forma general de los genitales externos masculinos se perfila entre las semanas 9 y 12, pero luego continúan creciendo y completándose hasta el nacimiento y más allá. Por supuesto, los genitales crecen lentamente a lo largo de la infancia y más llamativamente en la pubertad. Aunque la cronología que describo es la norma estadística, no es la única vía ontogénica conocida. En una variante genética bien estudiada, la llamada deficiencia de la 5-α-reductasa, los varones nacen con unos genitales externos muy feminizados. Pero al llegar a la pubertad el clítoris se agranda, los labios vaginales se funden formando un escroto y los testículos descienden. Puesto que la testosterona fetal está presente incluso en el tercer trimestre (véase el gráfico de la pág. 292 de O'Rahilly y Müller 1996), los posibles efectos sobre el desarrollo cerebral podrían abarcar un amplio periodo, durante el cual el sistema nervioso central experimenta un rápido desarrollo.

Por supuesto, las jóvenes con hiperplasia adrenocortical congénita no tienen testículos. Son sus glándulas suprarrenales las que masculinizan sus genitales, pero la cronología de esta transformación es incierta. La falta de información sobre este punto contrasta vivamente con la riqueza de detalles disponible sobre los aspectos moleculares de la familia de disfunciones enzimáticas ligadas a la hiperplasia adrenocortical congénita. Maria New y colaboradores escriben: «La diferenciación celular adrenocortical tiene lugar en un momento temprano de la embriogénesis, con la formación de una zona fetal provisional, activa durante el resto de la gestación, que involuciona tras el nacimiento. *Aunque la cronología de la síntesis cambiante de exteriores en las zonas fetal y adulta (permanente) no está del todo elucidada*, está claro que el desarrollo genital en el feto tiene lugar bajo la influencia de una activa biosíntesis adrenocortical de esteroides» (New et al. 1989, p. 1887; la cursiva es mía). En otras palabras, hay dos

fuentes de hormonas adrenocorticales: el córtex adrenal fetal, que se desarrolla hacia el final del segundo mes de gestación, y el permanente, que se desarrolla más tardíamente. El córtex adrenal fetal degenera y desaparece hacia el primer año de vida. O'Rahilly y Müller (1996) escriben: «Las funciones del córtex fetal no están del todo claras, pero se cree que su enorme tamaño se asocia a una capacidad igualmente grande de producción de hormonas esteroides» (pp. 324-325). En el caso extremo es posible que las niñas hiperplásicas experimenten niveles elevados de andrógenos desde las ocho semanas de gestación hasta algún tiempo después del nacimiento (una pauta de exposición distinta de la masculina). Si se interfiere la producción adrenocortical de andrógeno durante el primer trimestre de gestación, puede lograrse que los genitales tengan un aspecto femenino, pero los efectos anatómicos de la hiperplasia adrenocortical congénita son muy variables (Mercado et al. 1995; Speiser y New 1994a, 1994b). Si la superproducción de andrógeno adrenocortical es leve, o si comienza en una fase tardía de la gestación, los genitales resultantes presumiblemente estarán más feminizados. Si las dosis hormonales son muy altas o comienzan en una fase temprana del desarrollo, los genitales pueden masculinizarse mucho. Supongamos que en el estudio de Berembaum y Hines el grado de virilización *se correlacionara* con la preferencia por los juguetes masculinos. Un embriólogo (como yo misma) diría que el resultado sustentaba el argumento de que «la exposición hormonal temprana en los fetos femeninos tiene un efecto masculinizante sobre las preferencias de juego» (Berembaum y Hines 1992). ¿Por qué? Porque si la virilización incrementada indica una sobredosis de andrógenos, y si los niveles de andrógeno modifican el comportamiento de manera incremental, entonces cuanto más andrógeno (hasta cierto punto) más del comportamiento observado. ¿Qué significa que no se encontrara dicha correlación?

Aquí llegamos al meollo del asunto. Porque dar sentido a un conjunto de datos requiere un marco de visión. Mi marco de embrióloga me permitió contemplar el grado de virilización como una posible medida de la dosis de andrógeno a la que ha estado expuesta una niña hiperplásica concreta. Pero Berembaum y Hines no emplearon el grado de virilización como un control de la dosis hormonal. Para ellas, una correlación positiva habría sido una evidencia *en contra*, y no a favor, de su hipótesis. Esto es así porque se ha sugerido que los padres podrían tratar a las niñas con pene de manera diferente. O ellas mismas podrían reaccionar a una imagen corporal más masculina. (Confieso que soy una de las personas que ha planteado estas posibilidades. Lo hice desde mi otro marco de referencia, el de feminista militante. Recuerdo a los lectores que este marco me condujo a un escepticismo extremo hacia las teorías que se centran en las causas biológicas del comportamiento, en particular las diferencias

sexuales y raciales que siempre acaban surgiendo en medio de las discusiones sobre la igualdad social [Fausto-Sterling 1992]. Por ejemplo, mientras escribo esto, a mediados de diciembre de 1998, en Loveweb hierve una discusión sobre el sentido de la igualdad de oportunidades. Cito anónimamente (y con los nombres cambiados) de uno de los participantes, un muy reputado investigador en el campo de las hormonas y el comportamiento: «John dice que no tiene interés en eliminar las diferencias sexuales. Susan dice que ella tampoco, sino que sólo quiere igualdad de oportunidades. La implicación es que la existencia de diferencias sexuales no necesariamente conlleva una desigualdad de oportunidades. Sospecho que hay algunos en esta lista que dirían que, puesto que las diferencias sexuales existen, la igualdad de oportunidades no puede conseguirse. ¿Refleja esta opinión la creencia en que todas las diferencias sexuales son construcciones sociales y, por lo tanto, encarnan la desigualdad de oportunidades? Mi pregunta es: ¿hay que eliminar todas las diferencias sexuales para conseguir una igualdad de oportunidades entre los sexos? Por ejemplo, ¿sólo podrá haber igualdad de oportunidades cuando varones y mujeres puedan gestar niños?».

Si la conducta de los progenitores o la imagen corporal alterada fuera la clave, la modificación de la conducta no sería un efecto directo de las hormonas sobre el cerebro. Puesto que no había correlación, razonaron Berembaum y Hines, no debía haber diferencia entre la socialización de las niñas hiperplásicas y la de sus parientes no afectadas. (Berembaum y Hines evaluaron las actitudes de los progenitores mediante un cuestionario, pero reconocieron que la observación directa de la interacción entre padres e hijos, evaluada a ciegas, habría proporcionado una información más fiable.) Así pues, podían concluir que los andrógenos afectan al desarrollo del cerebro masculino, llevándolo a preferir camiones y bloques de construcción ya desde la cuna. Hines y Collaer (1993) abundan en esta cuestión. De nuevo esgrimen la ausencia de virilización para refutar las interpretaciones basadas en la crianza, y abogan por un efecto directo de los andrógenos en el desarrollo cerebral, aunque se preocupan más por el significado de la ausencia de correlación en términos embrionarios: «En los seres humanos, los niveles de andrógeno son elevados en los fetos masculinos en comparación con los femeninos desde las ocho semanas hasta las veinticuatro semanas de gestación y de nuevo desde el primer mes hasta el sexto mes de infancia. Puesto que el desarrollo genital precede al cerebral, una especulación sería que el grado de virilización genital en las niñas hiperplásicas refleja el tiempo desde el comienzo del desorden, mientras que los cambios comportamentales reflejan el grado de elevación de los andrógenos en periodos posteriores. Si fuera así, la virilización comportamental se correlacionaría con la física. Alternativamente, la ausencia de una correspondencia clara podría indicar diferencias en las enzimas necesarias para producir hormonas activas» (Hines

y Collaer 1993, pp. 7-8). También citan un único estudio (Goy et al. 1988) en primates (macacos rhesus) en el que una conducta influida por los andrógenos (el juego rudo) resulta ser independiente del grado de virilización, mientras que otras conductas, como la monta, se correlacionan con la virilización. En este estudio los autores también hallaron que las madres primates inspeccionaban los genitales masculinos y los femeninos masculinizados mucho más que los genitales femeninos no afectados. Además, la androgenización prenatal no podía producir una respuesta comportamental masculina «pura» en las hembras masculinizadas. ¿Por qué? Posiblemente el tratamiento con andrógenos no se efectuó en el periodo crítico del desarrollo cerebral. O quizá el desarrollo del comportamiento es más complejo e incluye efectos de las interacciones sociales posnatales. Nótese también lo engañoso del título del artículo de Goy y colaboradores: «La masculinización comportamental es independiente de la masculinización genital en monas rhesus de sexo prenatal femenino». ¿Por qué no decir que *cierta* masculinización comportamental es independiente? Este título reflejaría más fielmente el contenido del artículo. Mi ego biológico duda también de la validez de la extrapolación de los estudios de niñas hiperplásicas al desarrollo de niños no afectados, porque la cronología de la exposición hormonal probablemente es distinta. En la mayoría de fetos XY, los testículos producen andrógenos entre el segundo y el sexto mes, con niveles que luego decrecen. En los fetos femeninos hiperplásicos, en cambio, la producción adrenocortical de andrógeno puede comenzar en el último tercio del primer trimestre y continúa hasta que se inicia el tratamiento (posnatal). En un caso la exposición hormonal es episódica, y en el otro es tónica. El desarrollo cerebral es continuo desde la tercera semana de gestación (¡y posiblemente no cesa hasta que morimos!). Nunca he visto una hipótesis sobre la región del cerebro de la que se sospecha que es responsable del juego y otros comportamientos infantiles. Es imposible, por lo tanto, saber qué periodos del desarrollo podrían ser críticos en términos de interacción hormona/cerebro. Me sorprende que ni en los estudios con primates se discuta qué ocurre con el desarrollo cerebral durante el periodo de inyección experimental de hormona. Más adelante, sugieren otros, el niño o su contrapartida femenina hiperplásica puede volverse más agresivo (Berembaum y Resnick 1997), adquirir una mayor aptitud espacial (Hampson et al. 1998), interesarse menos en cuidar bebés (Leveroni y Berenbaum 1998) y desear a mujeres como objetos sexuales y amorosos. Para una discusión adicional de la elección de objeto sexual en mujeres hiperplásicas véase Zucker et al. 1996.

135. Butler 1993, p. XI. Para un análisis relacionado de los hermafroditas en el límite de la subjetividad, véase Grosz 1966.

136. En este análisis, un hombre o una mujer sería alguien cuyos cromosomas, gónadas y hormonas fetales, genitales fetales, infantiles y adultos, góna-

das adultas y orientación sexual serían culturalmente inteligibles como masculinos o femeninos. Cuando uno o más de estos componentes del género difieren del resto (como en los intersexuales) se convierten en cuerpos no interpretables (esto es, culturalmente ininteligibles).

137. Butler 1993, p. xi.
138. Sawicki 1991, p. 88. Un buen ejemplo es el de las lesbianas que recurren a estas tecnologías para crear familias biológicas «naturales».

Capítulo 4: ¿Por qué debería haber sólo dos sexos?

1. Fausto-Sterling 1993a. El artículo se reimprimió en la página de opinión del *New York Times* con el título «¿Cuántos sexos hay?» (Fausto-Sterling 1994).
2. Ésta es la misma organización que intentó vetar el musical *Corpus Christi* (de Terence MacNally) en otoño de 1998 después de su estreno en Nueva York.
3. Rights 1995, sección 4, p. 11. El columnista E. Thomas McClanahan también se sumó al ataque. «¿Por qué demonios conformarse con cinco géneros?», escribió, «¿Por qué no estirarlos hasta una docena?» (McClanahan 1995, p. B6). Pat Buchanan también se unió al coro: «Dicen que no hay dos sexos, sino cinco géneros ... Yo os digo que Dios creó al hombre y a la mujer, y no me importa lo que diga Bella Abzug» (citado en *The Advocate*, 31 de octubre de 1995). La columnista Marilyn vos Savant escribió: «Hay hombres y hay mujeres, con independencia de cómo se construyan ... y no hay más que hablar» (vos Savant 1996, p. 6).
4. Money 1994.
5. La novela de Scott obtuvo el premio Lambda en 1995. La autora reconoció mi influencia en su portal de internet.
6. Véase, por ejemplo, Rothblatt 1995; Burke 1996; Diamond 1996.
7. Spence ha escrito sobre la imposibilidad de delimitar estos términos; véase, por ejemplo, Spence 1984, 1985.
8. Para ver más sobre activismo intersexual puede entrarse en el portal de la Sociedad Intersexual de Norteamérica (http://www.isna.org). Véase también Chase 1998a, 1998b; Harmon-Smith 1998. Para otras opiniones académicas aparte de la mía véase Kessler 1990; Dreger 1993; Diamond y Sigmundson 1997a, 1997b; Dreger 1998b; Kessler 1998; Preves 1998; Kipnis y Diamond 1998; Dreger 1998c. Para una muestra representativa de médicos que están adoptando el nuevo paradigma véase Schober 1998; Wilson y Reiner 1998; Phornphutkul et al. 1999. Con más cautela, Meyer-Bahlburg sugiere algunos cambios modestos en la práctica médica, que incluyen una asignación de género más meditada (una «política de género óptima»), la supresión de la cirugía no consensuada para anormalidades genitales leves, y más servicios de apoyo a los intersexuales y sus

progenitores. También exhorta a obtener más datos sobre secuelas a largo plazo (Meyer-Bahlburg 1998).

9. Véanse los comentarios de Chase (1998a y 1998b). Chase ha intentado repetidamente llamar la atención de la corriente principal del feminismo norteamericano a través de publicaciones como *Ms.* y la revista académica *Signs*, pero no ha conseguido que se interesen por la cuestión de la cirugía genital infantil. Parece mucho más confortable hablar de las prácticas de otras culturas que de las nuestras. La cirujana Justine Schober escribe: «Hasta la fecha, ningún estudio sobre cirugía del clítoris aborda los resultados a largo plazo en cuanto a sensibilidad erótica» (Schober 1998, p. 550). Costa et al. (1997) reportan que dos de ocho pacientes clitorectomizadas eran anorgásmicas. Algunas declaran seguir teniendo orgasmos, pero mucho menos intensos que antes de la operación. Otras encuentran tan difícil su consecución que el esfuerzo no merece la pena.
10. Por suerte, algunos médicos están abiertos a las nuevas ideas. Las mías han sintonizado con un endocrinólogo pediátrico local, y juntos hemos expuesto y debatido el nuevo tratamiento de los nacimientos intersexuales en el programa «Grand Rounds». El cirujano del que hablo aquí no acudió, pero lo hizo otro.

    Un cirujano local, colega mío en la Brown Medical School, siempre ha ignorado mis numerosas comunicaciones, que incluyen ejemplares de publicaciones como *Hermaphrodites with Attitude* y *Alias* (un boletín del grupo de apoyo a las personas afectas de síndrome de insensibilidad a los andrógenos), así como borradores de mis propios escritos, para los que solicité su opinión. Tras leer un artículo en un boletín interno que delineaba el enfoque quirúrgico «estándar» de la intersexualidad, Cheryl Chase y yo solicitamos por escrito que se nos permitiera exponer el pensamiento alternativo emergente sobre el tema. El cirujano replicó (a Chase, a mí con sólo un *cc* en vez de hacerlo directamente) que la publicación se restringía a los miembros del departamento de pediatría. «No queremos que nuestra publicación se convierta en un foro para la expresión de ideas, médicas o de otra clase», decía la carta.
11. En un estudio muy anterior, Money informaba de los efectos de la clitorectomía. Siguió la pista de diecisiete mujeres que se habían sometido a dicha operación en la edad adulta. Doce de ellas vivían como mujeres, tenían más de dieciséis años y podían hablar de sus sensaciones postoperatorias. Parece ser que tres de las doce no cooperaron («no se revelaron datos sobre orgasmo», p. 294). En cuatro casos «los datos indicaban que la paciente no tenía experiencia orgásmica». Las otras cinco sí parecían conocer el orgasmo. La redacción de este informe no aclara cómo eran realmente las experiencias «antes» y «después» de la operación: «No se trata de que algunas pacientes clitorectomizadas no experimentaran orgasmo. Por el contrario, lo que cuenta es que la capacidad orgásmica se demostró com-

patible con la clitorectomía y la feminización quirúrgica de los genitales en algunas de estas pacientes, si no todas» (p. 244). Este artículo, que proporciona una información confusa sobre apenas doce pacientes, fue una referencia importante para quienes sostenían que la cirugía del clítoris no dañaba la función sexual (Money 1961).

12. En este capítulo sólo discuto evaluaciones de la cirugía genital. Algunas formas de intersexualidad implican cambios cromosómicos y/o hormonales que no afectan a los componentes genitales visibles. Estas condiciones también son objeto de atención médica, en especial tratamientos hormonales, pero nunca se recurre a la cirugía, porque la asignación de género plantea muchas menos dudas. En la gran mayoría de estos casos, los niños afectados son mental y emocionalmente normales. Esto no quiere decir que no tengan dificultades a causa de su diferencia, sólo que dichas dificultades son superables. Para una muestra de la literatura reciente sobre el síndrome de Turner y otras anomalías de los cromosomas sexuales véase Raboch et al. 1995; Cunniff et al. 1995; Toublanc et al. 1997; Boman et al. 1998.
13. Muchos de estos detalles me fueron comunicados personalmente, pero la historia de Chase está ahora ampliamente documentada. Véase, por ejemplo, Chase 1998a.
14. La historia de unos médicos que ocultan la verdad aun después de que la paciente haya llegado a la edad adulta se repite una y otra vez en las vidas de cientos de intersexuales adultos. Pueden encontrarse dispersas en periódicos, entrevistas, libros y artículos académicos, muchos de los cuales cito en este capítulo. La socióloga Sharon Preves ha entrevistado a cuarenta intersexuales adultos y está comenzando a publicar sus resultados. En un artículo relata la experiencia de Flora, a quien un consejero genético a cuya consulta acudió a los veinticuatro años le reveló lo siguiente: «Estoy obligado a decirle que ciertos detalles de su condición no se le han comunicado, pero no puedo decirle cuáles son porque la turbarían demasiado» (Preves 1999, p. 37).
15. Cheryl Chase a Anne Fausto-Sterling (correspondencia personal, 1993).
16. Chase 1998, p. 200. Para más sobre HELP, véase Harmon y Smith 1998 y su portal http://www.help@jaxnet.com. Su dirección es P.O. Box 26292, Jacksonville, FL 32226.
17. Chase cita el siguiente pasaje del boletín de un grupo de apoyo a los afectos de síndrome de insensibilidad androgénica: «Nuestra primera impresión de la ISNA fue que quizá fueran un tanto demasiado agresivos y militantes para ganarse el respaldo de la profesión médica. Sin embargo, tenemos que decir que, una vez leídos [los análisis políticos de la intersexualidad por la ISNA, Kessler, Fausto-Sterling y Holmes], nos parece que los conceptos feministas relativos al tratamiento patriarcal de la intersexualidad son sumamente interesantes y tienen mucho sentido» (Chase 1998, p. 200).

18. El movimiento por los derechos de los intersexuales se ha internacionalizado. Para un ejemplo alemán véase Tolmein y Bergling 1999. Para otras organizaciones no estadounidenses consúltese el portal de la ISNA: http://www.isna.org
19. Por ejemplo, el cirujano John Gearhart y colegas publicaron un artículo en el que medían la respuesta nerviosa subsiguiente a la reconstrucción fálica. En los seis casos estudiados, pudieron registrar respuestas nerviosas en el falo aún después de la cirugía. Su conclusión fue que «nuestro estudio muestra claramente que las técnicas modernas de reconstrucción genital permiten preservar la conducción nerviosa en el haz neurovascular dorsal y posibilitan la función sexual normal en la vida adulta» (Gearhart et al. 1995, p. 486). (Nótese que el estudio se hizo en niños, y aún no ha pasado el tiempo suficiente para confirmar este aserto.) En una carta privada y otra publicada en *Journal of Urology* (Chase 1995), Cheryl Chase cuestionó las implicaciones del estudio anterior con un estudio de casos propio (para el cual reclutó a integrantes de la ISNA) en el que reportaba la ausencia o disminución de respuesta orgásmica en adultos cuya transmisión nerviosa era normal. Gearhart y colegas respondieron que hacían falta seguimientos a largo plazo. En otro artículo, Chase señala que las técnicas quirúrgicas se construyen como blancos móviles. La crítica siempre puede desviarse alegando que las últimas técnicas han resuelto el problema. Puesto que algunos de los problemas pueden tardar décadas en manifestarse, estamos ante un dilema (Chase 1998a; Kipnis y Diamond 1998).
20. Costa et al. 1997 y Velidedeoglu et al. 1997 citan la amputación y la recesión del clítoris como alternativas a la clitoroplastia, comentando con frialdad que «la clitorectomía supone la pérdida de un clítoris sensitivo» (p. 215).
21. La historia del cáncer no es inusual. Unos cuantos intersexuales adultos cuentan que en sus años juveniles creían que se estaban muriendo de cáncer. La historia de Moreno se narra en Moreno 1998.
22. Ibíd. p. 208. Este sentimiento es compartido por otra activista de la ISNA, Morgan Holmes, una enérgica mujer que ronda la treintena. Para prevenir un aborto, los médicos habían tratado a su madre con progestina, una hormona masculinizante, y Morgan nació con un clítoris agrandado. Cuando tenía siete años, los médicos le practicaron una reducción del clítoris. Como en el caso de Cheryl Chase, nadie le habló de la operación, pero Holmes la recuerda. Aunque no hasta el punto de la anorgasmia, su función sexual quedó muy disminuida. Como Chase, Holmes decidió hacer pública su historia. En su trabajo de máster, donde analiza su propio caso en el contexto de las teorías feministas de la construcción y el significado del género, escribe apasionadamente sobre posibilidades perdidas:

«Me gusta imaginar, si mi cuerpo hubiera permanecido intacto y mi clítoris hubiera crecido al mismo ritmo que el resto de mi cuerpo, cómo habrían sido mis relaciones lésbicas. ¿Cómo habría sido mi actual relación heterosexual? ¿Y si, como mujer, pudiera asumir un rol penetrador ... con mujeres y hombres? Cuando los médicos aseguraron a mi padre que en el futuro tendría «una función sexual normal», no querían decir que podían garantizar que mi clítoris amputado tendría sensibilidad o que yo sería capaz de tener orgasmos ... Lo que se garantizaba era que de mayor yo no tendría ninguna confusión sobre quién (hombre) folla a quién (mujer). Estas posibilidades ... se me negaron en una operación razonablemente simple de dos horas. Todas las cosas que podría haber llegado a hacer, todas las posibilidades, se fueron con mi clítoris camino del departamento de patología. Lo que quedó de mí fue a la sala de recuperación, y aún no ha salido de ella» (Holmes 1994, p. 53).

23. Baker 1981; Elias y Annas 1988; Goodall 1991.
24. Anónimo 1994a.
25. Anónimo 1994b.
26. La manera más rápida de localizar estas organizaciones y acceder a la rica información y ayuda que proporcionan es vía Internet. La dirección es http://www.isna.org. ISNA es el acrónimo de Intersex Society of North America, y su dirección postal es: PO Box 3070, Ann Arbor, MI 48106-3070.
27. Una mujer escribe: «Cuando descubrí que tenía el síndrome de insensibilidad a los andrógenos las piezas finalmente encajaron. Pero lo que se hizo añicos fue mi relación tanto con mi familia como con los médicos. Lo traumático no fue saber de cromosomas o testículos, sino descubrir que me habían estado mintiendo. Evité toda visita médica en los 18 años siguientes. Ahora tengo una osteoporosis severa por falta de atención médica. Esto es lo que produce la mentira» (Groveman 1996, p. 1829). Este número de *Canadian Medical Association Journal* contiene varias cartas similares de mujeres con el mismo síndrome, indignadas de que la revista hubiera concedido el segundo premio de un concurso de ensayos sobre ética médica para estudiantes a un artículo que defendía la ética de mentir a las pacientes de síndrome de insensibilidad androgénica. El ensayo se publicó en un número anterior (Natarajan 1996). Para encontrar muchas más historias consúltese el boletín de la ISNA (véase la nota anterior), «Hermaphrodites with Attitude», el boletín de ALIAS, un grupo de apoyo a las personas con síndrome de insensibilidad androgénica (email: aiss@aol.com), la revista *Chrysalis* 2:5 (otoño de 1997/invierno de 1998) y Moreno 1998. Para una discusión ampliada de la toma de decisiones éticas véase Rossiter y Diehl 1998 y Catlin 1998.
28. Meyer-Bahlburg escribe: «Aunque los procedimientos quirúrgicos actuales de la recesión del clítoris, si se efectúan como es debido, preservan el glande del clítoris y su inervación, todavía se necesitan seguimientos controlados a largo plazo que evalúen en detalle la calidad de la función clito-

rídea en mujeres adultas que han sido sometidas a tales procedimientos en la infancia» (Meyer-Bahlburg 1998, p. 12).

29. El libro más reciente dedicado al clítoris es antiguo según los estándares médicos (Lowry y Lowry 1976). Para una visión de conjunto de las convenciones cambiantes en la representación del clítoris véase Moore y Clarke 1995. Un raro estudio anatómico del clítoris concluye que «las descripciones actuales de la anatomía femenina uretral y genital son imprecisas» (O'Connell et al. 1998, p. 1892). Para una ilustración más completa del clítoris basada en estas nuevas descripciones véase Williamson y Nowak 1998. Además, continúan describiéndose nuevos aspectos de la anatomía y la fisiología de los genitales femeninos. Véase Kellogg y Parra 1991; Ingelman-Sundberg 1997.

    Quizás el mejor y menos conocido libro de texto que representa satisfactoriamente la anatomía sexual femenina es el de Dickinson (1949). Este autor es digno de mención porque plasma su variabilidad, a menudo en dibujos compuestos, lo que proporciona un vibrante sentido de la variación anatómica. Desafortunadamente, sus ilustraciones han sido ignoradas por los libros de anatomía más al uso. Para una muestra de los intentos de estandarizar el tamaño del clítoris de las recién nacidas, véase Tagatz et al. 1979; Callegari et al. 1987; Oberfield et al. 1989; Phillip et al. 1996.

30. La desatención de la variabilidad genital, especialmente en la infancia, ha dificultado el uso de marcadores anatómicos para documentar el abuso sexual en niños. Aquí parece que estamos atrapados en un círculo vicioso. Nuestros tabúes en cuanto al reconocimiento de los genitales infantiles e inmaduros implican que, en realidad, no los hemos examinado demasiado sistemáticamente. Esto significa que no tenemos una manera «objetiva» de documentar justo lo que tememos: el abuso sexual infantil. También nos impide estar preparados para tener conversaciones sensatas con los niños intersexuales y sus padres sobre sus propias diferencias anatómicas. Véase, por ejemplo, McCann et al. 1990; Berenson et al. 1991, 1992; Emans 1992; Gardner 1992.

31. Véase, por ejemplo, una nueva imagen digitalizada reproducida en la p. 288 de Moore y Clarke 1995. En esta imagen sólo el glande y algunos nervios están rotulados. El tronco apenas se ve y la raíz está sin indicar. Compárese esto con publicaciones feministas como *Our Bodies, Ourselves*. Los modernos discos compactos de anatomía para el gran público apenas mencionan el clítoris y no muestran imágenes rotuladas del mismo (véase, por ejemplo, *Bodyworks by Softkey*).

32. Newman et al. (1992b, p. 182) escriben: «Los resultados a largo plazo de las operaciones que eliminan tejido eréctil aún están por evaluar sistemáticamente».

33. Newman et al. (1992b, p. 8) mencionan uno de nueve pacientes con or-

gasmo doloroso tras recesión del clítoris. Randolf et al. (1981) escriben: «Vale la pena llevar a cabo una segunda recesión, que puede efectuarse satisfactoriamente a pesar de la cicatriz vieja» (p. 884). Lattimer (1961), en su descripción de la operación de recesión, menciona la «cicatriz media», que acaba oculta a la vista entre los pliegues de los labios mayores. Allen et al. (1982) citan 4/8 casos de erección dolorosa del clítores tras recesión. Nihoul-Fekete (1981) dice que la clitorectomía deja muñones dolorosos; en cuanto a la recesión, escribe que «la sensibilidad del clítoris se conserva, excepto en los casos de necrosis postoperatoria por disección excesiva de los pedículos vasculares» (p. 255).

34. Nihoul-Fekete et al. 1982.
35. Allen et al. 1982, p. 354.
36. Newman et al. (1992b) escriben que las pacientes sometidas a cirugía vaginal y clitorídea generalizada tienen una «función sexual que va de satisfactoria a pobre» (p. 650). Allen et al. (1982) escriben que ellos se limitan a una vaginoplastia incompleta en la infancia y esperan a la pubertad para completar la operación «en vez de provocar la fibrosis y estenosis vaginal subsiguientes a un procedimiento agresivo a edades más tempranas» (p. 354). Nihoul-Fekete (1981) menciona entre los objetivos de la vaginoplastia no dejar cicatrices anulares, porque «surgen complicaciones derivadas de la restauración imperfecta con resultado de estenosis de la abertura vaginal» (p. 256). Dewhurst y Gordon (1969) escriben que si los labios fusionados se separan antes de que se adquiera la continencia del intestino y la vejiga, la operación «puede ir seguida de cicatrización imperfecta y quizá fibrosis posterior» (p. 41).
37. Nihoul-Fekete 1981.
38. El debate sobre si es mejor efectuar estas operaciones en la primera infancia o esperar a la adolescencia o la edad adulta continúa. Como ocurre con la cirugía del hipospadias (véase el capítulo anterior), hay muchas variedades de reconstrucción vaginal. Para una breve revisión histórica del tema véase Schober 1998.
39. La estenosis introital moderada a severa aparece en 3 de cada 10 operadas, y la estenosis vaginal moderada a severa en 5 de cada 10 (Van der Kamp et al. 1992). De 33 operaciones antes de 1975: 8 pacientes con estenosis vaginal, 3 con orificio vaginal reducido, 1 con adhesión labial, 1 con fibrosis del pene. De 25 operaciones después de 1975: 3 pacientes con estenosis vaginal, 3 con orificio vaginal reducido, 1 con adhesión labial (Lobe et al. 1987); 8 de 14 vaginoplastias mediante la técnica de descenso vaginal derivaron en estenosis severa (Newman et al. 1992b); 8 de 13 vaginoplastias tempranas derivaron en estenosis por fibrosis (p. 601) (Sotiropoulos et al. 1976). Migeon dice que las jóvenes con operaciones vaginales «tienen tejido cicatrizado de resultas de la cirugía, lo cual dificulta la penetración. Estas jóvenes sufren» (en Hendricks 1993). Nihoul-Fekete et al. (1982)

reportan hipersensibilidad del clítoris tras recesión en 10 de 16 pacientes pospuberales.

40. Bailez et al. 1992, p. 681.
41. Colapinto 1997.
42. Una evaluación teciente de la salud psicológica de las criaturas intersexuales concluyó que «la dilatación de la vagina a edad temprana parecía crear problemas psicológicos serios porque se experimentaba como una violación de la integridad corporal» (Slijper et al. 1998, p. 132).
43. Colapinto 1997; Money y Lamacz 1987.
44. Bailez et al. 1992.
45. Newman et al. 1992a, p. 651. Los datos de Allen et al. (que siete de sus ocho pacientes requirieron más de una operación para completar la clitoroplastia) sugiere que las operaciones repetidas pueden ser la regla y no la excepción (Allen et al. 1982). Innes-Williams 1981, p. 243.
46. Más datos sobre operaciones múltiples: Randolf et al. 1981: 8 de 37 pacientes requirieron una segunda operación para hacer que la recesión del clítoris «funcionara». Lobe et al. 1987: 13 de 58 pacientes requirieron más de dos operaciones; parece probable a partir de su discusión de que muchas más de esas 58 pacientes requirieran dos operaciones, pero no se informa de cuántas. Allen et al. (1982): 7 de 8 clitoroplastias requirieron operaciones adicionales. Van der Kamp et al. (1982): 8 de 10 pacientes requirieron dos o más operaciones. Sotiropoulos et al. 1976: 8 de 13 vaginoplastias tempranas requirieron segundas operaciones. Jones y Wilkins (1961): un 40 por ciento de las vaginoplastias requirió segundas operaciones. Nihoul-Fekete et al. (1982): un 33 por ciento de las vaginoplastias tempranas requirió operaciones adicionales. Newman et al. (1992a): 2 de 9 pacientes requirieron una segunda recesión del clítoris; 1 de 9 requirió una segunda vaginoplastia. Azziz et al. (1986): 30 de 78 pacientes requirieron segundas y terceras vaginoplastias; el éxito de las vaginoplastias practicadas en niñas menores de 4 años era sólo del 34,3 por ciento. Innes-Williams (1981): para intersexos con hipospadias recomienda dos operaciones y dice que la técnica o la cicatrización deficiente puede significar tres o más operaciones adicionales. Véase también Alizai et al. 1999.

    El número de operaciones puede ascender a 20. En un estudio de 73 pacientes de hipospadias el número medio de operaciones era de 3,2 con un rango de 1 a 20. Véase Mureau, Slijper et al. 1995a, 1995b, 1995c.
47. Mulaikal et al. 1987.
48. Los resultados psicológicos de la cirugía del hipospadias pueden diferir de una cultura a otra. Por ejemplo, unos cuantos estudios en Holanda, donde la circuncisión masculina es infrecuente, determinaron que la insatisfacción con el resultado de la operación se derivaba en parte de la apariencia circuncidada del miembro (Mureau, Slijper et al. 1995a, 1995b, 1995c; Mureau 1997; Mureau et al. 1997). Para un estudio anterior véase Eberle

et al. (1993), quienes reportaron cierta ambigüedad sexual persistente (contemplada como algo negativo) en el 11 por ciento de sus pacientes afectos de hipospadias. Duckett encontró «este estudio de lo más preocupante para aquellos de nosotros que ofrecen perspectivas optimistas para nuestros pacientes con hipospadias» (Duckett 1993, p. 1477).

49. Miller y Grant 1997. Para más información sobre los efectos del hipospadias véase Kessler 1998, pp. 70-73.
50. Sandberg y Meyer-Bahlburg 1995. Véase también Berg y Berg 1983, quienes reportan una incertidumbre incrementada sobre la identidad de género y la masculinidad, pero no de la homosexualidad, entre los varones con hipospadias.
51. Slijper et al. 1998, p. 127.
52. Ibíd.
53. Harmon-Smith, comunicación personal. Para saber más sobre HELP y otros grupos de apoyo, consúltese el portal de la ISNA: http://www.isna.org.
54. Harmon-Smith 1998. Los mandamientos son:

1) NO dirás a la familia que no pongan nombre a «la criatura». Eso sólo sirve para aislarlos y para hacer que comiencen a ver a su bebé como una «anormalidad».

2) SÍ animarás a la familia a llamar a su criatura por un apodo (dulzura, cariñito o incluso «pulguita») o un nombre neutro.

3) NO te referirás al paciente como «la criatura». Esto hace que los padres comiencen a ver a su bebé como un objeto y no como una persona.

4) SÍ llamarás al paciente por el nombre o sobrenombre elegido por los padres. Puede resultar incómodo de entrada, pero ayudará mucho a los padres. Ejemplo: «¿Cómo está hoy vuestra dulzura?».

5) NO aislarás al paciente en una unidad de cuidados intensivos. Esto alarma a los padres y les hace pensar que algo va muy mal con su criatura. También aísla a la familia al impedir las visitas de hermanos, tíos y hasta abuelos, con lo que su nuevo miembro comienza a recibir un tratamiento diferente.

6) SÍ permitirás que el paciente permanezca en una sala ordinaria. Admitirás pacientes en el ala infantil, quizás en una habitación única. Luego permitirás las visitas, de manera que el vínculo familiar pueda comenzar a afianzarse.

7) SÍ pondrás a la familia en contacto con un grupo de información o apoyo. Hay muchos disponibles: NORD (National Organization for Rare Disorders); Parent to Parent; HELP; AIS Support Group; ISNA; incluso March of Dimes o Easter Seals.

8) NO privarás de información o apoyo a la familia. No asumirás que no entenderán o que será inconveniente que sepan de otros desórdenes o

problemas relacionados. Dejarás que los padres decidan qué información quieren o necesitan. Les animarás a contactar con gente que pueda informarles y compartir experiencias con ellos.

9) SÍ animarás a la familia a visitar un consejero o terapeuta. No sólo un consejero genético; necesitarán apoyo emocional además de información genética. Los enviarás a un consejero de familia, terapeuta o asistente social que intervenga en las crisis familiares.

10) NO tomarás decisiones drásticas antes del primer año. Los padres necesitan tiempo para adaptarse a la situación. Necesitarán entender la condición de su criatura y sus necesidades específicas. Les darás tiempo para asimilar las informaciones e ideas nuevas, y para que comprendan que su criatura no es una condición que debe conformarse a un programa establecido, sino un individuo. NO programarás la primera operación para antes de que el paciente deje el hospital, porque los padres tendrán más miedo de que su vida esté en peligro y de haber tenido una criatura anormal o desfavorecida.

55. Kessler 1998, p. 129.
56. Young 1937, p. 154. Para ejemplos más recientes, véanse varios casos de padres que rechazaron la reasignación sexual subsiguiente a traumatismo del pene de sus hijos en Gilbert et al. 1993.
57. Young 1937, p. 158.
58. Los estudiosos han comenzado a analizar el fenómeno de la exhibición de cuerpos extraordinarios como una forma de espectáculo público. Para una introducción a esta literatura véase Thomson 1996.
59. Kessler 1990.
60. Young 1937, p. 146.
61. Dewhurst y Gordon 1963, p. 77.
62. Randolf et al. 1981, p. 885.
63. Van det Kamp et al. 1992.
64. Bailez et al. 1992, p. 886. «Unas cuantas madres declararon que sus maridos se oponían de hecho a la cirugía», y en un caso la operación se pospuso porque la familia quería que el niño participara en la toma de decisión (Hendricks 1993). Migeon reporta otros casos de pacientes que dejaron de tomar la medicación antivirilizante. Jones y Wilkins (1961) citan un paciente que aceptó la histerectomía y la mastectomía pero rehusó la remodelación genital, aunque tenía que orinar sentado. Azziz et al. (1986) reportan que 5 de 16 pacientes que requerían más operaciones para lograr un coito cómodo nunca llevaron a término su remodelación genital. Lubs et al. (1959) mencionan que la familia de una paciente de diecisiete años con anormalidades genitales «consideraba que no debería pasar por más reconocimientos y no iba a permitir que se estudiara su caso» (p. 1113). Van Seters y Slob (1988) describen un caso de micropene en el que

el padre rehusó la cirugía hasta que el paciente fue lo bastante mayor para decidir por sí mismo. Hurtig et al. (1983) comentan el rechazo de la medicación antimasculinizante en dos de cuatro pacientes. Hampson (1955) menciona unos cuantos padres que rehusaron la recomendación del cambio de sexo, «movidos por su propia firme convicción en la masculinidad de su hijo o la feminidad de su hija» (p. 267). Beheshti et al. (1983) menciona dos casos de rechazo de la reasignación de género por los padres.

65. Van Seters y Slob (1988). Para más sobre la capacidad de los niños con micropenes de adaptarse al rol sexual masculino véase Reilly y Woodhouse 1989.
66. Hampson y Hampson 1961, págs. 1428-1429; la cursiva es mía.
67. El tamaño de muestra es demasiado reducido para que estas cifras lleguen a ser estadísticamente significativas, pero en este párrafo doy por sentada esta significación.
68. En realidad, este momento ya ha llegado, como atestiguan los programas de la ISNA y otras organizaciones.
69. Kessler 1998, p. 131.
70. Ibíd. p. 40.
71. A pesar del escepticismo médico, el mensaje de la ISNA está calando. Un artículo reciente de una revista de enfermería discutía el punto de vista de la ISNA y señalaba que «es importante ayudar a los padres a centrarse en su bebé como un todo y no en su condición. La enfermera puede destacar los rasgos de la criatura no relacionados con el género, como «qué ojos tan bonitos tiene» o «tiene una nariz igual que la de papá» (Parker 1998, p. 22). Véase también el editorial del mismo número (Haller 1998).
72. Hay una significativa y fascinante literatura sobre transexualidad. Véase, por ejemplo, Hausman 1992, 1995; Bloom 1994; Bollin 1994; Devor 1997.
73. Los principales trabajos sobre la teoría y práctica transgenérica incluyen Feinberg 1996, 1998; Ekins y King 1997; Bornstein 1994; Atkins 1998. Consúltese también la revista *Chrysalis: The Journal of Transgressive Gender Identities*.
74. Bolin 1994, pp. 461, 473.
75. Ibíd. p. 484.
76. Rothblatt 1995, p. 115.
77. Lorber 1993, p. 571.
78. Véase también la discusión del capítulo 1, así como Herdt 1994a, 1994b; Besnier 1994; Roscoe 1991, 1994; Diedrich 1994; Snarch 1992.
79. Los hijaras constituyen una secta ascética investida de los poderes divinos de la diosa Bahuchara Mata. Danzan y ofician ceremonias en los nacimientos de varón y casamientos, además de rendir culto a la diosa en su templo (Nanda 1986, 1989, 1994).
80. Sin la enzima, el cuerpo no puede transformar la testosterona en una hor-

mona relacionada, la dihidrotestosterona (DHT). En el embrión, la DHT media la formación de los genitales externos masculinos.

81. Para una revisión reciente de la biología, véase Quigley et al. 1995; Griffin y Wilson 1989.
82. Esta forma de insensibilidad a los andrógenos suele ser diagnosticada equivocadamente, lo que conduce a operaciones irreparables como la castración. Cuando las dificultades potenciales no se «tratan» hasta la pubertad, los afectados tienen opciones más satisfactorias. Véase la discusión de Griffin y Wilson 1989, p. 1929, y el caso comentado en Holmes et al. 1992.

    En Fausto-Sterling 1992 discuto la apropiación de los sucesos en los pueblecitos de la República Dominicana para un debate candente en Estados Unidos sobre si la biología innata o el sexo de crianza determina los roles y las preferencias de género. Este debate es paralelo a la disputa sobre Joan/John y el estudio de la adquisición del rol sexual en las jóvenes con hiperplasia adrenocortical congénita tratados en el capítulo 3.
83. Herdt y Davidson 1988; Herdt 1990b, 1994a, 1994b.
84. Herdt 1994, p. 429.
85. Kessler 1998, p. 90.
86. Press 1998.
87. Rubin 1984, p. 282.
88. Kennedy y Davis 1993.
89. Feinberg 1996, p. 125.
90. Para un enunciado completo de la declaración internacional de los derechos genéricos véanse las pp. 165-169 de Feinberg 1996.
91. Para un tratamiento completo y profundo de los temas legales (que por extrapolación serían aplicables a los intersexuales) véase Case 1995. Para una discusión sobre la forma en que las decisiones legales construyen el tema heterosexual y homosexual véase Halley 1991, 1993, 1994.
92. En Norton 1996, pp. 187-188.
93. A medida que la cirugía de la reasignación sexual se fue imponiendo en los años cincuenta, los médicos comenzaron a preocuparse por su responsabilidad personal. Aunque obtuviera la aprobación de los progenitores, ¿podía ser demandado el cirujano por el paciente cuando éste alcanzara la mayoría de edad «por cargos desde la mala práctica médica hasta la violencia o incluso la mutilación»? A pesar de «esta desagradable incertidumbre legal», los intranquilos médicos que escribieron este pasaje creían que no debían arrugarse y dejar de «tratar a estos infortunados niños ... de la manera que parezca ... más adecuada y humana» (Gross y Meeker 1955, p. 321).

    En 1957, el doctor E.C. Hamblen, reiterando el miedo a la demanda, buscó la asistencia de un seminario de derecho en la Universidad de Duke. Una solución sugerida, que nunca vio la luz del día, fue establecer juntas o

comisiones estatales «sobre asignación y reasignación de sexo, comparables a las juntas eugenésicas que autorizaban la esterilización». Hamblen esperaba que esta acción protegería a unos médicos cuya posición «podría ser ciertamente precaria si la acción legal subsiguiente se tradujera en un juicio» (Hamblen 1957, p. 1240). Tras esta oleada inicial de preocupación, la literatura médica posterior guarda silencio sobre la cuestión del derecho del paciente a demandar al médico. Puede que los facultativos confiaran en su casi absoluta certeza de que los tratamientos vigentes de la intersexualidad eran moral y médicamente correctos, y en que la inmensa mayoría de sus pacientes nunca airearía una cuestión tan íntima. En la era post-Lorena Bobbit, sin embargo, parece sólo cuestión de tiempo para que algún profesional médico tenga que enfrentarse a la demanda civil de un intersexual genitalmente manipulado.

94. O'Donovan 1985. Para una revisión actualizada del estatuto legal del intersexual véase Greenberg 1999.
95. O'Donovan 1985, p. 15; Ormrod 1992.
96. Edwards 1959, p. 118.
97. Halley 1991.
98. Ten Berge 1960, p. 118.
99. Véase de la Chapelle 1986; Ferguson-Smith et al. 1992; Holden 1992; Kolata 1992; Serrat y García de Herreros 1993; sin firma 1993.
100. Cuando escribí el primer borrador de este capítulo en 1993 nunca habría esperado que en 1998 los matrimonios homosexuales serían objeto de votación en dos estados. Aunque la propuesta perdió en ambos casos, está claro que el asunto está ahora abierto a la discusión. Creo que es cuestión de tiempo para que el debate se reanude, con resultados diferentes.
101. Rhode Island revocó su ley antisodomía en 1998, el mismo año en que una ley similar se declaró inconstitucional en el estado de Georgia.
102. Reilly y Woodhouse 1989, p. 571; véase también Woodhouse 1994.

Capítulo 5: El cerebro sexuado: De cómo los biólogos establecen diferencias

1. Para una discusión general del problema de la visibilidad y la observación en la ciencia véase Hacking 1983.
2. Las discusiones sobre la estructura corporal no son nuevas. En el siglo XIX, algunos biólogos eminentes se dedicaron a medir la capacidad de cráneos vacíos llenándolos de perdigones de plomo para comprobar qué grupo humano (varones o mujeres, blancos o negros) tenía más capacidad craneal. La idea era que los cráneos más voluminosos contenían ce-

rebros mayores, y que una persona era tanto más inteligente cuanto mayor su cerebro (véase Gould 1981; Russett 1989). Aunque las afirmaciones de la existencia de diferencias raciales en la estructura cerebral son menos frecuentes, ocasionalmente se dejan ver en las revistas científicas (véase Fausto-Sterling 1993b; Horowitz 1995). La cuestión de la realidad y el sentido de las diferencias de tamaño cerebral ha sido objeto de debate durante casi dos siglos. El modo de análisis que expongo en este capítulo es fácilmente aplicable a las aseveraciones de diferencias raciales y étnicas en la estructura cerebral.

3. Por supuesto, el mundo natural tiene algo que decir al respecto. Algunos hechos «naturales» son más visibles e indiscutibles que otros. No hay desacuerdo científico, por ejemplo, en que los cerebros de los gatos se ven diferentes de los humanos. Pero tampoco hay comisiones para promover un diálogo nacional sobre los gatos. Por otro lado, no hay consenso —ni social ni científico— en cuanto a la naturaleza de la inteligencia animal y las diferencias y semejanzas entre las mentes humana y animal. Así que si los científicos quisieran localizar un centro cerebral para un proceso cognitivo de tipo humano en el gato, el desacuerdo sería inevitable, porque ni siquiera hay consenso sobre la naturaleza de la cognición animal misma.
4. A menudo, cuando un sistema de investigación es demasiado complejo para dar respuestas satisfactorias, los científicos lo abandonan y se ocupan de problemas «factibles». El ejemplo más famoso en mi propio campo es el de Thomas Hunt Morgan, quien convirtió a la mosca del vinagre en un organismo modelo para el desarrollo de la genética mendeliana. Morgan comenzó su carrera como embriólogo, pero encontraba que los embriones eran desesperantemente complejos. Al principio era escéptico tanto de la genética como de la evolución, pero cuando, casi por accidente, comenzó a obtener resultados consistentes e interpretables que otros generalizaron más allá de la mosca del vinagre, vio clara su línea de investigación. Para más sobre esta historia véase Allen 1975 y Kohler 1994. Para más sobre el concepto de «factibilidad» véase Fujimura 1987; Mitman y Fausto-Sterling 1992. Unos cuantos neurólogos que leyeron y criticaron el primer borrador de este capítulo me dijeron que bastantes colegas suyos piensan que la investigación sobre el tamaño del cuerpo calloso debería abandonarse por la intratabilidad del objeto de estudio. Pero el campo de la neurobiología es de lo más diverso y está subdividido en diferentes grupos de trabajo con concepciones distintas de lo que constituye «la mejor» forma de investigación. Para otros, cuya obra examino aquí, el tema es tratable. En el caso del cuerpo calloso, la ausencia de avance colectivo es una señal segura de que hay mucho más en juego que la reputación de unos pocos neurólogos.
5. Gelman 1992; Gorman 1992.
6. Black 1992, p. 162.
7. Foreman 1994.
8. Wade 1944.

9. Begley 1995, pp. 51-52. En otra parte (Fausto-Sterling 1997) ofrezco una toma diferente del artículo de *Newsweek*.
10. El autor presenta la explicación social «alternativa», y en ese sentido no toma partido en el debate. Begley escribe: «¿Es descabellado preguntarse si ciertas partes del cerebro de las niñas crecen o menguan, mientras que otras partes del cerebro de los niños se expanden o atrofian, porque se les dijo que no se rompieran sus bonitas cabezas por las matemáticas, o porque comenzaron a coleccionar Legos desde que nacieron?» (Begley 1995, p. 54).
11. (Sin firma 1992). Ésta es una idea que más de un sexólogo se toma en serio. Durante el invierno/primavera de 1998, el servidor de los sexólogos profesionales, «Loveweb» (un seudónimo), era escenario de un amplio y acalorado debate sobre si los gays tienden a cierras profesiones y por qué. En este debate, la cuestión de las diferencias en aptitudes espaciales y estructura cerebral figuraba en un lugar prominente.
12. Witelson 1991b; McCormick et al. 1990.
13. Schiebinger 1992, p. 114.
14. Schiebinger 1992.
15. Las preguntas sobre la localización de las funciones cerebrales y la asimetría cerebral cambiaron a lo largo del siglo. En la primera mitad del siglo XIX, la creencia en que las facultades de la mente se localizaban en zonas particulares del cerebro encontró una resistencia que emanaba de la asociación de la idea de localización con los movimientos de cambio social y de la pugna entre la teología y el campo emergente de la biología experimental. Los partidarios de la localización pertenecían a una facción política que abogaba por reformas sociales como la abolición de la monarquía y la pena de muerte y la ampliación del derecho de voto. Los contrarios a la localización celebraban la coronación de Carlos X y eran partidarios de la pena de muerte para los blasfemos (Harrington 1987). El neurólogo y antropólogo francés Paul Broca zanjó la cuestión al correlacionar la pérdida de capacidad lingüística en pacientes con lesiones cerebrales con una región particular del lóbulo frontal del córtex cerebral (el área de Broca) y concluir que, al menos en lo que respecta al lenguaje, los hemisferios cerebrales eran asimétricos. Las conclusiones de Broca amenazaban «creencias estéticas y filosóficas profundamente arraigadas ... Si se demostraba que el cerebro estaba funcionalmente descompensado, ello pondría en solfa la ecuación clásica entre simetría ... y salud y perfección física ... Incluso podía socavar todos los esfuerzos recientes por introducir la lógica y la legitimidad en el estudio del córtex, invocando el espectro de un movimiento retrógrado hacia la visión implícitamente teológica del córtex cerebral como un órgano científicamente inclasificable» (Harrington 1987, p. 53).

Así pues, Broca y otros neurólogos franceses tuvieron que afrontar la amenaza de verse transportados al pasado, desde un presente de democracia de

clase media hasta un discurso que ligaba la simetría y la deslocalización de las funciones cerebrales a la religión y la monarquía. Broca optó por una solución de compromiso al proponer que no había asimetrías cerebrales *innatas*, sino que el cerebro se desarrollaba de manera disimétrica durante la niñez. Las ideas de Broca sobre el desarrollo cerebral infantil descansaban a su vez en una serie de creencias sobre diferencias cerebrales raciales que, según se pensaba, se perfilaban también durante la niñez (véase Gould 1981; Harrington 1987; Russett 1989). Así, la asimetría no sólo separaba a los seres humanos de las bestias; dentro del género humano, separaba «las razas avanzadas de las primitivas» (Harrington 1987, p. 66). Broca provocó un gran cambio. Si en la primera mitad del siglo XIX la perfectibilidad se había ligado a la simetría, a partir de entonces la idea de perfectibilidad quedó ligada a la asimetría. Pronto comenzó a hacerse obvio que las mujeres (clasificadas como *Homo parietalis*, a diferencia de los varones blancos, conocidos como *Homo frontalis;* véase Fausto-Sterling 1992), los niños pequeños y las clases bajas tenían cerebros más simétricos. Hacia finales de siglo, la lista de los imperfectos se había ampliado a los dementes y los criminales (entre los que supuestamente había más zurdos y ambidextros, condiciones ambas que se correlacionaban con una asimetría disminuida). Broca introdujo una nueva visión científica, separándola del anterior sistema de creencias políticas al que había estado ligada y vinculándola a una nueva constelación. Su única intersección (simetría innata pero asimetría ontogénica) proporcionó continuidad y aceptabilidad; una vez el nuevo sistema de creencias científicas se afianzó y prosperó, comenzó a generar sus propios vástagos.

16. Donahue sugería que la diferencia podía dar cuenta de la «intuición femenina» (Donahue 1985).
17. De Lacoste-Utamsing y Holloway 1982, p. 1431.
18. Efron 1990; Fausto-Sterling 1992b.
19. Stanley 1993, p. 128 (énfasis en el original), 136.
20. Un número entero de la revista *Brain and Cognition* (26[1994]) está dedicado a criticar una teoría de Geschwind y Behan en la cual se fundamenta Bendbow para afirmar la existencia de diferencias en las aptitudes innatas de varones y mujeres.
21. Benbow y Lubinski 1993. El debate sobre una presunta base biológica para diferencias en aptitud matemática, posiblemente ubicables en el cuerpo calloso, continúa. Para una confrontación más reciente sobre este tema véase Benbow y Lubinski 1997 frente a Hyde 1997.
22. Haraway 1997, p. 129. Los objetos tecnocientíficos que menciona Haraway son «feto, microprocesador/ordenador, gen, raza, ecosistema, cerebro». No habla del cuerpo calloso, pero presta mucha atención a las intersecciones entre raza y género. De hecho, las trayectorias de las hebras pegajosas de la raza y del género se cruzan a menudo, y se entrelazan más de una vez cuando confluyen en el cuerpo calloso.

23. Otros aspectos de la educación y el desarrollo infantil también están atrapados por estas hebras pegajosas. Un artículo, por ejemplo, reporta una correlación entre dislexia y una estructura alterada del cuerpo calloso (Hynd et al. 1995). Este nudo pegajoso incluye una hueste de temas en el diagnóstico y tratamiento de discapacidades de aprendizaje, que van más allá del alcance de este libro.
24. Un enlace reciente implica las teorías de la enfermedad mental (Blakeslee 1999).
25. Pero véase Efron 1990.
26. Así lo afirmó Bean (1906), quien también escribió, en el número de septiembre de 1906 de *Century Magazine*, que «el caucásico y el negro [sic] son fundamentalmente extremos opuestos en la evolución. Habiéndose demostrado que el negro y el caucásico son ampliamente diferentes en sus características, debido a una deficiencia de materia gris y fibras conectivas en el cerebro del negro ... nos vemos forzados a concluir que es inútil intentar elevar al negro mediante educación o cualquier otro método» (citado en Baker 1994, p. 210).
27. Allen et al. 1991.
28. Rauch y Jinkins 1994, p. 68.
29. Latour 1988; Latour 1983.
30. Kohler 1994.
31. Para una discusión adicional y variada sobre la forma en que los objetos naturales se convierten en herramientas de laboratorio véanse los diversos artículos recopilados por Clarke y Fujimura 1992.
32. Bean 1906.
33. Lo cual parece idéntico a los trazados hechos por científicos modernos; véase, por ejemplo, Clarke et al. 1989 y Byne et al. 1988.
34. Esto es notable en un mundo científico en el que pocas publicaciones se citan diez años después de su aparición.
35. Creo que la proyección bidimensional del cuerpo calloso es lo que en la jerga semiótica se llamaría un significante flotante.
36. Bean 1906, p. 377. Si no conociéramos el contexto, ¿no pensaríamos que esto era una descripción de la diferencia de género en vez de la diferencia racial?
37. Ibíd. p. 386.
38. En la actualidad es el esplenio, ahora ligado a las funciones cognitivas, el que supuestamente es mayor en las mujeres.
39. Mall fue mentor de una importante anatomista, Florence Rena Sabine (1871-1953). Para una biografía breve, véase Ogilvie 1986.
40. Mall 1909, p. 9.
41. Ibíd. p. 32. Trece de los artículos incluidos en las tablas 5.3 a 5.5 se refieren a Bean y/o Mall. Cinco que reportan diferencias sexuales y cuatro que no detectan ninguna diferencia citan sólo a Bean. Ninguno cita úni-

camente a Mall, aunque su artículo figuró durante décadas como el trabajo definitorio. Tres grupos que encuentran sus propias diferencias sexuales citan a ambos, mientras que uno de los que niegan la existencia de diferencias cita la controversia clásica.

42. Véase la nota 26 y Baker 1994.
43. Para una discusión adicional sobre cómo los mapas, atlas y demás vinieron a representar el cerebro invisible «y todos los trabajos invisibles y fallos escondidos» en él (p. 224) véase Star 1992.
44. Rauch y Jinkins (1994) escriben: «Las medidas del cuerpo calloso entero en tres dimensiones también serían una empresa compleja, ya que la conformación del cuerpo calloso se parece mucho a la complicada formación alar de un ave. Además, estas alas se intercalan con los haces ascendentes de materia blanca ... lo que hace que la porción lateral del cuerpo calloso sea esencialmente imposible de definir con certeza» (p. 68).

    Incluso el CC domesticado plantea problemas, porque nunca se separa del todo del resto del cerebro. Algunos grupos de investigación se cuidan de advertir sobre ello: «El límite del CC es inequívoco por la parte dorsal, pero no por la ventral. Puesto que, en los monos, el esplenio y la parte adyacente del cuerpo calloso no pueden separarse macroscópicamente de la comisura dorsal del hipocampo ... el límite entre el CC y el *septum pellucidum* era a veces difícil de determinar sólo por inspección» (Clarke et al. 1989, p. 217). Sin embargo, los experimentadores estiman que pueden tolerar este grado de dificultad, porque el cuerpo principal del CC domesticado es lo bastante claro.
45. Un problema científico concierne a la interpretación de la enorme variabilidad entre varones y mujeres. Elster et al. (1990) escriben: «Como se desprende de nuestros propios datos y los de otros, las mediciones del cuerpo calloso varían dentro de cada sexo casi tanto como entre sexos» (p. 325). Véase también Byne et al. 1988. Una segunda cuestión concierne a la mejor manera de observar el cuerpo calloso. En la controversia actual, los investigadores han empleado variaciones sobre dos temas principales. El primer método consiste en mediciones postmortem de cerebros preservados procedentes de pacientes muertos de enfermedades que no afectan al cerebro. La superficie bidimensional resultante de la sección transversal del cuerpo calloso es objeto de una variedad de medidas. El método alternativo consiste en obtener imágenes por resonancia magnética (IRM) de los cerebros de voluntarios vivos. Este aparato se vale de la actividad química natural del cuerpo para visualizar el cerebro. La máquina crea «cortes» ópticos del cerebro que se proyectan en una pantalla de televisión. Como si de cortar rebanadas de pan se tratara, comienza en la superficie externa y va «rebanando» la cabeza hacia el centro, ofreciendo cortes visuales finos. El contorno visible del cuerpo calloso se toma como la estructura bidimensional que se mide. Los autores de un artículo reciente escriben:

Los estudios basados en autopsias o material procedente de cadáveres también tienden a adolecer de tamaños de muestra pequeños. Aunque el empleo de material postmortem tiene sus ventajas, como la medida directa y la posibilidad de medir el peso cerebral, la escasez de especímenes hace que las conclusiones estadísticas sean cuestionables. Otro problema asociado al uso de material postmortem embalsamado es la alteración resultante de la fijación con formalina ... Los estudios que recurren a las imágenes por resonancia magnética tienen la ventaja de unos tamaños de muestra mayores, aunque los estudios que emplean un grosor de corte de 7-10 mm se han criticado porque el efecto de volumen parcial puede conducir a resultados inexactos (Constant y Ruther 1996, p. 99).

Un tercer problema técnico tiene que ver con el concepto de «alometría». Véase, por ejemplo, Fairbairn 1997. Para una aplicación más específica de este tema al problema de la comparación entre cuerpos callosos véase Going y Dixson (1990), quienes escriben (p. 166):

Es sabido que los cerebros masculinos son mayores y más pesados que los femeninos. Esto introduce una dificultad en los estudios del dimorfismo sexual, porque esta diferencia de tamaño puede oscurecer las diferencias reales entre los cerebros masculinos y femeninos, o crear diferencias espurias. Se plantea la pregunta de si es apropiado aplicar una corrección según el peso cerebral. Dicha corrección refleja el modelo teórico de las relaciones entre el peso cerebral y las magnitudes en consideración, un modelo que puede no ser correcto. Así pues, los datos corregidos deben interpretarse con cautela, si no escepticismo.

Contrástese este punto de vista con el de Holloway, para quien las diferencias relativas son de gran interés (Holloway 1998; véase también Peters 1988).

46. La disputa actual sobre las diferencias de género en el cuerpo calloso comenzó con medidas obtenidas de cerebros procedentes de autopsias (de Lacoste-Utamsing y Holloway 1982). A medida que se fueron publicando informes que diferían del primero y entre sí, también se inició un debate sobre el método. Por ejemplo, los estudios postmortem adolecían de tamaños de muestra pequeños. El tamaño de muestra medio para quince estudios con imágenes de resonancia magnética era de 86,3 (10-122), mientras que el tamaño de muestra medio para otros quince trabajos con material postmortem era de 44,2 (14-70). Los estudios considerados se enumeran en la nota 50.
47. Diversas técnicas de escáner cerebral están ganando reputación como una manera supuestamente objetiva de interpretar el cerebro. Por supuesto, las imágenes obtenidas mediante la técnica IRM y la especialmente popular PET son construcciones. Para más información sobre escáneres cerebrales véase Dumit 1997, 1999a y 1999b.
48. Witelson y Goldsmith 1991; Witelson 1989.
49. Clark et al. 1989, p. 217; Byne et al. 1988. Witelson señala que «el estu-

dio de la concordancia entre la medida directa postmortem y la indirecta por IRM del tamaño del cuerpo calloso está por hacer» (Witelson 1989, p. 821).

Objetos tecnocientíficos diferentes pueden conducir a resultados diferentes. Quise comprobar si el método elegido tenía alguna influencia en que un grupo de investigación dado encontrara diferencias ligadas al sexo o la dominancia manual en todo o parte del cuerpo calloso (ya fueran absolutas o de área relativa). Cuando se recurría a la técnica IRM, siete grupos de investigación encontraron alguna diferencia sexual, mientras que catorce no hallaron nada. Por el contrario, ocho grupos que trabajaron con material PM hallaron diferencias, y siete no. ¿Hay algo en la técnica PM (el menor tamaño de muestra, la naturaleza del objeto producido) que la hace más susceptible de proporcionar diferencias sexuales? (Utilicé los estudios enumerados en la nota siguiente.)

50. Los artículos son: Witelson 1985, 1989, 1991a; Witelson y Goldsmith 1991; Demeter et al. 1988; Hines et al. 1992; Cowell et al. 1993; Holloway et al. 1993; de Lacoste-Utamsing y Holloway 1982; de Lacoste et al. 1986; Oppenheim et al. 1987; O'Kusky et al. 1988; Weiss et al. 1989; Habib et al. 1991; Johnson et al. 1944; Bell y Variend 1985; Holloway y de Lacoste 1986; Kertesz et al. 1987; Byne et al. 1988; Clarke et al. 1989; Allen et al. 1991; Emory et al. 1991; Aboitiz, Scheibel et al. 1992b; Clarke y Zaidel 1994; Rauch y Jinkins 1994; Going y Dixson 1990; Steinmetz et al. 1992; Reinarz et al. 1988; Denenberg et al. 1991; Prokop et al. 1990; Elster et al. 1990; Steinmetz et al. 1995; Constant y Ruther 1996.
51. Habib et al. 1991.
52. Witelson 1989.
53. Lynch 1990, p. 171.
54. Lynch escribe: «A partir de un espécimen inicialmente recalcitrante, los científicos trabajan metódicamente para exponer, elaborar y perfeccionar las apariencias superficiales del espécimen para hacerlas congruentes con la representación gráfica y el análisis matemático» (Lynch 1990, p. 170).
55. Para una discusión de otros aspectos de la simplificación en el trabajo científico véase Star 1983. Para abundar en la construcción de objetos de investigación dentro de redes sociales véase Balmer 1996 y Miettinen 1998.
56. Si aparecen diferencias en el cuerpo calloso durante la infancia, presumiblemente pueden estar afectadas por la experiencia. En otras palabras, las diferencias en la anatomía cerebral adulta pueden de hecho deberse en primera instancia a diferencias sociales. Véase, por ejemplo, Aboitiz et al. 1996; Ferrario et al. 1996.
57. Hay una disputa en marcha sobre los cambios del cuerpo calloso con la edad y sobre si varones y mujeres envejecen de manera distinta. Los principios derivados de este aspecto del debate no difieren de los expuestos en

este capítulo, por lo que he preferido no ahondar en el argumento del envejecimiento. Véase, por ejemplo, Salat et al. 1996. La forma en que varones y mujeres envejecen y los problemas de la vejez son otros asuntos sociales atrapados por las hebras pegajosas del cuerpo calloso.

58. Holloway et al. 1993; Holloway 1998.
59. La explicación ofrecida para esta relación entre sexo y dominancia manual es que los varones tienen cerebros más lateralizados que las mujeres (al menos para ciertas funciones cognitivas). Pero, en general, los zurdos están menos lateralizados que los diestros. Si se asume que un cuerpo calloso mayor implica menos lateralización, pero que las mujeres, zurdas o diestras, ya están menos lateralizadas, entonces la dominancia manual no añade nada en el caso femenino, pero crea una diferencia medible en el caso masculino.
60. Cowell et al. 1993.
61. Bishop y Wahlsten 1997. Véase también la detallada discusión de Byne (1995), quien llega a conclusiones similares. El metaanálisis es un proceso controvertido en sí mismo. Sigue habiendo debate sobre cómo evaluar los resultados conflictivos en la literatura científica. Algunos encuentran el método de contar judías que aplico en mis tablas 5.3 a 5.5 de lo más apropiado, mientras que otros difieren (Mann 1994). Para una exposición técnica de los efectos del metaanálisis sobre los estándares de investigación en psicología véase Schmidt 1992; para más sobre el metaanálisis véase Hunt 1997.
62. Driesen y Raz 1995. Estos autores también concluyeron que los zurdos tienen cuerpos callosos mayores que los diestros.
63. Fitch y Denenberg 1998. Estos autores argumentan que no pueden usarse valores relativos para comparar grupos distintos a menos que exista una correlación probada dentro de cada grupo, y ponen como ejemplo el CI para ilustrar este punto. «En promedio no hay diferencia entre varones y mujeres en cuanto a las pruebas de CI. Sin embargo, los cerebros femeninos son menores que los masculinos, y pesan menos». Si tomáramos el CI en razón al peso cerebral, las mujeres serían considerablemente más inteligentes «por unidad cerebral» que los varones. «La razón por la que no empleamos semejante estadística es que la investigación ha establecido que no hay correlación intragrupal entre CI y tamaño cerebral» («intragrupal» significa comparar las mujeres de cerebro pequeño con las de cerebro grande). En cuanto al cuerpo calloso, concluyen que «el procedimiento de dividir el tamaño cerebral por el área del cuerpo calloso como "factor de corrección" es incorrecto y, puesto que el cerebro femenino es típicamente menor, puede llevar a resultados falsos que sugieren un cuerpo calloso de mayor tamaño "relativo" en las mujeres» (p. 326).

Aboitiz (1998) argumenta que la corrección según el tamaño cerebral podría ser apropiada si tuviéramos una mejor idea de la correlación entre función y tamaño. Holloway (1998) aboga sin ambages por las medidas relativas: «Los antropólogos físicos ... usan datos de razones de manera ruti-

naria ... Lo hacemos así porque se pone de manifiesto una serie de hechos extremadamente interesante: el tamaño relativo del cerebro ... ciertamente exhibe diferencias sexualmente dimórficas, que varían considerablemente dentro de los mamíferos» (p. 334). Wahlsten y Bishop (1998) también se pronuncian contra el uso gratuito de cocientes, aunque admiten que su empleo puede ser legítimo con ciertas condiciones, que no se cumplen en los estudios del cuerpo calloso.

64. Halpern 1998, p. 331. Este análisis asimétrico de una disputa científica sugiere que un bando (en este caso, las feministas) tiene compromisos políticos que menoscaban su capacidad para evaluar imparcialmente ciertos resultados, mientras que la otra parte puede oír claramente la verdad que comunica la naturaleza, porque no tiene compromisos políticos. Halpern viene a decir que una explicación de la ausencia de diferencias sexuales es tendenciosa, quizá resultado de compromisos políticos antes que de un compromiso con la búsqueda de la verdad sobre el mundo natural. Este argumento contra el feminismo toma la misma forma que el análisis de Gould de la obra de Morton sobre las diferencias raciales en el tamaño cerebral (Gould 1981). Sea cual sea el bando propio (el de Dios o el del chico malo) en estas disputas, estos argumentos asimétricos lo pintan a uno en un rincón (véase también Halpern 1997).
65. Driesen y Raz (1995) sugiere que los investigadores podrían mejorar la situación aportando más información sobre la naturaleza de su muestra y aún más medidas y pruebas estadísticas diferentes. Bishop y Wahlsten (1997) argumentan que «sería imprudente embarcarse en investigaciones ulteriores sobre este tema a menos que se emplee una muestra lo bastante grande en un único estudio» (p. 593). Para estos autores, el tamaño de muestra mínimo debería incluir 300 cerebros de cada grupo, lo que sumaría nada menos que 600 cerebros. Este tamaño de muestra podría acomodar la enorme variación dentro de los miembros del mismo género.
66. El concepto de hipervínculo me parece útil en la incorporación de la historia de la estadística al análisis de las guerras del cuerpo calloso. Un hipervínculo consiste en palabras o imágenes que un navegador por Internet puede señalar para trasladarse a una pantalla enteramente nueva de información o actividades. La descripción de Haraway también es útil:

> En el hipervínculo los usuarios son conducidos por, y pueden construir por sí mismos y de manera interactiva con otros, redes de conexiones cohesionadas por pegamentos heterogéneos. Las trayectorias a través de la red no están predeterminadas, pero exhiben sus tendenciosidades, propósitos, poderes y peculiaridades. Entrar en el juego epistemológico y político del hipervínculo obliga a sus usuarios a buscar relaciones en un bosque enmarañado donde antes parecía haber exclusiones netas y árboles de un solo tronco genéticamente distintos. (Haraway 1997, p. 231).

67. Para ejemplos de publicaciones sobre la historia social de las conexiones entre estadística, género, raza y la construcción social del conocimiento científico véase Porter 1986, 1992, 1995, 1997; Porter y Mikuláš 1994; Porter y Hall 1995; Hacking 1982, 1990, 1991; Wise 1995; Poovey 1993.

    Mientras escribo esto, las noticias vienen repletas de una batalla políticamente cargada sobre la obtención de cifras para el censo del año 2000. Véase, por ejemplo, Wright 1999.

68. La historia de la estadística como técnica de gestión social es poco conocida incluso por los científicos que aplican procedimientos estadísticos para asegurar la objetividad matemática. Para el lector interesado, he incluido varias notas finales sobre los orígenes de la estadística. Una vez más, vemos que las discusiones científicas, esta vez sobre números, son también discusiones sociales.

    Las medidas de la cabeza siempre han sido un tema favorito. A finales del siglo XIX, los criminólogos medían todos los parámetros concebibles de las cabezas de los criminales (Lombroso y Ferrero 1895). Similarmente, Quetelet presentó decenas de tablas sobre criminalidad, y el librito de Lombroso está lleno de números. En una tabla se comparaban prostitutas, campesinas, mujeres educadas, ladronas, envenenadoras, asesinas, infanticidas y mujeres normales mediante medidas de los siguientes aspectos del cráneo y la cara: diámetro anteroposterior, diámetro transversal, circunferencia horizontal, curva longitudinal, curva transversal, índice cefálico, semicircunferencia anterior, diámetro frontal mínimo, diámetro de los pómulos, diámetro mandibular y altura de la frente (Lombroso y Ferrero 1895, pp. 60-61).

69. Entre 1820 y 1850, Europa experimentó una gran explosión numérica. De 1820 a 1840, «el incremento en la impresión de números parece ser exponencial, mientras que el incremento en la impresión de palabras fue sólo lineal» (Hacking 1982, p. 282). El número creciente de informes estadísticos publicados cubría una diversidad de medidas cada vez mayor. Considérese, por ejemplo, el *Tratado sobre el hombre y el desarrollo de sus facultades*, de M.A. Quetelet, un astrónomo belga reconvertido en estadístico. Publicado inicialmente en 1835 en París, el tratado contiene cientos de tablas numéricas. Quetelet consideraba y categorizaba «la distribución de las propiedades físicas del hombre ... de la estatura, el peso, la fuerza, etc ... de las cualidades morales e intelectuales del hombre ... [y] de las propiedades del hombre medio, del sistema social ... y del progreso último de nuestro conocimiento de la ley del desarrollo humano» (Quetelet 1842, tabla de contenidos). Sólo en la sección de la página catorce sobre «La distribución de la propensión al crimen», Quetelet incluía 25 tablas estadísticas que contenían el número de delincuentes en un año particular, su nivel educativo en relación a si el delito fue contra la propiedad o contra las personas,

la influencia del clima y la estación en el número de delitos, las disposiciones judiciales por ciudad y población, los delitos según los países, las diferencias sexuales en los tipos de delito, la edad del delincuente, el motivo del delito, y mucho más. Inglaterra, Francia y Bélgica pasaban por un gran periodo de recopilación estadística. Los gobiernos necesitaban información sobre una población cambiante. ¿Era lo bastante alta la tasa de natalidad? ¿Cuál era el estado de las clases obreras (y cuán probable era una revuelta)? ¿Cuán sanos estaban los reclutas del ejército? Las cuestiones sociales y políticas de la época dictaban los tipos de información buscados y su presentación tabular. Hacia la época de la Revolución Francesa, la estadística ya no se contemplaba como un brazo de la matemática pura y aplicada, sin peso ni contenido social, sino que había comenzado «a concebirse en Francia e Inglaterra como el brazo empírico de la economía política» (Porter 1986, p. 27).

70. Las tablas estadísticas requerían la creación de categorías, un proceso que el filósofo Ian Hacking califica de subversivo: «La enumeración exige *clases* de cosas o gente que contar. Tiene hambre de categorías. Muchas de las categorías que usamos ahora para describir a la gente son productos secundarios de las necesidades de la enumeración» (Hacking 1982, p. 280; énfasis en el original). Igualmente, la medición del cuerpo humano (morfometría) requiere la creación de subdivisiones como el CC bidimensional, el esplenio, la rodilla o el istmo. Como escribe la historiadora Joan Scott: «Los informes estadísticos no son ni recopilaciones de hechos totalmente neutrales ni simples imposiciones ideológicas. Más bien, son maneras de establecer la autoridad de ciertas visiones del orden social, de organizar las percepciones de la "experiencia"» (Scott 1988, p. 115). Véase también Poovey 1993.

En la primera mitad del siglo XIX, Quetelet formuló una manera de caracterizar las poblaciones. Para Quetelet, un grupo de individuos parecía caótico, pero como *población* se comportaban conforme a leyes sociales mensurables. Creía tan firmemente en las leyes estadísticas que se dedicó a crear un ser humano compuesto: el hombre medio, al que contemplaba como un ideal moral. Quetelet examinó muchas facetas del hombre medio. ¿Cómo lo habían descrito el mundo literario y las bellas artes? ¿Qué medidas físicas y anatómicas ofrecían la anatomía y la medicina? (Stigler 1986). Además, Quetelet estandarizó los tipos raciales, sexuales y nacionales, lo que según él permitía a los científicos comparar la inteligencia de las distintas razas (y demostrar que los caucásicos eran los más listos). Véase Quetelet 1842, p. 98.

Quetelet equiparaba la desviación de la norma estadística con la anormalidad social, médica o moral. El delito y el caos social eran producto de la gran disparidad entre los muy ricos y los muy pobres, mientras que las clases medias, que llevaban una vida moderada, vivían más que los extre-

mos superior e inferior: «El progreso de la civilización, el triunfo gradual de la mente, equivalía a un estrechamiento de los límites dentro de los cuales oscilaba el "cuerpo social"» (Porter 1986, p. 103). La desviación de la media representaba un error.

71. El sociólogo Bruno Latour recurre a la metáfora para transformar el texto científico gris y lleno de gráficos, tablas y pruebas estadísticas en una emocionante novela épica. Nótese que el héroe aquí es el resultado, en este caso el hallazgo de diferencias sexuales:

> ¿Qué va a pasar con el héroe? ¿Va a resistir esta nueva ordalía? ... ¿Está convencido el lector? Aún no. ¡Ajá! He aquí una nueva prueba ... Imaginemos los vítores y los abucheos ... Cuanto más nos adentramos en las sutilezas de la literatura científica, más extraordinaria resulta. Ahora es una auténtica ópera. Las referencias movilizan multitudes; de entre bastidores se sacan cientos de accesorios [como, por ejemplo, pruebas y análisis estadísticos]. A los lectores imaginarios ... se les pide no sólo que crean al autor, sino que digan por qué clase de torturas, penalidades y pruebas deberían pasar los héroes antes de ser reconocidos como tales. El texto expone la dramática historia de estas pruebas... Al final los lectores, avergonzados de haber dudado, tienen que aceptar la afirmación del autor. Estas óperas se representan miles de veces en las páginas de *Nature*. (Latour 1987, p. 53).

72. La estadística puede verse como una técnica especializada de la diferencia. Los análisis estadísticos y el establecimiento de medias poblacionales (que a menudo se convierten en normas) se convirtieron en un ingrediente esencial de la psicología del siglo XX. Sólo entonces se instauró la psicología como materia «normal» (construida sobre la base de agregados poblacionales). Para un tratamiento completo del papel de la estadística en el estrechamiento del «acceso epistémico a la variedad de realidades psicológicas» véase Danziger 1990, p. 197. En la historia de Danziger es especialmente importante el análisis de los estudios de la lateralización, esgrimidos a menudo para demostrar la relevancia psicológica de los estudios del cuerpo calloso.
73. Durante la segunda mitad del siglo XIX, los estadísticos reinterpretaron la campana de Gauss como una representación de la mera variabilidad en vez de una distribución del error alrededor de un tipo promedio ideal, como pensaba Quetelet. Al final, los científicos dejaron de hablar de *error estándar* y lo denominaron *desviación estándar*. El primo hermano de Darwin, sir Francis Galton, no exaltaba las virtudes de la mediana (véase Porter 1986, p. 129). A diferencia de otros científicos anteriores, que pretendían mejorar la humanidad a través del mejoramiento de las condiciones de vida, Galton quería hacer uso del conocimiento de las variantes excepcionales para mejorar por evolución (crianza selectiva) los cuerpos que forman una población. A tal fin inventó un nuevo campo de estudio y un movimiento social: la eugenesia. En su libro *Hereditary Ge-*

nius: An Inquiry into its Laws and Consequences, escribió una receta para mejorar la salud de la sociedad inglesa: «Propongo ... que las aptitudes naturales de un hombre son una derivación de la herencia ... En consecuencia, así como es fácil ... obtener por selección minuciosa una raza permanente de perro ... dotada de poderes peculiares ..., sería bastante factible producir una raza altamente dotada de hombres mediante matrimonios juiciosos durante varias generaciones consecutivas» (Galton 1892, p. 1). Desestimando la posibilidad de que las variaciones en las aptitudes humanas resultaran primariamente de diferencias de formación y oportunidades, escribió: «No soporto la hipótesis de que los niños nacen casi iguales, y que los únicos factores que crean diferencias entre un niño y otro, y entre un hombre y otro, son la aplicación constante y el esfuerzo moral» (Galton 1892, p. 12). A modo de evidencia, señalaba que, a pesar de las mayores oportunidades educativas en Norteamérica (en comparación con el más rígido sistema de clases británico), Inglaterra seguía produciendo escritores, artistas y filósofos más brillantes: «Los libros de más categoría ... leídos en América son principalmente obra de ingleses ... Si los impedimentos a la ascensión del genio se eliminaran de la sociedad inglesa tan completamente como se han eliminado de la norteamericana, ello no debería hacernos materialmente más ricos en hombres de gran eminencia» (Galton 1892, p. 36). Galton temía por el futuro de la civilización inglesa, pero tenía la esperanza de que, si podía averiguar cómo predecir la herencia de rasgos mentales y diseñar un programa de crianza, las civilizaciones superiores podrían salvarse. Galton y sus discípulos verificaron una transición gradual del concepto de error probable de Quetelet al de desviación estándar (libre de cualquier implicación de error de la naturaleza y fuente de materia prima para el programa eugenésico). Similarmente, la ley del error de Quetelet se convirtió en la distribución normal. La misma vieja campana de Gauss, que en otro tiempo conceptualizó las dificultades de la naturaleza para hacer copias perfectas de su modelo esencial, se convirtió en manos de Galton en una representación de la virtud de la naturaleza de producir una amplia variedad de individuos.

Galton escogió la estadística como el mejor método para predecir la relación entre un rasgo parental (digamos la estatura o la inteligencia) y el mismo rasgo en la descendencia. Concibió el concepto de coeficiente de correlación (un número que expresaría la relación entre dos variables. Su concepto de correlación tomó forma porque sus inquietudes eugenésicas «hicieron posible un tratamiento más general de la variabilidad numérica» (Mackenzie 1981; Porter 1986). Los edificadores subsiguientes de la estadística, en particular Karl Pearson (inventor del test de la ji cuadrado y del test de contingencia) y R.A. Fisher (quien inventó los análisis de la varianza empleados a menudo hoy en día), también fueron devotos de la eu-

genesia cuyas inquietudes sobre la herencia humana, como en el caso de Galton, motivaron sus descubrimientos estadísticos. Véase Mackenzie 1981 para una fascinante discusión de las implicaciones políticas del test de la ji cuadrado y de cómo la inquietud eugenésica de Fisher le llevó a estrechar significativamente el alcance de la teoría de la evolución. En la constitución del campo de la biología moderna han sido importantes los compromisos eugenésicos de buen número de biólogos del primer tercio del siglo XX.

74. El proceso no requiere trazar la curva; la información puede derivarse enteramente de los números. Si invoco la curva aquí es para ayudar a los lectores a visualizar lo que se hace.
75. Para una discusión de las limitaciones del ANOVA, véase Lewontin 1974 y Wahlsten 1990. Lewontin escribe: «Lo que ha ocurrido al intentar resolver el problema del análisis de las causas mediante el análisis de la variación es que el objeto de estudio ha sido sustituido por otro totalmente diferente ... El nuevo objeto de estudio, la desviación del valor fenotípico de la media, no es lo mismo que el valor fenotípico mismo» (p. 403).
76. Este test tiene en cuenta el tamaño de muestra, el grado de variación en torno a la media masculina y el grado de variación en torno a la media femenina. Muchos de los científicos en disputa reconocen la amplia variabilidad de la forma del cuerpo calloso en ambos sexos.
77. Ambos procedimientos fueron empleados por varios grupos.
78. Allen et al. 1991.
79. Latour (1990) llama «inscripciones» a estos gráficos, tablas y dibujos, y habla de su lugar en el artículo científico: porque «el que disiente [en este caso sería el lector altamente escéptico, como yo misma] siempre puede escapar y buscar otra interpretación ... Los científicos dedican mucho tiempo y energía a *arrinconarlo* y rodearlo con efectos visuales aún más espectaculares. Aunque, *en principio*, puede oponerse cualquier interpretación a cualquier texto e imagen, *en la práctica* éste está lejos de ser el caso; el coste de disentir aumenta con cada nueva recopilación, cada reetiquetado, cada recomposición» (p. 42; énfasis en el original).
80. Allen et al. 1991, p. 933; énfasis en el original.
81. Ibíd. p. 937.
82. En el primer cuarto de este siglo, Pearson concibió la prueba χ^2 para establecer la validez de una correlación entre dos o más variables cualitativas. Pero otros métodos también pugnaron por este privilegio. Para un análisis de la disputa entre Pearson y su discípulo G. Udny Rule sobre la mejor manera de analizar tales datos véase Mackenzie 1981, pp. 153-183. Rule estudió las políticas sociales que requerían un sí o un no. Por ejemplo, ¿salvaría vidas una vacuna contra cierta enfermedad durante una epidemia? Rule inventó una estadística —que llamó Q— para ver si había alguna relación entre tratamiento y supervivencia. Pero Pearson no se con-

formaba con un sí o no; quería estudiar la intensidad o grado de cualquier asociación. La motivación de esta «fuerza de correlación» emanaba directamente de su deseo de confeccionar un programa práctico de eugenesia «para alterar la fecundidad relativa de los linajes buenos y malos de la comunidad» (Mackenzie 1981, p. 173). Pearson necesitaba una teoría matemática tal que el conocimiento de la ascendencia de una persona le permitiera predecir las aptitudes, personalidad y propensiones sociales de un individuo. En la década de 1890, cuando Pearson comenzó a trabajar en este problema, no había una manera aceptada de estudiar la herencia de rasgos no mensurables como el color de la piel o la capacidad mental. Pearson tenía que ampliar la teoría de la correlación para medir la fuerza de la herencia de rasgos sin unidad de medida. Para resolver este problema, Pearson recopiló datos sobre la inteligencia (según las estimaciones de los maestros) de más de 4000 parejas de hermanos en edad escolar. A continuación se preguntó: si un hermano era considerado muy inteligente, ¿cuál era la probabilidad de que el otro lo fuera también? Su método para calcular correlaciones en estas condiciones le convenció de que los rasgos del carácter tenían una fuerte componente hereditaria: «Heredamos los temperamentos de nuestros padres, la diligencia, la timidez y las aptitudes de nuestros padres, igual que heredamos su estatura y su envergadura de brazos» (citado en Mackenzie 1981, p. 172). Rule criticó a su maestro por hacer una asunción inverificable: que los números con los que se calculaba la χ^2 se distribuían según una campana de Gauss. Pearson, por su parte, atacó la Q de Rule porque no podía medir la fuerza de la correlación. Sus posturas eran irreconciliables porque cada uno había diseñado su test con un objetivo diferente. La controversia entre Rule y Pearson nunca acabó del todo. Hoy se emplean ambos métodos. De acuerdo con Mackenzie, la Q de Rule es más popular entre los sociólogos, mientras que el coeficiente de correlación de Pearson está más en boga entre los psicómetras. Para un análisis adicional de los temas planteados por esta disputa véase Gigerenzer et al. 1989.

83. Esto no es un ataque a Allen et al. De hecho, éste es uno de los artículos más robustos en la colección del cuerpo calloso. Lo empleo para ilustrar las tácticas de los científicos para estabilizar el CC y extraerle sentido.

84. Esto es, la clase de historia que he explicado al discutir las disputas decimonónicas sobre la lateralidad cerebral (véanse las notas 68-73 y 82 sobre la historia social de la estadística). Un enfoque teórico relacionado y útil sería ver el CC como un objeto fronterizo, en este caso una forma estandarizada que «habita en varios mundos sociales en intersección y satisface los requerimientos informativos de cada uno» (Star y Griesemer 1989, p. 393). Los objetos fronterizos pueden adoptar diferentes significados en cada mundo social, pero deben ser fácilmente reconocibles y, por ende, proporcionar una traslación entre grupos diferentes. Los mundos sociales

en este caso pueden extraerse de la figura 5.6. Incluyen áreas de investigación con focos diferentes pero solapados, además de agrupaciones sociales y políticas (reformistas educativos, feministas, activistas homosexuales y demás).

85. Para algunas teorías actuales de la función del cuerpo calloso véase Hellige et al. (1998), quienes sugieren que un tamaño mayor del cuerpo calloso podría reflejar un mayor aislamiento funcional de ambos hemisferios. Moffat et al. (1998) sugieren que los varones (en este estudio no había mujeres) cuyas funciones de habla y de dominancia manual se localizan en hemisferios cerebrales distintos pueden requerir una comunicación interhemisférica incrementada y, por ende, un cuerpo calloso mayor. (Nótese la discrepancia con la cita previa.) Nikolaenko y Egorov (1998) señalan que no hay un modelo de asimetría cerebral que cuente con la aceptación general, y presentan una tesis en la que el cuerpo calloso es la clave para la integración dinámica de los hemisferios cerebrales interactuantes. Las fibras nerviosas que discurren por el cuerpo calloso ciertamente tienen funciones distintas, unas excitadoras y otras inhibidoras. Algunas actividades del cuerpo calloso seguramente inhiben el flujo de información, y otras lo activan. No tenemos aún el nivel de sofisticación necesario para comprender los mecanismos implicados en la cognición y sus relaciones con la función del cuerpo calloso. Yazgan et al. (1995) escriben: «El cuerpo calloso se compone de fibras con efectos funcionales excitadores e inhibidores, cuyas proporciones y distribuciones en el cuerpo calloso de estos sujetos en particular se desconocen» (p. 776). Lo mismo puede decirse de todos los sujetos en todos los estudios del cuerpo calloso. Para un tratamiento ampliado de la asimetría hemisférica véase Hellige 1993.
86. Allen et al. 1994. O'Rand (1989) aplica la idea de pensamiento colectivo a las creencias sobre la morfología cerebral y las aptitudes cognitivas. Star (1992) escribe que toda conclusión sobre la función de una región particular del cerebro «es de hecho un informe sobre el trabajo colectivo de una comunidad de científicos, pacientes, editores de revistas, monos, fabricantes de electrodos y demás a lo largo de un periodo de unos cien años» (pp. 207-208).
87. Cohn (1987) discute cómo la entrada en una comunidad lingüísticamente definida impone un modo particular de pensamiento. Para comunicarse dentro de la comunidad, uno debe adoptar su lenguaje. Pero, al hacerlo, se dejan de lado otras maneras de ver el mundo. Véase también Hornstein 1988.
88. Véase, por ejemplo, Aboitiz et al. 1992. Nadie sabe si las diferencias de tamaño en las subdivisiones del cuerpo calloso son resultado de un empaquetamiento más denso de las neuronas, un cambio en las proporciones relativas de neuronas de distintos tamaños, o una reducción en el número de neuronas de muchos tipos. Para respuestas tentativas a estas preguntas

véase Aboitiz et al. 1992, 1998a, 1998b. En animales de laboratorio, los investigadores pueden identificar y seguir fibras nerviosas individuales desde su origen en el córtex cerebral y a través del cuerpo calloso tras inyectar un colorante en el córtex. Las fibras nerviosas absorben el colorante y lo difunden por sus axones. (Un *axón* es el extremo alargado de una fibra nerviosa, que conduce impulsos eléctricos desde la neurona originaria hasta su conexión con otra neurona o una fibra muscular.) Cuando más tarde los investigadores aíslan el cuerpo calloso, pueden ver qué parte del mismo contiene axones procedentes de la región del cerebro donde se inyecró el colorante. En un estudio de esta clase con ratas, se confirmó que el esplenio estaba formado en parte por axones originarios del córtex visual (la región cerebral implicada en la visión). Algunos de los axones que discurrían por el cuerpo calloso estaban revestidos de una vaina aislante de mielina y otros eran fibras nerviosas desnudas. No había diferencias sexuales en el área del cuerpo calloso o el esplenio. La densidad total de axones no mielinizados (número de fibras por mm^2 en ciertas subdivisiones del esplenio) era mayor en las hembras, mientras que la de axones mielinizados era mayor en los machos. La simple contabilización de axones de todo tipo oscurecía las diferencias más sutiles. El tamaño de ambos tipos de fibras era el mismo en ambos sexos (Kim et al. 1996). Este nivel de detalle (por ahora inalcanzable en el caso humano) es el mínimo requerido para relacionar consecuencias funcionales con diferencias estructurales. En los seres humanos, la disección fina ha revelado parte de la topografía general de las conexiones entre regiones particulares del córtex cerebral humano y regiones particulares del cuerpo calloso (Lacoste et al. 1985; Velut et al. 1998).

89. Un texto que muestra la densidad y diversidad de este nudo es el de Davidson y Hugdahl 1995. Hay literalmente miles de artículos científicos sobre la dominancia manual, la asimetría cerebral y la función cognitiva. Esto da idea de la densidad. Por *diversidad* entiendo la variedad de cuestiones (o número de subnudos) incluidas en este nudo. Los artículos del libro de Davidson tratan los siguientes temas: influencias hormonales sobre la estructura y la función cerebrales, anaromía cerebral, teorías del procesamiento visual, teorías del procesamiento auditivo, lateralidad, teorías del aprendizaje, enlaces con otras cuestiones médicas como la muerte súbita por fallo cardiaco, enlaces con aspectos emocionales del comportamiento, evolución de la asimetría cerebral, desarrollo de la asimetría cerebral, discapacidades de aprendizaje y psicopatología.
90. Véase, por ejemplo, Bryden y Bulman-Fleming 1994; Hellige et al. 1998.
91. Nótese el título del artículo de Goldberg et al. 1994. Para una evaluación de los métodos empleados en los estudios de lateralidad véase Voyer 1998.
92. Véase, por ejemplo, Bisiacchi et al. 1994; Corballis 1994; Johnson et al. 1996.
93. Para una revisión actualizada del debate sobre dominancia manual, latera-

lidad, cognición, lateralización, diferencias sexuales y mucho más, véase Bryden et al. 1994, y los artículos de réplica en *Brain and Cognition*, vol. 26 (1994). Véase también Hall y Kimura 1995.

94. Para un estudio reciente véase Davatzikos y Resnick 1998.
95. El hallazgo de diferencias en la ejecución de pruebas especializadas en tareas cognitivas concretas puede muy bien depender de la muestra empleada (una muestra amplia general frente a una muestra de niños talentosos, por ejemplo) y del cómo y el cuándo se hace el test. Aunque muchas de las diferencias reportadas con anterioridad han comenzado a disminuir o incluso desaparecer, unas pocas se mantienen. Por supuesto, esto no significa que tengan un origen biológico, sólo que, si son de origen social, no han sido modificadas por los cambios sociales de los últimos veinte o treinta años. Los tipos de pruebas que siguen dando diferencias sexuales de la misma magnitud que hace 25 años son ahora escasos. Por supuesto, la trascendencia social de tales diferencias sigue suscitando acalorados debates. Para una discusión metaanalítica de los estudios sobre diferencias sexuales en las aptitudes cognitivas véase Voyer et al. 1995; Halpern 1997; Richardson 1997; Hyde y McKinley 1997. Para una discusión del sentido y la interpretación de las diferencias cognitivas véase Crawford y Chaffin 1997; Caplan y Caplan 1997.
96. Fausto-Sterling 1992; Uecker y Obrzut 1994; Voyer et al. 1995; Hyde y McKinley 1997.
97. Gowan 1985.
98. Algunas de estas teorías conflictivas se discuten en Clarke y Zaidel 1994. Para hacerse una idea de los diversos puntos de vista y la investigación sobre niños talentosos y la incorporación de los hallazgos sobre el cuerpo calloso véase Bock y Ackrill 1993.
99. La evidencia de que el cuerpo calloso humano continúa desarrollándose hasta al menos la tercera década de vida se revisa en Schlaug et al. 1995. La implicación del desarrollo posnatal es que el entorno (en este caso la formación musical) pueden influenciar la anatomía cerebral. Estos investigadores reportan que los músicos que comienzan su aprendizaje musical antes de los siete años tienen un cuerpo calloso anterior más grande que los controles, y estiman que sus resultados son «compatibles con cambios plásticos de los componentes del CC durante un periodo de maduración dentro de la primera década de vida, similar al observado en estudios con animales» (p. 1047). Nótese la invocación de los estudios con animales.
100. Allen et al. 1991, p. 940.
101. No obstante, algunos artículos científicos plantean explícitamente esta posibilidad. Cowell et al. (1993) vinculan la lateralidad, las hormonas y las diferencias sexuales en el lóbulo frontal, mientras que Hines (1990) deja caer que las hormonas afectan al cuerpo calloso humano.

102. Halpern (1998) escribe: «Por razones éticas obvias, las manipulaciones experimentales de hormonas que previsiblemente alteran el cerebro se llevan a cabo en mamíferos no humanos ... Los investigadores asumen que los efectos en el caso humano serán similares ... si no idénticos ... Las conclusiones ... se corroboran con datos procedentes de ... anormalidades naturales ... como las jóvenes con hiperplasia adrenocortical congénita» (p. 330). Nótese que el nódulo hormonal siempre vuelve a enlazar en algún punto con la intersexualidad. Un enfoque similar para sacar fuerza de la asociación con otras áreas puede encontrarse en Wisniewski (1998).
103. La socióloga Susan Leigh Star y la psicóloga Gail Hornstein describen esto como un juego de trileros que se ha jugado en las disputas anteriores sobre el cerebro cuando «las incertidumbres de una línea de investigación se "respondían" en la construcción pública de la teoría recurriendo a resultados de otro dominio. Al triangular resultados de dominios cruzados, nunca se tuvo que dar cuenta de las anomalías en cada dominio por separado» (Hornstein y Star 1994, p. 430).
104. Efron (1990) ha escrito una extensa crítica del concepto de lateralización hemisférica y de los métodos experimentales (como el uso de taquistoscopios y auriculares dicóticos) en que se sustenta. Uecker y Obrzut (1994) cuestionan la interpretación de la superioridad del hemisferio izquierdo masculino en las tareas espaciales. Chiarello (1980) sugiere que no hay una evidencia concluyente de que el cuerpo calloso tenga que ver con la lateralización de ciertas funciones. Clarke y Lufkin (1993) encuentran que las variaciones de tamaño del cuerpo calloso no contribuyen a las diferencias individuales en la especialización hemisférica. Jänke et al. (1992) critica las interpretaciones de las pruebas de audición dicótica. Gitterman y Sies (1992) discuten los determinantes no biológicos de la organización del lenguaje en el cerebro, mientras que Trope et al. (1992) cuestionan la generalizabilidad de la distinción analítica/holística entre los hemisferios izquierdo y derecho.
105. La historiadora Londa Schiebinger señala que «desde la Ilustración, la ciencia ha sacudido corazones y mentes con su promesa de un punto de vista "neutral" y privilegiado, por encima y más allá de las pendencias de la vida política» (Schiebinger 1992, p. 114).
106. Latour considera que los objetos del conocimiento son híbridos. Leer su exposición de la historia de las ciencias naturales y políticas como intentos de estabilizar la dicotomía naturaleza/crianza a base de negar la naturaleza híbrida de los hechos científicos fue una experiencia iluminadora para mí (Latour 1993).
107. No he agotado el análisis. No considero, por ejemplo, los recursos institucionales asignados a los distintos grupos de investigación. Allen et al., por ejemplo, trabajan en UCLA y tienen acceso a una enorme colección de imágenes por resonancia magnética tomadas con otros propósitos médicos.

Los escépticos, como Byne et al. (1988), no han tenido acceso institucional a ese banco de datos. Allen et al. pueden abrumar a Byne y compañía por la mera magnitud de su base de datos. La historia personal de Ruth Bleier (líder del grupo de investigación de Byne et al.) como feminista y activista política radical contribuye a su marginación en términos de acceso a los bancos de datos. Es probable que los marginados, políticamente o por otra causa, siempre lo tengan más difícil para movilizar datos y hacerse escuchar.

Tampoco me he entretenido en analizar la retórica convencional. Por ejemplo, Allen et al. emplean la palabra *espectacular* para describir la diferencia sexual en la forma del esplenio, cuando de hecho tenían que pasar por un proceso bastante tortuoso para hacer visible la diferencia. Por supuesto, el uso de términos enfáticos es parte de la retórica de llamar la atención sobre un hallazgo concreto.

108. Este punto resulta obvio cuando hablamos de homosexualidad. A principios del siglo XX, como ahora, muchos pensadores liberales eran/son deterministas genéticos. Creían/creen que la homosexualidad es «genética», y que una implicación social es que los homosexuales deberían tener los mismos derechos civiles que los heterosexuales. Los conservadores religiosos, por su parte, argumentan que la homosexualidad es una «opción» y, puesto que además es pecado, los homosexuales deberían intentar corregirse. Emplean la capacidad de elegir como argumento contra la igualdad de derechos. Encajados entre ambas épocas, a mediados de siglo, los nazis creían que la homosexualidad era «genética», pero para ellos esto justificaba el exterminio de los homosexuales.
109. Halpern 1997, p. 1098.
110. Hyde y McKinley 1997, p. 49. A menudo no está claro lo que se pretende con esta medida. Para muchos, la igualdad de oportunidades equivale simplemente a la ausencia de discriminación abierta. Hyde y McKinley opinan que debería implicar un esfuerzo activo para elevar el terreno de juego cognitivo. Además, mi argumentación asume que, cuando aparecen, las diferencias cognitivas entre grupos son lo bastante reducidas para que la combinación adecuada de adiestramiento y motivación pueda eliminarlas. Soy consciente del contraargumento: que harían falta medidas extremas (costaría demasiado empujar a las niñas contra sus inclinaciones «naturales», etc.) para nivelar las diferencias entre grupos, o que quizá simplemente no es posible remediar las diferencias cognitivas entre grupos a base de instrucción. (En la actualidad ofrecemos lectura correctiva y adiestramiento verbal, áreas donde a menudo aparecen diferencias de grupo a favor del bando femenino.) Otra asunción subyacente tras este argumento es que las diferencias cognitivas conocidas entre grupos realmente dan cuenta de la competencia profesional. Mi opinión es que probablemente ésta no es una buena asunción. Sospecho que esquemas de género no reconocidos explican mejor esta diferencia

(para una exposición completa de este argumento véase Valian 1998a, 1998b).

111. Sé por experiencia que, por mucho que proteste, algunos querrán interpretar mi postura como antimaterialista, por lo que, una vez más, quiero reafirmar mi materialismo.

Capítulo 6: Glándulas, hormonas sexuales y química de género

1. De Kruif 1945, pp. 225-226. De Kruif se doctoró por la Universidad de Michigan en 1916. Hasta principios de los años veinte enseñó e investigó en una plaza académica. Parece ser que su primer libro, *Our Medicine Men*, le valió el despido del Instituto Rockefeller, y a partir de entonces ejerció de escritor científico. Proporcionó a Sinclair Lewis el trasfondo para su clásico *Arrowsmith* (1925). (Para más detalles biográficos véase Kunitz y Haycraft 1942.) En cierto sentido ha contribuido a este libro, ya que su *Microbe Hunters* (1926) estaba entre los muchos libros que mis padres guardaban en nuestro hogar como parte de un plan, al final exitoso, para animarnos a mi hermano y a mí a convertirnos en científicos.
2. Citado en Fausto-Sterling 1992b, pp. 110-111.
3. Véase Wilson 1966.
4. Oudshoorn 1994, p. 9. La progesterona se ha añadido a la píldora estrogénica para prevenir un posible incremento de cánceres uterinos causados por el estrógeno solo.
5. De Kruif 1945, pp. 86-87. Frank Lillie expresó la misma idea con un estilo más sobrio al referirse a la testosterona como «la secreción interna específica del testículo» y al estrógeno como «la secreción interna específica del córtex ovárico», a lo que añadió: «Así como hay dos conjuntos de caracteres sexuales, hay dos hormonas sexuales, la masculina, que controla los caracteres "masculino-dependientes", y la femenina, que determina los caracteres "femenino-dependientes"» (Lillie 1939, pp. 6, 11).
6. Cowley 1996, p. 68.
7. Angier 1994, p. C13. Véase también *Star-Telegram* 1999; France 1999.
8. Sharpe 1997; Hess et al. 1997.
9. Angier 1997a.
10. Para una historia primorosamente detallada de la ciencia reproductiva en el siglo XX véase Clarke 1998.
11. De nuevo esgrimo la idea de que las opciones científicas están en su mayoría subdeterminadas, esto es, que los datos reales no determinan por completo una elección particular entre teorías en competencia, lo que deja un margen para que la valencia sociocultural de una teoría contribuya a su atractivo. Véase, por ejemplo, Potter 1989.

12. Estoy en deuda con Adele Clarke por indicarme la literatura sociológica sobre los mundos sociales. Los sociólogos emplean una «visión de mundos sociales» como método de análisis de la organización del trabajo, pero aquí y en el capítulo siguiente me fijo en las implicaciones del estudio de la intersección de los distintos mundos sociales para la producción de conocimiento científico. Véase Strauss 1978; Gerson 1983; Clarke 1990a; Garrety 1997. Gerson define los mundos sociales como «actividades llevadas a cabo en común respecto de un motivo o área particular de interés» (p. 359).
13. Para saber más sobre los *castrati* véase Heriot 1975. La voz inquietante y trémula del último castrato del que se sabe que cantó en el Vaticano puede oírse en el CD «Alessandro Moreschi: The Last Castrato, Complete Vatican Recordings» (Pavilion Records LTD, Pearl Opal CD 9823). Moreschi murió en 1922. Las grabaciones originales se encuentran en la colección de grabaciones históricas de la Universidad de Yale.
14. Ehrenreich y English 1973; Dally 1991. De 1872 a 1906, 150.000 mujeres fueron castradas. Entre los activistas que finalmente pusieron fin a la práctica de eliminar los ovarios estaba la primera médica norteamericana, Elizabeth Blackwell.
15. De Kruif 1945, págs. 53, 54. Véase también la publicación original de Berthold (1849).
16. Corner 1965.
17. Borell 1976, p. 319.
18. Borell 1985.
19. Incluso en 1923, en su publicación de lo que se contemplaría como la demostración definitiva de una hormona producida por los folículos ováricos, Edgar Allen y Edward A. Doisey se mostraban escépticos: «No parece haber una evidencia concluyente de una localización definida de la hormona hipotética o del efecto específico pretendido para los extractos ováricos comerciales de amplio uso clínico. Las revisiones recientes de Frank y Novak pueden ilustrar el escepticismo bien fundado hacia la actividad de las preparaciones comerciales» (Allen y Doisey 1923, pp. 819-820).

    Pero los ginecólogos prácticos persistieron en su creencia. Dos ginecólogos vieneses, por ejemplo, reportaron que los ovarios implantados podían prevenir la degeneración del útero subsiguiente a la extracción de las gónadas femeninas.
20. La reevaluación fue producto de nuevos enfoques experimentales y del éxito de los extractos tiroideos y adrenocorticales para el tratamiento de ciertos trastornos.
21. Citado en Borell 1985, p. 11. Hacia 1907, Schäfer también había transigido. En una disertación para la Sociedad Farmacéutica de Edimburgo argumentaba que «podría suponerse ... que este desarrollo detenido de ... órganos accesorios [la degeneración del útero] es el resultado del corte de las

influencias nerviosas transportadas por los nervios ováricos y testiculares»; pero «la única explicación racional ... está en la asunción de que el órgano injertado produce ... una secreción interna, que en virtud de las hormonas que contiene ... puede influir materialmente en el desarrollo y la estructura de partes distantes» (citado en Borell 1985, pp. 13-14). Véase también Borell 1978.

22. Véase Noble 1977; Sengoopta 1992, 1996, 1998; Porter y Hall 1995; Cott 1987.
23. En Europa, véase Chauncey 1985, 1989, 1994; D'Emilio y Freedman 1988; Sengoopta 1992. Un excelente portal con información sobre la historia de la sexología es http://www.rki.de/gesund/archiv/testhom2.htm, perteneciente al Instituto Robert Koch de Alemania.

    Para una discusión de las crisis y su relación con la biología norteamericana véase Pauly 1988, p. 126. Para una discusión adicional de la construcción de ideologías de la masculinidad en este periodo véase Halberstam 1998. Véase también Dubbert 1980.
24. Pauly 1987; Lunbeck 1994, Benson et al. 1991; Rainger et al. 1988; Noble 1977; Fitzpatrick 1990. Para informarse sobre los orígenes de la filantropía de Rockefeller y Carnegie véase el capítulo 1 de Corner 1964.
25. Sengoopta 1996, p. 466. Para un relato del movimiento femenino alemán en este periodo véase Thönnessen 1969. La crisis de la masculinidad fue internacional. Véase Chauncey 1989, p. 103.
26. Sengoopta 1996; Gilman 1994.
27. Sengoopta 1998.
28. En Inglaterra, véase Porter y Hall 1995. En Estados Unidos, véase D'Emilio y Freedman 1988 y Chauncey 1989.
29. Los embriólogos decimonónicos creían que, aunque partían de un mismo punto, los embriones masculinos eran más complejos y se desarrollaban mejor, mientras que la diferenciación femenina era «sólo de una clase trivial» (Oscar Hertwig, citado en Sengoopta 1992, p. 261).
30. Sengoopta 1992, 1996. Véase también Anderson 1996.
31. Carpenter 1909, pp. 16-17. El biólogo Walter Heape sugirió en 1913 que los peores augurios de Carpenter se habían cumplido. Weininger publicó una fórmula algebraica para explicar las atracciones sexuales. No era un simpatizante del feminismo, y creía que las mujeres eran inferiores a los varones por naturaleza. Carpenter estaba al otro lado del espectro político, y tanto él como sus seguidores ridiculizaron el carácter formulativo de la obra de Weininger. Sin embargo, sus teorías biológicas no eran tan diferentes. Véase Porter y Hall 1995.
32. Sengoopta 1996.
33. Weir 1895, pp. 820, 825. Nótese que la teoría biológica de Weir difiere de la de Weininger, pero su metafísica del género es la misma. Otros biólogos, psicólogos y médicos también recurrieron a la acusación de les-

bianismo para atacar el feminismo. John Meagher, por ejemplo, escribió: «La fuerza que impulsa a tantas agitadoras y militantes que siempre están procurando por sus derechos es a menudo un impulso sexual insatisfecho, con un blanco homosexual. Las mujeres casadas con una libido completamente satisfecha raramente se interesan activamente por los movimientos militantes» (citado en Cott 1987, p. 159).

34. En una trampa dialéctica, a las mujeres con talento no les ayudaba el argumento de que mujeres y hombres tenían las mismas capacidades, ya que el contraargumento sería que eran los elementos masculinos de sus cuerpos los que generaban el talento.
35. Para más información sobre la masculinidad femenina en este periodo véase Halberstam 1998
36. Marshall 1910, p. 1. Para más información sobre Marshall y la significación de su libro véase Borell 1985 y Clarke 1998.
37. Todavía en 1907 seguía habiendo un considerable debate científico sobre las funciones de los ovarios. ¿Afectaban al útero? ¿Eran responsables de los ciclos menstruales? ¿Operaban a través de conexiones nerviosas? Véanse los experimentos de Marshall y la revisión de Marshall y Jolly 1907.
38. Geddes y Thomson 1895, pp. 270-271. Geddes y Thomson también influyeron en la política sexual norteamericana. Un sociólogo de la época basó su tesis doctoral en sus teorías de las diferencias metabólicas entre los sexos (Thomas 1907). Jane Addams puso sus ideas al servicio del feminismo al insistir en que la civilización moderna necesitaba de las dotes naturales de las mujeres. Para una discusión de la situación norteamericana véase Rosenberg 1982, pp. 36-43.

    Marshall también recurrió a lo último en ciencia, citando, por ejemplo, al entonces en ascenso Thomas Hunt Morgan como una fuente importante, queriendo mostrar con ello que, aunque se basaba en los que le precedieron, también miraba hacia delante. Morgan fundó el campo de la genética mendeliana moderna. Formó parte de un pequeño grupo de científicos que modernizó la ciencia norteamericana. Véase Maienschein 1991.
39. Marshall 1910, pp. 655, 657.
40. Heape 1913. Para más información sobre el papel de Heape desde el punto de vista sociológico véase Clarke 1998.
41. Entre 1905 y 1915, en ciudades grandes y pequeñas, más de cien mil trabajadoras textiles estadounidenses se declararon en huelga. «Las mujeres asalariadas, la mayoría inmigrantes judías y católicas, recorrieron las calles de las ciudades en piquetes, abarrotaron los sindicatos y desfilaron reclamando justicia económica ... el fin de la explotación laboral ... y unas horas de tiempo libre» (Cott 1987, p. 23). El famoso grito de las huelguistas «Dadnos pan, pero dadnos rosas» fue recuperado y honrado por las feministas de los setenta. La implicación era que para las mujeres la reivindicación no era sólo económica; también tenía que ver con su condición social y sexual.

42. La campaña antilinchamiento de Ida Wells Barnett duró de 1918 a 1927. Véase Sterling 1979.
43. Mi ejemplo local favorito es la «guerra contra los carniceros kosher» que declararon en 1910 las amas de casa judías inmigrantes, en Providence, Rhode Island (citado en Cott 1987, p. 32).
44. Cott 1987, p. 32.
45. Encarcelarlas no mejoró las cosas. Iniciaron huelgas de hambre, lo que suscitó el espectro de la alimentación forzada. Esto era insultante para la mentalidad victoriana, que primaba el tratamiento de las mujeres como señoras, algo difícil de conciliar con la introducción forzada de un embudo en una garganta díscola.
46. Heape 1913, p. 1. Heape era embriólogo de formación, por lo que habría estado familiarizado con la idea decimonónica de que el desarrollo embrionario femenino era más simple que el masculino. También estaba en la cúspide de la nueva embriología, por lo que no la incorporó del todo en sus teorías del género. Véase Marshall 1929.
47. Heape 1914, p. 210.
48. Aquí Heape toma prestado el discurso de Geddes y Thomson: «El Macho y la Hembra individuales pueden compararse en varios sentidos con el espermatozoide y el óvulo. El Macho es activo y merodeador, caza para su pareja y es un consumidor de energía; la Hembra es pasiva, sedentaria, espera a su pareja y es ahorradora de energía» (Heape 1913, p. 49).
49. Heape 1914, pp. 101, 102. (Este pasaje continúa con una diatriba sobre por qué las mujeres no deberían desarrollar en exceso su parte masculina. Contiene lo usual: demasiada educación, independencia y vida pública conducen a la esterilidad, insanidad, etc.)
50. Bell 1916, p. 4; énfasis en el original.
51. Véase Dreger 1998, pp. 158-166.
52. Bell escribe: «La condición mental de una mujer depende de su metabolismo; y el metabolismo mismo está bajo la influencia de las secreciones internas» (Bell 1916, p. 118). Las otras citas del párrafo proceden de las páginas 120, 128 y 129. Bell menciona visiones científicas de la mujer gobernada por su útero (van Helmont: *Propter solum uterum mulier est quod est*), por sus ovarios (Virchow: *Propter ovarium solum mulier est quod est*) y, finalmente, por su nueva modificación (*Propter secretiones internas totas mulier est quod est*) (p. 129). Véase también Porter y Hall 1995.
53. Para un resumen de los experimentos de trasplante desde la década de 1800 hasta 1907 véase Marshall y Jolly 1907.
54. Allen 1975; Maienschein 1991; Sengoopta 1998.
55. Hall 1976; Sengoopta 1998. Steinach también suscitó una considerable controversia con su operación Steinach que, de hecho, no era más que una vasectomía. Steinach pretendía que esta operación podía rejuvenecer a los hombres envejecidos. Se hizo enormemente popular, y a ella se sometieron

Sigmund Freud, W.B. Yeats y muchos otros. El historiador Chandak Sengoopta describe la historia de este periodo: «La historia de la investigación del envejecimiento y su prevención no es sólo una historia de charlatanería. Ni, por supuesto, se ajusta al estereotipo de la ciencia como actividad puramente racional. Es más realista (y gratificante) contemplarla como un fenómeno muy humano, en el que el miedo a la vejez y la muerte interactuaron con la fe modernista en la ciencia para abrir un extraño pero no necesariamente irracional campo de investigación» (Sengoopta 1993, p. 65). Véase también Kammerer 1923.

56. Para una lista de su bibliografía con títulos y resúmenes en inglés véase Steinach 1940. Esta lista también puede encontrarse en el portal http://www.rki.de/gesund/archiv/testhom2.htm.
57. Steinach repitió esta frase en muchas de sus publicaciones, pero un primer uso puede encontrarse en Steinach 1910, p. 566.
58. Steinach 1913a, p. 311. (*«Bekämpfung der antagonistischen Wirkung der Sexualhormone»* y *«schroffe Antagonismus»*.)
59. Steinach 1912, 1913a.
60. Puede que encontrara diferencias en los cobayas porque sus órganos estaban más desarrollados en el momento de la implantación, lo que le permitía medir una reducción inducida por el ovario. Sin embargo, los efectos ováricos diferían en ratas y cobayas. Lo que requería explicación es por qué Steinach quiso basar una teoría abarcadora del antagonismo hormonal en datos todavía borrosos. (Hoy los endocrinólogos saben que la cronología del desarrollo sexual es muy diferente en ratas y cobayas, lo que puede explicar fácilmente las diferencias en los resultados de Steinach.)
61. El danés Knut Sand obtuvo resultados similares, que explicó como «una suerte de inmunidad del organismo normal derivada de la glándula heteróloga ... Pienso que estos fenómenos no llegan a indicar un antagonismo real» (Sand 1919, p. 263). Sand ofreció una explicación más detallada de cómo podría funcionar esta inmunidad, que fue contestada por Steinach. En una autobiografía escrita al final de su vida, sin embargo, Steinach citó a Sand con un tono más favorable (cosa que no hizo con Moore, a quien ignoró por completo).
62. «Me preguntaba si este antagonismo radical entre las hormonas sexuales podía influirse (debilitarse, por ejemplo) y dentro de qué límites, y en mis experimentos partí de la asunción de que debería haber una diferencia sustancial entre trasplantar una gónada a un animal afectado también por sus glándulas puberales normales, y por lo tanto con hormonas homólogas circulantes, o trasplantar juntas una gónada masculina y otra femenina a un animal previamente castrado, y a partir de ahí, en condiciones iguales e igualmente desfavorables de función y existencia, se las fuerza a batallar. Los resultados de los experimentos que voy a describir confirman la corrección de esta asunción» (Steinach 1913, p. 311; la traducción del alemán es mía).

63. Ibíd. p. 320.
64. Ibíd. p. 322.
65. Steinach 1940, p. 84.
66. En esa época, nadie sabía si las gónadas producían una sola sustancia o varias, o si las secreciones gonadales estaban controladas a su vez por la actividad de la hipófisis (la porción neurosecretora de la pituitaria). De hecho, los resultados eran confusos, y Steinach nunca explicó por qué el antagonismo sexual parecía desaparecer en estas circunstancias.
67. Steinach (1913b) también se explayó sobre la importancia de este trabajo para las teorías de la sexualidad humana. Dialogó con teóricos de la sexualidad humana como Albert Möll, Richard von Krafft-Ebing, Sigmund Freud, Iwan Bloch y Magnus Hirschfeld. Su sugerencia de que la homosexualidad puede atribuirse a secreciones de células femeninas presentes en los testículos condujo a los trasplantes humanos antes mencionados en este capítulo.
68. Citado en Herrn 1995, p. 45.
69. El sexólogo alemán, y pionero del activismo homosexual, Magnus Hirschfeld abrazó efusivamente las ideas de Steinach. Hirschfeld ya había atribuido la responsabilidad biológica de la homosexualidad a las hormonas que denominó andrina y ginacina. Quería confirmar las ideas de Steinach examinando tejido testicular de homosexuales, pero fue el propio Steinach, en colaboración con Lichtenstern, quien realizó el experimento definitivo (Herrn 1995, p. 45). Los donantes para este experimento fueron varones «normales» con testículos no descendidos que requerían extracción (Sengoopta 1998).
70. Herrn 1995. Puede encontrarse material adicional sobre Steinach en Steinach 1940; Benjamin 1945; Schutte y Herman 1975; Schmidt 1984; Sengoopta 1992, 1993, 1996, 1998.
71. Un editorial de *The Lancet*, por ejemplo, describía los experimentos de Steinach y decía que «alrededor de estos hallazgos se ha edificado la teoría de que los productos de las secreciones internas testicular y ovárica (esto es, las hormonas reproductivas específicas de ambos sexos) son ásperamente antagónicos. Las conclusiones requieren más pruebas que las respalden» (anónimo 1917).
72. Lillie se convirtió en un miembro importante de una nueva generación de biólogos formados en Norteamérica y dedicados a la experimentación. Se doctoró por la Universidad de Chicago bajo la tutela de C.O. Whitman, fundador del departamento de zoología de la misma universidad. Para cuando comenzó su investigación de las vacas masculinizadas, Lillie ya era jefe de dicho departamento de zoología, y una figura clave en los laboratorios marinos de Wood's Hole, por los que pasaron muchos de los actores principales de la embriología y la genética de ese periodo.

Aunque procedía de una familia modesta de clase media, Lillie se había casado con Frances Crane, hermana del magnate Charles R. Crane. La

gran riqueza de su cuñado no sólo situó a Lillie en los círculos sociales de la elite dirigente (incluidos los Rockefeller, que financiaron la inmensa mayoría de su trabajo) sino que le permitió invertir parte de su propia fortuna (por matrimonio) en la construcción de un nuevo espacio (el laboratorio Whitman) en la Universidad de Chicago. Presidió el departamento de zoología de 1910 a 1931, y después fue decano de ciencias biológicas hasta su retiro en 1936. Como jefe del Instituto de Biología Marina de Wood's Hole, también obtuvo donaciones de su cuñado para construir un espacio adicional (el laboratorio Crane).

73. Véase Oudshoorn 1994 y Clarke 1998 para discusiones de la importancia del acceso a materiales de laboratorio en la historia de la investigación sobre las hormonas sexuales. Kohler (1994), por ejemplo, muestra que la naturaleza misma del conocimiento genético vino determinada por la interacción de los científicos con la mosca del vinagre, domesticada a partir de una forma salvaje un tanto díscola para convertirse en un colaborador en el laboratorio.
74. Para una discusión del trabajo de Lillie con las vacas masculinizadas véase Clarke 1991 y Mitman 1992. Véase también Lillie 1916, 1917.
75. Lillie 1917, p. 415. Véase también Hall 1976.
76. Lillie 1917, p. 404.
77. Ibíd. p. 415. En este artículo clásico, Lillie reimprimió (citando la procedencia) los datos ya publicados antes por su discípula C.J. Davies. La génesis de vacas masculinizadas continuó siendo motivo de debate durante décadas, y el tema aún no está zanjado. Aunque la mayoría de las conclusiones de Lillie todavía constituyen la mejor explicación, el ajuste no es perfecto (Price 1972).
78. Lillie 1917. Lillie escribe: «Cuántos de los hechos subsiguientes se deben a la mera ausencia de tejido ovárico, y cuántos a la acción positiva de las hormonas sexuales masculinas, es más o menos problemático» (p. 418).
79. Price 1974, p. 393. Moore sucedería a Lillie como jefe de departamento en Chicago. Para un bosquejo biográfico de Moore véase Price 1974.
80. Moore 1919, p. 141. En este pasaje Moore describe el problema de la variabilidad y las diferencias grupales discutido en el capítulo 5. También cita trabajos publicados entre 1909 y 1913 que mostraban que la castración temprana de una hembra hacía que alcanzara mayor tamaño. Así, «una hembra castrada con testículos injertados aumentaría de peso por encima de lo normal para una hembra no por los testículos, sino por la ausencia de ovarios» (p. 142). No tenemos manera de saber si Steinach leyó los artículos citados por Moore ni, de haberlo hecho, cómo los habría integrado en sus propias conclusiones.
81. Los espectaculares resultados de Steinach sobre el desarrollo mamario fueron obtenidos con cobayas, porque las ratas macho no tienen pezones primordiales capaces de responder a implantes de ovario. Moore sugiere que

sus diferencias con Steinach podrían deberse a que no usaron la misma cepa de ratas. Steinach indica que crió sus cobayas «de tal manera que se produjeran animales en buena parte del mismo tipo» (Steinach 1940, p. 62). Parece probable que Steinach también criara sus ratas para hacerlas más uniformes. Puede que, simplemente, no tuviera tanta variabilidad en sus colonias como Moore. Hay otro aspecto importante de la historia. Si criamos animales de laboratorio para exagerar diferencias esperadas, y luego encontramos las causas fisiológicas de tales diferencias, ¿hasta qué punto pueden extrapolarse a poblaciones más variables? Para más sobre la historia de las colonias de ratas véase Clause 1993.

82. Moore 1919, p. 151. En un artículo posterior volvía a insistir en este punto: «De nuevo quiero subrayar la absoluta falta de fiabilidad de las indicaciones estrechamente graduadas del comportamiento físico de ratas y cobayas como marcadores de su naturaleza sexual» (Moore 1920, p. 181).
83. Moore también atacó las teorías de Steinach sobre el envejecimiento (véase la nota 55). Véase Price 1974 para una discusión de este trabajo.
84. Moore 1922, p. 309.
85. Steinach y Kun 1926, p. 817.
86. Moore y Price 1932, pp. 19, 23.
87. Ibíd. p 19.
88. Esta interpretación se presagiaba ya en publicaciones previas, pero el artículo de 1932 ofrece el respaldo experimental detallado. Véase Moore 1921a,b,c; Moore y Price 1930. En aquel momento el trabajo de Moore estaba financiado por becas del CRPS (Committee for Research in Problems of Sex), del que se habla más adelante en este capítulo y el siguiente.
89. En esta discusión estoy siguiendo una importante tradición de los estudios científicos modernos: tomar en serio al «perdedor» en una disputa científica. Para más sobre este enfoque véase Hess 1997, pp. 86-88.
90. Moore escribió: «Un análisis inteligente [sic] de la naturaleza física de los animales plantea muchas dificultades, y existe un gran peligro de que la ecuación personal influya en su interpretación» (1921, p. 385).
91. Por el momento esto es una hipótesis, pero una investigación histórica adicional de la obra de Moore podría aportar alguna evidencia a favor o en contra. Clarke cita estas palabras de Moore: «Estamos comenzando a pensar que el sexo es mucho menos estable de lo que habíamos considerado con anterioridad» (Clarke 1993, p. 396).
92. De acuerdo con el historiador Chandak Sengoopta, Steinach creía que estas células eran la fuente de la hormona masculina, una idea por la que fue atacado durante años por científicos influyentes (comunicación personal, 1999).
93. Cuando lo social coproduce lo biológico, el efecto no tiene por qué ser malo (aunque he dedicado años importantes de mi vida a discutir efectos

horribles). Considero que la disputa sobre el antagonismo de las hormonas sexuales fue productiva porque estimuló la experimentación y, en última instancia, una explicación de la fisiología hormonal que acomodaba más resultados experimentales. En realidad, tampoco he contado toda la historia, porque no he ofrecido una interpretación social detallada de Moore y Price, cosa que iría más allá del alcance de este libro.

94. Me inspiro en el marco de estilos de pensamiento científico de Jonathan Harwood, que él aplicó a los genetistas alemanes del mismo periodo. ¿Tenían Moore y Steinach diferentes «estilos de pensamiento» que les llevaron por derroteros científicos distintos y diferentes modos de experimentación? Véase Harwood 1993.
95. Al menos un libro de divulgación científica trató explícitamente los experimentos de Moore, incluyendo su conclusión de que las hormonas no exhibían antagonismo sexual (Dorsey 1925). Este libro ofrece una exposición aparentemente neutral de la biología humana, sin la histeria social evidente en libros anteriores, como los de Heape y Bell.
96. Steinach 1940.
97. En Hausman 1995.
98. Benjamin 1945, p. 433. El obituario es más que un tanto hagiográfico. En el párrafo final, Benjamin escribe: «Cuando Steinach abordó el "peligroso" problema de la fisiología sexual, todos los tabúes y prejuicios sexuales de su tiempo se alinearon en su contra», igual que ocurrió con «Copérnico y Galileo, Darwin, Haeckel y Freud» (p. 442).
99. De Kruif 1945, p. 116.

Capítulo 7: ¿Existen realmente las hormonas sexuales? (El género se traslada a la química)

1. Parkes 1966, pp. xx, 72.
2. Corner 1965.
3. Citado en Hall 1976, pp. 83, 84. Este párrafo se basa en el artículo de Hall. Los médicos se las veían con «una miríada de dolencias y anormalidades que desafiaban su clasificación como fallos o hiperactividad de los mensajeros químicos gonadales» (p. 83).
4. Cott 1987; Rosenberg 1982.
5. Noble 1977.
6. Véase, por ejemplo, la descripción de Pauly de los laboratorios de Wood's Hole como un parador veraniego donde los científicos podían refugiarse de la despiadada ciudad (Pauly 1988).
7. En febrero de 1914, un grupo de mujeres que incluía a la periodista Mary Heaton Vorse, la psicóloga Leta Stetter Hollingworth, la antropóloga Elsie Clews Parsons, y la sindicalista Rose Pastor Stokes promovió el primer

gran mitin feminista con el título «¿Qué es el feminismo?». Como lo expresó otra componente del grupo, la famosa socialista y organizadora sindical Elizabeth Gurley Flynn, querían ver «la mujer del futuro, grande de espíritu, intelectualmente alerta, libre de la vieja feminidad» (citado en Cott 1987, p. 38). Para saber más de Parsons y Hollingworth véase Rosenberg 1982.

8. Schreiner 1911. (Mi padre, Philip Sterling, me dio un ejemplar del libro de Schreiner en mi juventud. Fue su manera de ayudarme a comprender la base económica de la desigualdad sexual.)
9. Sanger eludió los cargos de obscenidad e incitación al asesinato (Paul 1995). Lo último parece especialmente irónico en vista de su posterior relación financiera con la Fundación Rockefeller.
10. Goldman pasó muchos meses en la cárcel por distribuir información sobre control de natalidad entre las mujeres pobres de la vertiente este de Nueva York y en otras partes del país. Aunque abogaba por una igualdad genuina entre hombres y mujeres, Sanger promovió una versión distinta del feminismo que enfatizaba el derecho a decidir la maternidad. Tanto su visión de la maternidad como su sacralización del deseo erótico femenino emanaban de su creencia en un «deseo interior, elemental, absoluto de realización femenina» (citado en Cott 1987, p. 48).
11. Ibíd. Alice Paul (1885-1977) fue una feminista norteamericana que luchó por la aprobación de la decimonovena enmienda (el sufragio femenino). Ellen Key (1849-1926) fue una feminista social sueca. Ruth Law fue una aviadora pionera y popular que simpatizó estrechamente con el feminismo.
12. La «trata de blancas» se refería a los círculos del crimen organizado que reclutaban jóvenes blancas y las forzaban a prostituirse.
13. Citado en Aberle y Corner 1953, p. 4.
14. Para más sobre la relación entre Rockefeller y Davis véase Bullough 1988 y Fitzpatrick 1990. Para más sobre la Fundación Rockefeller y el estudio científico de los problemas sociales véase Kay 1993. La propia Davis escribió: «El Laboratorio de Higiene Social se estableció como una de las actividades de la Oficina [de Higiene Social]... las mujeres en el reformatorio estatal ... habían llevado vidas de irregularidad sexual» (Introducción a Weidensall 1916).
15. Mientras fue jefe de la Fundación Rockefeller, Vincent promovió el desarrollo del Consejo Nacional de Investigación, que sólo dos años más tarde creó, con fondos de la Fundación, el Comité para la Investigación en Problemas del Sexo, el principal vehículo de financiación de la investigación en biología hormonal hasta 1940. Véase Noble 1977.
16. Lewis 1971, p. 440.
17. En 1929, Davis publicó su propio estudio, *Factors in the Sex Life of 2200 Women*. En él reunía los resultados de sus estudios sobre las mujeres de cla-

se media. Ningún tema, desde la masturbación hasta la elevada incidencia de la homosexualidad, pasando por los usos sexuales en la vida marital, parecía demasiado delicado. Su tratamiento franco e impersonal simbolizaba la transición hacia el estudio científico del sexo y la sexualidad.

18. Parece ser que Zinn, recién graduado por la Universidad de Clark, donde había estudiado con el distinguido psicólogo G. Stanley Hall, concibió su proyecto en una discusión con Max J. Exner, miembro de la plantilla profesional del YMCA y director del comité de educación sexual de dicha organización, además de autor de un estudio de la conducta sexual de los estudiantes universitarios de sexo masculino (Exner 1915).
19. El Consejo se organizó para ayudar a la nación a prepararse para la primera guerra mundial. Fue fundado por la Fundación para la Ingeniería, que promovía la investigación científica con aplicaciones industriales, y que antes del fin de la guerra se reorientó para satisfacer las necesidades científicas de la industria de la posguerra. Véase Haraway 1989 y Noble 1977. Véase también la nota 15 sobre George Vincent y Katherine B. Davis.

    La división de antropología y psicología del Consejo no compartía el entusiasmo de Yerkes por el proyecto. Tampoco pudo persuadir de entrada a la división de ciencias médicas. Pero Yerkes perseveró hasta convencer a sus colegas de convocar una conferencia para discutir el asunto.
20. Aberle y Corner 1953, pp. 12-13.
21. Ibíd. p. 18.
22. Citado en Clarke 1998, p. 96.
23. La historia detallada del secuestro puede encontrarse en Clarke 1998. Lillie se aprovechó de un vacío intelectual y estratégico. Articuló su propia visión, que parecía buena en ausencia de toda competencia. Y era buena, pero también mucho más limitada que la visión inicial del CRPS. Tanto él como Yerkes obtuvieron enormes beneficios del secuestro, porque el CRPS financió su investigación y la de sus vástagos intelectuales (como Moore y Price) en los años que siguieron.
24. Mitman (1992) sugiere que parte de la motivación de Lillie emanaba de sus temores acerca de su propia posición social: «Aunque nacido en el seno de una familia modesta, el matrimonio de Lillie con Frances Crane lo catapultó a los círculos sociales de la elite acaudalada. Tenía mucho que ganar en su defensa de la idea de que los escalones inferiores de la sociedad no procrearan como conejos, porque eran la misma clase que amenazaba con minar su propia parcela social» (pp. 98, 99). Su esposa apoyó las huelgas obreras y se relacionó con feministas bien conocidas como Jane Addams. Lillie se cuidó de comentar el hecho de que su mujer fuera arrestada mientras protestaba contra «la esclavitud industrial en América». Los conflictos norteamericanos de la época se le metieron en su propia casa. Para una breve discusión véase Manning 1983, pp. 59-61.
25. Citado en Gordon 1976, p. 281. La estadística procede de la misma fuen-

te. Lo cierto es que las inquietudes eugenésicas habían estado presentes en el movimiento por el control de la natalidad desde el principio. Paul escribe que las suscripciones a *American Journal of Eugenics* se completaban con suscripciones a la revista *Mother Earth* de Goldman (Paul 1995, p. 92). Socialistas y conservadores estaban de acuerdo en que conseguir que los bebés nacieran sanos era una preocupación social legítima, y no sólo una cuestión de elección individual. Sin embargo, Sanger se alió con el ala más conservadora del movimiento eugenésico, y al mismo tiempo restringió sus inquietudes feministas de una manera que disgustó sobremanera a las feministas más radicales. Para más sobre el movimiento eugenésico véase Kevles 1985; Paul 1995, 1998.

26. Citado en Haraway 1989, p. 69; la cursiva es mía.
27. Citado en Gould 1981, p. 193.
28. En 1916, Harvard negó una plaza a Yerkes, por lo visto porque la administración consideró que el campo de la psicología no lo merecía (Kevles 1985).
29. Tras trabajar con Yerkes en pruebas de inteligencia, Lewis Terman y su discípula Catherine Cox Miles desviaron su atención hacia las medidas de la masculinidad y la feminidad. Con fondos del CRPS, construyeron escalas de masculinidad y feminidad que juzgaban cuantificables y consistentes. Para los valores sociales contemporáneos, el test de Terman-Miles parece imposiblemente trasnochado. Por ejemplo, una ganaba puntos de feminidad si le disgustaban «las orejas sucias, el fumar, las malas maneras, los malos olores ... palabras como "barriga" o "tripas" y la vista de la ropa sucia». Uno puntuaba más en masculinidad si le disgustaban las mujeres altas, hombrunas o más inteligentes que uno (Lewin 1984). Otro discípulo de Terman, Edward K. Strong, aplicó los conceptos de masculinidad y feminidad relativas a los intereses vocacionales. Encontró que los granjeros y los ingenieros tenían intereses masculinos, mientras que «escritores, abogados y ministros son esencialmente femeninos», lo que le llevó a preguntarse si las diferencias en intereses de ingenieros y abogados se correspondían con diferencias de secreciones hormonales. E. Lowell Kelly, otro discípulo de Terman, verificó la idea de que la homosexualidad representaba una inversión sexual comparando las puntuaciones del test de Terman-Miles de escolares, varones homosexuales «pasivos», varones homosexuales «activos», mujeres «invertidas» y «atletas universitarias superiores». Kelly no encontró ninguna correlación entre el grado de inversión de sus sujetos y su masculinidad o feminidad, pero Terman le instó a no publicar sus resultados hasta que estuviera más establecido profesionalmente. Al final, los «datos no se ajustaban a la convicción de que las mujeres femeninas y los varones homosexuales "deben" tener mucho en común» (Lewin 1984, p. 166).
30. Gould (1981) y Kevles (1985, 1968) documentan las historias del de-

sarrollo de las pruebas mentales y la eugenesia con considerable detalle y ofrecen críticas detalladas de la administración, resultados y conclusiones extraídas de estas pruebas. Kevles escribe: «Las pruebas de inteligencia se aplicaban a cada vez más depauperados, alcohólicos, delincuentes y prostitutas. Las empresas incorporaron pruebas de inteligencia en su selección de personal ... y unas cuantas universidades y colegios mayores comenzaron a tener en cuenta las notas de las pruebas de inteligencia en el proceso de admisión» (Kevles 1985, p. 82). El test de inteligencia de Yerkes para el ejército proporcionó nueva munición para el movimiento eugenésico. Confirmando creencias hondamente implantadas, los que analizaron los datos de Yerkes concluyeron que la edad mental media del norteamericano blanco adulto estaba apenas por encima de la del imbécil (una categoría científica específica, y no sólo un epíteto despectivo). Los europeos meridionales y los negros americanos puntuaban aún menos. Esta nueva información «científica» se incorporó a las proclamas de los eugenistas, quienes predijeron la debacle de la civilización blanca, atribuyendo el declive del nivel de inteligencia a la «procreación incontrolada de los pobres y débiles mentales, la propagación de la sangre negra por mestizaje y el desbordamiento de un contingente nativo inteligente por la hez inmigrante de la Europa meridional y oriental» (Gould 1981, p. 196).

31. Borell 1978, p. 52.
32. Borell 1978, 1987; Clarke 1991.
33. Katz (1995) encuentra cierta ironía en la censura y represión del control de natalidad y otras investigaciones relacionadas con el sexo en este periodo porque, como argumenta, buena parte de la investigación se encaminaba a establecer un nuevo papel y una nueva definición del concepto de heterosexualidad, en la que el heterosexual se convertía en la condición normal, mientras que las otras formas de sexualidad pasaban a ser anormales o perversas (véase especialmente p. 92).
34. Berman 1921, pp. 21-22.
35. Allen et al. 1939.
36. Otros también han discutido los comentarios de Lillie. Véase Oudshoorn 1994 y Clarke 1998.
37. Lillie 1939, p. 3; la cursiva es mía.
38. Ibíd. pp. 10, 11.
39. He usado una base de datos llamada Lexis-Nexis (Academic Universe, ampliamente disponible en universidades y bibliotecas científicas).
40. Para los efectos sobre el crecimiento óseo véase Jilka et al. 1992; Slootweg et al. 1992; Weisman et al. 1993; Ribot y Tremollieres 1995; Wishart et al. 1995; Hoshino et al. 1996; Gasperino 1995. Para los efectos sobre el sistema inmunitario véase Whitacre et al. 1999.

Un artículo reciente en la revista *Discover* comenzaba así: «El estrógeno es más que una hormona sexual. Incrementa la potencia cerebral de las

ratas» (Richardson 1994). Ciertamente, la proliferación de efectos esteroides sobre las células cerebrales es asombrosa. Una u otra hormona afecta al desarrollo del cerebelo, el hipocampo, ciertos centros hipotalámicos, el cerebro medio y el córtex cerebral. De hecho, el córtex cerebral, y no las gónadas, es la sede principal de la síntesis de estrógeno en el pinzón cebra macho (Schlinger y Arnold 1991; Arai et al. 1994; Brown et al. 1994; Litteria 1994; MacLusky et al. 1994; McEwen et al. 1994; Pennisi 1997; Koenig et al. 1995; Wood y Newman 1995; Tsuruo et al. 1996; Amandusson et al. 1995). Para los efectos sobre la formación de células sanguíneas véase Williams-Ashman y Reddi 1971; Besa 1994; sobre el sistema circulatorio véase Sitruk-Ware 1995; sobre el hígado véase Tessitore et al. 1995; Gustafsson 1994; sobre el metabolismo de lípidos y carbohidratos véase Renard et al. 1993; Fu y Hornick 1995; Haffner y Valdez 1995; Larosa 1995; sobre la función gastrointestinal véase Chen et al. 1995; sobre la vesícula biliar véase Karkare et al. 1995; sobre la actividad muscular véase Bardin y Catterall 1981; Martin 1993; sobre la actividad renal véase Sakemi et al. 1995.

41. Koenig et al. 1995, p. 1500.
42. Para una discusión completa de la popularización de las hormonas sexuales como parte del discurso de la sexualidad en los años veinte, véase Rechter 1997. Para más sobre el cambio continuado en la sexualidad durante los años veinte en Norteamérica véase también D'Emilio y Freedman 1988. Sobre la bioquímica de los andrógenos y estrógenos véase Doisy 1939 y Koch 1939.
43. Allen y Doisey 1923. Allen fue un receptor principal de los fondos del CRPS desde 1923 hasta 1940.
44. Stockard y Papanicolaou 1917. El método consistía en extraer células de la vagina con un algodón y mirarlas al microscopio. El tipo de célula cambia durante el ciclo menstrual de una manera regular y cuantificable.
45. En este periodo, la investigación sobre hormonas dependía de la facilidad de acceso a grandes cantidades de material. Los investigadores que trabajaban cerca de mataderos (como en Chicago o St. Louis) tenían una gran ventaja. Más tarde, cuando se encontraron hormonas en la orina animal y humana, los que podían hacerse con grandes cantidades de orina se convirtieron en agentes clave. Para una fascinante discusión del papel del acceso al material de estudio en la purificación de hormonas sexuales véase Oudshoorn 1994 y Clarke 1995.
46. Allen y Doisey 1923, pp. 820, 821. El comercio de pociones hormonales se había convertido en un motivo de sonrojo para la comunidad médica. Una razón para someter el estudio de los extractos de órganos a una disciplina científica era la defensa del honor y el prestigio profesional de la comunidad médica (sin firma 1921a, 1921b).
47. Frank 1929, p. 135.

48. Ascheim y Zondek 1927.
49. Ambos grupos contaban también con el apoyo de grandes compañías farmacéuticas (Oudshoorn 1994).
50. Parkes 1966b; Doisy (1939) escribe: «Uno de los principales sucesos de los que dependió el aislamiento de la hormona fue el descubrimiento de la presencia de material en la orina de las mujeres embarazadas» (p. 848).

    En 1928 se identificó una segunda hormona ovárica, la progesterona. A mediados de los años treinta también se había purificado. (Por mor de la simplicidad, omitiré la progesterona, el ciclo menstrual y su conexión con el cerebro y las hormonas pituitarias, FSH y LH).
51. Véanse los artículos de la sección C, «Bioquímica y analítica de las hormonas gonadales», de Allen et al. 1939.
52. Frank 1929, p. 114.
53. Nótese el uso de la palabra *normal*. Presumiblemente, las hormonas femeninas en los cuerpos masculinos podían ser causa de anormalidades (¿como la homosexualidad?).
54. El editorial reza: «Por supuesto, esto plantea la cuestión de la especificidad y de si las reacciones vaginales tan empleadas en los estudios de laboratorio de estas hormonas en los últimos años son criterios realmente fiables de acción hormonal ovárica» (sin firma 1928, p. 1195).
55. Véase Oudshoorn 1994, p. 26.
56. Zondek 1934. Treinta y dos años más tarde, Zondek rememoraba vívidamente su asombro. Nunca pudo entender por qué toda aquella hormona femenina no feminizaba al caballo. Véase Finkelstein 1966, p. 11.
57. Oudshoorn 1990. Véase, por ejemplo, Womack y Koch 1932. Hacia 1937 estaba claro que el ovario mismo era la sede de la producción de testosterona en la hembra (Hill 1937a, 1937b).
58. Nelson y Merckel 1937, p. 825. Klein y Parkes (1937) encontraron que los efectos de la testosterona en las hembras remedaban la actividad de la progesterona, un resultado que les pareció «inesperado» (p. 577) y «anómalo» (p. 579). Véase también Deanesly y Parkes 1936.
59. Frank y Goldberger 1931, p. 381. Oudshoorn (1994) proporciona la base de buena parte de mi discusión en este párrafo. Véase también Parkes 1966a, 1966b.
60. Parkes 1966a, 1966b.
61. Frank 1929, p. 197.
62. Parkes 1966b, p. XXVI.
63. Esta exposición se basa en Frank 1929; Allen et al. 1939; Oudshoorn 1994.
64. Véase también Stone 1939.
65. Chemistry 1928; Laqueur y de Jongh 1928.
66. Koch 1931b, p. 939.
67. Pratt 1939.

68. Frank (1929) escribe: «La estandarización analítica y biológica de los extractos comerciales hidrosolubles ahora en el mercado muestra una lastimosa falta de potencia y un deterioro rápido de los productos. En el punto de la inyección pueden aparecer reacciones locales desagradables. Los precios de estas preparaciones farmacéuticas son prohibitivos. En consecuencia, quiero advertir contra su uso generalizado hasta que dispongamos de productos mejores» (p. 297).
69. Si el CRPS financió la mayor parte de la investigación estadounidense, a menudo las compañías farmacéuticas proporcionaron preparaciones de hormonas purificadas a los investigadores. Por ejemplo, Korenchevsky et al. (1932, p. 2097) dan las gracias a «Messrs. Schering Ltd por suministrarnos esta preparación». Squibb concedió una beca a F.C. Koch para el ejercicio 1925-26 (véase Koch 1931, p. 322) y Deanesly y Parkes (1936) reconocen su deuda con «Messrs. Ciba por suministrarnos las sustancias antes referidas» (p. 258).
70. Parkes 1966b, p. XXII.
71. Dale 1932, p. 122. En la conferencia también se decidió mantener una muestra estándar central bajo la custodia del doctor Guy Marrian en el Colegio Universitario de Londres, guardada en ampollas selladas llenas de nitrógeno seco. Se estableció un número mínimo de veinte animales para cualquier ensayo válido, y se estandarizaron los disolventes y métodos de administración de las sustancias de prueba.
72. Oudshoorn 1994, p. 47.
73. Korenchevsky y Hall 1938, p. 998. Evans (1939) notifica efectos adicionales no reproductivos.
74. David et al. 1934, p. 1366.
75. Gustavson 1939, pp. 877-878. Véase también Gautier 1935.
76. Oudshoorn 1994, p. 53. Véase también Koch 1939, pp. 830-834.
77. Juhn et al. 1931, p. 395.
78. Kahnt y Doisy propusieron una serie de pasos para hacer fiable el test del estro. Primero, las ratas tenían que pasar por un chequeo de varias semanas para elegir sólo las que tenían ciclos normales. Segundo, tras extraerles los ovarios tenían que pasar dos semanas en observación para descartar los animales que aún mostraran signos de producción hormonal interna. Tercero, se preparaba a los animales con inyecciones de dos unidades de hormona. Cuarto, una semana más tarde se administraba otra inyección; cualquier animal que no respondiera era descartado. Quinto, al cabo de otra semana se inyectaba una cantidad de hormona demasiado pequeña para tener efecto; si a pesar de ello había alguna respuesta, el animal era descartado. Por último, se recomendaba emplear «un número suficiente de animales. Si el 75 por ciento de los animales ... da una reacción positiva, considérese que la cantidad inyectada contenía una R.U.» (Kahnt y Doisy 1928, pp. 767-768). La conferencia de la Sociedad de Naciones también destacó la importancia del tamaño de muestra.

79. Korenchevsky et al. 1932, p. 2103.
80. Gallagher y Koch 1931, p. 319.
81. En uno de los primeros artículos sobre el aislamiento de la hormona testicular, los autores escribían: «Pensamos que hasta que no se sepa más de la naturaleza química de la hormona no debería darse ningún nombre al extracto. Por ahora, cualquier nombre carecería de validez y no sería en absoluto descriptivo» (Gallagher y Koch 1929, p. 500).
82. Frank 1929, p. 128. La lista de términos procede de la discusión de Frank en las páginas 127-128.
83. En trabajos anteriores he comentado la disparidad entre los términos *andrógeno* y *estrógeno*. Esta discusión se centra en el momento histórico particular en el que se inició dicha disparidad. Véase Fausto-Sterling 1987, 1989. La referencia del *Index Medicus* procede de Oudshoorn 1990, p. 183, *n.* 66.
84. Parkes 1966b, p. XXIII. Parkes refiere una historia similar sobre la denominación de la progesterona. La edición de 1961 del *Stedman's Medical Dictionary* define al andrógeno como un agente «que hace un hombre» y al estrógeno como uno que «genera un deseo loco».
85. Corner 1965, p. XV.
86. «El Consejo desea expresar su agradecimiento hacia Parke, Davis & Company por su actuación en este asunto, así como en el de la denominación "estrona"» (Chemistry 1936, p. 1223).
87. Doisy 1939, p. 859.
88. Parkes 1938, p. 36. Esto habría proporcionado un paralelo exacto del término *androgénico*.
89. Koch 1939.
90. Korenchevsky et al. 1937. Este grupo también descubrió que muchas de estas hormonas cooperaban en la producción de sus efectos (ibíd.).
91. Parkes 1938, p. 36.
92. Puesto que el embrión era bisexual e incluso los adultos retenían cierto potencial bisexual, «incluso los hombres cuyo instinto es normalmente heterosexual pueden contener en su organismo vestigios de un carácter femenino, aunque en condiciones normales nunca lleguen a expresarlo funcionalmente» (Steinach 1940, p. 91).
93. La mayoría de lectores probablemente sabrá que estos ciclos regulan la menstruación, pero quizá no sepan que bucles retroactivos que implican las mismas hormonas pituitarias también regulan la espermatogénesis en los varones.
94. En 1939 escribió: «Moore parece eliminar la necesidad de asumir un antagonismo en la acción simultánea de ambas hormonas, mostrando que cada una opera de manera independiente en su propio terreno» (Lillie 1939, p. 58).
95. Frank 1929, p. 120.
96. Citado en Oudshoorn 1994, p. 28.

97. Parkes 1966b, p. XXII.
98. Crew 1933, p. 251.
99. Véase Cott 1987, p. 149. Davis (1929) ofrece una discusión más detallada de las prácticas sexuales de las mujeres.
100. Cott 1987, p. 150.
101. Cott (1987) documenta una división real en el movimiento obrero sobre este tema. Esta división se repitió entre las feministas de finales del siglo XX durante su batalla por la enmienda de igualdad de derechos y la eliminación de la legislación laboral proteccionista.
102. Citado en Cott 1987.
103. David et al. 1934, p. 1366.
104. Citado en Oudshoorn 1990.

Capítulo 8: La fábula del roedor

1. Milton Diamond, Elizabeth Adkins-Regan, William Byne, Donald Dewesbury, Marc Breedlove e, indirectamente, Kim Wallen (todos los cuales estudian el papel de las hormonas en la conducta y/o la psicología comparada de los animales) dedicaron parte de su tiempo a comentar un borrador previo de este capítulo. Sus críticas fueron generosas y de gran ayuda. Les estoy muy agradecida por ello. Su empeño en enseñarme a bailar, aun cuando ocasionalmente les diera un pisotón, representa el mejor espíritu de la investigación científica abierta. Por supuesto, soy la única responsable del resultado final.
2. Aberle y Corner 1953. Borell (1987) fecha la transferencia en 1931. Véase también Clarke 1998.
3. Borell (1987) cita un memorándum de la Oficina que explica la transferencia: «Por un tiempo la Oficina había considerado que sería un movimiento ventajoso, ya que la Fundación, a través de sus expertos en biología, podía suministrar un control consultivo que la Oficina no podía ofrecer; y la Fundación también se inclinaba a pensar que la administración de este programa y la evaluación de los resultados de las investigaciones pertenecían más claramente al dominio de los programas de investigación en ciencias naturales y medicina de la Fundación que al ámbito de la Oficina» (p. 79).
4. Citado en Borell 1987, p. 79. Borell señala que esta nueva independencia de los investigadores científicos se tradujo en el abandono de la búsqueda de un espermicida de fácil uso, que de todos modos «nunca despertó el interés de los científicos tanto como iba a hacerlo la píldora anticonceptiva» (p. 85). Al final, la mencionada píldora anticonceptiva se consiguió en el seno de una fundación privada (con el respaldo financiero de Sanger) fundada por Gregory Pincus después de serle denegada una plaza en Harvard, tras una intensa controversia sobre su trabajo ini-

cial acerca de la partenogénesis artificial en mamíferos. Véase también Clarke 1990a, 1990b.

5. Citado en Kohler 1976, p. 291.
6. Para conocer cómo condujeron estos hechos a la biología molecular moderna véase Kohler 1976; Kay 1993; Abir-Am 1982.
7. Aberle y Corner 1953, p. 100.
8. Aberle y Corner (1953) citan la última beca del CRPS concedida a Terman para la preparación de un «informe sobre el ajuste marital de los sujetos intelectualmente superiores» (p. 129). Para la trayectoria desde Yerkes y Carpenter hasta la primatología moderna como modelo de la conducta sexual y la organización social humanas, véase Haraway 1989.
9. Para una breve historia de las dos últimas disciplinas en Estados Unidos véase Dewsbury 1989.
10. Muchos recibieron fondos de la Fundación Rockefeller por vía directa y a través del CRPS. Antes de 1938, la cuarta parte de las becas del CRPS financiaba investigaciones del comportamiento, y la mayor parte del resto se destinaba a la fisiología básica del sexo y la reproducción. De 1938 a 1947, sin embargo, el 45 por ciento de las becas del CRPS iban a la investigación de la conducta ligada al sexo, con un foco principal en el papel de las hormonas. Para una lista completa correspondiente a este periodo véase Aberle y Corner 1953.
11. Hay una extensa literatura paralela sobre primates, unos resultados que los investigadores de las hormonas siempre consideraron particularmente aplicables al caso humano. Algunas concepciones derivadas de la investigación con roedores no eran del todo aplicables a los primates. Pero la investigación con primates es cara y dificultosa, por la larga vida de los animales, la necesidad de colonias reproductoras y el reconocimiento creciente de que la conducta de los primates, aún más que la de los roedores, requiere un montaje naturalista si se quieren extraer conclusiones sobre el desarrollo «normal». También hay una influyente literatura sobre aves, uno de los pocos grupos para los que la relación entre hormonas y ciertos aspectos del desarrollo cerebral está bastante clara (véase Schlinger 1998). Para una revisión actualizada y amplia de la investigación en vertebrados véase Cooke et al. 1998.
12. Squier 1999, p. 14.
13. Citado en May 1988, p. 93.
14. Citado en D'Emilio 1983, p. 41. Para una discusión más profunda de la imbricación entre el anticomunismo, la represión homosexual, una definición restringida de la estructura familiar y una demarcación cultural clara de las definiciones de masculinidad y feminidad véase May 1988, 1995; Breines 1992; Ehrenreich 1983. Para una discusión de la ingente literatura secundaria sobre homosexualidad y género en la posguerra véase D'Emilio 1983; Ehrenreich 1983; Reumann 1998.
15. Schlesinger 1958, p. 63. Las mujeres, escribió Arthur Schlesinger Jr.,

«parecen una fuerza agresiva en expansión que se apropia nuevos dominios como un ejército conquistador, mientras que los hombres, cada vez más a la defensiva, apenas son capaces de mantenerse firmes y aceptan de buena gana las imposiciones de sus nuevas gobernantas. Un libro reciente lleva el desolador y melancólico título de *The Decline of the American Male* [El declive del varón americano]» (p. 63).

16. Citado en May 1988, p. 140.
17. Citado en May 1988, p. 66.
18. En los años treinta, la masculinidad no requería especial atención. La andrología no se independizó como disciplina aparte hasta los años setenta. Véase, por ejemplo, Bain et al. 1978. Niemi (1987) señala que la idea de la andrología se remonta a 1891, pero que las primeras sociedades y revistas de andrología no cuajaron hasta los años setenta.
19. Citado en May 1988, p. 147.
20. Esta idea reaparece de vez en cuando. En respuesta al incremento de madres solteras, Robert Bly describió su visión de la «masculinidad profunda», la idea de que los hijos varones se empapan físicamente de la presencia paterna, algo que las madres solteras, por mucho que quieran, no pueden proporcionar (Bly 1992).
21. Véase D'Emilio 1983. Para una discusión completa e iluminadora de los informes de Kinsey y la discusión nacional sobre el sexo y la sexualidad véase Reumann 1998.
22. Citado en Elger et al. 1974, p. 66, de comentarios hechos en un seminario de 1969 sobre «Integración de mecanismos endocrinos y no endocrinos en el hipotálamo».
23. Jost 1946a, 1946b, 1946c, 1947.
24. Wiesner 1935, p. 32; énfasis en el original.
25. Greene et al. 1940b, págs. 328, 450.
26. Todos estos experimentos abordaban la cuestión de la determinación secundaria del sexo (como el desarrollo del sistema de conductos gonadales y los genitales externos). Jost no examinó la determinación primaria del sexo (es decir, la diferenciación de las gónadas como testículos o como ovarios).

    Desde su primera publicación, y hasta los años setenta, Jost también promocionó activamente su obra, publicándola repetidamente, a menudo en artículos de revisión o actas de simposios, de manera que sus datos originales, aunque suplementados regularmente con nuevos resultados, recibieron una atención continuada.
27. Jost 1946c, p. 301; énfasis en el original; la traducción es mía. Experimentadores posteriores identificaron dos culpables. La testosterona embrionaria inducía la diferenciación del tracto reproductivo y los genitales externos masculinos, mientras que una nueva hormona (una estructura proteínica llamada sustancia inhibidora mulleriana) inducía la degenera-

ción del tracto genital femenino embrionario. El testículo embrionario produce ambas hormonas. Jost probó a extraer sólo un testículo. En aquellas circunstancias el desarrollo masculino continuaba a buen ritmo, mientras que el tracto genital femenino degeneraba como lo haría en un feto no operado. A partir de éste y otros experimentos concluyó que el testículo segregaba uno o más factores que causaban la diferenciación del tracto genital masculino y la degeneración del femenino. Jost también injertó testículos en embriones femeninos y ovarios en embriones masculinos, pero el tejido injertado no afectaba al desarrollo embrionario, un fallo que atribuyó al hecho de tener que emplear embriones demasiado tardíos que, presumía, ya habían superado la fase plástica del desarrollo. Sin embargo, los embriones suplementados con andrógeno aún diferían de los embriones masculinos normales porque exhibían al menos cierto desarrollo uterino, aunque la región vaginal estaba «más o menos inhibida». Jost nunca comunicó haber comprobado los posibles efectos del estrógeno sobre el desarrollo de embriones castrados masculinos o femeninos, aunque es posible que lo intentara, pero que el estrógeno hiciera abortar los embriones.

28. La sustancia inhibidora mulleriana es objeto de gran interés en la actualidad, porque se ha identificado como un importante y ubicuo factor de crecimiento (el factor transformador β). Gustafson y Donahoe (1994) han revisado la biología molecular de esta hormona (pp. 509-516).
29. Jost 1946c, p. 307; la traducción es mía. Jost pronto amplió sus estudios y examinó el crecimiento *in vitro* de cultivos de tejido de los tractos genitales masculino y femenino. Pero esto no eliminaba la posibilidad de efectos hormonales sobre el desarrollo femenino. Como señaló él mismo, su sistema de cultivo no era «anhormonal». En 1951, Jost escribió que la acción de estrógenos traza contenidos en el suero empleado como medio de cultivo «no puede descartarse a priori. En última instancia tenemos que volver al uso de un medio sintético libre de hormonas» (Jost y Bozic 1951, p. 650; véase también Jost y Bergerard 1949). Pero hacia 1953 su interpretación había comenzado a cambiar. Aunque reconocía que la ontogenia femenina podía estar afectada por hormonas exógenas producidas por la placenta o las gónadas maternas, o por hormonas fetales no ováricas (de origen suprarrenal, por ejemplo), y recordaba a sus lectores que había aportado evidencias de cierta actividad ovárica, pensaba que «esas sustancias ginogénicas maternales o extragonadales difícilmente pueden dar cuenta de la feminización del feto gonadectomizado» (Jost 1953, p. 387). Mantuvo esta conclusión aun reconociendo comunicaciones previas de que los estrógenos podían feminizar el desarrollo fetal masculino (Greene et al. 1940a, 1940b, Raynaud 1947). Jost (1953) escribió que «la interpretación de este experimento no era evidente» (p. 417).
30. La retórica de Jost cambió con el tiempo. En 1954 escribió: «El testículo fetal interpreta el papel primordial» en el desarrollo sexual normal (im-

plicación: las hembras se convierten en hembras porque *no* tienen testículos) (Jost 1954, p. 246). En 1960 escribió: «En los mamíferos el sexo anhormonal es el femenino, y los testículos impiden que los machos se diferencien como hembras (Jost 1960, p. 59). En 1965 decía que las hembras mamíferas eran «el tipo sexual neutro» (Jost 1960, p. 59). En 1969 escribía que «convertirse en un macho es una aventura prolongada, embarazosa y arriesgada; es una suerte de lucha contra la tendencia inherente a la feminidad» (Jost 1965, p. 612). Finalmente, en 1973, Jost escribió: «Las características masculinas ... tienen que imponerse en los machos por las hormonas testiculares contra la tendencia femenina básica del cuerpo mamífero. La organogénesis femenina es resultado de la mera ausencia de testículos; la presencia o ausencia de ovarios carece de importancia» (Jost et al. 1973, p. 41).

En los años ochenta, cuando la terminología informática se introdujo en el lenguaje, los investigadores actualizaron la idea de Jost de una tendencia inherente a la feminidad presentando la ontogenia femenina como una «trayectoria por defecto». El uso más antiguo que conozco de esta metáfora se remonta a 1978. Los editores de la revista *Trends in Neuroscience* emplean la expresión en la introducción a Döhler 1978.

31. Jost et al. 1973. Jost era francés, y no he contemplado los aspectos específicos de estas discusiones en Francia tras la segunda guerra mundial. Pero sus ideas eran conocidas y discutidas internacionalmente, y ganaron rápida aceptación en Estados Unidos. La producción de conocimiento científico no sólo implica hacer experimentos e interpretar los resultados, sino estar en el lugar adecuado en el momento adecuado para que un resultado particular y su interpretación sea culturalmente inteligible. Para más sobre este tema véase Latour 1987.

32. Aristóteles escribió: «La hembra lo es en virtud de una *carencia* de ciertas cualidades. Deberíamos contemplar la naturaleza femenina como afligida por una deficiencia natural». Santo Tomás pensaba que las mujeres eran hombres imperfectos, seres accesorios. En el drama edípico de la maduración (a la Freud), la psique femenina debe acomodarse a la ausencia del pene, mientras que la psique masculina debe adaptarse al temor de su pérdida y, con ello, el retorno a un estado basal femenino (citado en de Beauvoir 1949, p. xxii).

Otras explicaciones adicionales para la aceptación de la ecuación femenino = ausencia, masculino = presencia podrían incluir la dificultad de los experimentos necesarios y el tiempo necesario para rellenar huecos con detalles difíciles de resolver, que podían obtenerse sólo desviando la atención de experimentos más fáciles y más inmediatamente productivos (en términos de publicaciones). Un componente del éxito científico es el equilibrio entre un programa que avanza y la importancia de escarbar en un problema recalcitrante.

Algunos de los problemas experimentales no resueltos incluían: (1) la posibilidad de que las castraciones de Jost no se efectuaran lo bastante pronto para detectar cualquier efecto de la supresión del ovario fetal; (2) que las inyecciones de estrógenos pudieran feminizar el desarrollo masculino y estimular el desarrollo de órganos femeninos; (3) mientras que Jost probó a sustituir los testículos ausentes por inyecciones de testosterona, nunca efectuó experimentos paralelos con las hembras desprovistas de ovarios; (4) no se entretuvo en identificar posibles fuentes no ováricas de estrógeno u otros factores no estrogénicos que pudieran gobernar la diferenciación femenina; (5) Jost sabía que el ovario fetal comenzaba a producir estrógeno muy pronto, pero no parece que se preocupara por la función de dicha actividad ovárica temprana.

El posible papel del estrógeno, de origen fetal o materno, en la determinación secundaria del sexo rodavía no se ha elucidado del todo. Ciertamente, se piensa que en algunos vertebrados «tiene un papel principal en la diferenciación gonadal» (di Clemente et al. 1992, p. 726); véase también Reyes et al. 1974. George et al. (1978) encontraron que, en el conejo, el ovario embrionario comienza a producir grandes cantidades de estrógeno en el mismo momento en que el testículo fetal comienza a producir testosterona, y sugerían estudios adicionales para aclarar la función de este estrógeno fetal (Ammini et al. 1994; Kalloo et al. 1993). Estos últimos autores encuentran que «la presencia de receptores estrogénicos sugiere que el estrógeno maternal puede tener una intervención directa en el desarrollo de los genitales externos femeninos, lo que desafía la extendida idea de que dicho desarrollo es pasivo porque puede tener lugar en ausencia de hormonas gonadales fetales» (p. 692).

33. Los resultados de Greene, que mostraban el potencial del estrógeno para feminizar activamente los embriones femeninos, le sentaron como un tiro a Jost, quien continuó insistiendo en la necesidad de más experimentación para conciliar los resultados contradictorios. Poco a poco, sin embargo, las referencias al trabajo de Greene y los llamamientos a continuar experimentando fueron desapareciendo de los artículos de Jost. Hacia 1965, la teoría monohormónica aparecía en los escritos de Jost como un hecho comprobado, en vez de una teoría provisional que requería una verificación experimental ulterior. Aunque continuaba señalando que los estrógenos podían feminizar los embriones masculinos, sugería que el estrógeno inyectado no era una causa activa de diferenciación. En vez de eso, menoscababa la producción de testosterona por los testículos, lo que permitía que emergiera la feminidad «natural» del embrión. Por entonces Jost todavía consideraba «especulativa» la teoría de presencia/ausencia para la ontogenia masculina y femenina. Aunque su presentación era elegante, admitía que «no debería ocultar la necesidad de nuevos experimentos cruciales» (Jost 1965, p. 614). Pero él nunca llevó a cabo todos los experimentos críticos que sugería en su artículo de 1947.

34. Véanse las notas 43 y 46. En un debate de 1999 sobre el concepto de ontogenia por defecto, un miembro de Loveweb escribió: «Puede que el programa femenino también dependa de una hormona; todo lo que sabemos es que no se requiere una hormona gonadal. ¿Qué hay de las 20 a 30 hormonas probablemente existentes que aún no hemos descubierto? Cuanto más viejo y gruñón me hago, menos sentido le encuentro a esto de la vía por defecto. Creo que no es más que una frase que pretende significar algo». Siguen surgiendo evidencias que sugieren la importancia de la actividad ovárica para la regulación de la diferenciación sexual (Vainio et al. 1999). Sí parece probable, sin embargo, que en los ratones ni la progesterona ni el estrógeno sean actores principales en las fases iniciales del desarrollo (Smith, Boyd et al. 1994; Lydon et al. 1995; Korach 1994).
35. Este proceso se denomina determinación primaria del sexo.
36. Una vez aparece una gónada fetal, puede producir hormonas que inducen el desarrollo sexual secundario (el problema que abordaron los investigadores desde los años treinta hasta los cincuenta, y al que volveré más adelante en este capítulo).
37. Schafer et al. 1995, p. 271; la cursiva es mía.
38. Wolf 1995, p. 325; la cursiva es mía.
39. Capel 1998, p. 499.
40. Angier 1999, p. 38.
41. Véase, por ejemplo, Mittwoch 1996.
42. La misma metáfora que promueve la hilaridad feminista también puede alimentar la opresión masculina. «La cultura occidental», escribe la psicóloga Helen Haste, «tiene una arraigada tradición de racionalidad vencedora de las fuerzas del caos estrechamente entrelazada con lo masculino frente a lo femenino ... Un polo no es sólo antitético del otro, sino que triunfa sobre él. Las fuerzas de la oscuridad deben confrontarse y conquistarse» (Haste 1994, p. 12). En una vena similar, la historiadora feminista Ludmilla Jordanova señala que la Ilustración nos trajo pares de palabras tales como naturaleza/crianza, mujer/hombre, físico/mental, emoción/pensamiento, sentimiento y superstición/conocimiento y pensamiento abstracto, oscuridad/luz, naturaleza/ciencia y civilización (Jordanova 1980, 1989).
43. Wolf 1995, p. 325. Al menos uno de los científicos con los que he intercambiado correspondencia cuestiona esta idea, aunque creo que es justificable. Muchos textos de embriología incluyen una sección titulada «determinación del sexo» que trata sólo del desarrollo masculino. Por ejemplo, Carlson considera el tema de «la determinación genética del género». Primero señala que las hembras se desarrollan en ausencia de un cromosoma Y, y luego dedica el resto de la sección a hablar del desarrollo masculino. Las figuras 15-22 de su libro ilustran un tratamiento complejo y detallado de los mecanismos del desarrollo masculino, pero no hay

ilustración análoga de los mecanismos del desarrollo femenino (Carlson 1999, pp. 375-376). El único texto moderno que trata las ontogenias masculina y femenina por igual es el de Scott Gilbert (1997). Y no es casualidad que uno de los intereses notorios de Gilbert sea la historia feminista de la ciencia. Véase también Swain et al. 1998; Haqq et al. 1994; McElreavey et al. 1993.

44. Fausto-Sterling 1989.
45. Eicher y Washburn 1986, pp. 328-29.
46. Wolf reconoce que «es indudable que el desarrollo femenino no es espontáneo» (p. 325), pero por lo demás lo omite. Dos artículos de Sinclair discuten la determinación testicular, y aunque reconoce que la determinación ovárica también es compleja, nunca propone una trayectoria hipotética para dicha determinación (Sinclair 1995, 1998). Capel escribe que la terminología de la ontogenia por defecto «puede ser engañosa porque sugiere que la vía femenina no es un proceso activo genéticamente controlado» (1998, p. 499). Hunter concede un párrafo a la hipótesis de Eicher y Washburn, pero luego dedica el resto de un capítulo de 66 páginas (titulado «Mecanismos de determinación del sexo») a discutir la genética de la determinación testicular (Hunter 1995). Swain et al. (1998, p. 761) escriben: «Es improbable que la diferenciación ovárica sea pasiva, ya que hay cambios de expresión génica muy tempranos en el desarrollo de la cresta genital XX» (1998, p. 761).

    Sólo tres artículos recientes retratan genes activos en la ontogenia femenina. Estos tratamientos de la «diferenciación sexual» (en oposición a la diferenciación masculina) todavía son minoritarios (Werner et al. 1996; Jiménez y Burgos 1998; Schafer y Goodfellow 1996).
47. La hipótesis del gen «maestro» pesa mucho en esta historia. La mayor parte de la investigación actual sobre la determinación primaria del sexo considera que el cromosoma Y contiene un «gen maestro», un interruptor que pone a rodar la bola del desarrollo. De acuerdo con este modelo, sólo hace falta un gen para determinar la ontogenia masculina. Otros argumentan que el desarrollo es un proceso en el que intervienen muchos genes cruciales, cada uno de los cuales debe activarse en el momento justo. Sobre este último punto de vista véase Mittwoch 1989, 1992, 1996.
48. Milton Diamond escribe: «Como estudiante de doctorado mi primer proyecto de tesis consistió en ver si los estrógenos podían feminizar los fetos masculinos igual que los andrógenos masculinizaban los femeninos. Mis inyecciones de estrógenos en cobayas preñadas se traducían invariablemente en muerte fetal. Esto fue una gran decepción para mí, porque de esa manera es difícil estudiar el comportamiento» (Diamond 1997a, p. 100). Otro investigador me escribió que los efectos del estrógeno sobre el comportamiento animal eran leves y difíciles de medir. «Esto no significa que

no sean importantes, por supuesto, pero si uno fuera profesor asistente y quisiera ser productivo, seguramente optaría por estudiar respuestas robustas y no efectos sutiles» (anónimo, comunicación personal).

49. Para la descripción de Jost de su encuentro con Wilkins véase Jost 1972, pp. 38-39.

50. Frank Beach escribe: «La importancia del apoyo dispensado por este comité al avance de la investigación del comportamiento mediado por hormonas nunca se ha reconocido en su justa medida ... La decisión del Comité para la Investigación en Problemas del Sexo de fomentar las investigaciones del comportamiento copulatorio en las ratas ... o la frecuencia de orgasmos en las mujeres casadas ... fue un paso valiente que abrió el camino para la expansión general de la investigación de los efectos de las hormonas en una categoría comportamental muy importante» (Beach 1981, p. 354).

La investigación de las hormonas implicadas en el comportamiento animal desde finales de la década de los treinta hasta los años sesenta se erigió directa y deliberadamente sobre los temas abordados por los primeros endocrinólogos del comportamiento. Beach cita a Lillie, Moore, Marshall, Heape y muchos otros como pioneros de la disciplina (Beach 1981).

El director de tesis de Beach en la Universidad de Chicago fue Karl S. Lashley (1890-1958). La obra de Lashley sobre los mecanismos cerebrales y la inteligencia adoptaba una visión holística de la función cerebral, que se refleja claramente en la obra y el pensamiento de Beach. Para saber más sobre Lashley véase Weidman 1999.

Beach discutió sus estudios de ratas con lesiones cerebrales con un endocrinólogo que le sugirió que la lesión cerebral podía perturbar la secreción pituitaria y, con ello, la secreción de hormonas gonadales. Sobre este encuentro, Beach escribió: «No entendí nada de lo que me decía; pero tras leer un poco de endocrinología decidí inyectar testosterona a algunos de mis machos cerebralmente asexuados, sólo para ver qué ocurría ... ¡y ahí estaba! Las ratas inyectadas habían recuperado su libido; y enseguida pensé que iba camino del premio Nobel» (Beach 1985, p. 7).

En Estados Unidos, la psicología animal se conocía como psicología comparada. En Europa, una tradición emparentada pero distinta se conocía como etología. Hasta los años cincuenta la etología europea no tuvo una gran influencia sobre los psicólogos comparativos norteamericanos. Para un tratamiento histórico de la psicología comparada véase Dewsbury 1984, 1989.

51. Como me escribió un investigador, «para el conductista, lo bonito de todo esto es que haya tanto que pueda medirse fácilmente». Incluso especies estrechamente emparentadas difieren en los detalles. Los cobayas machos, por ejemplo, se parecen a los primates en sus vaivenes repetitivos dentro de una única penetración (anónimo, comunicación personal).

52. Los comportamientos como el anidamiento, el cuidado maternal y la agresión territorial también definían la masculinidad y la feminidad en las ratas, pero en este periodo Beach se centró primariamente en dilucidar los componentes de la conducta copulatoria. Para las últimas teorías sobre hormonas, experiencia y comportamiento parental véase Krasnegor y Bridges 1990.
53. Para una enfervorizada defensa de la necesidad del psicoanálisis para la vida diaria véase Lundberg y Farnham 1947.
54. Véase, por ejemplo, Watson 1914 y Dewsbury 1984.
55. Beach no simpatizaba con Watson y los conductistas. En 1961 escribió: «Me parece que ya es hora de reexaminar estos problemas prestando gran atención a los factores biológicos de influencia genética que pueden contribuir a algunas de estas diferencias» entre sexos y grupos raciales (Beach 1961, p. 160).
56. Retrospectivamente, William C. Young escribió: «La investigación de las relaciones entre las hormonas y el comportamiento sexual no se ha emprendido con el vigor que merece la importancia biológica, médica y sociológica del tema. La explicación puede residir en el estigma que conlleva desde antiguo cualquier actividad asociada al comportamiento sexual. En nuestra propia experiencia, se ha solicitado restringir el uso de la palabra "sexo" en los registros institucionales y los títulos de proyectos de investigación. Recordamos vívidamente que se llegó a cuestionar la propiedad de presentar ciertos datos en congresos y seminarios científicos» (Young 1964, p. 212).
57. Beach 1942b, p. 173.
58. En 1947 escribió: «*Importancia del enfoque holístico:* Los experimentos fisiológicos diseñados para identificar las vías nerviosas implicadas en un reflejo genital concreto, o medir la importancia de las secreciones de una única glándula para las respuestas copulatorias, han contribuido sobremanera a nuestra comprensión del comportamiento sexual. Sin embargo, debería resultar obvio que la significación plena de tales hallazgos sólo se aprecia cuando se sitúan en el contexto más amplio de la pauta sexual total, tal como aparece en el animal normal» (Beach 1947, p. 240).
59. «Las diferencias individuales en la facilidad con la que los machos inexpertos se excitan sexualmente constituyen un importante factor que debe ser tomado en consideración en cualquier intento de definir el estímulo adecuado para el comportamiento copulatorio. Una situación estimuladora de la cópula en un macho concreto puede no ser capaz de inducir la respuesta copulatoria en un individuo menos excitable de la misma especie» (Beach 1942c, p. 174).
60. «La aparición de la pauta copulatoria manifiesta depende de la excitabilidad sexual del macho y de la intensidad de la estimulación proporcionada por el animal incentivo. Un macho muy excitable puede intentar copular con un animal incentivo de relativamente bajo valor estimulador ... Un

macho menos excitable no exhibe respuestas copulatorias a los animales incentivos que no sean la hembra receptiva con la que copulará. Un macho de baja excitabilidad puede no sentirse estimulado a la cópula ni siquiera cuando se le ofrece una hembra receptiva» (Beach 1942e, p. 246). Beach y otros investigadores comentaron el hecho de que en toda colonia siempre había machos y hembras que parecían no tener interés en aparearse. Excluir estos animales de las pruebas de apareamiento acabó convirtiéndose en una práctica corriente.

61. Beach 1942c.
62. Aparentemente, los animales aún podían aparearse incluso después de suprimido el córtex. Véase Beach 1942b, 1942c, pp. 179-181, y Beach 1943.
63. Beach 1941.
64. Beach 1942a. Las hembras normales no requerían inyecciones de testosterona para mostrar pautas de apareamiento masculinas. Beach y Priscilla Rasquin criaron hembras en departamentos sexualmente segregados y luego las examinaron diariamente a lo largo de cuatro ciclos de apareamiento. Durante la prueba permitieron a la hembra adaptarse a la caja de ensayo, la colocaron con una hembra receptiva durante cinco minutos y luego con un macho sexualmente activo. Dividieron la conducta de apareamiento femenina en tres categorías: (1) monta con abrazo del animal montado; (2) monta con abrazo y empuje pélvico; y (3) monta con abrazo y «fuerte empujón final y desmontado con un pronunciado salto atrás». De 20 hembras, 18 exhibían el abrazo sexual, otras 18 exhibían la monta con empuje pélvico y 5 mostraron la pauta copulatoria «masculina» completa. Estas conductas masculinas se daban con independencia de que la hembra montada estuviera o no en celo.

Beach y Rasquin sacaron algunas conclusiones llamativas. En primer lugar, sugirieron que la mayoría de las hembras de su colonia tenían la anatomía cerebral y muscular necesaria para posibilitar la pauta de apareamiento masculina. En segundo lugar, concluyeron que el mismo estímulo (una hembra en celo) inducía esta pauta en ambos sexos. Finalmente, señalaron que las hormonas ováricas no controlaban la conducta masculina en las hembras (Beach y Rasquin 1942; véase también Beach 1942a, 1942f). Beach notificó por primera vez estas conductas transgenéricas en 1938. De su propio diario de laboratorio, fechado en 1937, cita la interacción del macho 156 con la hembra 192:

> 10:05: Se introduce hembra en la caja de observación con macho ... 10:15: ... Ambos animales exhiben todos los signos de intensa excitación sexual, pero el macho no monta ni palpa a la hembra. 10:16: Hembra da vueltas, se aproxima al macho por detrás y lo monta activamente, abrazándolo y palpándolo con las patas delanteras ... y la región pélvica de la hembra se mueve con el vaivén tipo pistón característico del macho que copula. Tras esta breve exhibición de actividad masculina la hembra desmonta, sin el típico salto masculino, y no se limpia la región genital.

10:17: Hembra responde a la investigación del macho agachándose, arqueando la espalda y haciendo vibrar las orejas.

Beach señala que esta hembra concreta montó y palpó al macho siete veces en un periodo de observación de 15 minutos, y subraya que exhibía respuestas tanto femeninas como masculinas (Beach 1938, p. 332).

65. Beach 1942b, p. 183. Para reforzar su argumento, Beach también cita el debate anterior entre Moore y Steinach, sobre todo la insistencia de Moore en que las ratas individuales eran demasiado variables para servir como indicadores de presencia o ausencia de hormona.
66. Este efecto acumulado es compatible con el enfoque de Lashley de la función cerebral.
67. Más tarde reportó experimentos que corroboraban esta corazonada. Beach continuó insistiendo en el enfoque holístico: «Existe una evidencia palmaria de que los efectos androgénicos están mediados por una combinación compleja de mecanismos, de los cuales la supuesta función táctil del glande es sólo uno» (Beach y Levinson 1950, p. 168).
68. Beach 1947-1948, p. 276.
69. Beach 1945, p. VII.
70. Beach escribe que ciertos enunciados de su texto «se basan en datos generosamente cedidos por el doctor A.C. Kinsey de la Universidad de Indiana, cuyo extenso estudio del comportamiento sexual en más de 10.000 personas se publicará en un futuro (Beach 1947, p. 301). Tanto Kinsey como Beach estaban financiados por el CRPS, un hecho que Kinsey menciona en la introducción de su estudio de 1948. Ambos se conocían y hablaban de sus intereses comunes.
71. Marc Breedlove, comunicación personal (mayo de 1999). Kinsey recopiló estos datos a base de entrevistas, y él mismo reclutó e instruyó personalmente a los entrevistadores.
72. En Jones (1997) y Gasthorne-Hardy (1998), Beach habla de su amistad con Kinsey. Este último obtuvo su primera beca del CRPS en 1941, y le fue renovada y aumentada anualmente hasta 1947 (Aberle y Corner 1953).
73. Kinsey et al. 1948, 1953. En su volumen de 1953, Kinsey da las gracias expresamente a Beach por aportarle información sobre el comportamiento animal (p. IX).
74. Véase, por ejemplo, Bérubé 1990; Katz 1995.
75. Para las muchas derivaciones y complejidades de esta discusión véase Reumann 1998.
76. El arquitecto de esta nueva obra había hecho muchos estudios sobre la variación individual y había concluido que la individualidad emergía porque cada cuerpo (o, como lo llaman los científicos, «sustrato») difería: Estaba claro que el problema central para el investigador interesado en dar cuenta de la gran variabilidad en las pautas de apareamiento era identificar los

factores que determinan el carácter del sustrato sobre el cual actúan las hormonas gonadales» (Young 1960, p. 202). Este artículo llevó lo último en investigación con ratas a la comunidad psiquiátrica. La teoría O/A prácticamente nunca se aplica a la explicación de las diferencias entre individuos de la misma especie, aunque esta cuestión fue una motivación inicial para los experimentos que condujeron a dicha teoría.

77. Para una bibliografía completa de las publicaciones de Young y una biografía breve véase Goy 1967. Su trabajo se financió con el dinero que obtuvo Lillie del CRPS (Dempsey 1968; véase también Roofe 1968). Aunque experimentó con otros animales, sobre todo ratas y monos, y algunos de sus discípulos se centraron en los primates, el grueso de las publicaciones de Young tiene que ver con la conducta del cobaya.
78. Citado en Goy 1967, p. 7.
79. Young 1941, p. 141.
80. Young y Rundlett 1939, p. 449.
81. Young et al. (1939) escribieron: «En cualquier medida del impulso sexual, la actividad montadora y la receptividad deberían verse como componentes separables de un complejo comportamental y medirse directamente por los medios que se consideren más apropiados» (p. 65).
82. Young y Rundlett 1939.
83. En esta dependencia cíclica las hembras de cobaya difieren de las ratas. Young hace notar la persistente confusión discutida en el capítulo anterior, engendrada por la expectativa de las llamadas hormonas masculinas y femeninas: «En un principio se anticipó que el reflejo de monta vendría estimulado por la acción estrógeno-andrógeno, y no estrógeno-progesterona. La relativa ineficacia de los andrógenos empleados es sorprendente, pero su capacidad de suplantar a la progesterona con mayor eficacia en la inducción del celo que en la inducción del reflejo masculino de monta es aún más intrigante» (Young y Rundlett 1939, p. 459).
84. Young 1941, p. 311. Aquí podemos ver la cultura de la práctica científica en acción. Para empezar a hacer ciencia se necesitaba un punto de partida mensurable. Young, como los otros, necesitaba resultados firmes para obtener financiación, instruir discípulos y continuar su investigación. En otras palabras, la práctica científica exitosa no necesariamente conduce a una visión de conjunto imparcial de la función organísmica, sino a experimentos esmeradamente diseñados para dar resultados específicos y preparar el camino para más experimentos esmeradamente diseñados.
85. También se incluyó otra categoría de respuesta de apareamiento llamada «otros» (Young y Grunt 1952).
86. «Se postula ... que buena parte de la diferencia entre individuos es atribuible a la reactividad de los tejidos y no a diferencias en la cantidad de hormona» (Grunt y Young 1952, p. 247). Véase también Grunt y Young 1953; Riss y Young 1954.

87. Valenstein et al. 1955, p. 402. Los artículos adicionales que detallan la importancia del contexto genético y la experiencia son Valenstein et al. 1954; Riss et al. 1955; Valenstein y Young 1955; Valenstein y Goy 1957. En este periodo, el grupo de Young comenzó a considerar más seriamente la distinción entre la organización temprana de los circuitos neuronales y su activación en momentos separados por hormonas circulantes. En un artículo escriben: «Los datos sugieren que el papel del p.t. [propionato de testosterona] es el de activador, más que de organizador directo del comportamiento sexual. La organización depende de variables asociadas con los linajes y de la oportunidad de aprender las técnicas de montar y maniobrar a una hembra» (Riss et al. 1955, p. 144). En aquel momento, Young también sospechaba que la organización de las conductas sexuales masculinas «no está tan estrechamente restringida a un periodo crítico temprano como lo está» la impronta en las aves (Young 1957, p. 88). Después de 1959, Young y otros comenzaron a insistir en la importancia de un periodo crítico, y una vez hubieron demostrado un efecto organizador prenatal de la testosterona, ya no volvieron a describir los efectos del aislamiento social como «organizadores». Robert Goy, discípulo de Young, también encontró que las diferencias de linaje y experiencia eran importantes para la organización de las respuestas de apareamiento femeninas. Estos hallazgos adquieren importancia en vista del interés posterior en el papel (o su ausencia) del estrógeno prenatal en la organización de las pautas de apareamiento femeninas. Véase Goy y Young 1956-57, 1957; Goy y Jakway 1959.
88. Phoenix et al. 1959.
89. Ibíd. p. 370.
90. Ford y Beach 1951, p. 125; Hampson y Hampson 1961, p. 1425. Aunque este último artículo apareció dos años después que el de Phoenix et al., Young editó el volumen en el que se publicó, así que tanto él como sus colaboradores lo habían leído y podían citarlo como «de próxima aparición».
91. La controversia era compleja. Hampson y Hampson, por ejemplo, escribieron que su estudio «del hermafroditismo humano sugiere con fuerza la tremenda influencia de la crianza y el aprendizaje social en el establecimiento del rol sexual normal ... y, por analogía, el desorden sexual psicológico». Al mismo tiempo, no descartaron del todo las contribuciones de la genética o la constitución corporal. Pero pensaban que «la evidencia se alinea firmemente contra una teoría de imperativos conductuales innatos, preformados y hereditarios, hormonales o de otra naturaleza» (1961, p. 1428). También hubo debates dentro del laboratorio de Young sobre el significado de los hallazgos: «Los miembros más jóvenes del equipo estaban más convencidos [que Young] de que se trataba de un efecto cerebral directo ... Este tema se debatió acaloradamente en el laboratorio mientras se escribía el artículo, y las opiniones un tanto contradictorias presentadas finalmente reflejan un compromiso entre lo que se sospechaba que había

ocurrido y lo que se podía demostrar» (Kim Wallen, comunicación personal, 11 de julio de 1997).

92. Expuse los detalles técnicos de este artículo con cierta extensión en Fausto-Sterling 1995. Las críticas me han convencido de que algunos aspectos de este tratamiento anterior eran incorrectos, especialmente mi reconocimiento parco de la deuda histórica de Young y mi aserción de que Phoenix et al. notificaron un efecto cerebral, cuando lo cierto es que fueron más cautos y hablaron de un efecto sobre el sistema nervioso central. Pero el artículo es útil para poner de manifiesto las modificaciones fundamentales de la teoría O/A desde su publicación original, y mantengo mi crítica de que el modelo omite la experiencia y la diferencia genética e individual. No es la suerte de modelo holístico que quería Beach, ni el que desarrollo en este capítulo y el siguiente.

93. Phoenix et al. 1959, p. 372. Se efectuaron cuatro experimentos básicos: (1) se inyectó estradiol y progesterona a hembras adultas prenatalmente expuestas y se midieron aspectos de sus respuestas de apareamiento, y se concluyó que la exposición androgénica prenatal suprimía la lordosis, pero no la monta seudomasculina; (2) se estudió la «permanencia» de los efectos del andrógeno prenatal y se comprobó que se presentaban a los 6-9 meses y de nuevo a los 11-12 meses de edad (los cobayas viven unos 10-12 años), concluyéndose que «la supresión de la capacidad para exhibir los componentes femeninos del comportamiento sexual ... parece haber sido permanente» (p. 377); (3) se estudiaron los efectos de la inyección de testosterona en adultos prenatalmente expuestos a andrógenos, y se halló que las hembras respondían más (eran más proclives a exhibir una pauta de apareamiento masculina, por ejemplo) a la testosterona que las hembras no tratadas, concluyéndose que «la expresión más rápida e intensa del comportamiento masculino por los hermafroditas se cree que es un efecto de la administración prenatal de propionato de testosterona en los tejidos mediadores del comportamiento masculino y, por ende, una expresión de su acción organizadora»; (4) se examinó el comportamiento de machos adultos hermanos, también expuestos a andrógenos prenatales, sin que se encontrara ningún efecto aparente del tratamiento prenatal con testosterona.

Aquí me ocupo sólo de la conducta de apareamiento. Los autores eran bien conscientes de otros comportamientos sexualmente diferenciados (como la conducta maternal, el anidamiento o la agresión territorial), pero Young y Beach habían invertido décadas en definir las conductas de apareamiento de manera cuantitativa y evaluable.

94. Grady y Phoenix 1963, p. 483. Se comenzaron a emplear ratas para estos estudios porque entre ratas y cobayas hay una diferencia biológica de importancia práctica. En los cobayas, los eventos importantes desde el punto de vista anatómico y organizativo tienen lugar *in utero* porque los cobayas son

animales de gestación larga. Las ratas, en cambio, tienen una gestación más corta y nacen en un estado mucho menos diferenciado sexualmente. Young y colegas nunca consiguieron practicar castraciones prenatales con éxito en cobayas, pero podían castrar ratas recién nacidas, lo que no requería operar *in utero*. Además, podían tratar directamente a los animales de prueba con hormonas, en vez de inyectarlas en hembras preñadas (Grady et al. 1965).

95. Beach (1981). Aquí el autor comenta tanto la obra de Young como la suya propia. En un apartado autobiográfico, Beach enumera los efectos organizativos de las hormonas durante la ontogenia temprana bajo el epígrafe «Descubrimientos que casi llegué a hacer». También discute sus experimentos con perros en este contexto (Beach 1978, p. 30).
96. Phoenix et al. 1959, p. 381. El sistema nervioso central comprende el encéfalo y la médula espinal. Aunque sospechaban que el cerebro estaba involucrado, los autores hicieron gala de un cauto agnosticismo, porque no podían demostrarlo.
97. Phoenix et al. 1959, p. 379.
98. Ibíd. p. 380. Young tardó menos de una década en adoptar el discurso de presencia/ausencia introducido por Jost. En 1967 escribió: «Muchos de estos rasgos sexualmente dimórficos ... parecen influenciables en la dirección masculina por un tratamiento androgénico apropiado y en la dirección femenina por la ausencia de hormonas esteroides tempranas» (Young 1967, p. 180).
99. Phoenix et al. 1959, p. 380.
100. Young continuó debatiendo esta cuestión con Beach y los Hampson en los años sesenta. En 1961 y 1962, el ya obsoleto CRPS organizó dos congresos, sus dos últimas actividades antes de abandonar la escena de los estudios del sexo, por entonces asumidos en su práctica totalidad por la Fundación Nacional para la Ciencia y el Instituto Nacional de Salud Mental. Tras los congresos, el CRPS «recomendó al presidente de la división de ciencias médicas que el comité para la investigación en problemas del sexo fuera disuelto una vez el libro resultante de la conferencia sobre sexo y comportamiento estuviera editado» (Beach 1965, p. IX). Beach se encargó de la edición de un volumen que resumía ambos congresos, y es aquí donde encontramos a Young y Hampson discutiendo, con la mano editorial de Beach tomando partido en el debate. Por ejemplo, Young contestaba así al último artículo aún por publicar de John Hampson: «Por "bisexualidad" yo no entiendo ... que un individuo puede moverse igualmente bien en uno u otro sentido» (aquí un asterisco remite al lector a la tesis neutralista de Hampson en el capítulo siguiente). «Creo», continúa Young, «que ... la evidencia en la literatura clínica» y de primates «revelará una predominancia de caracteres masculinos en el macho genético, y una predominancia de caracteres femeninos en la hembra ... Incluso en los seres humanos, antes del nacimiento la escena» puede estar «preparada para la respuesta selectiva a factores experienciales y psicológicos» (Young 1965,

p. 103; Young reitera esta convicción en su revisión de 1967). Beach abandera el rechazo de Hampson de la idea de «las hormonas sexuales como único agente causal en el establecimiento del rol genérico y la orientación psicosexual de un individuo» (p. 115), y remite al lector a la discusión de Young. Hampson concluye que «el rol y la orientación de un individuo como niño o niña, varón o mujer, no tiene una base instintiva preformada ... En vez de eso ... cuando nacemos el sexo psicológico está indiferenciado (podría hablarse de neutralidad sexual) y ... el individuo se diferencia psicológicamente como masculino o femenino en el curso de numerosas experiencias vitales» (Hampson 1965, p. 119).

101. «Debe considerarse la posibilidad de que la masculinidad o feminidad del comportamiento de un animal *más allá de lo puramente sexual* se haya desarrollado en respuesta a ciertas sustancias hormonales dentro del embrión y el feto» (Phoenix et al. 1959, p. 381; la cursiva es mía).
102. Ibíd. p. 381. La posibilidad de que el estrógeno fetal o perinatal tenga un papel en el desarrollo del cerebro femenino sigue siendo motivo de controversia. Véase Fitch y Denenberg 1998; Fitch et al. 1998; Etgen et al. 1990; Fadem 1995; Ogawa et al. 1997.
103. Van den Wijngaard 1991b.
104. Beatty 1992.
105. A finales de los sesenta, John Money y Anke Ehrhardt habían aplicado el paradigma al estudio de las jóvenes con hiperplasia adrenocortical congénita (capítulo 3). En un ensayo divulgativo, presentaron la idea de que la exposición prenatal a niveles elevados de testosterona *in utero* masculinizaba el cerebro de los fetos femeninos. Money y Ehrhardt argumentaban que, al igual que ocurría con ratas y cobayas, las hormonas prenatales hacían que estas niñas tendieran a un estilo de juego más masculino (Money y Ehrhardt 1972). También por esta época, el endocrinólogo alemán Günther Dörner sugirió que la nueva comprensión que proporcionaba la teoría O/A podría ofrecer una cura de la homosexualidad. Citando experimentos que mostraban que la castración perinatal parecía impedir la masculinización del cerebro de la rata, Dörner esperaba que lo mismo podría aplicarse a los seres humanos. «Estos resultados», escribió, «sugieren ... que la homosexualidad masculina puede prevenirse mediante la administración de andrógeno durante el periodo crítico» (Dörner y Hinz 1968, p. 388).
106. Young 1961, p. 1223. Sobre el papel de los genes en la conducta femenina, Young escribió: «Como en el macho, se observaron diferencias en cada medida del comportamiento examinada: capacidad de respuesta al tratamiento [hormonal]... duración del celo inducido ... duración de la lordosis máxima, y número de montas seudomasculinas» (Young 1961, p. 1215).

A fin de obtener datos utilizables, los científicos suelen uniformizar

sus animales experimentales. En cierto sentido, pues, los experimentadores *produjeron* una descripción típica de las conductas sexuales a base de eliminar sistemáticamente la diversidad genética de sus estudios. Un reciente artículo breve sobre la producción comercial de ratas de laboratorio hace notar que las empresas suministradoras las han seleccionado para que crezcan lo más pronto posible (lo que incrementa el margen de beneficio). Como resultado, ahora pesan casi el doble que hace veinte años, y mueren mucho antes. Caben pocas dudas de que esta crianza selectiva ha modificado la fisiología de nuestra rata de laboratorio «estándar» para satisfacer los intereses tanto comerciales como experimentales. Así pues, las teorías basadas en estas ratas (especialmente, sospecho, las que tienen que ver con el metabolismo energético) están peculiarmente estructuradas para el laboratorio. En este sentido, hemos «creado» la biología. En otras palabras, los hechos a partir de los cuales generalizaremos los intentos de diseñar medicinas, regímenes dietéticos y teorías biológicas procederán de una criatura peculiar sujeta sólo a las selecciones humanas, no a la selección natural (véase Wassersug 1996; Clause 1993).

Young citaba especialmente sus experimentos de aislamiento social, que mostraban que, para un linaje genético dado, el desarrollo de las conductas de monta, penetración y eyaculación dependía «casi por completo ... del contacto que habían tenido [los animales] con otros animales jóvenes» (Young 1961, p. 1218).

107. Young 1964, p. 217. Por supuesto, algunos investigadores continuaban reconociendo la importancia de las interacciones sociales y la experiencia, y diseñando experimentos basados en dicho reconocimiento. Pero éste no era el paradigma imperante, y para muchos dentro y fuera de la disciplina, así como para el gran público, este otro enfoque más complejo quedaba fuera de la vista.
108. Phoenix 1978, p. 30.
109. Durante los años sesenta, Beach continuó contestando la teoría O/A e insistiendo en la bisexualidad adulta. Explicaba el reflejo de lordosis apelando a unidades neuromusculares desarrolladas antes del nacimiento en ambos sexos: «Están presentes en ambos sexos, y su organización a lo largo del desarrollo no depende de hormonas gonadales» Beach 1966, p. 532). A medida que el macho madura, los reflejos quedan bajo influencias inhibitorias que pueden liberarse en una variedad de circunstancias externas.
110. Money y Ehrhardt (1972) estaban inquietos por el juicio de las feministas militantes, a las que —señalaron— no les iba a gustar lo que tenían que decir. El índice de su libro también incluye una curiosa entrada: bajo «Liberación femenina: material citable», indicaban las páginas donde había pasajes que a su juicio reforzarían el punto de vista feminista (véase la p. 310). El psicólogo Richard Doty escribió un artículo en el que ex-

hortaba a los investigadores a dar más «igualdad de oportunidades» a las hembras roedoras (Doty 1974, p. 169), mientras que el psicólogo Richard Whalen expresaba su preocupación de que sus teorías de la formación del género en roedores fueran «sexistas» (véase, por ejemplo, Whalen 1974, p. 468). En un simposio celebrado en 1976 con ocasión del 65 cumpleaños de Beach, su discípula Leonore Tiefer lo enfureció con una charla en la que ofrecía una perspectiva feminista de la investigación contemporánea. Después, cuando Beach leyó la ponencia, se disculpó y admitió que su punto de vista era digno de ser escuchado. Véase Tiefer 1978 y van den Wijngaard 1991.

111. Durante su primera década de publicación, *Hormones and Behavior* dedicó el 80 por ciento de sus artículos de investigación a las hormonas y el comportamiento ligado al sexo.

Beach (1971) sugirió que los defensores de la teoría organizacional se habían dejado cautivar por la metáfora embriológica, pero que Young y sus seguidores no podían especificar qué se organizaba exactamente. También encontraba problemática la idea de que el andrógeno organiza el cerebro (masculino), y sugería que en tal caso la castración lo *desorganizaría*. ¿Qué podría implicar, se preguntaba, un cerebro desorganizado? Beach también expresó su preocupación por la pérdida del «conocimiento que tanto ha costado obtener acerca de las relaciones entre hormonas gonadales y comportamiento. Muchos teóricos están tan penosa y seriamente afectados de neurofilia (que en su fase terminal deviene inevitablemente en cerebromanía) que sólo están dispuestos a prestar atención a aquellas interpretaciones del comportamiento formuladas en el vocabulario del neurólogo» (Beach 1971, p. 286).

Este artículo de Beach ofrecía una dosis concentrada de su famoso humor ácido. Pero en vez de abrir una brecha en el corazón de la teoría organizacional, sus palabras (deduzco de la correspondencia con algunos de los que vivieron esta controversia) causaron más perplejidad que otra cosa, una recepción esperada por Beach, quien escribió: «Nadie es más consciente que yo de que muchos lectores pensarán que estoy arremetiendo contra molinos de viento» (Beach 1971, p. 291).

112. En su propia historia de la disciplina, Beach (1981) se las arregla para pasar de puntillas sobre sus objeciones anteriores sin citar su artículo de 1971. Lo significativo del silencio de Beach puede apreciarse en McGill et al. 1978. Este volumen de 436 páginas, conmemorativo del 65 cumpleaños de Beach, contiene artículos sobre las investigaciones en curso de al menos diecisiete de sus antiguos discípulos. Sólo uno hace referencia al artículo de 1971, y sólo para mencionar un hecho particular, no la crítica en sí.

Por supuesto, hay microexplicaciones: (1) una nueva generación de bioquímicos estaba tomando el relevo, y Beach no dominaba el enfoque

molecular, así que estaba fuera de onda, pero sus colegas jóvenes eran demasiado respetuosos con él para ponerle en evidencia; (2) su artículo fue tan intempestivo que excedió lo aceptable, y la gente prefirió poner la otra mejilla en vez de devolverle los insultos.

Además de atacar las ambigüedades lingüísticas, Beach consideró explicaciones alternativas para los resultados de los experimentos de tratamiento hormonal temprano. Se centró sobre todo en la pretensión de que la testosterona organizaba la conducta copulatoria masculina y femenina. Señaló que el andrógeno afectaba intensamente el crecimiento posnatal del pene. Así, los machos castrados en la infancia podían quedar incapacitados para la penetración y la eyaculación no porque sus cerebros no se hubieran masculinizado, sino porque sus penes eran demasiado pequeños. Para más sobre este debate véase Beach y Nucci 1970; Phoenix et al. 1976; Grady et al. 1965. En general, argumentaba que muchos de los resultados experimentales logrados podían derivarse de efectos sobre el sistema nervioso periférico o los genitales en vez del sistema nervioso central (véase, por ejemplo, Beach y Nucci 1970). La primera evidencia de que el cerebro era al menos un componente del sistema nervioso central implicado en la organización del comportamiento fue publicada por Nadler en 1968. Durante los años setenta y principios de los ochenta se acumularon evidencias adicionales. Véase Christensen y Gorski 1978; Hamilton et al. 1981; Arendash y Gorski 1982. (Doy las gracias a Elizabeth Adkins-Regan por esta cronología.)

Beach siguió insistiendo en que, cualesquiera que fueran los efectos de las hormonas tempranas en los machos, no borraban para siempre las conexiones neuronales requeridas para la expresión de la lordosis. Quizá, como él mismo había sugerido antes, las hormonas prenatales modificaban la sensibilidad de las neuronas a la estimulación hormonal posterior. Pero la metáfora de los circuitos (masculinos o femeninos) permanentes y mutuamente excluyentes parecía insostenible. Beach citaba un estudio de machos castrados en la edad adulta. De acuerdo con la teoría O/A, estos machos no deberían exhibir lordosis aunque se les estimulara con hormonas inductoras del estro, porque sus cerebros se habían masculinizado convenientemente en su momento. De hecho, las dosis normales de estrógeno *no* inducían la lordosis. Sin embargo, una serie de inyecciones más prolongada sí inducía la lordosis en estos machos castrados casi con tanta frecuencia como las hembras intactas en estro. Beach escribió: «Resulta cada vez más obvio que los mecanismos nerviosos capaces de mediar la lordosis y posiblemente otras respuestas receptivas auxiliares se organizan en el sistema nervioso central de las ratas macho a pesar de la presencia de hormona testicular durante los periodos prenatal y posnatal temprano» (Beach 1971, p. 267).

113. Ibíd. p. 270.
114. Beach 1976, p. 261.
115. Beach y Orndoff 1974; Beach 1976.

116. Hart (1972) concluyó que la manipulación del andrógeno neonatal afectaba tanto al desarrollo del pene como al sistema nervioso central.
117. Raisman y Field 1973.
118. Goy y McEwen 1980, p. 18. La conferencia que dio lugar a este libro se celebró en 1977.
119. Beach 1975.
120. Feder 1981, p. 141.
121. Michael Baum evalúa así la crítica de Beach:

> Irónicamente, la advertencia de Beach de que deberíamos resistir la tentación de atribuir todos los cambios inducidos por esteroides en el potencial conductual a cambios estructurales en el sistema nervioso central aún conserva cierta vigencia al principio de la década de los noventa ... Si bien la mayoría de investigadores estaría hoy de acuerdo en que los efectos ontogénicos del andrógeno sobre la respuesta coital masculina adulta a los esteroides probablemente refleja un cambio en el sistema nervioso, estos cambios comportamentales no pueden localizarse en ninguno de los por ahora bastante limitados inventarios de estructuras cerebrales sexualmente dimórficas de las diversas especies mamíferas estudiadas hasta la fecha. Además, como predijo Beach, algunos aspectos de los cambios inducidos por esteroides en el potencial de apareamiento pueden derivarse de la acción perinatal indirecta de los andrógenos sobre los órganos genitales masculinos en desarrollo» (Baum 1990, pp. 204-205).

Balthazart et al. se hacen eco de la observación de Baum, y escriben: «En todas las especies modelo ... todavía es imposible identificar satisfactoriamente caracteres cerebrales que se diferencien en respuesta a la acción temprana de los esteroides y expliquen las diferencias sexuales en los efectos activadores de los esteroides» (1996, p. 627). Cooke et al. (1998) y Schlinger (1998) hacen comentarios similares.

122. Para una buena visión de conjunto de estos cambios, véase Chafe 1991. Para información específica sobre la historia del movimiento gay estadounidense véase D'Emilio 1983.
123. Money y Ehrhardt 1972, p. xi.
124. Doty 1974. Doty también señaló que el sentido del olfato podría ser un aspecto clave de la conducta de apareamiento totalmente omitido por los estudios basados en la componente visual del comportamiento. Una implicación es que algunos efectos hormonales podrían ser mediados por cambios en los olores o las respuestas a los mismos, en vez de cambios en el cerebro o el sistema nervioso central. Esta objeción tiene paralelismos con el interés de Beach en los efectos hormonales sobre los sistemas sensoriales periféricos.
125. Doty no fue el primero en hacer esta crítica. Whalen y Nadler, por ejemplo, habían reclamado una mejor definición experimental de la receptividad femenina: «Si la receptividad se define por la presencia de esper-

matozoides en la vagina, entonces algunas hembras tratadas con estrógenos son receptivas. Si la receptividad se define por la inducción rápida y fácil del reflejo de lordosis, entonces la receptividad inducida hormonalmente queda suprimida» (1965, p. 152). Whalen prosiguió con sus críticas metodológicas durante los años setenta (véase, por ejemplo, Whalen 1976).

126. De Jonge 1995, p. 2. Si una hembra no está en estro, ni siquiera un macho mucho más grande conseguirá copular con ella. Varios investigadores me han hecho notar que ningún macho roedor puede conseguir copular con una hembra no dispuesta a ello, y que en algunas especies una hembra puede atacar y hasta matar a un pretendiente no bienvenido.
127. Clark 1993b, p. 37. En libertad, una hembra no dispuesta se esconde en su madriguera, mientras que el macho interesado intenta persuadirla para que salga. En su caja de prueba, sin escape posible, una hembra puede responder agresivamente, chillando y mordiendo al macho (Calhoun 1962; de Jonge 1995).
128. En un homenaje al recientemente fallecido Young, Beach hizo notar la dificultad de demostrar la ausencia de una representación neural concreta (Beach 1968). Éste parece ser un buen ejemplo de su advertencia. El reflejo de lordosis estaba ausente y presumiblemente perdido, porque se suponía que el sustrato nervioso requerido había sido suprimido por el tratamiento temprano con testosterona. Pero en ciertas circunstancias experimentales aparecía un resultado positivo en forma de lordosis frecuente, lo que sugiere que el sustrato nervioso estaba presente después de todo.
129. Gorski 1971, p. 251.
130. «La precisión y sofisticación rápidamente crecientes de las técnicas endocrinológicas», escribió, «no han ido acompañadas de avances comparables en la definición y medición de las variables comportamentales» (Beach 1976, p. 105).
131. Trabajos más recientes muestran bastante claramente que las conductas proceptiva y receptiva responden a hormonas activadoras diferentes en la fase adulta (de Jonge 1986; Clark 1993)
132. En un artículo posterior (1977), Madlafousek y Hlinak ofrecieron una *descripción densa* (tomando prestado un término antropológico) de los diversos aspectos del comportamiento de la rata hembra a lo largo del estro. (Una «descripción densa» ofrece una profusión de detalles, a partir de los cuales se espera que surja una interpretación matizada.)
133. Whalen 1974; Davis et al. 1979.
134. Whalen y Johnson 1990.
135. Bem 1974. El paralelismo entre los artículos de Bem y Whalen publicados el mismo año es sorprendente. En particular, ambos hacían hincapié en la independencia de la masculinidad y la feminidad. Whalen es-

cribe: «Bem y yo no habíamos intercambiado ninguna de las ideas que presentamos por entonces. Debía ser el momento justo» (comunicación personal, 19 de septiembre de 1996). Sandra L. Bem escribe: «Pienso que el *Zeitgeist* ... es otra hipótesis que debe considerarse aparte del contacto directo ... Estoy segura de que, en aquella época, nunca había coincidido o hablado con Whalen» (comunicación personal, 28 de septiembre de 1996).

136. Goy y McEwen 1980, pp. 5, 6. Estos autores hacen notar la nueva respetabilidad atesorada por la investigación sobre hormonas: «Aunque sigue habiendo una controversia seria y razonable en cuanto a la causa biológica de las diferentes organizaciones de la sexualidad ... la hipótesis hormonal se ha ganado una respetabilidad que permite su inspección incluso para los problemas de la conducta sexual humana, un permiso que los investigadores clínicos no concedían así como así hace unas pocas décadas».

137. Las neuronas contienen una enzima llamada *aromatasa* que transforma la testosterona en estrógeno. Estudios recientes muestran que el hipotálamo de los fetos de ratón masculinos exhibe una actividad de la aromatasa mayor que la de los fetos femeninos. Esto implica que algunas conductas masculinas pueden ser resultado de unas concentraciones de estrógeno *mayores* en los cerebros masculinos que en los femeninos. La aromatasa no se distribuye uniformemente por todo el cerebro, y los papeles múltiples y complejos de los esteroides sexuales en sus diversas variantes moleculares, así como las enzimas que los transforman y las diversas regiones cerebrales que contribuyen a su síntesis, todavía esperan una comprensión uniforme o hipótesis unificadora. Véase, por ejemplo, Naftolin et al. 1971, 1972; Naftolin y Ryan 1975; Naftolin y Brawer 1978; Naftolin y MacLusky 1984; Hutchison et al. 1994.

Mientras que la hipótesis de la conversión produjo una pequeña oleada de investigación sobre la producción de estrógeno por diversos órganos en los machos, sólo un pequeño número de investigadores parece haber advertido que los resultados deberían suscitar una reevaluación de la hipótesis de presencia/ausencia para las ontogenias masculina y femenina. En 1978, y de nuevo en 1984, un endocrinólogo planteó la cuestión de si la diferenciación sexual femenina estaba mediada hormonalmente; también en 1984, otro autor señaló que «la diferenciación sexual en machos y hembras es dependiente de las hormonas» (Döhler 1976, 1978; Döhler et al. 1984; Toran-Allerand 1984; la cursiva es mía).

138. Bell et al. 1981.

139. Véase, por ejemplo, la variedad de artículos en Young y Corner 1961 o de Vries et al. 1984.

140. Beach insistió en la normalidad de la monta femenina y exhortó a estudiarla como una conducta femenina típica. También razonó que las per-

sonas tenían los mecanismos neurales requeridos para la atracción homosexual, aunque pensaba que la homosexualidad exclusiva era producto de las complejidades de la cultura y la experiencia (Beach 1968).

141. Kinsey et al. escriben: «Varios investigadores (Ball, Beach, Stone, Young et al.) han mostrado que la inyección de hormonas gonadales puede modificar la frecuencia con la que un animal exhibe una inversión comportamental ... Entre muchos médicos clínicos estos trabajos se han interpretado como que las hormonas sexuales controlan el comportamiento heterosexual u homosexual de un individuo. Ésta, por supuesto, es una interpretación totalmente injustificada» (Kinsey et al. 1948, p. 615).
142. Ésta es una actitud culturalmente específica. En muchas culturas latinoamericanas, por ejemplo, sólo el varón receptivo se considera homosexual.
143. Nada azuzó más este debate que la publicación del artículo de Simon Le Vay (1991). Véase también Byne y Parsons 1993; Byne 1995.
144. Adkins-Regan 1988. Esta autora señala que la distinción se perdió a menudo en las investigaciones médicas que aplicaban resultados de estudios con animales a los seres humanos, a pesar de que muchos investigadores del comportamiento animal la habían dejado clara en el pasado. Véase especialmente la p. 336.
145. En un estudio, los investigadores extrajeron los ovarios de hembras adultas y luego les inyectaron testosterona químicamente alterada para prevenir su conversión en estrógeno o progesterona. Las ratas tratadas con testosterona alterada preferían aparearse con machos, pero no exhibían el reflejo de lordosis, mientras que la progesterona facilitaba tanto el comportamiento receptivo (lordosis) como el proceptivo (saltos y carreras), pero no inducía la preferencia sexual por los machos. Esto implica que, en las ratas hembra, los mecanismos de la preferencia sexual y del comportamiento copulatorio difieren. Además, los andrógenos prenatales no parecen tener efecto sobre la orientación sexual de las hembras. Más bien, el entorno hormonal adulto interacciona con la experiencia previa (de Jonge et al. 1986; de Jonge et al. 1988; Brand et al. 1991; Brand y Slob 1991a, 1991b).
146. Francien de Jonge y colaboradores extrajeron los ovarios de ratas adultas, unas con experiencia sexual previa y otras sin. Luego indujeron conductas sexuales inyectándoles testosterona (o, para los controles, aceite normal y corriente). Las hembras inexpertas preferían la compañía de machos bajo la influencia de la testosterona, pero no mostraban ninguna preferencia sin ella, mientras que las hembras que tenían experiencia de haber montado a otras hembras continuaban prefiriendo parejas femeninas con independencia de que se les inyectara testosterona o aceite. En cambio, si su experiencia previa había sido con machos, luego no mostraban ninguna preferencia sexual definida (de Jonge et al. 1986). Aunque las hormonas adultas y la experiencia previa parecen ser claves para

las preferencias sexuales de la rata de laboratorio hembra, en el macho las hormonas prenatales adquieren más importancia. Julie Bakker completó una serie de experimentos que mostraban que los machos a los que se les bloqueaba la conversión de testosterona en estrógeno al nacer adquirían potenciales marcadamente bisexuales o asexuales. Si se dejaban intactos y se les sometía a un ciclo luz/oscuridad adecuado, iban y venían entre machos y hembras de prueba, exhibiendo conductas y preferencias de apareamiento alteradas. En la fase adulta, el estrógeno inducía preferencias homosexuales en tales machos, mientras que la testosterona parecía permitir una mayor bisexualidad (Bakker 1996). Bakker también mostró que, en los machos, el aislamiento social desde el destete hasta la fase adulta no tenía efecto en la preferencia sexual, aunque sí menoscababa drásticamente la ejecución del acto sexual. No obstante, las interacciones sociales adultas sí afectaban la preferencia sexual masculina. Las ratas tratadas con un inhibidor de la aromatasa necesitaban de la interacción física con sus parejas potenciales para diferenciarse de los controles. Aunque para redactar esta sección me he basado sobre todo en la tesis doctoral de Bakker, buena parte de su trabajo también puede encontrarse en las siguientes publicaciones: Brand y Slob 1991a, 1991b; Brand et al. 1991; Bakker et al. 1995a; Bakker, Brand et al. 1993; Bakker, van Ophermert et al. 1993; Bakker 1995; Bakker et al. 1994.

147. Véase, por ejemplo, LeVay 1996.
148. Schlinger 1998.
149. Wallen 1996.
150. El psicólogo Gilbert Gottlieb (1997) resume en su libro toda una vida de experimentos sobre el desarrollo del comportamiento aviar (la impronta, por ejemplo) y aplica la tradición de la teoría de sistemas a sus resultados. ¡Es una buena lectura!
151. Ward 1992.
152. Véase, por ejemplo, Houtsmuller et al. 1994. Hay una extensa literatura acerca de los efectos de la situación en el útero sobre el comportamiento futuro.
153. Gottlieb 1997.
154. Laviola y Alleva 1995.
155. Harris y Levine 1965.
156. De Jonge et al. 1988.
157. Harris y Levine 1965.
158. Feder 1981.
159. Gerall et al. 1967; Valenstein y Young 1955; Hard y Larsson 1968; Thor y Holloway 1984; Birke 1989.
160. Por ejemplo, cuando se encerraban hembras que no ovulaban con machos sexualmente experimentados, los animales no se apareaban. Pero al cabo de tres meses de cohabitación continua, 18 de 60 hembras respondieron

a los intentos de monta por parte del macho (Segal y Johnson, citado en Harris y Levine 1965).

161. Ward 1992.
162. Moore et al. 1992. Moore describe los efectos del tratamiento precoz con testosterona como una red o una cascada. Su modelo no tiene conexiones lineales. El número de órganos afectados aumenta cuanto más temprana es la influencia hormonal en las glándulas odoríferas y el cerebro, y la consiguiente alteración de la fisiología hepática, la anatomía genital y el desarrollo muscular. Finalmente, el lamido maternal, el tamaño corporal, el juego, la exploración y el autoacicalamiento interaccionan con los efectos hormonales. Así pues, el comportamiento es resultado de la interrelación entre la fisiología, la anatomía y la conducta. Por ejemplo, el lamido maternal causa y es causado por las interrelaciones entre el olor, la producción y retención de orina y la conducta de extensión de patas de las crías, junto con el balance hídrico y salino de la madre en relación con la lactancia y la atracción hacia el olor infantil. Las relaciones son complejas y descentralizadas. Las hormonas se integran en una red que incluye, entre otras cosas, la experiencia, el cerebro, los músculos periféricos y la fisiología general (Moore y Rogers 1984; Moore 1990).
163. Drickamer 1992.
164. Moore y Rogers 1984; Moore 1990.
165. Arnold y Breedlove 1985.
166. Breedlove 1985, p. 801. También hay otros efectos hormonales. El tratamiento prenatal o perinatal con testosterona reduce la función tiroidea, afecta al hígado y causa una amplia variedad de anormalidades del sistema reproductivo (Moore y Rogers 1984; Moore 1990; Harris y Levine 1965; de Jonge et al. 1988; de Jonge 1986).
167. Södersten describe un linaje de ratas en el que los machos intactos exhiben una respuesta de lordosis significativa, a menudo considerada una conducta exclusivamente femenina, mientras que van de Poll y colaboradores mencionan otro linaje que no muestra alteraciones del comportamiento agresivo inducidas hormonalmente. Finalmente, otros investigadores han discutido las diferencias entre linajes de ratones en cuanto a la respuesta al tratamiento con testosterona (Södersten 1976; van de Poll et al. 1981; McGill y Haynes 1973; Luttge y Hall 1973).
168. Véase, por ejemplo, Calhoun 1962; Berry y Bronson 1992; Smith, Hurst et al. 1994.
169. Gerall et al. 1973.
170. Södersten 1976.
171. Adkins-Regan et al. 1989.
172. De Jonge et al. 1988. Este resultado es consistente con la observación de que la presencia de un ovario hacia la pubertad facilitaba la aparición de conductas femeninas en los adultos de ambos sexos (Gerall et al. 1973).

173. Tobet y Fox 1992.
174. Toran-Allerand 1984, p. 63; la cursiva es mía.
175. Uno de mis interlocutores por correo se mofó de este comentario y sugirió que los estudios a largo plazo serían una pérdida de tiempo, porque estaba seguro de que el resultado no cambiaría. Dada la actual explosión de información sobre la plasticidad del sistema nervioso, creo que los estudios a largo plazo que manipulan variables del entorno son más que convenientes.
176. Brown-Grant 1974.
177. Beach 1971.
178. Feder 1981, p. 143.
179. Arnold y Breedlove 1985.
180. Para una revisión de trabajos sobre el juego social en las ratas juveniles véase Thor y Holloway 1984.
181. La pituitaria de las ratas hembras adultas, por ejemplo, controla el ciclo reproductivo mediante secreciones periódicas o cíclicas. En cambio, la pituitaria masculina controla la reproducción con un flujo de hormonas continuado. La testosterona perinatal parece suprimir de manera permanente la ciclicidad en las hembras tratadas, mientras que la castración de los machos recién nacidos resulta en adultos con una función hipofisaria cíclica (Harris y Levine 1965). En los primates, sin embargo, los efectos de las hormonas prenatales sobre la función hipofisaria no son permanentes, lo que permite la modulación funcional en la fase adulta (Baum 1979).
182. Feder 1981; Adkins-Regan 1988.

Capítulo 9: Sistemas de género: Hacia una teoría de la sexualidad humana

1. Sterling 1954, 1955. Unos cuantos expertos encontraron tiempo para leer y criticar un borrador previo de este capítulo. Por supuesto, ninguno es responsable del resultado final, pero todos merecen mi más sincero agradecimiento: Liz Grosz, John Modell, Cynthia García-Coll, Robert Perlman, Lundy Braun, Peter Taylor, Roger Smith y Susan Oyama.
2. Sterling 1970.
3. Por ejemplo, puede que su constitución genética sintonizara con su entorno y ambos empujaran en la misma dirección. O si no, ¿qué hubiera ocurrido si hubiera querido vestir de rosa y odiara los bosques? ¿Podría la presión maternal haberla apartado de su Betsy Wetsy? ¿Y si hubiera crecido en Nueva York, nacida de unos padres con poca curiosidad sobre cómo funciona el mundo natural? ¿Habría corrido su científica interior la misma suerte que la hermana de Shakespeare, descrita con tanta tristeza por Virginia Woolf en *Una habitación propia*? No hay manera de ele-

gir entre estas posibilidades, así que la especulación sobre los orígenes se mantiene, como en el debate sobre el cuerpo calloso, tanto en el dominio político como en el científico.

4. Véase, por ejemplo, Money y Ehrhardt 1972; Zucker y Bradley 1995.
5. Dewey y Bentley 1949, p. 69.
6. El filósofo Alfred North Whitehead escribe: «La noción de "organismo" tiene dos significados ... el microscópico y el macroscópico. El significado microscópico tiene que ver con ... un proceso de realización de una unidad de experiencia individual. El significado macroscópico tiene que ver con lo dado del mundo real ... el hecho pertinaz que a la vez limita y ofrece oportunidades para la ocasión real ... En nuestra experiencia esencialmente surgimos de nuestros cuerpos, que son los hechos pertinaces del pasado inmediato relevante» (Whitehead 1929, p. 129). Como algunos biólogos (Waddington 1975; Gottlieb 1997), encuentro que la filosofía procesual de Whitehead es la manera más apropiada de pensar en los organismos. Para más sobre Whitehead, véase Kraus 1979.
7. Hubbard y Wald 1993; Lewontin et al. 1984; Lewontin 1992.
8. Crichton 1990.
9. Hubbard y Wald 1993.
10. Hamer et al. 1993, pp. 321, 326. Rice et al. (1999) no han podido repetir el hallazgo, lo que lo sitúa entre un amplio número de propuestas genéticas sobre comportamientos complejos que continúan suscitando controversia.
11. Pool 1993, p. 291.
12. Anónimo 1995 a, 1995b.
13. Un seminario de científicos del comportamiento centrado en la determinación genética de la conducta vaticinó que la investigación futura llevará a la conclusión de que «los productos génicos son sólo una minúscula fracción del número total de determinantes genéticos. Otra pequeña fracción corresponderá a factores externos relativamente simples. Lo más importante, sin embargo, es que la inmensa mayoría de factores deterministas residirá en la multitud, hasta ahora impredecible, de interacciones entre factores genéticos y ambientales». Si bien los redactores de esta declaración todavía emplean el lenguaje interaccionista, sus resultados y conclusiones sugieren con fuerza que los sistemas dinámicos proporcionarán la mejor vía para la comprensión de las relaciones entre genes y comportamiento (Greenspan y Tully 1993, p. 79).
14. Hay cuatro clases de bases que, combinadas de tres en tres, indican a la célula que debe llevar un aminoácido concreto a una estructura llamada ribosoma, compuesta a su vez por varias proteínas y otra clase de producto génico llamado ARN ribosómico. Sobre el ribosoma, otras moléculas, segmentos de ARN y proteínas cooperan para enlazar aminoácidos en moléculas lineales llamadas proteínas. El ensamblado de las proteínas tiene lugar en la célula, pero fuera del núcleo.

15. Cohen y Stewart 1994; Ingber 1998.
16. Véase Stent 1981.
17. Brent 1999. Sólo ahora los biólogos del desarrollo están comenzando a pensar en cómo manejar y analizar semejante complejidad. Algunos hasta aspiran a elaborar modelos conexionistas (véase, por ejemplo, Reinitz et al. 1992). Además, los genetistas se están dando cuenta de lo complejo de la expresión incluso de genes usualmente presentados como ejemplos de una relación «pura» 1:1 entre estructura genética y fenotipo (Scriver y Waters 1999).
18. Stent 1981, p. 189.
19. La cuestión ética de si estos niños fueron «capturados» o «rescatados» se discute en Noske 1989. Véase también Singh 1942; Gesell y Singh 1941.
20. Eriksson et al. 1998; Kemperman y Gage 1999. Otros resultados recientes en mamíferos no humanos incluyen Barinaga 1998; Johansson et al. 1999; Wade 1999; Gould et al. 1999; Kemperman et al. 1998; Gould et al. 1997.
21. Barinaga 1996; Yeh et al. 1996; Vaias et al. 1993; Moore et al. 1995. Un ejemplo espectacular lo ofrecen algunos peces que cambian de sexo según su posición social. Véase Grober 1997; Kolb y Whishaw 1998.
22. Los ejemplos de plasticidad en vertebrados no humanos se han ido acumulando durante años. Véase, por ejemplo, Crair et al. 1998; Kolb 1995; Kirkwood et al. 1996; Kaas 1995; Singer 1995; Sugita 1996; Wang et al. 1995. Es imperativo incorporar esta investigación en las teorías del desarrollo sexual. Ya no me parece aceptable concluir, ni siquiera provisionalmente, a partir de pautas consistentes surgidas de, por ejemplo, estudios cognitivos en heterosexuales adultos de ambos sexos comparados con homosexuales adultos de ambos sexos, que «las hormonas sexuales prenatales son determinantes críticos de una amplia gama de características típicas de cada sexo» (Halpern y Crothers 1997, p. 197).
23. Véase White y Fernald 1997.
24. Pero recuérdese lo difícil que resulta: el mismo linaje genético de ratón se comporta de manera diferente en laboratorios diferentes (Crabbe et al. 1999).
25. Véase también Juraska y Meyer 1985. Las neuronas individuales pueden experimentar cambios morfológicos muy rápidos (en el lapso de 30 minutos) tras un periodo de intensa actividad (Maletic-Savatic et al. 1999; Engert y Bonhoeffer 1999). Los cambios comportamentales a largo plazo pueden implicar cambios en la estructura y relaciones de las llamadas asociaciones neuronales (grupos de células interconectadas). Véase Hammer y Menzel 1994.

    Considérese el hámster siberiano enano. Como muchos animales salvajes, los machos desarrollan testículos maduros y se aparean en ciertas estaciones, pero sus gónadas se atrofian y dejan de producir espermatozoides durante sus periodos de «paro». El acortamiento de los días puede inducir la regresión de las gónadas maduras, pero sólo si no hay hembras recepti-

vas ni crías en la vecindad. La dieta también puede afectar la pauta. El fotoperiodo, el entorno social y la dieta son señales medioambientales que afectan directamente al hipotálamo, una parte del cerebro implicada en la regulación de señales hormonales que pueden influir en el comportamiento (Matt 1993). Hay ejemplos similares en aves (véase Ball 1993).

La frecuencia de sexo también puede afectar al sistema nervioso. El psicólogo Marc Breedlove ha estudiado los nervios de la médula espinal de la rata, en particular los involucrados en la erección y la eyaculación. Los machos sexualmente activos tenían neuronas más pequeñas en ciertos nervios espinales que los célibes. Esta observación es importante a la hora de interpretar informaciones tales como el hallazgo de Le Vay de que gays y heterosexuales tenían agrupamientos celulares ligeramente distintos en el hipotálamo. No tenemos manera de saber si la diferencia causó un comportamiento o viceversa. Dada la complejidad del deseo sexual humano, sospecho que la segunda alternativa es más probable (Breedlove 1997; Le Vay 1991).

26. Concretamente, se registró una afinidad estrogénica aumentada en el núcleo basal de la *stria terminalis*, el hipocampo, el *subiculum*, los núcleos septales laterales y las cortezas entorrinal y piriforme, así como en el área preóptica medial y el núcleo arcuado del hipotálamo. Por otra parte, se detectó una densidad disminuida de receptores de estrógenos en el área gris periventricular del cerebro medio (Ehret et al. 1993).
27. Blakeslee 1995; Zuger 1997.
28. Kolata 1998b.
29. Huttenlocher y Dabholkar 1997.
30. Otro ejemplo animal reciente: el neurobiólogo Eric Knudsen colocó gafas prismáticas a lechuzas juveniles para distorsionar sus experiencias visuales tempranas, lo que provocó cambios permanentes en el campo visual de las lechuzas tratadas. Knudsen escribe que «el acto de aprender asociaciones anormales a edad temprana deja una huella duradera ... lo que permite restablecer conexiones funcionales inusuales cuando se necesitan en la edad adulta, aun cuando las asociaciones representadas por estas conexiones no se hayan usado durante un periodo de tiempo prolongado» (Knudsen 1998, p. 1531).
31. Benes et al. 1993; véase también Paus et al. 1999. Hay dos puntualizaciones a esta afirmación. En primer lugar, el estudio sólo abarca hasta la séptima década de vida. Mi predicción es que el hallazgo de la mielinización continuada se ampliará con nuestra longevidad. En segundo lugar, Benes et al. estudiaron sólo una región particular del cerebro (una parte del hipocampo). No todas las regiones del cerebro tienen la misma pauta de desarrollo, pero sospecho que el descubrimiento general de que el desarrollo cerebral continúa durante toda la vida se verá crecientemente respaldado por estudios futuros de una variedad de regiones cerebrales.

32. El estudio de la neuroplasticidad, especialmente en los seres humanos adultos, está aún en mantillas. Auguro que se descubrirán mecanismos adicionales de plasticidad nerviosa a medida que progrese la investigación. Para un ejemplo reciente véase Byrne 1997.
33. Kirkwood et al. 1996; Wang et al. 1995; Singer 1995; Sugita 1996.
34. Este hallazgo es congruente con la observación de un cambio en la representación cortical de monos adiestrados para usar repetidamente el dedo medio de una mano (Travis 1992; Elbert et al. 1995).
35. Cohen et al. 1997; Sterr et al. 1998.
36. Pons 1996; Sadato et al. 1996.
37. Baharloo et al. (1998) han relacionado el desarrollo de la entonación perfecta en músicos con la instrucción musical precoz.
38. Para una discusión de la interpretación del fenómeno por los psicólogos clásicos véase Grosz 1994.
39. Aglioti et al. 1994; Yang et al. 1994; Elbert et al. 1997.
40. Elbert et al. 1995; Kaas 1998. Las explicaciones de la sensación de dolor en el miembro fantasma son complicadas. Véase Flor et al. 1995; Knecht et al. 1996; Montoya et al. 1997.
41. Este conocimiento ha estimulado la confección de programas de entrenamiento para aquellos que han perdido la movilidad de un miembro debido a una embolia. Algunos programas incluyen intervenciones verbales además de físicas, lo que de nuevo sugiere que el mundo exterior puede contribuir a conformar el interior del cuerpo (Taub et al. 1993; Taub et al. 1994).
42. Arnstein 1997, p. 179.
43. Para un análisis de la representación del embarazo y los efectos de las nuevas tecnologías de visualización fetal véase Young 1990, capítulo 9, y Rapp 1997.
44. Elman et al. 1996, pp. 354, 365.
45. Elman y colaboradores reconocen su deuda intelectual con otros teóricos de sistemas. Está claro que ha habido una convergencia de pensamiento desde numerosas localizaciones intelectuales hacia la idea de sistemas dinámicos ontogénicos.

    En estos días, algunos psicólogos y muchos neurobiólogos han demolido la distinción entre cuerpo y mente. Un participante en Loveweb escribe: «La única razón por la que empleamos un lenguaje psicológico (intenciones, metas, motivos, planes) es que no sabemos cómo referirnos a estos estados en términos neurofisiológicos ... Los ambientalistas e interaccionistas que piensan que las influencias sociales/culturales/contextuales no pueden reducirse en principio a las influencias biológicas emplean un discurso que es científicamente inconmensurable». Otros psicólogos discrepan de este bioimperialismo. Un discrepante del anterior escribe: «El punto clave sobre el "lenguaje psicológico" es que formaliza la manera en

que los seres humanos conscientes han evolucionado para esculpir las realidades firmes del mundo a partir de la conciencia personal interna y su (imperfecto) intercambio social ... Lo que llamamos observación y pensamiento científico "objetivo" son parásitos de la capacidad de compartir experiencias subjetivas ... Y si las descripciones físicas de cerebros, genes, etc. pueden decirnos algo humanamente útil es sólo porque en última instancia podemos relacionarlas de manera apreciable con descripciones experienciales». Para un análisis feminista de la mente, el cuerpo y la psicología cognitiva véase Wilson 1998. En este capítulo empleo los términos *psique* y *mente* indistintamente. Tradicionalmente, de acuerdo con el *Oxford English Dictionary*, la palabra psique significa «principio animador en el hombre y otros seres vivos ... a diferencia de su vehículo material, el soma o cuerpo». En psicología, el término ha significado «la mente y las emociones conscientes e inconscientes, especialmente las que influyen sobre la persona en su totalidad».

46. West y Fenstermaker 1995, p. 21.
47. West y Zimmerman 1987.
48. West y Fenstermaker 1995; Alarcón et al. 1998; Akiba et al. 1999; Hammonds 1994.
49. El estudio del desarrollo humano a lo largo de la totalidad del ciclo vital ha comenzado a ser motivo de interés por derecho propio en los últimos veinte años. Para una revisión completa véase Elder 1998.
50. Para más sobre el enfoque psicoanalítico véase Fast 1993; Magee y Miller 1997.
51. Jacklin y Reynolds 1993. Lott y Maluso escriben: «Lo que parece ser central en todas las perspectivas de aprendizaje social, y el factor unificador de enfoques por lo demás dispares, es el recurso a principios de aprendizaje generales para explicar el comportamiento social humano» (Lott y Maluso 1993, p. 100). Para una teoría que combina los enfoques cognitivo y educativo, además de poner el énfasis en el género como realización de toda la vida, véase Bussey y Bandura 1998.
52. Kessler y McKenna 1978.
53. Una excepción es la obra visionaria de Kessler y McKenna (1978), quienes proporcionaron una teoría madura de la construcción del género, en un momento en el que el pensamiento sobre la construcción social del género estaba en pañales. Véase también Beall y Sternberg 1993; Gergen y Davis 1997.
54. Magee y Miller 1997, p. xiv.
55. Los diversos enfoques de sistemas o procesos para el estudio del desarrollo difieren en sus detalles, pero ninguno aborda el género demasiado en profundidad. Véase Grotevant 1987; Wapner y Demick 1998; Gottlieb et al. 1998.
56. Fogel y Thelen 1987, p. 756.
57. Ibíd. p. 757.

58. Ibíd.
59. La psicóloga Esther Thelen y colaboradores han aplicado estas ideas al desarrollo de las aptitudes motoras básicas en los niños. Tradicionalmente, los psicólogos creen que los niños se desarrollan a través de una serie de fases, donde el desarrollo neuromuscular precede a la adquisición de capacidades nuevas como gatear o caminar. Los tradicionalistas suponen que el desarrollo neuromuscular procede según un plan ontogénico gobernado genéticamente. Thelen, en cambio, aporta evidencias de que las conexiones neuromusculares requeridas para la marcha erguida están ya presentes en los recién nacidos, pero que los bebés no caminan porque otros aspectos de su estructura de soporte (la fuerza muscular y la resistencia esquelética, por ejemplo) no están lo bastante desarrollados para soportar el peso del cuerpo. El gatear, por ejemplo, no es una «fase humana inevitable» sino «una solución ad hoc al problema de obtener objetos deseados distantes, descubierta por los bebés individuales, dado un nivel de fuerza muscular y control postural» (Thelen 1995, p. 91). Thelen no encuentra incompatible el énfasis en la individualidad con las similitudes entre especies: «Dado que los seres humanos también comparten una anatomía y unas ligaduras biomecánicas comunes, las soluciones a problemas motores comunes también convergen. Todos descubrimos la marcha erguida antes que el salto (aunque nuestros modos de caminar son individuales y únicos)» (p. 91). Estas últimas peculiaridades se desarrollan a partir de los movimientos previos del niño en interacción con el entorno.

Thelen y colaboradores contemplan el cambio ontogénico «como una serie de estados de estabilidad, inestabilidad y cambios de fase» (p. 84). Saber cuándo se están produciendo tales cambios de fase o periodos de inestabilidad puede ser importante a efectos de terapia tanto física como mental, ya que las posibilidades de cambio comportamental son mayores. El término técnico para dicha estabilización es *canalización*, una palabra que C.H. Waddington aplicó por primera vez al desarrollo embrionario, pero que unos cuantos biólogos del desarrollo aplican ahora a la ontogenia del comportamiento. Thelen recurre a un diagrama inspirado en Waddington para ilustrar su idea. Véase también Gottlieb 1991, 1997; Gottlieb et al. 1998; Waddington 1957. El cambio puede continuar durante toda la vida, y siempre se asocia a la desestabilización de un sistema vigente, seguida de un periodo de inestabilidad —una fase exploratoria— y, en último término, el establecimiento de una nueva pauta.

El niño vive en un entorno rico, absorbiendo información con la vista, el oído, el tacto, el gusto y los músculos, articulaciones y receptores dérmicos que registran los cambios constantes asimilados por un cuerpo activo. Junto con un número creciente de psicólogos evolutivos, Thelen rechaza el dualismo entre estructura y función. En vez de eso, «los ciclos repetidos de percepción y acción dan lugar a nuevas formas de comporta-

miento sin estructuras mentales o genéticas preexistentes» (p. 93). Thelen enumera seis objetivos de una teoría del desarrollo: «1. Comprender los orígenes de la novedad. 2. Reconciliar las regularidades globales con la variabilidad, la complejidad y el contexto locales. 3. Integrar los datos ontogénicos a muchos niveles explicativos. 4. Proporcionar una descripción biológicamente plausible, pero no reduccionista, del desarrollo del comportamiento. 5. Comprender cómo los procesos locales dan resultados globales. 6. Establecer una base teórica para la generación e interpretación de investigaciones empíricas» (Thelen y Smith 1994, p. xviii).

60. Para un tratamiento en profundidad, véase Fogel et al. 1997. Otros estudios encajan bien en las teorías de Fogel, que encuentro atractivas porque permiten contemplar la emoción como un sistema fisiológico y relacional al mismo tiempo (véase, por ejemplo, Dawson et al. 1992). Jerome Kagan y colaboradores correlacionaron las diferencias individuales de temperamento en niños muy pequeños con el desarrollo subsiguiente de los rasgos de la personalidad infantil y adulta. En su opinión, el temperamento surge como un componente de la actividad nerviosa que, como ocurre con el desarrollo de la sonrisa, el niño y su entorno transforman en una pauta de conducta reconocible. Por ejemplo, Kagan propone la categoría temperamental *inhibido*, que se desarrolla a partir de «una actividad motora muy baja y llanto mínimo en respuesta a sucesos no familiares a los cuatro meses, y un comportamiento sociable y confiado en respuesta a sucesos discrepantes entre el año y los dos años de edad» (Kagan 1994, p. 49). Kagan cree que la actividad motora de los recién nacidos es el producto de interacciones complejas entre genes y entorno. Aquí la terminología puede ser muy confusa. Los investigadores, los periodistas y el gran público a menudo confunden los términos *genético*, *biológico* e *innato*. Técnicamente, una causa genética sería una forma de diferencia biológica. Un rasgo innato podría ser hereditario o el resultado de algo que afectara al feto *in utero*. El término *entorno* también podría referirse a eventos dentro del útero. Por ejemplo, la infección con el virus de la rubéola puede causar daños permanentes a un feto en desarrollo. Este perjuicio es ambiental y no genético, pero también es biológico, porque interfiere el desarrollo embrionario. El término *entorno* también puede referirse a los efectos posnatales del refuerzo o modelo parental, las interacciones con los iguales y demás. «El desarrollo», sugiere Kagan, «es una misión cooperativa, y ninguna conducta es un producto directo, de primer orden, de los genes» (Kagan 1994, p. 37).

Kagan ofrece una descripción sistemática de lo que toda madre dice conocer: los niños tienen temperamentos distintos desde que nacen. Los rasgos de la personalidad individual se desarrollan y refinan a lo largo del ciclo vital. En ello residen dos importantes contribuciones al estudio de la sexualidad humana. En primer lugar, la variabilidad individual es al me-

nos tan importante como pertenecer a una categoría particular tal como varón o mujer. En segundo lugar, los perfiles comportamentales (las personalidades) se desarrollan a todo lo largo del ciclo vital. Un patrón temprano particular no necesariamente se vuelve específico más adelante. La gran mayoría de investigadores en este campo estudia diferencias de grupo. Los críticos de este enfoque aducen que estos estudios borran la variabilidad interna de los grupos, a menudo igual o mayor que la variabilidad entre grupos. Además, este enfoque fija las categorías. Por ejemplo, la idea de «la mujer» emerge antes que categorías más diferenciadas como «la mujer blanca, de clase media y cincuentona». Véanse las discusiones de Lewis 1975; Hare-Mustin y Marecek 1994; Kitzinger 1994; James 1997; Chodorow 1995. Lott y Maluso señalan que el género es una categoría compleja, porque siempre es parte de un complejo que incluye raza, clase y experiencias individuales (familia, orden fraterno, etc.). Esto hace que el género sea un predictor muy poco fiable del comportamiento: «Nuestras profecías sobre el género basadas en expresiones estereotípicas suelen fallar, sobre todo en situaciones/contextos donde otras categorías sociales o atributos personales son más sobresalientes o relevantes. Sin embargo, nuestras instituciones sociales continúan respaldando con fuerza los estereotipos y generalizando el comportamiento, manteniendo con ello desigualdades de género en cuanto a poder y privilegios» (Lott y Maluso 1993, p. 100). Véase también Valsiner 1987 para una evaluación detallada de las teorías de la psicología evolutiva.

Kagan no deja de examinar diferencias sexuales. En su artículo de 1994 informa de que alrededor del 15 por ciento de las niñas que eran inhibidas a los nueve y los catorce meses se volvieron muy temerosas hacia los 21 meses de edad, mientras que escasos niños poco reactivos se hicieron más tímidos con el tiempo. Kagan supone (con alguna evidencia) que diferencias sexuales mínimas en la personalidad se exageran con el tiempo porque «inconscientemente los padres tratan a hijos e hijas de maneras diferentes y producen el número aumentado de niñas temerosas» (Kagan 1994, p. 263).

61. De las psicólogas citadas en los párrafos que siguen, Sandra Bem y Barrie Thorne son feministas declaradas. No conozco el perfil político de las otras autoras cuyo trabajo cito aquí.
62. Fagot et al. 1986.
63. A los nueve meses los bebés ya pueden percibir la diferencia entre las caras adultas masculinas y femeninas, pero su capacidad de etiquetar a los otros o a sí mismos no se adquiere hasta algún tiempo después (Fagot y Leinbach 1993). Fagot y Leinbach evaluaron las conductas según los tipos de juguetes elegidos (muñecas frente a camiones, por ejemplo), la comunicación con los adultos y los niveles de agresión. Para cuando el bebé alcanzaba los 2,25 años de edad, los padres de etiquetadores precoces y tar-

días ya no diferían en la frecuencia de respuestas positivas y negativas al juego sexualmente estereotipado (Fagot y Leinbach 1989, p. 663). Sobre las respuestas sexualmente estereotipadas de los padres a los niños recién nacidos véase Karraker et al. 1995.

64. Fagot y Leinbach 1989, p. 672. Levy (1989) halló que ciertas interacciones parentales se correlacionaban con la mayor o menor esquematización del género en los niños. Las niñas con madres que trabajaban fuera de casa tenían esquemas de género más flexibles, igual que los niños con menos hermanos. Los niños que miraban la televisión comercial tenían más conocimiento de los roles sexuales, mientras que las niñas que miraban la televisión educativa tenían mayor flexibilidad de roles sexuales. Así pues, muchos factores contribuyen a la fuerza y rigidez de los esquemas de género en niños de 2,8 a 5 años.
65. Los psicólogos evolutivos hablan de *constancia de género* para referirse a la capacidad de un niño para conocer el sexo de una persona con independencia de pistas como la vestimenta o el peinado. Hay controversia sobre cuándo y cómo se desarrolla dicha constancia de género (Bem 1989).
66. Bem (1989) empleó fotos de niños con el pelo corto, pero les puso pelucas propias de su género para crear las fotos estereotipadas. Véase también de Marneffe 1997.
67. Martin y Little 1990, pp. 1436, 1437; Martin 1994.
68. Martin et al. 1990. Para interacciones adicionales entre maduración cognitiva y experiencias de socialización en la infancia media véase Serbin et al. 1993.
69. Thorne 1993, pp. 3-4. En 1998, el libro de Judith Rich Harris causó un gran revuelo porque defendía la importancia de la socialización entre iguales. Esto es una versión extrema de lo que Thorne y muchos otros psicólogos han sabido desde hace años. Véase Harris 1998. El número del 7 de septiembre de 1998 de *Newsweek* dedicaba su portada al libro. Para la investigación reciente de los efectos intrafamiliares del orden fraterno, el género y las actitudes parentales véase McHale et al. 1999.
70. Thorne no es la única que cuestiona la utilidad de la investigación continuada sobre la diferencia, ni mucho menos. Véase, por ejemplo, James 1997.
71. García-Coll et al. (1997) sugieren siete nuevos enfoques experimentales: 1) «Centrarse en los procesos sociales y psicológicos que quedan empaquetados como "raza", etnicidad, clase social y/o género»; 2) «Examinar los contextos que conforman la comprensión infantil de las categorías sociales»; 3) «Examinar la intersección y los límites de las categorías sociales en las vidas infantiles»; 4) «Examinar la participación de los niños en la construcción y los usos de las categorías sociales y su resistencia a las mismas»; 5) «Examinar la influencia de las identidades sociales en las metas, valores, concepto de sí mismo y adscripción comportamental»; 6)

«Estudiar la "raza", la etnicidad, la clase social y el género como fenómenos ontogénicos»; 7) «Estudiar las categorías mismas».

72. Lorber 1994, p. 32; énfasis en el original. Lorber también se cuida de puntualizar que el género no es la única dicotomía socialmente construida; lo mismo vale para la raza y la clase social. Presumiblemente, las identidades subjetivas no se adquieren de manera aditiva, sino que el género viene a significar cosas distintas dentro de las matrices añadidas de la raza y la clase. Los psicólogos y los sociólogos se concentran en el género por dos razones positivas: la dicotomía genérica se establece muy pronto, y es una componente principal de la manera en que muchas, si no todas, las culturas producen la organización social. Por supuesto, también hay razones negativas (el racismo y el clasismo) para la relativa carencia de estudios sobre el desarrollo de las dicotomías de raza y de clase en una sociedad en la que estos aspectos de la existencia humana también saltan a la vista. Véase también West y Fenstermaker 1995.
73. Véase, por ejemplo, Epstein 1997; Lott 1997.
74. Lorber 1994; Fiske 1991; Bem 1993; Halley 1994; Jacklin 1989.
75. En un debate entre pensadoras feministas, la experta en ciencias políticas Mary Hawkesworth escribió que «las discusiones del género en la historia, el lenguaje, el arte y la literatura, la educación, los medios de comunicación, la política, la psicología, la religión, la medicina y la ciencia, la sociedad, la legislación y el mundo laboral se han convertido en puntos cardinales del pensamiento feminista contemporáneo» (Hawkesworth 1997). Estoy de acuerdo en que todos estos campos de batalla intelectuales tienen una contribución potencial al proyecto de entender el cuerpo como un sistema biosociocultural. Aquí extraigo ejemplos de la sociología y la historia.
76. Desde el estudio de Katherine B. Davis sobre las reclusas (véase el capítulo 6) hasta los estudios actuales de la frecuencia de interacciones homosexuales en entornos urbanos y rurales, los sociólogos han querido obtener información que sirva de guía para las decisiones importantes en materia de política social. ¿Están relacionados el sexo y la delincuencia? ¿Podemos obtener modelos realistas de las actividades y redes sexuales que puedan ayudarnos a frenar la expansión del sida y otras enfermedades de transmisión sexual? ¿Están aumentando los embarazos de adolescentes y, si es así, por qué? Obtener respuestas a estas preguntas no es fácil, y cualesquiera conclusiones a las que *podamos* llegar estarán siempre matizadas por los límites de la información obtenida mediante encuestas (di Mauro 1995, Ericksen 1999).
77. Hacking 1986.
78. Delaney 1991. ¿O qué decir de esos hombres que evitan la palabra *sexo* para describir sus encuentros homosexuales, y prefieren decir que «hacen locuras»? (Cotton 1994).
79. Garber (1995) discute la bisexualidad. Otras discusiones sobre los proble-

mas que plantea el empleo de categorías supersimplificadas de preferencia sexual pueden encontrarse en Rothblatt 1995; Burke 1996.

80. Diamond 1993, p. 298. Esta homosexualidad no es necesariamente una «actividad de desplazamiento». Dentro del género literario de la biografía penal no es difícil encontrar hombres que se enamoran genuinamente en prisión, pero que tienen una vida amorosa heterosexual una vez fuera. Para un conmovedor relato de amor homosexual en prisión véase Berkman 1912. Berkam, durante muchos años amante de Emma Goldman, escribe en esta biografía sobre los profundos sentimientos que lo embargaron por dos veces estando en prisión. Es difícil interpretar estos afectos como un mero desahogo sexual. Para una referencia más moderna véase Puig 1998.
81. El temor de que denominar categorías y preguntarle luego a la gente si encaja en ellas contribuya a *crear* los comportamientos en cuestión está en la raíz de las dificultades políticas que encuentran los sexólogos (aquí aludo primariamente a los sociólogos y psicólogos que estudian el comportamiento sexual humano) para obtener financiación de sus investigaciones (Fausto-Sterling 1992 a; Laumann, Michael et al. 1994). El estamento académico en general y los políticos contemplan el estudio de la conducta sexual humana con algo más que cierta suspicacia. En los años sesenta ninguna revista académica quiso publicar la investigación original de Masters y Johnson sobre la fisiología de la respuesta sexual humana (Masters y Johnson 1966). Más recientemente, Cynthia Jayne, una psicóloga clínica que ejerce en el ámbito privado, no pudo convencer a una de las principales revistas de psicología para que aceptara su estudio sobre el orgasmo femenino y la satisfacción sexual, aunque una revista de sexología sí lo publicó. Jayne ha sido atacada a menudo por quienes encuentran escandalosos sus métodos, lo que ha hecho que sus colegas adopten una postura defensiva. Este hecho ha contribuido significativamente a la conformación intelectual de la disciplina. Como escribe Jayne: «Existe un estrecho camino por el que los sexólogos deben navegar, entre responder a la crítica inapropiada y generar las críticas que garantizan la salud y el crecimiento profesional continuado de la disciplina» (Jayne 1986, p. 2). Veáse también Irvine 1990a, 1990b.
82. Elder 1998, p. 969.
83. Weeks 1981b. Weeks no pretende que éstas sean las únicas categorías, sino que las contempla más como un conjunto de líneas directrices.
84. Evans (1993) escribe que «la penetración estatal en la sociedad civil en el capitalismo de consumo significa que, en vez de una dominación del capital asentada en una sociedad civil colonizada con el fin de reproducir el trabajo, ahora la sociedad civil es colonizada por el Estado con el fin de reproducir a los consumidores, "hombres y mujeres cuyas necesidades son permanentemente redirigidas para adecuarlas a las necesidades del mercado", en su obsesiva persecución de la sexualidad, el medio por el que buscan definir sus personalidades y ser conscientes de sí mismos» (p. 64).

85. Weeks 1981b, p. 14.
86. Para una exposición histórica detallada de la construcción de los espacios privados y la cultura propia de los gays en Nueva York, véase Chauncey 1994.
87. Véase, por ejemplo, Kates 1995. Leslie Feinberg presenta una fascinante historia de la gente que adopta la vestimenta y la identidad del otro sexo, y señala que en más que unos pocos casos los individuos que transgredían la separación entre géneros también tomaron parte en otras acciones revolucionarias: revueltas de campesinos, rebeliones religiosas, etc. En su novedoso libro, Feinberg hilvana meticulosamente retales de historia. Aunque se encuadra en el género de la «historia recuperada», típico de los movimientos sociales incipientes, reta a los historiadores a explorar con más profundidad los casos que saca a relucir (Feinberg 1996).
88. Para la importancia de la tecnología en la emergencia del transexualismo y las definiciones contemporáneas del género, véase Hausman 1995. Para una historia más general de la cirugía cosmética consúltese Haiken 1997. Ambos libros ilustran la importancia de la tecnología en el proceso de construcción del sexo y el género.
89. La antropóloga médica Margaret Lock viene a coincidir conmigo cuando escribe que la mayoría de enunciados del cuerpo en la cultura no «tienen en cuenta las poderosas transformaciones del material ocasionadas por la tecnociencia ni consideran su impacto en la subjetividad, la representación y la política cotidianas» (Lock 1997, p. 269).
90. Mi intento de proporcionar un mapa visual de los sistemas del desarrollo sexual humano se inspira en la obra de Peter J. Taylor. El primer principio operativo es que los procesos sociales y naturales no son separables. El segundo es que enfoques muy distintos ofrecen intuiciones importantes sobre problemas complejos. Taylor aplica un enfoque sistémico a dos ejemplos diferentes, uno ecológico y otro psiquiátrico (la depresión severa). Considérese la erosión del suelo en un pueblo mejicano. Taylor dice que este proceso sólo puede entenderse si se consideran simultáneamente la historia social y política de la región, el carácter de la agricultura y la ecología (factores «naturales» como la precipitación, la estructura del suelo, etc.), la naturaleza de las instituciones sociales y económicas locales y los cambios demográficos regionales. Tradicionalmente, los expertos estudian cada uno de estos factores como si fueran independientes. Taylor, en cambio, los representa como líneas paralelas horizontales surcadas por una trama vertical en pata de gallo, que representa eventos como la regulación del ramoneo de las cabras o el uso de terrazas, que cambian la naturaleza de las líneas paralelas. Para esbozar un cuadro preciso de la situación actual hay que fijarse en las cuatro líneas y sus interconexiones (Taylor 1995, 1997, 1998, 1999).
91. Aunque no empleó la metáfora de las muñecas rusas, el embriólogo Paul

Weiss ideó hace muchos años un diagrama del desarrollo que recuerda la sección transversal de una muñeca rusa. Weiss incluyó más capas organísmicas que yo, pero la idea es similar (Weiss 1959). Otros han empleado diagramas más complejos para visualizar el desarrollo humano. Véase, por ejemplo, Wapner y Demick 1998, fig 13.1. Estos autores aplican la noción de transacción de Dewey y Bentley para describir el sistema «organismo en su entorno», que caracterizan en términos de niveles de integración, que van desde las actividades dentro del organismo individual hasta lo que Wapner y Demick llaman «la persona en el sistema mundial» (p. 767).

92. Dewey y Bentley emplean los términos *intradérmico* y *extradérmico* para comunicar esta idea. También recelan mucho de la idea de «la mente». Escriben que «la "mente" como "actor", todavía en uso por las psicologías y sociologías actuales, es la vieja "alma" autónoma, despojada de su inmortalidad, reseca e irritable. "Mente" o "mental" como término preliminar en la enunciación causal es una buena palabra para indicar una región o al menos una localidad general que requiere investigación; como tal es incuestionable. "Mente", "facultad", "CI" o lo que sea como actor a cargo del comportamiento es charlatanería, y "cerebro" como sustituto de "mente" es peor. Estas palabras insertan un nombre en el lugar de un problema» (Dewey y Bentley 1949, pp. 131-132). Por mi parte, empleo la idea de mente o psique como un marco para procesos que podemos examinar, no como la descripción de un mecanismo.
93. Por supuesto, hay unidades aún menores dentro de las células (orgánulos, moléculas, etc.). Pero la célula es la última de las unidades de funcionamiento independiente. Un núcleo con sus genes no puede crear un organismo si no está integrado en una célula.
94. Harding 1995.
95. Esto es una paráfrasis de «La primatología es política por otros medios», Haraway 1986, p. 77.

Bibliografía

1935. Report of the second conference on the standardisation of sex hormones. *Quarterly Bulletin of the Health Organization*: 618-30.

1992. IAAF joins critics of Olympic sex testing. *Atlanta Constitution*, p. G2. Feb. 12.

1992. Science: Sexing the sportswomen. *Daily Telegraph* (Londres), 20 de julio, p. 12.

1993. Five failed controversial Olympics sex test. *Science* 261: 27.

1993. Five female athletes had male genes. *The Herald* (Glasgow), 8 de junio, p. 4.

1994. American Council on Surgery training tape number 1613. Surgical reconstruction of ambiguous genitalia in female children.

1999. Kuwaiti women likely to get the vote. *Providence Journal* (Providence, RI), 5 de julio, p. A12.

AARONSON, I. A. et al. 1997. Defects of the testosterone biosynthetic pathway in boys with hypospadias. *Journal of Urology* 157: 1884-88.

ABDULLAH, M. A. et al. 1991. Ambiguous genitalia: Medical, socio-cultural and religious factors affecting management in Saudi Arabia. *Annals of Tropical Paediatrics* II: 343-48.

ABERLE, S., Y G. W. CORNER 1953. *Twenty-five years of sex research: History of the National Research Council Committee for Research in Problems of Sex, 1922-1947*. Filadelfia: W. B. Saunders.

ABIR-AM, P. 1982. The discourse of physical power and biological knowledge in the 1930's: A reappraisal ol the Rockefeller Foundation's "policy" in molecular biology. *Social Studies of Science* 12: 341-82.

ABOITIZ, F. 1998. To normalize or not to normalize overall size? *Behavioral and Brain Sciences* 21(3): 327-28.

ABOITIZ, F., E. RODRÍGUEZ et al. 1996. Age related changes in the fiber composition of the human corpus callosum: Sex differences. *NeuroReport* 7: 1761-64.

ABOITIZ, F., A. B. Scheibel et al. 1992a Individual differences in brain asymmetries and fiber composition in the human corpus callosum. *Brain Research* 598: 154-61.

— 1992b. Morphometry of the sylvian fissure and the corpus callosum, with emphasis on sex differences. *Brain* 115: 1521-41.

ABRAMOVICH, D. R., I. A. DAVIDSON, A. LONGSTAFF Y C. K. PEARSON. 1987. Sexual differentiation of the human midtrimester brain. *European Journal of Obstetrics, Gynecology, and Reproductive Biology* 25: 7-14.

ABU-ARAFEB, W. et al. 1998. One stage repair of hypospadias—experience with 856 cases. *European journal of Urology* 34(4): 365-7.

ADKINS, R. 1999. Where sex is born(e): Intersexed births and the social urgency of heterosexuality. *Journal of Medical Humanities* 20: 117-30.

ADKINS-REGAN, F. 1988. Sex hormones and sexual orientation in animals. *Psychobiology* 16(4): 33-47.

ADKINS-REGAN, F. et al. 1989. Sexual differentiation of reproductive behavior in pigs: Defeminizing effects of prepubertal estradiol. *Hormones and Behavior* 23: 290-303.

AGLIOTI, S. et al. 1994. Phantom lower limbs as a perceptual marker of neural plasticity in the mature human brain. *Proceedings of the Royal Society of London Series B* 255(1344): 273-78.

AKIBA, D. et al. 1999. Children of color and children from immigrant families: The development of social identities, school engagements and interethnic social attribution during middle childhood. Southwest Regional Conference on Child Development, Albuquerque.

ALARCÓN, O. et al. 1998. The color of my skin: An index to measure children's awareness of and satisfaction with their skin color. Wellesley, MA: Wellesley College.

ALBERCH, P. 1989. The logic of monsters: Evidence for internal constraint in development and evolution. *Geobios* 12: 21-37.

ALIZAI, N. K. et al. 1999. Feminizing genitoplasty for congenital adrenal hyperplasia: What happens at puberty? *The Journal of Urology* 161: 1588-91.

ALLEN, B. et al. 1994. Persuasive communities: A longitudinal analysis of references in the Philosophical Transactions of the Royal Society, 1665-1990. *Social Studies of Science* 24(2): 279-310.

ALLEN, E. et al. 1939. *Sex and internal secretions*. Baltimore, MD: Williams & Wilkins.

ALLEN, E. Y E. A. DOISEY. 1923. An ovarian hormone: Preliminary report on its localization, extraction, and partial purification and action in test animals. *Journal of the American Medical Association* 81(10): 819-21.

ALLEN, G. E. 1975. *Life science in the twentieth century*. Nueva York: Wiley.

— 1978. *Thomas Hunt Morgan: The man and his science*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

ALLEN, L. E. et al. 1982. The surgical management of the enlarged clitoris. *Journal of Urology* 128: 351-54.

ALLEN, L. S. et al. 1991. Sex differences in the corpus callosum of the living human being. *Journal of Neuroscience* 11(4): 933-42.

AMANDUSSON, Å. et al. 1995. Estrogen receptor-like immunoreactivity in the medullary and spinal dorsal horn of the female rat. *Neuroscience Letters* 196: 25-28.

AMMINI, A. C. et al. 1994. Human female phenotypic development: Role of fetal ovaries. Journal of Clinical Endocrinology and Metabolism 79(2): 604-8.

ANDERSON, C. 1992. Tests on athletes can't always find line between males and females. *Washington Post* (6 de enero), A3.

ANDERSON, S. C. 1996. Otto Weininger's masculine utopia. *German Studies Review* 19(3): 433-53.

ANDREWS, H. O. et al. 1998. Iatrogenic hypospadias—a preventable injury? *Spinal Cord* 36(3): 177-80.

ANGIER, N. 1994. Male hormone molds women, too, in mind and body. *New York Times*, 3 de mayo, C1, C13.

— 1997a. New respect for estrogen's influence. *New York Times*, 24 de junio, C1ff.

— 1997b. Sexual identity not pliable after all, report says. *New York Times*, 14 de marzo, 1ff.

— 1999. *Woman, an intimate geography*. Nueva York: Houghton Mifflin.

ANÓNIMO. 1917. The internal secretion of the reproductive glands. *The Lancet* (3 de noviembre): 687.

— 1994a. Be open and honest with sufferers. *British Medical Journal*: 1041-42.

— 1994b. Once a dark secret. *British Medical Journal* 305: 542.

— 1995a. "Gay gene" research links homosexuality in males with heredity. *Providence Journal* (Providence, RI), 31 de octubre, A8.

— 1995b. Schizophrenia gene search getting closer, say studies. *Providence Journal* (Providence, RI), A8.

ARAI, C. et al. 1994. Androgen enhances degeneration in the developing preoptic area: Apoptosis in the anteroventral periventricular nucleus. *Hormones and Behavior* 28(4): 313-19.

ARENDASH, G. W, Y R. A. GORSKI 1982. Enhancement of sexual behavior in female rats by neonatal transplantation of brain tissue from males. *Science* 217: 1276-78.

ARMSTRONG, C. N. 1966. Treatment of wrongly assigned sex. *British Medical Journal* 2: 1255-56.

ARNOLD, A. P. Y M. BREEDLOVE. 1985. Organizational and activational effects of sex steroids on brain and behaviors: A reanalysis. *Hormones and Behavior* 19: 469-98.

ARNSTEIN, P. M. 1997. The neuroplastic phenomenon: A physiologic link between chronic pain and learning. *Journal of Neuroscience Nursing* 29(3): 179-86.

ASCHEIM, S. Y B. ZONDEK. 1927. Hypophsenvorderlappenhormon und Ovarialhormon in Harn von Schwangeren. *Klinische Wochenschrift* 6: 1322.

ASOPA, H. S. 1998. Newer concepts in the management of hypospadias and its complications. *Annals of the Royal College of Surgeons of England* 80(3): 161-8.

ATKINS, D., ed. 1998. *Looking queer: Body image and identity in lesbian, bisexual, gay and transgender communities*. Nueva York: Harrington Park Press (Haworth Press).

AZZIZ, R. et al. 1986. Congenital adrenal hyperplasia: Long-term results following vaginal reconstruction. *Fertility and Sterility* 46(6): 1011-14.

BAHARLOO, S. et al. 1998. Absolute pitch: An approach for identification of genetic and nongenetic components. *American Journal of Human Genetics* 62: 224-31.

BAILEY, J. M. Y R. C. PILLARD. 1991. A genetic study of male sexual orientation. *Archives of General Psychiatry* 48: 1089-96.

BAILEY, J. M. et al. 1993 Heritable factors influence sexual orientation in women. *Archives of General Psychiatry* 50: 217-23.

BAILEZ, M. M. et al. 1992. Vaginal reconstruction after initial construction of the external genitalia in girls with salt-wasting adrenal hyperplasia. *Journal of Urology* 148: 680-84.

BAIN, J. et al., eds. 1978. *Andrology: Basic and clinical aspects of male reproduction and infertility. Progress in Reproductive Biology*. Basilea (Suiza): S. Karger.

BAKER, L. D. 1994. The location of Franz Boas within the African-American struggle. *Critique of Anthropology* 14(2): 199-217.

BAKER, S. 1981. Psychological management of intersex children. *Pediatric and Adolescent Endocrinology* 8: 261-69.

BAKKER, J. 1996. Sexual differentiation of the brain and partner preference in the male rat. *Endocrinology and Reproduction*. Rotterdam, Erasmus University of Rotterdam: 251.

BAKKER, J., T. BRAND et al. 1993. Hormonal regulation of adult partner preference behavior in neonatally ATD-treated male rats. *Behavioral Neuroscience* 107(3): 480-87.

BAKKER, J., J. VAN OPHEMERT et al. 1993. Organization of partner preference and sexual behavior and its nocturnal rhythmicity in male rats. *Behavioral Neuroscience* 107(6): 1049-59.

— 1994. A semiautomated test apparatus for studying partner preference behavior in the rat. *Psychoneuroendocrinology* 56(3): 597-601.

— 1995a. Endogenous reproductive hormones and nocturnal rhythms in partner preference and sexual behavior of ATD-treated male rats. *Behavioral Neuroendocrinology* 62: 396-405.

— 1995b. Postweaning housing conditions and partner preference and sexual behavior of neonatally ATD-treated male rats. *Psychoneuroendocrinology* 20(3): 299-310.

BALL, G. F. 1993. The neural integration of environmental information by seasonally breeding birds. *American Zoologist* 33: 185-200.

BALMER, B. 1996. The political cartography of the human genome project. *Social Studies of Science* 4(3): 249-82.

BALTHAZART, J. et al. 1996. Do sex differences in the brain explain sex differences in hormonal induction of reproductive behavior? What 25 years of research on the Japanese quail tells us. *Hormones and Behavior* 30: 627-61.

BARAD, K. 1996. Meeting the universe halfway: Realism and social constructivism without contradiction. En *Feminism, science and the philosophy of science*, eds. L. H. Nelson y J. Nelson. Dordrecht (Holanda): Kluwer Academic Publishers, 161-94.

BARDIN, W. C. Y J. F. CATTERALL. 1981. Testosterone: a major determinant of extragenital sexual dimorphism. *Science* 211: 1285-94.

BARINAGA, M. 1996. Social status sculpts activity of crayfish neurons. *Science* 271: 290-91.

— 1998. No new neurons dogma loses ground. *Science* 279: 2041-42.

BAUM, M. J. 1979. Differentiation of coital behavior in mammals: A comparative analysis. *Neuroscience and Behavioral Reviews* 3: 265-84.

— 1990. Frank Beach's research on the sexual differentiation of behavior and his struggle with the organizational hypothesis. *Neuroscience and Behavioral Reviews* 14: 201-6.

BEACH, F A. 1938. Sex reversals in the mating pattern of the rat. *Journal of Genetic Psychology* 53: 329-34.

— 1941. Female mating hehavior shown by male rats after administration of testosterone propionate. *Endocrinology* 29: 409-12.

— 1942a. Execution of the complete masculine copulatory pattern by sexually receptive female rats. *Journal of Genetic Psychology* 60: 137-42.

— 1942b. Analysis of factors involved in the arousal, maintenance and manifestation of sexual excitement in male animals. *Psychosomatic Medicine* 4: 173-98.

— 1942c. Analysis of the stimuli adequate to elicit mating behavior in the sexually inexperienced rat. *Journal of Comparative Psychology* 33(2): 163-208.

— 1942d. Comparison of copulatory behavior of male rats raised in isolation, cohabitation and segregation. *Journal of Genetic Psychology* 60: 121-36.

— 1942e. Effects of testosterone propionate upon the copulatory behavior of sexually inexperienced male rats. *Journal of Comparative Psychology* 33(2): 227-48.

— 1942f Male and female mating behavior in prepuberally castrated female rats treated with androgens. *Endocrinology* 31: 673-78.

— 1943. Effects of injury to the cerebral cortex upon the display of masculine and feminine mating behavior in female rats. *Journal of Comparative Psychology* 36(3): 169-200.

— 1947. A review of physiolgical and psychological studies of sexual behaviors in mammals. *Physiological Reviews* 27: 240-307.

— 1947-48. Sexual behavior in animals and man. *Harvey Lectures* 43: 254-80.
— 1961. Sex differences in the physiological bases of mating behavior in mammals. En *The physiology of the emotions*, eds. A. Simon, C. Herbert, y R. Straus. Springfield: Charles Thomas, 151-62.
— 1965. Preface. En *Sex and behavior*, ed. F. A. Beach. Nueva York: Wiley.
— 1966. Ontogeny of coitus related reflexes in the female guinea pig. *Proceedings of the National Academy of Science* 56: 526-33.
— 1968. The control of mounting behavior. En *Reproduction and sexual behavior*, ed. M. Diamond. Bloomington: Indiana University Press, 83-131.
— 1971. Hormonal factors controlling the differentiation, development, and display of copulatory behavior in the ramstergig and related species. En *The biopsychology of development*, eds. E. Tobach, L. R. Aronson, y E. Shaw. Nueva York: Academic Press, 249-96.
— 1975. Behavioral endocrinology: An emerging discipline. *American Scientist* 63: 178-87.
— 1976a. Sexual attractivity, proceptivity, and receptivity in female mammals. *Hormones and Behavior* 7: 105-38.
— 1976b. Hormonal control of sex-related behavior. En *Human sexuality in four perspectives*, ed. F. A. Beach. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 247-67.
— 1976c. Prolonged hormone deprivation and pretest cage adaptation as factors affecting the display of lordosis by female rats. *Physiology and Behavior* 16: 807-8.
— 1978. Confessions of an imposter. En *Pioneers in neuroendocrinology II*, eds. J. Meites, B. T. Donoxan, y S. M. McCann. Nueva York: Plenum Press, 17-37.
— 1981. Historical origins of modern research on hormones and behavior. *Hormones and Behavior* 15: 325-76.
— 1985. Conceptual issues in behavioral endocrinology. En *Autobiographies in experimental psychology*, ed. R. Gandelman. Hillsdale: Lawrence Erlbaum, 5-17.
BEACH, F. A. Y G. LEVINSON. 1950. Effects of androgen on the glans penis and mating behavior of castrated male rats. *Journal of Experimental Zoology* 114: 159-71.
BEACH, F. A. Y L. P. NUCCI. 1970. Long-term effects of testosterone phenylacetate on sexual morphology and behavior in castrated male rats. *Hormones and Behavior* 1: 223-34.
BEACH, F. A. Y R. K. ORNDOFF. 1974. Variation in responsiveness of female rats to ovarian hormones as a function of preceding hormone deprivation. *Hormones and Behavior* 5(3): 201-5.
BEACH, F. Y P. RASQUIN. 1942. Masculine copulatory behavior in intact and castrated female rats. *Endocrinology* 31(4): 393-409.
BEALL, A. E. Y R. J. STERNBERG, eds. 1993. *The psychology of gender*. Nueva York: Guilford Press.

BEAN, R. B. 1906. Some racial peculiarities of the negro brain. *American Journal of Anatomy* 5: 353-415.

BEATTY, W. W., ed. 1992. Gonadal hormones and sex differences in nonreproductive behaviors. *Handbook of Behavioral Neurobiology*. Nueva York: Plenum Press, 85-117.

BEGLEY, S. 1995. Gray Matters. *Newsweek*, 27 de marzo, 48-54.

BEHESHTI, M. et al. 1983. Gender assignment in male pseudohermaphrodite children. *Urology* 22(6): 604-7.

BELL, A. D. Y S. VARIEND. 1985. Failure to demonstrate sexual dimorphism of corpus callosum in childhood. *Journal of Anatomy* 143: 143-47.

BELL, A. P. et al. 1981. *Sexual preference: its development in men and women*. Bloomington: Indiana University Press.

BELL, B. W. 1916. *The sex-complex: A study of the relationships of the intenal secretions to the female characteristics and functions in health and disease*. Nueva York: William Wood & Co.

BELLINGER, M. F. 1993. Subtotal de-epithelialization and partial concealment of the glans clitoris: a modification to improve the cosmetic results of feminizing genitoplasty. *Journal of Urology* 150: 651-53.

BEM, S. L. 1974. The measurement of psychological androgeny. *Journal of Consulting and Clinical Psychology* 42(2): 155-62.

— 1989. Genital knowledge and gender constancy. *Child Development* 60: 649-62.

— 1993. *The lenses of gender: Transforming the debate on sexual inequality*. New Haven: Yale University Press.

BENBOW, C. P Y D. LUBINSKI. 1993. *Psychological profiles of the mathematically talented: Some sex differences and evidence supporting their biological basis*. Chichester (GB): Wiley, págs. 44-78.

— 1997. Psychological profiles of the mathematically talented: some sex differences and evidence supporting their biological basis. En *Women, men and gender: Ongoing debates*, ed. M. R. Walsh. New Haven: Yale University Press, 274-82.

BENDER, B. G. et al. 1995. Psychosocial adaptation of 39 adolescents with sex chromosome abnormalities. *Pediatrics* 96(2): 302-8.

BENES, F. M. et al. 1993. Myelination of a key relay zone in the hippocampal formation occurs in the human brain during childhood, adolescence and adulthood. *Archives of General Psychiatry* 51: 477-84.

BENJAMIN, H. 1945. Eugen Steinach, 1861-1944: A life of research. *Scientific Monthly* 61: 427-42.

BEN-LIH, L. Y L. KAi. 1953. True hermaphroditism: Report of two cases. *Chinese Medical Journal* 71: 148-54.

BEN-LIH, L. et al. 1959. True hermaphroditism: A case report. *Chinese Medical Journal* 78: 449-51.

BENSON, K. R. et al., eds. 1991. *The expansion of American biology*. New Brunswick: Rutgers University Press.

BERENBAUM, S. A. Y M. HINES. 1992. Early androgens are related to childhood sex-typed toy preferences. *Psychological Science* 3(3): 203-6.

BERENBAUM, S. A. Y S. M. RESNICK. 1997. Early androgen effects on aggression in children and adults with congenital adrenal hyperplasia. *Psychoneuroendocrinology* 22(7): 505-15.

BERENSON, A. et al. 1991. Appearance of the hymen in newborns. *Pediatrics* 87(4): 458-65.

— 1992. Appearance of the hymen in prepubertal girls. *Pediatrics* 89(3): 387-94.

BERG, I. 1963. Change of assigned sex at puberty. *The Lancet* 2: 1216-17.

BERG, R. Y G. BERG. 1983. Penile malformation, gender identity and sexual orientation. *Acta Psychiatrica Scandinavia* 68: 154-66.

BERKMAN, A. 1912. *Prison memoirs of an anarchist*. Nueva York: Mother Earth.

BERMAN, L. 1921. *The glands regulating physiology*. Nueva York: Macmillan.

BERRY, R. J. Y F. H. BRONSON. 1992. Life history and bioeconomy of the house mouse. *Biological Reviews* 67: 519-50.

BERTHOLD, A. A. 1849. Transplanation der Hoden. *Archiv für Anatomie und Physiologie*, 42-46.

BÉRUBÉ, A. 1990. *Coming out under fire: A history of gay men and women in World War Two*. Nueva York: Free Press.

BESA, E. C. 1994. Hematologic effects of androgens revisited—An alternative therapy in various hematologic conditions. *Seminars in Hematology* 31(2): 134-45.

BESNIER, N. 1994. Polynesian gender liminality through time and space. En *Third sex third gender: Beyond sexual dimorphism in culture and history*, ed. G. Herdt. Nueva York: Zone Books, págs. 285-328.

BIN-ABBAS, B. et al. 1999. Congenital hypogonadotropic hypogonadism and micropenis: Effect of testosterone treatment on adult penile size—Why sex reversal is not indicated. *Journal of Pediatrics* 134: 579-83.

BIRKE, L. 1989. How do gender differences in behavior develop? A reanalysis of the role of early experience. *Perspectives in Ethology* 8: 215-42.

— Próxima aparición. *Feminism and the biological body*. Edinburgh: Edinburgh University Press.

BIRKEN, L. 1988. *Consuming desire: Sexual science and the emergence of a culture of abundance*. Ithaca: Cornell University Press.

BISHOP, K. M. Y D. WAHLSTEN. 1997. Sex differences in the human corpus callosum: Myth or reality. *Neuroscience and Biobehavioral Reviews* 12: 581-601.

BISIACCHI, P. et al. 1994. Left-right asymmetry of callosal transfer in normal human subjects. *Behavioural Brain Research* 64: 173-78.

BLACK, M. 1992. Mind over gender. *Elle*: 158-62.

BLACKLESS, M. et al. 2000. How sexually dimorphic are we? A review article. *American Journal of Human Biology* 12: 151-166.

BLAKESLEE, S. 1995. In brain's early growth, timetable may be crucial. *New York Times*, 29 de agosto, C1-C3.

— 1999. New theories of depression focus on brain's two sides. *New York Times*, 19 de enero, D2.

BLEIER, R. 1984. *Science and gender: A critique of biology and its theories on women*. Nueva York: Pergamon.

BLOOM, A. 1994. The body lies. *The New Yorker* 70: 38-49.

BLY, R. 1992. *Iron John*. Nueva York: Vintage.

BOCK, G. R. Y K. ACKRILL, eds. 1993. *The origins and development of high ability*. Ciba Foundation Symposium. Nueva York: Wiley.

BOHAN, J. S. 1997. Regarding gender: Essentialism, constructionism, and feminist psychology. En *Toward a new psychology of gender: a reader*, eds. M. M. Gergen y S. N. Davis. Nueva York: Routledge, págs. 31-48.

BOLIN, A. 1994. Transcending and transgendering: Male-to-female transsexuals, dichotomy and diversity. En *Third sex third gender: Beyond sexual dimorphism in culture and history*, ed. G. Herdt. Nueva York: Zone Books, págs. 447-86.

BOMAN, U. W. et al. 1998. Psychological aspects of Turner syndrome. *Journal of Pychosomatic Obstetrics and Gynaecology* 19(1): 1-18.

BORDO, S. 1993. *Unbearable weight: Feminism, western culture, and the body*. Berkeley: University of California Press.

BORELL, M. 1976. Brown-Séquard's organotherapy and its appearance in America at the end of the nineteenth century. *Bulletin of the History of Medicine* 50(3): 309-20.

— 1978. Setting the standards for a new science: Edward Schäfer and endocrinology. *Medical History* 22: 282-90.

— 1985. Organotherapy and the emergence of reproductive endocrinology. *Journal of the History of Biology* 18(1): 1-30.

— 1987. Biologists and the promotion of birth control research, 1918-1938. *Journal of the History of Biology* 20(1): 51-87.

BORNSTEIN, K. 1994. *Gender outlaw: on men, women and the rest of us*. Londres: Routledge.

BOSWELL, J. 1990. Sexual and ethical categories in pre-modern Europe. En *Homosexuality/heterosexuality: concepts of sexual orientation*, eds. D. P. McWhirter, S. A. Sanders y M. Reinisch. Nueva York: Oxford University Press, 15-31.

— 1995. *Same-sex unions in premodern Europe*. Nueva York: Villard Books.

BRADLEY, S. J. et al. 1998. Experiment of nurture: Ablatio penis at 2 months, sex reassignment at 7 months and a psychosexual follow-up in young adulthood. *Pediatrics* 102(1): e9.

BRAND, T. et al. 1991. Adult partner preference and sexual behavior of male rats affected by perinatal endocrine manipulations. *Hormones and Behavior* 25: 323-41.

BRAND, T. Y A. K. SLOB. 1991a. Neonatal organization of adult partner preference behavior in male rats. *Physiology and Behavior* 49: 107-11.

— 1991b. On the organization of partner preference behavior in female Wistar rats. *Physiology and Behavior* 49: 549-55.

BRAY, A. 1982. *Homosexuality in Renaissance England.* Londres: Gay Men's Press.

BRECHER, E. M. Y J. BRECHER. 1986. Extracting valid sexological findings from severely flawed and biased population samples. *Journal of Sex Research* 22(1): 6-20.

BREEDLOVE, S. M. 1997. Sex on the brain. *Nature* 389: 801.

BREINES, W. 1992. *Young, white and miserable: growing up female in the fifties.* Boston: Beacon Press.

BRENT, R. 1999. Functional genomics: Learning to think about gene expression data. *Current Biology* 9: 338-41.

BREWER, J. I. et al. 1952. True hermaphroditism. *Journal of the American Medical Association* 148: 431-35.

BROOTEN, B. J. 1996. *Love between women: Early Christian responses to female homoeroticism.* Chicago: University ol Chicago Press.

BROWN, C. et al. 1994. Androgen treatment decreases estrogen receptor binding in the ventromedial nucleus of the rat brain: A quantitative in vitro autoradiographic analysis. *Molecular and Cellular Neurosciences* 5(6): 549-55.

BROWN, J. B. Y M. P. FRYER 1957. Hypospadias—complete construction of penis, with establishment of proper sex status after 13 years of mistaken female identity. *Postgraduate Medicine* 22: 489-91.

BROWN-GRANT, K. 1974. On "critical periods" during post-natal development of the rat. En *Endocrinologie sexuelle de la période périnatale*, eds. M. Forest y J. Bertrand. París: INSERM, 357-76.

BRYDEN, M. P. Y M. B. Bulman-Fleming 1994. Laterality effects in normal subjects: Evidence for interhemispheric interactions. *Behavioural Brain Research* 64: 119-29.

BRYDEN, M. P. et al. 1994. Evaluating the empirical support for the Geschwind-Behan-Galaburda model of cerebral lateralization. *Brain and Cognition* 26: 103-67.

BUHRICH, N. et al. 1991. Sexual orientation, sexual identity and sex-dimorphic behaviors in male twins. *Behavior Genetics* 21(1): 75-96.

BULLOUGH, V. L. 1988. Katherine Bement Davis, sex research and the Rockefeller Foundation. *Bulletin of the History of Medicine* 62: 74-89.

— 1994. *Science in the bedroom: A history of sex research.* Nueva York: Basic Books.

BULLOUGH, V. L. y J. A. Brundage, eds. 1996. *Handbook of medieval sexuality.* Nueva York: Garland Publishing.

BURKE, P. 1996. *Gender shock: Exploding the myths of male and female.* Nueva York: Doubleday.

BUSSEY, K. Y A. BANDURA. 1998. Social cognitive theory of gender development and differentiation. Inédito.

BUTLER, J. 1993. *Bodies that matter: On the discursive limits of sex.* Nueva York: Routledge.

BYNE, W. 1995. Science and belief: Psychological research on sexual orientation. *Journal of Homosexuality* 28(3-4): 303-44.

BYNE, W. et al. 1988. Variations in human corpus callosum do not predict gender: A study using magnetic resonance imaging. *Behavioral Neuroscience* 102(2): 222-27.

BYNE, W. Y B. PARSONS. 1993. Human sexual orientation: The biologic theories reappraised. *Archives of General Psychiatry* 50: 228-39.

BYRNE, J. H. 1997. Plastic plasticity. *Nature* 389: 791-92.

CADDEN, J. 1993. *Meanings of sex difference in the Middle Ages: Medicine, science and culture*. Nueva York: Cambridge University Press.

CAHN, S. K. 1994. *Coming on strong: Gender and sexuality in 20th century women's sports*. Cambridge: Harvard University Press.

CALDAMONE, A. A. et al. 1998. Buccal mucosal grafts for urethral reconstruction. *Urology* 51 (supl. 5A): 15-9.

CALHOUN, J. B. 1962. The ecology and sociology of the Norway rat. Bethesda, MD: U.S. Department of Health, Education and Welfare.

CALLEGARI, C. et al. 1987. Anogenital ratio: Measure of fetal virilization in premature and full-term newborn infants. *Journal of Pediatrics* 111(2): 240-43.

CANDLAND, D. K. 1993. *Feral children and clever animals*. Nueva York: Oxford University Press.

CANTY, T. G. 1977. The child with ambiguous genitalia: A neonatal surgical emergency. *Annals of Surgery* 183(3): 272-81.

CAPEL, B. 1998. Sex in the 90s: SRY and the switch to the male pathway. *Annual Review of Physiology* 60: 497-523.

CAPLAN, P. J. Y J. B. CAPLAN. 1997. Do sex related cognitive differences exist and why do people seek them out? En *Gender differences in human cognition*, ed. J. T. F. Richardson. Oxford: Oxford University Press, 52-80.

CAPON, A. W. 1955. A case of true hermaphroditism. *The Lancet*, I: 563-65.

CARLSON, A. 1991. When is a woman not a woman? *Women's Sports and Fitness* 13: 24-29.

CARLSON, B. M. 1999. *Human embryology and developmental biology*. St. Louis: Mosby.

CARPENTER, E. 1909. *The intermediate sex: A study of some transitional types of men and women*. Nueva York: Mitchell Kennerly.

CASE, M. A. C. 1995. Disaggregating gender from sex and sexual orientation: The effeminate man in the law and feminist jurisprudence. *Yale Law Journal* 105: 1-105.

CATLIN, A. J. 1998. Ethical commentary on gender reassignment: A complex and provocative modern issue. *Pediatric Nursing* 24(1): 63ff.

CHAFE, W. H. 1991. *The unfinished journey: America since World War II*. Nueva York: Oxford University Press.

CHASE, C. 1995. Re: Measurement of pudendal evoked potentials during feminizing genitoplasty: Technique and applications. *Journal of Urology* 153: 1139-40.

— 1998a. Hermaphrodites with attitude: Mapping the emergence of intersex political activism. *GLQ: A Journal of Lesbian and Gay Studies* 4(2): 189-211.
— 1998b. Surgical progress is not the answer to intersexuality. *Journal of Clinical Ethics* 9(4): 385-92.
— 1998c. Rethinking treatment for ambiguous genitalia. *Pediatric Nursing* 25: 451-55.
CHAUNCEY, G., JR. 1985. Christian brotherhood or sexual perversion? Homosexual identities and the construction of sexual boundaries in the World War I era. *Journal of Social History* 19: 189-212.
— 1989. From sexual inversion to homosexuality: The changing medical conceptualization of female "deviance". En *Passion and power: Sexuality in history*, eds. K. Peiss y C. Simmons. Filadelfia: Temple University Press, 87-117.
— 1994. *Gay New York: Gender, urban culture and the making of the gay male world*, 1890-1940. Nueva York: Basic Books.
CHEEK, A. O. Y J. A. MCLACHLAN. 1998. Environmental hormones and the male reproductive system. *Journal of Andrology* 19(1): 5-10.
COUNCIL ON PHARMACY AND CHEMISTRY. 1928. Ovarialhormon, folliculin, menoformon, *Journal of the American Medical Association* 91(16): 1193.
— 1936. The nomenclature of estrus-producing compounds. *Journal of the American Medical Association* 107(15): 1221-23.
CHEN, T. S. et al. 1995. Effects of sex steroid hormones on gastric emptying and gastrointestinal transit in rats. *American Journal of Physiology* 31(1): G171-76.
CHIARELLO, C. 1980. A house divided? Cognitive functioning with callosal agenesis. *Brain and Language* 11: 128-58.
CHODOROW, N. J. 1995. Gender as a personal and cultural construction. *Signs* 20(3): 516-44.
CHRISTENSEN, L. W Y R. A. GORSKI. 1978. Independent masculinization of neuroendocrine systems by intracerebral implants of testosterone or estradiol in the neonatal female rat. Brain Research 146: 325-40.
CHUNG, Y. B. Y M. KATAYAMA. 1996. Assessment of sexual orientation in lesbian/gay/bisexual studies. *Journal of Homosexuality* 30(4): 49-62.
CLARK, E. J. et al. 1998. Interactions of gonadal steroids and pesticides DDT, DDE on gonaduct growth in larval tiger salamanders, Ambystoma tigrinum. *General Comparative Endocrinology* 109(1): 94-105.
CLARK, J. T. 1993. Analysis of female sexual behavior: Proceptivity, receptivity, and rejection. *Methods in Neuroscience* 14: 54-75.
— 1993. Component analysis of male sexual behavior. *Methods in Neuroscience* 14: 32-53.
CLARKE, A. 1990a. A social worlds research adventure: The case of reproductive science. En *Theories of science in society*, eds. S. F. Cozzens y T. F. Gieryn. Bloomington: Indiana University Press: 23-50.

— 1990b. Controversy and the development of reproductive sciences. *Social Problems* 37(1): 18-37.
— 1991. Embryology and the rise ot American reproductive sciences, circa 1920s-1950. En *The expansion of American biology*, ed. K. R. Benson, J. Maienschein y R. Rainger. New Brunswick, NJ: Rutgers University Press, 107-32.
— 1993. Money, sex and legitimacy at Chicago, circa 1892-1940: Lillie's Center of Reproductive Biology. *Perspectives on Science* 1(3): 367-415.
— 1995. Research materials and reproductive science in the United States, 1910-1940 with epilogue: Research materials (re)visited. En *Ecologies of knowledge: New directions in sociology of science and technology*, ed. S. L. Stan. Albany: State University Press of New York, 183-225.
— 1998. Disciplining reproduction: Modernity, American life sciences and the *"problems of sex"*. Berkeley: University of California Press.
CLARKE, A. E. Y J. FUJIMURA, eds. 1992. *The right tools for the job: At work in twentieth-century life sciences*. Princeton, Princeton University Press.
CLARKE, F. H. 1873. *Sex in education; Or, a fair chance for the girls*. Boston: James R. Osgood.
CLARKE, J. M. Y R. B. LUFKIN. 1993. Corpus callosum morphometry and dichotic listening performance: Individual differences in functional interhemispheric inhibition? *Neuropsychologia* 31(6): 547-57.
CLARKE, J. M. Y E. ZAIDEL. 1994. Anatomical-behavioral relationships: Corpus callusum morphometry and hemispheric specialization. Behavioural Brain Research 64: 185-202.
CLARKE, S. et al. 1989. Forms and measures of adult and developing
human corpus callusum: Is there a sexual dimorphism? *Journal of Comparative Neurology* 280: 213-30.
CLAUSE, B. T. 1993. The Wistar rat as the right choice: Establishing mammalian standards and the ideal of a standardized mammal. *Journal of the History of Biology* 26(2): 329-49.
COHEN, J. Y I. STEWART. 1994. Our genes aren't us. *Discover* (abril): 78-84.
COHEN, L. G. et al. 1997. Functional relevance of cross modal plasticity in blind humans. *Nature* 389: 180-82.
COHN, C. 1987. Sex and death in the rational world of defense intellectuals. *Signs* 12(4): 687-718.
COLAPINTO, J. 1997. The true story of John Joan. *Rolling Stone*, 11 de diciembre, 54 y ss.
COLEMAN, W. 1971. *Biology in the 19th century: Problems of form, function and transformation*. Nueva York: Wiley.
CONSTANT, D. Y H. RUTHER. 1996. Sexual dimorphism in the human corpus callosum? A comparison of methodologies. *Brain Research* 727: 99-106.
CONSTANTINOPLE, A. 1973. Masculinity-femininity: An exception to a famous dictum? *Psychological Bulletin* 80(5): 389-407.

CONTE, F. A. Y M. A. GRUMBACH. 1989. Pathogenesis, classification, diagnosis, and treatment of anomalies of sex. En *Endocrinology*, ed. L. De Groot, NY: Saunders, 1810-47.

COOKE, B. et al. 1998. Sexual differentiation of the vertebrate brain: Principles and mechanisms. *Frontiers in Neuroendocrinology* 19: 323-62.

CORBALLIS, M. C. 1994. Split decisions: Problems in the interpretation of results from commissurotomized subjects. *Behavioural Brain Research* 64: 163-72.

CORNER, G. W. 1964. A history of the Rockefeller Institute: 1901-1953. Nueva York: Rockefeller Institute Press.

— 1965. The early history of oestrogenic hormones. Journal of Endocrinology 31: III-XVII.

COSTA, E. M. et al. 1997. Management of ambiguous genitalia in pseudohermaphrodites: New perspectives on vaginal dilation. *Fertility and Sterility* 67(2): 229-32.

COTT, N. 1987. *The grounding of modern feminism*. New Haven: Yale University Press.

COTTON, P. 1994. How "definitive" is new sex survey? Answers vary. *Journal of the American Medical Association* 272(22): 1727-30.

COWELL, P. E. et al. 1993. Multiple dimensions of handedness and the human corpus callosum. *Neurology* 43: 2353-57.

COWLEY, G. 1996. Attention: Aging men. Newsweek, 16 de septiembre, 68-75.

CRABBE, J. C. et al. 1999. Genetics of mouse behavior: Interactions with laboratory environment. *Science* 284: 1670-72.

CRAIR, M. C. et al. 1998. The role of visual experience in the development of columns in cat visual cortex. *Science* 279: 566-70.

CRAWFORD, M. Y R. CHAFFIN. 1997. The meanings of difference: Cognition in social and cultural context. En *Gender differences in human cognition*, ed. J. T. E. Richardson. Oxford: Oxford University Press, 81-130.

CREW, F. A. E. 1933. Ten years of sex research. *Journal of Heredity* 24(6): 249-51.

CRICHTON, M. 1990. *Jurassic Park*. Nueva York: Knopf.

CULIANU, J. P. 1991. A corpus for the body. *Journal of Modern History* 63: 61-80.

CUNNIFF, C. et al. 1995. Health care utilization and perceptions of health among adolescents and adults with Turner syndrome. *Clinical Genetics* 48: 17-22.

DALE, H. H. 1932. Conference on the standardization of sex hormones. *Quarterly Bulletin of the Health Organization League of Nations* 3(1934): 121-27.

DALLY, A. 1991. *Women under the knife: A history of surgery*. Nueva York: Routledge.

DANZIGER, K. 1990. *Constructing the subject: Historical origins of psychological research*. Cambridge: Cambridge University Press.

DASTON, L. 1992. The naturalized female intellect. *Science in Context* 5(2): 209-35.

DASTON, L. Y K. PARK. 1985. Hermaphrodites in Renaissance France. *Critical Matrix* 1(5): 1-19.

— 1995. *Wonders and the order of nature*, 1150-1750. Nueva York: Zone Books.

DAVATZIKOS, C. Y S. M. RESNICK. 1998. Sex differences in anatomic measures of interhemispheric connectivity. Correlations with cognition in women but not in men. *Cerebral Cortex* 8: 635-40.

DAVID, K. et al. 1934. Conditions of hypertrophy of seminal vesicles in rats II. The effect of derivatives of oestrone (menoformon). *Biochemical Journal* 28(2): 1360-67.

DAVIDSON, R. J. Y K. HUGDAHL, eds. 1995. *Brain asymmetry*. Cambridge: MIT Press.

DAVIS, D. L. Y R. G. WHITTEN. 1987. The cross-cultural study of human sexuality. *Annual Review of Anthropology* 16: 69-98.

DAVIS, K. B. 1929. *Factors in the sex life of twenty two hundred women*. Nueva York: Harper & Bros.

DAVIS, P. G. et al. 1979. Independence of the differentiation of masculine and feminine sexual behavior in rats. *Hormones and Behavior* 12: 12-19.

DAWSON, G. et al. 1992. Frontal lobe activity and affective behavior of infants of mothers with depressive symptoms. *Child Development* 63: 725-37.

DE BEAUVOIR, S. 1949. *The second sex*. Nueva York: Vintage.

DE GRAZIA, F. et al. 1998. Modified-Mathieu's technique: A variation of the classic procedure for hipospadias surgical repair. *European Journal of Pediatric Surgery* 8(2): 98-99.

DE JONGE, F. 1986. Sexual and aggressive behavior in female rats: Psychological and endocrine factors. *Nederlands Institut voor Hersenonderzoek*. Amstetdam: Universidad de Utrecht.

— 1995. A sex bias in the study of oestrus behavior of rats and swine. Manuscrito inédito.

DE JONGE, F., E. M. J. EERLAND et al. 1986. The influence of estrogen, testosterone, and progesterone on partner preference, receptivity and proceptivity. *Physiology and Behavior* 37: 885-92.

DE JONGE, F., J. W. MUNTJEWERFF et al. 1988. Sexual behavior and sexual orientation of the female rat after hormonal treatment during various stages of development. *Hormones and Behavior* 22: 100-15.

DE KRUIF, P. 1926. *Microbe hunters*. Nueva York: Blue Ribbon Books.

— 1945. *The male hormone*. Nueva York: Harcourt, Brace.

DE LA CHAPELLE, A. 1986. The use and misuse of sex chromatin screening for "gender identification" of female athletes. *Journal of the American Medical Association* 256(14): 1920-23.

DE LACOSTE, C., J. B. KIRKPATRICK et al. 1985. Topography of the human corpus callosum. Journal of Neuropathology and Experimental Neurology 44(6): 578-91.

DE LACOSTE, M. C., R. L. HOLLOWAY et al. 1986. Sex differences in the fetal human corpus callosum. *Human Neurobiology* 5: 93-96.

DE LACOSTE-UTAMSING, C. Y R. L. HOLLOWAY. 1982. Sexual dimorphism in the human corpus callosum. *Science* 216: 1431-32.

DE MARNEFFE, D. 1997. Bodies and words: A study of young children's genital and gender knowledge. *Gender and Psychoanalysis* 2(1): 3-33.

DE VRIES, C. J. et al., eds. 1984. *Sex differences in the brain: The relation between structure and function. Progress in Brain Research*. Amsterdam: Elsevier.

DEANESLY, R. Y A. S. PARKES. 1936. Oestrogenic action of compounds of the androsterone-testosterone series. *British Medical Journal* 1: 257-58.

DELANEY, S. R. 1991. Street talk/straight talk. *Differences* 3(2): 21-38.

DEMETER, S. et al. 1988. Morphometric analysis of the human corpus callosum and anterior commissure. *Human Neurobiology* 6: 219-26.

D'EMILIO, J. 1983. *Sexual politics, sexual communities: The making of a homosexual minority in the United Status: 1940-1970.* Chicago: University of Chicago Press.

— 1993. Capitalism and gay identity. En *The lesbian and gay studies reader*, eds. H. Abelove, M. A. Barale y D. M. Halperin. Nueva York: Routledge, 467-76.

D'EMILIO, J. Y E. B. FREEDMAN. 1988. *Intimate matters: A history of sexuality in America*. Nueva York: Harper & Row.

DEMPSEY, E. W. 1968. William Caldwell Young: An appreciation. En *Reproduction and sexual behavior*, ed. M. Diamond. Bloomington: Indiana University Press, 435-58.

DENENBERG, V. H. et al. 1991. A factor analisis of the human corpus callosum. *Brain Research* 548: 126-32.

DEVESA, R. et al. 1998. Prenatal diagnosis of isolated hypospadias. *Prenatal Diagnosis* 18(8): 779-88.

DEVOR, H. 1997. *FTM: Female to male transsexuals in society*. Bloomington: Indiana University Press.

DEWEY, J. Y A. F. BENTLEY. 1949. *Knowing and the known*. Boston: Beacon Press.

DEWHURST, C. J. Y R. R. GORDON. 1963. Change of sex. *The Lancet* 2: 1213-16.

— 1969. *The intersexual disorders*. Londres: Bailliere, Tindall & Cassell.

DEWSBURY, D. A. 1984. *Comparative psychology in the twentieth century*. Stroudshurg: Hutchinson Ross.

— 1989. A brief history of the study of animal behavior in North America. *Perspectives in Ethology* 8: 85-122.

DI CLEMENTE, N. et al. 1992. A quantitative and interspecific test for biological activity of anti-Müllerian hormone: The fetal ovary aromatase assay. *Development* 114: 721-27.

DI MAURO, D. 1995. *Sexuality research in the United States: An assessment of the social and behavioral sciences*. Nueva York: Social Science Research Council.

DIAMOND, M. 1965. A critical evaluation of the ontogeny of human sexual behavior. *Quarterly Review of Biology* 40: 147-75.

— 1982. Sexual identity, monozygotic twins reared in discordant sex roles and a BBC follow up. *Archives of Sexual Behavior* 11(2): 181-86.

— 1993. Homosexuality and bisexuality in different populations. *Archives of Sexual Behavior* 22(4): 291-310.
— 1996. Gender identity: More options than "man" or "woman". *Honolulu Advertiser*, 30 de junio, B1-4.
— 1997a. The road to paradise. En *How I got into sex*, eds. B. Bullough, V. L. Bullough, M. Fithian, W. E. Hartman y R. S. Klein. Buffalo: Prometheus, pp. 96-107.
— 1997b. Sexual identity and sexual orientation in children with traumatized or ambiguous genitalia. *Journal of Sex Research* 34(2): 199-211.
DIAMOND, M. Y K. SIGMUNDSON. 1997a. Management of intersexuality: Guidelines for dealing with persons of ambiguous genitalia. *Archives of Pediatric and Adolescent Medicine* 151: 1046-50.
— 1997b. Sex reassignment at birth: Long term review and clinical implications. *Archives of Pediatric and Adolescent Medicine* 151: 298-304.
DICKINSON, R. L. 1949. *Human sex anatomy*. Baltimore: Williams & Wilkins.
DICKS, G. H. Y A. T. CHILDERS. 1934. The social transformation of a boy who had lived his first fourteen years as a girl: A case history. *American Journal of Orthopsychiatry* 4: 508-17.
DIEDRICH, A. 1994. Deconstructing gender dichotomies: Conceptualizing the Native American berdache. *InterSections: An Interdisciplinary Journal* 2(1): 14-24.
DITTMANN, R. W. et al. 1990a. Congenital adrenal hyperplasia I: Gender-related behavior and attitudes in female patients and sisters. *Psychoneuroendocrinology* (15)5&6: 401-20.
— 1990b. Congenital adrenal hyperplasia II: Gender-related behavior and attitudes in female salt-wasting and simple-virilizing patients. *Psychoneuroendocrinology* (15)5&6: 421-34.
— 1992. Sexual behavior in adolescent and adult females with congenital adrenal byperplasia. *Psychoneuroendocrinology* 17(2-3): 153-70.
DÖHLER, K. D. 1978. Is female sexual differentiation hormone-mediated? *Trends in Neuroscience* 1: 138-40.
DÖHLER, K. D. et al. 1984. Participation of estrogens in female sexual differentiation of the brain; neuroanatomical, neuroendocrine and behavioral evidence. En *Progress in brain research: Sex differences in the brain*, eds. G. J. de Vries, J. P. C de Bruin, H. B. M. Uylings y M. A. Corner. Amsterdam: Elsevier, 61.
DOISY, E. A. 1939. Biochemistry of the estrogenic compounds. En *Sex and internal secretions*, eds. E. Allen, C. H. Danforth y E. A. Doisy. Baltimore: Williams & Wilkins, 846-76.
DOLK, H. 1998. Rise in prevalence of hypospadias. *The Lancet* 351(9105): 770.
DOLK, H. et al. 1998. Risk of congenital anomalies near hazardous-waste landfill sites in Europe: The EUROHAZCON study. *The Lancet* 352(9126): 423-27.

DONAHOE, P. K. Y W H. HENDREN III. 1984. Perineal reconstruction in ambiguous genitalia in infants raised as females. *Annals of Surgery* 200(3): 363-71.

DONAHOE, P. K. Y M. M. LEE. 1988. Ambiguous genitalia. En *Current therapy in endocrinology and metabolism*, ed. B. C. Wayne. St. Louis: Mosby.

DONAHOE, P K. et al. 1991. Clinical management of intersex abnormalities. *Current Problems in Surgery* 28(8): 513-70.

DONAHUE, P. 1985. *The human animal*. Nueva York: Simon & Schuster.

DÖRNER, G. Y G. HINZ. 1968. Induction and prevention of male homosexuality by androgen. *Journal of Endocrinology* 40: 386-88.

DORSEY, G. A. 1925. *Why we behave like human beings*. Nueva York: Harper & Bros.

DOTY, R. L. 1974. A cry for the liberation of the female rodent: Courtship and copulation in rodentia. *Psychological Bulletin* 81(3): 159-72.

DOWNEY, G. L. Y J. DUMIT, eds. 1997. *Cyborgs and citadels: Anthropological interventions in emerging sciences and technologies*. Santa Fe: School of American Research Press.

DREGER, A. D. 1993. Doubtful sex and doubtful status: Hermaphrodites and medical doctors in Victorian England. Manuscrito inédito, 1-41.

— 1998a. Ambiguous sex—or ambivalent medicine? Ethical issues in the treatment of intersexuality. *Hastings Center Report* (mayo-junio): 24-35.

— 1998b. *Hermaphrodites and the medical invention of sex*. Cambridge: Harvard University Press.

— 1998c. The history of intersexuality from the age of gonads to the age of consent. *Journal of Clinical Ethics* 9(4): 345-56.

DRICKAMER, L. C. 1992. Behavioral selection of odor cues by young female mice affects age of puberty. *Developmental Psychobiology* 25(6): 461-70.

DRIESEN, N. R. Y N. RAZ 1995. The influence of sex, age and handedness on corpus callosum morphology: A meta-analysis. *Psychobiology* 23(3): 240-47.

DUBBERT, J. L. 1980. Progressivism and the masculinity crisis. En *The American Man*, eds. F. Pleck and J. Pleck. Nueva York: Prentice Hall, 303-20.

DUBERMAN, M. 1991. *Cures: A gay man's odyssey*. Nueva York: Dutton.

DUBOIS, F. Y L. GORDON. 1983. Seeking ecstasy on the battlefield: Danger and pleasure in 19th-century feminist sexual thought. *Feminist Studies* 9(1): 7-25.

DUCKETT, J. W. 1993. Editorial. *Journal of Urology* 150: 1477.

— 1996. Editorial. *Journal of Urology* 155: 134.

DUCKETT, J. W. Y H. M. I. SNYDER. 1992. Meatal advancement and glanuloplasty hypospadias repair after 1,000 cases of meatal stenosis and regression. *Journal of Urology* 147: 665-69.

DUDEN. B. 1991. *The woman beneath the skin*. Cambridge: Harvard University Press.

DUEL, B. P. et al. 1998. Management of urethral strictures after hypospadias repair. *Journal of Urology* 160(1): 170-71.

DUGGAN, L. 1990. From instincts to politics: Writing the history of sexuality in the U.S. *Journal of Sex Research* 27(1): 95-109.

— 1993. The trials of Alice Mitchell: Sensationalism, sexology, and the lesbian subject in turn-of-the-century America. *Signs* 18(4): 791-814.

DUMIT, J. 1997. A digital image of the category of the person: PET scanning and objective self-fashioning. En *Cyborgs and citadels: Anthropological interventions in emerging sciences and technologies*, eds. G. L. Downey y J. Dumit. Santa Fe: School of American Research Press, pp. 83-102.

— 1999. Objective brains, prejudicial images. Manuscrito inédito.

— 1999. When explanations rest: Good-enough brain science and the new sociomedical disorders. Manuscrito inédito.

DUPRÉ, J. 1993. *The disorder of things: Metaphysical foundations of the disunity of science*. Cambridge: Harvard University Press.

DYNES, W. R. Y S. DONALDSON, eds. 1992a. *Asian homosexuality*. Nueva York: Garland Publishing.

— 1992b. Ethnographic studies of homosexuahty. Nueva York: Garland Publishing.

EBERLE, J. et al. 1993. Posterior hypospadias: Long-term follow-up after reconstructive surgery in the male direction. *Journal of Urology* 150: 1474-77.

EDWARDS, C. H. C. 1959. Recent developments concerning the criteria of sex and possible legal implications. *Manitoba Bar News* 31: 115-28.

EFRON, R. 1990. *The decline and fall of hemispheric specialization*. Hillsdale: Lawrence Erlbaum.

EHRENREICH, B. 1983. *The hearts of men: American dreams and the flight from commitment*. Nueva York: Doubleday.

EHRENREICH, B. Y D. ENGLISH. 1973. *Complaints and disorders: The sexual politics of sickness*. Nueva York: Feminist Press.

EHRET, G. et al. 1993. Oestrogen receptor occurrence in the male mouse brain—modulation by paternal experience. *Neuroreport* 4(11): 1247-50.

EHRHARDT, A. et al. 1968. Influence of androgen and some aspects of sexually dimorphic behavior in women with the late-treated adrenogenital syndrome. *Johns Hopkins Medical Journal* 123: 115-22.

EHRLICH, R. M. Y G. ALTER. 1996. Split-thickness skin graft urethroplasty and tunica vaginalis flaps for failed hypospadias repairs. *Journal of Urology* 155: 131-34.

EICHER, E. Y L. L. WASHBURN. 1986. Genetic control of primary sex determination in mice. Annual Review of Genetics 20: 327-60.

EKINS, R. Y D. KING 1997. Blending genders: Contributions to the emerging field of transgender studies. *International Journal of Transgenderism* 1(1): revista electrónica: http://www.symposion.com/ijt/ijtc0101.htm.

ELBERT, T., H. FLOR et al. 1994. Extensive reorganization of the somatosensory cortex in adult humans after nervous system injury. *Neuroreport* 5(18): 2593-97.

ELBERT, T., C. Pantev et al. 1995. Increased cortical representation of the fingers of the left hand in string players. *Science* 270: 305-7.

ELBERT,T., A. STERR et al. 1997. Input-increase and input-decrease types of cortical reorganization after upper extremity amputation in humans. *Experimental Brain Research* 117(1): 161-64.

ELDER, G. H. 1998. The life course and human development. En *Theoretical models of simian development*, ed. R. M. Lerner. Nueva York: Wiley. I: 939-91.

ELGER, W. et al. 1974. Hormonal control of sexual development. En *Advances in the biosciences: Hormones and embryonic development*, ed. G. Raspée. Oxford: Pergamon. 13: 41-69.

ELIAS, S. Y G. J. ANNAS. 1988. Commentary. Hastings Center Report 18: 34-35.

ELLIS, A. 1945. The sexual psychology ot human hermaphrodites. *Psychosomatic Medicine* 7: 108-25.

ELLIS, H. 1928. *Studies in the psychology of sex. Vol II: Sexual Inversion*. Filadelfia: P. A. Davis.

ELLISTON, D. A. 1995. Erotic anthropology: "Ritualized homosexuality" in Melanesia and beyond. *American Ethnologist* 22(4): 848-67.

ELMAN, J. L. et al. 1996. *Rethinking innateness: A connectionist perspective on development*. Cambridge: MIT Press.

ELSTER, A. D. et al. 1990. Sexual dimorphism of the human corpus callosum studied by magnetic resonance imaging: Fact, fallacy and statistical confidence. *Brain and Development* 12(3) 321-25.

EMANS, S. J. 1992. Sexual abuse in girls: What have we learned about genital anatomy? *Journal of Pediatrics* 120(nº 2, p. 1): 258-60.

EMORY, L. E. et al. 1991. Anatomic variation of the corpus callosum in persons with gender dysphoria. *Archives of Sexual Behavior* 20(4): 409-17.

ENGERT, F. Y T. BONHOEFFER 1999. Dendritic spine changes associated with hippocampal long-term synaptic plasticity. *Nature* 399: 66-70.

EPPLE, C. 1998. Coming to terms with Navajo Nádleehí: A critique of berdache, gay, alternate gender and two spirit. *American Ethnologist* 25: 267-90.

EPSTEIN, C. F. 1997. The multiple realities of sameness and difference: Ideology and practice. *Journal of Social Issues* 53(2): 269-78.

EPSTEIN, J. 1990. Either/or—Neither/both: Sexual ambiguity and the ideology of gender. *Genders* 7: 99-142.

EPSTEIN, J. Y K. STRAUB 1991. Introduction: The guarded body. En *Body Guards: The cultural politics of gender and gender ambiguity*, eds. J. Epstein y K. Straub. Nueva York: Routledge, págs. 1-28.

EPSTEIN, J. Y K. STRAUB. eds. 1991. *Body Guards: The cultural politics of gender and gender ambiguity*. Nueva York: Routledge.

ERICKSEN, J. A. 1999. *Kiss and tell: Surveying sex in the twentieth century*. Cambridge: Harvard University Press.

ERIKSSON, P. S. et al. 1998. Neurogenesis in the adult human hippocampus. *Nature Medicine* 4(11): 1313-17.

ESCOFFIER, J. et al., eds. 1995. The queer issue: New visions of America's lesbian and gay past. *Radical History Review* 62.

ETGEN, A. M. et al. 1990. Ovarian steroids, female reproductive behavior and norepinephrine neurotransmission in the hypothalamus. *Comparative Physiology* 9: 116-28.

EVANS, D. T. 1993. *Sexual citizenship: The material construction of sexualities*. Londres: Routledge.

EVANS, H. M. 1939. Endocrine glands: Gonads, pituitary, and adrenals. *Annual Review of Physiology* 1: 577-652.

EXNER, M. J. 1915. *Problems and principles of sex education: A study of 948 college men*. Nueva York: Association Press.

FADEM, B. 1995. The effects of neonatal treatment with tamoxifen on sexually dimorphic behavior and morphology in gray short tailed opossums (*Monodelphis domestica*). *Hormones and Behavior* 29: 296-311.

FADERMAN, L. 1982. Surpassing the love of men. Nueva York: William Morrow.

FAGOT, B. I. Y M. D. LEINBACH 1989. The young child's gender schema: Environmental input, internal organization. *Child Development* 60: 663-72.

— 1993. Gender role development in young children: From discrimination to labeling. *Developmental Review* 13: 205-24.

FAGOT, B. I. et al. 1986. Gender labeling and the adoption of sex-typed behaviors. *Developmental Psychology* 224: 440-43.

FAIRBAIRN, D. J. 1997. Allometry for sexual size dimorphism: Pattern and process in the coevolution of body size in males and females. *Annual Review of Ecology and Systematics* 28: 659-87.

FAST, I. 1993. Aspects of early gender development: A psychodynamic approach. En *The psychology of gender*, eds. A. F. Beall and R. J. Sternberg. Nueva York: Guilford, 173-93.

FAUSTO-STERLING, A. 1987. Society writes biology, biology constructs gender. *Daedalus* 116: 61-76.

— 1989. Life in the XY corral. *Women's Studies International Forum* 12(3): 319-31.

— 1992a. Why do we know so little about human sex? *Discover* 13: 28-30.

— 1992b. *Miths of gender: Biological theories about women and men*. Nueva York: Basic Books.

— 1993a. The five sexes: Why male and female are not enough. *The Sciences* (marzo-abril): 20-24.

— 1993b. Sex, race, brains and calipers. *Discover* 14: 32-37.

— 1993c. Changing life in the new world dis/order: I. Replacements of organisms and bodies. Ponencia presentada en la Sociedad Internacional para la Historia, Filosofía y Estudios Sociales de la Biología, Brandeis University.

— 1993d. How many sexes are there? *New York Times*, 12 de marzo, A29.

— 1995. Animal models for the development of human sexuality: A critical evaluation. *Journal of Homosexuality* 283/4: 217-36.

— 1997a. Beyond difference: A biologist's perspective. *Journal of Social Issues* 532: 233-58.

— 1997b. Feminism and behavioral evolution: A taxonomy. En *Feminism and evolutionary biology*, ed. P. A. Gowaty. Nueva York: Chapman and Hall, 42-6o.

FECHNER, P. Y. et al. 1994. Nonrandom inactivation for the Y-bearing X chromosome in a 46, XX individual: Evidence for the etiology of 46, XX true hermaphroditism. *Cytogenetics and Cell Genetics* 66: 22-26.

FEDER, H. H. 1981. Perinatal hormones and their role in the development of sexually dimorphic behaviors. En *Neuroendocrinology of reproduction: Physiology and behavior*, ed. N. T. Adler. Nueva York: Plenum Press, págs. 127-58.

FEDERMAN, D. D. 1967. *Abnormal sexual development: A genetic and endocrine approach to differential diagnosis*. Philadelphia: W. B. Saunders.

FEINBERG, L. 1996. *Transgender warriors*. Boston: Beacon Press.

— 1998. *Trans liberation: Beyond pink or blue*. Boston: Beacon Press.

FERGUSON-SMITH, M. A. et al. 1992. Olympic row over sex testing. *Nature* 355: 10.

FERRARIO, V. F. et al. 1996. Shape of the human corpus callosum in childhood: Elliptic Fourier analysis on midsaggital magnetic resonance scans. *Investigative Radiology* 311: 1-5.

FICHTNER, J., D. FILIPAS et al. 1995. Analysis of meatal location in 500 men: Wide variation questions need for meatal advancement in all pediatric anterior hypospadias cases. *Journal of Urology* 154: 833-34.

FICHTNER, J., M. FISCH et al. 1998. Refinements in buccal mucosal grafts urethroplasty for hypospadias repair. *World Journal of Urology* 163: 192-94.

FIGLIO, K. M. 1976. The metaphor of organization: An historiographical perspective on the bio-medical sciences of the early 19th century. History of Science 14: 17-53.

FIGUEROA, T. E. Y K. J. FITZPATRICK 1998. Transverse preputial flap for ventral penile skin coverage in hypospadias surgery. *Techniques in Urology* 42: 83-86.

FINKELSTEIN, M. 1966. Professor Bernhard Zondek: An interview. *Journal of Reproduction and Fertility* 12: 3-19.

FISCHER, R. 1990. Why the mind is not in the head but in the society's connectionist network. *Diogenes* 151: 1-28.

FISKE, S. T. et al. 1991. Social science research on trial: Use of sex stereotyping research in Price Waterhouse v. Hopkins. *American Psychologist* 4610: 1049-60.

FITCH, R. H. et al. 1998. The female phenotype: Nature's default? *Developmental Neuropsychology* 142/3: 213-31.

FITCH, R. H. Y V. H. DENENBERG 1998. A role for ovarian hormones in sexual differentiation of the brain. *Behavioral and Brain Sciences* 21: 311-52.

FITZPATRICK, E. 1990. *Endless crusade: Women social scientists and progressive reform*. Nueva York: Oxford University Press.

FLATAU, E. et al. 1975. Penis size in the newborn infant. *Journal of Pediatrics* 874: 663-64.

FLIEGNER, J. R. 1996. Long-term satisfaction with Sheares vaginoplasty for congenital absence of the vagina. *Australian and New Zealand Journal of Obstetrics and Gynecology* 362: 202-4.

FLOR, H. et al. 1995. Phantom limb pain as a perceptual correlate of cortical reorganization following arm amputation. *Nature* 375: 482-84.

FOGEL, A. et al. 1997. Communication of smiling and laughter in mother-infant play: Research on emotion from a dynamic systems perspective. *New Directions in Child Development* 77: 5-24.

FOGEL, A. Y E. THELEN 1987. Development of early expressive and communicative action: Reinterpreting the evidence from a dynamic systems perspective. *Developmental Psychology* 236: 747-761.

FONKALSRUN, E. W. et al. 1977. Experience with reduction clitoroplasty for clitoral hypertrophy. *Annals of Surgery* 186: 221-226.

FORD, C. S. Y F. A. BEACH. 1951. *Patterns of sexual behavior*. Nueva York: Harper & Bros.

FOREL, A. 1905. *La question sexuelle*. Lausanne, Suiza: Edwin Frankfurter.

FOREMAN, J. 1994. Brainpower's sliding scale. Boston Globe, 16 de mayo, 25, 29.

FOREST, M. G. 1981. Inborn errors of testosterone biosynthesis. Pediatric and Adolescent Endocrinology 8: 133-155.

FOUCAULT M. 1970. *The order of things: An Archeology of the human sciences*. Nueva York: Random House.

— 1978. *The history of sexuality*. Nueva York: Pantheon.

— 1979. *Discipline and Punish*. Nueva York: Random House.

— 1980. Two lectures. En *Power/knowledge: Selected interviews and other writings 1972-1977 by Michel Foucault*, ed. C. Gordon. Nueva York: Pantheon, pp. 78-108.

— 1990. *The use of pleasure: The history of sexuality*. Nueva York: Vintage Books.

FRANCE, D. 1999. Testosterone, the rogue hormone, is getting a makeover. *New York Times*, 17 de febrero, 3.

FRANK, J.D. 1997. Editorial. *British Journal of Urology* 79: 789.

FRANK, R. T. 1929. *The female sex hormone*. Londres: Bailliere, Tindall & Cox.

FRANK, R.T. Y M. A. GOLDBERGER. 1931. Channels of excretion of the female sex hormone. *Proceedings of the second international congress for sex research, London 1930*, ed. A. W. Greenwood. Edimburgo: Oliver & Boyd, 378-387.

FU, D.D. Y C. A. HORNICK. 1995. Modulation of lipid metabolism at rat hepatic subcellular sites by female sex hormones. *Biochimica et Biophysica Acta—Lipids and Lipid Metabolism* 12543: 267-273.

FUJIMURA, J.H. 1987. Constructing «Do-able» problems in cancer research: Articulating alignment. *Social Studies of Science* 17: 257-293.

— 1997. «Canons and purity control in science: The howl of the Boeotians». 119th Annual Meeting of the American Ethnological Society. Seattle, Washington.

FUSS, D. 1993. Freud's fallen women: Identification, desire, and a case of homosexuality in a woman. *Cultural Politics* 6: 42-68.

GALLAGHER, C. Y T. LAQUEUR, eds. 1987. *The making of the modern body*. Berkeley: University of California Press.

GALLAGHER, T. F. Y F. C. KOCH 1929. The testicular hormone. Journal of Biological Chemistry (2): 495-500.

— 1931. Studies on the quantitative assay of the testicular hormone and on its purification and properties. *Proceedings of the second international congress for sex research, London 1930*, ed. A. W. Greenwood. Edimburgo: Oliver & Boyd, págs. 312-321.

GALTON, F. 1892. *Hereditary genius*. Londres: Watts & Co.

GARBER, M. 1995. *Vice versa: Bisexuality and the eroticism of everyday life*. Nueva York: Simon & Schuster.

GARCÍA-COLL, C.T., et al. 1997. *Beyond social categories: «Race», ethnicity, social class, gender and developmental research*. Washington, D.C.: Society for Research on Child Development.

GARDNER, J.J. 1992. Descriptive study of genital variation in healthy, nonabused premenarchal girls. *Journal of Pediatrics* 120 (no. 2, pt. 1): 251-257.

GARRETY, K. 1997. Social worlds, actor-networks and controversy: The case of cholesterol, dietary fat and heart disease. *Social Studies of Science* 27: 727-773.

GASPERINO, J. 1995. Androgenic regulation of bone mass in women. *Clinical Orthopaedics and Related Research* 311: 278-286.

GASTHORNE-HARDY, JONATHAN. 1998. *Alfred Kinsey: Sex the measure of all things*. Londres: Chatto & Windus.

GAUTIER, R. 1935. The health organization and biological standardization. *League of Nations Quarterly Bulletin of the Health Organization* 4(3): 497-554.

GEARHART, J.P. Y R.N. BORLAND. 1992. Onlay island flap urethroplasty: Variation on a theme. *Journal of Urology* 148: 1507-1509.

GEARHART, J.P. et al. 1995. Measurement of pudendal evoked potentials during feminizing genitoplasty: Technique and applications. *Journal of Urology* 153: 436-487.

GEDDES, P. Y J.A. Thomson. 1895. *The evolution of sex*. Londres: Walter Scott.

GELMAN, D. 1992. Born or bred. *Newsweek*, 24 de febrero, 46-52.

GEORGE, F.W. et al. 1978. Oestrogen content of the embryonic rabbit ovary. *Nature* 274: 172-173.

GERALL, A.A. et al. 1973. Effect of ovarian secretions on female behavioral potentiality in the rat. *Journal of Comparative and Physiological Psychology* 82: 449-465.

GERALL, H.D. et al. 1967. Disruption of the male rat's sexual behavior induced by social isolation. *Animal Behavior* 15: 54-58.

GERGEN, M.M. Y S.N. DAVIS, eds. 1997. *Toward a new psychology of gender: A reader*. Nueva York: Routledge.

GERSON, E.M. 1983. Scientific work and social worlds. *Knowledge: Creation, Diffusion, Utilization* 4(3): 357-377.

GESELL, A. Y J.A. SINGH. 1941. *Wolf child and human child: Being a narrative interpretation of the life history of Kamala, the wolf girl; based on the diary account of a child who was reared by a wolf and who then lived for nine years in the orphanage of Midnapore, in the province of Bengal, India*. Nueva York: Harper & Bros.

GIGERENZER, G. et al. 1989. *The empire of chance*. Cambridge: Cambridge University Press

GILBERT, D.A., et al. 1993. Phallic reconstruction in prepubertal and adolescent boys. *Journal of Urology* 149: 1521-1526.

GILBERT, S. 1997. *Developmental Biology*. Sunderland, Ma.: Sinauer Associates.

GILGENKRANTZ, S. 1987. Hermaphrodisme vrai et double fécondation. *Journal Génétique Humaine* 35(2-3): 105-118.

GILMAN, S. 1994. Sigmund Freud and the sexologists: A second reading. En *Sexual knowledge, sexual science*, eds. R. Porter y M. Teich. Cambridge: Cambridge University Press, págs. 323-349.

GITTERMAN, M.R. Y L.F. SIES. 1992. Nonbiological determinants of the organization of language in the brain: A comment on Hu, Qiou and Zhong. *Brain and Language* 43: 162-165.

GITTES, G.K. et al. 1998. Glans approximation procedure urethroplasty for the wide, deep meatus. *Urology* 523: 499-500.

GLASSBERG, KENNETH I. 1999. Editorial: Gender assignment and the pediatric urologist. *Journal of Urology* 161: 1308-1310.

GLEN, J.E. 1957. Female pseudohermaphroditism: A case presenting unusual problems. *Journal of Urology* 78(2): 169-172.

GOING, J,J. Y A. DIXSON. 1990. Morphometry of the adult human corpus callosum: Lack of sexual dimorphism. *Journal of Anatomy* 171: 163-167.

GOLDBERG, E. et al. 1994. Cognitive bias, functional cortical geometry, and the frontal lobes: Laterality sex and handedness. *Journal of Cognitive Neuroscience* 6 (3): 276-296.

GOLDBERG, S. 1973. *The inevitability of patriarchy*. Nueva York: William Morrow

GOLDEN, R.J. et al. 1998. Environmental endocrine modulators and human health: an assessment of the biological evidence. *Critical Review of Toxicology* 28(2): 109-227.

GOODALL, J. 1991. Helping a child to understand her own testicular feminization. *The Lancet* 337: 33-35.

GOODWIN, B. Y P. SAUNDERS, eds. 1989. *Theoretical biology: Epigenetic and evolutionary order from complex systems*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

GOOREN, L. Y P.T. COHEN-KETTENIS. 1991. Development of male gender identity/role and a sexual orientation towards women in a 46, XY subject with an incomplete form of the androgen insensitivity syndrome. *Archives of Sexual Behavior* 205: 459-470.

GORDON, L. 1976. *Woman's body, woman's right: A social history of birth control in America*. Nueva York: Grossman.

GORMAN, C. 1992. Sizing up the sexes. *Time*, 20 de enero: 42-51.

GORSKI, R.A. 1971. Gonadal hormones and the prenatal development of neuroendocrine function. *Frontiers in Neuroendocrinology* 3: 237-289.

GOTTLIEB, G. 1991. Experiential canalization of behavioral development: Theory. *Developmental Psychology* 27(1): 4-13.

— 1997. *Synthesizing nature-nurture: Prenatal roots of instinctive behavior*. Mahwah, N.J.: Lawrence Erlbaum.

GOTTLIEB, G. et al. 1998. The significance of biology for human development: A developmental psychobiological systems view. En *Handbook of Child Psychology*, ed. W. Damon. Nueva York: Wiley, págs. 233-273.

GOULD, E., A. BEYLIN et al. 1999. Learning enhances adult neurogenesis in the hippocampal formation. *Nature Neuroscience* 2(3): 260-270.

GOULD. E., B.S. MCEWEN et al. 1997. Neurogenesis in the dentate gyrus of the adult tree shrew is regulated by psychosocial stress and NMDA receptor activation. *Journal of Neuroscience* 17(7): 2492-2498.

GOULD, S.J. 1981. *The mismeasure of men*. Nueva York: Norton.

GOWAN, J.C. 1985. Spatial ability and testosterone. *Journal of Creative Behavior* 18: 187-190

GOY, R.W. 1967. William Caldwell Young, September 8, 1899 to August 30, 1965. *Anatomical Record* 157: 3-12.

GOY, R.W. et al. 1988, Behavioral masculinization is independent of genital masculinization in prenatally female Rhesus monkeys. *Hormones and Behavior* 22: 552-571.

GOY, R.W. Y J.S. JAKWAY. 1959. The inheritance of patterns of sexual behaviour in female guinea pigs. *Animal Behavior* 7: 142-149.

GOY, R.W. Y B.S. MCEWEN. 1980. *Sexual differentiation of the brain*. Cambridge: MIT Press.

GOY, R.W. Y W.C. YOUNG. 1956-57. Strain differences in the behavioral responses of female guinea pigs to alpha estradiol benzoate and progesterone. *Behavior* 10(3-4): 340-353.

— 1957. Somatic basis of sexual behavior patterns in guinea pigs. *Psychosomatic Medicine* 19: 144-151.

GRADY, D. 1992, Sex test. *Discover*, junio, 78-82.

GRADY, K.L. Y C. PHOENIX. 1963. Hormonal determinants of mating behavior: The display of feminine behavior by adult male rats castrated neonatally motion picture. *American Zoologist* 3: 482-483 (abstract).

GRADY, K.L. et al. 1965. Role of the developing rat testis in differentiation of

the neural tissues mediating mating behavior. *Journal of Comparative and Physiological Psychology* 59(2): 176-182.

GRAY, R. 1992. Death of the gene: Developmental systems strike back. En *Trees of Life*, ed. P. Griffiths. Dordrecht, Holanda: Kluwer Academic Publishers, págs. 165-207.

— 1997. In the belly of the the monster: Feminism, developmental systems and evolutionary explanations. En Feminism and evolutionary biology, ed. P.A. Gowaty. Nueva York: Chapman & Hall, 385-413.

GREENBERG, JULIE. 1999. Defining male and female: Intersexuality and the collision between law and biology. *Arizona Law Review* 41: 268-328.

GREENE, R.R. et al. 1940a. Experimental intersexuality: The effect of antenatal androgens on sexual development of female rats. *American Journal of Anatomy* 65(3): 416-469.

— 1940b. Experimental intersexuality: The effects of estrogens on the antenatal sexual development of the rat. *American Journal of Anatomy* 67: 305-345.

GREENSPAN, R.J. Y T. TULLY. 1993. Group report: How do genes set up behavior? En Flexibility and constraint in behavioral systems, eds. R.J. Greenspan y C. Kyriacou. Nueva York: Wiley, 65-80.

GRIFFIN, J.E. Y J.D. WILSON. 1989. The androgens resistance syndromes: 5-alpha reductase deficiency, testicular feminization and related disorders. En *The metabolic basis of inherited disease*, eds. C.R. Scriver, A.L. Beaudet, W.S. Sly y D. Valle. Nueva York: McGraw Hill.

GRIFFITHS, P.E. Y R.D. GRAY. 1994. Developmental systems and evolutionary explanation. *Journal of Philosophy* 91(6): 277-304.

— 1994b. Replicators and vehicles? Or developmental systems? *Behavioural and Brain Sciences* 17(4): 623-624.

GROBER, M.S. 1997. Neuroendocrine foundations of diverse sexual phenotypes in fish. En *Sexual orientation: Toward a biological understanding*, ed. L. Ellis y L. Ebertz. Westport, CT: Praeger, 3-20.

GRONEMAN, C. 1994. Nymphomania: The historical construction of female sexuality. *Signs* 19(2): 337-367.

GROSS, R.E. Y I.A. MEEKER, JR. 1955. Abnormalities of sexual development: Observations from 75 cases. *Pediatrics* 16: 303-324.

GROSS, R.E. et al. 1966. Clitorectomy for sexual abnormalities: Indications and technique. Surgery 59: 300-308.

GROSZ, E. 1966. Intolerable ambiguity: Freaks as/at the limit. En Freakery: Cultural spectacles of the extraordinary body, ed. R.G. Thomson. Nueva York: New York University Press, 55-66.

— 1994. *Volatile bodies: Towards a corporeal feminism*. Bloomington: Indiana University Press.

— 1995. *Space, time and perversions*. Nueva York: Routledge.

GROTEVANT, H.D. 1987. Toward a process model of identity formation. *Journal of Adolescent Research* 23: 203-222.

GROVEMAN, S. 1996. Carta. *Canadian Medical Association Journal* 154(12): 1829-1830.

GRUNT, J.A. Y W.C. YOUNG. 1952. Differential reactivity of individuals and the response of the male guinea pig to testosterone propionate. *Endocrinology* 513: 237-248.

— 1953. Consistency of sexual behavior patterns in individual male guinea pigs following castration and androgen therapy. *Journal of Comparative and Physiological Psychology* 46: 138-144.

GUINET, P. Y J. DECOURT. 1969. True hermaphroditism. En *Selected topics on genital anomalies and related subjects*, eds. M.N. Rashad y W.R.M. Morton. Springfield, IL: Charles C. Thomas, 553-583.

GUSTAFSON, M.L. Y P.K. DONAHOE. 1994. Male sex determination: Current concepts of male sexual differentiation. *Annual Review of Medicine* 45: 505-524.

GUSTAFSSON, J. 1994. Regulation of sexual dimorphism in rat liver. En *The differences between the sexes*, eds. R.V. Short y E. Balaban. Cambridge. : Cambridge University Press, 231-41.

GUSTAVSON, R.G. 1939. Bioassay of androgena and estrogens. En *Sex and internal secretions*, eds. Charles H. Allen y Edward A. Doisy. Baltimore: Williams & Wilkins, 877-900.

HABIB, M. et al. 1991. Effects of handedness and sex on the morphology of the corpus callosum: A study with brain magnetic resonance imaging. *Brain and Cognition* 16: 41-61.

HACKING, I. 1982. Biopower and the avalanche of printed numbers. *Humanities in Society* 53/4: 279-295.

— 1983. *Representing and Intervening: Introductory topics in the philosophy of science*. Cambridge: Cambridge University Press.

— 1986. Making up people. En *Reconstructing individualism: Autonomy, individuality and the self in Western thought*, eds. T.C. Heller, Morton Sosna y David F. Wellbery. Stanford, CA: Stanford University Press, 222-236.

— 1990. *The taming of chance*. Cambridge: Cambridge University Press.

— 1991. How should we do the history of statistics? En *The Foucault effect: Studies in governamentality*, eds. G. Burchell, C. Gordon y P. Miller. Chicago: University of Chicago Press.

— 1992. World-making by kind making: Child abuse for example. En *How classification works: Nelson Goodman among the social sciences*, eds. M. Douglas y D. Hull. Edimburgo: Edinburgh University Press, 180-238.

— 1995. *Rewriting the soul: Multiple personality and the sciences of memory*. Princeton: Princeton University Press.

HAFFNER, S.M. Y R.A. VALDEZ. 1995. Endogenous sex hormones: Impact on lipids, lipoproteins, and insulin. *American Journal of Medicine* 98 (suppl. 1A): S40-47.

HAIKEN, E. 1997. *Venus envy: A history of cosmetic surgery*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

HALBERSTAM, J. 1998. *Female masculinity*. Durham, NC: Duke University Press.

HALL, D.L. 1976. Biology, sex hormones and sexism in the 1920's. En *Women and philosophy: Toward a theory of liberation*, eds. C.K. Gould y W. Marx. Nueva York: Putnam, 81-96.

HALL, J.A.Y. Y D. KIMURA. 1995. Sexual orientation and performance on sexually dimorphic motor tasks. *Archives of Sexual Behavior* 24(4): 395-407.

HALL, R. 1928. *The Well of Loneliness*. Londres: Cape.

HALLER, K.B. 1998. When John became Joan. *Journal of Obstretic, Gynecologic and Neonatal Nursing* 27(1): 11.

HALLEY, J. 1991. Misreading sodomy: A critigue of the classification of homosexuals in federal equal protection law. En *Bodyguards: The cultural politics of gender ambiguity*, eds. J. Epstein y K. Straub. Nueva York: Routledge, pp. 351-377.

HALLEY, J.E. 1993. The construction of heterosexuality. En *Fear of a queer planet: Queer politics and social theory*, ed. M. Warner. Minneapolis: University of Minnesota Press, 82-102.

— 1994. Sexual orientation and the politics of biology: A critique of the argument from immutability. Stanford Law Review 46(3): 503-568.

HALPERIN, D.A. 1993. Is there a history of sexuality? En *The lesbian and gay reader*, eds. H. Abelove, M.A. Barale, and D. A. Halperin. Nueva York: Routledge, 416-431.

HALPERIN, D.M. 1990. *One hundred years of homosexuality and other essays on Greek love*. Nueva York: Routledge.

HALPERN, D.F. 1997. Sex differences in intelligence: Implications for education. American Psychologist 52(10): 1091-1102.

— 1998. Recipe for a sexually dimorphic brain: Ingredients include ovarian and testicular hormones. *Behavioral and Brain Sciences* 21(3): 330-331.

HALPERN, D.F. Y M. CROTHERS. 1997. Sex, sexual orientation and cognition. En *Sexual orientation: Toward a biological understanding*, eds. L. Ellis y L. Ebertz. Westport, CT: Praeger, 181-197.

HALWANI, R. 1998, Essentialism, social constructionism and the history of homosexuality. *Journal of Homosexuality* 35(1): 25-51.

HAMBLEN, E.C. 1957. The assignment of sex to an individual: Some enigmas and some practical clinical criteria. *American Journal of Obstetrics and Gynecology* 74(6): 1228-1240.

HAMER, D. et al. 1993. Linkage between DNA markers on the X chromosome and male sexual orientation. *Science* 261: 321-325.

HAMILTON, M.A. et al. 1981. Effect of neonatal intrahypothalamic testosterone implants on cyclicity and adult sexual behavior in the female hamster. *Neuroendocrinology* 32: 234-241.

HAMMER, M. Y R. MENZEL. 1994. Neuromodulation, instruction and behavioral plasticity. En *Flexibility and constraint in behavioral systems*, eds. R.J. Greenspan y C.P. Kyriacou. Nueva York: Wiley, 109-118.

HAMMONDS, E. 1994. Black (w)holes and the geometry of black female sexuality. *Differences* 6 (2&3): 126-145.

HAMPSON, E. et al. 1998. Spatial reasoning in children with congenital adrenal hyperplasia due to 21-hydroxylase deficiency. *Developmental Neuropsychology* 14(2): 299-320.

HAMPSON, J. 1955. Hermaphroditic genital appearance, rearing and eroticism in hyperadrenocorticism. *Bulletin of the Johns Hopkins Hospital* 96: 265-273.

HAMPSON, J.C. Y J. MONEY 1955. Idiopathic sexual precocity in the female. *Psychosomatic Medicine* 17(1): 16-35.

HAMPSON, J.L. 1965. Determinants of psychosexual orientation. En *Sex and behavior*, ed. F.A. Beach. Nueva York: Wiley, 108-132.

HAMPSON, J.L. Y J.G. HAMPSON. 1961. The ontogenesis of sexual behavior in man. En *Sex and internal secretions*, eds. W.C. Young y G.W. Corner, Baltimore: Williams & Wilkins, pp. 1401-1432.

HANLEY, D.F. 1983. Drug and sex testing: Regulations for international competition. *Clinics in Sports Medicine* 2: 13-17.

HANSEN, B. 1989. American physicians' earliest writings about homosexuals, 1880-1900. *Milbank Quarterly* 67 (suppl. 1): 92-108.

— 1992. American physicians' discovery of homosexuals, 1880-1900: A new diagnosis in a changing society. En *Framing disease*, eds. C. Rosenberg y J. Golden. New Brunswick, NJ: Rutgers University Press, 104-133.

HAQQ, C.M. et al. 1994. Molecular basis of mammalian sexual determination: Activation of Müllerian inhibiting substance gene expression by Sry. *Science* 266: 1494-1500.

HARAWAY, D. 1986. Primatology is politics by other means. En *Feminist approaches to science*, ed. Ruth Bleir. Nueva York: Pergamon Press, 78-118.

— 1989. Primate visions, Nueva York: Routledge.

— 1991. *Simians, cyborgs and women: The reinvention of nature*. Nueva York: Routledge.

— 1997. *Modest_witness@second_millennium.femaleman_meets_oncomouse*™. Nueva York: Routledge.

HARD, E. Y K. LARSSON. 1968. Dependence of mating behavior in male rats on the presence of littermates in infancy. *Brain and Behavioral Evolution* 1: 405-419.

HARDING, S. 1992. After the neutrality ideal; Science, politics, and strong objectivity. *Social Research* 59(3): 567-587.

— 1995. Strong objectivity: A response to the new objectivity question. Synthèse 104(3): 1-19.

HARE-MUSTIN, R.T. Y J. MARECEK. 1994. Asking the right questions: Feminist psychology and sex differences. *Feminism and Psychology* 4(4): 531-537.

HARMON-SMITH, H. 1998. Ten commandments of treating hermaphrodites and the family. *Journal of Clinical Ethics* 9(4): 371.

HARRINGTON, A. 1985. Nineteenth-century ideas on hemisphere differences and duality of mind. *Behavioral and Brain Sciences* 8: 617-660.

— 1987. *Medicine, mind and the double brain*. Princeton: Princeton University Press.

HARRIS, G.W. Y S. LEVINE. 1965. Sexual differentiation of the brain and its experimental control. *Journal of Physiology* 181: 379-400.

HARRIS, J.R. 1998. *The nurture assumption*. Nueva York: Free Press.

HART, B.L. 1972. Manipulation of neonatal androgen: Effects on sexual responses and penile development in male rats. *Physiology and Behavior* 8: 841-845.

HARWOOD, J. 1993. *Styles of scientfic thought: The German genetics community 1900-1933*. Chicago: University of Chicago Press.

HASTE, H. 1994, *The sexual metaphor*. Cambridge: Harvard University Press.

HAUSMAN, B.L. 1992. Demanding subjectivity: Transsexualism, medicine and the technologies of gender. *Journal of the History of Sexuality* 3(2): 270-302.

— 1995. *Changing sex: Transsexualism, technology and the idea of gender in the 20th century*. Durham, NC: Duke University Press.

HAWKESWORTH, M.A. 1997. Confounding gender. *Signs* 223: 649-685.

HAYASHI, Y., T. MARUYAMA et al. 1998. Operative methods for severe hypospadias. *Nippon Hinyokika Gakkai Zassi* 89(7): 635-640.

HAYASHI, Y., M. MOGAMI et al. 1998. Results of closure of urethrocutaneous fistulas after hypospadias repair. International Journal of Urology 5(2): 167-169.

HEAPE, W. 1913. *Sex antagonism*, Nueva York: Putnam.

— 1914. *Preparation for marriage*. Londres: Cassell & Co.

HECKER, B.R. Y L.S. MCGUIRE. 1977. Psychosocial function in women treated for vaginal agenesis. *American Journal of Obstetrics and Gynecology* 129(5): 543-547.

HELD, L.I. 1994. *Models of embryonic periodicity*. Basilea, Suiza: Karger.

HELLIGE, J.B. 1993. *Hemispheric asymmetry: What's right and what's left?* Cambridge: Harvard University Press.

HELLIGE, J.B. et al. 1998. Relationships between brain morphology and behavioral measures of hemispheric asymmetry and interhemispheric interaction. *Brain Cognition* 26 (2): 158-192.

HENDREN, H., Y J.D. CRAWFORD. 1969. Adrenogenital syndrome: The anatomy of the anomaly and its repair. Some new concepts. *Journal of Pediatric Surgery* 4(1): 49-58.

HENDRICKS, M. 1993. Is it a boy or a girl? *Johns Hopkins Magazine*, 45(6): 10-16.

HENDRICKS-JANSEN, H. 1996. *Catching ourselves in the act: Situated activity, interactive emergence, evolution, and human thought*. Cambridge: MIT Press.

HERDT, G. 1990a. Developmental discontinuities and sexual orientation across cultures. En *Homosexuality/heterosexuality: Concepts of sexual orientation*, eds. D.P. McWhirter, S. Sanders y J.M. Reinisch. Nueva York: Oxford University Press, 208-236.

— 1990b. Mistaken gender: 5-alpha reductase hermaphroditism and biologi-

cal reductionism in sexual identity reconsidered. *American Anthropologist* 92: 433-446.

— 1994a. Mistaken sex: Culture, biology and the third sex in New Guinea. En *Third sex third gender: Beyond sexual dimorphism in culture and history*, ed. G. Herdt. Nueva York: Zone Books, 419-446.

— 1994b. Third sexes and third genders. En *Third sex third gender: Beyond sexual dimorphism in culture and history*, ed. G. Herdt. Nueva York: Zone Books: 21-84.

HERDT, G.H. Y J. DAVIDSON. 1988. The Sambia Turnim-man: Sociocultural and clinical aspects of gender formation in male pseudohermaphrodites with 5-alpha-reductase deficiency in Papua New Guinea. *Archives ef Sexual Behavior* 17(1): 33-56.

HERIOT, A. 1975. *The castrati in opera*. Nueva York: Da Capo Press.

HERRN, R. 1995. On the history of biological theories of homosexuality. *Journal of Homosexuality* 28(1 y 2): 31-56.

HERSCHBERGER, R. 1948. *Adam,s Rib*. Nueva York: Pellegrini & Cudahy.

HESS, D.J. 1997. *Science studies: An advanced introduction*. Nueva York: New York University Press.

HESS, R.A. et al. 1997. A role for oestrogens in the male reproductive system. *Nature* 390: 509-512.

HILL, R.T. 1937a. Ovaries secrete male hormone I. Restoration of the castrate type of seminal vesicle and prostate glands to normal by grafts of ovaries in mice. *Endocrinology* 21: 495-502.

— 1937b. Ovaries secrete male hormone III. Temperature control of male hormone output by grafted ovaries. *Endocrinology* 21: 633-636.

HINES, M. 1990. Gonadal hormones and human cognitive development. *Comparative Physiology* 8: 51-63.

HINES, M. et al. 1992. Cognition and the corpus callosum: Verbal fluency, visuospatial ability, and language lateralization related to midsagittal surface areas of callosal subregions. *Behavioral Neuroscience* 106(1): 3-14.

HINES, M. Y M.L. COLLAER. 1993. Gonadal hormones and sexual differentiation of human behavior: Developments from research on endocrine syndromes and studies of brain structure. *Annual Review of Sex Research* 4: 1-48.

HO, M.W. 1989. A structuralism of process: Towards a post Darwinian rational morphology. En *Dynamic structures in biology*, eds. B. Goodwin, A. Sibatani y G. Webster. Edimburgo: Edinburgh University Press, 31-48.

HO, M.W. Y S.W. FOX. 1988. Processes and metaphors in evolution. En *Evolutionary processes and metaphors*, eds. M.W. Ho y S.W. Fox. Chichester: Wiley, pp. 1-16.

HO, M.W. et al. 1987. Ether-induced segmentation disturbances in Drosophila melanogaster. *Roux' Archives for Developmental Biology* 196: 511-521.

HOEBEKE, P. et al. 1997. Current trends in the treatment of hypospadias. Acta Urologica Belgica 65(4): 17-23.

HOLDEN, C. 1992. Experts slam Olympic gene test. *Science* 255(5048): 1073.

HOLLOWAY, R.L. 1998. Relative size of the human corpus callossum redux: statistical smoke and mirrors? *Behavioral and Brain Sciences* 21(3): 333-335.

HOLLOWAY, R.L. et al. Sexual dimorphism in the human corpus callosum from three independent samples: Relative size of the corpus callosum. *American Journal of Physical Anthropology* 92: 481-498.

HOLLOWAY, R.L. Y M.C. DE LACOSTE. 1986. Sexual dimorphism in the human corpus callosum: An extension and replication study. *Human Neurobiology* 5: 87-91.

HOLMES, M. 1994. Medical politics and cultural imperatives: Intersexuality beyond pathology and erasure. Master's thesis, Interdisciplinary Studies, York University.

HOLMES, S.A.V. et al. Surgical reinforcement of gender identity in adolescent intersex patients. *Urologia Internationalis* 48: 430-433.

HORNSTEIN, G. 1988. Quantifying psychological phenomena: Debates, dilemmas and implications. En *The rise of experimentation in American psychology*, ed. J.G. Morawski. New Haven: Yale University Press, págs. 1-34.

HORNSTEIN, G. Y S.L. STAR. 1994. Universality biases: How theories about human nature succeed. *Philosophy of the Social Sciences* 20(4): 421-36.

HOROWITZ, I.L. 1995. The Rushton file: Racial comparisons and median passions, *Society* 32: 7ff.

HOSHINO, S. et al. 1996. Demonstration of isoforms of the estrogen receptor in the bone tissue of osteoblastic cells. *Calcified Tissue International* 57(6): 466-468.

HOUTSMULLER. et al. 1994. Males located caudally in the uterus affect sexual behavior of male rats in adulthood. *Behavioral Brain Research* 62(2): 119-225.

HOWE, J.W., ed. 1874. *Sex and education. A reply to Dr. E. Clarke's "Sex in education"*. Boston: Roberts Brothers.

HUBBARD, R. 1990. *The politics of women's biology*. Nueva York: Routledge.

HUBBARD, R. Y E. WALD. 1993. *Exploding the gene myth: How genetic information is produced and manipulated by scientists, physicians, employers, insurance companies, educators and law enforcers*. Boston: Beacon Press.

HUGHES, W. et al. 1958. True hermaphroditism: Report of a case. *Journal of Pediatrics* 52: 662-669.

HUNT, M.M. 1997. *How science takes stock: The story of meta-analysis*. Nueva York: Russell Sage Foundation.

HUNTER, R.H.F. 1995. *Sex determination, differentiation and intersexuality in placental mammals*. Cambridge: Cambridge University Press.

HURTIG, A.L. et al. 1983. Psychological evaluation of treated females with virilizing congenital adrenal hyperplasia. Journal of Pediatric Surgery 18(6): 887-93.

HUTCHISON, J.B. et al. 1994. Brain formation of oestrogen in the mouse: Sex

dimorphism in aromatase development. *Journal of Steroid Biochemistry and Molecular Biology* 49(4-6): 407-415.

HUTSON, J. 1992. Clitoral hypertrophy and other forms of ambiguous genitalia in the labor ward. *Australia and New Zealand Journal of obstetrics and Gynecology* 32(3): 238-239.

HUTTENLOCHER, P.R. Y A.S. DABHOLKAR. 1997. Regional differences in synaptogenesis in human cerebral cortex. *Journal of Comparative Neurology* 387: 167-178.

HUUSSEN, A.H.J. 1987. Sodomy in the Dutch Republic during the eighteenth century. En *'Tis nature's fault: Unauthorized sexuality during the enlightenment*, ed. R.P. Maccubbin. Cambridge: Cambridge University Press, 169-178.

HYDE, J.S. 1997. Gender differences in math performance: Not big, not biological. En *Women, men and gender: Ongoing debates*, ed. M. R. Walsh. New Haven: Yale University Press, 283-287.

HYDE, J.S. Y N.M. MCKINLEY. 1997. Gender differences in cognition: Results from meta-analyses. En Gender differences in human cognition, ed. J.T.E. Richardson. Oxford: Oxford University Press, pp. 30-51.

HYND, G. et al. 1995. Dyslexia and corpus callosum morphology. Archives of Neurology 52: 32-38.

INGBER, D.E. 1998. The architecture of life. Scientific American (enero): 48-57.

INGELMAN-SUNDBERG, A. 1997. The anterior vaginal wall as an organ for the transmission of active forces to the urethra and the clitoris, *International Urogynecol Journal of Pelvic Floor Dysfunction* 8(1): 50-51.

INNES-WILLIAMS, D. 1981. Masculinizing genitoplasty. Pediatric and Adolescent Endocrinology 8: 237-246.

IRVINE, J. M. 1990a. *Disorders of desire: Sex and gender in modern American sexology*. Philadelphia: Temple University Press.

— 1990b. From different to sameness: Gender ideology in sexual science. *Journal of Sex Research* 27(1): 7-24.

ISSA, M.M. Y J.P. GEARHART. 1989. The failed MAGPI: Management and prevention. *British Journal of Urology* 64: 169-171.

JACKLIN, C.N. 1989. Female and male: Issues of gender. *American Psychologist* 44(2): 127-133.

JACKLIN, C.N. Y C. REYNOLDS. 1993. Gender and childhood socialization. En *The psychology of gender*, eds. A.E. Beall y R.J. Sternberg. Nueva York: Guilford Press, pp. 197-214.

JACKSON, M. 1987. «Facts of life» or the eroticization of Women's oppression? Sexology and the social construction of heterosexuality. En *The cultural construction of sexuality*, ed. P. Caplan. Londres: Tavistock Publications, pp. 52-81.

JACOBS, P., P. DALTON et al. 1997. Turner Syndrome. A cytogenetic and molecular study. *Annals of Human Genetics* 61: 471-483.

JACOBS, S.E., W. THOMAS et al., eds. 1997. *Two-spirit people: Native American gender identity, sexuality and spirituality*. Urbana: University of Illinois Press.

JAMES, J.B., ed. 1997. *The significance of gender: Theory and research about difference*. Boston: Blackwell.

JÄNCKE, L. et al. 1992. Dichotic listening: What does it measure? *Neuropsychologia* 30(11): 941-950.

JAYANTHI, V.R. et al. 1994. Can previously relocated penile skin be successfully used for salvage hypospadias repairs? *Journal of Urology* 152: 740-743.

JAYNE, C.E. 1986. Methodology in sex research in 1986: An editor's commentary. *Journal of Sex Research* 22(1): 1-5.

JEFFREYS, S. 1985. *The spinster and her enemies: Feminism and sexuality 1880-1930*. Londres: Pandora.

JILKA, R.L. et at. 1992. Increased osteoclast development after estrogen loss: Mediation by interleukin-6. *Science* 257: 88-91.

JIMÉNEZ, R. Y M. BURGOS. 1998. Mammalian sex determination: Joining pieces of the genetic puzzle. *BioEssays* 209: 696-699.

JOHANSSON, C.B.S. et al. 1999. Identification of a neural stem cell in the adult mammalian central nervous system. *Cell* 96: 25-34.

JOHNSON, D. Y D.J. COLEMAN. 1998. The selective use of a single-stage and a two-stage technique for hypospadias correction in 157 consecutive cases with the aim of normal appearance and function. *British Journal of Plastic Surgery* 51(3): 195-201.

JOHNSON, S.C., T. FARNWORTH et al. 1944. Corpus callosum surface area across the human adult life span: Effect of age and gender. *Brain Research Bulletin* 35(4): 373-377.

JOHNSON, S.C., J.B. PINKSTON et al. 1996. Corpus callosum morphology in normal controls and traumatic brain injury: Sex differences, mechanisms of injury and neurophysiological correlates. *Neurophysiology* 10(3): 408-415.

JOHNSTON, T.D. 1987. The persistence of dichotomies in the study of behavioral development. *Developmental Review* 7: 149-182.

JOHNSTON, T.D. Y G. GOTTLIEB. 1990. Neophenogenesis: A developmental theory of phenotypic evolution. *Journal of Theoretical Biology* 147: 471-496.

JONES, A.R. Y P. STALLYBRASS. 1991, Fetishizing gender: Constructing the hermaphrodite in Renaissance Europe. En *Bodyguards: The cultural politics of gender ambiguity*, ed. J. Epstein. Nueva York: Routledge, 80-111.

JONES, H.W. Y L. WILKINS. 1961. Gynecological operations in 94 patients with intersexuality. *American Journal of Obstetrics and Gynecology* 82: 1142-53.

JONES, JAMES H. 1997. *Alfred Kinsey: A public/private life*. Nueva York: Norton.

JORDANOVA, L.J. 1980. Natural facts: A historical perspective on science and sexuality. En *Nature, culture and gender*, eds. C.P. MacCormack y M. Strathern. Cambridge: Cambridge University Press, 42-69.

— 1989. *Sexual visions: Images of gender in science and medicine between the 18th and 20th century*. Madison: University of Wisconsin Press, 42-69.

JOSEPH, V.T. 1997. Pudendal-thigh flap vaginoplasty in the reconstruction of genital anomalies. Journal of Pediatric Surgery 32(1): 62-65.

JOST, A. 1946a. Recherches sur la différenciation sexuelle de l'embryon de lapin: Action des androgènes de synthèse sur l'histogenèse génitale normale. *Archives d'Anatomie Microscopique* 36(3): 242-270.

— 1946b. Recherches sur la différenciation sexuelle de l'embryon de lapin: Introduction et embryologie génitale normale. *Archives d'Anatomie Microscopique* 36(2): 151-200.

— 1946c. Recherches sur la différenciation sexuelle de l'embryon de lapin: Rôle des gonades foetales dans la différenciation sexuelle somatique. *Archives d'Anatomie Microscopique* 36(4): 271-315.

— 1947. Sur les effets de la castration précoce de l'embryon mâle de lapin. *Comtes Rendus des Séances de la Société de Biologie* 141(3-4): 126-129.

— 1953. Problems of fetal endocrinology. En *Recent progress in hormone research*, ed. G. Pincus. Nueva York: Academic Press, VIII: 379-419.

— 1954. Modalities in the action of gonadal and gonad-stimulating hormones in the foetus. *Memoirs of the Society for Endocrinology* 4(pt. 1): 237-248.

— 1960. Hormonal influences in the sex development of bird and mammalian embryos. *Memoirs of the Society for Endocrinology* 7: 49-62.

— 1965. Gonadal hormones in the sex differentiation of the mammalian fetus. En *Organogenesis*, eds. R.L. DeHaan y H. Ursprung. Nueva York: Holt, Rinehart & Winston, 611-628.

— 1972. A new look at the mechanisms controlling sex differentiation in mammals. *Johns Hopkins Medical Journal* 130: 38-53.

JOST, A. Y Y. BERGERARD. 1949. Culture in vitro d'ébauches du tractus génital du foetus de rat. *Comtes Rendus des Séances de la Société de Biologie* 144(9-10): 608-609.

JOST, A. Y B. BOZIC. 1951. Donnés sur la différenciation des conduits génitaux du foetus de rat, étudiée in vitro. *Comtes Rendus des Séances de la Société de Biologie* 145(9-10: 647-650.

JOST, A. et al. 1973. Studies on sex differenciation in mammals. En *Recent Progress in Hormone Research*, ed. R.O. Greep. 29: 1-41.

JUHN, M. et al. 1931. Effect of the female hormone oestrin upon the sex type of the feathers of brown leghorns. *Proceedings of the second international congress for sex research, London 1930*, ed. A.W. Greenwood. Edimburgo: Oliver & Boyd, 388-95.

JURASKA, J.M. Y M. MEYER. 1985. Environmental, but not sex, differences exist in the gross size of the rat corpus callosum, *Society for Neurosciences Abstracts* 11: 528.

KAAS, J.H. 1995. How the cortex reorganizes. *Nature* 375: 735-736.

— 1998 Phantoms of the brain. *Nature* 391: 331-332.

KAGAN, J. 1994. *Galen's prophecy: Temperament in human nature*. Nueva York: Basic Books.

KAHNT, L.C. Y E.A. DOISY. 1928. The vaginal smear method of assay of the ovarian hormone. *Endocrinology* 12: 760-768.

KALAITZOGLOU, G. Y M.I. NEW. 1993. Congenital adrenal hyperplasia: Molecular insights learned from patients. *Receptor* 3(3): 211-222.

KALLOO, N.B. et al. 1993. Sexually dimorphic expression of estrogen receptors, but not of androgen receptors in human fetal external genitalia. *Journal of Clinical Endocrinology and Metabolism* 77(3): 692-698.

KAMMERER, P. 1923. *Rejuvenation and the prolongation of human efficiency: Experiences with the Steinach-Operation on man and animals*. Nueva York: Boni & Liveright.

KARAVITI, L.P. et al. 1992. Prenatal diagnosis/treatment in families at risk for infants with steroid 21-hydroxylase deficiency congenital adrenal hyperplasia. *Journal of Steroid Biochemistry and Molecular Biology* 41(3-8): 445-451.

KARKARE, S. et al. 1995. Morphological aspects of female Syrian hamster gallbladder induced by one-month sex steroid treatment. *Journal of Submicroscopic Cytology and Pathology* 27(1): 35-52.

KARRAKER, K. et al. 1995. Parents' gender-stereotyped perceptions of newborns: The eye of the beholder revisited. *Sex Roles* 33(9-10): 687-701.

KATES, G. 1995. *Monsieur d'Eon is a woman: A tale of political intrigue and sexual masquerade*. Nueva York: Basic Books.

KATZ, J. 1976. *Gay American history: Lesbians and gay men in the USA: A documentary history*. Nueva York: Crowell.

— 1990. The invention of heterosexuality. *Socialist Review* 20: 7-34.

— 1995. *The invention of heterosexuality*. Nueva York: Dutton.

KAY, L.E. 1993. *The molecular vision of life: Caltech, the Rockefeller Foundation and the rise of the new biology*. Nueva York: Oxford University Press.

KELLER, E.F. 1985. *Reflections of gender and science*. New Haven: Yale University Press.

KELLER, E.F. Y J. AHOUSE. 1997. Writing and reading about Dolly. *BioEssays* 19(8): 741-742.

KELLOGG, N.D. Y J.M. PARRA. 1991. Linea vestibularis: A previously undescribed normal genital structure in female neonates. *Pediatrics* 87(6): 926-929.

KEMPERMAN, G. Y F.H. GAGE. 1999. New nerve cells for the adult brain. *Scientific American* (mayo): 48-53.

KEMPERMAN, G. et al. 1998. Experience-induced neurogenesis in the senescent dentate gyrus. *Journal of Neuroscience* 18(9): 3206-3212.

KENNEDY, E.L. Y M.D. DAVIS. 1993. *Boots of leather, slippers of gold: The history of a lesbian community*. Nueva York: Routledge.

KERTESZ, A. et al. 1987. Cerebral dominance, sex, and callosal size in MRI. *Neurology* 37: 1385-1388.

KESSLER, S.J. 1990. The medical construction of gender: Case management of intersexed infants. *Signs* 16(1): 3-26.

— 1998. *Lessons from the intersexed*. New Brunswick: Rutgers University Press.

KESSLER, S.J. Y W. MCKENNA. 1978. *Gender: An ethnomethodological approach.* Nueva York: Wiley.

KEVLES, D.J. 1968. Testing the army's intelligence. *Journal of American History* 55(3): 565-581.

— 1985. *In the name of eugenics: Genetics and the uses of human heredity.* Nueva York: Knopf.

KIM, J.H. et al. 1996. A re-examination of sex differences in axon density and number in the splenium of the rat corpus callosum. *Brain Research* 740: 47-56.

KINSEY, A.C. et al. 1948. *Sexual behavior in the human male.* Philadelphia: Saunders.

— 1953. *Sexual behavior in the human female.* Philadelphia: Saunders.

KINSMAN, G. 1987. *The regulation of desire: Sexuality in Canada.* Montreal: Black Rose Books.

KIPNIS, K. Y M. DIAMOND. 1998. Pediatric ethics and the surgical assignment of sex. *Journal of Clinical Ethics* 9(4): 398-410.

KIRKWOOD, A. et al. 1996. Experience-dependent modification of synaptic plasticity in visual cortex. *Nature* 381: 526-528.

KITZINGER, C. 1994. Should psychologists study sex differences? *Feminism and Psychology* 44(4): 501-506.

KLEIN, F. 1990. The need to view sexual orientation as a multivariable dynamic process: A theoretical Perspective. *En Homosexuality/heterosexuality: Concepts of sexual orientation*, eds. D. P. McWhirter, S.A. Sanders y J. M. Reinisch. Nueva York: Oxford University Press, 277-282.

KLEIN, M. Y A.S. PARKES. 1937. The progesterone-like action of testosterone and certain related compounds. *Proceedings of the Royal Society of London B* 3: 574-579.

KNECHT, S. et al. 1996. Reorganizational and perceptional changes after amputation. *Brain* 119(4): 1213-1219.

KNUDSEN, E. I. 1998. Capacity for plasticity in the adult owl auditory system expanded by juvenile experience. *Science* 279: 1531-1533.

KOCH, F.C. 1931a. Biochemical studies on the testicular hormone. En *Proceedings of the second international congress for sex research*, ed. A.W. Greenwood. Edimburgo: Oliver & Boyd, págs. 322-328.

— 1931b. The extraction, distribtition and action of testicular hormones. *Journal of the American Medical Association* 96(12): 937-939.

— 1939. Biochemistry of androgens. En *Sex and internal secretions*, eds. E. Allen, C.H. Danforth y E.A. Doisy. Baltimore: Williams & Wilkins, 807-845.

KOENIG, H.L. et al. 1995. Progesterone synthesis and myelin formation by Schwann cells. *Science* 268: 1500-1503.

KOERTGE, N. 1990. Constructing concepts of sexuality: A philosophical commentary. En *Homosexuality/heterosexuality: Concepts of sexual orientation*, eds. D. P. McWhirter, S.A. Sanders y J. M. Reinisch. Nueva York: Oxford University Press, 387-398.

KOHLER, R.E. 1976. The management of science: The experience of Warren Weaver and the Rockefeller Foundation programme in molecular biology. *Minerva* 14(3): 279-299.

— 1994. *Lords of the fly: Drosophila genetics and the experimental life*. Chicago: University of Chicago Press.

KOJIMA, Y. et al. 1998. A case of successful hypospadias repair without infection using recombinant human granulocyte-colony stimulating factor rhG-CSF for idiopathic neutropenia. *Hinyokika Kiyo* 44(6): 419-421.

KOLATA, C. 1992. Who is female? Science can't say. *New York Times*, 16 de febrero, sección 4, 6.

— 1998a. Researchers report success in method to pick baby's sex. *New York Times*, 9 de septiembre, A1ff.

— 1998b. Studies find brain grows new cells. *New York Times*, 17 de marzo, Ciff.

KOLB, B. 1995. *Brain plasticity and behavior*. Mahwah: Lawrence Erlbaum Associates.

KOLB, B. Y I.Q. WHISHAV. 1998. Brain plasticity and behavior. *Annual Review of Psychology* 49: 43-64.

KORACH, K.S. 1994. Insights from the study of animals lacking functional estrogen receptor. *Science* 266: 1524-1527.

KORENCHEVSKY, V. et al. 1932. 249. The rat unit of testicular hormone. *Biochemical Journal* 26(2): 2097-2107.

— 1937. 103. The action of testosterone proprionate on normal adult female rats. *Biochemical Journal* 31(1): 780-785.

KORENCHEVSKY, V. Y K. HALL. 1937. The bisexual and co-operative properties of the sex hormones as shown by the histological investigation of the sex organs of female rats treated with these hormones. Journal of Pathology and Bacteriology 45: 681-708.

— 1938. Manifold effects of male and female sex hormones in both sexes. *Nature* 142: 998.

KOYANAGI, T. et al. 1994. One-stage repair of hypospadias: Is there no simple method universally applicable to all types of hypospadias? *Journal of Urology* 152: 1232-1237.

KRAFFT-EBING, R.V. 1892. *Psychopathia sexualis, with especial reference to contrary sexual instinct: A medico-legal study*. Philadelphia: F.A. Davis.

KRASNEGOR, N.A. Y R.S. BRIDGES, eds. 1990. *Mammalian parenting*. Nueva York: Oxford University Press.

KRAUS, E.M. 1979. *The metaphysics of experience: A companion to Whitehead's process and philosophy*. Nueva York: Fordham University Press.

KROPFL, D. et al. 1998. Using bucal mucosa for urethral reconstruction in primary and re-operative surgery. *European Journal of Urology* 34(3): 216-220.

KUHNLE, U. et al. 1994. Familial true hermaphroditism—paternal and mater-

nal transmission of true hermaphroditism 46, XX and XX maleness in the absence of Y-chromosomal sequences. *Human Genetics* 92(6): 571-576.

KUMAR, H. et al. 1974. Clitoroplasty: Experience during a 19-year period. *Journal of Urology* 111: 81-84.

KUNITZ, S. J. Y H. HAYCRAFT, eds. 1942. *Twentieth century authors: A biographical dictionary of modern literature*. Nueva York: H.W. Wilson.

KUPFER, S.R. et al. 1992. Male pseudohermaphoditism. *Seminars in Perinatology* 16(5): 319-331.

LAJIC, S. et al. 1998. Long-term somatic follow-up of prenatally treated children with congenital adrenal hyperplasia. *Journal of Clinical Endocrinology and Metabolics* 83(11): 3872-3880.

LANDER, ERIC S. Y J.N. SCHORK. 1994. Genetic dissection of complex traits. *Science* 265: 2037-2048.

LANDRIGAN, P.J. et al. 1998. Children's health and the environment: A new agenda for prevention research. *Environmental Health Perspectives* 106 (supl. 3): 787-794.

LAQUEUR, E. Y S.E. DE JONGH. 1928. A female (sexual) hormone. *Journal of the American Medical Association* 91(16): 1169-1172.

LAQUEUR, T. 1990. *Making sex: Body and gender from the Greeks to Freud*. Cambridge: Harvard University Press.

— 1992. Sexual desire and the market economy during the industrial revolution. En *Discourses of sexuality*, ed. D.C. Stanton. Ann Arbor: University of Michigan Press, 185-215.

LAROSA, J.C. 1995. Androgens and women's health: Genetic and epidemiological aspects of lipid metabolism. *American Journal of Medicine* 98 (supl. 1A): S22-26.

LATOUR, B. 1983. Give me a laboratory and I will raise the world. En *Science Observed*, eds. K. Knorr-Cetina y M. Mulkay. Londres: Sage, 141-170.

— 1987. *Science in action*. Milton Keynes: Open University Press.

— 1988. *The Pasteurization of France*. Cambridge: Harvard University Press.

— 1990. Drawing things together. En *Representation in Scientific Practice*, eds. M. Lynch y S. Woolgar. Cambridge: MIT Press, 19-68.

— 1993. *We have never been modern*. Cambridge: Harvard University Press.

LATTIMER, J.K. 1961. Relocation and recession of the enlarged clitoris with preservation of the glans: An alternative to amputation. *Journal of Urology* 86(1): 113-116.

LAUE, L. Y O.M. RENNERT. 1995. Congenital adrenal hyperplasia: Molecular genetics and alternative approaches to treatment. *Advances in Pediatrics* 42: 113-143.

LAUMANN, E.O., J.H. GAGNON et al. 1994. *The social organization of sexuality: Sexual practices in the United States*. Chicago: University of Chicago Press.

LAUMANN, E.O., R.T. MICHAEL et al. 1994. A political history of the national sex survey of adults. *Family Planning Perspectives* 26(1): 34-38.

LAVIOLA, G. Y E. ALLEVA. 1995. Sibling effects on the behavior of infant mouse litters Mus domesticus. Journal of Comparative Psychology 109(1): 68-75.

LAYCOK, H.T. Y D.V. DAVIES. 1953. A case of true hermaphroditism. *British Journal of Surgery* 41: 79-82.

LE FANU, J. 1992. Olympic chiefs urged to drop sex test. *Sunday Telegraph*, 2 de febrero (Londres), 2.

LEE., E.H.J. 1994. Producing sex: An interdisciplinary perspective on sex assignment decisions for intersexuals. Tesina, Brown University.

LEE, P.A. et al. 1980. Micropenis. 1. Criteria, etiologics and classification. *Johns Hopkins Medical Journal* 146: 156-163.

LEE, P. Y P. GRUPPUSO. 1999. Should cosmetic surgery be performed on the genitals of children born with ambiguous genitals? *Physicians Weekly* 16, nº 31 (versión electronica).

LELAND, J. Y M. MILLER. 1998. Can gays «convert»? *Newsweek*, 17 de agosto, 46-50.

LEVAY, S. 1991. A difference in hypothalamic structure between heterosexual and homosexual men. *Science* 253: 1034-1037.

— 1996. *Queer science: The use and abuse of research on homosexuality*. Cambridge: MIT Press.

LEVERONI, C.L. Y S.A. BERENBAUM. 1998. Early androgen effects on interest in infants: Evidence from children with congenital adrenal hyperplasia. *Developmental Neuropsychology* 14(2-3): 321-340.

LEVY, G.D. 1989. Relations among aspects of children's social environments, gender schematization, gender role knowledge and flexibility. *Sex Roles* 21(11-12): 803-823.

LEWIN, M. 1984. Rather worse than folly? Psychology measures femininity and masculinity, 1. From Terman and Miles to the Guilfords. En *In the shadow of the past: Psychology portrays the sexes: A social and intellectual history*, ed. M. Lewin. Nueva York: Columbia University Press, 155-178.

LEWIS, D.W. 1971. Katherine Bement Davis. En *Notable American Women 1607-1950; A biographical dictionary*, eds. J.W. James y P.S. Boyer. Cambridge: Harvard University Press, 439-444.

LEWIS, M. 1975. Early sex differences in the human: Studies of socioemotional development. *Archives of Sexual Behavior* 4(4): 329-335.

LEWIS, S. 1925. *Arrowsmith*. Nueva York: P.F. Collier.

LEWONTIN, R. Y R. LEVINS. 1985. *The dialectical biologist*. Cambridge: Harvard University Press.

LEWONTIN, R.C. 1974. The analysis of variance and the analysis of causes. *American Journal of Human Genetics* 26: 400-411.

— 1992. *Biology as Ideology*. Nueva York: HarperCollins.

LEWONTIN, R.C. et al. 1984. *Not in our genes*. Nueva York: Pantheon.

LILLIE, F.R. 1916. The theory of the free-martin. *Science* 43: 39-53.

— 1917. The free-martin: A study of the action of sex hormones in the foetal life of cattle. *Journal of Experimental Zoology* 23(2): 371-423.

— 1939. General biological introduction. En *Sex and internal secretions*, ed. E. Allen. Baltimore: Williams & Wilkins, pp. 3-14.

LINDGREN, B.W. et al. 1998, Single and multiple dermal grafts for the management of severe penile curvature. *Journal of Urology* 160(3 pt. 2): 1128-1130.

LITTERIA, M. 1994. Long-term effects of neonatal ovariectomy on cerebellar development in the rat: A histological and morphometric study. *Developmental Brain Research* 811: 113-120.

LOBE, T.E. et al. 1987. The complications of surgery for intersex: Changing patterns over two decades. *Journal of Pediatric Surgery* 22(7): 651-652.

LOCK, M. 1997. Decentering the natural body: Making difference matter. *Configurations* 5(2): 267-292.

LOMBROSO, C. Y W. Ferrero. 1895. *The female offender*. Londres: T. Fisher Unwin.

LONGINO, H. 1990. *Science as social knowledge: Values and objectivity in scientific inquiry*. Princeton: Princeton University Press.

LORBER, J. 1993. Believing is seeing: Biology as ideology. *Gender and Society* 7(4): 568-581.

— 1994. *Paradoxes of gender*. New Haven: Yale University Press.

LORENZ, K.Z. 1952. *King Solomon's ring*. Nueva York: Crowell.

LOTT, B. 1997. The personal and social correlates of a gender difference ideology. *Journal of Social Issues* 53(2): 279-298.

LOTT, B. Y D. MALUSO. 1993. The social learning of gender. En *The Psychology of Gender*, eds. A.F. Beall y R.J. Sternberg. Nueva York: Guilford Press, 99-123.

LOWRY T.P. Y T.S. LOWRY, eds. 1976. *The clitoris*. St. Louis: Warren H. Green.

LUBS, H. et al. 1959. Familial male pseudohermaphroditism with labial testes and partial feminization. Endocrine studies and genetic aspects. *Journal of Clinical Endocrinology and Metabolism*, 19: 1110-1120.

LUNBECK, E. 1994. *The psychiatric persuasion: Knowledge, gender, and power in modern America*. Princeton: Princeton University Press.

LUNDBERG, F. Y M. F. FARNHAM. 1947. *Modern woman: The lost sex*. Nueva York: Harper & Bros.

LUTTGE, W.G. Y N.R. HALL. 1973. Differential effectiveness of testosterone and its metabolites in the induction of male sexual behavior in two strains of albino mice. *Hormones and Behavior* 4(1-2): 31-44.

LYDON, J.P. et al. 1995. Mice lacking progesterone receptor exhibit pleiotropic reproductive abnormalities. *Genes and Development* 9: 2266-2278.

LYNCH, M. 1990. The externalized retina: Selection and mathematization in the visual documentation of objects in the life sciences. En *Representation in scientific practice*, eds. M. Lynch y Steven Woolgar. Cambridge: MIT Press, págs. 153-186.

MCCANN, J. et al. 1990. Genital findings in prepubertal girls selected for nonabuse: A descriptive study. *Pediatrics* 86(3): 428-439.

MCCAULEY, E. Y A.J. URQUIZA. 1988. *Endocrine influences on human sexual behavior*. Amsterdam: Elsevier.

MCCLANAHAN, E.T. 1995. The "Five-sex follies," and all that. *Providence Journal*, 31 de agosto. Providence, RI: B6.

MCCORMICK, C.M. et al. 1990. Left-handedness in homosexual men and women: neuroendocrine implications. *Psychoneuroendocrinology* 15: 69-76.

MCELREAVEY, K. et al. 1993. A regulatory carcade hypothesis for mammalian sex determination: SRY represses a negative regulator of male development. *Proceedings of the National Academy of Science, USA* 90: 3368-3372.

MCEWEN, B. et al. 1994. Resolving a mystery: Progress in understanding the function of adrenal steroid receptors in hippocampus. *Progress in Brain Research* 100: 149-155.

MCGILL, T.E. et al., eds. 1978. *Sex and behavior: Status and prospectus.* Nueva York: Plenum Press.

MCGILL, T.F. Y C.M. HAYNES. 1973. Heterozygosity and retention of ejaculatory reflex after castration in male mice. *Journal of Comparative Physiology and Psychology* 84: 423.

MCHALE, S.M. et al. 1999. Family context and gender role socialization in middle childhood: Comparing girls to boys and sisters to brothers. *Child Development* 70(4): 990-1004.

MCINTOSH, M. 1968. The Homosexual Role, *Social Problems* 16: 182-192.

MCNAY, L. 1993. *Foucault and feminism*. Boston: Northeastern University Press.

MACKENZIE, D.A. 1981. *Statistics in Britain: 1865-1930: The social construction of scientific knowledge*. Edimburgo: Edinburgh University Press.

MACLUSKY, C. et al. 1994. Aromatase in the cerebral cortex, hippocampus and mid brain: Ontogeny and developmental implications. *Molecular and Cellular Neurosciences* 56: 691-698.

MADLAFOUSECK, J. Y Z. HLINAK. 1977. Sexual behavior in the female laboratory rat: Inventory, patterning and measurement. *Behavior* 63: 129-174.

MADSEN, P.O. 1963. Familial female pseudohermaphroditism with hypertension and penile urethra. *Journal of Urology* 90(4): 466-469.

MAGEE, M. Y D.C. MILLER 1997. *Lesbian lives: Psychoanalitic narratives old and new*. Hillsdale: Analytic Press.

MAGID, B. 1993. A young woman's homosexuality reconsidered: Freud's "The psychogenesis of a case of homosexuality in a woman." *Journal of the American Academy of Psychoanalysis* 21(3): 421-432.

MAIENSCHEIN, J. 1991. *Transforming traditions in American biology, 1880-1915*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

MALETIC-SAVATIC, M. et al. 1999. Rapid dentritic morphogenesis in CA1 hippocampal dendrites induced by synaptic activity. *Science* 283: 1924-1926.

MALL, F.P. 1909. On several anatomical characteristics ot the human brain,

said to vary according to race and sex, with special reference to the frontal lobe. *American Journal of Anatomy* 9: 1-32.

MALSON, L. Y J.M.G. ITARD. 1972. *Wolf children and the problem of human nature and the wild boy of Aveyron*. Nueva York: Monthly Review Press.

MANN, C.C. 1994. Can meta-analysis make policy? *Science* 266: 960-962.

MANNING, K.R. 1983. *Black Apollo of science: The life of Ernest Everett Just*. Nueva York: Oxford University Press.

MARCUS, E. 1992. *Making history: The struggle for gay and lesbian equal rights*. Nueva York: HarperCollins.

MARKS, J. 1994. *Human biodiversity: Genes, race and history*. Nueva York: Aldine de Gruyter.

MARSHALL, F.H.A. 1910. *The physiology of reproduction*. Nueva York: Longmans, Green.

— 1929. Walter Heape, F.R.S. *Nature* 124(3128): 588-589.

MARSHALL, F.H.A. Y W.A. JOLLY. 1907. Results of removal and transplantation of ovaries. *Transactions of the Royal Society of Edinburgh* 45(nº 21, p. 3): 589-599.

MARTIN, C.L. 1994. Cognitive influences on the development and maintenance of gender segregation. *New Directions for Child Development* 65: 35-51.

MARTIN, C.L. Y J.K. LITTLE. 1990. The relation of gender understanding to children's sex-typed preferences and gender stereotypes. *Child Development* 61: 1427-1439.

MARTIN, C.L. et al. 1990. The development of gender stereotype components. *Child Development* 61: 1891-1904.

MARTIN, J.B. 1993. Molecular genetics of neurological diseases. *Science* 262: 674-675.

MARTIN, J.R. 1994. Methodological essentialism, false difference, and other dangerous traps. *Signs* 19(3): 630-657.

MASTERS, W.H. Y V.E. JOHNSON. 1966. *Human sexual response*. Boston: Little, Brown.

MATT, K.S. 1993. Neuroendocrine mechanism of environmental integration. *American Zoologist* 33: 266-274.

MATTHEWS, G.T., ed. 1959. 259. A Lansquenet bears a child. News and Rumor. En *Renaissance Europe (The Fugger Newsletter)*. Nueva York: Capricorn Books.

MAXTED, W. et al. 1965. Complete masculinization of the external genitalia in congenital adrenocortical hyperplasia: Presentation of two cases. *Journal of Urology* 94: 266-270.

MAY, E.T. 1988. *Homeward bound: American families in the cold war*. Nueva York: Basic Books.

— 1995. *Barren in the promised land: Childless Americans and the pursuit of happiness*. Nueva York: Basic Books.

MERCADO, A. et al. 1995. Extensive personal experience: Prenatal treatment and diagnosis of congenital adrenal hyperplasia owing to steroid 21-

hydroxylase deficiency. *Journal of Clinical Endocrinology and Metabolism* 80(7): 2014-2020.

MERLEAU-PONTY, M. 1962. *Phenomenology of perception.* Nueva York. Humanities Press.

MEYER-BAHLBURG, H.F.L. 1998, Gender assignment in intersexuality. *Journal of Psychology and Human Sexuality* 10(2): 1-21.

MEYER-BAHLBURG, H. et al. 1996. Gender change from female to male in classical congenital adrenal hyperplasia. *Hormones and Behavior* 30: 319-332.

MIETTINEN, R. 1998. Object construction and networks in research work: The case of research on cellulose-degrading enzymes. *Social Studies of Science* 283: 423-463.

MILLER, M.A.W. Y D.B. GRANT. 1997. Severe hypospadias with genital ambiguity: adult outcome after staged hypospadias repair. *British Journal of Urology* 80: 485-488.

MILLER, W.G. 1993. *The work of human hands: Hardy Hendren and surgical wonder at Children's Hospital.* Nueva York: Random house.

MILLETTI, N. 1994. Tribadi, safiste, invertite e omosessuali: Categorie e sistemi sesso/genere nella rivista de anthropologia criminali fondata da Cesare Lombroso 1880-1949. *DWF* 4(24): 50-122.

MININBERG, D.T. 1982. Phalloplasty in congenital adrenal hyperplasia. *Journal of Urology* 128: 366-356.

MINTON, H. 1996. Community empowerment and the medicalization of homosexuality: Constructing sexual identities in the 1930's. *Journal of the History of Sexuality* 6(3): 435-458.

MITMAN, G. 1992. *The state of nature: Ecology; community and American social thought, 1900-1950.* Chicago: University of Chicago Press.

MITMAN, G. Y A. FAUSTO-STERLING 1992. Whatever happened to Planaria? C.M. Child and the physiology of inheritance. En *The right tools for the job: At work in twentieth century biology*, eds. A.F. Clarke y J.H. Fujimura. Princeton: Princeton University Press, págs. 172-197.

MITTWOCH, U. 1989. Sex differentiation in mammals and tempo of growth: Probabilities vs. switches. *Journal of Theoretical biology* 137: 445-455.

— 1992. Sex determination and sex reversal: Genotype, phenotype, dogma and semantics. *Human Genetics* 39: 467-479.

— 1996. Sex-determining mechanisms in animals. *Trends in Ecology and Evolution* 11(2): 63-67.

MOFFAT, S.D. et al. 1998. Morphology of the planum temporale and corpus callosum in left handers with evidence of left and right hemisphere speech representation. *Brain* 121: 2369-2379.

MONEY, J. 1952. Hermaphroditism: An inquiry into the nature of a human paradox. *Social Sciences.* Cambridge: Harvard University, Ph.D. Thesis.

— 1955. Hermaphroditism, gender and precocity in hyperadrenocorticism: Psychological findings. *Johns Hopkins Medical Journal* 96: 253-264.

— 1956. *Hermaphroditism, gender and precocity in hyperadrenocortcism: Psychologic findings*. Nueva York: Grune & Stratton.
— 1961. Components of eroticism in man: II. The orgasm and genital somesthesia. *Journal of Nervous and Mental Disease* 132: 289-297.
— 1968. *Sex errors of the body*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
— 1970. Critique of Dr. Zuger's manuscript. *Psychosomatic Medicine* 32(5):
— 1994. *Sex errors ol the body and related syndromes: A guide to counseling children, adolescents and their families*. Baltimore: Paul H. Brookes.
— 1998. Case consultation: Ablatio penis. *Medicine and Law* 1: 113-123.
MONEY, J. Y J. DALÈRY. 1976. Iatrogenic homosexuality: Gender identity in seven 46,XX chromosomal females with hyperadrenocortical hermaphroditism born with a penis, three reared as boys, four reared as girls. *Journal of Homosexuality* 1(4): 357-371.
MONEY, J. Y A.A. EHRHARDT. 1972. *Man and woman, boy and girl*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
MONEY, J. Y J.G. HAMPSON. 1955. Idiopathic sexual precocity in the male. *Psychosomatic Medicine* 171: 2-15.
MONEY, J., J.G. HAMPSON et al. 1955a. An examination of some basic sexual concepts: The evidence of human hermaphroditism. *Bulletin Johns Hopkins Hospital* 97: 301-319.
— 1955b. Hermaphroditism: Recommendations concerning assignment of sex, change of sex, and psychologic management. *Bulletin Johns Hopkins Hospital* 97: 284-300.
— 1956. Sexual incongruities and psychopathology: The evidence of human hermaphrodites. *Bulletin Johns Hopkins Hospital* 98: 43-57.
— 1957. Imprinting and the establishment of gender role. *American Medical Association Archives of Neurology and Psychiatry* 77: 333-336.
MONEY, J. Y M. LAMACZ. 1987. Genital examination and exposure experienced as nosocomial sexual abuse in childhood. *Journal of Nervous and Mental Disease* 175(12): 713-721.
MONTOYA, B. et al. 1997. The relationship of phantom limb pain to other phantom limb phenomena in upper extremity amputees. *Pain* 72: 87-93.
MOORE, A.J. et al, 1995. Conditional signaling strategies: Effects of ontogeny, social experience and social status on the pheromonal signal of male cockroaches. *Animal Behaviour* 50: 191-202.
MOORE, C. 1990. Comparative development of vertebrate sexual behavior; levels, cascades and webs. En *Issues in Comparative Psychology*; ed. D.A. Dewsbury. Nueva York: Sinauer, 278-299.
MOORE, C.L. et al. 1992. Maternal stimulation affects the number of motor neurons in a sexually dimorphic nucleus of the lumbar spinal cord. *Brain Research* 572: 52-56.
MOORE, C.L. Y S. ROGERS. 1984. Contributions of self-grooming to onset of puberty in male rats. *Developmental Psychobiology* 17: 243-253.

MOORE, C. R. 1919. On the physiological properties of the gonads as controllers of somatic arid psychical characteristics I. The rat. *Journal of Experimental Zoology* 28: 137-160.

— 1920. The production of artificial hermaphrodites in mammals. *Science* 52: 179-182.

— 1921a. A critique of sex hormone antagonism. *Proceedings of the second international congress for sex research*, ed. A.W. Greenwood. Londres: Oliver & Boyd, 293-303.

— 1921b. On the physiological properties of the gonads as controllers of somatic and psychical characteristics III. Artificial hermaphroditism in rats. *Journal of Experimental Zoology* 333: 129-171.

— 1921c. On the physiological properties of the gonads as controllers of somatic and psychical characteristics IV. Gonad transplantation in the guinea pig. *Journal of Experimental Zoology* 33: 365-389.

— 1922. On the physiological properties of the gonads as controllers of somatic and psychical characteristics: V. The effects of gonadectomy in the guinea pig on growth, bone lengths, and weight of organs of internal secretion. *Biological Bulletin* 43: 285-312.

MOORE, C.R. Y D. PRICE. 1930. The question of sex hormone antagonism. *Proceedings of the Society for Experimental Biology and Medicine* 28: 38-40.

— 1932. Gonad hormone functions, and the reciprocal influence between gonads and hypophysis with its bearing on the problem of sex hormone antagonism. *American Journal of Anatomy* 50(1): 13-71.

MOORE, H.L. 1994. *A passion for difference: Essays in anthropology and gender.* Bloomington: Indiana University Press.

MOORE, K.L. 1977. *The developing human: clinically oriented embriology*, 2ª ed. Philadelphia: W.B. Saunders.

MOORE, L.J. Y A.E. CLARKE. 1995. Clitoral conventions and transgressions: Graphic representations in anatomy texts, c1900-1991. *Feminist Studies* 21 (2): 255-301.

MORENO, A. 1998. Am I a man or a woman? *Mademoiselle*, marzo. 178 y ss.

MORIN, A. 1996. La tératologie de Geoffroy Saint-Hilaire à nos jours. *Bulletin de l'Association des Anatomistes* 80(248): 17-31.

MORRIS, R.C. 1995. All made up—Performance theory and the new anthropology of sex and gender. *Annual Review of Anthropology* 24: 567-592.

MORT, F. 1987. *Dangerous sexualities: Medico-moral politics in England since 1830.* Nueva York: Routledge.

MOSCUCCI, O. 1990. *The science of woman: Gynaecology and gender in England, 1800-1929.* Cambridge: Cambridge University Press.

MULAIKAL, R.M. et al. 1987. Fertility rates in female patients with ongenital adrenal hyperplasia due to 21-hydroxylase deficiency. *New England Journal of Medicine* 316(4): 178-182.

MUREAU, M. 1997. De psychoseksuele en psychosociale ontwikkeling van pa-

tiënten met hypospadie. *Nederlans Tijdschrift Geneeskunde* 25(4): 188-191.

MUREAU, M. et al. 1995a. Genital perception of children, adolescents and adults operated on for hypospadias: A comparative study. *Journal of Sex Research* 32(4): 289-298.

— 1995b. Psychosexual adjustment of children and adolescents after different types of hypospadias surgery; A norm-related study. *Journal of Urology* 154: 1902-1907.

— 1995c. Psychosexual adjustment of men who underwent hypospadias repair: A norm-related study. *Journal of Urology* 154: 1351-1355.

— 1997. Psychosocial functioning of children, adolescents and adults following hypospadias surgery: A comparative study. *Journal of Pediatric Psychology* 22(3): 371-387.

MURRAY, J. 1991. Agnolo Firenzuola on female sexuality and women's equality. *Sixteenth Century Journal* 22(2): 199-213.

MURRAY, S.O., ed. 1992. *Oceanic homosexualities*. Nueva York: Garland.

NADLER, R.D. 1968. Masculinization of female rats by intracranial implantation of androgen in infancy. Journal of Comparative and Physiological Psychology 66: 157-167.

NAFTOLIN, F. Y J.R. BRAWER. 1978. The effect of estrogens on hypothalamic structure and function. *American Journal of Obstetrics and Gynecology* (1 de diciembre): 758-765.

NAFTOLIN, F. Y N. MACLUSKY. 1984. Aromatization hypothesis revisited. En *Sexual Differentiation: Basic and clinical aspects*, eds. M. Serio, M. Motta, M. Zanisi y L. Martini. Nueva York: Raven Press, 79-91.

NAFTOLIN, F. Y K.J. RYAN. 1975. The metabolism of androgens in central neuroendocrine tissues. *Journal of Steroid Biochemistry* 6: 993-997.

NAFTOLIN, F, K.J. RYAN et al. 1971. Aromatization of androstenedione by the diencephalon. *Journal of Clinical Endocrinology and Metabolism* 33(2): 368-370.

— 1972. Aromatization of adrostenedione by the anterior hypothalamus of adult male and female rats. *Endocrinology* 90: 295-298.

NANDA, S. 1986. The Hijras of India: cultural and individual dimensions of an institutionalized third gender role. *Journal of Homosexuality* 11(3-4): 35-54.

— 1989. *Neither man nor woman: The Hijras of India*. Belmont, MA: Wadsworth.

— 1994. Hijras: An alternative sex and gender role in India. En *Third sex third gender: Beyond sexual dimorphism in culture and history*, ed. G. Herdt. Nueva York: Zone Books, págs. 373-418.

NATARAJAN, A. 1996. Medical ethics and truth telling in the case of androgen insensitivity syndrome. Canadian Medical Association Journal 154(4): 568-570.

NELSON, L.H. Y J. NELSON, eds. 1996. *Feminism, science, and the philosophy of science*. Boston: Kluwer Academic.

NELSON, W.O. Y C. MERCKEL. 1937. Effects of androgenic substances in the female rat. *Society for Experimental Biology and Medicine* 36: 823-835.

NEW, M.I. 1998. Diagnosis and management of congenital adrenal hyperplasia. *Annual Review of Medicine* 49: 311-328.

NEW, M.I. et al. 1989. The adrenal hyperplasias. En *The metabolic basis of inherited disease*, eds. C.R. Scriver, A.L. Beaudet, W.S. Sly y D. Valle. Nueva York: McGraw-Hill, 1881-1917.

NEW, M.L. Y L.S. LEVIne, 1981. Adrenal hyperplasia in intersex states. *Pediatric and Adolescent Endocrinology* 8: 51-64.

NEWMAN, K.J. et al. 1992a. The survival management ot infants and children with ambiguous genitalia: lessons learned from 25 years. *Annals of Surgery* 215(6): 644-653.

— 1992b. Functional results in young women having clitoral reconstruction as infants. *Journal of Pediatric Surgery* 27(2): 180-184.

NEWMAN, L.M., ed. 1985. *Men's ideas, women's realities: Popular science*, 1870-1915. Nueva York: Pergamon Press.

NEWSOM, B. 1994. Hugh Hampton Young, M.D., 1870-1945. *Journal of the South Carolina Medical Association* 90(5): 254.

NIEMI, M. 1987. Andrology as a specialty: Its origin. Journal of Andrology 8: 201-202.

NIHOUL-FEKETE, C. 1981. Feminizing genitoplasty in the intersex child. *Pediatric and Adolescent Endocrinology* 8: 247-260.

NIHOUL-FEKETE, C. et al. 1982. Résultats à moyen et long terme de la chirurgie reparatrice des organes génitaux chez les filles atteintes d'hyperplasie congénitale virilisante des surrenales. *Archives Françaises de Pediatrie* 39: 13-16.

NIKOLAENKO, N.N. Y A.Y. EGOROV. 1998. Types of interhemispheric relations in man. *Brain Cognition* 37(1): 116-119.

NJINOU, B. et al. 1998. Correction of severe median hypospadias. Review of 77 cases treated by the onlay island flap technique. *Acta Urologica Belgica* 66(1): 7-11.

NOBLE, D.F. 1977. *America by design: Science, technology and the rise of corporate capitalim*. Nueva York: Knopf.

NOGALES et al. 1956. Zwei fälle echten Hermaphroditismus. *Geburtshilfe und Frauenheilkunde* 9: 774-769.

NONOMURA, K.H. et al. 1998. Surgical repair of anterior hypospadias with fish-mouth meatus and intact prepuce based on anatomical characteristics. *European Urology* 34(4): 368-371.

NORRIS, A.S. Y W.C. KEETTEL. 1962. Change of sex during adolescence. *American journal of obstetrics and gynecology* 84(6): 719-721.

NORTON, M. 1996. Founding mothers and fathers: Gendered power and the formation of American society. Nueva York: Knopf.

NOSKE, B. 1989. *Humans and other animals: Beyond the boundaries of anthropology*. Londres: Pluto Press.

NUSSBAUM, E. 1999. The sex that dare not speak its name. *Lingua Franca* (mayo-junio): 42-51.

NYE, R.A. 1998. Introduction. En *Oxford readers: Sexuality*, ed. R.A. Nye. Oxford: Oxford University Press, 3-15.

NYHART, L. 1995. *Biology takes form: Animal morphology and the German universities, 1800-1900.* Chicago: University of Chicago Press.

OBERFIELD, S.E. et al. 1989. Clitoral size in full term infants. *American Journal of Perinatology* 6(4): 453-454.

O'CONNELL, H.E. et al. 1998. Anatomical relationship between urethra and clitoris. *Journal of Urology* 159: 1892-1897.

O'DONOVAN, K. 1985. Transsexual troubles: The discrepancy between legal and social categories. En *Gender, sex and the law*, ed. S. Edwards. Londres: Croom Helm, págs. 9-27.

OESTERLING, J.E. et al. 1987. A unified approach to early reconstructive surgery of the child with ambiguous genitalia. *Journal of Urology* 138: 1079-1084.

OGAWA, S. et al. 1997. Behavioral effects of estrogen receptor gene disruption in male mice. *Proceedings of the National Academy of Science* 94: 1476-1481.

OGILVIE, M. 1986. Women in science: Antiquity through the nineteenth century. Cambridge: MIT Press.

O'KUSKY, J. et al. 1988. The corpus callosum is larger with right hemisphere cerebral speech dominance. *Annals of Neurology* 24(3): 379-383.

OLSEN, G.W. et al. 1998. An epidemiologic investigation of reproductive hormones in men with occupational exposure to perfluorooctanoic acid. *Journal of Occupational and Environmental Medicine* 40(7): 614-622.

OPPENHEIM, J.S. et al. 1987. No sex-related differences in human corpus callosum based on magnetic resonance imagery. *Annals of Neurology* 21: 604-606.

O'RAHILLY, R. Y F. MÜLLER. 1996. *Human embriology and teratology*, 2ª ed. Nueva York: Wiley-Liss.

O'RAND, A. 1989. Scientific thought style and the construction of gender. En *Women and a new academy: Gender and cultural contests*, ed. J.F. O'Barr. Madison: University of Wisconsin Press, 103-121.

ORMROD, R. 1992. The medico-legal aspects of sex determination. *Medico-Legal Journal:* 78-88.

ORTNER, S.B. 1996. *Making gender: The politics and erotics of culture.* Boston: Beacon Press.

OUDSHOORN, N. 1990. Endocrinologists and the conceptualization of sex, 1920-1940. *Journal of the History of Biology* 23(2): 42-43.

— 1994. *Beyond the natural body: An archeology of sex hormones.* Londres: Routledge.

OVERZIER, C. 1963. True hermaphroditism. En *Intersexuality*, ed. C. Overzier. Londres: Academic Press, 182-234.

OYAMA, S. 1985. *The ontogeny of information.* Cambridge: Cambridge University Press.

— 1989. Ontogeny and the central dogma: Do we need the concept of genetic programming in order to have an evolutionary perspective? En *Systems and Development*, eds. M.R. Gunnar y E. Thelen. Hillsdale: Lawrence Erlbaum, 22: 1-34.

— 1992a. Ontogeny and phylogeny: A case of metarecapitulation? En *Trees of life*, ed. P. Griffiths. Dordstadt (Holanda): Kluwer, pp. 211-239.

— 1992b. Transmission and construction: Levels and the problem of heredity. En *Levels of social behavior: Evolutionary and genetic aspects*, eds. F. Tobach y G. Greenberg. Wichita: T.C. Schnierla Research Fund, pp. 51-60.

— 1993. How shall I name thee? The construction of natural selves. *Frontiers of Developmental Theory and Psychology* 3: 471-496.

OYEWUMI, O. 1997. *The invention of women: Making an African sense of Western gender discourses*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

— 1998. De-confounding gender: Feminist theorizing and Western culture, a comment on Hawkesworth's "Confounding Gender." *Signs* 23(4): 1049-1062.

OZBEY, H. 1998. Gender assignment in female congenital adrenal hyperplasia. *British Journal of Urology* 81: 180.

PADGUG, R. 1979. Sexual matters: On conceptualizing sexuality in history. *Radical History Review* 20: 3-23.

PANG, S. 1994. Congenital adrenal hyperplasia. Current Therapy in Endocrinology and Metabolism 5: 157-166.

PARK, K. 1990. Hermaphrodites and lesbians: Sexual anxiety and French medicine, 1570-1621. Annual Meeting of the History of Science Society, 1-19.

PARKER, L.A. 1998. Ambiguous genitalia: Etiology, treatment, and nursing implications. *Journal of Obstetric, Gynecologic, and Neonatal Nursing* 27(1): 15-22.

PARKES, A.S. 1938. Terminology of sex hormones. *Nature* 141: 36.

— 1966a. The rise of reproductive endocrinology, 1926-1940. *Journal of Endocrinology* 34(3): 20-32.

— 1966b. *Sex, science and society: Addresses, lectures and articles*. Londres: Oriel Press.

PATTATUCCI, A.M. 1998. Molecular investigation into complex behavior: Lessons from sexual orientation studies. *Human Biology* 70(2): 367-386.

PATTATUCCI, A.M.L. Y D.H. HAMER. 1995. Development and familiality of sexual orientation in females. *Behavior Genetics* 25(2): 407-420.

PAUL, D. 1995. *Controlling human heredity*. Highlands: Atlantic Humanities Press.

— 1998. *The politics of heredity: Essays on eugenics, biomedicine and the nature-nurture debate*. Albany: State University of New York Press.

PAULY, P.J. 1987. *Controlling life: Jacques Loeb and the engineering ideal in biology*. Nueva York: Oxford University Press.

— 1988. Summer resort and scientific discipline: Woods Hole and the structure of American biology. En *The American development of Biology*, eds. R. Rainger, K.R. Benson y J. Maienschein. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, pp. 121-150.

PAUS, T. et al. 1999. Structural maturation of neural pathways in children and adolescents: In vivo study. *Science* 283: 1908-1911.

PAYER, P.J. 1993. *The bridling of desire: Views of sex in the later middle ages*. Toronto: University of Toronto Press.

PENNISI, E. 1997. Differing roles found for estrogen's two receptors. *Science* 277: 1439.

PERIS, L.A. 1960. Congenital adrenal hyperplasia producing female hermaphroditism with phallic urethra. *Obstetrics and Gynecology* 16(2): 156-166.

PEROSIC, S.V. 1998. The penile disassembly technique in hypospadias repair. *British Journal of Urology* 81(4): 658.

PEROVIC, S.V. Y M.L. DJORDJEVIC, 1998, A new approach in hypospadias repair. *World Journal of Urology* 16(3): 195-199.

PEROVIC, S.V., M.L. DJORDJEVIC et al. 1998. A new approach to the treatment of penile curvature. *Journal of Urology* 160(3, pt. 2): 1123-1127.

PEROVIC, S.V., V. VUKADINOVIC et al. 1998. The penile disassembly technique in hypospadias repair. *British Journal of Urology* 81(3): 479-487.

PETERS, M. 1988. The size of the corpus callosom in males and females: The implications of a lack of allometry. *Canadian Journal of Psychology* 42(3): 313-324.

PHILLIP, M. et al. 1996. Clitoral and penile sizes of full term new borns in two different ethnic groups. *Journal of Pediatric Endocrinology and Metabolism* 9(2): 175-179.

PHOENIX, C. 1978. Prenatal testosterone in the nonhuman primate and its consequences for behavior. En *Sex differences in behavior*, eds R.C. Friedman, R.M. Richart y R.L. Van de Wiele. Huntington: Robert E. Krieger Publishing Company, págs. 19-32.

PHOENIX, C.H., K.H. COPENHAVER et al. 1976. Scanning electron microscopy of penile papillae in intact and castrated rats. *Hormones and Behavior* 7: 212-227.

PHOENIX, C.H., R.W. GOy et al. 1959. Organizing action of prenatally administered testosterone propionate on the tissues mediating mating behavior in the female guinea pig. *Endocrinology* 65: 369-382.

PHORNPHUTKUL, C. et al. 2000. Gender self-reassignment in an XY adolescent male born with ambiguous genitalia. *Pediatrics* 106(1): 1-3.

PINKER, S. 1997. *How the mind works*. Nueva York: Norton.

PINTÉR, A. Y G. KOSZTOLÁNYI. 1990. Surgical management of neonates and children with ambiguous genitalia. *Acta Paediatrica Hungarica* 30(1): 111-121.

PIRO, C. et al. 1998. [Autologous buccal mucosal graft for urethral reconstruction]. *Cirugia Pediatrica (Barcelona)* 11(2): 71-72.

PLUMWOOD, V. 1993. *Feminism and the mastery of nature*. Nueva York: Routledge.

PONS, T. 1996. Novel sensations in the congenital blind. *Nature* 380: 479-480.

POOL, R. 1993. Evidence for homosexuality gene. *Science* 261: 291-292.

— 1994. *Eve's rib: The biological roots of difference*. Nueva York: Crown Publishers.

POOVEY, M. 1993. Figures of arithmetic, figures of speech: The discourse of statistics in the 1830's. *Critical Inquiry* 19: 256-276.

— 1995. *Making a social body: British cultural formation, 1830-1864*. Chicago: University of Chicago Press.

PORTER, R. Y L. HALL. 1995. *The facts of life: The creation of sexual knowledge in Britain, 1650-1950*. New Haven: Yale University Press.

PORTER, R. Y T. MIKULÁ_, eds. 1994. *Sexual knowledge, sexual science: The history of attitudes to sexuality*. Cambridge: Cambridge University Press.

PORTER, T.M. 1986. *The rise of statistical thinking, 1820-1900*. Princeton: Princeton University Press.

— 1992. Quantification and the accounting ideal in science. *Social Studies of Science* 22: 633-652.

— 1995. *Trust in numbers. The pursuit of objectivity in science and public life*. Princeton: Princeton University Press.

— 1997. The management of society by numbers. En *Science in the Twentieth Century*, eds. J. Krige y D. Pestre. Australia: Harwood Academic Publishers, págs. 97-110.

POTTER, E. 1989. Modeling gender politics in science. En *Feminism and science*, ed. N. Tuana. Bloomington: Indiana University Press, 132-146.

PRATT, J.P. 1939. Sex functions in man. En *Sex and internal secretions*, eds. Charles H. Allen y Edward A. Doisy. Baltimore: Williams & Wilkins, págs. 1263-1334.

PRESS, A. 1998. Jury gives $2.9 million to transvestite's mother. *New York Times*, 13 de diciembre, p. 39.

PREVES, S. 1999. For the sake of the children: Destigmatizing intersexuality. En *Intersex in the age of ethics*, ed. Alice D. Dreger. Hagerstown: University Publishing Group, págs. 51-58.

PRICE, D. 1972. Mammalian conception, sex differentiation, and hermaphroditism as viewed in historical perspective. *American Zoologist* 12: 179-191.

— 1974. Carl Richard Moore, December 5, 1892-October 16, 1955. *Biographical Memoirs of the National Academy of Sciences* 45: 384-412.

PROKOP, V.A. et. al. 1990. Geschlechtsdimporphismus des Corpus callosum? *Beitrage zur Gerichtlichen Medizin* 48: 263-270.

PUIG. M. 1998. *El beso de la mujer araña*. Barcelona: Seix Barral.

QUERCIA, N. et al. 1998. Normal external genitalia in a female with classical congenital adrenal hyperplasia who was not treated during embryogenesis. *Prenatal Diagnosis* 18(1): 83-85.

QUETELET, M.A. 1842. *A treatise on man and the development of his faculties*. Nueva York: Burt Franklin.

QUIGLEY, C.A. et al. 1995. Androgen receptor defects: Historical, clinical and molecular perspectives. *Endocrine Reviews* 16(3): 271-321.

RABOCH, J. et al. 1987. Sexual development and life of women with gonadal dysgenesis. *Journal of Sex and Marital Therapy* 13(2): 117-127.

RAINGER, R. et al. eds. 1988. *The American development of biology*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.

RAISMAN, C. Y P.M. FIELD. 1973. Sexual dimorphism in the neuropil of the preoptic area of the rat and its dependence on neonatal androgen. *Brain Research* 54: 1-29.

RAJFER, J. et al. 1982. Reduction clitoroplasty via ventral approach. Journal of Urology 128: 341-343.

RANDOLF, J.G. Y W. HUNG. 1970. Reduction clitoroplasty in females with hypertrophied clitoris. *Journal of Pediatric Surgery* 5(2): 224-231.

RANDOLF, J., W. HUNG et al. 1981. Clitoroplasty for females born with ambiguous genitalia: a long-term study. *Journal of Pediatric Surgery* 16(6): 882-887.

RAPP, R. 1997. Real-time fetus: The role of the sonogram in the age of monitored reproduction. En *Cyborgs and Citadels*, eds. G.L. Downey y J. Dumit. Santa Fe: School of American Research Press, 31-48.

RAUCH, R.A. Y R.J. JINKINS. 1994. Analysis of cross sectional area measurements of the corpus callosum adjusted for brain size in male and female subjects from childhood to adulthood. *Behavioural Brain Research* 64: 65-78.

RAYNAUD, A. Y M. FRILLEY. 1947. Destruction des glades génitales de l'embryon de souris, par une irradiation au moyen des rayons X, à l'age de treize jours. *Annales d'endocrinologie* 8(5): 400-419.

RECHTER, J.E. 1997. The glands of destiny: A history of popular, medical and scientific views of the sex hormones in 1920's America. History Dept. Berkeley: University of California. Tesis doctoral.

REILLY, J.M. Y C.R.J. WOODHOUSE. 1989. Small penis and the male sexual role. *Journal of Urology* 142: 569-571.

REINARZ, S.J. et al. 1988. MR imaging of the corpus callosum: Normal and pathologic findings and correlation with CT. *American Journal of Radiology* 151: 791-798.

REINER, W. 1996. Case study: Sex reassignment in a teenage girl. *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry* 35(6): 799-803.

— 1997a. Sex assignment in the neonate with intersex or inadequate genitalia. *Archives of Pediatric and Adolescent Medicine* 151(octubre): 1044-1045.

— 1997b. To be male or female—That is the question. *Archives of Pediatric and Adolescent Medicine* 151(marzo): 1997.

REINITZ, J. et al. 1992. A connectionist model of the Drosophila blastoderm.

En *Principles of organization in organisms*, eds. J. Mittenthal y A. Baskin. Nueva York: Addison-Wesley, 109-118.

REISS, I. 1995. Is this the definitive sex survey? *Journal of Sex Research* 32(1): 77-91.

RENARD, E. et al. 1993. Steroides sexuels: Effets sur le metabolisme hydrocarbone avant et après la menopause. *La Presse Médicale* 22(9): 431-435.

RETIK, A.B. Y J.G. BORER. 1998. Primary and reoperative hypospadias repair with the Snodgrass technique. *World Journal of Urology* 16(3): 186-191.

REUMANN, M. 1998. The Kinsey reports and American sexual character, 1946-1964. American Civilization. Providence: Brown university. Ph.D. thesis.

REY, M. 1987. Parisian homosexuals create a lifestyle, 1700-1750: The police archives. En *'Tis nature's fault: Unauthorized sexuality during the enlightenment*, ed. R.P. Maccubbin. Cambridge: Cambridge University Press, 79-91.

REYES, F.I. et al. 1974. Studies on human sexual development II. Fetal and maternal serum gonadotropin and sex steroid concentrations. *Journal of Clinical Endocrinology and Metabolism* 38: 612-617.

RIBOT, C. Y F. TREMOLLIERES, 1995. Sexual steroids and bone tissue. *Endocrinology and Metabolism* 56(1): 49-55.

RICE, G. et al. 1999. Male homosexuality: Absence of linkage to microsatellite markers at Xq28. *Science* 284: 665-667.

RICHARDSON, J.T.E. 1997. Introduction to the study of gender differences in cognition. En *Gender differences in human cognition*, ed. J.T.E. Richardson. Oxford: Oxford University Press, págs. 3-29.

RICHARDSON, S. 1994. The brain-boosting sex hormone. *Discover* (abril): 30-32.

RILEY, W.J. Y A.L. ROSENBLOOM. 1980. Clitoral size in infancy. *Journal of Pediatrics* 96(5): 918-919.

RINK, R.C. Y M.C. ADAMS. 1998. Feminizing genitoplasty: State of the art. World Journal of Urology 16(3): 212-218.

RISS, W. et al. 1955. Development of Sexual behavior in male guinea pigs from genetically different stocks under controlled conditions of androgen treatment and caging. *Endocrinology* 57(2): 139-146.

RISS, W. Y W.C. YOUNG. 1954. The failure of large quantities of testosterone propionate to activate low drive male guinea pigs. *Endocrinology* 54(2): 232-235.

ROBINSON, P. 1976. *The modernization of sex: Havelock Ellis, Alfred Kinsey, William Masters and Virginia Johnson*. Ithaca: Cornell University Press.

ROOFE, P.G. 1968. William Caldwell Young. En *Reproduction and sexual behavior*, ed. M. Diamond. Bloomington: Indiana University Press, 449-452.

ROSARIO, V., ed. 1997. *Science and homosexualities*. Nueva York: Routledge.

ROSCOE, W. 1991. *The Zuni man-woman*. Albuquerque: University of New Mexico Press.

— 1994. How to become a berdache: toward a unified analysis of gender di-

versity. En *Third sex third gender: Beyond sexual dimorphism in culture and history*, ed. G. Herdt. Nueva York: Zone Books, 329-372.

ROSE, H. 1994. *Lore, power, and knowledge: Towards a feminist transformation of the sciences*. Bloomington: Indiana University Press.

ROSE, S. 1998. Lifelines: *Biology beyond determinism*. Oxford: Oxford University Press.

ROSENBERG, R. 1982. *Beyond separate spheres: Intellectual roots of modern feminism*. New Haven: Yale University Press.

ROSENBLOOM, A.L. 1998. Evaluation of severe hypospadias. *Journal of Pediatrics* 133(1): 169-170.

ROSENWALD, A.K. et al. 1958. Psychologic studies before and after clltoridectomy in male pseudohermaphroditism caused by congenital virilizing adrenal hyperplasia. *pediatrics* 21: 832-839.

ROSSITER, K. Y S. DIEHL. 1998. Gender reassignment in children: Ethical conflicts about surrogate decision making. *Pediatric Nursinq* 24(1): 59-62.

ROSSITER, M.W. 1982. *Women scientists in America: Struggles and strategies to 1940*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

— 1995. *Women scientists in America: Before affirmative action*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

ROTHBLATT, M. 1995. *The apartheid of sex: A manifesto on the freedom of gender*. Nueva York: Crown.

ROUBERTOUX, P. Y M. CARLIER. 1978. Intelligence: Différences individuelles, facteurs génétiques, facteurs d'environnement et interaction entre génotype et environment. *Annales Biologique Clinique* 36: 101-102.

RUBIN, G. 1975. The traffic in women: Notes on the "political economy" of sex. En *Toward an anthropology of women*, ed. R.R. Reiter. Nueva York: Monthly Review Press, págs. 157-210.

— 1984. Thinking sex: Notes for a radical theory of the politics of sexuality. En *Pleasure and Danger: Exploring female sexuality*, ed. C.S. Vance. Boston: Routledge & Kegan Paul, págs. 267-319.

RUSHTON, H.G. Y A.B. BELMAN. 1998. The split prepuce in situ onlay hypospadias repair. *Journal of Urology* 160(3 pt. 2): 1134-1136; discusión 1137.

RUSSETT, C.E. 1989. *Sexual science: The Victorian construction of womanhood*. Cambridge: Harvard University Press.

SADATO, N. et al. 1996. Activation of the primary visual cortex by Braille reading in blind subjects. *Nature* 380: 526-528.

SAGEHASHI, N. 1993. Clitoroplasty for clitoromegaly due to adrenogenital syndrome without loss of sensitivity. *Plastic and Reconstructive Surgery* 91(5): 950-956.

SAKEMI, T. et al. 1995. Estrogen attenuates progressive glomerular injury in hypercholesterolemic male rats. *Nephron* 69(2): 159-165.

SALAT, D. et al. 1996. Sex differences in the corpus callosum with aging. *Neurobiology of Aging* 18(2): 191-197.

SAND, K, 1919. Experiments on the internal secretion of the sexual glands, especially on experimental hermaphroditism. *Journal of Physiology* 53: 257-263.

SANDBERG, D.E. Y H.F.L. MEYER-BAHLBURG. 1995. Gender development in boys born with hypospadias. *Psychoneuroendocrinology* 20(7): 693-709.

SANE, K. Y O.H. PESCOVITZ. 1992. The clitoral index: A determination of clitoral size in normal girls and in girls with abnormal sexual development. *Journal of Pediatrics* 120(2): 264-266.

SANTTI, R. et al. 1998. Phytoestrogens: Potential endocrine disruptors in males. *Toxicol Ind Health* 14(1-2): 223-237.

SAPOLSKY, R. 1997. A gene for nothing. *Discover* 18(10): 40-46.

SAWICKI, J. 1991. *Disciplining Foucault*. Nueva York: Routledge.

SCHAFER, A.J. et al. 1995. The role of SOX9 in autosomal sex reversal and campomelic dysplasia. *Philosophical Transactions of the Royal Society of London B* 350: 271-278.

SCHAFER, A.J. Y P.N. GOODFELLOW. 1996. Sex determination in humans. *BioEssays* 18(12): 955-964.

SCHIEBINGER, L. 1992. The gendered brain: Some historical perspectives. En *So human a brain: Knowledge and values in the neuroscience*, ed. A. Harrington. Boston: Birkauser, pp. 110-120.

— 1993a. Why mammals are called mammals: Gender politics in eighteenth century natural history. *American Historical Review* 98(2): 382-411.

— 1993b. *Nature's body: Gender in the making of modern science*. Boston: Beacon Press.

SCHILDER, P. 1950. *The image and appearance of the human body: Studies in the constructive energies of the psyche*. Nueva York: International Universities Press.

SCHLAUG, G.L. et al. 1995. Increased corpus callosum size in musicians. *Neuropsychologia* 33(8): 1047-1055.

SCHLESINGER, A.J. 1958. The crisis of American masculinity. *Esquire* 50: 63-65.

SCHLINGER, B. 1998. Sexual differentiation of avian brain and behavior: Current views on gonadal hormone-dependent and independent mechanisms. *Annual Review of Physiology* 60: 407-429.

SCHLINGER, B.A. Y A.P. ARNOLD. 1991. Brain is the major site of estrogen synthesis in the male songbird. *Proceedings of the National Academy of Science:* 4191-4194.

SCHMIDT, F.L. 1992. What do data really mean? Research findings, meta-analysis and cumulative knowledge in psychology. *American Psychologist* 47(10): 1173-1181.

SCHMIDT, G. 1984. Allies and prosecutors: Science and medicine in the homosexuality issue. *Journal of Homosexuality* 88(10)(3-4): 127-140.

SCHOBER, J.M. 1998. Feminizing genitoplasty for intersex. En *Pediatric surgery*

and urology: Long term outcomes, eds. M.D. Stringer, K.T. Oldham, P.D.E. Mouriquand y E.R. Howard. Londres: Saunders, 549-558.

SCHREINER, O. 1911. *Woman and labor*. Nueva York: Frederick Stokes.

SCHUTTE, H. Y J.R. HERMAN. 1975. Eugen Steinach, 1861-1944. *Investigative Urology* 12(4): 330-331.

SCOTT, J. 1993. The evidence of experience. En *The lesbian and gay studies reader*, eds. H. Abelove. M.A. Barale y O.M. Halperin. Nueva York: Routledge, 397-415.

SCOTT, J.W. 1988. *Gender and the politics of history*. Nueva York: Columbia University Press.

SCOTT, M. 1995. *Shadow man*. Nueva York: Tom Doherty Associates.

SCRIVER, C.R. Y P.J. WATERS. 1999. Monogenic traits are not simple: Lessons from phenylketonuria. *Trends in Genetics* 15(7): 267-272.

SECKL, J.R. Y W.L. MILLER. 1997. How safe is long-term prenatal glucocorticoid treatment? *Journal of the American Medical Association* 277(13): 1077-1079.

SENGOOPTA, C. 1992. Science, sexuality and gender in the fin de siècle: Otto Weininger as Baedeker. *History of Science* 30: 249-279.

— 1993. Rejuvenation and the prolongation of live: Science or quackery? *Perspectives in Biology and Medicine* 37(1): 55-65.

— 1996. The unknown Weininger: Science, philosophy and cultural politics in fin-de-siècle Vienna. *Central European History* 29(4): 453-494.

— 1998. Glandular politics. Experimental biology, clinical medicine, and homosexual emancipation in fin-de-siècle Central Europe. *Isis* 89: 445-473.

SERBIN, L.A. et al. 1993. *The development of sex-typing in middle childhood*. Chicago: University of Chicago Press.

SERRAT, A. Y A. GARCÍA DE HERREROS. 1993. Determination of genetic sex by PCR amplification of Y chromosome specific sequences. *The Lancet* 341: 1593.

SHAPIN, S. 1994. *A social history of truth: Civility and science in seventeenth-century England*. Chicago: University of Chicago Press.

SHARP, R.J. et al. 1987. Neonatal genital reconstruction. *Journal of Pediatric Surgery* 2(22): 168-171.

SHARPE, R.M. 1997. Do males rely on female hormones? *Nature* 390: 447-448.

SILVERMAN, K. 1992. *Male subjectivity at the margins*. Nueva York: Routledge.

SIMPSON, J.L. 1986. Gender testing in the Olympics. *Journal of the American Medical Association* 256(14): 1938.

SIN FIRMA. 1921a. Disappointments of endocrinology. *Journal of the American Medical Association* 76(24): 1685-86.

— 1921b. The endocrine glands—A caution. *Journal of the American Medical Association* 76(22): 1500-1501.

— 1928. Ovarian hormones and ovarian organotherapy. *Journal of the American Medical Association* 91(16): 1194-1195.

— 1992. Homosexuality and cognition. *Science* 255: 539.

— 1993. Five failed controversial Olympics sex test. *Science* 261: 27.

SINCLAIR, A.H. 1995. New genes for boys. *American Journal of Human Genetics* 57: 998-1001.

— 1998. Human sex determination. *Journal of Experimental Zoology* 281: 501-505.

SINFORIANI, E. et al. 1994. Cognitive and neuroradiological findings in congenital adrenal hyperplasia. *Psychoneuroendocrinology* 19(1): 55-54.

SINGER, W. 1995. Development and plasticity of cortical processing architectures. *Science* 270: 758-764.

SINGH, J.A.L. 1942. *Wolf-children and feral man*. Nueva York: Harper.

SITRUK-WARE, R. 1998. Cardiovascular risk at the menopause—Role of sexual steroids. *Hormone Research* 43: 58-63.

SKAKKEBAEK, N.E. et al. 1998. Germ cell cancer and disorders of spermatogenesis: An environmental connection? *Apmis* 106(1): 3-11; discusión 12.

SLIJPER, F.M.E. et al. 1994. Neonates with abnormal genital development assigned the female sex: Parent counseling. *Journal of Sex Education and Therapy* 20(1): 9-17.

— 1998. Long-term psychological evaluation of intersex children. *Archives of Sexual Behavior* 27(2): 125-44.

SLOOTWEG, M.C. et al. 1992. Oestrogen and progestogen synergistically stimulate human and rat osteoblast proliferation. *Journal of Endocrinology* 133: R5-R8.

SMART, C. 1992. Disruptive bodies and unruly sex: The regulation of reproduction and sexuality in the 19th century. En *Regulating womanhood*, ed. C. Smart. Nueva York: Routledge, págs. 7-32.

SMITH, E.D. 1997. The history of hypospadias. *Pediatric Surgery International* 12: 81-85.

SMITH, E.P., J. BOYD et al. 1994. Estrogen resistance caused by a mutation in the estrogen receptor gene in a man. *New England Journal of Medicine* 331(16): 1056-1061.

SMITH, J., J.L. HURST et al. 1994. Comparing behaviour in wild and laboratory strains of the house mouse: Levels of comparison and functional inference. *Behavioural Processes* 32: 79-86.

SNARCH, B. 1992. Neither man nor woman: Berdache—A case for non dichotomous gender construction. *Anthropologia* 34: 105-121.

SNODGRASS, W. et al. 1998. Tubularized incised plate hypospadias repair for proximal hypospadias. *Journal of Urology* 159(6): 2129-2131.

SÖDERSTEN, P. 1976. Lordosis behavior in male, female and androgenized female rats. *Journal of Endocrinology* 70: 409-420.

SOTIROPOULOS, A. et al. 1976. Long-term assessment of genital reconstruction in female pseudohermaphrodites. *Journal of Urology* 115: 599-601.

SPEISER, P.W. et al. 1992. Disease expression and molecular genotype in con-

genital adrenal hyperplasia due to 21-hydroxylase deficiency. *Journal of Clinical Investigation* 90: 584-595.

SPEISER, P.W. Y M.I. NEW 1994a. Prenatal diagnosis and treatment of congenital adrenal hyperplasia. *Clinical Perinatology* 21(3): 631-645.

— 1994b. Prenatal diagnosis and treatment of congenital adrenal hyperplasia. *Journal of Pediatric Endocrinology* 7(3): 183-191.

SPELMAN, F. 1988. Inessential woman: *Problems of exclusion in feminist thought*. Boston: Beacon Press.

SPENCE, J.T. 1984. Masculinity, feminity, and gender-related traits: A conceptual analysis and critique of cureent research. *Progress in Experimental Psychology Research* 13: 1-97.

— 1985. Gender identity and its implications for the concepts of masculinity and feminity, *Nebraska Symposium on Motivation* 32: 59-95.

SQUIER, S. 1999. From Omega to Mr. Adam: The importance of literature for feminist science studies. *Science, Technology and Human Values* 24(1) 132-158.

SRIPATHI et al. 1997. Gender reversal in 47, XX congenital virilizing adrenal hyperplasia. *British Journal of Urology* 79: 785-789.

STANLEY, J.C. 1993. Boys and girls who reason well mathematically. En *The origins and development of high ability*, eds. G. R. Bock y K. Ackrill. Chichester: Wiley, págs. 119-138.

STAR, S.L. 1983. Simplification in scientific work: An example from neuroscience research. *Social Studies of Science* 13: 205-208.

— 1992. The skin, the skull and the self: Toward a sociology of the brain. En *So human a brain: Knowledge and values in the neurosciences*, ed A. Harrington. Boston: Birkhauser, 204-228.

STAR, S.L. Y J.R. GRIESEMER. 1989. Institutional ecology, "translations" and boundary objects: Amateurs and professionals in Berkeley's Museum of Vertebrate Zoology, 1907-1939. *Social Studies of Science* 19: 387-420.

— 1999. Male, female hormone treatment can help revive interest in sex. *Providence Journal*, 1 de enero: L10.

STECKER J.F. et al. 1981. Hypospadias cripples. *Urologic Clinics of North America* 8(3). 539-544.

STEIN, E. 1998. Review of queer science: The use and abuse of research on homosexuality. *Journal of Homosexuality* 35(2): 107-117.

— 1999. *The mismeasure of desire: The science, theory and ethics of sexual orientation*. Oxford: Oxford University Press.

STEINACH, E. 1910. Geschlechtstrieb und echt sekundäre Geschlechtsmerkmale als Folge der innersekretorischen Funktion der Keimdrüse. *Zentralblatt für Physiologie* 24(13): 551-566.

— 1912. Willkürliche Umwandlung von Säugertier-Männchen in Tiere mit ausgeprägt weiblichen Geschletscharakteren und weiblicher Psyche. *Pflüger's Archiv für Physiologie* 144: 71-108.

— 1913. Pubertätsdrusen und Zwitterbildung. Roux's *Archiv für Entwicklungmechanik* 42: 307-332.
— 1913. Feminierung von Mannchen und maskulierung von Weibchen. *Zentralblatt für Physiologie* 27(14): 717-723.
— 1940. *Sex and life: Forty years of biological and medical experiments*. Nueva York: Viking Press.
STEINACH, E. Y H. KUN. 1926. Antagonistische Wirkungen der Keimdrüsen-Hormone. *Biologia Generalis* 2: 815-834.
STEINMETZ. H., L. JÄNCKE et al. 1992. Sex but no hand difference in the isthmus of the corpus callosum. *Neurology* 42: 749-752.
STEINMETZ. H., J.F. STAIGER et al. 1995. Corpus callosum and brain volume in women and men. *NeuroReport* 6: 1002-1004.
STENT, G.S. 1981. Strength and weakness of the genetic approach to the development of the nervous system. *Annual Review of Neuroscience* 4: 163-194.
STERLING, D. 1954. *The story of mosses, ferns and mushrooms*. Nueva York: Doubleday.
— 1955. *Insects and the homes they build*. Nueva York: Doubleday.
— 1979. *Black foremothers. Three lives*. Old Westbury: The Feminist Press.
— 1991. *Ahead of her time: Abby Kelley and the politics of antislavery*. Nueva York: Norton.
STERLING, P. 1970. *Sea and earth: The life of Rachel Carson*. Nueva York: Crowell.
STERR, A. et al. 1998. Changed perceptions in Braille readers. *Nature* 391: 134-135.
STIGLER, S.M. 1986. *The history of statistics: The measurement of uncertainty before 1900*. Cambridge: Harvard University Press.
STOCKARD, C. N. Y G. N. PAPANICOLAOU. 1917. The existence of a typical oestrus cycle in the guinea pig, with a study of its histological and physiological changes. *American Journal of Anatomy* 22: 225-265.
STOCKING, G. 1987. *Victorian anthropology*. Nueva York: Free Press.
STOCKING, G.W., ed. 1988. Bones, bodies, behavior: *Essays on biological anthropology*. Madison: University of Wisconsin Press.
STONE, C. P. 1939. Sex drive. En *Sex and internal secretions*, eds. E. Allen, C. H. Danforth y E. A. Doisy. Baltimore: Williams & Wilkins, 1213-1262.
STRAIN, L. et al. 1998. A true hermaphrodite chimera resulting from embryo amalgamation after in vitro fertilization. *New England Journal of Medicine* 338(3): 166-169.
STRAUSS, A. 1978. A social worlds perspective. *Studies in Symbolic Interaction* 1: 199-228.
STROCK, C. 1998. *Married women who love women*. Nueva York: Doubleday.
SUGITA, Y. 1996. Global plasticity in adult visual cortex following revelsal of visual input. *Nature* 180:1523-526.

SWAIN, A. et al. 1998. Daxi antagonizes Sry action in mammalian sex determination, *Nature* 391: 761-767.

SYLVEN, L. et al. 1993. Life with Turner's syndrome—A psychosocial report from 22 middle-aged women. *Acta Endocrinologica* 129: 188-194.

SYMONS, D. 1979. *The evolution of human sexuality*. Oxford: Oxford University Press.

TAGATZ, G.E. et al. 1979. The clitoral index: A bioassay of androgenic stimulation. *Obstetrics and Gynecology* 54: 562-564.

TAUB, E., J.E. CRAGO et al. 1994. An operant approach to rehabilitation medicine: Overcoming learned nonuse by shaping. *Journal of Experimental Analysis of Behavior* 61(2): 281-293.

TAUB, E., N.E. MILLER et al. 1993. Technique to improve chronic motor deficit after stroke. *Archives of Physical and Medical Rehabilitation* 74(4): 347-354.

TAYLOR, P.J. 1995. Building on construction: An exploration of heterogeneous constructionism, using an analogy from psychology and a sketch from socioeconomic modeling. *Perspectives on Science* 3(1): 66-98.

— 1997. Appearances notwithstanding, we are all doing something like political ecology. *Social Epistemology* 11(1): 111-127.

— 1998. Natural selection: A heavy hand in biological and social thought. *Science as Culture* 7(1): 5-32.

— 1999. Mapping complex social-natural relationships: Cases from Mexico and Africa. En *Living with nature: Environmental politics as cultural discourse*, eds. F. Fischer y M. A. Hajer. Oxford: Oxford University Press, págs. 121-134.

TEAGUE, J. L. et al. 1994. Repair of hypospadias complications using the metal-based flap urethroplasty. *Journal of Urology* 151: 470-472.

TEN BERGE, B. S. 1960. True hermaphroditism with female chromatic pattern: Marriage between partners of the same sex. *Gynaecologia* 139: 112-118.

TESSITORE, L. et al. 1995. Sexual dimorphism of cell turnover during liver hyperplasia. *Chemico-Biological Interactions* 97(1): 1-10.

THELEN, E. 1995. Motor development: A new synthesis. *American Psychologist* 50(2): 79-95.

THELEN, E. Y L. B. SMITH. 1994. *A dynamic systems apprach to the development of cognition and action*. Cambridge: MIT Press.

THOMAS, W.I. 1907. *Sex and society: Studies in the social psichology of sex*. Chicago: University of Chicago Press.

THOMSON, R.G., ed. 1996. *Freakery: Cultural spectacles of the extraordinary body*. Nueva York: New York University Press.

THÖNNESSEN, W. 1969. *The emancipation of women: The rise and decline of the women's movement in German social democracy, 1863-1933*. Londres: Pluto Press.

THOR, D. H. Y W. R. HOLLOWAY. 1984. Social play in juvenile rats: A decade of

methodological and experimental research. *Neuroscience and Biobehavioral Reviews* 8: 455-464.

THORNE, B. 1993. *Gender play: Girls and boys in school*. New Brunswick: Rutgers University Press.

TIEFER, L. 1978. The context and consequences of contemporary sex research: A feminist perspective. En *Sex and behavior: Status and prospectus*, eds. T.E. McGill, D. A. Dewsbury y B. D. Sachs. Nueva York: Plenum Press, 363-386.

— 1994a. The medicalization of impotence: Normalizing phallocentrism. *Gender and Society* 8(3): 363-377.

— 1994b. Might premature ejaculation be organic? The perfect penis takes a giant step forward. *Journal of Sex Education and Therapy* 20(1): 7-8.

TITLEY, O.G. Y A. BRAKA. 1998. A 5-year study of trainees experience and outcomes with two-stage hypospadias surgery. *British journal of Plastic Surgery* 51(5): 370-375.

TOBET, S. A. Y T. O. FOX. 1992. Sex differences in neuronal morphology influenced hormonally throughout life. En *Handbook of Neurobiology*, eds. A. A. Gerall, H. Moltz y I.I. Ward. Nueva York: Plenum Press, págs. 41-82.

TOLMEIN, O. Y A. BERGLING. 1999. Intersexuell. *Die Zeit* 5: 12-15.

TORAN-ALLERAND C.D. 1984. On the genesis of sexual differentiation of the central nervous system: Morphogenetic consequences of steroidal exposure and possible role of alpha-fetoprotein. *Progress in Brain Research* 61: 63-97.

TOUBLANC, J. E. et al. 1997. Enquête sur l'avenir socio-psycho-affectif des femmes atteintes du syndrome de Turner. *Contraception Fertilité Sexualité* 25(7-8): 633-638.

TRAUTMAN, P.D. et al. 1995. Effects of early prenatal dexamethasone on the cognitive and behavioral development of young children: Results of a pilot study. *Psychoneuroendocrinology* 20(4): 439-449.

— 1996. Mothers' reactions to prenatal diagnostic procedures and dexamethasone treatment of congenital adrenal hyperplasia. *Journal of Psychosomatic Obstretic Gynaecology* 17(3): 175-181.

TRAVIS, J. 1992. The brain remaps its own contours. *Science* 258: 216-220.

TROPE, E. et al. 1992. Information processing in the separated hemispheres of callosotomy patients: Does the analytic-holistic dichotomy hold? Brain and Cognition 19: 123-147.

TRUMBACH, R. 1987. Sodomitical subcultures, sodomotical roles, and the gender revolution of the eighteenth century. The recent historiography. En *'Tis nature's fault: Unauthorized sexuality during the enlightenment*, ed. R.P. Maccubbin. Cambridge: Cambridge University Press, págs. 109-121.

— 1989. Gender and the homosexual role in modern western culture: The 18th and 19th centuries compared. En *Homosexuality, wich homosexuality?* ed. D. Altman. Amsterdam: An Dekker/Schorer, págs. 149-169.

— 1991a. London's Sapphists: From three sexes to four genders in the ma-

king of modern culture. En *Bodyguards: The cultural politics of gender ambiguity*, eds. J. Epstein y K. Straub. Nueva York: Routledge, 112-141.

— 1991b. Sex, gender, and sexual identity in modern culture: Male sodomy and female prostitution in Enlightenment London. *Journal of the History of Sexuality* 2(2): 186-203.

— 1998. *Sex and the gender revolution: Heterosexuality and the third gender in Enlightenment London*. Chicago: University of Chicago Press.

TSURUO. Y. et al. 1996. Inmunohistochemical localization of estrogen receptors within aromatase immunoreactive neurons in the fetal and neonatal rat brain. *Anatomy and Embryology* 193(2): 113-121.

TULADHAR, R. et al. 1998. Establishment of a normal range of penile ength in preterm infants. *Journal of Paediatric Child Health* 34(5): 471-473.

TURKLE, S. 1995. *Life on the screen*. Nueva York: Simon & Schuster.

TYLER, C. R. et al. 1998. Endocrine disruption in wildlife: A critical review of the evidence. *Critical Reviews of Toxicology* 28(4): 319-361.

UECKER, A. Y J. E. OBRZUT. 1994. Hemisphere and gender differences in mental rotation. *Brain and Cognition* 22: 42-50.

VAIAS, L.J. et al. 1993. Identification of stimuli that mediate experience dependent modification of homosexual courtship in Drosophila melanogaster. *Behavior Genetics* 23(1): 91-97.

VAINIO, S. et al. 1999. Fentale development in mammals is regulated by Wnt-4 signaling. *Nature* 397: 405-409.

VALENSTEIN, E. S. Y R. W. GOY. 1957. Further studies of the organization and display of sexual behavior in male guinea pigs. *Journal of Comparative and physiological psychology* 50(2): 115-119.

VALENSTEIN, E. S., W. RISS et al. 1955. Experiential and genetic factors in the organization of sexual behavior in male guinea pigs. *Journal of Comparative and Physiological Psychology* 48: 397-403.

VALENSTEIN, E. S., R. WALTER et al. 1954. Sex drive in genetically heterogeneous and highly inbred strains of male guinea pigs. *Journal of Comparative and Physiological Psychology* 47: 162-165.

VALENSTEIN, E.S. Y W.C. YOUNG 1955. An experiential factor influencing the effectiveness of testosterone propionate in eliciting sexual behavior in guinea pigs. *Endocrinology* 56: 173-177.

VALIAN, V. 1998a. Running in place. *The Sciences* (enero/febrero): 18-23.

— 1998b. *Way so slow?* The advancement of women. Cambridge: MIT Press.

VALSINER, J. 1987. *Culture and the development of children's action: A cultural-historical theory of developmental psychology*. Nueva York: Wiley.

VAN DE POLL, N.E. et al. 1981. Failure to find sex differences in testosterone activated aggressive behavior in two strains of rats. *Hormones and Behavior* 15: 94-105.

VAN DEN WIJNGAARD, M. 1991a. The acceptance of scientific theories and ima-

ges of masculinity and feminity. *Journal of the History of Biology* 24(1): 19-49.

— 1991b. *Reinventing the sexes: Feminism and biomedical construction of feminity and masculinity*. Amsterdam: University of Amsterdam.

VAN DER KAMP, H.J. et al. 1992. Evaluation of young women with congenital adrenal hyperplasia: A pilot study. *Hormone Research* 37 (supl. 3): 44-49.

VAN SETERS, A. P. Y A. K. SLOB. 1988. Mutually gratifying heterosexual relationship with micropenis of husband. *Journal of Sex and Marital Therapy* 14(2): 98-107.

VAN WYK, J.J. 1999. Should boys with micropenis be reared as girls? *Journal of Pediatrics* 134: 537-538.

VANCE, C. S. 1991. Anthropology rediscovers sexuality: A theoretical comment. *Social Science and Medicine* 33(8): 875-884.

VANDERSTEEN, D. R. Y D. A. HUSMANN, 1998. Late onset recurrent penile chordee after successful correction at hypospadias repair. *Journal of Urology* 160(3 pt. 2): 1131-1133; discusión 1137.

VARIOS. 1997. The pediatric forum: Sex reassessment at birth. *Archives of Pediatric and Adolescent Medicine* 151: 1062-1064.

VELIDEDEOGLU, H. et al. 1997. The surgical management of incomplete testicular feminization syndrome in three sisters. *British Journal of Plastic Surgery* 50: 212-216.

VELUT, S. et al. 1998. Anatomie morphologique du corps calleux. *Neurochirurgie* 44(supl. 1): 17-30.

VERBRUGGE, M. H. 1997. Recreating the body: Women's physical education and the science of sex differences in America, 1900-1940. *Bulletin of the history of Medicine* 71(2): 273-304.

VICINUS, M. 1989. "They wonder to which sex I belong": The historical roots of the modern lesbian identity. En *Homosexuality, which homosexuality*, ed. D. Altman. Amsterdam: An Dekker/Schorer, págs. 171-198.

VINES, G. 1992. Last Olympics for the sex test? *New Scientist* 135(1828): 39-42.

VOS SAVANT, M. 1996. Ask Marilyn. *Parade Magazine*, 6 de agosto, p. 6.

VOYER, D. 1998. On the reliability and validity of noninvasive laterality measures. *Brain and Cognition* 36: 209-236.

VOYER, D. et al. 1995. Magnitude of sex differences in spatial abilities: A meta-analysis and consideration of critical variables. *Psychological Bulletin* 117(2): 250-270.

WADDINGTON, C. H. 1957. *The strategy of the genes*. Londres: Allen & Unwin.

— 1975. *The evolution of an evolutionist*. Ithaca: Cornell University Press.

WADE, N. 1994. Method and madness: How men and women think. *New York Times Magazine*, 2 de julio, p. 32.

— 1999. Parent cells found in brain maybe key to nerve repair. *New York Times*, 8 de enero, A12.

WAHLSTEN, D. 1990. Insensitivity of the analysis of variance to heredity-environment interaction. *Behavior and Brain Sciences* 13: 109-161.

— 1994. The intelligence of heritability. *Canadian Psychology* 35: 244-260.

WHALSTEN, D. Y K.M. BISHOP. 1998. Effect sizes and meta-analysis indicate no sex dimorphism in the human or rodent corpus callosum. *Behavioral and Brain Sciences* 21(3): 338-339.

WALLEN, K. 1996. Nature needs nurture: The interaction of hormonal and social influences on the development of behavioral sex differences in Rhesus monkeys. *Hormones and Behavior* 30: 364-378.

WANG, X. et al. 1995. Remodeling of hand representation in adult cortex determined by timing of tactile stimulation. *Nature* 378: 71-75.

WAPNER, S. Y J. DEMICK. 1998. *Developmental analysis: A holistic, developmental, systems oriented perspective*, Nueva York: Wiley.

WARD, I. L. 1992. Sexual behavior: The product of perinatal hormonal and prepubertal social factors. En *Handbook of Behavioral Neurobiology*, eds. A. Gerall, M. Howard y I. L. Ward. Nueva York: Plenum Press, 157-180.

WASSERSUG, R. 1996. Fat rats in the lab of luxury. *Natural History* 6: 18-19.

WATSON, J. B. 1914. *Behavior: An introduction to comparative psychology*. Nueva York: Holt.

WAVELL, S. Y A. ALDERSON. 1992. Row looms over Olympic sex test. *Sunday Times*, Overseas News, 26 de enero.

WEDELL, A. 1998. Molecular genetics of congenital adrenal hyperplasia 21-hydroxylase deficiency: Implications for diagnosis, prognosis and treatment. *Acta Paediatrica* 87: 159-164.

WEEKS, J. 1981a. Discourse, desire and sexual deviance: Some problems in a history of homosexuality. En *The making of the modern homosexual*, ed. K. Plummer. Londres: Hutchinson, 76-111.

— 1981b. *Sex, politics and society: The regulation of sexuality since 1800.* Londres: Longman.

WEIDMAN, N.M. 1999. *Constructing scientific psychology: Karl Lashley's mind-brain debates*. Cambridge: Cambridge University Press.

WEIDENSALL, J. 1916. *The mentality of the criminal woman*. Baltimore: Warwick & York.

WEINRICH, J.D. 1987. *Sexual landscapes: Why we are what we are; why we love whom we love*. Nueva York: Scribner.

WEIR, J.J. 1895. The effect of female suffrage on posterity. *The American Naturalist* 29: 815-825.

WEISMAN, Y. et al. 1993. Sex-specific response of bone cells to gonadal steroids—modulation in perinatally androgenized females and in testicular feminized male rats. *Steroids* 58(3): 126-133.

WEISS, P. 1959. Cellular dynamics. *Reviews of Modern Physics* 31: 11-20.

WEISS, S. et al. 1988. The human corpus callosum and the controversy about a sexual dimorphism. *Psychobiology* 16(4): 411-415.

— 1989. The controversy about a sexual dimorphism of the human corpus callosum. *International Journal of Neuroscience* 47: 169-173.

WERNER, M. H. et al. 1996. Molecular determinants of mammalian sex. *Trends in Biochemical Sciences* 21(8): 302-308.

WEST, C. Y D.H. ZIMMERMAN. 1987. Doing gender. *Gender and Society* 1(2): 125-151.

WEST, C. Y S. FENSTERMAKER. 1995. Doing difterenee. *Gender and Society* 9(1): 8-37.

WESTON, K. 1993. Lesbian and gay studies in the house of anthropology, *Annual Review of Anthropology* 22: 339-367.

WHALEN, R.E. 1974. Sexual differentiation: Models, methods and mechanisms. En *Sex differences in behavior*, eds. R. C. Friedman, R, M. Richart y R.L. van de wiele. huntington: robert e. krieger, 467-481.

WHALEN, R. E. Y F. JOHNSON. 1990. To fight or not to fight: The question is "whom"? *Comparative Physiology* 9: 301-312.

WHALEN, R. E. Y R, D. NADLER. 1965. Modification of spontaneous and hormone induced sexual hehavior by estrogen administered to neonatal female rats. *Journal of Comparative Psychology* 60: 150-152.

WHITACRE, C. C. et al. 1999. A gender gap in auto-immunity. *Science* 283: 1277-1288.

WHITAM, F. L. et al. 1993. Homosexual orientation in twins: A report on 61 pairs and three triples sets. *Archives of Sexual Behavior* 33(3): 187-206.

WHITE, S. A. Y H. D. FERNALD. 1997. Changing through doing: Behavioral influences on the brain. *Recent Progress in Hormone Research* 52: 445-474.

WHITEHEAD, A. N. 1929. *Process and reality: An essay in cosmology*. Nueva York: Macmillan.

WICKELGREN, I. 1997. Estrogen stakes claim to cognition. *Science* 276: 675-678.

WIESNER, B. P. 1935. The post-natal development of the genital organs in the albino rat VI. Effects of sex hormones in the heteronomous sex. *Journal of Obstetrics and Gynaecology* 42: 8-78.

WILLIAMS, S.J. Y G. BENDELOW 1998. *The lived body: Sociological themes, embodied issues*. Londres: Routledge.

WILLIAMS-ASHMAN, H. G, Y A. H. REDDI. 1971. Actions of vertebrate sex hormones. *Annual Review of Physiology* 33: 31-82.

WILLIAMSON, S. Y R. NOWAK. 1998. The truth about women. *New Scientist* 21(45): 34-35.

WILSON, B. Y W.G. REINER, 1998. Management of intersex: A shifting paradigm. *Journal of Clinical Ethics* 9(4): 360-370.

WILSON, E. 1998. *Neural geographies: Feminism and the microstructure of cognition*. Nueva York: Routledge.

WILSON, E.O. 1978. *On human nature*. Cambridge: Harvard University Press.

WILSON, R. A. 1966. *Feminine forever*. Nueva York: M. Evans.

WILSON, R. C. et al. 1995. Steroid 21-hydroxylase deficiency: Genotype may not predict phenotype. *Journal of Clinical Endocrinology and Metabolism* 80(8): 2322-2329.

WISE, M. N., ed. 1995. *The values of precision*. Princeton: Princeton University Press.

WISHART, J. M. et al. 1995. Effect of age on bone density and bone turnover in men. *Endocrinology and Metabolism* 42(2): 141-146.

WISNIEWSKI A. B. 1998. Sexually dimorphic patterns of cortical asymmetry, and the role for sex steroid hormones in determining cortical patterns of lateralization. *Psychoneuroendocrinology* 23(5): 519-547.

WITELSON, S. 1985. The brain connection: The corpus callosum is larger in left-handers. *Science* 229: 665-668.

— 1989. Hand and sex differences in the isthmus and genu of the human corpus callosum. *Brain* 112: 799-835.

— 1991a. Sex differences in neuroanatomical changes with aging. *New England Journal of Medicine* 325(3): 211-212.

— 1991b. Neural sexual mosaicism: Sexual differentiation of the human temporo-parietal region for functional asymmetry. *Psychoneuroendocrinology* 16: 131-153.

WITELSON, S. F Y C. F. GOLDSMITH, 1991. The relationship of hand preference to anatomy of the corpus callosum in men. *Brain Research* 545: 175-182.

WITSCHI, E. Y W.F. MENGERT. 1942. Endocrine studies on human hermaphrodites and their bearing on the interpretation of homosexuality. *Journal of Clinical Endocrinology* 2(5): 279-286.

WOLF, U. 1995. The molecular genetics of human sex determination. *Journal of Molecular Medicine* 73: 325-331.

WOMACK, E. B. Y F. C. KOCH. 1932. The testicular hormone content of human urine. *Endocrinology* 16: 273-277.

WOOD, R. I. Y W. S. NEWMAN. 1995. Androgen and estrogen receptors coexist within individual neurons in the brain of the Syrian hamster. *Neuroendocrinology* 62: 487-497.

WOODHOUSE, C.R.J. 1994. The sexual and reproductive consequences of congenital genitourinary anomalies. *Journal of Urology* 152: 654-651.

WRIGHT, R. 1994. *The moral animal*. Nueva York: Pantheon.

WRIGHT, T. 1999. A one-number census: Some related history. *Science* 283: 491.

YANG, T. T. et al. 1994. Noninvasive detection of cerebral plasticity in adult human somatosensory cortex. *NeuroReport* 5: 701-704.

YAVUZER, R. et al, 1998. Vascularized double-sided preputial island flap with W flap glanuloplasty for hypospadias repair. *Plastic and Reconstructive Surgery* 101(3): 751.

YAZGAN, M. Y. et al. 1995. Functional significance of individual variations in callosal area. *Neuropsychologia* 33(6): 769-779.

YEH, S.R. et al. 1996. The effect of social experience on serotonergic modulation of the escape circuit of crayfish. *Science* 271: 366-369.

YOUNG, H. H. 1937. *Genital abnormalities, hermaphroditism and related adrenal diseases*. Baltimore: Williams & Wilkins.

YOUNG, I. M. 1990. *Throwing like a girl and other essays in feminist philosophy and social theory*. Bloomington: Indiana University Press.

YOUNG, W.C. 1941. Observations and experiments on mating behavior. En Female mammals. *Quarterly Review of Biology* 16(2): 135-136.

— 1957. Genetic and psychological determinants of sexual behavior patterns. En *Hormones, brain function and behavior*, ed. H. Hoagland. Nueva York: Academic Press, 75-98.

— 1960. A hormonal action participating in the patterning of sexual behavior in the guinea pig. En *Recent advances in biological psychiatry*, ed. J. Wortis. Nueva York: Grune & Stratton, 200-209.

— 1961. The hormones and mating behavior. En *Sex and Internal secretions*, eds. W.C. Young y G.W. Corner. Baltimore: Waverly Press, 1173-1239.

— 1964. Hormones and sexual behavior. *Science* 143: 212-218.

— 1965. The organization of sexual behavior by hormonal action during the prenatal and larval periods in vertebrates. En *Sex and behavior*, ed. F. A. Beach. Nueva York: Wiley, 89-107.

— 1967. Prenatal gonadal hormones and behavior in the adult. En *Comparative psychopathology: Animal and human*, eds. J. Zubin y H. F. Hunt. Nueva York: Grune & Stratton, 173-183.

YOUNG, W.C. Y G.W. CORNER, eds. 1961. *Sex and internal secretions*, Baltimore: Williams & Wilkins.

YOUNG, W.C., E.W. DEMPSEY et al. 1939. Sexual behavior and sexual receptivity in the female guinea pig. *Journal of Comparative Psychology* 27(1): 49-68.

YOUNG, W.C. Y J.A. GRUNT. 1951. The pattern and measurement of sexual behavior in the male guinea pig. *Journal of Comparative and Physiological Psychology* 44(5): 492-500.

YOUNG, W.C. Y B. RUNDLETT, 1939. The hormonal induction of homosexual behavior in the spayed female guinea pig. *Psychosomatic Medicine* 1(4): 449-460.

ZACHARIAE, Z. 1955. A case of true hermaphroditism. *Acta Endocrinologica* 20: 331-337.

ZITA, J.N. 1992. Male lesbians and the postmodernist body. *Hypatia* 7(4): 106-127.

ZONDEK, B. 1934. Mass excretion of oestrogenic hormone in the urine of the stallion. *Nature* 133: 209-210.

ZUCKER, K. J. 1996. Commentary on Diamond's "Prenatal predisposition and the clinical management of some pediatric conditions." *Journal of Sex and Marital Therapy* 22(3): 148-160.

ZUCKER, K. J. Y S. J. BRADLEY. 1995. *Gender identity disorder and psychosexual problems in children and adolescents*. Nueva York: Guilford Press.

ZUCKER, K. J. et al. 1996. Psychosexual development of women with congenital adrenal hyperplasia. Hormones and Behavior 30(4): 300-318.

ZUGER, A. 1997. Removing half of brain improves young epileptics' lives. *New York Times*, 19 de agosto, C4.

ZUGER, B. 1970. Gender role determination: A critical review of the evidence from hermaphroditism. *Psychosomatic Medicine* 32(5): 449-463.

Índice

Aberle, S. 398 (n. 8)
Aboitiz, F. 366-367 (n. 63)
abuso sexual, tratamiento médico percibido como 111-112, 334-335 (n. 108), 351 (n. 30), 353 (n. 42)
«Acción organizadora de la administración prenatal de propionato de testosterona sobre los tejidos mediadores de la conducta de apareamiento en el cobaya» (Phoenix et al.) 255-259, 411 (n. 93), 412 (n. 96, 98). *Véase también* Phoenix, Charles; Young, William C.
Adams, M.C. 324-325 (n. 1)
Addams, Jane 382 (n. 38), 390 (n. 24)
ADN 282-284
afroamericanos. *Véase* diferencias raciales
Alberch, P. 320 (n. 118)
albinismo 73, 329 (n. 22)
Allen, Edgar 218-220, 380 (n. 19), 393 (n. 46)
Allen, Laura S. 169-172, 174, 351-352 (n. 33), 352 (n. 36), 353 (n. 46), 373 (n. 83), 377-378 (n. 107)
amerindios 135-136, 316-317 (n. 84)
análisis de la varianza (ANOVA) 168, 372 (n. 75). *Véase también* estadística
anatomía (humana)
  cambios en la edad adulta 289-290
  intersexual. *Véase* intersexualidad
  reproductiva 69-71, 69 (fig.), 70 (fig.)
andrógenos
  efectos en las hembras 240-245. *Véase también* hiperplasia adrenocortical congénita
  medición 224
  nomenclatura 227-230, 396 (n. 83, 84)
  y comportamiento sexual 256, 262, 265, 409 (n. 83), 411 (n. 93)
  y desarrollo sexual 240-245, 242 (tabla), 276, 399-400 (n. 27), 417 (n. 116)
  y diferencias sexuales 97, 338 (n. 120)
  Véase también testosterona
androginia 268
andrología 399 (n. 18)
Angier, Natalie 245
anomalías de nacimiento. *Véase* intersexualidad
anormalidades genitales. *Véase* hermafroditismo
antagonismo sexual (Heape) 187 (tabla), 190-191. *Véase* teoría del antagonismo sexual
antropología 33-37, 32 (fig.), 315-316 (n. 74), 316 (n. 76, 78, 80, 83)
aprendizaje social 292
aptitudes espaciales 147, 173, 176, 338 (n. 120), 340-345 (n. 134)
Aristóteles 51
ARN 283, 424 (n. 14)
Arnstein, Paul 289
aromatización 268, 419 (n. 137)
Ashley, April (Corbett) 139

asignación de sexo
científico/médico 55-63, 60 (fig.), 78-79, 99-101, 104
con preservación de la función reproductiva 78-79
de mujeres genéticas (XX o XO) 78-79, 122 (tabla)
de varones genéticos (XY o XXY) 78-79, 86-89, 90-94, 334-335 (n. 108). *Véase también* Joan/John
dificultad de crear genitales masculinos 81
e imagen ante los padres 80, 85-86
elección del sexo asignado 78-79
femenino 67-68, 78-80, 82-83, 86-87. *Véase también* Joan/John
fracasos 91-94
legal 47, 52-54, 58-59, 60 (fig.)
masculino 77-81, 83, 122 (tabla)
naturaleza abusiva del tratamiento médico 104-105, 111, 334-335 (n. 108), 347 (n. 9), 353 (n. 42)
notificación a los padres 69-72, 86
para mantener las normas de género 23, 45, 62-63, 80, 88, 99-101, 105, 330 (n. 52)
por individuos intersexuales 62
propuestas de cambio en el tratamiento médico 104-110, 118, 346-347 (n. 8, 10), 354-355 (n. 54)
reasignación de transexuales adultos 134-135, 238, 290
reasignación después de los 18 meses 120, 334 (n. 95). *Véase también* Joan/John
rechazo del tratamiento por el paciente 118-119, 355-356 (n. 64)
rechazo del tratamiento por los padres 80-81, 118-119, 331 (n. 57), 355-356 (n. 56, 64)
silencio/mentiras sobre 86-88, 105-106, 108-110, 348 (n. 14), 349 (n. 21), 350 (n. 27)
tras pérdida del pene 89, 93
tratamiento psicológico 85-88
tratamiento quirúrgico 62-63, 79-88. *Véase también* cirugía genital
urgencia percibida 62-69, 85, 324-325 (n. 1, 2)
y adquisición de la identidad de género 85-96, 99-101. *Véase también* identidad de género: adquisición
y definiciones sociales del género 80
y mala práctica médica 357-358 (n. 93)
Véase también intersexualidad
atletismo 15-19, 140, 289, 305

Bailez, M.M. 121, 355-356 (n. 64)
Bakker, Julie 420-421 (n. 146)
Balthazar, J. 417 (n. 121)
bardajes 316-317 (n. 84)
Barry, William 47
Baum, Michael 417 (n. 121)
Beach, Frank Ambrose 247, 252-253
apoyo del CRPS a 405 (n. 50)
crítica de la teoría O/A 261-262, 414 (n. 109), 415 (n. 111), 415-416 (n. 112), 417 (n. 121), 418 (n. 130)
investigación/teorías del comportamiento sexual 247-253, 258, 261-263, 266, 268-269, 274-276, 406 (n. 52), 406-407 (n. 59, 60, 62), 407-408 (n. 64), 408 (n. 67), 412 (n. 95), 415-416 (n. 112)
libro editado por el CRPS 412-413 (n. 100)
Moore citado por 408 (n. 65)
sobre la ausencia de representación neural 418 (n. 128)
sobre la homo- y bisexualidad 253, 419-420 (n. 140)
y Kinsey 253, 408 (n. 70, 73), 420 (n. 141)
y los conductistas 406 (n. 55)
y Tiefer 414-415 (n. 110)
Bean, Robert Bennet 150-153, 152 (tabla), 362 (n. 26, 33, 34, 36), 362-363 (n. 41)
becerras machorras 199-198, 386 (n. 77)
Begley, S. 145, 360 (n. 10)
Bell, Alan 268-269
Bell, William Blair 59-61, 191-192, 383 (n. 52)

Bem, Sandra 268, 296, 418-419 (n. 135), 431 (n. 61), 432 (n. 66)
Benbow, Camilla 147
Benjamin, Harry 206, 388 (n. 98)
Bentley, Arthur F. 281, 436 (n. 92)
Benton, Francies 119, 120 (fig.)
Berenbaum, Sheri 340-345 (n. 134)
Berthold, Arnold Adolf 182, 183 (fig.)
Bérubé, Allan 315 (n. 67)
bioensayo 218
biólogos moleculares 20-21
biopoder 22
biotecnología 75, 329 (n. 26)
Birke, Lynda 317 (n. 94)
bisexualidad
  definición 324 (n. 41)
  e investigación de la conducta sexual 247-253, 258-259, 261-262, 268-269, 414 (n. 109)
  y teoría del antagonismo sexual 230-231, 396 (n. 92)
Bishop, Catherine 161, 366-367 (n. 63, 65)
Black, Meme 144
Blacker, George F. 57
Blackwell, Elizabeth 380 (n. 14)
Bleier, Ruth 377-378 (n. 107)
Bly, Robert 399 (n. 20)
Boas, Franz 153
Bodies that Matter (Butler) 39
Borell, M. 397-398 (n. 3, 4)
Boswell, John 31, 316 (n. 80)
Bradley, Susan 94, 334-335 (n. 108)
Breedlove, Marc 425-426 (n. 25)
Broca, Paul 360-361 (n. 15)
Brown-Séquard, Charles-Edouard 183, 223
Buchanan, Pat 346 (n. 3)
Burghammer, Daniel 53
Butenandt 219
Butler, Judith 38-39, 99-100, 318 (n. 98), 345-346 (n. 136)
Byne, W. 377-378 (n. 107)

Cadden, Joan 52
cambio de sexo. *Véase* asignación de sexo: reasignación de transexuales adultos
canalización (definición) 429-430 (n. 59)
Capel, B. 404 (n. 46)
capones 182, 183 (fig.), 225
Carlson, Allison 16
Carpenter, C.R. 236
Carpenter, Edgard 187 (tabla), 188, 381 (n. 31)
castración 182
castrati 182, 380 (n. 13)
cerdos 276
cerebro
  aptitudes espaciales 147, 173, 176, 338 (n. 120), 340-345 (n. 134)
  aromatización 268, 419 (n. 137)
  asunciones culturales 176
  dicotomías izquierda/derecha 145-148, 149 (tabla), 150-151. *Véase también* cuerpo calloso
  diferencias cognitivas 145-146, 173, 376 (n. 95)
  diferencias de tamaño 156, 358-359 (n. 2), 362 (n. 38), 366-367 (n. 63)
  diferencias raciales 150-151, 358-359 (n. 2), 362 (n. 26)
  diferencias sexuales 145-173, 370 (n. 71)
  en el cuerpo calloso. *Véase* cuerpo calloso
  en homosexuales y heterosexuales 43, 145, 320 (n. 119, 120), 425-426 (n. 25)
  estudio anatómico del 44. *Véase también* cuerpo calloso
  experiencia y estructura/arquitectura cerebral 275-276, 426 (n. 30), 427 (n. 41)
  explicaciones hormonales 97-98, 246-247, 338 (n. 120). *Véase también* comportamiento sexual
  génesis prenatal de las 92-93
  insistencia cultural en 143-144
  lateralización 147, 173, 360-361 (n. 15)
  localización funcional 360-361 (n. 15)
  métodos de estudio 377 (n. 102). *Véase también* cuerpo calloso simetría/asimetría 360-361 (n. 15), 374 (n. 85)

mielinización 287, 426 (n. 31)
modelos conexionistas del 44, 321 (n. 130), 322 (n. 138)
plasticidad 285-288, 376 (n. 99), 425 (n. 22), 427 (n. 32, 41)
razonamiento matemático 146-148, 173-174, 338 (n. 120)
simetría/asimetría 360-361 (n. 15)
y factores externos 360 (n. 10)
y hormonas 96-100, 174, 262-263, 276-278, 340-345 (n. 134), 376 (n. 101), 377 (n. 102), 392-393 (n. 40), 415-416 (n. 112), 417 (n. 116). *Véase también* desarrollo sexual
y teoría de sistemas ontogénicos 284-289, 321 (n. 130, 132, 133), 425 (n. 22)
Ciba (empresa farmacéutica) 223, 395 (n. 69)
ciencia
naturaleza cambiante de la 311 (n. 46)
y feminismo 101, 306 (n. 13), 306-307 (n. 14), 340-345 (n. 134), 367 (n. 64), 382 (n. 38)
cirugía genital
carácter abusivo del tratamiento médico 111-112
como mutilación 104, 347 (n. 9)
criterios de éxito 105, 106-107 (tabla), 114-117 (tabla)
del clítoris
clitorectomía 82 (tabla), 83 (fig.), 347-348 (n. 11), 349 (n. 20)
como mutilación 104, 347 (n. 9)
criterios de éxito 105, 106-107 (tabla)
dolor/fibrosis subsiguientes 111-113, 351-352 (n. 33)
destructiva 127-128
dificultad de crear órganos masculinos 81
dolor/fibrosis 84, 105, 111-113, 114-117 (tabla), 351-352 (n. 33), 352 (n. 36), 352-353 (n. 39)
efectos psicológicos (negativos) 105-113, 353-354 (n. 48, 50)
en la adolescencia/edad adulta 114-117 (tabla), 122-126 (tabla)
estudios 106-107 (tabla), 110-111, 347 (n. 9), 347-348 (n. 11), 349 (n. 19), 350-351 (n. 28, 32), 351-352 (n. 33, 36), 353 (n. 45, 46), 355-356 (n. 64)
glandoplastia 112
historias 105, 108-111
malas prácticas 357-358 (n. 93)
múltiple 84, 107 (tabla), 112-113, 114-117 (tabla), 353 (n. 42, 45, 46)
no consentida 118-119
objetivos 78-80, 111-112
placer sexual perdido/disminuido 105, 108, 347 (n. 9), 349 (n. 19), 349-350 (n. 22), 351-352 (n. 33, 36)
porcentaje de éxito 105, 114-117 (tabla)
recesión 82 (tabla), 85 (fig.), 331 (n. 67), 350-351 (n. 28)
rechazo por los padres 80-81, 118-119
reducción 82 (tabla), 84 (fig.), 106-107 (tabla)
riesgos 111-113, 325 (n. 2)
silencio/mentiras sobre 105-111
urgencia percibida 324-325 (n. 1, 2)
vaginoplastia 111-113, 114-117 (tabla), 352 (n. 36, 38), 352-353 (n. 39), 353 (n. 42, 45, 46)
y placer sexual 105, 106-107 (tabla), 111-113, 114-117 (tabla), 326 (n. 12), 347 (n. 9), 347-348 (n. 11), 349 (n. 19, 20), 349-350 (n. 22), 350-351 (n. 28), 351-352 (n. 33), 352-353 (n. 39)
Véase también asignación de sexo; clítoris agrandado
Clarke, A. 387 (n. 91)
Clarke, Charles Walter 238
Clarke, Jeffrey 155, 377 (n. 104)
Clarke, S. 363 (n. 44)
clítoris 69, 69 (fig.)
agrandado 61, 67 (fig.), 81, 118, 331 (n. 64). *Véase también* hiperplasia adrenocortical congénita

en la literatura médica 351 (n. 29)
representación visual 111, 351 (n. 29, 31)
tamaño al nacer 78-79, 81 (fig.), 81-82
y orgasmo femenino 82
Véase también cirugía genital: del clítoris
cobayas
abortos inducidos por estrógeno 246, 404-405 (n. 48)
comportamiento ligado al sexo 405 (n. 51)
conducta de apareamiento 254
desarrollo sexual (fetal) 411-412 (n. 94)
investigación de Moore y Price 203 (tabla)
investigación de Steinach 193-199, 195 (tabla), 196 (fig.), 384 (n. 60)
investigación de Young 254-259, 276, 409 (n. 81, 83, 84), 410 (n. 87), 410-411 (n. 91, 92, 93)
Cohn, C. 374 (n. 87)
COI (Comité Olímpico Internacional) 15-19, 140
Coke, sir Edgard 53
Cole, Leon J. 214
colesterol 207, 208 (fig.)
Collaer, M.L. 340-345 (n. 134)
Comité Científico Humanitario 185, 186 (tabla)
Comité de Salud Maternal 215
comportamiento sexual
cerebro y 275
contacto social y 255-256, 274, 413-414 (n. 106, 107), 421-422 (n. 160)
de la rata hembra 249,
dificultades de la investigación 246-250
en la antigua Grecia 27 (fig.), 29-31, 34, 313 (n. 58), 314 (n. 65)
en primates 398 (n. 11)
en roedores. *Véase* cobayas; ratas
enfoque holístico 250, 406 (n. 58), 408 (n. 67)
entorno y 255-256, 274
estrógenos y 256, 261-262, 404-405 (n. 48), 409 (n. 83), 411 (n. 93)
estudio de Davis 211, 389-390 (n. 17)
experiencia y 250, 261, 274, 277-278, 406 (n. 59), 410 (n. 87), 420-421 (n. 146)
financiación de la investigación 398 (n. 10)
frecuencia de sexo 425-426 (n. 25)
informe Kinsey 24-25, 212, 232, 239, 253, 269, 309-310 (n. 39, 41, 42), 408 (n. 71)
informe Laumann 310-311 (n. 45)
investigación de mediados del siglo XX 247-259, 261-278. *Véase también* Beach, Frank Ambrose; Young, William C.
investigación/teorías de Beach 247-254, 256-259, 262-264, 266-277, 405 (n. 50), 406 (n. 52, 59), 406-407 (n. 60, 62), 407-408 (n. 64, 67)
investigación/teorías de Young 254-263, 272-277, 409 (n. 81, 83, 84), 410 (n. 87), 410-411 (n. 91, 92, 93), 412-413 (n. 100, 101)
juego y 276
medición 263-265, 417-418 (n. 125)
modelo ortogonal 266, 267 (fig.), 339 (n. 125)
progesterona y 230, 274, 409 (n. 83), 411 (n. 93)
regulación legal 139-140, 358 (n. 101)
suspicacia despertada por su estudio 434 (n. 81)
teoría O/A 257-263, 265, 272-278, 408-409 (n. 76), 411 (n. 92)
testosterona y 247, 250-252, 254-259, 261, 411 (n. 93)
variación individual 254, 408-409 (n. 76)
conejos 240-241, 242 (tabla)
conexionismo 44, 321 (n. 130), 322 (n. 138). *Véase también* teoría de sistemas ontogénicos
Consejo Nacional de Investigación. *Véase* CRPS 389 (n. 15), 390 (n. 19)
Constant, D. 363-364 (n. 45)

construccionismo social 33-34, 32 (fig.), 316 (n. 80), 316-317 (n. 84), 337 (n. 117)
control de natalidad 186 (tabla), 209-211, 212-214, 389 (n. 10), 390-391 (n. 25), 392 (n. 33), 397-398 (n. 4). *Véase también* eugenesia
Corbett vs. Corbett 1970 (Gran Bretaña) 139
Corner, G.W. 398 (n. 8)
Cott, N. 397 (n. 101)
Coubertin, Pierre de 17-19
Cowell, P.E. 376 (n. 101)
Crane, Frances 385-386 (n. 72), 390 (n. 24)
Crew, F.A.E. 214-215, 232
cristianos conservadores 43, 103, 346 (n. 2, 3), 378 (n. 108)
cromosomas 66, 70-71
  sexuales 71, 136. *Véase también* síndrome de insensibilidad a los andrógenos; hiperplasia adrenocortical congénita; disgénesis gonadal; hipospadias; síndrome de Klinefelter; síndrome de Turner
CRPS (Committee for Research in the Problems of Sex)
  fundación Rockefeller y 211, 389 (n. 15), 397 (n. 3)
  proyectos financiados 211-212, 235, 254, 387 (n. 88), 391 (n. 29), 398 (n. 8, 10), 405 (n. 50), 408 (n. 70)
  publicaciones 216, 412-413 (n. 100)
  secuestrado por Lillie 212-213, 390 (n. 23)
cuerpo
  definición de Foucault del 22
  materia y materialidad del cuerpo 38-39
  relación cuerpo/mente 39-40, 41 (fig.), 318 (n. 106, 108), 427-428 (n. 45)
cuerpo calloso
  anatomía/fisiología 147-150, 150 (fig.), 171
  como objeto fronterizo 373-374 (n. 84)
  debate sobre el 44, 144-148, 364 (n. 46)
  diferencias cognitivas y 173-174, 376 (n. 95)
  diferencias de tamaño 144-146, 150-152, 152 (tabla), 158-159 (tabla), 160-161, 162-164 (tabla), 165, 363-364 (n. 45), 374 (n. 85), 377 (n. 104)
  diferencias morfológicas 160-161, 169-170
  diferencias sexuales 160-161, 162-163 (tabla), 165, 363-364 (n. 45), 366-367 (n. 63)
  dificultad de su estudio 147-150, 153-154, 172-174
  dominancia manual y 160-161, 164 (tabla), 366 (n. 59, 62), 374 (n. 85)
  esplenio 151, 152 (tabla), 153 (fig.), 156, 157 (fig), 158-159 (tabla), 160-161, 362 (n. 38)
  estructura/subdivisiones 157, 158-159 (tabla)
  estudio de Allen 169-174. *Véase también* Allen, Laura S.
  estudio de Bean 150-153, 152 (tabla), 362 (n. 26, 33, 34, 36), 362-363 (n. 41)
  estudio de Bishop-Wahlsten 161
  factores externos y 174, 376 (n. 99)
  funciones 145-148, 171-174
  hormonas y 174, 376-377 (n. 101, 102)
  inconclusión de los estudios 160-161, 165, 168-169, 174-176
  lateralización y 147, 366 (n. 59), 374 (n. 85), 377 (n. 104)
  metáfora del macramé 171-174, 172 (fig.), 175 (fig.), 322 (n. 136), 373-374 (n. 84, 85), 377 (n. 103)
  métodos de estudio 149-151, 153-157, 160-161, 162-170, 363-364 (n. 45, 46, 47), 364-365 (n. 49), 366 (n. 61), 367 (n. 65), 372 (n. 76, 77), 374-375 (n. 88), 377 (n. 104). *Véase también* estadística
  representación tridimensional 150

(fig.), 153 (fig.), 153-155, 363 (n. 44)
y edad 160-161, 162-163 (tabla), 365 (n. 56), 365-366 (n. 57), 376 (n. 99)

Chase, Cheryl 105, 347 (n. 9), 348 (n. 13, 14, 17), 349 (n. 19)
Chauncey, George 315 (n. 67)
Chiarello, C. 377 (n. 104)

Daléry, J. 336-337 (n. 115)
Daston, Lorraine 308 (n. 24)
Davidson, R.J. 375 (n. 89)
Davis, Katherine Bement 211, 389-390 (n. 14, 17)
De Jonge, Francien 274-275, 418 (n. 126), 420-421 (n. 146)
De Kruif, Paul 179-180, 182, 206, 379 (n. 1)
De Lacoste-Utamsing 159
Decourt, Jacques 328-329 (n. 19)
Denenberg, V.H. 366-367 (n. 63)
Dennett, Mary Ware 315 (n. 69)
desarrollo cognitivo 292
desarrollo organísmico 282-285
desarrollo sexual
contacto social y 273 (fig.), 420-421 (n. 146)
creencias decimonónicas sobre el desarrollo humano 174, 184-185, 381 (n. 29)
deficiencia de la 5-α-reductasa 340-345 (n. 134)
desarrollo humano normal 68-71, 70 (fig.), 239-244, 289-290, 294, 340-345 (n. 134)
en niñas con hiperplasia adrenocortical congénita 340-345 (n. 134)
estrógeno y 241-244, 242 (tabla), 246-247, 400 (n. 29), 401-402 (n. 32, 33), 413 (n. 102), 415-416 (n. 112)
factores externos 271-277, 273 (fig.), 420-421 (n. 146), 422 (n. 162)
hipótesis del gen «maestro» 404 (n. 47)
investigación de Jost 242 (tabla), 254, 399 (n. 26), 399-400 (n. 27, 28, 29), 400-401 (n. 30, 31), 401-402 (n. 32)
papel de las hormonas en el 241-244, 242 (tabla), 256-259, 340-345 (n. 134)
sustancia inhibidora mulleriana y 243, 399-400 (n. 27)
teoría de presencia/ausencia 243-246, 400-401 (n. 30), 401-402 (n. 32, 33), 403-404 (n. 43, 46, 47), 412 (n. 98), 419 (n. 137)
teorías mono- y bihormónica 241-244, 246-247, 260-261, 400 (n. 29), 400-401 (n. 30, 31), 401-402 (n. 32), 403 (n. 34), 404 (n. 46), 412 (n. 98)
testosterona y 241-244, 242 (tabla), 274, 399-400 (n. 27), 402 (n. 33), 415-416 (n. 112)
desfeminización 268
desviación estándar 167
determinación del sexo. *Véase* desarrollo sexual
Dewey, John 281, 436 (n. 92)
Dewhurst, Christopher 66-68, 120, 326 (n. 10), 352 (n. 36)
Diamond, Milton
controversia con Money 89-93, 334 (n. 93, 97, 98, 102)
proyecto de tesis doctoral 404-405 (n. 48)
sobre la sexualidad 96
teoría de la adquisición del género de 89-93, 333 (n. 92), 337 (n. 116)
Dickinson, R.L. 351 (n. 29)
diferencias cognitivas 145-146, 376 (n. 95). *Véase también* cuerpo calloso
diferencias raciales 150-151, 358-359 (n. 2), 362 (n. 26), 369-370 (n. 70), 391-392 (n. 30)
diferencias sexuales
e igualdad de oportunidades 176, 344 (n. 134), 378-379 (n. 110)
en el cerebro. *Véase* cerebro: diferencias sexuales
en la personalidad 430-431 (n. 60)
en los juegos 340-345 (n. 134). *Véase*

también hiperplasia adrenocortical congénita: estudios del comportamiento
investigación/teorías a principios del siglo XX 188-206
dihidrotestosterona, deficiencia 136, 356-357 (n. 80, 82)
DiPersio, D.A. 363-364 (n. 45)
disgénesis gonadal 71, 73 (tabla), 78, 326-327 (n. 15)
Dixson, A.
Doisy, Edward A. 218-219, 225, 229, 394 (n. 50)
dominancia manual 164 (tabla), 166, 365 (n. 49), 366 (n. 59), 374 (n. 85), 375 (n. 89)
Donahoe, Patricia 78-80
Donahue, Phil 146, 361 (n. 16)
Dörner, Günther 413 (n. 105)
Dorsey, G.A. 388 (n. 95)
Doty, Richard 264-265, 414-415 (n. 110), 417 (n. 124)
Dreger, Alice 56-57
Driesen, N.R.
dualismos 317 (n. 96)
en el debate sobre el cuerpo calloso 148
más allá de los 42-46
rechazo de los 37-42
y cultura occidental 403 (n. 42)
Duckett, J.W. 354 (n. 48)
Duden, Barbara 26
Duggan, L. 131 (n. 61)
Dupré, John 312 (n. 53), 322 (n. 137)

Earhart, Amelia 232
Ederle, Gertrude 232
educación y género 176-177, 378 (n. 110)
Efron, R. 377 (n. 104)
Egorov, A.Y.
Ehret, G. 286
Ehrhardt, Anke 18, 91, 264, 305-306 (n. 9), 413 (n. 105), 414-415 (n. 110)
Eicher, Eva 246
Elder, George 301
elección de objeto sexual. *Véase* preferencia sexual
Elster, A.D. 363 (n. 45)
Ellis, Albert 66
Ellis, Havelock 29, 186 (tabla), 209
Elliston, Deborah 34
Elman, Jeffrey 290, 427-428 (n. 45)
Emma (hermafrodita) 61-62
emociones, desde la perspectiva de los sistemas dinámicos 294
encuestas sexuales
categorías creadas por las 31, 299, 300-302
de Kinsey 24-25, 212, 232, 239, 253, 269, 299-301, 309-310 (n. 39-42), 408 (n. 70-71)
de Laumann 310-311 (n. 45)
epidídimo 71, 242, 247, 258
Epple, Carolyn 316-317 (n. 84)
escala de Kinsey 25, 31, 309-310 (n. 41)
escroto. *Véase también* testículos 60-61, 71, 121, 136, 328-329 (n. 19)
Escher, M.C. 284
esplenio. *Véase también* cuerpo calloso 151-152, 152 (tabla), 156-165
esquema (procesamiento esquemático) 294-297
estadística/análisis estadístico 165-171, 167 (figura), 356 (n. 67), 367 (n. 66), 368-372 (67-73), 372-373 (n. 82) 373-374 (n. 84)
estilos de pensamiento 146-148. *Véase también* cerebro: diferencias sexuales
estradiol 208 (fig.), 228, 411 (n. 93)
estrina. *Véase* estrógenos
estrógenos
abortos inducidos por 246, 404 (n. 48)
artículos sobre 216-217
conversión de testosterona en 268
efectos 16, 86, 179-180, 224, 228-230, 233, 240-242, 242 (tabla), 246, 247, 251-252, 254, 256-259, 262, 268, 276, 396 (n. 84), 399-400 (n. 27), 401-403 (n. 32-34), 404-405 (n. 48), 409 (n. 83), 413 (n. 102), 416 (n. 112), 419 (n. 137), 420-421 (n. 146)
en el medio ambiente 75

en la orina de las embarazadas 219
en machos 219-221
investigación de Moore y Price 201, 202-204 (tabla). *Véase también* Moore, Carl R.
investigación de Steinach, 158-163, 160 (tabla). *Véase también* Steinach, Eugen
Lillie sobre los 379 (n. 5)
medición 222-226
necesidad masculina de 180
nomenclatura 227-230, 228 (fig.), 396 (n. 83-84, 86, 88)
terapia de reemplazamiento 179-180, 379 (n. 4)
y cerebro 268, 392-393 (n. 40), 413 (n. 102), 419 (n. 137)
y comportamiento paternal 286-287, 426 (n. 26)
y comportamiento sexual animal 257-258, 260-261, 404-405 (n. 48)
y desarrollo sexual 240-242, 242 (tabla), 400 (n. 29), 401-402 (n. 32-33), 415-416 (n. 112)
Véase también ovarios
estudios del comportamiento. *Véase* cobayas; comportamiento ligado al sexo
eugenesia 212-213, 370-371 (n. 73), 372-372 (n. 82), 390 (n. 24-25), 391-392 (n. 30)
excitación. *Véase* comportamiento ligado al sexo
Exner, Max J. 390 (n. 18)

Factors in the Sex Life of 2200 Women (Davis)
Fagot, Beverly 295
falo
cirugía. *Véase* cirugía del clítoris; hipospadias; asignación de sexo
diferenciación embrionaria 69 (fig.), 70-71
tamaño al nacer 79-81, 330 (n. 48)
y orgasmo 69, 326 (n. 12)
Véase también clítoris; pene
familia y seguridad nacional 237-240
Fausto-Sterling, Anne
material biográfico 20-22, 279-281, 280 (fig.), 295-296, 306-307 (n. 14, 18), 379 (n. 19), 389 (n. 8)
propuesta de los cinco sexos 103, 137
fecundación *in vitro* 75
Feder, Harvey 263
Feinberg, Leslie 137, 138, 435 (n. 87)
feminidad
caracterizada como carencia 243-245, 258-259
e investigación del comportamiento animal 247-259, 264-268
independiente de la masculinidad 266-267, 418-419 (n. 135)
medición de la 391 (n. 29)
modelo lineal frente a ortogonal 266-268, 267 (fig.)
modelo ortogonal 339 (n. 125)
feminismo
distinción entre sexo y género 17-20
en el siglo XIX 57-58, 383 (n. 45)
en el siglo XX 190-191, 208-209, 217-218, 232, 263-264, 382-383 (n. 41-43), 385-386 (n. 72), 388-389 (n. 7, 9-11), 390-391 (n. 25), 397 (n. 101), 398-399 (n. 15)
feministas vistas como masculinas/homosexuales 188, 381-382 (n. 33)
teorías del cuerpo 21
y ciencia 100-101, 306-307 (n. 13-14), 367 (n. 64), 382 (n. 38)
y discusiones del género 433 (n. 75)
y el cuerpo 306-307 (n. 14, 16)
y estudios antropológicos 35-36
y teorías de la adquisición del género 292
Véase también mujeres
fenomenología 318 (n. 108)
financiación de la investigación 236, 398 (n. 8,10), 408 (n. 70), 409 (n. 77,84). *Véase también* oficina de higiene social; CRPS; fundación Rockefeller
Fisher, R.A.
Fitch, R.H. 366 (n. 63)
Flynn, Elizabeth G. 388-389 (n. 7)
Fogel, Alan 294, 298, 430 (n. 60)

Forel, August 186 (tabla)
Foucault, Michel 22-23, 36, 308 (n. 25)
Frank, Robert T. 220-222, 227, 231, 395 (n. 68)
Freud, John 233
Freud, Sigmund 184, 186 (tabla), 226, 292, 314 (n. 64), 383-384 (n. 55)
Friedan, Betty 67, 263
Fujimura, Joan 322 (n. 135)
Fundación Rockefeller 211, 214, 235-236, 389 (n. 9), 389 (n.14-15), 398 (n. 19). *Véase también* CRPS; oficina de higiene social
fusión fetal 75, 329 (n. 24)

Gabrielson, Guy 238
Gagnon, John H. 310-311 (n. 45)
Galeno 51
Galton, sir Francis 370-372 (n. 73)
Gallager, Thomas F. 225
García-Coll, Cynthia 298, 432-433 (n. 71)
gays. *Veáse* homosexualidad
Gearhart, John P. 349 (n. 19)
Geddes, Patrick 186 (tabla), 189-190, 382 (n. 38)
gemelos 321 (n. 133)
género
  asignación de sexo y 44-45, 79-80. *Véase también* asignación de sexo
  como construcción social 99-100. *Véase también* asignación de sexo; Money, John
  como predictor del comportamiento 430-431 (n. 60)
  constancia de género 432 (n. 65)
  definiciones 17-18, 291
  derechos/restricciones legales 47, 50, 52-54, 137-141, 357-358 (n. 93)
  dicotomía sexo/género 17-20, 38-39, 306 (n. 11)
  educación y 176-177, 378-379 (n. 110)
  en otras culturas 135-136, 316-317 (n. 84, 92)
  esquema de género 291-297, 431-432 (n. 63-64)
  historia social del 27 (fig.), 50-54
  hormonas y *Véase* hormonas
  institucional/individual 299-302, 300 (tabla)
  peligros de la transgresión de género 137-138
  sistema de género cromático 135
  subdivisiones de Lorber 300 (tabla)
  variabilidad 127-128, 134-136
  Véase también identidad de género; sexualidad
genes/genética
  ADN y ARN 282-283, 424 (n. 14)
  conceptos modernos 281
  herencia de caracteres adquiridos 372-373 (n. 82)
  y teoría de sistemas ontogénicos 282-283, 319 (n. 114), 424 (n. 13), 425 (n. 17)
  Véase también eugenesia; Morgan, Thomas Hunt
genitales
  adquisición del género y 292. *Véase también* Money, John: teoría de la adquisición de la identidad de género; asignación de sexo
  anormales. *Véase* hermafroditismo
  como elementos definitorios en la determinación del sexo 99-100, 137-141. *Véase también* asignación de sexo
  culturales 137
  desarrollo. *Veáse* desarrollo sexual
  representación visual 67-68, 67 (fig.), 326 (n. 9), 351 (n. 29-31)
  variabilidad 110, 351 (n. 29-30). *Véase también* intersexualidad
  Véase también cirugía genital; clítoris; falo; pene; vagina
genoma humano, proyecto 282
George, F.W. 402 (n. 32)
George S. (intersexual) 119
Gerall, Arnold A. 333 (n. 87)
ginecología 189, 222-223
glándulas suprarrenales 97,184, 221, 231, 242, 342 (n. 134). *Véase también* hiperplasia adrenocortical congénita

Goddard, H.H. 214
Going, J.J. 364 (n. 45)
Goldman, Emma 187 (tabla), 209, 389 (n. 10), 391 (n. 25)
Goldsmith, Charles 155
gónadas
como elemento definitorio en la determinación del sexo 55-57, 59-60, 332-333 (n. 85). *Véase también* asignación de sexo
y desarrollo sexual. *Véase* desarrollo sexual
y hormonas 193-206, 380 (n. 19-20). *Véase también* hormonas; ovarios; ovotestículos; testículos
Gordon, Ronald R. 66-68, 120, 352 (n. 36)
Gorski, Roger 265
Gottlieb, Gilbert 421 (n. 150)
Gould, Stephen Jay 391-392 (n. 30)
Goy, Robert 261, 333 (n. 87-88), 410 (n. 87), 419 (n. 136)
Grady, K.L. 411-412 (n. 94)
Grecia (antigua)
conducta sexual 29-31, 34
tamaño ideal del pene 331 (n. 54)
Greene, R.R. 241, 402 (n. 33)
Grosz, Elizabeth 40-42, 318 (n. 106, 108, 110, 112)
Guinet, Paul 328 (n. 19)
Gussie (intersexual) 118-119

Hacking, Ian 166, 369 (n. 70)
Hall, Radclyffe 314 (n. 63), 338 (n. 119)
Hall, Thomas/Thomasine 138-139
Halperin, David 26, 31, 37, 313 (n. 58), 314 (n. 65), 316 (n. 81)
Halpern, D.F. 367 (n. 64), 377 (102)
Halley, Janet 320 (n. 122)
Hamblen, E.C. 357-358 (n. 93)
Hamer, Dean 43, 282
Hampson, John y Joan 66
homosexualidad como anormalidad 256, 335 (n. 111)
sobre el aspecto corporal y la adquisición del género 121, 332 (n. 74), sobre niños intersexuales y homosexualidad 95
teoría de la adquisición del género 63, 88, 332 (n. 74), 410 (n. 91), 412-413 (n. 100)
hámster siberiano enano 425-426 (n. 25)
Hansen, Bert 314 (n. 66)
Haraway, Donna 21-22, 147, 304, 322 (n. 135-136), 361 (n. 22), 367 (n. 66)
Harding, Sandra 304
Harmon-Smith, Helena 118, 354-355 (n. 54)
Harris, G.W. 273
Harris, Judith Rich 432 (n. 69)
Hart, B.L. 417 (n. 116)
Harwood, Jonathan 388 (n. 94)
Haste, Helen 403 (n. 42)
Hausman, Bernice 39
Hawkesworth, Mary 433 (n. 75)
Heape, Walter 187 (tabla), 190-191, 192, 381 (n. 31), 383 (n. 46, 48, 49)
Hefner, Hugh 239-240
HELP (Hermaphroditic Education and Listening Post) 109, 118, 348 (n. 16), 354 (n. 53)
Hellige, J.B. 374 (n. 85)
hembras
comportamiento de las ratas 263-268, 414-415 (n. 110), 419-422 (n. 140, 145-146, 160)
desarrollo sexual 241-242, 400-403 (n. 29-30, 32-34), 404 (n. 46)
efectos de los andrógenos sobre las 241-242. *Véase también* hiperplasia adrenocortical congénita;
feminidad caracterizada por carencia de 400-402 (n. 29-33). *Véase también* desarrollo sexual: teorías monohormónica y bihormónica
testosterona en 180, 241-242, 251, 277, 339-340 (n. 129), 394 (n. 57-58), 423 (n. 181). *Véase también* hiperplasia adrenocortical congénita;
Véase también feminidad; mujeres
Herdt, Gil 34, 136, 316 (n. 83)
hermafroditismo

«auténtico» 36-39, 56 (fig.), 71-73, 326-329 (n. 15, 19)
estudio científico/clasificación 54-57
evitación del término 71
hermafroditas practicantes 61-62, 324 (n. 41)
historia 49-54, 60 (fig.)
seudohermafroditismo 55-56, 69-71, 326-329 (n. 15, 19)
Véase también intersexualidad
heterosexualidad
e investigación del comportamiento sexual 253-259,
emergencia del término/concepto 30
hijaras (secta) 135-136, 356 (n. 79)
Hildegarda de Bingen 52
Hines, Melissai 340-345 (n. 134), 378 (n. 101)
hiperplasia adrenocortical congénita
causa 71, 72 (tabla), 340-345 (n. 134)
diagnosis/tratamiento 75-78, 329-330 (n. 31,35, 38, 41)
en Arabia Saudí 80, 331 (n. 57)
estudios comportamentales 96-99, 339-345 (n. 124-127, 129, 133-134), 413 (n. 105)
frecuencia 74
información a los padres 118
rasgos clínicos 67 (fig.), 72 (tabla), 76-77, 80, 329-330 (n. 33)
desarrollo sexual 340-345 (n. 134)
hipospadias 71
causa 72 (tabla)
clasificación 326-328 (n. 15)
leve 79
rasgos clínicos 72 (tabla), 324 (n. 39)
tratamiento quirúrgico 79-80, 83-84, 330 (n. 51), 353-354 (n. 45-46, 48, 50)
Hirschfeld, Magnus 185, 186-187 (tabla), 337-338 (n. 119), 385 (n. 69)
Hlinak, Z. 418 (n. 132)
Hollingworth, Leta Stetter 388-389 (n. 7)
Holmes, Morgan 349-350 (n. 22)
hombres. *Véase* varones
homosexualidad
categorización 24-25, 27 (fig.), 28-29, 34, 299, 313-314 (n. 58, 63-65), 433-434 (n. 78,80) *Véase también* homosexualidad: escalas
como inmutable 24, 31, 309 (n. 38)
como inversión 29, 313-314 (n. 63-64), 337-338 (n. 119)
como pecado 103, 378 (n. 108)
comunismo y 238
debate naturaleza/crianza 256-257, 282-283, 306 (n. 10), 410-411 (n. 91), 425-426 (n. 25)
derechos/restricciones legales 139-140, 185, 358 (n. 100)
diferencia cerebral 43, 320 (n. 119-120), 425-426 (n. 25)
e intersexualidad 94-95, 323 (n. 18), 335-336 (n. 111-112), 354 (n. 50)
comportamiento sexual animal y 268-271, 420 (n. 141, 144)
en la antigua Grecia 29-31, 34, 313 (n. 58), 314 (n. 65)
endocrinología y 337-338 (n. 119), 385 (n. 66, 67, 69, 71). *Véase también* Steinach, Eugen
estudios. *Véase también* Young, William C.
historia social 27 (fig.), 28-33, 32 (fig.), 94-95, 185, 188, 313-315 (n. 58, 61, 63-65, 67), 378 (n. 108)
informe Kinsey y 25, 239, 309 (n. 40)
literatura sobre 270-271
masculina como hipermasculinidad 338 (n. 122)
matrimonio de intersexuales y 139-140
médicamente definida como anormalidad 30
movimiento gay 240, 263-264, 270, 301
teorías causales 31, 269, 336-337 (n. 115)
y transexualidad 135
Véase también bisexualidad; lesbianismo; sexualidad
Hornstein, Gail 377 (n. 103)
Hugdahl, K. 375 (n. 89)

Hunter, R.H.F. 404 (n. 46)
Hurwitz, Richard S. 324-325 (n. 1-2)
Hyde, J.S. 378-379 (n. 110)

identidad de género
e imagen corporal 332 (n. 74), 343-344 (n. 134)
incerridumbre de la 353-354 (n. 48, 50)
teoría de Diamond 89-93, 333 (n. 92), 337 (n. 116)
teorías de los Hampson 85-86, 332 (n. 74), 410-411 (n. 91), 412-413 (n. 100, 102)
teorías de Money 85-86, 88-96, 100, 332-333 (n. 83, 86). *Véase también* Joan/John
y asignación de sexo 85, 88-94
y factores externos 432 (n. 64)
Véase también género
imágenes por resonancia magnética. *Véase* resonancia magnética
infancia. *Véase* cirugía genital; asignación de sexo
Innes-Williams, D. 353 (n. 46)
interaccionismo 319 (n. 114)
intersexualidad
causas 71-75, 72-73 (tabla), 136
clasificación/tipos 54-61, 71-73, 72 (tabla), 75-76, 326-329 (n. 15, 19)
como urgencia médica 65, 324-325 (n. 1-2)
convenciones lingüísticas 48-49
criados como mujeres 16-17, 86-87, 121, 129-133 (tabla), 328-329 (n. 19)
criados como varones 121, 139-140
definición 305 (n. 4)
derechos/restricciones legales 47-48, 50, 52-53, 60 (fig.), 137-141, 357-358 (n. 93)
diagnóstico/tratamiento prenatal 76-77, 324 (n. 45), 329-330 (n. 31, 35, 38, 41)
hermafroditas practicantes 61-62, 324 (n. 41)
hermafroditismo «auténtico» 55-57, 56 (fig.), 71-72, 74 (tabla), 78-79, 103, 326-327 (n. 15), 328-329 (n. 19)
historia 47-63, 60 (fig.)
nomenclatura 71-73, 326-327 (n. 15)
propuestas de cambio en el tratamiento médico 103-105, 108, 118, 128, 346.347 (n. 8, 10), 354-355 (n. 54)
rechazo al tratamiento 80-81, 118-127, 331 (n. 57), 355-356 (n. 56, 64)
seudohermafroditismo 55-57, 56 (fig.), 71, 78-79, 103, 326-327 (n. 15), 328-329 (n. 19)
silencio/mentiras sobre 85-87, 105-106, 109-110, 348 (n. 14), 349 (n. 21), 350 (n. 27)
tratamiento quirúrgico. *Véase* asignación de sexo
tratamientos no quirúrgicos 348 (n. 12)
y homosexualidad 94-96, 323(n. 18), 335-336 (n. 111-112), 354 (n. 50)
invertidos 29, 313-314 (n. 63-64), 337-338 (n. 119)
ISNA (Intersexual Society of North America) 105, 108-109, 348 (n. 17), 349 (n. 19), 350 (n. 26, 27), 356 (n. 71)

Jackson, Margaret 315 (n. 69)
James (hermafrodita) 62
Jane (transexual) 134-135
Jayne, Cynthia E. 434 (n. 81)
ji cuadrado, test 170-171, 370-372 (n. 73)
Jinkins, R.J. 363 (n. 44)
Joan/John 89-94, 112, 332 (n. 84), 357 (n. 82),
Johnson, V.E. 434 (n. 81)
Jordanova, Ludmilla 403 (n. 42)
Jost, Alfred
encuentro con Wilkins 246
investigación/teorías del desarrollo sexual 240, 243-244, 242 (tabla), 258, 260, 399-402 (n. 26-33)
sobre el desarrollo masculino 240, 243-244, 400-401 (n. 30)

Juegos Olímpicos
diferencias de género en 305 (n. 8)
control de sexo 15-20, 140

Kagan, Jerome 430 (n. 60)
Kahnt, L.C. 395 (n. 78)
Kaplan, Edith 145
Katz, J. 392 (n. 33)
Kelly, E. Lowell 391 (n. 299
Kevles, D.J. 391-392 (n. 30)
Kinsey, Alfred C.
informe de 232, 239, 399 (n. 21)
metodología 24-25, 31, 269, 309-340 (n. 39-42), 408 (n. 71)
relación con Beach 253,408 (n. 72-73)
Klebs, Theodor Albrecht 56
Klein, Fritz 25,
Knudsen, Eric 426 (n. 30)
Koch, Fred C. 225, 395 (n. 69)
Korenchevsky, V.M. 225, 229-230, 395 (n. 69)
Krafft-Ebing, Richard von 29, 186 (tabla), 190, 315 (n. 68), 337-338 (n. 119)

Laboratorio de Higiene Social 211, 389 (n. 14)
Lashley, Karl S. 405 (n. 50), 408 (n. 66)
Latour, Bruno 309 (n. 38), 312 (n. 54), 317 (n. 96), 322 (n. 137), 370 (n. 71), 372 (n. 79), 377 (n. 106)
Lattimer, J.K. 351-352 (n. 33)
Laumann, Edward O. 310-311 (n. 45)
Laurent, Bo 111-112, 121
Lawrence, William P. 57, 61
Leinbach, M.D. 295, 431-432 (n. 63)
lesbianismo
asociado a la masculinidad 188, 335-336 (n. 112)
como inversión 313-314 (n. 63), 337-338 (n. 119)
comportamientos infantiles ligados al 97-99
definiciones 97-98, 338 (n. 122)
entre casadas 24
interpretación de Money 336-337 (n. 115)
teoría de la lesbiana como «descarriada» 97
uso de las técnicas reproductivas 346 (n. 138)
Véase también homosexualidad
LeVay, Simon 43-44, 320 (n. 119-120, 126)
Levine, S. 273
ley Comstock 210
Lichtenstern, R. 198, 385 (n. 69)
Lillie, Frances Crane 385-386 (n. 72), 390 (n. 24)
Lillie, Frank Rattray 198-199, 208, 212-217, 231, 379 (n. 5), 385-386 (n. 72, 77-79), 390 (n. 23-24), 409 (n. 77),
Lock, Margaret 435 (n. 89)
Lorber, Judith 135, 298-299, 300 (tabla), 433 (n. 72)
lordosis 249, 257-259, 265, 274, 414 (n. 109), 415-416 (n. 112)
Lorenz, Konrad 249
Lott, B. 428 (n. 51), 430-431 (n. 60)
Loveweb 14, 20-22, 291, 307-308 (n. 20), 344 (n. 134), 360 (n. 11), 403 (n. 34), 427-428 (n. 45)
Lufkin, R.B. 377 (n. 104)
Lynch, Michael 157, 365 (n. 54)

Madlafousek, J. 418 (n. 132)
Magee, Maggie 97-98
Mall, Franklin P. 152-153, 362-363 (n. 39, 41)
Maluso, D. 428 (n. 51), 431 (n. 60)
Marcis, Marie/Marin le 52
Margaret/James (hermafrodita) 62
Marshall, Francis H.A. 187 (tabla), 189-190, 382 (n. 38)
masculinidad
como lucha contra la feminidad 243-244, 400-401 (n. 30)
e investigación del comportamiento sexual 247-259, 265-268, 267 (fig.)
homosexualidad masculina como hipermasculinidad 288 (n. 122)
independencia de la feminidad 266-267, 418-419 (n. 135)

medición 391 (n. 29)
modelo paterno y 239, 399 (n. 20)
Masters, W.H.. y V.E. Johnson 434 (n. 81)
matrimonio
de intersexuales 50, 139-140
homosexual 139-140, 358 (n. 100)
McClanahan, E. Thomas 346 (n. 3)
McEwen, B.S. 419 (n. 136)
McIntosh, Mary 28, 33
McKenna, W. *Véase también* Kessler, Suzanne 317 (n. 87), 333 (n. 86), 337 (n. 117), 428 (n. 53)
Meagher, John 381-382 (n. 33)
menopausia 179-180
Merleau-Ponty, Maurice 318 (n. 108)
Meyer-Bahlburg, H.F.L. 346-347 (n. 8), 350-351 (n. 28)
Michael, Robert T. 310-311 (n. 45)
Michaels, Stuart 310-311 (n. 45)
miembro fantasma 288, 247 (n. 40)
Miles, Catherine Cox 391 (n. 29)
Miller, Diana 97-99
Miller, W.L. 330 (n. 41)
Mitman, G. 390 (n. 24)
Möbius, banda de 40-42, 46, 281
modelo ortogonal 266, 267 (fig.), 268, 339 (n. 125)
Moffat, S.D. 374 (n. 85)
Money, John
contra la «tiranía de las gónadas» 332-333 (n. 85)
criticado por Diamond 89-94, 334 (n. 93, 95, 97, 98, 102)
distinción entre sexo y género 18, 305-306 (n. 9)
evitación del término «hermafrodita» 71
sobre la homosexualidad 95-96, 335-337 (n. 112, 115)
sobre los «cinco sexos» 103
y el feminismo 414-415 (n. 110)
Moore, Carl R. 386 (n. 79), 388 (n. 94)
Moore, Celia 274-275
Moore, Henrietta A. 19
Moreno, Angela 109
Morgan, Thomas Hunt 359 (n. 4), 382 (n. 38)
movimiento gay 29, 34, 268, 270, 315 (n. 67)
movimiento por los derechos de los intersexuales 81, 128, 349 (n. 18)
Véase también HELP; ISNA
mujeres
anomalías genéticas que afectan a niñas XX. *Véase* hiperplasia adrenocortical congénita
asignación de sexo femenino. *Véase* asignación de sexo
cerebro. *Véase* cerebro: diferencias sexuales; cuerpo calloso
cirugía genital. *Véase* cirugía genital: del clítoris
cromosomas XX 70
genitales. *Véase* clítoris; genitales; vagina
hormonas. *Véase* estrógenos; progesterona
lesbianas. *Véase* lesbianismo
masculinidad femenina 188, 381-382 (n. 33) *Véase también* lesbianismo: como inversión
maternidad 239
movimientos femeninos. *Véase* feminismo

Nadler, R.D. 415-416 (n. 112), 417 (n. 125)
navajos 316-317 (n. 84)
neuronas 146, 171, 174, 274-275, 285-289, 374-375 (n. 88). *Véase también* cerebro; sistema nervioso cenrral
New, Maria 342-343 (n. 134)
Newman, K. 331 (n. 53), 351-352 (n. 32-33, 36), 353 (n. 45)
Nihoul-Fekete, C. 351-353 (n. 33, 36, 39)
Nikolaenko, N.N. 374 (n. 85)
niñas X0. *Véase* síndrome de Turner
Norton, Mary Beth 138
Nye, Robert 31

O'Rand, A. 374 (n. 86)
Obrzut, J.E. 377 (n. 104)
Oficina de Higiene Social 211, 212, 215, 235

organoterapia 183-184
orgasmo 25, 69, 126 (tabla), 180, 309 (n. 40), 326 (n. 11), 405 (n. 50), 434 (n. 81)
orgasmo femenino. *Véase* orgasmo
  terapias hormonales para 179-180
  Véase también feminidad; hembras; menopausia
  perdido/disminuido por cirugía del clítoris 82-83, 107 (tabla), 108, 114-116 (tabla), 347-348 (n. 9, 11), 349-350 (n. 22)
  Véase también clítoris

ovarios
  en intersexuales 56 (fig.), 59-61, 71, 72 (tabla)
  extirpación como tratamiento de la intersexualidad. *Véase*
  extirpación por razones psicológicas 182, 380 (n. 14)
  preparaciones ováricas (farmacéuticas) 223, 380 (n. 19), 393 (n. 46)
  Véase también estrógenos, gónadas; ovotestículos; progesterona
Overzier, Claus 120
oviductos. *Véase* trompas de Falopio
ovotestículos 59, 105, 131 (tabla)
Oyama, Susan 42
Oyewumi, Oyeronke 36, 317 (n. 92)

Papanicolaou, George 218, 393 (n. 44)
Parke-Davis (empresa farmacéutica) 223
Parkes, A.S. 228-231, 395 (n. 69), 396 (n. 84)
Parsons, Elsie Clews 388-389 (n. 7)
Patiño, María 15-16, 19, 23, 305 (n. 4)
Paul, Alice 398 (n. 11)
Pearson, Karl 170, 372-373 (n. 82)
pene
  cirugía. *Véase* hipospadias; asignación de sexo
  hipospadias. *Véase* hipospadias
  «normal» 80-81, 81 (tabla)
  pérdida de 119, 416 (n. 112). *Véase también* Joan/John
  sensibilidad sexual 252
  tamaño 121, 122-126 (tabla), 129-133 (tabla), 136, 137, 139, 141, 194, 290, 330 (n. 48), 331 (n. 55), 355-356 (n. 64, 65)
Phoenix, Charles 261, 411-412 (n. 92-94, 96, 98), 413 (n. 101)
  Véase también Young, William C.
pituitaria 205, 206, 231, 396 (n. 93), 405 (n. 50), 423 (181)
Platón 50
Plumwood, Val 37-38, 317 (n. 96)
Preves, Sharon 348 (n. 14)
Ptice, Dorothy 201, 202-204 (tabla), 205-206, 207
progesterona 180, 229-230, 379 (n. 4), 396 (n. 84)
  comportamiento sexual animal y 254, 257-259, 274, 394 (n. 58), 409 (n. 83), 411 (n. 93), 420 (n. 145)
  identificación y purificación 394 (n. 50)

Quetelet, M.A. 368-372 (n. 68-70, 73)

Randolf, Judson 331 (n. 67)
Rapp, Raina 329 (n. 27)
Rasquin, Priscilla 407-408 (n. 64)
Ratjen, Hermann 16-17
Rauch, R.A. 363 (n. 44)
Raz, N. 367 (n. 65)
República Dominicana 136, 357 (n. 82)
resonancia magnética 154-155, 155 (fig.), 363-364 (n. 45), 377-378 (n. 107)
Rink, R.C. 324-325 (n. 1)
Rockefeller, John D., hijo 209, 210, 211, 212, 215
  Véase también Fundación Rockefeller; Oficina de Higiene Social
Rothblatt, Martine 135
Rubin, G. 306 (n. 10)
Rule, G. Udny 372-372 (n. 82)
Ruther, H. 363-364 (n. 45)

Saint-Hilaire, Isidore Geoffroy 54-55
Salmon, Thomas W. 212
sambia (tribu) 136
Sand, Knut 384 (n. 61)

Sanger, Margaret 209-210, 213-215, 389 (n. 9, 10), 390-391 (n. 25), 397-398 (n. 4)
Sawicki, Jana 101, 346 (n. 138)
Scott, Joan 26, 369-370 (n. 70)
Scott, Melissa 104, 346 (n. 5)
Schäfer, Edward 184, 380-381 (n. 21)
Schiebinger, Londa 377 (n. 105)
Schlaug, G. 376 (n. 99)
Schlesinger, Arthur, Jr. 238, 398-399 (n. 15)
Schober, Justine 347 (n. 9)
Schreiner, Olive 209-210, 389 (n. 8)
Seckl, J.R. 330 (n. 41)
Sengoopta, Chandak 185, 383-384 (n. 55), 387 (n. 92)
Sex and Internal Secretions (CRPS) 216, 232
Sex Antagonism (Heape) 187 (tabla), 190-191
sexo (biológico)
  construcción del 44-45. *Véase también* asignación de sexo; cirugía genital
  continuidad del 17-18, 50-52, 100-101, 313 (n. 62)
  definiciones/categorizaciones 17-19, 305-306 (n. 9)
  detección prenatal 75, 329 (n. 27)
  dicotomía sexo/género 17-19, 306 (n. 11). *Véase también* género
  e intersexualidad. *Véase* asignación de sexo; intersexualidad
  gónadas como factor definitorio del 55-57
  importancia cultural del modelo de dos sexos 47-48, 57-61, 66, 127, 336 (n. 114). *Véase también* normas de género
  propuesta de los «cinco sexos» 103-104, 127, 137, 346 (n. 1, 3)
  «tercer» sexo 136
  y derechos/restricciones legales 47-48, 50, 52-54, 57-59, 60 (fig.), 137-141, 357-358 (n. 93)
sexo prematrimonial 232, 239
Sexo y carácter (Weininger) 185, 186 (tabla), 188
Sexual Preference: Its Development in Men and Women (Bell, Weinberg y Hammersmith) 269
sexualidad
  animal. *Véase* comportamiento sexual
  base biológica inmutable 21, 24, 31, 307-308 (n. 20), 309 (n. 38)
  categorización 24-33, 312 (n. 53)
  en el pensamiento de principios del siglo XX 184-188, 186-187 (tabla)
  estudios antropológicos 33-37, 32 (fig.), 315-316 (n. 74), 316 (n. 76, 78, 80, 83)
  historia social 25-33, 27 (fig.), 32 (fig.), 312 (n. 54), 313 (n. 58)
  influencias culturales frente a construcción social 33-34, 32 (fig.), 315-316 (n. 74), 316 (n. 76, 78, 80, 83), 316-317 (n. 84)
  y la idea de lo material 38-40
  y teoría conexionista 32 (fig.)
  Véase también bisexualidad; feminidad; género; intersexualidad; masculinidad; sexo (biológico); transexualidad
Shadow Man (Scott) 104, 346 (n. 5)
Shepherd, Matthew 138
Sigmundson, Keith 92-93, 334 (n. 102)
Simpson, James Young 55-57
Sinclair, A.H. 404 (n. 46)
síndrome de insensibilidad a los andrógenos 71, 305 (n. 4)
  asignación de sexo 86-87
  causas 72 (tabla)
  ejemplo 15-16
  frecuencia 74 (tabla)
  grupo de apoyo 347 (n. 10), 348 (n. 17), 350 (n. 27)
  identidad/preferencia sexual 95
  rasgos clínicos 72 (tabla), 86
síndrome de Klinefelter 71, 72 (tabla), 74 (tabla), 326 (n. 15)
síndrome de Turner 71, 72 (tabla), 74 (tabla), 326 (n. 15)
Singh, J.A. 284
sistema nervioso central 412 (n. 96), 415-416 (n. 112), 417 (n. 116). *Véase también* cerebro: plasticidad

Slijper, F.M.E. 120-121
Södersten, P. 422 (n. 167)
somatofobia 306-307 (n. 14)
sonrisa 292-295
Spelman, E. 306-307 (n. 14)
Squibb (empresa farmacéutica) 223, 395 (n. 69)
Stanley, Julian 147
Star, Susan Leigh 374 (n. 86), 377 (n. 103)
Starling, Ernest Henry 184
Steinach, Eugen
  diferencias con Moore 199-202, 384 (n. 61), 386-387 (n. 81, 83)
  investigación y teorías sobre las hormonas 186 (tabla), 192-199, 195 (tabla), 196 (fig.), 200-202, 230, 337-338 (n. 119), 384 (n. 60), 385 (n. 66, 67, 69, 71), 386-387 (n. 81)
  obituario de Benjamin 206, 388 (n. 98)
  sobre Sand 384 (n. 61)
  vasectomía 383-384 (n. 55)
Sterling, Philip 280, 389 (n. 8)
Stockard, Charles 218, 393 (n. 44)
Stokes, Rose Pastor 388-389 (n. 7)
Strong, Edward K. 391 (n. 29)
Studd, John 180
sustancia inhibidora mulleriana 243, 399-400 (n. 27, 28)
Suydam, Levi 47, 322 (n. 2)
Swain, A. 404 (n. 46)

Taylor, K.B. 374 (n. 85)
Taylor, Peter 42, 435 (n. 90)
temperamento 430-431 (n. 60)
teoría de sistemas ontogénicos 42, 303
  adquisición del género y 290-299, 430-431 (n. 60)
    anatomía reproductiva y 289-290
  cerebro y 284-289, 321 (n. 130, 132, 133), 425 (n. 22)
  desarrollo físico y 43, 319 (n. 117)
  desarrollo infantil y 429-430 (n. 59), 430-431 (n. 60)
  fisiología celular y 282-285
  genética y 282-285, 319 (n. 114), 414 (n. 13)
  interdisciplinariedad 319 (n. 113)
  metáfora de las muñecas rusas 302-303, 303 (fig.), 435-436 (n. 90, 91, 92)
  teoría O/A y 271-278
teoría del antagonismo sexual
  bisexualidad y 230-231, 396 (n. 92)
  como teoría social 187 (tabla), 190-191, 381 (n. 31)
  en los inicios de la endocrinología 192-206, 384 (n. 60, 62), 385 (n. 66)
  importancia 387-388 (n. 93)
teoría organizacional/activacional (O/A) 257-263, 265, 272 (fig.), 272-278, 333 (n. 89), 411 (n. 92), 413 (n. 105). *Véase también* Young, William C.
  crítica de Beach 261-262, 414 (n. 109), 415 (n. 111), 415-416 (n. 112), 417 (n. 121), 418 (n. 130)
teorías psicosociales. *Véase* identidad de género: adquisición
teratología 54-55
Terman, Lewis M. 214, 236, 391 (n. 29), 398 (n. 8)
testículos 69-71, 69 (fig.)
  en intersexuales 56 (fig.), 59-61, 71-73
  investigación de Berthold 182-183, 183 (fig.)
  investigación de Lillie 198-199
  investigación de Moore desarrollo sexual y, 199-203, 202-204 (tabla)
  investigación de Steinach 192-199, 195 (tabla)
  producción de estrógeno 16
  Véase también testosterona
testosterona
  artículos sobre la 217
  cerebro y 247, 268, 338 (n. 120), 419 (n. 137)
  comportamiento sexual y 250-252, 407-408 (n. 64), 420-421 (n. 145, 146)
  desarrollo sexual y 241-244, 242 (tabla), 274, 399-400 (n. 27), 402 (n. 33), 415-416 (n. 112)

efectos en las hembras 180-181, 241-244, 251, 274, 276-278, 339-340 (n. 129), 394 (n. 58), 423 (n. 181). *Véase también* hiperplasia adrenocortical congénita
efectos generales 179-180, 182-183, 192-194, 217, 223, 247, 274-275, 422 (n. 166)
estructura química 208 (fig.)
insensibilidad. *Véase* síndrome de insensibilidad a los andrógenos
investigación de Berthold 182-183, 183 (fig.)
investigación de Lillie 198-199, 379 (n. 5)
investigación de Moore 199-203, 202-204 (tabla)
investigación de Steinach 192-199, 195 (tabla)
medición 223
nomenclatura 227-229, 396 (n. 81)
presente en hembras 220-221, 394 (n. 57)
Thelen, Esther 321 (n. 130), 429 (n. 59)
Thomson, J. Arthur 186 (tabla), 189, 382 (n. 38)
Thorne, Barrie 297-298, 431 (n. 61)
Tiefer, Leonore 78-80, 330 (n. 50, 51), 414-415 (n. 110)
Tlemçani, O. 417 (n. 121)
Toran-Allerand, C. Dominique 276
transexualidad/transgenericismo 134-135, 139-140, 238-239, 289, 302, 435 (n. 89). *Véase también* intersexualidad: ejemplos
trompas de Falopio 69 (fig.), 71

U.C.I. (Unidad Capón Internacional) 219
Uecker, A. 377 (n. 104)
uretra 69, 69 (fig.), 72 (tabla), 79. *Véase también* hipospadias
útero 69 (fig.), 70
creencias clásicas/medievales sobre el 51, 323 (n. 10)
y hormonas 222

vagina 69 (fig.), 70
agénesis vaginal 74 (tabla)
en los intersexuales 56 (fig.)
vaginoplastia 111-113, 114-116 (tabla), 352-353 (n. 36, 38, 39, 42, 45, 46)
van de Poll, N.E. 422 (n. 167)
van der Kamp, H.J. 121
Vance, Carol 33-34
varones
adolescentes 21
anatomía reproductiva 68-71, 69 (fig.), 70 (fig.)
anomalías. *Véase* síndrome de insensibilidad a los andrógenos; disgénesis gonadal; hipospadias
cirugía genital. *Véase* cirugía genital; hipospadias
crisis de la masculinidad 238-240, 398-399 (n. 15)
cromosomas XXY. *Véase* síndrome de Klinefelter
cromosomas XY 69
encuestas de conducta sexual 309 (n. 40), 310-311 (n. 45)
experimentos testiculares en 198-199
genitales. *Véase* genitales; pene; homosexualidad
andrógenos; testosterona
intersexuales criados como 121, 122-126 (tabla), 139-140. *Véase también* intersexualidad; asignación de sexo
modelo paterno 238-240, 399 (n. 20)
pensamiento científico sobre la naturaleza masculina 184-185, 188-191, 337-338 (n. 119), 383 (n. 48)
tamaño/función cerebral. *Véase* cerebro: diferencias sexuales; cuerpo calloso
Véase también homosexualidad; masculinidad
vasectomía 383-384 (n. 55)
vasos deferentes 69 (fig.), 71
Veblen, Thorstein 211
Vincent, George 211, 389 (n. 15)
virilización. *Véase* hiperplasia adrenocortical congénita; intersexualidad

Volatile Bodies (Grosz) 40. *Véase también* Grosz, Elizabeth
Vorse, Mary Heaton 388-389 (n. 7)
vos Savant, Marilyn 346 (n. 3)

Wade, Nicholas 145
Wahlsten, Douglas 161, 366-367 (n. 63, 65)
Washburn, Linda L. 246
Watson, John B. 249, 406 (n. 55)
Weaver, Warren 236
Weeks, Jeffrey 301
Weinberg, Martin 269
Weininger, Otto 185, 186 (tabla), 188, 190, 381 (n. 31)
Weinrich, James 313 (n. 58), 315-316 (n. 73, 74)
Weir, James 188, 381-382 (n. 33)
Weiss, Paul 435-436 (n. 91)
Well of Loneliness, The (Hall) 337-338 (n. 119)
Wexler, B.E. 374 (n. 85)
Whalen, Richard 266-268, 414-415 (n. 110), 417-418 (n. 125), 418-419 (n. 135)
Whitehead, Alfred North 283, 424 (n. 6)
Wiesner, B.P. 240
Wilkins, Lawson 246
Wilson, Elizabeth 38, 43-44, 318 (n. 112), 320 (n. 126, 127)
Wilson, Robert A. 179
Witelson, Sandra 145, 155, 364-365 (n. 49)
Wolf, U. 404 (n. 46)
Woman Beneath the Skin, The (Duden) 26
Women and Labor (Schreiner) 209

Yagzan, M.Y. 374 (n. 85)
Yerkes, Robert 208, 211-214, 236, 390 (n. 19, 23), 391-392 (n. 28, 30)
yorubas 36
Young, Hugh Hampton 59, 118, 324 (n. 41)
Young, Iris 318 (n. 107, 108)
Young, W.H. 332-333 (n. 85)
Young, William C. 254
  apoyo financiero 409 (n. 77)
  investigación/teorías del comportamiento sexual 254-263, 272-277, 409 (n. 81, 83, 84), 410 (n. 87), 410-411 (n. 91, 92, 93), 412-413 (n. 96, 98, 100, 101)
  papel en el cambio de las teorías del comportamiento 259-260
  reconocido por Diamond 333 (n. 87)
  reconocimiento del artículo de Hampson 256, 410 (n. 90)
  sobre el papel de los genes en las conductas de apareamiento 413-414 (n. 106)
  sobre la investigación 406 (n. 56)
  sobre la teoría O/A 260-261
  sobre la variabilidad de las conductas de apareamiento 408-409 (n. 76)
  sobre las ideas de los Hampson 412-413 (n. 100)
yupik (esquimales) 74

Zinn, Earl F. 211, 390 (n. 18)
Zondek, Bernhard 221, 394 (n. 56)
Zucker, K.J. 333 (n. 87)
Zuger, Bernard 91, 334 (n. 95, 98)



Guía sobre salud sexual y reproductiva y diseño de proyectos para organizaciones sociales

Buenos Aires Ciudad

FUNDACIÓN HUÉSPED
PREVENCIÓN . CIENCIA . DERECHOS

D.G. Fortalecimiento de la Sociedad Civil
Subsecretaría de Promoción Social
Ministerio de Desarrollo Social
Buenos Aires
Gobierno de la Ciudad

#CHAUTABÚ

Datos de edición y autoría

Se permite la reproducción total o parcial de este material y la información contenida en él siempre que se cite la fuente y sea utilizado sin fines de lucro. Agradecemos que se nos envíe copia de los materiales donde dicha información se reproduzca a:

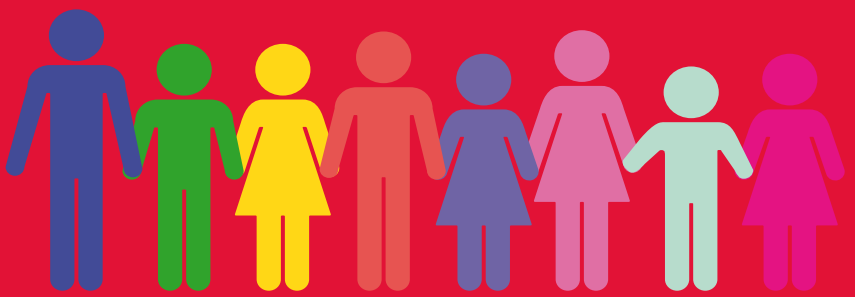
Fundación Huésped
Presidente: Dr. Pedro Cahn
Director Ejecutivo: Lic. Kurt Frieder
Peluffo 3932
C1202ABB Ciudad de Buenos Aires
Argentina
Tel.: (011) 49817777
www.huesped.org.ar

Diseño:
Cintia Di Cónsoli - Fundación Huésped

Fundación Huésped adhiere a los principios de lenguaje de género, sin embargo para facilitar la lecto-comprensión no utilizaremos ni @ ni X.

Guía sobre salud sexual y reproductiva y diseño de proyectos para organizaciones sociales

Material producido en el marco del proyecto "Organizaciones fortalecidas por los derechos sexuales y reproductivos de las juventudes" coordinado por **Fundación Huésped** en gestión asociada con la **Dirección General de Políticas de Juventud del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires** con el apoyo del **Programa de Fortalecimiento a Organizaciones Sociales del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.**



Índice

Introducción **9**

Adolescentes y jóvenes **11**

Actividad 1: Representaciones sobre adolescentes y jóvenes 13

Derechos Sexuales y Reproductivos **15**

Derechos humanos 18

Derechos de niños, niñas y adolescentes 18

Leyes Nacionales 19

Actividad 1: Prueba sobre derechos sexuales y reproductivos 20

Actividad 2: Los derechos y la vida cotidiana 21

Actividad 3: Historietas sobre derechos sexuales y reproductivos 22

Promoción de la salud **23**

Actividad 1: Concepto de salud 25

Trabajo en taller 26

Actividades de presentación 30

Actividad 1: Yo soy así 30

Actividad 2: Yo con todos, yo con todas, yo con vos 31
Actividades energizantes 31
Actividad 1: Yo, una vez 31
Actividades para dividir en grupos 32
Actividad 1: Puntos cardinales 32
Actividades de cierre y evaluación 32
Actividad 1: Dibujo del árbol 32
Salud sexual y reproductiva 34
Sexualidad 34
Actividad 1: Partes del cuerpo 35
Actividad 2: Lluvia de sexualidad 36
Actividad 3: ¿Dónde está la sexualidad? 36
Género 37
Actividad 1: Género y sexo 38
Actividad 2: Ordenando las cartas 38
Actividad 3: Un concepto llamado género 39
Violencia basada en género 41
Actividad 1: Situaciones 42
Actividad 2: ¿Verdadero o falso? 44
Actividad 3: Una historia de desamor 45
VIH 47
Actividad 1: Tragos en la fiesta 49
Actividad 2: Negociación del preservativo 50

Otras enfermedades transmisibles 50
Hepatitis 51
Sífilis 52
Gonorrea 53
Clamidia 54
Virus del Papiloma Humano (VPH) 54
Actividad 1: Qué sabemos 55
Métodos anticonceptivos 56
Actividad 1: ¿Cómo cuidarse? 56
Embarazo no planificado 57
Actividad 1: Estamos embarazados, ¿y ahora? 58
Aborto 59
Actividad 1: Experiencias de mujeres sobre la interrupción del embarazo 59
Diseño de proyectos 61
Diagnóstico 62
Actividad 1: Análisis FODA 62
Elaboración del proyecto 63
¿Por qué se quiere hacer? Origen y fundamentación - Justificación 64
Actividad 2: árbol de problemas 64
¿Para qué se quiere hacer? Objetivos 65
¿Cómo se quiere hacer? Actividades y tareas 65

Actividad 3: Matriz de viabilidad 66

¿Cuándo se quiere hacer? Ubicación en el tiempo / Cronograma 67

¿A quiénes está dirigido? Participantes/Beneficiarios/ Población objetivo 68

¿Quiénes y con quiénes lo van a hacer? Recursos humanos 68

Actividad 4: Roles y responsabilidades 68

¿Con qué se va a hacer? Recursos / Presupuesto 69

¿Cómo se van a mantener los beneficios cuando el proyecto haya terminado? Sostenibilidad 69

Actividad 5: Matriz de sustentabilidad 70

Ejecución del proyecto 71

Evaluación del proyecto 72

Actividad 6: Matriz de resultados 73

Lenguaje sensible **74**

Abreviaturas **76**

Bibliografía **77**

Introducción

Esta guía es un instrumento para el fortalecimiento de organizaciones sociales y otros actores que trabajan con adolescentes y jóvenes en salud sexual y reproductiva en diferentes comunidades. Surge frente a la necesidad de contar con nuevos contenidos, técnicas y herramientas para reflexionar sobre el trabajo que realizamos.

La guía se realizó en el marco del proyecto "Organizaciones fortalecidas por los derechos sexuales y reproductivos de las juventudes" coordinado por Fundación Huésped en gestión asociada con la Dirección General de Políticas de Juventud del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires con el apoyo del Programa de Fortalecimiento a Organizaciones de la Sociedad Civil del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

En su elaboración nos basamos en un enfoque de derechos humanos; los adolescentes y jóvenes son sujetos de derecho capaces de tomar decisiones sobre sus vidas, sus cuerpos y su salud. Es aún un desafío que en las instituciones por las que circulan sean respetados en tanto jóvenes, evitando las miradas audultocéntricas por las que siempre estarán *en falta o en camino hacia la adultez*, perdiendo de vista su presente, sus propios valores, ideas y propuestas.

Promovemos también un enfoque de derechos humanos en cuanto a la salud sexual y reproductiva, reconociendo que todas las personas tienen que acceder a información y servicios que les permitan decidir sobre su sexualidad y su capacidad reproductiva, libres de discriminación, coerción y cualquier forma de violencia.

Esperamos que esta guía sea de utilidad para cualquier persona que tenga interés en favorecer el ejercicio de los derechos sexuales y reproductivos de adolescentes y jóvenes. Nos propusimos que se encuentren con un material accesible y adaptable a las circunstancias en que cada persona u organización desarrolla su trabajo. En ese sentido, queremos resaltar que no se trata de una receta a seguir paso por paso, sino que es una propuesta para recrear de acuerdo a cada contexto, experiencias y posibilidades; de esa manera este material cumplirá con su objetivo de fortalecer a las comunidades ya que habrá incorporado los saberes que de ellas mismas surgen.

A lo largo de los capítulos, encontrarán desarrollos conceptuales sobre adolescentes y jóvenes, derechos sexuales y reproductivos, promoción de la salud y salud sexual y reproductiva; en cada caso se complementa la información con propuestas de actividades para trabajar sobre los diferentes conceptos.

El último capítulo se enfoca en el diseño de proyectos, aspecto que consideramos esencial para el crecimiento de las organizaciones, y al que muchas veces no se le dedica el tiempo o atención suficiente. Queremos brindar nuestro aporte por el fortalecimiento institucional de las organizaciones sociales y la mejora de sus habilidades de gestión para favorecer que sus ideas puedan ser llevadas a la práctica y sean sustentables.



Adolescentes y jóvenes

La Organización Mundial de la Salud define a quienes tienen entre 10 y 19 años como adolescentes y a quienes se ubican entre los 20 y 24 años como adultos jóvenes. Sin embargo, caracterizar a esta población sólo por pertenecer a una franja etárea deja de lado muchos factores indispensables para comprenderla.

En este sentido, la juventud es ante todo una condición cultural que se asienta sobre la edad de las personas[1], se trata entonces de una construcción social que se llena de contenido en función de aspectos culturales, históricos, económicos y políticos que caracterizan a cada sociedad en un período determinado.

Además de la edad, suele recurrirse a la biología para delimitar la juventud como etapa, señalando su inicio en la pubertad con los cambios corporales principalmente ligados a los caracteres sexuales. Sin embargo, el final de la etapa, se vincularía con aspectos más sociales vinculados a la adquisición de roles adultos: tener un trabajo, formar una familia y vivir en un nuevo hogar.

Es así que tradicionalmente pensamos a la adolescencia como una etapa de transición entre la niñez y la adultez, donde no se es ni una cosa ni la otra. El problema con esta mirada es que acarrea la imagen de sujetos en espera, inmaduros e incompletos. No se reconoce la singularidad del ser adolescente y se niegan sus propuestas en tanto personas autónomas y diferentes de las que habitan la niñez o la adultez.

Caracterizar la juventud por sus faltas, naturaliza la imagen de que no tienen deseos propios, no saben lo que quieren, no gozan de una sexualidad plena (en-

[1] Margulis, M. (Ed.) (2000). "La juventud es más que una palabra". Biblos. Buenos Aires.

tendiendo como "sexualidad" plena la sexualidad adulta), y son propensos a las crisis y a los cambios bruscos en los estados de ánimo, es decir están en la "edad del pavo"[2].

Un aspecto clave para comprender integralmente la sexualidad es la necesaria articulación entre cuestiones biológicas (cambios corporales) y culturales (mandatos sociales y culturales). En la adolescencia se tiene el desafío de reconocerse en un cuerpo que se desarrolla, que permite experimentar nuevas sensaciones, y al mismo tiempo la persona se enfrenta a pautas sobre lo que corresponde y lo que no en la relación que establece con su cuerpo[3].

En la sociedad actual estas pautas respecto a la sexualidad y la adolescencia son contradictorias: por un lado se promociona la sexualización de los cuerpos y la sexualidad como un aspecto básicamente instrumental, y por otro lado se censura a quienes reflejan esos modelos.

A esto se suman fenómenos contemporáneos como la globalización y la incorporación de las nuevas tecnologías que provocan modificaciones tanto en las dinámicas sociales como en el desarrollo de las subjetividades. La "etapa juvenil" se extiende en el tiempo, el vínculo con las personas adultas se ve profundamente modificado, las formas de vincularse están mediatizadas por la tecnología y la sociedad rinde culto a la adolescencia al mismo tiempo que la demoniza.

En el escenario actual los adultos, como modelo identificatorio, también están atravesados por un proceso cultural, económico y político que afecta a la sociedad en su conjunto. La llamada *crisis de la autoridad* sería la pérdida del respeto hacia las personas adultas por el sólo hecho de serlo. Lo que se abre aquí es la posibilidad de cuestionar aquellos roles fijos tradicionales y encontrar nuevas formas de construir vínculos basados en el respeto y reconocimiento mutuos. Se trata entonces de procesos donde no sólo los jóvenes asumen una nueva identidad, sino que también los adultos se encuentran ante un desafío similar.

[2] Programa Nacional de Salud Sexual y Procreación Responsable. (s/f). "Jóvenes y sexualidad. Una mirada sociocultural". Ministerio de Salud – Presidencia de la Nación. Buenos Aires.

[3] Checa, S. (Comp.) (2003). "Género, sexualidad y derechos reproductivos en la adolescencia". Paidós. Buenos Aires.

En este sentido, las situaciones de riesgo y vulnerabilidad así como las oportunidades, conductas y capacidades adquiridas por en la juventud son un reflejo de la sociedad en que se vive y de la clase social de pertenencia.

Las múltiples posibilidades de experimentar el ser niño, adolescente o joven, llevan a que se hable de infancias, adolescencias y juventudes, evitando el encasillamiento en una única forma de ser. Se trata de correrse de una definición única, universal y ahistórica a través de la que se ha definido tradicionalmente a adolescentes y jóvenes, indicando que quienes no entran en esos parámetros están fuera de la normalidad.

Actualmente, la población joven constituye la mitad de la población mundial y un cuarto en Argentina. Sin embargo, el lugar estratégico que deberían ocupar se ve muchas veces restringido, especialmente para aquellos de sectores populares, por las brechas en el ejercicio de derechos básicos y por la falta de reconocimiento de la diversidad de personas que componen este grupo, que permita pensar alternativas inclusivas para todos los colectivos.

Nos acercaremos a un escenario más enriquecedor cuando podamos comprender a adolescentes y jóvenes como personas con características propias, de cierta manera compartidas generacionalmente pero también diferenciadas por su género, clase, etnia, diversidad sexual y funcional, entre otros aspectos.

Asumir esta complejidad, permitirá que cuestionemos aquellas representaciones fijas y estigmatizantes sobre ellos, muchas veces construidas en base a nuestra propia juventud o nuestra idea de normalidad, que imposibilita la manifestación de la diferencia en tanto diversidad.

Actividad 1:
Representaciones sobre adolescentes y jóvenes

OBJETIVOS: Que los participantes reflexionen sobre cómo los estereotipos relacionados al ser joven afectan el cuidado de la salud. Reconocer a adolescentes y jóvenes como sujetos de derechos. Analizar y reflexionar sobre cómo los medios de comunicación presentan a adolescentes y jóvenes

MATERIALES: Imágenes de revistas y diarios - Fotos - Notas periodísticas sobre la temática - Afiche y marcadores - Hojas - Lapiceras

DESCRIPCIÓN: A partir de diferentes imágenes se propone a debatir sobre la temática, haciendo eje sobre la mirada de los medios de comunicación y las representaciones sobre adolescentes y jóvenes. Se divide en grupos (2, 4, 6 de acuerdo a la cantidad), la mitad de los cuales trabaja sobre los fragmentos de noticias y la otra mitad sobre las publicidades. Finalmente se hace una puesta en común de lo trabajado en cada grupo.

Derechos Sexuales y Reproductivos



Los derechos sexuales y reproductivos son parte de los derechos humanos, buscan garantizar que las personas podamos tomar decisiones sobre nuestra vida sexual y reproductiva con libertad, confianza y seguridad, en función de la vivencia interna (ligada al cuerpo, la mente, la espiritualidad, las emociones, la salud de cada persona) y externa (contexto social, histórico, político y cultural).

El derecho a experimentar y gozar de la sexualidad independientemente de la reproducción y de la reproducción independientemente de la sexualidad debe ser salvaguardado a través del acceso a las condiciones que permitan la toma de decisiones de manera informada, libre de coerción, discriminación o violencia, y dentro de un contexto respetuoso de la dignidad.

Los derechos sexuales se refieren a la libertad de las personas para ejercer su sexualidad de manera saludable, sin ningún tipo de abuso, coerción, violencia o discriminación de cualquier índole.

Los derechos reproductivos se refieren a la libertad de una persona a los fines de decidir sobre su capacidad procreativa: el derecho a decidir tener o no hijos, la cantidad y el espaciamiento entre ellos, el acceso a la información y a los métodos anticonceptivos, así como a los servicios adecuados en caso de infertilidad.

El ejercicio de los derechos sexuales y reproductivos refiere a la libertad de vivenciar libremente la sexualidad y la capacidad procreativa de cada persona, se pueden articular de la siguiente manera[4]:

[4] Federación Internacional de Planificación de la Familia. (2008). "Derechos Sexuales: Una declaración de IPPF". IPPF. Londres.

1. Derecho a la igualdad, a una protección legal igualitaria y a vivir libres de toda forma de discriminación basada en el sexo, la sexualidad o el género.

2. Derecho de todas las personas a la participación, sin importar su sexo, sexualidad o género.

3. Derechos a la vida, libertad, seguridad de la persona e integridad corporal.

4. Derecho a la privacidad.

5. Derecho a la autonomía personal y el reconocimiento ante la ley.

6. Derecho a la libertad de pensamiento, opinión y expresión, y a la asociación.

7. Derecho a la salud y a los beneficios del avance científico.

8. Derecho a la educación e información.

9. Derecho a elegir si casarse o no y a formar y planificar una familia, así como a decidir si tener o no hijos, cómo y cuándo tenerlos.

10. Derecho a la rendición de cuentas y reparación de daños en caso de violación a algún derecho.

Los derechos sexuales son por lo tanto aquellos que nos garantizan la posibilidad de expresar nuestra sexualidad libremente, sin ser juzgados, sin presiones y sin violencia. Incluyen el derecho a acceder a información, insumos y servicios que nos permitan decidir si queremos tener o no relaciones sexuales, y en el caso de tenerlas que sean placenteras y seguras. También abarca el derecho a opinar, expresarse y participar para que las necesidades y propuestas de la ciudadanía sean tenidas en cuenta.

LEYES RELACIONADAS A LOS DERECHOS SEXUALES Y REPRODUCTIVOS

En Argentina las leyes nacionales que abordan estos derechos, entre otras, son:

- Ley Nacional de Sida (N° 23.798): garantiza el acceso gratuito al test de VIH con asesoramiento previo y posterior, de manera voluntaria, y el acceso

gratuito a preservativos. En relación a las personas que viven con VIH garantiza el cuidado integral gratuito de la salud (controles médicos, medicación antirretroviral, estudios y apoyo psicológico), la confidencialidad del diagnóstico, y la no discriminación.

- Ley y Programa Nacional de Salud Sexual y Procreación Responsable (Nº 25.673): garantiza el ejercicio de los derechos sexuales mencionados anteriormente y en cuanto a los reproductivos, incluye la posibilidad de decidir si queremos o no tener descendencia, cuándo, cuánta y cada cuánto. Además del acceso a la información sobre sexualidad, métodos anticonceptivos e información sobre prevención del aborto, deben estar disponibles en todos los servicios de salud los siguientes métodos: pastillas anticonceptivas, anticoncepción inyectable, anticoncepción de emergencia, DIU, preservativo masculino y esterilización (ligadura de trompas y vasectomía).

- Ley de protección integral para prevenir, sancionar y erradicar la violencia hacia las mujeres en los ámbitos en que desarrollan sus relaciones interpersonales (Nº 26.485): garantiza el derecho de las mujeres a vivir libres de violencia, considera los siguientes tipos de violencia: física, psicológica, sexual, económica y simbólica.

Estas formas de violencia pueden tener diferentes modalidades: doméstica (dentro del grupo familiar), institucional (por cualquier miembro de instituciones), laboral (dentro de ámbitos de trabajo públicos o privados), contra la libertad reproductiva (cuando limita los derechos de la ley de Salud Sexual y Procreación Responsable), obstétrica (ejercida por el personal de salud en los procesos reproductivos), mediática (la que se da en los medios de comunicación).

- Ley de Educación Sexual Integral (Nº 26.150): garantiza el derecho a recibir educación sexual integral en los establecimientos educativos públicos y privados, nacionales, provinciales y municipales, en el nivel inicial, primario, secundario y de formación docente. Los conocimientos abordados deben ser pertinentes, precisos, confiables y actualizados, articulando aspectos biológicos, psicológicos, sociales, afectivos y éticos.

Derechos humanos

Los derechos humanos son condiciones que tenemos todas las personas por el solo hecho de ser persona, sin distinción alguna, independientemente de la raza, el color, el sexo, el idioma, la religión, la opinión política o de otra índole, el origen nacional, étnico o social, la posición económica, los impedimentos físicos, el nacimiento o cualquier otra condición.

Son el conjunto de derechos que contribuyen a la libertad, igualdad y dignidad inherentes a todas las personas.

Los ejercemos las personas y es obligación de los Estados garantizarlos y promoverlos a través de legislación y políticas públicas adecuadas. Existen numerosas normativas nacionales e internacionales que promueven un trato adecuado en el marco de los derechos humanos, no obstante, existen dificultades para su ejercicio. Las mismas están vinculadas a la falta de información, la poca flexibilidad al cambio de conductas frente a nuevos paradigmas y evidencia científica y la anteposición de juicios de valor personales de las personas encargadas de garantizarlos (profesionales de la salud y educación, por ejemplo).

Ser sujeto de derecho significa ser titular de derechos y al mismo tiempo, tener la capacidad real para su ejercicio. Sin embargo, en la práctica muchas veces estos dos componentes que conforman el concepto de ciudadanía se contraponen: al mismo tiempo que se afirma la titularidad de derechos sobre grupos que antes estaban excluidos, muchos sectores de la población se ven impedidos de ejercerlos por diversos motivos sociales, económicos, políticos o culturales.

Derechos de niños, niñas y adolescentes



Los niños, niñas y adolescentes cuentan con normativa específica para garantizar la protección, el ejercicio y disfrute pleno, efectivo y permanente de aquellos derechos reconocidos en el ordenamiento jurídico nacional y en los tratados internacionales. En Argentina, está vigente la Convención de los Derechos del Niño (CDN), aprobada por unanimidad en las Naciones Unidas en 1989, ratificada por Argentina en 1990 e incorporada con rango constitucional en 1994. La ley Nacional 26.061 de protección integral de los derechos de niños, niñas y

adolescentes, fue promulgada en el año 2005 y numerosas leyes provinciales, en concordancia con la Convención hacen efectivos dichos derechos.

El cambio de paradigma implica que aun teniendo menos de 18 años (siendo menores de edad de acuerdo a nuestra legislación), las personas tienen el derecho a opinar y tomar decisiones progresivamente de acuerdo a sus capacidades evolutivas.

En este marco, por ejemplo, se incluye el derecho a acceder a información y servicios vinculados a la salud sexual y reproductiva en los que se respete la confidencialidad, sin exigirles la presencia o autorización de una persona adulta para acceder a prácticas vinculadas a su salud (por ejemplo, el test de VIH).

El consentimiento en particular, constituye una manifestación de la voluntad que debe realizarse con discernimiento, el cual, de acuerdo al Nuevo Código Civil, se adquiere a partir de los 13 años, es decir tiene *"aptitud para decidir por sí respecto de aquellos tratamientos que no resultan invasivos, ni comprometen su estado de salud o provocan riesgo grave en su vida o integridad física"* [5].

C En síntesis, en relación a la atención de la salud siempre debemos escuchar y valorar la opinión y deseo de niños, niñas y adolescentes, buscando la armonía entre el respeto por la autonomía a disponer del propio cuerpo con las expectativas y deberes que surjan del ejercicio de la patria potestad de los adultos responsables de su crianza. Para esto, los equipos de salud tienen la responsabilidad de, en cada caso, valorar criterios de autonomía y competencia, y remover aquellos obstáculos que impidan tomar decisiones libres, esclarecidas y responsables.

Leyes Nacionales

En Argentina, las normas nacionales que garantizan los derechos mencionados en este capítulo son las siguientes:

- Ley de protección integral de los derechos de niños, niñas y adolescentes 26.061
- Ley de educación sexual integral 26.150
- Ley de salud sexual y procreación responsable 25.673

[5] Nuevo Código Civil y Comercial – Ley 26.994

- Ley para prevenir, sancionar y erradicar la violencia hacia las mujeres 26.485
- Ley de identidad de género 26.743
- Ley de matrimonio igualitario 26.618
- Ley de anticoncepción quirúrgica 26.130
- Ley de fertilización asistida 26.862
- Ley sobre derechos de padres e hijos durante el proceso de nacimiento 25.929
- Leyes sobre derechos de las alumnas embarazadas y madres en el sistema educativo 25.273 y 25.808
- Ley de sida 23.798
- Ley de derechos del paciente en su relación con los profesionales e instituciones de salud 26.529
- Ley Antidiscriminatoria 23.592

Actividad 1: Prueba sobre derechos sexuales y reproductivos [6]

OBJETIVOS: Introducir el trabajo en derechos sexuales y reproductivos. Identificar los conocimientos previos de los/as participantes sobre el tema. Promover la reflexión sobre el tema.

MATERIALES: Hojas y lapiceras para cada participante – Afiche con las consignas – Afiches y marcadores.

DESCRIPCIÓN:

1. Entregar hojas a cada participante y darles tiempo para que contesten a las siguientes consignas presentadas por la coordinación:

[6] Actividad adaptada de: YWCA Mundial y UNFPA. (2006). "Capacitación de mujeres jóvenes para liderar el cambio". YWCA Mundial.

- Nombrar un derecho sexual o reproductivo.
- Nombrar una organización que trabaje por los derechos sexuales y reproductivos.
- Nombrar una ley que garantice algún derecho sexual o reproductivo.
- Nombrar una forma de violación de un derecho sexual o reproductivo.
- Nombrar un derecho sexual o reproductivo vinculado a las personas jóvenes.

2. Leer cada consigna invitando a los/as participantes a que cuenten lo que escribieron, promover que todos/as compartan sus respuestas e ir anotando los aportes del grupo en un afiche, aclarando las dudas que pudieran surgir.

3. Al finalizar con todas las consignas, promover la reflexión sobre lo creado por el grupo, valorando sus conocimientos previos.

Actividad 2: Los derechos y la vida cotidiana[7]

OBJETIVOS: Identificar los conocimientos previos de los participantes sobre derechos. Promover la reflexión sobre el tema.

MATERIALES: Hojas y lapiceras para cada participante – Bolsa – Afiches y marcadores.

DESCRIPCIÓN:

1. Proponer que describan, en forma individual y anónima, al menos dos problemas que cotidianamente deben enfrentar por ser jóvenes.

2. Pedir que doblen los papeles y los depositen en una bolsa, mezclarlos.

3. Formar grupos de hasta 5 integrantes y entregar a cada persona un papel.

[7] Actividad extraída de: Fischer, L. (Coord.) (s/f). "Nuestros Derechos, Nuestras Vidas. Abriendo espacios de reflexión y construcción conjunta". Consejo de los Derechos de Niños, Niñas y Adolescentes, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Buenos Aires.

4. Presentar la segunda consigna: En las situaciones descriptas: ¿qué derechos aparecen? ¿qué personas intervienen? ¿en qué ámbitos se desarrollan estas situaciones (familia, escuela, barrio, etc.)?

5. Proponer que cada participante lea el papel que le tocó y comparta con sus compañeros la situación y sus respuestas a la consigna.

6. Grupalmente preparar un afiche presentando las respuestas a la segunda consigna que surgen de las situaciones de cada participante.

7. Poner en común lo elaborado por cada grupo presentando los afiches, identificar los aspectos que se repiten y favorecer la identificación de derechos y situaciones de vulneración de los mismos.

Actividad 3: Historietas sobre derechos sexuales y reproductivos

OBJETIVOS: Caracterizar la sexualidad como una construcción biopsicosocial más amplia que la genitalidad. Que los participantes conozcan sus derechos sexuales y reproductivos y las normativas nacionales que los garantizan.

MATERIALES: Historietas "Derechos de las mujeres en los servicios de salud"[8]

DESCRIPCIÓN:

1. Descargar e imprimir las cuatro historietas que presentan diferentes situaciones relacionadas a los derechos sexuales y reproductivos.

2. Formar cuatro grupos y entregarle a cada uno una historieta. Proponer que debatan e identifiquen qué derechos están siendo vulnerados, qué personas ven limitados sus derechos y cómo se podría modificar la situación.

3. Realizar una puesta en común y complementar la información aportada por los participantes.

[8] Cartilla para UNICEF de Maitena sobre los derechos de las mujeres en los servicios de salud. Disponible en: http://www.unicef.org/argentina/spanish/cartilla.pdf - http://www.unicef.org/argentina/spanish/bannersmaitena.pdf

Promoción de la salud



La manera de comprender la salud por parte de las personas se ha modificado a lo largo del tiempo; hace unos años estar sano era no estar enfermo o no tener dolencias físicas. Posteriormente se definió la salud no solo por la ausencia de enfermedades sino como un estado de bienestar en lo físico, y también en lo psicológico y social. Se agregó además la idea de la salud como un proceso variable, y la consideración de las influencias del contexto en que las personas viven y se desarrollan.[9]

Actualmente hablamos de salud integral, entendiendo que no sólo nos referimos a los aspectos físicos, sino que también estamos considerando lo psicológico, social y cultural, ya que el bienestar de las personas depende de cómo se siente en todas esas esferas de su vida.

Además consideramos que la salud es no sólo algo referente a las personas, sino que las comunidades en su conjunto también son más o menos saludables, de acuerdo a los recursos con los que cuentan para desarrollarse y a los factores sociales, económicos y políticos que las atraviesan.

Teniendo en cuenta este complejo escenario, es que las propuestas que hagamos para mejorar la salud de las personas y comunidades tienen que nutrirse de diferentes disciplinas. El trabajo interdisciplinario consiste en que especialistas en diferentes saberes aporten su perspectiva ante determinada problemática, y no sólo se trata de saberes profesionales o académicos sino también de recuperar los conocimientos y experiencias existentes en la propia comunidad.

[9] Dirección General de Políticas de Juventud. (2012). "Guía para promotores de salud. Información y recursos para ejercer tus derechos". Buenos Aires Ciudad. Buenos Aires.

Trabajar desde esta perspectiva integral permite romper con el paradigma clínico en la medida que el foco no está puesto únicamente en la enfermedad y su atención, sino que se abre la posibilidad de trabajar en las instancias previas de promoción y prevención. Se trata de incorporar el modelo de Atención Primaria de la Salud (APS), que reconoce a la salud como un derecho humano y al Estado como el responsable de garantizar su ejercicio, proveyendo los servicios de atención de salud para toda la población. A su vez, la población es responsable de participar activamente en el cuidado de la salud individual y colectiva.

La promoción y prevención de la salud forman parte de la estrategia de APS. Son herramientas que están al alcance de toda la comunidad para reducir los riesgos de contraer enfermedades y mejorar la calidad de vida.

La promoción de la salud es un proceso que permite a las personas incrementar el control de su salud para mejorarla, a través del fortalecimiento de habilidades y capacidades individuales y colectivas y la modificación de las condiciones sociales, económicas y ambientales que provocan un impacto sobre la salud. Entre las acciones de promoción de la salud dirigidas a la población adolescente y joven se pueden mencionar el desarrollo de espacios recreativos y culturales de fácil acceso, la implementación de medidas orientadas a mantener a los adolescentes en la escuela y asegurar la calidad educativa de este grupo, así como aquellas acciones tendientes a facilitar la inserción laboral de la población joven en condiciones dignas.

Por otro lado, la prevención involucra a las distintas situaciones y problemas de la vida cotidiana que afectan la salud de las personas y las exponen al riesgo de contraer alguna enfermedad. Prevenir es anticiparse, actuar para evitar que ocurra algo que no se desea; implica conocer con anticipación un daño o perjuicio para intentar evitarlo o bien disminuir sus efectos nocivos. Entre las acciones de prevención dirigidas a adolescentes y jóvenes se pueden mencionar las campañas informativas focalizadas y adecuadas a la estética juvenil sobre temas específicos que los afectan, como el consumo de alcohol y drogas o las infecciones de transmisión sexual; la provisión gratuita de preservativos y otros métodos anticonceptivos; la instalación de servicios de salud orientados específicamente a este sector de la población o la formación de promotores juveniles que implementen actividades de prevención entre pares.

En este contexto, el rol de los promotores de salud comunitarios es clave, ya que son actores estratégicos para la promoción y prevención por su inserción barrial y su conocimiento de las problemáticas que afectan a la comunidad así como de los recursos disponibles en ella que podrían articularse y fortalecerse para encontrar alternativas de solución. Pueden actuar como mediadores entre vecinos/as e instituciones estatales u organizaciones que están en la comunidad; pueden facilitar información y herramientas para que las personas del barrio puedan acceder fácilmente a lo que estén necesitando. Por ejemplo, si estamos pensando en prevención de VIH en jóvenes, el promotor de salud podrá identificar dónde se juntan los jóvenes del barrio, qué hacen el fin de semana, si en las escuelas del barrio se trabaja educación sexual integral, si existen lugares en el barrio donde se distribuyen preservativos, etc.[10]

El trabajo con jóvenes desde este enfoque es particularmente importante porque en general son una población sana, por lo que favorecer hábitos saludables y brindar herramientas para el cuidado de la salud y la detección temprana de posibles problemas, contribuirá a que mantengan ese bienestar.

Si nos corremos del enfoque de riesgo y las etiquetas negativas sobre adolescentes y jóvenes, daremos lugar a que expresen sus potencialidades y superen los obstáculos que se les puedan presentar. Favorecer espacios de participación juvenil es una práctica que promueve la salud ya que da lugar a que ejerciten su poder y así se fortalezcan, desarrollando habilidades y recursos que les permitan tomar un rol activo y crítico para transformar los aspectos negativos de sus propias vidas y sus comunidades.[11]

Actividad 1: Concepto de salud[12]

OBJETIVO: Definir el concepto de salud integral e identificar los diferentes aspectos del cuidado de la salud.

[10] Dirección General de Políticas de Juventud. (2012). Op. Cit.
[11] Montero, M. (2003). "Teoría y práctica de la psicología comunitaria. La tensión entre comunidad y sociedad". Paidós. Buenos Aires.
[12] Actividad extraída de: Dirección General de Políticas de Juventud. (2012). Op. Cit.

MATERIALES: Cartulinas blancas y de 3 colores diferentes – Lapiceras – Cinta de papel.

DESCRIPCIÓN:

1. Formar grupos de hasta cinco integrantes, a cada uno se le entrega una tarjeta blanca y cinco de tres colores diferentes.

2. Indicar que en la tarjeta blanca escriban una definición de salud, en las tarjetas de colores cosas que nos ayudan a estar saludables, en las de otro color cosas que nos alejan de la salud, y en las otras lugares, elementos o personas a los que recurrimos para estar sanos.

3. Al finalizar, pegar las tarjetas de todos los grupos agrupadas por los colores y leer las diferentes propuestas, promoviendo comprender el concepto de salud integral.

Trabajo en taller

Son diversas las estrategias y actividades que pueden realizarse en proyectos de promoción de la salud, en este apartado describimos en particular el trabajo en taller, considerando que es un modelo adaptable a diferentes contextos, valioso para promover la participación y que muchas organizaciones ya vienen implementando, por lo tanto lo presentado a continuación puede servir para fortalecer esas experiencias previas.

Hay una serie de actividades que son muy útiles y necesarias en todo taller, a continuación describimos algunas propuestas de:

- Actividades de presentación: permiten que los participantes se conozcan entre sí y se cree un clima de confianza para el trabajo que se propondrá. Incluso cuando los participantes ya se conocen, pueden hacerse este tipo de actividades para descubrir algo nuevo y favorecer la integración grupal.

- Actividades energizantes: se trata de propuestas para renovar la energía del grupo, suelen utilizarse después de actividades en las que se estuvo un tiempo sin moverse, o trabajando intensamente y se nota cierto cansancio. Apuntan a mover el cuerpo y refrescar también la cabeza.

- Dividir en grupos: habitualmente en un taller se hacen actividades en parejas o grupos, estas actividades sirven para que la agrupación sea al azar y para promover el trabajo con diferentes personas y no sólo con quienes se conocen o se tiene más afinidad.

- Actividades de cierre y evaluación: sirven tanto para cerrar un tema en particular como el taller y permiten identificar colectivamente los aprendizajes alcanzados o evaluar el trabajo realizado.

Además incluimos aquí algunas otras cuestiones a tener en cuenta a la hora de armar un taller. Como dijimos, el taller es un modelo de trabajo educativo; es decir que los talleres grupales tienen siempre cómo objetivo final el aprendizaje de algo. Lo que diferencia al taller de la clase, en este aspecto, es que en el taller se pretende que el aprendizaje sea más experimental que teórico. En el siguiente cuadro comparativo se caracteriza el taller y la clase, cómo modelos de trabajo.

	TALLER	CLASE
¿Quiénes intervienen?	Facilitadores y participantes. La relación tiende a ser horizontal, el facilitador orienta la actividad, pero no la dirige.	Docente y alumnos. Es una relación vertical, entre un docente con mayor poder explícito sobre los/as alumnos.
¿Cómo se distribuye el saber?	Facilitadores y participantes tienen saberes previos, es decir que todas y todos llegan al taller sabiendo muchas cosas que serán útiles para cualquiera de las propuestas del taller. La tarea de facilitación es propiciar un espacio apropiado de participación grupal para construir conocimiento.	Como la relación es vertical, hay unos que saben: docentes y otros que no saben: alumnos. La tarea docente es transmitir saberes y conocimientos.

	TALLER	CLASE
Los conocimientos	Tienden a construirse grupalmente	Se transmiten horizontalmente Docente >> Alumnado
¿Cuáles son los modos de trabajo?	Tiende a ser grupal, pero respetando los momentos de reflexión individual.	Tiende a ser individual, aunque se trabaja en grupos algunas veces.
¿Cómo se trabaja en un taller?	El modo de trabajo es experimental, es decir práctico y participativo. Para aprender en un taller hay que hacer y para eso hay que poner en juego el cuerpo, la cabeza, la palabra, los sentidos: ¡¡todo!! El taller pretende INTEGRAR saberes para un sujeto integrado.	El modo es mucho más expositivo y explicativo. En las clases los contenidos se ven diseccionados, divididos: arte por un lado, lengua por el otro, etc. El sujeto en la clase también está dividido, no se ve un sujeto integrado. Ej: en la clase de matemática, solo se piensa matemáticas.
¿Cómo se utiliza el espacio?	Como el saber es compartido, se promueve la utilización total del espacio, pretendiendo que los participantes se apropien de él. Se trabaja mucho en foros y rondas para promover la igualdad.	Hay un uso predeterminado del espacio, generalmente indicado por la ubicación de los muebles (escritorio, bancos, pizarrón, etc.). La utilización del espacio es más limitada y suele ubicarse de un lado al alumnado y del otro el docente (enfrentados).

MOMENTOS DEL TALLER:

El taller tiene tres momentos importantes que lo constituyen, no es recomendable sobreestimar a uno más que a otro, los tres son necesarios para el buen desarrollo de las actividades y cumplen con funciones determinadas. Estos momentos son: INICIO, DESARROLLO Y CIERRE.

• Inicio:

Este es el momento de las presentaciones, no solo es necesario presentar las temáticas que se van a desarrollar durante el encuentro, sino también presentarse entre los participantes y facilitadores. Hay que introducir a los participantes en el tema, relajarlos para que se animen a experimentar, generalmente a las actividades de Inicio se las llama rompe hielo, porque tienen como función liberar de vergüenza al grupo para que todas y todos se animen a trabajar en conjunto.

• Desarrollo:

Suele ser el momento más largo de la planificación, pero no necesariamente es así; de hecho, muchas veces cuando los grupos no se conocen o son muy cerrados, se invierte más tiempo en el inicio.

Sin embargo en este momento se debe garantizar el trabajo de los conceptos y contenidos. Es importante hacer un recorrido por ellos de manera experimental y reflexiva. Este es el momento donde los participantes deben sentirse cuestionados y poner en juego sus saberes y conocimientos. El desarrollo es un momento de producción, de creación conjunta desde una práctica reflexiva.

• Cierre:

Este momento de la actividad se suele pasar por alto muchas veces, porque pareciera que al ser el taller un modelo de trabajo más abierto, el cierre se desprende inevitablemente de él. Sin embargo, más allá de ser flexibles en la planificación, es importante pensar previamente lo que se realizará en este momento del taller. El taller es una experiencia social y como tal genera vínculos, cuestionamientos, problemas, etc., y por ello es importante dedicar un espacio al cierre, que no es sólo la puesta en común, sino el momento de síntesis, de reconstrucción de lo aprendido y de lo realizado, es el momento donde se refuerzan contenidos y/o situaciones que quedaron inconclusas o poco claras.



Actividades de presentación

Actividad 1: Yo soy así [13]

MATERIALES: hoja con flor para cada participante – Lapiceras – Cinta

DESCRIPCIÓN:

1. Entregar a cada participante una hoja con una flor dibujada que posee un centro, cuatro pétalos y dos hojas en el tallo. También se puede dibujar en un afiche y pedir a los participantes que la copien en una hoja en blanco.

2. La propuesta es que completen la flor, escribiendo sintéticamente o dibujando algo, en función de los que piensan y sienten, de la siguiente manera:

- Centro: Nombre y edad
- Pétalo inferior: Qué hago (ocupaciones)
- Pétalo superior: Sueños y aspiraciones
- Pétalo izquierdo: Algo que me gusta de mi cuerpo
- Pétalo derecho: Algo que me gusta de mi manera de ser
- Hoja izquierda: Mi familia
- Hoja derecha: Mi barrio

3. Al finalizar, proponer que cada cual comparta al menos una de las características que escribió y todas las flores se pegan en un sector del salón.

[13] Actividad adaptada de: Fischer, L. (Coord.) (s/f). Op. Cit.

Actividad 2:
Yo con todos, yo con todas, yo con vos[14]

MATERIALES: Ninguno, sólo pensar las consignas.

DESCRIPCIÓN:

1. Pedir a los participantes que se paren y caminen por el espacio.

2. Decir diferentes consignas para que se agrupen entre quienes tienen las características mencionadas. Por ejemplo: pelo largo, escuchan cumbia, estudian, miran programas culturales, son mujeres, son varones, tienen tatuajes, tienen ropa interior blanca, tienen el pelo teñido, son peronistas, etc.

3. Al finalizar, en plenario preguntar si formaron parte de más de un grupo, cómo se sintieron al ser parte de un grupo, cómo se sintieron cuando no formaban parte de un grupo, si se agruparon con personas que no esperaban tener algo en común, etc.

Actividades energizantes

Actividad 1:
Yo, una vez[15]

DESCRIPCIÓN:

1. Pedir a los/as participantes que se ubiquen formando un círculo.

2. Proponer que piensen algo que hayan hecho alguna vez de lo que sientan orgullo, dar algunos ejemplos como *"Una vez preparé un asado para 15 personas"*, *"Una vez instalé una lámpara"*.

3. A continuación cada participante tendrá su turno para ir al medio del círculo y contar al resto lo que hizo alguna vez, quienes hayan hecho alguna vez lo mismo, se acercarán a felicitarse chocando las manos, dándose un abrazo o palmadas en la espalda.

[14] Actividad extraída de: Fischer, L. (Coord.) (s/f). Op. Cit.
[15] Actividad extraída de: YWCA Mundial y UNFPA. (2006). Op. Cit.

Actividades para dividir en grupos

Actividad 1: Puntos cardinales

MATERIALES: Cuatro carteles que digan norte, sur, este y oeste.

DESCRIPCIÓN: Se colocarán carteles en los extremos del lugar (pueden ser también personas con estos letreros) que digan norte, sur, este u oeste. Comienza la dinámica contando una historia, cuando se diga norte todos deberán correr hacia el letrero norte, y así con todos los puntos cardinales; cuando se diga "tormenta" deberán correr hacia cualquiera de los puntos (se puede poner límite numérico a los que van a un punto). De esta manera quedan formados los grupos para trabajar.

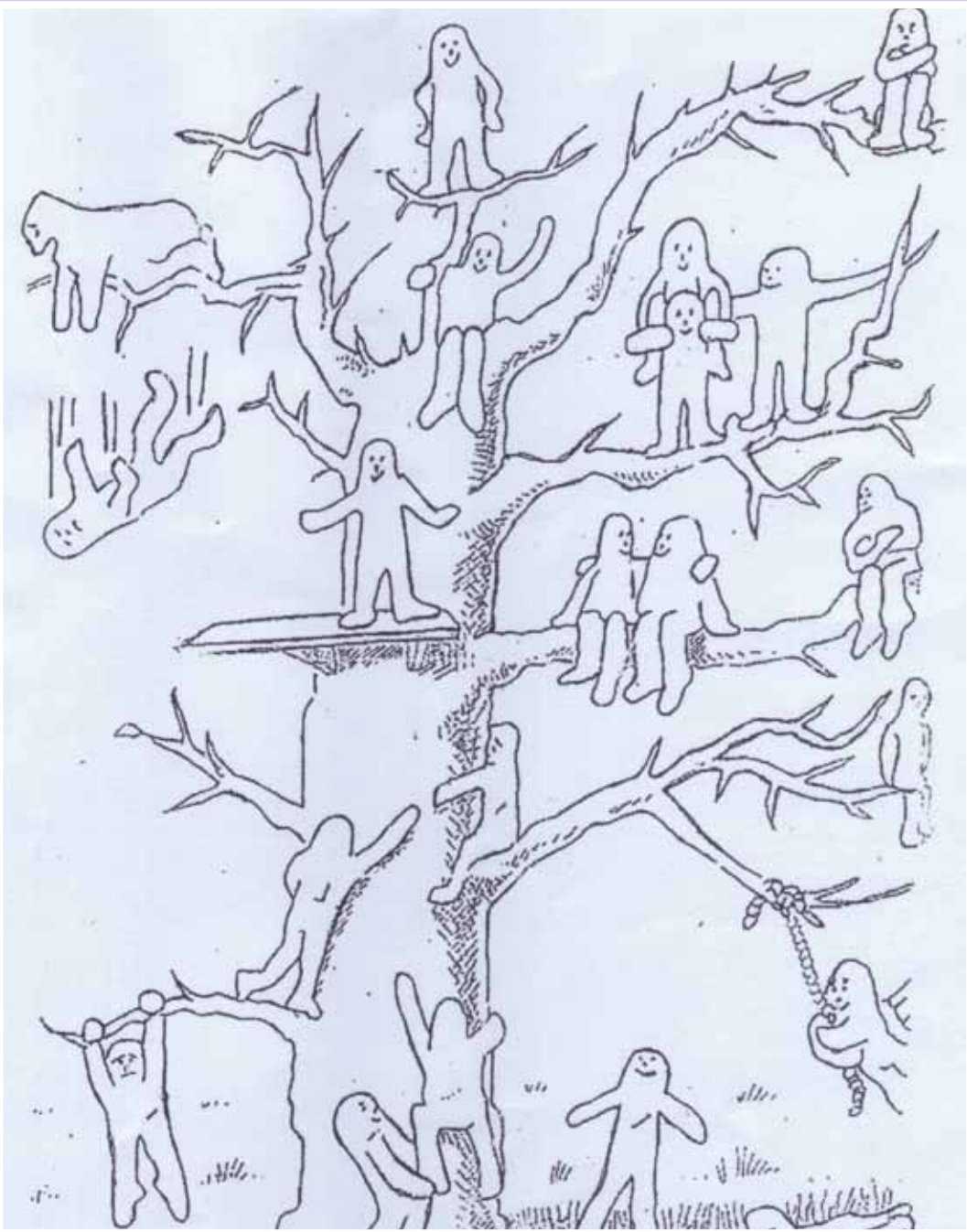
Actividades de cierre y evaluación

Actividad 1: Dibujo del árbol[16]

MATERIALES: Copias para cada participante de la imagen del árbol – Lápices de colores.

DESCRIPCIÓN: Se entrega una imagen de un árbol que tiene personas en diferentes lugares (en la base cerca de la raíz, en el tronco, en las ramas, subiendo solo, subiendo con ayuda de otro, etc.). Se propone a cada participante que través de las imágenes pueda identificar en "dónde" estaba al llegar/iniciar los talleres y "dónde" está hoy al cierre. Una vez elegidas se las pinta y se hace una breve puesta en común.

[16] Actividad adaptada de: Algava, M. (2006). "Jugar y Jugarse". Asociación Madres de Plaza de mayo. Buenos Aires



Salud sexual y reproductiva

De acuerdo a la definición de la Organización Mundial de la Salud, la salud sexual se refiere a la integración de elementos somáticos, emocionales, intelectuales y sociales del ser sexual, por medios que sean positivamente enriquecedores y que potencien la personalidad, la comunicación y el amor.

En este sentido, el concepto alude a una visión amplia de la salud, que excede lo puramente fisiológico y reproductivo. Se propone un doble vínculo entre salud y sexualidad, proponiendo un desarrollo pleno de la sexualidad para lograr el objetivo de salud integral, en el marco del ejercicio del derecho a la salud como uno de los derechos humanos fundamentales de todas las personas.

Los derechos sexuales y reproductivos constituyen un componente importante del derecho a la salud y el Estado debe garantizar su pleno ejercicio a toda la población, especialmente a aquellos sectores que por diversos motivos presentan una mayor vulnerabilidad, como es el caso de adolescentes y jóvenes.



Sexualidad

La sexualidad va más allá de los genitales y las relaciones sexuales, ya que es un proceso dinámico (cambiante) que comienza con el nacimiento y se manifiesta de modo diferente a lo largo de la vida.

Es también un proceso complejo porque incluye nuestra relación con nuestro cuerpo, las pautas sociales vinculadas a la sexualidad, las interacciones con otras personas, la forma en que nos expresamos (lenguaje, vestimenta, actitudes).

Tiene mucho que ver con nuestra identidad y atraviesa lo biológico, lo psicológico y lo social. Por eso al jugar al fútbol o tomar mate con otras personas también estamos viviendo y expresando nuestra sexualidad; por eso también el placer en las relaciones sexuales se vincula con el encuentro corporal, las fantasías y el vínculo que tenemos con la otra persona.

La sexualidad comprende la actividad sexual, las identidades de género, la orientación sexual, el erotismo, el placer, la intimidad y la reproducción. Es decir que va más allá de la genitalidad y las relaciones sexuales, comprende otros aspectos más amplios e integra factores biológicos, psicológicos, sociales, económicos, políticos, culturales, éticos, legales, históricos, religiosos y espirituales.

La sexualidad existe a lo largo de toda la vida de todas las personas, la experimentamos y expresamos de diferentes maneras en cada momento de nuestras vidas a través de pensamientos, fantasías, deseos, creencias, actitudes, valores, comportamientos, prácticas y relaciones.

La sexualidad está muy relacionada al placer, por lo tanto se vincula con diferentes actividades que nos resultan placenteras: juntarnos con nuestras amistades, comer algo rico, bailar, hacer algún deporte, besar, ponernos la ropa que nos gusta, tener relaciones sexuales.

Cada persona vive su sexualidad de manera diferente, ya que cada vida es única y éste es un aspecto que se va conformando a partir de las particularidades de cada persona, sus experiencias, sus intereses, las relaciones que tiene con amigos, parejas, familiares, etc.

Actividad 1: Partes del cuerpo

OBJETIVOS: Reflexionar sobre los tabúes que hay en torno a algunas partes del cuerpo.

MATERIALES: Imágenes con diferentes partes del cuerpo (ojos, nariz, orejas, boca, senos, tetillas, vulva, pene, ano, espalda, testículos, rodilla, pies, dedos) – Marcadores - Hojas.

DESCRIPCIÓN: Se forman grupos (dependiendo de la cantidad de participantes, ideal cuatro a cinco integrantes por grupo), se reparten diferentes imágenes de partes del cuerpo. Cada grupo tendrá que identificar cómo se llaman y cómo se les dicen a esas partes. Luego, se realiza la puesta en común y desde la coordinación se promoverá la reflexión haciendo eje en el objetivo de la actividad.

Actividad 2: Lluvia de sexualidad

OBJETIVOS: Reflexionar sobre el concepto de sexualidad. Relacionar la construcción de la identidad con la sexualidad de las personas e identificar las diferentes dimensiones que la conforman (bio-psico-social)

MATERIALES: Biromes – Papel – Hojas - Afiches

DESCRIPCIÓN: Se pedirá que anoten en un papel (de forma anónima) una experiencia relacionada con la propia sexualidad. Luego se realizará una guerra de papeles y cada cual deberá tirar su experiencia (bola de papel) y agarrar otra de las que circulen por el espacio. Una vez que todos tengan sus bolitas de papel, se formarán pequeños grupos en los que se socializarán las experiencias y se pedirá que piensen qué cosas de esas experiencias se relacionan con: los cuerpos de cada persona (lo biológico), la forma en la que se sienten y lo que piensan las personas (lo psicológico) y la forma en la que se relacionan con otros (lo social).

Actividad 3: ¿Dónde está la sexualidad?

OBJETIVOS: Ampliar la mirada sobre la sexualidad, considerando los aspectos vinculados a lo corporal, lo afectivo, lo emocional y lo vincular.

MATERIALES: Afiche con silueta del cuerpo humano – Tarjetas con diferentes palabras – Cinta papel

DESCRIPCIÓN: Se presenta ante el grupo una silueta de un cuerpo, sin identificar cada parte u órgano. Se distribuyen entre los participantes tarjetas y se propone que las peguen en la parte de esa silueta que sientan que más se rela-

ciona con la sexualidad. Luego se genera un espacio de intercambio para que los participantes expresen por qué la pegaron en el lugar elegido, identificando qué es para ellos la sexualidad. La coordinación irá promoviendo el intercambio con preguntas como ¿La sexualidad está desde que nacemos? ¿Cuándo termina? ¿Sería igual para mujeres que varones?

Género

Diferenciar el género del sexo nos permite reflexionar sobre aquellas prácticas que se naturalizan como propias de cada sexo y que generan categorizaciones que limitan a las personas. Por ello resulta necesario trabajar para modificarlas de modo de construir sociedades más equitativas y evitar la exposición a conductas de riesgo por mandatos culturales.

El concepto de sexo se refiere al conjunto de características biológicas que determinan lo que es un macho o una hembra en la especie humana. Sobre estos atributos biológicos se construyen una serie de significados y características socioculturales que definen al género.



Por lo tanto, el concepto de género se refiere a los aspectos socialmente atribuidos a un individuo, diferenciando lo masculino de lo femenino, en base a sus características biológicas. Las nociones de masculinidad o feminidad son entonces construcciones socioculturales. A partir de un hecho biológico como es tener pene o vulva, las personas aprendemos a "ser varón" o "ser mujer" mediante la socialización.

El género se vincula con lo que a las personas, a través de mandatos culturales, "nos dicen" que podemos o no hacer por pertenecer a una u otra categoría, por ejemplo asignarle color rosa a una nena y celeste a un varón, jugar con determinados juguetes de acuerdo al sexo. De ese modo nos condicionan y limitan nuestras posibilidades de expresarnos libremente y muchas veces de ejercer derechos.

Como el género se trata de una construcción social e histórica, varía de una cultura a otra y de un momento histórico a otro; es decir que no es lo mismo ser mujer o varón actualmente que en la generación de nuestros padres, o ser joven en la Ciudad de Buenos Aires que en una zona rural de la Provincia de Buenos Aires, etc.

Actividad 1: Género y sexo[17]

OBJETIVOS: Identificar las características que definen a las personas como varones y mujeres.

MATERIALES: Hojas - Lapiceras.

DESCRIPCIÓN: Se entrega una hoja a cada participante donde anotarán su nombre y tres razones por las que son varones/mujeres. A continuación, en grupos de a 4 ó 5 personas conformados por varones y mujeres comparten lo que escribieron identificando cuáles de esas características son biológicas y cuáles sociales. En el cierre se conceptualiza qué es el sexo y qué es el género en función a lo conversado en los grupos.

Actividad 2: Ordenando las cartas[18]

OBJETIVOS: Reflexionar sobre la concepción de género y la tendencia a naturalizar determinadas prácticas y profesiones ligadas netamente al sexo biológico y como esa categorización resta posibilidades.

MATERIALES: Mazo de cartas (tantos mazos como grupos haya, de hasta 6 personas cada uno) – Papeles – Biromes.

DESCRIPCIÓN: Se prepara un mazo de cartas de cualidades y otro de ocupaciones. En cada carta tiene que haber anotada una cualidad o una ocupación y se propone además simular que es una carta agregándole números e imágenes. Se sugieren las siguientes:

Cualidades > inteligente; valiente; servicial; amable; sensible; sensual; capaz; obediente

[17] Actividad extraída de: Dirección General de Políticas de Juventud. (2012). Op. Cit.
[18] Actividad adaptada de: Programa de VIH/SIDA/ETS de la Provincia de Buenos Aires. (s/f). "Manual de capacitación en VIH/SIDA/ETS para mujeres líderes comunitarias". Comunidad Europea, GTZ y Programa de VIH/SIDA/ETS de la Provincia de Buenos Aires.

Ocupaciones > medicina; abogacía; construcción; ingeniería; servicio doméstico; venta ambulante.

A cada grupo se le entrega un mazo y se propone que las ordenen según sean femeninas o masculinas.

Luego, en plenaria cada grupo muestra cómo las ordenó explicando por qué lo hizo de esa manera y contando si hubo alguna discusión en particular para hacerlo.

Para promover el intercambio se puede preguntar ¿Qué es lo que hizo decidir que determinada carta sea femenina o masculina? ¿Dudaron con alguna? ¿Alguna consideraron que podía pertenecer a ambas categorías?

Actividad 3: Un concepto llamado género[19]

OBJETIVOS: Reflexionar sobre el concepto de género. Profundizar en la existencia de desigualdades de género, en qué y cómo se manifiestan, y los mecanismos que las reproducen.

MATERIALES: Afiche – Hojas - Lapiceras – Imagen de árbol – Cinta papel – Imagen "Cada Niño Cada Niña"

DESCRIPCIÓN: Dividir a los participantes en cuatro grupos. Pedirles que hagan una lista de toda la información que se transmite a los niños y niñas sobre ser un niño o una niña. Por ejemplo: "los nenes no lloran" y "las chicas tiene que sentarse con las pierna cruzadas." Se distribuyen papeles a cada grupo y se les propone que escriban aquellas frases que consideren propias de cada sexo.

A continuación pegar la imagen del árbol en la pared. Cuando hayan terminado, cada grupo debe pegar sus papeles en la raíz del árbol. Lo relacionado a los niños en el lado izquierdo y las niñas a la derecha (o viceversa).

Después, se les pedirá que reflexionen sobre quiénes suelen dar esta información a los niños (familia, escuela, sociedad, religión, medios de comunicación).

[19] Actividad extraída de: Ministério de Saúde. (2012). "Adolescentes e jovens para a educação entre pares: sexualidades e saúde reprodutiva". Ministério de Saúde. Brasilia.

Desde la coordinación se escribirán las conclusiones en otras tiras de papel y se las pegará en el tronco del árbol.

Proponer una reflexión conjunta sobre cómo las personas jóvenes -hombres y mujeres – se comportan siendo educadas bajo estas directrices. Los resultados de esa reflexión se deben escribir en otras tiras y se pegan como fruta. Como cierre, leer, de arriba abajo todos los papeles.

Finalmente, se comparte la lectura de la imagen "Cada Niño Cada Niña"[20]



[20] Imagen tomada de ¿Qué es esto de los Derechos Humanos? Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, 2008.

Violencia basada en género

Se trata de cualquier acto de violencia basada en la identidad sexual, la orientación y/o sexo de una persona, que tiene como consecuencia, el perjuicio o sufrimiento en la salud física, sexual o psicológica de la persona. Incluye también las amenazas de dichos actos, coerción o privaciones arbitrarias de la libertad, tanto si se producen en la vida pública como privada.

La violencia basada en género es una manifestación concreta del actual sistema social basado en el patriarcado y el heterocentrismo, que produce fuertes inequidades y vulnera los derechos y las libertades especialmente de las mujeres y de otras personas con identidades diversas. Para terminar con este tipo de violencia se requiere desarmar las lógicas de dominación y subordinación entre géneros de modo que las relaciones sean basadas en la equidad.

La forma más extendida y conocida de violencia basada en género es la que se da hacia las mujeres, la cual se basa en la relación de poder y en los estereotipos que señalan a los varones como dominantes y a las mujeres como sumisas. Otras formas de violencia de género son la homofobia y transfobia, entendidas como el rechazo a las personas que manifiestan identidades u orientaciones diferentes a las tradicionales. Asimismo se pueden abordar desde este enfoque los altos números de muertes violentas entre varones.



Existen diferentes tipos de violencia que se manifiestan de distintos modos y en diversos ámbitos[21]:

1. **Física:** se emplea contra el cuerpo produciendo o teniendo riesgo de producir dolor y/o daño.

2. **Psicológica:** causa daño emocional, disminución de la autoestima, perturba el pleno desarrollo personal, busca degradar o controlar, limita la autodeterminación. Se da a través de, entre otras, amenazas, acoso, humillación, descrédito, manipulación, aislamiento, culpabilización, exigencia de obediencia, persecución, insultos, indiferencia, abandono, celos excesivos, chantaje, ridiculización.

[21] Ley para prevenir, sancionar y erradicar la violencia hacia las mujeres 26.485.

3. Sexual: implica la vulneración, con o sin acceso genital, del derecho a decidir voluntariamente sobre la vida sexual y reproductiva. Incluye el uso de amenazas, fuerza, intimidación tanto dentro como fuera de una pareja; también abarca la prostitución forzada, explotación, acoso y trata de mujeres.

4. Económica y patrimonial: ocasiona un detrimento en los recursos patrimoniales o económicos, a través de la sustracción, retención, destrucción de objetos, documentos, bienes y derechos personales; la limitación de los recursos para vivir una vida digna; el control de los ingresos; la percepción de menor salario por igual tarea.

5. Simbólica: a través de patrones estereotipados, mensajes, valores o signos transmite y reproduce dominación, desigualdad y discriminación en las relaciones sociales.

Actividad 1: Situaciones[22]

OBJETIVOS: identificar diferentes modos de violencia de género.

MATERIALES: situaciones para debatir – Hojas – Lapiceras -

1. Ana y Juan son dos jóvenes que están de novios desde hace un tiempo. Se conocieron en un boliche cuando Ana había ido a bailar con sus amigas y Juan con los suyos. Desde que se pusieron de novios Juan comenzó a exigirle a Ana que no vaya más a bailar y que vea menos a sus amigas, argumentando que al tener novio ya no necesitaba de esas cosas, también le prohibió utilizar determinada ropa que él consideraba provocativa como polleras cortas, pantalones muy ajustados o escotes muy grandes. Ana siempre mostró disconformidad con los pedidos de su novio, pero lo justifica con el argumento de que está muy enamorada de él y que él lo hace porque la quiere mucho.

2. Mariela tiene 15 años y vive en su casa con su mamá, su papá, su hermano mayor de 17 años y sus dos hermanos menores de 5 y 8 años. Su mamá la obliga cotidianamente a cumplir con una cantidad de tareas domésticas

[22]Actividad extraída de: Dirección General de Políticas de Juventud. (2012). Op. Cit.

como cuidar a los hermanos menores, limpiar la casa, cocinar y hacer las compras. Mariela se siente agotada de tantas tareas y le reclama a su mamá compartirlas con su hermano mayor. Esto es negado por su mamá quien opina que esas son tareas de mujeres y que ella como buena hija mujer debe cumplirlas y aprenderlas para que su papá no se enoje.

3. Yamila tiene 22 años y hace 3 que vive con su pareja, tienen un hijo de 2 años y desde que ella quedó embarazada dejó su trabajo y se quedó en su casa, ocupándose de su hijo y de las tareas domésticas. Si bien esta fue una decisión acordada por la pareja desde que Yamila dejó de trabajar también dejó de tener dinero para sus gastos cotidianos, por lo que para cada cosa que necesita pedirle el dinero a su pareja. Desde hace un tiempo él plantea que ella está gastando demasiado dinero en los gastos del hogar y le exige que le rinda las cuentas o le pide que haga la lista de cosas que necesita para la casa y él las va a comprar para evitar darle a ella el dinero.

4. Es Navidad y en la familia Rodríguez todos se hacen regalos: al padre de la familia le regalan una pelota de fútbol, al hijo menor un auto y al mayor el par de zapatillas que quería. A la hija de la familia le regalan un juego de maquillaje y a la madre una aspiradora para limpiar el hogar. Todos se muestran muy felices con los regalos, menos la madre.

5. Natalia y Marcos viven juntos en una casita que construyeron en un terreno de la familia de Marcos. Entre ellos son bastante habituales las discusiones y peleas fuertes, incluso en algunos casos Marcos la zamarrea, pellizca y amenaza con pegarle. Después siempre se reconcilian, se piden perdón y vuelven a tener una buena relación. En la última discusión Natalia se asustó mucho y decidió ir a la comisaría para pedir ayuda. El oficial que la atendió le dijo que era una exagerada y que se fije en qué estaba haciendo que hacía enojar a su pareja.

DESCRIPCIÓN: Se forman grupos de hasta seis participantes, a cada uno de ellos se le entrega en un papel una situación que representa algún modo de violencia. La propuesta es que cada grupo debata la situación y luego presenten sus conclusiones al resto de los grupos. Se pueden hacer preguntas orientadoras como ¿Por qué se está ejerciendo violencia? ¿Quién ejerce la violencia? ¿Quién está siendo vulnerado?

A modo de cierre se realiza una puesta en común en la que cada grupo presenta sus conclusiones al resto. Finalmente se identifican diferentes modos de ejercer violencia.

Actividad 2: ¿Verdadero o falso?[23]

OBJETIVOS: Reflexionar sobre la naturalización y justificación de prácticas violentas.

MATERIALES: Tarjetas – Hojas – Afiche – Lapiceras – Cinta de papel

Descripción: Se organizan grupos de cinco personas cada uno. Se reparte una tarjeta por grupo con una frase sobre violencia. Cada grupo lee la tarjeta y discuten si es VERDADERO o FALSO y por qué. Se incentivará a llegar a un acuerdo con argumentos, aunque si no lo hubiera se anotarán las diferentes posturas y su justificación. En la puesta en común, los grupos presentan cada uno su posición y se debate. Desde la coordinación se irá haciendo una síntesis en un afiche, donde se van pegando las tarjetas y los argumentos sobre cada frase.

Tarjetas

Si te golpean, tú provocaste, tal vez hasta te gusta

Es bueno que te insulten, es una manera de prestarte atención

Todos los hombres son violentos

Nunca merezco que me traten con violencia

Ser violento es ser golpeador

No sólo la violencia física hace daño

Si te violan es porque lo provocaste

[23] Actividad extraída de: Reynaga, E. y Amorín, E. (2007). "Un movimiento de tacones altos: mujeres, trabajadoras sexuales y activistas". RedTraSex. Buenos Aires.

El hombre no puede controlar sus impulsos cuando se excita sexualmente, por eso viola

Muchas violaciones son cometidas por parientes o conocidos de confianza

Si hay violencia no hay amor

Si tu pareja te obliga a tener relaciones sexuales es una violación

Los hombres violentos siempre son vagos, pobres o alcohólicos

Si me violan es mejor no denunciar

Actividad 3: Una historia de desamor[24]

OBJETIVOS: Problematizar la situaciones de violencia. Promover la reflexión sobre modos de accionar y espacios a los que recurrir.

MATERIALES: Historia sobre violencia (tantas copias como grupos) – Listado con preguntas – Hojas – Lapiceras.

DESCRIPCIÓN: Se organizan cinco o seis grupos. Se designará una persona como encargada de redactar. Cada grupo recibirá la misma historia sobre violencia, luego de leerla tendrán que responder una serie de preguntas y compartir sus respuestas. Esto se repetirá dos veces más, ya que la historia se divide en tres partes. Aclarar que la persona que redacte, deberá tener también la función de asegurarse que todas las personas de su grupo tengan la oportunidad de posicionarse y deberá anotar todas las respuestas en una hoja. Luego de las presentaciones de cada grupo, se profundiza el debate a partir de las preguntas a responder.

Parte 1

Evelyn tiene 15 años y vive en un barrio muy distante del centro de la ciudad. Trabaja como vendedora ambulante con su madre. Desde hace más de un año está en pareja

[24] Actividad extraída de: Ministério de Saúde. (2012). Op. Cit.

con Emiliano y tienen un hijo de 3 meses de edad, que vive con una tía de Evelyn. La noche del domingo, pelearon porque Emiliano la acusó de tener algo con un vendedor de DVD. Evelyn dijo que no aguantaba más las escenas de celos y que sería mejor separarse. Emiliano le dio una cachetada en la cara y se fue.

En su opinión, la decisión de Evelyn de poner fin a la relación, ¿era acertada o no? ¿Qué podía hacer en esa situación? ¿A quién podía pedir ayuda?

Parte 2

Al día siguiente, Evelyn estaba trabajando y Emiliano apareció pidiendo disculpas y llevándole una rosa roja. Ella se conmovió y volvió a arreglarse con él. Emiliano juró que nunca más haría una escena ni le pondría una mano encima. Le prometió también que buscaría un trabajo para ganar más, alquilar una casa y así vivir junto a su hijo. Dos días más tarde, sin embargo, Emiliano llega a la casa de Evelyn gritando. Le dice que no estaba seguro que el niño era suyo y que no se casaría con ella porque era una puta. Evelyn trató de hablar con él, pero él comenzó a golpearla y patearla. Su madre y un vecino corrieron para que Emiliano se fuera y él salió diciendo que nunca volvería a buscarla. La madre y el vecino intentaron llevar a Evelyn a un hospital y a hacer la denuncia, pero ella se negó porque no quería complicar la vida de Emiliano.

¿Qué opinan de la decisión de Evelyn? Además de ir al hospital y/o hacer la denuncia, ¿qué otra cosa podía hacer para no ser maltratada?

Parte 3

Una semana después, Emiliano esperó a Evelyn a la salida de la iglesia y le pidió volver a estar juntos. Evelyn dijo que nunca más, porque él la maltrataba mucho y el amor que ella sentía por él se había terminado. Emiliano trató de responder, diciendo que todo lo que hizo fue porque la amaba demasiado y que nunca más le haría nada a ella o a su hijo. Evelyn fue inflexible: habían terminado. Ella se fue caminando. Emiliano fue detrás de ella y...

¿Qué crees que pasó? ¿Qué hizo Emiliano? ¿Qué opinan respecto a que él era violento por el amor que sentía? ¿Por qué creen que era violento? ¿Qué podrían hacer los adolescentes y los jóvenes para reducir / detener historias de ese tipo?

VIH

Si bien muchas veces son usados como sinónimos, no es lo mismo el VIH que el sida. El sida es una enfermedad infecciosa que ataca al sistema inmunológico, son siglas que significan Síndrome (conjunto de síntomas) de Inmunodeficiencia (que ataca debilitando al sistema inmunológico) Adquirida (no es hereditaria, sino causada por un virus).

El virus que provoca el sida es el VIH (Virus de Inmunodeficiencia Humana). En una persona que tiene VIH, el virus está en todos sus líquidos orgánicos. Pero solamente la sangre, el líquido preseminal, el semen, los fluidos vaginales y la leche materna presentan una concentración suficiente como para producir la transmisión.



Una persona que vive con VIH es aquella que se ha infectado, por lo que puede transmitir el virus a otras personas, pero no se siente ni se ve enferma ni tiene síntomas. En cambio, en una persona con sida su salud se ha deteriorado y se manifiestan enfermedades llamadas oportunistas, debido a que aprovechan a que el sistema inmunológico esté debilitado para aparecer.

Actualmente es posible mantener la infección controlada y no llegar a desarrollar sida. Para ello hay tres cuestiones que son fundamentales: el diagnóstico oportuno, el acceso al tratamiento temprano y mantener una buena adherencia en forma sostenida. Antes de profundizar en estas cuestiones, veamos cuáles son las formas de transmisión del VIH.

Hay únicamente tres vías de transmisión:

- **Relaciones sexuales sin protección**, ya sea vaginales, anales u orales, tanto en parejas heterosexuales u homosexuales. La mayoría de las infecciones en nuestro país se dan por vía sexual. Para evitar la transmisión tenemos que recurrir al uso correcto y consistente del preservativo tanto para las relaciones vaginales, anales como en el sexo oral. En el caso que el sexo oral sea sobre la vagina o ano, se puede utilizar un campo de látex. En el sexo oral, la persona que pone la boca es quien está en riesgo de infectarse; en las demás relaciones ambas personas están expuestas a una posible infección.

- **Vía sanguínea**, por compartir jeringas para el uso de drogas o cualquier otro elemento cortante o punzante. Para evitar la infección por esta vía, hay

que evitar el contacto con sangre, es decir no intercambiar o compartir agujas y jeringas y controlar que todo procedimiento que incluya algún corte o punción (pinchazo) sea realizado con material descartable o esterilizado, como es el caso del dentista, manicura, tatuajes o prácticas médicas, ente otros. Con los controles actuales sobre los bancos de sangre, el riesgo por transfusión es excepcionalmente bajo.

- **Transmisión perinatal**, de madre a hijo durante el embarazo, el parto y la lactancia. Para evitar la transmisión se recomienda que toda mujer embarazada se realice el análisis de VIH con el primer control de su embarazo y repetirlo en el último trimestre. Si el resultado es positivo, la embarazada debe seguir las indicaciones médicas y aplicar las medidas de cuidado para evitar la transmisión al bebé: control y tratamiento clínico y suspensión de la lactancia materna. Así, las posibilidades de transmitir el virus al bebé son casi nulas.

Como mencionamos antes, sólo de estas tres formas el VIH puede transmitirse, es decir, no hay riesgo al tener relaciones sexuales utilizando preservativos si este se ha utilizado bien y no se ha roto, a través de un estornudo, por las picaduras de mosquitos, por la depilación con cera, por compartir la vajilla o usar el mismo baño, besarse, abrazarse, darse la mano, jugar, trabajar o estudiar con personas que viven con VIH.

La única manera de saber si alguien tiene VIH es a través de una prueba de laboratorio que es confidencial, rápida, simple y gratuita en todos los hospitales públicos. Muchas personas que viven con VIH se encuentran saludables y no saben que lo tienen, por eso es importante que todos nos realicemos la prueba. La única forma de saber que uno no tiene VIH es tener un resultado negativo.

Se trata de un análisis de sangre que detecta la presencia de anticuerpos al VIH, la presencia de estos anticuerpos demuestra que una persona está infectada, es decir, que el virus está presente en su cuerpo.

Los anticuerpos frente al VIH tardan entre 3 a 4 semanas desde el momento de la infección en ser detectados. Es decir que, durante este tiempo (llamado "período ventana") los análisis pueden resultar negativos aunque la persona tenga el virus. Es por eso que cuando hubo una situación concreta de riesgo, aunque el resultado del primer análisis sea negativo se recomienda repetirlo al mes de la primera muestra.

Actualmente existen tratamientos con distintas drogas que logran evitar el desarrollo de la enfermedad y permiten tener una expectativa de vida normal. El acceso a estos tratamientos está garantizado de modo gratuito en nuestro país para todas las personas, ya sea a través del hospital público, las obras sociales o las empresas de medicina prepaga.

Actividad 1: Tragos en la fiesta

OBJETIVOS: Promover la percepción de riesgo frente al VIH.

MATERIALES: Un vaso para cada participante – Agua – Sal – Música

DESCRIPCIÓN:

1. Preparar un vaso con agua para cada participante, llenándolos hasta la mitad. A un tercio de los vasos agregarles bastante sal y revolver para que se disuelva. Los/as participantes no tienen que estar al tanto del contenido de los vasos.

2. Repartir un vaso a cada participante indicando que no tomen el agua.

3. Proponer que imaginen que están en una fiesta, mientras suena la música circularán por el espacio y cuando se detenga, brindarán con una persona intercambiando el contenido de sus vasos. Es decir que volcarán el contenido de uno en otro para que se mezclen, procurando que al final ambas personas sigan con agua en sus vasos.

4. Repetir dos o tres veces el paso anterior.

5. Al finalizar, proponer a todas las personas que tomen de sus vasos y preguntar qué gusto tienen sus bebidas, de modo de identificar cuántas personas tienen en este momento agua salada.

6. Dar a conocer que al principio de la actividad, un tercio de los vasos tenían agua salada y que eso representaba que esas personas tenían VIH. Cada brindis realizado fue una relación sexual no protegida.

7. Promover la reflexión en torno a la exposición al VIH.

Actividad 2:
Negociación del preservativo[25]

OBJETIVOS: Identificar los diferentes argumentos que surgen al momento de la negociación en el uso del preservativo.

MATERIALES: Tarjetas- Hojas - Lapiceras

DESCRIPCIÓN: Se propone a los participantes que caminen por el espacio, hasta que desde la coordinación se les indique que se junten con la persona más cercana formando parejas. Una vez agrupadas, se sientan ubicadas espalda con espalda, a cada una de las personas se le da una tarjeta; en cada pareja alguien recibirá una tarjeta que dice "Quiero usar preservativo porque…" y la otra persona una que dice "No quiero usar preservativo porque…". Al distribuir estas tarjetas, fijarse que ambos roles los tengan tanto varones como mujeres.

Se indica que se tomen unos minutos para escribir individualmente al menos tres formas de completar la frase.

Luego, se sientan frente a frente y negocian la situación.

Finalmente, cada pareja contará qué argumentos presentó, cómo se sintió en el rol que le tocó y escuchando a la otra persona.

Otras enfermedades transmisibles

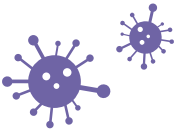
Las enfermedades transmisibles son las que se transmiten de un ser humano a otro o de un animal al hombre, ya sea por vía directa, o a través de vectores como insectos, o por la exposición a material infeccioso.

Las Infecciones de transmisión sexual (ITS), antes conocidas con los nombres de Enfermedades de transmisión sexual (ETS) o enfermedades venéreas, son un conjunto de enfermedades infecciosas agrupadas por tener en común la misma vía de transmisión: de persona a persona a través de las relaciones sexuales. Se

[25] Actividad adaptada de: Programa de VIH/SIDA/ETS de la Provincia de Buenos Aires. (s/f). Op. Cit.

ha decidido utilizar el término infecciones y no enfermedades, ya que la mayor parte de las personas con alguna infección de transmisión sexual se encuentra asintomática y no se siente enferma.

Los agentes productores de las infecciones de transmisión sexual incluyen bacterias (como el gonococo, clamidia), virus (como el VIH o el virus herpes), hongos e incluso parásitos, como el "ácaro de la sarna" (Sarcoptes scabiei) o las ladillas (Pedículus pubis). La sífilis, producida por la bacteria Treponema pallidum, es una de las ITS más comunes. También podemos incluir aquí a las hepatitis virales tipo B y C y el virus del papiloma virus (VPH). Con excepción de los parásitos, todas se previenen con el uso correcto y consistente del preservativo en las relaciones sexuales.



Hepatitis

La hepatitis es una inflamación del hígado que altera su funcionamiento. Puede producirse por alcohol u otros tóxicos, medicamentos o por virus. Existen virus que causan hepatitis como parte de un cuadro general (por ejemplo el citomegalovirus o el virus de la mononucleosis infecciosa), mientras que otros afectan predominantemente el hígado. Entre estos últimos se identificaron los virus de la hepatitis A, B, C, D y E.

La hepatitis A se contrae cuando una persona come alimentos o toma agua contaminada con el virus o tiene contacto cercano con una persona que está infectada (compartir vasos, cubiertos). Sus síntomas son: fiebre, náuseas, vómitos, pérdida del apetito y cansancio. También puede causar dolor o sensibilidad en el hígado, piel u ojos amarillos (ictericia), orina oscura y heces blanquecinas. Muchas personas infectadas con el virus de la hepatitis A pueden no mostrar síntomas, como por ejemplo en el caso de los niños pequeños. La mayor complicación de esta enfermedad es la insuficiencia hepática aguda cuyo tratamiento es el trasplante hepático, con una alta mortalidad. La hepatitis A no produce hepatitis crónica. Desde que la vacuna es obligatoria para todos los niños, en el año 2005, los casos de hepatitis aguda han disminuido en más de 100 veces. Para prevenir la hepatitis A hay que reforzar las medidas higiénicas como lavarse las manos después de ir al baño, de cambiar pañales y antes de preparar alimentos. Además se recomienda cocinar bien los alimentos y consumir agua hervida o purificada. En adultos, la vacuna, está recomendada para aquellos que no tienen anticuerpos y tienen

mayor riesgo de contraer la infección como personas que trabajan procesando alimentos, personal de salud y hombres que tienen sexo con otros hombres. En el caso de la hepatitis B, la mayoría de los casos presenta un cuadro subclínico o pueden presentar fatiga, náusea o vómitos, fiebre y escalofríos, orina de color oscuro, materia fecal de color más claro, ojos y piel amarillos, dolor del lado derecho, que puede reflejarse en la espalda. En el 90% de los casos la infección evoluciona hacia la curación, mientras que el 10% restante evoluciona a una hepatitis crónica que puede evolucionar a lo largo de los años a cirrosis, cáncer de hígado o insuficiencia hepática. La hepatitis B se transmite por el contacto con la sangre, de madre a hijo, fundamentalmente durante el parto, por tener relaciones sexuales sin preservativo. Hay una vacuna segura para la hepatitis B que es obligatoria desde el año 2000 para todos los niños y desde el año 2014 también para todos los adultos. Para los casos crónicos existen varias alternativas de tratamiento que deben tomarse por tiempo prolongado.

La hepatitis C se transmite a través de transfusiones de sangre, derivados sanguíneos u órganos contaminados; por el uso compartido con personas infectadas de agujas, jeringas y otros procedimientos que perforan la piel; y de la mujer embarazada a su hijo. También hay posibilidades de transmisión por relaciones sexuales con una persona infectada pero esto es menos frecuente. La infección no se transmite por la leche materna, por besos o por compartir alimentos o bebidas. Generalmente la infección es asintomática y en algunos casos puede manifestarse por falta de apetito, molestias abdominales, náuseas y vómitos, coloración amarillenta de la piel. Más del 90% de las personas desarrollan una infección crónica de larga duración que evoluciona a lo largo de los años a cirrosis, cáncer hepático o insuficiencia hepática. Existe tratamiento curativo para hepatitis C. Aunque los medicamentos actualmente disponibles tienen efectos adversos importantes, los nuevos tratamientos tienen muy buena eficacia y un buen perfil de seguridad.

Sífilis

Es producida por una bacteria que se transmite por relaciones sexuales (vaginales, anales u orales) sin preservativo. Los síntomas aparecen dos o tres semanas después del contacto sexual y pueden describirse tres etapas:

- En la primera etapa se presenta una pequeña llaga o úlcera llamada chancro que puede aparecer en la boca, ano, vagina o pene. Es generalmente única y tiene bordes sobre elevados. La llaga o úlcera no duele y desaparece sola sin ningún tipo de tratamiento después de 15 días.

- En la segunda etapa, seis semanas (o más) después de desaparecida la llaga, puede aparecer: erupción (o ronchas) en el cuerpo, sobre todo en el tronco, palmas y plantas, lesiones en la boca, fiebre y aumento generalizado del tamaño de los ganglios o caída del cabello. Esta fase mejora espontáneamente, pero sin tratamiento evoluciona a la fase latente y tardía.

- Finalmente, la fase latente y tardía significa que en aquellos sin tratamiento la bacteria puede seguir latente durante años y en algunos pacientes, después de 10 años pueden presentar síntomas neurológicos como dificultad para coordinar los movimientos musculares, parálisis (no poder mover ciertas partes del cuerpo), entumecimiento, ceguera y demencia (trastorno mental).

La sífilis se diagnostica con un análisis de laboratorio (VDRL). En todas las fases la sífilis se trata y se cura con penicilina. Para prevenirla es necesario usar preservativo en las relaciones sexuales. Es muy importante hacer estos estudios también a las mujeres embarazadas.

Gonorrea

Es una infección causada por una bacteria, que puede causar infección de la uretra, el cérvix, el recto y la garganta. En las mujeres, los síntomas pueden incluir: flujo vaginal verdoso o amarillento, ardor al orinar o la necesidad de orinar más frecuentemente, sangrado después de las relaciones sexuales, sangrado entre los períodos de menstruación, dolor abdominal o pélvico. En los varones: flujo del pene generalmente verdoso o amarillento, ardor cuando orina o la necesidad de orinar más frecuentemente, sangrado, testículos adoloridos o hinchados. La infección del recto puede ocurrir después de tener sexo anal receptivo. En la mujer, la infección rectal puede ocurrir por transmisión de la bacteria desde la vagina. Puede producir molestias rectales, dolor, flujo o sangrado del ano. La infección de la garganta puede ocurrir después de sexo oral y puede presentarse con dolor. Se trata y se cura con antibióticos. Es importante que la pareja

reciba tratamiento para prevenir la reinfección. Si la gonorrea no se trata, pude aumentar el riesgo de transmisión del VIH y en la mujer puede invadir el área pélvica e infectar el útero, las trompas de Falopio o los ovarios causando Enfermedad Pélvica Inflamatoria. En el varón, la gonorrea puede afectar los testículos, causando hinchazón y dolor y también puede causar infertilidad.

Clamidia

La clamidia es una bacteria que produce infecciones de transmisión sexual en forma frecuente entre adultos jóvenes y adolescentes. Se transmite a través de relaciones sexuales (vaginal, oral o anal y de madre a hijo, en el parto). Las mujeres pueden presentar flujo vaginal, sangrado después de las relaciones sexuales, dolor abdominal o pélvico. En varones: flujo del pene, ardor al orinar, testículos adoloridos o hinchados. En ambos puede incluir: secreción, picazón o dolor perianal. Se trata y se cura con antibióticos. Si no se trata, pude aumentar el riesgo de transmisión del VIH y en la mujer puede invadir el área pélvica e infectar el útero, las trompas de Falopio o los ovarios causando Enfermedad Pélvica Inflamatoria y esterilidad.

Virus del Papiloma Humano (VPH)

Es una familia de virus que afecta muy frecuentemente tanto a varones como a mujeres. Se dividen en dos grandes grupos:

- Los VPH denominados “de bajo riesgo oncogénico”, que generalmente se asocian a las lesiones benignas, como las verrugas y lesiones inflamatorias genitales leves o de bajo grado.

- Los VPH denominados “de alto riesgo oncogénico”, también pueden producir verrugas, pero se asocian fundamentalmente a las lesiones genitales precancerosas, lesiones que pueden evolucionar lentamente a un cáncer.

El cáncer más frecuente causado por los VPH oncogénicos es el cáncer de cuello de útero, en la mujer. Los demás tipos de cánceres relacionados con el VPH (pene, ano) son muy poco frecuentes. Se transmite por contacto sexual, es un virus de fácil transmisión y muy común. Se estima que 4 de cada 5 personas (es

decir, el 80%) van a contraer uno o varios de los tipos de VPH en algún momento de sus vidas. La gran mayoría de las veces, la infección se cura sola, sobre todo en las mujeres menores de 25 años, sin producir ningún síntoma ni manifestación en el cuerpo. Sólo si la infección persiste por muchos años (se calcula de 5 a 10 años), los VPH de alto riesgo oncogénico pueden causar lesiones en el cuello del útero de la mujer que pueden evolucionar al cáncer. La evolución es más rápida en personas con VIH. No existe ningún tratamiento que cure el virus. Las que se tratan son las manifestaciones, como las verrugas o las lesiones. Existen diferentes tipos de tratamiento, según el tipo de lesión. En mujeres se recomienda la realización de Papanicolaou en forma periódica para detectar temprano la infección y así detectar y tratar lesiones precancerosas. La vacuna para el VPH está incorporada al calendario oficial desde el 2011 y se aplica en niñas de 11 años. Además de los controles ginecológicos anuales (Papanicolaou y Colposcopía).

Actividad 1: Qué sabemos



OBJETIVOS: Que los/as participantes adquieran información y/o refuercen sus conocimientos sobre: qué es el VIH/sida y cómo afecta la infección al sistema inmune, los modos de transmisión del VIH y las formas de evitar la transmisión, y el test de VIH; que adquieran información acerca de las Infecciones de Transmisión Sexual (ITS) y otras enfermedades transmisibles.

MATERIALES: Afiches – Marcadores de colores -

DESCRIPCIÓN: Conformar grupos, según cantidad de participantes. Se entregará un afiche por grupo y un marcador de diferente color. Se les pedirá que escriban en el afiche todo aquello que saben y conocen sobre VIH e ITS. Pueden usarse preguntas guía cómo: ¿Qué son? ¿Cómo se transmiten? ¿Cómo se previenen? ¿Se pueden curar? ¿Cómo se relacionan con el VIH? ¿Cuáles son los síntomas? ¿Qué hay que hacer si se sospecha que se tiene alguna? Luego, se rotan los afiches entre los grupos y cada uno de éstos va completando y/o corrigiendo lo realizado por el anterior. Por último se realiza una puesta en común con lo elaborado por cada grupo y las sugerencias recibidas. Desde la coordinación se irá aportando información y/o clarificando dudas.

Métodos anticonceptivos

El acceso a métodos anticonceptivos (MAC) es clave para ejercer el derecho a decidir si queremos o no ser madres o padres, y cuándo serlo y disfrutar de nuestra sexualidad sin correr el riesgo de que ocurra un embarazo no planificado.

Los MAC tienen la función de evitar un embarazo actuando a través de diferentes mecanismos. Existen de distinto tipo: preservativos, pastillas anticonceptivas, dispositivo intrauterino (DIU), inyecciones, esterilizaciones, etc. Los únicos que además de evitar el embarazo protegen de infecciones de transmisión sexual son los preservativos, ya sean masculinos como femeninos.

En Argentina está garantizado el acceso gratuito a preservativos masculinos, hormonales inyectables, pastillas anticonceptivas (incluso las indicadas durante la lactancia), anticonceptivos hormonales de emergencia, dispositivos intrauterinos (DIU), ligadura de trompas de Falopio y vasectomía. Además las adolescentes (15 a 19 años) sin obra social ni prepaga, con al menos un evento obstétrico en el último año tienen derecho a acceder al implante subdérmico[26].

Para las esterilizaciones (ligadura de Trompas y vasectomía), según el nuevo Código Civil se requiere ser mayor de 16 años, ya que se trata de intervenciones quirúrgicas y son métodos de carácter irreversible. En el resto de los casos, no hay requisitos de edad, ni de embarazos previos, ni de consentimiento por parte de la pareja.

Las Obras Sociales y Empresas de Medicina Prepaga también están obligadas a brindar los métodos anticonceptivos mencionados anteriormente, por estar comprendidos en el Programa Médico Obligatorio.

Actividad 1: ¿Cómo cuidarse?

OBJETIVOS: Conocer las diferentes opciones de MAC. Reflexionar sobre formas de cuidado y mejor opción para cada persona.

[26] Hasta el momento de la presente publicación, abril 2015. Sin embargo se evalúa incorporarlo como método anticonceptivo a elección, mas allá de cumplir con este requisito.

MATERIALES: Imágenes de MAC – Impresiones con información de cada MAC – Guía de preguntas.

DESCRIPCIÓN: El trabajo se realiza en parejas. Cada dupla elige un método anticonceptivo (imagen). Luego, deberán encontrar información que les permita explicar cómo se utiliza el método seleccionado. Una vez investigado el modo de uso del MAC, deben considerar, al menos, las siguientes preguntas: ¿su seguridad y sus limitaciones? ¿Cómo es posible conseguirlo?, ¿Dónde se consiguen? ¿Son gratuitos? ¿Cuánto cuesta? ¿Cuál es la facilidad de acceso? ¿Es igualmente accesible para hombres y mujeres? Una vez terminada la investigación, se propone que cada pareja haga una puesta en común sobre el MAC elegido.

Embarazo no planificado

Sea cual sea la edad en que se presente un embarazo, es un hecho que afecta a ambos miembros de la pareja así como a sus familias. Sin embargo, es importante destacar que en la mujer el impacto es fundamental, no sólo porque el embarazo se desarrolla en su cuerpo, sino también por las desigualdades que en nuestra cultura parecen naturales, pero que no lo son, y hacen que a menudo recaiga en ella la mayor parte del cuidado de los hijos.

El cuestionamiento que se da en la actualidad hacia el embarazo adolescente reconociéndolo únicamente como un problema, se basa en una representación idealizada de la adolescencia que reconoce una forma como la normal y para aquellas manifestaciones que no cumplen con ese molde queda la estigmatización y el señalamiento como lo problemático[27].

Las estudiantes embarazadas o madres, así como los estudiantes padres tienen derecho a permanecer dentro de los establecimientos educativos públicos y privados, ninguna autoridad educativa puede impedir que este derecho se cumpla. Las estudiantes embarazadas además tienen derecho a 30 inasistencias de corrido o fraccionadas justificadas y no computables antes o después del parto; para acceder a este derecho deben presentar en la escuela un certificado médico de embarazo. Asimismo, quienes certifiquen estar en período de amamanta-

[27] Programa Nacional de Salud Sexual y Procreación Responsable. (s/f). Op. Cit.

miento pueden retirarse de clase 1 hora diaria por el lapso de 6 meses a partir de su reincorporación a la escuela luego del parto, a fin de sostener la lactancia materna.

Actividad 1: Estamos embarazados, ¿y ahora?[28]

OBJETIVOS: Reflexionar sobre el embarazo, los MAC y la multiplicidad de factores que intervienen.

MATERIALES: Impresión de situaciones.

DESCRIPCIÓN: Formar tres grupos y distribuirles una de las situaciones. Pedir que preparen una escena, representando la situación y luego creen una posible resolución para la historia. Una vez presentadas las escenas, se abre la discusión, explorando las semejanzas y diferencias entre ellas y las opciones de resolución que fueron sugeridas para cada caso.

Situación 1	Situación 2	Situación 3
Juan y Tamara se conocieron en una fiesta y rápidamente se engancharon. Parecía que se conocían hace mucho tiempo. Conversaron sobre sus gustos, música, lo que querían de la vida y cuando quisieron acordar estaban a los besos. Fue amor a primera vista. Esa misma noche tuvieron relaciones sexuales, sin preservativo. Después de esa noche no se vieron más y Tamara descubrió que estaba embarazada.	Paula y Santiago estaban deseando tener un hijo. Un día Paula comenzó a sentirse extraña. Fue al centro de salud y se hizo un test de embarazo dando como resultado: positivo.	Florencia y Pedro se enamoraron hace dos años. Planean ingresar a la facultad y disfrutar mucho de la vida!. Siempre dicen: "Hijo, ni pensarlo...!" Pero usan preservativo sólo de vez en cuando. Florencia tuvo un atraso en su menstruación. Fue al médico quien confirma que está embarazada. Le cuenta a Pedro y ahora no saben qué hacer.

[28] Actividad extraída de: Ministério de Saúde. (2012). Op. Cit.

Aborto

El aborto es la interrupción prematura del embarazo. Puede darse de forma espontánea (cuando se detiene el desarrollo del embrión o el feto) o inducida (provocada por distintos métodos).

En Argentina el aborto sólo está permitido en los casos tipificados por el Código Penal como Aborto No Punible, esto es cuando se realiza para evitar un peligro para la vida o la salud de la mujer o cuando el embarazo proviene de una violación. En estos casos, las mujeres tienen derecho a acceder al aborto en el sistema público de salud.

Actividad 1: Experiencias de mujeres sobre la interrupción del embarazo[29]

OBJETIVOS: Sensibilización en relación al derecho a decidir sobre el propio cuerpo y el ejercicio de la sexualidad.

MATERIALES: Impresiones de diferentes relatos – Hojas – Lapiceras - Afiche

DESCRIPCIÓN: Se formarán cinco subgrupos. A cada uno se le repartirá un relato diferente de mujeres que han interrumpido su embarazo. Se propondrá a cada grupo que trabaje entorno al acceso real a servicios, vulneración de derechos (si lo hubiera), marco legal, etc. Luego se hará una puesta en común. Desde la coordinación se acompañará en la reflexión sobre la temática y en el derecho a decidir sobre el propio cuerpo.

RELATOS:

Andrea:

Cuando le dije a mi novio sobre el embarazo se alejó totalmente de mí. Aborté cuando tenía 7 semanas y 3 días. Una compañera de trabajo me acompañó en el proceso.

Hablé con una amiga, quien me dio el nombre de unas pastillas, busqué información en internet sobre éstas, y hablaban de un 96% de efectividad, pero requerían de mu-

[29] Relatos seleccionados y recopilados del libro "Testimonios de mujeres jóvenes sobre la interrupción del embarazo". Decidir – Coalición de Jóvenes por la Ciudadanía Sexual.

cho cuidado y hablaba de mucho sangrado durante 6 u 8 semanas, y también encontré la parte donde decía que debería de tener contacto profesional, por si hubiera hemorragia éste pudiera pararla.

Erika:

Tenía 21 años e iba en tercer semestre de administración. Me había separado recientemente de mi novio después de tres años. Tuve mucha dificultad con el aborto porque un quiste en mi ovario hizo que los medicamentos que tomé no funcionaron, aún después de varios intentos.

Lourdes:

Me embaracé a mis 22 años. Vivía sola y trabajaba. Tenía una relación "estable" pero nada segura con mi novio.

Estaba a punto de ir con un doctor que se veía fraudulento pero era la única opción que tenía.

Sandra:

Yo tengo dos hijos. Aborté con medicamentos a los dos meses porque el bebé no era de mi pareja.

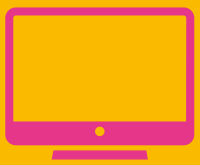
Decidí ir al ginecólogo y la Dra. era una persona joven. Tomé fuerzas para explicarle mi caso. Ella me explicó los riesgos que corría si provocaba un aborto, me dijo que ya era demasiado tarde que no podía hacer ella nada y me dio una terapia en cuanto a que lo quisiera, que mi vida cambiaría pero que tendría solución, que fuera feliz con él y muchas cosas de ese tipo.

Tania:

Yo me embaracé cuando estaba estudiando en la universidad. Había estado usando protección y no me di cuenta hasta que tenía 18 semanas.

El médico dijo que como yo tenía 18 semanas no se podía hacer nada, me recomendó que me cuidará y dio la posible fecha de parto.

Diseño de proyectos



Un proyecto hace referencia a un conjunto de actividades concretas, interrelacionadas y coordinadas entre sí, que se realizan con el fin de producir determinados productos o acciones capaces de satisfacer necesidades o resolver problemas.

En el proyecto se incluye una visión de futuro, implica la decisión y voluntad de querer cambiar algo. El proyecto es el camino entre una idea y su realización.

Una idea "suelta" puede ser transformada en un proyecto, y para eso hace falta definir algunos aspectos que se realizan a través de cuatro etapas.

Diagnóstico

En general, un proyecto se piensa en relación con un problema: algo que está mal o algo que podría estar mejor. Esta etapa sería la de diagnóstico, que consiste en buscar información para comprender lo que sucede en la comunidad y así visualizar y definir el problema que el proyecto tratará de resolver.

En esta etapa pueden aparecer muchos problemas entre los que es necesario seleccionar uno, para eso es importante priorizarlos. Algunas preguntas pueden ayudar en este momento: cuántas personas se benefician con la solución de cada problema, cuál está al alcance de la organización para resolver actualmente, de qué manera se podrán resolver los demás problemas en el futuro, se pueden conseguir los recursos que falten, qué se puede postergar y qué es urgente, cuál generaría más participación comunitaria.

Existen dos tipos de diagnósticos que se pueden utilizar[30]:

- **Diagnóstico pasivo:** en este tipo, quienes realizan el diagnóstico son personas ajenas a la comunidad. Las personas del barrio funcionan como fuentes de información, pero no participan en la búsqueda de esa información, en el análisis posterior ni en la planificación de la estrategia.

- **Diagnóstico participativo:** este modelo se caracteriza porque incluye a las personas de la comunidad, involucrándolas en todo el proceso. Es decir que son parte activa en la recolección y la reconstrucción de la información. También se involucran en las instancias de sistematización y planificación de las estrategias.

Elegir el diagnóstico participativo, permite tener un panorama más amplio y rico. Además esta instancia permite comenzar a construir un espacio de articulación, que es en sí misma una acción relevante ya que contribuye a la promoción de la participación ciudadana, es una práctica democrática y se constituye como espacio de aprendizaje. Además involucrar a otras personas en esta instancia, facilita que luego participen más activamente y con compromiso del proyecto, así como que éste sea viable.

El proyecto puede ser formulado por personas que son parte de la misma comunidad en la que se desarrollará, en esos casos se puede caer en la idea que no hace falta realizar un diagnóstico porque es suficiente con el conocimiento que da vivir cotidianamente allí. Aunque ese conocimiento es necesario y útil, no es suficiente. Un diagnóstico deficiente puede generar que los problemas no sean bien definidos, que no se pueda realizar una buena evaluación por no tener información del punto de partida, y además se pierde la oportunidad de involucrar a otros actores.

Actividad 1: Análisis FODA

OBJETIVOS: Organizar y evaluar toda la información de manera conjunta en cuatro grupos: Fortalezas, Oportunidades, Debilidades y Amenazas. Reflexio-

[30] Unicef. (2006). "Elaborando proyectos de comunicación para el desarrollo". Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia. Buenos Aires.

nar sobre la situación de la comunidad / organización / grupo para tomar futuras decisiones.

MATERIALES: Afiche – Hojas – Lapiceras – Cinta papel

DESCRIPCIÓN: Se propondrá que cada grupo / organización inicie el análisis a partir de las variables internas, es decir todo lo que dependa directamente de lo que pasa hacia dentro de la comunidad. Aquí se ubicarán las Fortalezas: donde se registran todos los logros y facilitadores, las cosas positivas de la comunidad y las Debilidades: donde se ubicarán las dificultades que existen en la comunidad en relación a la salud sexual y reproductiva.

Por otro lado, ubicarán las variables externas, donde centralizaran toda la información que tiene que ver con las cuestiones que no dependen de la comunidad directamente. Aquí se ubicarán las Oportunidades: aquellas situaciones que se dan en el barrio y que se puede aprovechar para mejorar la salud. También dentro de lo externo se ubican las Amenazas: aquello que pone en una situación de vulnerabilidad a la comunidad.

Elaboración del proyecto

Puede haber diferentes maneras de responder ante el problema identificado, es decir, de solucionarlo. A veces, no se encuentra una manera de resolverlo pero sí de atenuar sus efectos negativos, de reducir los daños que el problema genera. Esta etapa consiste en la elaboración del proyecto, se trata de definir qué es lo que se hará, cuándo, con qué actividades, quiénes, cuánto cuesta hacer esas actividades y cómo se evaluará tanto el proceso como los resultados obtenidos.

La elaboración del proyecto ayuda a reflexionar y ordenar lo que se quiere hacer, de modo de evitar que lo que se haga sea sólo una superposición de actividades que no se relacionan una con otra o no tienen nada que ver con el problema que se quiere resolver. Otra cuestión de importancia al elaborar el proyecto y plasmarlo en un papel, es que permite comunicarlo a otras personas y así encontrar quiénes puedan apoyarlo.

Como instrumento comunicativo, el documento permite brindar un marco compartido para la acción de modo que todas las personas involucradas actúen en función de criterios comunes y no de acuerdo a lo que individualmente decidan.

Contribuye a la transparencia, ya que brinda información a las personas que se involucran en el proyecto como a cualquier otra que se interese por él. Facilita la gestión ante actores que podrán brindar apoyo para que se lleve adelante.[31]

Hay una serie de componentes que conforman la estructura de un proyecto y dan respuesta a diferentes preguntas que nos permiten avanzar en la definición de la propuesta. A continuación describimos cada uno de ellos.

¿Por qué se quiere hacer? Origen y fundamentación - Justificación

Se trata de presentar el diagnóstico, aclarar cuál es el contexto en que se desarrolla el problema (dónde pasa, cómo es el lugar y su población, qué recursos existen, a quiénes afecta, desde cuándo), presentar el problema en sí y la respuesta que se propone. También hay que incluir los factores por los que la organización que se propone para llevar adelante el proyecto es adecuada y por qué esa propuesta, y no otras, es la mejor. En la descripción de la organización, es relevante mencionar sus experiencias previas, su historia, su vínculo con la comunidad, qué otros proyectos ha implementado, qué alianzas tienen, etc.

En la presentación del problema es importante describir sus causas y sus consecuencias, ya que el proyecto actuará sobre algunas de ellas y entonces deben estar presentadas. Si el proyecto se enfoca en las causas evidencia un enfoque preventivo, que será más efectivo que si sólo se atiende a las consecuencias; sin embargo dependerá de las características del problema y de las posibilidades de la organización, el tipo de respuesta dar.

Para lograr identificar estos aspectos una técnica útil es el árbol de problemas.

Actividad 2: árbol de problemas

OBJETIVOS: Identificar problemas para facilitar la búsqueda de soluciones.

[31] Nirenberg, O., Brawerman, J. y Ruiz, V. (2003). "Programación y evaluación de proyectos sociales. Aportes para la racionalidad y la transparencia". Paidós. Buenos Aires.

MATERIALES: árbol – Tarjetas - Marcadores

DESCRIPCIÓN: Se presenta un afiche con la silueta de un árbol incompleta. En el tronco del árbol se inscribe una leyenda que sea el eje a trabajar, ej: "Incumplimiento/vulneración de los derechos sexuales y reproductivos de los jóvenes". Se reparten a cada participante tarjetas verdes en formas de "hojas" y tarjetas marrones en forma de raíces. Algunas tienen palabras, otras están en blanco. Se dan algunos minutos para que se complete el árbol de problemas ordenando raíces (causas) y hojas (consecuencias). Se realiza una primera puesta en común.

Luego se reparten tarjetas rojas en formas de frutos, que serán las soluciones esperables y líneas de acción que aporten a la transformación de las causas y sus consecuencias.

Finalmente, se piensan acciones y/o soluciones posibles para las ramas que se consideren prioritarias. La idea que subyace es que, el fruto al madurar y caer del árbol, siembra semillas de cambio.

¿Para qué se quiere hacer? Objetivos



Indican lo que se quiere realizar y, cuando están bien formulados, facilitan mucho la escritura de todo el proyecto ya que son la guía para todo lo demás. Hay dos tipos de objetivos, el general representa a lo que se quiere llegar, reconociendo que sólo con el proyecto probablemente no sea posible alcanzarlo porque depende de varias causas y procesos vinculados. Es una imagen que representa la situación que se desea. Por lo tanto, no es suficiente sólo con éste objetivo, también hay que identificar los objetivos específicos, que representan los pasos que se darán para alcanzar el general. Estos objetivos son medibles, realizables, realistas y limitados en el tiempo.

¿Cómo se quiere hacer? Actividades y tareas

Las actividades tienen que tener un orden, se tiene que explicitar cómo se organizan y cómo se vinculan unas con otras. Al definirlas hay que recordar siempre para qué se hace el proyecto, de manera que las actividades se vinculen con los

objetivos. Para un objetivo suelen planearse varias actividades, y al mismo tiempo una actividad puede dar respuesta a diferentes objetivos.

Al momento de redactar las actividades hay que encontrar el balance entre la claridad respecto a lo que se quiere hacer y no abundar en información innecesaria, que dificulte la lectura. Además hay que tener en cuenta que el proyecto en papel no es lo mismo que el proyecto en ejecución; si se detallan muy exhaustivamente las actividades, puede ser un problema a la hora de llevarlas a la práctica ya sea porque la situación cambió y ya no se pueden realizar como estaba pensado, como porque el diagnóstico que se tenía no era suficiente y al momento de la implementación hay que hacer ajustes. Por lo tanto, para evitar tener que rectificarse sobre lo que se planeó hacer, cierto nivel de generalidad es recomendable.

Se describe también acá la metodología que se usará, es decir el marco teórico que sustenta a las actividades que serán realizadas, lo que permite identificar qué mirada se tiene y qué lugar se les da a los beneficiarios.

A partir de las diferentes actividades y en relación a los objetivos, surgen los resultados esperados, que también deben ser identificados.

Actividad 3: Matriz de viabilidad[32]

OBJETIVOS: Identificar qué tan realistas y prácticas son las actividades que se proponen. Comparar diferentes actividades para elegir con cuáles avanzar, discutir diferentes formas de alcanzar los objetivos, seleccionar las actividades que formarán parte del proyecto y descartar otras.

MATERIALES: Afiche con matriz de viabilidad

DESCRIPCIÓN: Se presentará al grupo la matriz de viabilidad. Primero se discutirá sobre el significado de viable (realista, práctico, posible de realizar). Luego, en función del problema y objetivos identificados, se detectarán posibles

[32] Actividad extraída de: International HIV/AIDS Alliance. (2006). "Tools together now! 100 participatory tools to mobilise communities for HIV/AIDS". International HIV/AIDS Alliance.

actividades a realizar, ubicándolas en la celda correspondiente. Por ejemplo: las actividades que son altamente viables tanto interna como externamente se colocarán en el cuadro de la izquierda. Aquellas que no son muy viables, tanto interna como externamente se ubicarán debajo a la derecha. Cuando todas las actividades hayan sido evaluadas, observar la matriz y en conjunto evaluar si tiene sentido como un todo o si hay algo que se quiere modificar. En ese momento se puede decidir si todas las actividades serán realizadas tal y como fueron pensadas o se pueden modificar o eliminar.

Matriz de viabilidad

Externa Interna	Alta	Media	Baja
Alta			
Media			
Baja			

Tener en cuenta que para que una actividad sea viable tiene que cumplir tanto con la viabilidad interna (en relación a los factores de la propia organización o comunidad, recursos financieros, físicos, etc.) como la externa (en relación a la aceptabilidad que tendrá entre las personas con las que se trabajará).

¿Cuándo se quiere hacer? Ubicación en el tiempo / Cronograma

Se tiene que definir cuándo comienza y cuándo termina el proyecto, así como el tiempo que durará cada una de las actividades. El cronograma puede presentarse gráficamente en un cuadro como el siguiente:

	Mes 1	Mes 2	Mes 3	Mes 4...
Actividad 1				
Actividad 2				
Actividad 3...				

¿A quiénes está dirigido? Participantes/Beneficiarios/Población objetivo

Se pueden diferenciar los beneficiarios directos de los indirectos. Los primeros están involucrados de primera mano en el proyecto, es a quienes está destinada la propuesta, pueden ser personas, organizaciones, etc.

Los indirectos serán aquellas personas que, aunque no sean los principales destinatarios, se ven beneficiadas porque en ellos repercuten los cambios de los beneficiarios directos (por ejemplo, los familiares, vecinos, etc., de los beneficiarios directos). Estas personas no participan en las actividades del proyecto.

¿Quiénes y con quiénes lo van a hacer? Recursos humanos

Incluir tanto a la organización a cargo como a otras con las que se trabajará en conjunto, identificando qué es lo que tienen para aportar al proyecto, ya sea por su capacitación, experiencias. Asimismo se deben identificar las responsabilidades que asumirá cada persona en función tanto de sus capacidades como tiempo disponible.

Actividad 4: Roles y responsabilidades[33]

OBJETIVOS: Reconocer quiénes son los responsables de realizar diferentes actividades. Identificar con qué otros actores se podría o sería conveniente trabajar durante la implementación del proyecto, así como para evaluar ventajas y desventajas en relación a los roles de las demás personas.

MATERIALES: Afiche con cuadro – Tarjetas - Lapiceras

DESCRIPCIÓN: Como primer paso se propone seleccionar la estrategia a evaluar. Sobre ésta, se discute cuáles son las instituciones y personas que podrían estar involucradas en las actividades vinculadas al proyecto. Se ubica cada una

[33] Actividad extraída de: International HIV/AIDS Alliance. (2006). Op. Cit.

de ellas como título de una columna diferente. Luego, se identifican todas las actividades que forman parte de esa estrategia, y se escribe cada una en una tarjeta por separado. Se discute quién es responsable de cada actividad, y se ubica la tarjeta debajo de esa columna. En el caso que se considere que una actividad es responsabilidad de más de un actor, se puede duplicar la tarjeta y pegarla bajo varias columnas. Al finalizar, mirar el cuadro y consensuar si tiene sentido o hay algo que quiere modificarse. A partir de esto, evaluar con qué actores será necesario articular y tenerlo en cuenta como pasos del plan de trabajo.

¿Con qué se va a hacer? Recursos / Presupuesto

Por un lado, es importante identificar los recursos con los que la organización cuenta como contraparte. Por otro lado, se trata de construir un presupuesto especificando cuánto dinero se necesita y para qué rubros.

Al momento de armar el presupuesto es preferible comenzar siendo bien específicos e identificar todo lo necesario, aunque posteriormente en el documento que se presente, los rubros sean más generales. En el caso que se pueda incluir como rubro "imprevistos", es recomendable sumarlo y no poner más de un 7% del total.

Para que el presupuesto tenga transparencia es recomendable incluir cómo se obtienen los totales de cada rubro, es decir aclarar cuál es el costo unitario que se está considerando y cómo se multiplica.



¿Cómo se van a mantener los beneficios cuando el proyecto haya terminado? Sostenibilidad

Esta es otra pregunta relevante a realizarse y que muchas veces se requiere en los formularios de presentación de proyectos. Permite pensar y dar a conocer como se prevé que lo logrado con el proyecto no se venga abajo una vez que éste y su financiamiento terminan.

En este punto es importante tener en cuenta cómo las actividades se insertan en la lógica más general de la organización y de la comunidad, qué se brindará a los beneficiarios de modo que sigan causando impacto a futuro, cómo se fortalecen las organizaciones involucradas.

Actividad 5:
Matriz de sustentabilidad[34]

OBJETIVOS: Comparar la sustentabilidad de diferentes actividades, pensando en cómo se sostendrán en el tiempo así como identificar aquellas menos sustentables.

MATERIALES: Afiche con matriz de sustentabilidad con tantas filas como actividades hubiera.

DESCRIPCIÓN: Se discute sobre el significado de la palabra sustentabilidad, incluyendo tanto el hecho de que los resultados se mantengan en el tiempo como que la realización de las actividades en sí sea sustentable. Sobre la matriz, comenzar colocando los nombres de cada actividad (primera columna). A continuación, acordar un sistema de puntaje, por ejemplo números del 1 al 5. Evaluar cada actividad y puntuarla en función de ambos aspectos de la sustentabilidad: la implementación y el impacto. Luego, sumar los puntajes y colocarlos en la última columna. Al finalizar, observar la matriz y evaluar si tiene sentido o no. Discutir si hay actividades que deberían sacarse por no ser suficientemente sustentables o cómo podrían superarse las amenazas ante la sustentabilidad.

Sostenibilidad / Actividades	¿La actividad continuará realizándose bajo la responsabilidad de la comunidad?	¿Los cambios se sostendrán cuando la comunidad tenga la responsabilidad?	Puntaje total
1			
2			
3			

[34] Actividad extraída de: International HIV/AIDS Alliance. (2006). Op. Cit.

Ejecución del proyecto

Una vez definidas esas cuestiones, se pone en marcha la etapa de ejecución del proyecto. Se trata de implementar lo planificado anteriormente, administrar los recursos, comunicar lo que se va realizando e implementar las estrategias de monitoreo previstas.

Si bien la mayoría de las organizaciones están muy acostumbradas a la ejecución de actividades, es importante ir fortaleciendo este momento a través de la mejora en el registro de las actividades (informes, fotos), la promoción de la participación de nuevas personas e instituciones, el desarrollo de estrategias de comunicación.

Evaluación del proyecto

La evaluación del proyecto permite comprobar si se realizó lo planeado y si se alcanzaron los efectos que se esperaban, mediante un conjunto de acciones planeadas y sistemáticas. Hay distintos tipos de evaluación:

Una forma de evaluación se realiza mientras el proyecto se ejecuta, para evaluar si las actividades se realizan en los tiempos previstos, si tienen los resultados esperados, si los recursos alcanzan o no, etc. Esta es una evaluación de proceso, también llamada monitoreo. Este tipo de evaluación permite hacer ajustes a medida que el proyecto avanza, en base a los aprendizajes que se van obteniendo en el proceso. Para el monitoreo se recurre al registro de las actividades, la observación, diálogos entre el equipo, etc.

Al finalizar el proyecto se puede realizar otra evaluación que permita mirar los resultados que se obtuvieron. Se trata de la evaluación de resultados. En este momento hay que preguntarse si se alcanzaron los objetivos planteados o no y en qué medida; pueden evaluarse diferentes aspectos: el grado de cumplimiento de objetivos, el funcionamiento del equipo de trabajo, el contexto en que se desarrolló el proyecto, las actividades realizadas.

Para que la evaluación sea lo más cercana posible a la realidad, es relevante que en este proceso se involucren quienes participaron de las actividades y no sólo quienes diseñaron y/o implementaron el proyecto.

Ambas instancias de evaluación deben ser consideradas en la formulación del proyecto, para decidir qué actividades de evaluación se harán, qué instrumentos se utilizarán y cuáles serán los aspectos que se medirán. Es recomendable indicar qué tipo de evaluación se realizará, de qué modo, en qué momento, qué aspectos se evaluarán y quién será responsable de realizarla.

Actividad 6: Matriz de resultados[35]

OBJETIVOS: Identificar qué actividades están funcionando bien y cuáles necesitan ser mejoradas. Es útil para el monitoreo del proyecto con los miembros de la comunidad y con quienes están a cargo de la implementación, comprendiendo qué opinan los diferentes actores.

MATERIALES: Afiche con matriz de resultados

DESCRIPCIÓN: Es recomendable trabajar en grupos pequeños, por lo tanto si hay muchas personas, es preferible comenzar conformando grupos de 4 o 5. Acordar sobre qué actividades se discutirá y ubicarlas en la primera columna del cuadro. Luego, acordar qué se evaluará de las actividades, identificando preguntas que se escribirán en la primera fila del cuadro (se incluyen algunos ejemplos). A continuación establecer un sistema de evaluación, por ej. puntaje u otro elemento. Discutir cada pregunta sobre cada actividad e ir completando el cuadro. Una vez finalizado el cuadro, identificar si hay actividades planeadas que no fueron realizadas, qué es lo más positivo, qué es lo más negativo, cómo se pueden mejorar las actividades.

	¿La actividad se realizó?	¿Se realizó con la periodicidad planificada?	¿Participaron quienes se esperaba?	¿La participación se mantuvo?	¿La participación creció?
Taller informativo					
Voluntariado en juegoteca					
Reuniones de red de organizaciones					

[35] Actividad extraída de: International HIV/AIDS Alliance. (2006). Op. Cit.

Lenguaje sensible

VOCABULARIO SENSIBLE	¿POR QUÉ?	ALTERNATIVAS
Contagiarse sida, agarrarse sida	El VIH es transmitido a través del contacto con fluidos que contengan el VIH. A diferencia de las enfermedades contagiosas, no se transmite a través del contacto casual (estornudos, tos o saliva)	**Contraer VIH, Infectarse con VIH, Adquirir VIH**
Portador / sidoso / Sidótico	Estos términos tienden a estigmatizar ya que se centra en un individuo como portador de una enfermedad.	**Persona/Hombre/ Mujer con VIH**
Prueba del sida	No existe un análisis que detecte el sida ya que es la etapa avanzada de la infección por VIH. Los análisis detectan anticuerpos al VIH y, por lo tanto, detectan la presencia del VIH en el cuerpo.	**Prueba de VIH**

VOCABULARIO SENSIBLE	¿POR QUÉ?	ALTERNATIVAS
Grupo de riesgo	El riesgo de contraer VIH no es exclusivo de un grupo particular, sino que depende del cuidado que se tenga en prácticas y comportamientos. Estas, a su vez, responden al entorno sociocultural de cada individuo.	**Comportamiento de riesgo /poblaciones vulnerables**
Batalla, lucha, guerra contra el sida	Las metáforas de guerra han creado un entendimiento erróneo de la epidemia, evidenciando una connotación que deja poco margen a la acción individual o colectiva.	**Respuesta al VIH/sida**
Victimas del sida, personas que sufren sida	Estos términos evocan imágenes de pasividad, debilidad e impotencia.	**Persona con VIH**
El/Los travestis, transexuales, transgénero, trans	Se recomienda utilizar el apócope TRANS para referirse a esta población y que los artículos y pronombres sean de acuerdo a si son mujeres trans o varones trans.	**La/s persona/s trans** **La trans (para mujeres)** **El trans (para varones)**

VOCABULARIO SENSIBLE	¿POR QUÉ?	ALTERNATIVAS
Sexo (únicamente)	Mientras que "sexo" supone una descripción física, género" describe las diferencias culturales entre hombres y mujeres.	**Sexo y/o género**
Prostituta / Trabajador/a comercial del sexo /	"Comercial" tiene connotaciones negativas porque implica que el ser humano puede ser un bien o mercancía vendible. Se prefiere el término "trabajo sexual" porque refiere a un servicio a cambio de un pago.	**Trabajador/a sexual**

Abreviaturas

APS	Atención Primaria de la Salud
CDN	Convención de los derechos del niño
DD	Derechos
DDHH	Derechos Humanos
DIU	Dispositivo Intrauterino
DDSSyR	Derechos Sexuales y Reproductivos
ESI	Educación Sexual Integral
ETS	Enfermedades de Transmisión Sexual
FODA	Fortalezas, Oportunidades, Debilidades, Amenazas
HVC	Hepatitis
ITS	Infecciones de Transmisión Sexual
MAC	Métodos Anticonceptivos
NNyA	Niños, niñas y adolescentes
OMS	Organización Mundial de la Salud
SSyR	Salud Sexual y Reproductiva
VIH	Virus de Inmunodeficiencia Humana
VPH o HPV	Virus del Papiloma Humano

Bibliografía

Algava, M. (2006). "Jugar y Jugarse". Asociación Madres de Plaza de mayo. Buenos Aires. http://www.msal.gov.ar/saludsexual/downloads/guia_tecnica_abortos_no_punibles.pdf

Cejas, C., Kremer, P. y Olaviaga, S. (2008). "Manual para la formulación de proyectos de organizaciones comunitarias". Fundación CIPPEC. Buenos Aires.

Checa, S. (Comp.) (2003). "Género, sexualidad y derechos reproductivos en la adolescencia". Paidós. Buenos Aires.

Decidir – Coalición de Jóvenes por la Ciudadanía Sexual. (s/f). "De viva voz. Testimonios de mujeres jóvenes sobre la interrupción del embarazo". México.

Dirección General de Políticas de Juventud. (2012). "Guía para promotores de salud. Información y recursos para ejercer tus derechos". Buenos Aires Ciudad. Buenos Aires. www.buenosaires.gob.ar/bajoven

Federación Internacional de Planificación de la Familia. (2008). "Derechos Sexuales: Una declaración de IPPF". IPPF. Londres. www.ippf.org

Fischer, L. (Coord.) (s/f). "Nuestros Derechos, Nuestras Vidas. Abriendo espacios de reflexión y construcción conjunta". Consejo de los Derechos de Niños, Niñas y Adolescentes, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Buenos Aires.

Fundación Huésped. (2008). "Cultura y Salud. Estrategias de promoción de la salud sexual y reproductiva y prevención del VIH/sida en población joven". Fundación Huésped. Buenos Aires. www.huesped.org.ar

Iniciativa Latinoamericana. (2006). "Guía para elaborar un proyecto". Iniciativa Latinoamericana. Montevideo.

International HIV/AIDS Alliance. (2006). "Tools together now! 100 participatory tools to mobilise communities for HIV/AIDS". International HIV/AIDS Alliance. www.aidsalliance.org

Lesbianas y feministas por la descriminalización del aborto. (2010). "Todo lo que querés saber sobre cómo hacerse un aborto con pastillas". El Colectivo. Buenos Aires.

Margulis, M. (Ed.) (2000). "La juventud es más que una palabra". Biblos. Buenos Aires.

Ministério de Saúde. (2012). "Adolescentes e jovens para a educação entre pares: sexualidades e saúde reprodutiva". Ministério de Saúde. Brasilia. www.saude.gov.br/bvs

Ministerio de Salud. (2010) "Guía técnica para la atención integral de los abortos no punibles". Ministerio de Salud, Presidencia de la Nación. Buenos Aires.

Montero, M. (2003). "Teoría y práctica de la psicología comunitaria. La tensión entre comunidad y sociedad". Paidós. Buenos Aires.

Nirenberg, O., Brawerman, J. y Ruiz, V. (2003). "Programación y evaluación de proyectos sociales. Aportes para la racionalidad y la transparencia". Paidós. Buenos Aires.

Programa de VIH/SIDA/ETS de la Provincia de Buenos Aires. (s/f). "Manual de capacitación en VIH/SIDA/ETS para mujeres líderes comunitarias". Comunidad Europea, GTZ y Programa de VIH/SIDA/ETS de la Provincia de Buenos Aires.

Programa Nacional de Salud Sexual y Procreación Responsable. (s/f). "Jóvenes y sexualidad. Una mirada sociocultural". Ministerio de Salud, Presidencia de la Nación. Buenos Aires. www.msal.gov.ar

Reynaga, E. y Amorín, E. (2007). "Un movimiento de tacones altos: mujeres, trabajadoras sexuales y activistas". RedTraSex. Buenos Aires.

Unicef. (2006). "Elaborando proyectos de comunicación para el desarrollo". Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia. Buenos Aires.

YWCA Mundial y UNFPA. (2006). "Capacitación de mujeres jóvenes para liderar el cambio". YWCA Mundial. www.worldywca.org

Buenos Aires Ciudad

FUNDACIÓN HUÉSPED
PREVENCIÓN . CIENCIA . DERECHOS

D.G. Fortalecimiento de la Sociedad Civil
Subsecretaría de Promoción Social
Ministerio de Desarrollo Social
Buenos Aires
Gobierno de la Ciudad

#CHAVTABÚ

Guía básica sobre diversidad sexual



Dirección de Sida y ETS

COBERTURA UNIVERSAL de SALUD

Ministerio de Salud
Presidencia de la Nación

Presidente de la Nación
Ing. Mauricio Macri

Ministro de Salud
Dr. Jorge Lemus

Secretario de Promoción, Programas Sanitarios y Salud Comunitaria
Dr. Néstor Pérez Baliño

Subsecretaria de Prevención y Control de Riesgos
Dra. Marina Kosacoff

Director de Sida y ETS
Dr. Carlos Falistocco

Autores
Fernando D'Elio
Juan Sotelo
Cecilia Santamaría
Julia Recchi

Edición y correción
Cecilia Dávila

Diseño y diagramación
Guadalupe Iglesias

Dirección de Sida y ETS, Ministerio de Salud de la Nación. Argentina, 2016.
Está permitida la reproducción total o parcial de este material y la información contenida, citando fuente.

Guía básica sobre diversidad sexual

REPÚBLICA ARGENTINA, 2016

Ministerio de Salud
Presidencia de la Nación

Índice

Sobre este material **5**

Hablemos de sexos **6**
Cuando manda la naturaleza **6**
¿Cómo se determina el sexo de las personas? **7**

¿Qué es el género? **9**
El sexo y el género, dos cosas diferentes **9**
Expresiones y roles **9**

Identidad de género **13**
Cisgéneros y transgéneros **13**
El respeto de la identidad de género **14**

Orientación sexual **16**
¿Quién me gusta? ¿Quién me atrae? ¿De quién me enamoro? **16**
Orientación sexual, y comportamientos o conductas sexuales **16**
Salir del armario **17**

Eso que llamamos fobias **20**
¿Qué es la homofobia? **20**
Tipos de homofobia **21**

Recursos y datos útiles **22**
Teléfonos **22**
Materiales audiovisuales **22**

Sobre este material

Durante los últimos años en la Argentina se han implementado leyes y políticas para eliminar la discriminación hacia las personas lesbianas, gays, bisexuales, trans e intersex (LGBTI). Estas iniciativas también incluyen estrategias para promover y garantizar a estas personas el acceso a sus derechos fundamentales, incluido el derecho a la salud.

Con este objetivo, entre las acciones llevadas adelante por la Dirección de Sida y ETS del Ministerio de Salud de la Nación, se incluyó la producción de materiales dirigidos a los equipos de salud. Estos fueron una herramienta clave para apoyar las capacitaciones brindadas y su trabajo.

En este material, la Dirección de Sida y ETS del Ministerio de Salud de la Nación brinda información básica y esencial relacionada con la sexualidad y la diversidad sexual.

Hablemos de sexos

CUANDO MANDA LA NATURALEZA

Muchas veces hemos escuchado decir que la naturaleza es sabia y que, por eso, en la mayoría de las especies existen dos sexos -macho y hembra- para que entre ellos se complementen, y sobre todo para hacer posible la reproducción.

Por eso, cuando hablamos del sexo de las personas, en general nos referimos a distintos aspectos del cuerpo, mas precisamente a algunas características físicas que permiten distinguirnos entre varones y mujeres. Algunas de ellas son visibles, como el pene y los testículos en los varones o la vagina en las mujeres, y otras no, como los ovarios y el útero en el caso de las mujeres o la próstata en el caso de los varones. Es por eso que muchas veces se hace referencia al sexo como "**biológico**" ya que estas características se originan naturalmente.

En el caso de los seres humanos, la idea de que existen dos sexos determinará muchos aspectos de nuestras vidas. Ya desde el nacimiento, e incluso antes, el sexo de una persona en muchos casos será fundamental para pensar en el color de su ropa, en sus juguetes, en los deportes que practicará y, más adelante, qué estudiará o en qué trabajará o con quién se casará.

↳ ¿De dónde surge esta idea? Hasta no hace mucho se consideraba que todas las características relacionadas con el sexo y con la sexualidad de una persona vienen dadas por la naturaleza.

La sexualidad es entendida, en el sentido amplio, como el conjunto de creencias, palabras y significados que se construye alrededor del sexo. En el sentido individual, el elemento clave en la sexualidad no es el sexo biológico sino las ideas que cada persona elabora sobre sí misma y sobre quienes la rodean relacionadas con el deseo, el placer, entre otras muchas cosas.

Pero además, la idea de que las características biológicas determinan nuestra sexualidad no solo ha cambiado debido a nuevos conocimientos y concepciones elaboradas desde la teoría. Avances en otros campos como la medicina demostraron que la naturaleza no es ni infalible ni inalterable. Hoy sabemos, por ejemplo, que mediante técnicas llamadas de "fertilización asistida" se puede concebir un bebé sin tener relaciones sexuales; o que tomando hormonas un varón puede detener el crecimiento de la barba

o aumentar el crecimiento de sus pechos, cambiando así algunas características masculinas de su cuerpo para lograr una apariencia femenina.

¿CÓMO SE DETERMINA EL SEXO DE LAS PERSONAS?

En la mayoría de los casos, hacerlo no es un procedimiento muy difícil. Basta con mirar. Hasta no hace muchos años alcanzaba con que la persona que atendía un nacimiento observara los genitales del bebé que nacía para decir si era varón o mujer. En ese momento el sexo de una persona quedaba asignado para toda su vida. En la actualidad la determinación del sexo también se realiza mediante la observación de los genitales, solo que no es necesario esperar hasta el nacimiento; utilizando las ecografías se puede conocer el sexo de una persona antes de que nazca.



¿Pero es siempre suficiente con la observación para asignarle el sexo a una persona cuando nace? En realidad no. Si bien los genitales de un bebé son la única característica visible para determinar su sexo (todas las demás, como los rasgos de la cara, las manos o los ojos no son diferentes entre varones y mujeres) hay otros aspectos importantes a tener en cuenta y por los cuales la observación no siempre es suficiente para determinar el sexo de una persona.

¿Por qué? Porque los órganos sexuales externos de las personas (el pene, los testículos o la vagina) no

se desarrollan siempre igual, y por eso, en algunos casos no es posible establecer a simple vista si una persona es varón o mujer.

Pero, además de las características visibles hay otras que no lo son, como por ejemplo los órganos internos (útero, ovarios, entre otros) y otras, como los cromosomas, que transmiten toda la información genética de las personas, incluida la determinación del sexo; o la producción de hormonas que inciden en la formación de los órganos sexuales en un feto. Estas características solo pueden conocerse realizando estudios específicos. A veces, las diferencias en estas características, como la existencia de un cromosoma adicional o la producción excesiva de hormonas femeninas o masculinas, también pueden influir en la formación de los órganos sexuales y en la determinación del sexo de una persona.

Las personas cuyos genitales o las demás características que determinan el sexo varían respecto de lo que se considera característico de varones o mujeres, son las personas **intersexuales** o **intersex** y la condición de estas personas lleva el nombre de **intersexualidad**.

Muchas personas se oponen a esas prácticas médicas ya que consideran que, además de ser innecesarias, en muchos casos, suelen impactar negativamente en el bienestar psíquico, físico y social de las personas, ya que generan consecuencias irreversibles como cicatrices severas, infecciones urinarias, reducción o pérdida total de la sensibilidad sexual y dependencia de la medicación. Por otra parte, vulneran el derecho a la integridad y la autodeterminación de la persona sobre de su propio cuerpo como también al libre desarrollo de las personas.

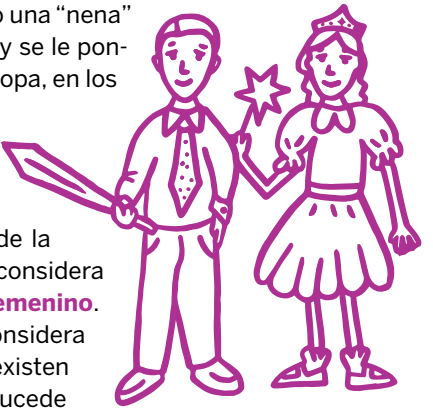
Muchas veces, cuando la intersexualidad se relaciona con la forma de los genitales, es decir que los órganos sexuales de las personas intersex tienen alguna diferencia respecto a lo que se considera normal para un varón o una mujer, ellas son sometidas -incluso siendo aún bebés- a intervenciones quirúrgicas que incluyen la mutilación y la esterilización, en la mayoría de los casos con el solo objetivo de que “parezcan nenes o nenas”.

Palabras y conceptos importantes
sexualidad - sexo - sexo biológico - personas intersex

¿Qué es el género?

EL SEXO Y EL GÉNERO, DOS COSAS DIFERENTES

Como vimos, el sexo de una persona generalmente se establece por algunas características de su cuerpo. Luego de haberlo establecido, comenzamos a pensar en otras características para ese bebé de acuerdo a su sexo. El conjunto de todas estas características es lo que denominamos **género**.



Ese bebé seguramente ahora será un "nene" o una "nena" ("está esperando una nena", "tuvo un nene") y se le pondrá un nombre, pensaremos en el color de la ropa, en los juguetes, hasta imaginamos su futuro en unos años como niña o niño y como hombre o como mujer.

Como el concepto de género se desprende de la idea de que existen dos sexos, también se considera que existen dos géneros: el **masculino** y el **femenino**. Sin embargo, hay sociedades en donde se considera que además del femenino y el masculino existen otros géneros diferentes a estos dos. Esto sucede por ejemplo en la India o Bangladesh, donde las personas hijras son consideradas como un tercer género, diferente al masculino o al femenino.

EXPRESIONES Y ROLES

Este conjunto de características relacionadas con el sexo de las personas que incluyen la apariencia, la forma de hablar, los gestos (o sea como se considera que debería ser una mujer o un varón) es lo que llamamos la **expresión de género**; otras características como el comportamiento, las actividades, oficios para varones y mujeres (o sea, qué deberían hacer) los llamamos **roles de género.**

Estas características que hacen al género determinan qué significa ser hombre o ser mujer en una cultura y un momento histórico determinado. Son las que definen las oportunidades, roles, responsabilidades, formas de sentir y modos de relacionarse de las personas. Por eso, se dice que el **género es construido por las personas**, de la

misma forma que se construyen las ciudades. Y, como sucede con las características de las ciudades, las características de los géneros masculino y femenino también cambian con el tiempo y no son en todos los lugares iguales.

Un ejemplo de cómo cambian las características de género a lo largo del tiempo se puede apreciar en el uso de los colores en niñas y niños. En la actualidad es muy frecuente relacionar el color rosa con el género femenino y el celeste con el masculino.

Expresiones de género	Roles de género
Nombre	Juegos Infantiles
Apariencia	Oficios
Vestimenta	Ocupaciones

Pero aparte de los colores, hay otras características de género por las cuales en nuestros días es muy fácil distinguir a un niño de una niña; por ejemplo, el largo del pelo, el tipo de vestimenta o aros en las orejas de las niñas. Pero esto no fue siempre así. Si miramos fotografías infantiles antiguas creeríamos que por la apariencia de sus protagonistas, solo se les tomaban fotografías a las niñas.

Obviamente esto no era así, pero el aspecto de los niños en esa época no se diferenciaba del de las niñas.



Esto se puede apreciar en la fotografía del presidente de los Estados Unidos Franklin D. Roosevelt, tomada en 1884, en la cual nada en su apariencia indica que es un niño, si tenemos en cuenta como se viste ahora a los niños y a las niñas.

Lo mismo ocurrió para las personas adultas. Muchas expresiones y roles de género cambiaron a lo largo del tiempo. Por ejemplo, hace cien años era muy raro ver a una mujer usando pantalones o hasta hace unos pocos años conduciendo un taxi.

Pero las ideas que tenemos respecto del género no solo cambian con el tiempo. En una misma época pero en diferentes lugares también hay diferentes pautas de género. Por ejemplo, las faldas en la actualidad son una prenda exclusiva del género femenino en casi todo el mundo; sin embargo, en Escocia -donde se llaman *kilts*- son usadas por los hombres para resaltar su masculinidad.

¿Por qué es importante tener en cuenta que el género se construye y que cambia en diferentes épocas y lugares? Porque, a veces, las expresiones y los roles de género se convierten en rígidas pautas a seguir que impiden o limitan las posibilidades, ganas, deseos o sentimientos de las personas de expresarse o hacer cosas que generalmente son consideradas para un género determinado. Esto podría limitar el acceso a los recursos, oportunidades y derechos. Un ejemplo de esto son algunas profesiones: aún hoy es muy difícil encontrar mujeres mecánicas, árbitros de fútbol o bomberas. Esta situación ocurre ya desde la infancia con los juegos infantiles. Por eso, también sucede que muchas personas que desafían estas pautas sufren rechazo, censura, discriminación e incluso violencia. Este es el caso por ejemplo del acoso escolar, conocido ahora como *bullying*, el cual recién en los últimos años se comenzó a considerar como un problema en el sistema educativo.

Algunos estereotipos de género

- Los hombres no lloran.
- Las mujeres son sensibles y delicadas, y los hombres bruscos y duros.
- Ellas son mejores y más aptas para las tareas domésticas.
- Los hombres sólo piensan en el placer del sexo y las mujeres en el sexo como vía para ser madres.
- Las mujeres son menos activas sexualmente que los hombres.
- "La mujer es la encargada de velar por la salud de la familia y llevar a los/as chicos/as al médico".
- El varón es quien debe comprar los preservativos.
- El hombre es más valiente si se aguanta algunos dolores sin ir al médico.

Es importante entender que estas pautas sociales ("las mujeres se quedan en casa y cuidan a los hijos y el hombre sale a trabajar y trae plata") no hablan de lo que está "bien" sino que son solo costumbres, y podrían ser diferentes.

Estas pautas, que se denominan **estereotipos de género**, influyen en las actitudes y en la conducta de las personas. Si bien hay muchos estudios científicos que demuestran la influencia de los estereotipos de género, solo basta con encender el televisor y ver los avisos publicitarios; ahí las mujeres son mostradas como abnegadas amas de casa y encargadas de la salud de la familia, y por lo tanto las consumidoras de todo tipo de productos de limpieza, alimentación, medicamentos.

↳ El sexo, el género y la sexualidad no son cuestiones dadas ni mucho menos naturales, sino construcciones sociales y culturales y en cada persona se presentan y expresan de una manera singular. Así, cada sociedad y cada cultura establecen una manera particular de vivir y expresar la sexualidad. Para comprender estas distintas maneras de vivir la sexualidad es necesario entender las pautas propias de la cultura y las trayectorias personales.

↳ Para una comunicación respetuosa e inclusiva es fundamental utilizar un lenguaje no sexista y evitar el uso de estereotipos y prejuicios que reproduzcan relaciones de subordinación o dominación entre los géneros.

Palabras y conceptos importantes
género - expresión de género - roles de género - estereotipos de género

Identidad de género

CISGÉNEROS Y TRANSGÉNEROS

Además de expresarse y asumir roles, **las personas sienten, se perciben y se identifican con un determinado género**. Esta profunda identificación que cada persona tiene con un género u otro es lo que se llama **identidad de género** y puede corresponderse o no con el sexo biológico de las personas. Si la identidad de género de una persona se corresponde con su sexo biológico, es decir una mujer que se identifica con el género femenino o un varón con el género masculino, se dice que esa persona es **cisgénero** o **cisgenérica**. Este es el caso de un bebé que nació varón, durante su infancia se identificó como nene y toda su vida se sintió hombre.



Pero si la identidad de género de una persona no se corresponde con su sexo biológico se dice que ellas son personas **transgénero**, **transgenéricas** o simplemente, **trans**.

Además de las mencionadas, existen otras clasificaciones o formas de nombrar a las personas **trans**, pero generalmente se considera que estas tres incluyen a las demás y por eso en adelante utilizaremos el término trans para denominar a todas las personas que no son cisgénero.

En la Argentina y otros países de América Latina es muy común la utilización del término **travesti**, principalmente en referencia a una identidad de género femenina.

La identidad de género no siempre es expresada o exteriorizada. Por eso es importante tener en cuenta que **la identidad de género no es lo mismo que la expresión de género**. Muchas personas trans, por diferentes razones, mantienen su expresión de género en concordancia con su sexo biológico y aun así se consideran como personas trans, ya que sienten que su identidad de género no se corresponde con su sexo biológico. Hay mujeres trans que nacieron varones y siempre se identificaron con el género femenino pero vivieron la mayor parte de su adultez como hombres, y recién comenzaron a expresarse en el género femenino, cambiando su nombre y su apariencia, siendo ya mayores.

Pero también, en el sentido opuesto, la expresión de género no siempre determina la identidad de género de las personas, ya que hay personas que en algunas circunstancias se expresan en un género diferente a su sexo biológico, sin ser personas trans. Este es el caso por ejemplo de los **transformistas**, cuya identidad de género sí se corresponde con su sexo biológico, o sea que son cisgénero, pero sin embargo con fines artísticos lucen una apariencia identificada con el género femenino, e incluso algunas no son reconocidas cuando se presentan con su apariencia masculina.

EL RESPETO DE LA IDENTIDAD DE GÉNERO

Con relación a la denominación de las personas respecto a su identidad de género, más allá de las categorías que existen ahora o que existan en el futuro, lo más importante es el trato digno y el respeto de la identificación de cada persona con el género escogido. Para ello, en la gran mayoría de los casos basta con observar su apariencia y el nombre con el cual se presentan las personas trans para que sean reconocidas y tratadas de acuerdo a su identidad de género.

Aunque para tratar a una persona trans en forma digna y respetando su identidad no debería ser necesario que lo diga una ley, en la Argentina, a partir del año 2012, la Ley de Identidad de Género Nº 26.743 reconoce el derecho humano a la identidad de género, obligando a que esta sea respetada e identificada en el documento nacional de identidad.

Este reconocimiento incluye por supuesto considerar los artículos y los pronombres como **LA, UNA, ELLA, ELLAS para las personas trans femeninas y EL, UN, EL, ELLOS para las personas trans masculinas.**

Una mujer trans que se llama Claudia, que tiene implantes mamarios, que usa zapatos con tacos altos es **ELLA**, aunque su sexo biológico sea diferente (es decir, que tenga pene y testículos). Será **UNA** paciente o **UNA** empleada o **UNA** enfermera, y así **LA** deberíamos tratar.

Palabras y conceptos importantes
identidad de género - cisgénero - transgénero - trans - travesti - transexual

Orientación sexual

¿QUIÉN ME GUSTA? ¿QUIÉN ME ATRAE? ¿DE QUIÉN ME ENAMORO?

Otro aspecto muy importante de la sexualidad de las personas es la **orientación sexual.** Ésta se refiere específicamente a la atracción sexual, erótica, emocional o amorosa que sienten las personas hacia otras tomando como referencia su género o también su identidad de género.

↳ Así, las personas que se sienten atraídas hacia personas de su mismo género son los hombres gays y las lesbianas; generalmente a estas personas se las llama homosexuales.

Quienes se sienten atraídos por personas del género opuesto al de ellos son las personas heterosexuales, y quienes sienten esa atracción por personas de ambos géneros son las personas bisexuales.

En la definición de la orientación sexual hay dos aspectos importantes: que la **orientación sexual de una persona no debe confundirse con su identidad de género** ya que, como dijimos, son cosas totalmente diferentes y, por otra parte, que **el objeto de atracción esté dado en términos de género y no de sexo biológico.**

Destacar estos aspectos es importante porque, muchas veces, se considera erróneamente que las relaciones que incluyen a una persona trans (por ejemplo una pareja entre una travesti y un hombre cisgénero) son relaciones homosexuales. Pero, seguramente, ni la travesti ni su pareja se identifiquen como homosexuales o como gays.

Sin embargo, hay personas trans que se sienten atraídas por personas de su mismo género o con su misma identidad de género y sí se identifican como gays o lesbianas.

ORIENTACIÓN SEXUAL Y COMPORTAMIENTOS O CONDUCTAS SEXUALES

Así como es importante diferenciar entre la orientación sexual y la identidad de género, también se debe diferenciar la orientación sexual de los comportamientos o conductas sexuales.

La orientación sexual de las personas no se relaciona con los comportamientos o conductas sexuales ya que estos conceptos hacen referencia a elecciones conscientes de las personas; sin embargo, no hay evidencia de que las personas gays, lesbianas, bisexuales y heterosexuales elijan su orientación sexual.

Un ejemplo de comportamientos sexuales sería el caso de hombres o mujeres heterosexuales que, estando privadas de su libertad, mantienen relaciones sexuales e incluso amorosas con personas de su mismo género mientras están en prisión, o de algunos "*taxi boys*" que, siendo heterosexuales, tienen relaciones sexuales con hombres.

Otro concepto que muchas veces se confunde con el de orientación sexual es el de **prácticas sexuales**, es decir todas las cosas que hacen las personas mientras mantienen relaciones sexuales (posiciones, juegos, etc.). Pero estas no tienen nada que ver con su orientación sexual. Por ejemplo, es bastante común pensar que algunas prácticas sexuales se relacionan con la orientación sexual de las personas y esto no necesariamente es así. Muchas personas creen que la penetración anal en los hombres está directamente relacionada con la homosexualidad; sin embargo, muchos hombres heterosexuales disfrutan la penetración anal.

SALIR DEL ARMARIO

¿Qué es el armario? En las sociedades de la antigüedad, como en Grecia o Roma, las relaciones homosexuales eran aceptadas e incluso públicas, pero después de esta época poco a poco la sexualidad se convirtió en un tema tabú; la homosexualidad se fue relacionando con el pecado, con el delito o con la enfermedad y la heterosexualidad se fue convirtiendo en la única forma aceptable en que las personas podían relacionarse afectiva y sexualmente. Lamentablemente, esta idea se mantiene hasta nuestros días en muchas partes del mundo. Basta con recordar que en algunos países la homosexualidad es un delito castigado con prisión o pena de muerte.

Ante esta situación, muchas personas cuya orientación sexual o identidad de género no son aceptadas o son condenadas moral o legalmente por las sociedades, mantienen ocultos y secretos esos aspectos de su sexualidad. Esto comúnmente se denomina "estar dentro del armario". Por eso, salir del armario es el proceso por el cual las personas homosexuales, bisexuales o trans reconocen que su orientación sexual o su identidad de género es diferente respecto de lo que se considera "normal" y en un

determinado momento toman la decisión de compartir este aspecto de su sexualidad con otras personas.

Salir del armario no es un acto sino un proceso. Este proceso es personal y voluntario. Cuando salir del armario se relaciona con la identidad de género de las personas trans, esto incluye el período en el cual ellas realizan su transición mediante cambios en su apariencia que pueden incluir tratamientos hormonales, intervenciones quirúrgicas o simplemente la adecuación de su vestimenta, su aspecto y la elección de su nombre de acuerdo a su identidad de género. Una vez atravesado este proceso las personas trans deberían ser reconocidas por su identidad de género y la misma debe ser respetada.



La salida del armario relativa a la orientación sexual, es decir la de gays, lesbianas y bisexuales, es un proceso continuo, ya que todavía existe la idea que la heterosexualidad es la orientación sexual "normal" de toda persona. Y, salvo que se trate de alguien reconocido o famoso que haya manifestado públicamente su orientación sexual, cualquier persona cuya orientación sexual sea distinta de la heterosexual, por más que haya salido del armario ante su familia, sus amistades, su círculo social cercano, deberá manifestarlo por cualquier motivo que quiera o necesite hacerlo en cada espacio nuevo en el cual interactúe. De otro modo, se asumirá que su orientación sexual es heterosexual.

En el ámbito de la salud, asumir la heterosexualidad de las personas puede llevar a fallas en la atención médica que pueden resultar en errores en el diagnóstico de algún problema de salud, al brindar información correcta sobre medidas de prevención o simplemente en la invisibilización, maltrato u otras formas de discriminación.

Situaciones como estas están muy bien ilustradas en los videos "¿Cuál es la diferencia?", producidos como

material de apoyo en el marco del proyecto "Centros de salud libres de homofobia" llevado adelante en Uruguay, que se pueden ver en *youtube*.

Palabras y conceptos importantes
orientación sexual - gays - lesbianas - bisexuales - conductas sexuales - salir del armario

Eso que llamamos fobias

¿QUÉ ES LA HOMOFOBIA?



Una de las consecuencias de que las sociedades establezcan pautas y normas para todos los aspectos posibles relacionados con nuestra sexualidad es que quienes no se ajustan a ellas pueden ser discriminados y, como hemos visto anteriormente, en algunos países también pueden llegar a ser condenados por leyes.

Pero estas no son las únicas consecuencias que ocurren cuando las sociedades crean reglas que dicen cómo las personas deben vivir su sexualidad. También provocan en todas las personas otros sentimientos adversos hacia las personas lesbianas, gays, bisexuales, trans e intersex (LGBTI) que se manifiestan de formas muy diferentes que incluyen la burla, el rechazo, el miedo y hasta la violencia y el crimen.

Estos sentimientos y actitudes originalmente se refirieron a los homosexuales y por eso se denominó a este fenómeno como homofobia. A los actos relacionados con la **homofobia** se los denomina **homofóbicos**.

El término homofobia fue utilizado por primera vez por un psicólogo norteamericano en 1971 para intentar explicar “un temor que provoca un comportamiento irracional de huida o el deseo de destruir a los homosexuales o cualquier cosa que lo recuerde”. Con el tiempo el término se fue resingificando y actualmente abarca muchas más actitudes que las descriptas originalmente.

Posteriormente surgieron otros términos que involucran el mismo fenómeno pero con referencia a otras poblaciones. Surgieron, por ejemplo, los términos **lesbofobia**, **transfobia**, **travestofobia**.

Es importante tener en cuenta que, aunque estos términos ya se han adoptado y comúnmente se utilizan para nombrar a todas las actitudes hostiles hacia gays, lesbianas, bisexuales o trans, por diferentes razones son considerados inexactos. Fundamentalmente porque lo que normalmente conocemos como fobias (como la claustrofobia, que es el miedo al encierro, o la aracnofobia, que es el miedo a las arañas) se consideran "trastornos psicológicos que se caracterizan por un miedo intenso, irracional y desproporcionado ante objetos o situaciones concretas". Pero cuando estas "fobias" se relacionan con la orientación sexual o con la identidad o la expresión de género, resulta controversial catalogarlas como trastornos, porque no son irracionales sino que son actitudes pensadas e intencionales. Además, difícilmente una persona aracnofóbica disfrute escuchando o haciendo chistes sobre las arañas o maltratándolas. En todos los casos quien siempre sufre las consecuencias de la homofobia no es la persona homofóbica sino las personas LGBTI.

TIPOS DE HOMOFOBIA

Existen diferentes niveles en los que se puede observar la homofobia, y en todos los casos sus consecuencias pueden restringir el acceso a la salud de las personas LGBTI.

Las normas sociales que condenan las expresiones de la sexualidad que no se aceptan como normales generan lo que se llama **homofobia cultural**, y este es el nivel donde la homofobia está más extendida y alcanza a todas las personas de una comunidad.

Manifestaciones generales y específicas de homofobia/transfobia/lesbofobia/bifobia/interfobia en el sistema de salud

- Asumir la heterosexualidad de las personas en una consulta médica.
- No respetar la identidad de género de las personas trans.
- Mutilación genital a personas intersex con el fin de "normalizar" sus genitales.
- Negar la donación de sangre a hombres por el solo hecho de ser homosexuales.
- Patologización de la identidad de género.
- Internación de mujeres trans en salas de hombres.
- Asumir que cualquier consulta de un hombre gay se relaciona con el VIH.

Entonces, si este fenómeno nos alcanza a todas las personas, que desde la infancia crecemos y vivimos en una sociedad homofóbica, muchas personas LGBTI generan sentimientos negativos sobre su propia sexualidad, incluso estos sentimientos se pueden extender a toda su personalidad y manifestarse en el silencio, desvalorización personal o la dificultad para socializar. Esto se conoce como **homofobia personal o internalizada.**

En el ámbito de la salud, ejemplos de este tipo de homofobia se evidencian en testimonios de hombres gay quienes manifestaron que por vergüenza o temor a ser juzgados ocultaron su orientación sexual en una consulta médica, inclusive cuando se trataba de infecciones de transmisión sexual.

Otro nivel donde existe la homofobia es el **nivel interpersonal**; esto quiere decir que los prejuicios y las acciones contra las personas LGBTI aparecen y afectan las relaciones entre ellas. Estas formas de homofobia pueden ser tan sutiles como una mirada cómplice y burlona entre dos personas ante la presencia de una travesti o tan brutales como los llamados crímenes de odio, pasando por burlas, calificativos, apodos y acoso escolar.

Por último, si consideramos que las instituciones son como un armazón que sostiene los valores de una sociedad, si esta es homofóbica sus instituciones también lo serán. La **homofobia institucional** se manifiesta de diferentes maneras y en todas las instituciones de la sociedad, desde la propia familia hasta las instituciones educativas, religiosas, de salud, la policía, el sistema judicial y los medios de comunicación, solo por nombrar algunos. La consecuencia más importante de esto es la negación de derechos fundamentales con serias consecuencias para las personas LGBTI.

Diversos estudios indican que mientras en la población general la prevalencia de VIH es menor al 1%, en algunos grupos como las personas trans, llega a ser mayor al 34%; entre los hombres que tienen sexo con hombres o con personas trans alcanza el 12%; y al 5% entre personas trabajadoras sexuales.

Desde el año 2009, el Ministerio de Salud de la Nación promueve y acompaña el desarrollo de los “consultorios amigables” en todo el país, especialmente preparados para la atención integral de la salud de la comunidad de la diversidad sexual.

Recursos y datos útiles

INSTITUCIONES

Ministerio de Salud de la Nación
Direccion de Sida y ETS
www.msal.gob.ar/sida
prevención-vih@msal.gov.ar
Línea Salud Responde: 0800 3333 444

Programa Nacional De Salud Sexual y Procreación Responsable
www.msal.gob.ar/saludsexual/
saludsexual@msal.gov.ar
Línea Salud Sexual: 0800 222 3444

INADI - Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo
www.inadi.gob.ar/
direccionasistencia@inadi.gob.ar
Asistencia gratuita las 24 horas: 0800 999 2345

MATERIALES AUDIOVISUALES

Queremos saber. Sexualidad y diversidad sexual (Canal Encuentro)
Los porqués de los cambios que ocurren durante la juventud: las variaciones en los gustos, intereses y pensamientos; la sexualidad; la revolución hormonal; y las modificaciones corporales y otros temas. Duración: 13 min.

Estereotipos de género (Canal Encuentro)
Todavía hoy se sigue señalando a quienes no asumen una orientación heterosexual. Respetar las elecciones del otro empieza por terminar con el estereotipo de una única sexualidad posible. Duración 2 min.

Igual de diferentes. Identidad sexual (INADI)
El aspecto físico, la identidad sexual, la ascendencia, una discapacidad física... Chicos y chicas que se vieron expuestos a diferentes tipos de discriminación en su ámbito escolar cuentan su experiencia y qué tipo de ayuda recibieron, en la escuela, para salir adelante. Serie producida por el INADI, junto a Canal Encuentro. Duración 25 min.

Estos tres videos se pueden ver y descargar en www.encuentro.gob.ar. Se puede acceder a ellos introduciendo el nombre de las producciones en el buscador del sitio.

¿Cuál es la diferencia?
Este material es parte de la iniciativa "Centros libres de homofobia", organizada por Ovejas Negras, el Ministerio de Salud Pública del Uruguay, RAP, ASSE, la Universidad de la República y UNFPA. Muestra cómo no tener en cuenta un enfoque de diversidad de género puede llevar a diagnósticos de salud erróneos, lo que puede afectar la salud de las personas LGTIB. Duración 20 min. Disponible en YouTube.



República Argentina
www.msal.gob.ar
Avenida 9 de Julio 1925 · Buenos Aires · Argentina

HABLAR DE DIVERSIDAD SEXUAL Y DERECHOS HUMANOS

Guía informativa y práctica



HABLAR DE DIVERSIDAD SEXUAL Y DERECHOS HUMANOS

Guía informativa y práctica

Borisonik, Diego L.
Hablar de diversidad sexual y derechos humanos : guía informativa y práctica / Diego L. Borisonik ; Lucía Bocca ; contribuciones de Eduardo Otero Torres. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación. Secretaría de Derechos Humanos y Pluralismo Cultural, 2017.
46 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-4017-26-0

1. Derechos Humanos. 2. Diversidad Sexual. I. Bocca, Lucía II. Otero Torres, Eduardo, colab. III. Título.
CDD 323

1ª edición: abril de 2017
2ª edición: abril de 2018

ISBN: 978-987-4017-26-0

© Secretaría de Derechos Humanos y Pluralismo Cultural

Esta publicación fue realizada por la Secretaría de Derechos Humanos y Pluralismo Cultural del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación.

Secretaría de Derechos Humanos y Pluralismo Cultural
Avenida del Libertador 8151, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina
www.argentina.gob.ar/derechoshumanos

Hecho el depósito que establece la Ley Nº 11.723
Impreso en Argentina

Índice

Acerca de esta guía **5**

Hablar de diversidad sexual **6**
El paradigma binario y heterocisnormativo 11
Diversidad sexual y derechos humanos 12

Conceptos y términos clave sobre diversidad sexual **16**

Recomendaciones para hablar sobre diversidad sexual **24**
Recomendaciones generales 25
Recomendaciones para crear un ambiente apropiado para hablar con niñas, niños y adolescentes 26
Recomendaciones para usar un lenguaje adecuado 28
Recomendaciones para crear un paradigma inclusivo e igualitario 30

Verdadero y falso **32**

Recursos y materiales **37**
Recursos audiovisuales 35
Documentos 41
Marco normativo 44


Libertad
Amor
Educación
Intersex
Trans
Vida
Trabajo
Diversidad Sexual
Identidad de Género
Homosexualidad
Pansexualidad
Información
Salud
Educación
Lesbiana
Vivienda
Travesti
Transexual
Heterosexual
Alegría
Orgullo
Transgénero
Intergénero
Varón
Respeto
Igualdad
Familia
Mujer
Gay
Derechos Humanos
Expresión de Género
Paradigma Inclusivo
Ambiente Apropiado
Comunicación Adecuada
Comprensión
Diálogo
Cotidiano
Bisexualidad
Crecer Libres
Conocer Amor
Bisexual
Orientación Sexual

Esta guía invita a reflexionar acerca de la forma en que entendemos, miramos y vivimos la diversidad sexual. Brinda información y otorga herramientas para pensarnos desde una perspectiva de diversidad sexual. También nos ayuda para que podamos conversar con niñas, niños y adolescentes.

Presenta información y recursos básicos para hablar sobre diversidad sexual, con el propósito de contribuir a que todas las personas puedan:

- Vivir en libertad, igualdad y sin discriminación;
- Vivir con plenitud su orientación sexual, identidad de género, expresión de género y diversidad corporal;
- Crecer libres de prejuicios, estigmatizaciones y violencias;
- Comprender la riqueza de la diversidad sexual;
- Conocer, respetar y defender siempre los derechos de todas las personas;
- Promover el cambio cultural necesario para conformar un mundo más justo e igualitario; y
- Comprender que cuando hablamos de los derechos de personas lesbianas, gays, bisexuales, trans, intersex y queer (LGBTIQ), estamos hablando de derechos humanos.

Hablar de diversidad sexual

Hablar de diversidad sexual es hablar de la vida cotidiana, del amor, de la identidad, de las relaciones entre las personas y de los derechos humanos.

En la diversidad sexual estamos todas las personas. Los seres humanos somos sexuados, sexuales y distintos. Tenemos una orientación sexual, un cuerpo sexuado y una identidad de género; y expresamos nuestro género de forma diferente. Hablar de diversidad sexual es dar lugar a que cada persona pueda desplegarse y desarrollarse tal cual es y siente ser, y por sobre todo, es dar lugar a un mayor crecimiento individual y como sociedad.

Hablar de diversidad sexual es hablar de la humanidad; es hablar de todas las personas desde el rasgo propio de cada una, desde su identidad, desde ese conjunto de características que hacen a cada persona única y diferente de la otra. Por ello, cuando hablamos de diversidad sexual nos referimos a todas las orientaciones sexuales, identidades y expresiones de género y diversidades corporales, desde una visión amplia respecto de los estereotipos sociales establecidos.

¿Por qué una persona heterosexual puede, sin prejuicios, ir por la calle de la mano de su pareja sin ser mirada, o aún acosada?

Esta es una pregunta que pocos se hacen porque la sociedad está dominada por un paradigma binario y heterocisnormativo que solo contempla varones y mujeres y relaciones heterosexuales.

Pues bien, es hora de preguntarnos por qué muchas personas se incomodan si su hija pide una pista de autos o su hijo una muñeca de regalo de cumpleaños; o si sus hijas o hijos tienen una maestra o maestro homosexual; o si un compañero llamado Rodrigo pide que comiencen a llamarla Romina porque se siente e identifica mujer, o viceversa.

* *Por esto es necesario hablar de la diversidad sexual:*

- para hacerlo cotidiano,
- para aprender a aceptar la diferencia sin temerle,
- para poder vivir de forma libre y de igual manera, sin discriminación,
- para que nadie sienta culpa o vergüenza por su orientación sexual, identidad de género, expresión de género y/o diversidad corporal, y
- para acompañar y acompañarse y poder vivir la orientación sexual, la identidad de género, la expresión de género y la diversidad corporal en libertad.

Hablar de diversidad sexual implica dar sentido y visibilidad a emociones, sentimientos, expresiones e identidades que de otra manera se mantienen ocultas. Es descontracturar estructuras que pongan en jaque la hegemonía binaria y heterosexual y, por sobre todo, hablar ayuda a derribar mitos a partir de información y conocimiento certero. Se habla mucho de la diversidad sexual, y más precisamente se piensa que la diversidad sexual se trata de todo aquello que no es heterosexual. Pero, en realidad, la diversidad sexual incluye la heterosexualidad. Todas las personas somos parte de la diversidad sexual.

Ahora cuando se habla de políticas públicas en materia de diversidad sexual se habla de políticas de promoción y protección de los derechos humanos de la población LGBTIQ.

Las niñas, niños y adolescentes preguntan, solicitan y necesitan información. Son parte de la diversidad, son seres sexuados, que se vinculan emocional y sexualmente con otros seres. En la medida en que sientan contención y libertad para preguntar y expresar sus inquietudes y sentimientos, tendrán más oportunidades de vivir su identidad de género, su orientación sexual, su diversidad corporal y expresar su género sin culpas.

Cuanto más se habla de estos temas, cuanto más se naturaliza y se conversa con niñas, niños y adolescentes acerca de la diversidad sexual, se abre la oportunidad para que puedan sentir comodidad sobre quiénes son y qué desean, con respeto y sin prejuicios. Es empezar a construir una sociedad más favorable, repleta de colores, entretenida e inclusiva.

La invisibilización del tema puede, por un lado, generar culpa, rencor, dolor y distanciamiento entre quienes sienten que no pueden hablar de sí; y, por otro lado, fomentar agresión, burla y discriminación entre quienes no saben convivir con aquello que no conocen.

Siempre es importante que las niñas, niños y adolescentes encuentren figuras adultas contenedoras, abiertas y dispuestas al diálogo y a brindar información. Ello deshace los nichos de desinformación existentes, y permite derribar mitos, prejuicios y angustias.

El paradigma binario y heterocisnormativo



La manera de ver la normalidad y anormalidad ha sido atravesada por creencias culturales y paradigmas científicos dominantes en las distintas épocas y sociedades.

En gran parte del mundo predomina la cultura *biologicista, machista y patriarcal* que ha determinado también la sexualidad. Bajo esta perspectiva se considera que el sexo y el género abarcan solo dos categorías rígidas (binarismo) determinadas por lo anatómico (biologicismo): masculino/varón y femenino/mujer, que establecen roles, comportamientos y expectativas. Asimismo, se espera que aquellas personas a las que se les asignó género masculino al nacer crezcan para ser varones y aquellas a las que se les asignó femenino al nacer crezcan para ser mujeres. Además, se constituye la heterosexualidad como la norma, como orientación sexual única y por ende "normal" (heteronormatividad), intentando incluso explicarla desde la biología (biologicismo).

Este sistema o modelo, que se dio en llamar el *paradigma binario y heterocisnormativo*, excluye a aquellas identidades que no se enmarcan dentro de estas categorías (como las personas trans o intersex) y a todas aquellas orientaciones sexuales distintas a la heterosexual (como la homosexualidad, la bisexualidad, etc.) entendiéndolas como "lo desviado" e incluso, para algunas posturas, "lo enfermo". Es un paradigma que oprime lo distinto, aquello que altera y amenaza su unicidad, predominio y protagonismo. Es por esto que las orientaciones sexuales, identidades de género, expresiones de género y diversidades corporales no hegemónicas parecería que no tienen sentido ser nombradas.

Años de lucha para erradicar la discriminación y lograr la igualdad llevaron a trabajar por romper con el paradigma binario y heterocisnormativo para pasar al de la diversidad sexual y los derechos humanos.

* Diversidad sexual y derechos humanos

La cotidianidad es diversa y es sexual. Las personas en su diversidad son seres humanos con derechos inherentes. Los derechos de la población LGTBIQ son derechos humanos, ni más ni menos que ello y, por ende, por qué no hablar de ellos con esa simpleza.

El derecho al trabajo digno, a la libre expresión, a la identidad de género, al desarrollo personal, a la educación, a igual trato ante la ley, y a la salud, entre otros, son derechos de todas las personas, que han sido negados durante años a la población LGBTIQ; y que incluso en varios lugares del mundo se siguen negando. Aún existen países que tienen legislación que penaliza toda orientación sexual, identidad y expresión de género por fuera del paradigma binario y heterocisnormativo.

Por ello, en el año 2007, el sistema internacional de derechos humanos estableció los Principios de Yogyakarta en el marco de las Naciones Unidas, que establecen recomendaciones respecto de la aplicación de la legislación internacional de derechos humanos en relación con la orientación sexual, la identidad de género, la expresión de género y la diversidad corporal.

Es importante entender que cuando hablamos de los derechos de personas LGBTIQ no nos referimos a derechos distintos o especiales a los que tiene el resto de los seres humanos, sino que se trata de reconocer los derechos a todas las personas, sin distinción de su orientación sexual, identidad de género, expresión de género y diversidad corporal.

De aquí la importancia de la sanción de ciertas leyes y el dictado de ciertas normas en Argentina que reconocieron estos derechos humanos como:

- la Ley de Educación Sexual Integral (Ley Nº 26.150, de 2006), que dispone la implementación de la educación sexual integral desde una mirada de diversidad sexual y derechos humanos. Se fundamenta en la concepción de que la educación sexual es un derecho de niñas, niños y adolescentes.
- la Ley de Matrimonio Igualitario (Ley Nº 26.618, de 2010), que reconoce la unión conyugal entre dos personas más allá del género y/o sexo de estas.
- la Ley de Salud Mental (Ley Nº 26.657, de 2010), que prohíbe el diagnóstico en base a elección o identidad sexual (art. 3 c),
- la Ley de Identidad de Género (Ley Nº 26.743, de 2012), que reconoce el derecho a la identidad de género de las personas, garantizando el trato digno, la rectificación registral de la Partida de Nacimiento y del Documento Nacional de Identidad, sin requerir autorización judicial, diagnóstico médico o modificación corporal acorde al género autopercibido. Esta ley contempla el acceso integral a la salud de las personas trans, incorporando las intervenciones quirúrgicas y tratamientos hormonales en el plan médico obligatorio (PMO). Ha sido de vanguardia en tanto garantiza el derecho a la identidad de género autopercibida a niñas, niños y adolescentes.
- la Ley de Femicidio y Crímenes de Odio (Ley Nº 26.791, de 2012), que modifica el art. 80 del Código Penal incorporando expresamente como agravante cuando el homicidio lo fuera en base a la orientación sexual, identidad de género o su expresión.
- la Ley de Reproducción Humana Asistida (Ley Nº 26.862, de 2013), que determina el acceso integral a las técnicas y/o procedimientos de reproducción médico-asistidos para las personas mayores de edad sin distinción del estado civil, identidad de género u orientación sexual.
- La Reforma del Código Civil y Comercial (Ley Nº 26.994, de 2015), que ajustó su texto a la perspectiva de derechos

humanos introducida por la normativa internacional en la materia, y en particular, en el marco de la diversidad sexual, por las leyes de Matrimonio Igualitario e Identidad de Género, incorporando a su vez el instituto de la Voluntad Procreacional como elemento central para la determinación de la filiación de niñas y niños nacidas/os por Técnicas de Reproducción Humana Asistida.

- las Resoluciones del Ministerio de Salud de la Nación (Resoluciones 1507, 1508 y 1509 de 2015) que modifican la reglamentación de la Ley de Sangre (Ley 22.990) asegurando que los requisitos de donación no tengan contenido discriminatorio como sucedía anteriormente que impedían la donación de sangre de la población GBT (gays, bisexuales y trans).

Conceptos y términos clave sobre diversidad sexual*

* Para la elaboración del glosario se utilizaron las siguientes referencias como base:

- Conceptos básicos relativos a personas LGBTI Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH). (http://www.oas.org/es/cidh/multimedia/2015/violencia-lgbti/terminologia-lgbti.html).
- Ley de Identidad de Género (Ley Nº 26.743).
- Principios de Yogyakarta: Principios sobre la aplicación del derecho internacional de derechos humanos a las cuestiones de orientación sexual e identidad de género. ONU, 2007.

Para hablar de diversidad sexual es necesario conocer los conceptos y términos adecuados. Informarse permite revisar las propias creencias y consolidar la mirada desde la comprensión e introspección.

Aquí se presentan en forma de **glosario** algunos ***conceptos*** y ***términos clave***:

Bisexual: persona que siente atracción emocional, afectiva y sexual hacia personas del mismo género y del género opuesto.

Cisgénero: persona cuya identidad de género corresponde con el sexo asignado al nacer. El prefijo "cis" se utiliza como antónimo del prefijo "trans".

Diversidad corporal: se refiere a la amplia gama de representaciones del cuerpo en relación con las variaciones en la anatomía sexual que se expanden más allá del binario varón/mujer.

Diversidad familiar: se refiere al conjunto de conformaciones familiares. Estas dependen de la historia, lo social y la cultura. Entre ellas se pueden mencionar las siguientes configuraciones familiares: heteroparental, homoparental (homomaternal o comaternal –dos madres- u homopaternal o copaternal -dos padres-), monoparental (madre soltera o padre soltero), poligámica (poligínica –varón con varias mujeres- o poliándrica –una mujer con varios hombres-), ensamblada, adoptiva, de acogida, pareja sin hijos, cohabitantes, etc.

Diversidad sexual: se refiere al conjunto de todas las orientaciones sexuales (incluyendo la heterosexualidad), identidades de género (trans y cis), expresiones de género y diversidades corporales.

Estereotipos de género: conjunto de representaciones sociales respecto de comportamientos y roles esperados para mujeres y varones. Estos estereotipos van habitualmente, aunque no necesariamente, acompañados de prejuicios que generan situaciones de desigualdad y discriminación. En muchas sociedades los estereotipos de género tradicionales asocian, por ejemplo, las tareas del hogar y del cuidado de hijas e hijos a las mujeres, mientras que el trabajo y el sustento familiar a los va-

rones. Para abolir todas las formas de discriminación contra las mujeres, es necesario, entre otras acciones, darle prioridad al cuestionamiento y erradicación de los estereotipos de género.

Expresión de género: es la forma en la que las personas manifiestan su género: a través del nombre, la vestimenta, el comportamiento, los intereses y las afinidades. Puede ser femenina, masculina o andrógina (la combinación de ambos). Es importante poder distinguir que la expresión de género no define una determinada orientación sexual ni una identidad de género. Es un elemento más que se involucra en la construcción de las identidades.

Gay: varón que siente atracción emocional, afectiva y sexual hacia otros varones.

Género: las diferencias de género se establecen a partir de una construcción social y cultural. No son un rasgo biológico. Refiere a los roles, comportamientos, y expectativas que se espera e impone a una persona para que desarrolle una vida de acuerdo a categorías socioculturales. El género es histórico, social, y cultural. Responde a una determinada sociedad y cultura en un determinado momento que define qué es lo que se espera de cada persona como mujer o varón.

Identidad de género: "es la vivencia interna e individual del género tal como cada persona la siente, la cual puede corresponder o no con el sexo asignado al mo-

mento del nacimiento"[1]. Toda persona tiene una *identidad de género* y una *orientación sexual*. Y es importante remarcar que una no depende de la otra.

Intersex: personas cuyos cuerpos (cromosomas, órganos reproductivos y/o genitales) no se encuadran anatómicamente dentro de los patrones sexuales que constituyen el sistema binario varón/mujer. Algunas organizaciones de personas intersex prefieren referirse a la intersexualidad como parte de la diversidad corporal.

Heterosexual: persona que siente atracción emocional, afectiva y sexual hacia personas de un género distinto al propio.

Heterocisnormatividad: sistema que presenta a la heterosexualidad y a la identidad de género como los únicos modelos válidos de identidad de género y de relación sexo-afectiva y de parentesco.

Homofobia, transfobia, lesbofobia y bifobia: si bien estos son términos que comúnmente se utilizan para hablar de odio o rechazo hacia las personas LGBTIQ, entendemos que no son adecuados ya que no se trata de fobias, es decir de trastornos de salud psicológica, sino de actos discriminatorios aprendidos socialmente. Quien rechaza a las personas LGBTIQ está discriminando y dicho acto debe ser sancionado. Por lo tanto, se sugiere utilizar en lugar de estos vocablos, las expresiones de *discriminación por orientación sexual, iden-*

1 Artículo 2º Ley de Identidad de Género (Ley Nº 26.743).

tidad de género, expresión de género y/o diversidad corporal.

Homosexual: persona que siente atracción emocional, afectiva y sexual hacia personas del mismo género (*lesbianas* y *gays*). Destacándose que hoy día se suele utilizar homosexual refiriéndose a los varones y lesbiana respecto de las mujeres.

Intergénero: persona que no se siente perteneciente ni al género masculino ni al femenino. Intergénero es otro género, rompiendo con el binario varón/mujer.

Lesbiana: mujer que siente atracción emocional, afectiva y sexual hacia otras mujeres.

LGBTIQ: sigla que designa colectivamente a lesbianas, gays, bisexuales, trans, intersex y queer. Esta sigla suele ir modificándose en la medida en que diferentes grupos se visibilizan.

Orientación sexual: "se refiere a la capacidad de cada persona de sentir una profunda atracción emocional, afectiva y sexual por personas de un género diferente al suyo, de su mismo género, o de más de un género"[2]. *Toda persona tiene una orientación sexual y una identidad de género*. Y es importante remarcar que una no depende de la otra. Se pueden encontrar diversas orientaciones, que se pueden definir como: homosexual, heterosexual, pansexual, asexual y bisexual. Es importante destacar que estas son solo algunas de las

2 Principios de Yogyakarta, p. 6.

orientaciones sexuales existentes. Cuando nos referimos a la orientación sexual lo hacemos en base a la capacidad de sentir la atracción mencionada, entre pares y con consentimiento. La orientación sexual no se elige ni se aprende.

Pansexual: persona que siente atracción emocional, afectiva y sexual hacia personas independientemente del género o sexo de estas.

Prácticas sexuales: acciones o patrones de comportamiento sexual basados en el erotismo, fantasía y/o placer. No hay prácticas que se correspondan con una orientación sexual determinada. Hay que diferenciar las prácticas sexuales de la orientación sexual.

Queer: se trata de personas que rechazan todo tipo de clasificaciones hegemónicas del sistema binario varón/mujer. Este término también se refiere a la teoría que rechaza categorías estancas respecto de la sexualidad, la orientación sexual, la identidad de género, etcétera.

Sexo: inicialmente se puede decir que es la diferencia orgánica, física y constitutiva del varón y de la mujer, relacionada con la biología y está genéticamente determinada, más lo cierto es que el mismo también es asignado al momento de nacer.

Trans: vocablo que refiere principalmente a las personas travestis, transexuales y transgénero.

Transgénero: son aquellas personas que autoperciben, sienten y expresan una identidad de género que no corresponde con el género asignado al momento de su nacimiento. Este término incluye, por ejemplo, a las personas *transexuales, travestis* e *intergénero.* Las mujeres trans son aquellas mujeres cuyo género asignado al nacer es masculino. Por su parte los varones trans son aquellos varones cuyo género asignado al nacer es femenino.

Transexuales: personas trans que se intervienen quirúrgicamente y/o realizan tratamientos hormonales con el fin de adecuar su cuerpo a su identidad de género autopercibida.

Travestis: personas trans que utilizan ropas "socialmente" asignadas a otro género. En Argentina este término, también, suele reconocerse desde una resignificación política en el movimiento de la diversidad sexual. Es común el uso de este término como sinónimo de personas trans sin distinguir el grado de intervención corporal.

Recomendaciones para hablar sobre diversidad sexual

En este apartado se presentan recomendaciones referentes a: crear el ambiente apropiado, usar el lenguaje adecuado y crear un paradigma inclusivo e igualitario para hablar sobre diversidad sexual. Para ello, se agrega un listado de recursos audiovisuales, documentales y normativos.

Recomendaciones generales

Tener siempre presente que:

- la diversidad sexual está presente en todos los momentos de la vida y crianza de las niñas, niños y adolescentes, por lo que es clave que se incorpore en las conversaciones y charlas cotidianas;
- hablar de diversidad sexual es hablar de amor y de relaciones entre las personas;
- hablar con naturalidad de la diversidad de amor y parejas, de las diversidades corporales, identidades y expresiones de género es imprescindible para evitar la discriminación;
- a veces es más fácil introducir el tema para conversar con los niñas, niños y adolescentes que esperar a que lo planteen; y

- tener presente que los adultos y la forma en la que se desenvuelvan en relación con este tema es una referencia directa hacia las niñas, niños y adolescentes que se encuentran alrededor.

Recomendaciones para crear un ambiente apropiado para hablar con niñas, niños y adolescentes

Es importante generar un clima propicio para que niñas, niños y adolescentes sientan que pueden hablar de diversidad sexual con naturalidad, con las personas adultas de su confianza. Incluso, que puedan sacarse todas las dudas.

Algunas recomendaciones para crear un ambiente apropiado:

- hablar con naturalidad, sin titubear ni cambiar de tema, ya que no hace otra cosa que incomodar a la niña, niño o adolescente y pensar que es un tema del cual no se debe hablar;
- hablar sinceramente, sin avergonzar, asustar o reprimir;
- mostrarse disponible y con apertura para hablar y escuchar;
- no interrumpir ni contradecir, aunque algo no se entienda, o no sea lo que se desea escuchar;
- escuchar la pregunta y contestar de acuerdo a lo que se ha preguntado, no es necesario explayarse más de la cuenta;

- contestar las preguntas en el momento en que se hacen y, en caso de no saberlas, mostrar interés en buscar la respuesta "*no sé, lo voy a averiguar y te contesto*". Es importante hacerse de la información para responderla cuanto antes para que no parezca una evasión. Es preferible que haya más información fidedigna y clara, que poca y vaga;

- cuanto más pequeños sean los niños y las niñas, más concretas y concisas deben ser las respuestas, para evitar la sobreinformación, confusión, aburrimiento o fastidio; por el contrario, cuanto más grandes, más ejemplos se pueden encontrar.

- preguntar siempre si fue satisfecha la respuesta que se ha dado;

- si preguntan más de una vez lo mismo, contestar las veces que sea necesario; evitar hacer "chistes" sexistas buscando complicidad en el interlocutor. Además, de que suelen ser discriminatorios, no se sabe de antemano qué es lo que la persona quiere hablar y el chiste puede llegar a inhibirla;

- ayudar a que pregunten lo que sientan necesario consultar acerca de las relaciones sexuales, relaciones amorosas, formas de ser o diferencias corporales;

- nunca tratar de ocultar la temática o rechazar conversar sobre temas vinculados a la diversidad sexual. Esa actitud brinda información, es sinónimo de decirle a la niña, niño o adolescente "*de eso no se habla*"; "*no hay que preguntar*", "*no hay que sentir ni hacer, ni debes aceptar que otras personas lo hagan, hablen o lo sientan*", "*aquello que es malo*";

- leer un cuento o ver una película juntos puede ser una manera de introducir el tema;
- enseñar que hay que tratar a cada persona tal como se siente y se expresa y no por lo que se cree y piensa que es.
- ayudar a que niñas y niños trans puedan expresar su identidad de género autopercibida respetando el nombre de pila e imagen que la refleje.

Recomendaciones para usar un lenguaje adecuado

Las palabras crean realidad; visibilizan y representan, pero también discriminan, excluyen, insultan, menosprecian. Usar un lenguaje inclusivo, que no sea discriminatorio ni agresivo, es clave para contribuir al desarrollo de niñas, niños y adolescentes libres de prejuicios, estigmas y violencia. Es necesario para una sociedad más abierta e igualitaria.

Algunas recomendaciones para usar un lenguaje adecuado:

- es muy importante hablar de la diversidad sexual con toda naturalidad y utilizar las palabras adecuadas y señalar aquellas que pueden ser insultantes e incorrectas;

- el lenguaje es discriminatorio si solo lo utilizamos de manera binaria y heterocisnormativa, otorgando a cada género roles sociales determinados, por ejemplo, decir “los médicos y las enfermeras; los pilotos y las azafatas; los jefes y las secretarias”;

- el lenguaje no verbal también puede ser discriminatorio, reforzando muchas veces estereotipos sexistas;

- es importante hablar de las diferencias corporales y llamar a sus partes con su nombre, sin eufemismos;

- si las niñas, los niños o los adolescentes repiten palabras que puedan ser hirientes, se puede preguntar si saben su significado y explicar lo que no debe decirse porque ello puede hacer doler a otra persona;

- explicar que NO es un insulto ninguna orientación sexual y ninguna identidad de género, y que no existe una única manera de expresarlo; NO es un insulto ni la palabra ni el ser lesbiana, gay, bisexual, trans, transgénero, travesti, transexual, intergénero, intersexual, queer, etc.;

- es importante utilizar los artículos y adjetivos en base a la autopercepción de la persona, y no de lo que vemos o creemos. De esta manera, si una persona se autopercibe como mujer trans y se identifica como Natalia, usar “la”, “una”, ella”, etc., y si se autopercibe como varón trans y se identifica como Ramiro, usar “el”, “un”, etc.

- Mantener abierta la posibilidad de incorporar nuevas formas o definiciones que se van dando en el lenguaje que permiten incluir y visibilizar identidades, vi-

vencias, experiencias y sentimientos, como por ejemplo la utilización del artículo “le o les” que permiten salirnos de las identidades binarias (Ej. *Los* alumnos, *Las* alumnas, *Les* alumnes), o el uso en la escritura de la “@” o la “x” (Ej. *Los* profesores, *Las* profesoras, *L@s* profesor@s, *Lxs* profesorxs).

Recomendaciones para crear un paradigma inclusivo e igualitario

Es importante generar una cultura inclusiva que pueda ver más allá del paradigma binario y heterocisnormativo.

Para esto, tener en cuenta que:

- no hay juguetes de nenas y otros de nenes, simplemente hay juguetes: una cocina, una casa de muñecas, disfraces, pistas de autos, pelotas de fútbol.
- no hay deportes femeninos y otros masculinos; simplemente, hay deportes: gimnasia artística, patín, básquet o fútbol.
- no hay expresiones artísticas de mujeres y expresiones artísticas de varones; hay expresiones artísticas como el canto, el baile, la pintura, el dibujo, la cerámica, etc.
- no hay un modelo de familia tipo; hay tantos modelos de familia como personas. Todas las familias son distintas. Hay familias biparentales y monoparentales,

de acogida, adoptivas, ensambladas, heteroparentales y homoparentales. La importancia de la familia es que quienes la integran se traten con amor y respeto.

- no hay tareas de la casa asignadas a mujeres y otras a varones, simplemente hay tareas domésticas: tender la cama, lavar los platos, poner la mesa, cocinar, barrer, lavar el baño, cambiar el cuerito de la canilla o hacer arreglos eléctricos son tareas que puede hacer cualquier persona, más allá de su identidad de género.

- no hay historias de amor de un tipo de persona con otro tipo de persona; hay historias de amor. Se recomienda hablar con naturalidad sobre los distintos tipos de parejas, y relaciones amorosas, sentimentales y afectivas entre pares y con consentimiento, que existen; y contar cuentos que tengan una mirada amplia sobre la diversidad sexual, que salgan del paradigma heterocisnormativo. Si no se dispone de un cuento así, se puede inventar una nueva historia o cambiar los personajes de un cuento tradicional y sus roles; por ejemplo, sobre una *sirena que se enamora de otra sirena y serán felices teniendo hijas e hijos; un varón que es bailarín y una mujer jueza de la nación; sapos que se enamoran de otros sapos, heroínas de heroínas, patos que nacieron patos pero se sienten patas, etc.*

- si alguien nos dice que es parte de la población LGBTIQ debemos brindarle apoyo, cariño y toda la confianza para que pueda sentir seguridad y aceptación con lo que siente, es y expresa, teniendo presente que en la sociedad todavía existen en algunos sectores miradas binarias y discriminatorias.

Verdadero y falso

Existen mitos y creencias sobre la diversidad sexual. Reflexionar sobre ellos permite generar conocimiento, crear conciencia y evitar actos discriminatorios.

F

a. Los varones son de una manera determinada y las mujeres de otra. **FALSO**. Esta creencia parte de que lo biológico determina los gustos, deseos, sentimientos y formas de actuar y de vestirse. Por ejemplo, pensar que las mujeres son delicadas, buenas para la limpieza o para la crianza de los niños, mientras que los varones son prácticos y simples, lloran poco o son buenos para los deportes. Esto es falso ya que no hay una forma determinada de ser varón o ser mujer.

V

b. La diversidad sexual incluye la heterosexualidad. **VERDADERO.** Conceptualmente dentro de la diversidad sexual , se encuentran todas las orientaciones sexuales, identidades de género, expresiones de género y diversidades corporales. La heterosexualidad es una más de ellas. No es, como muchas veces se cree, lo "normal" y el resto lo diverso; la heterosexualidad es parte de lo diverso.

V

c. La orientación sexual no se elige. **VERDADERO**. La orientación sexual forma parte de la identidad de una persona y por eso, simplemente, se siente. Las personas se sienten atraídas por determinadas personas y no por otras. La orientación sexual no se elige. Si la orientación sexual se eligiera, habría que pensar cuándo los heterosexuales han elegido ser heterosexuales. Al igual que la heterosexualidad, la homosexualidad y la bisexualidad,

F

entre otras, no se eligen.

d. La homosexualidad se hereda, se aprende o se contagia. **FALSO**. La orientación sexual de las hijas y los hijos no guarda relación con la conformación familiar ni con las relaciones sociales. Si así fuera, en familias heteroparentales solo habría hijas e hijos heterosexuales y en las homoparentales solo homosexuales, y esto no es así.

V

e. Las personas pueden ser buenas madres o buenos padres con independencia de su orientación sexual. **VERDADERO**. La capacidad para ser buena madre o buen padre no está dada por la orientación sexual de una persona, sino por su capacidad para brindar amor, cuidado y protección a las hijas y los hijos.

F

f. Las personas bisexuales son homosexuales encubiertas o no están definidas. **FALSO**. Las personas bisexuales sienten atracción hacia ambos géneros, están definidas. La bisexualidad es una orientación sexual en sí misma.

F

g. A las personas intersex hay que intervenirlas quirúrgicamente cuando nacen. **FALSO**. Las personas intersex simplemente tienen un cuerpo distinto respecto de los patrones sexuales binarios anatómicos varón/mujer. Si la vida de la persona no corre riesgo, no se debe intervenir quirúrgicamente el cuerpo sin que pueda expresarse sobre esa decisión. Solo se puede llevar a cabo cuando la persona tiene suficiente comprensión del acto y presta consentimiento libre, previo e informado, ya que la intervención quirúrgica es irreversible.

V

h. Las personas intergénero no se sienten ni varón ni mujer. **VERDADERO**. Son personas que escapan al binarismo varón/mujer y su identidad de género será intergénero. No hay que confundirlas con las personas bisexuales, ya

F

que allí hablamos de orientación sexual y en este caso de identidad de género.

i. Las personas trans no aceptan como nacieron. **FALSO**. Las personas trans saben y aceptan como nacieron, tiene criterio de realidad, más su identidad de género no se corresponde con el sexo y el género asignados al momento de nacer. No deben ser curadas ya que ser trans no es una enfermedad. Tienen las mismas habilidades, capacidades y talentos que el resto de las personas.

V

j. Existen múltiples formas de expresar el género. **VERDADERO**. Las personas se muestran, se comportan y se visten de acuerdo a cómo sienten y no hay una forma de expresar lo femenino, lo masculino, o lo intergénero. Más allá de su identidad de género, las personas pueden vestirse, caminar, hablar y actuar de múltiples maneras.

F

k. La niña o el niño trans debe tener autorización de sus representantes legales para ser llamada o llamado por el nombre que refleje su identidad de género autopercibida. **FALSO**. De acuerdo con el marco normativo nacional, el trato digno y el derecho a la identidad de niñas y niños están garantizados sin necesidad de autorización por parte de sus representantes legales ni tener realizada la rectificación registral de su Documento Nacional de Identidad.

Recursos y materiales

Recursos audiovisuales

- **Animados a la diversidad** (2014). Subsecretaría de Derechos Humanos y Pluralismo Cultural, Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Corto animado que explica de forma sencilla y clara los conceptos de género, orientación sexual e identidad de género y en el cual se enfatiza en la importancia de promover el respeto y la no discriminación para aprender a convivir en la diversidad. Duración: 3 min. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=EOI0QyxItBU



- **Buenos Aires de Diversidad** (2014). Subsecretaría de Derechos Humanos y Pluralismo Cultural, Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Video que invita a recorrer la historia individual y colectiva de lucha y compromiso en el reconocimiento de los derechos de la diversidad sexual. El mismo es un valioso documento testimonial e histórico que refleja la fuerza y convicción de una comunidad para obtener el reconocimiento de sus derechos. Duración: 36 min. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=PImjYkoYGTU&t=563s

- **Corto BA de Diversidad** (2014). Subsecretaría de Derechos Humanos y Pluralismo Cultural, Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Cortometraje del video Buenos Aires de Diversidad. Duración: 6 min. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=Vabu6NMDzMY&t=2s



- **Campaña Libres e Iguales de las Naciones Unidas.** Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos (OACNUDH).

Campaña que tiene como objetivo crear conciencia sobre la violencia y la discriminación hacia la población LGBTIQ, así como promover un mayor respeto de sus derechos. Incluye videos, documentos, panfletos informativos y anuncios de servicios públicos. Disponible en: https://www.unfe.org/



- **Chau Tabú. Salud Sexual y Reproductiva** (2014). Dirección de Políticas de Juventud, Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Sitio para jóvenes con información sobre salud sexual y reproductiva, para que disfruten de su sexualidad de forma segura y responsable. Uno de los temas que se tratan es el de Sexualidad, Género y Diversidad Sexual. Disponible en: https://chautabu.buenosaires.gob.ar/salud/info.php

- **Contenidos diversos** (2014). Subsecretaría de Derechos Humanos y Pluralismo Cultural, Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Video en el que a partir de testimonios se muestran las experiencias e historias de diferentes tipos de familias no heterosexuales. Duración: 19 min. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=0QCxZqlnUBg

- **¿Cuál es la diferencia?** (2012) Iniciativa "Centros Libres de Homofobia" organizado por Colectivo Ovejas Negras, Facultad de Medicina de la Universidad de la República Oriental del Uruguay, Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA).

Video que muestra a través de ejemplos los efectos respecto del diagnóstico en el ámbito de la salud al no tener en cuenta un enfoque de derechos humanos y diversidad sexual. Duración: 19 min. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=doyf6m79Zls

- **Educación Sexual Integral.** Canal Encuentro, Ministerio de Educación de la Nación.

Serie compuesta por 15 micros sobre Educación Sexual Integral en los que se presentan diferentes temas para promover el ejercicio libre de los derechos sexuales y reproductivos. Ver los micros de Diversidad Sexual, Sexualidad y Derechos, Nuevos tipos de Familia y Respeto de Género. Duración: 2 min. Disponible en: http://www.conectate.gob.ar/sitios/conectate/busqueda/encuentro?rec_id=101197

- **En el medio de la ley / Identidad de género** (2013). Canal Encuentro, Ministerio de Educación de la Nación.

Capítulo de la serie En el medio de la ley en que se repasa la historia del derecho en relación con la Ley de Identidad de Género y los cambios estructurales en la sociedad. Duración: 26 min. Disponible en: http://encuentro.gob.ar/programas/serie/8510/5916#top-video

- **Igual de Diferentes. Identidad sexual** (2013). Canal Encuentro, Ministerio de Educación de la Nación; Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo (INADI).

Capítulo de la serie de televisión Igual de Diferentes en el que chicas y chicos que se vieron expuestos a diferentes formas de discriminación por motivos de orientación sexual e identidad de género en el ámbito escolar cuentan su experiencia y el tipo de ayuda recibida en la escuela para salir adelante. Duración: 24 min. Disponible en: http://encuentro.gob.ar/programas/serie/8465/5363?temporada=1

Iguales y diferentes. Diversidad familiar (2012). Pakapaka; Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo (INADI).

Serie animada de 13 microprogramas basados en la Guía para niñas y niños de prevención de prácticas discriminatorias de nombre "Iguales y diferentes", diseñada por el INADI. Entre los temas que tratan los clips se encuentran de Diversidad familiar y de Género. Duración: 1 min. Disponible en: http://www.conectate.gob.ar/sitios/conectate/busqueda/pakapaka?rec_id=121778

- **No dejes que los prejuicios hablen por vos.** Canal Encuentro, Ministerio de Educación de la Nación; Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo (INADI).

Ciclo compuesto por 13 capítulos donde se trabaja sobre los prejuicios con el fin de revisarlos bajo la comprensión de la riqueza que aporta la diferencia. Allí encontraremos los micros de Diversidad Familiar, Identidad de Género y Género Rol. Duración: 1 min. Disponible en: http://www.conectate.gob.ar/sitios/conectate/busqueda/encuentro?rec_id=121613

- **Queremos saber. Diversidad sexual y discriminación** (2013). Canal Encuentro, Ministerio de Educación de la Nación.

Episodio en el cual se explican los conceptos de sexualidad, género, identidad de género y orientación sexual y en el que se habla sobre el proceso de reconocimiento de la propia orientación sexual desde la perspectiva del respeto y el derecho a ser. Duración: 12 min. Disponible en: http://encuentro.gob.ar/programas/serie/8455/5297



- **Subsecretaría de Diversidad Sexual**. Gobierno de la Provincia de Santa Fe.

Esta Subsecretaría presenta varios micros sobre diversidad sexual entre los cuales se encuentran los siguientes: Mujeres y Hombres trans por el derecho a la identidad. Por todos los derechos; Visibilidad lésbica en el consultorio y en todos los ámbitos; y Todas las familias. Los mismos derechos. Santa Fe presente. Disponible en: https://www.facebook.com/pg/Subsecretar%C3%ADa-Diversidad-Sexual-1514091228885801/videos/



Documentos

- **Educación Sexual Integral: para charlar en familia**. Programa Nacional de Educación Sexual Integral (ESI), Ministerio de Educación de la Nación, Buenos Aires, 2011.

Revista para adultos cuyo objeto es el de dar guías para conversar con niñas, niños y adolescentes sobre distintos aspectos de la sexualidad. Las temáticas se abordan con ejemplos y un lenguaje sencillo de acuerdo a la edad. Disponible en: ftp://ftp.me.gov.ar/vs/EducacionSexualEnFamilia.pdf

- **Es parte de la vida: material de apoyo sobre educación sexual integral y discapacidad para compartir en familia**. Programa Nacional de Educación Sexual Integral, Ministerio de Educación de la Nación, Buenos Aires, 2013.

Publicación destinada a familias y docentes para hablar sobre educación sexual integral y discapacidad. Contiene información y recursos para propiciar la comunicación familiar, promoviendo relaciones equitativas y horizontales dentro del hogar. Disponible en: http://www.educacionsexual.com.ar/biblioteca-online/metodologia-de-la-ensenanza-de-la-educacion-sexual/educacion-sexual-integral-en-discapacidad-2

- **Guía básica sobre diversidad sexual.** Ministerio de Salud de la Nación, Buenos Aires, 2016.

En este material, la Dirección de Sida y ETS del Ministerio de Salud de la Nación brinda información básica y esencial relacionada con la sexualidad y la diversidad sexual. Disponible en: http://www.msal.gob.ar/images/stories/bes/graficos/0000000322cnt-2016-07_guia-diversidad-sexual-2016.pdf

- **Guía de atención integral a lesbianas y mujeres bisexuales** Subsecretaría de Diversidad Sexual. Gobierno de la Provincia de Santa Fe, 2016.

Esta guía brinda información y herramientas para derribar las barreras existentes para las lesbianas y mujeres bisexuales. Contribuye a visibilizar todas las posibles orientaciones sexuales, identidades y expresiones de género, y a promover prácticas que garanticen la comunicación adecuada, el

respeto a las personas, y el acceso pleno al ejercicio de los derechos. Disponible en: https://www.santafe.gob.ar/index.php/web/content/download/234713/1234811/file/Guia%20de%20atencion%20integral.pdf

- **Intersexualidad.** Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo (INADI), Buenos Aires, 2016.

Guía en la que se aborda la intersexualidad desde los derechos humanos con el fin de poner en cuestión supuestos sobre los que se edifican gran parte de las ideas, creencias y categorías cotidianas en relación con esta diversidad corporal. Disponible en: http://201.216.243.171/biblioteca/wp-content/uploads/2016/03/intersexualidad.pdf

- **Nacidos Libres e Iguales: orientación sexual e identidad de género en las normas internacionales de derechos humanos**. Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos (OACNUDH), 2012.

Publicación que señala las obligaciones básicas que incumben a los Estados respecto de las personas LGBTIQ. En ella se describe la manera en que los mecanismos de las Naciones Unidas han aplicado el derecho internacional en ese contexto. Disponible en: http://www.ohchr.org/Documents/Publications/BornFreeAndEqualLowRes_SP.pdf

- **Recomendaciones para un uso no sexista del lenguaje.** Servicio de Lenguas y Documentos, UNESCO, París, 1991.

Manual que propone recomendaciones para el uso de lenguaje no sexista con el fin de promover transformaciones en el comportamiento humano y en la percepción de la realidad. Disponible en: http://unesdoc.unesco.org/images/0011/001149/114950so.pdf

- **Guía de Buenas Prácticas en Derechos Humanos y Diversidad Sexual en Espacios de Educación en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.** Subsecretaría de Derechos Humanos y Pluralismo Cultural, Ciudad de Buenos Aires, 2015.

Guía en la que se presentan criterios ágiles, prácticos y dinámicos para incorporar la perspectiva de diversidad sexual y derechos humanos desde la institución educativa en todos los niveles y desde el docente en el aula. http://www.buenosaires.gob.ar/sites/gcaba/files/guia_de_buenas_practicas_-_derechos_humanos_y_diversidad_sexual_en_espacios_de_educacion_0.pdf



- **Guía de Buenas Prácticas en Derechos Humanos y Diversidad Sexual en Espacios de Salud en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.** Subsecretaría de Derechos Humanos y Pluralismo Cultural, Ciudad de Buenos Aires, 2015.

Guía que propone lineamientos para incorporar la perspectiva de diversidad sexual y derechos humanos en espacios de salud con el fin de contribuir a generar prácticas saludables para la correcta atención médica de las personas LGBTIQ, desde el ejercicio profesional idóneo, responsable y acorde a la legislación vigente.
http://www.buenosaires.gob.ar/sites/gcaba/files/guia_de_buenas_practicas_-_derechos_humanos_y_diversidad_sexual_en_espacios_de_salud_0.pdf

- **"Efemérides y símbolos de diversidad sexual"**

En estas páginas, se presentan símbolos y días de celebración, conmemoración y visibilización que dan, o han dado, cuenta de la lucha contra la discriminación y los prejuicios por motivos de orientación sexual, identidad de género, expresión de género y/o diversidad corporal. https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/efemerides_sobre_diversidad_sexual.pdf



Marco normativo

- **Principios de Yogyakarta: Principios sobre la aplicación del derecho internacional de derechos humanos a las cuestiones de orientación Sexual e identidad de género.** Organización de las Naciones Unidas, 2007.

http://www.yogyakartaprinciples.org/principles-sp

- **Ley de Educación Sexual Integral (Ley Nº 26.150, de 2006)**

http://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/120000-124999/121222/norma.htm

- **Ley de Matrimonio Igualitario (Ley Nº 26.618, de 2010)**

http://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/165000-169999/169608/norma.htm

- **Ley de Salud Mental (Ley Nº 26.657, de 2010)**

http://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/175000-179999/175977/norma.htm

- **Ley de Identidad de Género (Ley Nº 26.743, de 2012)**

http://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/195000-199999/197860/norma.htm

- **Ley de Femicidio y Crímenes de Odio (Ley Nº 26.791, de 2012)**

http://servicios.infoleg.gob.ar/infoleginternet/anexos/205000-209999/206018/norma.htm

- **Ley de Reproducción Humana Asistida (Ley Nº 26.862, de 2013)**

http://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/215000-219999/216700/norma.htm

- **Reforma del Código Civil y Comercial (Ley Nº 26.994, de 2015)**

http://servicios.infoleg.gob.ar/infoleginternet/verNorma.do?id=235975

- **Resoluciones del Ministerio de Salud de la Nación (1507, 1508 y 1509, de 2015) que modifica la reglamentación de la Ley de Sangre (Ley Nº 22.990)**

http://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/verNorma.do;jsessionid=C4EAFAE2439FBD22CE0FFE0D8CAFCB9F?id=252134

http://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/verNorma.do%3Bjsessionid=E35802EA9E3649C134EB974A3EFE4BE1?id=252135

http://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/250000-254999/252136/norma.htm

SDHArgentina

Secretaría de Derechos Humanos
y Pluralismo Cultural

Ministerio de Justicia y Derechos Humanos
Presidencia de la Nación

Judith Butler

Cuerpos que importan

Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"



Paidós

Género y cultura

Directoras de colección:
Ana Amado y Nora Domínguez

1. Luce Irigaray, *Ser dos*
2. Daniel Balderston y Donna J. Guy (comps.), *Sexo y sexualidades en América latina*
3. Néstor Perlongher, *El negocio del deseo*
4. Sigrid Weigel, *Cuerpo, imagen y espacio en Walter Benjamin*
5. José Amícola, *Camp y posvanguardia*
6. Rosi Braidotti, *Sujetos nómades*
7. Julia Kristeva, *El genio femenino: 1. Hannah Arendt*
8. Tamara Kamenszain, *Historias de amor. (Y otros ensayos sobre poesía.)*
9. Julia Kristeva, *El genio femenino: 2. Melanie Klein*
10. Gabriela Nouzeilles (comp.), *La naturaleza en disputa*
11. Judith Butler, *Cuerpos que importan*

Cuerpos que importan

Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"

Judith Butler

PAIDÓS
Buenos Aires
Barcelona
México

Título original: *Bodies that Matter. On the Discursive Limits of "Sex"*
Publicado en inglés por Routledge, Nueva York, 1993
© 1993, Routledge

Traducción de Alcira Bixio

305.42	Butler, Judith
BUT	Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del "sexo" – 1ª ed. – Buenos Aires – Paidós 2002
	352 p. ; 22x14 cm. – (Género y cultura)
	ISBN 950-12-3811-3
	I. Título – 1 Feminismo-Teoría

cultura Libre
Cubierta de Andrea Di Cione
Motivo de cubierta: Muñecas diseñadas porVerónica Hachmann

1ª edición, 2002

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2002 de todas las ediciones en castellano
Editorial Paidós SAICF
Defensa 599, Buenos Aires
E-mail: literaria@editorialpaidos.com.ar
Ediciones Paidós Ibérica SA
Mariano Cubí 92, Barcelona
Editorial Paidós Mexicana SA
Rubén Darío 118, México D. F.

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723
Impreso en la Argentina. Printed in Argentina

Impreso en Gráfica MPS
Santiago del Estero 338, Lanús, en octubre de 2002

Tirada: 2.000 ejemplares

ISBN: 950-12-3811-3

Índice

Agradecimientos 9
Prefacio 11
Introducción 17

PRIMERA PARTE

1. Los cuerpos que importan 53
2. El falo lesbiano y el imaginario morfológico 95
3. Identificación fantasmática y la asunción del sexo 143
4. El género en llamas: cuestiones de apropiación y subversión 179

SEGUNDA PARTE

5. "Cruce peligroso": los nombres masculinos de Willa Cather 207
6. Hacerse pasar por lo que uno no es: el desafío psicoanalítico de Nella Larsen 241
7. Discutir con lo real 267
8. Acerca del término "*queer*" 313

Índice de nombres 341

Agradecimientos

Vuelvo a agradecerle a Maureen MacGrogan haber solicitado y respaldado este libro con su generosidad e inteligencia características. También quiero hacer llegar mi perdurable aprecio a Joan W. Scott por el modo incisivo en que comprendió en primer término el proyecto, por su excelente lectura del texto completo y por su noble amistad. He sido muy afortunada al tener excelentes lectoras en Drucilla Cornell, Elizabeth Grosz y Margaret Whitford; sus críticas a los primeros borradores me fueron de enorme utilidad. Agradezco también a mi seminario en la Cornell University por las conversaciones mantenidas en el otoño de 1991 cuando este proyecto comenzaba a cobrar forma. El personal del departamento de producción de la editorial Routledge también contribuyó excepcionalmente a lo largo de todo este proceso. Numerosos colegas y estudiantes me ayudaron a reflexionar sobre el texto, a veces leyendo los borradores y ofreciéndome excelentes comentarios, otras auxiliándome con la producción del manuscrito: Elizabeth Abel, Bice Benvenuto, Teresa Brennan, Alexandra Chasin, William Connolly, Karin Cope, Peter Euben, Carla Freccero, Nelly Furman, Jonathan Goldberg, Simon Goldhill, Donna Haraway, Susan Harding, Gail Hershatter, Morris Kaplan, Debra Keates, Biddy Martin, Bridget McDonald, Mandy Merck, Michael Moon, Naomi Schor, Eve Kosofsky Segdwick, Josh Shapiro, James Swenson, Jen Thomas, Tim Walters, Dave Wittenberg y Elizabeth Weed. Le agradezco a Eloise Moore Agger su estilo conciliador; a Linda L. Anderson, Inès Azar, Fran Bartkowski, Robert Gooding-Williams, Jeff Nunokawa, Mary Poovey y Eszti Votaw, su indis-

pensable amistad, y a Wendy Brown por abordar mi pensamiento a fondo y en una perspectiva crítica, además de la prudente persuasión con la que me ayudó a ver que podía ser conveniente revisar algunas de mis posiciones previas para clarificar mis objetivos.

Este proyecto contó con varias formas de apoyo institucional sumamente apreciadas. Tres de estos capítulos fueron presentados en versiones más breves como las Conferencias Beckman del Departamento de Inglés de la University of California en Berkeley en la primavera de 1992. Me complace mucho haber tenido esa oportunidad de aprender de mis colegas y estudiantes de esa universidad. Asimismo, siendo miembro senior de la junta de gobierno de la Sociedad para las Humanidades de la Cornell University en el otoño de 1991, obtuve invalorables comentarios sobre mi proyecto tanto de los profesores como de los alumnos. Le agradezco a Jonathan Culler el haber apoyado mi investigación de varias maneras, entre las que se incluye su invitación al Instituto de Investigación de Humanidades de la University of California en Irvine en abril de 1992.

Mis estudiantes de la Johns Hopkins University fueron interlocutores muy valiosos, y mis colegas del Centro de Humanidades de esa universidad no sólo apoyaron mi investigación sino que además me ofrecieron una rica experiencia intelectual interdisciplinaria por la que estoy intensamente agradecida.

Escribí este libro en homenaje a las amigas y los familiares que perdí en los últimos años: mi padre, Dan Butler; mi abuela Helen Greenberger Lefkowich; mis amigas Linda Singer y Kathy Natanson. Y también lo escribí para el grupo de colegas que inspiran, apoyan y reciben esta obra tal como es.

Prefacio

Comencé a escribir este libro tratando de considerar la materialidad del cuerpo, pero pronto comprobé que pensar en la materialidad me arrastraba invariablemente a otros terrenos. Traté de disciplinarme para no salirme del tema, pero me di cuenta de que no podía fijar los cuerpos como simples objetos del pensamiento. Los cuerpos no sólo tienden a indicar un mundo que está más allá de ellos mismos; ese movimiento que supera sus propios límites, un movimiento fronterizo en sí mismo, parece ser imprescindible para establecer lo que los cuerpos "son". Continué apartándome del tema. Comprobé que era resistente a la disciplina. Inevitablemente, comencé a considerar que tal vez esa resistencia a atenerme fijamente al tema era esencial para abordar la cuestión que tenía entre manos.

De todos modos, todavía dubitativa, reflexioné sobre la posibilidad de que esta vacilación fuera una dificultad vocacional de quienes, formados en la filosofía, siempre a cierta distancia de las cuestiones corpóreas, tratan de demarcar los terrenos corporales de esa manera descarnada: inevitablemente, pasan por alto el cuerpo o, lo que es peor, escriben contra él. A veces olvidan que "el" cuerpo se presenta en géneros. Pero tal vez hoy haya una dificultad mayor, después de una generación de obras feministas que intentaron, con diversos grados de éxito, traducir el cuerpo femenino a la escritura, que procuraron escribir lo femenino de manera próxima o directa, a veces sin tener siquiera el indicio de una preposición o una señal de distancia lingüística entre la escritura y lo escrito. Quizá sólo sea cuestión de aprender a interpretar aquellas versiones preocupadas.

Sin embargo, algunas de nosotras continuamos recurriendo al saqueo del Logos a causa de la utilidad de sus restos.

Teorizar a partir de las ruinas del Logos invita a hacerse la siguiente pregunta: "¿Y qué ocurre con la materialidad de los cuerpos?" En realidad, en el pasado reciente, me formulé repetidamente esta pregunta del modo siguiente: "¿Y qué ocurre con la materialidad de los cuerpos, *Judy*? Supuse que el agregado del "Judy" era un esfuerzo por desalojarme del más formal "Judith" y recordarme que hay una vida corporal que no puede estar ausente de la teorización. Había cierta exasperación en la pronunciación de ese apelativo final en diminutivo, cierta cualidad paternalista que me (re)constituía como una niña díscola, que debía ser obligada a regresar a la tarea, a la que había que reinstalar en ese ser corporal que, después de todo, se considera más real, más apremiante, más innegable. Quizá fue un esfuerzo por recordarme una femineidad aparentemente evacuada, la que se constituyó, allá por la década de 95, cuando la figura de Judy Garland produjo inadvertidamente una serie de "Judys" cuyas apropiaciones y descarríos no podían predecirse entonces. O tal vez, ¿alguien se olvidó de enseñarme "los hechos de la vida"? ¿O acaso me perdía yo en mis propias cavilaciones imaginarias precisamente cuando tenían lugar tales conversaciones? Y si yo persistía en esta idea de que los cuerpos, de algún modo, son algo *construido*, ¿tal vez realmente pensaba que las palabras por sí solas tenían el poder de modelar los cuerpos en virtud de su propia sustancia lingüística?

¿No podía alguien sencillamente llevarme aparte?

Las cosas empeoraron aún más o se hicieron aún más remotas a causa de las cuestiones planteadas por la noción de performatividad de género presentadas en *El género en disputa*.[1] Porque si yo hubiera sostenido que los géneros son performativos, eso significaría que yo pensaba que uno se despertaba a la mañana, examinaba el guardarropas o algún espacio más amplio en busca del género que quería elegir y se lo asignaba durante el día para volver a colocarlo en su lugar a la noche. Semejante sujeto voluntario e instrumental, que decide sobre su género, claramente no pertenece a ese género desde el comienzo y no se da cuenta de que su

1. Judith Butler, *Gender Trouble, Feminism and the Subversion of Identity*, Nueva York, Routledge, 1990. [Ed. cast.: *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, México, PUEG-Paidós, 2000.]

existencia ya está decidida *por* el género. Ciertamente, una teoría de este tipo volvería a colocar la figura de un sujeto que decide –humanista– en el centro de un proyecto cuyo énfasis en la construcción parece oponerse por completo a tal noción.

Pero, si no hay tal sujeto que decide sobre su género y si, por el contrario, el género es parte de lo que determina al sujeto, ¿cómo podría formularse un proyecto que preserve las prácticas de género como los sitios de la instancia crítica? Si el género se construye a través de las relaciones de poder y, específicamente, las restricciones normativas que no sólo producen sino que además regulan los diversos seres corporales, ¿cómo podría hacerse derivar la instancia de esta noción de género, entendida como el efecto de la restricción productiva? Si el género no es un artificio que pueda adoptarse o rechazarse a voluntad y, por lo tanto, no es un efecto de la elección, ¿cómo podríamos comprender la condición constitutiva y compulsiva de las normas de género sin caer en la trampa del determinismo cultural? ¿Cómo podríamos precisamente comprender la repetición ritualizada a través de la cual esas normas producen y estabilizan no sólo los efectos del género sino también la materialidad del sexo? Y esta repetición, esta rearticulación, ¿puede también constituir una ocasión para reelaborar de manera crítica las normas aparentemente constitutivas del género?

Afirmar que la materialidad del sexo se construye a través de la repetición ritualizada de normas difícilmente sea una declaración evidente por sí misma. En realidad, nuestras nociones habituales de "construcción" parecen estorbar la comprensión de tal afirmación. Por cierto los cuerpos viven y mueren; comen y duermen; sienten dolor y placer; soportan la enfermedad y la violencia y uno podría proclamar escépticamente que estos "hechos" no pueden descartarse como una mera construcción. Seguramente debe de haber algún tipo de necesidad que acompañe a estas experiencias primarias e irrefutables. Y seguramente la hay. Pero su carácter irrefutable en modo alguno implica qué significaría afirmarlas ni a través de qué medios discursivos. Además, ¿por qué lo construido se entiende como artificial y prescindible? ¿Qué deberíamos hacer con las construcciones sin las cuales no podríamos pensar, vivir o dar algún sentido, aquellas que de algún modo se nos hicieron necesarias? Ciertas construcciones del cuerpo, ¿son constitutivas en el sentido de que no podríamos operar sin ellas,

en el sentido de que sin ellas no habría ningún "yo" ni ningún "nosotros"? Concebir el cuerpo como algo construido exige reconcebir la significación de la construcción misma. Y si ciertas construcciones parecen constitutivas, es decir, si tienen ese carácter de ser aquello "sin lo cual" no podríamos siquiera pensar, podemos sugerir que los cuerpos sólo surgen, sólo perduran, sólo viven dentro de las limitaciones productivas de ciertos esquemas reguladores en alto grado generizados.

Si se comprende la restricción como restricción constitutiva, aun es posible formular la siguiente pregunta crítica: ¿cómo tales restricciones producen, no sólo el terreno de los cuerpos inteligibles, sino también un dominio de cuerpos impensables, abyectos, invivibles? La primera esfera no es lo opuesto de la segunda, porque las oposiciones, después de todo, son parte de la inteligibilidad; la última esfera es el terreno excluido, ilegible, que espanta al primero como el espectro de su propia imposibilidad, el límite mismo de la inteligibilidad, su exterior constitutivo. Entonces, ¿cómo podrían alterarse los términos mismos que constituyen el terreno "necesario" de los cuerpos haciendo impensable e invivible otro conjunto de cuerpos, aquellos que no importan del mismo modo?

El discurso de la "construcción" que circuló principalmente en la teoría feminista quizás no sea completamente adecuado para la tarea que estamos abordando. Tal discurso no es suficiente para argumentar que no hay ningún "sexo" prediscursivo que actúe como el punto de referencia estable sobre el cual, o en relación con el cual, se realiza la construcción cultural del género. Afirmar que el sexo ya está "generizado", que ya está construido, no explica todavía de qué modo se produce forzosamente la "materialidad" del sexo. ¿Cuáles son las fuerzas que hacen que los cuerpos se materialicen como "sexuados", y cómo debemos entender la "materia" del sexo y, de manera más general, la de los cuerpos, como la circunscripción repetida y violenta de la inteligibilidad cultural? ¿Qué cuerpos llegan a importar? ¿Y por qué?

De modo que presento este texto, en parte como una reconsideración de algunas declaraciones de *El género en disputa* que provocaron cierta confusión, pero también como un intento de continuar reflexionando sobre las maneras en que opera la hegemonía heterosexual para modelar cuestiones sexuales y políticas. Como una rearticulación crítica de diversas prácticas teoréticas,

incluso estudios feministas y estudios *queer*,* este texto no pretende ser programático. Y sin embargo, como un intento de aclarar mis "intenciones", parece destinado a producir una nueva serie de interpretaciones erradas. Espero que, al menos, resulten productivas.

* Se conserva esta denominación original a lo largo del libro dada la amplia divulgación adquirida por el término, que refiere tanto a los homosexuales como al área de estudios académicos dedicados a esta cuestión. Véase el capítulo 8 [N. de la T.].

Introducción

¿Por qué deberían nuestros cuerpos terminar en la piel o incluir, en el mejor de los casos, otros seres encapsulados por la piel?

DONNA HARAWAY, *Manifiesto para cyborgs*

Si uno reflexiona realmente sobre el cuerpo como tal, advierte que no existe ningún perfil posible del cuerpo como tal. Hay pensamientos sobre la sistematicidad del cuerpo, hay códigos de valor acerca del cuerpo. El cuerpo como tal no puede concebirse y, por cierto, yo no puedo abordarlo.

GAYATRI CHAKRAVORTY SPIVAK, "In a Word", entrevista con Ellen Rooney

No hay ninguna naturaleza, sólo existen los efectos de la naturaleza: la desnaturalización o la naturalización.

JACQUES DERRIDA, *Dar (el) tiempo*

¿Hay algún modo de vincular la cuestión de la materialidad del cuerpo con la performatividad del género? Y ¿qué lugar ocupa la categoría del "sexo" en semejante relación? Consideremos primero que la diferencia sexual se invoca frecuentemente como una cuestión de diferencias materiales. Sin embargo, la diferencia sexual nunca es sencillamente una función de diferencias materiales que no estén de algún modo marcadas y formadas por las prácticas discursivas. Además, afirmar que las diferencias sexuales son indisociables de las demarcaciones discursivas no es lo mismo que decir que el discurso causa la diferencia sexual. La categoría de

"sexo" es, desde el comienzo, normativa; es lo que Foucault llamó un "ideal regulatorio". En este sentido pues, el "sexo" no sólo funciona como norma, sino que además es parte de una práctica reguladora que produce los cuerpos que gobierna, es decir, cuya fuerza reguladora se manifiesta como una especie de poder productivo, el poder de producir –demarcar, circunscribir, diferenciar– los cuerpos que controla. De modo tal que el "sexo" es un ideal regulatorio cuya materialización se impone y se logra (o no) mediante ciertas prácticas sumamente reguladas. En otras palabras, el "sexo" es una construcción ideal que se materializa obligatoriamente a través del tiempo. No es una realidad simple o una condición estática de un cuerpo, sino un proceso mediante el cual las normas reguladoras materializan el "sexo" y logran tal materialización en virtud de la reiteración forzada de esas normas. Que esta reiteración sea necesaria es una señal de que la materialización nunca es completa, de que los cuerpos nunca acatan enteramente las normas mediante las cuales se impone su materialización. En realidad, son las inestabilidades, las posibilidades de rematerialización abiertas por este proceso las que marcan un espacio en el cual la fuerza de la ley reguladora puede volverse contra sí misma y producir rearticulaciones que pongan en tela de juicio la fuerza hegemónica de esas mismas leyes reguladoras.

Pero, entonces, ¿cómo se relaciona la noción de performatividad del género con esta concepción de la materialización? En el primer caso, la performatividad debe entenderse, no como un "acto" singular y deliberado, sino, antes bien, como la práctica reiterativa y referencial mediante la cual el discurso produce los efectos que nombra. Lo que, según espero, quedará claramente manifiesto en lo que sigue es que las normas reguladoras del "sexo" obran de una manera performativa para constituir la materialidad de los cuerpos y, más específicamente, para materializar el sexo del cuerpo, para materializar la diferencia sexual en aras de consolidar el imperativo heterosexual.

En este sentido, lo que constituye el carácter fijo del cuerpo, sus contornos, sus movimientos, será plenamente material, pero la materialidad deberá reconcebirse como el efecto del poder, como el efecto más productivo del poder. Y no habrá modo de interpretar el "género" como una construcción cultural que se impone sobre la superficie de la materia, entendida o bien como "el cuerpo" o bien como su sexo dado. Antes bien, una vez que se entiende el "sexo" mismo en su normatividad, la materialidad del cuerpo ya no puede concebirse independientemente de la materialidad de esa norma reguladora. El "sexo" no es pues sencillamente algo que uno tiene o una descripción estática de lo que uno es: será una de las normas mediante las cuales ese "uno" puede llegar a ser viable, esa norma que califica un cuerpo para toda la vida dentro de la esfera de la inteligibilidad cultural.[1]

Las cuestiones que estarán en juego en tal reformulación de la materialidad de los cuerpos serán las siguientes: (1) la reconsideración de la materia de los cuerpos como el efecto de una dinámica de poder, de modo tal que la materia de los cuerpos sea indisociable de las normas reguladoras que gobiernan su materialización y la significación de aquellos efectos materiales; (2) la comprensión de la performatividad, no como el acto mediante el cual un sujeto da vida a lo que nombra, sino, antes bien, como ese poder reiterativo del discurso para producir los fenómenos que regula e impone; (3) la construcción del "sexo", no ya como un dato corporal dado sobre el cual se impone artificialmente la construcción del género, sino como una norma cultural que gobierna la materialización de los cuerpos; (4) una reconcepción del proceso mediante el cual *un sujeto* asume, se apropia, adopta una norma corporal, no como algo a lo que, estrictamente hablando, *se somete*, sino, más bien, como una evolución en la que el sujeto, el "yo" hablante, se forma en virtud de pasar por ese proceso de asumir un sexo; y (5) una vinculación de este proceso de "asumir" un sexo con la cuestión de la *identificación* y con los medios discursivos que emplea el imperativo heterosexual para permitir ciertas identificaciones sexuadas y excluir y repudiar otras. Esta matriz excluyente mediante la cual se forman los sujetos requiere pues la producción simultánea de una esfera de seres abyectos, de aquellos que no son "sujetos", pero que forman el exterior constitutivo del campo de los sujetos. Lo abyecto[2] designa aquí precisamente

1. Evidentemente, el sexo no es sólo la norma mediante la cual llegan a materializarse los cuerpos y no está claro que el "sexo" pueda operar como norma independientemente de otros requerimientos normativos sobre los cuerpos. Aclararemos esta cuestión en secciones posteriores de este texto.

2. La abyección (en latín, *ab-jectio*) implica literalmente la acción de arrojar fuera, desechar, excluir y, por lo tanto, supone y produce un terreno de acción desde

aquellas zonas "invivibles", "inhabitables" de la vida social que, sin embargo, están densamente pobladas por quienes no gozan de la jerarquía de los sujetos, pero cuya condición de vivir bajo el signo de lo "invivible" es necesaria para circunscribir la esfera de los sujetos. Esta zona de inhabitabilidad constituirá el límite que defina el terreno del sujeto; constituirá ese sitio de identificaciones temidas contra las cuales –y en virtud de las cuales– el terreno del sujeto circunscribirá su propia pretensión a la autonomía y a la vida. En este sentido, pues, el sujeto se constituye a través de la fuerza de la exclusión y la abyección, una fuerza que produce un exterior constitutivo del sujeto, un exterior abyecto que, después de todo, es "interior" al sujeto como su propio repudio fundacional.

La formación de un sujeto exige una identificación con el fantasma normativo del "sexo" y esta identificación se da a través de un repudio que produce un campo de abyección, un repudio sin el cual el sujeto no puede emerger. Éste es un repudio que crea la valencia de la "abyección" y su condición de espectro amenazador para el sujeto. Por otra parte, la materialización de un sexo dado será esencial para la *regulación de las prácticas identificatorias* que procurarán persistentemente que el sujeto rechace la identificación con la abyección del sexo. Y sin embargo, esa abyección rechazada amenazará con exponer las presunciones propias del sujeto sexuado, basadas como el sujeto mismo en un repudio cuyas consecuencias él no puede controlar plenamente. La tarea consistirá en considerar que esta amenaza y este rechazo no son una oposición permanente a las normas sociales condenada al *pathos* del eterno fracaso, sino más bien un recurso crítico en la lucha por rearticular los términos mismos de la legitimidad simbólica y la inteligibilidad.

Finalmente, la movilización de las categorías de sexo dentro del discurso político se caracterizará, de algún modo, por las inestabilidades mismas que tales categorías efectivamente producen y rechazan. Aunque los discursos políticos que movilizan las categorías de identidad tienden a cultivar las identificaciones en favor de un objetivo político, puede ocurrir que la persistencia de la *des*identificación sea igualmente esencial para la rearticulación de la competencia democrática. En realidad, es posible que tanto la política feminista como la política *queer* (*queer politics*) se movilicen precisamente a través de prácticas que destacan la desidentificación con aquellas normas reguladoras mediante las cuales se materializa la diferencia sexual. Tales desidentificaciones colectivas pueden facilitar una reconceptualización de cuáles son los cuerpos que importan y qué cuerpos habrán de surgir aún como materia crítica de interés.

el cual se establece la diferencia. Aquí la idea de desechar evoca la noción psicoanalítica de *Verwerfung*, que implica una forclusión que funda al sujeto y que, consecuentemente, establece la poca solidez de tal fundación. Mientras la noción psicoanalítica de *Verwerfung* traducida como "forclusión" produce la socialidad a través del repudio de un significante primario que produce un inconsciente o, en la teoría lacaniana, el registro de lo real, la noción de *abyección* designa una condición degradada o excluida dentro de los términos de la socialidad. En realidad, lo forcluido o repudiado *dentro* de los términos psicoanalíticos es precisamente lo que no puede volver a entrar en el campo de lo social sin provocar la amenaza de psicosis, es decir, de la disolución del sujeto mismo. Lo que sostengo es que, dentro de la socialidad hay ciertas zonas abyectas que también sugieren esta amenaza y que constituyen zonas de inhabitabilidad que el sujeto, en su fantasía, supone amenazadoras para su propia integridad pues le presentan la perspectiva de una disolución psicótica ("Prefiero estar muerto antes de hacer tal cosa o ser tal cosa"). Véase el artículo sobre "Forclusion" en Jean Laplanche y J.-B. Pontalis, *Vocabulaire de la psychanalyse*, Paris, Presses Universitaires de France, 1967, págs. 163-167. [Ed. cast.: *Diccionario de psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1997.]

DE LA CONSTRUCCIÓN A LA MATERIALIZACIÓN

La relación entre cultura y naturaleza supuesta por algunos modelos de "construcción" del género implica una cultura o una acción de lo social que obra sobre una naturaleza, que a su vez se supone como una superficie pasiva, exterior a lo social y que es, sin embargo, su contrapartida necesaria. Una cuestión que han planteado las feministas es, pues, si el discurso que representa la acción de construcción como una especie de impresión o imposición no es en realidad tácitamente masculinista, mientras que la figura de la superficie pasiva, a la espera del acto de penetración mediante el cual se le asigna significación, no es tácitamente o –tal vez demasiado evidentemente– femenina. ¿Es el sexo al género lo que lo femenino a lo masculino?[3]

3. Véase de Sherry Ortner, "Is Female to Male as Nature is to Culture?", en Michelle Rosaldo y Louise Lamphere (eds.), *Woman, Culture, and Society*, Stanford, Stanford University Press, 1974, págs. 67-88.

Otras intelectuales feministas sostuvieron que es necesario reconcebir el concepto mismo de naturaleza, porque este concepto tiene una historia y la representación de la naturaleza como la página en blanco carente de vida, como aquello que está, por así decirlo, muerto desde siempre, es decididamente moderna y tal vez se vincule a la aparición de los medios tecnológicos de dominación. En realidad, hubo quienes sostuvieron que una reconcepción de la "naturaleza" como un conjunto de interrelaciones dinámicas se adapta mejor tanto a los objetivos feministas como a los ecológicos (y, para algunos, produjo una alianza, de otro modo improbable, con la obra de Gilles Deleuze). Esta reconcepción también pone en tela de juicio el modelo de construcción mediante el cual lo social actúa unilateralmente sobre lo natural y le imprime sus parámetros y sus significaciones. En realidad, la distinción radical entre sexo y género, si bien fue crucial para la versión del feminismo de Simone de Beauvoir, fue criticada en los años recientes por degradar lo natural a aquello que está "antes" de la inteligibilidad, que necesita una marca, si no ya una huella, de lo social para significar, para ser conocido, para adquirir valor. Este enfoque pasa por alto que la naturaleza tiene una historia y no una historia meramente social y además que el sexo se posiciona de manera ambigua en relación con el concepto de naturaleza y con su historia. El concepto de sexo es en sí mismo un terreno conflictivo, formado mediante una serie de disputas sobre cuál debería ser el criterio decisivo para distinguir entre los dos sexos; el concepto de sexo tiene una historia cubierta por la figura del sitio o la superficie de inscripción. Sin embargo, representado como ese sitio o superficie, lo natural se construye como aquello que además carece de valor; por lo demás, asume su valor al mismo tiempo que asume su carácter social, es decir, al mismo tiempo que la naturaleza renuncia a su condición natural. De acuerdo con esta perspectiva, la construcción social de lo natural supone pues que lo social anula lo natural. En la medida en que se base en esta construcción, la distinción sexo/género se diluye siguiendo líneas paralelas; si el género es la significación social que asume el sexo dentro de una cultura dada –y en nombre de nuestra argumentación dejaremos que los términos "social" y "cultural" permanezcan en una inestable relación de intercambio–, ¿qué queda pues del sexo, si es que queda algo, una vez que ha asumido su carácter social como género? Lo que está en juego es la significación del término "asunción", cuando "asumido" significa ser elevado a una esfera superior, como en la "Asunción de la Virgen". Si el género consiste en las significaciones sociales que asume el sexo, el sexo no *acumula* pues significaciones sociales como propiedades aditivas, sino que más bien *queda reemplazado* por las significaciones sociales que acepta; en el curso de esa asunción, el sexo queda desplazado y emerge el género, no cómo un término de una relación continuada de oposición al sexo, sino como el término que absorbe y desplaza al "sexo", la marca de su plena consustanciación con el género o en lo que, desde un punto de vista materialista, constituiría una completa desustanciación.

Cuando la distinción sexo/género se une a una noción de constructivismo lingüístico radical, el problema empeora aún más, porque el "sexo", al que se define como anterior al género, será en sí mismo una postulación, una construcción, ofrecida dentro del lenguaje, como aquello que es anterior al lenguaje, anterior a la construcción. Pero este sexo postulado como anterior a la construcción se convertirá –en virtud de haber sido postulado– en el efecto de esa misma postulación, la construcción de la construcción. Si el género es la construcción social del sexo y sólo es posible tener acceso a este "sexo" mediante su construcción, luego, aparentemente lo que ocurre es, no sólo que el sexo es absorbido por el género, sino que el "sexo" llega a ser algo semejante a una ficción, tal vez una fantasía, retroactivamente instalada en un sitio prelingüístico al cual no hay acceso directo.

Pero, ¿es justo decir que el "sexo" desaparece por completo, que es una ficción impuesta sobre y en contra de lo que es verdad, que es una fantasía sobre y contra la realidad? ¿O acaso estas oposiciones mismas deben reconcebirse de modo tal que, si el "sexo" es una ficción, es una ficción dentro de cuyas necesidades vivimos, sin las cuales la vida misma sería impensable? Y si el "sexo" es una fantasía, ¿es tal vez un campo fantasmático que constituye el terreno mismo de la inteligibilidad cultural? Semejante reconcepción de tales oposiciones convencionales, ¿implica una reconcepción del "constructivismo" en su sentido habitual?

La posición constructivista radical tendió a producir la premisa que refuta y a la vez confirma su propio objetivo. Si tal teoría no puede considerar el sexo como el sitio o la superficie sobre la

cual actúa, termina pues por suponer que el sexo es lo no construido y así le pone límites al constructivismo lingüístico, circunscribiendo inadvertidamente aquello que continúa siendo inexplicable dentro de los términos de la construcción. Si, por otro lado, el sexo es una premisa artificial, una ficción, el género no presupone un sexo sobre el cual actúa sino que, antes bien, el género produce una denominación errada de un "sexo" prediscursivo y la significación de la construcción se transforma en la del monismo lingüístico, en virtud del cual todo es siempre y únicamente lenguaje. De modo que lo que se genera es un debate exasperado del que muchos ya nos hemos cansado: o bien (1) el constructivismo se reduce a una posición de monismo lingüístico, según la cual la construcción lingüística se considera generativa y determinante y, en este caso, podemos oír decir a los críticos que parten de esta presunción: "Si todo es discurso, ¿qué pasa con el cuerpo?", o bien (2), cuando la construcción se representa reducida a una acción verbal que parece presuponer un sujeto, podemos oír decir a los críticos que parten de tal presunción: "Si el género es algo construido, quién lleva a cabo tal construcción?"; aunque, por supuesto (3), la formulación más pertinente de esta pregunta sea la siguiente: "Si el sujeto es algo construido, ¿quién construye al sujeto?" En el primer caso, la construcción tomó el lugar de una acción semejante a la de un dios que no sólo causa, sino que compone todo lo que es su objeto; es lo performativo divino que da vida y constituye exhaustivamente lo que nombra o, más precisamente, es ese tipo de referencia transitiva que nombra e inaugura a la vez. De acuerdo con esta visión de la construcción, para que algo sea construido, debe ser creado y determinado a través de ese proceso.

En el segundo y el tercer caso, las seducciones de la gramática parecen ejercer gran influencia; el crítico pregunta: "¿No debe haber un agente humano, un sujeto, si se quiere, que guíe el curso de la construcción?" Si la primera versión del constructivismo supone que la construcción opera de manera determinista, haciendo una parodia de la capacidad de acción humana, la segunda interpreta que el constructivismo supone la existencia de un sujeto voluntarista que crea su género mediante una acción instrumental. En este último caso se entiende la construcción como una especie de artificio manipulable, una concepción que no sólo supone la existencia de un sujeto, sino que rehabilita precisamente al sujeto voluntarista del humanismo que el constructivismo, de vez en cuando, procuró poner en tela de juicio.

Si el género es una construcción, ¿debe haber un "yo" o un "nosotros" que lleven a cabo o realicen esa construcción? ¿Cómo puede haber una actividad, un acto de construcción, sin presuponer la existencia de un agente que preceda y realice tal actividad? ¿Cómo podemos explicar la motivación y la dirección de la construcción sin tal sujeto? Como réplica, yo sugeriría que para reconcebir la cuestión bajo una luz diferente hace falta adoptar cierta actitud recelosa en relación con la gramática. Porque si el género es algo construido, no lo es necesariamente por un "yo" o un "nosotros" que existan antes que la construcción, en ningún sentido espacial o temporal del término "antes". En realidad, no está muy claro que pueda haber un "yo" o un "nosotros" que no haya sido sometido, que no esté sujeto al género, si por "generización" se entiende, entre otras cosas, las relaciones diferenciadoras mediante las cuales los sujetos hablantes cobran vida. Sujeto al género, pero subjetivado por el género, el "yo" no está ni antes ni después del proceso de esta generización, sino que sólo emerge dentro (y como la matriz de) las relaciones de género mismas.

Esto nos conduce pues a la segunda objeción, la que sostiene que el constructivismo niega la capacidad de acción, se impone por encima de la instancia del sujeto y termina suponiendo la existencia del sujeto que cuestiona. Afirmar que el sujeto es producido dentro de una matriz –y como una matriz– generizada de relaciones no significa suprimir al sujeto, sino sólo interesarse por las condiciones de su formación y su operación. La "actividad" de esta generización no puede ser, estrictamente hablando, un acto o una expresión humanos, una apropiación voluntaria y, ciertamente no se trata de adoptar una máscara; es la matriz que hace posible toda disposición previa, su condición cultural capacitadora. En este sentido, la matriz de las relaciones de género es anterior a la aparición de lo "humano". Consideremos el caso de la interpelación médica que (a pesar de la reciente incorporación de otros apelativos más generales) hace pasar a un niño o una niña de la categoría de "el bebé" a la de "niño" o "niña" y la niña se "feminiza" mediante esa denominación que la introduce en el terreno del len-

guaje y el parentesco a través de la interpelación de género. Pero esa "feminización" de la niña no termina allí; por el contrario, las diversas autoridades reiteran esa interpelación fundacional a lo largo de varios intervalos de tiempo para fortalecer o combatir este efecto naturalizado. La denominación es a la vez un modo de fijar una frontera y también de inculcar repetidamente una norma.

Tales atribuciones o interpelaciones contribuyen a formar ese campo del discurso y el poder que orquesta, delimita y sustenta aquello que se califica como "lo humano". Esto se advierte más claramente en los ejemplos de aquellos seres abyectos que no parecen apropiadamente generizados; lo que se cuestiona es, pues, su humanidad misma. En realidad, la construcción del género opera apelando a medios *excluyentes*, de modo tal que lo humano se produce no sólo por encima y contra lo inhumano, sino también a través de una serie de forclusiones, de supresiones radicales a las que se les niega, estrictamente hablando, la posibilidad de articulación cultural. De ahí que sea insuficiente sostener que los sujetos humanos son construcciones, pues la construcción de lo humano es una operación diferencial que produce lo más o menos "humano", lo inhumano, lo humanamente inconcebible. Estos sitios excluidos, al transformarse en su exterior constitutivo, llegan a limitar lo "humano" y a constituir una amenaza para tales fronteras, pues indican la persistente posibilidad de derrumbarlas y rearticularlas.[4]

Paradójicamente, la indagación de este tipo de supresiones y exclusiones, mediante las cuales opera la construcción del sujeto, ya no es constructivismo ni tampoco esencialismo. Porque hay un ámbito "exterior" a lo que construye el discurso, pero no se trata de un "exterior" absoluto, una "externalidad" ontológica que exceda o se oponga a las fronteras del discurso;[5] como "exterior" constitutivo, es aquello que sólo puede concebirse –cuando puede concebirse– en relación con ese discurso, en sus márgenes y formando sus límites sutiles. De modo que el debate entre el constructivismo y el esencialismo pasa completamente por alto la cuestión esencial de la desconstrucción, porque la cuestión esencial nunca fue que "todo se construye discursivamente"; esta cuestión esencial, cuando se plantea, corresponde a una especie de monismo discursivo o lingüisticismo que niega la fuerza constitutiva de la exclusión, la supresión, la forclusión y la abyección violentas y su retorno destructivo dentro de los términos mismos de la legitimidad discursiva.

Afirmar que hay una matriz de las relaciones de género que instituye y sustenta al sujeto, no equivale a decir que haya una matriz singular que actúe de manera singular y determinante, cuyo efecto sea producir un sujeto. Esto implicaría situar la "matriz" en la posición de sujeto dentro de una formulación gramatical que necesariamente debe volver a considerarse. En realidad, la forma proposicional "el discurso construye al sujeto" conserva la posición de sujeto de la formulación gramatical, aun cuando invierta el lugar del sujeto y del discurso. La construcción debe significar más que una simple inversión de términos.

Hay defensores y críticos de la construcción que construyen esa posición siguiendo líneas estructuralistas. A menudo sostienen que hay estructuras que construyen al sujeto, fuerzas impersonales tales como la cultura, el discurso o el poder, dando por sentado que estos términos ocupan el sitio gramatical del sujeto después de que lo "humano" ha sido desalojado de su lugar. En esta perspectiva, el lugar gramatical y metafísico del sujeto se conserva, aun cuando el candidato que lo ocupa cambie. Como resultado de ello, la construcción se entiende todavía como un proceso unilateral iniciado por un sujeto previo, con lo cual se fortalece aquella presunción de la metafísica del sujeto según la cual donde hay actividad, siempre hay detrás un sujeto iniciador y vo-

4. Sobre enfoques diferentes pero relacionados con esta problemática de la exclusión, la abyección y la creación de "lo humano", véanse Julia Kristeva, *Powers of Horror: An Essay on Abjection*, trad. de Leon Roudiez, Nueva York, Columbia University Press, 1982 [ed. cast.: *Poderes de la perversión*, Buenos Aires, Catálogos, 1988.]; John Fletcher y Andrew Benjamin (comps.), *Abjection, Melancholia and Love: The Work of Julia Kristeva*, Nueva York y Londres, Routledge, 1990; y Jean-François Lyotard, *The Inhuman: Reflections on Time*, trad. de Geoffrey Bennington y Rachel Bowlby, Stanford, Stanford University Press, 1991 [ed. cast.: *Lo inhumano: charlas sobre el tiempo*, Buenos Aires, Manantial, 1988].

5. Sobre una lectura muy provocativa que muestra cómo se vincula el problema de la referencialidad lingüística con el problema específico de la referencia a los cuerpos y qué significa "referencia" en ese caso, véase Cathy Caruth, "The Claims of Reference", *The Yale Journal of Criticism*, vol. 4, nº 1, otoño de 1990, págs. 193-206.

luntario. En esta perspectiva, el discurso, el lenguaje o lo social se personifican y en la personificación se reconsolida la metafísica del sujeto.

En este segundo enfoque, la construcción no es una actividad, sino que es un acto, un acto que ocurre una vez y cuyos efectos se establecen firmemente. De modo tal que el constructivismo queda reducido a un determinismo e implica la evacuación o el desplazamiento de la capacidad de acción humana.

Esta perspectiva está en la base de la tergiversación a través de la cual se le criticó a Foucault que "personificara" al poder: si el poder se construye erróneamente como un sujeto gramatical y metafísico y si ese sitio metafísico dentro del discurso humanista fue el sitio privilegiado de lo humano, luego el poder parece haber desplazado a lo humano como el origen de la actividad. Pero, si la visión de poder de Foucault se entiende como la destrucción y la subversión de esta gramática y esta metafísica del sujeto, si el poder orquesta la formación y la sustancia de los sujetos, no puede ser explicado partiendo del "sujeto" que es su efecto. Y aquí ya no sería adecuado decir que el término "construcción" corresponde al sitio gramatical del sujeto, porque la construcción no es ni un sujeto ni su acto, sino un proceso de reiteración mediante el cual llegan a emerger tanto los "sujetos" como los "actos". No hay ningún poder que actúe, sólo hay una actuación reiterada que se hace poder en virtud de su persistencia e inestabilidad.

Yo propondría, en lugar de estas concepciones de construcción, un retorno a la noción de materia, no como sitio o superficie, sino como *un proceso de materialización que se estabiliza a través del tiempo para producir el efecto de frontera, de permanencia y de superficie que llamamos materia.* Creo que el hecho de que la materia siempre esté materializada debe entenderse en relación con los efectos productivos, y en realidad materializadores, del poder regulador en el sentido foucaultiano.[6] Por lo tanto, la pregunta

6. Aunque Foucault hace la distinción entre el modelo jurídico y el modelo productivo del poder en *The History of Sexuality, Volume One*, trad. de Robert Hurley, Nueva York, Vintage, 1978 [ed. cast.: *Historia de la sexualidad*, vol. 1, Buenos Aires, Siglo XXI, 1990], he sostenido que cada modelo supone la existencia del otro. La producción de un sujeto –su sujeción (*assujetissement*)– es un medio para lograr su regulación. Véase mi "Sexual inversions" en Donna Stanton (comp.), *Discourses of Sexuality*, Ann Harbor, University of Michigan Press, 1992, págs. 344-361.

que hay que hacerse ya no es "¿De qué modo se constituye el género como (y a través de) cierta interpretación del sexo?" (una pregunta que deja la "materia" del sexo fuera de la teorización), sino "¿A través de qué normas reguladoras se materializa el sexo?". ¿Y cómo es que el hecho de entender la materialidad del sexo como algo dado supone y consolida las condiciones normativas para que se dé tal materialización?

Lo esencial estriba entonces en que la construcción no es un acto único ni un proceso causal iniciado por un sujeto y que culmina en una serie de efectos fijados. La construcción no sólo se realiza en el tiempo, sino que es en sí misma un proceso temporal que opera a través de la reiteración de normas; en el curso de esta reiteración el sexo se produce y a la vez se desestabiliza.[7] Como un efecto sedimentado de una práctica reiterativa o ritual, el sexo adquiere su efecto naturalizado y, sin embargo, en virtud de esta misma reiteración se abren brechas y fisuras que representan inestabilidades constitutivas de tales construcciones, como aquello que escapa a la norma o que la rebasa, como aquello que no puede definirse ni fijarse completamente mediante la labor repetitiva de esa norma. Esta inestabilidad es la posibilidad desconstituyente del proceso mismo de repetición, la fuerza que deshace los efectos mismos mediante los cuales se estabiliza el "sexo", la

7. No se trata simplemente de construir la performatividad como una repetición de actos, como si los "actos" permanecieran intactos e idénticos a sí mismos a medida que se los repite en el tiempo, entendiendo el tiempo como algo exterior a los "actos" mismos. Por el contrario, un acto es en sí mismo una repetición, una sedimentación y un congelamiento del pasado que precisamente queda forcluido por su semejanza con el acto. En este sentido, un "acto" es siempre una falla temporal de la memoria. En lo que sigue, empleo la noción lacaniana de que todo acto debe construirse como repetición, la repetición de lo que no puede ser recordado, lo irrecuperable y, por lo tanto, como el espectro temible de la desconstitución del sujeto. La noción derrideana de iterabilidad, formulada en respuesta a la teorización de los actos del habla de John Searle y J. L. Austin, también implica que todo acto es en sí mismo una recitación, la cita de una cadena previa de actos que están implícitos en un acto presente y que permanentemente le quitan a todo acto "presente" su condición de "actualidad". Véase la nota 9 *infra* sobre la diferencia entre una repetición hecha en favor de la fantasía de dominio (esto es, una repetición de actos que construyen al sujeto y que se entienden como los actos constructivos o constituyentes de un sujeto) y una noción de repetición-compulsión, tomada de Freud, que rompe esa fantasía de dominio y fija sus límites.

posibilidad de hacer entrar en una crisis potencialmente productiva la consolidación de las normas del "sexo".[8]

Ciertas formulaciones de la posición constructivista radical parecen producir casi obligadamente un momento de reiterada exasperación, porque aparentemente cuando se construye como un idealista lingüístico, el constructivista refuta la realidad de los cuerpos, la pertinencia de la ciencia, los datos supuestos de nacimiento, envejecimiento, enfermedad y muerte. El crítico podría sospechar también que el constructivista sufre de cierta somatofobia y querría asegurarse que este teórico abstracto admita que mínima-

8. La noción de temporalidad no debería construirse como una sencilla sucesión de "momentos" distintos, igualmente distantes entre sí. Semejante representación espacial del tiempo reemplaza a cierto modelo matemático del tipo de duración que no permite hacer tales metáforas espaciales. Los esfuerzos por describir o nombrar este lapso tienden a caer en el mapa espacial, como lo sostuvieron varios filósofos, entre ellos Bergson y Heidegger. Por lo tanto, es importante subrayar el efecto de *sedimentación* que implica la temporalidad de la construcción. Aquí, los llamados "momentos" no son unidades equivalentes y distintas de tiempo, porque el "pasado" sería entonces una acumulación y un congelamiento de tales "momentos" que finalmente los harían indistinguibles. El pasado deberá consistir además en aquello negado en la construcción, deberá abarcar las esferas de lo reprimido, lo olvidado y lo irrecuperablemente forcluido. Aquello que no está incluido –que ha sido dejado en el exterior por la frontera– como fenómeno constitutivo del efecto sedimentado llamado "construcción" será tan esencial para su definición como lo que ha sido incluido; esta exterioridad no es distinguible como un "momento". En realidad, la noción de momento quizás no sea otra cosa que una fantasía retrospectiva del dominio matemático impuesto a las duraciones interrumpidas del pasado.

Sostener que la construcción es fundamentalmente una cuestión de iteración es dar prioridad a la modalidad temporal de la construcción. En la medida en que tal teoría requiera una espacialización del tiempo (a través de la postulación de momentos desconectados y limitados), esta versión temporal de la construcción supone una espacialización de la temporalidad misma que uno podría entender, siguiendo a Heidegger, como la reducción de la temporalidad al tiempo.

El énfasis puesto por Foucault en las relaciones *convergentes* de poder (que de manera tentativa podría contraponerse con el énfasis puesto por Derrida en la iteración) implica trazar un mapa de las relaciones de poder que, en el curso de un proceso genealógico, forman un efecto construido. La noción de convergencia supone la idea de movimiento y también de espacio; como resultado de ello, parece eludir la paradoja señalada antes en la cual la explicación misma de la temporalidad exige la espacialización del "momento". Por otro lado, el enfoque de Foucault de la convergencia no teoriza plenamente sobre lo que provoca el "movimiento" mediante el cual se dice que convergen el poder y el discurso. En cierto sentido, trazar un mapa del poder no basta para teorizar acabadamente la temporalidad.

Significativamente, el análisis derrideano de la iterabilidad debe distinguirse de la mera repetición en la cual las distancias entre "momentos" temporales se consideran uniformes en cuanto a su extensión espacial. La "distancia *entre* momentos" de tiempo no puede, según la terminología de Derrida, espacializarse o limitarse como un objeto identificable. Es la *différance* no tematizable que erosiona y se opone a toda afirmación de una identidad distintiva, incluyendo la identidad distintiva del "momento". Lo que diferencia los momentos no es una duración espacial y extendida porque, por así decirlo, también ella podría considerarse un "momento" y entonces no representaría lo que queda entre los momentos. Este *entre*, que es al mismo tiempo "en medio" y "fuera", es como un espacio no tematizable y un tiempo no tematizable que convergen.

El lenguaje de la construcción de Foucault incluye términos como "aumento", "proliferación" y "convergencia" que suponen la existencia de una esfera temporal no teorizada explícitamente. En parte, el problema consiste en que mientras Foucault aparentemente procura dar una especificidad histórica a su versión de los efectos genealógicos, en realidad estaría dando prioridad a un enfoque de la genealogía antes que a un enfoque filosófico de la temporalidad. En "The Subject and Power", en Hubert Dreyfus y Paul Rabinow (comps.), *Michel Foucault: Beyond Structuralism and Hermeneutics*, Chicago, Northwestern University Press, 1983 [ed. cast.: *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, México, Universidad Autónoma de México, 1988], Foucault se refiere a "la diversidad de [...] secuencia lógica" que caracteriza a las relaciones de poder. Indudablemente rechaza la aparente linealidad implícita en los modelos de iterabilidad que se vinculan a la linealidad de los modelos más antiguos de la secuencia histórica. Y sin embargo, no nos ofrece una especificación de la "secuencia": ¿es la noción misma de "secuencia" lo que varía históricamente o lo que varía son las configuraciones de secuencia y la secuencia misma permanece invariable? De algún modo, ambas posiciones descuidan la formación y representación social específica de la temporalidad. Aquí podría consultarse la obra de Pierre Bourdieu para comprender la temporalidad de la construcción social.

mente hay partes, actividades, capacidades sexualmente diferenciadas, diferencias hormonales y cromosómicas que pueden admitirse sin hacer referencia a la "construcción". Aunque en este momento quiero darles a mis interlocutores la absoluta tranquilidad, aún prevalece cierta angustia. "Admitir" el carácter innegable del "sexo" o su "materialidad" siempre es admitir cierta versión del "sexo", cierta formación de "materialidad". El discurso en el cual y a través del cual se hace esta concesión –y sí, esta concesión invariablemente se hace–, ¿no es acaso formativo del fenómeno mismo que admite? Afirmar que el discurso es formativo no equivale a decir que origina, causa o compone exhaustivamente aquello que concede; antes bien, significa que no hay ninguna referencia a un cuerpo puro que no sea al mismo tiempo una formación adicional de ese cuerpo. En este sentido, no se niega la capacidad lingüística para referirse a los cuerpos sexuados, pero se

altera la significación misma de "referencialidad". En términos filosóficos, la proposición asertórica es siempre, hasta cierto punto, performativa.

Por lo tanto, en relación con el sexo, si uno admite la materialidad del sexo o del cuerpo, esa concesión misma, ¿opera –performativamente– como un modo de materializar ese sexo? Y además, ¿cómo logra constituir la concesión reiterada de ese sexo –una concesión que no tiene que hacerse necesariamente en el habla o por escrito, sino que podría "señalarse" de un modo mucho más rudimentario– la sedimentación y la producción de ese efecto material?

El crítico moderado podría admitir que *alguna parte* del "sexo" se construye, pero que ciertamente hay otra que no y, por lo tanto, siente por supuesto la obligación no sólo de marcar la línea que separa lo construido de lo no construido, sino también de explicar qué significa esto de que el "sexo" se presente en partes cuya diferenciación no es una cuestión de construcción. Pero, a medida que se traza esa línea de demarcación entre partes tan evidentes, lo "no construido" queda limitado una vez más en virtud de una práctica significante y el límite mismo que estaba destinado a proteger algunas partes del sexo de la contaminación del constructivismo se define ahora por la construcción misma del anticonstructivismo. La construcción, ¿es algo que le ocurre a un objeto ya hecho, una cosa dada previamente y algo que le ocurre en *grados*? ¿O en ambos lados del debate nos estamos refiriendo quizás a una práctica inevitable de significación, de demarcación y delimitación a la que luego nos "referimos", de modo tal que nuestras "referencias" siempre suponen –y con frecuencia ocultan– esta delimitación previa? En realidad, "referirse" ingenua o directamente a tal objeto extradiscursivo exige delimitar previamente el ámbito de lo extradiscursivo. Y, en la medida en que se pueda delimitar, lo discursivo estará delimitado por el discurso mismo del cual procura liberarse. Esta delimitación, que a menudo se representa como una suposición no teorizada en cualquier acto de descripción, marca una frontera que incluye y excluye, que decide, por así decirlo, cuál será y cuál no será la materia del objeto al cual nos referimos luego. Esta marcación tendrá cierta fuerza normativa y, en realidad, cierta violencia, porque sólo puede construir a través de la supresión; sólo puede delimitar algo aplicando cierto criterio, un principio de selectividad.

Lo que habrá de incluirse y lo que no habrá de incluirse dentro de las fronteras del "sexo" estará determinado por una operación más o menos tácita de exclusión. Si cuestionamos el carácter fijo de la ley estructuralista que divide y limita los "sexos" en virtud de su diferenciación diádica dentro de la matriz heterosexual, lo haremos desde las regiones exteriores de esa frontera (no desde una "posición", sino desde las posibilidades discursivas que ofrece el exterior constitutivo de las posiciones hegemónicas) y ese cuestionamiento constituirá el retorno desbaratador de los excluidos desde el interior de la lógica misma del simbolismo heterosexual.

La trayectoria de este texto indagará, pues, la posibilidad de tal efecto desbaratador, pero lo hará indirectamente, respondiendo a dos interrogantes interrelacionados que se les han formulado a las versiones constructivistas del género, no para defender al constructivismo *per se*, sino para cuestionar las supresiones y exclusiones que constituyen sus límites. Estas críticas suponen que, inmersas en la gramática recibida, hay una serie de oposiciones metafísicas entre el materialismo y el idealismo, oposiciones que, como argumentaré luego, están siendo redefinidas radicalmente por un revisionismo postestructuralista de la performatividad discursiva, tal como ésta opera en la materialización del sexo.

LA PERFORMATIVIDAD COMO APELACIÓN A LA CITA

Cuando en el lenguaje lacaniano se dice que alguien asume un "sexo", la gramática de la frase crea la expectación de que hay "alguien" que, al despertarse, indaga y delibera sobre qué "sexo" asumirá ese día, una gramática en la cual la "asunción" se asimila pronto a la noción de una elección en alto grado reflexiva. Pero si lo que impone esta "asunción" es un aparato regulador de heterosexualidad y la asunción se reitera a través de la producción forzada del "sexo", se trata pues de una asunción del sexo obligada desde el principio. Y si existe una libertad de acción, ésta debe buscarse, paradójicamente, en las posibilidades que ofrecen la apropiación obligada de la ley reguladora, la materialización de esa ley, la apropiación impuesta y la identificación con tales demandas normativas. La formación, la elaboración, la orientación,

la circunscripción y la significación de ese cuerpo sexuado no serán un conjunto de acciones realizadas en observancia de dicha ley; por el contrario, serán una conjunto de acciones movilizadas por la ley, la acumulación de citas o referencias y la disimulación de la ley que produce efectos materiales, tanto la necesidad vívida de aquellos efectos como la oposición vívida a tal necesidad.

De modo que la performatividad no es pues un "acto" singular, porque siempre es la reiteración de una norma o un conjunto de normas y, en la medida en que adquiera la condición de acto en el presente, oculta o disimula las convenciones de las que es una repetición. Además, este acto no es primariamente teatral; en realidad, su aparente teatralidad se produce en la medida en que permanezca disimulada su historicidad (e, inversamente, su teatralidad adquiere cierto carácter inevitable por la imposibilidad de revelar plenamente su historicidad). En el marco de la teoría del acto de habla, se considera performativa a aquella práctica discursiva que realiza o produce lo que nombra.[9] De acuerdo con la versión bíblica de lo performativo, es decir, "¡Hágase la luz!", parecería que un fenómeno que se nombra cobra vida en virtud del *poder de un sujeto o de su voluntad*. De acuerdo con una reformulación crítica, Derrida aclara que este poder no es la función de una voluntad que origina, sino que es siempre derivativo:

> ¿Podría una enunciación performativa tener éxito si su formulación no repitiera una enunciación "codificada" o iterativa o, en otras palabras, si la fórmula que pronuncio para iniciar una reunión o para botar un barco o para celebrar un matrimonio no se identificara de algún modo con una "cita"? [...] en tal tipología, la categoría de intención no desaparecerá, tendrá su lugar, pero desde ese lugar ya no podrá gobernar la totalidad del escenario y el sistema de enunciación [*énonciation*].[10]

9. Véase J. L. Austin, *How to Do Things with Words*, J. O. Urmson y Marina Sbisà (comps.), Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1955 [ed. cast.: *Cómo hacer cosas con palabras*, Buenos Aires, Paidós, 1971], y *Philosophical Papers*, Oxford, Oxford University Press, 1961, especialmente las págs. 233-252 [ed. cast.: *Ensayos filosóficos*, Madrid, Alianza, 1988]; Shoshana Felman, *The Literary Speech-Act: Don Juan with J. L. Austin, or Seduction in Two Languages*, trad. de Catherine Porter, Ithaca, Cornell University Press, 1983; Barbara Johnson, "Poetry and Performative Language: Mallarmé and Austin", en *The Critical Difference: Essays in the Contemporary Rhetoric of Reading*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1980, págs. 52-66; Mary Louise Pratt, *A Speech Act Theory of Literary Discourse*, Indiana University Press, 1977; y Ludwig Wittgenstein, *Philosophical Investigations*, trad. de G. E. M. Anscombe, Nueva York, Macmillan, 1958, primera parte [ed. cast.: *Investigaciones filosóficas*, Barcelona, Grijalbo-Mondadori, 1988].

¿En qué medida obtiene el discurso la autoridad necesaria para hacer realidad lo que nombra mediante una cita de las convenciones de autoridad? Y un determinado sujeto, ¿se considera el autor de sus efectos discursivos, en tanto la práctica de apelar a las citas, mediante la cual se lo condiciona y moviliza, permanezca sin marcas? En realidad, ¿no podría ocurrir que la producción del sujeto como originadora de sus efectos sea precisamente una consecuencia de esta apelación disimulada a las citas? Además, si un sujeto llega a ser tal sometiéndose a las normas del sexo, un sometimiento que requiere asumir las normas del sexo, ¿podemos interpretar que esa "asunción" es precisamente una manera más de recurrir a las citas? En otras palabras, la norma del sexo ejerce su influencia en la medida en que se la "cite" como norma, pero también hace derivar su poder de las citas que impone. ¿Cómo podríamos interpretar la práctica de "citar" las normas del sexo como el proceso de aproximarse a tales normas o de "identificarse con ellas"?

Por lo demás, en el seno del psicoanálisis, ¿hasta qué punto se afianza el cuerpo sexuado a través de prácticas identificatorias gobernadas por esquemas reguladores? Aquí la identificación no se emplea como una actividad imitativa, mediante la cual un ser consciente se modela a imagen y semejanza de otro; por el contrario, la identificación es la pasión por la semejanza, mediante la cual emerge primariamente el yo.[11] Freud sostiene que "el yo es

10. Jacques Derrida, "Signature, Event, Context", en Gerald Graff (comp.), *Limited, Inc.*, trad. de Samuel Weber y Jeffrey Mehlman, Evanston, Northwestern University Press, 1988, pág. 18.

11. Véase Michel Borch-Jacobsen, *The Freudian Subject*, trad. Catherine Porter, Stanford, Stanford University Press, 1988. Mientras Borch-Jacobsen, en una interesante teoría de cómo la identificación precede y forma al yo, tiende a afirmar la prioridad de la identificación por encima de cualquier experiencia libidinal, yo diría que la identificación es en sí misma una asimilación apasionada o libidinal. Véanse también la acertada distinción entre modelo imitativo y modelo mimético de identificación en Ruth Leys, "The Real Miss Beauchamp: Gender and the Subject of Imitation", en Judith Butler y Joan Scott (comps.), *Feminists Theorize the Political*, Nueva York, Routledge, 1992, págs. 167-214; Kaja Silverman, *Male Subjectivity at the Margins*, Nueva York, Routledge, 1992, págs. 262-270; Mary Ann Doane,

primero y principalmente un yo corporal" y que el yo es, además, "una proyección de una superficie",[12] lo que podríamos caracterizar como una morfología imaginaria. Por otra parte, yo diría que esta morfología imaginaria no es una operación presocial o presimbólica, sino que se trata de una operación orquestada mediante esquemas reguladores que producen posibilidades inteligibles y morfológicas. Estos esquemas reguladores no son estructuras eternas, sino que constituyen criterios históricamente revisables de inteligibilidad que producen y conquistan los cuerpos que importan.

Si la formulación de un yo corporal, un contorno estable y el establecimiento de una frontera espacial se logran a través de prácticas identificatorias y si el psicoanálisis documenta las formas de obrar hegemónicas de tales identificaciones, ¿podemos pues interpretar que el psicoanálisis inculca la matriz heterosexual en el nivel de la morfogénesis corporal? Lo que Lacan llama la "asunción" o el "acceso" a la ley simbólica puede interpretarse como una especie de "cita" de la ley y así ofrece la oportunidad de vincular la cuestión de la materialización del "sexo" con la reconcepción de la performatividad como una apelación a la cita. Aunque Lacan afirma que la ley simbólica tiene una jerarquía semiautónoma que es anterior al momento en que el sujeto asume las posiciones sexuadas, estas posiciones normativas, es decir, los "sexos", sólo se conocen a través de las semejanzas que causan. La fuerza y la necesidad de estas normas (el "sexo" como función simbólica debe entenderse como una especie de mandamiento o precepto) es pues funcionalmente *dependiente* de la semejanza y la cita de la ley; la ley sin su aproximación no es ley o, más precisamente, no es más que una ley que rige solamente para aquellos que la acatan sobre la base de la fe religiosa. Si el "sexo" se asume del mismo modo en que se cita una ley –una analogía que sustentaremos luego en

"Misrecognition and Identity", en Ron Burnett (comp.), *Explorations in Film Theory: Selected Essays from Ciné-Tracts*, Bloomington, Indiana University Press, 1991, págs. 15-25 y Diana Fuss, "Freud's Fallen Women: Identification, Desire", y "A Case of Homosexuality in a Woman", *The Yale Journal of Criticism*, vol. 6, n° 1, 1991, págs. 1-23.

12. Sigmund Freud, *The Ego and the Id*, James Strachey, comp., trad. de Joan Riviere, Nueva York, Norton, 1960, pág. 16 [ed. cast.: *El yo y el ello*, en *Obras completas*, vol. 19, Buenos Aires, Amorrortu, 1978-1985].

este texto–, luego, "la ley del sexo" se fortalece e idealiza repetidamente como la ley sólo en la medida en que se la reitere como la ley, que se produzca como tal, como el ideal anterior e inaproximable, mediante las citas mismas que se afirma que esa ley ordena. Si se interpreta la significación que da Lacan a la "asunción" como cita, ya no se le da a la ley una forma fija, *previa* a su cita, sino que se la produce mediante la cita, como aquello que precede y excede las aproximaciones mortales que realiza el sujeto.

En ese caso, puede hacérsele a la ley simbólica de Lacan el mismo tipo de crítica que le hacía Nietzsche a la noción de Dios: la fuerza atribuida a este poder previo e ideal se hace derivar y desviar de la atribución misma.[13] Esta percepción de la ilegitimidad de la ley simbólica del sexo es lo que aparece dramatizado hasta cierto punto en el filme contemporáneo *París en llamas*: el ideal que se procura imitar depende de que la imitación misma se juzgue como un ideal. Y aunque lo simbólico parezca constituir una fuerza que no puede contravenirse sin la psicosis, debería reconcebirse como una serie de mandatos normalizadores que fijan los límites del sexo mediante la amenaza de la psicosis, la abyección, la imposibilidad psíquica de vivir. Además, debería entenderse que esta "ley" sólo puede constituir una ley en la medida en que imponga las citas y aproximaciones diferenciadas llamadas "femeninas" y "masculinas". El supuesto de que la ley simbólica del sexo goza de una ontología separable anterior y autónoma a su asunción queda impugnado por la noción de que la cita de la ley es el mecanismo mismo de su producción y articulación. De modo que lo que "impone" lo simbólico es una cita de su ley que reitera y consolida la

13. Nietzsche sostiene que el ideal de Dios se produjo "en la misma medida" como un sentido humano de fracaso y desdicha y que la producción de Dios fue, en realidad, la idealización que instituyó y reforzó esa desdicha; véase Friedrich Nietzsche, *On the Genealogy of Morals*, trad. de Walter Kaufmann, Nueva York, Vintage, 1969, sección 20 [ed. cast.: *La genealogía de la moral*, Madrid, Alianza, 1998]. El hecho de que la ley simbólica en Lacan produzca la incapacidad de aproximarse a los ideales sexuados corporizados e impuestos por la ley se entiende habitualmeante como una señal prometedora de que la ley no es por completo eficaz, que no constituye exhaustivamente la psique de ningún sujeto dado. Sin embargo, ¿hasta qué punto esta concepción de la ley produce la falla misma que procura ordenar y mantiene una distancia ontológica entre las leyes y sus aproximaciones fallidas, de modo tal que las aproximaciones desviadas no tienen la fuerza para alternar la acción de la ley misma?

estratagema de su propia fuerza. ¿Qué significaría "citar" la ley para producirla de un modo diferente, "citar" la ley para poder reiterar y cooptar su poder, para poner en evidencia la matriz heterosexual y desplazar el efecto de su necesidad?

El proceso de esa sedimentación o lo que podríamos llamar la *materialización* será una especie de apelación a las citas, la adquisición del ser mediante la cita del poder, una cita que establece una complicidad originaria con el poder en la formación del "yo".

En este sentido, la acción denotada por la performatividad del "sexo" estará directamente en contra de cualquier noción de sujeto voluntarista que existe de manera absolutamente independiente de las normas reguladoras a las que se opone. La paradoja de la sujeción (*assujetissement*) es precisamente que el sujeto que habría de oponerse a tales normas ha sido habilitado, si no ya producido, por esas mismas normas. Aunque esta restricción constitutiva no niega la posibilidad de la acción, la reduce a una práctica reiterativa o rearticuladora, inmanente al poder y no la considera como una relación de oposición externa al poder.

Como resultado de esta reformulación de la performatividad, (a) no es posible teorizar la performatividad del género independientemente de la práctica forzada y reiterativa de los regímenes sexuales reguladores; (b) en este enfoque, la capacidad de acción, condicionada por los regímenes mismos del discurso/poder, no puede combinarse con el voluntarismo o el individualismo y mucho menos con el consumismo, y en modo alguno supone la existencia de un sujeto que escoge; (c) el régimen de heterosexualidad opera con el objeto de circunscribir y contornear la "materialidad" del sexo y esa materialidad se forma y se sostiene como (y a través de) la materialización de las normas reguladoras que son en parte las de la hegemonía heterosexual; (d) la materialización de las normas requiere que se den esos procesos identificatorios, a través de las cuales alguien asume tales normas o se apropia de ellas y estas identificaciones preceden y permiten la formación de un sujeto, pero éste no las realiza en el sentido estricto de la palabra; y (e) los límites del constructivismo quedan expuestos en aquellas fronteras de la vida corporal donde los cuerpos abyectos o deslegitimados no llegan a ser considerados "cuerpos". Si la materialidad del cuerpo está demarcada en el discurso, esta demarcación producirá pues un ámbito de "sexo" excluido y no legitimado. De ahí

que sea igualmente importante reflexionar sobre de qué modo y hasta qué punto se construyen los cuerpos como reflexionar sobre de qué modo y hasta qué punto *no* se construyen; además, interrogarse acerca del modo en que los cuerpos no llegan a materializar la norma les ofrece el "exterior" necesario, si no ya el apoyo necesario, a los cuerpos que, al materializar la norma, alcanzan la categoría de cuerpos que importan.

¿Cómo puede uno reflexionar, entonces, a través de la materia de los cuerpos, entendida como una especie de materialización gobernada por normas reguladoras, para poder averiguar cómo actúa la hegemonía heterosexual en la formación de aquello que determina que un cuerpo sea viable? ¿Cómo produce esa materialización de la norma en la formación corporal una esfera de cuerpos abyectos, un campo de deformación que, al no alcanzar la condición de plenamente humano, refuerza aquellas normas reguladoras? ¿Qué oposición podría ofrecer el ámbito de los excluidos y abyectos a la hegemonía simbólica que obligara a rearticular radicalmente aquello que determina qué cuerpos importan, qué estilos de vida se consideran "vida", qué vidas vale la pena proteger, qué vidas vale la pena salvar, qué vidas merecen que se llore su pérdida?

LA TRAYECTORIA DEL TEXTO

Los textos que conforman el foco de esta indagación proceden de diversas tradiciones de la escritura: el *Timeo* de Platón, "Introducción del narcisismo" de Freud, algunos escritos de Jacques Lacan, ciertos relatos de Willa Cather, la novela *Passing* de Nella Larsen, el filme *París en llamas* de Jennie Livingston y ciertos ensayos de la teoría y la política sexual recientes, así como algunos textos de la teoría democrática radical. La amplitud histórica del material no pretende sugerir que en estos contextos persista un único imperativo heterosexual; sólo procura señalar que, en cada uno de estos contextos la inestabilidad que produce el esfuerzo por fijar el sitio del cuerpo sexuado desafía los límites de la inteligibilidad discursiva. Aquí lo importante no es únicamente destacar la dificultad que implica determinar el sitio indiscutido del sexo a través del discurso. Antes bien, lo que pretendo es mostrar que la condición indiscutida del "sexo" dentro de la díada

heterosexual afirma las acciones de ciertos mandatos simbólicos y que oponerse a ella cuestiona dónde y cómo se fijan los límites de la inteligibilidad simbólica.

La primera parte del libro trata principalmente de la producción de las morfologías sexuadas mediante la aplicación de esquemas reguladores. A lo largo de estos capítulos procuro mostrar de qué manera obran las relaciones de poder en la formación misma del sexo y su "materialidad". Los primeros dos ensayos son esfuerzos genealógicamente diferentes por caracterizar las relaciones de poder que perfilan los cuerpos: "Los cuerpos que importan" sugiere que en las posiciones teoréticas contemporáneas se reanudan ciertas tensiones clásicas. El ensayo considera brevemente las posturas de Aristóteles y de Foucault, pero luego ofrece una revisión de la lectura de Platón hecha por Irigaray a través de una consideración de la *chora* del *Timeo* de Platón. La *chora* (*"el distrito"*) es ese sitio donde parecen fusionarse la materialidad y la femineidad para formar una materialidad anterior y formativa de cualquier noción de lo empírico. En "El falo lesbiano y el imaginario morfológico" trato de mostrar cómo la heterosexualidad normativa modela un perfil corporal que vacila entre la materialidad y lo imaginario y que en realidad es esa vacilación misma. Ninguno de estos ensayos pretende discutir la materialidad del cuerpo; por el contrario, en conjunto constituyen esfuerzos parciales y genealógicamente superpuestos de establecer las condiciones normativas en las que se enmarca y se forma la materialidad del cuerpo y, en particular, cómo se forma a través de categorías diferenciales de sexo.

En el curso del segundo ensayo, emerge otra serie de interrogantes relativos a la problemática de la morfogénesis: ¿cómo funcionan las identificaciones para producir y oponerse a lo que Freud llamó "el yo corporal"? Como fenómeno proyectado, el cuerpo no es meramente la fuente de donde surge la proyección, sino que siempre es también un fenómeno en el mundo, un distanciamiento del "yo" mismo que la afirma. En realidad, la asunción del "sexo", la asunción de cierta materialidad contorneada, es en sí misma una forma dada a ese cuerpo, una morfogénesis que se produce a través de un conjunto de proyecciones identificatorias. Que el cuerpo al cual uno "pertenece" sea hasta cierto punto un cuerpo que en parte obtiene sus contornos sexuados en condiciones especulares y en relación con el exterior sugiere que los procesos identificatorios son esenciales para la formación de la materialidad sexuada.[14]

Esta revisión de Freud y Lacan continúa en el tercer capítulo, "Identificación fantasmática y la asunción del sexo". En él surgen dos cuestiones de significación social y política: (1) si las proyecciones identificatorias están reguladas por las normas sociales y si esas normas se construyen como imperativos heterosexuales, luego podría decirse que la heterosexualidad normativa es parcialmente responsable del tipo de forma que modela la materia corporal del sexo; y (2) dado que la heterosexualidad normativa evidentemente no es el único régimen regulador que opera en la producción de los contornos corporales o en la fijación de los límites de la inteligibilidad corporal, tiene sentido preguntarse qué otros regímenes de producción reguladora determinan los perfiles de la materialidad de los cuerpos. Aquí parecería que la regulación social de la raza surge, no simplemente como otro ámbito de poder, completamente separable de la diferencia sexual o de la sexualidad, sino que su "adición" subvierte los efectos monolíticos del imperativo heterosexual, como lo he descrito hasta aquí. Lo simbólico –ese registro del ideal regulatorio– siempre es además una actividad racial o, más precisamente, la práctica reiterada de interpelaciones *que destacan las diferencias raciales*. Antes que aceptar un modelo que entiende el racismo como discriminación sobre la base de una raza dada previamente, sigo la línea de aquellas teorías recientes que han sostenido que la "raza" se produce parcialmente como un efecto de la historia del racismo, que sus fronteras y significaciones se construyen a lo largo del tiempo, no sólo al servicio del racismo, sino también al servicio de la oposición al racismo.[15]

14. En el capítulo 2 tomo muy en consideración la crítica de Lacan que destaca las implicaciones limitadas y falogocéntricas del modelo especular en "el estadio del espejo".

15. Véase Michael Omi y Howard Winant, *Racial Formation in the United States: From 1960s to the 1980s*, Nueva York, Routledge, 1986. Véase también Anthony Appiah, "The Uncompleted Argument: Du Bois and the Illusion of Race", en Henry Louis Gates, Jr. (comp.), *"Race", Writing and Difference*, Chicago, University of Chicago Press, 1986, págs. 21-37; Colette Guillaumin, "Race and Nature: The System of Marks", *Feminist Studies*, vol. 8, n° 2, otoño de 1988, págs. 25-44; David Loyd, "Race Under Representation", *Oxford Literary Review*, 13, primavera de 1991, págs. 62-94; Sylvia Wynter, "On Disenchanting Discourse: 'Minority' Literary Criticism and Beyond", en Abdul R. JanMohammed y David Lloyd (comps.), *The Nature and*

Al repudiar aquellos modelos de poder que reducirían las diferencias raciales a los efectos derivativos de la diferencia sexual (como si la diferencia sexual no fuera sólo independiente de la articulación racial sino, de algún modo, anterior, en un sentido temporal u ontológico), parece esencial reconcebir los escenarios de reproducción y, por lo tanto, de las prácticas sexualizadoras, no sólo como aquellos a través de las cuales se inculca el imperativo heterosexual, sino también como los escenarios a través de los cuales se fijan y se combaten las fronteras de la distinción racial. La "amenaza" de la homosexualidad adquiere una complejidad distintiva especialmente en aquellas coyunturas donde la heterosexualidad obligatoria funciona al servicio de mantener las formas hegemónicas de la pureza racial.

Parece esencial oponer resistencia al modelo de poder que tiende a establecer relaciones paralelas o analógicas entre el racismo, la homofobia y la misoginia. Afirmar su equivalencia abstracta o estructural no sólo pasa por alto las historias específicas de su construcción o elaboración, sino que además pospone la importante tarea de reflexionar sobre las maneras en que estos vectores de

Context of Minority Discourse, Nueva York, Oxford University Press, 1990, págs. 432-469.

Insisto, sostener que la raza es el resultado de una producción, de una construcción o hasta que tiene un carácter ficticio no equivale a sugerir que sea una construcción artificial ni prescindible. Patricia Williams concluye su *The Alchemy of Race and Rights* con una frase que destaca hasta qué punto se viven las construcciones retóricas de raza: "Una complejidad de mensajes implicados en nuestro ser" (Cambridge, Harvard University Press, 1991, pág. 236). En un epílogo titulado "A Word on Categories", Williams observa: "Si bien el hecho de ser negra ha sido la más poderosa atribución social de mi vida, ésa es sólo una de las muchas narrativas rectoras o ficciones dominantes a través de las cuales me estoy reconfigurando constantemente en el mundo" (pág. 256). Aquí la atribución de ser negra constituye no sólo una de las muchas ficciones dominantes, sino también una ficción *movilizadora*, una ficción "a través de la cual" se realiza su reconfiguración reflexiva. La atribución, por ficticia que sea, no sólo es "dominante", es decir que constituye un marco constante y poderoso, sino que también es, de manera paradójica y prometedora, un *recurso*, un medio *a través del cual* se hace posible la transformación. Cito aquí estas líneas con el propósito de subrayar lo siguiente: decir que la raza es una construcción o una atribución, en modo alguno le quita al término la fuerza que tiene en la vida; por el contrario, la raza llega a ser precisamente una fuerza dominante e indispensable dentro de los discursos saturados políticamente en los cuales permanentemente se hace necesario dar al término una resignificación *contraria* a sus usos racistas.

poder se necesitan y despliegan recíprocamente para lograr su propia articulación. En realidad, quizá no sea posible imaginar ninguna de estas nociones ni sus interrelaciones sin una concepción sustancialmente revisada del poder, tanto en sus dimensiones geopolíticas como en los sucedáneos actuales de su circulación intersectante.[16] Por otro lado, cualquier análisis que destaque un vector de poder por encima de otro indudablemente se volverá vulnerable a las críticas de que no sólo ignora o subestima a los demás; se le criticará además que sus propias construcciones dependen de la exclusión de las otras para tener validez. En el otro extremo, todo análisis que pretenda abarcar todos los vectores del poder corre el riesgo de pecar de cierto imperialismo epistemológico que consiste en suponer que cualquier escritor dado puede representar y explicar las complejidades del poder contemporáneo. Ningún autor ni ningún texto pueden ofrecer semejante reflejo del mundo y aquellos que pretenden ofrecer semejantes panoramas ya se hacen sospechosos por el mero hecho de tener tal pretensión. Sin embargo, el fracaso de la función mimética tiene sus propios usos políticos, porque la producción de textos sólo puede ser una manera de reconfigurar lo que habrá de considerarse el mundo. Porque los textos no reflejan la totalidad de sus autores ni de sus mundos, entran en un campo de lectura como provocaciones parciales que no solamente requieren la existencia de un conjunto de textos previos para obtener legibilidad, sino que –en el mejor de los casos– inician una serie de apropiaciones y críticas que ponen en tela de juicio sus premisas fundamentales.

Esta demanda de meditar sobre el poder contemporáneo en toda su complejidad y en todas sus interarticulaciones continúa

16. Véanse de Gayatri Chakravorty Spivak, "Scattered Speculations on the Question of Value" y "Subaltern Studies: Desconstructing Historiography", en *In Other Worlds: Essays in Cultural Politics*, Nueva York, Routledge, 1987; y "Can the Subaltern Speak?", en Cary Nelson y Lawrence Goldberg (comps.), *Marxism and the Interpretation of Culture*, Urbana, University of Illinois Press, 1988; Tejaswini Niranjana, *History, Post-Structuralism, and the Colonial Context*, Berkeley, University of California Press, 1992; Chandra Talpade Mohanty, "Cartographies of Struggle: Third World Women and the Politics of Feminism" y "Under Western Eyes: Feminist Scholarship and Colonial Discourses", en Chandra Mohanty, Ann Russo y Lourdes Torres (comps.), *Third World Women and the Politics of Feminism*, Bloomington, Indiana University Press, 1991, págs. 1-180; Lisa Lowe, *Critical Terrains: French and British Orientalisms*, Ithaca, Cornell University Press, 1991.

siendo, a pesar de su imposibilidad, indiscutiblemente importante. Sin embargo, sería un error imponer los mismos criterios a todos los productos culturales, pues quizá sea precisamente la parcialidad de un texto lo que condicione el carácter radical de sus percepciones. Al tomar como punto de partida la matriz heterosexual o la hegemonía heterosexual se corre el riesgo de caer en cierta estrechez de miras, pero se lo corre para poder finalmente presentar su aparente prioridad y autonomía como una forma de poder. Esto ocurrirá dentro del texto, pero tal vez con más eficacia en sus diversas apropiaciones. En realidad, me parece que uno escribe dentro de un campo de escritura que es invariablemente y prometedoramente más amplio y menos dominable que aquél sobre el cual uno mantiene una autoridad provisoria y que las reapropiaciones inesperadas de una determinada obra en sectores a los que nunca estuvo dirigida intencionalmente son algunas de las más provechosas. La problemática política de operar dentro de las complejidades del poder se plantea hacia el final de "Identificación fantasmática y la asunción del sexo" y es un tema que continúo indagando en la interpretación del filme *París en llamas* que ofrezco en el capítulo cuatro, "El género en llamas: cuestiones de apropiación y subversión" y nuevamente en el capítulo seis, "Hacerse pasar por lo que uno no es: el desafío psicoanalítico de Nella Larsen".

En la segunda parte del texto, abordo primeramente una selección de la ficción de Willa Cather, donde considero cómo lo simbólico paternal permite reterritorializaciones subversivas tanto del género como de la sexualidad. En contra de la perspectiva según la cual la sexualidad podría estar por completo desconectada del género, sugiero que la ficción de Cather representa cierta infracción del género para poder expresar un deseo indecible. Las breves lecturas de la ficción de Cather, en particular "Tommy the Unsentimental", "Paul's Case" y fragmentos de *Mi Ántonia*, retoman la cuestión de la posibilidad de dar nueva significación a la ley paternal cuando ésta desestabiliza la operación de los nombres y las partes del cuerpo como sitios de identificación y deseo contrariados. En Cather, el nombre produce una desestabilización de las nociones convencionales de género e integridad corporal que simultáneamente desvían y exponen la homosexualidad. Este tipo de astucia textual puede interpretarse como un ejemplo más de lo que Eve Kosofsky Sedgwick analizó hábilmente como "la epistemología del *closet**".[17] Sin embargo, en Cather, la articulación del género se vincula con la narración y la posibilidad de dar forma narrativa al deseo lesbiano, de modo tal que su ficción cuestiona implícitamente el modo específico en que Sedgwick sugiere, a diferencia de la propia Cather, una desconexión entre la sexualidad y el género.[18]

La lectura de *Passing* de Nella Larsen considera hasta qué punto una redescripción de lo simbólico como vector de los imperativos de género y de raza pone en tela de juicio la afirmación de que la diferencia sexual es, en cierto sentido, anterior a las diferencias raciales. En el texto de Larsen, la palabra "*queer*" ("raro", "anómalo", "extraño") destaca las angustias tanto sexuales como raciales y obliga a hacer una lectura que procura indagar en qué medida la regulación sexual opera a través de la regulación de las fronteras raciales y en qué medida las distinciones raciales operan como un escudo contra ciertas transgresiones sexuales socialmente peligrosas. La novela de Larsen ofrece un enfoque para reteorizar lo simbólico como un conjunto de normas sexuales racialmente articuladas y para considerar tanto la historicidad de tales normas como sus puntos de conflicto y convergencia y los límites impuestos a su rearticulación.

Si la performatividad se construye como ese poder que tiene el discurso para producir efectos a través de la reiteración, ¿cómo hemos de entender los límites de tal producción, las condiciones restrictivas en las que se da tal producción? Estos límites sociales y políticos, ¿se aplican a la posibilidad de dar nueva significación al género y a la raza o son los límites mismos los que están, estrictamente hablando, fuera de lo social? ¿Debemos entender este "exterior" como aquello que se resiste permanentemente a la elaboración discursiva o estamos ante una frontera variable que se fija y se vuelve a fijar mediante inversiones políticas?

* *Closet* (ropero) es el término con el que se alude a la práctica del ocultamiento de las minorías sexuales [N. de la T.]

17. Eve Kosofsky Sedgwick, *Epistemology of the Closet*, Berkeley, University of California Press, 1990 [ed. cast.: *Epistemología del armario*, Barcelona, Ediciones de la Tempestad, 1998.].

18. Eve Kosofsky Sedgwick, "Across Gender, Across Sexuality: Willa Cather and Others", *South Atlantic Quarterly*, vol. 88, n° 1, invierno de 1989, págs. 53-72.

La teoría innovadora del discurso político ofrecida por Slavoj Žižek en *El sublime objeto de la idelogía* retoma la cuestión de la diferencia sexual planteada por Lacan en relación con el carácter performativo de los significantes políticos. La lectura de su obra y el ensayo siguiente sobre la resignificación del término *queer* son indagaciones sobre los usos y los límites de aplicar una perspectiva psicoanalítica a una teoría de la performatividad política y la competencia democrática. Žižek desarrolla una teoría de los significantes políticos como performativos que, al convertirse en sitios de carga fantasmática, afectan el poder de movilizar políticamente a los posibles adherentes. Un aspecto central de la formulación de Žižek de performatividad política es una crítica del análisis del discurso que, según el autor, pasa por alto aquello que se resiste a la simbolización, lo que él llama alternativamente el "trauma" y "lo real". Aunque innovadora e instructiva, su teoría tiende sin embargo a apoyarse en un antagonismo sexual no problematizado que, inadvertidamente, instala una matriz heterosexual como la estructura permanente e indiscutible de la cultura en la cual las mujeres operan como una "mancha" dentro del discurso. Quienes pretenden cuestionar esta estructura están pues discutiendo con lo real, con lo que está fuera de toda discusión y argumentación, el trauma y la necesidad de edipización que condiciona y limita todo discurso.

Los esfuerzos de Žižek por vincular el carácter performativo del discurso al poder de la movilización política son, sin embargo, completamente válidos. La vinculación explícita que establece entre la teoría de la performatividad y la de la hegemonía, tal como aparece articulada en la teoría democrática radical de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, ofrece una profunda visión de la movilización política interpretada mediante una teoría de base psicoanalítica de la fantasía ideológica. Abordando desde un punto de vista crítico la teoría de Žižek, yo considero en qué medida podríamos reconcebir la performatividad como una apelación a la cita y una reasignación de significación y hasta qué punto podría el psicoanálisis conservar su fuerza explicativa en una teoría de la hegemonía que no reifique ni la norma heterosexual ni su consecuencia misógina.

En el capítulo final, sugiero, pues, que las prácticas conflictivas de la *queerness* podrían entenderse, no sólo como un ejemplo de política citacional, sino como una reelaboración específica que

transforme la abyección en acción política y que podría explicar por qué la "apelación a las citas" tiene un porvenir en la política contemporánea. La afirmación pública de lo *queerness* representa la performatividad como apelación a las citas con el propósito de dar nueva significación a la abyección de la homosexualidad, para transformarla en desafío y legitimidad. Sostengo que éste no tiene que ser un "discurso inverso", en el que la desafiante afirmación de lo no convencional reinstale dialécticamente la versión que procura superar. Antes bien, se trata de una politización de la abyección, en un esfuerzo por reescribir la historia del término y por impulsar su apremiante resignificación. Sugiero que esta estrategia es esencial para crear el tipo de comunidad en la que no sea tan difícil sobrevivir con sida, en la que las vidas *queer* lleguen a ser legibles, valoradas, merecedoras de apoyo, en la cual la pasión, las heridas, la pena, la aspiración sean reconocidas sin que se fijen los términos de ese reconocimiento en algún otro orden conceptual de falta de vida y de rígida exclusión. Si hay una dimensión "normativa" en este libro, consiste precisamente en asignarle una resignificación radical a la esfera simbólica, en desviar la cadena "de citas" hacia un futuro que tenga más posibilidades de expandir la significación misma de lo que en el mundo se considera un cuerpo valuado y valorable.

Para poder reconsiderar lo simbólico como un ámbito capaz de efectuar este tipo de resignificación, será necesario concebir lo simbólico como una regulación de la significación que varía con el tiempo y no como una estructura casi permanente. Esta reconcepción de lo simbólico desde el punto de vista de la dinámica temporal del discurso regulador tomará muy seriamente el desafío lacaniano a las versiones anglonorteamericanas del género, para considerar la categoría del "sexo" como una norma lingüística, pero reformulará esa normatividad en términos foucaultianos como "ideal regulatorio". Inspirándose también en las versiones anglonorteamericanas del género, este proyecto intenta oponerse a la estasis estructural de la norma que impone la heterosexualidad propia del enfoque psicoanalítico, sin descartar por ello lo que evidentemente tienen de valioso las perspectivas psicoanalíticas. En realidad, el "sexo" es un ideal regulatorio, una materialización forzosa y diferenciada de los cuerpos que producirá lo que resta, lo exterior, lo que podría llamarse su "inconsciente". Esta insistencia

en que todo movimiento formativo necesita instituir sus exclusiones da particular importancia a las figuras psicoanalíticas de la represión y la forclusión.

En este sentido, me opongo al enfoque propuesto por Foucault de la hipótesis represiva como una mera instancia del poder jurídico y sostengo que ese enfoque no aborda las formas en que opera la "represión" como una modalidad del poder productivo. Debe de haber un modo de someter el psicoanálisis a una redescripción foucaultiana, aun cuando el propio Foucault negara tal posibilidad.[19] Este texto acepta como punto de partida la noción

19. Foucault sostiene que el psicoanálisis mantiene una ley represora que es jurídica en su forma, es decir, negativa, reguladora y restrictiva. Y se pregunta si cuando decimos que el deseo está "reprimido" por la ley, en realidad éste no es en sí mismo el efecto, el producto, el resultado inducido de esa ley. La caracterización ligeramente velada de la "ley del deseo" de Lacan que hace Foucault no explica los efectos generadores de esa ley dentro de la teoría del psicoanálisis. En la siguiente caracterización del psicoanálisis, Foucault sostiene que puede hallarse el mismo modelo de poder en las posiciones psicoanalíticas que le atribuyen una condición prediscursiva a la sexualidad reprimida y aquellas que entienden el deseo mismo como el *efecto* de la prohibición: "Lo que distingue al análisis hecho atendiendo a la represión de los instintos de aquel basado en la ley del deseo es claramente la manera en que cada uno de ellos concibe el poder. Ambos análisis parten de una representación común del poder que, según el uso que se le dé y la posición que se le atribuya respecto del deseo, conduce a dos resultados opuestos: o bien a la promesa de una "liberación", si se considera que el poder tiene sólo una influencia exterior en el deseo o, en el caso que se lo considere constitutivo del deseo mismo, a la siguiente afirmación: uno está siempre-ya atrapado (*Historia de la sexualidad*, vol. 1, págs. 82-83).

Foucault caracteriza luego la ley lacaniana como performativa jurídica: "Habla y esa es la norma" (pág. 83), esta ley es "monótona y está aparentemente condenada a repetirse". Aquí Foucault supone que esta repetición es una repetición de aquello que es idéntico a sí mismo. De modo que Foucault entiende que las acciones performativas y repetitivas de la ley lacaniana producen sujetos uniformes y homogéneos; los sujetos normalizados de la represión.

Pero en Lacan la repetición no es subjetivadora en el sentido en que lo sugiere Foucault. En realidad, la repetición no sólo es la marca que de algún modo *no logró* hacer la sujeción, sino que es en sí misma un ejemplo más de ese fracaso. Lo que se repite en el sujeto es aquello que fue radicalmente excluido de la formación del sujeto, aquello que amenaza la frontera y la coherencia del sujeto mismo.

De este modo, Lacan continúa el análisis de la compulsión a la repetición iniciado por Freud en *Más allá del principio de placer*. En ese texto, Freud sostiene que ciertas formas de la compulsión a la repetición no pueden interpretarse como tendencias al servicio de una fantasía de dominar el material traumático, sino que están, antes bien, al servicio de una pulsión de muerte, que procura desarmar o descatectizar el yo mismo. En Lacan, la repetición es precisamente aquello que socava

de Foucault de que el poder regulador produce a los sujetos que controla, de que el poder no sólo se impone externamente, sino que funciona como el medio regulador y normativo que permite la formación de los sujetos. El retorno al psicoanálisis está, pues, guiado por la cuestión relativa al modo en que ciertas normas reguladoras forman un sujeto "sexuado" en términos que hacen indistinguible la formación psíquica de la formación corporal. Mientras algunas perspectivas psicoanalíticas sitúan la constitución del "sexo" en un momento del desarrollo o lo definen como un efecto de una estructura simbólica casi permanente, yo considero que este efecto constituyente del poder regulador es reiterado y reiterable. A esta comprensión del poder como producción obligada y reiterativa es esencial agregar la idea de que el poder también funciona mediante la forclusión de efectos, la producción de un "exterior", un ámbito inhabitable e ininteligible que limita el ámbito de los efectos inteligibles.

¿En qué medida es el "sexo" una producción obligada, un efecto forzado que fija los límites de lo que alcanza la categoría de cuerpo, regulando los términos por los que se confirma o no la validez de los cuerpos? En este libro, mi propósito es llegar a una comprensión de cómo aquello que fue excluido o desterrado de la esfera propiamente dicha del "sexo" –entendiendo que esa esfera se afirma mediante un imperativo que impone la heterosexualidad– podría producirse como un retorno perturbador, no sólo como una oposición *imaginaria* que produce una falla en la aplicación de la ley inevitable, sino como una desorganización capacitadora, como la ocasión de rearticular radicalmente el horizonte simbólico en el cual hay cuerpos que importan más que otros.

---

la fantasía de dominio asociada al yo mismo, una "resistencia del sujeto". Lacan describe este esfuerzo por recuperar el lugar fantaseado previo a la formación del yo como el objeto de la repetición, pues la repetición es la desconstitución del yo: "La repetición se presenta primero como una forma que no está muy clara; es decir que no es evidente por sí misma, como una reproducción o un hacer presente, *en acto*". En lo que sigue queda claro que todo acto es en cierto sentido una repetición de lo *irrecuperable*: "Un acto, un verdadero acto, siempre tiene un elemento de estructura por el hecho de concernir a algo real que no está captado con toda evidencia en él" (citado en Jacques Lacan, *The Four fundamental Concepts of Psichoanalysis* (ed. Jacques-Alain Miller, trad. de Ana Sheridan), Nueva York, Norton, 1978, pág. 49 [ed. cast.: *El Seminario. Libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Barcelona, Pidós, 1986].

PRIMERA PARTE

1. Los cuerpos que importan

Si lo entiendo bien, la desconstrucción no es exponer el error y ciertamente no es exponer el error de otro. En la desconstrucción, la crítica más seria es la crítica de algo extremadamente útil, algo sin lo cual no podríamos hacer nada.
GAYATRI CHAKRAVORTY SPIVAK, "In a Word",
entrevista con Ellen Rooney

[...] la necesidad de "reabrir" las figuras del discurso filosófico [...] Una manera es interrogarse sobre las condiciones que permiten la sistematicidad: ¿qué parte oculta la coherencia de la enunciación discursiva de las condiciones en las que se produce, independientemente de lo que se diga de tales condiciones en el discurso? Por ejemplo, la "materia" de la cual se nutre el sujeto hablante para poder producirse, para poder reproducirse; la escenografía *que hace posible la representación, la representación como se la define en filosofía, esto es, la arquitectura de su teatro, su encuadre en el espacio y en el tiempo, su organización geométrica, sus elementos accesorios, sus actores, las posiciones respectivas de éstos, sus diálogos, en realidad, sus relaciones trágicas, sin pasar por alto el* espejo, *las más de las veces oculto, que permite al logos, al sujeto, duplicarse, reflejarse. Todos estos son elementos que intervienen en el escenario; aseguran su coherencia en tanto no se los interprete. Por lo tanto, tienen que volver a ser representados, en cada figura del discurso, desligados del valor de "presencia". En la obra de cada filósofo, empezando por aquellos cuyos nombres definen alguna era en la historia de la filosofía, debemos identificar cómo se quiebra la contigüidad* material (il faut repèrer comment s'opère la coupure d'avec la contiguïté materielle), *cómo se mantiene unido el sistema, como funciona la economía especular.*
LUCE IRIGARAY, "The Power of Discourse"

En algunos sectores de la teoría feminista de los últimos años, ha habido algunas incitaciones a recuperar el cuerpo de lo que con frecuencia suele caracterizarse como el idealismo lingüístico del

postestructuralismo. En otro sector, el filósofo Gianni Vattimo ha sostenido que el postestructuralismo, entendido como juego textual, marca la disolución de la materia como categoría contemporánea. Y alega que esa materia perdida es lo que debe reformularse hoy para que el postestructualismo dé paso a un proyecto de mayor valor ético y político.[1] Los términos de estos debates son difíciles e inestables, porque en ninguno de los dos casos resulta fácil saber quién o qué se designa con el término "postestructuralismo" y quizá sea aún menos fácil saber qué hay que recuperar bajo el signo de "el cuerpo". Sin embargo, para algunas feministas y algunos teóricos críticos estos dos significantes parecían fundamentalmente antagónicos. Uno suele oír advertencias como la siguiente: Si todo es discurso, ¿qué pasa con el cuerpo? Si todo es un texto, ¿qué decir de la violencia y el daño corporal? En el postestructuralismo o para el estructuralismo, ¿hay *alguna materia que importa*?

Creo que muchos han pensado que para que el feminismo pueda operar como práctica crítica, debe basarse en la especificidad sexuada del cuerpo de la mujer. Aun cuando la categoría de sexo siempre se reinscriba como género, ese sexo debe aún suponerse como el punto irreductible de partida para las diversas construcciones culturales de las que habrá de hacerse cargo. Y este supuesto del carácter material irreductible del sexo pareció fundamentar y autorizar las epistemologías y la ética feministas, así como los análisis generizados de diversa índole. En un esfuerzo por desplazar los términos de este debate, quiero preguntarme cómo y por qué la "materialidad" ha llegado a ser un signo de irreductibilidad, es decir, cómo llegó a entenderse la materialidad del sexo como aquello que sólo responde a construcciones culturales y, por lo tanto, no puede ser una construcción? ¿Cuál es la jerarquía de esta exclusión? ¿Es la materialidad un sitio o una superficie que ha sido excluida del proceso de construcción, como aquello a través de lo cual y sobre lo cual opera la construcción. ¿Es ésta tal vez una exclusión capacitadora y constitutiva, sin la cual no puede operar la construcción? ¿Qué ocupa este sitio de materialidad no construida? Y ¿qué tipos de construcciones quedan excluidas en virtud

1. Gianni Vattimo, "Au-delà de la matière et du text", en *Matière et Philosophie*, París, Centre Georges Pompidou, 1989, pág. 5.

de la representación de este sitio como un lugar exterior o que está debajo de la construcción misma?

En lo que sigue, lo que pretendo presentar es menos una teoría de la construcción cultural que una consideración de la escenografía y la topografía de la construcción. Esta escenografía está orquestada mediante una matriz del poder y cómo una matriz del poder que permanece desarticulada si suponemos que el hecho de estar construido y la materialidad son dos nociones necesariamente opuestas.

En el lugar de la materialidad, uno podría indagar otras premisas fundacionales que operan como "irreductibles" políticos. En vez de enumerar las dificultades teoréticas que emergen al suponer que la noción del sujeto es una premisa fundacional o al tratar de mantener una distinción estable entre sexo y género, quisiera tratar de determinar si es necesario recurrir a la materia y a la materialidad del sexo para poder establecer esa especificidad irreductible que según algunos fundamenta la práctica feminista. Y aquí la cuestión no estriba en establecer si debería hacerse o no referencia a la materia, del mismo modo en que nunca la cuestión fue establecer si debe hablarse o no de las mujeres. Se hablará y, por razones feministas, debe hablarse; la categoría de mujeres no se vuelve inútil mediante la desconstrucción, sino que se convierte en una categoría cuyos usos ya no se reifican como "referentes" y que presenta la oportunidad de que se la abra o, más precisamente, de llegar a significar de maneras que ninguno de nosotros puede predecir de antemano. Seguramente debe ser posible no sólo usar el término, emplearlo tácticamente aun cuando uno sea, por así decirlo, usado y posicionado por él, sino también someterlo a una crítica que cuestione las operaciones excluyentes y las relaciones de poder diferenciales que construyen y delimitan las invocaciones feministas del término "mujeres". Es decir, parafraseando la cita de Spivak que aparece al comienzo del capítulo, la crítica de algo útil, la crítica de algo sin lo cual no podemos hacer nada. En realidad, yo diría que es una crítica sin la cual el feminismo pierde su potencial democratizador al negarse a abordar –evaluar y llegar a transformarse en virtud de– las exclusiones que lo ponen en juego.

Algo semejante ocurre con el concepto de materialidad que bien puede ser algo "sin lo cual no podemos hacer nada". ¿Qué significa recurrir a la materialidad, puesto que desde el comienzo queda

claro que la materia tiene una historia (en realidad, más de una) y que la historia de la materia está determinada en parte por la negociación de la diferencia sexual? Podemos tratar de retornar a la materia entendida como algo anterior al discurso para basar nuestras afirmaciones sobre la diferencia sexual, pero esto sólo nos llevaría a descubrir que la materia está completamente sedimentada con los discursos sobre el sexo y la sexualidad que prefiguran y restringen los usos que pueden dársele al término. Además, podemos tratar de recurrir a la materia para poder fundamentar o verificar una serie de ataques y violaciones, pero esto sólo nos llevaría descubrir que *la materia misma está fundada en una serie de violaciones*, violaciones inadvertidamente repetidas en la invocación contemporánea.

En realidad, si puede mostrarse que en su historia constitutiva esta materialidad "irreductible" se construye a través de una problemática matriz generizada, la práctica discursiva mediante la cual se le atribuye el carácter irreductible a la materia simultáneamente ontologiza y fija en su lugar esa matriz generizada. Y si se juzga que el efecto constituido de esa matriz es el terreno indiscutible de la vida corporal, parecería que queda excluida de la indagación crítica toda posibilidad de hacer una genealogía de esa matriz. Contra la afirmación de que el postestructuralismo reduce toda materialidad a materia lingüística, es necesario elaborar un argumento que muestre que desconstruir la materia no implica negar o desechar la utilidad del término. Y contra aquellos que pretenden afirmar que la materialidad irreductible del cuerpo es una condición previa y necesaria para la práctica feminista, sugiero que esa materialidad tan valorada bien puede estar constituida a través de una exclusión y una degradación de lo femenino que, para el feminismo, es profundamente problemática.

Aquí, por supuesto, hay que declarar categóricamente que el hecho de *suponer* la materialidad, por un lado, y *negarla*, por el otro, no agota las opciones de la teoría. Mi propósito consiste precisamente en no hacer ninguna de estas dos cosas. Poner en tela de juicio un supuesto no equivale a desecharlo; antes bien, implica liberarlo de su encierro metafísico para poder comprender qué intereses se afirman en –y en virtud de– esa locación metafísica y permitir, en consecuencia, que el término ocupe otros espacios y sirva a objetivos políticos muy diferentes. Problematizar la materia

de los cuerpos puede implicar una pérdida inicial de certeza epistemológica, pero una pérdida de certeza no es lo mismo que el nihilismo político. Por el contrario, esa pérdida bien puede indicar un cambio significativo y prometedor en el pensamiento político. Esta deslocalización de la materia puede entenderse como una manera de abrir nuevas posibilidades, de hacer que los cuerpos importen de otro modo.

El cuerpo postulado como anterior al signo es siempre *postulado* o *significado* como *previo*. Esta significación produce, como un *efecto* de su propio procedimiento, el cuerpo mismo que, sin embargo y simultáneamente, la significación afirma descubrir como aquello que *precede* a su propia acción. Si el cuerpo significado como anterior a la significación es un efecto de la significación, el carácter mimético y representacional atribuido al lenguaje –atribución que sostiene que los signos siguen a los cuerpos como sus reflejos necesarios– no es en modo alguno mimético. Por el contrario, es productivo, constitutivo y hasta podríamos decir *performativo*, por cuanto este acto significante delimita y circunscribe el cuerpo del que luego afirma que es anterior a toda significación.[2]

Esto no equivale a decir que la materialidad de los cuerpos es sencilla y únicamente un efecto lingüístico que pueda reducirse a un conjunto de significantes. Tal distinción pasa por alto la materialidad del significante mismo. Además, un enfoque de este tipo no llega a comprender que la materialidad también es aquello que está unido a la significación desde el principio; reflexionar sobre la indisolubilidad de la materialidad y la significación no es asunto sencillo. Postular mediante el lenguaje una materialidad exterior al mensaje es aún postular esa materialidad y la materialidad así postulada conservará esa postulación como su condición constitutiva. Derrida negocia la cuestión de la alteridad radical de la materia con la siguiente observación: "Ni siquiera estoy

2. Sobre un análisis más amplio de cómo emplear el postestructuralismo para reflexionar sobre los daños materiales sufridos por los cuerpos de las mujeres, véase la última sección de mi "Contingent Foundations: Feminism and the Question of Postmodernism", en Judith Butler y Joan Scott (comps.), *Feminists Theorize the Political*, Nueva York, Routledge, 1992, págs. 17-19; véase también en el mismo volumen, de Sharon Marcus, "Fighting Bodies, Fighting Words; A Theory ant Politics of Rape Prevention", págs. 385-403.

seguro de que pueda haber un 'concepto' de un exterior absoluto."[3] Contar con el concepto de materia es perder la exterioridad que supuestamente afirma el concepto. ¿Puede el lenguaje referirse simplemente a la materialidad? ¿O el lenguaje es también la condición misma para que pueda decirse que la materialidad aparece?

Si la materia deja de ser tal una vez que llega a ser un concepto y si un concepto de exterioridad de la materia respecto del lenguaje es siempre algo menos que absoluto, ¿cuál es la condición de este "exterior"? El discurso filosófico, ¿produce el exterior para lograr la apariencia de su propia sistematicidad exhaustiva y coherente? ¿Qué se deja fuera de la esfera filosófica para poder sostener y asegurar las fronteras de la filosofía? ¿Y cómo podría retornar lo repudiado?

CUESTIONES DE FEMINEIDAD

La clásica asociación de femineidad y materialidad puede hallarse en una serie de etimologías que vinculan la materia con la *mater* y la *matriz* (o el útero) y, por lo tanto, con una problemática de la reproducción. La configuración clásica de la materia como un sitio de *generación* u *originación* se vuelve particularmente significativa cuando explicar qué es y qué significa un objeto exige recurrir a su principio originador. Cuando no se la asocia explícitamente con la reproducción, la materia se generaliza como un principio de originación y causalidad. En griego, *hyle* es la madera o el leño a partir del cual se realizan diversas construcciones culturales, pero también es un principio de origen, desarrollo y teleología, a la vez causal y explicativo. Este vínculo entre la materia, el origen y la significación sugiere la indisolubilidad de las nociones

3. Jacques Derrida, *Positions* (ed. Alan Bass), Chicago, University of Chicago Press, 1978, pág. 64 [ed. cast.: *Posiciones*, Valencia, Pretextos, 1977]. En la página siguiente, Derrida escribe: "No diré si el concepto de materia es metafísico o no metafísico. Esto depende de la obra a la cual se entrega y usted sabe que he insistido incesantemente, en lo que concierne a la exterioridad no ideal de la escritura, la gramática, el indicio, el texto, etcétera, en la necesidad de no separarlos nunca de la *obra* un valor que debe concebirse independientemente de sus afiliaciones hegelianas" (pág. 65).

griegas clásicas de materialidad y significación. Lo que importa de un objeto es su materia.[4]

Ni en latín ni en griego, la materia (*materia* y *hyle*) es una positividad o un referente simple o en bruto; tampoco es una superficie o una pizarra en blanco que espera una significación externa, siempre es algo, en cierto sentido, temporalizado. Esto también es así en el caso de Marx, cuando entiende que la "materia" es un principio de *transformación* que supone e induce un futuro.[5] La matriz es un principio originador y formativo que inaugura y sustenta el desarrollo de algún organismo y objeto. De ahí que, para Aristóteles, "la materia es potencialidad [*dýnamis*], la realización de la forma."[6]

4. Puede hallarse un análisis convincente del modo en que la distinción forma/materia llega a convertirse en un elemento esencial para la articulación de una política masculinista, en la discusión de Wendy Brown sobre Maquiavelo en *Manhood and Politics*, Totowa, Nueva Jersey, Rowman & Littlefield, 1988, págs. 87-91.

5. Véase la primera tesis de Marx sobre Feuerbach, en la cual propone un materialismo que pueda afirmar la actividad práctica que estructura y es inherente al objeto como parte de la objetividad y materialidad de ese objeto: "El principal defecto de todo materialismo anterior (incluyendo el de Feuerbach) es que el objeto, la realidad, la sensualidad se conciben sólo en la forma del *objeto o la percepción* (*Anschauung*), pero no como una *actividad, una práctica (Praxis) humana sensorial*, no subjetivamente" (Karl Marx, *Writings of the Young Marx on Philosophy and Society*, trad. de Lloyd D. Easton y Kurt H. Guddat, Nueva York, Doubleday, 1967, pág. 400 [ed. cast.: *Manuscritos de 1844*, Buenos Aires, Cartago, 1984]. Si el materialismo explicara la praxis como aquello que constituye la materia misma de los objetos y entendiera la praxis como una actividad socialmente transformadora, luego, tal actividad se entendería como constitutiva de la materialidad misma. La actividad propia de la *praxis*, sin embargo, requiere que un objeto pase de un estado anterior a un estado ulterior, transformación que habitualmente se considera como un paso del estado natural a un estado social, pero también como la transformación de un estado social alienado a otro no alienado. En ambos casos, de acuerdo con este nuevo materialismo que propone Marx, el objeto no sólo experimenta una transformación, sino que *es* la actividad transformadora misma y, además, su materialidad se establece mediante este movimiento temporal de un estado anterior a uno ulterior. En otras palabras, el objeto *se materializa* por cuanto es un sitio de *transformación temporal*. Por lo tanto, la materialidad de los objetos no es en ningún sentido algo estático, espacial o dado, sino que se constituye en y como una actividad transformadora. Sobre una elaboración más completa de la temporalidad de la materia, véanse también Ernst Bloch, *The Principle of Hope*, trad. de Neville Plaice, Stephen Plaice y Paul Knight, Cambridge, Massachusetts, MIT Press, 1986 [ed. cast.: *El principio de esperanza*, Madrid, Alianza, 1975], y Jean-François Lyotard, *The Inhuman: Reflections on Time*, págs. 8-23.

6. Aristóteles, "De Anima", *The Basic Works of Aristotle*, trad. de Richard McKeon, Nueva York, Random House, 1941, libro 2, cap. 1, 412ª a10, pág. 555. Las siguientes

En cuanto a la reproducción, se dice que la mujer aporta la materia y el hombre la forma.[7] La *hyle* griega es la madera que ya fue cortada del árbol, instrumentalizada e instrumentalizable, un artefacto, en el sentido de estar disponible para su uso. La materia latina denota la sustancia a partir de la cual se hacen las cosas, no sólo la madera para construir casas y barcos, sino todo aquello que sirve para nutrir a los niños: los nutrientes que hacen las veces de extensiones del cuerpo de la madre. En la medida en que la materia se presenta en estos casos como poseedora de cierta capacidad para originar y componer aquello a lo cual le suministra también el principio de inteligibilidad, la materia se define, pues, claramente en virtud de cierto poder de creación y racionalidad despojada en su mayor parte de las acepciones empíricas más modernas del término. Hablar de los *cuerpos que importan* [en inglés *bodies that matter*] en estos contextos clásicos no es un ocioso juego de palabras, porque ser material significa materializar, si se entiende que el principio de esa materialización es precisamente lo que "importa" [*matters*] de ese cuerpo, su inteligibilidad misma. En este sentido, conocer la significación de algo es saber cómo y por qué ese algo importa, si consideramos que "importar" [*to matter*] significa a la vez "materializar" y "significar".

Evidentemente, ninguna feminista alentaría un mero retorno a la teleologías naturales de Aristóteles para poder reconcebir la materialidad de los cuerpos. Sin embargo, quiero considerar la distinción que hace Aristóteles entre cuerpo y alma, para hacer luego una breve comparación entre Aristóteles y Foucault con el propósito de sugerir una posible reutilización contemporánea de la terminología aristotélica. Al final de esta comparación, ofreceré una crítica moderada de Foucault que luego nos conducirá a una discusión más larga sobre la desconstrucción de la materialidad del *Timeo*

citas de Aristóteles corresponden a esta edición y se mencionará únicamente la numeración estándar de párrafos.

7. Véase Thomas Laqueur, *Making Sex: Body and Gender from the Greeks to Freud*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1990, pág. 28; G. E. R. Lloyd, *Science, Folklore, Ideology*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983. Véanse asimismo Evelyn Fox Keller, *Reflections on Gender and Science*, New Haven, Yale University Press, 1985 [ed. cast.: *Reflexiones sobre género y ciencia*, Valencia, Institució Alfons el Magnánim, 1991] y Mary O'Brien, *The Politics of Reproduction*, Londres, Routledge, 1981.

de Platón propuesta por Irigaray. Espero que en el contexto de este segundo análisis quede claro hasta qué punto hay una matriz generizada que opera en la constitución de la materialidad (aunque también esté obviamente presente en Aristóteles) y por qué las feministas deben interesarse, no en tomar la materialidad como un concepto irreductible, sino en hacer una genealogía crítica de su formulación.

ARISTÓTELES/FOUCAULT

Para Aristóteles, el alma designa la realización de la materia, entendida ésta como algo plenamente potencial y no realizado. Por lo tanto, en *Del alma*, sostiene que el alma "es la primera categoría de realización de un cuerpo naturalmente organizado". Y continúa diciendo: "Es por ello que podemos desechar por innecesaria la cuestión de establecer si el cuerpo y el alma son una sola cosa; tiene tan poco sentido como preguntarse si la cera y la forma que le da el sello son una sola cosa o, de manera más general, si son lo mismo la materia (*hyle*) de una cosa y aquello de lo que es la materia (*hyle*)".[8] En el texto griego, no hay ninguna referencia a los "sellos", sino que la frase "la forma que le da el sello" se resume en el único vocablo *schema*. El *schema* significa la forma, el molde, la figura, la apariencia, el exterior, el gesto, la figura de un silogismo y la forma gramatical. Si la materia nunca se presenta sin su *schema*, ello significa que sólo aparece con cierta forma gramatical y que el principio que la hace reconocible, su gesto o su apariencia habitual, es indisoluble de lo que constituye su materia.

En Aristóteles no encontramos ninguna distinción reconocible por los sentidos entre materialidad e inteligibilidad; sin embargo, por otras razones, Aristóteles no nos presenta el tipo de "cuerpo" que el feminismo procura recuperar. Instalar el principio de inteligibilidad en el desarrollo mismo de un cuerpo es precisamente la estrategia de una teleología natural que explica el desarrollo de la mujer mediante el argumento lógico de la biología. Sobre esta base se ha sostenido que las mujeres deben cumplir ciertas fun-

8. Aristóteles, "De Anima", libro 2, cap. 1, 417b 7-8.

ciones sociales y no otras o, en realidad, que las mujeres deberían limitarse absolutamente al terreno reproductivo.

Podríamos trazar la historia de la noción aristotélica de *schema* atendiendo a los principios culturalmente variables de formatividad e inteligibilidad. Comprender el *schema* de los cuerpos como nexos históricamente contingentes de poder/discurso es llegar a algo semejante a lo que Foucault describe en *Vigilar y castigar* como la "materialización" del cuerpo del prisionero. Este proceso de materialización también está presente en el capítulo final del primer volumen de la *Historia de la sexualidad*, cuando Foucault señala la necesidad de hacer una "historia de los cuerpos" que indague "la manera en que se los invistió de lo más material y vital que hay en ellos".[9]

A veces parece que, para Foucault, el cuerpo tiene una materialidad que es ontológicamente distinta de las relaciones de poder que consideran a ese cuerpo como un sitio de investiduras. Sin embargo, en *Vigilar y castigar*, nos ofrece una configuración diferente de la relación entre materialidad e investidura. Allí el alma aparece como un instrumento de poder a través del cual se cultiva y se forma el cuerpo. En cierto sentido, obra como un esquema cargado de poder que produce y realiza el cuerpo mismo.

Podemos entender las referencias al "alma" de Foucault como una reelaboración implícita de la formulación aristotélica. En *Vigilar y castigar*, Foucault sostiene que el "alma" llega a ser un ideal normativo y normalizador, de acuerdo con el cual se forma, se modela, se cultiva y se inviste el cuerpo; es un ideal imaginario históricamente específico (*idéal speculatif*) hacia el cual se materializa efectivamente el cuerpo. Al considerar la ciencia de la reforma carcelaria, Foucault escribe: "El hombre del que se nos habla y al que se invita a liberar, es ya en sí mismo el efecto de una sujeción (*assujettissement*) mucho más profunda que él mismo. Tiene un alma que lo habita y le da existencia y que es en sí misma un factor del dominio que ejerce el poder sobre el cuerpo. El alma es

9. Foucault, *The History of Sexuality*, vol. 1, pág. 152. Original: "Non pas donc 'histoire des mentalités' que ne tiendrait compte des corps que par la manière dont on les aperçus ou dont on leur a donné sens et valeur; mais 'histoire des corps' et de la manière dont on a *investi* ce qu'il y a de plus matériel,de plus vivant en eux", *Histoire de la sexualité 1: La volonté de savoir*, París, Gallimard, 1978, pág. 200.

el efecto y el instrumento de una anatomía política; el alma es la cárcel del cuerpo".[10]

Esta sujeción o este *assujettissement*, no es sólo una subordinación, también es una afirmación y un mantenimiento, es un modo de colocar a un sujeto en un lugar, sujetarlo. El "alma da existencia [al prisionero]" y, de manera no muy diferente de la propuesta por Aristóteles, el alma descrita por Foucault como un instrumento de poder, forma y modela el cuerpo, lo sella y al sellarlo le da el ser. Aquí correspondería escribir el término "ser" entre comillas, porque el peso ontológico nunca se supone, sino que siempre se otorga. Para Foucault, este adjudicación sólo puede darse mediante y dentro de una operación de poder. Esta operación produce los sujetos que sujeta; es decir, los sujeta en y a través de las relaciones preceptivas de poder que obran como su principio formativo. Pero el poder es aquello que forma, mantiene, sostiene y a la vez regula los cuerpos, de modo tal que, estrictamente hablando, el poder no es un sujeto que actúe sobre los cuerpos como si estos fueran sus distintos objetos. La gramática que nos obliga a hablar así aplica una metafísica de las relaciones externas, mediante la cual el poder actúa sobre los cuerpos, pero no se considera la fuerza que los forma. Ésta es una visión de poder entendido como una relación externa que el propio Foucault pone en tela de juicio.

Para Foucault, el poder opera en la *constitución* de la materialidad misma del sujeto, en el principio que simultáneamente forma y regula al "sujeto" de la sujeción. Foucault se refiere no sólo a la materialidad del cuerpo del prisionero, sino también a la materialidad del cuerpo de la prisión. La materialidad de la prisión, escribe Foucault, se extiende en la medida en que [*dans la mesure où*] es un vector y un instrumento de poder.[11] Por lo tanto, la prisión se

10. Michel Foucault, *Discipline and Punish: The Birth of the Prison*, Nueva York, Pantheon, 1977, pág. 30. Original: "L'homme dont on nous parle et qu'on invite à liberer es déjà en lui-même l'effet d'un assujettissement bien plus profond que lui. Une «âme» l'habite et le porte à l'existence, qui est elle-même une pièce dans la maîtrise que le pouvoir exerce sur le corps. L'âme, effet et instrument d'une anatomie politique; l'âme, prison du corps", Michel Foucault, *Surveiller et punir*, París, Gallimard, 1975, pág. 34 [ed. cast.: *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1976].

11. "Lo que estaba en juego no era si el ambiente de la prisión era demasiado severo o demasiado aséptico, demasiado primitivo o demasiado eficiente, sino su

materializa en la medida en que *esté investida de poder* o, para ser exactos en el plano gramatical, no hay ninguna prisión previa a su materialización. Su materialización se extiende al tiempo que se la inviste con las relaciones de poder y la materialidad es el efecto y el indicador de esta investidura. La prisión llega a estar sólo en el campo de las relaciones de poder, pero más específicamente sólo llega a existir en la medida en que se la cargue o se la sature con tales relaciones de poder, en la medida en que esa saturación sea formativa de su mismo ser. Aquí el cuerpo no es una materialidad independiente investida por las relaciones de poder exteriores a él, sino que es aquello para lo cual son coextensivas la materialización y la investidura.

La "materialidad" designa cierto efecto del poder o, más exactamente, es el poder en sus efectos formativos o constitutivos. En la medida en que el poder opere con éxito constituyendo el terreno de su objeto, un campo de inteligibilidad, como una ontología que se da por descontada, sus efectos materiales se consideran datos materiales o hechos primarios. Estas positividades materiales aparecen fuera del discurso y el poder, como sus referentes indiscutibles, sus significados trascendentales. Pero esa aparición es precisamente el momento en el cual más se disimula y resulta más insidiosamente efectivo el régimen del poder/discurso. Cuando este efecto material se juzga como un punto de partida epistemológico, un *sine qua non* de cierta argumentación política, lo que se da es un movimiento del fundacionalismo epistemológico que, al aceptar este efecto constitutivo como un dato primario, entierra y enmascara efectivamente las relaciones de poder que lo constituyen.[12]

materialidad misma como instrumento y vector de poder [c'était sa matérialité dans la mesure où elle est instrument et vecteur de pouvoir]", *Discipline and Punish*, pág. 30 (*Surveiller et punir*, pág. 35).

12. Esto no equivale a hacer de la "materialidad" el efecto de un "discurso" que es su causa; antes bien, implica desplazar la relación causal mediante una reelaboración de la noción de "efecto". El poder se establece en y a través de sus efectos, pues estos efectos son las acciones disimuladas del poder mismo. No hay ningún "poder", considerado como sustantivo, que tenga la disimulación como uno de sus atributos o uno de sus modos. Esta disimulación opera a través de la constitución y la formación de un campo epistémico y un conjunto de "conocedores"; cuando este campo y estos sujetos se dan por sentados como fundamentos prediscursivos, se logra el efecto disimulador del poder. El discurso designa el sitio en el cual se instala el poder como poder formativo de las cosas, históricamente contingente, dentro de un campo epistémico dado. La producción de los efectos materiales es la labor formativa o constitutiva del poder, una producción que no puede construirse como un movimiento unilateral de causa a efecto. La "materialidad" sólo aparece cuando se borra, se oculta, se cubre su condición de cosa constituida contingentemente a través del discurso. La materialidad es el efecto disimulado del poder.

En *Vigilar y castigar*, la idea de Foucault de que el poder es materializador, de que es la producción de efectos materiales se especifica en la materialidad del cuerpo. Si la "materialidad" es un efecto de poder, un sitio de trasferencia entre las relaciones de poder, luego, en la medida en que esta transferencia sea la sujeción/subordinación del cuerpo, el principio de este *assujettissement* es el "alma". Tomada como ideal normativo/normalizador, el "alma" funciona como el principio formativo y regulador de este cuerpo material, la instrumentalidad más inmediata de su subordinación. El alma hace que el cuerpo sea uniforme; los regímenes disciplinarios forman el cuerpo a través de una repetición sostenida de rito de crueldad que producen, a lo largo del tiempo, la estilística de los gestos del cuerpo prisionero. En la *Historia de la sexualidad. Volumen 1*, el "sexo" opera para producir un cuerpo uniforme de acuerdo con los diferentes ejes de poder, pero Foucault entiende que el "sexo", al igual que el "alma", subyugan y someten al cuerpo, produce una esclavitud, por así decirlo, como el principio mismo de la formación cultural del cuerpo. En este sentido, la materialización puede describirse como el efecto sedimentador de una reiteración regulada.

13. "[...] una ideología siempre existe en un aparato y en su práctica o sus prácticas. Esta existencia es material.

Por supuesto, la existencia material de la ideología en un aparato y en sus prácticas no tiene la misma modalidad que la existencia material de un adoquín o un rifle. Pero, a riesgo de que se me tome por un neoaristotélico (N. B.: Marx sentía gran admiración por Aristóteles), diré que 'la materia se analiza en muchos sentidos', o más precisamente, que existe en diferentes modalidades, todas arraigadas, en última instancia, en la materia 'física'." Louis Althusser, "Ideology and Ideological State Apparatuses (Notes towards an Investigation)", en *Lenin and Philosophy and Other Essays*, Nueva York, Monthly Review Press, 1971, pág. 166; publicado por primera vez en *La Pensée*, 1970 [ed. cast.: *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1975.]

En la medida en que Foucault describe el proceso de materialización como una investidura del discurso y el poder, se concentra en la dimensión productiva y formativa del poder. Pero nosotros debemos preguntarnos qué circunscribe la esfera de lo que es materializable y si hay *modalidades* de materialización, como sugiere Aristóteles y como Althusser se apresura a citar.[13] ¿En qué medida está regida la materialización por principios de inteligibilidad que requieren e instituyen un terreno de *ininteligibilidad* radical que se resista directamente a la materialización o que permanezca radicalmente desmaterializado? El esfuerzo hecho por Foucault para elaborar recíprocamente las nociones de discurso y materia-

lidad, ¿no resulta acaso ineficaz para explicar, no sólo lo que queda *excluido* de las economías de la inteligibilidad discursiva que describe, sino aquello que *tiene que ser excluido* para que tales economías funcionen como un sistema autosustentable?

Ésta es la pregunta que formula implícitamente el análisis de Luce Irigaray de la distinción entre forma y materia propuesto por Platón. Esta argumentación quizá sea más conocida a partir de su ensayo "La *hystera* de Platón", aparecido en *Speculum. Espéculo de la otra mujer*, pero está también mordazmente articulada en un ensayo menos conocido, también publicado en *Speculum*, "Una madre de cristal".

Irigaray no se propone ni conciliar la distinción forma/materia ni las distinciones entre los cuerpos y las almas o entre la materia y la significación. Antes bien, procura mostrar que esas oposiciones binarias se han llegado a formular en virtud de la exclusión de un campo de posibilidades desbaratadoras. Su tesis especulativa es la de que esas oposiciones binarias, aun en su modalidad conciliada, son parte de una economía falogocéntrica que produce lo "femenino" como su exterior constitutivo. La intervención de Irigaray en la historia de la distinción forma/materia destaca la "materia" como el sitio al que se relega lo femenino excluido de las oposiciones binarias filosóficas. Puesto que ciertas nociones fantasmáticas de lo femenino han estado tradicionalmente asociadas a la materialidad, ésos son efectos especulares que confirman un proyecto falogocéntrico de autogénesis. Y cuando aquellas figuras femeninas especulares (y espectrales) se consideran lo femenino, lo femenino queda, según sostiene Irigaray, completamente eliminado por su representación misma. La economía que pretende incluir lo femenino como el término subordinado de una oposición binaria masculino/femenino excluye lo femenino, produce lo femenino como aquello que debe ser excluido para que pueda operar esa economía. En lo que sigue consideraré primero el modo especulativo que elige Irigaray para abordar los textos filosóficos y luego enfocaré su provocativa y vigorosa lectura de la discusión del receptáculo que aparece en el *Timeo* de Platón. En la última sección de este ensayo ofreceré mi propia lectura provocativa y vigorosa del mismo pasaje.

IRIGARAY/PLATÓN

La amplitud y el carácter especulativo de las declaraciones de Irigaray siempre me han puesto un poco nerviosa y confieso de antemano que, aunque no puedo imaginar a ninguna feminista que haya leído y releído la historia de la filosofía con tanta atención crítica y detallada como ella,[14] me parece que sus términos tienden a imitar la grandiosidad de los errores filosóficos que ella misma señala. Esta imitación es, por supuesto, táctica y su reformulación de los errores filosóficos exige que aprendamos a interpretarla atendiendo a la diferencia que establece su lectura. ¿Se repite en ella el eco de la voz del padre filosófico o ella ocupa esa voz y se insinúa en la voz del padre? Si Irigaray está "en" esa voz por una u otra razón, ¿está también simultáneamente "fuera" de ella? ¿Cómo entendemos el hecho de estar "en medio" de las dos posibilidades como algo que no sea un entre espacializado que deja intacta la oposición binaria falogocéntrica?[15] ¿Cómo resuena la diferencia con el padre filosófico en la imitación que parece repetir tan fielmente la estrategia de Platón? Éste no es por cierto un lugar entre el lenguaje de "él" y el de "ella", sino únicamente un *movimiento* desbaratador que desestabiliza la pretensión topográfica.[16] Irigaray toma el lugar de Platón –no lo asume– para mostrar que es *ocupable*, para plantear la cuestión del costo y el movimiento de esa asunción.[17] ¿Dónde y cómo se establece el distanciamiento crítico de ese patrilinaje realizado en el curso de la recitación de los tér-

14. Véase *An Ethics of Sexual Difference*, trad. Carolyn Burke, Ithaca, Cornell University Press, 1993; *Éthique de la différence sexuelle*, París, Éditions de Minuit, 1984.

15. Bridget McDonald sostiene que para Irigaray "el *entre* es el sitio de diferencia donde se divide la uniformidad [...] todo *entre* es un espacio compartido donde los diferentes polos no sólo se diferencian, sino que además están sujetos a un encuentro mutuo para poder existir como polos diferenciados", "Between Envelopes", manuscrito no publicado.

16. Sobre un análisis de la noción de un "intervalo" que no es exclusivamente espacio ni tiempo, véase la lectura que hace Irigaray de la *Física* de Aristóteles en "Le Lieu, l'intervalle", *Éthique de la Différence*, págs. 41-62

17. Esto se relacionará con la ocupación del nombre paternal en la ficción de Willa Cather. Véase, en particular, la ocupación que hace el personaje femenino Tommy del lugar de su padre en "Tommy the Unsentimental" considerado en el capítulo 5 de este libro.

minos de Platón? Si bien la tarea no es una "lectura" fiel o apropiada de Platón quizás sea una especie de lectura exagerada que imita y pone en evidencia el exceso especulativo de Platón. Me disculpo, pero sin gran entusiasmo, por repetir de algún modo aquí ese exceso especulativo, porque a veces, cuando determinado daño ha permanecido durante mucho tiempo callado, es necesario hacer una réplica hiperbólica.

Cuando Irigaray emprende la relectura de la historia de la filosofía, se pregunta cómo se fijaron sus fronteras: ¿Qué debía excluirse de la filosofía para que la filosofía misma pudiera desarrollarse y cómo se logra que lo excluido constituya negativamente una empresa filosófica que se considera autosustentada y autoconstituida? Irigaray aísla pues lo femenino precisamente como esa exclusión constitutiva, con lo cual se ve obligada a buscar un modo de lectura de un texto filosófico en busca de aquello que el texto se niega a incluir. Ésta no es tarea fácil. Porque, ¿cómo puede uno leer en un texto aquello que *no* aparece en los términos propios del texto, pero que sin embargo constituye la condición ilegible de la legilibilidad misma de dicho texto? O más precisamente, ¿cómo puede uno leer un texto en busca del movimiento de esa desaparición mediante la cual se constituye lo "interior" y lo "exterior" textual?

Aunque las filósofas feministas procuraron tradicionalmente mostrar de qué manera se llega a representar el cuerpo como femenino o de qué manera se asoció a las mujeres con la materialidad (ya sea inerte –siempre ya muerta– o fecunda –siempre viva y procreativa–) mientras se asociaba a los hombres con el principio de dominio racional,[18] Irigaray opta por sostener que, en realidad, lo femenino es precisamente lo excluido de esa oposición binaria y mediante esa oposición misma. En este sentido, cuando en esta economía se representa a las mujeres se las sitúa precisamente en el sitio de su supresión. Además, sostiene Irigaray, cuando en las descripciones filosóficas se caracteriza la materia, ésta es a la vez una sustitución y un desplazamiento de lo femenino. No es posible interpretar la relación filosófica con lo femenino a través de las figuras que proporciona la filosofía, en cambio se lo puede

18. Véase Elizabeth Spelman, "Woman as Body: Ancient and Contemporary Views", *Feminist Studies*, 8: 1, 1982, págs. 109-131.

hacer, dice Irigaray, considerando lo femenino como la condición indecible de figuración, como aquello que, en realidad, nunca puede ser representado en los términos de la filosofía propiamente dicha, pero cuya exclusión de ese terreno es su condición capacitadora.

No sorprende, pues, que para Irigaray lo femenino aparezca sólo como catacresis, esto es, en aquellas figuras que funcionan inapropiadamente, como una transferencia inapropiada de sentido, el empleo de un nombre adecuado para describir aquello que no corresponde exactamente a él y que retorna para perturbar y cooptar el lenguaje mismo del que fue excluido lo femenino. Esto explica en parte que Irigaray apele radicalmente a las citas, la usurpación catacrítica de lo "apropiado" con propósitos por completo inapropiados.[19] Porque Irigaray imita a la filosofía –al igual que al psicoanálisis– y, en esa imitación adopta un lenguaje que efectivamente no puede pertenecerle, sólo para cuestionar las reglas excluyentes de lo que es apropiado y lo que no lo es que gobiernan el uso de ese discurso. Esta oposición a la propiedad –en ambos sentidos– es precisamente la opción que se le abre a lo femenino cuando fue constituido como un impropiedad excluida, como lo impropio, como la falta de propiedad. En realidad, como sostiene Irigaray en *Marine Lover* [*Amante Marine*], su obra sobre Nietzsche, la "mujer no es ni tiene una esencia" y sostiene que esto es así precisamente porque la "mujer" es lo que fue excluido del discurso de la metafísica.[20] Si ella adopta un nombre apropiado, incluso el

19. Véase Elizabeth Weed, "The Question of Style", en Carolyn Burke, Naomi Schor y Margaret Whitford (comps.), *Engaging with Irigaray*, Nueva York, Columbia University Press, en prensa, y Elizabeth Grosz, *Sexual Subversions*, Londres, Routledge, 1991.

20. Esta es mi traducción, aun cuando está claro que Irigaray emplea en el párrafo siguiente el término *être* (ser) y no *essence* (esencia) y me baso en el sentido de la frase siguiente donde la noción de una "esencia" continúa siendo ajena a lo femenino y al sentido de la proposición final donde la verdad de ese ser se logra mediante una lógica oposicional: "Elle ne se constitue pas pour autant en *une*. Elle ne se referme pas sur ou dans une vérité ou une essence. L'essence d'une vérité lui reste étrangère. Elle n'a ni n'est un être. Et elle n'oppose pas, à la vérité masculine, une vérité feminine", Luce Irigaray, "Lèvres voilées", París, Éditions de Minuit, 1980, pág. 92; "Ella no se constituye como *una*, como una sola unidad femenina. Ella no se cierra sobre o en una verdad o una esencia. La esencia de una verdad continúa siéndole ajena. No tiene ni es un ser. Y no opone una verdad femenina a la verdad masculina", *Marine Lover*, trad. Gillian Gill, Nueva York, Columbia University Press, 1991, pág. 86.

nombre apropiado de "mujer" en singular, ésa sólo puede ser una especie de pantomima radical que procura quitarle al término sus supuestos ontológicos. Jane Gallop lo aclara brillantemente en su lectura de los dos labios como sinécdoque y a la vez como catacresis, una lectura que interpreta el lenguaje del esencialismo biológico de Irigaray como una estrategia retórica. Gallop muestra que el lenguaje de las figuras filosóficas que emplea Irigaray constituye lo femenino en el lenguaje como una impropiedad lingüística permanente.[21]

Según Irigaray, esta exclusión de lo femenino del discurso apropiado de la metafísica ocurre en y a través de la formulación de la "materia". Puesto que en el falogocentrismo hace una distinción entre la forma y la materia, ésta se articula mediante una materialidad adicional. En otras palabras, toda distinción explícita se da en un espacio de inscripción que la distinción misma no puede contener. La materia como *sitio* de inscripción no puede tematizarse explícitamente. Y este sitio o espacio de inscripción es, para Irigaray, una *materialidad* que no corresponde a la misma categoría de la "materia" cuya articulación condiciona y permite. Irigaray sostiene que, dentro de una economía falogocéntrica, esta materialidad no tematizable se convierte en el sitio, el depósito, en realidad, el receptáculo de lo femenino. En cierto importante sentido, esta segunda "materia" no articulada designa el exterior constitutivo de la economía platónica; es lo que debe ser excluido para que tal economía pueda postularse como internamente coherente.[22]

Teniendo en cuenta la interpretación que hace Naomi Schor de la "esencia" como una catacresis en sí misma, uno podría preguntarse si el discurso de la esencia no puede duplicarse fuera de las propiedades metafísicas tradicionales. En ese caso, lo femenino bien podría gozar de una esencia, pero ese gozo se daría a expensas de la metafísica. Naomi Schor, "This Essentialism Which Is Not One: Coming to Grips with Irigaray", *Differences: A Journal of Feminist Cultural Studies*, 2:1, 1989, págs. 38-58.

21. Jane Gallop, *Thinking through the Body*, Nueva York, Columbia University Press, 1990.

22. Estrictamente hablando, la materia como *hyle* no figura en un lugar central en el corpus platónico. El término *hyle* es principalmente aristotélico. En la *Metafísica* (1036a), Aristóteles sostiene que la *hyle* sólo puede llegar a conocerse por analogía. Se define como potencia (*dýnamis*) y se la identifica como una de las cuatro causas; también se la describe como el principio de individuación. En Aristóteles aparece a veces identificada con el *hypokéimenon* (base, fundamento) (*Física*, 1, 192a), pero

Esta materia excesiva que no puede contener la distinción forma/materia opera como el suplemento en el análisis que ofrece Derrida de las oposiciones filosóficas. Al considerar en *Posiciones* la distinción forma/materia, Derrida sugiere también que la materia debe duplicarse, a la vez como un polo dentro de una oposición binaria y como aquello que excede esa dupla binaria, como una figura de la imposibilidad de sistematizarla.

Consideremos la observación que hace Derrida en respuesta al crítico que pretende sostener que la materia denota el exterior radical al lenguaje: "Se sigue de ello que si y en la medida en que, en esta economía general, la *materia* designa, como usted dijo, la alteridad radical (seré específico: en relación con las oposiciones filosóficas), luego, lo que yo escribo puede considerarse 'materialista'".[23] Tanto para Derrida como para Irigaray, aparentemente lo excluido de esta oposición binaria es también *producido* por ella como exclusión y no tiene una existencia separable o plenamente independiente como un exterior absoluto. Un exterior constitutivo o relativo está compuesto, por supuesto, por una serie de exclusiones que, sin embargo, son *interiores* a ese sistema como su propia necesidad no tematizable. Surge dentro del sistema como incoherencia, como desbarajuste, como una amenaza a su propia sistematicidad.

Irigaray insiste en afirmar que esta exclusión que moviliza el par forma/materia es la relación diferenciadora entre lo masculino y lo femenino, relación en la que lo masculino ocupa ambos términos

no se la considera una cosa. Aunque Aristóteles le critica a Platón no establecer una distinción entre *hyle* y *stéresis* (privación), identifica, sin embargo, la noción platónica del receptáculo (*hypodocheion*) con la *hyle* (*Física*, 4, 209b). Como la *hyle* aristotélica, el *hypodocheion* es indestructible, sólo puede conocerse mediante un "razonamiento bastardo" (*Timeo*, 52a-b) y es por ello que no puede dársele ninguna definición ("no hay ninguna definición de la materia, sólo del *eidos* [apariencia, aspecto exterior]" *Metafísica*, 1035b). En Platón, el *hypodocheion* adopta la significación de lugar o *chora*. Sólo cuando Aristóteles proporciona un discurso filosófico explícito sobre la materia, Plotino escribe una reconstrucción de la doctrina platónica de la materia. Ésta es precisamente la cita crítica de Platón/Plotino que hace Irigaray en "Une mère de Glace", en *Speculum of the Other Woman*, trad. Gillian Gill, Ithaca, Cornell University Press, 1985, págs. 168-170 [ed. cast.: *Speculum. Espéculo de la otra mujer*, Madrid, Saltes, 1978].

23. Derrida, *Positions*, pág. 64.

de la oposición binaria y de lo femenino no puede decirse siquiera que sea un término inteligible. Podríamos entender lo femenino representado en la oposición binaria como lo femenino *especular* y lo femenino excluido y eliminado de ese conjunto binario como lo *excesivo* femenino. Sin embargo, tales nominaciones no son válidas porque en el último modo, lo femenino, estrictamente hablando, no puede nombrarse en absoluto y, en realidad, no es un modo.

Para Irigaray, lo "femenino" que no puede decirse que sea algo, que no participa siquiera de la ontología, queda sometido –y aquí nos falla la gramática– a la supresión como la necesidad imposible que permite cualquier ontología. Lo femenino, para usar una catacresis, se domestica y vuelve ininteligible dentro de un falogocentrismo que se pretende autoconstituyente. Rechazado, lo que queda de lo femenino sobrevive como el *espacio de inscripción* de ese falogocentrismo, la superficie especular que recibe las marcas de un acto significante masculino sólo para devolver un reflejo (falso) y garantizar la autosuficiencia falogocéntrica, sin hacer ninguna contribución por sí mismo. Como un topos de la tradición metafísica, este espacio de inscripción hace su aparición en el *Timeo* de Platón como el receptáculo (*hypodocheion*), también descrito como la *chora*. Aunque Derrida e Irigaray ofrecieron extensas lecturas de la *chora*, quiero referirme aquí a un solo pasaje que aborda el problema mismo del pasaje: esto es, ese pasaje por el cual se puede decir que una forma genera su propia representación sensible. Sabemos que para Platón, cualquier objeto material sólo llega a ser al participar en una Forma que es su condición previa necesaria. Como resultado de ello, los objetos materiales son copias de Formas y sólo existen en la medida en que ejemplifiquen Formas. Y sin embargo, ¿dónde tiene lugar esa ejemplificación? ¿Hay un lugar, un sitio, en el que se produce esta reproducción, un medio a través del cual se produce la transformación de forma a objeto sensible?

En la cosmogonía ofrecida en el *Timeo*, Platón se refiere a tres naturalezas que hay que tener en cuenta: la primera, que es el proceso de generación; la segunda, que es aquella en la que tiene lugar la generación y la tercera, aquella de la cual la cosa generada es una semejanza naturalmente producida. Luego, en lo que parece ser un aparte, podemos "comparar el principio receptor con una madre y la fuente o manantial con un padre y la naturaleza intermedia con un niño" (50d).[24] Antes de este pasaje, Platón se refiere a este principio receptor como a una "nodriza" (40b) y luego como a "la naturaleza universal que recibe todos los cuerpos" (en inglés, según la traducción de Hamilton y Cairns). Pero esta última frase puede traducirse mejor como "la naturaleza dinámica (*physis*) que recibe (*déchesthai*) todos los cuerpos que hay (*ta panta sómata*)" (50b).[25] De esta función omnirreceptora, según Platón, "debe siempre llamarse siempre igual, por cuanto ella siempre recibe todo, nunca se aparta de su propia naturaleza (*dýnamis*) y nunca, de ningún modo y en ningún momento, asume una forma (*eilephen*) como la de cualquiera de las cosas que entran en ella [...] las formas que entran y salen de ella son semejanzas de las realidades eternas modeladas a partir de sus propios patrones (*diaschematizómenon*)" (50c).[26] Aquí su función propia es recibir, *dechesthai*, tomar, aceptar, acoger, incluir y hasta abarcar. Lo que entra en este *hypodocheion* es un conjunto de formas o, mejor aún, configuraciones (*morphé*), sin embargo, este principio receptor, esta *physis* no tiene una configuración o forma apropiada y no es un cuerpo. Como la *hyle* de Aristóteles, la *physis* no puede definirse.[27] En efecto, el principio receptor incluye potencialmente a todos los cuerpos y también se aplica universalmente, pero su aplicabilidad universal no siempre debe asemejarse por completo a aquellas realidades eternas (*eidos*) que en el *Timeo* prefiguran las formas universales y que entran en el receptáculo. Aquí hay una prohibición sobre la semejanza (*mímeta*), por cuanto, respecto de esta naturaleza no puede decirse

24. Todas las citas corresponderán a la numeración estándar de párrafos y a *Plato: The Collected Dialogues* (comp. Edith Hamilton y Huntington Cairns), Bollingen Series 71, Princeton, Princeton University Press, 1961.

25. En el *Teeteto*, "*dechómenon*" se define como un "bulto de cera", de modo que la elección que hace Aristóteles de la imagen de la "cera" en *Del alma* para describir la materia podría interpretarse como una reelaboración explícita del *dechómenon* platónico.

26. Aquí *diaschematizómenon* reúne los sentidos de "ser modelado según un patrón" y "formación", lo cual sugiere hasta qué punto son formativos los esquemas. El lenguaje de Platón prefigura la formulación de Aristóteles en este sentido específico.

27. Sobre una reflexión de cómo *physis* o *phusis* significaban genitales, véase el análisis de John J. Winkler, "Phusus and Natura Meaning 'Genitals'", en *The Constraints of Desire: The Anthropology of Sex and Gender in Ancient Greece*, Nueva York, Routledge, 1990, págs. 217-220 [ed. cast.: *Coacciones del deseo: antropología del sexo y el género en la antigua Grecia*, Buenos Aires, Manantial, s/d].

que sea semejante a las Formas eternas ni a las copias materiales, sensibles o imaginarias de tales Formas. Pero, en particular, esta *physis* sólo puede ser penetrada, pero nunca puede penetrar. Aquí, el término *eisienai* denota un ir hacia algo o hacia adentro, un acercamiento o penetración; y también denota ir a un lugar, de modo tal que la *chora*, como un recinto, no puede ser aquello que entra en otro recinto; metafóricamente y tal vez coincidentemente, esta forma prohibida de entrada significa "ser llevado ante el tribunal", esto es, ser sometido a las normas públicas y también "ocurrírsele algo a uno" o "comenzar a pensar en algo".

Aquí también se estipula que la *physis* "no asume una forma semejante a las que entran en ella". ¿Puede este receptáculo, pues, vincularse con un cuerpo como el de la madre o el de la nodriza? De acuerdo con la estipulación del propio Platón, no podemos definir esta "naturaleza", y conocerla por analogía equivale a conocerla únicamente mediante un "pensamiento bastardo". En este sentido, el ser humano que lograra conocer esta naturaleza quedaría privado del principio paternal y sería desahuciado por éste, sería un hijo nacido fuera del matrimonio, constituiría una desviación de la línea paterna y de la relación analógica que sustenta el linaje patronímico. Por lo tanto, ofrecer una metáfora o una analogía supone una semejanza entre esa naturaleza y una forma humana. Este último punto es el que Derrida, al aceptar los dichos de Platón, juzga esencial para comprender la *chora*, pues sostiene que ésta nunca puede reducirse a ninguna de las figuras que ocasiona. Derrida afirma que, como resultado de ello, sería errado considerar la asociación de la *chora* con la femineidad como una coincidencia decisiva.[28]

28. Esta oposición misma insiste en la materialidad del lenguaje, lo que algunos llaman la materialidad del significante, y es lo que propone elaborar Derrida en "Chora", *Poikilia, Études offertes à Jean-Pierre Vernant*, París, EHESS, 1987. Sin embargo, llamar la atención sobre esa materialidad de la palabra no sería suficiente, porque lo importante es indicar aquello que no es ni material ni ideal, pero que –como el espacio de inscripción en el cual se da esta distinción– no es ni una cosa ni la otra. Este "ni esto ni aquello" es lo que permite la lógica de "esto o aquello", que tiene por polos el idealismo y el materialismo.

Derrida se refiere a este espacio de inscripción como a un tercer género, al que en la página 280 del texto citado asocia con un "espacio neutro"; neutro porque no participa de ninguno de los dos polos de la diferencia sexual, masculino y femenino. Aquí el receptáculo es precisamente lo que desestabiliza la distinción entre lo masculino y lo femenino. Consideremos el modo en que se describe este espacio de inscripción y especialmente cómo opera el acto de inscripción en él: "En un tercer género y en un espacio neutro de un lugar sin lugar, un lugar donde todo deja su marca, pero que en sí mismo no está marcado." Luego, en la página 281, se dice que Sócrates se asemeja a la *Chora*, por cuanto es alguien o algo. "En todo caso, toma su lugar que no es un lugar entre los demás, sino tal vez el *lugar mismo*, lo irremplazable. Un lugar irremplazable e implacable" (la traducción es mía).

La polaridad idealismo/materialismo ha sido puesta en tela de juicio. Pero esto no significa que no se le puedan hacer nuevos cuestionamientos. Interpretamos que Irigaray afirma que para Platón el espacio de inscripción es una manera de figurar y desfigurar la femineidad, una manera de acallar lo femenino y replantearlo como una superficie muda, pasiva. Recordemos que, para Platón, el receptáculo recibe todas las cosas, es aquello a través de lo cual opera cierta penetrante capacidad de generar, pero que a su vez no puede penetrar ni generar. En este sentido, el receptáculo puede interpretarse como una garantía de que no habrá ninguna mimesis desestabilizadora de lo masculino y que lo femenino permanecerá siempre afirmado como lo infinitamente penetrable. Derrida repite este movimiento en sus referencias a "el lugar sin lugar donde todo deja su huella, pero que en sí mismo no está marcado." ¿Hemos descubierto aquí la condición sin marca de toda inscripción, aquello que no puede tener una marca por sí mismo, ninguna marca propia, precisamente porque es aquello que, excluido de lo apropiado, lo hace posible? ¿O este espacio de inscripción no marcado es en realidad un espacio al que se le han borrado las marcas y está permanentemente obligado a someterse a la eliminación de sus marcas?

"Ella no es otra cosa que la suma o el proceso de lo que se inscribe en ella, "à son sujet, à même son sujet", pero no es el *sujeto* o el *soporte presente* de todas estas interpretaciones y no se reduce a estas interpretaciones. Aquello que excede cualquier interpretación, pero que no es en sí mismo ninguna interpretación. Esta descripción, sin embargo, no explica por qué existe aquí esta prohibición de interpretación. ¿No es éste quizás un terreno virgen situado dentro o fuera del territorio de la metafísica?

En cierto sentido, Irigarary coincide con este argumento: las figuras de la nodriza, la madre, el útero no pueden identificarse plenamente con el receptáculo, porque aquellas son figuras especulares que desplazan lo femenino en el momento en que pretenden representarlo. En el texto de Platón, el receptáculo no puede ser exhaustivamente tematizado ni figurado, precisamente porque es aquello que condiciona –y escapa a– toda figuración y tematización. *Este receptáculo / nodriza no es una metáfora basada en la semejanza con una forma humana, sino que es una desfiguración que emerge en las fronteras de lo humano, como su condición misma y también como la insistente amenaza de su deformación; no puede adquirir una forma, una* morphe *y, en ese sentido, no puede ser un cuerpo.*

En tanto Derrida sostiene que el receptáculo no puede identificarse con la figura de lo femenino, Irigaray parece estar de acuerdo, pero avanza un paso más en el análisis y argumenta que lo femenino excede su figuración, al igual que el receptáculo, y que esta imposibilidad de ser tematizado constituye lo femenino como el fundamento imposible pero necesario de lo que sí puede ser tematizado y representado. Significativamente, Julia Kristeva acepta esta superposición de la *chora* y la figura materna o de nodriza, al sostener, en *Revolution in Poetic Language*, que Platón no conduce "a este proceso [de] espacio rítmico".[29] A diferencia de Irigaray, que rechaza esta coincidencia entre la *chora* y la figura femenino/maternal, Kristeva afirma esta asociación y afirma además su noción de que la semiótica es aquello que "precede" (pág. 26) la ley simbólica: "El cuerpo de la madre es pues lo que vehiculiza la ley simbólica que organiza las relaciones sociales y llega a ser el principio ordenador de la *chora* semiótica" (pág. 27).

Mientras Kristeva insiste en afirmar esta identificación de la *chora* con el cuerpo maternal, Irigaray se pregunta cómo el discurso que realiza esa combinación invariablemente produce un "exterior", donde persiste lo femenino que *no* abarca la figura de la *chora*. Aquí debemos preguntarnos lo siguiente: ¿Cómo se logra dentro del lenguaje esta asignación de un "exterior" femenino? En el interior de todo discurso, y por lo tanto, también en el de Irigaray, ¿no hay acaso una serie de exclusiones constitutivas inevitablemente producidas por el hecho de circunscribir lo femenino como aquello que monopoliza la esfera de exclusión?

En este sentido, el receptáculo no es meramente una figura *que representa* lo excluido, sino que además se toma como una figura, hace las veces de lo excluido y, por consiguiente, realiza o

Aunque aquí Derrida se proponga afirmar que el receptáculo no puede ser materia, en *Posiciones* confirma que la materia puede utilizarse "dos veces" y que, en este efecto redoblado, puede ser precisamente aquello que *excede* la distinción forma/materia. Pero aquí, donde se vinculan los término materia y *mater*, donde se habla de una materialidad cargada de femineidad y por lo tanto sujeta a un proceso de anulación, el receptáculo no puede ser materia, porque esto implicaría reinstalarlo en la oposición binaria de la que se lo excluye.

29. Véase Julia Kristeva, "The Semiotic chora Ordering the Drives", en *Revolution in Poetic Language*, Nueva York, Columbia University Press, 1984; versión abreviada y traducida de *La révolution du langage poétique*, París, Éditions du Seuil, 1974.

produce un nuevo conjunto de exclusiones de todo lo que no puede representarse bajo el signo de lo femenino, todo aquello de lo femenino que se resiste a la figura del receptáculo-nodriza. En otras palabras, tomado como una figura, el receptáculo-nodriza petrifica lo femenino como aquello que es necesario para la reproducción del ser humano, pero que en sí mismo no es humano y que en modo alguno puede construirse como el principio formativo de la forma humana cuya producción se verifica, por así decirlo, a través de tal principio.[30]

El problema no es que lo femenino se conciba como representación de la materia o la universalidad; antes bien, estriba en que lo femenino se sitúa fuera de las oposiciones binarias forma/materia y universal/particular. No será ni lo uno ni lo otro, sino que constituirá la condición permanente e inmutable de ambos: aquello que puede construirse como una materialidad no tematizable.[31] Será penetrada y entregará una ejemplo más de lo que la penetra, pero nunca se asemejará ni al principio de formación ni a lo que crea. Irigaray insiste en que aquí, la economía falogocéntrica se apodera del poder femenino de reproducción y lo reconcibe con su propia acción exclusiva y esencial. Cuando la *physis* se articula como *chora*, como ocurre en Platón, se suprime parte del dinamismo y la potencia incluidos en la significación de la *physis*. En lugar de una femineidad que hace una contribución a la reproducción, se nos presenta una Forma fálica que reproduce sólo

30. Sobre un análisis muy interesante de la topografía de la reproducción en Platón y sobre un buen ejemplo del pensamiento psicoanalítico y clásico, véase Page DuBois, *Sowing the Body*, Chicago, University of Chicago Press, 1988.

31. Irigaray presenta un argumento similar en *La Croyance même*, París, Éditions Galilée, 1983, en el transcurso de una relectura del *fort-da scene* en *Más allá del principio de placer* de Freud. En ese texto, Irigaray ofrece un brillante enfoque de la acción del dominio imaginario que demuestra el niño que lanza reiteradamente un carrete desde su cuna y lo recupera como un modo de repetir las partidas y regresos de su madre. Irigaray monta la escenografía de este juego de dominio y sitúa el sustituto de lo maternal en las cortinas, los pliegues de la ropa de cama que reciben, ocultan y devuelven el carrete. Como la *chora*, "ella" –el disimulado soporte maternal que sustenta el escenario– es la condición ausente pero necesaria para que pueda darse ese juego de presencia y ausencia. Ella estaba allí y no estaba, daba lugar, pero no tenía lugar, salvo su vientre y tal vez ni eso [...] Por lo demás, ella no estaba allí más que en esta incesante transfusión de vida entre ella y él que pasa por un hilo hueco. Ella ofrece la posibilidad de su presencia, pero no tiene lugar allí" (pág. 31).

y siempre nuevas versiones de sí misma y lo hace a través de lo femenino, pero sin su ayuda. Significativamente, esta transferencia de la función reproductiva de lo femenino a lo masculino implica la supresión topográfica de la *physis*, la simulación de la *physis* como *chora*, como lugar.

En Platón, la palabra materia no describe esta *chora* ni el *hypodocheion* y sin embargo, en la *Metafísica*, Aristóteles observa que esta sección del *Timeo* se articula más estrechamente con su propia noción de *hyle*. Retomando esta observación, Plotino escribe el Sexto Tratado de las *Enneadas*, "La impasividad de lo no corporizado", un intento de explicar la noción platónica de *hypodocheion* como *hyle* o materia.[32] En una vuelta de tuerca rara vez encarada en la historia de la filosofía, Irigaray acepta y cita nuevamente el intento de Plotino de interpretar a Platón a través de la "materia" aristotélica, en "Una madre de cristal".

En ese ensayo, Irigaray escribe que, para Platón la materia es "estéril", "femenino sólo en cuanto a la receptividad, no en la preñez [...] castrada de ese poder fecundante que corresponde sólo a lo inmutable masculino."[33] La lectura de Irigaray establece la cosmogonía de las Formas del *Timeo* como una fantasía fálica de una patrilinealidad plenamente autoconstituida, y esta fantasía de la autogéneisis o autoconstitución se da a través de una negación y cooptación de la capacidad de reproducción de la mujer. Por supuesto, el "ella" que constituye el "receptáculo" no es ni universal ni particular y, como para Platón cualquier cosa que pueda nombrarse es o bien universal o bien particular, el receptáculo no puede ser nombrado. Tomándose una licencia especulativa e internándose en lo que él mismo llama "una indagación extraña e inusitada" (48d), Platón nombra sin embargo aquello que no puede ser nombrado apropiadamente, invocando una catacresis para poder describir el receptáculo como un receptor universal de cuerpos, aun cuando no pueda ser un universal porque, por así decirlo, participaría de aquellas realidades eternas de las que está excluido.

32. *Plotinus'Enneads*, trad. Stephen MacKenna, Londres, Faber & Faber, 1956, 2ª ed.

33. Irigaray, "Une mère de Glace", en *Speculum*, pág. 179; original, pág. 224 [ed. cast.: "Una madre de cristal", en *Speculum. Espéculo de la otra mujer*, Madrid, Saltes, 1978.]

En la cosmogonía anterior a la que introduce el concepto de receptáculo, Platón sugiere que si los apetitos, aquellos indicios de la materialidad del alma, no logran dominarse, un alma –entendida como el alma de un hombre– corre el riesgo de regresar como una mujer y luego como una bestia. En cierto sentido, la mujer y la bestia son las figuras mismas que representan la pasión ingobernable. Y si un alma participa de tales pasiones, será transformada efectiva y ontológicamente por ellas y se convertirá en los signos mismos –la mujer y la bestia– que las representan. En esta cosmogonía previa la mujer representa un descenso a la materialidad.

Pero esta cosmogonía previa exige una reescritura, porque si bien el hombre está en lo más alto de la jerarquía ontológica y la mujer es una copia pobre y degradada del hombre, no obstante hay una *semejanza* entre estos tres seres, aun cuando esa semejanza está distribuida jerárquicamente. En la cosmogonía siguiente, aquella en la que se introduce el receptáculo, Platón quiere claramente evitar la posibilidad de una semejanza entre lo masculino y lo femenino y lo hace introduciendo un receptáculo feminizado al que se le prohibe asemejarse a ninguna forma. Por supuesto, estrictamente hablando, el receptáculo no puede tener ninguna condición ontológica porque la ontología está constituida por formas y el receptáculo no puede ser una forma. Y no podemos hablar de algo que no tiene ninguna determinación ontológica y, si lo hacemos, utilizamos el lenguaje de manera inapropiada, atribuyéndole el ser a lo que no puede tenerlo. Así, el receptáculo parece desde el comienzo una palabra imposible, una designación que no puede ser designada. Paradójicamente, Platón continúa diciéndonos que este receptáculo debe llamarse siempre del mismo modo.[34] Precisamente porque este receptáculo sólo puede ocasionar un discurso radicalmente inapropiado, es decir, un discurso en el que queda suspendida toda pretensión ontológica, los términos con que se lo nombra deben ser constantemente aplicados, no para lograr que el nombre coincida con la cosa nombrada, sino

34. En *Speculum*, Irigaray propone un argumento semejante sobre la *caverna* como espacio de inscripción y dice así: "La caverna es la representación de algo que ya estuvo siempre allí, de la matriz/útero original que estos hombres no pueden representar", pág. 224; original, pág. 302.

precisamente porque aquello que hay que nombrar no puede tener un nombre apropiado, limita y amenaza la esfera de la propiedad lingüística y, por consiguiente, debe controlarse mediante una serie de reglas nominativas impuesta por la fuerza.

¿Cómo puede admitir Platón la condición indesignable de este receptáculo y prescribir para él un nombre constante? El receptáculo designado como indesignable, *¿no puede* ser designado o en realidad lo que ocurre es que éste "no puede" funcionar como lo que "no debería ser"? ¿Debería interpretarse este límite a lo que es representable como una prohibición contra cierto tipo de representación? Y puesto que Platón nos ofrece una representación del receptáculo (y la ofrece en el mismo pasaje en el que sostiene su irrepresentabilidad radical), ¿no deberíamos llegar a la conclusión de que Platón, al autorizar una sola representación de lo femenino, lo que intenta es prohibir la proliferación misma de las posibilidades nominativas que puede producir lo indesignable? Quizás ésta sea una representación dentro del discurso cuyo propósito es excluir del discurso cualquier representación adicional, una representación que si bien representa lo femenino como lo irrepresentable e ininteligible, en la retórica de la proposición asertórica se contradice. Después de todo, Platón *postula* que lo que afirma no puede ser *postulado*. Y luego se contradice cuando sostiene que aquello que no puede ser postulado, debería postularse de una única manera. En cierto sentido, esta denominación autorizada del receptáculo como lo innombrable constituye una inscripción primaria o básica que establece este lugar como un lugar de inscripción. El hecho de nombrar lo que no puede ser nombrado es en sí mismo una penetración de este receptáculo que a la vez constituye una supresión violenta, una supresión que se establece como un sitio imposible pero necesario para todas las demás inscripciones.[35] En este sentido, la narración misma del relato sobre la génesis falomórfica de los objetos *produce* esa falomorfosis y llega a ser una alegoría de su propio procedimiento.

La respuesta que da Irigaray a esta exclusión de lo femenino de la economía de las representaciones equivale efectivamente a decir: "Muy bien, de todos modos, no quiero estar en tu economía, y te mostraré lo que este receptáculo ininteligible puede hacerle a

35. Le agradezco a Jen Thomas haberme ayudado a elaborar este pensamiento.

tu sistema; no seré una pobre copia en tu sistema y, sin embargo, me asemejaré a ti *imitando* los pasajes textuales mediante los cuales construyes tu sistema y demostrándote que lo que no puede entrar en él ya está dentro de él (como su exterior necesario) y haré la pantomima y repetiré los gestos de tu operación hasta que la aparición del exterior en el interior del sistema ponga en tela de juicio su clausura sistemática y su pretensión de estar autosustentado".

Esto es en parte lo que quiere decir Naomi Schor cuando sostiene que Irigaray imita la imitación misma.[36] A través de la pantomima, Irigaray transgrede la prohibición de semejanza, al tiempo que rechaza la noción de semejanza como copia. Cita a Platón una y otra vez, pero las citas exponen precisamente lo que ha sido excluido de ellas, y lo que procura hacer Irigaray es mostrar y reintroducir lo excluido en el sistema mismo. En este sentido, la autora realiza una repetición y un desplazamiento de la economía fálica. *Esto es una cita, no una esclavitud o una mera reiteración del original, se trata más bien de una insubordinación que parece darse dentro de los términos mismos del original y cuestiona el poder de originación que Platón parece reclamar para sí.* La imitación que hace Irigaray tiene el efecto de repetir el origen sólo para desplazar ese origen de su *posición* de origen.

Y puesto que la versión platónica del origen es en sí misma un *desplazamiento* de un origen maternal, Irigaray meramente imita el acto mismo de desplazamiento, desplazando el desplazamiento, mostrando que el origen es un "efecto" de cierta argucia del poder falogocéntrico. Siguiendo esta línea de pensamiento de Irigaray, puede decirse, pues, que lo femenino entendido como maternal no se ofrece como un origen alternativo. Porque si decimos que lo femenino está en cualquier parte y es cualquier cosa, es aquello producido mediante el desplazamiento y lo que retorna como la posibilidad de una desplazamiento inverso. En realidad, podríamos reconsiderar la caracterización convencional de Irigaray como una maternalista no crítica, porque parecería que la reinscripción de lo maternal se logra empleando el lenguaje de los filosofemas fálicos. Esta práctica textual no se basa en una ontología rival, sino

36. Naomi Schor, "This Essentialism Which In Not One: Coming to Grips with Irigaray", pág. 48.

que se instala en el lenguaje paternal mismo o, más exactamente, lo penetra, lo ocupa y vuelve a desplegarlo.

Uno bien podría preguntarse si este tipo de estrategia textual penetrante no sugiere una textualización diferente del erotismo que el eros de superficies, rigurosamente antipenetrante, que aparece en "When Our Lips Speak Together" de Irigaray: "Tú no estás *en mí*. No te contengo ni te retengo en mi vientre, ni en mis brazos ni en mi cabeza. Ni en mi memoria, ni en mi mente, ni en mi lenguaje. Estás allí, como mi piel."[37] Para Irigaray, el repudio de un erotismo de entrada y contención parece estar vinculado con una oposición a la apropiación y la posesión como formas del intercambio erótico. Sin embargo, el tipo de lectura que realiza Irigaray requiere no sólo que entre en el texto que lee, sino que elabore además los usos inadvertidos de esa contención, especialmente cuando se concibe lo femenino como una brecha o fisura interna del sistema filosófico mismo. En tales lecturas apropiativas, Irigaray parece representar el espectro mismo de una penetración a la inversa –o una penetración en otra parte– que la economía de Platón procura forcluir ("la 'otra parte' del placer femenino sólo ha de hallarse pagando el precio de *volver a atravesar* (*retraversée*) el espejo que sustenta toda operación especular").[38] En el nivel de la retórica, ese "volver a atravesar" constituye un erotismo que imita críticamente el falo –un erotismo estructurado por repetición y desplazamiento, penetración y exposición– que se contrapone al eros de superficies que Irigaray explícitamente afirma.

La cita que da comienzo al ensayo de Irigaray afirma que los sistemas filosóficos se construyen sobre "una ruptura con la contigüidad material" y que el concepto de materia constituye esa ruptura (o corte, *la coupure*) y la oculta. Este argumento parece suponer la existencia de algún orden de contigüidad anterior al concepto, anterior a la materia, y que ésta se esfuerza por ocultar. En la lectura más sistemática de la historia de la filosofía ética, *Éthique de la différence sexuelle*, Irigaray sostiene que las relaciones éticas deben basarse en relaciones de cercanía, proximidad e intimidad que reconfiguren las nociones convencionales de reciprocidad y respeto. Las concepciones tradicionales de reciprocidad cambian estas relaciones de intimidad por aquellas caracterizadas por la supresión violenta, la posibilidad de sustitución y la apropiación.[39] En el plano psicoanalítico, esta proximidad material se entiende como la incierta separación de las fronteras entre el cuerpo maternal y el niño, relaciones que reaparecen en el lenguaje como la proximidad metonímica de los signos. Mientras los conceptos, como el de materia y el de forma, repudien y oculten las cadenas significantes metonímicas de las que proceden, sirven al propósito falogocéntrico de quebrar la contigüidad maternal/material. Por otro lado, esa contigüidad confunde el intento falogocéntrico de establecer una serie de sustituciones mediante equivalencias metafóricas o unidades conceptuales.[40]

Según Margaret Whitford, esta contigüidad que excede el concepto de materia no es en sí misma una relación natural, sino que es una articulación *simbólica* propia de las mujeres. Whitford considera "los dos labios" como una figura metonímica,[41] una figura que representa las relaciones verticales y horizontales entre las mujeres [...] la socialidad de las mujeres".[42] Pero Whitford también señala que las economías femenina y masculina nunca son completamente separables; como resultado de ello, parece que las relaciones de contigüidad subsisten entre tales economías y, por lo tanto, no corresponden exclusivamente a la esfera de lo femenino.

37. Luce Irigaray, "When Our Lips Speak Together", *This Sex Which Is Not One*, trad. Catherine Porter en colaboración con Carolyn Burke, Ithaca, Cornell University Press, 1985, pág. 216; *Ce sexe qui n'en est pas un*, París, Éditions de Minuit, 1977, pág. 215. [Ed. cast.: *Ese sexo que no es uno*, Madrid, Saltes, 1982.]

38. *This Sex Which Is Not One*, pág. 77; *Ce sexe qui n'en est pas un*, pág. 75.

39. Dentro de la filosofía ética feminista pueden hallarse estudios que reformulan la posición de Irigaray de modos muy interesantes; véanse Drucilla Cornell, *Beyond Accommodation: Ethical Feminism, Deconstruction, and the Law*, Nueva York, Routledge, 1991, y Gayatri Chakravorty Spivak, "French Feminism Revisited: Ethics and Politics", en *Feminists Theorize the Political*, págs. 54-85.

40. Las relaciones contiguas descartan la posibilidad de la enumeración de los sexos, es decir, el primero y el segundo sexo. Representar lo femenino como o mediante lo contiguo se opone implícitamente al binarismo jerárquico de lo masculino/femenino. Esta oposición a la cuantificación de lo femenino es un argumento implícito en la obra de Lacan, *Encore: Le séminaire Livre XX*, París, Éditions du Seuil, 1975. [ed. cast.: *Seminario 20. Aun*, Barcelona, Paidós, 1981]. Constituye uno de los sentidos en los que lo femenino "no es uno". Véase *Amante Marine*, págs. 92-93.

41. Margaret Whitford, *Luce Irigaray: Philosophy in the Feminine*, Londres, Routledge, 1991, pág. 177.

42. *Ibíd.*, págs. 180 y 181.

¿Cómo entender entonces la práctica textual de Irigaray de alinearse con Platón? ¿Hasta qué punto repite Irigaray el texto de Platón, no para aumentar su producción especular, sino para volver a cruzar ese espejo hacia "otra parte" femenina que debe permanecer problemáticamente entre comillas?

Para Irigaray, se trata siempre de una materia que excede la materia, en donde esta última debe desautorizarse para que pueda prosperar el par autogenético forma/materia. La materia se da en dos modalidades: la primera, como un concepto metafísico al servicio del falogocentrismo; las segunda, como una figura sin fundamento, inquietantemente especulativa y catacrésica, que marca para sí el sitio lingüístico posible de una pantomima crítica.

> Para una mujer, jugar con la mimesis es, pues, tratar de recuperar el lugar de su explotación mediante el discurso, sin permitir que se la reduzca simplemente a él. Significa volver a someterse –puesto que está del lado de lo "perceptible" de la "materia"– a las "ideas", en particular a las ideas sobre sí mismas que están elaboradas en una lógica masculina y por esa lógica, pero para poder hacer "visible", mediante un efecto de repetición lúdica, lo que se supone que debe permanecer invisible: el encubrimiento de una posible operación de lo femenino en el lenguaje.[43]

De modo que ¿estamos quizás aquí ante el retorno del esencialismo, en la noción de lo "femenino en el lenguaje". Sin embargo, Irigaray continúa sugiriendo que la pantomima es esa operación misma de lo femenino en el lenguaje. Imitar significa participar precisamente de aquello que se imita y si el lenguaje imitado es el lenguaje del falogocentrismo, luego, éste es sólo un lenguaje específicamente femenino en la medida en que lo femenino está radicalmente implicado en los términos mismos del falogocentrismo que se procura reelaborar. La cita continúa, "[jugar con la mimesis significa] 'revelar' el hecho de que, si las mujeres son tan buenos mimos, ellos se debe a que no fueron sencillamente resorbidas por esta función. *Además permanecen en otra parte*: otro caso de la persistencia de la 'materia'". Hacen la pantomima del falogocentrismo, pero también exponen lo que está cubierto por la autorreproducción mimética de ese discurso. Para Irigaray, la ruptura se produce con la operación lingüística de metonimia oculta, una intimidad y proximidad que parece ser el residuo lingüístico de la proximidad inicial entre la madre y el infante. Este exceso metonímico de toda imitación, en realidad de toda sustitución metafórica, es lo se considera que quiebra la repetición sin fisuras de la norma falogocéntrica.

43. Irigaray, "The Power of Discourse", en *This Sex Which Is Not One*, pág. 76.

Aunque sostener, como lo hace Irigaray, que la lógica de identidad puede ser potencialmente desbaratada por la insurgencia de la metonimia y luego identificar esta metonimia con lo femenino reprimido e insurgente equivale a consolidar el lugar de lo femenino en la *chora* irruptiva, aquella que no puede ser figurada, pero que es necesaria para cualquier figuración. Esto es, por supuesto, darle, sin embargo, una figura a la *chora* de modo tal que lo femenino quede "siempre" fuera, en el exterior, y lo exterior es "siempre" lo femenino. Éste es un movimiento que posiciona lo femenino como lo no tematizable, lo no figurable, pero que, al identificar lo femenino con esa posición a la vez tematiza y figura y así apela al ejercicio falogocéntrico para producir esta identidad que "es" lo no idéntico.

Sin embargo, hay buenas razones para rechazar la noción de que lo femenino monopoliza aquí la esfera de lo excluido. En realidad, aplicar tal monopolio redobla el efecto de forclusión producido por el discurso falogocéntrico mismo, un efecto que "imita" su violencia fundadora de una manera que se opone a la afirmación explícita de haber fundado un sitio lingüístico en la metononimia que hace las veces de ruptura. Después de todo, la escenografía de la inteligibilidad de Platón depende de la exclusión de las mujeres, los esclavos, los niños y los animales, en la que se caracteriza a los esclavos como aquellos que no hablan el lenguaje de Platón y que, al no hablarlo, se consideran disminuidos en su capacidad de razonamiento. Esta exclusión xenófoba opera mediante la producción de los Otros racializados y aquellos cuyas "naturalezas" se consideran menos racionales en virtud de las tareas fijadas que cumplen en el proceso de trabajar para reproducir las condiciones de la vida privada. Esta esfera de los seres humanos menos que racionales delimita la figura de la razón humana y produce ese "hombre" como aquél que no tiene infancia; no es un primate y así queda liberado de la necesidad de comer, defecar, vivir y morir; un hombre que no es un esclavo, sino que siempre es un terrateniente;

alguien cuyo lenguaje se conserva originario e intraducible. Ésta es una figura de descorporización pero, sin embargo, es también una figura de un cuerpo, un cuerpo que tiene una racionalidad masculinizada, la figura de un cuerpo masculino que no es un cuerpo, una figura en crisis, una figura que representa una crisis que no puede controlar plenamente. Esta representación de la razón masculina como cuerpo descorporizado tiene una morfología imaginaria creada a través de la exclusión de otros cuerpos posibles. Es una materialización de la razón que opera mediante la desmaterialización de otros cuerpos, porque lo femenino, estrictamente hablando, no tiene ninguna *morphé*, ninguna morfología, ningún perfil, porque es lo que contribuye a delimitar las cosas, pero es en sí mismo algo indiferenciado, sin un límite. El cuerpo que es la razón desmaterializa los cuerpos que no pueden representar adecuadamente a la razón o sus réplicas; sin embargo, ésta es una figura en crisis, porque este cuerpo de razón es en sí mismo la desmaterialización fantasmática de la masculinidad, que requiere que las mujeres, los esclavos, los niños y los animales sean el cuerpo, realicen las funciones corporales, lo que él no realizará.[44]

Irigaray no siempre hace una contribución muy clara en este sentido, porque no logra seguir el vínculo metonímico que se da entre las mujeres y estos otros Otros, idealizando y apropiándose del "la otra parte" como de lo femenino. Pero, ¿qué es "la otra parte" de la "otra parte" de Irigaray? Si lo femenino no es el único tipo de ser que ha sido excluido de la economía de la razón masculinista, ¿qué y quién queda excluido en el cuerpo del análisis de Irigaray?

44. Donna Haraway, al responder a un borrador previo de este artículo en una piscina climatizada de Santa Cruz, sugirió que era esencial interpretar que Irigaray refuerza la noción de que Platón es el origen de la representación occidental. En cuanto a la obra de Martin Bernal, Haraway sostiene que lo "occidental" y sus "orígenes" se construyen mediante la supresión de la heterogeneidad cultural, en particular, suprimiendo la influencia y el intercambio culturales africanos. Haraway puede estar en lo cierto, pero lo que procura hacer Irigaray es exponer la producción violenta de los "orígenes" europeos en Grecia, de modo que no es incompatible con la visión que señalara Haraway. Yo sugiero que esta violencia se ha dejado dentro la doctrina de Platón como el "sitio" de inscripción representacional y que una manera de leer a Platón y a Irigaray desde el punto de vista de sus exclusiones fundamentales es preguntándose: "¿Qué es lo que llega a acumularse en ese receptáculo?".

ENTRADA IMPROPIA: PROTOCOLOS DE LA DIFERENCIA SEXUAL

El análisis presentado hasta aquí no ha considerado la materialidad del sexo sino el sexo de la materialidad. En otras palabras, ha perfilado la materialidad como el sitio en el que se desarrolla cierto drama de la diferencia sexual. El propósito de una exposición de este tipo es, además de advertir contra un fácil retorno a la *materialidad* del cuerpo, a la materialidad del sexo, mostrar que invocar la materia implica invocar una historia sedimentada de jerarquía sexual y de supresiones sexuales que sin duda debe constituir un *objeto* de la indagación feminista, pero que resultaría completamente problemática si se la tomara como *base* de una teoría feminista. Retornar a la materia requiere que lo hagamos considerándola como un *signo* que, con sus resonancias y contradicciones, representa un drama incompleto de la diferencia sexual.

Retornemos, pues, al pasaje del *Timeo* en el que la materia se duplica como un término apropiado e inapropiado, diferentemente sexuado, con lo cual se presenta como un sitio de ambivalencia, como un cuerpo que no es un cuerpo, en su forma masculina, y como una materia que no es ningún cuerpo, en su forma femenina.

El receptáculo, ella, "siempre recibe todas las cosas, nunca se aparta de su propia naturaleza y, nunca, de ningún modo y en ningún momento, asume una forma semejante a la de alguna de las cosas que entran en ella" (50b). Lo que aquí parece prohibido, está parcialmente contenido en el verbo *éilephen* –asumir, en el sentido de asumir una forma– que es a la vez una acción continua y también un tipo de receptividad. El término significa, entre otras acepciones, obtener o procurarse, tomar o recibir hospitalidad, pero también *tener una esposa* y *que una mujer conciba.*[45] La palabra sugiere la obtención de algo, pero también la capacidad de concebir y de tener una esposa. Estas actividades o estas dotes están prohibidas en el párrafo citado, con lo cual se fijan límites a los distintos tipos de "receptividad" que puede experimentar este principio receptor. La expresión que emplea Platón para designar aquello que ella nunca ha de hacer es *exístathai dynameos* (esto es, "apartarse de su propia naturaleza"). Esto implica que ella nunca debe

45. H. G. Liddell y Robert Scott, *Greek-English Lexicon*, Oxford, Oxford University Press, 1957.

elevarse por encima, llegar a separarse o a *desplazarse* de su propia naturaleza; como aquello que está contenido en sí mismo, ella es aquello que, muy literalmente, *no debe desordenarse en el desplazamiento*. El "siempre", el "nunca" y el "de ningún modo" son insistentes repeticiones que le da a esta "imposibilidad natural" la forma de un imperativo, una prohibición, una legislación y una ubicación del lugar apropiado. ¿Qué ocurriría si ella comenzara a parecerse a aquello de lo que se dice que sólo y siempre entra en ella? Claramente, al atribuirle la penetración exclusivamente a la forma y la penetrabilidad a una materialidad femenizada y al establecer una completa disociación entre esta figura de femineidad penetrable y el ser resultante de la reproducción,[46] se afirman aquí varias posiciones.

Está claro que Irigaray interpreta la expresión "asumir una forma/configuración" de este pasaje como "concebir" y entiende que Platón le prohibe a lo femenino contribuir al proceso de reproducción para poder atribuir la capacidad de dar nacimiento a lo masculino. Pero aparentemente podríamos considerar otro sentido del verbo "asumir" en griego, me refiero a la acepción "tener o tomar una esposa".[47] Porque ella nunca se asemejará a –y por lo tanto, nunca entrará en– otra materialidad. Esto significa que él –recordemos que, en esta tríada, las Formas se vinculan con el padre– nunca será penetrado por ella o, en realidad, por nada. Porque él es el penetrador impenetrable y ella lo invariablemente penetrado. Y "él" nunca se diferenciaría de "ella" si no fuera por esta prohibición de semejanza que establece que las posiciones de ambos son recíprocamente excluyentes y, sin embargo, complementarias. En realidad si ella a su vez pudiera penetrar o penetrar otra parte, no quedaría claro si "ella" puede continuar siendo "ella" y si "él" puede conservar su propia identidad establecida sobre la base de la diferencia. Porque la lógica de no contradicción que condiciona esta distribución de pronombres es una lógica que establece, a

46. Es importante hacer una advertencia contra la tendencia a reducir demasiado apresuradamente las posiciones sexuales de penetración activa y receptividad pasiva a las posiciones masculina y femenina en el contexto griego antiguo. Puede hallarse una importante argumentación contra tal simplificación en David Halperin, *One Hundred Years of Homosexuality*, Nueva York, Routledge, 1990, pág. 30.

47. La que sigue podría ser una interpretación exagerada, como lo han sugerido algunos de mis lectores clasicistas.

través de esta posición excluyente, que el "él" es el penetrador y el "ella" es lo penetrado. Como consecuencia de ello, parecería que, sin esta *matriz* heterosexual, por así decirlo, podría cuestionarse la estabilidad de estas posiciones generizadas.

Podría interpretarse esta prohibición que asegura la impenetrabilidad de lo masculino como una especie de pánico, el pánico a llegar a "parecerse" a ella, a afeminarse o el pánico a lo que podría ocurrir si se autorizara una penetración masculina de lo masculino, o una penetración femenina de lo femenino o una penetración femenina de lo masculino o la reversibilidad de estas posiciones, para no mencionar la posibilidad de una confusión completa de lo que puede considerarse "penetración". ¿Conservarían los términos "masculino" y "femenino" una significación estable? ¿O la relajación de los tabúes contra la penetración extraviada desestabilizaría gravemente estas posiciones generizadas? Si fuera posible tener una relación de penetración entre dos posiciones generizadas ostensiblemente como femeninas, ¿sería éste el tipo de semejanza que debe prohibirse para que la metafísica occidental pueda ponerse en marcha? ¿Y podría considerarse esa semejanza como una cooptación y un desplazamiento de la autonomía fálica que socavaría la afirmación fálica de sus propios derechos exclusivos?

¿Es ésta una pantomima inversa que Irigaray no considera, pero que, sin embargo, es compatible con su estrategia de una imitación crítica? ¿Podemos interpretar este tabú que moviliza los comienzos especulativos y fantasmáticos de la metafísica occidental desde el punto de vista del espectro del intercambio sexual que ese mismo tabú produce mediante su propia prohibición, como un pánico a lo lesbiano o, quizá más específicamente, como el pánico a la falización de lo lesbiano? O este tipo de semejanza, ¿podría perturbar hasta tal punto la matriz generizada obligatoria que sustenta el orden de las cosas, que ya no podría afirmarse que estos intercambios sexuales que ocurren fuera o en los intersticios de la economía fálica son simplemente "copias" del origen heterosexual? Porque, evidentemente, esta legislación de una versión particular de la heterosexualidad confirma plenamente su condición no originaria. De otro modo, no habría ninguna necesidad de instaurar una prohibición desde el comienzo sobre las posibilidades rivales de la organización de la sexualidad. En este sentido, aquellas semejanzas o imitaciones inapropiadas que Platón excluye

del terreno de la inteligibilidad no se asemejan a lo masculino, porque eso sería privilegiar lo masculino como origen. Si existe la posibilidad de semejanza, ello se debe a que la "originalidad" de lo masculino es indiscutible; en otras palabras, la imitación de lo masculino, que nunca se resorbe en lo masculino, puede hacer que la pretensión a la originalidad de lo masculino resulte sospechosa. En la medida en que lo masculino se funde en una prohibición que proscribe el espectro de una semejanza lesbiana, esa institución masculinista –y la homofobia falogocéntrica que codifica– *no* es un origen, sino que es sólo el *efecto* de la prohibición misma, que depende fundamentalmente de aquello que debe ser excluido.[48]

Significativamente, esta prohibición emerge en el sitio en el que la materialidad se instala como una instancia doble, por un lado, como la copia de la Forma y, por el otro, como la materialidad no contributiva en la cual y a través de la cual funciona este mecanismo de autocopiado. En este sentido, la materia es, o bien parte de la escenografía especular de la inscripción fálica, o bien aquello que no puede volver inteligible dentro de sus propios términos. La formulación misma de la materia está al servicio de una organización y de la negación de la diferencia sexual, de modo tal que estamos ante una economía de la diferencia sexual que define, instrumentaliza y sitúa la materia en su propio beneficio.

La regulación de la sexualidad que establece esta articulación de las Formas sugiere que la diferencia sexual opera en la formulación misma de la materia. Pero ésta es una materia definida no sólo contra la razón, entendida ésta como aquello que actúa sobre y en virtud de una materialidad compensatoria, donde lo femenino y lo masculino ocupan estas posiciones opuestas. La diferencia sexual opera también en la formulación, la puesta en escena, de aquello que ocupará el sitio del espacio de inscripción, esto es, como aquello que debe permanecer fuera de estas posiciones opuestas, como la condición que las sustenta. No hay ningún exterior singular, porque las Formas requieren una cantidad de exclusiones; existen y se reproducen en virtud de aquello que excluyen: no siendo el animal, no siendo la mujer, no siendo el esclavo; la propiedad de las Formas se obtiene a través de la propiedad, las fronteras nacionales y raciales, el masculinismo y la heterosexualidad obligatoria.

48. Diotima intenta explicarle a un Sócrates aparentemente necio que la procreación heterosexual no sólo contiene sino que además produce los efectos de inmortalidad, con lo cual vincula la procreación heterosexual con la producción de verdades eternas. Véase *El banquete* 206b-208b. Por supuesto, esta plática debe leerse también en el contexto retórico del diálogo que, podría decirse, afirma esta norma heterosexual, sólo para producir luego su réplica homosexual.

Las diversas imitaciones inversas que surjan de aquellos sectores no habrán de ser idénticas entre sí; si se ocupa y se invierte el discurso del maestro, se lo hará desde muchos ámbitos y esas prácticas resignificantes convergerán de maneras que desbaratarán los supuestos de una réplica exacta del dominio de la razón. Porque, si las copias hablan o si lo que es meramente material comienza a tener significación, la escenografía de la razón se verá sacudida por la crisis misma sobre la que siempre se la construyó. Y finalmente no habrá modo de delimitar la "otra parte" de la otra parte de Irigaray, pues todo discurso opuesto producirá su exterior, un exterior que corre el riesgo de que lo considere como su espacio de inscripción no significante.

Y si bien ésta puede parecer la violencia necesaria y fundadora de cualquier régimen de verdad, es importante resistir a ese gesto teorético del *pathos* en el cual las exclusiones se afirman sencillamente como tristes necesidades de significación. La tarea consiste en reconfigurar este "exterior" necesario como un horizonte futuro, un horizonte en el cual siempre se estará superando la violencia de la exclusión. Pero también es igualmente importante preservar el exterior, el sitio donde el discurso encuentra sus límites, donde la opacidad de lo que no ha sido incluido en un determinado régimen de verdad cumpla la función de un sitio desbaratador de la impropiedad o la impresentabilidad lingüística e ilumine las fronteras violentas y contingentes de ese régimen normativo precisamente demostrando la incapacidad de ese régimen de representar aquello que podría plantear una amenaza fundamental a su continuidad. En este sentido, la representabilidad radical e incluyente no es el objetivo último: incluir, hablar como, abarcar toda posición marginal y excluida dentro de un discurso dado es proclamar que un discurso singular no tiene un límite, que puede incorporar –y lo hará– todos los signos de diferencia. Si hay una violencia necesaria al lenguaje de la política, el riesgo que implica esa violencia bien puede engendrar otro riesgo: el de que comencemos a reconocer, interminablemente, sin vencerlas –y, sin em-

bargo, sin llegar nunca a reconocerlas plenamente– las exclusiones a partir de las cuales actuamos.

UNA FEMINEIDAD SIN FORMA

Parecería que, con cierta dificultad, la economía fantasmática de Platón virtualmente priva a lo femenino de una *morphé*, una forma, porque, como receptáculo, lo femenino es una no cosa permanente y, por lo tanto, carente de vida y de forma, que no puede nombrarse. Y como nodriza, madre, vientre, útero, lo femenino se reduce, apelando a una sinécdoque, a un conjunto de funciones representativas. En este sentido, el discurso de Platón sobre la materialidad (si es que podemos considerar el discurso sobre el *hypodocheion* como tal) es un discurso que no permite la noción del cuerpo femenino como una forma humana.

¿Cómo podemos legitimar las declaraciones de daño corporal si cuestionamos la materialidad del cuerpo? Lo que se proclama aquí a través del texto platónico es una violación que fundamenta el concepto mismo de materia, una violación que moviliza el concepto y que el concepto, a su vez, sustenta. Además, en el texto de Platón hay una disyunción entre una materialidad que es femenina y carente de forma y, por lo tanto, carente de cuerpo, y los cuerpos formados a través –pero no de– esa materialidad femenina. ¿Hasta qué punto invocar las nociones recibidas de materialidad o, en realidad, insistir en que tales nociones funcionan como verdades "irreductibles" es una manera de afirmar y perpetuar una violación constitutiva de lo femenino? Cuando consideramos que el concepto mismo de materia conserva y circunscribe una violación y luego invocamos ese mismo concepto para proponer una compensación por esa violación, corremos el riesgo de reproducir el daño mismo que intentamos reparar.

El *Timeo* no nos atribuye cuerpos, sólo una suma y un desplazamiento de aquellas figuras de la posición corporal que respaldan una fantasía dada de relación carnal heterosexual y de autogénesis masculina. Porque el receptáculo no es una mujer, sino que es la figura en que se transforman las mujeres en el mundo de ensueño de esta cosmogonía metafísica, una figura que permanece, en gran medida, incompleta en la constitución de la materia. Probablemente, como parece sugerir Irigaray, toda esta historia de la

materia está ligada a la problemática de la receptividad. ¿Hay algún modo de disociar estas figuras implícitas y desfiguradas de la "materia" que contribuyen a componer? Y, en la medida en que apenas hemos comenzado a discernir la historia de la diferencia sexual codificada en la historia de la materia, aún no está nada claro si la noción de materia o de materialidad de los cuerpos puede constituir una base sólida e indiscutible de la práctica feminista. En este sentido, el juego de palabras aristotélico aún nos recuerda el carácter doble de la materia en cuestión, la "materia", lo cual significa que puede no haber una materialidad del sexo que no esté cargada ya con el sexo de la materialidad.

Aún quedan algunas preguntas sin respuesta: ¿Cómo es posible que el supuesto de que una versión dada de la materia, al tratar de describir la materialidad de los cuerpos, prefigure de antemano lo que habrá de aparecer (y lo que no) como un cuerpo inteligible? ¿Cómo forman los criterios normativos tácitos la materia de los cuerpos? ¿Podemos entender tales criterios no meramente como imposiciones epistemológicas sobre los cuerpos, sino como los ideales regulatorios sociales específicos mediante los cuales se forman, se modelan y se configuran los cuerpos? Si un esquema corporal no es sencillamente una imposición sobre los cuerpos ya formados, sino que es parte de la formación de los cuerpos, ¿cómo podríamos concebir la producción o el poder formativo de la prohibición que se da en proceso de morfogénesis?

Aquí lo que está en juego no es sencillamente determinar qué pensó Platón que podían ser los cuerpos ni qué aspecto del cuerpo le resultaba radicalmente inconcebible; antes bien, la cuestión consiste en establecer si las formas que supuestamente producen la vida corporal operan a través de la producción de una esfera excluida que llega a delimitar y a atormentar el campo de la vida inteligible corporal. La lógica de esta operación es, hasta cierto punto, psicoanalítica, por cuanto la fuerza de la prohibición produce el espectro de un retorno aterrador. ¿Podemos pues remitirnos al psicoanálisis mismo para preguntarnos cómo se crean los límites del cuerpo a través del tabú sexual?[49] ¿Hasta qué punto la versión

49. Véase Mary Douglas, *Purity and Danger*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1978; Peter Stallybrass y Allon White, *The Politics and Poetics of Transgression*, Ithaca, Cornell University Press, 1986.

platónica de la falogénesis de los cuerpos prefigura los enfoques freudiano y lacaniano que consideran el falo como el símbolo sinécdoque de la posicionalidad sexuada?

Si la delimitación, la formación y la deformación de los cuerpos sexuados está animada por una serie de prohibiciones fundadoras, por la aplicación de una serie de criterios de inteligibilidad, entonces no estamos meramente considerando cómo aparecen los cuerpos desde el punto de vista ventajoso de una posición teorética o una ubicación epistémica, a cierta distancia de los cuerpos mismos. Por el contrario, nos estamos preguntando cómo operan los criterios de sexo inteligible para constituir un campo de cuerpos y cómo precisamente podríamos entender los criterios específicos para producir los cuerpos que regulan. ¿En qué consiste precisamente el poder creador de la prohibición? ¿Determina una experiencia psíquica del cuerpo que es radicalmente separable de aquello que alguien podría querer llamar el cuerpo mismo? ¿O lo que ocurre es que el poder productivo que ejerce la prohibición en la morfogénesis hace insostenible la distinción misma entre *morphé* y *psyché*?

2. El falo lesbiano y el imaginario morfológico*

> *El deseo de los lacanianos de separar claramente el* phallus *del* penis, *de controlar la significación del significante* phallus, *es precisamente sintomático de su deseo de tener el falo, esto es, su deseo de estar en el centro del lenguaje, en su origen. Y la incapacidad de los lacanianos de controlar la significación de la palabra* phallus *es un ejemplo de lo que Lacan llama castración simbólica.*
>
> JANE GALLOP, "Beyond the Phallus".

> *En el mundo hay todo tipo de cosas que funcionan como espejos.*
>
> JACQUES LACAN, *Seminario II.*

Después de escribir un título tan prometedor, me di cuenta de que probablemente no podría ofrecer un ensayo satisfactorio; pero tal vez la promesa del falo siempre es de algún modo insatisfactoria. De modo que quisiera reconocer desde el comienzo este fracaso, emplearlo para reflexionar sobre sus usos y sugerir que del análisis que propongo puede surgir algo más interesante que satisfacer el

* Una versión de la primera parte de este capítulo fue presentada como "The Lesbian Phallus Does Heterosexuality Exist?" en diciembre de 1990 en las Modern Language Association Meetings de Chicago. Una versión anterior de este capítulo fue publicada como "The Lesbian Phallus and the Morphological Imaginary", en *Differences: A Journal of Feminist Cultural Studies*, vol. 4, n° 1, primavera de 1992, págs. 133-171.

ideal fálico. En realidad, creo que es bueno abordar con cierta cautela esa ilusión. Prefiero, en cambio, proponer un retorno crítico a Freud, a su ensayo "Introducción del narcisismo", y considerar las contradicciones textuales que produce Freud al tratar de definir las fronteras de las partes erógenas del cuerpo. Podrá parecer que el falo lesbiano tiene poco que ver con lo que voy a decir, pero les aseguro a los lectores (¿les prometo?) que hubiera sido imposible hacer este análisis sin referirse a él.

El ensayo "Introducción al narcisismo" (1914)[1] es un intento de explicar la teoría de la libido atendiendo a aquellas experiencias que a primera vista parecen ser las que tienen menos probabilidad de conducir a ella. Freud comienza considerando el dolor corporal y se pregunta si podríamos entender las preocupaciones obsesivas por sí mismos de aquellos que sufren de una enfermedad o una herida física como una especie de investidura libidinal en el dolor. Y se pregunta además si esta investidura negativa en el propio malestar corporal puede interpretarse como una especie de narcisismo. Por el momento, prefiero dejar en suspenso la cuestión de establecer por qué razón Freud elige primero la enfermedad y luego la hipocondría como ejemplos de experiencia corporal propia del narcisismo y, en realidad, por qué aparentemente el narcisismo se presenta como un narcisismo negativo desde el comienzo. No obstante retornaré a esta cuestión una vez que quede establecida la relación entre dolencia y erogeneidad. En el ensayo sobre el narcisismo, Freud considera, en primer lugar, la dolencia orgánica como aquello que "retira la libido de los objetos de amor, [y] vuelca la libido sobre sí mismo" (pág. 82). Como el primero de una lista de ejemplos que dará luego, Freud cita un verso de *Balduin Baglamin* de Wilhelm Busch sobre el erotismo y el dolor de dientes: "concentrado en su alma [...] en el doliente orificio de su molar" (pág. 82).[2]

1. Sigmund Freud, "On Narcissism: An Introduction" (1914), *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, vol. 14, trad. y comp. James Strachey, Londres, Hogarth, 1961, págs. 67-104; original "Zur Einführung des Narzissmus", *Gesammelte Werke*, vol. 10, Londres, Imago, 1946, págs. 137-170 [ed. cast.: "Introducción al narcisismo", en *Obras completas*, vol. 14, Buenos Aires, Amorrortu (AE), 1978-1986]. Esta referencia se dará en el texto como "1914".

2. "Einzig in der engen Höhle des Bachenzahnes weilt die Seele", citado en "On Narcissism" de Freud, pág. 82. Una traducción más adecuada sería: "Sola en el reducido hueco del molar mora el alma."

De acuerdo con la teoría de la libido, la concentración erotiza ese orificio de la boca, esa cavidad dentro de otra cavidad, redoblando el dolor de lo físico como y a través de un dolor psíquicamente investido: un dolor que procede del alma, de la psique. Partiendo de este ejemplo de autoinvestidura libidinal, Freud lo extrapola a otras manifestaciones: el dormir y luego los sueños, considerados ambos como ejercicios de una sostenida preocupación por uno mismo, y luego a la hipocondría. El ejemplo del dolor físico entonces da lugar, mediante un giro textual a través del dormir, los sueños y lo imaginario, a una analogía con la hipocondría y, finalmente, a un argumento que establece la indisolubilidad teorética de las heridas físicas e imaginarias. Esta posición tiene consecuencias en cuanto a determinar qué constituye en última instancia una parte corporal y, como veremos luego, qué constituye, en particular, una parte erógena del cuerpo. En el ensayo sobre el narcisismo, la hipocondría deposita la libido en una parte del cuerpo, pero en un sentido significativo, esa parte del cuerpo no existe para la conciencia antes de que se dé esa catexia; en realidad, para Freud, esa parte del cuerpo sólo cobra forma y llega a hacerse cognoscible con la condición de que se dé tal investidura.

Nueve años después, en *El yo y el ello* (1923)[3] Freud manifestará con absoluta claridad que el dolor corporal es la condición previa del autodescubrimiento corporal. En este texto, Freud se pregunta cómo puede explicarse la *formación* del yo, ese sentido limitado del sí mismo, y concluye que se diferencia parcialmente del ello mediante el dolor:

> El dolor parece desempeñar una parte en el proceso y el modo en que obtenemos un nuevo conocimiento de nuestros órganos durante una enfermedad dolorosa, quizás sea un modelo del modo en que llegamos a la idea de nuestro propio cuerpo (págs. 25-26).

En un movimiento que prefigura el argumento ofrecido por Lacan en "El estadio del espejo", Freud conecta la formación del yo con la idea externalizada que uno se forma del propio cuerpo. De ahí, la declaración de que "El yo es ante todo y principalmente

3. Freud, "The Ego and the Id", *The Standard Edition, XIX*, págs. 1-66.

un yo corporal; no es meramente una entidad de superficie, sino que es la proyección de una superficie" (pág. 26).[4]

¿Qué significa la construcción imaginaria de las partes corporales? ¿Es ésta una tesis idealista o una tesis que afirma la indisolubilidad del cuerpo físico y la psique?[5] Curiosamente, Freud asocia el proceso de erogeneidad con la conciencia del dolor corporal: "Ahora, tomando cualquier parte del cuerpo, describamos como 'erogeneidad' su actividad de enviar estímulos sexualmente excitantes" (Freud, 1914, pág. 84). Sin embargo, aquí es fundamentalmente confuso y hasta imposible de decidir si se trata de una conciencia que le imputa dolor al objeto, con lo cual lo delinea –como ocurre con la hipocondría– o si se trata de un dolor causado por la dolencia orgánica, registrado retrospectivamente por una conciencia atenta. Con todo, esta ambigüedad entre un dolor real y un dolor evocado, se mantiene en la analogía con la erogeneidad, que parece definida como la vacilación misma entre las partes corporales reales e imaginadas. Si la erogeneidad se produce a través de la transmisión de una actividad corporal mediante una idea, luego, la idea y la transmisión son fenomenológicamente coincidentes. Como resultado de ello, no sería posible hablar de una parte corporal que precede y hace surgir una idea, porque la idea emerge simultáneamente con el cuerpo fenomenológicamente accesible; en realidad, es lo que garantiza su accesibilidad. Aunque el lenguaje de Freud incluye una temporalidad causal que hace que la parte del cuerpo preceda a su "idea", lo que en verdad confirma aquí es la indisolubilidad de una parte corporal y la partición fantasmática que la lleva a la experiencia psíquica. Más tarde, en el primer *Seminario*, Lacan comentará a Freud siguiendo esta línea de pensamiento al sostener en su análisis de "Los dos narcisismos"

4. Freud pone luego una nota al pie: "Es decir, el yo deriva en última instancia de sensaciones corporales, principalmente de aquellas que surgen de la superficie del cuerpo. De modo que puede considerarse como una proyección mental de la superficie del cuerpo, que además... representa las superficies del aparato mental" (Freud, *XIX*, pág. 26). Aunque Freud ofrece una versión del desarrollo del yo y sostiene que el yo deriva de la superficie proyectada del cuerpo, sin advertirlo está estableciendo las condiciones de la articulación del cuerpo *como morfología*.

5. Sobre un análisis amplio e informativo de este problema en la bibliografía psicológica y filosófica que se refiere al psicoanálisis, véase Elizabeth Grosz, *Volatile Bodies*, Bloomington, Indiana University Press, 1993.

que "la pulsión libidinal se concentra en la función de lo imaginario".[6]

No obstante, ya en el ensayo sobre el narcisismo encontramos los comienzos de esta última formulación en la discusión sobre la erogeneidad de las partes del cuerpo. Siguiendo directamente su argumento en favor de considerar la hipocondría como una neurosis de angustia, Freud sostiene que la autoatención libidinal es precisamente lo que delinea una parte del cuerpo como cuerpo: "Ahora el prototipo familiar [*Forbild*] de un órgano sensible al dolor, cambiado de algún modo y sin embargo no enfermo en el sentido corriente del término, es el del órgano genital en estado de excitación" (Freud, 1914, pág. 84).

Aquí se supone claramente la existencia de un órgano genital singular, el sexo que es uno, pero a medida que Freud continúa escribiendo sobre él, ese órgano parece perder su lugar apropiado y proliferar en ubicaciones inesperadas. Este ejemplo ofrece al principio la ocasión de definir la erogeneidad del modo antes citado, "esa actividad de un zona corporal dada que consiste en transmitir estímulos sexualmente excitantes a la mente." Freud luego pasa a comunicar como un conocimiento ya aceptado que "algunas otras partes del cuerpo –las zonas *erógenas*– pueden hacer las veces de sustitutos de los genitales y comportarse de manera análoga a éstos" (Freud, 1914, pág. 84). Aquí parecería que "los genitales", supuestamente genitales masculinos, son primero un ejemplo de partes del cuerpo delineadas a través de la neurosis de angustia, pero, como "prototipo", son el máximo ejemplo de ese proceso mediante el cual las partes del cuerpo llegan a hacerse epistemológicamente accesibles mediante una catexia imaginaria. Como ejemplar o prototipo, en el texto de Freud, estos genitales ya han sustituido no sólo a una variedad de otras partes o tipos corporales, sino también los efectos de otros procesos hipocondríacos. El orificio

6. Jacques Lacan, *The Seminar of Jacques Lacan, Book I: Freud's Papers on Technique, 1953-54*, trad. de Alan Sheridan, Nueva York, Norton, 1985, pág. 122; original: *Le Séminaire de Jacques Lacan, Livre I: Les écrits techniques de Freud*, París, Seuil, 1975, pág. 141 [ed. cast.: *Seminario 1. Los escritos técnicos de Freud (1953-54)*, Buenos Aires, Paidós, 1990]. Las citas siguientes aparecerán en el texto como *(I)* y las citas de otros seminarios también aparecerán en el texto identificadas con números romanos. Se separarán con una barra ("/") las páginas correspondientes a la versión inglesa y francesa.

abierto de la boca, la panoplia de dolencias orgánicas e hipocondríacas están sintetizadas y resumidas por los genitales masculinos prototípicos.

Sin embargo, esa suma de sustituciones realizadas por estos genitales queda invertida y hasta borrada en la siguiente declaración, donde se dice que las zonas erógenas hacen las veces de sustitutos *de* los genitales. En el último caso, parecería que estos mismos genitales –el resultado o el efecto de una serie de sustituciones– son aquello de lo que otras partes del cuerpo hacen las veces de sustitutos. En realidad, los genitales masculinos de pronto son un sitio originario de erotización que luego se convierten en objeto de una serie de sustituciones o desplazamientos. A primera vista, parece lógicamente incompatible afirmar que estos genitales son a la vez un ejemplo acumulativo *y* un prototipo o sitio originario que ocasiona un proceso de ejemplificaciones secundarias. En el primer caso, son el efecto y la suma de un conjunto de sustituciones y en el segundo, son un origen del que existen sustituciones. Pero quizás este problema lógico sólo sea el síntoma de un deseo de entender los genitales como una idealización originadora, esto es, como el *phallus* simbólicamente codificado.

Para Lacan, el falo que Freud invoca en *La interpretación de los sueños*, es el significante privilegiado, el que origina y genera significaciones, pero que no es en sí mismo el efecto significante de una cadena significante anterior. Ofrecer una definición del falo –en realidad, tratar de fijar denotativamente su significación– es adoptar una postura como si uno *tuviera* el falo y, por lo tanto, suponer y dar por sentado lo que precisamente falta explicar.[7] En cierto sentido, el ensayo de Freud describe el proceso paradójico mediante el cual el falo, como significante privilegiado y generativo es generado a su vez *por* una serie de ejemplos de partes corporales erógenas. El falo se establece pues como aquello que les confiere erogeneidad y significación a esas partes del cuerpo, aunque hemos visto, a través del desliz metonímico del texto de Freud, de qué modo

7. Jane Gallop, *Thinking Through the Body*, Nueva York, Columbia University Press, 1988, pág. 126.

el falo se instala como un "origen" precisamente para suprimir la ambivalencia producida durante ese desliz.

Si Freud procura aquí circunscribir la función fálica y proponer una combinación de pene y falo, luego los genitales funcionarían necesariamente de manera doble: como el ideal (simbólico) que ofrece una medida imposible y originaria a la que deberían asemejarse los genitales y la anatomía (imaginaria) marcada por la imposibilidad de lograr ese retorno a tal ideal simbólico. En la medida en que los genitales masculinos lleguen a ser el sitio de una vacilación textual, representan la imposibilidad de hacer desaparecer la distinción entre pene y falo. (Nótese que he consignado al pene, convencionalmente descrito como "anatomía real", al terreno de lo imaginario.[8] Al final de este ensayo, seguiré analizando las consecuencias de esta consignación –o liberación–.)

Como si se basara en una serie de ambivalencias constitutivas que están más allá de su control, Freud continúa su paradójica articulación de los genitales masculinos, entendidos como prototipo y origen, agregando otra declaración incoherente a la lista: "Podemos decidir considerar", afirma, "la erogeneidad como una característica general de todos los órganos y hablar luego de un aumento o una disminución de ella en una zona particular del cuerpo" (Freud, 1914, pág. 84).

En esta última observación que, aparentemente, Freud se ve forzado a hacer –como si la pura convicción emitiera su propia verdad– desaparece toda referencia a la primacía temporal u ontológica de alguna parte determinada del cuerpo. Ser propio de todos los órganos equivale a no ser necesariamente propio de *ningún* órgano, es una propiedad que se define por su *plasticidad, transferibilidad* y su *expropiabilidad* mismas. De algún modo, hemos estado siguiendo la cadena metonímica de esta propiedad itinerante desde el comienzo. La argumentación de Freud comenzó con el verso de Wilhelm Busch, "el orificio doliente del molar inferior", una figura que representa cierta combinación de figuras,

8. Véase Kaja Silverman, "The Lacanian Phallus", *Differences: A Journal of Feminist Cultural Studies*, vol. 4, n° 1, 1992, págs. 84-115.

un instrumento punzante de penetración, una vagina dentada invertida, el ano, la boca, el orificio en general, el espectro del instrumento penetrador penetrado.[9] En la medida en que el diente, como aquello que hiere, corta, atraviesa y entra sea algo que ya ha sido penetrado, punzado, constituye una figura ambivalente que, aparentemente se transforma en la fuente de dolor que encuentra su analogía con los genitales masculinos unas páginas después. Esta figura se vincula inmediatamente con otras partes del cuerpo en el dolor real o imaginado y luego se la hace desaparecer o se la reemplaza por los geniales prototípicos. Este instrumento de penetración herido sólo puede sufrir bajo el ideal de su propia invulnerabilidad y Freud intenta restaurar su poder imaginario instaurándolo primero como prototipo y luego como sitio originario de erogeneidad.

Sin embargo, al devolverle al pene esta propiedad fálica, Freud enumera una serie de analogías y sustituciones que afirman retóricamente el carácter fundamentalmente transferible de esa propiedad. En realidad, el falo no es ni la construcción imaginaria del pene ni la valencia simbólica de la que el pene es una aproximación parcial. Porque esta formulación implica confirmar aún el falo como prototipo o propiedad idealizada del pene. Sin embargo, de la trayectoria metonímica del texto mismo de Freud, surge claramente que la ambivalencia característica de cualquier construcción del falo no corresponde exclusivamente a ninguna parte del cuerpo, sino que es fundamentalmente transferible y es, al menos en el texto de Freud, el principio mismo de la transferibilidad erógena. Además, es esta transferencia, entendida como una sustitución de lo físico por lo psíquico o la lógica metafórica de la hipocondría, lo que hace fenomenológicamente accesibles las partes del cuerpo. Aquí deberíamos entender que el nexo dolor/placer que condiciona la erogeneidad está parcialmente constituido por la idealización misma de la anatomía designada por el falo.

9. Esta figura de la boca amenazante recuerda la descripción de Freud de la boca de Irma en *La interpretación de los sueños*. Lacan se refiere a esa boca como "ese algo que apropiadamente hablando es innombrable, el reverso de esta garganta, la compleja forma inubicable que también lo hace el objeto primitivo *por excelencia*, el abismo del órgano femenino del cual emerge toda vida, esa sima de la boca que todo lo traga y que no es otra cosa que la imagen de la muerte en donde todo llega a su fin" (*II*, pág. 164).

Desde este punto de vista, el esfuerzo textualizado de Freud por resolver la figura del orificio doliente del molar en el pene como prototipo y luego como falo representa retóricamente el proceso mismo de la investidura narcisista y la idealización que Freud procura documentar superando esa ambivalencia mediante la invocación de un ideal. Uno podría interpretar la idealización psíquica de las partes del cuerpo como un esfuerzo por resolver un dolor físico anterior. Sin embargo, es posible que esa idealización produzca la erogeneidad como un escenario de fracaso y ambivalencia necesarios que, por lo tanto, provoca un retorno a aquella idealización en un vano esfuerzo por escapar a tal condición conflictiva. ¿Hasta qué punto esta condición conflictiva constituye precisamente el repetitivo carácter propulsor de la sexualidad? ¿Y qué significa "incapacidad de asemejarse" en el contexto en que todo cuerpo sufre precisamente de tal incapacidad?

También podría argumentarse que continuar empleando el término "falo" para designar esta función simbólica o idealizadora equivale a prefigurar y valorizar qué parte del cuerpo habrá de ser el sitio de la erogeneidad y éste es un argumento que merece una respuesta seria. Insistir, por el contrario, en el carácter transferible del falo, entender el falo como una propiedad dúctil o transferible, equivale a desestabilizar la distinción entre *ser* y *tener* el falo e implica que no necesariamente hay una lógica de no contradicción entre aquellas dos posiciones. En efecto, el "tener" es una posición simbólica que, para Lacan, instituye la posición masculina dentro de una matriz heterosexual y que supone la existencia de una relación idealizada de propiedad a la que sólo pueden aproximarse parcial y vanamente aquellos seres marcados como masculinos, quienes ocupan vana y parcialmente aquella posición dentro del lenguaje. Pero esta atribución misma de propiedad está impropiamente atribuida si se basa en negar el carácter transferible de la propiedad (es decir, si se trata de una transferencia a un sitio no transferible o un sitio que ocasiona otras transferencias, pero que no ha sido transferido desde ninguna parte); luego, la represión de esa negación constituirá una parte interna del sistema y, por lo tanto, se presentará como el espectro que promete su desestabilización.

En la medida en que toda referencia a un falo lesbiano parece ser una representación espectral de un original masculino, bien

podríamos cuestionar la producción espectral de la "originalidad" putativa de lo masculino. En este sentido, el texto de Freud podría interpretarse como la producción forzada de un "original" masculinista, de manera bastante similar a como se ha interpretado el *Timeo* de Platón. En el texto de Freud, esta pretensión de originalidad se constituye mediante la inversión y supresión de una serie de sustituciones producidas ambivalentemente.

Parece que esta valorización imaginaria de las partes del cuerpo debe hacerse derivar de una especie de hipocondría erotizada. La hipocondría es una investidura imaginaria que, de acuerdo con la primera teoría, constituye una proyección libidinal de la superficie del cuerpo que a su vez establece su accesibilidad epistemológica. Aquí la hipocondría denota algo como una delineación o una producción *teatral* del cuerpo que le proporciona un contorno al yo, proyectando un cuerpo que llega a ser objeto de una identificación, completamente tenue en cuanto a su condición imaginaria o proyectada.

Pero en el análisis de Freud hay desde el comienzo algo claramente descarriado. Porque, ¿cómo se llega a transformar la autopreocupación por el sufrimiento o la enfermedad corporales en una analogía del descubrimiento y la evocación erógenos de las partes del cuerpo? En *El yo y el ello*, Freud sugiere que imaginar la sexualidad *como* enfermedad es un síntoma de la presencia estructurante de un marco moralista de culpa. En este texto, Freud sostiene que el narcisismo debe dar paso a los objetos y que finalmente uno debe amar para no caer enfermo. En la medida en que se dé una *prohibición sobre el amor*, acompañada por amenazas de muerte imaginada, habrá una gran inclinación a rechazar el amor, acatando así tal prohibición, y a contraer una enfermedad neurótica. Una vez que se ha instalado tal prohibición, las partes del cuerpo emergen pues como sitios de placer punible y, por lo tanto, de placer y dolor. En este tipo de dolencia neurótica, la culpa se manifiesta entonces como dolor que se difunde por la superficie corporal y puede aparecer como enfermedad física. ¿Qué se sigue de tal razonamiento si *este* tipo de sufrimiento corporal inducido por la culpa es el que, como afirmaba Freud respecto de otros dolores, tiene analogía con la manera en que llegamos a tener una "idea" de nuestro propio cuerpo?

Si de algún modo las prohibiciones constituyen las morfologías proyectadas, reelaborar los términos de tales prohibiciones sugiere la posibilidad de proyecciones variables, modos variables de delinear y teatralizar las superficies del cuerpo. Serían estas "ideas" del cuerpo sin las cuales no habría ningún yo, ninguna centralización temporal de la experiencia. En la medida en que tales "ideas" sustentadoras estén reguladas por la prohibición y el dolor, pueden entenderse como efectos impuestos y materializados del poder regulador. Pero, precisamente porque las prohibiciones no siempre surten efecto, es decir, no siempre producen el cuerpo dócil que acata plenamente el ideal social, pueden delinear superficies corporales que no signifiquen las polaridades heterosexuales convencionales. Estas superficies corporales variables o estos yo corporales pueden convertirse así en sitios de transferencia de propiedades que ya no corresponden apropiadamente a una anatomía. Luego aclararé lo que esto significa para poder reflexionar sobre los imaginarios alternativos y el falo lesbiano, pero primero quiero hacer una advertencia más sobre Freud.

La patologización de las zonas erógenas que propone Freud exige que se la interprete como un discurso producido desde el punto de vista de la culpa, y aunque las posibilidades imaginarias y proyectivas de la hipocondría son útiles, deben disociarse de las metáforas de enfermedad que inundan la descripción de la sexualidad. Esto es especialmente importante en un momento como el actual en el que la patologización de la sexualidad en general y específicamente la descripción de la homosexualidad como paradigma de lo patológico en sí mismo son sintomáticas del discurso homofóbico sobre el sida.

En la medida en que Freud acepta la analogía entre erogeneidad y enfermedad, produce un discurso patológico sobre la sexualidad que permite que las figuras de las enfermedades orgánicas construyan figuras de las partes corporales erógenas. Esta correspondencia tiene sin duda una larga historia, pero halla una de sus permutaciones contemporáneas en la construcción homofóbica de la homosexualidad masculina como siempre-ya patológica –una observación hecha recientemente por Jeff Nunokawa[10]–, de

10. Jeff Nunokawa, "In Memorium and the Extinction of the Homosexual", *ELH*, 58, invierno de 1991, págs. 130-155.

modo tal que el sida se construye fantasmáticamente como la patología de la homosexualidad misma. Evidentemente, lo importante es leer a Freud destacando no los momentos en que hace coincidir la enfermedad y la sexualidad sino los momentos en que tal coincidencia se desmorona y cuando el propio Freud no logra leerse a sí mismo exactamente como nos enseña que lo leamos" ("Comentar un texto es como hacer un análisis" [Lacan, *I*, pág. 73]).

Las prohibiciones, que incluyen la prohibición de la homosexualidad, operan a través del dolor de la culpa. Freud ofrece este vínculo al final de su ensayo, cuando explica la génesis de la conciencia y sus posibilidades de autovigilancia, como la introyección de la catexia homosexual. En otras palabras, el ideal del yo que gobierna lo que Freud llama el "autorrespeto del yo" requiere la prohibición de la homosexualidad. Esta prohibición contra la homosexualidad *es* el deseo homosexual vuelto sobre sí mismo; la autocensura de la conciencia *es* el desvío reflexivo del deseo homosexual. De modo que si, como propone Freud, el dolor tiene un efecto delineador, es decir, puede ser un modo de que logremos tener una idea de nuestro propio cuerpo, también es posible que las prohibiciones que instituyen el género operen inundando el cuerpo con un dolor que culmina en la proyección de una superficie, esto es, una morfología sexuada que es a la vez una fantasía compensatoria y una máscara fetichista. Y si uno está obligado a amar o a enfermarse, quizás la sexualidad que aparece como enfermedad sea pues el efecto insidioso de tal censura del amor. ¿Puede la producción misma de la *morphé* interpretarse como una alegoría del amor prohibido, la *incorporación* de la pérdida?

La relación entre incorporación y melancolía es una cuestión complicada que retomaremos en el último capítulo. Baste decir que las fronteras del cuerpo son la experiencia vivida de diferenciación, entendiendo que esa diferenciación nunca es imparcial respecto de la cuestión de la diferencia de género o la matriz heterosexual. ¿Qué se excluye del cuerpo para que se forme el límite del cuerpo? y, ¿de qué modo amenaza tal exclusión ese límite, como una especie de fantasma interno, la incorporación de la pérdida como melancolía? ¿Hasta qué punto es la superficie del cuerpo el efecto disimulado de esa pérdida? Freud ofrece algo semejante a un mapa de esta problemática sin ahondar en el análisis que exige tal problemática.

Si este esfuerzo por reconcebir lo físico y lo psíquico logra su propósito, ya no es posible considerar la anatomía como un referente estable que de algún modo se valoriza u obtiene significación a través la sujeción a un esquema imaginario. Por el contrario, la accesibilidad misma de la anatomía depende en cierto sentido de este esquema y coincide con él. Como resultado de esta coincidencia, no queda muy claro si se puede decir que las lesbianas sean "del" mismo sexo o que la homosexualidad en general deba construirse como amor por lo mismo. Si el sexo se esquematiza siempre en este sentido, no hay ninguna razón necesaria para que continúe siendo el mismo para todas las mujeres. La indisolubilidad de lo psíquico y lo corporal sugiere que toda descripción del cuerpo, incluyendo aquellas irremediablemente convencionales dentro del discurso científico, se produce a través de la circulación y validación de tal esquema imaginario.

Pero si las descripciones del cuerpo se producen en y a través de un esquema imaginario, es decir, si estas descripciones están investidas psíquica y fantasmáticamente, ¿queda todavía algo que podamos llamar el cuerpo mismo que escape a esta esquematización? Esta pregunta puede responderse al menos de dos maneras diferentes. En primer lugar, la proyección psíquica confiere fronteras y, por lo tanto, da una unidad al cuerpo, de modo tal que los contornos mismos del cuerpo son sitios que vacilan entre lo psíquico y lo material. Los contornos corporales y la morfología no sólo están implicados en una tensión irreductible entre lo psíquico y lo material sino que *son* esa tensión misma. Por ende, la psique no es una clave a través de la cual aparece un cuerpo ya dado. Esta formulación representaría el cuerpo como un "en sí mismo" ontológico al que sólo es posible tener acceso a través de una psique que establece su modo de aparición como un objeto epistemológico. Dicho de otro modo, en esta perspectiva, la psique sería una clave epistemológica a través de la cual se conoce el cuerpo, pero se perdería en qué sentido la psique es formativa de la morfología, es decir, es somatizadora.[11]

11. Aunque la somatización se entiende como parte de la formación de síntomas, puede ocurrir que el desarrollo morfológico y la asunción de un sexo sean la forma generalizada del síntoma somático.

Richard Wollheim ofrece una extensa argumentación del yo corporal en la cual sostiene que las fantasías incorporativas son un aspecto esencial de la autorre-

Esta formulación kantiana del cuerpo exige una reelaboración, primero, en un registro más fenomenológico, como una formación imaginaria y, segundo, mediante una teoría de la significación, como un efecto y una señal de la diferencia sexual. En el sentido fenomenológico, sostenido en el segundo caso, en este contexto podríamos entender la psique como aquello que constituye el modo en que se da o se determina el cuerpo, la condición y el contorno de esa determinación. Aquí, la materialidad del cuerpo no debe conceptualizarse como un *efecto* unilateral o causal de la psique en ningún sentido que reduzca tal materialidad a la psique o que haga de la psique la materia monista a partir de la cual se produce y/o deriva aquella materialidad. Esta última alternativa constituiría una forma claramente insostenible de idealismo. Tiene que existir la posibilidad de admitir y afirmar una serie de "materialidades" que correspondan al cuerpo, la serie de significaciones que le asignan las esferas de la biología, la anatomía, la fisiología, la composición hormonal y química, la enfermedad, la edad, el peso, el metabolismo, la vida. Ninguna de ellas puede ser negada. Pero el carácter innegable de estas "materialidades" en modo alguno implica qué significa afirmarla, en realidad, qué matrices interpretativas condicionan, permiten y limitan esa afirmación necesaria. El hecho de que cada una de esas categorías tenga una historia y una historicidad, que cada una de ellas se constituya en virtud de las líneas fronterizas que las distinguen y, por lo tanto, de lo que excluyen, el hecho de que las relaciones del discurso y el poder produzcan jerarquías y superposiciones entre ellas y se opongan a tales fronteras, implica que éstas son regiones persistentes y objetadas.

Quisiéramos afirmar que lo que persiste dentro de estos ámbitos rechazados es la "materialidad" del cuerpo. Pero tal vez cumplamos esa misma función y algunas otras si sostenemos que lo que persiste aquí es *una demanda en y por el lenguaje*, un "aquello

presentación corporal y del desarrollo psíquico. En una perspectiva kleiniana, Wollheim argumenta que no sólo la fantasía incorporativa, sino también la internalización arrojan dudas sobre la posibilidad de separar al sujeto de sus objetos internalizados. La tesis del yo corporal es la tesis de este carácter inseparable. Véase Richard Wollheim, "The Bodily Ego", en Richard Wollheim y James Hopkins (comps.), *Philosophical Essays on Freud*, Nueva York y Londres, Cambridge University Press, 1982, págs. 124-138.

que" provoca y ocasiona, digamos, dentro del dominio de la ciencia, aquello que exige que se lo explique, se lo describa, se lo diagnostique, se lo altere o, dentro de la trama cultural de la experiencia vivida, se lo alimente, se lo ejercite, se lo movilice, se lo adormezca, un sitio de actuaciones y pasiones de diversa índole. Insistir en esta demanda, en señalar este sitio como "aquello sin lo cual" no podría darse ninguna operación psíquica, pero además como aquello sobre lo cual y a través de lo cual también opera la psique, es comenzar a circunscribir lo que invariable y persistentemente es el sitio de operación de la psique; no la pizarra en blanco o el medio pasivo sobre el cual actúa la psique, sino, antes bien, la demanda constitutiva que moviliza la acción psíquica desde el comienzo, que es esa movilización misma y, en su forma corporal transmutada y proyectada, continúa siendo esa psique.

¿Cómo responder entonces al segundo requerimiento para afirmar la noción de "cuerpos" como una materia de significación?

"LOS CUERPOS, ¿SON PURAMENTE DISCURSIVOS?"

Las categorías lingüísticas que supuestamente "denotan" la materialidad del cuerpo tienen el inconveniente de depender de un referente que nunca se resuelve ni está contenido permanente o plenamente en ningún significado dado. En realidad, ese referente persiste sólo como una especie de ausencia o pérdida, aquello que el lenguaje no puede captar y que, en cambio, lo impulsa a repetir el intento de captarlo, de circunscribirlo y a fracasar en tal intento. Esta pérdida ocupa su lugar en el lenguaje como un llamado o una demanda insistente que, si bien está *en* el lenguaje, nunca forma plenamente parte *del* lenguaje. Postular una materialidad que esté fuera del lenguaje continúa siendo un modo de postular esa materialidad, y la materialidad así postulada conservará esa postulación como su condición constitutiva. Postular una materialidad exterior al lenguaje, considerada ontológicamente distinta del lenguaje, equivale a socavar la posibilidad de que el lenguaje pueda indicar o corresponder a ese ámbito de alteridad radical. Por ello, la distinción absoluta entre lenguaje y materialidad que procuraba asegurar la función referencial del lenguaje socava radicalmente esa misma función.

Esto no significa que, por un lado, el cuerpo sea sencillamente materia lingüística o, por el otro, que no influya en el mensaje. En realidad influye en el lenguaje todo el tiempo. La materialidad del lenguaje, o más precisamente del signo mismo que procura denotar "materialidad", sugiere que no todo, incluyendo la materialidad, es desde siempre lenguaje. Por el contrario, la materialidad del significante (una "materialidad" que comprende tanto los signos como su eficacia significativa) implica que no puede haber ninguna referencia a una materialidad pura salvo a través de la materialidad. Por lo tanto, no es que uno no pueda salirse del lenguaje para poder captar la materialidad en sí misma y de sí mismo; antes bien, todo esfuerzo por referirse a la materialidad se realiza a través de un proceso significante que, en su condición sensible, es siempre-ya material. En este sentido, pues, el lenguaje y la materialidad no se oponen, porque el lenguaje es y se refiere a aquello que es material, y lo que es material nunca escapa del todo al proceso por el cual se le confiere significación.

Pero, si bien el lenguaje no se opone a la materialidad, tampoco es posible reducir sumariamente la materialidad a una identidad con el lenguaje. Por un lado, el proceso de significación es siempre material; los signos operan *mediante la aparición* (visiblemente, auditivamente) y aparecer a través de lo material significa, aunque lo que aparece sólo signifique en virtud de aquellas relaciones no perceptibles por los sentidos, es decir, relaciones de diferenciación que tácitamente estructuran e impulsan la significación misma. Las relaciones, hasta la noción de *différence*, instituyen y requieren referencias, términos, significantes fenomenológicos. Sin embargo, lo que permitirá que un significante signifique nunca será solamente su materialidad; esa materialidad será a la vez una instrumentalidad y un despliegue de una serie de relaciones lingüísticas más amplias.

La materialidad del significante sólo significará en la medida en que sea impura, en que esté contaminada por la idealidad de las relaciones diferenciadoras, las estructuraciones tácitas de un contexto lingüístico que en principio es ilimitable. Inversamente, el significante funcionará en la medida en que esté también contaminado constitutivamente por la materialidad misma que pretende superar la idealidad de sentido. Separada de la realidad del significante y, sin embargo, relacionada con ella está la materialidad

del significado, así como el referente, accesible a través del significado, pero que aun así no puede reducirse al significado. Esta diferencia radical entre *referente* y *significado* es el sitio donde se negocian perpetuamente la materialidad del lenguaje y la del mundo que el lenguaje procura significar. Puede ser útil comparar esta idea con la noción de la carne del mundo de Merleau-Ponty.[12] Aunque no pueda decirse que el referente existe separado del significado, no puede reducírselo a éste. Ese referente, esa función permanente del mundo, ha de persistir como el horizonte y como "aquello que" hace su demanda en el lenguaje y al lenguaje. El lenguaje y la materialidad están plenamente inmersos uno en el otro, profundamente conectados en su interdependencia, pero nunca plenamente combinados entre sí, esto es, nunca reducido uno al otro y, sin embargo, nunca uno excede enteramente al otro. Desde siempre mutuamente implicados, desde siempre excediéndose recíprocamente, el lenguaje y la materialidad nunca son completamente idénticos ni completamente diferentes.

Pero, ¿qué decir del tipo de materialidad que está asociada al cuerpo, de su condición física así como de su locación, incluyendo su locación social y política y de esa materialidad que caracteriza el lenguaje? ¿Estamos usando la "materialidad" en un sentido corriente o estos usos son ejemplos de lo que Althusser llama modalidades de la materia?[13]

Responder a la pregunta de la relación entre la materialidad de los cuerpos y la del lenguaje exige primero que ofrezcamos una versión de cómo se materializan los cuerpos, es decir, de cómo llegan a asumir la *morphe*, la forma mediante la cual queda marcado su carácter distintivo material. La materialidad del cuerpo no debe darse por descontada, porque en cierto sentido se la adquiere, se la constituye, mediante el desarrollo de la morfología. Y, en la perspectiva lacaniana, el lenguaje, entendido como las reglas de diferenciación basadas en las relaciones de parentesco idealizadas, es

12. Sobre la noción de "la carne del mundo" y el entrelazamiento del tacto, la superficie y la visión, véase de Maurice Merleau-Ponty, "The Intertwining-The Chiasm", *The Visible and the Invisible*, trad. Alphonso Lingis, comp. Claude Lefort, Evanston, Northwestern University Press, 1968, págs. 130-155 [Ed. cast.: *Lo visible y lo invisible*, Barcelona, Seix Barral, 1970].

13. Véase Louis Althusser, "Ideology and Ideological State Apparatuses (Notes towards an Investigation)", pág. 166.

esencial para el desarrollo de la morfología. Antes de considerar un enfoque del desarrollo de la morfología corporal y lingüística, volvamos brevemente nuestra atención a Kristeva, para ofrecer un contraste con Lacan y una introducción crítica.

En la medida en que pueda entenderse que el lenguaje emerge de la materialidad de la vida corporal, esto es, como la reiteración y la extensión de un conjunto material de relaciones, el lenguaje es una satisfacción sustituta, un acto primario de desplazamiento y condensación. Kristeva sostiene que la materialidad del significante pronunciado, la vocalización del sonido, es ya un intento psíquico de reinstalar y recapturar un cuerpo material perdido; por ello, estas vocalizaciones se recapturan temporalmente en la poesía altisonante que aprovecha las mayores posibilidades materiales del lenguaje.[14] No obstante, hasta en este caso, aquellos balbuceos verbales ya están psíquicamente investidos, se despliegan al servicio de una fantasía de dominio y restauración. Aquí, la materialidad de las relaciones corporales, anterior a cualquier individuación en un cuerpo separable o, en realidad, simultánea con tal individuación, se desplaza a la materialidad de las relaciones lingüísticas. El lenguaje que es el efecto de este desplazamiento lleva, sin embargo, la huella de aquella pérdida precisamente en el objetivo fantasmático de recuperación que moviliza la vocalización misma. Luego, lo que se vuelve a invocar fantasmáticamente en la materialidad de los sonidos significantes es la materialidad de aquel (otro) cuerpo. En realidad, lo que les da a tales sonidos el poder de significar es esa estructura fantasmática. La materialidad del significante es pues la repetición desplazada de la materialidad del cuerpo maternal perdido. En este sentido, la materialidad se constituye en y a través de la iterabilidad. Y, en la medida en que el impulso referencial del lenguaje sea retornar a aquella presencia originaria perdida, el cuerpo maternal llega a ser, por así decirlo, el paradigma o la figura de cualquier referente posterior. Ésta es en parte la función de lo Real en su convergencia con el cuerpo no tematizable maternal en el discurso de Lacan. Lo Real es aquello que se resiste a la simbolización y que la impone. Mientras

14. Julia Kristeva, *Desire in Language: A Semiotic Approach to Literature and Art*, (comp. Leon Roudiez; trad. de Thomas Gorz, Alice Jardine y Leon Roudiez), Nueva York, Columbia University Press, 1980, págs. 134-136.

en la doctrina lacaniana, lo "real" continúa siendo irrepresentable y el espectro de su representabilidad es el espectro de la psicosis, Kristeva redescribe y reinterpreta lo que está "fuera" de lo simbólico como lo semiótico, esto es, un modo poético de significar que, aunque depende de lo simbólico, no puede reducirse a lo simbólico ni puede figurarse como su Otro no tematizable.

Para Kristeva, la materialidad del lenguaje de algún modo deriva de la materialidad de las relaciones corporales infantiles; el lenguaje se transforma en algo como el desplazamiento infinito de esa *joissance* (goce) que se identifica fantasmáticamente con el cuerpo maternal. Todo esfuerzo por significar codifica y repite esta pérdida. Además, esa significación –y la materialización del lenguaje– sólo pueden darse con la condición de esta primera pérdida del referente, lo Real, entendido como la presencia maternal. La materialidad del cuerpo maternal sólo puede figurarse en el lenguaje (un conjunto de relaciones ya diferenciadas) como el sitio fantasmático de una fusión no individuada, una *jouissance* anterior a la diferenciación y aparición del sujeto.[15] Pero, en tanto la pérdida sea figurada *dentro del lenguaje* (es decir, aparezca como una figura en el lenguaje), también será negada, porque el lenguaje realiza la separación que figura y a la vez defiende contra ella; como resultado de todo ello, cualquier figuración de esa pérdida repetirá y negará la pérdida misma. Las relaciones de diferenciación entre partes del habla que producen significación son en sí mismas la *reiteración* y la extensión de los actos primarios de diferenciación y separación del cuerpo maternal mediante los cuales el sujeto hablante llega a ser tal. En la medida en que el lenguaje aparezca motivado por una pérdida que no puede lamentar y parezca repetir la pérdida misma que se niega a reconocer, podríamos considerar esta ambivalencia que está en el corazón mismo de la iterabilidad lingüística como las profundidades melancólicas de la significación.

La postulación de la primacía del cuerpo maternal en la génesis de la significación es claramente cuestionable, pues no es posible mostrar que lo que inaugura primaria o exclusivamente la relación con el habla sea una diferenciación de dicho cuerpo. El cuerpo

15. Irigaray prefiere formular esta relación material primaria atendiendo a la contigüidad o proximidad material. Véase Luce Irigaray, "The Power of Discourse and the Subordination of the Feminine", en *This Sex Which Is Not One*, pág. 75.

maternal anterior a la formación del sujeto es percibido, siempre y solamente, por un sujeto que, por definición, aparece después de esa situación hipotética. El intento de Lacan de ofrecer un enfoque de la génesis de las fronteras corporales en "El estadio del espejo" (1949) parte de la base de que la relación narcisista es primaria y así desplaza el cuerpo maternal como el sitio de la identificación primaria. Esta noción se presenta en el mismo ensayo en que se dice que el infante supera con júbilo la obstrucción del soporte que presumiblemente lo mantiene en su lugar ante el espejo. La reificación de la dependencia maternal como un "soporte" y una "obstrucción" significados primariamente como aquello que, al ser superado, provoca júbilo, sugiere que hay un discurso sobre la diferenciación de lo maternal en el estadio del espejo. Lo maternal ya ha sido sometido, por así decirlo, a un proceso de supresión por el lenguaje teorético que reifica su función y afirma la superación misma que quiere documentar.

En tanto el estadio del espejo implique una relación *imaginaria*, es la relación de la proyección psíquica, pero no, estrictamente hablando, en el registro de lo Simbolico, es decir, en el lenguaje, el uso diferenciado/diferenciador del habla. El estadio del espejo no es una explicación *desde el punto de vista del desarrollo* de cómo llega a formarse la idea del propio cuerpo. Sin embargo, sugiere que la capacidad de proyectar una *morphé*, un forma, en una superficie es parte de la elaboración, la centralización y la contención psíquicas (y fantasmáticas) de los contornos corporales de uno mismo. Este proceso de proyección o elaboración psíquica implica asimismo que el sentido del propio cuerpo no se alcanza (solamente) mediante la diferenciación de otro (el cuerpo maternal), sino que cualquier sentido del contorno corporal, como algo proyectado, se articula mediante una autodivisión y un autodistanciamiento necesarios. En este sentido, el estadio del espejo de Lacan puede interpretarse como una reescritura de la introducción que hace Freud del yo corporal en *El yo y el ello*, así como la teoría del narcisismo. Aquí no se trata de establecer si la madre o la *imago* aparecen primero o si son completamente distintos uno del otro, sino, antes bien, de explicar la individuación a través de la dinámica inestable de la diferenciación y la identificación sexuales que se dan mediante la elaboración de contornos corporales imaginarios.

Para Lacan, el cuerpo o, más precisamente, la morfología es una formación imaginaria,[16] pero en el segundo seminario se nos dice que este discernimiento o producción visual, el cuerpo, sólo puede sostenerse en su integridad fantasmática sometiéndose al lenguaje y a la marcación de la diferencia sexual: "el *percipi* del hombre (sic) sólo puede sostenerse dentro de una zona de nominación (*C'est par la nomination que l'homme fait subsister les objets dans une certaine consistance)*" (Lacan, *II*, págs. 177-202). Los cuerpos sólo llegan a ser un todo, es decir, totalidades, mediante la imagen especular idealizadora y totalizante sostenida en el tiempo por el nombre marcado sexualmente. Tener un nombre es estar posicionado dentro de lo Simbólico, el dominio idealizado del parentesco, un conjunto de relaciones estructuradas a través de la sanción y el tabú, gobernado por la ley del padre y la prohibición contra el incesto. Para Lacan, los nombres, que son el emblema de esta ley paternal y la instituyen, *sostienen* la integridad del cuerpo. Lo que constituye el cuerpo integral no es una frontera natural ni un telos orgánico, sino que es la ley de parentesco que se aplica a través del nombre. En este sentido, la ley paternal produce versiones de integridad corporal; el nombre, que instala el género y el parentesco, funciona como una performativa que inviste y está investida políticamente. Al nombrarnos se nos inculca esa ley y se nos forma, corporalmente, de acuerdo con esa ley.[17]

REESCRIBIR EL IMAGINARIO MORFOLÓGICO

> La conciencia se da cada vez que hay una superficie tal que puede producir lo que se llama una imagen. Ésta es una definición material. (Lacan *II*, págs. 49/ 65)

16. En el "estadio del espejo" Lacan no distingue aún lo imaginario de lo simbólico, como hará luego.

17. La estrategia propuesta por Monique Witting en *El cuerpo lesbiano* relativa a la renominación, podría interpretarse como una reelaboración de este supuesto lacaniano. El nombre confiere un carácter morfológicamente distintivo, y los nombres que rechazan explícitamente el linaje patronímico se convierten en oportunidades de desintegrar la versión (paternal) de integridad corporal así como de reintegrar y reformar otras versiones de coherencia corporal.

> Hay algo original, inaugural, profundamente herido en la relación humana con el mundo... esto es lo que surge de la teoría del narcisismo que nos legó Freud, por cuanto este marco introduce algo indefinible, una situación *sin salida*, que marca todas las relaciones y, especialmente, las relaciones libidinales del sujeto. (Lacan *II*, págs. 167/ 199)

La siguiente lectura selectiva de Lacan indagará las consecuencias que tiene la teoría del narcisismo en la formación del yo corporal y en la marcación que le impone el sexo. En tanto el yo se forme partiendo de la psique, a través de la proyección del cuerpo, y el yo *sea* esa proyección, la condición del (des)conocimiento reflejo, ese yo será invariablemente un yo corporal. Esta proyección del cuerpo, que Lacan describe como el estadio del espejo, reescribe la teoría del narcisismo de Freud a través de la dinámica de proyección y desconocimiento (*méconnaissance*). En el transcurso de esta reescritura, Lacan establece la morfología del cuerpo como una proyección investida psíquicamente, una idealización o "ficción" del cuerpo entendido como totalidad y *locus* de control. Además, Lacan sugiere que esta proyección narcisista e idealizante que establece la morfología constituye la condición para generar objetos y reconocer los otros cuerpos. El esquema morfológico establecido durante el estadio del espejo constituye precisamente esa reserva de *morphé* a partir de la cual se producen los contornos de los objetos; tanto los objetos como los demás sólo llegan a aparecer a través de la clave mediadora de esta morfología proyectada o imaginaria.

Se verá que esta trayectoria lacaniana resulta problemática (al menos) en dos aspectos: (1) el esquema morfológico que llega a ser la condición epistémica para que aparezca el mundo de los objetos y de los otros, está marcada como masculina y, por lo tanto, llega a constituir la base de un imperialismo epistemológico antropocéntrico y androcéntrico (ésta es una crítica que Luce Irigaray le hace a Lacan y es la convincente razón que la lleva a concebir su proyecto de articular un imaginario femenino);[18] (2) la idealización del cuerpo como centro de control esbozada en "El estadio del

18. Véase el excelente análisis reciente de Margaret Whitford sobre Luce Irigaray y el imaginario femenino en *Luce Irigaray: Philosophy in the Feminine*, Londres, Routledge, 1991, págs. 53-74.

espejo" aparece rearticulada en "La significación del falo" (1958) en la noción que ofrece Lacan del falo, entendido como aquello que controla las significaciones en el discurso. Aunque Lacan niega explícitamente la posibilidad de que el falo sea una parte del cuerpo o un efecto imaginario, este repudio debe entenderse como un componente de la jerarquía simbólica misma que le atribuye al falo durante este último ensayo. Como ocurre con la idealización de una parte del cuerpo, en el ensayo de Lacan la figura fantasmática del falo sufre una serie de contradicciones semejantes a las que perturban el análisis ofrecido por Freud de las partes erógenas del cuerpo. Se puede decir que el falo lesbiano interviene como una consecuencia inesperada del esquema lacaniano, un significante aparentemente contradictorio que, a través de una mimesis crítica,[19] pone en tela de juicio el poder ostensiblemente originador y controlador del falo lacaniano o más precisamente, el hecho de que se lo instale como el significante privilegiado del poder simbólico. El falo lesbiano es el emblema de un movimiento que se opone a la relación entre la lógica de no contradicción y la legislación de la heterosexualidad obligatoria en el nivel de lo simbólico y de la morfogénesis corporal. En consecuencia, este movimiento procura abrir un sitio discursivo que permita reconsiderar las relaciones tácitamente políticas que se instalan y persisten en las divisiones entre las partes del cuerpo y la totalidad, entre la anatomía y lo imaginario, entre la corporalidad y la psique.

En su seminario de 1953, Lacan sostenía que "el estadio del espejo no es sencillamente un momento del desarrollo. También es una función ejemplar, porque revela algunas de las relaciones que establece el sujeto con su imagen, en la medida en que es el *Urbild* (ideal) del yo" (Lacan, *I*, págs. 74/88). En "El estadio del espejo", publicado cuatro años antes, Lacan argumenta que "tenemos que [...] entender el estadio del espejo *como una identificación...*" y poco después, en el mismo ensayo sugiere que el yo es el efecto acumulativo de sus identificaciones formativas.[20] Dentro de los

19. Naomi Schor, "This Essentialism Which Is Not One: Coming to Grips with Irigaray", *Differences: A Journal of Feminist Cultural Studies*, 2:1, 1989, pág. 48.

20. "Il y suffit comprendre le stade du miroir comme une identification au sens plein que l'analyse donne à ce terme: à savoir la transformation produite chez le sujet quand il assume une image, –dont la prédestination à cet effet de phase est suffisament indiquée par l'usage dans la théorie, du term antique d'*imago*" (Jacques

movimientos norteamericanos seguidores de Freud, especialmente en la psicología del yo y en ciertas versiones de las relaciones de objeto, quizás sea habitual sugerir que el yo preexiste a sus identificaciones, una idea confirmada por la gramática que insiste en afirmar que "un yo se identifica con un objeto exterior a él". La posición lacaniana sugiere, no sólo que las identificaciones *preceden* al yo, sino que la relación identificatoria con la imagen establece el yo. Además, el yo establecido mediante esta relación identificatoria es en sí mismo una relación, en realidad, la historia acumulativa de tales relaciones. Como resultado de todo ello, el yo no es una sustancia idéntica a sí misma, sino que es una historia sedimentada de relaciones imaginarias que sitúan el centro del yo fuera del yo, en la *imago* externalizada que confiere y produce los contornos corporales. En este sentido, el espejo de Lacan no refleja

Lacan, "Le stade du miroir", *Écrits*, pág. 90). De la introducción de la *imago*, Lacan pasa luego a la asunción jubilosa que hace el niño de su (*sic*) "imagen especular", una situación ejemplar de la matriz simbólica en la cual se dice que el "*je*" o el sujeto es precipitado en una forma primordial, anterior a la dialéctica de la identificación con otro. Al no poder distinguir aquí entre la formación del "*je*" y el "*moi*", Lacan da en el párrafo siguiente una aclaración adicional de "*cette forme*" como aquello que podría llamarse el "*je-idéal*", el yo ideal, una traducción que produce la confusa convergencia del *je* y el *moi*. Afirmar que esta forma pueda denominarse "*je-idéal*" depende de los usos explicativos que pueden dársele al término. En este caso, esta traducción provisoria introducirá en un registro conocido, "un registre connu", es decir, conocido a partir de Freud, esa identificación fantasmática y primaria que Lacan describe como "la souche des identifications secondaires". Aquí parece que la construcción social del yo se realiza a través de una dialéctica de identificaciones entre un yo ya constituido parcialmente y el Otro. El estadio del espejo es precisamente la identificación primaria, presocial y determinada "dans une ligne de fiction", en una línea de ficción (imaginaria, especular) que precipita las identificaciones secundarias (sociales y dialécticas). Esto quedará claro luego cuando Lacan sostenga que la relación narcisista prefigura y modela las relaciones sociales así como las relaciones con los objetos (que también son sociales en el sentido de estar mediados lingüísticamente). En cierto sentido, el estadio del espejo *da forma o morphé* al yo mediante la delineación fantasmática de un cuerpo controlado. Este acto primario de dar una forma se desplaza o extrapola luego al mundo de los demás cuerpos y objetos, suministrando la condición ("*la souche*", el tronco de un árbol que, aparentemente ha caído o ha sido talado pero que sirve como terreno fértil) para su aparición. Este madero caído o cortado, listo para ser usado, concuerda con las significaciones de la materia entendida como *hyle*, considerada en el capítulo 1. En este sentido, para Lacan, las identificaciones primarias son indisociables de la materia.

ni representa un yo preexistente, sino que, antes bien, suministra el marco, la frontera, la delineación espacial para que pueda elaborarse proyectivamente el yo mismo. De ahí que Lacan afirme: "la imagen del cuerpo le da al sujeto la primera forma que le permite localizar lo que pertenece al yo [*ce qui est du moi*] y lo que no le pertenece" (Lacan, *I*, págs. 79/94).

Estrictamente hablando, no puede decirse pues que el yo se identifique con un objeto exterior a él; antes bien, el "exterior" del yo se demarca ambiguamente por primera vez a través de una identificación con una *imago*, que es en sí misma una relación, o en realidad se establece en y como lo imaginario una frontera espacial que negocia lo "exterior" y lo "interior": "la función del estadio del espejo [es] un caso particular de la función de la *imago*, que consiste en establecer una relación entre el organismo y su realidad o, como suele decirse, entre el *Innenwelt* (el mundo interior) y el *Umwelt* (el ambiente)".[21] La imagen especular que ve el niño, esto es, la representación imaginaria que produce el niño, confiere una integridad y una coherencia visuales a su propio cuerpo (que aparece como otro) y así le compensa su sentido limitado y preespecular de movilidad y su control motor subdesarrollado. Lacan continúa identificando esta imagen especular con el ideal del yo (*je-idéal*) y con el sujeto, aunque, en sus últimas conferencias, hará una distinción entre estos dos términos, empleando otros fundamentos.[22]

21. Jacques Lacan, "The Mirror Stage", *Écrits: A Selection* (trad. Alan Sheridan), Nueva York, Norton, 1977, pág. 4: "La fonction du stade du miroir s'avère pour nous dès lors comme un cas particulier de la fonction de l'*imago* qui est d'établir une relation de l'organisme à sa réalité –ou, comme on dit, de l'*Innerwelt* à l'*Umwelt*", *Écrits .Vol. I*, París, Seuil, 1971, pág. 93. [Ed. cast.: "El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica", en *Escritos*, t. 1, Buenos Aires, Siglo XXI, 1985.]

22. Luego Lacan llega a separar el yo del sujeto al vincular el yo al registro de lo imaginario y al sujeto al registro de lo simbólico. El sujeto corresponde al orden simbólico y a lo que constituye la estructura/lenguaje del inconsciente. En el *Seminario I* Lacan escribe: "El yo es una función imaginaria, pero no debe confundirse con el sujeto". "El inconsciente elude por completo ese círculo de certezas mediante el cual el hombre se reconoce como yo. Hay algo exterior a ese campo que tiene todo el derecho de hablar como yo [...] Es precisamente lo que más tergiversado por el dominio del yo que, en análisis, llega a formularse como el yo propiamente dicho" (pág. 93). En el *Seminario II*, Lacan continúa diciendo: "El yo [...] es un objeto particular dentro de la experiencia del sujeto. Literalmente, el yo es un objeto, un objeto que cumple cierta función que aquí llamamos la función imaginaria" (pág. 44),

Significativamente, esta totalidad idealizada que ve el niño es una imagen de espejo. Podría decirse que esa imagen le confiere idealidad e integridad al cuerpo, pero tal vez sea más exacto decir que lo que se genera a través de esta proyección de idealidad e integridad es el sentido mismo del cuerpo. En realidad, este reflejo transforma, a través de este evento especular, un sentido experimentado de disgregación y pérdida de control en un ideal de integridad y control (*"la puissance"*). Brevemente, sostendremos que esta idealización del cuerpo articulada en "El estadio del espejo" vuelve a aparecer inadvertidamente en el contexto del análisis que ofrece Lacan del falo, entendido como la idealización y la simbolización de la anatomía. Llegados a este punto, tal vez baste con señalar que la *imago* del cuerpo se adquiere en virtud de cierta pérdida; la dependencia y la impotencia libidinal llegan a superarse fantasmáticamente mediante la instalación de una frontera y, por lo tanto, de un centro hipostatizado que produce un yo corporal idealizado; esa integridad y unidad se alcanzan mediante el ordenamiento de una movilidad variable o una sexualidad disgregada, no limitada aún por las fronteras de la individuación: "el objeto humano [*l'objet humain*] siempre se constituye a través de la intermediación de una primera pérdida; nada fecundo le sucede al hombre [*rien de fécond n'a lieu pour l'homme*] si no pasa por la intermediación de la pérdida de un objeto" (Lacan, *Seminario II*, 136/165).[23]

y luego agrega: "El sujeto no es uno. Está desarmado en piezas. Y es obstruido, aspirado, por la imagen, la imagen engañosa y realizada, del otro, *o igualmente* por su propia imagen especular" (pág. 54; la bastardilla es mía).

23. La identificación con esta *imago* se llama "anticipatoria", un término que Alexandre Kojève reserva para la estructura de *deseo*. Véase Alexandre Kojève, *Introduction to the Reading of Hegel* (trad. James Nichols; ed. Allan Bloom), Ithaca, Cornell University Press, 1980, pág. 4. Como anticipatoria, la *imago* es una proyección futura, una idealización proléptica y fantasmática del control corporal que aún no puede existir y que, en cierto sentido, nunca podrá existir: "esta forma sitúa la capacidad de acción del yo, antes de su determinación social, en una dirección imaginaria". La producción identificatoria de ese límite –el efecto de ese espejo limitado– establece el yo como y a través de una unidad espacial imaginaria, idealizante y centralizadora. Así se inaugura el yo *corporal*, se tiene por primera vez acceso fenomenológico a la morfología y a un sentido limitado o distintivo del "yo". Por supuesto, lo que se obtiene es una *méconnaissance* precisamente a causa de la inconmensurabilidad que caracteriza la relación entre ese cuerpo proyectado, imaginario y la matriz corporal descentralizada y no unificada de donde surge esa mirada idealizante. Parafraseando a Freud, siguiendo la línea de pensamiento lacaniano, podría decirse que el yo ante todo y sobre todo se (des)conoce fuera de sí mismo en la *imago* como un yo corporal.

Esta imagen no sólo *constituye* el yo, sino que constituye el yo como *imaginario* (Lacan se refiere repetidamente al "origen imaginario de la función del yo", es decir, entiende el yo como una consecuencia de identificaciones primarias y secundarias constituidas en el plano imaginario). En resumidas cuentas, el yo es una producción imaginaria que se realiza sobre todo mediante la proyección/producción de un yo corporal y que es necesario para que el sujeto pueda funcionar como tal, pero que también es igualmente y significativamente *tenue*. La pérdida de control que en el infante caracteriza el control motriz subdesarrollado persiste en el adulto como ese dominio excesivo de sexualidad acallado y postergado mediante la invocación del "yo ideal" como centro de control. De ahí que fracase todo intento de habitar plenamente una identificación con la *imago* (donde se hace converger ambiguamente las expresiones "identificación con" y "producción de"), porque la sexualidad, temporalmente sofrenada y limitada por ese yo (podría decirse "obstaculizada" por ese yo), no puede estar plena o decisivamente obligada por él. Lo que queda fuera del marco del espejo es, por así decirlo, precisamente el inconsciente que llega a cuestionar la condición representativa de aquello que se muestra *en* el espejo. En este sentido, el yo se produce mediante la *exclusión*, como ocurre con cualquier límite y, sin embargo, lo que queda excluido es negativa y vitalmente constitutivo de lo que "aparece" limitado dentro del espejo.

24. Nótese el precedente para la formulación del yo como un objeto enajenado en Jean-Paul Sartre, *The Trascendence of the Ego* (trad. e introd. Forest Williams y Robert Kirkpatrick), Nueva York, Noonday, 1957 [ed. cast.: *La trascendencia del ego*, Buenos Aires, Caldén, 1968].

En el segundo seminario, Lacan observa que "el cuerpo dividido en partes [*le corps morcelé*] encuentra su unidad en la imagen del Otro, que es su propia imagen anticipada: una situación dual en la que se perfila una relación dual, pero asimétrica" (Lacan, *II*, 54/72). El yo se forma alrededor de la imagen especular del cuerpo mismo, pero esta imagen especular es en sí misma una *anticipación*, una delineación hipotética. El yo es ante todo y sobre todo un objeto que no puede coincidir temporalmente con el sujeto, una *ek-tasis* temporal, el temporal carácter futuro del yo y su exterioridad como *percipi*, establecen su alteridad respecto del sujeto. "El yo... es un objeto particular dentro de la experiencia del sujeto. Literalmente, el yo es un objeto, un objeto que cumple cierta función que llamamos aquí función imaginaria" (Lacan *II*, 4/60).[24] En su condición imaginaria, el yo como objeto no es ni interior ni exterior al sujeto, sino que es el sitio permanentemente inestable donde se negocia perpetuamente esa distinción espacial; esa ambigüedad es lo que marca el yo como *imago*, es decir, como relación iden-

tificatoria. Por lo tanto, las identificaciones nunca se *hacen* o se *alcanzan* simple o definitivamente; se las constituye, se las combate y se las negocia insistentemente.

La imagen especular del cuerpo mismo es, en cierto sentido, la imagen del Otro. Pero los objetos sólo llegan a percibirse con la condición de que el cuerpo anticipado, ambiguamente localizado le proporcione al yo una *imago* y una frontera. "El objeto siempre está más o menos estructurado como la imagen del cuerpo del sujeto. El reflejo del sujeto, su estadio del espejo [*image spéculaire*] siempre está presente en alguna parte en todo cuadro perceptivo [*tableau perceptif*] y es lo que le da una cualidad, una inercia especial" (Lacan, *II*, 167/199). Aquí se nos ofrece no sólo una versión de la constitución social del yo, sino además los modos en que el yo se diferencia de su Otro y cómo esa *imago* que sostiene y perturba tal diferenciación genera *al mismo tiempo* objetos de percepción. "En el nivel libidinal sólo se aprehende a través de la clave de la relación narcisista" (Lacan, *II*, 167). Y esto se vuelve mucho más complejo cuando vemos que la relación refleja del yo/con el yo se vincula siempre ambiguamente con una relación con el "Otro". Lejos de ser una condición previa meramente narcisista de la génesis del objeto, esta afirmación ofrece en cambio un equívoco irreductible de narcisismo y socialidad que llega a ser la condición de la generación epistemológica de los objetos y el acceso a ellos.

La idealización del cuerpo como una totalidad espacialmente limitada, caracterizada por un control ejercido mediante la mirada, se le presta al cuerpo mismo como su propio autocontrol. Esto llegará a ser esencial para comprender la noción del falo entendido como un significante privilegiado que parece controlar las significaciones que produce. Lacan sugiere además en el segundo seminario: "La cuestión es saber qué órganos entran en juego en [*entrent en jeu dans*] la relación imaginaria narcisista con el otro mediante la cual se forma (*bildet*) el yo. La estructuración imaginaria del yo se forma alrededor de la imagen especular del cuerpo mismo, de la imagen del Otro" (Lacan, *II*, 94-95/119).

Pero algunas partes del cuerpo llegan a ser señales de la función centralizadora y controladora de la *imago* corporal. "Cierto órganos están implicados en [*sont intéressés dans*] la relación narcisista, en la medida en que ésta estructura tanto la relación del yo con el otro como la constitución del mundo de los objetos" (Lacan, *II*, 95/119). Aunque no se los nombra, estos órganos parecen ser, ante todo, órganos [*les organes*], y parecen participar de la relación narcisista; son aquello que obra como la señal o la base conjeturada del narcisismo. Si estos órganos son los genitales masculinos, funcionan como el sitio y también como la señal de un narcisismo específicamente masculino. Además, en tanto el narcisismo, del que se dice que suministra la estructura de las relaciones con el Otro y con el mundo de los objetos, ponga en juego estos órganos, éstos llegarán a ser parte de la elaboración imaginaria de la frontera corporal del yo, señal y "prueba" de su integridad y control y la condición epistémica imaginaria de su acceso al mundo. Al entrar en esa relación narcisista, los órganos dejan de ser órganos y se convierten en efectos imaginarios. Uno estaría tentado a argumentar que en el proceso de ser puesto en juego por el imaginario narcisista, el pene se transforma en falo. Sin embargo, curiosa y significativamente, en el ensayo sobre "La significación del falo", Lacan negará que el falo sea un órgano o un efecto imaginario; es, en cambio, un "significante privilegiado".[25] Luego retornaremos a los nudos textuales que produce esta serie de negaciones en el ensayo de Lacan, pero aquí tal vez sea importante observar que estos órganos implicados en la relación narcisista llegan a constituir parte de la condición y la estructura de todo objeto y todo Otro que pueda percibirse.

"¿Qué traté de comunicar con el estadio del espejo? [...] La imagen del cuerpo [del hombre] es el principio de toda unidad que éste percibe en los objetos [...] todos los objetos de su mundo siempre están estructurados alrededor de la sombra errante de su propio yo [*c'est toujours autour de l'ombre errante de son propre moi que se structureront tous les objets de son monde*]" (Lacan, *II*, 166/198). Esta función extrapoladora del narcisismo se vuelve falogocentrismo en el momento en que los órganos antes mencionados, implicados por la relación narcisista, llegan a constituir el principio o el modelo por el cual se conoce cualquier otro objeto o cualquier

25. Jacques Lacan , "The Meaning of the Phallus", en Jacqueline Rose y Juliet Mitchell (comps.), *Feminine Sexuality: Jacques Lacan and the École Freudienne* (trad. de Jacqueline Rose), Nueva York, Norton, 1985. [Ed. cast.: "La significación del falo", en *Escritos*, t. 2, Buenos Aires, Siglo XXI, 1985.] En las próximas citas nos referiremos a este texto como "Rose".

Otro. En este punto, los órganos se instalan como un "significante privilegiado". Dentro de la órbita de este falogocentrismo, el "*Verliebheit* (enamoramiento) es fundamentalmente narcisista. En el nivel libidinal, el objeto sólo se aprehende a través de la clave de la relación narcisista [*la grille du rapport narcissique*]" (Lacan, *II*, 167/199).

Lacan declara que la relación narcisista "toma posesión" de los órganos y que esta anatomía investida narcisísticamente se transforma en la estructura, el principio, la clave de todas las relaciones epistémicas. En otras palabras, ese órgano imbuido narcisísticamente se eleva luego a la condición de principio estructurante que forma y da acceso a todos los objetos cognoscibles. En primer lugar, esta versión de la génesis de las relaciones epistemológicas implica que todos los objetos cognoscibles tendrán un carácter antropomórfico y androcéntrico.[26] En segundo lugar, este carácter androcéntrico será fálico.

A estas alturas tiene sentido considerar la relación entre la explicación de las relaciones especulares que da Lacan en "El estadio del espejo", el argumento de que la morfología condiciona las relaciones epistemológicas, y el movimiento posterior que se advierte en "La significación del falo", donde se afirma que el falo es un significante privilegiado. Las diferencias entre el lenguaje y los objetivos de los dos ensayos son notables: el primer ensayo se refiere a las relaciones epistemológicas que no están todavía teorizadas en cuanto a la significación; el último parece haber surgido

26. Sobre un análisis sutil de cómo funciona el falomorfismo en Lacan y sobre una elucidación de la mordaz crítica que hace Irigaray de ese falomorfismo, véase Whitford, *Luce Irigaray: Philosophy in the Feminine*, págs. 58-74 y 150-152. Whitford lee el ensayo de Lacan sobre el estadio del espejo a través de la crítica de Irigaray y sostiene, no sólo que el estadio del espejo depende en sí mismo del supuesto previo de lo maternal entendido como terreno fértil, sino que el falomorfismo que articula ese ensayo autoriza un "imaginario masculino [en el cual] el narcisismo masculino se extrapola a lo trascendental" (pág. 152). Whitford examina también los esfuerzos hechos por Irigaray para establecer un imaginario femenino por encima y en contra del imaginario masculino presente en la obra de Lacan. Aunque claramente siento cierta simpatía por el proyecto de desautorizar el imaginario masculino, mi propia estrategia consistirá en mostrar que el falo puede asociarse a una variedad de órganos y que una separación eficaz de los conceptos de falo y pene constituye no sólo una herida narcisista al falomorfismo sino además la producción de un imaginario sexual antiheterosexista. Las implicaciones de mi estrategia parecerían poner en tela de juicio la integridad tanto de un imaginario masculino como de uno femenino.

después de un paso del modelo epistemológico al modelo significante (o, antes bien, a una incrustación del ámbito epistemológico dentro de la esfera simbólica de significación). Y aun hay otra diferencia, una diferencia que podría entenderse como una inversión. En el primer ensayo, los "órganos", dominados por la relación narcisista, llegan a ser la morfología fantasmática que genera, mediante una extrapolación especular, la estructura de los objetos cognoscibles. En el último ensayo, Lacan introduce una noción del falo que funciona como significante privilegiado y delimita la esfera de lo significable.

En un sentido limitado, lo órganos investidos narcisísticamente en "El estadio del espejo" cumplen una función paralela a la que cumple el falo en "La significación del falo": los primeros establecen las condiciones de cognoscibilidad, el último establece las condiciones de significabilidad. Además, el contexto teorético en el cual se presenta "La significación del falo" es un contexto en el que la significación es la condición de toda cognoscibilidad y la imagen sólo puede sostenerse mediante el signo (lo imaginario dentro de los términos de lo simbólico); de ello parece desprenderse que los órganos investidos narcisísticamente en el primer ensayo se mantienen de algún modo en –y en virtud de– la noción del falo. Aun cuando sostuviéramos que "El estadio del espejo" documenta una relación imaginaria, mientras que "La significación del falo" tiene que ver con la significación en el nivel de lo simbólico, no queda claro si el primero puede sostenerse sin el segundo y si, lo que tal vez sea más significativo, el último (esto es, lo Simbólico) puede sostenerse sin el primero. Y sin embargo, el propio Lacan frustra esta conclusión lógica al insistir en que el falo no es ni una parte anatómica ni una relación imaginaria. ¿Debe interpretarse este repudio de los orígenes anatómicos e imaginarios del falo como un modo de negarse a explicar el proceso mismo de idealización del cuerpo que el propio Lacan ofrecía en "El estadio del espejo"? ¿Debemos aceptar la prioridad del falo sin cuestionar la investidura narcisista mediante la cual un órgano, una parte del cuerpo, ha sido elevada/erigida a la condición de principio estructurado y centralizador del mundo? Si "El estadio del espejo" revela cómo, mediante la función de sinécdoque de lo imaginario, las partes llegan a representar los todos y un cuerpo descentrado se transfigura en una totalidad con un centro, podríamos sentirnos inclinados a preguntar

qué órganos cumplen esta función centralizadora y de sinécdoque. En "La significación del falo", Lacan efectivamente rechaza la cuestión que formula implícitamente en el primer ensayo. Porque, si el falo, en su función simbólica, no es ni un órgano ni un efecto imaginario, luego no se construye a través de lo imaginario y mantiene una jerarquía y una integridad independientes de lo imaginario. Esto corresponde, por supuesto, a la distinción que hace Lacan a lo largo de toda su obra entre lo imaginario y lo simbólico. Pero, si puede mostrarse que el falo es un efecto de sinécdoque, si no sólo representa a la parte, el órgano, sino que además es la transfiguración imaginaria de esa parte en la función centralizadora y totalizadora del cuerpo, luego el falo se presenta *como simbólico sólo en la medida en que se niegue su construcción a través de los mecanismos transfigurativos y especulares de lo imaginario.* En realidad, si el falo es un efecto imaginario, una transfiguración ilusoria, luego, lo que está en tela de juicio no es meramente la condición simbólica del falo, sino la distinción misma entre lo simbólico y lo imaginario. Si el falo es el significante privilegiado de lo simbólico, el principio delimitador y ordenador de lo que puede ser significado, luego este significante obtiene su privilegio al convertirse en un efecto imaginario que niega tercamente su propia condición tanto de efecto como de imaginario. Si esto es verdad en el caso del significante que delimita la esfera de lo significable dentro de lo simbólico, luego también es verdad respecto de todo aquello que es significado como simbólico. Dicho de otro modo, lo que opera bajo el signo de lo simbólico no puede ser otra cosa que precisamente ese conjunto de efectos imaginarios que han llegado a ser naturalizados y reificados como la ley de significación.

"El estadio del espejo" y "La significación del falo" siguen (por lo menos) dos trayectorias narrativas muy diferentes: la primera describe la transformación prematura e imaginaria de un cuerpo descentrado –un cuerpo dividido en partes [*le corps morcelé*]– en el cuerpo especular, una totalidad morfológica investida con un centro de control motor; la segunda sigue el acceso diferencial de los cuerpos a las posiciones sexuadas dentro de lo simbólico. En un caso, el recurso narrativo es un cuerpo ante el espejo; en el segundo, un cuerpo ante la ley. Semejante referencia discursiva debe construirse, según los términos del propio Lacan, menos como una explicación del desarrollo que como una necesaria ficción heurística.

En "El estadio del espejo", se presenta la figura de un cuerpo dividido "en partes, en piezas" [*une image morcelée du corps*];[27] en tanto que en el análisis de la noción de falo, el cuerpo y la anatomía se describen sólo mediante la negación: la anatomía y, en particular, las partes anatómicas, *no son el falo, sino solamente aquello que el falo simboliza (Il est encore bien moins l'organe, pénis ou clitoris, qu'il symbolise* [690]). De modo que en el primer ensayo (¿deberíamos llamarlo "pieza"?), Lacan narra cómo se supera la imagen fraccionada del cuerpo mediante la producción especular y fantasmática de un todo morfológico. En el segundo ensayo, ese drama se representa –o se presenta como síntoma– mediante el movimiento narrativo de la realización teorética misma, lo que consideraremos brevemente como la performatividad del falo. Pero, si es posible interpretar "La significación del falo" como sintomatización del fantasma especular descrito en "El estadio del espejo", también es posible, y conveniente, releer "El estadio del espejo" como un ensayo que ofrece una teoría implícita del "reflejo" como práctica significante.

Si antes de enfrentarse al espejo el cuerpo está dividido "en piezas", ello implica que el reflejarse obra como una especie de extrapolación que, mediante una sinécdoque, hace que esas piezas o partes llegan a representar (en el espejo y gracias al espejo) la totalidad; o, para decirlo de otro modo, la parte sustituye al todo y

27. "[...] le stade du miroir est un drame dont la poussée interne se précipite de l'insuffisance à la anticipation et qui pour le sujet, pris au leurre de l'identification spatiale, machine les fantasmes qui se succèdent d'une image morcelée du corps à une forme que nous appellerons orthopédique de sa totalité, et a l'armure enfin assumée d'une identité aliénante, que va marquer de sa structure rigide tout son développement mental" (Lacan, *Écrits I*, págs. 93-94). ["el estadio del espejo es un drama cuyo empuje interno se precipita de la insuficiencia a la anticipación y que trama para el sujeto, atrapado por el señuelo de la identificación espacial, las fantasías que se suceden desde una imagen dividida en partes del cuerpo a una forma que llamaremos ortopédica de su totalidad y al armazón finalmente asumido de una identidad alienante que, con su estructura rígida, marcará todo el desarrollo mental del sujeto".] Es interesante observar que aquí el carácter fragmentado del cuerpo se supera fantasmáticamente adoptando una especie de armazón o soporte ortopédico, lo cual sugiere que la extensión artificial del cuerpo es parte integrante de su maduración y del sentido acrecentado de control. Las imaginarias posibilidades protectoras y expansivas del armazón y la forma ortopédica sugieren que, puesto que cierta potencia fálica es el efecto del cuerpo transfigurado en el espejo, esta potencia se adquiere mediante métodos artificiales de incremento fálico, una tesis que tiene evidentes consecuencias para el falo lesbiano.

así llega a ser un indicio del todo. Si esto es verdad, tal vez "El estadio del espejo" apele a una lógica de la sinécdoque que instituye y mantiene una fantasía de control. Luego, tiene sentido preguntarse si la construcción teorética del falo es una extrapolación o sinécdoque del mismo estilo. Al cambiar el nombre de pene por el de "falo", ¿se supera, en el plano fantasmático y de la sinécdoque, la condición de parte del pene instaurando al falo como el "significante privilegiado"? Y este nombre, como los nombres propios, ¿afirma y sustenta la condición distintiva morfológica del cuerpo masculino, sosteniendo el *percipi* a través de la nominación?

En la discusión que propone Lacan sobre qué es el falo –que debe distinguirse de su análisis de quién "es" el falo– Lacan debate con diversos practicantes psicoanalíticos sobre quién tiene la autoridad de nombrar el falo, quién sabe dónde y cómo puede aplicarse el nombre, quién está en posición de nombrar el nombre. Lacan objeta que se relegue al falo a una "etapa fálica" o que se lo confunda o disminuya a la condición de "objeto parcial". Y culpa particularmente a Karl Abraham por introducir la noción del objeto parcial, pero es evidente que se opone aún más profundamente a la teoría de las partes introyectadas del cuerpo de Melanie Klein y a la influyente aceptación de Ernest Jones de tales posiciones. Lacan vincula la normalización del falo como objeto parcial con la degradación sufrida por el psicoanálisis en suelo norteamericano, *"la dégradation de la psychanalyse, consécutive à sa transplantation américaine"* (Lacan, *Écrits*, 77/687). Y caracteriza otras tendencias asociadas con esta degradación como "culturalistas" y "feministas". En particular, Lacan se opone a aquellas posiciones psicoanalíticas que consideran la fase fálica como un efecto de la represión y el objeto fálico como un síntoma. Aquí el falo se define negativamente mediante una serie de atributos: no es parcial, no es un objeto, no es un síntoma. Además, el "no" que precede a todas estas características *no* debe interpretarse como *"refoulement"* (represión); en otras palabras, *en estas situaciones textuales*, la negación no debe leerse psicoanalíticamente (Lacan, *Écrits*, 79/687).

¿Cómo debe leerse entonces la dimensión sintomática del texto de Lacan? El repudio de la fase fálica y, en particular, de la representación del falo como un objeto parcial o aproximativo, ¿intenta superar una degradación en favor de una idealización, una idealización especular? Estos textos psicoanalíticos, al no poder reflejar

el falo como centro especular ¿no amenazan con exponer la lógica de la sinécdoque mediante la cual se instaló al falo como significante privilegiado? Si la posición que erige Lacan para el falo sintomatiza el reflejo especular e idealizado de un cuerpo descentrado dividido en partes antes de enfrentarse al espejo, entonces podemos interpretar aquí la reescritura fantasmática de un órgano o una parte del cuerpo, el pene, como el falo, como un movimiento efectuado mediante una negación transvalorativa de su condición sustituible, de su dependencia, de su tamaño diminuto, su control limitado, su parcialidad. De modo que el falo sólo emergería como síntoma y sólo podría establecerse su autoridad mediante una metalepsis de causa y efecto. En lugar de ser el origen postulado de la significación o lo significable, el falo sería el efecto de una cadena significante sumariamente suprimida.

Pero a este análisis aún le hace falta considerar por qué el cuerpo está dividido en partes antes de enfrentarse al espejo y a la ley. ¿Por qué debería el cuerpo presentarse en partes antes de obtener su imagen especular como totalidad y centro de control? ¿Cómo llegó a dividirse en partes o piezas? Tener una idea de la parte implica haber tenido antes un sentido del todo al cual corresponden las partes. Aunque "El estadio del espejo" intenta describir cómo llega un cuerpo a cobrar por primera vez conciencia de su propia totalidad, la descripción misma de un cuerpo ante el espejo que se imagina dividido en partes toma como condición previa un sentido *ya* establecido de un todo o una morfología integral. Si estar dividido en partes significa carecer de control, luego el cuerpo ante el espejo carece del falo, está simbólicamente castrado; y al obtener el control que le brinda la imagen especular de yo constituido en el espejo, ese cuerpo "asume" o "llega a tener" el falo. Pero el falo, está ya en juego, por así decirlo, en la descripción misma del cuerpo dividido en partes que se enfrenta al espejo; como resultado de todo ello, el falo gobierna la descripción de su propia génesis y, en consecuencia, se protege de una genealogía que podría conferirle un carácter derivativo o proyectado.

Aunque Lacan sostiene de manera por completo explícita que el falo "no es un efecto imaginario",[28] esa negación podría inter-

28. "En la doctrina freudiana, el falo no es una fantasía si por fantasía se entiende un efecto imaginario" (Rose, pág. 79).

pretarse como constitutiva de la formación misma del falo como significante privilegiado; esa negación parece facilitar tal condición privilegiada. Como efecto imaginario, el falo estaría tan descentrado y sería tan tenue como el yo. En un intento por centrarlo y darle sustento, se eleva al falo a la categoría de significante privilegiado y, finalmente, se ofrece una larga lista de los usos inapropiados que se le han dado al término, de ocasiones en que el término se ha ido de las manos, de los significados que no deberían dársele y de las interpretaciones erróneas:

> [...] el falo no es una fantasía, si por fantasía se entiende un efecto imaginario. Tampoco es un objeto (parcial, interno, bueno, malo, etcétera) por cuanto ese término tiende a acentuar la realidad implicada en una relación. Y mucho menos es el órgano, pene o clítoris, que simboliza. No por casualidad, Freud partió para referirse a él del simulacro que [el falo] representaba para los Antiguos.
>
> Porque el falo es un significante [...] (Rose, 79).[29]

En este último pronunciamiento, Lacan procura quitarle al término sus extravíos característicos, reestablecer al falo como un sitio de control (aquel sitio que "designa como un todo el efecto de que haya un significado") y por lo tanto procura posicionarse él mismo como quien tiene el control de la significación del falo. Como lo ha sostenido Jane Gallop (citarla tal vez sea un modo de transferir el falo de él a ella, pero también de afirmar mi tesis de que el falo es fundamentalmente transferible): "Y la incapacidad [de los lacanianos] de controlar la significación de la palabra *phalus* es un ejemplo de lo que Lacan llama la castración simbólica" (126).

Si no ser capaz de controlar la significaciones que proceden del significante falo es una prueba de castración simbólica, luego el cuerpo "dividido en partes" y fuera de control que se halla ante el espejo puede entenderse como un cuerpo simbólicamente castrado y la idealización especular y sinecdóquica del cuerpo (fálico) puede

29. "Le phallus ici s'éclaire de sa fonction. Le phallus dans la doctrine freudianne n'est pas un fantasme, s'il faut entendre par-là un effet imaginaire. Il n'est pas non plus comme tel un objet (partiel, interne, bon, mauvais, etc.) pour autant que ce terme tend à apprécier la réalité intéresée dans une relation. Il est encore moins l'organe, pénis ou clitoris, qu'il symbolise. Il n'est pas sans raison que Freud en a pris la référence au simulacre qu'il etait pour les Anciens.

Car le phallus est un signifiant [...]" (*Écrits*, pág. 690).

interpretarse como un mecanismo compensatorio mediante el cual se supera esta castración fantasmática. En un esfuerzo no muy diferente del realizado por Freud para impedir que las zonas erógenas del cuerpo –que también eran zonas de dolor– siguieran proliferando en su texto, Lacan impide que el significante caiga en una catacresis proliferativa afirmando anticipadamente la condición de significante privilegiado del falo. Afirmar que el falo tiene una jerarquía de significante privilegiado produce performativamente y hace efectivo ese privilegio. El hecho de que se lo anuncie hace realidad ese significante privilegiado. Esta afirmación performativa produce y realiza el proceso mismo de significación privilegiada, significación cuyo privilegio está potencialmente cuestionado por la lista misma de alternativas que desecha y la negación de lo que constituye o precipita ese falo. En realidad, el falo *no* es una parte del cuerpo (sino que es el todo); *no* es un efecto imaginario (sino que es el origen de todos los efectos imaginarios). Estas negaciones son constitutivas; funcionan como rechazos que precipitan –y luego quedan borrados por– la idealización del falo.

La condición paradójica de la negación que introduce e instituye el falo se hace clara en la gramática misma: *"Il est encore moins l'organe, pénis ou clitoris, qu'il symbolise"* ["Y es aún menos el órgano, pene o clítoris, que simboliza"]. Aquí la enunciación sugiere que el falo no es un órgano, "aún menos que" un efecto imaginario. De modo que Lacan sugiere aquí graduaciones de negación: el falo tiene más probabilidades de ser un efecto imaginario que un órgano; si es alguna de las dos cosas, es más un efecto imaginario que un órgano. Esto no significa que no sea en modo alguno un órgano, sino que la "cópula" –que afirma una identidad lingüística y ontológica– es la relación menos adecuada para expresar la relación entre ellos. En la misma declaración en que se afirma la minimización de cualquier posible identidad entre pene y falo se ofrece una relación alternativa entre ellos, me refiero a la relación de *simbolización*. El falo *simboliza* el pene y en la medida en que lo simboliza, lo mantiene como aquello que simboliza; el falo *no es* el pene. Ser el objeto de la simbolización es precisamente no ser aquello que se simboliza. En la medida en que el falo simboliza el pene, no es aquello que simboliza. Cuanta más simbolización haya, tanto menor será la conexión ontológica entre el símbolo y lo simbolizado. La simbolización supone y produce la diferencia

ontológica entre aquello que simboliza –o significa– y la cosa simbolizada o significada. La simbolización aparta lo simbolizado de su conexión ontológica con el símbolo mismo.

Pero, ¿qué fuerza tiene esta afirmación particular de diferencia ontológica si resulta que este símbolo, el falo, siempre toma al pene como la cosa simbolizada?[30] ¿Cuál es el carácter de este vínculo mediante el cual el falo simboliza el pene en la medida en que se diferencie del pene y por el cual el pene llega a constituir el referente privilegiado que ha de negarse? Si el falo *debe* negar al pene para pode simbolizar y significar de manera privilegiada, luego el falo está vinculado con el pene, no mediante la mera identidad, sino mediante la negación determinada. Si el falo sólo significa en la medida en que *no* sea el pene y el pene se califica como esa parte del cuerpo que el falo *no debe ser*, luego el falo depende fundamentalmente del pene para poder siquiera simbolizar. En suma, el falo no sería nada sin el pene. Y en este sentido en que el falo requiere del pene para lograr su propia constitución, la identidad

30. Claramente, Lacan también repudia la idea del clítoris entendido como un órgano que podría identificarse con el falo. Pero, obsérvese que el pene y el clítoris siempre se simbolizan de manera diferente; el clítoris se simboliza como envidia del pene (no tener), mientras que el pene se simboliza como el complejo de castración (tener con el temor de perder) (Rose, pág. 75). Por consiguiente, el falo simboliza el clítoris como no tener el pene, en tanto que simboliza el pene a través de la amenaza de castración, entendida como una especie de desposesión. Tener un pene es tener aquello que el falo *no es*, pero que, precisamente, en virtud de ese no ser, constituye la circunstancia para que el falo signifique (en este sentido, el falo requiere y reproduce la disminución del pene para poder significar; casi una especie de dialéctica amo-esclavo entre ellos).

No tener el pene es ya haberlo perdido y, por lo tanto, ser la oportunidad para que el falo signifique su poder de castración; el clítoris significará como envidia del pene, como una carencia que, a través de su envidia, ejercerá el poder de desposeer. "Ser" el falo, como se ha dicho que son las mujeres, es estar desposeído y a la vez tener la capacidad de desposeer. Las mujeres "son" el falo en el sentido de que inadvertidamente reflejan su poder; ésta es la función significante de la falta. Y, por lo tanto, aquellas partes del cuerpo de la mujer que no son el pene no tienen el falo y así son un conjunto de "faltas". Aquellas partes del cuerpo no pueden fenomenalizar precisamente porque no pueden ejercer apropiadamente el falo. De ahí que la descripción misma de cómo simboliza el falo (esto es, como envidia del pene *o* como castración) recurre implícitamente a marcar de manera diferenciada las partes del cuerpo, lo cual implica que el falo no simboliza el pene y el clítoris del mismo modo. En esta perspectiva, nunca puede decirse que el clítoris sea un ejemplo de "tener" el falo.

del falo incluye el pene, es decir, entre ellos hay una relación de identidad. Y ésta, por supuesto, no es sólo una argumentación lógica, porque hemos visto que el falo no se opone únicamente al pene en un sentido lógico, sino que además se instituye mediante el repudio de su carácter parcial, descentrado y sustituible.

Lo que debemos preguntarnos, por supuesto, es por qué se da por descontado que el falo requiere de esa parte particular del cuerpo para simbolizar y por qué no puede operar simbolizando otras partes del cuerpo. La viabilidad del falo lesbiano depende de este desplazamiento. O, para decirlo más precisamente, el carácter desplazable del falo, su capacidad de simbolizar en relación con otras partes del cuerpo o con otras cosas semejantes al cuerpo, abre la posibilidad de introducir la noción del falo lesbiano, una formulación que de otro modo sería contradictoria. Y aquí deberíamos dejar en claro que el falo lesbiano combina el orden de *tener* el falo y el de *ser* el falo; ejerce la amenaza de castración (que en ese sentido es una manera de "ser" el falo, como las mujeres "son") y sufre la angustia de castración (y así se dice que "tiene" el falo y teme su pérdida).

Sugerir que el falo podría simbolizar partes del cuerpo que no sean el pene es compatible con el esquema lacaniano. Pero sostener que pueden simbolizarse ciertas partes del cuerpo o ciertas cosas semejantes al cuerpo que no sean el pene como que "tienen" el falo es poner en tela de juicio las trayectorias mutuamente excluyentes de la angustia de castración y la envidia del pene.[31] En realidad, si se dice que los hombres "tienen" simbólicamente el falo, su anatomía es también un sitio marcado por su pérdida; la parte anatómica nunca es conmensurable con el falo mismo. En este sentido, podría

31. En el capítulo siguiente, "Identificación fantasmática y la asunción del sexo", intento argumentar que la asunción de las posiciones sexuadas dentro de lo simbólico opera mediante la amenaza de castración, una amenaza dirigida a un cuerpo masculino, un cuerpo marcado como masculino antes de su "asunción" de la masculinidad y que el cuerpo femenino debe entenderse como la encarnación de esta amenaza y, de manera complementaria, como la garantía de que esa amenaza no se hará realidad. Esta situación edípica que Lacan considera esencial para la asunción del sexo binario se funda en el poder amenazador de la amenaza, en el carácter insoportable de una masculinidad desmasculinizada y una femineidad con características fálicas. Yo sostengo que estas dos figuras dejan implícito el espectro de la abyección homosexual, espectro que evidentemente se produce, circunscribe y combate culturalmente y que es culturalmente contingente.

interpretarse que los hombres están castrados (ya) e impulsados por la envidia del pene (entendida más apropiadamente como envidia del falo).[32] Inversamente, en la medida en que pueda decirse que las mujeres "tienen" el falo y temen su pérdida (y no hay razón para pensar que esto no pueda ser así tanto en el intercambio lesbiano como en el heterosexual, lo cual plantea la cuestión de una heterosexualidad implícita en el primer caso y una homosexualidad implícita en el segundo) pueden estar impulsadas por la angustia de castración.[33]

Aunque numerosos teóricos han sugerido que la sexualidad lesbiana está fuera de la economía del falogocentrismo, esta posición ha sido contrarrestada críticamente por la idea de que la sexualidad lesbiana está *tan* construida *como* cualquier otra forma de sexualidad dentro de los regímenes sexuales contemporáneos. Lo interesante aquí no es si el falo persiste en la sexualidad lesbiana como un principio estructurante, sino *cómo* persiste, cómo se construye y qué ocurre con la condición "privilegiada" de ese significante en el marco de esta forma de intercambio construido. Con esto no estoy diciendo que la sexualidad lesbiana esté sólo o siempre primariamente estructurada por el falo, ni siquiera que exista semejante monolito imposible llamado "sexualidad lesbiana". Quiero sugerir, en cambio, que el falo constituye un sitio ambivalente de identificación y deseo que es significativamente diferente del escenario de heterosexualidad normativa con el que se lo relaciona. Si Lacan sostenía que el falo sólo opera como algo "velado", podríamos preguntarnos qué tipo de "velo" impone invariablemente el falo. Y cuál es la lógica de esa "veladura" y, por lo tanto, de la "exposición" que emerge con el intercambio sexual lesbiano en relación con la cuestión del falo.

Evidentemente no hay una única respuesta. Y el tipo de trabajo culturalmente texturado que podría acercar una respuesta a esta pregunta indudablemente deberá realizarse en otra parte; en realidad, "el" falo lesbiano es una ficción, pero tal vez sea una ficción que resulte útil en el plano teorético, porque hay cuestiones de imitación, de subversión y de recircunscripción del privilegio que podrían abordarse mediante una lectura con base psicoanalítica.

Si el falo es aquello excomulgado de la ortodoxia feminista sobre la sexualidad lesbiana así como la "parte faltante", el signo de una insatisfacción inevitable que en las construcciones homofóbica

32. Véase Maria Torok, "The Meaning of Penis-Envy in Women" (trad. Nicholas Rand), *Difference: A Journal of Feminist Cultural Studies*, vol. 4, n° 1, primavera de 1992, págs. 1-39. Torok afirma que la envidia del pene en las mujeres es una "máscara" que sintomatiza la prohibición de la masturbación y produce un desvío de los placeres orgásmicos de la masturbación. Puesto que la envidia del pene es una modalidad de deseo para la cual no puede obtenerse ninguna satisfacción, esa envidia enmascara el deseo muy anterior de placeres autoeróticos. De acuerdo con la teoría en alto grado normativa de Torok sobre el desarrollo sexual femenino, los placeres orgásmicos masturbatorios experimentados y luego prohibidos (por la intervención de la madre) producen primero la envidia del pene que no puede ser satisfecha y luego una renuncia a ese deseo para poder redescubrir y reexperimentar el orgasmo masturbatorio en el contexto de las relaciones heterosexuales adultas. De modo que Torok reduce la envidia del pene a una máscara y una prohibición que supone que el placer sexual femenino no sólo está centrado en el autoerotismo, sino que además ese placer primariamente *no necesita la intermediación* de la diferencia sexual. La autora reduce además todas las posibilidades de la identificación fantasmática entre los géneros a un desvío del nexo heterosexual masturbatorio, de modo tal que la prohibición primaria se establece contra el amor a sí mismo sin mediación. La teoría misma del narcisismo de Freud sostiene que el autoerotismo siempre se modela sobre las relaciones imaginarias de objeto y que el Otro estructura fantasmáticamente el escenario masturbatorio. En Torok vemos la instalación teorética de la Mala Madre cuya tarea primera es prohibir los placeres masturbatorios y que debe ser superada (la madre representada, como en Lacan, como obstrucción) para que la mujer pueda redescubrir la felicidad sexual masturbatoria con un hombre. De modo que la madre actúa como una prohibición que debe ser superada para que sea posible alcanzar la heterosexualidad y retornar a sí misma y a la plenitud que ello supuestamente implica para una mujer. Este elogio de la heterosexualidad en la perspectiva del desarrollo opera, pues, a través de la forclusión implícita de la homosexualidad o la abreviación o el desvío de la homosexualidad como placer masturbatorio. La envidia del pene caracterizaría una sexualidad lesbiana que está atascada, podría decirse, entre el recuerdo irrecuperable del éxtasis masturbatorio y la recuperación heterosexual de ese placer. En otras palabras, si la envidia del pene es en parte una clave del placer lesbiano o de otras formas de placer sexual femenino que están detenidas, por decirlo de algún modo, a lo largo de la trayectoria del desarrollo heterosexual, luego el lesbianismo es "envidia" y, por lo tanto, no sólo un desvío del placer sino además infinitamente insatisfactorio. En suma, para Torok puede haber placer lesbiano porque si la lesbiana es "envidiosa", encarna y representa la prohibición misma sobre el placer que, aparentemente, sólo puede estimular la unión heterosexual. No deja de sorprenderme y alarmarme que algunas feministas encuentren útil este ensayo.

33. Sobre una versión muy interesante de la angustia de castración en la subjetividad lesbiana, véase el reciente trabajo de Teresa de Lauretis sobre la lesbiana varonil, especialmente su análisis de Radclyffe Hall "ante el espejo", en su libro de próxima aparición *Practices of Love*, Bloomington, Indiana University Press.

y misógina es lesbiana, luego, la admisión del falo en ese intercambio debe afrontar dos prohibiciones convergentes: primero, el falo significa la persistencia del "espíritu heterosexual", una identificación masculina o heterosexista y, por consiguiente, la deshonra o la traición de la especificidad lesbiana; en segundo lugar, el falo significa el carácter insuperable de la heterosexualidad y constituye el lesbianismo como un esfuerzo vano y/o patético por imitar lo auténtico. De modo que el falo entra en el discurso sexual lesbiano como una "confesión" transgresora condicionada y confrontada por las formas de repudio feministas y misóginas: no es lo auténtico (lo lesbiano) o no es lo auténtico (lo heterosexual). Lo que se "devela" es precisamente el deseo repudiado, el deseo abyecto, excluido, por la lógica heterosexista y que se repudia defensivamente mediante el intento de circunscribir una morfología específicamente femenina del lesbianismo. En cierto sentido, lo develado o expuesto es un deseo que se produce mediante la prohibición.

Y sin embargo, la estructura fantasmática de este deseo operará como un "velo" precisamente en el momento en que se lo "revela". Esta transfiguración fantasmática de las fronteras corporales no sólo expondrá su propia fragilidad, sino que demostrará que *depende* de ese carácter tenue y de esa fugacidad para poder significar. El falo como significante dentro de la sexualidad lesbiana implicará el espectro de la vergüenza y el repudio expresado por esa teoría feminista que afirmaría una morfología femenina en su carácter radicalmente distintivo de la morfología masculina (un binarismo que se fija mediante el supuesto heterosexual), un espectro expresado de manera más generalizada por la teoría masculinista que insistiría en que la morfología del hombre es la única figura posible del cuerpo humano. Pasando por alto tales divisiones, el falo lesbiano significa un deseo, producido históricamente en el punto de encuentro de estas prohibiciones, que nunca se libra plenamente de las demandas normativas que condicionan su posibilidad y que sin embargo procura subvertir. En tanto sea una idealización de morfología, el falo producirá un efecto necesario de situación inadecuada, efecto que, en el contexto cultural de las relaciones lesbianas, puede asimilarse prontamente con el sentido de una desvío inadecuado de lo supuestamente auténtico y, por lo tanto, considerarse como fuente de vergüenza.

Pero precisamente *porque* es una idealización a la que ningún cuerpo puede aproximarse adecuadamente, el falo es una fantasía transferible y su vínculo naturalizado con la morfología masculina puede cuestionarse a través de una reterritorialización agresiva. El hecho de que la morfogénesis se inspire en complejas fantasías identificatorias que no pueden predecirse por completo sugiere que la idealización morfológica es un ingrediente necesario e impredecible en la constitución tanto del yo corporal como de las disposiciones del deseo. También significa que no necesariamente hay un único esquema imaginario para el yo corporal y que los conflictos culturales sobre la idealización y degradación de las morfologías específicas masculina y femenina se desarrollarán de maneras complejas y combativas en el sitio del imaginario morfológico. El falo lesbiano bien puede entrar en juego mediante una degradación de una morfología femenina, una degradación imaginaria y catectizada de lo femenino o puede hacerlo mediante una ocupación castradora de ese tropo masculino central, alimentada por el tipo de oposición que procura deponer esa degradación misma de lo femenino.

No obstante, es importante subrayar cómo una resignificación lesbiana del falo, que depende de los cruces de identificación fantasmática, cuestiona la estabilidad tanto de la morfología "masculina" como de la femenina. Si el carácter morfológicamente distintivo de "lo femenino" depende de su purificación de toda masculinidad y si esta frontera y distinción corporal se instituye al servicio de las leyes de una simbólica heterosexual, entonces la morfología feminizada *supone* esa masculinidad repudiada que emergerá o bien como un ideal imposible que ensombrece y disminuye lo femenino o bien como un significante menospreciado o una orden patriarcal contra la cual se define el feminismo específicamente lesbiano. En cualquiera de los dos casos, la relación con el falo es constitutiva; se hace una identificación de la que inmediatamente se reniega.

En realidad, esta identificación renegada es lo que sustenta e impulsa la producción de una morfología femenina "distintiva" desde el comienzo. Sin duda es posible dar cuenta de la presencia estructurante de las identificaciones cruzadas en la elaboración del yo corporal y enmarcar estas identificaciones en un enfoque que tienda a superar la lógica de repudio mediante la cual una

identificación siempre y solamente se elabora a expensas de otra. Porque la "vergüenza" del falo lesbiano supone que llegará a representar la "verdad" del deseo lesbiano, una verdad que será representada como falsedad, como una vana imitación o derivación de la norma heterosexual. Y la contraestrategia de la oposición confesional supone asimismo aquello que fue excluido de los discursos sexuales dominantes sobre el lesbianismo mediante lo cual constituye su "verdad". Pero si la "verdad" solo es, como sugiere Nietzsche, una serie de errores relacionados entre sí o, en términos lacanianos, un conjunto de *méconnaissances* (desconocimientos) constituyentes, luego el falo no es más que un significante entre otros en el intercambio lesbiano, no es ni un significante originador ni un exterior indecible. De modo tal que el falo siempre operará como velo y confesión, un desvío de una erogeneidad que incluye y excede el falo, una exposición de un deseo que da fe de una transgresión morfológica y, por lo tanto, de la inestabilidad de las fronteras imaginarias del sexo.

CONCLUSIÓN

Si el falo es un efecto imaginario (reificado como el significante privilegiado del orden simbólico), su lugar estructural ya no está determinado, pues, por la relación lógica de exclusión mutua supuesta por una versión heterosexista de la diferencia sexual, en la cual se dice que los hombres "tienen" el falo y las mujeres "son" el falo. Esta posición lógica y estructural se afirma mediante el movimiento que pretende que, en virtud de la existencia del pene, se simboliza a alguien como quien "tiene"; este vínculo (o dificultad) estructural establece una relación de identidad entre el falo y el pene que se niega explícitamente (y además provoca una coincidencia, mediante sinécdoque, del pene y quien lo tiene). Si el falo sólo simboliza en la medida en que haya un pene para ser simbolizado, entonces el falo no sólo depende fundamentalmente del pene, sino que no puede existir sin él. Pero, ¿es esto verdad?

Si el falo opera como un significante cuyo privilegio se cuestiona, si se demuestra que su privilegio se afirma precisamente mediante la reificación de relaciones lógicas y estructurales dentro de lo

simbólico, luego las estructuras dentro de las cuales se lo pone en juego son mucho más diversas y cuestionables de lo que sugiere el esquema lacaniano. Consideremos que el hecho de "tener" el falo puede simbolizarse mediante un brazo, una lengua, una mano (o dos), una rodilla, un muslo, un hueso pelviano, una multitud de cosas semejantes al cuerpo deliberadamente instrumentalizadas. Y que ese "tener" existe en relación con un "ser el falo" que es, a la vez, parte de su propio efecto significante (lo lesbiano fálico como potencialmente castrador) y aquello que encuentra en la mujer deseada (como quien, al ofrecer o quitar la garantía especular, ejerce el poder de castrar). Que este escenario pueda invertirse, que el "ser" y el "tener" puedan confundirse, desestabiliza la lógica de no contradicción en la que se basa la idea de que tiene que ser una cosa o la otra, propia del intercambio heterosexual normativo. En cierto sentido, los actos simultáneos de quitarle su posición privilegiada al falo apartándolo de la forma heterosexual normativa de intercambio y recircunscribirlo dándole un lugar de privilegio entre las mujeres son un modo de romper la cadena significante en la cual opera convencionalmente el falo. Si una lesbiana "tiene" el falo, también está claro que no lo "tiene" en el sentido tradicional y su actividad promueve una crisis en el sentido de lo que significa "tener" el falo. La posición fantasmática del hecho de "tener" se rediseña, se hace transferible, sustituible, plástica; y el erotismo producido dentro de este tipo de intercambio depende tanto del desplazamiento desde los contextos masculinistas tradicionales como del redespliegue crítico de sus figuras centrales de poder.

Está claro que, en las culturas sexuales contemporáneas, el falo opera de manera privilegiada, pero se trata de una operación respaldada por una estructura o posición lingüística asociada a su perpetua reconstitución. Puesto que el falo significa, siempre está en proceso de ser significado o resignificado. En este sentido, no es el momento u origen incipiente de una cadena significante, como diría Lacan, sino que es parte de una reiterada práctica significante, abierta, por lo tanto a la resignificación: capaz de significar en modos y lugares que exceden su lugar estructural apropiado en lo simbólico lacaniano y de cuestionar la necesidad de ese lugar. Si el falo es un significante privilegiado, obtiene ese privilegio por el mero hecho de ser reiterado. Y si bien la cons-

trucción cultural de la sexualidad impone una repetición de este significante, en la fuerza misma de la repetición, entendida como resignificación y recircunscripción, existe la posibilidad de quitarle el privilegio a ese significante.

Si lo que llega a significar bajo el signo del falo son una cantidad de partes del cuerpo, performatividades discursivas, fetiches alternativos, por nombrar solamente unos pocos, luego la posición simbólica del "tener" ha sido desalojada del pene como oportunidad anatómica (o no anatómica) privilegiada. El momento fantasmático en el que súbitamente una parte representa y produce un sentido del todo o en el que se le asigna la figura de centro de control, en el que se establece cierto tipo de determinación "fálica", en virtud de la cual parece radicalmente generada la significación, destaca la plasticidad misma del falo, el modo en que éste excede el lugar estructural que le asignara el esquema lacaniano, el modo en que esa estructura, para poder continuar siendo estructura, tiene que *reiterarse* y, como cosa reiterable, queda abierta a la variación y la plasticidad.[34] De modo que, cuando el falo es lesbiano, es y no es una figura masculinista de poder; el significante está significativamente escindido, porque recuerda y desplaza el masculinismo que lo impulsa. Y en la medida en que el falo opera en el sitio de la anatomía, (re)produce el espectro del pene sólo para provocar su inconsistencia, para reiterar y explotar su perpetua inconsistencia como la ocasión misma del falo. Esto abre la posibilidad de considerar la anatomía –y la diferencia sexual misma– como un sitio de resignificaciones proliferantes.

34. Aquí probablemente quede claro que estoy de acuerdo con la crítica que hace Derrida de la noción atemporalizada de estructura de Lévi-Strauss. En "La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas", Derrida se pregunta qué le da a la estructura su estructurabilidad, es decir, la calidad de ser una estructura, dando a entender que esa condición es algo que se le da o que se hace derivar y, por lo tanto, no es originaria. Una estructura "es" una estructura en la medida en que persiste como tal. Pero, ¿cómo entender hasta qué punto el modo de esa persistencia es inherente a la estructura misma? Una estructura no permanece idéntica a sí misma a través del tiempo, sino que "es" estructura en la medida en que se la reitera. Su iterabilidad es, pues, la condición de su identidad, pero puesto que la iterabilidad supone un intervalo, una diferencia entre términos, la identidad constituida a través de esta temporalidad discontinua está condicionada por esta diferencia de sí misma que se le opone. Ésta es una diferencia constitutiva de la identidad, así como el principio de su imposibilidad. Como tal es una diferencia como *différance*, un aplazamiento de cualquier resolución en la autoidentidad.

De algún modo, el falo, según lo presento aquí, surge del enfoque de Lacan, pero al mismo tiempo excede los alcances de esa forma de estructuralismo heterosexista. No basta con afirmar que el significante no es lo mismo que lo significado (falo/pene), si ambos términos están sin embargo vinculados entre sí por una relación esencial en la cual está contenida esa diferencia. La idea del falo lesbiano sugiere que el significante puede llegar a significar *algo más* que lo que indica su posición estructuralmente determinada; en realidad, el significante puede repetirse en contextos y relaciones que llegan a *desplazar* la condición de privilegio de ese significante. La "estructura" en virtud de la cual el falo significa el pene como su ocasión privilegiada existe sólo porque se la instituye y reitera y, a causa de esa temporalización, es inestable y está expuesta a la repetición subversiva. Por lo demás, si el falo simboliza sólo tomando la anatomía como su circunstancia, luego, cuanto más variadas e inesperadas sean las circunstancias anatómicas (y no anatómicas) de su simbolización, tanto más inestable se vuelve ese significante. En otras palabras, el falo no tiene ninguna existencia independientemente de las oportunidades de su simbolización; no puede simbolizar sin su circunstancia. Por lo tanto, el falo lesbiano ofrece la oportunidad (una serie de oportunidades) de que el falo signifique de maneras diferentes; y al significar así, poder resignificar, inadvertidamente, su propio privilegio masculinista y heterosexista.

Tanto la noción propuesta por Freud del yo corporal como la de idealización proyectiva del cuerpo de Lacan sugieren que los contornos mismo del cuerpo, las delimitaciones anatómicas, son en parte consecuencia de una identificación externalizada. Este proceso identificatorio mismo está motivado por un deseo de transfiguración. Y ese anhelo, propio de toda morfogénesis ha sido preparado y estructurado a su vez por una cadena significante culturalmente compleja que no sólo constituye la sexualidad, sino que establece la sexualidad como un sitio en el cual se reconstituyen perpetuamente los cuerpos y las anatomías. Si estas identificaciones centrales no pueden regularse estrictamente, el dominio de lo imaginario en el cual se constituye parcialmente el cuerpo queda marcado por una vacilación constitutiva. Lo anatómico sólo es "dado", está "determinado", a través de su significación y, sin embargo, parece exceder esa significación, ofrecer el esquivo

referente en relación con el cual se da la variabilidad de significación. Atrapado desde siempre en la cadena significante mediante la cual se negocia la diferencia sexual, lo anatómico nunca se da fuera de sus términos y, sin embargo, es lo que excede e impone esa cadena significante, esa reiteración de la diferencia, una demanda insistente e inagotable.

Si la heterosexualización de la identificación y la morfogénesis, por hegemónica que sea, es históricamente contingente, luego, las identificaciones que son siempre imaginarias, al cruzar las fronteras de los géneros, reinstituyen los cuerpos sexuados de maneras variables. Al cruzar estas fronteras, esas identificaciones morfogenéticas reconfiguran el mapa de la diferencia sexual misma. El yo corporal producido a través de la identificación no está *miméticamente* relacionado con un cuerpo biológico o anatómico preexistente (cuerpo que sólo sería accesible a través del esquema imaginario que estoy proponiendo aquí, con lo cual quedaríamos atrapados en un eterno retorno o en un círculo vicioso). El cuerpo que aparece en el espejo no representa un cuerpo que esté, se podría decir, ante el espejo: el espejo, aun cuando esté instigado por ese cuerpo irrepresentable que está "ante" él, produce ese cuerpo como su efecto delirante, un delirio que, dicho sea de paso, estamos obligados a vivir.

En este sentido, es importante observar que lo que se considera aquí es el *falo* y no el *pene* lesbiano. Porque lo que se necesita no es una nueva parte del cuerpo, por decirlo de algún modo, sino desplazar lo simbólico hegemónico de la diferencia sexual (heterosexual) y ofrecer, en una perspectiva crítica, esquemas imaginarios alternativos que permitan constituir sitios de placer erógeno.

3. Identificación fantasmática y la asunción del sexo*

¿Cómo se convierte el sujeto humano en un objeto de posible conocimiento? ¿Mediante qué formas de racionalidad? ¿Mediante qué necesidades históricas? Y ¿a qué precio? Mi pregunta es la siguiente: ¿Cuánto cuesta que el sujeto sea capaz de decir la verdad sobre sí mismo?

MICHEL FOUCAULT, "¿Cuánto cuesta decir la verdad?".

Cuando uno se pregunta si las identidades sexuales son o no el resultado de una construcción, implícitamente plantea una serie de interrogantes más o menos tácitos: la sexualidad, ¿está tan impuesta desde el comienzo que debería concebirse como algo fijo? Si la sexualidad está tan restringida desde el comienzo, ¿no constituye una especie de esencialismo en el nivel de la identidad? Lo que está en juego es una manera de describir este sentido más profundo y tal vez irrecuperable de *prescripción y restricción*, ante el cual las nociones de "elección" o de "juego libre" parecen no sólo extrañas, sino inimaginables y a veces hasta crueles. El carácter construido de la sexualidad ha sido invocado para contrarrestar la afirmación de que la sexualidad tiene una configuración y un movimiento naturales y normativos, es decir, una forma que se

* Parte de este ensayo fue presentada por primera vez en la American Philosophical Association, Central Division, en abril de 1991; algunas secciones de la primera parte del ensayo aparecieron en una versión más breve en Elizabeth Wright, *Feminism and Psycoanalysis: A Critical Dictionary*, Londres, Basil Blackwell, 1992.

asemeja al fantasma normativo de una heterosexualidad obligatoria. Los esfuerzos por desnaturalizar la sexualidad y el género tomaron como sus principales enemigos aquellos esquemas normativos de heterosexualidad obligatoria que operan a través de la naturalización y reificación de normas heterosexistas. Pero, afirmar la *desnaturalización* como estrategia, ¿no implica acaso un riesgo? El vuelco de algunos teóricos homosexuales hacia el esencialismo filogenético marca un deseo de tomar en consideración un terreno de restricciones constitutivas, un terreno que aparentemente el discurso sobre la desnaturalización en parte pasó por alto.

Puede ser provechoso cambiar los términos del debate y pasar de la oposición entre constructivismo y esencialismo a la cuestión más compleja de cómo las restricciones "profundamente arraigadas" o constitutivas pueden plantearse en términos de límites simbólicos a su indocilidad y disconformidad. Se verá que lo que se ha entendido como la performatividad de género –lejos de ser el ejercicio de un voluntarismo irrestricto– es imposible de concebir independientemente de una noción de tales restricciones políticas registradas psíquicamente. Probablemente también resulte útil separar la noción de restricciones o límites del intento metafísico que apunta a fundamentar tales restricciones en un esencialismo biológico o psicológico. Este último esfuerzo procura establecer cierta "prueba" de restricción por encima y en contra de un constructivismo que, ilógicamente, se identifica con el voluntarismo y el libre juego. Aquellas posiciones esencialistas que pretenden recurrir a una naturaleza sexual o a una estructuración precultural de la sexualidad para poder afirmar un sitio o una causa metafísica de este sentido de la restricción pueden en gran medida cuestionarse incluso en sus propios términos.[1]

Sin embargo, es necesario leer cuidadosamente tales intentos de subrayar el carácter fijo y obligado de la sexualidad y quienes deben especialmente hacerlo son aquellos que han insistido en la condición construida de la sexualidad. Porque la sexualidad no es

1. Aquí podemos seguir la línea de pensamiento de Wittgenstein y considerar que bien se puede afirmar que la sexualidad está impuesta, y comprender el sentido de esa afirmación sin dar el paso agregado e innecesario de ofrecer luego una metafísica de la imposición para garantizar la significación de tal declaración.

algo que pueda hacerse o deshacerse sumariamente y sería un error asociar el "constructivismo" con "la libertad de un sujeto para formar su sexualidad según le plazca". Después de todo, una construcción no es lo mismo que un artificio. Por el contrario, el constructivismo tiene que tomar en consideración el terreno de las restricciones, sin el cual cierto ser vivo y deseoso no puede abrirse camino. Y cada uno de esos seres está presionado no sólo por lo que es difícil de imaginar, sino por lo que continúa siendo radicalmente inconcebible: en la esfera de la sexualidad estas restricciones incluyen el carácter radicalmente inconcebible de desear de otro modo, el carácter radicalmente insoportable de desear de otro modo, la ausencia de ciertos deseos, la coacción repetitiva de los demás, el repudio permanente de algunas posibilidades sexuales, el pánico, la atracción obsesiva y el nexo entre sexualidad y dolor.

Hay una tendencia a pensar que la sexualidad es algo, o bien construido, o bien determinado; a pensar que si es construida, es en algún sentido libre, y si está determinada, es en algún sentido fija. Estas oposiciones no describen la complejidad de lo que está en juego en cualquier esfuerzo por considerar las condiciones en las que se asumen el sexo y la sexualidad. La dimensión "performativa" de la construcción es precisamente la reiteración forzada de normas. En este sentido, no se trata solamente de que haya restricciones a la performatividad; antes bien, es necesario reconcebir la restricción como la condición misma de la performatividad. La performatividad no es ni libre juego ni autopresentación teatral; ni puede asimilarse sencillamente con la noción de *performance* en el sentido de realización. Además, la restricción no necesariamente es aquello que fija un límite a la performatividad; la restricción es, antes bien, lo que impulsa y sostiene la performatividad.

A riesgo de parecer reiterativa, yo sugeriría aquí que la performatividad no puede entenderse fuera de un proceso de iteración, un proceso de repetición regularizada y obligada de normas. Y no es una repetición realizada *por* un sujeto; esta repetición es lo que habilita al sujeto y constituye la condición temporal de ese sujeto. Esta iterabilidad implica que la "realización" no es un "acto" o evento singular, sino que es una producción ritualizada, un rito reiterado bajo presión y a través de la restricción, mediante la fuerza de la prohibición y el tabú, mientras la amenaza de ostracismo y

hasta de muerte controlan y tratan de imponer la forma de la producción pero, insisto, sin determinarla plenamente de antemano.

¿Cómo debemos reflexionar sobre esta noción de performatividad y su relación con las prohibiciones que efectivamente generan prácticas y acuerdos sexuales sancionados y no sancionados? Y en particular, ¿cómo debemos abordar la cuestión de la sexualidad y la ley, teniendo en cuenta que la ley no es sólo lo que reprime la sexualidad, sino que es una prohibición que *genera* la sexualidad o, al menos, le indica una dirección? Dado que no hay sexualidad fuera del poder y que el poder en su modo productivo nunca está libre por completo de la regulación, ¿cómo puede construirse la regulación como un restricción productiva o generativa de la sexualidad? Específicamente, ¿cómo se expresa la capacidad de producir y restringir de la ley en la asignación de un sexo para cada cuerpo, una posición sexuada dentro del lenguaje, una posición sexuada que, en algún sentido, ya supone cada individuo que llega a hablar como sujeto, cada "yo", todo aquel constituido a través del acto de ocupar su lugar sexuado dentro de un lenguaje que insistentemente impone la cuestión del sexo?

IDENTIFICACIÓN, PROHIBICIÓN Y LA INESTABILIDAD DE LAS "POSICIONES"

La introducción de un discurso psicoanalítico sobre la diferencia sexual y el hecho de que las feministas hayan dirigido su atención a la obra de Lacan fueron en parte un intento de reafirmar el tipo de presiones simbólicas que se ejercen sobre el devenir "sexuado". En contra de quienes han sostenido que el sexo es una sencilla cuestión de anatomía, Lacan argumentaba que el sexo es una posición simbólica que uno adopta bajo la amenaza de castigo, es decir, una posición que uno está obligado a asumir, pues se trata de imposiciones que operan en la estructura misma del lenguaje y, por consiguiente, en las relaciones constitutivas de la vida cultural. Algunas feministas dirigieron su atención a Lacan en un esfuerzo por moderar cierto tipo de posición utópica que sostenía que la reorganización radical de las relaciones de parentesco podía implicar la reorganización radical de la psique, la sexualidad y el deseo. En esta perspectiva, se consideraba que la esfera simbólica que obligaba a asumir una posición sexuada dentro del lenguaje era más decisiva que cualquier organización específica de parentesco. De modo tal que uno podría reacomodar las relaciones de parentesco fuera del escenario familiar y aún así descubrir que la propia sexualidad está construida en virtud de demandas simbólicas apremiantes y constitutivas más profundamente instaladas. ¿Cuáles son esas demandas? ¿Son anteriores a lo social, al parentesco, a lo político? Si operan como restricciones, ¿son por ello fijas?

Propongo que consideremos esa demanda simbólica a asumir una posición sexuada y qué implica tal demanda. Aunque en este capítulo no examinaremos todo el ámbito de las restricciones impuestas sobre el sexo y la sexualidad (una tarea infinita), propongo un modo general de enfocar las restricciones como los límites de lo que puede construirse y lo que no puede construirse. En el esquema edípico, la demanda simbólica que instituye el "sexo" aparece acompañada por la amenaza de castigo. La castración es la figura del castigo: el temor a la castración que motiva la asunción del sexo masculino, el temor a no ser castrada que motiva la asunción del sexo femenino. Implícitos en la figura de la castración, que opera de manera diferenciada para constituir la fuerza obligatoria del castigo generizado, hay por lo menos dos figuras no articuladas de la homosexualidad abyecta, el marica feminizado y la lesbiana falicizada; el esquema lacaniano supone que el terror a ocupar alguna de estas dos posiciones es lo que impulsa a adoptar una posición sexuada dentro del lenguaje, una posición que es sexuada en virtud de su posicionamiento heterosexual y que se asume a través de un movimiento que excluye y rechaza como abyectas las posiciones gay y lesbiana.

El principal propósito de este análisis no es señalar las restricciones que fijan las condiciones en las que se asumen las posiciones sexuadas, sino que se limita a indagar cómo se establece el carácter fijo de tales restricciones, qué (im)posibilidades sexuales hicieron las veces de restricciones constitutivas de la posicionalidad sexual y qué posibilidades tenemos de reelaborar esas restricciones partiendo de sus propios términos. Si asumir una posición sexuada es identificarse con una posición marcada dentro de la esfera simbólica y si identificarse implica imaginar la posibilidad de aproximarse a ese sitio simbólico, luego la imposición heterosexista que impulsa a asumir un sexo opera mediante la regula-

ción de la identificación fantasmática.[2] Para poder concretarse, el proyecto edípico depende de la fuerza amenazadora de su amenaza, de la resistencia a la identificación con una feminización masculina y una falización femenina. Pero, ¿qué ocurre si la ley que despliega la figura espectral de la homosexualidad abyecta como una amenaza se convierte en un sitio inadvertido de erotización? Y si el tabú llega a erotizarse precisamente para los sitios transgresores que produce, ¿qué ocurre con el Edipo, con la posicionalidad sexuada, con la apresurada distinción entre una identificación imaginaria o fantaseada y aquellas posiciones sociales y lingüísticas de "sexo" inteligible decretadas por la ley simbólica? El hecho de negarse a estar de acuerdo con la abyección de la homosexualidad, ¿necesita que se reconciba la economía psicoanalítica del sexo?

Ante todo debemos hacer tres críticas puntuales acerca de la categoría de sexo y de la noción de diferencia sexual según las presenta Lacan. En primer lugar, el empleo de la expresión "diferencia sexual" para denotar una relación simultáneamente anatómica y lingüística pone a Lacan en una dificultad tautológica. En segundo lugar, surge otra tautología cuando Lacan sostiene que el sujeto emerge sólo como consecuencia del sexo y la diferencia sexual y, sin embargo, insiste en que el sujeto debe cumplir y asumir su posición sexuada dentro del lenguaje. En tercer lugar, la versión lacaniana del sexo y la diferencia sexual coloca sus descripciones de la anatomía y el desarrollo en un marco no examinado de heterosexualidad normativa.

A quienes sostienen que Lacan ofrece un enfoque tautológico de la categoría de "sexo", uno bien podría replicarles que *por supuesto* eso es verdad; en realidad, que la tautología constituye el escenario mismo de la necesaria insistencia en la que se asume el "sexo". Por un lado, la categoría de sexo se asume; hay posiciones sexuadas que persisten dentro de un ámbito simbólico que existe antes de que los individuos se apropien de tales posiciones y que no puede reducirse a los diversos momentos en los cuales lo simbólico sujeta y subjetiva los cuerpos individuales de acuerdo con el sexo. Por otro lado, se supone que la categoría de sexo ya ha marcado ese cuerpo individual que ha sido entregado, por decirlo de alguna manera, a la ley simbólica a fin de que reciba su marca. Por lo tanto, el "sexo" es aquello que marca el cuerpo antes de su marca, fijando con antelación qué posición simbólica lo marcará y esta última "marca" es la que parece ser posterior al cuerpo, que le atribuye retroactivamente una posición sexual a un cuerpo. Esta marca y esta posición constituyen esa condición simbólica necesaria para que el cuerpo pueda significar. Pero aquí hay por lo menos dos complicaciones conceptuales: primero, el cuerpo está marcado por el sexo, pero esa marca que se le imprime al cuerpo es anterior a la marca, porque es la primera marca la que prepara al cuerpo para la segunda y, en segundo lugar, el cuerpo sólo es significable, sólo se presenta como aquello que puede ser significado en el lenguaje, por el hecho de estar marcado en este segundo sentido. Esto significa que cualquier apelación al cuerpo antes de lo simbólico debe darse dentro de lo simbólico, lo cual parece implicar que no hay ningún cuerpo anterior a su marcación. Si se acepta esta última implicación, nunca podremos hacer el relato de cómo un cuerpo llega a recibir la marca de la categoría de sexo, porque el cuerpo anterior a la marca sólo se constituye como cuerpo significable *a través* de la marca. O, más precisamente, cualquier relato que contáramos sobre un cuerpo de tal índole, que se abre camino hacia lo que habrá de darle su marca de sexo, será una ficción, aun cuando sea, quizás, una ficción necesaria.

Para Lacan, el deseo sexual se inicia por la fuerza de la prohibición. En realidad, el deseo está proscrito de la *joissance* (el goce) precisamente mediante la marca de la ley. El deseo viaja a lo largo de sendas metonímicas, a través de una lógica de desplazamiento, impulsado y frustrado por la fantasía imposible de recuperar el placer pleno anterior al advenimiento de la ley. Y no es posible retornar a ese sitio de abundancia fantasmática sin correr el riesgo de la psicosis. Pero, ¿qué es esta psicosis? y, ¿cómo es su representación figurada? La psicosis se presenta no sólo como la perspectiva de perder la condición de sujeto y, por lo tanto, la vida dentro del lenguaje, sino como el espectro aterrorizante de quedar sometido a un censor insoportable, de algún modo, una sentencia de muerte.

2. Empleo el término "fantasmático" para recordar el uso que le dan Jean Laplanche y J.- B. Pontalis, según el cual las locaciones identificatorias del sujeto son lábiles, uso que explico al final de la nota 7 *infra*. Conservo los términos "fantasía" y "fantasear" para referirme a aquellas imaginaciones activas que suponen una ubicación relativa del sujeto en relación con los esquemas reguladores.

La transgresión de ciertos tabúes acarrea el espectro de la psicosis, pero ¿en qué medida podemos entender la "psicosis" como relativa a las prohibiciones mismas que alertan contra ella? En otras palabras, ¿qué posibilidades culturales precisas amenazan al sujeto con una disolución psicótica, marcando así los límites del ser vivible? ¿Hasta qué punto es esa misma fantasía de la disolución psicótica el efecto de cierta prohibición en contra de aquellas posibilidades sexuales que revocan el contrato heterosexual? ¿En qué condiciones y bajo el imperio de qué esquemas reguladores se presenta la homosexualidad como la perspectiva viva de la muerte?[3] ¿En qué medida las desviaciones de las identificaciones edípicas ponen en tela de juicio la estasis estructural de los binarismos sexuales y sus relaciones con la psicosis?

3. Evidentemente, los discursos homofóbicos que entienden el sida como el resultado de la homosexualidad (con lo cual la hacen insegura por definición, el peligro mismo) antes que como el resultado del intercambio de fluidos, explotan y fortalecen este tropo ya circulante de la homosexualidad presentada como una especie de muerte social y psíquica. Aquí parece que *La pasión de Michel Foucault* de James Miller explota el tropo de la homosexualidad como un deseo de muerte en sí misma y no hace una adecuada distinción entre las prácticas homosexuales que constituyen una relación sexual segura y las que no. Aunque Miller no traza un vínculo causal estricto entre la homosexualidad y la muerte, su análisis se concentra precisamente en el nexo metafórico entre ambas, nexo que ocasionó la aparición de revisiones "sensatas" en las cuales, bajo la apariencia de crítica sobria, se expresa libremente cierta lascivia heterosexual. Uno de los escasos ejemplos en contra de esta tendencia es el análisis del libro de Miller ofrecido por Wendy Brown en *Differences: A Journal of Feminist Criticism*, otoño de 1993.

Significativamente, Miller combina tres conceptos separados: (1) una noción popular del "deseo de muerte", entendido como un deseo de morir, con (2) una noción psicoanalítica de "pulsión de muerte", entendida como una tendencia *conservadora*, regresiva y repetitiva mediante la cual un organismo se esfuerza por alcanzar el equilibrio (difícil de conciliar con los excesos orgiásticos de "autodestrucción" sin un argumento amplio que no se ofrece en absoluto) y (3) la noción introducida por Georges Bataille de "la muerte del sujeto" y el concepto de "la muerte del autor" de Foucault. Aparentemente Miller no comprende que este último concepto no es lo mismo que la muerte del organismo biológico, sino que, tanto en el caso de Bataille como en el de Foucault, opera como una posibilidad vitalista y de afirmación de la vida. Si "el sujeto" en su presunción de autodominio *resiste* y domestica la vida mediante su insistencia en el control instrumental, el sujeto es *en sí mismo* un signo de muerte. El sujeto descentrado o derrotado inicia la posibilidad de un erotismo elevado y una afirmación de la vida más allá del circuito hermético y cerrado del sujeto. Así como, para Foucault, la muerte del autor es en algunos sentidos el comienzo de una concepción de la escritura como aquello que precede y moviliza a quien escribe, que conecta al que escribe con un lenguaje que lo "escribe" a él, del mismo modo, en Bataille, "la muerte del sujeto" es en ciertos sentidos el comienzo de un erotismo que mejora la vida. Sobre la vinculación que explícitamente hace Foucault entre la coreografía sadomasoquista y la afirmación de la vida a través de las relaciones eróticas, véase "Interview with Foucault", *Salmagundi*, invierno de 1982-1983, pág. 12.

¿Qué ocurre cuando las prohibiciones primarias contra el incesto producen desplazamientos y sustituciones que no se ajustan a los modelos esbozados antes? En realidad, una mujer puede hallar el remanente fantasmático de su padre en otra mujer o sustituir su deseo de la madre en un hombre, y en ese momento se produce cierto entrecruzamiento de deseos heterosexuales y homosexuales. Si admitimos el supuesto psicoanalítico de que las prohibiciones primarias no sólo producen desvíos del deseo sexual, sino que también consolidan un sentido psíquico del sexo y la diferencia sexual, de ello parece desprenderse que los desvíos coherentemente heterosexualizados requieren que las identificaciones se efectúen sobre la base de cuerpos similarmente sexuados y que el deseo se desvíe a través de la división sexual hacia miembros del sexo opuesto. Pero, si un hombre puede identificarse con su madre y producir deseo partiendo de esa identificación (sin duda, un proceso complicado que no puedo delinear aquí acabadamente), ya ha confundido la descripción psíquica del desarrollo de género estable. Y si ese mismo hombre desea a otro hombre o a una mujer, su deseo ¿es homosexual, heterosexual o hasta lesbiano? ¿Y qué significa restringir a cualquier individuo dado a una única identificación? Las identificaciones son múltiples y desafiantes y es posible que deseemos más intensamente a aquellos individuos que reflejen de manera densa o saturada las posibilidades de sustituciones múltiples y simultáneas, entendiendo que la sustitución implica una fantasía de recuperar un objeto primario de amor perdido –y producido– a través de la prohibición. Puesto que una cantidad de tales fantasías pueden llegar a constituir y saturar un sitio de deseo, no estamos en posición de *o bien* identificarnos con un sexo dado *o bien* desear a alguien de ese sexo; en realidad, de manera más general, no estamos en posición de establecer que la posición y el deseo sean fenómenos recíprocamente excluyentes.

Por supuesto, empleo la gramática de un "yo" o un "nosotros" como si estos sujetos precedieran y activaran sus diversas identi-

ficaciones, pero ésta es una ficción gramatical, una ficción que me gusta emplear aun cuando corra el riesgo de respaldar una interpretación que está en contra de la que quiero presentar. Porque no hay un "yo" previo a su asunción de sexo y no hay ninguna asunción que no sea inmediatamente una identificación imposible y sin embargo necesaria. No obstante, utilizo la gramática que niega esta temporalidad –e indudablemente ella me usa a mí– sólo porque no puedo hallar en mí un deseo de imitar demasiado exactamente la prosa a veces tortuosa de Lacan (ya la mía es suficientemente difícil).

Identificarse no es oponerse al deseo. La identificación es una trayectoria fantasmática y una resolución del deseo; adoptar un lugar; territorializar un objeto que permite la identidad mediante la resolución temporal del deseo, pero éste continúa siendo deseo, aunque sólo sea en su forma repudiada.

Mi referencia a la identificación múltiple no equivale a sugerir que todos se sientan impulsados a ser o tener tal fluidez identificatoria. La sexualidad está tan motivada por la fantasía de recuperar objetos perdidos como por el deseo de permanecer protegido de la amenaza de castigo que tal recuperación podría causar. En la obra de Lacan, esta amenaza aparece habitualmente mencionada como el Nombre del Padre, es decir, la ley del padre que determina las relaciones apropiadas de parentesco que incluyen las líneas apropiadas y recíprocamente excluyentes de identificación y deseo. Cuando la amenaza de castigo ejercida por esa prohibición es demasiado grande, puede ocurrir que deseemos a alguien que nos mantenga alejados de ver siquiera el deseo por el cual podemos ser objeto de castigo y al apegarnos a esa persona, puede ocurrir que efectivamente nos castiguemos de antemano y, en realidad, generemos el deseo por ese autocastigo, en él y a través de él.

O también puede ocurrir que se hagan ciertas identificaciones y afiliaciones, ciertas conexiones compasivas amplificadas, precisamente para poder instituir una *des*identificación con una posición que parece demasiado saturada de dolor y agresión, una posición que, en consecuencia, sólo podría ocuparse imaginando directamente la pérdida de una identidad viable. Por consiguiente, la lógica peculiar del gesto compasivo mediante el cual uno objeta el daño hecho a otro para desviar la atención de un daño infligido a uno mismo, un gesto que se transforma así en el vehículo de desplazamiento mediante el cual uno siente *a través del otro y como el otro*. Inhibido de demandar por el daño en el propio nombre (por temor a que se lo hunda aún más en esa abyección misma y/o a caer inoportunamente en la ira), uno hace la reivindicación en nombre de otro llegando tal vez hasta a denunciar a aquellos que devuelven amabilidades y reclaman por uno mismo. Si este "altruismo" constituye el desplazamiento del narcisismo o el amor a sí mismo, luego, el sitio exterior de identificación inevitablemente llega a saturarse del resentimiento que acompaña a la expropiación, la pérdida del narcisismo. Esto explica la ambivalencia propia de las formas políticas de altruismo.

De modo que las identificaciones pueden proteger contra ciertos deseos o actuar como vehículos del deseo; para poder facilitar ciertos deseos, tal vez sea necesario evitar otros: la identificación es el sitio en el cual se dan la prohibición y la producción ambivalentes del deseo. Si asumir un sexo es en cierto sentido una "identificación", parecería que la identificación es un sitio en el cual se negocian insistentemente la prohibición y la desviación. Identificarse con un sexo es mantener cierta relación con una amenaza imaginaria, imaginaria y vigorosa, que es vigorosa precisamente porque es imaginaria.

En "La significación del falo", después de un apartado sobre la castración, Lacan observa que el hombre (*Mensch*) afronta una antinomia inherente a la asunción de su sexo. Y luego hace una pregunta: "¿Por qué debe aceptar sus atributos [de sexo] sólo ante una amenaza o hasta con la apariencia de una privación?" (Rose, 75).[4] Lo simbólico marca el cuerpo mediante el sexo, amenazando a ese cuerpo a través del despliegue/producción de una amenaza imaginaria, una castración, una privación de alguna parte corporal: éste debe ser el cuerpo masculino que perderá el miembro que se niega a someter a la inscripción simbólica; sin la inscripción simbólica, ese cuerpo será negado. Entonces, ¿a quién se le hace esa amenaza? Debe de haber un cuerpo tembloroso anterior a la ley, un cuerpo cuyo temor puede inculcarse mediante la ley, una

4. Jacques Lacan, "The Meaning of the Phallus", pág. 75. Original: "Il y a là une antinomie interne à l'assomption par l'homme (*Mensh*) de son sexe; pourquoi doit-il n'en assumer les attributs qu'à travers une menace, voire sous l'aspect d'une privation?" (*Écrits* II, págs. 103-104).

ley que produce el cuerpo tembloroso preparado para su inscripción, una ley que marca el cuerpo *primero* con el temor y luego vuelve a marcarlo con el sello simbólico del sexo. Acatar la ley, acceder a lo que prescribe la ley es producir un alineamiento con la posición sexual señalada por lo simbólico, pero también es fracasar siempre en el intento de aproximarse a esa posición y sentir la distancia entre esa identificación imaginaria y lo simbólico como amenaza de castigo, la incapacidad de ajustarse al modelo, el espectro, de la abyección.

Por supuesto, se dice que las mujeres ya están desde siempre castigadas, castradas y que su relación con la norma fálica será la envidia del pene. Y esto debe de haber ocurrido primero, puesto que se dice que los hombre observan esta figura de castración y temen cualquier identificación con ella. Llegar a ser como ella, devenir esa figura, ése es el temor a la castración y, por lo tanto, el temor a caer también en la envidia del pene. La posición simbólica que marca un sexo como masculino es una posición a través de la cual se dice que lo masculino "tiene" el falo; es una posición que obliga mediante la amenaza del castigo, es decir, la amenaza de feminización, una identificación imaginaria y, por lo tanto, inadecuada. De modo que el esfuerzo imaginario masculino por identificarse con esta posición de tener el falo *supone ya* cierto fracaso inevitable, una incapacidad de tener y un anhelo de tener una envidia del pene que no es lo *opuesto* del temor a la castración, sino que es *su suposición misma.* No podría haber envidia del pene, si el falo no fuera ya separable, si no estuviera ya en otra parte, ya desposeído; lo que constituye la preocupación obsesiva de la angustia de castración no es meramente el espectro de que se pierda el falo. *Es el espectro del reconocimiento de que ya estuvo siempre perdido, la derrota de la fantasía de que alguna vez podría poseérselo: la pérdida del referente de la nostalgia.* Si el falo excede todo esfuerzo de identificarse con él, luego, esta incapacidad de aproximarse al falo constituye la relación necesaria de lo imaginario con el falo. En este sentido, el falo está desde siempre perdido y el temor de la castración es un temor a que la identificación fantasmática choque con lo simbólico y se disuelva en lo simbólico, un temor a reconocer que no puede haber ninguna obediencia final a ese poder simbólico y éste debe ser un reconocimiento que, de alguna manera operativa, uno ya ha hecho.

Lo simbólico marca un cuerpo como femenino a través de la marca de la privación y la castración, pero ¿puede obligar a aceptar esa castración mediante la amenaza del castigo? Si la castración es la figura misma del castigo con que se amenaza al sujeto masculino, parecería que el hecho de asumir la posición femenina no sólo está impulsado por la amenaza de castigo (aparentemente su destino es la alternativa que se sigue de la conjunción disyuntiva "o", pero el "*voire*" francés señala menos una oposición que una afirmación enfática que sería mejor traducir como "hasta" o "incluso"). La posición femenina se constituye como la figura que representa ese castigo, la representación de esa amenaza y, por lo tanto, se produce como una falta sólo en relación con el sujeto masculino. Asumir la posición femenina es adoptar la figura de castración o, por lo menos, negociar una relación con ella, simbolizando a la vez la amenaza a la posición masculina y la garantía de que lo masculino "tiene" el falo. Precisamente porque la garantía puede perderse a causa de la amenaza de castración, la posición femenina debe aceptarse como su modo tranquilizador. Esta "identificación" se produce pues *repetidamente* y en la demanda de que la identificación sea *reiterada* persiste la posibilidad, la amenaza, de que pueda *no* repetirse.

Pero entonces, ¿cómo se conmina a alguien a asumir la castración femenina? ¿Cuál es el castigo para quien se niega a aceptar el castigo? Podríamos esperar que esta denegación o esta resistencia se represente mediante la figura de un falicismo que debe ser castigado. La incapacidad de aproximarse a la posición simbólica de lo femenino –una incapacidad que caracterizaría todo intento imaginario de identificarse con lo simbólico– se construiría como una incapacidad de someterse a la castración y de hacer la identificación necesaria con la madre (castrada) y producir, en virtud de esta identificación, una versión desplazada del padre (imaginario) que ha de desearse. La incapacidad de someterse a la castración parece capaz de producir sólo su opuesto: la figura espectral de la castradora con la cabeza de Holofernes en la mano. Esa figura de falicismo excesivo, tipificada por la madre fálica, es devoradora y destructiva, el destino negativo del falo cuando se adhiere a la posición femenina. Esta construcción, significativa en su misoginia, sugiere que "tener el falo" es una operación mucho más destructiva en su versión femenina que en su versión masculina, una

afirmación que sintomatiza el desplazamiento de la destructividad fálica e implica que las mujeres no tienen ninguna manera de asumir el falo salvo en sus modalidades más mortíferas.

La "amenaza" que conmina a asumir los atributos masculinos y femeninos es, en el primer caso, el descenso a la castración femenina y a la abyección y, en el segundo, el monstruoso ascenso al falicismo. Estas dos figuras del infierno que constituyen el estado de castigo con que amenaza la ley, ¿son en parte figuras de la abyección homosexual, una vida posterior generizada? ¿El "marica" feminizado y la "lesbiana falicizada"? ¿Son estas figuras no delineadas las ausencias estructurantes de la demanda simbólica? Si un hombre se niega demasiado radicalmente a "tener el falo", será castigado con la homosexualidad y, si una mujer se niega demasiado radicalmente a asumir su posición de castración, será castigada con la homosexualidad. Aquí, las posiciones sexuadas, supuestamente inherentes al lenguaje, se estabilizan a través de una relación especular jerarquizada y diferenciada (el "tiene"; ella "refleja el tener de él" y tiene el poder de ofrecer o retirar esa garantía; por consiguiente, ella "es" el falo, castrado, que potencialmente amenaza con la castración). No obstante, esta relación especular se establece mediante la exclusión y la abyección de un terreno de relaciones donde se realizan todas las identificaciones erradas: los hombres que desean "ser" el falo para otros hombres, las mujeres que desean "tener" el falo para otras mujeres, las mujeres que desean "ser" el falo para otras mujeres, los hombres que desean "tener y ser" el falo para otros hombres, en un escenario en el que el falo se transfiere no solamente entre las modalidades de ser y tener, sino además entre los individuos que se relacionan entre sí dentro de un circuito volátil de intercambio, hombre que desean "ser" el falo para una mujer que lo "tiene", mujeres que desean "tenerlo" para un hombre que lo "es".

Y aquí es importante señalar que lo que ocurre no es sólo que el falo exceda su circunscripción, sino que también puede ser un principio estructurante del intercambio sexual ausente, indiferente o si no disminuido. Además, no estoy tratando de sugerir que haya sólo dos figuras de abyección, las versiones invertidas de la masculinidad y la femineidad heterosexuales; por el contrario, estas figuras de abyección, que son figuras inarticuladas y sin embargo

organizadoras dentro de la simbólica lacaniana, niegan precisamente el tipo de entrecruzamiento complejo de identificación y deseo que podría exceder y desafiar el marco binario mismo. En realidad, lo que se excluye de la figuración binaria de heterosexualidad normalizada y homosexualidad abyecta es toda la gama de disconformidades identificatorias. El binarismo de, por un lado, la homosexualidad masculina feminizada y, por el otro, la homosexualidad femenina masculinizada, se produce como el espectro restrictivo que constituye los límites demarcadores del intercambio simbólico. Es importante señalar que éstos son espectros producidos *por* ese simbolismo como su exterior amenazante como un modo de salvaguardar su permanente hegemonía.

El hecho de asumir la marca de la castración, una marca que, después de todo, es una carencia, una falta que designa por ausencia la esfera de lo femenino, puede precipitar una serie de crisis impredecibles dentro del esquema simbólico que pretende circunscribirlas. Si la identificación con la posición simbólica de castración está destinada a fracasar, si sólo puede representar repetida y vanamente una aproximación fantasmática de tal posición y nunca se ajusta plenamente a esa demanda, luego, siempre hay cierta distancia crítica entre lo que la ley conmina a cumplir y la identificación que el cuerpo femenino exhibe como la prueba de su lealtad a la ley. El cuerpo marcado como femenino ocupa o habita su marca a una distancia crítica, con una inquietud radical o con un placer fantasmático y tenue o con cierta mezcla de angustia y deseo. Si bien ella está marcada como castrada, debe sin embargo *asumir* esa marca, entendiendo por "asunción" tanto el deseo de identificarse como su imposibilidad.[5] Porque si ella debe asumir, cumplir, aceptar su castración, ya al comienzo hay un *fracaso* de socialización en relación con esa marca, cierta existencia excesiva

5. Nótense las raíces teológicas de la palabra "asumir" en la noción de "Asunción" (*assomption*) de la Virgen al cielo. Esta absorción en el reino de lo divino se transforma en Lacan en la figura que representa el modo en que se adquiere el sexo. La fuerza de la "asunción" procede claramente de la ley. No obstante, significativamente, esta asunción del sexo se representa mediante la elevación de la Virgen, una figura de ascenso casto que instala así una prohibición sobre la sexualidad femenina en el momento de ascender al "sexo". Por lo tanto, adoptar un sexo es a la vez la regulación de una sexualidad y, más específicamente, la separación de la sexualidad femenina en lo idealizado y lo deshonrado.

de ese cuerpo por fuera y más allá de su marca.[6] Hay un cuerpo al cual/a quien se dirige la amenaza o el castigo codificado y representado por la marca, alguien a quien se conmina insistentemente mediante el miedo al castigo y que no es todavía o no es siempre una figura de acatamiento estricto. En realidad, hay un cuerpo que no ha logrado realizar su castración de acuerdo con la ley simbólica, algún sitio de resistencia, alguna manera persistente de no renunciar al deseo de tener el falo.

Si bien este análisis se presta a la acusación de envidia del pene, también obliga a reconsiderar la condición inestable de la identificación en cualquier acto envidioso: en la estructura misma de la envidia existe la posibilidad de una identificación imaginaria, de un pasarse al lado de "tener" el falo, una posibilidad que se reconoce, aunque esté obstruida. Y, si hay una ley que debe impulsar a una identificación femenina con una posición de castración, parece que esta ley "sabe" que la identificación pueden funcionar de manera diferente, que puede haber un esfuerzo femenino por identificarse con "tener" el falo que se resista a su demanda y también sabe que es necesario que la persona renuncie a esta posibilidad. Aunque la posición femenina se presente como ya castrada y, por lo tanto, sujeta a la envidia del pene, parece que la envidia del pene marca no sólo la relación masculina con lo simbólico, sino que además marca toda relación con el deseo de tener el falo, ese vano intento de aproximarse a aquello que nunca nadie ha tenido y poseerlo, aquello que, sin embargo cualquiera puede tener a veces en la esfera transitoria de lo imaginario.

Pero, ¿cómo y cuándo se produce la identificación? ¿Cuándo podemos decir con seguridad que se ha dado una identificación? Significativamente, nunca se puede decir que tal identificación se ha verificado; la identificación no corresponde al mundo de los eventos. La identificación se representa constantemente con la

6. Véase el importante uso que se hace de la noción de "fracaso" identificatorio en Jacqueline Rose, *Sexuality and the Field of Vision*, Londres, Verso, 1986, págs. 90-91; Mary Anne Doane, "Commentary: Post-Utopian Difference", en Elizabeth Weed (comp.), *Coming to Terms: Feminism, Theory, Politics*, Nueva York, Routledge, 1989, pág. 76; Teresa de Lauretis, "Freud, Sexuality, Perversion", en Donna Stanton (comp.), *Discourses of Sexuality*, Anne Harbor, University of Michigan Press, 1993, pág. 217.

figura de un evento o un logro deseado, pero que nunca se alcanza; la identificación es la escenificación fantasmática del evento.[7] En este sentido, las identificaciones corresponden a la esfera imaginaria; son esfuerzos fantasmáticos de alineamiento, de lealtad, de cohabitación ambigua y transcorporal; desestabilizan el "yo"; son la sedimentación del "nosotros" en la constitución de cualquier "yo", la presencia estructurante de la alteridad en la formulación misma del "yo". Las identificaciones nunca se concretan plena y finalmente; son objeto de una incesante reconstitución y, como tales, están sometidas a la lógica volátil de la iterabilidad. Constantemente se las reordena, se las consolida, se las cercena, se las combate y, en ocasiones, se las obliga a ceder. Que esa resistencia sólo se vincule aquí con la posibilidad de *fracaso* mostrará la impropiedad poiítica de esta concepción de la ley, porque la formulación sugiere que la ley, el mandato, que produce este fracaso no puede reelaborarse ni revocarse en virtud de las resistencias que genera. ¿Qué jerarquía tiene esta ley como sitio de poder?

7. Véase J. Laplanche y J. B. Pontalis, "Fantasy and the Origins of Sexuality", en Victor Burgin, James Donald, Cora Kaplan (comps.), *Forming of Fantasy*, Londres, Methuen, 1986. En este sentido, la fantasía debe entenderse, no como una actividad *de* un sujeto ya formado, sino como la escenificación y dispersión del sujeto en una variedad de posiciones identificatorias. La escena de la fantasía deriva de la imposibilidad de retornar a las satisfacciones primarias; por lo tanto, la fantasía repite ese deseo y esa imposibilidad y se mantiene estructurada mediante la prohibición a la posibilidad de retornar a los orígenes. El ensayo se ofrece como una versión del "origen" de la fantasía, pero se ve impedido por la misma prohibición. De ahí que el esfuerzo por describir *teoréticamente* los orígenes de la fantasía sea también una *fantasía* de origen.

El concepto de "fantasía original" que describen Laplanche y Pontalis no es *un objeto* de deseo, sino que constituye el escenario o la ambientación para el deseo: "En la fantasía, el sujeto no persigue el objeto o su signo: aparece atrapado en la secuencia de imágenes. No crea ninguna representación del objeto deseado, sino que se representa a sí mismo como participante de la escena que crea, aunque, en las primeras formas de fantasía, no puede asignarse ningún lugar fijo en ella (en consecuencia, el peligro que implican en el tratamiento las interpretaciones que pretenden asignárselo). Como resultado de ello, el sujeto, aunque está siempre presente en la fantasía, puede estarlo en una forma desubjetivada, es decir, en la sintaxis misma de la secuencia en cuestión. Por otro lado, en la medida en que el deseo no es puramente un aumento de las pulsiones, sino que está articulado en la fantasía, esta última es un lugar privilegiado para las reacciones defensivas más primitivas, tales como volverse contra uno mismo o transformarse en lo opuesto, proyección, negación: estas defensas están siempre indisolublemente ligadas a la función primaria

Entendida como un esfuerzo fantasmático sujeto a la lógica de iterabilidad, una identificación siempre se produce en relación con una ley o, más específicamente, con una prohibición que se ejerce mediante una amenaza de castigo. La ley, entendida aquí como la demanda y la amenaza surgida en virtud de lo simbólico y a través de lo simbólico, impulsa la forma y la dirección de la sexualidad instilando temor. Si la identificación apunta a producir un yo que, como insiste en afirmar Freud, es "ante todo y sobre todo un yo corporal", en concordancia con una posición simbólica, luego, el *fracaso* de las fantasías identificatorias constituye el sitio de resistencia a las leyes. Pero el fracaso o la denegación a reiterar la ley no cambia en sí mismo la estructura de la demanda que hace la ley. La ley continúa haciendo su demanda, pero la incapacidad de acatarla produce una inestabilidad del yo en el nivel de lo imaginario. La desobediencia a la ley se transforma en la promesa de lo

de la fantasía: ser un escenario para el deseo, en la medida en que el deseo mismo se origina como prohibición y el conflicto puede ser un conflicto original" (págs. 26-27).

Anteriormente, Laplanche y Pontalis sostienen que la fantasía emerge con la condición de que se haya perdido un objeto original y esta aparición de la fantasía coincide con la aparición del autoerotismo. La fantasía se origina pues como un esfuerzo, tanto de *cubrir* como de *contener* la separación de un objeto original. Como consecuencia de ello, la fantasía es el disimulo de esa pérdida, la recuperación y articulación imaginarias de ese objeto perdido. Significativamente, la fantasía como una escena en la que la recuperación instala al "sujeto" y le asigna tanto la posición del deseo como la de su objeto. De este modo, la fantasía intenta superar la distinción entre un sujeto deseoso y su objeto instalando un escenario imaginario en el cual el sujeto se apropia de ambas posiciones y las habita. Esta actividad de "apropiación" y "habitación", que podríamos llamar la disimulación del sujeto en la fantasía, produce una reconfiguración del sujeto mismo. La idea de un sujeto que se opone al objeto de su deseo, que descubre ese objeto en su alteridad, es en sí misma el efecto de esta escena fantasmática. El sujeto sólo llega a la individuación a través de la pérdida. Esta pérdida nunca se afronta por completo precisamente porque emerge la fantasía y adopta la posición de objeto perdido y expande el circuito imaginario de que dispone el sujeto para habitar e incorporar esa pérdida. El sujeto surge, pues, en su individuación, como consecuencia de la separación, *como una escena*, que le permite realizar el desplazamiento. Precisamente porque esa separación es un trauma no tematizable, hace que el sujeto sólo pueda comenzar a experimentar su condición de individuo separado a través de una fantasía que lo dispersa y al mismo tiempo extiende el dominio de su autoerotismo. En la medida en que organiza el idilio del sujeto *consigo mismo*, recuperando y negando la alteridad del objeto perdido al instalarlo como una instancia más del sujeto, la fantasía delimita un proyecto de incorporación autoerótica.

imaginario y, en particular, de la inconmensurabilidad de lo imaginario y lo simbólico. Pero la ley, lo simbólico, permanece intacto, aun cuando se cuestione su autoridad para exigir el acatamiento estricto de las "posiciones" que establece.

Para algunas lectoras feministas de Lacan, esta versión de la resistencia constituyó la promesa del psicoanálisis de combatir las posiciones jerárquicas y estrictamente opuestas. Pero, esta visión de la resistencia, ¿no ha pasado por alto el rango que tiene lo simbólico como ley inmutable?[8] La mutación de esa ley, ¿cuestionaría no sólo la heterosexualidad obligatoria atribuida a lo simbólico, sino además la estabilidad y la nitidez de la distinción entre los registros simbólico e imaginario del esquema lacaniano? Parece esencial preguntarse si la resistencia a una ley inmutable es una *suficiente* oposición política a la heterosexualidad obligatoria, es decir, si esa resistencia se resguarda limitándose al plano imaginario y de ese modo se niega a entrar en la estructura misma de lo simbólico.[9] ¿Hasta qué punto lo simbólico se eleva inadvertidamente a una posición indiscutible precisamente domesticando la resistencia dentro de la esfera imaginaria? Si lo simbólico está estructurado por la Ley del Padre, luego, la resistencia feminista a lo simbólico, sin darse cuenta, *protege* la ley del padre al relegar la resistencia femenina al dominio menos eficaz y menos resistente de lo imaginario. De modo que, a través de este movimiento se valoriza la especificidad de la resistencia femenina y se la inhabilita tranquilizadoramente. Al aceptar la división radical entre lo simbólico y lo imaginario, los términos de la resistencia feminista reconstituyen "esferas separadas", sexualmente diferenciadas y jerarquizadas. Aunque la resistencia constituya una fuga temporal del poder constituyente de la ley, no puede entrar en la dinámica a través de la cual lo simbólico reitera su poder y por

8. Sobre una lectura de Lacan que sostiene que la prohibición, o más precisamente *la interdicción*, es fundacional, véase Jean-Luc Nancy y Philippe Lacoue-Labarthe, *The Title of the Letter: A Reading of Lacan* (trad. François Raffoul y David Pettigrew), Albany, SUNY Press, 1992.

9. Éste es un problema que he señalado ya en relación tanto con el psicoanálisis como con Foucault en "Subjection and Resistance: Between Freud and Foucault", en John Rajchman (comp.), *The Questions of Identity*, Nueva York, Routledge, 1994.

ello no puede alterar el sexismo y la homofobia estructurales de las demandas sexuales.[10]

Lo simbólico se entiende como la dimensión normativa de la constitución del sujeto sexuado dentro del lenguaje. Consiste en una serie de demandas, tabúes, sanciones, mandatos, prohibiciones, idealizaciones imposibles y amenazas: actos performativos del habla, por así decirlo, que ejercen el poder de producir el campo de los sujetos sexuales culturalmente viables. Pero, ¿qué configuración cultural de poder organiza estas operaciones normativas y productivas de la constitución del sujeto?

El "sexo" siempre se produce como una reiteración de normas hegemónicas. Esta reiteración productiva puede interpretarse como una especie de performatividad. La performatividad discursiva parece producir lo que nombra, hacer realidad su propio referente, nombrar y hacer, nombrar y producir. Paradójicamente, sin embargo, esta capacidad productiva del discurso es derivativa, es

10. Kaja Silverman ofrece una alternativa innovadora a las implicaciones heterosexistas de universalizar la Ley del Padre, con lo cual sugiere que es posible proponer una rearticulación de lo simbólico que no esté gobernada por el falo. Silverman argumenta en favor de una distinción entre la ley simbólica y la Ley del Padre. Inspirándose en "The Traffic in Women" de Gayle Rubin, Silverman sostiene que la prohibición del incesto no debería asociarse con el Nombre del Padre: "Ni Lévi-Strauss, ni Freud, ni Lacan, ni Mitchell [...] aducen ningún imperativo estructural, análogo a la prohibición del incesto, que dicte que sean las mujeres antes que los hombres –o que las mujeres y los hombres– quienes deban circular [como obsequios de intercambio], ni es posible hallar semejante imperativo. En consecuencia, debemos separar decididamente la prohibición del incesto de la ley del Nombre del Padre, para poder afirmar –a pesar de la escasez de testimonios históricos a favor– que la Ley de la Estructura de Parentesco no es necesariamente fálica" (Kaja Silverman, *Male Subjectivity at the Margins*, pág. 37). En lo que se refiere a tratar de establecer una manera de explicar las rearticulaciones simbólicas que no recapitulan la heterosexualidad obligatoria (y el intercambio de mujeres) como premisa de la inteligibilidad cultural, coincido claramente con el proyecto de Silverman. Y es posible que la rearticulación del falo en el ámbito lesbiano constituya la "inversión" de la *des*constitución del falo que ella describe en la fantasía de los hombres *gay*. Sin embargo, no estoy segura de que el hecho de decirle "no" al falo y, por lo tanto a lo que simboliza el poder (pág. 389) –dentro de lo que Silverman llama, siguiendo a Jacques Rancière, la "ficción dominante"–, no sea en sí mismo una reformulación del poder, del poder como resistencia. No obstante, concuerdo con Silverman en que no hay ninguna razón necesaria para que el falo continúe significando el poder, y solamente agregaría que esa vinculación significante puede quebrarse en parte mediante el tipo de rearticulaciones que hacen proliferar y vuelven difusos los sitios significantes del falo.

una forma de iterabilidad o rearticulación cultural, una práctica de *re*significación, no una creación *ex nihilo*. De manera general, lo performativo funciona para producir lo que declara. Como prácticas discursivas (los "actos" performativos deben repetirse para llegar a ser eficaces), las performativas constituyen un lugar de *producción discursiva*. Ningún acto puede ejercer el poder de producir lo que declara, independientemente de una práctica regularizada y sancionada. En realidad, un acto performativo, separado de un conjunto de convenciones reiteradas y, por lo tanto, sancionadas, sólo puede manifestarse como un vano esfuerzo de producir efectos que posiblemente no pueda producir.

Consideremos la importancia que tiene en la esfera del simbolismo lacaniano la lectura desconstructiva de los imperativos jurídicos. La autoridad/ el juez (llamémoslo "él") que aplica la ley mencionándola no contiene en su persona esa autoridad. Como la persona que habla eficazmente en nombre de la ley, el juez no origina la ley ni su autoridad; antes bien, "cita" la ley, consulta y vuelva a invocar la ley y, en esa reinvocación, reconstituye la ley. El juez se instala pues en medio de una cadena significante, donde recibe y recita la ley y, al recitarla, hace resonar la autoridad de la ley. Cuando la ley funciona como una ordenanza o sanción, opera como un imperativo que da vida a aquello que impone y protege. La performativa que habla de la ley, una "enunciación" que dentro del discurso legal con la mayor frecuencia está inscrita en un libro de leyes, sólo funciona reelaborando una serie de convenciones que ya son operativas. Y estas convenciones no tienen como base una autoridad que las legitime, salvo la cadena de ecos de su propia reinvocación.

Paradójicamente, lo que *invoca* quien recita o inscribe la ley es *la ficción* de un vocero que ejerce la autoridad para hacer que sus palabras deban cumplirse, la encarnación legal de la palabra divina. Sin embargo, si bien el juez cita la ley, él mismo no es la autoridad que inviste la ley con su poder obligatorio; por el contrario, tiene que recurrir a una convención legal autorizada que lo precede. Su discurso llega a ser un sitio donde se reconstituye y se resignifica la ley. Pero, la ley ya existente que él cita, ¿de dónde obtiene su autoridad? ¿Hay una autoridad original, una fuente primaria? O, en realidad, ¿es *en* la práctica misma de la cita –potencialmente infinita en su retroceso– donde se constituye el fun-

damento de autoridad como *diferimiento* perpetuo? Dicho de otro modo: precisamente la autoridad se constituye haciendo retroceder infinitamente su origen hasta un pasado irrecuperable. Este diferimiento es el acto repetido mediante el cual se obtiene legitimación. La referencia a una base que nunca se recobra llega a constituir el fundamento sin fundamento de la autoridad.[11]

El proceso de "asumir" un sexo, ¿se asemeja a un acto del habla? ¿O se trata de una estrategia referencial o una práctica resignificante o, al menos, de una táctica de esta índole?

En la medida en que se afirme el "yo" en virtud de su posición sexuada, este "yo" y su "posición" sólo pueden asegurarse mediante su asunción *repetida*, entendiendo por "asunción" no un acto o evento singular, sino, antes bien, una práctica iterativa. Si "asumir" una posición sexuada implica recurrir a una norma legislativa, como afirmaría Lacan, luego, la "asunción" no es más que la *repetición* de esa norma, es citar o imitar esa norma. Y una cita será a la vez una interpretación de la norma y una oportunidad de exponer la norma misma como una interpretación privilegiada.

Esto sugiere que las "posiciones sexuadas" no son localidades, sino prácticas citacionales instituidas dentro del terreno jurídico, un ámbito de restricciones constitutivas. La encarnación del sexo sería una manera de "citar" la ley, pero no puede decirse que ni el sexo ni la ley existen antes que sus diversas encarnaciones y citas. La ley parece preceder a su cita, cuando se establece una determinada cita como "la ley". Además, la incapacidad de "citar" la ley o ejemplificarla correcta o completamente sería no sólo la condición movilizadora de tal cita sino además su consecuencia sancionable. Puesto que la ley debe repetirse para continuar siendo una ley autorizada, la ley reinstituye perpetuamente la posibilidad de su propio fracaso.

Lo que *produce* el poder excesivo de lo simbólico es la cita mediante la cual la ley cobra cuerpo. No se trata de que la ley simbólica, las normas que gobiernan las posiciones sexuadas (mediante amenazas de castigo), sea más amplia y potente que cualquiera

11. En este contexto podría considerarse la parábola de Franz Kafka, "Un mensaje imperial", donde la fuente de la ley se vuelve finalmente indiscernible y el mandato de la ley se hace cada vez más ilegible; Franz Kafka, *Parables and Paradoxes*, Nueva York, Schocken, 1958, págs. 13-16.

de los esfuerzos imaginarios de identificarse con esas posiciones. Porque, ¿cómo explicamos el modo en que lo simbólico llega a estar investido de poder? La práctica imaginaria de identificación debe entenderse como un movimiento doble: al citar lo simbólico, una identificación (re)invoca y re(inviste) la ley simbólica, procura recurrir a ella como una autoridad constituyente que precede sus aplicaciones imaginarias. Sin embargo, la prioridad y la autoridad de lo simbólico se constituye *a través* de ese giro estratégico que permite que la cita, en este caso como en el anterior, haga cobrar cuerpo a la autoridad previa misma a la que luego se refiere. Subordinar la cita a su origen (infinitamente diferido) es pues una estratagema, una disimulación, mediante la cual se hace *derivar* la autoridad anterior *de* la instancia contemporánea de su cita. De modo tal que no hay una posición previa que legisle, inicie o motive los diversos esfuerzos por corporizar o ejemplificar esa posición; antes bien, esa posición es la ficción producida en el curso de sus ejemplificaciones. En este sentido, pues, cada caso produce la ficción de una existencia previa de las posiciones sexuadas.

Por lo tanto, la pregunta que sugiere la discusión presentada antes sobre la performatividad es si la ley simbólica no es precisamente el tipo de ley a la cual se refiere la práctica citacional del sexo, el tipo de autoridad "previa" que, en realidad, se produce como el efecto de la cita misma. Por lo demás, habría que preguntarse también si en este caso la cita exige el repudio, se realiza mediante una serie de repudios, invoca la norma heterosexual excluyendo las posibilidades opositoras.

Si para que puedan asumirse las posiciones sexuadas, *deben* repudiarse las figuras de la abyección homosexual, luego, el retorno de tales figuras como sitios de catexia erótica configurarán la esfera de las posiciones opositoras dentro de lo simbólico. Puesto que ninguna *posición* puede garantizarse mediante la diferenciación, ninguna de tales posiciones existiría en simple oposición a la heterosexualidad normativa. Por el contrario, serían posiciones que refigurarían, redistribuirían y resignificarían los elementos que conforman el ámbito simbólico y, en este sentido, constituirían una rearticulación subversiva de dicho ámbito.

No obstante, la argumentación que hacía Foucault en *Historia de la sexualidad. Volumen I* era aún más vigorosa: la ley jurídica,

la ley reguladora, apunta a confinar, a limitar o a prohibir cierto conjunto de actos, de prácticas, de sujetos, pero en el proceso de articular y elaborar esa prohibición, la ley proporciona *la ocasión discursiva* para que se den la resistencia, la resignificación y la autosubversión potencial de esa ley. De manera general, Foucault considera que el proceso de significación que gobierna las leyes jurídicas excede sus fines putativos; por lo tanto, una ley prohibitiva, al destacar determinada práctica en el discurso, produce la oportunidad de que surja una oposición pública que, inadvertidamente, puede alentar, reconfigurar y hacer proliferar el fenómeno social mismo que procura restringir. Según sus propias palabras, "En general, diría que la interdicción, la negación, la prohibición, lejos de ser formas esenciales de poder, sólo son sus límites: las formas frustradas o extremas de poder. Las relaciones de poder son, sobre todo, productivas."[12] En el caso de la sexualidad, que no es el ejemplo más corriente, la ley prohibitiva corre el riesgo de erotizar las prácticas mismas que caen bajo el escrutinio de la ley. La enumeración de prácticas prohibidas no sólo pone a tales prácticas en el escenario público, discursivo, sino que, al hacerlo, las produce como iniciativas potencialmente eróticas con lo cual las inviste eróticamente, aun cuando lo haga de manera negativa.[13] Además, las prohibiciones pueden convertirse en objetos de erotización, de modo tal que caer bajo la censura de la ley llega a ser lo que Freud llama una condición necesaria del amor.[14]

En el análisis sobre lo simbólico presentado antes consideramos que ciertas identificaciones rebeldes funcionaban dentro de esa economía como figuras de los castigos mismos a través de los cuales se imponía la asunción de las posiciones sexuadas. La lesbiana falicizada y el marica afeminado eran dos figuras de este

12. Michel Foucault, "End of the Monarchy of Sex", en Sylvere Lotriger (comp.), *Foucault Live* (trad. John Johnston), Nueva York, Semiotext(e), 1989, pág. 147.

13. Véase mi artículo "The Force of Fantasy: Mapplethorpe, Feminism, and Discursive Excess", *Differences*, 2:2, 1990, sobre una versión de cómo la erotización de la ley permite que se la haga objeto de un discurso inverso en el sentido foucaultiano.

14. Sigmund Freud "Observations of Transference-Love", 1915, *Standard Edition*, vol.12 [ed. cast.: "Puntualizaciones sobre el amor de transferencia", AE, vol. 12]; "Contributions to the Psychology of Love", 1910 (trad. Joan Rivière), *Sexuality and the Psychology of Love*, Nueva York, Collier, 1963, págs. 49-58.

estado de castigo generizado, pero evidentemente hay algo más: la lesbiana femenina pasiva que rechaza a los hombres, el gay masculino que desafía los supuestos de heterosexualidad y una variedad de otras figuras cuya complejidad manifiesta excede las caracterizaciones que puedan hacerse partiendo de las nociones convencionales de femineidad y masculinidad. En todo caso, lo que supone la perspectiva heterosexista de la esfera simbólica es que las identificaciones aparentemente invertidas señalan efectiva y exclusivamente la abyección *antes que* el placer, o indican abyección sin señalar al mismo tiempo la posibilidad de una insurrección placentera contra la ley o un giro erótico de la ley contra sí misma. Se supone que la ley constituirá sujetos sexuados que se ajusten a la división heterosexual en la medida en que su amenaza de castigo instile efectivamente temor, amenaza que toma como objeto de temor la figura de la abyección homosexualizada.

Es importante señalar que el redespliegue erótico de las prohibiciones y la producción de nuevas formas de sexualidad no es un asunto transitorio dentro del terreno imaginario que inevitablemente se evaporará bajo el peso prohibitivo de lo simbólico. La resignificación de la sexualidad gay y lesbiana a través de la abyección y contra la abyección es en sí misma una reformulación y una proliferación inesperadas de lo simbólico mismo.

El hecho de que haya quienes estimen que esta visión de un futuro sexual legitimado de manera diferente no es más que una vana fantasía prueba hasta qué punto prevale una psique heterosexual que desea restringir su fantasías homosexuales a la esfera de los culturalmente imposible o de los sueños e ilusiones transitorios. Lacan ofrece esa garantía al preservar el heterosexismo de la cultura relegando la homosexualidad a la vida irrealizable de una fantasía pasajera. Afirmar el carácter irrealizable de la homosexualidad como un signo de debilidad en esa esfera simbólica es, pues, confundir el efecto más insidioso de lo simbólico con el signo de su subversión. Por otro lado, la introducción de la homosexualidad en el terreno de lo simbólico cambiará muy poco las cosas si en el transcurso de esa admisión no se altera radicalmente lo simbólico mismo. En realidad, la legitimación de la homosexualidad tendrá que resistir la fuerza de la normalización para lograr una resignificación anticonvencional de lo simbólico que permita expandir y alternar la normatividad de sus términos.

LA AFIRMACIÓN POLÍTICA MÁS ALLÁ DE LA LÓGICA DE REPUDIO

En esta reformulación de la teoría psicoanalítica, las posiciones sexuadas se afirman mediante el repudio y la abyección de la homosexualidad y la asunción de una heterosexualidad normativa. Lo que en Lacan se llamarían "posiciones sexuadas" y que algunos preferimos llamar de manera más sencilla "géneros", parecen pues establecerse renunciando a las identificaciones no heterosexuales en el terreno de lo culturalmente imposible, la esfera de lo imaginario, que en ocasiones desafía lo simbólico, pero que finalmente la fuerza de la ley hace ilegítimo. Lo que queda entonces fuera de la ley, antes de la ley, ha sido relegado a ese lugar por –y a través de– una economía heterosexista que desautoriza las posibilidades opositoras al hacerlas culturalmente inconcebibles e inviables desde el comienzo. Me he referido a la heterosexualidad normativa porque la heterosexualidad no siempre o no necesariamente se sustenta en un rechazo o repudio pleno de la homosexualidad.

La lógica misma de repudio que gobierna y desestabiliza la asunción de sexo en este esquema supone una forma de relacionarse heterosexual que relega la posibilidad homosexual al terreno transitorio de lo imaginario. La homosexualidad no se repudia por completo porque se la considera, pero siempre se la considera como "entretenimiento", se la presenta como la figura del "fracaso" de lo simbólico para constituir plena o finalmente sus sujetos sexuados, pero también se la presenta siempre como una rebelión subordinada que no tiene el poder de rearticular los términos de la ley gobernante.

Pero, ¿qué significa sostener que las posiciones sexuadas se asumen pagando el precio de la homosexualidad o, más precisamente, a través de la abyección de la sexualidad? Esta formulación implica que hay un vínculo entre la homosexualidad y la abyección, en realidad, que hay una posible identificación *con* una homosexualidad abyecta en el corazón mismo de la identificación heterosexual. Esta economía de repudio sugiere que la heterosexualidad y la homosexualidad son fenómenos mutuamente excluyentes, que sólo se pueden hacer coincidir permitiendo que sean uno culturalmente viable y el otro un asunto pasajero e imaginario. La abyección de la homosexualidad sólo puede darse mediante una identificación con esa abyección, una identificación de la que hay que renegar, una identificación que uno teme hacer sólo porque ya la ha hecho, una identificación que instituye esa abyección y la sostiene.

La respuesta a este esquema no es meramente que proliferen las "posiciones" dentro de lo simbólico, sino particularmente cuestionar los movimientos excluyentes a través de los cuales se asumen invariablemente las "posiciones"; es decir, los actos de repudio que permiten y sustentan el tipo de "cita" normativa de las posiciones sexuadas sugerido antes. Con todo, la lógica de repudio que gobierna esta heterosexualidad normalizada es una lógica que también gobierna una cantidad de otras "posiciones sexuadas". La lógica excluyente no es un monopolio exclusivo de la heterosexualidad. En realidad, esa misma lógica puede caracterizar y sustentar las posiciones de identidad lesbiana y gay que se constituyen a través de la producción y el repudio del Otro heterosexual; esta lógica se reitera en la incapacidad de reconocer la bisexualidad así como en la interpretación normalizadora de la bisexualidad como una especie de deslealtad o falta de compromiso: dos crueles estrategias de supresión.

¿Cuál es la premisa económica en que se basa la idea de que una identificación se adquiere a expensas de otra? Si la identificación heterosexual *no* se alcanza mediante la negación a identificarse como homosexual, sino *a través* de una identificación con una homosexualidad abyecta que nunca debe, por decirlo de algún modo, "mostrarse", ¿podemos entonces extrapolar el concepto y decir que esas posiciones normativas del sujeto dependen más generalmente de una región de identificaciónes abyectas y que se articulan a través de esa región? ¿Cómo se aplica esta idea cuando consideramos, por un lado, posiciones hegemónicas de los sujetos tales como la condición de blanco y la de la heterosexualidad y, por el otro, las posiciones de sujetos que o bien han sido borradas o bien están condenadas a mantener un lugar constante para alcanzar un rango articulatorio? Esta claro que las fuerzas mediante las cuales se instituyen y mantienen tales sujetos son completamente diferentes. Y, sin embargo, existe el riesgo de que, al articular una posición de sujeto en *la* tarea política, algunas de las estrategias de abyección ejercidas por las posiciones hegemónicas y

a través de tales posiciones del sujeto lleguen a estructurar y a contener las luchas articulatorias de aquellos que ocupan posiciones subordinadas o suprimidas.

Aunque los sujetos gay y lesbianas no ejerzan el poder social, el poder significante, para producir la abyección de la heterosexualidad de manera eficaz (esa reiteración no puede compararse con la que regularizó la abyección de la homosexualidad), en ocasiones existe en la formación de la identidad gay y lesbiana un esfuerzo por renegar de una relación constitutiva con la heterosexualidad. Este renegación se manifiesta como una necesidad política de *especificar* por encima y en contra de su opuesto ostensible, la heterosexualidad. Sin embargo, paradójicamente, esta misma renegación culmina en un debilitamiento del ámbito mismo que se intenta unir. Tal estrategia, no sólo atribuye una falsa unidad a la heterosexualidad, sino que además deja pasar la oportunidad política de destacar la debilidad de la sujeción heterosexual y de refutar la lógica de exclusión mutua que sustenta el heterosexismo. Es más, una negación en gran escala de esa interrelación puede constituir un rechazo de la heterosexualidad que, hasta cierto punto, es una identificación *con* una heterosexualidad rechazada. Con todo, para esta economía es importante negarse a reconocer esta identificación que ya está, por así decirlo, "hecha", una negación que inadvertidamente designa la esfera de una melancolía específicamente gay, una pérdida que no puede ser reconocida y que, por lo tanto, no puede lamentarse. Para que una posición o identidad gay o lesbiana pueda sostener una apariencia coherente, es necesario que la heterosexualidad permanezca en ese lugar rechazado y repudiado. Paradójicamente, esa *permanencia* exterior de lo heterosexual debe *respaldarse* mediante la insistencia en la coherencia sin fisuras de una identidad específicamente gay. Aquí debería resultar claro que una negación radical a identificarse con determinada posición sugiere que, en cierto nivel, ya se ha verificado una identificación, una identificación que se hace y de la cual se reniega, una identificación renegada cuya apariencia sintomática es la insistencia en –la ultradeterminación de– la identificación mediante la cual los sujetos gay y lesbianas llegan a significar en el discurso público.

Esto plantea la cuestión política de lo que cuesta articular una posición-identidad coherente y nos lleva a preguntarnos si esa coherencia se logra mediante la producción, exclusión y repudio de los espectros abyectos que amenazan esas mismas posiciones del sujeto. En realidad, tal vez sólo corriendo el riesgo de la *incoherencia* de la identidad sea posible establecer esa conexión, un punto político que se relaciona con la idea de Leo Bersani según la cual únicamente el sujeto descentrado está disponible para el deseo.[15] Porque lo que no puede ser admitido como una identificación constitutiva de ninguna posición de sujeto dada corre el riesgo, no sólo de que se lo externalice en una forma degradada, sino de que se la repudie reiteradamente y de quedar sujeta a una política de negación. Hasta cierto punto, las identificaciones constitutivas son precisamente aquellas de las que siempre se reniega, pues, contrariamente a lo que diría Hegel, el sujeto no puede reflexionar sobre la totalidad del proceso de su formación. Sin embargo, ciertas formas de renegación reaparecen como figuras externas y externalizadas de abyección que sufren repetidamente el repudio del sujeto. Precisamente lo que nos interesa aquí es ese repudio reiterado que le permite al sujeto instalar sus fronteras y construir su pretensión a la "integridad". Ésta no es una identificación enterrada que fue abandonada en un pasado olvidado, sino que se trata de una identificación que debe derribarse y enterrarse una y otra vez, el repudio compulsivo mediante el cual el sujeto sostiene incesantemente sus contornos. (Esto nos guiará para llegar a comprender mejor la operación mediante la cual la condición de blanco y la heterosexualidad deben afirmarse angustiosamente en *Passing* de Nella Larsen que analizaremos en el capítulo 6.)

En consecuencia, la tarea no es cómo multiplicar numéricamente las posiciones de sujeto *dentro* de la esfera simbólica existente, el ámbito corriente de viabilidad cultural, aun cuando tales posiciones sean necesarias para poder ocupar los sitios disponibles de reconocimiento dentro del estado liberal: para recibir servicios de salud, para que la pareja sea reconocida legalmente, para movilizar y redirigir el enorme poder del reconocimiento público. Sin embargo, ocupar tales posiciones no es una cuestión de ascender a lugares estructurales preexistentes dentro de un orden sim-

15. Leo Bersani, *The Freudian Body: Psychoanalysis and Art*, Nueva York, Columbia University Press, 1986, págs. 64-66, 112-113.

bólico contemporáneo; por el contrario, ciertas "ocupaciones" constituyen modos fundamentales de rearticular, en el sentido gramsciano, las posibilidades de enunciación. En otras palabras, no existen "posiciones de sujeto" anteriores a la enunciación que ocasionan, porque cierto tipo de enunciaciones desarman las "posiciones de sujeto" mismas que ostensiblemente las acreditan. No hay ninguna relación de exterioridad radical entre "posición" y "enunciación"; ciertas declaraciones extienden las fronteras de lo simbólico, producen un desplazamiento de lo simbólico y dentro de lo simbólico, dándole un cariz temporal a todo lo relativo a la "posición" y el "lugar estructural". Porque, ¿qué opinión nos merece la enunciación que *establece* una posición donde no había ninguna o que marca las zonas de exclusión y desplazamiento en virtud de las cuales se establecen y estabilizan las posiciones de sujetos disponibles?

En la medida en que las posiciones de sujeto se produzcan atendiendo a una lógica de repudio y abyección, la especificidad de la identidad se adquiere a través de la pérdida y degradación de la conexión y ya no es posible interpretar el mapa de poder que produce y divide diferencialmente las identidades. La multiplicación de las posiciones de sujeto a lo largo de un eje pluralista implicaría la multiplicación de los movimientos excluyentes y degradantes que lo único que pueden producir es una mayor división en facciones, una proliferación de diferencias que carecen de los medios para negociar entre sí. Lo que se le pide al pensamiento político contemporáneo es trazar las interrelaciones que conecten, sin unir de manera simplista, una variedad de posiciones dinámicas y de relación dentro del campo político. Además, será decisivo hallar el modo de ocupar tales sitios *y*, a la vez, someterlos a una oposición democratizadora en la que se reelaboren perpetuamente (aunque nunca puedan superarse del todo) las condiciones excluyentes de su producción, apuntando a crear un marco de coalición más complejo. Parece pues importante preguntarse si insistir en el plano político sobre las identidades coherentes puede constituir siquiera una base sobre la cual pueda construirse una intersección, alcanzarse una alianza política con otros grupos subordinados, especialmente cuando tal concepción de alianza desconoce el hecho de que las posiciones de sujeto en cuestión son en sí mismas una especie de "intersección", son en sí mismas el escenario vivo

de la dificultad de lograr una coalición. Insistir en afirmar la identidad coherente como punto de partida supone que ya se sabe lo que un "sujeto" es, que ya está fijado, y que ese sujeto ya existente podría entrar en el mundo a renegociar su lugar. Pero si ese sujeto mismo produce su coherencia a costa de su propia complejidad, de los entrecruzamientos de identificaciones de las que está compuesto, luego, ese sujeto niega el tipo de conexiones opositoras que democratizarán el campo de su propia operación.

En semejante reformulación del sujeto hay algo más que una promesa de una teoría psicoanalítica más amable, más considerada. La cuestión está aquí en las crueldades tácitas que sustentan la identidad coherente, crueldades que también incluyen la crueldad contra uno mismo, la humillación a través de la cual se produce y mantiene fingidamente la coherencia. Algo de esto está presente de manera aún más evidente en la producción de la heterosexualidad coherente, pero también en la producción de la identidad lesbiana coherente, la identidad gay coherente y, dentro de estos mundos, la "marimacho" coherente, la lesbiana femenina coherente. En cada uno de estos casos, si bien la identidad se construye por oposición, también se construye por rechazo. Puede ocurrir que, si una lesbiana se opone absolutamente a la heterosexualidad, puede sentirse más dueña de sí misma que una mujer heterosexual o bisexual consciente de su inestabilidad constitutiva. Si la masculinidad lesbiana exige una estricta oposición a la femineidad lesbiana, ¿se trata del repudio de una identificación o de una identificación con la posición lesbiana femenina que ya se ha adoptado, que se ha adoptado o de la que se ha renegado, una identificación renegada que sostiene la posición lesbiana masculina, sin la cual tal posición no podría existir?

Aquí la cuestión no es prescribir la adopción de identificaciones nuevas y diferentes. No deposito ninguna última esperanza política en la posibilidad de aceptar identificaciones que han sido renegadas convencionalmente. Es indudablemente verdad que ciertas renegaciones son fundamentalmente capacitadoras y que ningún sujeto puede obrar, puede actuar, sin renegar de ciertas posibilidades y admitir otras. En realidad algunos tipos de renegaciones funcionan como restricciones constitutivas y no pueden descartarse. Pero aquí es necesaria una reformulación porque, estrictamente hablando, no es que un sujeto reniege de sus identifica-

ciones, sino, antes bien, que ciertas exclusiones y forclusiones instituyen el sujeto y persisten como el espectro permanente o constitutivo de su propia desestabilización. El ideal de transformar todas las identificaciones excluidas en rasgos inclusivos –de abrazar toda diferencia en una unidad– indicaría el retorno a una síntesis hegeliana que no tiene ningún exterior y que, al apropiarse de toda diferencia como rasgo ejemplar de sí misma, llega a constituir una figura del imperialismo, una figura que se instala mediante un humanismo romántico, insidioso, que todo lo consume.

Pero aún resta la tarea de reflexionar a partir de las crueldades potenciales que resultan de intensificar la identificación que no puede permitirse reconocer las exclusiones de las que depende, exclusiones que deben rechazarse, identificaciones que deben permanecer repudiadas, impugnadas, para que puedan existir las identificaciones intensificadas. Este tipo de repudio no sólo culmina en la rígida ocupación de identidades excluyentes, sino que además tiende a aplicar ese principio de exclusión a todo aquel que se considere desviado de tales posiciones.

Prescribir una identificación exclusiva a un sujeto constituido de maneras múltiples, como lo estamos todos los sujetos, es ejercer una reducción y una parálisis y algunas posiciones feministas, incluyendo la mía, han dado prioridad de manera problemática al género como el sitio identificatorio de la movilización política a expensas de la raza, la sexualidad, la clase o el posicionamiento/desplazamiento geopolítico.[16] Y aquí no se trata sólo de respetar al sujeto como una pluralidad de identificaciones, porque estas identificaciones están invariablemente imbricadas entre sí, una es vehículo de la otra: uno puede optar por una identificación de género para poder repudiar (o participar de) una identificación de raza; lo que se considera "etnia" enmarca y erotiza la sexualidad o puede constituir en sí mismo una marcación sexual. Esto implica que no es cuestión de relacionar la raza, la sexualidad y el género, como si fueran ejes de poder completamente separables; la separación teorética pluralista de estos términos en "categorías" o, en realidad, en "posiciones" se basa en operaciones excluyentes que les atribuyen una falsa uniformidad y que sirven a los objetivos reguladores del estado liberal. Y cuando se los considera, en el plano analítico, como entidades separables, la consecuencia práctica es una enumeración continua, una multiplicación que produce una lista cada vez más amplia que efectivamente separa lo que pretende conectar o que procura conectar mediante una enumeración que no puede considerar las encrucijadas, en el sentido de Gloria Anzaldúa, donde convergen estas categorías, una encrucijada que no es un sujeto, sino que es, antes bien, la demanda, imposible de satisfacer, de reelaborar significantes convergentes entre tales categorías y a través de ellas.[17]

16. Sobre una explicación de cómo las "posiciones" subalternas son a la vez producciones y anulaciones, véase Gayatri Chakravorty Spivak, "Subaltern Studies: Deconstructing Historiography", en Ranajit Guha y Gayatri Chakravorty Spivak (comps.), *Selected Subaltern Studies*, Londres, Oxford University Press, 1988, págs. 17-19.

Precisamente, lo que aparece dentro de semejante marco enumerativo como categorías separables son las condiciones de articulación que cada una implica para otra: ¿Cómo se vive la raza en la modalidad de la sexualidad? ¿Cómo se vive el género en la modalidad de la raza? ¿Cómo repiten los estados naciones coloniales y neocoloniales las relaciones de género en la consolidación del poder del Estado? ¿Cómo se logró representar las humillaciones del gobierno colonial como desvirilización (en Fanon) o la violencia racista como sodomización (Jan Mohammed)? ¿Cómo y dónde se imputó la sexualidad homosexual a los colonizados y se la consideró el signo incipiente del imperialismo occidental (Walter Williams)? ¿Cómo llegó a representarse al "Oriente" como lo femenino velado (Lowe, Chow)? Y, ¿hasta qué punto saqueó el feminismo al Tercer Mundo en busca de ejemplos de victimización femenina que pudieran respaldar la tesis de una subordinación patriarcal universal de las mujeres (Mohanty)?[18]

17. Véase Gloria Anzaldúa, *Borderlands/La Frontera*, San Francisco, Spinters, Aunt Lute, 1987, págs. 77-91.

18. La pregunta sobre cómo se vive la raza de manera semejante a la sexualidad se hace eco de la expresión de Paul Gilroy quien sostiene que la "raza" no es un monolito, sino que se vive en diferentes modalidades de clase. Véase Paul Gilroy, "'Race', Class, and Agency", en *"There Ain't No Black in the Union Jack": The Cultural Politics of Race and Nation*, Londres, Hutchinson, 1987, págs. 15-42. Véanse también Abdul Jan Mohammed, "Sexuality on/of the Racial Border: Foucault, Wright and the Articulation of 'Racialized Sexuality'", en *Discourses of Sexuality*, págs. 94-116; M. Jacqui Alexander, "Redrafting Morality: The Poscolonial State and the Sexual Offences Bill of Trinidad and Tobago"; Chandra Talpade Mohanty,

¿Y cómo es posible que las posibilidades discursivas disponibles encuentren su límite en un "femenino subalterno", entendido como una catacresis, cuya exclusión de la representación ha llegado a ser la condición de representación misma (Spivak)? Formular estas preguntas implica todavía continuar planteando la cuestión de la "identidad", pero no ya como una posición preestablecida ni como una entidad uniforme; sino más bien como parte de un mapa dinámico de poder en el cual se constituyen y/o se suprimen, se despliegan y/o se paralizan las identidades.

La desesperanza evidente de algunas formas de política de la identidad está determinada por la elevación y regulación de las posiciones de identidad *como* actitud política primaria. Cuando la articulación de la identidad coherente llega a ser su propia norma, la vigilancia de la identidad ocupa el lugar de una política en la cual la identidad funciona dinámicamente al servicio de una lucha cultural más amplia tendiente a rearticular y valorizar a los grupos que procuran superar la dinámica de repudio y exclusión mediante los cuales se constituyen los "sujetos coherentes".[19]

Nada de lo dicho anteriormente pretende sugerir que la identidad deba negarse, superarse, suprimirse. Nadie puede responder acabadamente a la demanda "¡Supérate a ti mismo!". La demanda de superar radicalmente las restricciones constitutivas mediante las cuales se alcanza la viabilidad cultural sería su propia forma de violencia. Pero, cuando esa viabilidad misma es la consecuencia de un repudio, una subordinación o una relación explotadora, la negociación se hace cada vez más compleja. Lo que sugiere este análisis es que existe una economía de la diferencia cuyas matrices, las encrucijadas en las cuales se forman y desplazan las diversas identificaciones, obligan a reelaborar esa lógica de no contradicción según la cual sólo e indefectiblemente es posible adquirir una identificación a expensas de otra. Teniendo en cuenta los complejos vectores de poder que constituyen el ámbito de cualquier grupo político basado en la identidad, una coalición política que exija que una identificación excluya otras producirá inevitablemente un cisma, una disensión que terminará despedazando la identidad elaborada mediante la violencia de la exclusión.

Indudablemente es esencial la capacidad de enarbolar los signos de la identidad subordinada en una esfera pública que constituye sus propias hegemonías homofóbica y racista suprimiendo o domesticando las identidades constituidas cultural y políticamente. Y, puesto que es imperativo que insistamos en aquellas especificidades para poder exponer las ficciones de un humanismo imperialista que funciona a través del privilegio no marcado, aún existe el riesgo de que convirtamos la articulación de identidades cada vez más especificadas en el objetivo del activismo político. De ahí que toda insistencia en la identidad debe conducir, en determinado momento, a hacer un inventario de las exclusiones constitutivas que reconsolidan las diferenciaciones del poder hegemónico, exclusiones que cada articulación estuvo obligada a hacer para poder avanzar. Esta reflexión crítica será importante para no repetir, en el nivel de la política de la identidad, los movimientos excluyentes mismos que iniciaron el giro hacia las identidades específicas en primer lugar.

Si a través de su propia violencia, el engreimiento del humanismo liberal impulsó la multiplicación de identidades culturalmente específicas, es aún más importante no repetir esa violencia sin marcar una diferencia significativa, reflexiva y prescriptiva, dentro de las luchas por articular aquellas identidades específicas forjadas a partir de un estado de sitio y dentro de ese estado de sitio. Ese desplazamiento de las identificaciones no significa necesariamente que deba repudiarse una identificación para adoptar otra; ese desplazamiento bien puede ser un signo de esperanza, la

"Under Western Eyes: Feminist Scholarship and Colonial Discourses", en Chandra Talpade Mohanty, Ann Russo y Lourdes Torres (comps.), *Third World Women and the Politics of Feminism*, Bloomington, Indiana University Press, 1991, págs. 133-152 y págs. 51-80; Frantz Fanon, *Black Skin, White Masks*, Nueva York, Grove Press, 1967 [ed. cast.: *Piel negra, máscaras blancas*, Buenos Aires, Abraxas, 1973]; Rey Chow, *Woman and Chinese Modernity: The Politics of Reading Between East and West*, Minnesota, University of Minnesota Press, 1991; Lisa Lowe, *Critical Terrains: French and British Orientalisms*, Ithaca, Cornell University Press, 1991; Walter L. Williams, *The Spirit and the Flesh: Sexual Diversity in American Indian Culture*, Boston, Beacon Press, 1986.

19. Significativamente, los autores o las obras que logran este tipo de elaboración compleja, las más de las veces no son individuales; en general se la encuentra en volúmenes que promueven la consideración de diferentes perspectivas en una recíproca relación dinámica. Un excelente ejemplo de este tipo de obra colectiva es la compilada por Toni Morrison, *Race-ing Justice, En-gendering Power: Essays on Anita Hill, Clarence Thomas, and the Construction of Social Reality*, Nueva York, Pantheon, 1992.

posibilidad de admitir un conjunto expansivo de conexiones. Ésta no será una sencilla cuestión de "simpatía" con la posición de otro, puesto que la simpatía implica ponerse en el lugar de otro que bien puede constituir una colonización de la posición del otro *como* si fuera propia. Y no será la inferencia abstracta de una equivalencia basada en una percepción profunda del carácter parcialmente constituido de toda identidad social. Será más bien cuestión de determinar de qué manera la identificación está implicada en lo que excluye y de seguir las implicaciones que tiene esa participación en la construcción de la comunidad futura que podría producir.

4. El género en llamas: cuestiones de apropiación y subversión

Todos tenemos amigos que, cuando llaman a la puerta y nosotros, antes de abrir, preguntamos "¿Quién es?", responden (puesto que es obvio) "Soy yo". Y nosotros reconocemos que es él o ella *[el resaltado es mío].*

LOUIS ALTHUSSER, *Ideología y aparatos ideológicos del Estado.*

El propósito de la "ley" es absolutamente lo último a lo que hay que recurrir en la historia del origen de la ley: por el contrario,[...] la causa del origen de una cosa y su eventual utilidad, su empleo real y el lugar que ocupa en un sistema de propósitos son asuntos por completo separados; todo lo que existe, que de algún modo ha llegado a ser, se reinterpreta, se somete, se transforma y se redirige una y otra vez al servicio de nuevos fines.

FRIEDRICH NIETZSCHE, *La genealogía de la moral.*

En la noción de interpelación de Althusser, es la policía quien inicia el llamado o la demanda por la cual un sujeto llega a constituirse socialmente. Existe el policía, quien no sólo representa la ley, sino cuya interpelación "Eh, usted" tiene el efecto de imponer la ley a la persona exhortada. Ese "individuo" que no se encuentra en una situación de infracción antes de que se lo interpele (para quien el llamado establece una determinada práctica como infracción) no es plenamente un sujeto social, no está plenamente sojuzgado, porque él o ella no ha sido aún amonestado. La reprimenda no se limita a reprimir o controlar al sujeto, sino que forma

una parte esencial de la *formación* jurídica y social del sujeto. El llamado es formativo, si no ya *per*formativo, precisamente porque inicia al individuo en la condición sojuzgada del sujeto.

Althusser conjetura que este "llamado de atención" o esta "interpelación" es un acto unilateral, es el poder y la fuerza que tiene la ley de imponer el temor al mismo tiempo que ofrece, a ese precio, el reconocimiento. Mediante la reprimenda, el sujeto no sólo recibe reconocimiento sino que además alcanza cierto orden de existencia social, al ser transferido de una región exterior de seres indiferentes, cuestionables o imposibles al terreno discursivo o social del sujeto. Pero, esta sujeción, ¿se produce como efecto directo de la increpación o la enunciación misma debe ejercer el poder de imponer el temor al castigo y, partiendo de esa imposición, producir el acatamiento y la obediencia de la ley? ¿Hay otras maneras de ser interpelado y constituido por la ley? ¿Hay otras maneras de ocupar la ley y ser ocupado por ella que desarticulen el poder de castigo del poder de reconocimiento?

Althusser destaca la contribución hecha por Lacan a un análisis estructural de esta índole y sostiene que persiste una relación de desconocimiento entre la ley y el sujeto al que ésta obliga.[1] Aunque se refiere a la posibilidad de que existan "sujetos malos", Althusser no considera la gama de *desobediencias* que podría producir una ley interpelante de este tipo. El sujeto no sólo podría rechazar la ley, sino también quebrarla, obligarla a una rearticulación que ponga en tela de juicio la fuerza monoteísta de su propia operación unilateral. Allí donde se espera la uniformidad del sujeto, donde se ordena la conformidad de la conducta del sujeto, podría producirse el repudio de la ley en la forma de un acatamiento paródico que cuestione sutilmente la legitimidad del mandato, una repetición de la ley en forma de hipérbole, una rearticulación de la ley contra la autoridad de quien la impone. Aquí lo performativo, la demanda que hace la ley en procura de producir un sujeto legal, provoca una serie de consecuencias que exceden y confunden lo que aparentemente es la intención de imponer disciplina que motiva la ley. De modo que la interpelación pierde su rango como

1. Louis Althusser, "Ideology and Ideological State Apparatusses", págs. 170-177; véase también "Freud and Lacan", en *Lenin*, págs. 189-220.

simple performativo, un acto del discurso que tiene el poder de crear aquello a lo que se refiere y crea más de lo que estaba destinada a crear, un significante que excede a cualquier referente pretendido.

Este fracaso constitutivo de lo performativo, este deslizamiento entre el mandato discursivo y su efecto apropiado es lo que proporciona la ocasión y el índice lingüísticos de la desobediencia resultante.

Considérese que el uso del lenguaje se inicia en virtud de haber sido *llamado por primera vez con un nombre*; la ocupación del nombre es lo que lo sitúa a uno, sin elección posible, dentro del discurso. Este "yo", producido a través de la acumulación y la convergencia de tales "llamados", no puede sustraerse a la historicidad de esa cadena ni elevarse por encima de ella y afrontarla como si fuera un objeto que tengo por delante, que no soy yo misma sino sólo aquello que los demás hicieron de mí; porque ese distanciamiento o esa división producida por el entrelazamiento entre los llamados interpelantes y el "yo" que es su sitio, es invasivo, pero también capacitador, es lo que Gayatri Spivak llama "una violación habilitante". El "yo" que se opondría a su construcción siempre parte de algún modo de esa construcción para articular su oposición; además, el "yo" obtiene en parte lo que se llama su "capacidad de acción" por el hecho mismo de estar implicado en las relaciones mismas de poder a las que pretende oponerse. En consecuencia, estar *implicado* en las relaciones de poder o, más precisamente, estar capacitado por las relaciones de poder a las que el "yo" se opone no es algo que pueda reducirse a las formas ya existentes de tales relaciones.

Podrá observarse que, al hacer esta formulación, coloco la palabra "yo" entre comillas, pero continúo estando aquí. Yo debería agregar que éste es un "yo" que produzco aquí para el lector en respuesta a cierta sospecha de que este proyecto teorético ha perdido a la persona, al autor, la vida; contra esta pretensión o, antes bien, en respuesta a haber sido llamada al sitio de tal evacuación, escribo que el hecho de poner el "yo" entre comillas como lo hago aquí bien puede ser esencial para reflexionar acerca de la ambivalencia constitutiva que implica estar constituido socialmente, si se entiende que el término "constitución" tiene tanto el sentido habilitante como el violador de la palabra "sujeción". Si uno entra

en la vida discursiva siendo llamado o interpelado en términos injuriosos, ¿cómo podría ocupar la interpelación que ya lo ha ocupado a uno para dirigir las posibilidades de resignificación contra los objetivos de violación?

Esto no equivale a censurar o prohibir el empleo del "yo" o del estilo autobiográfico como tal; por el contrario, este empleo sólo es posible mediante la indagación de las relaciones ambivalentes de poder. ¿Qué significa tener esos usos repetidamente incorporados en el propio ser, "mensajes implicados en el propio ser", como dice Patricia Williams, sólo para repetir esos usos de modo tal que la subversión pueda hacerse derivar de las condiciones mismas de violación? En este sentido, el argumento de que la categoría de "sexo" es el instrumento o el efecto del "sexismo" o su momento interpelante, de que el "género" sólo existe al servicio del heterosexismo, *no* implica que nunca debamos hacer uso de tales términos, como si esos términos sólo y siempre pudieran reconsolidar los regímenes opresores de poder que los engendran. Por el contrario, precisamente porque tales términos han sido engendrados y limitados dentro de esos regímenes, deben repetirse en direcciones que inviertan y desplacen sus propósitos originarios. Uno no debe mantenerse a una distancia instrumental de los términos mediante los cuales se siente violado. Al dejarse ocupar por tales términos y ocuparlos, uno corre el riesgo de caer en la complicidad, la repetición, de recaer en el daño, pero ésta es también la oportunidad de elaborar el poder movilizador del ultraje, de una interpelación que uno nunca eligió. Cuando la violación puede entenderse como un trauma que sólo puede inducir una compulsión-repetición destructiva (y seguramente ésta es una poderosa consecuencia de la violación), parece igualmente posible reconocer la fuerza de la repetición como la condición misma de una respuesta afirmativa a la violación. La compulsión a repetir un daño no es necesariamente la compulsión a repetirlo del mismo modo ni permanecer completamente dentro de la órbita traumática de ese daño. La fuerza de la repetición en el lenguaje puede ser la condición paradójica por la cual se hace derivar cierta capacidad de acción –no vinculada con una ficción del yo como amo de la circunstancia– de la *imposibilidad* de elección.

En este sentido, tanto la imitación crítica de Platón que hace Irigaray, la ficción del falo lesbiano, como la rearticulación de la

afinidad propuesta en *París en llamas*, podrían entenderse como repeticiones de formas hegemónicas de poder que no logran repetir fielmente dichas formas y, en ese mismo fracaso, abren la posibilidad de resignificar los términos de la violación en contra de sus objetivos violadores. La ocupación de Cather del nombre paternal, la indagación de Larsen sobre la imitación dolorosa y falsa que implica hacerse pasar por blanca, y la reelaboración del término *"queer"* (raro, anómalo) que pasa de la abyección a la afiliación politizada permitirán interrogarse sobre sitios de ambivalencia semejantes producidos en los límites de la legitimidad discursiva.

La estructura temporal de tal sujeto es entrecruzada, en el sentido de que, en lugar de un "sujeto" sustancial o autodeterminante, esta articulación de demandas discursivas es una especie de "encrucijada", para emplear el término de Gloria Anzaldúa, una encrucijada de fuerzas discursivas culturales y políticas que, según ella misma afirma, no puede entenderse mediante la noción de "sujeto".[2] No hay ningún sujeto anterior a sus construcciones ni el sujeto está determinado por tales construcciones; siempre es el nexo, el no-espacio de una colisión cultural, en la que la demanda de resignificar o repetir los términos mismos que constituyen el "nosotros" no puede rechazarse sumariamente, pero donde tampoco puede acatarse en estricta obediencia. El espacio de esta ambivalencia es lo que da la posibilidad de reelaborar los términos mismos mediante los cuales se da o no se da la sujeción.

EL TRAVESTISMO AMBIVALENTE

Después de hacer esta formulación quisiera pasar a considerar el filme *París en llamas* y lo que esa película sugiere sobre la producción y el sojuzgamiento simultáneos de los sujetos en una cultura que parece arreglárselas siempre y de todas maneras para aniquilar lo "anómalo", lo "anticonvencional" (*queer*), pero que aún

2. Gloria Anzaldúa escribe: "ese punto focal o fulcro, esa coyuntura donde se sitúa la mestiza, es el lugar donde tienden a chocar los fenómenos" (pág. 79) y luego, "la tarea de la conciencia de *mestiza* es derribar la dualidad sujeto-objeto que la mantiene prisionera" ("La conciencia de la mestiza", *Borderlands / La Frontera*, pág. 80).

así produce espacios ocasionales en los que pueden parodiarse, reelaborarse y resignificarse esas normas aniquiladoras, esos ideales mortíferos de género y raza. En ese filme, así como hay desafío y afirmación, afinidad y gloria, también hay una especie de reiteración de normas que no pueden llamarse subversivas, pero que conducen a la muerte de Venus Xtravaganza, una transexual no operada, travesti, prostituta y miembro de "House of Xtravaganza" ¿A qué demandas interpelantes responde Venus y cómo debe interpretarse la reiteración de la ley en su manera de responder?

Venus y, de manera más general, *París en llamas,* plantea si hacer una parodia de las normas dominantes basta para desplazarlas; en realidad, si la desnaturalización del género no puede llegar a ser en sí misma una manera de reconsolidar las normas hegemónicas. Aunque muchos lectores interpretaron que en *El género en disputa* yo defendía la proliferación de las representaciones travestidas como un modo de subvertir las normas dominantes de género, quiero destacar que no hay una relación necesaria entre el travesti y la subversión, y que el travestismo bien puede utilizarse tanto al servicio de las desnaturalización como de la reidealización de las normas heterosexuales hiperbólicas de género. Parecería que, en el mejor de los casos, el travestismo es un sitio de cierta ambivalencia que refleja la situación más general de estar implicado en los regímenes de poder mediante los cuales se constituye al sujeto y, por ende, de estar implicado en los regímenes mismos a los que uno se opone.

Afirmar que todo género es como el travesti o está travestido sugiere que la "imitación" está en el corazón mismo del proyecto *heterosexual* y de sus binarismos de género, que el travestismo no es una imitación secundaria que supone un género anterior y original, sino que la heterosexualidad hegemónica misma es un esfuerzo constante y repetido de imitar sus propias idealizaciones. El hecho de que deba repetir esta imitación, que establezca qué prácticas son patológicas y que normalice las ciencias para poder producir y consagrar su propia pretensión de originalidad y propiedad, sugiere que la performatividad heterosexual está acosada por una ansiedad que nunca puede superar plenamente, que su esfuerzo por llegar a ser sus propias idealizaciones nunca puede lograrse completa y finalmente y que está continuamente asediada por ese dominio de posibilidad sexual que debe quedar excluido

para que pueda producirse el género heterosexualizado. En este sentido, pues, el travestismo es subversivo por cuanto se refleja en la estructura imitativa mediante la cual se produce el género hegemónico y por cuanto desafía la pretensión a la naturalidad y originalidad de la heterosexualidad.

Pero aquí parecería que estoy obligada a agregar una importante salvedad: el privilegio heterosexual opera de muchas maneras y dos de ellas son naturalizarse y afirmarse como lo original y la norma. Pero éstas no son las únicas maneras en que funciona el privilegio heterosexual, porque es evidente que hay esferas en las que la heterosexualidad puede admitir su falta de originalidad y de naturalidad pero donde aun así ejerce su poder. De modo que hay formas de travestismo que la cultura heterosexual produce para sí; podríamos pensar en el personaje de Julie Andrews en *Víctor, Victoria* o el de Dustin Hoffman en *Tootsie* o el de Jack Lemmon en *Una Eva y dos Adanes* donde, dentro de la trayectoria narrativa de los filmes, se produce y también se desvía la angustia por una posible consecuencia homosexual. Éstas son películas que producen y contienen el exceso homosexual de cualquier representación travestida dada, el temor de que pueda establecerse un contacto aparentemente heterosexual antes de que se descubra una homosexualidad no aparente. Éste es el travestismo presentado como gran entretenimiento heterosexual y, aunque estos filmes seguramente son importantes para ser leídos como textos culturales en los cuales se negocian la homofobia y el pánico homosexual,[3] tengo mis reservas para llamarlos subversivos. En realidad, uno podría sostener que estos filmes cumplen la función de suministrar un alivio ritual a la economía heterosexual que debe vigilar constantemente sus propias fronteras contra la invasión de lo "anómalo", y que esta producción y resolución desplazada del pánico homosexual realmente fortalece el régimen heterosexual en su tarea de autoperpetuarse.

En su provocativo análisis de *París en llamas*, bell hooks criticaba ciertas producciones de los travestis gay masculinos por misóginas y en este sentido se aliaba en parte con teóricas feminis-

3. Véase Marjorie Garver, *Vested Interests: Cross-Dressing and Cultural Anxiety*, Nueva York, Routledge, 1992, pág. 40.

tas tales como Marilyn Frye y Janice Raymond.[4] Esta tradición del pensamiento feminista ha sostenido que el travestismo es ofensivo para las mujeres y que es una imitación basada en el ridículo y la degradación. Raymond, en particular, sitúa el travestismo en un continuo con otras formas ambiguas de vestirse y el transexualismo, ignorando las importantes diferencias que hay entre ellos y afirmando que en todas estas prácticas las mujeres son el objeto de odio y apropiación y que en la identificación no hay nada respetable o edificante. Uno podría replicar que la identificación es siempre un proceso ambivalente. Identificarse con un género bajo los regímenes contemporáneos de poder implica identificarse con una serie de normas realizables y no realizables y cuyo poder y rango precede las identificaciones mediante las cuales se intenta insistentemente aproximarse a ellas. Esto de "ser hombre" o "ser mujer" son cuestiones internamente inestables. Están siempre acosadas por la ambivalencia precisamente porque toda identificación tiene un costo, la pérdida de algún otro conjunto de identificaciones, la aproximación forzada a una norma que uno nunca elige, una norma que nos elige, pero que nosotros ocupamos, invertimos y resignificamos, puesto que la norma nunca logra determinarnos por completo.

El problema que plantea el análisis del travestismo entendido únicamente como misoginia es, por supuesto, que presenta la transexualidad de hombre a mujer, el vestirse con ropa de otro sexo y el travestismo como actividades homosexuales masculinas –que no siempre lo son– y que además diagnostica que la homosexualidad masculina tiene su raíz en la misoginia. El análisis feminista presenta la homosexualidad masculina como algo *relativo a* las mujeres y uno podría sostener que, en su forma extrema, este tipo de análisis es en realidad una colonización a la inversa, una manera que tienen las mujeres feministas de convertirse en el centro de la actividad homosexual masculina (y reinscribir así, paradójicamente, la matriz heterosexual en el corazón de la posición feminista radical). Tal acusación sigue el mismo tipo de lógica de aquellas observaciones homofóbicas que con

4. bell hooks, "Is Paris Burning?", *Z, Sisters of the Yam Column*, junio de 1991, pág. 61.

frecuencia suele hacer quien descubre que una mujer es lesbiana: una lesbiana es una mujer que debe de haber tenido una mala experiencia con los hombres o que aún no ha encontrado al hombre indicado. Estos diagnósticos suponen que el lesbianismo se adquiere en virtud de alguna falla de la maquinaria heterosexual, con lo cual continúan instalando la heterosexualidad como la "causa" del deseo lesbiano; el deseo lesbiano se presenta como el efecto fatal de una causalidad heterosexual descarriada. En este marco, el deseo heterosexual es siempre verdadero y el deseo lesbiano es siempre y solamente una máscara; por siempre falso. En los argumentos radicales feministas contra el travestismo, el desplazamiento de las mujeres se representa como el objetivo y el efecto del travestismo de hombre a mujer; en el desprecio homofóbico por el deseo lesbiano, la decepción por los hombres y su desplazamiento se entienden como la causa y la verdad final del deseo lesbiano. De acuerdo con estas versiones, el travestismo no es más que el desplazamiento y la apropiación de las "mujeres" y, por lo tanto, se basa fundamentalmente en la misoginia, en un aborrecimiento de las mujeres; y el lesbianismo no es más que el desplazamiento y la apropiación de los hombres y por lo tanto es fundamentalmente una cuestión de odiar a los hombres, de misandria.

Estas explicaciones del desplazamiento sólo son aplicables si realizan a su vez otra serie de desplazamientos: del deseo, de los placeres fantasmáticos y de las formas de amor que no pueden reducirse a una matriz heterosexual ni a la lógica de repudio. En realidad, en esta perspectiva, el único lugar donde podrá hallarse el amor es en el amor *por* el objeto ostensiblemente repudiado, un amor que debe entenderse estrictamente como el resultado de una lógica de repudio; por consiguiente, el travestismo no es más que el efecto de una amor resentido por el desengaño o el rechazo, la incorporación del Otro a quien uno originalmente deseó, pero que ahora odia. Y el lesbianismo no es otra cosa que el efecto de un amor resentido por la decepción o el rechazo y de una repulsión a ese amor, una defensa contra él o, en el caso de la lesbiana varonil, la apropiación de la posición masculina que originalmente amó.

Esta lógica de repudio instala el amor heterosexual como el origen y la verdad tanto del travestismo como del lesbianismo, e interpreta ambas prácticas como síntomas de amor frustrado. Pero lo que se desplaza en esta explicación del desplazamiento es la

noción de que podría haber placer, deseo y amor que no estén determinados únicamente por lo que se repudia.[5] Al principio podría parecer que el modo de oponerse a estas reducciones y degradaciones de las prácticas *queer* es afirmar su especificidad radical, sostener que hay un deseo lesbiano, radicalmente diferente del deseo heterosexual, que *no* tiene ninguna relación con éste, que no es ni el repudio ni la apropiación de la heterosexualidad y que tiene radicalmente otros orígenes que no son aquellos que sustentan la heterosexualidad. O una podría sentirse tentada a sostener que el travestismo no está relacionado con el ridículo, la degradación ni la apropiación de las mujeres: cuando se trata de hombres vestidos y maquillados como mujeres, lo que se da es la desestabilización del género mismo, una desestabilización que ha sido desnaturalizada y que pone en tela de juicio las pretensiones de normatividad y originalidad a través de las cuales a veces opera la opresión sexual y de género. Pero, ¿qué ocurre cuando la situación no es exclusivamente una ni la otra? Ciertamente algunas lesbianas han preferido conservar la idea de que su práctica sexual se origina en parte en un repudio de la heterosexualidad pero también sostienen que este repudio no explica el deseo lesbiano y, por lo tanto, no puede identificarse como la "verdad" oculta u original del deseo lesbiano. En el caso del travesti es difícil además en otro sentido, porque me parece bastante evidente que en el vistoso travesti de *París en llamas* se advierte tanto un sentimiento de derrota como un sentimiento de insurrección, que el travesti que vemos, ese que, después de todo, se enfoca para nosotros, se filma para nosotros, es alguien que se apropia de las normas racistas, misóginas y homofóbicas de opresión y a la vez las subvierte. ¿Cómo podemos explicar esta ambivalencia? No es una apropiación y luego una subversión. A veces son ambas cosas al mismo tiempo; a veces se trata de una ambivalencia atrapada en una tensión que no puede resolverse y a veces lo que se da es una apropiación fatalmente no subversiva.

5. Si bien acepto la formulación psicoanalítica de que tanto el objeto como el objetivo del amor se forman *en parte* en virtud de aquellos objetos y objetivos repudiados, considero que sostener que la homosexualidad no es más que la heterosexualidad repudiada es un empleo cínico y homofóbico de esa idea. Dada la condición culturalmente repudiada de la homosexualidad como forma de amor, el argumento que apunta a reducir la homosexualidad a la inversión o el desvío de la heterosexualidad sirve para reconsolidar la hegemonía heterosexual. Es por ello también que se puede establecer una simetría entre el análisis de la melancolía homosexual y el análisis de la melancolía heterosexual. Este último se hace respetar culturalmente de un modo que el primero claramente no consigue, salvo dentro de ciertas comunidades separatistas que no pueden ejercer el mismo poder de prohibición que las comunidades de heterosexismo obligatorio.

París en llamas (1991) es una película producida y dirigida por Jennie Livingston sobre bailes de travestis realizados en Nueva York, en Harlem, a los que asisten y de los que participan "hombres" que son o bien afronorteamericanos o bien latinos. Las fiestas consisten en una serie de certámenes en los que los participantes compiten en una variedad de categorías. Éstas incluyen una multiplicidad de normas sociales, muchas de las cuales están establecidas en la cultura blanca como signos de clase, como la del "ejecutivo" y la del estudiante de la Ivy League (las universidades más prestigiosas del noreste); algunas de estas categorías están marcadas como femeninas y van desde la travesti sofisticada a la marcadamente masculina y algunas, como la de "*bangie*" están tomadas de la cultura callejera negra heterosexual. De modo que no todas las categorías se inspiran en la cultura blanca; algunas son imitaciones de una heterosexualidad que no es blanca y algunas de ellas se concentran en la clase, especialmente las que casi exigen que la costosa vestimenta de las mujeres sea saqueada o robada para la ocasión. La competencia en atuendo militar se desplaza hacia otro registro de legitimidad que representa la conformidad performativa y gestual con una masculinidad que encuentra su paralelo en la producción performativa o reiterativa de la femineidad característica de las demás categorías. La "autenticidad" no es exactamente una categoría en la que se compite; es una medida que se emplea para juzgar cualquier representación dada dentro de las categorías establecidas. Y, sin embargo, lo que determina el efecto de autenticidad es la habilidad para hacer que el personaje parezca creíble, para producir el efecto naturalizado. Este efecto es en sí mismo el resultado de una corporización de las normas, una reiteración de normas, una encarnación de la norma racial y de clase que es a la vez una figura, la figura de un cuerpo, que no es ningún cuerpo particular, y también el ideal morfológico que continúa siendo el modelo que regula la actuación, pero al que ninguna actuación puede aproximarse.

Significativamente, ésta es una representación que surte efecto, que produce el efecto de autenticidad, en la medida en que *no* pueda leerse. Porque la "lectura" significa degradar a alguien, exponer lo que no funciona en el nivel de la apariencia, insultar o ridiculizar a alguien. Porque una buena actuación significa pues que ya no es posible hacer una lectura o que la lectura, la interpretación, se presente como una especie de mirada transparente, en la que coinciden lo que aparece y lo que significa. En cambio, cuando divergen lo que aparece y el modo en que se lo "lee", el artificio de la representación puede interpretarse como artificio; los distanciamientos ideales de su apropiación. Pero la imposibilidad de lectura significa que el artificio surte efecto, parece que se logra la aproximación a la autenticidad, el cuerpo que representa y el ideal representado se hacen indistinguibles.

Pero, ¿qué jerarquía tiene este ideal? ¿De qué está compuesto? ¿Qué lectura alienta el filme y cuál oculta? La desnaturalización de la norma, ¿logra subvertir la norma? ¿O se trata de una desnaturalización que está al servicio de una reidealización perpetua que sólo puede oprimir, aun cuando (o precisamente cuando) se la encarna de la manera más eficaz? Consideremos los diferentes destinos de Venus Xtravaganza. Se "hace pasar" por una mujer de piel clara, pero es –en virtud de cierta incapacidad de aparentarlo por completo– abiertamente vulnerable a la violencia homofóbica; por último pierde la vida presumiblemente a manos de un cliente que, al descubrir lo que ella llama "mi secretito", la mutila por haberlo seducido. Por otro lado, Willi Ninja puede hacerse pasar por heterosexual; está de moda gracias a ciertas producciones de video heterosexuales con Madonna y otros famosos y alcanza un rango poslegendario en la escala internacional. Hay un "hacerse pasar" y luego otro "hacerse pasar" y "no es casual" –como solíamos decir– que Willi Ninja ascienda y que Venus Xtravaganza muera.

Ahora bien, Venus, Venus Xtravaganza, busca cierta transubstanciación de género para poder hallar un hombre imaginario que indicará un privilegio de clase y de raza que promete un refugio permanente contra el racismo, la homofobia y la pobreza. Y no bastaría con decir que para Venus el género *está marcado por* la raza y la clase, porque el género no es la sustancia ni el sustrato primario así como la raza y la clase no son los atributos calificadores. En este caso, el género es el vehículo de la transformación

fantasmática de ese nexo de raza y clase, el sitio de su articulación. En realidad, en *París en llamas*, llegar a ser real, llegar a ser una mujer auténtica, aunque no sea el deseo de todos (algunos "niños" quieren meramente "representar" la autenticidad y sólo en el ámbito de la fiesta), constituye el sitio de la promesa fantasmática de un rescate de la pobreza, la homofobia y la ilegitimación racista.

La competencia (que podríamos interpretar como una "competencia de autenticidad") incluye el intento fantasmático de aproximarse a la autenticidad, pero también pone en evidencia que las normas que regulan la autenticidad *también* se instituyen y sostienen fantasmáticamente. Las reglas que regulan y legitiman la autenticidad (¿deberíamos llamarlas simbólicas?) constituyen el mecanismo mediante el cual se elevan insidiosamente como parámetros de autenticidad ciertas fantasías sancionadas, ciertos imaginarios sancionados. Empleando el lenguaje lacaniano convencional, podríamos llamar a este proceso el gobierno de lo simbólico, salvo que lo simbólico suponga la primacía de la diferencia sexual en la constitución del sujeto. Sin embargo, lo que sugiere *París en llamas* es que, en la constitución del sujeto, el orden de la diferencia sexual no es anterior al de la raza o la clase; en realidad, que lo simbólico es también y a la vez un conjunto de normas relativas a la raza y que las normas de autenticidad mediante las cuales se produce el sujeto son concepciones del sexo influidas por la raza (esto destaca la importancia de someter todo el paradigma psicoanalítico a esta nueva percepción).[6]

Este doble movimiento de intentar aproximarse y al mismo tiempo exponer la condición fantasmática de la norma de autenticidad, la norma simbólica, se refuerza mediante un movimiento

6. Kobena Mercer ofreció un valioso trabajo sobre esta cuestión y su relación con una noción psicoanalítica de "ambivalencia". Véase "Looking for Trouble", reeditado en Henry Abelove, Michèle Barale y David M. Halperin (comps.), *The Lesbian and Gay Studies Reader*, Nueva York, Routledge, 1993, págs. 350-59. Originalmente publicado en *Transition*, 51, 1991; "Skin Head Sex Thing: Racial Difference and the Homoerotic Imaginary", en Bad Objet-Choices (comp.), *How Do I Look? Queer Film and Video*, Seattle, Bay Press, 1991, págs. 169-210; "Engendered Species", *Artforum*, vol. 30, n° 10, verano de 1992, págs. 74-78. Véase asimismo sobre la relación entre psicoanálisis, raza y ambivalencia, Homi Bhabha, "Of Mimicry and Man: The Ambivalence of Colonial Discourse", *October*, 28, primavera de 1984, págs. 125-133.

diegético del filme en el que se yuxtaponen escenas de gente "auténtica" entrando en tiendas costosas y saliendo de ellas y escenas del salón de baile de los travestis.

En las producciones de autenticidad del baile travesti, vemos y producimos la constitución fantasmática de un sujeto, un sujeto que repite y parodia las normas de legitimidad mediante las cuales se lo ha degradado, un sujeto establecido en el proyecto de dominio que impulsa y desbarata todas sus repeticiones. Éste no es un sujeto que se aparta de sus identificaciones y decide instrumentalmente cómo elaborar cada una de las que elige en cada ocasión; por el contrario, el sujeto es la imbricación incoherente y movilizada de varias identificaciones; está constituido en y a través de la iterabilidad de su actuación, una repetición que le sirve a la vez para legitimar e ilegitimar las normas de autenticidad que lo producen a él.

En esa búsqueda de autenticidad en la que se produce este sujeto, una busca fantasmática que moviliza identificaciones, se destaca la promesa fantasmática que constituye cualquier movimiento identificatorio; una promesa que, tomada demasiado seriamente, puede culminar únicamente en decepción y desidentificación. Una fantasía que al menos Venus, puesto que muere –asesinada aparentemente por uno de sus clientes, tal vez después de que éste descubre lo que queda de sus órganos masculinos–, no puede traducir al plano simbólico. Éste es un asesinato realizado en virtud de un simbolismo que erradicaría aquellos fenómenos que requieren una apertura de las posibilidades de resignificar el sexo. Si Venus quiere transformarse en mujer y no puede superar el hecho de ser latina, luego, en el plano simbólico, se trata a Venus precisamente del mismo modo en que se trata a las mujeres de color. Su muerte atestigua, pues, una trágica lectura equivocada del mapa social de poder, un tergiversación orquestada por ese mismo mapa, según el cual los sitios de una autosuperación fantasmática se resuelven constantemente en decepción. Si los significantes de la condición de blanco y de la condición de mujer –al igual que algunas formas de masculinidad hegemónica construidas a través del privilegio de clase– son sitios de promesa fantasmática, es evidente que las mujeres de color y las lesbianas no sólo están excluidas en todas partes de este escenario, sino que además constituyen un sitio de identificación constantemente rechazado y abyecto en la persecución fantasmática colectiva de una transubstanciación en varias formas de travestismo, transexualismo y parodia no crítica de lo hegemónico. Que esta fantasía incluya transformarse en parte en mujeres y, para algunos de los "niños", parecerse a las mujeres negras, constituye falsamente a las mujeres negras como un sitio de privilegio; pueden atrapar a un hombre y estar protegidas por él, una idealización imposible que por supuesto intenta negar la situación de la gran cantidad de mujeres negras pobres que son madres solteras sin el apoyo de los hombres. En este sentido, la "identificación" se compone como una negación, una envidia, que es la envidia de una fantasía de las mujeres negras, una idealización que produce una negación. Por el otro lado, puesto que la cultura heterosexual hegemónica puede feminizar a los hombres negros homosexuales, en la dimensión performativa del baile hay una significativa *reelaboración* de esa feminización, una ocupación de la identificación que de algún modo *ya* se hizo entre el homosexual varón y las mujeres, la feminización del gay, la feminización del gay negro, que es la feminización negra del homosexual masculino.

La actuación es pues una especie de réplica mordaz, en gran medida limitada por los términos del ataque original: si una hegemonía homofóbica blanca considera que la reina negra del baile de los travestis es una mujer, esa mujer, constituida ya por esa hegemonía, llegará a ser la oportunidad de rearticular los términos de tal hegemonía; encarnando el exceso de esa producción, la reina sobrepasará la femineidad de las mujeres y en el proceso confundirá y seducirá a un auditorio cuya mirada debe estar estructurada, hasta cierto punto, a través de aquellas hegemonías, un público que, mediante la escenificación hiperbólica de la situación, será arrastrado a la abyección a la que pretende resistirse y que quiere superar. El exceso fantasmático de esta producción constituye el sitio de las mujeres no sólo como mercancías comercializables dentro de una economía erótica de intercambio,[7] sino además como mercancías que también son, por así decirlo, consumidoras privilegiadas que tienen acceso a la riqueza, el privilegio social y la protección. Ésta es una transfiguración fantasmática en gran escala no sólo de la difícil situación de los gay negros y latinos pobres;

7. Véase Linda Singer, *Erotic Welfare: Sexual Theory and Politics in the Age of Epidemic*, Nueva York, Routledge, 1992.

también lo es de las mujeres negras y latinas pobres quienes son las figuras de la abyección que el escenario del baile travesti eleva a la condición de sitio de identificación idealizada. Creo que sería demasiado simplista reducir este movimiento identificatorio a la misoginia masculina negra, como si ésa fuera una categoría separable, pues la feminización del hombre negro pobre y, más mordazmente, del gay negro pobre, es una estrategia de abyección que ya está en marcha y se origina en el conjunto de construcciones racistas, homofóbicas, misóginas y clasistas que corresponden a hegemonías de opresión más amplias.

Estas hegemonías operan, como insistía Gramsci, a través de la *rearticulación*, pero precisamente entonces, la fuerza acumulada de una rearticulación históricamente atrincherada e inalterable arrolla el esfuerzo más frágil de construir una configuración cultural alternativa partiendo de ese régimen más poderoso y en oposición a él. No obstante, es importante que la hegemonía previa también funcione a través de su "resistencia" y como resistencia de modo tal que la relación entre la comunidad marginada y la comunidad dominante no sea, estrictamente hablando, una relación de oposición. El hecho de citar la norma dominante, en este caso, no desplaza dicha norma; antes bien, llega a ser el medio a través del cual se reitera de la manera más dolorosa esa norma dominante, como el deseo mismo y las acciones de aquellos sujetos.

Está claro que la desnaturalización del sexo, en sus múltiples sentidos, no implica una liberación de la restricción hegemónica: cuando Venus expresa su deseo de llegar a ser una mujer completa, de encontrar un hombre y tener una casa en los suburbios con lavarropas, bien podemos preguntarnos si la desnaturalización del género y la sexualidad que ella actúa –y la representa bien– culmina en una reelaboración del marco normativo de la heterosexualidad. El dolor de su muerte al final del filme sugiere asimismo que hay restricciones crueles y fatales a la desnaturalización. Así como entrecruza performativamente el género, la sexualidad y la raza, la hegemonía que reinscribe los privilegios de la femineidad y la condición de blanco performativas ejerce el poder final de renaturalizar el cuerpo de Venus y tacha ese entrecruzamiento previo, una supresión que es la muerte de Venus. Por supuesto, la película trae nuevamente a Venus, por así decirlo, a la visibilidad pero no a la vida, y así constituye una especie de performatividad cinematográfica. Paradójicamente, el filme confiere fama y reconocimiento, no sólo a Venus, sino también a los demás jóvenes que participan del baile travesti que se presentan como individuos capaces únicamente de alcanzar el rango legendario local, mientras anhelan un reconocimiento más amplio.

Por supuesto, la cámara juega con este deseo y así se instala implícitamente en el filme como la promesa de un ascenso social legendario. Y, sin embargo, ¿hay en el filme un esfuerzo por evaluar el lugar que ocupa la cámara en la trayectoria de un deseo que no sólo registra sino que también incita? En su revisión crítica del filme, bell hooks plantea la cuestión, no sólo del lugar de la cámara, sino también el de la realizadora, Jennie Livingston, una lesbiana blanca (llamada en otros contextos "una lesbiana judía blanca de Yale", una interpelación que, de un plumazo, también implica a esta autora), en relación con la comunidad del baile travesti que entró a filmar. hooks observa que:

> Jennie Livingston se aproxima a su tema como alguien de afuera que observa. Puesto que su presencia como cineasta mujer/lesbiana blanca esta "ausente" de *París en llamas*, a los espectadores les resulta fácil imaginar que están viendo un filme etnográfico que documenta la vida de "nativos" gay negros y les cuesta reconocer que están observando una obra modelada y formada en una perspectiva y desde un punto de vista específico de Livingston. Al enmascarar cinematográficamente esta realidad (podemos oír sus preguntas, pero nunca la vemos), Livingston no se opone a la manera en que la condición blanca hegemónica "representa" la negritud, sino que más bien asume una posición imperial omnisciente que en modo alguno puede considerarse progresista o contrahegemónica.

Luego, en el mismo ensayo, hooks se pregunta no sólo si la locación cultural de la realizadora está o no ausente del filme, sino además si esa ausencia opera para fijar tácitamente el foco y el efecto de la película, explotando el tropo colonialista de una mirada etnográfica "inocente": "Son demasiados los críticos y entrevistadores", sostiene hooks, "que actúan como si [Livingston] le hubiese hecho un favor a la subcultura gay negra marginada, al dar a conocer sus experiencias a un público más amplio. Semejante postura oscurece las sustanciales gratificaciones que ella ha

recibido por su obra. Puesto que en el filme tantos hombres gay negros expresan el deseo de ser grandes estrellas, es fácil situar a Livingston en el rol de la benefactora que les ofrece a estas "pobres almas negras" una manera de realizar sus sueños" (63).

Aunque hooks limita sus observaciones a los hombres negros que aparecen en el filme, la mayor parte de los miembros de "House of Xtravaganza" son latinos: algunos tienen la piel clara, algunos están procurando cruzar sus fronteras de sexo, algunos sólo participan del baile y algunos están comprometidos en proyectos de vida tendientes a lograr una plena transubstanciación en la feminеidad y/o la condición de blanco. Las "casas" están organizadas, en parte, de acuerdo con líneas étnicas. Éste parece ser un aspecto fundamental que hay que destacar precisamente porque ni Livingston ni hooks consideran el lugar que ocupa ni la fuerza que ejerce la etnia en la articulación de las relaciones de parentesco.

Puesto que la transubstanciación en la jerarquía legendaria, en el terreno idealizado del género y la raza, estructura la trayectoria fantasmática de la cultura del baile travesti, la cámara de Livingston penetra en este mundo como la promesa de una satisfacción fantasmática: un público más amplio, fama nacional e internacional. Si bien Livingston es la joven blanca con la cámara, también es el objeto y el vehículo de deseo; sin embargo, en su condición de lesbiana, aparentemente mantiene algún tipo de vínculo identificatorio con los hombres gay de la película y, según parece, también con el sistema de parentesco –repleto de "casas", "madres" y "niños"– que sustenta la escena del baile travesti y a su vez está organizado por él. El único momento en que podría decirse que el cuerpo de Livingston aparece alegóricamente en la película es cuando Octavia St. Laurent posa para la cámara, como lo haría una inquieta modelo para un fotógrafo. Se oye una voz que le dice que es fantástica y no queda claro si es un hombre que filma sustituyendo a Livingston o la propia Livingston. Lo que sugiere esta súbita intrusión de la cámara en el filme es de algún modo el deseo de la cámara, el deseo que motiva a la cámara, donde una lesbiana blanca fálicamente organizada en virtud del empleo de la cámara (elevada a la categoría de mirada no corporizada, que expresa la promesa de reconocimiento erótico) erotiza a una transexual de hombre a mujer negra –presumiblemente aún no operada– quien "trabaja" perceptivamente como mujer.

¿Qué significaría afirmar que Octavia es el tipo de muchacha de Jennie Livingston? Semejante declaración, ¿echaría por tierra su categoría o, en realidad, su "posición" de lesbiana blanca? Si bien ésta es la producción del transexual negro para una mirada blanca que lo erotiza, ¿no es también la transexualización del deseo lesbiano? Livingston incita a Octavia a transformarse en mujer ante la cámara de la propia Livingston y así ésta asume el poder de "tener el falo", es decir, la capacidad de conferir esa feminеidad, de ungir a Octavia como mujer modelo. Pero, en la medida en que Octavia recibe ese reconocimiento, en que ese reconocimiento la produce, la cámara misma adquiere el rango de instrumento fálico. Además la cámara obra como instrumento de operación quirúrgica, el vehículo mediante el cual se logra la transubstanciación. De este modo, Livingston se convierte en quien tiene el poder de transformar a los hombres en mujeres, quienes luego dependen del poder de la mirada de la directora para convertirse en mujeres y continuar siéndolo. Después de preguntarnos acerca de la transexualización del deseo lesbiano, podríamos preguntarnos, más particularmente, qué significa el deseo representado en el filme de feminizar a los hombres negros y latinos. ¿No sirve acaso al propósito, entre otros, de pacificar visualmente a los sujetos que, en el imaginario social, ponen en peligro a las mujeres blancas?

¿Promete la cámara una transubstanciación de tipo indefinido? ¿Es la señal de esa promesa alcanzar el privilegio económico y la trascendencia de la abyección social? ¿Qué significa erotizar la expresión de esa promesa, como se pregunta hooks, cuando el filme tenga éxito pero las vidas que registra permanezcan sustancialmente invariables? Y si la cámara es el vehículo de esa transubstanciación, ¿qué poder asume quien la sostiene, inspirándose en ese deseo y explotándolo? ¿No es ésta su propia fantasía, la fantasía de que la cineasta ejerce el poder de transformar lo que registra? Y esta fantasía del poder de la cámara, ¿no está directamente en contra de la pretensión etnográfica que estructura el filme?

hooks está en lo cierto al sostener que, dentro de esta cultura, la pretensión etnográfica de una mirada neutral será siempre una mirada blanca, una mirada blanca no marcada, una mirada que transmite su propia perspectiva como la omnisciente, una mirada

que supone y promulga su propia perspectiva como si no fuera una perspectiva en absoluto. Pero, ¿qué significa concebir esta cámara como un instrumento y un efecto del deseo lesbiano? Me habría gustado que la propia Livingston hubiera tematizado reflexivamente su deseo cinemático en el filme mismo, que hubiera presentado sus intrusiones en las tomas como "intrusiones", la cámara *implicada* en la trayectoria del deseo que parece impulsada a incitar. Puesto que la cámara representa tácitamente el instrumento de transubstanciación, asume el lugar del falo, como aquello que controla el campo de significación. La cámara comercia pues con el privilegio masculino de la mirada no corporizada, la mirada que tiene el poder de producir cuerpos, pero que no pertenece a ningún cuerpo.

Pero, esta mirada cinematográfica ¿es sólo blanca y fálica? ¿O también hay en este filme un lugar descentrado para la cámara? hooks señala dos trayectorias narrativas opuestas dentro del filme, una que se concentra en la pompa de los bailes y otra que se concentra en las vidas de los participantes. hooks sostiene que el espectáculo del esplendor llega a imponerse sobre los retratos de sufrimiento que estos hombres relatan acerca de sus vidas fuera del baile. Y en su análisis, el lujo de los bailes representa una vida de fantasía placentera, mientras que las vidas que se desarrollan fuera del baile travesti son la dolorosa "realidad" que la pompa de la fiesta intenta superar fantasmáticamente. hooks afirma que "en ningún momento en el filme de Livingston se les pregunta a los hombres sobre sus conexiones con el mundo familiar y comunitario que existe fuera del baile de travestis. La narrativa cinematográfica hace que el baile llegue a ser el centro de sus vidas. Y, sin embargo, ¿quién determina esto? ¿Es éste el modo en que los hombres negros ven su realidad o se trata de la realidad que construye Livingston?

Evidentemente, es el modo en que Livingston construye la "realidad" de esos hombres, y las percepciones de sus vidas que obtenemos permanecen estrechamente vinculadas al baile. Se nos dice de qué manera se preparan las distintas casas para el baile, vemos cómo se "saquean" unos a otros y las diferencias entre aquellos que caminan como hombres en el baile y aquellos que simulan ser mujeres dentro de los parámetros de la fiesta, los que usan ropas de otro sexo todo el tiempo, en el baile y en la calle y, entre los

que se visten de mujeres, aquellos que se resisten a la transexualidad, así como aquellos que son transexuales en distinto grado. Lo que queda claro en la enumeración del sistema de parentesco que rodea el baile es, no sólo que las "casas" y las "madres" y los "niños" apoyan el baile, sino además que el baile mismo es una ocasión de construir una serie de relaciones de parentesco que dominan y sostienen a quienes pertenecen a las casas, frente a la deslocalización, la pobreza y la falta de un hogar. Estos hombres "hacen de madre" unos de otros, son su "casa" y "se crían" entre sí y la resignificación de la familia a través de estos términos no es una imitación vana o inútil, sino la construcción discursiva y social de una comunidad, una comunidad, que une, cuida y enseña, que protege y habilita. Indudablemente, se trata de una reelaboración del parentesco que cualquiera que esté fuera del privilegio de la familia heterosexual (y aquellos que, perteneciendo a ese ámbito "privilegiado", sufren en él) necesita ver, conocer y de la que puede aprender, una tarea que hace que ninguno de nosotros, de quienes estamos fuera de la "familia" heterosexual, se sienta completamente ajeno a este filme. Significativamente, esta elaboración del parentesco forjada a través de una resignificación de los términos mismos que consuman nuestra exclusión y abyección, hace que esa resignificación cree el espacio discursivo y social para la comunidad; en esa elaboración vemos una apropiación de los términos de la dominación que los dirige hacia un futuro más capacitador.

En este sentido, *París en llamas* no documenta ni una insurrección eficaz ni una resubordinación dolorosa, sino una coexistencia inestable de ambas. El filme atestigua los placeres dolorosos de erotizar y parodiar las normas mismas que ejercen su poder excluyendo las ocupaciones invertidas que los niños sin embargo realizan.

Éste no es un modo de apropiarse de la cultura dominante para poder permanecer subordinados a sus términos, sino que se trata de una apropiación que apunta a traspasar los términos de la dominación, un traspaso que es en sí mismo una capacidad de actuar, un poder en el discurso y como discurso, en la actuación y como actuación, que repite para poder recrear y a veces lo logra. Pero ésta es una película que no puede conseguir ese efecto sin implicar a sus espectadores en el acto; mirar este filme significa

entrar en una lógica de fetichismo que instala una relación entre la ambivalencia de esa "actuación" y la de cada uno de nosotros. Si la ambición etnográfica permite que la actuación se transforme en un fetiche exótico, del que la audiencia se aparta, la transformación en mercancía de los ideales de género heterosexuales será, en este caso, completa. Pero, si el filme establece la ambivalencia de corporizar –y no lograr corporizar– aquello que uno ve, se abrirá pues una distancia *entre* ese llamado hegemónico a normativizar el género y su apropiación crítica.

REITERACIONES SIMBÓLICAS

La resignificación de los términos simbólicos del parentesco que se da en *París en llamas* y en las culturas de las minorías sexuales representadas y absorbidas por el filme lleva a que uno se pregunte cómo precisamente las elaboraciones aparentemente estáticas del orden simbólico se vuelven vulnerables a la repetición y la resignificación subversivas. Para comprender cómo funciona esta resignificación en la ficción de Willa Cather, es necesario hacer una recapitulación de la versión psicoanalítica de la formación de los cuerpos sexuados. Abordar la ficción de Cather implica aplicar la interpretación del yo corporal de Freud y el lugar que ocupa la diferenciación sexual en Lacan a la cuestión de la denominación y, particularmente, de la fuerza que tiene el nombre en la ficción. La aseveración de Freud de que el yo es siempre un yo corporal está elaborada con la percepción adicional de que este yo corporal se proyecta en un campo de alteridad visual. Lacan insiste en que el cuerpo como proyección visual o formación imaginaria sólo puede sostenerse a través del sometimiento al nombre, un nombre que representa el Nombre del Padre, la ley de la diferenciación sexual. En "El estadio del espejo", Lacan observa que el yo se produce "en dirección de la ficción"; que su contorno y su proyección son obras de ficción psíquicas; esta tendencia a la ficción se detiene e inmoviliza cuando emerge un orden simbólico que legitima las ficciones sexualmente diferenciadas como "posiciones". En su condición de ficción visual, el yo es inevitablemente un sitio de *méconaissance*; la determinación simbólica del sexo

del yo procura sojuzgar esta inestabilidad del yo, entendido como una formación imaginaria.

Aquí parece fundamental preguntarse si el lenguaje emerge para cumplir esta función estabilizadora, particularmente la de fijar posiciones sexuadas, y cómo lo hace. La capacidad del lenguaje de fijar tales posiciones, es decir, de imponer sus efectos simbólicos, depende de la permanencia y firmeza de la esfera simbólica misma, el terreno de la significación o la inteligibilidad.[8] Si, como propone Lacan, el nombre afirma el yo corporal en el tiempo, lo hace idéntico a través del tiempo y este poder de "conferir" del nombre se hace derivar del poder de conferir de lo simbólico, de ello se desprende pues que una crisis en lo simbólico implicará una crisis en esta función de conferir identidad que cumple el nombre y en la estabilización de los contornos corporales correspondientes al sexo supuestamente determinado por lo simbólico. *La crisis en la esfera de lo simbólico, entendida como una crisis sufrida por aquello que constituye los límites de inteligibilidad, se registrará como una crisis en el nombre y en la estabilidad morfológica que, según se dice, confiere el nombre.*

El falo funciona como una sinécdoque, porque en la medida en que es una figura del pene, constituye una idealización y el aislamiento de una parte del cuerpo y, además, la investidura de esa parte con la fuerza de la ley simbólica. Si los cuerpos se diferencian de acuerdo con las posiciones simbólicas que ocupan y esas posiciones simbólicas consisten en tener el falo o ser el falo, los cuerpos se diferencian y conservan esa diferenciación al someterse a la Ley del Padre que dicta las posiciones de "tener" y de "ser"; los hombres llegan a ser tales aproximándose a la posición de "tener el falo", lo cual equivale a decir que están obligados a aproximarse a una "posición" que, en sí misma, es el resultado de una sinécdoque en la que la "parte" representa la masculinidad y, como corolario, una idealización de esa sinécdoque como símbolo que gobierna el orden simbólico. En el plano simbólico, la asunción del sexo se produce pues aproximándose a esta reducción basada en

8. Sobre un argumento en contra de la construcción del simbolismo lacaniano como estático e inmutable, véase Teresa Brennan, *History after Lacan*, Londres, Routledge, 1993.

una sinécdoque. Éste es el medio a través del cual un cuerpo asume la integridad sexuada como masculina o femenina: la integridad sexuada del cuerpo se alcanza, paradójicamente, mediante una identificación con su reducción en una sinécdoque idealizada ("tener" o "ser" el falo). De modo que el cuerpo que no logra someterse a la ley u ocupa esa ley en un modo contrario a su dictado, pierde pie –su centro de gravedad cultural– en lo simbólico y reaparece en su tenuidad imaginaria, su dirección ficcional. Esos cuerpos se oponen a las normas que gobiernan la inteligibilidad del sexo.

Esta distinción entre lo simbólico y lo imaginario, ¿es estable? Y ¿qué podemos decir de la distinción entre el nombre y el yo corporal? El nombre, entendido como la señal lingüística que designa el sexo, ¿sólo cumple la función de *encubrir* su carácter ficticio o acaso hay ocasiones en las que *la condición ficticia e inestable de ese yo corporal perturba el nombre, lo expone como una crisis en la referencialidad*? Por lo demás, si las partes del cuerpo no se reducen a sus idealizaciones fálicas, esto es, si llegan a ser vectores de otros tipos de investiduras fantasmáticas, ¿en qué medida pierde su capacidad de diferenciar esa lógica de sinécdoque mediante la cual opera el falo? Para decirlo de otro modo, el falo mismo supone la regulación y reducción de la investidura fantasmática, de modo tal que el pene, o bien se idealiza como el falo, o bien se deplora como el escenario de la castración y se lo desea en el modo de una compensación imposible. Si se trata de investiduras desreguladas o, en realidad, reducidas, ¿hasta qué punto el hecho de tener/ ser el falo funciona aún como lo que afirma la diferenciación de los sexos?

En la ficción de Cather, el nombre no sólo designa una incertidumbre de género, sino que produce asimismo una crisis en la figuración de la morfología sexuada. La ficción de Cather puede leerse como una manera de explicar el fracaso de lo simbólico atribuyéndolo a sus propias demandas imposibles. ¿Qué ocurre cuando el nombre y la parte producen una serie de expectaciones sexuales divergentes y en conflicto? ¿Hasta qué punto las descripciones inestables de los cuerpos generizados y de las partes del cuerpo producen una crisis en la referencialidad del nombre, producen el nombre mismo como la ficción que se intenta encubrir? Si el heterosexismo del simbolismo lacaniano depende de una serie de identificaciones rígidas y prescritas y si tales identificaciones son precisamente lo que la ficción de Cather elabora a través del nombre investido simbólicamente y contra él, luego, la contingencia de lo simbólico –y de los parámetros heterosexistas de lo que puede considerarse "sexo"– experimenta una rearticulación que pone en evidencia la base ficticia de lo que sólo aparentemente son los límites fijos de inteligibilidad.

Cather cita la ley paternal, pero lo hace en lugares y de modos que movilizan una subversión con apariencia de lealtad. Los nombres no llegan a generizar plenamente a los personajes cuya feminidad y masculinidad se espera que afirmen. El nombre no logra retener la identidad del cuerpo dentro de los términos de la inteligibilidad cultural; las partes del cuerpo se apartan de cualquier centro común; se alejan unas de otras, llevan vidas separadas, se transforman en sitios de investidura fantasmática que se niegan a quedar reducidos a sexualidades singulares. Y, aunque aparentemente la ley normalizadora prevalece obligando al suicidio, al sacrificio del erotismo homosexual o al encubrimiento de la homosexualidad, el texto excede al texto, la vida de la ley excede la teleología de la ley, permitiendo que se dé una oposición erótica y una repetición desestabilizadora de sus propios términos.

SEGUNDA PARTE

5. "Cruce peligroso": los nombres masculinos de Willa Cather *

"Cruce peligroso"; ¡está escrito
en las señales viales por todo el mundo!
WILLA CATHER, "Tom Outland's Story".

No es fácil saber cómo debe leerse el género o la sexualidad en la ficción de Willa Cather. Cather nunca pareció colocarse en una relación legible con las mujeres o con el lesbianismo. Para sus lectores, situarla o afirmarla con un nombre implica ejercer cierta violencia contra sus textos, uno de cuyos rasgos característicos persistentes es la desestabilización del género y la sexualidad a través del nombre. La cuestión es cómo leer el nombre como un sitio de identificación, un sitio donde está en juego la dinámica de identificación, y leer el nombre como una oportunidad de reteorizar la identificación cruzada o más precisamente, el entrecruzamiento que, aparentemente, está presente en toda práctica identificatoria.

* Quisiera expresar aquí mi aprecio por Eve Kosofsky Sedgwick y Michael Moon por hacerme conocer la obra de Willa Cather y las posibilidades de una lectura *queer* de sus textos. Estoy particularmente agradecida por la invitación que me hizo Eve Sedgwick para que yo dictara el seminario sobre Teoría Literaria en la Tulane University en mayo de 1991, seminario que tuve la suerte de poder dar junto a Michael Moon. También quiero agradecer al auditorio que asistió al Centro para Estudios Literarios y Culturales de la Universidad de Harvard en la primavera de 1993 por las numerosas y útiles sugerencias que hicieron sobre este capítulo.

Esta cuestión de cómo leer la identificación en relación con el nombre de la ficción, las más de las veces no se aborda como problema cuando se analizan los textos de Cather. Algunas feministas han sostenido que es una escritora que se identifica como hombre, cuyas historias suponen un narrador masculino o ponen en primer plano a un protagonista masculino. La biógrafa feminista Sharon O'Brien sugiere que Cather pasa de una identificación masculina anterior (cuando se llama a sí misma "Will") a una identificación femenina en el transcurso de su producción literaria y que, con el tiempo reemplaza la lealtad al padre y a la tía, por una lealtad y una identificación con sus antepasados maternos.[1] La intensificación de este supuesto vínculo identificatorio con su madre explica la declaración de O'Brien de que la trayectoria de la carrera de Cather puede interpretarse como una afirmación creciente de sí misma, no sólo como mujer, sino como escritora mujer. O'Brien traza este cambio psicológico movilizando el supuesto de que las identificaciones psíquicas se hacen legibles a través de los personajes que produce un autor, esos personajes son los reflejos miméticos de tales identificaciones y esa identificación es un signo de lealtad y afiliación antes que, digamos, una agresión no resuelta o, al menos, una ambivalencia no resuelta. Aunque O'Brien afirma que el lesbianismo de Cather tiene importancia en la producción de la autora, no considera el lugar que ocupa la identificación cruzada en la articulación de esa sexualidad; en realidad, deduce que el lesbianismo no es sólo el amor entre mujeres, sino también la intensificación de un vínculo identificatorio maternal. Sin embargo, en la biografía escrita recientemente por Hermione Lee, la identificación cruzada y el hecho de vestirse como hombre constituyen una parte del espectáculo de la Cather literaria, pero la biógrafa disocia enérgicamente la identificación cruzada de género de la cuestión de la sexualidad de Cather.[2]

1. Sharon O'Brien, *Willa Cather: The Emerging Voice*, Nueva York, Ballantine, 1987, págs. 13-32. Sobre una interesante réplica que se concentra en la permanente hostilidad de Cather respecto de las mujeres, véase de Jeane Harris, "A Code of Her Own: Attitudes toward Women in Willa Cather's Short Fiction", *Modern Fiction Studies*, vol. 36, n° 1, primavera de 1990, págs. 81-89.

2. Hermione Lee, *Willa Cather: Double Lives*, Nueva York, Vintage, 1989, págs. 10-15.

En su libro parecería que el hecho de vestirse como hombre y escribir como hombre no deben interpretarse como representaciones sexuales, sino casi exclusivamente como una producción voluntarista de un sí mismo espectacular.

Eve Sedgwick ofrece una lectura más compleja de la identificación cruzada presente en la novela de Cather *The Professor's House* (1925) en la cual, dentro del marco narrativo de un contexto familiar heterosexual, mortalmente árido,[3] se incluye, literal y expresamente, una relación homoerótica entre dos hombres. De acuerdo con Sedgwick, Cather hace dos "tránsitos cruzados", uno entre géneros y otro a través de la sexualidad (pág. 68); Cather asume la posición de los hombres y la de la homosexualidad masculina. ¿Cómo debemos interpretar esta asunción? ¿A qué costo se realiza? Sedgwick escribe: "lo que se hace visible en esta doble refracción son las sombras de las brutales supresiones por las cuales, en la época y la cultura de Willa Cather, un amor lesbiano no podía hacerse visible" (pág. 69). Aquí Sedgwick nos ofrece la elección entre un amor refractado, articulado a través de un doble tránsito y un amor que puede gozar de una visibilidad directa y transparente, al que se refiere como "verdades lesbianas" que aparentemente existen antes de la posibilidad de constituirse en un discurso histórico legitimante (pág. 69).

Sin embargo, es la propia Sedgwick quien sostiene en *La epistemología del armario* que tales ausencias, que constituyen el aparato de lo encubierto, no sólo son el sitio de supresiones brutales, sino que persisten, debido a su misma prohibición, como un conjunto de indirectas, sustituciones y vacilaciones textuales que exigen un tipo especial de lectura.[4] Al interpretar que en *The Professor's House,* Cather está realizando un tránsito al género masculino a través del personaje de Tom Outland, Sedgwick pasa por alto a otro Tommy, el que en 1896 aparece como una muchacha, una muchacha algo hombruna, para ser precisa, en la obra de

3. Eve Kosofsky Sedgwick, "Across Gender, Across Sexuality: Willa Cather and Others", *The South Atlantic Quarterly*, vol. 88, n° 1, invierno de 1989, págs. 53-72.

4. Eve Kosofsky Sedgwick, *Epistemology of the Closet*; véase especialmente la discusión de la pluralización y especificación de las "ignorancias" (pág. 8) y la descripción fenomenológica de la juventud *gay* y lesbiana como "una brecha en el tejido discursivo de lo establecido" (pág. 43).

Cather "Tommy the Unsentimental"; en ese texto, el nombre no refleja un género, sino que llega a constituir el sitio de cierto "cruce", una transferencia de género, que plantea la cuestión de establecer si, para Cather, el nombre escenifica un intercambio de identificaciones de género que la sustancialización del género y la sexualidad ocultan. La postulación de una "verdad" original de la sexualidad lesbiana que espera su adecuada representación histórica supone una sexualidad ahistórica constituida e intacta, anterior a los discursos mediante los cuales se la representa. Esta especulación se basa en una oportunidad perdida de interpretar la sexualidad lesbiana *como* una práctica específica de disimulación producida a través de los mismos vocabularios históricos que procuran suprimirla. Yo diría que la prohibición que supuestamente funciona efectivamente en la ficción de Cather para reprimir la articulación de la sexualidad lesbiana es precisamente la oportunidad de su constitución e intercambio. Probablemente, en el texto de Cather la situación no sea tanto que la legibilidad del lesbianismo esté perpetuamente en peligro sino más bien que la sexualidad lesbiana se produce como un desafío perpetuo a la legibilidad. Adrienne Rich señala este desafío cuando escribe "para Willa Cather la marca lesbiana es muda".[5] En este sentido, la "refracción" que Sedgwick identifica en Cather es un signo no sólo de una violación del lesbianismo, sino la condición y posibilidad mismas del lesbianismo como sexualidad refractada, constituida en el tránsito y el desplazamiento. Dentro del texto de Cather, esta sexualidad nunca llega a presentarse suficientemente validada como una verdad, radicalmente diferente de la heterosexualidad. Casi en ninguna parte aparece representada miméticamente, sino que debe interpretarse como una transacción en la cual convergen el sacrificio y la apropiación, y donde el nombre llega a ser el sitio ambivalente de esta apropiación prohibida, esta entrega angustiada.

5. Adrienne Rich, "For Julia in Nebraska", en *A Wild Patience Has Taken Me This Far*, Nueva York, Norton, 1981, pág. 17.

NOMBRES QUE PESAN

En 1918, Cather comenzaba su novela *Mi Ántonia* con un prólogo en el que emerge un "yo", una figura narradora, a la que nunca presenta y a la que, en realidad, nunca se nombra.[6] Este prólogo, que aparece denominado como "introducción", como si hubiera sido escrito por alguna otra persona diferente de la autora, tal vez como una introducción al autor mismo, Jim Burden (*"burden"*, en inglés, significa "carga, peso"). Jim Burden se va instalando como el autor a través de la producción y el gradual desvanecimiento del anónimo "yo" (págs. 1-2). En realidad, lo que Cather reúne al comienzo de su texto es un narrador anónimo y un narrador nombrado, dos figuras que coinciden o, más precisamente, que son "viejos amigos" y que, en una sola frase parecen atravesar las convenciones del tiempo presente y el tiempo pasado. "El verano pasado, en una temporada de intenso calor, Jim Burden y yo coincidimos en cruzar Iowa en el mismo tren". Hay una circunstancia y ya se plantea una cuestión de "cruce"; luego la incertidumbre se repite en la frase siguiente, que se desliza casi misteriosamente del presente cierto de la relación a la posibilidad de que se trate sólo de un recuerdo: "Jim y yo somos viejos amigos, crecimos juntos en el mismo pueblo de Nebraska y teníamos mucho que decirnos el uno al otro".

Nos enteramos de que la relación no sobrevive en el tiempo presente, cuando ambos viven en Nueva York y Jim Burden está casado con una mujer que aparentemente no es del agrado del narrador anónimo. También se nos dice que esta esposa es bonita pero "insensible", enérgica, pero "incapaz de sentir entusiasmo". Sin embargo, en el transcurso de la trama, esta figura que los separa va siendo desplazada por otra que los une: Ántonia, a quien Jim, en la ventana, parece convocar desde el paisaje en llamas. El horizonte ardiente se resuelve en una figura ardiente, una figura de deseo que no sólo se une al "yo" y a "Jim", sino que se transforma en la ocasión para que el "yo"desplace a Jim: "Más que ninguna otra persona que recordáramos, esta joven parecía significar para nosotros el campo, las condiciones, la total aventura, de nues-

6. Willa Cather, *My Ántonia*, Boston, Houghton Mifflin, 1988. [Ed. cast.: *Mi Ántonia*, Barcelona, Alba, 2000.]

tra infancia" (pág. 2). Y precisamente, se nos cuenta que a través del rescate fantasmático de Ántonia, Jim renueva una amistad con nuestro narrador sin nombre, una amistad que el narrador, un instante antes de desaparecer por completo, dice que fue muy valiosa. Y este narrador "yo", retrocediendo aceleradamente hacia un anonimato casi ilegible, se asimila al estado de Nebraska, una perspectiva que retrocede desde el punto de vista del tren que va consumiendo su camino hacia Nueva York. El "yo" disimulado como un horizonte que se desvanece llega a convertirse en la condición no temática del relato; esta condición se instala mediante la transferencia de la autoridad narrativa desde el pronombre evasivo a la figura de Jim. De modo que esta transferencia llega a constituir la resolución temporal del ambiguo "yo" de referencia en una figura masculina respaldada por un nombre masculino, pero un nombre ("Jim Burden") que anuncia la calidad agobiante de llevar el peso de esa resolución y cuya capacidad de referir resultará quebrada intermitentemente por la trayectoria misma de la narrativa que esa capacidad parece sustentar. ¿Cómo debemos interpretar esta transferencia de la autoridad y el deseo en el nombre?

Podríamos interpretar que el "yo" precipitado de *Mi Ántonia* es un sitio en el cual se negocian las convenciones del anonimato y las convenciones de la autoría masculina tradicional. Este "yo" es una marca que se repliega, que encarna la retirada en el anonimato, una marca pronominal que termina por borrarse, con lo cual llega a constituir la condición tácita que reaparece como ruptura textual no temática dentro de la matriz misma de la convención heterosexual.

Al entregar la autoridad narrativa, el "yo" figura al lector ideal como aquel que alcanza el goce mediante una identificación desplazada. La pasión de Jim por la figura de Ántonia se transmite pues a "yo" cuya pasión se reaviva a través de la pasión de Jim: "Yo la perdí completamente de vista, pero Jim había vuelto a encontrarla después de varios años y había renovado una amistad que tenía gran significación para él. Aquel día, todo el espíritu de Jim estaba lleno de Ántonia. Me hizo verla nuevamente, sentir su presencia, revivir toda mi antigua inclinación por ella" (pág. 2). Aquí parece que es la figuración de Ántonia por parte de Jim lo que da lugar al deseo de "yo", un desplazamiento habilitante que transfiere ostensiblemente el deseo de Jim al lector anónimo.

La pasión de este "yo" innominado parece seguir a la de Jim; sin embargo, inmediatamente después de que este "yo" narra su propia inclinación, Jim habla por primera vez, asumiendo la función del autor que, durante los dos párrafos siguientes y en el texto que sigue, le corresponderá sólo a él. Por lo tanto, la marcación del deseo de "yo", atribuida a la fuerza del fantasma convocado por Jim, queda directamente eclipsada mediante la instalación de Jim como la fuente y el origen de la ensoñación deseosa que constituirá el texto. ¿Eclipsa Jim este deseo o se trata de un eclipse del "yo" que luego carga, por así decirlo, con el peso de ese deseo de "yo"? Cuando Jim habla no dirige su discurso a nadie, se trata de una ensoñación indiferente a su auditorio, que coloca a quien alguna vez fue el narrador "yo" en la posición de un lector sensible dentro del texto pero que, inadvertidamente, fortalece la autoridad narrativa del texto: "'De vez en cuando, he estado poniendo por escrito lo que recuerdo de Ántonia', me contó". El "yo" hace ahora las veces de vehículo del dictado, pero aquí el "yo", completamente disimulado como estrategia de cita, registra las palabras de Jim y con ello confiere una autoridad encubierta a tales palabras. Mientras Jim parece eclipsar la función de narrador de "yo", éste se convierte en la condición ilegible de la narración de Jim. Por otro lado, la narración de Jim es ahora una cita que adquiere así su origen y su fundamento, retrospectivamente, en la persona que la cita, la persona sin nombre que, al citar o, mejor aún, al constituirse en la cita misma, se desplaza. En realidad, el narrador anónimo representa a un lector ideal de este texto futuro y Jim le aconseja a "yo", en la que quizá sea la única ocasión en que se dirige directamente a él/ ella, que "ciertamente, deberías verlo", refiriéndose al texto, una broma que bien merecería pertenecer a Kafka, con lo cual le atribuye al autor la función del lector buscado y niega el entrecruzamiento de Jim con ese autor que se ha sacrificado a sí mismo, un movimiento mediante el cual produce a Jim, el nombre, como el efecto y la señal de ese sacrificio. Y, sin embargo, no queda muy claro si Jim ha tomado el lugar de este narrador o si el narrador posee ahora más plenamente a Jim, una posesión que se realiza mediante la lógica misma del sacrificio.

En el transcurso de esta introducción nos enteramos de que hay otra razón para que exista la distancia emocional que separa

al narrador/a anónimo/a de Jim Burden: Jim se convierte en abogado de uno de los ferrocarriles del oeste y esto parece sugerir que el narrador anónimo toma cierta distancia de la ley o se encuentra sometido/a a cierto tipo de censura. Jim, por otro lado, representa la ley: su condición legal reaparece al final de la introducción cuando Jim llega al apartamento del narrador/a con el manuscrito dentro de un cartapacio judicial que lleva el sello de la ley y la firma de Jim que le confieren el peso de la legitimación. "Aquí está el material sobre Ántonia". "Sencillamente escribí aproximadamente todo lo que su nombre me recuerda": "Supongo que no tiene ninguna forma", observa, y luego agrega "Tampoco le puse ningún título". Y luego, en presencia del narrador/a, Jim escribe el título "Ántonia", lo borra frunciendo el ceño y entonces, con "satisfacción", afirma su reclamo y escribe: "Mi Ántonia".

Así, el título de Jim coincide con el de Cather, y la repetición desplaza el acto mediante el cual Jim parecía haber suplantado al narrador/a en el texto. Sabemos que éste es, después de todo, el texto de Cather, lo cual implica que ella es tal vez el personaje anónimo que dicta lo que Jim narra. Representada como un lector sensible, una sensibilidad que recuerda una lectora femenina idealizada, la que recibe y dicta el texto escrito por un hombre, Cather disimula primero a través de esta convención femenina y luego desaparece para poder finalmente "poseer" el texto al que parece renunciar. En otras palabras, Cather escenifica la afirmación del reclamo a los derechos de autor transfiriéndolos a alguien que representa la ley, una transferencia que, en su doblez, es una especie de impostura que facilita la pretensión al texto al que sólo aparentemente renuncia.

Creo que la falsa transferencia es un movimiento reiterado en los textos de Cather, una figura que representa el cruce de identificación y que habilita, y a la vez oculta, las formas del deseo. Éste es un cruce que pronto volveré a considerar en el contexto de un cuento breve de Cather, "Tommy the Unsentimental", en el que la identificación siempre es un proceso ambivalente, la adopción de una posición que es al mismo tiempo una entrega, una desposesión y un sacrificio.[7] En realidad, es una entrega fraudulenta, un sacrificio aparente, en la cual la autoría femenina parece ceder en favor de una masculina, una firma superpuesta que, como trataré de mostrar luego, se resuelve en un intercambio riguroso y, en "Tommy the Unsentimental" llega a ser la producción de una deuda masculina. Si bien los textos de Cather a menudo parecen idealizar la autoría masculina mediante una identificación desplazada, es muy posible que el desplazamiento de la identificación sea la condición necesaria misma de su ficción.

7. "Tommy the Unsentimental", en *Willa Cather: 24 Stories* (comp. Sharon O'Brien), Nueva York, Penguin, 1987, págs. 62-71.

La condición de autor de Jim se insinúa sólo mediante la repetición literal del título de la propia Cather; lo cual sugiere que Cather, en cierto sentido, conserva la posesión del título tanto en el plano literario como en el legal y, por lo tanto, conserva la autoría, un peso del que Jim debe hacerse cargo. Como repetición y como cita, la condición de autor de la obra que se le asigna a Jim se entiende como derivada, de modo que la oyente femenina sensible es quien conserva todo el control. Pero, ¿qué hace que la condición derivada de autor sea una carga? ¿Cuál es el peso o la maldición de esta posición? Y ¿cómo debemos juzgar a Jim, no sólo en su carácter de representante designado por Cather, sino además como emblema de la ley, la fuerza de prohibición que necesita esa misma sustitución?

Ántonia es bohemia y como muchas muchachas bohemias de la ficción de Cather, pertenece a las comunidades germanoparlantes procedentes de una región del imperio austrohúngaro llamada Bohemia, que se establecieron en Nebraska después de las guerras de 1848. En inglés, la palabra *bohemian* tiene una connotación tomada del uso que comenzó a dársele en Francia en el siglo XV cuando los gitanos, según se dice, originarios de Bohemia, comenzaron a llegar a las regiones occidentales de Europa. En 1848, Thackeray inició la transferencia del sentido del término a todo aquel que está en el exilio dentro de una determinada comunidad; al escribir en *Vanity Fair*, aplicaba el término a las mujeres jóvenes consideradas "salvajes" y "errantes". En la década de 1860 aplicaba la misma palabra para referirse a los "gitanos literarios" a quienes describía, en una transposición novedosa de la retórica de la guerra civil, como "secesionistas" de lo convencional. Con el tiempo, la expresión se extendió hasta que terminó aplicándosele a cualquiera que despreciara la convención social o,

como explica el *Oxford English Dictionary*, "el que lleva una vida libre, vagabunda e irregular."[8]

La primera vez que se presenta a Ántonia en el texto de Cather, la joven aparece en una situación de desorientación y exilio lingüísticos, deseosa de aprender inglés y, en particular, lo referente a los nombres. Cuando Ántonia conoce a Jim le toca el *hombro* y le pregunta "¿Nombre? ¿Qué nombre?" (pág. 19), con la intención de conocer el nombre de Jim, pero también para señalar la sinécdoque mediante la cual el hombro, el sitio donde se carga el peso, designa a Jim. Ántonia se vuelve luego hacia los árboles y el paisaje y reitera la pregunta "¿Nombre? ¿Qué nombre?" Pero ningún nombre parece satisfacer su pregunta. ¿Cómo debemos interpretar la incesante búsqueda de nombres que hacen proliferar sitios de insatisfacción lingüística, como si lo que no puede nombrarse o no puede nombrarse con satisfacción excediera todo acto aparentemente satisfactorio de la denominación, como si Ántonia, en lugar de ser un nombre producido y nombrado por Jim Burden, se transformara en una figura de un exceso indominable producido por las presunciones de la nominación, una figura que prolifera en su sed infinita de nombres que nunca satisfacen por completo.[9]

Jim trata de saciar esta sed lingüística ofreciéndole a Ántonia palabras inglesas. Pero esta apropiación no surte el efecto esperado sino que produce una situación que, en lugar de conducir a la adquisición del dominio conceptual, produce a una mayor confusión. Indagando lo que podría interpretarse como una figura de esta desconexión, Jim y Ántonia encuentran un "lecho de grava" plagado de orificios (pág. 31). Jim relata entonces lo que emerge de estas hendiduras en el paisaje visible:

8. Sobre el término "bohemio", véase también Sedgwick, *Epistemology of the Closet*, págs. 193-95, y Richard Miller, *Bohemia: The Protoculture Then and Now*, Chicago, Nelson-Hall, 1977, citado en Sedgwick.

9. Estoy en deuda con la lectura que hace Karin Cope de Gertrude Stein sobre la cuestión de las limitaciones que tiene la denominación para articular la sexualidad. Véase su "'Publicity Is our Pride': The Passionate Grammar of Gertrude Stein", *Pretext*, verano de 1993, y *Gertrude Stein and the Love of Error*, Minneapolis, University of Minnesota Press, de próxima aparición.

> [...] yo iba retrocediendo, agazapado, cuando oí que Ántonia gritaba. Estaba de pie frente a mí, señalaba algún punto a mis espaldas y gritaba algo en bohemio. Giré sobre mí mismo y allí, en uno de esos lechos de grava, estaba el áspid más grande que yo hubiera visto en mi vida. Estaba gozando del sol, después de la fría noche y el grito de Ántonia debe de haberlo despertado. Cuando me volví, el áspid se extendía en ondas movedizas que parecían formar la letra "W". De pronto se sacudió con un espasmo y comenzó a enroscarse lentamente. No era meramente una serpiente grande, pensé, era una monstruosidad de circo.

Esa "W" trunca introduce un Willa abreviado en el texto y lo conecta con las ondas movedizas de la letra, vinculando la cuestión de la morfología gramatical con la figura morfológica de la serpiente que reproduce los movimientos del deseo.[10] Pero esta aparición parcial desde el agujero, este abrirse paso a través de la ficción de esta narrativa que la sostiene, sólo puede ser "una monstruosidad de circo", un espectáculo que entretiene y aterra.

Además, la aparición de la serpiente provoca un reescenificación de la escisión entre "yo" y "él", esta vez entre el "yo" de Jim y el "él" del áspid. Jim narra los movimientos del ofidio con una fascinación y un horror que hacen tambalear la diferencia entre ambos: "Su abominable musculatura, su movimiento repugnante, fluido, me dieron ganas de vomitar. Era tan grueso como mi pierna y parecía que ni una piedra de molino podría aplastarle su asquerosa vitalidad". Al representar la pierna de Jim como un instrumento de asquerosa vitalidad, la repugnancia del áspid se transfiere al "yo" narrativo, que presumiblemente es aún Jim, quien de ese modo figura su propio cuerpo como un objeto de autorrepugnancia y autodestrucción. Pero, puesto que esta "monstruosidad de circo" adoptó la forma de una "W", implicando de manera abreviada, si no ya castrada, la monstruosidad de Willa (a quien no se nombra por completo, con lo cual excede y condiciona la denominación del texto) parecería que el áspid, como Ántonia en el prólogo, facilita

10. Aquí parece que Cather está imitando a Shakespeare. No sólo se llamaba a sí misma Will y William cuando era joven, sino que en estos textos invoca la "W" abreviada como solía hacer el mismo Shakespeare. Véase Phyllis C. Robinson, *Willa: The Life of Willa Cather*, Nueva York, Doubleday, 1983, págs. 31-32. Véase asimismo Joel Fineman, "Shakespeare's *Will*: The Temporality of Rape", *Representations* nº 20, otoño de 1987, págs. 25-76.

una transferencia de falicismo egregio desde Willa a esa pierna desagradablemente vital que en aparencia pertenece a Jim, pero que podría construirse asimismo como un limbo libremente flotante de transferencia fálica fantasmática.

Los términos de la analogía se van haciendo cada vez más inestables. La distancia que separa a Jim del áspid comienza a estrecharse cuando Jim se anticipa a lo que éste habrá de hacer: "[pensé que] entonces él saltaría, saltaría en toda su extensión". Sin embargo, quien salta no es el áspid sino Jim, quien entonces lleva a cabo una verdadera decapitación de la serpiente, adelantándose mediante el acto al falicismo mismo que teme: "Le apunté a la cabeza con la pala y lo golpeé limpiamente en el cuello; un minuto después, estaba diseminado junto a mis pies en ondulantes rizos" (pág. 32). Jim continúa golpeando la "desagradable cabeza plana", pero "su cuerpo continuaba enroscándose y girando, doblándose y volviéndose sobre sí mismo". El áspid se resiste así a los intentos asesinos de Jim y esta resistencia puede interpretarse como el acto mediante el cual el ofidio continúa significando de esta manera arqueada y ondulada, como la letra "W", como el movimiento morfológico de escribirse, otra "W" significante que, después de todo, es lo que sostiene y produce a Jim como su efecto, aquello que finalmente Jim es incapaz de destruir. En este sentido, Jim se convierte en la "monstruosidad de circo", mientras Willa y su monstruosidad potencial se repliegan en una discreta "W", los movimientos ondulantes de la escritura y, en particular, el enroscarse, el doblarse, el volverse sobre sí mismo que constituye esa señal abreviada de su firma. Y "W" puede significar también *woman* [mujer], el término más disimulado por la narradora Cather.[11]

11. En una carta a Willa Cather fechada en 1908, Sarah Orne Jewett objetaba lo que interpretaba como una argucia narrativa de Cather de escribir como hombre y sobre protagonistas masculinos, especialmente en el cuento de Cather "On the Gulls' Road" (1908): "El amante está tan bien descrito como lo estaría si una mujer escribiera adoptando el personaje del hombre; siempre debe haber, creo, algo de mascarada. Y casi podrías haberlo hecho tú misma: una mujer puede amarla del mismo modo protector, una mujer puede llegar a preocuparse por ella hasta el punto de desear sacarla de esa vida, de un modo o de otro. Pero, ¡oh, qué íntimo –qué tierno–, qué verdadero es el sentimiento! El aire del mar sopla entre las letras mismas de la página" (*Letters of Sarah Orne Jewett* (comp. Annie Fields), Boston, Houghton-Mifflin, 1911, págs. 246-247.

La "W" aparece en mayúscula, lo que sugiere un nombre propio. Esta "W" no sólo es un Willa abreviado (nombre del que Cather rehuyó convencionalmente, desde muy joven, adoptando el nombre de "Will"), sino que representa de antemano el escenario de castración/ decapitación en que actuará Jim. Como abreviatura, el nombre está claramente recortado, pero este recorte es también la condición de su estrategia de disimulo o, más exactamente, un tipo específico de narrativa que se expresa con y en contra de las prohibiciones que representarían su propia sexualidad como una monstruosidad masculinizada. Del mismo modo en que el "yo" del prólogo se retrae en el paisaje de Nebraska mientras Jim se instala en la posición de primera persona, este recorte del propio nombre es la condición de la redistribución fantasmática del sujeto-autor en y a través de la narrativa. Y no es que la narrativa represente así inversamente el "yo" que está disimulado en sus términos. Por el contrario, la opacidad del "yo" es la condición permanente de esta redistribución. Éste es un "yo" constituido en su opacidad por la prohibición establecida en contra de su deseo, una prohibición que produce una serie de desplazamientos narrativos que no sólo plantean persistentemente la cuestión de qué nombre *podría* satisfacer, *sino que además* aplican la prohibición a la mención del nombre que podría satisfacer. Ántonia, el nombre del que podría esperarse satisfacción, sólo puede ser la ocasión de reiterar ese desplazamiento: "¿Nombre? ¿Qué nombre?".

Por supuesto, la homosexualidad llegó a asociarse con el nombre no dicho e indecible a partir del enjuiciamiento de Oscar Wilde. El amor que no osa decir su nombre se convirtió para Cather en un amor que hace proliferar nombre en el sitio de lo indecible, con lo cual establece la posibilidad de que la ficción efectúe ese desplazamiento, reiterando la prohibición y, al mismo tiempo, *apro-*

La ficción de la propia Sarah Orne Jewett, particularmente "Martha's Lady" (1897) y *El país de los abetos puntiagudos* (1896), aborda cuestiones de género y de sexo similares a las de Cather. Y la relación entre el narrador anónimo de *Mi Ántonia* de Cather y Jim Burden se asemeja a la que mantienen el narrador que recibe la historia y quien cuenta la historia en *El país de los abetos puntiagudos* de Jewett. Tanto la novela de Jewett como "Tommy the Unsentimental" de Cather (publicados el mismo año) indagan la dinámica narrativa y erótica de la ofrenda y el sacrificio.

vechando, en realidad, explotando esa prohibición por la posibilidad que ofrece de que se la repita y se la subvierta.

El nombre funciona así como una especie de prohibición, pero también como una ocasión habilitante. Consideremos que ese nombre es una señal de un orden simbólico, un orden de la ley social, el que legitima a los sujetos viables a través de la institución de la diferencia sexual y la heterosexualidad obligatoria. ¿De qué manera puede hacerse que tales instituciones funcionen contra sí mismas de modo tal que engendren posibilidades que comiencen a cuestionar su hegemonía?

En el *Seminario II*, Lacan observa que "nombrar constituye un pacto mediante el cual dos sujetos llegan a acordar simultáneamente el reconocimiento del mismo objeto". Esta función social del nombre es siempre hasta cierto punto un esfuerzo por estabilizar un conjunto de identificaciones imaginarias múltiples y transitorias, que para Lacan constituyen el circuito del yo, pero aún no constituyen al sujeto dentro de la esfera simbólica. Lacan escribe: "Si los objetos tuvieran únicamente una relación narcisista con el sujeto", esto es, si sólo fueran sitios para una identificación imaginaria y extática, "sólo podrían ser percibidos de manera momentánea. La palabra, la palabra que nombra, es lo idéntico" (pág. 169). La relación imaginaria, la relación constituida a través de la identificación narcisista, es siempre tenue, precisamente porque es un objeto externo lo que se determina que es uno mismo; esta incapacidad de anular la distancia entre el yo que identifica la otra parte y la otra parte que es el sitio que define ese yo perturba esa identificación como su discordancia y su fracaso constitutivos. El nombre, como parte de un pacto social y, en realidad, un sistema social de signos, invalida la levedad de la identificación imaginaria y le confiere una durabilidad y una legitimidad sociales. La inestabilidad del yo queda así absorbida o estabilizada por una función simbólica, asignada a través del nombre: "la apariencia permanente a lo largo del tiempo" del sujeto humano sólo es estrictamente reconocible, afirma Lacan, a través de la intermediación del nombre. El nombre es el tiempo del objeto" (pág. 169).

Precisamente, lo que Slavoj Žižek destaca en *El sublime objeto de la ideología* como la dimensión ideológica del nombre es esta función que cumple el nombre de afirmar la identidad del sujeto a través del tiempo. Žižek sostiene que lo que el filósofo Saul Kripke

entiende como la condición de designador rígido del nombre propio tiene un paralelismo con la función de conferir identidad que, según Lacan,[12] cumple el nombre. Para Žižek, el nombre propio no elabora ningún contenido; es una función del habla que designa una identidad sin ofrecer, ni implícita ni explícitamente, ninguna descripción de esa identidad. Como Lacan, Kripke entiende que el nombre propio asegura la identidad del objeto a lo largo del tiempo; el nombre propio es referencial y la identidad a la que se refiere no puede sustituirse mediante una serie de descripciones. La frase de Lacan podría ser válida también en el caso de Kripke: "La palabra, la palabra que nombra, es lo idéntico".

Significativamente, tanto Kripke como Lacan coinciden en hipostatizar un *pacto*, un acuerdo social que inviste al nombre con su poder de conferir durabilidad y reconocimiento a lo que nombra. En ambos casos, siempre se trata de un pacto social basado en una Ley del Padre, una organización patrilineal, lo cual implica que son los apellidos *paternos* los que se conservan a través del tiempo como zonas nominales de control fálico. La identidad duradera y viable se adquiere pues mediante la sumisión al patronímico y la sujeción que éste ejerce sobre la persona. Pero, puesto que esta línea patronímica sólo puede afirmarse mediante la transacción ritual de mujeres, a éstas se les exige cierto desplazamiento de la alianza patronímica y, por lo tanto, un cambio de apellido. De modo que, en el caso de las mujeres, la propiedad se alcanza en virtud de tener un apellido cambiable, mediante el intercambio de nombres, lo cual significa que el nombre nunca es permanente y que la identidad garantizada por el apellido siempre depende de las exigencias sociales de paternidad y matrimonio. Para las mujeres, la expropiación es pues la condición de identidad. Ésta se afirma precisamente en (y a través de) la transferencia del nombre, el nombre entendido como sitio de transferencia o sustitución, el nombre entendido justamente como aquello que no es permanente, que es diferente de sí mismo, más que sí mismo y que no es idéntico a sí mismo.

Evidentemente, ni Žižek ni Kripke estaban pensando en esta problemática cuando dijeron que el nombre asegura la permanen-

12. Slavoj Žižek, *The Sublime Object of Ideology*, Londres, Verso, 1989, págs. 87-102. [Ed. cast.: *El sublime objeto de la ideología*, México, Siglo XXI, 1992.]

cia de lo que nombra. El carácter cambiable del nombre femenino es esencial para que permanentemente aparezca el apellido paterno, en realidad para asegurar una permanencia ilusoria a través de un patrilinaje continuado. Por lo demás, el nombre propio puede sólo considerarse referencial y no descriptivo, en tanto no se cuestionen el masculinismo y el privilegio heterosexual implícitos en el pacto social que le confiere legitimidad. Una vez que el nombre propio se elabora como apellido paterno, puede leerse como una abreviatura de un pacto social u orden simbólico que estructura los sujetos nombrados en virtud de la posición que ocupan en una estructura social patrilineal. La durabilidad del sujeto nombrado no es una función del nombre propio, sino que es una función de un patronímico, el modelo abreviado de un régimen de parentesco jerárquico.

El nombre como patronímico, no sólo conlleva la ley, sino que instituye la ley. En la medida en que el nombre afirma y estructura al sujeto nombrado, parece ejercer el poder de sujeción: produciendo un sujeto sobre la base de una prohibición, un conjunto de leyes que diferencian a los sujetos mediante la legislación obligatoria de las posiciones sociales sexuadas. Cuando Jim Burden escribe en la cubierta de su cartapacio legal el título de sus escritos, "Mi Ántonia" reúne el nombre y el pronombre posesivo, con lo cual hace explícito lo que habitualmente está implicado en el apellido faltante. Su propio apellido es en sí mismo la "carga" del nombre, la investidura agobiante que conlleva el patronímico. Este caso no es muy diferente del de Tom Outland de *The professor's House*, de patrilinaje desconocido y cuyo apellido aparece sustituido por un tropo de exilio y exceso en el sitio donde se esperaría encontrar una marca patronímica de cohesión social. En Cather, la apropiación y el desplazamiento del apellido le quita a la base social su función de conferir identidad y deja abierta la cuestión del referente como un sitio de significaciones generizadas y sexuales rechazadas.

El título del breve cuento de Cather "Tommy the Unsentimental", publicado en 1896, es en sí mismo una inversión del título de la novela de J. M. Barrie, *Sentimental Tommy*, que señala cierta inversión de la inversión de Barrie, forjando una tradición de "inversión" contra la de la novela sentimentalista y sus asociaciones con la femineidad.[13] La protagonista del cuento de Cather es Tommy Shirley, una joven cuyo nombre invierte la expectación patronímica, no sólo porque está compuesto por un nombre de varón en primer término, sino porque toma la acuñación de "Shirley" de Charlotte Brontë como nombre de mujer y vuelve a acuñarlo como apellido paterno.[14] En la época en que Cather los usó en su relato, los términos Tom y Tommy habían acumulado una cantidad de significaciones.[15] Desde el siglo XVI, se había utilizado casi como nombre propio para todo lo que es masculino, como Tom All-Thumbs o "Tom True-Tongue". En el siglo XIX, "Tom" era también el nombre que se le daba al payaso, al que disimula o adula (como en la marcación racial del "Tío Tom") y también a una prostituta o una mujer joven que se resiste a las convenciones. Estos últimos dos sentidos están relacionado con la noción del *tomboy*, un término reservado en el siglo XVI, a los muchachos pero que en el siglo XVII llegó a caracterizar a las niñas, especialmente a las revoltosas. Luego, a comienzos del siglo XIX, la rudeza física de la *tomboy* se asoció a "las mujeres que pecan contra la delicadeza de su sexo" (*Oxford English Dictionary*) y en 1888, la palabra *tomboy* comenzó a vincularse con aquellas mujeres que muestran "groseros signos de afecto" por otras niñas. En la década de 1860 también hubo tiendas Tommy en las que se pagaba el salario a los empleados con mercancías en lugar de dinero: "Tommy" era el nombre que se le daba a esa transacción. Y en 1895, parece que la oposición a las convenciones asociada a las mujeres Toms –es decir las *tomboys* y las prostitutas– llevó a que *Chicago*

13. Sobre el "sentimentalismo" véase de Sedgwick, *The Epistemology of the Closet*, págs. 193-199. Véase también el argumento de O'Brien según el cual Cather imita y subvierte la ficción sentimentalista publicando su cuento en la revista *Home Monthly*, adecuándose a una fórmula aceptable para sus editores, pero sólo para ridiculizar las convenciones sentimentalistas que estaban en boga (en *Willa Cather: The Emerging Voice*, págs. 228-231).

14. Véase la nota 11 *supra*.

15. Charlotte Brontë evidentemente empleó por primera vez "Shirley" como nombre de mujer en su novela *Shirley* (1849). Cather parece continuar y revertir esa "acuñación" en su relato, primero, utilizando "Tommy" como nombre de niña y, luego, "Shirley" como apellido. Esta cita de Brontë sugiere que el nombre no se relaciona miméticamente con el género y que funciona en cambio como una inversión de las expectaciones generizadas.

Tribune declarara: "Toda una escuela de quienes humorísticamente han sido llamados realistas eróticos y tommyeróticos está [...] afirmando que el progreso del arte exige la eliminación de ideas morales".[16]

Tom es un nombre que tiene las resonancias de todos estos cambios y Cather comienza su relato con una conversación en la que dos voces reflexionan sobre la relativa falta de aptitud de cierto hombre. En el texto surgen nombres, pero no se señala el género de Tommy, es decir, se supone que es un hombre que habla en el marco de una serie de convenciones heterosexuales. La conversación versa sobre el deseo de Jessica, sobre si ésta considera que el hombre en cuestión, Jay, es censurable y, mientras se dice que sí lo considera así, se sugiere que en realidad no. Al final del párrafo, Tommy se aparta de ella, "perpleja" ante lo que parece ser un deseo contradictorio, pero también a causa de la excesiva inclinación de Jessica por los cosméticos, afeites que, para Tommy, parecen constituir el límite epistémico de su comprensión de las convenciones femeninas.

Sólo en el comienzo del párrafo siguiente, lo que en modo alguno es obvio, se muestra, de manera muy poco sincera, como si lo fuera:

> No hace falta decir que Tommy no era un muchacho, aunque sus penetrantes ojos grises y su amplia frente fueran escasamente femeninos y su figura, alta y delgada, correspondiera a la de un adolescente. Su verdadero nombre es Theodosia, pero durante las frecuentes ausencias del banco de Thomas Shirley, ella se había ocupado de los negocios y la correspondencia firmando "T. Shirley", hasta que todo el mundo en Southdown terminó por llamarla "Tommy" (pág. 63).

El padre sólo está presente en el cuento como un nombre; al asumir su nombre, Tommy asume y cubre su lugar ausente. El nombre llega a ser así un sitio de transferencia fantasmática (disimulada) de la autoridad patrilineal, pero además este nombre, Thomas Shirley, realiza la inversión y la apropiación mismas que enmascara. Porque aquí no se trata de una mera lealtad identificatoria de la hija con el padre, sino también de una agresiva apropiación: la repetición del nombre feminiza el patronímico, con lo

16. Oxford, English Edition, segunda edición.

cual coloca a lo masculino en una posición subordinada, contingente y sujeta al intercambio. Éste no es un nombre que afirme la singularidad de la identidad a lo largo del tiempo, sino que, antes bien, funciona como un vector cambiante de prohibición, propiedad y apropiaciones entre géneros.

El nombre ocupa el lugar de una ausencia, cubre esa ausencia y reterritorializa esa posición que ha quedado disponible. Puesto que éste es un nombre que surge como un sitio de pérdida, de sustitución y de identificación fantasmática, no logra estabilizar la identidad. La ausencia del padre de Tommy hace necesario que ella firme en su lugar, que se apropie de su firma, firma que, a través de ese desplazamiento, produce la autoría fiscal de Tommy.[17] Sin embargo, las inversiones no terminan aquí, pues la identificación de Tommy tendrá su precio. Se dice de ella que está profundamente apegada a Jay Ellington Harper, pero también que ella sabe que es una tonta al sentir ese apego: "Como ella misma dijo, no era del tipo de Jay y jamás lo sería". Los siete Old Boys del pueblo, adultos que, según se nos cuenta, "han tomado el lugar de la madre de Tommy", también parecen compartir ese conocimiento no expresado. Y si bien aparentemente confían en que Tommy no perderá el buen juicio y no se unirá a Jay, están sin embargo muy inquietos por lo que parece ser la otra alternativa, la que se hace evidente cuando Tommy regresa de la escuela en el este trayendo consigo a Jessica:

> Lo único insatisfactorio del regreso de Tommy fue que trajo consigo una muchachita a la que se había aficionado mucho en la escuela, una pequeña criatura lánguida, blanca y delicada que usaba perfumes intensos y una sombrilla. Los Old Boys decían que era mala señal que una joven rebelde como Tommy se inclinara a ser dulce y amable con alguien de su propio sexo (pág. 66).

Aquí comienzan a emerger la voz narrativa en tercera persona y la de los Old Boys. No obstante, desde el comienzo, Tommy des-

17. Sobre una discusión de la firma como línea de crédito, véase la lectura que hace Derrida del *Ecce Homo* de Nietzsche en cuanto a la temporalidad de la firma, en Jacques Derrida, "Otobiographies: The Teaching of Nietzsche and the Politics of the Proper Name", en Peggy Kamuf (comp.), *The Ear of the Other* (trad. Avital Ronell), Lincoln, University of Nebraska Press, 1985, págs. 1-40.

precia a Jessica e, independientemente del afecto que pueda haber entre ellas, hay desde el principio un persistente repudio: el efecto de la prohibición del deseo, la fuerza de una prohibición del deseo que exige el sacrificio del deseo. Anteriormente, la propia Tommy afirma que en Southdown es difícil encontrar mujeres con la cuales poder hablar, puesto que parecen sólo interesadas en los "bebés y las ensaladas"; y los artículos de tocador de Miss Jessica le provocan desconcierto y cierto rechazo. Jessica es desvalorizada, no sólo por el narrador y los Old Boys, sino también por la misma Tommy; en realidad, no hay ninguna prueba textual de esa dulzura y esa amabilidad que se mencionan. En el transcurso del relato, Tommy degrada cada vez más a Jessica. El juicio de los Old Boys se reitera como perteneciente a la misma Tommy; en realidad, su degradación parece ser tanto la condición del deseo de Tommy, la garantía de la transitoriedad de ese deseo, como el fundamento narrativo para su sacrificio que Tommy finalmente realiza.

Jay Elligton constituye aparentemente su deseo por Jessica precisamente porque es Tommy quien la trae a la ciudad. Desplazado en el negocio bancario por Tommy, quien parece más capaz que él de acrecentar efectivamente el capital, Jay ve crecer su interés por Jessica al mismo tiempo que pierde el control del activo de su banco. Sus inversores, otra vez los bohemios, llegan una mañana a la puerta del banco y Jay le envía un telegrama a Tommy para ganar un día. Significativamente, Tommy ha ahorrado lo suficiente en su propio banco para hacer el préstamo que responderá por el banco de Jay; llega con el dinero en efectivo e impide el cierre; se presenta como su garante y su signatario. En realidad Tommy firma ahora tanto en nombre de su padre como en el de Jay.

Jay está asediado por los bohemios y Tommy, manteniendo cierta afiliación tácita con ellos, tiene el peculiar poder de hacerlos desistir de sus demandas que, de prosperar, despojarían a Jay de sus recursos. Tommy "salva" a Jay, no sólo de perder su banco, sino también de perder a Jessica. Tommy lo conduce hasta un lugar de la carretera donde dejó a la muchacha y le aconseja que se dé prisa para recuperarla. En el cuento de Cather, el éxito del capital parece requerir el sacrificio de la homosexualidad o, más exactamente, un intercambio, al que Tommy accede, *de* homosexualidad por capital, una autoomisión del deseo de Tommy que hace las veces de garante, tanto de la solvencia del banco como del

futuro de la heterosexualidad normativa. Tommy "ahorra" y no gasta, retiene el dinero y también el deseo, pero mejora su crédito y fortalece el poder de su firma. ¿Cuánto cuesta ese nombre? Y si Tommy sacrifica a Jessica, ¿qué recibe a cambio?

Pero, antes de considerar este curioso intercambio, retornemos a la escena triangular en la que el deseo de Jessica se convierte en el sitio de una secuencia de especulaciones. En realidad, el deseo de Jessica se presenta como algo inescrutable y, aunque el relato avanza como si el lector fuera a descubrir a quién prefiere Jessica, en cierto sentido su deseo se constituye como el efecto del intercambio. Uno de los Old Boys describe el problema del modo siguiente: "El corazón del joven pueblerino [Jay] se inclinó por el pubis femenino, como es justo y adecuado en armonía con la eterna conveniencia de las cosas. Pero está la otra muchacha que padece de la ceguera que no puede curarse y que atrae sobre sí todos los roces que eso conlleva. Es inútil. No puedo ayudarla" (pág. 66). Un año después del juicio contra Oscar Wilde, en la que la fiscalía le pregunta si es culpable "del amor que no osa decir su nombre", Cather reescenifica la cadencia gramatical de esa acusación al decir "la ceguera que no puede curarse". Pero la reescenificación de Cather introduce una indeterminación de la que claramente carece la frase del fiscal. Esta es una ceguera que puede o no curarse.[18] El deseo de Tommy se presenta menos como una fatalidad que como una apuesta, el resultado de lo que es incierto. Y esta incertidumbre se destaca mediante la frase que supuestamente presagia el daño inevitable que sufrirá Tommy, pero que también concede los beneficios del placer lesbiano: después de todo Tommy "atrae sobre sí todos los roces que ello conlleva."

Jay le envía a Tommy un telegrama pidiéndole que lo represente ante el padre de la joven, pero éste está, casi por definición, permanentemente ausente, de modo que Tommy asciende a su lugar.

18. Evidentemente, en la década de 1890, Havelock Ellis vinculaba la ceguera con la inversión sexual y probablemente Cather conociera su teoría. Ellis sostenía también que los ciegos tenían tendencia a la "timidez" y al "pudor" sexual, con lo cual sugería la existencia de alguna vinculación entre el deseo inhibido y la visión defectuosa. Véase Havelock Ellis, *Studies in the Psychology of Sex*, vol.I, Filadelfia, Davis Co., 1928; véase también *Studies in the Psychology of Sex*, vol. II, 6ª parte, "The Theory of Sexual Inversion", Filadelfia, Davis Co., 1928, págs, 317-318. [Ed. cast.: *Estudios de psicología sexual* (7 tomos), Madrid, Reus, 1913.]

Tommy reúne el dinero y monta su bicicleta, el único modo de llegar a tiempo a la apartada casa de Jay. Jessica le ruega que la lleve en la bicicleta y Tommy accede, pero luego la ignora y finalmente la lleva a experimentar un dolor insoportable:

> Jessica pronto se dio cuenta de que con el necesario pedaleo quedaba muy poco tiempo para cualquier tipo de emoción y casi ninguna sensibilidad para otra cosa que no fuera el palpitante y enceguecedor calor que había que soportar [...] Jessica comenzó a sentir que si no podía detenerse y beber un poco de agua ya no podría resistir en este valle de lágrimas. Le sugirió esta posibilidad a Tommy, pero Tommy se limitó a sacudir la cabeza, "perderíamos mucho tiempo", mientras se inclinaba sobre el manubrio, sin levantar nunca la mirada de la carretera que se extendía frente a ella (pág. 68).

Si el deseo de Jessica no se había decidido aún, el trayecto en bicicleta junto a Tommy se convirtió en el argumento por el cual el deseo de Jessica, si alguna vez se había inclinado por Tommy, llegó a desviarse efectivamente:

> Súbitamente, Miss Jessica tuvo la sensación de que Tommy no sólo era muy poco amable, sino que además se sentaba de manera muy tosca en la bicicleta y tenía un aspecto agresivamente masculino y profesional cuando se inclinaba sobre sus hombros y se movía rítmicamente. Pero precisamente en ese instante, Miss Jessica sintió más dificultades que nunca para respirar y los faroles del otro lado del río comenzaron a formar serpentinas y danzas envolventes, de modo que otras consideraciones más importantes y personales ocuparon a la joven.

Precisamente en el momento en que Miss Jessica, en lo que se describe en términos casi orgásmicos, sintió más dificultades que nunca para respirar, la joven está siendo impulsada por esa fuerza de Tommy que no le gusta ver, pero a la que de todos modos se "monta" para poder apartarla de sí. En realidad, es la fuerza de los movimientos de Tommy lo que impulsa y alimenta ese transporte a las visiones de serpentinas y danzas envolventes, una figura que abarca lo masculino y lo femenino, reintroduciendo ese falo errante al servicio de una fantasía, no de Tommy, sino presumiblemente de Jay. El pedaleo de Tommy raya en la revelación de una sexualidad demasiada gráfica para que Jessica pueda soportarla, una agresión indecorosa que recuerda la monstruosidad de circo de aquel áspid con forma de W, una violencia que está al borde de convertirse en algo tan explícito que amenace revertir la ceguera que no tiene cura. Si esta manifestación de la sexualidad se presenta como una especie de ceguera incurable, ¿es una fatalidad vanamente negada? ¿O se trata, antes bien, de aquello que define los márgenes de lo visible, como aquello que se ve y se niega a la vez? ¿Nos acerca Cather lo suficiente para que esa visibilidad revele, no la verdad de aquella sexualidad, sino las vacilaciones culturales de la visión a través de la cual se constituye dicha sexualidad, la negación en la que prospera? Y si Jessica no soporta ver a Tommy en esa actitud de esforzado movimiento rítmico, ¿no está tipificando acaso ese negarse a ver que se le atribuye al lesbianismo como la ceguera a la eterna conveniencia de las cosas, ceguera que no tiene cura, pero que en realidad caracteriza más adecuadamente la deficiencia de la visión homofóbica que se niega a ver lo que ve y luego atribuye esa ceguera a lo que precisamente elude ver?[19]

Paradójicamente, Jessica se apea de la coacción física y envía a Tommy a "salvar" a Jay, con lo cual se constituye en una mercancía desamparada que luego condiciona la transacción entre Tommy y Jay sobre quién paladeará la identificación fálica y quién se quedará con la muchacha. Porque en este relato hay una relación disyuntiva en la que tener el falo designa el sacrificio del deseo, una ecuación que sólo es válida en el contexto de una economía homofóbica de la ley. La conducta varonil de Tommy no le permite instalarse en la matriz heterosexual que podría legitimar su deseo y darle sustento. Cuanto más eficaz se vuelve Tommy, tanto más se "aproxima" a la posición masculina y tanto más se garantiza su

19. Los debates públicos sobre la inconveniencia de que las mujeres montaran bicicletas tuvieron una amplia difusión en la prensa de la década de 1890 y plantearon la cuestión de establecer si un exceso de este ejercicio podía ser dañino para la salud de las mujeres y si no podría excitar su sexualidad de maneras inconvenientes. Sobre un análisis de esta bibliografía que vincula la controversia de la bicicleta con temores más generales sobre la creciente independencia de las mujeres durante la época de "la nueva mujer", véase Patricia Marks, *Bicycles, Bangs, and Bloomers: The New Woman in the Popular Press*, Lexington, Kentucky University Press, 1990, págs. 17-203; véase asimismo Virgil Albertini, "Willa Cather and the Bicycle", *The Platte Valley Review*, vol. 15, n° 1, primavera de 1987, págs. 12-22.

castración social. Así es como Tommy salva el banco; le dice a Jay que Jessica lo está esperando; toma posesión del escritorio de Jay en el banco, el lugar de otro padre siempre ausente, es decir, el lugar de un ideal paternal del que no existe ningún ejemplo; y luego hace lo que hacen los padres y entrega a la muchacha. Tommy preside así un intercambio en el que ella sacrifica sus sentimientos para que Jay pueda satisfacer los suyos.

Como burlándose de los esfuerzos de Cather por construir la ficción creíble de un hombre, Jay le comenta a Tommy antes de partir "Usted casi logró hacer de mí un hombre". Y, como si quisiera advertir contra una lectura que terminaría reduciendo a Jay a esa posición masculina, Tommy le responde: "Y bien, por cierto no lo logré" (pág. 70). Una vez que Jay se ha ido, Tommy recoge una flor blanca que Jay dejó caer y el texto sugiere una posible confesión de sentimiento. Pero, ¿qué sentimiento? Ésta es una expectativa de confesión que el texto produce y a la vez retira. En los relatos de Cather, la flor extraviada llega a ser un tema que se relaciona con las convenciones del *dandy*. En 1905, Cather escribió "Paul's Case" un relato en el que se dice que Paul, un personaje con conflictos de género, usa un clavel rojo en el ojal. "El personal docente [de su escuela] de algún modo estimaba que este último ornamento no era apropiadamente elocuente del espíritu contrito que convenía a un muchacho que había sido castigado con una suspensión."[20] En el apéndice del juicio contra Wilde se determinaba que en Francia los homosexuales usaban claveles verdes para manifestar su disponibilidad y Wilde, flagrantemente, se adhería a esta práctica llevando este tipo de flores. ¿Qué significa que Jay use una flor blanca y también la deje caer? ¿Es ésta una alusión velada que no cualquiera puede entender? ¿O es, en realidad, el retorno de la misma Jessica que los Old Boys describen como "una pequeña criatura lánguida, blanca y delicada"? Si éste es el caso, ¿cómo debemos interpretar lo que sigue: "[Tommy] la recogió y se detuvo un momento sosteniéndola entre los dedos y dándose [con ella] suaves golpeteos en el labio. Luego, la dejó caer en la parrilla del hogar y se alejó con un encogimiento de los delgados hombros" (pág. 71). Jay puede interpretarse como un homónimo de "J", que

20. Willa Cather, "Paul's Case", en *Five Stories*, Nueva York, Vintage, 1956, pág. 149.

es también la versión extractada de Jessica. Es posible que Cather abrevie el duelo por la pérdida de Jessica mediante la inicial "J", el encubrimiento gramatical que desvía y a la vez habilita el momento de sentimiento.

La última línea aparece pues entre comillas, reescenificando la voz sin género que da comienzo al relato: flota un interrogante sobre quién la pronuncia; si es una cita; si es creíble, irónica, paródica; y a quién va dirigida: "Son demasiado simples, al menos la mitad, y nunca piensan en nada que esté más allá de su propia cena. Pero, oh, ¡cómo nos atraen!" (pág. 71).

Este "son" parece referirse sólo a la mitad, de modo que pueden ser los hombres o las mujeres; pueden ser hombres como Harper, quien no piensa en nada que esté más allá de las satisfacciones del momento y no puede dirigir un banco o pueden ser las mujeres que sólo parecen pensar en bebés y ensaladas. Y ¿quiénes son esos "nosotros" que se sienten atraídos por esos seres "demasiado simples"? ¿Son las mujeres a las que les gustan los hombres que, según afirman los Old Boys, es lo adecuado en armonía con la eterna conveniencia de las cosas? ¿O es éste el momento de una identificación con los hombres que consideran a las mujeres como esas tontas de remate a quienes las Tommys de todas partes están condenadas a amar?

Ésta es, después de todo, una cita no atribuida a nadie y la única voz implicada es la de Tommy, aunque aparece implicada a la distancia: suspendidas gráficamente como el párrafo en el que aparecen, estas palabras son la tranquilizadora recirculación de verdades localmente iterables, lo que podríamos interpretar como los murmullos de lo simbólico, murmullos en busca de un sujeto que los pronuncie.

El relato comienza con la cita de un conjunto de voces sin género, una conversación mantenida entre voces, sin que el objeto masculino aparezca amarrado a ningún nombre propio ya que supuestamente oscila entre Tommy y un "él" no nombrado. Y concluye, en apariencia, haciendo que hasta ese pronombre parezca indefinido, un movimiento que podría interpretarse como una retracción de la verdad lesbiana o, si optamos por la terminología de Sedgwick, una refracción, un aplazamiento de la visión, no exactamente la ceguera que no puede curarse, sino un desvío de la figuración que permite precisamente la sexualidad que excluye como tema.

Tommy no queda desamparada por completo. Financia a la vez el banco y la heterosexualidad, suministrando el préstamo que deja a ambas instituciones en deuda con ella. Contando con el deseo heterosexual como consumo inmediato, Tommy se excluye del circuito de intercambio y se beneficia con el otro intercambio que le permite esta exclusión. Así se instala en el escritorio de su padre, el director, pero esta posición de control idealizado es al mismo tiempo un sacrificio del deseo, se alcanza a expensas del deseo, con lo cual Tommy se constituye en el lado prescindible de este triángulo, una concesión sin la cual no puede instalarse el escenario heterosexual, el sitio de la mediación que sólo puede ejercer estando ausente.[21]

La trayectoria narrativa de este relato puede interpretarse como una especie de sacrificio que Tommy ofrece apropiándose del lugar del padre; y si aquí hay, para recordar la frase de Sedgwick, una brutal supresión, es precisamente el sacrificio reflexivo del deseo, una misoginia en dos direcciones que culmina en la degradación del amor lesbiano. Éste puede terminar siendo el precio de la identificación cruzada cuando llega a ser la estrategia empleada para suprimir el deseo, pero, quizá más doloroso aún, el precio de identificarse con el *lugar* del padre, cuando ese nombre instala una prohibición, cuando esa prohibición organiza tanto la identificación como la negación del deseo. Aquí "Tommy" llega a ser un nombre que no se refiere a nada, a ninguna identidad, sino que representa la incitación a la apropiación y expropiación

21. La misoginia de Cather hace efectivamente que "Tommy the Unsentimental" sea muy poco plausible como relato de amor y pérdida. El hecho de que se degrade a Jessica desde el comienzo hace que el "sacrifico" final parezca superfluo. En este sentido, parece especialmente útil considerar la aguda crítica que hace Toni Morrison de *Sapphira and the Slave Girl* de Cather. Morrison sostiene que la credibilidad de la narrativa de Cather queda socavada por un racismo repetido y creciente. La relación entre Sapphira, la amante-esclava, y Nancy, hija de una leal esclava, no es plausible; y la relación entre Nancy y su propia madre nunca se presenta de manera creíble, porque Cather, como Sapphira, produjo la muchacha esclava para su propia gratificación. Semejante desplazamiento tiene cierta resonancia con los desplazamientos de otras narraciones de géneros cruzados de Cather y hace que el lector se pregunte hasta qué punto el desplazamiento operado en la ficción puede interpretarse como una estrategia de repudio. Véase Toni Morrison, *Playing in the Dark: Whiteness and the Literary Imagination*, Cambridge, Harvard University Press, 1992, págs. 18-28.

producida por la prohibición de la homosexualidad: el nombre es pues un sitio en el cual lo que se toma también se entrega, en el cual se institucionaliza el carácter no permanente del deseo lesbiano. Y sin embargo, al hacerle el préstamo a Jay, Tommy continúa ahorrando, se transforma ella misma en un ofrecimiento de un futuro que espera un rédito, una satisfacción futura, sin ninguna garantía, pero, tal vez, con una expectación.

CUERPOS QUE SUFREN EL CASTIGO DE LA SUSPENSIÓN

Leer el texto de Cather como un texto lesbiano es entrar en un terreno de complicaciones que no pueden resumirse fácilmente, pues se trata de un reto que tiene lugar, a veces dolorosamente, dentro de las normas mismas de heterosexualidad que el texto también ridiculiza. Si lo que podríamos sentirnos tentados de llamar "lesbiano" se constituye en –y a través de– los sitios discursivos en los cuales se da cierta transferencia de sexualidad, una transferencia que no deja intacta la sexualidad que transfiere, entonces no existe alguna verdad primaria que espera su momento de representación histórica auténtica y adecuada y que, mientras tanto, aparece únicamente como formas sustitutas. Antes bien, tal sustitución es una condición de esta sexualidad. Indudablemente lo es de cualquier sexualidad, pero en este caso, es la consecuencia históricamente específica de una prohibición contra cierta mención, una prohibición en contra de pronunciar el nombre de este amor que, sin embargo, habla insistentemente a través de los desplazamientos mismos que produce tal prohibición, las refracciones mismas de la visión que engendra la prohibición de nombrar.

El hecho de que en el texto de Cather la palabra no pronunciada produzca, por decirlo así, una refracción de la visión sugiere una manera de leer la relación entre la prohibición y la delimitación y la partición de los cuerpos. Los cuerpos se presentan como colecciones de partes y las partes aparecen investidas de una significación casi autónoma, con lo cual impiden imaginar la integridad ideal del cuerpo que aparentemente es un cuerpo masculino, pero que también vacila entre los géneros en los momentos clave. Cuando en "Paul's Case" se presenta al estudiante Paul se establece claramente que es una figura "castigada con una suspensión". Al

estar suspendido –por lo tanto, no completamente expulsado–, Paul habita temporalmente un sitio exterior a la ley; la ley lo coloca en esa exterioridad. Pero lo que también queda aquí en suspenso es alguna decisión acerca de la condición del joven, queda sin resolver una alegoría de esta ficción en lo que Sedgwick llama el *status* liminal de género y de sexo de Paul. Cuando comparece ante las autoridades del colegio, se dice que la ropa que lleva parece no corresponder perfectamente a su cuerpo o, más precisamente, que la ropa *ya* no le queda bien. Y esta inconmensurabilidad entre el cuerpo y su vestimenta aparece sintetizada en el porte inesperadamente "suave y risueño" del cuerpo que sugiere que Paul "tiene algo de dandi" y en los "ormamentos", incluido el "clavel" con reminiscencias de Wilde que para "el personal docente no era apropiadamente elocuente del espíritu contrito que convenía a un muchacho que había sido castigado con una suspensión" (pág. 149).

Pero, ¿qué podía "convenir" a este cuerpo y significar adecuadamente? Si la inconveniencia de ponerse un clavel rojo en el ojal estando suspendido sugiere una manera impropia de significar, luego, tal vez esa figura pueda interpretarse como una alegoría de la narrativa resultante. Si el relato trata tanto del dandi como de la zona liminal en la que la figura del dandi también conlleva para Cather la difícil situación liminal de las lesbianas, podríamos interpretar a Paul, menos como un reflejo mimético de los "muchachos de la época" que como una figura con la capacidad de transmitir y confundir lo que Sedgwick describió como los pasos *a través* de los géneros y la sexualidad. Pero yo agregaría que este "a través" no debe leerse como un "más allá", es decir, como una trascendencia ficcional de las "mujeres" o las "lesbianas" para poder animar una figura vicaria del "homosexual masculino". Porque en los textos de Cather, las figuras de muchachos y de hombres conservan el residuo de ese cruce y la resistencia, a menudo brillante, que esos personajes oponen a la coherencia sexual y de género es el resultado de la imposibilidad de realizar plenamente ese –para utilizar una frase de "Tom Outland's Story"– "cruce peligroso".[22]

Considerando la importancia histórica que tenían para las lesbianas de fines del siglo XIX y comienzos del XX el "cruce" y el

22. Willa Cather, "Tom Outland's Story", *Five Stories*, pág. 66.

"hacerse pasar por", así como la temprana tendencia de Cather a escribir con seudónimo, bien puede ser que lo que encontramos en Cather sea una especificación narrativa de esa práctica social, un "hacerse pasar por" de la autora que sólo surte efecto si logra finalmente que las direcciones ficcionales que moviliza y sostiene sean indecifrables e irreductibles.[23] La "suspensión" que se le ha impuesto a Paul siembra dudas sobre el género y la sexualidad a que se refiere el nombre "Paul" y hace confusa una lectura que pretende "establecer" la cuestión de qué vectores de la sexualidad encarna Paul. La figura de "Paul" llega a ser el sitio de esa transferencia así como la imposibilidad de que se resuelva en alguno de los elementos sexuales o generizados que transfiere.

El cuerpo de Paul se niega a la coherencia en un sentido corriente y las partes del cuerpo, aunque se mantienen unidas, parecen discordantes precisamente a causa de cierta resistencia feliz y ansiosa a asumir la norma reguladora. Así como, en el primer párrafo, el abrigo ya no le sienta bien, lo cual sugiere una apariencia inconveniente, hasta "raída", en el segundo párrafo, el cuerpo de Paul se presenta sólo en partes, ocupado, separado de sí mismo y desposeído en virtud de la "proscripción" a la que se lo ha sometido. Paul es "alto" y "delgado", "de hombros apretados y pecho estrecho" (pág. 149). Se señala una tensión de "histeria" feminizante, pero este estado en alto grado sintomático no significa, como podría esperarse, una conciencia somatizada reflejada en movimientos que están fuera de su control. Por el contrario, en este texto la histeria es una especie de hiperconciencia: "Sus ojos llamaban la atención por cierta brillantez histérica y él hacía uso de esa cualidad de una manera consciente, teatral, particularmente ofensiva en un muchacho" (pág. 150). Aquí la ofensa se elabora además como una especie de astucia o mentira, de modo tal que el hecho de que Paul se aparte de la norma frustra la expectación normativa de una lectura heterosexual del personaje. El brillo histérico presumiblemente no es ofensivo en la mirada de las mujeres o, al menos, no se espera que lo sea, pero que la histeria se teatralice sugiere cierta imitación de lo femenino que establece

23. Puede hallarse una lista de los primeros seudónimos adoptados por Cather en O'Brien, *Willa Cather*, pág. 230.

inmediatamente una distancia de su lugar como un significante de lo inconsciente. Porque ésta es una histeria dotada de "voluntad" y, aunque esos mismos ojos, "anormalmente grandes", hacen pensar también en "una adicción a la belladonna", son de algún modo demasiado teatrales, están demasiado cargados de un "resplandor vidrioso" para que tal conjetura sea cierta. Si la droga cuyo nombre en italiano significa "mujer bella", es la adicción en que hacen pensar esos grandes ojos, quizás esto signifique que Paul no puede ser adicto a las mujeres bellas y también puede ser que la premura de su deseo recuerde y refracte precisamente la premura de ese deseo por otras mujeres que bien puede ser –también bajo la imposición de la suspensión– el deseo lesbiano.

Los "ojos" de Paul son objeto de un escrutinio tan inmediato que parecen cada vez más separados y más separables de un cuerpo que, por lo demás, está compuesto de hombros apretados, pecho estrecho y una precoz altura. El narrador anónimo y escudriñador de este relato nos describe minuciosamente esos ojos "anormalmente grandes" y así participa de la capacidad de observar que él mismo describe. La narración es una especie de hiperconciencia, un escrutinio que, como si utilizara una lente de aumento, registra cada partícula de estos ojos, elevando la expectación de una revelación final de "Paul", sólo para terminar negando esa satisfacción. Los "ojos" que observan se "reflejan" pues en los ojos descritos, pero este "reflejo" es menos una confesión autobiográfica que una reiteración de su postergación.

El narrador examina el cuerpo de Paul en busca de signos, pero los signos que aparecen son ilegibles. Aunque sus profesores interpretan el cuerpo de Paul como una suma de signos de impertinencia, el narrador resume esos signos como señales arbitrarias y confusas en extremo: las partes del cuerpo parecen divergir y significar en direcciones que se dispersan y confunden, como si el centro de ese cuerpo no fuese estable: "[durante la indagación, Paul] se mantenía de pie, sonriente, con los pálidos labios levemente separados que dejaban entrever sus blancos dientes (Continuamente crispaba los labios y tenía el hábito en alto grado despectivo e irritante de levantar las cejas)" (pág. 150). A la vez voluntario e involuntario ("crispaba los labios", "levantar las cejas" y luego, "los dedos jugueteaban con los botones de su abrigo y ocasionalmente [Paul] sacudía la otra mano en la que sostenía el

sombrero"), como el oxímoron de una histeria deliberada, el cuerpo de Paul se fractura para defenderse de la vigilancia de sus inquisidores. Sus rasgos son pues de defensa y ansiedad, están animados por una mirada vigilante que no puede controlar plenamente el cuerpo que intenta regular. Sugiriendo que los rasgos divergentemente significantes son una especie de señuelo y protección contra un ataque de los inquisidores, el narrador describe el rostro de Paul como una especie de batalla estratégica: "su sonrisa fija no desertaba" (pág. 151). Como respuesta táctica a la ley reguladora, los gestos de Paul se forman contra la ley y a través de la ley, acatando y rehuyendo la norma cada vez que pueden hacerlo: "Paul estaba siempre sonriendo, siempre echando miradas alrededor, como si sintiera que la gente podría observarlo tratando de detectar algo" (pág. 151).

Como la superficie generizada de la narrativa de la misma Cather, la presentación de Paul es exasperante precisamente por las expectativas a las que se opone. Al describir la "expresión consciente" como "lo más alejada posible de la alegría propia de un jovencito" (pág. 151), Cather da a entender que la expresión podría corresponder, o bien a una tristeza juvenil o bien, posiblemente, a la astucia femenina. Esta última lectura obtiene mayor credibilidad cuando se dice que esa "expresión" suele "atribuirse a la insolencia o la viveza". Cuando los inquisidores tratan de sonsacarle alguna confesión de transgresión, en lugar de una respuesta verbal, Paul ofrece sus rasgos enigmáticos. Cuando se le pregunta si un comentario particular sobre una mujer era cortés o descortés, Paul se niega a decidir, es decir, ocupa la zona suspendida de la ley, ni acatamiento ni infracción.

"Cuando se le comunicó que podía retirarse, se inclinó graciosamente y salió de la habitación. Su inclinación fue casi una repetición del escandaloso clavel rojo." Su inclinación es escandalosa quizás porque, después de todo, es una manera desafiante de levantar el trasero, una invitación a la sodomía, que se produce precisamente a través de la muy "cortés" convención de someterse a la ley. Lo que se repite aquí es un gesto que cubre y desplaza cierta sexualidad supuestamente criminal, que se desarrolla en contra y a través de la ley que produce esa criminalidad.

Cuando Paul huye a Nueva York y tiene un breve encuentro con un joven de Yale –cierto signo de homosexualidad transitoria

aún entonces–, ocupa una habitación que no llega a ser perfecta hasta que él hace subir un ramo de flores. Esta repetición del escandaloso clavel rojo parece momentáneamente libre del rigor de la suspensión.

Las flores preparan así el escenario para la versión del estadio del espejo de Paul: "Dedicó aproximadamente una hora a vestirse, observando cuidadosamente cada etapa del proceso en el espejo. Todo era absolutamente perfecto; él era exactamente el tipo de muchacho que siempre había querido ser" (pág. 167). El hecho de que Paul se coloque ahora en el lugar del que lo *observa* a él constituye un desplazamiento de los "observadores" perseguidores que lo hostigaron en y desde Pittsburgh. Su placer se divide entre el mirar y el espejo, el cuerpo idealizado, proyectado y limitado dentro del círculo de su propio deseo proyectivo. Pero la fantasía de la autooriginación radical puede sostenerse únicamente pagando el precio de la deuda, tranformándose en un proscripto y hallándose a sí mismo en la huida. Al final del relato reaparecen los claveles, "su roja gloria extinguida" (pág. 174), y Paul reconoce "la derrota en el juego [...] esta sublevación contra las homilías a través de las cuales se gobierna el mundo". Aquí, la declaración semejante a una homilía con que concluye "Tommy the Unsentimental", ese murmullo simbólico en el sentido de que las mujeres sencillamente no se las arreglan sin los hombres porque saben que éstos se sienten atraídos por ellas, tiene la fuerza de una prohibición, a la vez casual y mortal, que culmina con la muerte de Paul. Sin embargo, antes de que el protagonista salte frente al tren, reaparece la función de observación en figuras que lo hostigan y persiguen; la consecuente angustia retuerce su cuerpo en partes divergentes, como si los labios quisieran abandonar los dientes: "Permaneció de pie observando la locomotora que se aproximaba; los dientes le castañeteaban y los labios se alejaban de ellos en una sonrisa aterrorizada; una o dos veces echó una mirada nerviosa a los lados, como si sintiera que alguien lo observaba" (pág. 174).

Paul observa al perseguidor que lo observa y al lanzarse ante el paso del tren, destruye "el mecanismo de crear imágenes", "las visiones perturbadoras", al mismo tiempo que entrega su cuerpo a un vuelo y una relajación orgiásticos: "Sintió que algo le golpeaba el pecho: su cuerpo había volado velozmente por los aires y

continuaba elevándose cada vez más lejos y más rápido, mientras los miembros se relajaban dulcemente."

Liberado del escrutinio prohibitivo, el cuerpo sólo llega a ser libre mediante su propia disolución. La figura final de "Paul devuelto al inmenso designio de las cosas" confirma la fuerza última de la ley, pero esta fuerza inconscientemente sustenta el erotismo que procura prohibir: ¿es ésta la muerte de Paul o su liberación erótica? "Paul devuelto": ambiguamente por otro y por sí mismo, queda privado de su capacidad de obrar o, tal vez, finalmente la obtiene.

6. Hacerse pasar por lo que uno no es: el desafío psicoanalítico de Nella Larsen *

¿Puede considerarse la identidad como alguna otra cosa que no sea un subproducto de una manipulación de la vida, un subproducto que en realidad se refiere tanto a una configuración consistente de igualdad como a un proceso inconsecuente de alteridad?

TRINH T. MINH-HA

Los esfuerzos por concebir la relación entre el feminismo, el psicoanálisis y los estudios sobre la raza han planteado una cantidad de cuestiones teoréticas. En general, las teóricas feministas emplearon el psicoanálisis para teorizar la diferencia sexual como un conjunto separado y fundamental de relaciones lingüísticas y culturales. La filósofa Luce Irigaray ha sostenido que la cuestión de la diferencia sexual es *la* cuestión de nuestro tiempo.[1] El hecho de darle esta prioridad a la diferencia sexual implica no solamente que debería considerársela más decisiva que otras formas de diferencia, sino además que podrían *hacerse derivar* de ella las otras formas de diferencia. Este enfoque también supone que la diferencia sexual constituye una esfera autónoma de relaciones o

* Este capítulo es una versión revisada de una conferencia ofrecida en la Universidad de Santa Cruz en octubre de 1992 como parte de un congreso sobre "Psicoanálisis en contextos afronorteamericanos: las reconfiguraciones feministas", patrocinado por Elizabeth Abel, Barbara Christian y Helene Moglen.

1. Véase Luce Irigaray, *Éthique de la difference sexuelle*, pág. 13.

disyunciones que no debe interpretarse como un ámbito articulado a través de otros vectores de poder ni *como* otro vector de poder.

Por otro lado, ¿qué implicaría considerar que la asunción de las posiciones sexuales, el ordenamiento disyuntivo de los seres humanos como "masculino" o "femenino", se da, no sólo a través de un simbolismo heterosexualizante y su correspondiente tabú sobre la sexualidad, sino también mediante un complejo conjunto de mandatos raciales que operan en parte en virtud del tabú contra el mestizaje. Además, ¿cómo debemos entender el hecho de que la homosexualidad y el mestizaje converjan como el exterior constitutivo de una heterosexualidad normativa que es, a la vez, la regulación de una reproducción racialmente pura? Remedando a Marx, recordemos que la reproducción de las especies se articulará como la reproducción *de* relaciones de reproducción, es decir, como el sitio catectizado de una versión racializada de las especies en busca de una hegemonía obtenida a través de la perpetuidad, lo cual requiere o produce una heterosexualidad normativa al servicio de tal propósito.[2] Inversamente, la reproducción de la heterosexualidad adquirirá formas diferentes según cómo se entiendan la raza y la reproducción de la raza. Y, si bien hay claras razones históricas para mantener la "raza", la "sexualidad" y la "diferencia" sexual en esferas analíticas separadas, también hay acuciantes y significativas razones históricas para preguntarse cómo y dónde deberíamos leer, no sólo la convergencia de tales esferas, sino los sitios en los cuales ninguna de ellas puede constituirse sin las otras. Esto no es lo mismo que yuxtaponer distintas esferas de poder, subordinación, acción personal, historicidad, ni elaborar una lista de atributos separados por aquellas comas proverbiales (género, sexualidad, raza, clase) que habitualmente significan que aún no hemos descubierto la manera de concebir las relaciones que pretendemos marcar. ¿Hay pues una manera de interpretar que el texto de Nella Larsen se inspira en ciertos

2. *Tótem y tabú* de Freud demuestra el carácter inseparable del discurso de la reproducción de las especies y el discurso de la raza. En ese texto, podría considerarse el doble empleo del término "desarrollo" como (a) el movimiento hacia un estado avanzado de cultura y (b) el "logro" de la sexualidad genital dentro de la heterosexualidad monógama.

supuestos psicoanalíticos, no para afirmar la primacía de la diferencia sexual, sino para articular las modalidades convergentes de poder mediante las cuales se articula y se asume la diferencia sexual?

Considérese, si se quiere, la siguiente escena de *Passing*[3] de Nella Larsen, en la que Irene baja las escaleras de su casa y se encuentra con Clare, que está de pie, exhibiendo su figura deseable, en la sala. En el momento mismo en que Irene se acerca a Clare, Brian, el marido de Irene, parece descubrir también a Clare. Así Irene encuentra a Clare, la encuentra hermosa, pero al mismo tiempo advierte que también su Brian la encuentra hermosa. Esta admiración doble resultará importante. La voz narrativa concuerda con Irene, pero excede su perspectiva en aquellas ocasiones en las que a Irene le es imposible hablar:

> Recordó su propia exclamación sofocada de admiración, cuando, tras bajar las escalares algunos minutos después de lo previsto, había irrumpido en la sala donde Brian la esperaba y se había encontrado con que también Clare estaba allí. Clare, exquisita, dorada, fragante, arrogante, ataviada con un majestuoso vestido de brillante tafeta negra cuya larga falda caía en gráciles pliegues sobre sus delgados pies de oro; el resplandeciente cabello echado suavemente hacia atrás estaba sujeto en la nuca formando un pequeño rodete; sus ojos refulgían como topacios (pág. 233).

La exclamación de admiración de Irene nunca llega a expresarse, aparentemente ahogada, retenida, reservada como una especie de mirada que no llega a aflorar en palabras. Irene habría hablado, pero algo sofoca su voz; se encuentra con Brian que la espera, con Brian que a su vez encuentra a Clare, y con la misma Clare. La gramática de la descripción no establece claramente quién desea a quién: "había irrumpido en la sala donde Brian la esperaba y se había encontrado con que también Clare estaba allí.": ¿es Irene quien encuentra a Clare? ¿O Brian? ¿O ambos? Y, ¿qué encuentran en ella, que hace que ya no se encuentren el uno al otro, sino que se reflejen en el deseo que despierta en el otro el

3. *Passing*, en *An Intimation of Things Distant: The Collected Fiction of Nella Larsen* (comp. Charles Larson; introd. Marita Golden), Nueva York, Anchor Books, 1992, págs. 163-276.

hecho de mirar a Clare? Irene ahogará las palabras que podrían expresar su admiración. En realidad, la exclamación queda sofocada, sin aire; la exclamación colma la garganta de Irene y le impide hablar. El narrador/a emerge para pronunciar las palabras que habría dicho Irene: "exquisita, dorada, fragante, arrogante". El narrador/a puede expresar lo que quedó retenido en la garganta de Irene, lo cual sugiere que el narrador/a de Larsen cumple la función de exponer más de lo que puede arriesgarse a mostrar la misma Larsen. En la mayor parte de los casos en los que Irene no puede expresar sus sentimientos, el narrador/a le provee las palabras. Pero cuando llega el momento de explicar claramente cómo muere Clare, al final de la novela, el narrador/a se muestra tan incapaz de hablar como la misma Irene.

La cuestión de lo que puede decirse y lo que no puede decirse, lo que puede exponerse públicamente y lo que no se puede exponer, está presente a lo largo de todo el texto y se vincula con la cuestión más amplia relativa a los peligros que implica la exposición pública, tanto del color como del deseo. Es significativo que lo que Irene admira sea precisamente lo que describe como la arrogancia de Clare, aun cuando Irene sabe que Clare, que se hace pasar por blanca, no sólo ostenta, sino también oculta que, en realidad, *en* esa misma arrogancia u ostentación está el fingimiento. Clare reniega de su color y eso hace que Irene ponga cierta distancia, se niegue a responder a la cartas de Clare y trate de apartarla de su vida. Y, aunque Irene expresa una objeción moral a la actitud de Clare de fingirse blanca, está claro que Irene participa de muchas de las convenciones sociales de hacerse pasar por lo que uno no es. En verdad, cuando ambas se encuentran después de una larga separación, están en la terraza de un café haciéndose pasar por blancas. Sin embargo, Irene cree que Clare va demasiado lejos, finge ser blanca, no en algunas ocasiones, sino en toda su vida y hasta en su matrimonio. Clare encarna cierto tipo de osadía sexual de la que Irene se defiende, pues la institución matrimonial no detiene a Clare, e Irene se siente arrastrada por ella, quiere ser ella, pero también la desea. Tomar ese riesgo, articulado a la vez como cruce racial y como infidelidad sexual, es lo que alternativamente hechiza a Irene y alimenta, con renovada ferocidad, su condena moral contra Clare.

Cuando Irene ya está convencida de que Brian y Clare mantienen un romance, observa cómo ésta, en el transcurso de una fiesta, despliega su seducción y su traición para atraer a Dave Freeland, un personaje que, por lo demás, carece de importancia. La seducción consiste precisamente en poner en tela de juicio tanto la santidad del matrimonio como la claridad de las demarcaciones raciales.

> Flotando en el aire, le llegan algunos fragmentos de la conversación en la ronca voz de Clare ... "siempre sentí admiración por usted... tanto sobre usted desde hace mucho tiempo... todo el mundo lo dice... usted es el único..." Y otras frases por el estilo. El hombre, arrobado, estaba pendiente de sus palabras, aunque era el marido de Felise Freeland y autor de novelas que revelaban a un hombre perceptivo y de una ironía devastadora. ¡Y caía ante semejante parloteo adulador! Y todo porque Clare tenía la astucia de dejar deslizar suavemente sus párpados de marfil sobre esos asombrosos ojos negros para luego abrirlos súbitamente y encender una sonrisa acariciadora (pág. 254).

Aquí, lo que parece erotizar a Clare es la estratagema misma de hacerse pasar por lo que no es, el hecho de cubrir lo asombrosamente negro con marfil, la súbita admisión del secreto, la transformación mágica de una sonrisa en una caricia. Lo que constituye el poder de esta seducción es la mutabilidad misma, este sueño de metamorfosis, que significa cierta libertad, la movilidad de clase que pueden permitirse el hombre o la mujer blancos. Esta vez, la visión de Clare no sólo hace ahogar las palabras de Irene, sino que le provoca una ira tal que la lleva a dejar caer la taza de té para interrumpir la plática. El té se derrama sobre la alfombra como la cólera en el espíritu de Irene, como sangre, imaginado como el color oscuro mismo que, súbitamente, deja de estar contenido por las censuras de la condición blanca: "La ira le hizo hervir la sangre. Se oyó un leve chasquido. En el piso, a sus pies, se esparcía la taza hecha añicos. La brillante alfombra se tiñó de manchas oscuras. La conversación se detuvo. Y luego continuó. Ante ella, Zulena recogía los fragmentos blancos" (pág. 254).

La rotura de la taza prefigura la violencia con que termina el relato: Bellew, el marido blanco y racista de Clare, la descubre en compañía de afronorteamericanos, lo cual "pone en evidencia" el verdadero color de la joven y da comienzo a su veloz y literal

fallecimiento: mientras Irene, ambiguamente situada junto a ella, le apoya una mano en el brazo, Clare cae de la ventana y muere en la calle. No queda claro si saltó o si alguien la empujó: "Irene Redfield nunca se permitió recordar, al menos con claridad, lo que ocurrió inmediatamente después. En un instante, Clare, una criatura vital y resplandeciente, como una llama roja y dorada, estaba allí. En el momento siguiente, estaba muerta" (pág. 271).

En la escena anterior, Bellew sube apresuradamente por las escaleras del apartamento de Harlem donde se está desarrollando la reunión y descubre que Clare está allí; el simple hecho de que esté allí basta para convencerlo de que su esposa es negra. En el relato de Larsen, la condición de negra no es primariamente una marca visual, no sólo porque tanto Irene como Clare tienen la piel clara, sino porque lo que puede verse, lo que se considera una marcación visible, es una cuestión de poder leer un cuerpo marcado en relación con los cuerpos no marcados, en un ámbito donde los cuerpos no marcados constituyen la moneda corriente de la condición de blanco normativa. Clare puede hacerse pasar por blanca, no sólo porque tiene la piel clara, sino porque se niega a introducir su negritud en la conversación y de ese modo oculta el índice conversacional que se opondría al supuesto hegemónico de que Clare es blanca. La misma Irene aparentemente "se hace pasar" por blanca cuando participa en conversaciones que suponen la condición de blanca como la norma y no hace nada por oponerse a esa suposición. Esta disociación de la negritud que Irene realiza a través del silencio se invierte al final del relato, cuando ambas mujeres quedan expuestas a la mirada blanca de Bellew en clara asociación con amigos afronorteamericanos. Su color sólo llega a hacerse legible cuando se descubre una asociación que condiciona una denominación. Bellew no puede "ver" a su esposa como negra antes de esa asociación y le reclama a viva voz y con un racismo desenfrenado que se haya asociado con negros. Si se asociaba con él, Clare no podía ser negra. Pero si se asociaba con negros, ella misma se hacía negra, considerando que el signo de la negritud se contrajera, por decirlo de algún modo, por proximidad, que la "raza" misma fuera un contagio que se transmite por la proximidad. Aquí se deja entrever además que si el propio Bellew se asociara con negros, ya no podrían fijarse claramente las fronteras de su propia condición de blanco y, mucho menos, las de sus hijos. Paradójicamente, la pasión racista de Bellew *exige* esa asociación; él no podría ser blanco sin los negros y sin el rechazo constante de su relación con ellos. Su condición de blanco sólo puede constituirse en virtud de ese repudio constante y sólo puede reconstituirse, perpetua pero angustiosamente, en virtud de la institucionalización de tal repudio.[4]

El discurso de Bellew está ultradeterminado por esta angustia sobre las fronteras raciales. Antes de saber que Clare es negra, habitualmente la llama "Nig" y, aparentemente, ambos intercambian ese término de degradación y renegación como una especie de prenda de amor. Clare se permite sentirse erotizada por ese sobrenombre, lo adopta y actúa como si fuera la más imposible de las apelaciones para referirse a ella. El hecho de que Bellew la llame "Nig" sugiere que él sabe la verdad o que en su lenguaje hay cierto conocimiento. Sin embargo, si él puede llamarla así y continuar siendo su esposo, es porque no sabe la verdad. En este sentido, Clare define el fetiche, un objeto de deseo del que se dice: "Sé muy bien que esto no es posible, pero de todos modos lo deseo", una formulación que implica a su vez: "Precisamente porque no es posible, tanto más lo deseo". No obstante ello, Clare es un fetiche que permite hacer que su condición de negra sea una fuente exótica de excitación y, a la vez, negar su negritud. Es evidente que el "sobrenombre" que Bellew le da a Clare está cargado del conocimiento que él pretende no tener; él observa permanentemente que Clare se está volviendo más oscura; el término degradante le permite ver y simultáneamente no ver. El término sustenta su deseo como una especie de renegación, una renegación que estructura no sólo la ambivalencia del deseo que siente por Clare, sino también la ambivalencia erótica mediante la cual constituye las frágiles fronteras de su propia identidad racial. Para reformular una declaración anterior, digamos pues que, aunque Bellew afirma que nunca se asociaría con afronorteamericanos, requiere la asocia-

4. Esto sugiere un sentido en el que la "raza" podría construirse como performativa. Bellew produce su condición de blanco mediante una producción ritualizada de sus barreras sexuales. Esta repetición angustiada acumula la fuerza del efecto material de un rango de hombre blanco circunscrito, pero la frontera de tal condición admite su fragilidad precisamente porque para existir requiere la "negritud" misma que excluye. En este sentido, una raza dominante se construye (es decir, se *materializa*) mediante la reiteración y la exclusión.

ción y su denegación para obtener una satisfacción erótica que se hace indistinguible de su deseo de exhibir su propia pureza racial.

En realidad, parecería que lo que precisamente erotiza a Bellew, lo que éste necesita para poder transformar a Clare en el objeto exótico que habrá de dominar, es la frontera incierta entre negro y blanco.[5] Su nombre, Bellew, como "bramido" (en inglés *bellow*), es en sí mismo un aullido, el largo aullido de la angustia masculina blanca ante la mujer racialmente ambigua a quien idealiza y aborrece. Clare representa el espectro de una ambigüedad racial que debe ser conquistada. Pero "Bellew" es también el instrumento que atiza la llama, la iluminación que Clare –literalmente, "clara"– en cierto modo *es*. La luminosidad de la mujer depende de la vida que él le insufla; su fugacidad también es una función de ese poder. "En un instante, Clare, una criatura vital y resplandeciente, como una llama roja y dorada, estaba allí. En el momento siguiente, estaba muerta./ Hubo una grieta de horror y sobre ella un sonido no totalmente humano, como el de un animal en agonía. '¡Nig! ¡Dios mío! ¡Nig!'", brama Bellew y en ese momento Clare desaparece de la ventana (pág. 271). Sus palabras vacilan entre la degradación y la deificación, pero empiezan y terminan con una nota de degradación. La fuerza de esa vacilación ilumina, inflama a Clare, pero esas palabras también hacen que se extinga, la impulsan hacia afuera. Clare explota la necesidad de Bellew de ver sólo lo que quiere ver, explota no tanto la apariencia de mujer blanca, sino la oscilación entre negro y blanco como una especie de señuelo erótico. El nombre que finalmente le da él termina con esa vacilación, pero también funciona como una condena fatal, o al menos suena como tal.

Porque, después de todo, lo último que se ve es la mano de Irene sobre el brazo de Clare y el narrador/a, que en general expresa las palabras que Irene no puede pronunciar, parece caer en el mismo trauma indecible de Irene, se anula, se retira en el momento crucial en que esperamos saber de quién fue el gesto que catapultó a Clare desde la ventana y hacia su muerte. Que Irene

5. Éste es un caso semejante al del colonizado que hasta cierto punto debe parecerse al colonizador, pero al que se le prohibe que logre una imitación demasiado aproximada. Puede hallarse una descripción más completa de esta dinámica en Homi Bhabha, "Of Mimicry and Man", pág. 126.

se sienta culpable de la muerte de Clare no es razón suficiente para creer que Irene la empujó, puesto que cualquiera puede sentirse culpable por la muerte de alguien con sólo haberla deseado, aun cuando sepa que ese deseo no puede haber sido la causa inmediata de la muerte. La brecha en la narrativa deja abierta la posibilidad de que Clare haya saltado, también la posibilidad de que Irene la haya empujado y hasta la posibilidad de que la fuerza de las palabras bramadas por Bellew literalmente la hayan despedido por la ventana. Yo sugeriría que esta brecha es importante y la triangulación que la rodea ofrece la oportunidad de una reelaboración psicoanalítica, en particular de la condición social y psíquica de los "juicios lapidarios". ¿Cómo podemos explicar la cadena que conduce desde el juicio a la exposición a la muerte? ¿Cómo opera esa cadena a través de los vectores interrelacionados de sexualidad y raza?

La caída de Clare: ¿es un esfuerzo conjunto? ¿O es al menos una acción cuyas causas no deben conocerse por entero, no deben buscarse completamente? Ésta es una acción ejecutada ambiguamente, en la cual se confunden significativamente los actos de Irene y de Clare, y esta confusión de acciones está relacionada con las palabras vejadoras del hombre blanco. Podemos interpretar este *"finale"*, como lo llama Larsen, como la ira que hace hervir la sangre, como la rotura que deja fragmentos de blancura, que hace estallar el barniz de la condición de blanca. Aun cuando parece que es el barniz de mujer blanca de Clare el que se resquebraja; también se quiebra la capa de hombre blanco de Bellew; en realidad, lo que se resquebraja es el barniz mediante el cual se sustenta el proyecto blanco de pureza racial. Pues Bellew cree que él nunca se asociaría con negros, pero no puede ser blanco sin su "Nig", sin el señuelo de una asociación a la que debe resistirse, sin el espectro de una ambigüedad racial que debe subordinar y negar. En realidad, Bellew produce esa línea racial mediante la cual procura garantizar su condición de hombre blanco, produciendo a las mujeres negras como el objeto de deseo necesario e imposible, como el fetiche en relación con el cual se afirma angustiosa y persistentemente su propia condición de blanco.

Evidentemente, tratar de concebir el relato de Larsen en términos psicoanalíticos tiene sus riesgos ya que, después de todo, la obra publicada en 1929, pertenece a la tradición del Renacimiento de Harlem y lo apropiado sería leerla en el contexto de ese mundo

cultural y social. Mientras muchas críticas interpretaron el texto como una historia trágica de la posición social del mulato, otras insistieron en señalar que el brillo del relato estriba en su complejidad psicológica. A mí me parece que lo más adecuado es no elegir entre la especificidad histórica y social de la novela –como lo hicieron Barbara Christian, Gloria Hull, Hazel Carby, Amritjit Singh y Mary Helen Washington–, por un lado y, por el otro, la complejidad psicológica de la identificación cruzada y los celos que se describen en el texto –como en los análisis propuestos por Claudia Tate, Cheryl Wall, Mary Mabel Youmans y Deborah McDowell–.[6] Tanto Tate como McDowell sugieren que los críticos se dividieron entre los que proponían que esta historia se leyera como un relato sobre la raza y, en particular, como parte del género trágico del mulato, y quienes sostenían que debería leerse como una obra

6. Cuando en el texto se mencionan los siguientes autores, salvo cuando se indique otra obra, el comentario se refiere a las siguientes: Houston A. Baker, Jr., *Modernism and the Harlem Renaissance*, Chicago, Chicago University Press, 1987; Robert Bone, *The Negro Novel in America*, New Haven, Yale University Press, 1958; Hazel Carby, *Reconstructing Womanhood: The Emergence of the Afro-American Woman Novelist*, Londres y Nueva York, Oxford University Press, 1987; Barbara Christian, *Black Women Novelists: The Development of a Tradition 1892-1976*, Westport, Connecticut, Greenwood Press, 1980, y "Trajectories of Self-Definition: Placing Contempory Afro-American Women's Fiction", en Marjorie Pryse y Hortense J. Spillers (comps.), *Conjuring: Black Women, Fiction and Literary Tradition*, Bloomington, Indiana University Press, 1985, págs. 233-248; Henry Louis Gates, Jr., *Figures in Black: Words, Signs, and the "Racial" Self*, Nueva York y Londres, Oxford University Press, 1987; Nathan Huggins, *Harlem Renaissance*, Nueva York y Londres, Oxford University Press, 1971; Gloria Hull, *Color, Sex, and Poetry: Three Women Writers of the Harlem Renaissance*, Bloomington, Indiana University Press, 1987; Deborah E. McDowell, "Introduction", en *Quicksand and Passing*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1986; Jacquelyn Y. McLendon, "Self-Representation as Art in the Novels of Nella Larsen", en Janice Morgan y Colette T. Hall (comps.), *Redefining Autobiography in Twentieth-Century Fiction*, Nueva York, Garland, 1991; Hiroko Sato, "Under the Harlem Shadow: A Study of Jessie Faucet y Nella Larsen", en Arno Bontemps (comp.), *The Harlem Renaissance Remembered*, Nueva York, Dodd, 1972, pág. 63-89; Amritjit Singh, *The Novels of the Harlem Renaissance*, State College, Pennsylvania State University Press, 1976; Claudia Tate, "Nella Larsen's *Passing*: A Problem of Interpretation", *Black American Literature Forum*, 14:4, 1980, págs. 142-146; Hortense Thornton, "Sexism as Quagmire: Nella Larsen's *Quicksand*", *CLA Journal* 16, 1973, págs. 285-301; Cheryl Wall, "Passing for What? Aspects of Identity in Nella Larsen's Novels", *Black American Literature Forum*, vol. 20, n° 1-2, 1986, págs. 97-111; Mary Helen Washington, *Invented Lives: Narratives of Black Women 1860-1960*, Nueva York, Anchor-Doubleday, 1987.

psicológicamente compleja y, como insisten McDowell y Carby, una alegoría de la dificultad de representar la sexualidad de las mujeres negras, precisamente cuando esa sexualidad se considera exótica o se transforma en un icono de primitivismo. En realidad, la misma Larsen parece atrapada en ese dilema, pues se niega a dar una representación de la sexualidad de las mujeres negras precisamente para poder evitar la consecuencia de que se la convierta en objeto exótico. Esa misma reticencia puede hallarse en su novela *Quicksand*, publicada un año antes que *Passing*, en la que la abstinencia de Helga se relaciona directamente con el temor a que se la caracterice como perteneciente a "la jungla". McDowell escribe: "desde el comienzo de su historia de 130 años, las novelistas negras trataron la sexualidad con precaución y reticencia. Esto está claramente vinculado con la red de mitos sociales y literarios perpetuados a lo largo de la historia sobre la libidinosidad de las mujeres negras."[7]

El conflicto entre Irene y Clare, que abarca la identificación, el deseo, los celos y la ira, exige que se lo considere dentro del contexto de las restricciones históricamente específicas que pesaban sobre la sexualidad y la raza y que produjeron este texto en 1929. Aunque aquí sólo puedo hacerlo de manera muy somera, quisiera trazar al menos una dirección para un análisis de esta índole. Porque, si bien podría estar de acuerdo con McDowell y con Carby, en cuanto a que no es necesario decidir si se trata de una novela "sobre" la raza o "sobre" la sexualidad y el conflicto sexual, estimo que éstas son dos esferas inextricablemente vinculadas entre sí, hasta tal punto que el texto ofrece una manera de leer la racialización del conflicto sexual.

Claudia Tate sostiene que "la raza [...] no es la principal preocupación de esta novela", que "lo que da ímpetu real a la historia es la turbulencia emocional de Irene" (pág. 142) y la ambigüedad psicológica que rodea la muerte de Clare. Tate hace una distinción entre su propio enfoque psicológico y aquellos que reducen la novela

7. Deborah E. McDowell, "'That nameless... shameful impulse': Sexuality in Nella Larsen's *Quicksand* and *Passing*", en Joel Weixmann y Houston A. Baker, Jr. (comps.), *Black Feminist Criticism and Critical Theory: Studies in Black American Literature*, vol. 3, Greenwood, Florida, Penkevill, Publishing Company, 1988, pág. 141. Reeditado en parte como introducción a *Quicksand and Passing*. Todas las citas de McDowell que aparezcan sucesivamente corresponden a este ensayo.

a un "vulgar melodrama" (pág. 146) de mujeres negras que se hacen pasar por blancas. Al destacar la ambigüedad de la muerte de Clare, Tate pone de relieve la complejidad narrativa y psíquica de la novela. Siguiendo a Tate, Cheryl Wall se niega a separar la ambigüedad psicológica del relato de su significación racial. Wall coincide con Tate en cuanto a que "Larsen logra indagar notablemente los dilemas psíquicos que deben afrontar ciertas mujeres negras", pero agrega además que esos personajes que parecen ser "los trágicos mulatos de la convención literaria" son también los medios a través de los cuales la autora demuestra el precio psicológico del racismo y el sexismo". Para Wall, la figura de Clare nunca llega a existir independientemente de las proyecciones de "alteridad" de la propia Irene" (pág. 108). En realidad, en la perspectiva de Wall, la relación erótica de Irene con Clare participa de cierto exotismo que no es muy diferente del de Bellew. Irene ve en los seductores ojos de Clare "lo inconsciente, lo insondable, el erotismo y la pasividad", elementos todos que, según Wall, "simbolizan aquellos aspectos de la psique de Irene que ella niega" (págs. 108-109). Deborah McDowell especifica este enfoque de la complejidad y proyección psicológicas al destacar el homoerotismo conflictivo que existe entre Clare e Irene. Según McDowell, "aunque, superficialmente, la de Irene es una versión de la actitud de Clare de hacerse pasar por blanca y de otras cuestiones relacionadas de identidad y lealtad raciales, por debajo de la seguridad de esa superficie se desarrolla la cuestión más peligrosa –aunque no se la nombre explícitamente– del despertar del deseo sexual de Irene por Clare (pág. XXVI). Por lo demás, McDowell sostiene que Irene efectivamente desplaza su propio deseo sexual por Clare "imaginando un romance entre Clare y Brian" (pág. XXVIII) y que en la escena final "la muerte de Clare representa la muerte de los sentimientos sexuales de Irene en relación con Clare" (pág. XXIX).

Para poder comprender la posición silenciada que ocupa la homosexualidad en el texto –y, por consiguiente, el desplazamiento, los celos y el deseo homicida resultante– es esencial situar esta represión en el contexto de las restricciones sociales específicas que pesaban entonces sobre la caracterización de la sexualidad femenina negra, mencionadas antes. En su ensayo "The Quicksands of Representation", Hazel Carby escribe:

> Las representaciones que ofrece Larsen, tanto de la raza como de la clase, están estructuradas a través del prisma de la sexualidad femenina negra. Larsen reconocía que, respondiendo a la larga historia de la explotación de la sexualidad negra, la representación de la sensualidad en la ficción afronorteamericana había terminado por reprimir la pasión y por reprimir o negar la sexualidad y el deseo femeninos. Pero, por supuesto, representar la sexualidad femenina negra implicaba correr el riesgo de que se la definiera como primitiva y exótica en el marco de una sociedad racista [...] Las ideologías sexuales racistas proclamaban que la mujer negra era un ser sexual desenfrenado y en respuesta a ellas las escritoras negras, o bien se concentraban en defender su moral, o bien desplazaban la sexualidad a otro terreno (pág. 174).

McDowell, en cambio, estima que Larsen se resiste a pintar la sexualidad explícita característica de las cantantes de blues negras tales como Bessie Smith y Ma Rainey (pág. XIII), pero que aún así trata de resolver el problema de hacer pública una sexualidad sin exponerla a que se la explote como un objeto exótico.[8] En cierto sentido, el conflicto del deseo lesbiano que aparece en el relato puede leerse en lo apenas sugerido, en lo que se quita de las conversaciones pero que siempre amenaza con interrumpirlas o quebrarlas. En este sentido, en *Passing* la reserva de la homosexualidad converge con la ilegibilidad de la negritud de Clare.

Para especificar esta convergencia me referiré primero al empleo periódico que se le da en la novela al término *"queering"*, una palabra que aparece vinculada con los arranques de ira en las conversaciones –arranques que acallan o interrumpen la charla–, que también aparece en la escena en la que Clare e Irene intercambian miradas por primera vez, una observación recíproca que linda con una amenazadora absorción. En *Passing*, las conversaciones constituyen la superficie dolorosa, si no ya represora, de las relaciones sociales. Lo que Clare excluye de la conversación es lo que le permite "hacerse pasar" por blanca; y cuando la conversación de Irene vacila, el narrador/a, al referirse a una súbita grieta en la superficie del lenguaje, la califica de *"queer"*, rara,

8. Jewelle Gomez sugiere que la sexualidad lesbiana negra a menudo florecía en los bancos de la iglesia. Véase Jewelle Gomez, "A Cultural Legacy Denied and Discovered: Black Lesbians in Fiction by Women", en *Home Girls: A Black Feminist Anthology*, Nueva York, Kitchen Table Press, 1983, Latham, págs. 120-121.

anómala. Aparentemente, en aquella época, *"queer"* aún no significaba homosexual, pero abarcaba en cambio una cantidad de significaciones asociadas con la desviación de la normalidad, que bien podían incluir la desviación sexual. Esas significaciones comprendían: de origen oscuro, el estado de sentirse enfermo o sentirse mal, poco franco, oscuro, perverso, excéntrico. En su forma verbal (*to queer*) tiene toda una historia de significación: mirar con curiosidad o ridiculizar, dejar perplejo, pero también estafar y engañar. En el texto de Larsen, las tías que crían a Clare como si fuera blanca le prohiben mencionar su raza; y se las describe como *"queer"* (pág. 189). Cuando Gertrude, otra mujer negra que finge ser blanca, oye una calumnia racial contra los negros, Larsen escribe: "desde donde estaba Gertrude surgió un extraño [*queer*] sonido ahogado, como un bufido o una risita sofocada" (pág. 202): algo "anómalo", algo que no convenía a una conversación apropiada, a una prosa aceptable. El anhelo de Brian de viajar al Brasil se describe como "una vieja, 'rara' [*queer*], desgraciada inquietud" (pág. 208), con lo cual se sugiere un anhelo por liberarse de las convenciones.

Parece bastante evidente que Larsen vincula la "anomalía" [*queerness*] con una irrupción potencialmente problemática de la sexualidad: a Irene le preocupa que sus hijos reciban ideas sobre el sexo en la escuela; y observa que Junior "recogió algunas ideas raras [*queer*] sobre las cosas –ciertas cosas– de los muchachos mayores". "¿Ideas raras? repitió [Brian]. ¿Te refieres a ideas sobre sexo, Irene?" "S... sí. Y no muy agradables, chistes horribles y ese tipo de cosas" (págs. 219-220). A veces la conversación se vuelve extraña [*queer*] cuando la ira interrumpe la superficie social de la conversación. Cuando Irene se convence de que Brian y Clare están manteniendo un romance, Larsen describe la reacción de Irene del modo siguiente: "Irene vociferó: 'Pero, Brian, yo...' y se detuvo, asombrada por la furiosa cólera que había estallado en su interior. / Brian giró la cabeza bruscamente y levantó las cejas con expresión de singular sorpresa. / Irene se dio cuenta de que su voz se había vuelto extraña [*queer*]" (pág. 249). Como una palabra que pone en evidencia lo que debería permanecer oculto, *"queering"* cumple la función de exposición dentro del lenguaje –una exposición que quiebra la superficie represora del lenguaje– de la sexualidad y de la raza. Irene va por la calle con su amiga negra Felise y se

encuentra con Brian. Cuando él se aleja, Irene le confiesa a Felise que anteriormente se había hecho pasar por blanca ante Brian. Y Larsen escribe: "Felise le replica lentamente: 'Ah, ¿con que has estado fingiendo ser blanca? Pues bien, te lo arruiné [*I've queered that*]'" (pág. 259).

En última instancia, *queering* es lo que lo que desequilibra y expone lo que se finge; es el acto mediante el cual la ira, la sexualidad y la insistencia en el color hacen estallar la superficie racial y sexualmente represora de la conversación.

Después de varios años de mantenerse alejadas, Irene y Clare vuelven a encontrarse en un café donde ambas se hacen pasar por blancas. Y el proceso mediante el cual cada una llega a reconocer a la otra, a reconocerla como negra es, a la vez, el proceso de una mutua absorción erótica a través de las miradas. El narrador/a informa que Irene ve a Clare como una "mujer de aspecto atractivo [...] de ojos oscuros, casi negros y labios abultados como una flor escarlata que se destacaba contra el marfil de su piel [...] una sombra demasiado provocativa" (pág. 177). Irene siente que Clare la mira fijamente y le devuelve abiertamente la mirada, pues advierte que Clare "no mostraba el menor indicio de que ser descubierta realizando su impasible escrutinio le provocara alguna turbación". Irene "sintió que la continua inspección ponía de relieve su color y bajó la mirada. Se preguntó cuál sería la razón que llamaba la persistente atención de Clare. En su prisa, ¿se había puesto el sombrero al revés en el taxi?". De modo que, desde el comienzo, Irene siente que la mirada de Clare es una especie de inspección, una amenaza de exposición, que primero le devuelve con desconfianza y con la misma intención de escrutar, pero que luego la seduce completamente. "La miró de soslayo. Clare aún la observaba. ¡Qué ojos extrañamente lánguidos tenía!" Irene se resiste a ser observada, pero luego cae bajo el influjo de esa mirada; quiere impedir el reconocimiento, pero al mismo tiempo "se rinde" al encanto de la sonrisa.

La ambivalencia acosa permanentemente el movimiento de la narrativa. Posteriormente, Irene intenta alejar a Clare de su vida, se niega a contestarle las cartas, promete no volver a invitarla a ninguna parte pero se siente atrapada por la seducción de Clare. ¿Qué es lo que perturba tanto a Irene? ¿Su identificación con Clare o el deseo que siente por ella? ¿Se siente identificada con la acti-

tud de Clare de hacerse pasar por blanca, pero tiene que renegar de ella, no sólo porque intenta defender la raza que Clare traiciona, sino porque el deseo que experimenta por Clare sería una traición a la familia que es como un baluarte para esa raza en ascenso? En realidad, ésta es una versión moral de la familia que no admite ningún signo de pasión, ni siquiera en el seno del matrimonio, ni siquiera en el apego amoroso a los hijos. Irene llega a odiar a Clare, no sólo porque Clare miente, finge y traiciona a su raza, sino porque la mentira le da a Clare una libertad sexual tentativa e Irene ve reflejada en ella la pasión que se niega a sí misma. Aborrece a Clare, no sólo porque ésta sea capaz de sentir tal pasión, sino porque Clare despierta en ella una pasión semejante, en realidad, una pasión *por* Clare. "La mirada que Clare le lanzó a Irene tenía un dejo de vacilación y desesperanza y, sin embargo, había en ella tal determinación que la convertían en una imagen de la fútil búsqueda y la firme resolución del alma de la misma Irene, lo cual aumentó el sentimiento de duda y compunción que Irene experimentaba cada vez con mayor intensidad con respecto a Clare Kendry." Desconfía de Clare como desconfía de sí misma, pero esta vacilación es lo que la atrae. La línea siguiente reza: "[Irene] se rindió" (pág. 231).

Cuando Irene puede resistirse a la atracción de Clare, lo hace en nombre de la "raza", un término que en ese contexto se vincula con la noción de "ascenso" de Du Bois y denota una idea de "progreso" que no es únicamente masculinista, sino que, en el relato de Larsen, se construye como una movilidad ascendente en la escala social. Esta noción moral de la palabra "raza" a la que, dicho sea de paso, en el texto suele oponérsele la retórica laudatoria del "color", también requiere que se idealice la vida de la familia burguesa en la que la mujer conserva su posición en el seno de la familia. La institución de la familia también protege a las mujeres negras de una exposición pública de la sexualidad que podría ser vulnerable a la construcción y la explotación racistas. La sexualidad que podría arruinar a una familia se convierte en una especie de peligro: el deseo de viajar de Brian, los chistes de los niños, todo debe reprimirse unilateralmente, mantenerse fuera del habla pública, no meramente en nombre de la raza, sino en nombre de un concepto de progreso racial que ha llegado a vincularse con la

movilidad de clase, el ascenso masculino y la familia burguesa. Irónicamente, el mismo Du Bois llegó a elogiar la novela *Quicksand* de Larsen precisamente por elevar la ficción negra más allá del tipo de exotismo sexual que procuraban promover ciertos mecenas como Carl Van Vechten.[9] Sin reconocer que Larsen se debatía dentro del conflicto producido, por un lado, por ese tipo de representaciones racistas y exóticas y, por el otro, por los mandatos morales tipificados por el mismo Du Bois, éste último elogia la obra de la autora como un ejemplo del ascenso social mismo.[10] Sin embargo, uno podría sostener que *Passing* ejemplifica precisamente el precio que deben pagar las mujeres negras por el ascenso social: una ambigua muerte/suicidio, mientras que *Quicksand* ejemplifica ese mismo precio como una especie de muerte dentro del matrimonio, ya que ambos relatos sugieren que para las mujeres negras no existe ninguna posibilidad de gozar de libertad sexual.[11]

En *Passing*, lo físicamente reprimido se vincula con la especificidad de las restricciones sociales que pesan sobre la sexualidad de las mujeres negras que inspiran el texto de Larsen. Si, como afirma Carby, en la época en que Larsen escribió la obra, la perspectiva de la libertad de la sexualidad de las mujeres negras las hacía vulnerables a vejaciones públicas y hasta a la violación, ya que sus cuerpos continuaban siendo sitios de conquista dentro del racismo blanco, luego la resistencia psíquica a la homosexualidad y a una vida sexual fuera de los parámetros de la familia debe interpretarse en parte como una resistencia a una exposición pública peligrosa.

9. Sobre un análisis de las implicaciones racistas de tal mecenazgo, véase Bruce Kellner, "Refined Racism': White Patronage in the Harlem Renaissance", en *The Harlem Renaissance Reconsidered*, págs. 93-106.

10. McDowell escribe, "Al hacer una revisión conjunta de *Home to Harlem* de Claude McKay y *Quicksand* de Larsen para *The Crisis*, Du Bois, por ejemplo, elogiaba la novela de Larsen diciendo que se trataba de una 'delicada, valiente y reflexiva obra de arte', pero criticaba la de McKay por considerar tan 'repugnante' el énfasis puesto por la autora en la 'embriaguez, las peleas y la promiscuidad sexual' que le hacían sentir [...] deseos de darse un baño". La cita aparece en "Rpt. in *Voices of a Black Nation: Political Journalism in the Harlem Renaissance*, Theodore G. Vincent, ed. (San Francisco, Ramparts Press, 1973), pag. 359", en Mc Dowell, pág. 164.

11. En realidad, ésta es la manera en que Helga Crane emplea repetidamente el lenguaje de lo "primitivo" y la "jungla" para describir el sentimiento sexual que la coloca en una trágica alianza con Du Bois.

En la medida en que Irene desea a Clare, desea la transgresión que comete Clare y a la vez la aborrece por la deslealtad que implica esa transgresión. En la medida en que Irene erotiza la transgresión racial de Clare y la evidente deslealtad de Clare a la familia y sus instituciones de monogamia, Irene misma se encuentra en una situación de doble vínculo: atrapada entre, por un lado, la perspectiva de liberarse de una ideología de "raza" que, por su propio masculismo y clasismo, no llega a ser crítica y, por el otro, las vejaciones del racismo blanco que procuran abolir la sexualidad de las mujeres negras. La ambivalencia psíquica de Irene en relación con Clare debe situarse pues en este doble vínculo histórico.[12] Al mismo tiempo, podemos rastrear en el texto de Larsen la incipiente posibilidad de una solidaridad entre mujeres negras. La identificación entre Irene y Clare podría interpretarse como la promesa política no vivida de una solidaridad que habría de darse en el futuro.

McDowell señala que el momento en que Irene imagina a Brian con Clare coincide con la intensificación del deseo que siente *por* Clare. Irene hace pasar su deseo por Clare a través de Brian; él llega a ser la ocasión fantasmática que le permite a Irene consumar su deseo por Clare, pero al mismo tiempo desviar el reconocimiento de que es *su propio* deseo el que se articula a través de Brian. El hecho de que Brian parezca consumar el deseo de Irene (aunque es importante señalar que esto nunca se confirma y, por lo tanto, puede no ser más que una convicción imaginaria de parte de Irene), sugiere que parte de los celos de Irene responden a la ira que le provoca que él ocupe una posición sexual legitimada desde la cual puede poner por obra el deseo que ella misma invistió en él, la cólera que le provoca que el ose consumar el deseo cuya realización ella le delegó. Esto no equivale a negar la posibilidad de que Irene desee también a Brian, pero en el texto hay muy pocos indicios de un apego apasionado a él. En realidad, Irene clama por retenerlo, en contra de la pasión de Brian y a favor de preservar

12. Acerca de un intento de conciliar el conflicto psicoanalítico y la problemática del incesto con la historia específica de la familia afronorteamericana después de la esclavitud, véase Hortense J. Spillers, "'The Permanent Obliquity of the In(pha)llibly Straight': In the Time of the Daughters and the Fathers", en Cheryl Wall (comp.), *Changing Our Own Words*, New Brunswick, Rutgers, 1989, págs. 127-149.

los ideales burgueses. Sus celos bien pueden situarse dentro de la línea de una narrativa heterosexual convencional, pero –como vimos en el caso de Cather– esto no implica excluir la interpretación de que una pasión lesbiana recorra la obra.

Freud se refiere a cierto tipo de "celos" que al principio parecen ser el deseo de tener un compañero heterosexual cuya atención se ha desviado, pero que están motivados por un deseo de ocupar el lugar de ese compañero alejado para poder consumar una homosexualidad forcluida. Y dice que se trata de "celos engañosos [...] que quedan de una homosexualidad que ha terminado y ocupa directamente su posición entre las formas clásicas de paranoia. Como un intento de defensa contra un impulso homosexual indebidamente intenso, puede describirse, en el caso de un hombre, mediante la siguiente fórmula: 'No soy *yo* quien lo ama, *ella* lo ama'".[13] Y en el caso de una mujer, como es el de *Passing*, la fórmula podría ser: "Yo, Irene, no amo a Clare; ¡es Brian quien la ama!".

Precisamente aquí, cuando se trata de explicar el sacrificio, se hace necesario reformular el psicoanálisis desde el punto de vista de la raza. En su ensayo sobre el narcisismo, Freud sostiene que un niño comienza a amar sacrificando alguna porción de su propio narcisismo, que la idealización de la madre no es otra cosa que ese narcisismo transferido hacia el exterior, que la madre representa ese narcisismo perdido, promete el retorno de ese narcisismo y nunca cumple tal promesa. Mientras continúa siendo el objeto idealizado de amor, la madre carga con el narcisismo del niño, es el narcisismo desplazado del hijo y, puesto que *carga con él*, el hijo percibe que ella *se lo niega*. La idealización, se realiza siempre a expensas del yo que idealiza. El ideal del yo se produce como una consecuencia de haber sido separado del yo, pues se entiende que el yo sacrifica alguna parte de su narcisismo para formar y trasladar al exterior ese ideal.

De modo que el amor del ideal será siempre ambivalente, pues el ideal desaprueba al yo al tiempo que impulsa su amor. Por el momento, quisiera separar la lógica de esta explicación del drama entre el hijo varón y la madre que es el que enfoca Freud (no para

13. Sigmund Freud, "Some Neurotic Mechanisms in Jealousy, Paranoia and Homosexuality", *SE*, vol. 18, 1922, pág. 225. [Ed. cast.: "Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad", AE, vol. 18].

desvalorizar ese foco, sino para poner de relieve otros focos posibles) y destacar la consecuencia de la ambivalencia en el proceso de idealización. La persona a la que idealizo es la que lleva por mí el amor propio que yo investí en ella. Y en consecuencia, la odio, pues él/ella ha tomado mi lugar, aun cuando yo misma se lo haya cedido; sin embargo, necesito de él/ella, pues es quien representa la promesa del retorno de mi amor propio. El amor propio, la autoestima, se preserva y se derrota, entonces, en el sitio del ideal.

¿Cómo puede relacionarse este análisis con las cuestiones relativas a la racialización de la sexualidad que he estado tratando de plantear? El ideal del yo y su derivación, el superyó, son mecanismos reguladores mediante los cuales se sostienen psíquicamente los ideales sociales. En este sentido, la regulación social de la psique puede interpretarse como la coyuntura de las prohibiciones y regulaciones raciales y de género y las apropiaciones obligadas que hace de ellas la psique. Freud sostiene especulativamente que este ideal del yo sienta las bases del superyó y que el superyó se vive como la actividad psíquica de "observación" y, en la perspectiva del yo, como la experiencia de "ser observado": el superyó vigila constantemente al yo real y lo mide con la vara de ese yo (ideal). De ahí que el superyó represente la medida, la ley, la norma, encarnada por una invención, la figura de un ser cuyo único rasgo es observar, observar para poder juzgar, como una especie de escrutinio, una detección, persistentes, un esfuerzo por exponer que importuna al yo y le recuerda sus fracasos. El yo designa, pues, la experiencia psíquica de ser mirado y el superyó la del mirar, observar y exponer al yo. Ahora bien, esta instancia observadora no es lo mismo que la idealización que es el ideal del yo; está detrás del ideal del yo y del yo, y mide a este último en comparación con el primero y siempre, absolutamente siempre, lo encuentra defectuoso. El superyó no es sólo la medida del yo, el juez internalizado, sino que es además la actividad de prohibición, la instancia psíquica de regulación que Freud llama *conciencia*.[14]

14. Significativamente, Freud sostiene que la conciencia es la sublimación de la libido homosexual, que los deseos homosexuales prohibidos no quedan destruidos por completo; que se satisfacen en la prohibición misma. En este sentido, los remordimientos no son otra cosa que las satisfacciones desplazadas del deseo homosexual. La culpa respecto de ese deseo es, extrañamente, la manera de preservarlo.

Para Freud, este superyó representa una norma, un modelo, un ideal, recibido en parte socialmente; es la instancia psíquica mediante la cual se realiza la regulación social. Pero no es una norma cualquiera; es el conjunto de normas por las cuales se diferencian e instalan los sexos. De modo que el superyó surge primero, dice Freud, como una prohibición que regula la sexualidad al servicio de la producción socialmente ideal de los "hombres" y las "mujeres". Aquí es donde interviene Lacan para desarrollar su noción de lo simbólico, el conjunto de leyes transmitidas mediante el lenguaje mismo que obliga a acatar las nociones de "masculinidad" y "femineidad". Y muchas feministas psicoanalíticas tomaron esta afirmación como punto de partida de su propio trabajo. Han sostenido, de diversas maneras, que la diferencia sexual es tan primaria como el lenguaje, que no hay habla, ni hay escritura posibles sin el supuesto previo de la diferencia sexual. Y esto condujo a una segunda declaración que quiero rebatir: me refiero a que la diferencia sexual es más primaria o más esencial que otro tipo de diferencias, incluida la diferencia racial. Esta afirmación de la prioridad de la diferencia sexual por encima de la diferencia racial ha marcado enormemente al feminismo psicoanalítico como blanco, pues lo que se supone aquí es no sólo que la diferencia sexual es más importante, sino que hay una relación llamada "diferencia sexual" que no está marcada por la raza. Está claro que, en esta perspectiva, la condición de blanco no se entiende como una categoría racial; es sencillamente otro

Esta consideración de la culpa como una manera de encerrar o salvaguardar el deseo bien puede tener implicaciones en el tema de la culpa blanca. Porque la cuestión sería establecer si la culpa blanca es en sí misma la satisfacción de la pasión racista, si el hecho de que la culpa del blanco reviva constantemente el racismo no constituye en sí mismo la satisfacción misma del racismo del que la culpa abjura ostensiblemente. Porque la culpa del blanco –cuando no se pierde a expensas de la autoconmiseración– produce una moralización paralítica que *requiere* del racismo para sustentar sus propia postura santurrona; precisamente porque la moralización blanca se alimenta de las pasiones racistas, nunca puede ser la base sobre la cual llegue a construirse y a afirmarse una comunidad que se extienda por encima de las diferencias; arraigada en el deseo de que se la exima del racismo blanco, de producirse como la exención, esta estrategia exige virtualmente que la comunidad blanca quede sumergida en el racismo; el odio se transfiere meramente al exterior y, en consecuencia, se lo preserva, pero esto no implica que se lo supere.

poder que no necesita pronunciar su nombre. Por lo tanto, sostener que la diferencia sexual es más esencial que la diferencia racial equivale a supone efectivamente que la diferencia sexual es diferencia sexual blanca y que la condición de blanco no es una forma de diferencia racial.

En términos lacanianos, los ideales o normas transmitidos en el lenguaje son los ideales o normas que gobiernan la diferencia sexual y que se conocen como lo simbólico. Pero lo que se hace necesario reconcebir radicalmente es qué relaciones sociales componen esta esfera de lo simbólico, qué conjunto convergente de formaciones históricas de género racializado, de raza generizada, de la sexualización de los ideales raciales o la racialización de las normas de género, integran la regulación social de la sexualidad y sus articulaciones psíquicas. Si, como ha insistido Norma Alarcón, a las mujeres de color se las "interpela de múltiples maneras", se las llama por muchos nombres, se las constituye en y mediante esos modos múltiples de llamarlas, luego esto implica que el terreno simbólico, el ámbito de las normas socialmente instituidas, está compuesto por *normas de racialización* y que éstas existen, no sólo junto con las normas de género, sino que se articulan recíprocamente con ellas.[15] Por ende, ya no es posible decir que la diferencia sexual es anterior a la diferencia racial ni tampoco considerarlas como ejes completamente separables de regulación social y poder.

En cierto modo, éste es precisamente el desafío al psicoanálisis que ofrece Nella Larsen en *Passing*. Y aquí yo quisiera seguir el consejo de Barbara Christian sobre considerar la narrativa literaria como un lugar donde se desarrolla la teoría[16] y solamente agregaría que para mí *Passing* de Larsen es en parte una teorización del deseo, el desplazamiento y la cólera provocada por los celos que tiene significativas implicaciones para quien quiera reescribir una teoría psicoanalítica que llegue explícitamente a un acuerdo con la raza. Si la instancia observadora descrita por

15. Norma Alarcón, "The Theoretical Subject(s) of *This Bridge Called My Back* and Anglo-American Feminism", en Gloria Anzaldúa (comp.), *Making Face, Making Soul: Haciendo Caras*, San Francisco, Aunt Lute, 1990, págs. 356-369.

16. Barbara Christian, "The Race for Theory", en *The Nature and Context of Minority Discourse*, Nueva York, Oxford University Press, 1990, págs. 37-49.

Freud adquiere la figura de un juez que vigila, un juez que encarna una serie de ideales y si esos ideales se instituyen y sustentan en gran medida socialmente, luego esta instancia observadora es el medio a través del cual las normas sociales marchitan la psique y la exponen a una condena que puede llevar al suicidio. En realidad, Freud observaba que si el superyó pudiera obrar sin ninguna restricción, privaría totalmente al yo de su deseo, una privación que es la muerte psíquica y que, según afirma Freud, conduce al suicidio. Si concebimos el "superyó" de Freud como la fuerza psíquica de regulación social y entendemos la regulación social como una fuerza que incluye vectores de poder tales como el género y la raza, podríamos llegar a articular políticamente la psique de una manera que tenga consecuencias para la supervivencia social.

Porque, aparentemente, Clare no puede sobrevivir y su muerte marca el éxito de cierto ordenamiento simbólico de género, sexualidad y raza, al tiempo que marca también los sitios de resistencia potencial. Es posible que cuando Zulena, la sirvienta negra de Irene, recoge los trozos blancos de la taza rota, se plantee la cuestión de qué hacer con tales fragmentos. Podríamos interpretar un texto como *Sula* de Toni Morrison como un modo de unir la blancura resquebrajada que compone los restos tanto de Clare como de Irene en el texto de Larsen, reescribir a Clare como Sula y a Irene como Nel, e interpretar que la identificación letal que se da entre ellas es la promesa de conexión del llamado final de Nel: "niña, niña, niñaniñaniña".[17]

En el final de *Passing* de Larsen, es Bellew quien sube precipitadamente las escaleras y "ve" a Clare, mide su negritud en comparación con el ideal de blancura y la encuentra defectuosa. Aunque Clare ha dicho que anhela que se la exponga para poder liberarse de él, también se siente sujeta a su marido y a la norma que él representa, a causa del bienestar económico y no es accidental –aunque se lo presente como tal– el hecho de que la exposición de su color lleve a Clare directamente a la muerte, la expresión literal de una "muerte social". Tampoco Irene quiere que Clare se libere, no sólo porque podría perder a Brian, sino porque debe detener

17. Toni Morrison, *Sula*, Nueva York, Knopf, 1973, pág. 174. [Ed. cast.: *Sula*, Barcelona, Debolsillo, s/d.]

la libertad de Clare para frenar la suya propia. Claudia Tate sostiene que la ambigüedad de la acción final es importante, pues la muerte literal de Clare también constituye la "muerte psicológica" de Irene. Aparentemente, Irene le ofrece su mano a Clare, quien de algún modo pasa a través de la ventana hacia su muerte. Aquí, como sugiere Henry Louis Gates, Jr., "hacerse pasar" conlleva la doble significación de cruzar la línea del color y de cruzar la línea de la vida: el hacerse pasar por lo que uno no es como una especie de paso a la otra vida.[18]

Si Irene despierta el interés de Clare para contener la sexualidad de esta última, al tiempo que enciende y extingue su propia pasión, lo hace bajo la mirada del hombre blanco que brama; las palabras de Bellew, la exposición que éste produce, su vigilancia, divide a las mujeres y las enfrenta. En este sentido, las palabras de Belew tienen la fuerza de la norma reguladora de la condición de blanco, pero Irene se identifica con ese juicio condenatorio. Clare es la promesa de la libertad obtenida a un precio demasiado elevado, tanto para Irene como para sí misma. Lo que queda "expuesto" no es precisamente la raza de Clare; aquí se produce la negritud como algo marcado y desfigurado, un signo público de particularidad al servicio de la universalidad disimulada de la condición de blanco. Si Clare traiciona a Bellew, ello se debe en parte a que dirige el poder de simulación contra su marido blanco y su traición al hombre, que es a la vez una traición sexual, socava las aspiraciones reproductoras de la pureza racial blanca, exponiendo así las tenues fronteras que requiere esa pureza. Si Bellew reproduce ansiosamente la pureza racial blanca, produce la prohibición contra el mestizaje mediante la cual se garantiza la pureza, una prohibición que requiere las censuras de la heterosexualidad, la fidelidad sexual y la monogamia. Y si Irene procura mantener la familia negra a expensas de la pasión y en nombre del ascenso social, lo hace en parte para evitar que las mujeres negras ocupen una posición exterior a la familia, la posición de mujeres sexualmente degradadas y amenazadas por los términos mismos del masculinismo blanco que representa Bellew (por ejemplo, Irene le dice a Clare que no asista sola al baile del Fondo de Beneficencia Negro, pues corre el riesgo de que la tomen por una prostituta). La mirada censora de

18. Henry Louis Gates, Jr., *Figures*, pág. 202.

Bellew, el poder de exposición que ejerce, es un poder social históricamente inalterable de la mirada masculina blanca, pero es un mirada cuya masculinidad se promulga y garantiza mediante la heterosexualidad como un rito de purificación racial. La masculinidad de Bellew sólo puede afirmarse mediante la consagración de su condición de blanco. Y mientras Belłew necesita del espectro de la mujer negra como objeto de deseo, debe destruir ese espectro para impedir el tipo de asociación que podría desestabilizar las fronteras territoriales de su propia condición de blanco. Esta expulsión ritualista queda muy claramente dramatizada al final de *Passing*, cuando la mirada expositora y peligrosa de Bellew y la caída mortal de Clare coinciden con el ofrecimiento de Irene que tiende su mano en un intento de ayuda. Al temer la pérdida de su marido y temer su propio deseo, Irene se coloca en el sitio social de la contradicción: ambas opciones amenazan con lanzarla a una esfera pública en la que quedaría sometida, por así decirlo, a los mismos malos vientos a los que estuvo expuesta Clare. Pero Irene no se da cuenta de que Clare está tan limitada como ella, que Clare no obtendría su libertad a expensas de la de Irene, que, en última instancia, no es que una domine a la otra, sino que ambas están atrapadas en el aliento vacilante de ese bramido: "¡Nig! ¡Dios mío! ¡Nig!".

Si el bramido de Bellew puede interpretarse como una racialización simbólica, como el modo en que el conjunto de normas simbólicas que gobiernan la sexualidad femenina negra interpela a Irene y a Clare, entonces lo simbólico no está meramente organizado por el "poder fálico", sino que lo está por un "falicismo" sustentado fundamentalmente por la angustia racial y los ritos sexualizados de purificación racial. El autosacrificio de Irene podría interpretarse pues como un intento de no convertirse en el objeto de este tipo de violencia sexual, como un intento que la lleva a aferrarse a una vida familiar árida y a destruir todo indicio de pasión que pudiera desestabilizar esa seguridad. Sus celos pueden entenderse como un evento psíquico orquestado dentro de este mapa social de poder y por ese mismo mapa. Irene debía destruir su pasión por Clare sólo porque no hallaba un lugar viable para vivir su sexualidad. Atrapada por una promesa de seguridad representada por la movilidad social, Irene aceptó los términos de poder que la amenazaban y terminó convirtiéndose finalmente en un

instrumento de ese poder. Más perturbador aún que una escena en la que el hombre blanco encuentra y desprecia a su "Otro" en las mujeres negras, este drama exhibe en toda su miseria cómo los mismos seres a quienes la interpelación de la norma blanca tiende a derrotar –y en realidad derrota– terminan por reiterarla y ejecutarla. Ésta es una representación performativa de la "raza" que, a su paso, moviliza a todos los personajes.

Sin embargo, el relato reocupó el poder simbólico para poner en evidencia esa fuerza simbólica y, en el curso de esa exposición, comenzó a promover una poderosa tradición de palabras, una tradición que prometía defender las vidas y pasiones precisamente de aquellos que en la novela no podían sobrevivir. Trágicamente, la lógica de "hacerse pasar por lo que uno no es" y de "exponerse" llegó a atribular y, en realidad, puso fin a la carrera de autora de la misma Nella Larsen, quien en 1930, cuando publicó un breve cuento titulado "Sanctuary", fue acusada de plagio, es decir, fue expuesta como alguien que "se hacía pasar por" el verdadero creador de la obra.[19] La respuesta de Larsen a esta exposición condenatoria fue retirarse en un anonimato del que nunca volvió a salir. También Irene se deslizó en una muerte en vida de este estilo, como lo hizo Helga en *Quicksand*. Tal vez la alternativa habría sido volver esa "extraña" ira, no ya contra sí misma ni contra Clare, sino contra las normas reguladoras que despiertan esa cólera: tanto contra la promesa desapasionada de esa familia burguesa como contra el bramido del racismo en sus reverberaciones sociales y psíquicas y, muy especialmente, en los ritos funestos que produce.

19. Le agradezco a Barbara Christian haberme señalado el vínculo entre el tema de "hacerse pasar por lo que uno no es" y la acusación de plagio sufrida por Larsen.

7. Discutir con lo real

Lo que se rechaza en el orden simbólico reaparece en lo real.

JACQUES LACAN, *Las psicosis.*

Sustenta la predicación sin estar, estrictamente hablando, marcado por ella; no está determinado mediante la aplicación de tal o cual cualidad. Subsiste "en el interior de sí mismo" por debajo del discurso. Como lo que también se ha llamado materia prima.

LUCE IRIGARAY, *Amante Marine.*

En contra de la idea de que la performatividad es la expresión eficaz de una voluntad humana en el lenguaje, este texto apunta a redefinir la performatividad como una modalidad específica del poder, entendido como discurso. Para poder materializar una serie de *efectos*, el discurso debe entenderse como un conjunto de cadenas complejas y convergentes cuyos "efectos" son vectores de poder. En este sentido, lo que se constituye en el discurso no es algo fijo, determinado por el discurso, sino que llega a ser la condición y la oportunidad de una acción adicional. Esto no equivale a decir que puede darse *cualquier* acción sobre la base de un efecto discursivo. Por el contrario, ciertas cadenas reiterativas de producción discursiva apenas son legibles como reiteraciones, pues los efectos que han materializado son tales que sin ellos no es posible seguir ninguna orientación en el discurso. El poder que tiene el discurso para materializar sus efectos es pues consonante con el poder que tiene para circunscribir la esfera de inteligibilidad.

Es por ello que interpretar la "performatividad" como una decisión voluntaria y arbitraria implica pasar por alto que la historicidad del discurso y, en particular, la historicidad de las normas (las "cadenas" de iteración invocadas y disimuladas en la enunciación imperativa) constituyen el poder que tiene el discurso de hacer realidad lo que nombra. Concebir el "sexo" como un imperativo en este sentido implica afirmar que un sujeto es interpelado y producido por dicha norma y que esa norma –y el poder regulador que representa– materializa los cuerpos como un efecto de ese mandato. Sin embargo, esta "materialización", que dista mucho de ser artificial, no es completamente estable. Porque, para que el imperativo llegue a ser "sexuado" requiere una producción y una regulación diferenciadas de la identificación masculina y femenina que no se sostienen efectivamente y que no pueden ser completamente exhaustivas. Por lo demás, este imperativo, este mandato, requiere e instituye un "exterior constitutivo": lo indecible, lo inviable, lo inenarrable que asegure (y que, por lo tanto, no siempre logra asegurar) las fronteras mismas de la materialidad. La fuerza normativa de la performatividad –su poder de establecer qué ha de considerarse un "ser"– se ejerce no sólo mediante la reiteración, también se aplica mediante la exclusión. Y en el caso de los cuerpos, tales exclusiones amenazan la significación constituyendo sus márgenes abyectos o aquello que está estrictamente forcluido: lo invivible, lo inenarrable, lo traumático.

Los términos políticos que apuntan a establecer una identidad segura o coherente se ven perturbados por este fracaso de la performatividad discursiva incapaz de establecer finalmente y por completo la identidad a la que se refiere. La iterabilidad destaca el hecho de que tales términos no son idénticos a sí mismos; el exterior constitutivo significa que la identidad siempre requiere precisamente aquello que aborrece. En el marco del debate feminista, un problema de creciente interés es cómo conciliar la aparente necesidad de formular una política que asuma la categoría de "mujeres" con la demanda, a menudo articulada políticamente, de problematizar la categoría, de cuestionar su coherencia, su disonancia interna y sus exclusiones constitutivas. En los últimos años, los términos de identidad parecieron prometer, de diferentes maneras, un reconocimiento pleno. Dentro de los términos psicoanalíticos, la *imposibilidad* de que una categoría de identidad cumpla esa promesa es consecuencia de una serie de exclusiones que experimentan los sujetos mismos cuyas identidades supuestamente habrían de representar tales categorías. En la medida en que se las entienda como puntos de unión, como fuerzas que tienden a promover la movilización política, las afirmaciones de identidad parecen ofrecer la promesa de unidad, solidaridad y universalidad. Como corolario, uno podría interpretar pues que el resentimiento y el rencor contra la identidad son signos de un disentimiento y una insatisfacción provocados por la imposibilidad de que esa promesa se cumpla.

La obra reciente de Slavoj Žižek destaca que la promesa *fantasmática* de la identidad es un punto de unión dentro del discurso político y señala el carácter inevitable de la decepción. En este sentido, su obra abre un camino para concebir las afirmaciones de identidad como sitios fantasmáticos, sitios imposibles y, por lo tanto, sitios alternativamente irresistibles y decepcionantes.[1]

Žižek trabaja entre la noción de ideología de Althusser y la simbólica lacaniana, poniendo en primer plano la ley simbólica y lo real y en un segundo plano, lo imaginario. También deja claramente establecida su oposición a los enfoques postestructuralistas de la discursividad y propone reelaborar la simbólica lacaniana en términos de ideología. En este capítulo emplearé el término "ideología" con la intención de reafirmar la posición de Žižek, pero trataré de aclarar en qué aspectos creo que reescribir su teoría permite un acercamiento al postestructuralismo y en qué punto considero que es necesario reconcebir críticamente lo "femenino" en relación con el discurso y la categoría de lo real. Así como en los capítulos previos he sostenido que el psicoanálisis debería situarse en una relación productiva con los discursos contemporáneos que apuntan a elaborar la complejidad del género, la raza y la sexualidad, podría decirse que este capítulo es un intento de destacar las limitaciones que tiene el psicoanálisis cuando se considera que sus prohibiciones fundamentales y sus mandatos heterosexualizantes son invariables. Un aspecto central de la tarea será reteorizar qué es lo que debe ser excluido del discurso para que los significantes políticos puedan llegar a ser puntos de unión, sitios de investidura y expectación fantasmáticas. Mis interrogantes son,

1. Slavok Žižek, *The Sublime Object of Ideology*, citado en el texto como *SO*.

pues: ¿cómo podrían hacerse menos permanentes, más dinámicas, tales exclusiones constitutivas? ¿Cómo podría retornar lo excluido, no ya como psicosis o como la figura de lo psicótico dentro de la política, sino como aquello que ha sido acallado, que ha sido forcluido del dominio de la significación política? ¿Cuándo y dónde se atribuye el contenido social al sitio de lo "real", y luego se lo coloca en la posición de lo indecible? ¿No hay una diferencia entre una teoría que afirma que, en principio, todo discurso opera a través de la exclusión y una teoría que le atribuye a ese "exterior" posiciones sociales y específicas? En la medida en que un uso específico del psicoanálisis sirva para excluir ciertas posiciones sociales y sexuales del dominio de la inteligibilidad –y para siempre–, el psicoanálisis parece estar al servicio de la ley normalizadora que pretende cuestionar. ¿Cómo podría quitárseles a esos dominios de exclusión saturados socialmente el rango de esferas "constitutivas" y convertirlos en seres de los que se pueda decir que importan?

LA POLÍTICA DEL SIGNO

En oposición a lo que él llama la "teoría del discurso", que aparentemente es un posición atribuida a un postestructuralismo que incluye a Foucault y Derrida, Žižek destaca a la vez la posición central que ocupa el discurso en la movilización política y los límites de cualquier acto de constitución discursiva. Seguramente, Žižek está en lo cierto cuando dice que el sujeto no es un efecto unilateral de discursos previos y que el proceso de sujeción esbozado por Foucault necesita una reelaboración psicoanalítica. Siguiendo a Lacan, Žižek sostiene que el "sujeto" se produce en el lenguaje a través de un acto de forclusión (*Verwerfung*). Lo que se niega o rechaza en la formación del sujeto continúa determinando a ese sujeto. Lo que se deja fuera de este sujeto, lo excluido por el acto de forclusión que funda al sujeto, persiste como una especie de negatividad definitoria.[2] Como resultado de ello, el sujeto no es nunca coherente y nunca idéntico a sí mismo, precisamente porque se ha fundado –y en realidad se refunda continuamente– mediante una serie de forclusiones y represiones[3] definitorias que constituyen un sujeto discontinuo e incompleto.

2. Precisamente en la teorización de esta "negatividad", Žižek vincula adecuadamente la noción lacaniana de "privación" con la noción hegeliana de "negatividad".

También está en lo cierto Žižek cuando afirma que cualquier teoría de la constitución discursiva del sujeto debe tomar en consideración el ámbito de la forclusión, la esfera de lo que debe ser repudiado para que pueda emerger el sujeto. Pero, ¿cómo y con qué fin se apropia de la noción lacaniana de lo real para designar lo no simbolizable, lo excluido de la simbolización? Consideremos la dificultad retórica que implica circunscribir dentro del discurso simbólico los límites de lo que es simbolizable y lo que no lo es. Por un lado, los límites a la simbolización son necesarios para la simbolización misma, que produce su sistematicidad a través de la exclusión. Por el otro lado, continúa siendo problemático el modo en que la teoría fija esos límites, no sólo porque siempre está la cuestión de saber qué constituye la autoridad del que escribe tales límites, sino además porque el establecimiento de tales límites está vinculado a la regulación contingente de lo que se juzgará como un modo inteligible de ser y lo que no se considerará como tal.

Además, la producción de lo *no* simbolizable, de lo indecible, lo ilegible, es siempre una estrategia de abyección social. ¿Es siquiera posible distinguir entre las reglas socialmente contingentes de formación del sujeto, entendidas como producciones reguladoras del sujeto a través de la exclusión y la forclusión y un conjunto de "leyes" y "estructuras" que constituyen los mecanismos invariables de forclusión a través de los cuales *cualquier* sujeto llega a ser tal? En la medida en que la ley o el mecanismo regulador de exclusión que opera en este último caso se conciba como ahistórico y universalista, esta ley queda exenta de las rearticulaciones discursivas y sociales que genera. Yo diría que esta exención tiene importantes consecuencias, en la medida en que se entienda que esta ley es lo que produce y normaliza las posiciones sexuales en su inteligibilidad. En la medida en que esta ley implique la producción traumática de un antagonismo sexual en su normatividad simbólica, sólo podrá hacerlo descartando de la inteligibilidad cul-

3. Freud establece la distinción entre represión (*Verdrängung*) y forclusión (*Verwerfung*) para diferenciar la negación propia de la neurosis de la correspondiente a la psicosis. En este ensayo analizaré más ampliamente esta distinción en conjunción con lo real que, según Lacan, se produce mediante la forclusión.

tural –es decir, haciendo culturalmente abyectas– las organizaciones culturales de sexualidad que excedan el alcance estructurante de dicha ley. Evidentemente, el riesgo que se corre es que los mecanismos reguladores contingentes de la producción de sujeto se reifiquen como leyes universales, exentas del proceso mismo de rearticulación discursiva que esas mismas leyes ocasionan.

Sin embargo, en el análisis de Žižek, el aspecto más persuasivo del uso del psicoanálisis continúa siendo la vinculación entre los significantes políticos, los puntos de reunión de la movilización y la politización, tales como "mujeres", "democracia" y "libertad", y la noción de investidura fantasmática y promesa fantasmática. La teoría de Žižek establece claramente la relación entre la *identificación* con los significantes políticos y su capacidad para unificar el campo ideológico y, a la vez, constituir los distritos que esos significantes pretenden representar. Los significantes políticos, especialmente aquellos que designan las posiciones de los sujetos, no son descriptivos, es decir, no representan sectores previamente dados, sino que son signos vacíos que llegan a cargarse de investiduras fantasmáticas de diversa índole. Ningún significante puede ser radicalmente representativo, pues todo significante es el sitio de una *méconnaissance* perpetua; produce la expectación de una unidad, de un reconocimiento pleno y final que nunca puede alcanzarse. Paradójicamente, la incapacidad de tales significantes –"mujeres" es el que se me ocurre en este momento– para describir acabadamente el sector que nombran es precisamente lo que los constituye como sitios de investidura fantasmática y rearticulación discursiva. Esa falla es lo que los abre a nuevas significaciones y nuevas posibilidades de resignificación política. Esta función performativa y de final abierto del significante me parece esencial para construir una noción democrática radical de las posibilidades futuras.

Al final de este capítulo sugeriré un modo (que juzgo necesario) de concebir la investidura fantasmática del significante político en relación con la historicidad de tales significantes. También ofreceré un argumento relativo al lugar que ocupa la performatividad tanto en Ernesto Laclau como en Žižek; me refiero a que la performatividad, si se la concibe a través de la noción derrideana de la "apelación a la cita", ofrece una formulación del carácter performativo de los significantes políticos que una teoría democrática radical puede considerar valiosa.

EL DISCURSO Y LA CUESTIÓN DE LA CONTINGENCIA

En el intento de Žižek de reelaborar la teoría de Althusser a través de Lacan, está la percepción psicoanalítica de que cualquier esfuerzo de interpelación o constitución discursiva está sujeto a error, está acosado por la contingencia, puesto que el discurso mismo invariablemente fracasa en su intento de totalizar el campo social. En realidad, cualquier pretensión de totalizar el campo social debe interpretarse como un síntoma, el efecto y el remanente de un trauma que no puede ser simbolizado directamente en el lenguaje. Este trauma subsiste como la posibilidad permanente de agrietar y hacer contingente cualquier formación discursiva que tenga la pretensión de fijar una versión coherente y sin fisuras de la realidad. Este trauma persiste como lo real, entendiéndose por real aquello que ninguna versión de la "realidad" logra incluir. Lo real constituye la contingencia o la carencia en cualquier formación discursiva. Como tal, se sitúa en el plano teorético en contra, tanto del lingüisticismo de Foucault, construido como una especie de monismo discursivo mediante el cual el lenguaje efectivamente da vida a aquello que nombra, como al racionalismo de Habermas, que supone que en el acto del habla hay una transparencia de la intención que es en sí misma sintomática de una negación de la psique, lo inconsciente, aquello que se resiste al lenguaje y, sin embargo, lo estructura, antes y más allá de cualquier "intención".

En la perspectiva de Žižek, toda formación discursiva debe entenderse en relación con aquello que tal formación no puede acomodar dentro de sus propios términos discursivos o simbólicos. Este "exterior" traumático plantea la amenaza de psicosis y llega a ser la posibilidad excluida y amenazadora que motiva y, eventualmente obstaculiza, la ambición lingüística de lograr la inteligibilidad. Esta posición está explícitamente asociada a la reformulación crítica de Althusser propuesta por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe en *Hegemonía y estrategia socialista*,[4] en particular a la

4. Véase Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy*, Londres, Verso, 1985. [Ed. cast.: *Hegemonía y estrategia socialista: hacia la radicalización de la democracia*, Madrid, Siglo XXI, 1985.]

idea de que toda formación ideológica se constituye a través y en contra de un antagonismo constitutivo y, por consiguiente, debe entenderse como un esfuerzo por cubrir o "suturar" una serie de relaciones contingentes. Pero como esta sutura ideológica nunca es completa, es decir, puesto que nunca puede establecerse como un conjunto *necesario o general* de conexiones, está marcada por las incapacidad de ejercer una determinación completa, por una contingencia constitutiva, que emerge dentro del campo ideológico como su inestabilidad permanente (y promisoria).

En contra de una teoría causal de los eventos históricos o las relaciones sociales, la teoría de la democracia radical insiste en afirmar que los significantes políticos están relacionados de manera contingente y que la hegemonía consiste en la rearticulación perpetua de estos significantes políticos relacionados contigentemente, en el entrelazamiento de una trama social que no tiene un fundamento necesario, pero que produce coherentemente el "efecto" de su propia necesidad mediante el proceso de rearticulación. De modo que la ideología podría construirse como una unión de significantes políticos tales que su unidad produzca el efecto de necesidad, pero cuya contingencia se hace evidente en la no identidad de tales significantes; la reformulación democrática radical de la ideología (aún y siempre ideológica en sí misma) consiste en la demanda de que estos significantes se rearticulen perpetuamente en una relación recíproca. Lo que aquí se entiende como antagonismo constitutivo, la no clausura de la definición, se asegura mediante una contingencia que reafirma toda formación discursiva.

El carácter incompleto de toda formulación ideológica es esencial para la noción de futuro político del proyecto democrático radical. El hecho de que toda formación ideológica esté sujeta a una *re*articulación de estos enlaces constituye el orden temporal de la democracia como un futuro incalculable[5] y deja abierta la producción de nuevas posiciones de los sujetos, nuevos significantes políticos y la posibilidad de que se den nuevas conexiones que lleguen a transformarse en los puntos de reunión de la politización.

5. La noción no obligatoriamente teleológica de posibilidad futura, generada por el carácter necesariamente incompleto de cualquier formación discursiva dentro del campo político, vincula el proyecto de democracia radical con la obra de Derrida. Luego retomaré la cuestión de establecer cómo la violenta crítica de Žižek a la desconstrucción, y a Derrida en particular, sitúa su teoría en relación con el concepto de posibilidad futura. Sostendré que la base de "contingencia" de la noción lacaniana de lo real produce el campo social como una estasis permanente y que esta posición lo coloca más cerca de la doctrina althusseriana de "ideología permanente" que de la noción de futuro incalculable que encontramos en la obra de Derrida, de Drucilla Cornell y en algunos aspectos de la versión de la democracia radical propuesta por Laclau y Mouffe.

Para Laclau y Mouffe, esta politización estará al servicio de la democracia radical en la medida en que las exclusiones constitutivas que estabilizan el terreno discursivo de lo político –aquellas posiciones que fueron excluidas de la representabilidad y de las consideraciones de la justicia y la igualdad– se establezcan en relación con el estado existente como lo que requiere que se lo incluya dentro de sus términos, es decir, un conjunto de posibilidades *futuras* de inclusión, lo que Mouffe llama una parte del *horizonte* aún no asimilable de la comunidad.[6] El ideal de una inclusión radical es imposible, pero esta misma imposibilidad gobierna, sin embargo, el campo político como una idealización del futuro que motiva la expansión, la conexión y la producción perpetua de posiciones de sujeto y significantes políticos.

Lo que parece garantizar esta imperfección movilizadora del campo político es una contingencia que continúa siendo constitutiva de todas y cada una de las prácticas significantes. Esta noción de contingencia se vincula directamente con el concepto de "antagonismos constitutivos" desarrollado por Laclau y Mouffe en *Hegemonía y estrategia socialista* y elaborado más ampliamente en el primer capítulo de *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* de Laclau.[7] En esta última obra, Laclau distingue entre las relaciones sociales *contradictorias* y las relaciones sociales *antagónicas*: aquellas relaciones que invalidan a alguien en virtud de una necesidad lógica y aquellas relaciones consideradas contingentes y basadas en el poder, que están en una especie de tensión social de consecuencias impredecibles. En este ensayo,

6. Véase Chantal Mouffe, "Feminism, Citizenship, and Radical Democratic Politics", en *Feminist Theorize the Political*, págs. 369-384. [Traducido en *Debate Feminista*, n° 7, año 4, México, 1993.]

7. Véase el esclarecedor ensayo de Ernesto Laclau, "New Reflections on the Revolution of our Time", en el libro del mismo nombre, Londres, Verso, 1991. [Ed. cast.: *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1993.] Citado en el texto como *NRRT*.

Laclau sostiene enérgicamente que hay relaciones de producción que exceden a aquellas que caracterizan la posición estructural o la "identidad" de los trabajadores y que impiden dar una explicación inmanente o causal de cómo funcionan las relaciones sociales. Laclau hace hincapié en que "este exterior constitutivo es inherente a cualquier relación antagónica" (pág. 9). Esto parece señalar que lo que garantiza que cualquier descripción o vaticinio social no pueda ser general ni predictivo es el hecho de que existan otras relaciones *sociales* que constituyen el "exterior" de la identidad: "el antagonismo se da, no *en el seno* de las relaciones de producción, sino entre estas relaciones y la identidad del agente social exterior a ellas" (pág. 15). En otras palabras, cualquier intento de circunscribir una identidad atendiendo a las relaciones de producción y sólo dentro de los términos de tales relaciones, implica una exclusión y, por lo tanto, produce un exterior constitutivo, entendido sobre la base del modelo del *supplément* derridiano, que niega la pretensión a la positividad y la generalización implicada por esta objetivación previa. En los términos de Laclau, "las fuerzas antagónicas *niegan* mi identidad en el sentido más estricto" (pág. 18).

La cuestión es, pues, determinar si la contingencia o la negatividad que presentan estas fuerzas antagónicas es parte de las relaciones sociales o si corresponden a lo real, la exclusión de aquello que constituye la posibilidad misma de lo social y lo simbólico. En lo dicho anteriormente, Laclau parece vincular las nociones de antagonismo y contingencia con lo que está *dentro* del campo social y que excede cualquier posibilidad de una determinación o una predicción positiva u objetiva, un suplemento que está dentro de lo social pero que es "exterior" a la identidad postulada. En Žižek, esta contingencia parece vincularse con lo real lacaniano, de modo tal que siempre permanece fuera de lo social como tal. Y, dentro del mismo ensayo, Laclau defiende, como antes, la noción de "privación" al explicar la producción de las identificaciones (pág. 44).[8] Si el "exterior", insiste Laclau, está vinculado con la lógica derridiana del suplemento (Laclau, *NRRT*, 84, nota 5), no queda claro qué movimiento debe hacerse para compatibilizarlo con la noción lacaniana de "privación"; en realidad, en lo que sigue, intentaré leer la "privación" lacaniana dentro del texto de Žižek siguiendo la lógica del suplemento, una lógica que también implica reconcebir la especificidad social del tabú, la pérdida y la sexualidad.

8. Laclau escribe: "la relación hegemónica sólo puede concebirse tomando como punto de partida la categoría de *privación*". Véase "Psychoanalysis and Marxism", en *New Reflections on the Revolution of our Time*, págs. 93-96. [Ed. cast.: "Psicoanálisis y marxismo", en *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo.*]

Si bien Žižek entiende que en la obra de Laclau el movimiento de la ideología al discurso constituye una "regresión" parcial (Laclau, *NRRT*, 250) y Laclau parece disentir con la preservación de Hegel que propone Žižek (*SO*, XII), ambos autores coinciden en que la ideología recubre discursivamente como un esfuerzo de recubrir una "privación" constitutiva del sujeto, una "privación" que por momentos equivale a la noción de "antagonismo constitutivo" y que, en otras ocasiones, se entiende como una negatividad más esencial que cualquier antagonismo social dado, negatividad que todo antagonismo social específico supone. La estrecha unión de los significantes políticos dentro del terreno ideológico enmascara y desarticula la contingencia o la "privación" que la motiva.[9] Esta falta o negatividad es un aspecto central del proyecto de democracia radical, precisamente porque constituye dentro del discurso la resistencia a todo esencialismo y todo descriptivismo. La "posición de sujeto" de las mujeres, por ejemplo, nunca se fija mediante el significante "mujeres"; ese término no describe un sector preexistente; antes bien, es parte de la producción y formulación mismas de esa agrupación permanentemente renegociada y rearticulada en relación con otros significantes dentro del campo político. Esta inestabilidad de toda fijación discursiva es la promesa de un futuro teleológicamente ilimitado para el significante político. En este sentido, la incapacidad de cualquier formación ideológica de establecerse como algo necesario es parte de su promesa democrática, el "fundamento" sin fundamento del significante político como sitio de rearticulación.

9. Aquí parecería que Žižek y Laclau también coinciden en el supuesto hegeliano de que la privación produce el deseo y/o la tendencia al afecto del ser o la sustancia. Considérese el *status* no problematizado del término "tender" en el siguiente texto de Lacan: "comprobamos que la paradoja domina la totalidad de la acción social: la libertad existe porque la sociedad no realiza la constitución como un orden objetivo estructural; pero cualquier acción social *tiende* a la constitución de ese objeto imposible y, por lo tanto, a la eliminación de las condiciones de libertad misma" (pág. 44).

Lo que está en juego es pues el modo de teorizar esta "contingencia", tarea difícil por cierto ya que una teoría que explicara la "contingencia" indudablemente se formularía siempre a través y en contra de esa contingencia. En realidad, ¿puede haber una teoría de la "contingencia" que no tienda a negar o a encubrir lo que pretende explicar?

Aquí surgen numerosas preguntas relativas a la formulación de esta contingencia o negatividad: ¿Hasta qué punto puede emplearse lo real lacaniano para representar esta contingencia? ¿En qué medida esa sustitución satura esta contingencia con significaciones sociales que llegan a reificarse *como* lo prediscursivo? Y más particularmente, en la obra de Žižek, *¿qué* versión de lo real se toma del corpus lacaniano? Si lo real se entiende como la amenaza no simbolizable de castración, un trauma originario que motiva las simbolizaciones mismas que lo cubren incesantemente, ¿en qué medida esta lógica edípica prefigura todas y cada una de las "privaciones" de las determinaciones ideológicas como la privación/pérdida del falo instituida mediante la crisis edípica? La formulación de lo real como la amenaza de castración, ¿establece la diferencia sexual inducida edípicamente en un nivel prediscursivo? Y, ¿se supone que esta *fijación* de un conjunto de posiciones sexuales bajo el signo de una "contingencia" o una "privación" asegura la *no fijeza* o inestabilidad de cualquier formación discursiva o ideológica dada? Al asociar esta "contingencia" con lo real e interpretar lo real como el trauma inducido mediante la amenaza de castración, la Ley del Padre, esta "ley" se postula como la responsable de la contingencia de todas las determinaciones ideológicas, pero nunca está sujeta a la misma lógica de contingencia que impone.

La "Ley del Padre" induce el trauma y la forclusión mediante la amenaza de castración, con lo cual produce la "privación" contra la que se alza toda simbolización. Y sin embargo, esta simbolización misma de la ley como la amenaza de castración *no* se toma como una formulación ideológica contingente. Como la fijación de la contingencia en relación con la ley de castración, el trauma y la "identidad sustancial"[10] de lo real, la teoría de Žižek expulsa la "contingencia" de su contingencia. En realidad, su teoría valoriza una

10. Žižek, *SO*, pág. 72.

"ley" anterior a todas las formaciones ideológicas, una ley que tiene importantes implicaciones sociales y políticas para la ubicación de lo masculino dentro del discurso y de lo simbólico y de lo femenino como una "mancha", "exterior al circuito del discurso" (pág. 75).

Si la simbolización misma se circunscribe a través de la exclusión y/o la abyección de lo femenino y si esta exclusión y/o abyección se asegura mediante la apropiación específica que hace Žižek de la doctrina lacaniana de lo real, luego ¿cómo es posible que lo que se juzga "simbolizable" se constituya en virtud de la *de*simbolización de lo femenino como trauma originario? ¿Qué límites como significante político le impone al término "mujeres" una teoría que instala su versión de la significación mediante la abyección/exclusión de lo femenino? Y ¿qué posición ideológica tiene una teoría que identifica la contingencia de todas las formulaciones ideológicas como la "privación" producida por la amenaza de castración y en la que ni esa amenaza ni la diferencia sexual que tal amenaza instituye están sujetas a la rearticulación discursiva propia de la hegemonía? Si esta ley es una necesidad y es lo que asegura toda contingencia en las formulaciones discursivas e ideológicas, luego esa contingencia fue legislada de antemano como una necesidad no ideológica y, por lo tanto, no es en absoluto una contingencia. En realidad, la insistencia en la condición preideológica de la ley simbólica constituye una forclusión de una contingencia en nombre de dicha ley que, si se admite en el discurso y en el dominio de lo simbolizable, podría poner en tela de juicio o, al menos, provocar una rearticulación de la situación edípica y del *status* de la castración. Considerando el carácter central que ese proyecto de rearticulación de la situación edípica tiene para los diversos proyectos contemporáneos del psicoanálisis feminista (y no sólo para aquellos feminismos "historizantes" [pág. 50] opuestos al psicoanálisis), esta forclusión parece ser un movimiento ideológico importante con consecuencias potencialmente antifeministas. Numerosas y significativas reformulaciones psicoanalíticas feministas toman como punto de partida la discutible condición central de la amenaza de castración; además destacan el papel que desempeña lo *imaginario* en Lacan en oposición al foco casi exclusivo en lo simbólico en relación con lo real que pone Žižek. Si se consideran además las permutaciones de la relaciones edípicas en las formaciones psí-

quicas no heterosexuales, parece indispensable admitir la situación edípica en un discurso que la somete a rearticulaciones contemporáneas.

El texto de Žižek parece estar de algún modo atento a estos desafíos a lo real y bien podríamos preguntarnos qué significa que lo "real" aparezca dentro de su texto como aquello que necesita ser protegido o salvaguardado de las oposiciones foucaultianas (Žižek, *SO*, 2), feministas (Žižek, *SO*, 50) y postestructuralistas (Žižek, *SO*, 72). Si lo "real" está amenazado por estas intervenciones teoréticas, ¿cómo debemos entender –psicoanalíticamente– la "defensa" de lo real? Si lo "real" está amenazado, pero se entiende *como* la amenaza de castración, ¿hasta qué punto puede interpretarse el texto de Žižek como un intento de proteger la "amenaza" de castración contra una serie de "amenazas" adicionales? Estas otras amenazas (la de Foucault, la del postestructuralismo, la del feminismo), ¿operan en el texto de Žižek como amenazas a la amenaza de castración que terminan siendo señales de la amenaza de castración misma, con lo cual la doctrina de lo real llega a ser la señal de un falo (entonado en la frase la "roca de lo real" que aparece repetidamente a lo largo del texto) que debe ser defendido contra cierto desplazamiento? Si la "amenaza" de castración debe ser protegida, ¿qué *asegura* esa amenaza? Se protege la amenaza para poder salvaguardar la ley, pero si la amenaza necesita protección, la fuerza de la ley ya está en una crisis de la que ninguna protección, por grande que sea, puede salvarla.

En "La significación del falo", esa amenaza instituye y sostiene la asunción del sexo masculino en relación con el hecho de "tener" el falo, con lo cual el "sexo" femenino se asume encarnando esa amenaza como el hecho de "ser" el falo, postulado como la "pérdida" que amenaza perpetuamente a lo masculino. ¿Hasta qué punto lo que se opone a lo real de Žižek es la estabilidad y la fijeza de esta diferencia amenazada por aquellas posiciones?

Además, parece esencial preguntarse sobre la jerarquía retórica del texto de Žižek que informa y afirma las acciones de la ley simbólica. Significativamente, en las apropiaciones a menudo brillantes que aparecen en la obra de Žižek no se considera la textualidad del propio Lacan. Aquí se trata de escribir *en el lenguaje* una forclusión que instituye el lenguaje mismo: ¿cómo escribir en él y sobre él? Y ¿cómo escribir de modo tal que lo que escapa a la fuerza plena de la forclusión y lo que constituye su desplazamiento puedan leerse en las grietas, las fisuras y los movimientos metonímicos del texto? Considerando la persistencia de esta preocupación lingüística y hermenéutica en los escritos teoréticos del propio Lacan, tiene sentido preguntarse en relación con Žižek: ¿cuál es la relación de las proposiciones textuales de *El sublime objeto de la ideología* con la ley que enuncia y "defiende"? La defensa textual de la forclusión originaria, designada por lo real, ¿es en sí misma una *re*articulación de la ley simbólica? El texto de Žižek, ¿establece una identificación con esa ley y habla en y como esa ley? ¿Hasta qué punto es posible leer la textualidad de *El sublime objeto de la ideología* como una especie de escritura de la ley y como la ley que Žižek defiende? La "contingencia" del lenguaje, ¿está dominada aquí en y por una práctica textual que habla como la ley, cuya retórica está domesticada por el modo declarativo? Y, ¿en qué medida reaparece este proyecto de dominio en la versión explícita que da Žižek de cómo operan los significantes políticos, más específicamente, en la interpretación de la performatividad política que aparece vinculada al "X" imposible de deseo?

LA ROCA DE LO REAL

Žižek comienza su crítica de lo que llama el "postestructuralismo" invocando cierto tipo de materia, una "roca" o un "meollo" que no sólo se resiste a la simbolización y el discurso, sino que es precisamente lo que el "postestructuralismo", según Žižek, resiste e intenta "disolver". Esta solidez representa lo real lacaniano, lo exterior al discurso construido como simbolización y así llega a ser una figura que fortalece la defensa teorética de aquello que, para Žižek, debe permanecer no figurado de modo que podría decirse que determina la imposibilidad que procura garantizar. La roca figura, pues, lo infigurable y así emerge no sólo como una catacresis, sino como lo que supuestamente asegura las fronteras entre, por un lado, lo que Žižek a veces llama simbolización y a veces discurso y, por el otro, lo real, designado como aquello para lo que no hay simbolización posible. Considero significativo que lo "real" que es una "roca" o un "meollo" o a veces una "sustancia" es también, y a veces dentro de una misma frase, una "pérdida", una

"negatividad"; como figura parece deslizarse de la sustancia a la disolución, con lo cual combina la ley que instituye la "privación" y la "privación" misma. Si lo real es la ley, es la solidez de la ley, la condición incontrovertible de esta ley la amenaza que presenta; si es la pérdida, luego es el efecto de la ley y precisamente lo que procuran cubrir las determinaciones ideológicas; si es la fuerza amenazadora de la ley, es el trauma.

La prueba de la existencia de lo real consiste en la lista de ejemplos de desplazamiento y sustitución, dados dentro de la forma gramatical de una aposición que intenta mostrar el origen traumático de todas las cosas que significan. Éste es el trauma, la pérdida, que la significación trata de recubrir sólo para desplazarlo y hacerlo aparecer nuevamente. Para Žižek, la significación misma toma inicialmente la forma de una *promesa* y un *retorno*, la recuperación de una pérdida no tematizable, en el significante y a través del significante que al mismo tiempo debe romper esa promesa e impedir ese retorno para poder continuar siendo un significante. Pues lo real es el sitio del cumplimiento imposible de aquella promesa y su condición es su propia exclusión de la significación; un significante que pudiera cumplir la promesa del retorno al sitio del goce perdido se destruiría como significante.

Lo que me interesa particularmente es el movimiento que hace Žižek desde el significante entendido como una promesa siempre incumplida de retorno a lo real, figurado a su vez como la "roca" y la "privación" –yo diría figurado en y como la vacilación entre la sustancia y su disolución–, hacia el significante político, el punto de unión de las investiduras y expectaciones fantasmáticas. Para Žižek, el significante político es un término vacío, un término que no representa nada, cuya vacuidad semántica ofrece la oportunidad de multiplicar una serie de investiduras fantasmáticas y que, al ser el sitio de tales investiduras, ejerce el poder de promover y movilizar, en realidad, de producir el distrito político mismo que pretende "representar". De modo que para Žižek el significante político aumenta esas investiduras fantasmáticas en la medida en que opera como una promesa de retorno a una satisfacción placentera que ha sido forcluida por la acometida del lenguaje mismo; puesto que no puede haber ningún retorno a este placer fantaseado y puesto que semejante retorno implicaría la violación de la prohibición que funda tanto al lenguaje como al sujeto, el sitio del

origen perdido es un sitio de trauma no tematizable. Como resultado de ello, la promesa del significante de producir tal retorno es una promesa rota desde siempre pero que, sin embargo, está estructurada por aquello que debe permanecer fuera de la politización y que, según Žižek, debe permanecer siempre del mismo modo.

¿Cómo debemos entender esta figura de una roca que es a la vez la ley y la pérdida instituida por la ley? La ley representada como roca ya se encuentra en la plegaria hebrea en la que Dios es "mi roca y mi redentor", una frase que sugiere que la "roca" es el innombrable Yavé, el principio del monoteísmo. Pero esta roca es también la figura que emerge al final del "Análisis terminable e interminable" de Freud para denotar la resistencia de las pacientes mujeres a la sugerencia de que sufren de envidia del pene. Allí Freud afirma: "Con frecuencia sentimos que cuando alcanzamos el deseo de un pene y la protesta masculina, hemos penetrado todos los estratos psicológicos hasta llegar a la roca viva [*der gewachsener Fels*] y que hemos cumplido nuestra tarea. Y esto es probablemente cierto, porque en el campo psíquico el factor biológico es realmente el fondo rocoso".[11] Es interesante destacar que lo que se presenta aquí es una figura de un fondo de roca que sin embargo se ha sedimentado a lo largo del tiempo y que no es tanto un cimiento como un efecto de un proceso previo recubierto por ese suelo. Como veremos, en Žižek éste es un cimiento que exige que se lo asegure y proteja como tal y que siempre se presenta en relación con una serie de amenazas; por lo tanto, es una base contingente, una especie de propiedad o territorio que necesita ser defendido.[12] Identifica una cantidad de posiciones que parecen des-

11. Sigmund Freud, "Analysis Terminable and Interminable", en *Terapy and Technique* (trad. Joan Riviere), Nueva York, MacMillan, 1963, pág. 271; *Gesammelte Werke*, vol. 16. [Ed. cast.: "Análisis terminable e interminable", AE, vol. 23.] Agradezco a Karin Cope por llamarme la atención sobre esta cita.

12. Es interesante observar que, como figura dentro de la metafísica de la sustancia, también es utilizada por Husserl para describir el núcleo noemático del objeto de cognición, esto es, aquel que permanece idéntico a sí mismo en un objeto, *independientemente de su cambio de atributos*. En Laclau, se advierte claramente la adopción de este "meollo/núcleo" husserliano en descripciones como la siguiente: "La espacialización de la temporalidad del evento se produce mediante la repetición, mediante la reducción de su variación a un núcleo invariable que es un

estabilizar esta "roca" –la ley de castración, el redentor– y también ofrece una lista de "ejemplos" en los que aparece y reaparece esta figura de la roca, del núcleo duro. ¿Qué es lo que une todos estos ejemplos? En realidad, ¿qué constituye lo ejemplar y qué constituye la ley en este intento teorético de contener las fuerzas de la "disolución" postestructuralista? La lista es impresionante: los postestructuralistas, las feministas historizantes, los foucaultianos sadomasoquistas y los fascistas, entendidos estos últimos como los fascistas antisemitas.

Žižek observa que "el gesto fundamental del postestructuralismo es desconstruir toda identidad sustancial, denunciar que detrás de su sólida consistencia hay un interjuego de ultradeterminaciones simbólicas; en suma, disolver la identidad sustancial en una red de relaciones diferenciales no sustanciales; la noción de síntoma es el contrapunto necesario, la sustancia del goce, el verdadero meollo alrededor del cual se estructura este interjuego significante" (Žižek, *SO*, 73).

Previamente, Žižek invoca este núcleo resistente en relación con "la crítica feminista marxista del psicoanálisis" y, en particular, "la idea de que su insistencia en el rol crucial del Edipo y el triángulo familiar nuclear transforma un modelo de familia patriarcal históricamente condicionado en un rasgo de la condición humana universal" (pág. 50). Žižek se pregunta luego lo siguiente, aunque lo hace a través de una figura que hace hablar a la roca de lo real: "¿No es este esfuerzo por historizar el triángulo familiar un intento de *eludir* el 'núcleo duro' que se anuncia a través de la 'familia patriarcal': [por lo tanto en mayúscula] lo Real de la Ley, la roca de la castración?". Si lo real de la ley es precisamente

momento interno de la estructura dada previamente" (*NRRT*, pág. 41). Si lo que se describe es un núcleo noemático que subsiste a pesar y a través de sus variaciones imaginarias posibles, según el modelo de *Ideas* de Husserl, este empleo del "núcleo" parece apoyar la posición antidescriptivista a la que quieren oponerse Laclau y Žižek. En el tercer seminario, *Las psicosis*, Lacan se refiere a la psicosis como "un núcleo de inercia" (pág. 32). Este "núcleo" (*le noyau*) representa una resistencia insistente al Nombre del Padre, un repudio que permanece vinculado al proceso de simbolización mismo que rechaza. Puede ser de interés consultar Nicolas Abraham y Maria Torok, *L'Écorce et le noyau*, París, Flammarion, 1987, en lo relativo a la oposición a la primacía de esa verdad sustancial y la teorización de la psicosis exclusivamente en relación con la paternidad simbólica.

lo que no puede hablar, el sitio traumático forcluido de la simbolización, luego hay cierto interés en que lo real hable y sea calificado como lo real de la ley y también resulta interesante que sea Žižek quien, aparentemente, recibe la palabra de la roca y nos la acerca desde lo alto de la montaña. Aquí parece que "lo real de la ley" es la fuerza amenazadora de la ley, la ley misma, pero no la pérdida que la ley instituye enérgicamente, pues la pérdida no puede representarse como sustancia, ya que la pérdida se definirá como aquello que está siempre y sólo subrepticiamente recubierto por una apariencia de sustancia, ya que la pérdida es lo que produce el deseo de recubrir esa brecha mediante efectos significantes que conllevan el deseo por la sustancia, un deseo que, dentro del campo social, nunca se alcanza. De modo que aquí la figura de la sustancia parece fuera de lugar, salvo que la tomemos como una figura de la irrefutabilidad, específicamente, de la condición incuestionable de la ley, entendiendo que se trata de la ley de castración.

Está claro pues por qué este meollo emerge fundamentalmente como un antagonismo sexual que es constitutivo de la familia antes que cualquier especificidad social o histórica. En referencia a la familia patriarcal, Žižek nos advierte asimismo contra una universalización apresurada que pase por alto las determinaciones específicas; también aquí su lenguaje se vuelca ávidamente a los peligros, las amenazas, de una "historización apresurada (que) nos impediría ver el meollo real que retorna como lo mismo a través de las diversas historizaciones/simbolizaciones".

En el párrafo que sigue, Žižek ofrece otro ejemplo del mismo intento de historización apresurada, un intento que apunta a eludir lo "real" de la ley que, anteriormente, se presentaba como equivalente mediante la aposición con "la roca de castración". Este ejemplo son los "campos de concentración", y junto con la formulación de este ejemplo aparece otra lista de casos destinados a demostrar el mismo principio de equivalencia. "Los diversos esfuerzos por asociar este fenómeno a una imagen concreta (holocausto, Gulag...) [los tres puntos implican una proliferación de "ejemplos" equivalentes, pero también una indiferencia respecto de la especificidad de cada uno de ellos, puesto que el ejemplo es sólo interesante como "prueba" de la ley], por reducirlo a un producto de un orden social concreto (fascismo, estalinismo), ¿qué son sino otros

tantos intentos de eludir el hecho de que aquí tenemos que vérnoslas con lo real de nuestra civilización que retorna como el mismo núcleo traumático en todos los sistemas sociales?" (pág. 50).

El efecto de esta cita es afirmar que cada una de estas formaciones sociales: la familia, los campos de concentración, el Gulag, ejemplifican el mismo trauma y señalar que cómo se haya texturado históricamente cada uno de esos sitios de trauma es independiente y ontológicamente distinto de la pérdida y el referente oculto que confieren *status* traumático a cada uno de esos sitios. En virtud de este "mismo núcleo traumático", todos esos ejemplos son equivalentes como traumas y se establece una absoluta distinción en lo que es histórico y lo que es traumático; en realidad, lo histórico llega a ser lo que menos tiene que ver con la cuestión del trauma y el esfuerzo político o histórico por comprender la institución de la familia o la formación de los campos de concentración o los Gulags no puede explicar el carácter "traumático" de tales formaciones y, en realidad, lo traumático propiamente dicho que las caracteriza no corresponde a su formación social. Entiendo que a esto se refiere Laclau cuando habla de la *contingencia* de todas las determinaciones sociales, la carencia que impide la generalización de cualquier forma social dada. Pero, en la medida en que lo real asegure esta carencia, se presenta como un principio idéntico a sí mismo que reduce todas y cada una de las diferencias cualitativas que se dan entre las formaciones sociales (identidades, comunidades, prácticas, etcétera) a una equivalencia formal.

Aquí parece esencial preguntarse si la noción de una privación o falta tomada del psicoanálisis y entendida como aquello que asegura la contingencia de *todas* y *cada una* de las formaciones sociales es en sí misma un principio presocial universalizado a expensas de toda consideración del poder, la socialidad, la cultura y la política, que regula el cierre y la apertura relativos de las prácticas. ¿Puede el psicoanálisis de Žižek responder a la presión por teorizar la especificidad histórica del trauma, por suministrar una textura a las exclusiones específicas, las aniquilaciones y las pérdidas inconcebibles que estructuran los fenómenos sociales mencionados antes? No está claro si en este contexto los ejemplos son meramente ilustrativos o si son los medios a través de los cuales la ley ordena y subordina una serie de fenómenos para reflejar su propia persistente continuidad. Esos ejemplos, ¿demuestran la ley o llegan a ser "ejemplos" de hasta qué punto han sido ordenados y equiparados por la misma ley que luego, como un efecto *après coup*, vuelve a leer los ejemplos que produjo como signos de la persistencia de la propia ley? Si la prioridad y la universalidad de la ley se producen como los efectos de estos ejemplos, luego esta ley depende fundamentalmente de tales ejemplos, con lo cual la ley debe entenderse como un *efecto* de la lista de ejemplos, aun cuando se diga que los ejemplos son "muestras" y efectos indiferentes y equivalentes de esa ley.

Además, lo que cuenta como un "ejemplo" no es una cuestión indiferente, a pesar de la relación de equivalencia que se establezca entre ellos. Si el trauma es el mismo y si está vinculado con la amenaza de castración y si esa amenaza se hace conocer dentro de la familia como una interpelación de posicionalidad sexuada (la producción del "niño" y la "niña" que se realiza a través de una relación diferencial con la castración), luego, es ese trauma sexualizado que se origina en la familia y reaparece en el Gulag, en los campos de concentración y en los espectáculos políticos de horror de diversa índole.

En "Beyond Discourse-Analysis", Žižek limita aún más este trauma a aquello cuyo síntoma es la relación asimétrica con la existencia (ser un sujeto, tener el falo) de hombres y mujeres: "No es casual que la proposición básica de *Hegemonía y estrategia socialista*, 'La sociedad no existe', evoque la proposición lacaniana *'La femme n'existe pas'* ('La mujer no existe')". Esta no existencia se describe nuevamente en la frase siguiente como "cierta imposibilidad traumática" y aquí queda claro que lo traumático es la no existencia de la mujer, es decir, el hecho de su castración. Es decir, "cierta fisura que *no puede* simbolizarse" (pág. 249). Bien podríamos preguntarnos por qué la conversación sobre la castración de las mujeres debe detenerse en este punto. ¿Es éste un límite necesario del discurso o es un límite impuesto para resguardarse de un conjunto amenazador de consecuencias? Y si uno plantea algún interrogante sobre este límite necesario, ¿no se convierte en la amenaza de castración misma? Porque, aparentemente, según esta lógica, si la mujer existe, sólo puede existir para castrar.

La interpretación que propone Žižek de la doctrina lacaniana de lo real tiene al menos tres implicaciones que, en general, sólo me limitaré a señalar: en primer lugar, lo real, entendido como la

fuerza amenazadora de la ley, es la amenaza de castigo que induce una pérdida necesaria y esa pérdida, de acuerdo con la lógica edípica, adquiere la figura de lo femenino, como aquello que está fuera del circuito de intercambio discursivo (lo que Žižek llama "una mancha inerte [...] que no puede ser incluida en el circuito del discurso" (pág. 75) y, por lo tanto, no tiene valor como significante político. Cuando en el texto se menciona el feminismo, se lo presenta principalmente como un esfuerzo por "eludir" el meollo, el núcleo duro, como un síntoma de cierta resistencia a la castración femenina. En segundo lugar, mientras Žižek describe lo real como lo no simbolizable e invoca lo real en contra de aquellos que defienden el análisis del discurso o los juegos del lenguaje, al analizar *Las psicosis,* en el tercer seminario, Lacan sugiere una lectura levemente diferente de lo real. En ese texto, Lacan señala repetidamente que "lo que se rechaza en el orden simbólico retorna en lo real" (pág. 22) y especifica que ese rechazo debería entenderse como *Verwerfung* (forclusión o repudio) (pág. 21). La formulación de Lacan conserva cierta ambigüedad en cuanto a la locación de la negación y de la cosa repudiada: "Lo que se rechaza en el orden simbólico" sugiere que hay una serie de significantes "en" el orden simbólico que se presentan como negación [*refusal*] o, en realidad, como desecho [*refuse*]. En francés es más claro porque la frase indica, no lo que ha sido negado o rechazado *del* orden simbólico, sino lo que se rechaza *en* ese orden: "*Ce qui est refusé* dans *l'ordre symbolique*" (el destacado es mío). Si lo rechazado *reaparece* (*resurgit* [pág. 22] o *reparaît* [pág. 21]) en lo real (*dans le réel*), aparentemente, ya había aparecido primero en el orden simbólico antes de que se lo rechazara y reapareciera en lo real.

En un provocativo ensayo, "Reading the Real", Michael Walsh describe el proceso de *Verwerfung* o forclusión que instituye lo real como "la exclusión de significantes fundamentales del orden Simbólico del sujeto".[13] Dicho de otro modo, éstos son significantes que formaron parte de la simbolización y podrían volver a hacerlo, pero fueron separados, excluidos, de la simbolización para impedir el trauma con el cual están investidos. Por consiguiente, estos significantes están desimbolizados, pero este proceso de desimbolización se realiza a través de la producción de un hiato *en* la simbolización. Walsh recuerda además que ya Freud había empleado el término *Verwerfung* [*rechazo*] –que Lacan expone en el tercer seminario para delinear un repudio generador de psicosis en oposición a una represión generadora de neurosis (*Verdrängung*) [*inhibición, supresión*]– para describir el repudio de la castración en el Hombre de los Lobos (Walsh, pág. 73). Esta resistencia a la paternidad simbólica tiene como síntoma el repudio de los significantes que podría readmitir la fuerza simbólica de esa paternidad. No se trata de significantes meramente reprimidos con los que el sujeto podría llegar a avenirse; son significantes cuyo retorno en la simbolización desarticularían al sujeto mismo.

13. Michael Walsh, "Reading the Real", en Patrich Colm Hogan y Lalita Pandit (comps.), *Criticism and Lacan*, Athens, University of Georgia Press, 1990, págs. 64-86.

Esta noción de forclusión ofrecida aquí implica que lo forcluido es un significante, es decir, lo que ha sido simbolizado, y que el mecanismo de ese repudio se produce dentro del orden simbólico como una custodia de las fronteras de inteligibilidad.[14] En este análisis no se establece cuáles son los significantes que podrían desarmar al sujeto y constituir una amenaza de psicosis, lo cual sugiere que lo que constituye la esfera de lo que el sujeto nunca puede nombrar o conocer sin perder por ello su condición de sujeto es algo variable, o sea, continúa siendo un dominio estructurado de manera variable por las relaciones contingentes de poder. La interpretación de Žižek de lo real supone que existe una ley invariable que opera uniformemente en todos los regímenes discursivos para producir, mediante la prohibición, esta "privación" que es el trauma inducido por la amenaza de castración, la

14. Žižek sostiene que "lo Real es el límite inherente [al lenguaje], el pliegue insondable que le impide identificarse consigo mismo. Allí estriba la paradoja fundamental de la relación entre lo Simbólico y lo Real: la barrera que los separa es *estrictamente interna de lo Simbólico*. En la explicación de esta "barrera" u obstáculo, Žižek continúa diciendo: "esto es lo que quiere decir Lacan cuando afirma que 'La mujer no existe': La mujer, en cuanto objeto, no es más que la materialización de cierta barrera [prohibición] en el universo simbólico: Don Giovanni puede dar fe". Slavoj Žižek, *For They Know Not What They Do*, Londres, Verso, 1991, pág. 112 [ed. cast.: *Porque no saben lo que hacen*, Buenos Aires, Paidós, 1998]. Véase asimismo del mismo autor, *Looking Awry: An Introduction to Jacques Lacan through Popular Culture*, Boston, MIT Press, 1991, págs. 1-66 [ed. cast.: *Mirando al sesgo*, Buenos Aires, Paidós, 2000].

amenaza misma. Pero, si bien coincidimos en cuanto a que toda formación discursiva se consigue creando un "exterior", no creemos por ello que la producción *invariable* de ese exterior sea el trauma de castración (o, al menos, no apoyamos la generalización de la castración como el modelo de todo trauma histórico). Además, podemos contribuir a reflexionar sobre la relación del psicoanálisis con el trauma histórico y con los límites del simbolismo, si nos damos cuenta de que (a) puede haber varios mecanismos de forclusión que operen para producir lo no simbolizable en cualquier régimen discursivo dado y (b) los mecanismos de esa producción –aunque inevitables– son y siempre han sido el resultado de modalidades específicas del discurso y el poder.

Puesto que (c) la resistencia a lo real es una resistencia a la existencia de la castración femenina o una negación del poder estructurante que tiene esa amenaza para los hombres, quienes pretenden disolver lo real (llámeselos feministas, postestructuralistas o historizadores de diverso tipo) tienden a socavar la fuerza diferencial de la castración y la jerarquía permanente que ocupan dentro de lo simbólico y como lo simbólico. Esta "ley" requiere que las mujeres "ya hayan experimentado" la castración, que la pérdida se instale en la articulación de la posición femenina, mientras la castración significa aquello que siempre está por sucederles a los hombres, la angustia y el temor de la pérdida del falo; y la pérdida tan temida tiene por emblema estructural lo femenino, de modo tal que se trata del temor a devenir femenino, a ser rechazado (abyecto) como femenino. Esta posibilidad de abyección gobierna pues la articulación de la diferencia sexual y lo real es la estructura permanente que diferencia los sexos en relación con la locación temporal de esa pérdida. Como hicimos notar en el capítulo "El falo lesbiano", tener el falo y ser el falo son dos posiciones determinadas como oposición, según esta línea de pensamiento. La angustia masculina respecto de la pérdida denota una imposibilidad de tener, el hecho de haber perdido desde siempre el falo hace que "tener el falo" sea un ideal imposible y que el falo se aproxime a un diferimiento de ese tener, al anhelo de tener lo que nunca se ha tenido. El tener el falo como sitio de angustia es ya la pérdida que se teme sufrir y lo femenino sirve para diferir este reconocimiento de la implicación masculina en la abyección.

El peligro de que lo masculino pueda caer en lo femenino abyecto amenaza con disolver el eje heterosexual de deseo; conlleva el temor de ocupar un sitio de abyección homosexual. En realidad, en las primeras páginas de *El sublime objeto de la ideología* se nos ofrece una figura de tal abyección cuando se presenta a Foucault y se da por descontado que es alguien "profundamente fascinado por los estilos de vida marginales que construyen sus propios modos de subjetividad" y luego se aclara entre paréntesis "(el universo sadomasoquista homosexual, por ejemplo, véase Foucault, 1984)". La fantasía de un "universo" de estilo de vida sadomasoquista puede implicar la figura del Foucault sadomasoquista como parte de la amenaza global que, afín a una tendencia historicista y a cierto vínculo atenuado con el postestructuralismo, llega a formar parte de esta amenaza fantasmática a lo real aparentemente atesorado. Si éste es un texto que defiende el trauma de lo real, defiende la amenaza de psicosis que produce lo real, y si defiende esta última amenaza contra un tipo diferente de amenaza, parece que el texto hace proliferar esta amenaza al investirla en una variedad de posiciones sociales, con lo cual el texto mismo se transforma en un enfoque que procura "eludir" los desafíos del "feminismo", de "Foucault" y del "postestructuralismo".

¿Qué es la "amenaza"? ¿Quién la "elude"? ¿Y por qué medios? El texto de Žižek, ¿realiza retóricamente una inversión de esta dinámica de modo tal que las feministas y los postestructuralistas aparecen representados en la "negación" y el "escape" y Žižek como el portador y vocero de la Ley? ¿O es ésta una invocación de la ley que intenta mantener las diferencias sexuales en su lugar, es decir, un lugar en el que las mujeres serán siempre el síntoma del hombre (sin existir) y donde el mito de Aristófanes de la privación entendida como la consecuencia de un rigor primario necesita contar con la heterosexualidad como el sitio de una realización y un retorno imaginarios?

Creo que la afirmación de que hay un "exterior" a lo socialmente inteligible y que este "exterior" siempre será lo que define negativamente lo social es un punto en el que podemos coincidir. Ahora bien, delimitar ese exterior mediante la invocación de una "ley" preideológica, una "ley" prediscursiva que se ha impuesto invariablemente a lo largo de toda la historia y, además, hacer que esa ley sirva para garantizar una diferencia sexual que ontologiza la

subordinación, es un movimiento "ideológico", en un sentido más antiguo, que sólo puede entenderse reconcibiendo la ideología como "reificación". *Que siempre haya un "exterior" y, en realidad, un "antagonismo constitutivo" parece justo, pero suministrarle el carácter y el contenido de una ley que asegure las fronteras entre el "interior" y el "exterior" de la inteligibilidad simbólica es anticiparse al necesario análisis social e histórico específico, es hacer coincidir en "una" ley el efecto de una convergencia de muchas leyes y excluir la posibilidad misma de una rearticulación futura de esa frontera que es esencial para el proyecto democrático que promueven Žižek, Laclau y Mouffe.*

Si, como sostiene Žižek, "lo real en sí mismo no ofrece ningún sustento para una simbolización directa de lo real" (pág. 97), entonces, ¿cuál es el *status* retórico de la afirmación metateorética que simboliza para nosotros lo real? Puesto que lo real nunca puede ser simbolizado, esta imposibilidad constituye el *pathos* permanente de la simbolización. Esto no equivale a decir que no exista lo real, sino, antes bien, que lo real no puede ser significado, que permanece, podría decirse, como la resistencia que está en el corazón mismo de toda significación. Pero afirmar esto es establecer una relación de inconmensurabilidad radical entre la "simbolización" y "lo real" y no queda muy claro si esta misma afirmación no está implicada ya en el primer término de la relación. Como tal, esta afirmación no establece con claridad qué *status* metasimbólico reclama falsamente para sí. Sostener que lo real se resiste a la simbolización continúa siendo un modo de simbolizar lo real como una especie de resistencia. La primera afirmación (lo real se resiste a la simbolización) sólo puede ser verdad si la última afirmación (que decir "lo real se resiste a la simbolización" es ya una simbolización) también es verdadera, pero si la segunda afirmación es verdadera, la primera es necesariamente falsa. Suponer que lo real es una forma de resistencia continúa siendo un modo de predicarlo y asignarle a lo real su realidad, independientemente de cualquier capacidad lingüística admitida de hacer precisamente eso.

Como resistencia a la simbolización, lo "real" funciona en una relación exterior al lenguaje, como el reverso del representacionalismo mimético, es decir, como el sitio donde deben fundirse todos los esfuerzos por representar. El problema que se presenta aquí

es que este marco no ofrece ninguna manera de politizar la relación entre el lenguaje y lo real. Lo que se considera lo "real", en el sentido de lo no simbolizable, siempre se relaciona con una esfera lingüística que autoriza y produce esa forclusión y logra ese efecto produciendo y vigilando una serie de exclusiones constitutivas. Aun cuando toda formación discursiva se produzca mediante la exclusión, eso no implica que todas las exclusiones sean equivalentes: es necesario hallar una manera de evaluar políticamente cómo la producción de la ininteligibilidad cultural se moviliza de maneras variables a fin de regular el campo político, esto es, quién será considerado "sujeto", quién deberá ser necesariamente excluido de esa calificación. Petrificar lo real como lo imposible "exterior" al discurso es instituir un deseo que nunca puede satisfacerse por un referente siempre elusivo: el sublime objeto de la ideología. No obstante, el carácter fijo y universal de esta relación entre el lenguaje y lo real produce un *pathos* prepolítico que impide hacer el tipo de análisis que establecería la distinción entre lo real y la realidad como el instrumento y el efecto de relaciones contingentes de poder.

SIGNIFICANTES PERFORMATIVOS O LLAMAR "NAPOLEÓN" A UN OSO HORMIGUERO

El uso que le da Žižek a lo "real" lacaniano para establecer la obstinada y permanente resistencia del referente a la simbolización implica que toda referencia termina por producir fantasmáticamente (y por perder) el referente al cual aspira. Para desarrollar su propia teoría de la performatividad política, Žižek recurre a la "prioridad del significante" de Lacan. Intercambiando la noción de Kripke del "designador rígido" por el concepto lacaniano de *point de capiton* (punto de almohadillado), Žižek sostiene que el significante puro, vacío de toda significación, se postula, sin embargo, como un sitio de abundancia semántica radical. Esta postulación de un exceso semántico en el sitio de un vacío semántico es el momento ideológico, el evento discursivo que "totaliza una ideología al detener el deslizamiento metonímico de su significado" (*SO*, pág. 99). Žižek sostiene que estos términos no refieren, sino que actúan retóricamente para producir el fenómeno que enuncian:

> En sí mismo, no es más que una "diferencia pura": su función es puramente estructural, su naturaleza es puramente performativa: su significación coincide con su propio acto de enunciación; en suma, es un "significante sin el significado". Al analizar un edificio ideológico, el paso crucial será pues detectar, detrás del esplendor desconcertante del elemento que lo sostiene firmemente ("Dios", "Patria", "Partido", "Clase"...), esta operación autorreferencial, tautológica y performativa (pág. 99).

La implicación de esta visión antidescriptivista de la denominación contiene *tanto* la efectividad *como* la contingencia radical de la mención como el acto que instituye una identidad. Como consecuencia de ello, el nombre moviliza una identidad al tiempo que confirma su alterabilidad fundamental. El nombre ordena e instituye una variedad de significantes que flotan libremente en una "identidad": el nombre efectivamente "sutura" el objeto. Como un punto de reunión o punto de clausura temporal para una política basada en las "posiciones de sujeto" (lo que Žižek, vía Lacan, llama un punto nodal, o *point de capiton*), el nombre designa un principio contingente y de organización abierta para la formación de grupos políticos. En este sentido, el antidescriptivismo ofrece una teoría lingüística para una política de la identidad antiesencialista.

Si los significantes se hacen políticamente movilizadores al convertirse en sitios de investidura fantasmática, ¿con qué se los inviste? Como notas promisorias para lo real –notas falsas–, estos significantes llegan a ser ocasiones fantasmáticas para un retorno de lo que debe quedar forcluido para que pueda darse la simbolización, un retorno a un goce conjeturado que no puede nombrarse o describirse dentro del lenguaje, precisamente porque el lenguaje mismo se basa en su forclusión. En realidad, el lenguaje sólo llega a cobrar vida mediante el *desplazamiento* del referente, la multiplicación de los significantes en el sitio del referente perdido. Y la significación requiere esta pérdida del referente y sólo funciona como significación en la medida en que el referente continúe siendo irrecuperable. Si pudiera recuperarse el referente, esto conduciría a la psicosis y al fracaso del lenguaje.

Lo que Žižek nos ofrece, pues, es una versión de la politización que propone la promesa (imposible) de un retorno al referente dentro de la significación, sin psicosis y sin la pérdida del lenguaje mismo. Puesto que los enunciados performativos son su propio

referente, parecen significar y referir y, por lo tanto, superar la división entre referente y significación, producida y sostenida en el nivel de la forclusión. Significativamente, este retorno fantasmático al referente es imposible y mientras el significante político ofrezca la promesa de este retorno sin psicosis, no podrá cumplirla. Tras la investidura fantasmática sólo puede sobrevenir invariablemente la decepción y la desidentificación. De ello parece desprenderse que en las organizaciones políticas que tienden a dividirse en facciones el signo no reúne ni unifica del modo descrito por Žižek. El advenimiento de las facciones consiste en el reconocimiento de que la unidad prometida por el significante era, en realidad, fantasmática y así se produce la desidentificación. La fuerza aglutinante de la política es su promesa implícita de la posibilidad de una psicosis vivible y decible. La política ofrece la promesa de que es posible manejar la pérdida indecible.

Siguiendo a Laclau y Mouffe, Žižek considera que los significantes políticos flotan de manera libre y discontinua dentro del campo prepolitizado de la ideología. Cuando estos significantes políticos llegan a politizarse y a politizar, ofrecen puntos contingentes pero eficaces de unidad a los elementos de la vida ideológica que, de lo contrario, continuarían siendo libres y dispares. Siguiendo la idea de Lacan de que el nombre confiere legitimidad y duración al yo (dándole al yo la condición de sujeto en el lenguaje), Žižek considera que estos términos unificadores de la política funcionan según el modelo de los *nombres propios*: no describen, estrictamente hablando, ningún contenido dado ni un elemento correlativo objetivo, sino que obran como designadores rígidos que instituyen y mantienen los fenómenos sociales a los que parecen referirse. En este sentido, un significante político adquiere su eficacia política su poder de definir el campo político, al crear y sostener su distrito. El poder de los términos "mujeres" o "democracia" *no* deriva de su capacidad para describir adecuadamente o de manera completa una realidad política que *ya* existe; por el contrario, el significante político llega a ser políticamente eficaz al instituir y sostener una serie de conexiones *como* una realidad política. En este sentido, el significante político opera, en la perspectiva de Žižek, como un término *performativo* antes que como un término *representacional*. Paradójicamente, la eficacia política del significante no consiste en su capacidad de representación; el término ni representa ni

expresa a algunos sujetos ya existentes ni sus intereses. La eficacia del significante queda confirmada en virtud de su capacidad para estructurar y constituir el campo político, para crear nuevas posiciones de sujeto y nuevos intereses.

En el prefacio a la traducción al inglés de *El sublime objeto de la ideología* de Žižek, Laclau sostiene que la teoría de Zižek ofrece una teoría performativa de los nombres y que esa performatividad es esencial para una teoría de la política y la hegemonía. En la revisión de Kripke que hace Žižek –que consideraré brevemente– el nombre constituye retrospectivamente aquello a lo que parece referirse. Reúne en una unidad o identidad elementos que antes coexistían sin ninguna relación de esta índole. Los significantes de "identidad" producen efectiva o retóricamente los movimientos sociales mismos que parece representar. El significante no se refiere a una identidad dada previamente o ya constituida, un referente puro o un conjunto esencial de datos que existen antes que el significante de identidad, ni funciona como la medida de su conveniencia. Una política esencialista sostiene que hay un conjunto de rasgos necesarios que describen una identidad o un grupo dado y que estos rasgos son hasta cierto punto fijos y anteriores al significante que los nombra. Žižek aduce que el nombre no *se refiere* a un objeto dado previamente; Laclau deduce que esta no referencialidad implica "la construcción discursiva del objeto mismo".

De modo que Laclau llega a la conclusión de que en una perspectiva política democrática radical "es fácil ver las consecuencias [que puede tener ese enfoque] para una teoría de la hegemonía o la política". Si el nombre se refiriera a un conjunto dado previamente de rasgos que supuestamente corresponden prediscursivamente a un objeto dado, luego, no podría haber ninguna "posibilidad de variación hegemónica discursiva capaz de abrir el espacio para una construcción política de identidades sociales. Pero, si el proceso de nombrar los objetos equivale al acto mismo de constitución de tales objetos, luego, sus rasgos descriptivos serán fundamentalmente inestables y estarán abiertos a todo tipo de rearticulaciones hegemónicas." Por último, Laclau concluye esta exposición con una observación significativa: "El carácter esencialmente performativo del acto de nombrar es la condición previa para toda hegemonía y toda política" (Žižek, *SO*, "Prefacio", págs. XIII-XIV).

Mientras Laclau pone énfasis en las posibilidades performativas de desestabilizar el campo ya establecido de las identidades sociales y hace hincapié en la variación y la rearticulación, la teoría del mismo Žižek parece enfatizar la condición rígida e inflexible de aquellos nombres significantes. Al hablar de los *points de capiton* los define como estructuras estables unificadoras del campo social. Laclau, por su parte, destaca en la teoría de Žižek la *performatividad* del significante, al afirmar la variabilidad de la significación implícita en un uso performativo del lenguaje liberado de la fijeza del referente. Pero la teoría de Žižek, un cruce entre Kripke y Lacan, supone que los significantes políticos funcionan como los nombres propios, y estos últimos operan según el modelo de los designadores rígidos. Sin embargo, un análisis de la designación rígida sugiere que precisamente la variación y rearticulación aparentemente prometidas por la performatividad del nombre se vuelven imposibles. En realidad, si los términos performativos operan rígidamente, es decir, *para constituir lo que enuncian independientemente de la circunstancia*, luego tales nombres constituyen un esencialismo funcional en el nivel del lenguaje. Liberado del referente, el nombre propio, entendido como término performativo rígido, no ha sido menos fijado que este. Por último, es profundamente incierto que el esfuerzo de Žižek por comprender los significantes políticos siguiendo el modelo de una teoría performativa de los nombres pueda ofrecer el tipo de variación y de rearticulación requeridas por un proyecto democrático radical antiesencialista.

Tampoco carece de significación el hecho de que los nombres propios deriven de la dispensación *paterna* del propio nombre y que el poder performativo que tiene el significante paterno para "nombrar" se haga derivar de la función del apellido paterno. Aquí es importante distinguir entre lo que Kripke llama los "designadores rígidos" y los "designadores no rígidos o accidentales".[15] Estos últimos son designadores que refieren, pero de los que no se puede decir que refieran en todo mundo posible, porque existe la posibilidad de que el mundo en el que se dieron haya sido significa-

15. Saul Kripke, *Naming and Necessity*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1980, pág. 45, citado en el texto como *NN*. [Ed. cast.: *El nombrar y la necesidad*, México, UNAM, 1985.]

tivamente diferente, en cuanto a su estructura o composición, que los mundos que constituyen el dominio de "los mundos posibles" para nosotros. Los designadores rígidos, en cambio, son aquellos que se refieren a algo "existente necesario", es decir, se refieren a un objeto en cualquier caso en que el objeto pueda existir o pueda haber existido (Kripke, *NN*, pág. 48). Cuando Kripke sostiene luego que los *nombres* son designadores rígidos, se refiere a los nombres de personas y el ejemplo que da es el del *apellido* "Nixon". Luego utiliza el apellido Nixon para sustentar la tesis de que "los nombres propios son designadores rígidos". El siguiente ejemplo es "Aristóteles", seguido por "Lucero". Por lo tanto, no todos los nombres serán designadores rígidos; en realidad, aquellos nombres que *pueden sustituirse por un conjunto de descripciones* no se incluyen entre tales designadores: "Si el nombre *significa lo mismo* que esa descripción de un puñado de descripciones, no será un designador rígido". El análisis continúa vinculando los nombres propios con los "individuos", vía Strawson (pág. 61), y con la "gente", vía Nagel (pág. 68).

Entre la discusión de los nombres propios que, como designadores rígidos, se refieren a los individuos, y la discusión de términos tales como "oro", que se refieren a objetos (págs. 116-119), Kripke introduce la noción del bautismo original. Precisamente en relación con esta actividad, que forma el paradigma de la denominación como tal, comenzamos a percibir el vínculo –en realidad, el "vínculo causal"– entre los designadores rígidos que se refieren a los individuos y aquellos que se refieren a los objetos. En realidad, lo que ocurre es que se extrapola el bautismo originalmente reservado a las personas y se lo traslada de ese contexto original para aplicarlo a las cosas. El nombre propio de una persona *llega a referir* primero mediante un conjunto preliminar de descripciones que contribuyen a *fijar* el referente, un referente que, consecutivamente, llega a referir rígida e independientemente de sus rasgos descriptivos. Sin embargo, sólo después de la introducción de los nombres propios que se refieren a las personas, se nos ofrece la noción de un "bautismo inicial" (pág. 96). Considerada en un plano crítico, esta escena del bautismo, que retroactivamente llegará a ser el modelo de todo nombre como designación rígida, constituye el modo de fijarle un referente a una persona mediante la interpelación de esa persona en un linaje religioso, un "nombramiento" que inmediatamente lo introduce en un patrilinaje que se remonta al nombramiento original que Dios padre le confirió a Adán y lo reitera. La "fijación" del referente es pues una "cita" de una fijación original, una reiteración del proceso divino de nombrar, por el cual el acto de darle un nombre al hijo inaugura la existencia de éste dentro de la comunidad humana sancionada por designio divino.

Significativamente, Kripke admite que esta noción de un "bautismo inicial" no se verifica en ningún momento ni lugar y, en este sentido, la alegoría del bautismo inicial comparte el espacio de ficción del acto de nombramiento divino que imita. Kripke también sostiene que este nombramiento no puede darse en privado (en oposición a la supuesta irrupción solitaria del acto de nominación realizado por Dios), sino que siempre debe tener un carácter social o comunal. El nombre no queda fijado en un momento, sino que se fija una y otra vez a lo largo del tiempo, más precisamente, llega a fijarse mediante la reiteración: "Pasa de un eslabón a otro" (pág. 96) a través de una "cadena de comunicación" (pág. 91). Esto da comienzo a la caracterización de la teoría causal de la comunicación de Kripke.

Y también plantea la cuestión del vínculo, el "eslabón", que relaciona a los usuarios del lenguaje en el modelo de Kripke. Según él, "Cuando el nombre 'pasa de un eslabón a otro', creo que el receptor del nombre debe intentar, cuando lo aprende, utilizarlo con la misma referencia con que la usó el hombre de quien lo oyó" (pág. 96). Este supuesto de acuerdo social se presenta pues como un requisito previo para que el nombre propio fije su referente como un designador rígido. Pero bien podríamos preguntarnos qué garantiza esta homogeneidad de la intención social. Y si no hay ninguna garantía, como parece saberlo el propio Kripke, ¿cuál es la ficción de intención homogénea de donde surge la teoría?

Kripke parece saber que no hay ninguna garantía porque ofrece el ejemplo de un uso impropio o una catacresis del nombre propio: "Si oigo el nombre 'Napoleón' y decido que sería un bonito nombre para mi oso hormiguero domesticado, no cumplo con esta condición". No obstante, este uso impropio es inherente a la posibilidad del uso apropiado; en realidad, es aquello contra y a través de lo cual lo apropiado se reitera como tal. El empleo inapropiado señala además un desglose de la homogeneidad de la intención

que aparentemente mantiene unida a la comunidad de usuarios del lenguaje. Y, sin embargo, en virtud de la reiterabilidad misma del nombre –la necesidad de que el nombre sea reiterado para que pueda nombrar, fijar su referente–, se reproduce constantemente este riesgo de catacresis. Por lo tanto, la iterabilidad misma produce la catacresis, el alejamiento de la cadena del referente a la que el referente debía anticiparse. Y esto plantea un importante interrogante adicional, esto es, si el referente siempre se fija sólo de manera tenue mediante esta regulación de su uso, es decir, mediante la proscripción de este alejamiento, en forma de catacresis, de la cadena de uso normativo.

El bautismo es un acto "inicial" u "original" sólo en la medida en que *imita* el acto de nominación originario de Adán y así produce ese origen *nuevamente* a través de la reiteración mimética. Este carácter reiterativo aparece en la noción de Kripke del "eslabón" que constituye la homogeneidad de la intención comunitaria de la que depende la teoría causal de referencia. Todo usuario del lenguaje debe aprender la intención conveniente de un usuario del lenguaje anterior y sólo suponiendo que esa intención adecuada se pase correctamente a lo largo de la cadena, el nombre continúa haciendo las veces de designador rígido. En otras palabras, el vínculo entre los actos de bautismo, que reiteran miméticamente la performatividad divina, es el vínculo entre los miembros de la comunidad, concebida también como un linaje en el que se transmiten los nombres y se asegura la uniformidad de la intención. Este último conjunto de eslabones, entendidos como la "cadena de comunicación", no es sólo la enseñanza de los nombres que se da entre los diversos miembros de una comunidad lingüística, sino que es en sí mismo la reiteración de ese momento bautismal "inicial" concebido como referencia manifiesta, por ejemplo: "Éste es Aristóteles".

Además, el bautismo no es solamente un acto de nominación en el que la referencia se garantiza mediante la extensión del apellido para abarcar o incluir el nombre de pila, sino que es en sí mismo la acción del apellido. El nombre "dado" o de pila se ofrece en nombre del apellido paterno; el bautismo fija el nombre en la medida en que se lo incluya en el patrilinaje del apellido. Según Kripke, el referente queda asegurado al darse por descontada una homogeneidad comunal de la intención. Ésta es una idea profundamente vinculada con la noción de la uniformidad continua de la voluntad divina del enfoque adánico de la nominación (anterior a Babel). Pero entonces también parece desprenderse de ello que la fijación del referente es la producción forzosa *de* esa homogeneidad ficticia o, en realidad, *de* esa comunidad: el acuerdo mediante el cual se fija la referencia (un acuerdo que es un pacto continuo que se repite a lo largo del tiempo) se reproduce con la condición de que la referencia quede fijada mediante el mismo proceso. Y si esta reiteración es bautismal, es decir, es la reiteración de la performatividad divina y, tal vez, la extensión de la voluntad divina en su uniformidad,[16] luego es Dios padre quien extiende patronímicamente su reino putativo a través de la fijación reiterada del referente.

La exclusión de la catacresis, es decir, la prohibición de ponerle el nombre "Napoleón" a un oso hormiguero, asegura la "cadena de comunicación" y regula y produce la "uniformidad" de la intención. La catacresis es, pues, un riesgo perpetuo que la designación rígida procura superar, pero que también produce inadvertidamente, a pesar de sus buenas intenciones. Una pregunta más amplia es entonces si la noción de Laclau de "la performatividad que es esencial a toda hegemonía y toda política" puede construirse como designación rígida, tal como lo sugeriría Žižek a través de la revisión lacaniana, sin construir simultáneamente como catacresis esa performatividad. La profanación de la soberanía divina y paternal que implica bautizar con el nombre de "Napoleón" a un oso hormiguero, ¿no es precisamente la catacresis por la cual debería ejercerse la hegemonía?[17]

16. Aunque un bautismo es el otorgamiento del nombre personal o "de pila" que se da al recién nacido, a diferencia del sobrenombre, es también, en virtud de ser el nombre "de pila" (bautismal cristiana), la iniciación o, literalmente, la inmersión en la Iglesia y su autoridad. Hobbes describe el bautismo como "el sacramento de lealtad de aquellos que han de ser recibidos en el reino de Dios" (citado en el *Oxford English Dictionary* como *Leviathan*, 499). Es interesante observar que la concesión del nombre de pila es la iniciación en el orden de la paternidad divina. El bautismo de Adán es a la vez una bendición y una iniciación en el reino de Dios de todas las cosas nombradas en el Génesis, y el bautismo es la continuación de ese nombramiento de Adán en las personas, que de ese modo se inician en el linaje divino. Le agradezco a Lisa Lowe su oportuna intervención sobre esta cuestión.

17. La catacresis podría entenderse atendiendo a lo que Lacan llama "neologismo" en el lenguaje de la psicosis. Puesto que la catacresis de bautizar "Napoleón" a un oso hormiguero constituye en el interior del discurso una resistencia a la

En Kripke parece, pues, que cualquier uso que se le dé al designador rígido supone que hay un usuario del lenguaje que fue adecuadamente iniciado en el uso de un nombre, un "iniciado" en el linaje de la intención apropiada que, transmitida de generación en generación, llega a constituir el pacto histórico que garantiza la fijación apropiada del nombre. Aunque se diga que el nombre "fija" su referente sin describirlo, está claro que las instrucciones traspasadas a través de la cadena de comunicación están implícitas en el acto mismo de fijación, de modo tal que el nombre se fija y puede volver a fijarse siempre que esa instrucción sobre la intención adecuada y el uso adecuado esté en su lugar. Para iniciarse en esa cadena histórica de usuarios del lenguaje con la intención adecuada, uno debe estar primero bautizado en esa comunidad y, en este sentido, el bautismo del usuario del lenguaje precede a la designación bautismal de cualquier objeto. Además, puesto que el usuario del lenguaje debe instalarse en esa comunidad de los que usan adecuadamente el lenguaje, debe vincularse por afiliación con otros usuarios, esto es, debe posicionarse en alguna línea de parentesco que asegure las líneas sociales de transmisión mediante las cuales se traspasan las intenciones lingüísticas apropiadas. De modo que la persona nombrada nombra los objetos y así se extiende la "iniciación" en la comunidad de intención homogénea; si el nombre fija el objeto, también "inicia" al objeto en el linaje paterno de autoridad. Así, la fijación nunca se da sin la autoridad paternal de fijar, lo que significa que el referente sólo se asegura si para asegurarlo está presente la línea paterna de autoridad.

Aquí parece significativa la noción de bautismo porque, al ser éste una iniciación en el reino de Dios y el otorgamiento de un "nombre de pila" (bautismal, sagrado), es la extensión de la paternidad divina a la persona nombrada. Y, puesto que el modo de nominación adánico es el modelo del bautismo mismo, lo que se reitera en la fijación del referente mediante la designación rígida es la

paternidad simbólica, podría entenderse como un despliegue políticamente habilitante de habla psicótica. El "neologismo" en Lacan es índice de psicosis porque es una palabra que se acuña para cubrir un significante que se ha excluido; tanto la catacresis como el neologismo podrían construirse como una modalidad lingüística de sutura.

performatividad de Dios. Si la designación rígida requiere la producción y transmisión patronímica de una uniformidad de la intención, es decir, la intención de usar el lenguaje apropiadamente, las líneas de esta transmisión pueden asegurarse a lo largo del tiempo mediante la producción de un parentesco estable, es decir, de líneas estrictas de patrilinaje (entendiendo que lo que se transmite de generación en generación es la voluntad de Dios Padre) y mediante la exclusión de la catacresis.

Puesto que aquí se da por descontada una forma patrilineal de parentesco y que el apellido paterno es el paradigma del designador rígido, parece esencial hacer notar que un designador rígido continúa "fijando" a una persona a través del tiempo sólo con la condición de que no haya un cambio de nombre. Y, sin embargo, si el nombre debe continuar siendo el mismo y deben cumplirse las demandas de parentesco, se hace indispensable la institución de la exogamia y, con ella, el intercambio de mujeres. La operación patronímica afirma su inflexibilidad y su perpetuidad precisamente exigiendo que las mujeres, en sus roles de esposas e hijas, renuncien a su apellido y garanticen la perpetuidad y rigidez de otro apellido, y que se importen nueras para asegurar la eternidad de este apellido. El intercambio de mujeres es pues un requisito para la designación rígida del apellido.

El apellido del padre garantiza su propia rigidez, fijeza y universalidad dentro de un conjunto de líneas de parentesco que designan a las esposas y a las hijas como los sitios de su autoperpetuación. En el nombramiento patronímico de las mujeres y en el intercambio y la extensión de la autoridad del apellido que *es* el evento del matrimonio, la ley paterna "realiza" la identidad y la autoridad del apellido. Por lo tanto, este poder performativo del apellido no puede aislarse de la economía paterna dentro de la cual opera, ni de la diferencia de poder entre los sexos que instituye y a cuyo servicio está.

¿Cómo influye pues el análisis desarrollado hasta aquí en la cuestión de la apropiación que hace Žižek de Kripke, de su modo de someter la doctrina de la designación rígida al *point de capiton* lacaniano y del uso adicional de esta performatividad política en la noción de hegemonía de Laclau y Mouffe? Aunque es un antidescriptivista, en su versión de cómo refieren los nombres, Kripke no está a favor de interpretar la designación rígida como perfor-

matividad. La teoría de la performatividad basada en la revisión lacaniana de Kripke, ¿reinscribe la autoridad paterna en otro registro? Y ¿qué opciones tenemos para comprender cómo opera la performatividad en la hegemonía que no reinscriban involuntariamente la autoridad paterna del significante?

Según Žižek, "lo que se deja de lado, al menos en la versión estándar del antidescriptivismo, es que esta afirmación de la identidad de un objeto en todas las situaciones diferentes de la dada en principio, a través de un cambio de todos sus rasgos descriptivos, *es el efecto retroactivo de la denominación misma: es el nombre mismo, el significante, lo que sustenta la identidad del objeto*" (pág. 95).[18] Žižek redescribe así la función referencial del nombre

18. En *El nombrar y la necesidad*, Kripke sostenía que, puesto que los nombres funcionan como designadores rígidos, nunca podrían entenderse como sinónimos de una descripción o conjunto de descripciones ofrecidas acerca de la persona nombrada, ni como términos idénticos a tales descripciones. Un nombre se refiere rígidamente, es decir, universalmente y sin excepción, a una persona, independientemente de los cambios que sufran las descripciones de esa persona o, para usar su lenguaje, independientemente de todas las situaciones condicionales diferentes de la primera. La idea de la designación rígida supone que los nombres en algún momento llegan a adherirse a la persona. Y, sin embargo, parecería que sólo puede adherirse a las personas con la condición de que a éstas se las identifique primero sobre la base de sus rasgos descriptivos. ¿Hay personas idénticas a sí mismas de las que pueda decirse que existen antes del momento en que se las nombra? El nombre, ¿supone y se refiere a la autoidentidad de las personas independientemente de cualquier descripción? ¿O acaso constituye la autoidentidad de las personas?

En el bautismo original, el nombre funciona, pues, como una especie de etiqueta permanente o rótulo. Kripke admite que en este primer momento, al determinar, por así decirlo, dónde debe colocarse precisamente ese rótulo, quién tiene el rótulo en la mano (¿alguien ficticio, aún no nombrado, el innombrable, Yavé?), quién hace el nombramiento, tiene que recurrir a ciertas descripciones preliminares. Por lo tanto, en el momento bautismal, el acto de nombrar debe contar con una base descriptiva. Y Kripke acepta asimismo que las personas son portadoras de algunas descripciones definidas, como secuencias de genes, que garantizan su identidad a lo largo del tiempo y las circunstancias. Aún así, sean cuales fueren las descripciones temporales que se consulten para poder fijar el nombre de la persona y sean cuales fueren los atributos esenciales necesarios para constituir a las personas, ni los atributos ni las descripciones son sinónimos del nombre. Por consiguiente, aun cuando al nombrar, en el bautismo original, se invoquen descripciones, tales descripciones no funcionan como designadores rígidos: esa función corresponde únicamente al nombre. El puñado de descripciones que constituyen a la persona antes de que ésta reciba el nombre no garantiza la identidad de la persona en todos los mundos posibles; sólo el nombre, en su función de designador rígido, puede ofrecer esa garantía.

como *performativa*. Además, el nombre como significante performativo marca la imposibilidad de referencia y, equivalentemente, el referente como el sitio de un deseo imposible. Žižek escribe: "Ese 'exceso' del objeto que continúa siendo el mismo en todos los mundos posibles es 'algo en el objeto que es más que el objeto mismo', que es lo mismo que decir el *petit objet a* lacaniano: uno lo busca en vano en la realidad positiva porque no tiene ninguna consistencia positiva, porque es sólo una objetificación de un vacío, una discontinuidad abierta en la realidad por la aparición del significante" (pág. 95).

En la medida en que sea performativo, un término no se limita a referir, sino que de algún modo obra para constituir aquello que enuncia. El "referente" de un enunciado performativo es una especie de *acción*, que requiere y de la cual participa el enunciado performativo mismo. Por otra parte, la designación rígida supone la alteridad del referente y la transparencia de su propia función de índice. El hecho de decir "Éste es Aristóteles" no le da vida a Aristóteles; es una expresión que pone al descubierto, mediante una referencia evidente, un Aristóteles exterior al lenguaje. Es por ello que la expresión performativa no puede considerarse equivalente a la designación rígida, aun cuando ambos términos impliquen un antidescriptivismo. En la revisión de la designación rígida que hace Žižek vía Lacan, se pierde permanentemente el referente de la designación rígida, con lo cual se lo construye como un objeto imposible de deseo, mientras que para Kripke se afirma permanentemente y la satisfacción está al alcance de la mano. Por su parte, Laclau parece considerar que, en su performatividad, el nombre es formativo y que el referente es un efecto variable del nombre; en realidad, parece reformular el "referente" como el significado, con lo cual expone el término al tipo de variabilidad que requiere la hegemonía. La posición de Kripke es argüir que el nombre fija el referente y la de Žižek, sostener que el nombre promete un referente que nunca ha de llegar, forcluido como lo real inalcanzable. Pero, si la cuestión del "referente" queda suspendida, ya no se trata de establecer en qué modalidad existe tal referente –es decir, en la realidad (Kripke) o en lo real (Žižek)– sino, antes bien, de determinar cómo el nombre estabiliza su significado mediante una serie de relaciones diferenciales con otros significantes dentro del discurso.

Si, como lo demuestra inadvertidamente el texto de Kripke, el referente se afirma sólo con la condición de que se diferencie el uso apropiado del uso inapropiado, luego el referente se produce como consecuencia de esa distinción y la inestabilidad de esa frontera divisoria entre lo apropiado y la catacresis pone en tela de juicio la función aparente del nombre propio. Aquí parece que lo que se conoce como el "referente" depende esencialmente de esos actos de catacresis del habla que, o bien no refieren, o bien refieren de manera errada. En este sentido, los significantes políticos que no describen ni refieren, indican menos la "pérdida" del objeto –una posición que sin embargo asegura el referente, aunque sólo sea como un referente perdido– que la pérdida de la pérdida, para parafrasear aquella formulación hegeliana. Si la referencialidad es en sí misma el efecto de una vigilancia de las limitaciones lingüísticas respecto del uso apropiado, luego, el uso de la catacresis, que insiste en utilizar inapropiadamente nombres apropiados, que expande o profana el ámbito mismo de lo apropiado llamando "Napoleón" a un oso hormiguero, desafía la posibilidad de referencialidad.

CUANDO HABLA EL REFERENTE PERDIDO E INAPROPIADO

Si dentro del discurso político, el término "mujeres" nunca puede describir plenamente aquello que nombra, ello no se debe ni a que la categoría meramente se limite a referir sin describir, ni a que "mujeres" sea el referente perdido, aquello que "no existe", sino que se debe a que el término marca una intersección densa de relaciones sociales que no puede resumirse mediante los términos de identidad.[19] El término ganará y perderá estabilidad en la medida en que permanezca diferenciado y que la diferenciación sirva a

19. Gayatri Spivak considera que la categoría de "mujer" es un error respecto de la propiedad lingüística en su "Nietzsche and the Displacement of Women", en Mark Krupnick (comp.), *Displacement*, Bloomington, University of Indiana Press, 1983, págs. 169-196. Aunque su teoría posterior del esencialismo estratégico, sobre la que ella misma recientemente admitió tener ciertas dudas, se sitúa en un registro levemente diferente, Spivak parece hacer hincapié en el uso de las generalizaciones imposibles como términos de análisis y movilización políticos.

objetivos políticos. Mientras esa diferenciación produzca el efecto de un esencialismo radical de género, el término servirá para romper sus conexiones constitutivas con otros sitios discursivos de investidura política y para reducir su propia capacidad de impulsar y producir el sector que nombra. La inestabilidad constitutiva del término, su incapacidad de describir siquiera lo que nombra, se produce precisamente en virtud de lo que queda excluido para que puede darse la determinación. El hecho de que siempre haya exclusiones constitutivas que condicionen la posibilidad de fijar provisoriamente un nombre no implica necesariamente que haya que hacer coincidir ese exterior constitutivo con la noción de un referente perdido, esa "exclusión" que es la ley de castración, cuyo emblema es la mujer que no existe. Semejante enfoque no sólo reifica a las mujeres como el referente perdido, aquello que no puede existir, además considera al feminismo como el esfuerzo vano por resistir a esa proclamación particular de la ley (una forma de psicosis en el habla, una resistencia a la envidia del pene). Cuestionar la perspectiva que entiende a las mujeres como la figura privilegiada del "referente perdido" es precisamente reformular esa descripción como una significación posible y extender el sentido del término como un sitio que permite una rearticulación más amplia.

Paradójicamente, la afirmación de lo real como el exterior constitutivo de la simbolización intenta respaldar el antiesencialismo, porque si toda simbolización se basa en una carencia, luego, no puede haber ninguna articulación completa o idéntica a sí misma de una identidad social dada. Y, sin embargo, si se posiciona a las mujeres como aquello que no puede existir, como aquello excluido de la existencia por la ley del padre, se está haciendo coincidir a las mujeres con esa existencia forcluida, ese referente perdido, lo cual seguramente es tan pernicioso como cualquier forma de esencialismo ontológico. Si el esencialismo es un esfuerzo por excluir la posibilidad de un futuro para el significante, luego, la tarea es evidentemente convertir el significante en un sitio que permita realizar una serie de rearticulaciones que no puedan predecirse ni controlarse y proporcionar los medios para alcanzar un futuro en el cual puedan formarse jurisdicciones que aún no han tenido un sitio para realizar tal articulación o que no "sean" anteriores al establecimiento de ese sitio.

Aquí no sólo se espera la unidad que impulsa la investidura fantasmática en cualquiera de tales significantes, pues a veces precisamente el sentido de posibilidad futura abierto por el significante como sitio de rearticulación es el que ofrece oportunidad a la esperanza. Žižek describe convincentemente cómo, una vez que el significante político ha constituido temporalmente la unidad prometida, esa promesa se revela imposible de cumplir y sobreviene la *des*identificación, una desidentificación que puede producir una división tal en facciones que termine provocando la inmovilización política. Pero, la politización, ¿tiene siempre que superar necesariamente esa desidentificación? ¿Qué posibilidades hay de politizar la *des*identificación, esta experiencia de *no reconocimiento*, ese incómodo sentimiento de estar bajo un signo al que uno pertenece y al mismo tiempo no pertenece? Y ¿cómo debemos interpretar esta desidentificación producida por y a través del significante mismo que ofrece una promesa de solidaridad? Lauren Berlant escribe que "las feministas deben abrazar la causa de una desidentificación femenina en el nivel de la esencia femenina".[20] La expectativa de un reconocimiento pleno, escribe Berlant, conduce necesariamente a un escenario de "duplicidad monstruosa" y "horror narcisista" (pág. 253), una letanía de quejas y recriminaciones que son consecuencia de la incapacidad del término para reflejar el reconocimiento que aparentemente promete. Pero si el término no puede ofrecer el reconocimiento último –y aquí Žižek está completamente en lo cierto al afirmar que todos estos términos se sustentan en una *méconnaissance* necesaria–, puede ocurrir que la afirmación de ese deslizamiento, ese fracaso de la identificación, sea en sí misma el punto de partida de una afirmación más democratizadora de la diferencia interna.[21]

Adoptar el significante político (que siempre es una cuestión de adoptar un significante por el cual uno ya ha sido adoptado,

20. Lauren Berlant, "The Female Complaint", *Social Text*, 19/20, otoño de 1988, págs. 237-259.

21. Sobre las ventajas políticas de la desidentificación, véase Michel Pêcheux, *Language Semiotics, Ideology*, Boston, St. Martin's Press, 1975; "Ideology: Fortress or Paradoxical Space", en Sakari Hanninen y Leena Paldan (comps.), *Rethinking Ideology: A Marxist Debate*, Nueva York, Internacional Press, 1983, y Rosemary Hennessy, *Materialist Feminism and the Politics of Feminism*, cap. 3, Nueva York, Routledge, 1992.

constituido e iniciado) implica introducirse en una cadena de usos previos, instalarse en el medio de significaciones que no pueden situarse atendiendo a orígenes claros ni a objetivos últimos. Esto significa que lo que se llama instancia nunca puede entenderse como una autoría original o controladora sobre esa cadena significante y nunca puede ser el poder (una vez instalada y constituida en esa cadena y por esa cadena) de fijar un curso seguro a su futuro. Pero, lo que aquí se llama una "cadena" de significación opera a través de cierta cita insistente del significante, una práctica iterable, mediante la cual se resignifica perpetuamente el significante político, una compulsión a la repetición en el nivel de la significación; en realidad, se trata de una práctica iterable que muestra que lo que uno toma como un significante político es en sí mismo la sedimentación de significantes previos, el efecto de la reelaboración de tales significantes, de modo tal que un significante es político en la medida en que implícitamente cite los ejemplos anteriores de sí mismo, se inspire en la promesa fantasmática de aquellos significantes previos y los reformule en la producción y la promesa de "lo nuevo", que sólo se establece recurriendo a aquellas convenciones arraigadas, convenciones pasadas, que fueron investidas convencionalmente con el poder político de significar el futuro.

Por lo tanto, en este sentido, el significante político podría declararse performativo, pero esa performatividad debería reconcebirse como la fuerza de la apelación a la cita. La "instancia" sería, pues, el movimiento doble de estar constituido en y por un significante, entendiendo que "estar constituido" significa "estar obligado a citar o repetir o imitar" el significante mismo. Habilitada por el significante mismo que, para poder continuar, depende del futuro de esa cadena de citas, la instancia es el hiato en la iterabilidad, la obligación de instalar una identidad a través de la repetición, que requiere la contingencia misma, el intervalo indeterminado, que la identidad procura insistentemente forcluir. Cuanto más insistente sea la forclusión, tanto más exacerbada será la no identidad temporal de aquello anunciado por el significante de identidad. Y, sin embargo, el futuro del significante de identidad sólo puede garantizarse mediante una repetición que no logra repetir fielmente, una recitación del significante que debe ser desleal con la identidad –una catacresis– para poder asegurar su fu-

turo, una deslealtad que aplica la iterabilidad del significante a aquello que permanece no idéntico a sí mismo en cualquier invocación de identidad, es decir, las condiciones iterables o temporales de su propia posibilidad.

En cuanto a la solidaridad política, por provisoria que ésta sea, Žižek aboga por una performatividad política que ponga fin a la desunión y la discontinuidad del significado y produzca una unidad lingüística temporal. El fracaso de toda unidad de este tipo puede reducirse a una "privación" sin ninguna historicidad, la consecuencia de una "ley" transhistórica, pero tal reducción pasaría por alto los fracasos y discontinuidades producidas por las relaciones sociales que invariablemente exceden el significante y cuyas exclusiones son necesarias para estabilizar el significante. La "incapacidad" del significante de producir la unidad que parece nombrar no es el resultado de un vacío existencial, sino que es el resultado de esa incapacidad del término de incluir las relaciones sociales que estabiliza provisoriamente mediante una serie de exclusiones contingentes. Esta insuficiencia será el resultado de un conjunto específico de exclusiones sociales que retornan para perturbar las afirmaciones de identidad definidas mediante la negación; estas exclusiones deben interpretarse y emplearse en la reformulación y expansión de una reiteración democratizadora del término. El hecho de que sea imposible lograr una inclusión final o completa es pues una función de la complejidad y la historicidad de un campo social que nunca puede resumirse mediante ninguna descripción dada y que, por razones democráticas, nunca debería poder resumirse de ese modo.

Cuando se ofrece cierto conjunto de descripciones para dar contenido a una identidad, el resultado es inevitablemente indócil. Tales descripciones inclusivas producen inadvertidamente nuevos sitios de oposición y una multitud de resistencias, rechazos y negaciones a identificarse con los términos. Como términos no referenciales, las palabras "mujeres" y "homosexuales" instituyen identidades provisionales e, inevitablemente, un conjunto provisional de exclusiones. El ideal descriptivo crea la expectativa de que es posible ofrecer una enumeración completa y final de rasgos. Como resultado de ello, orienta la política de la identidad hacia una confesión plena de los contenidos de cualquier categoría de identidad dada. Cuando esos contenidos se revelan ilimitados o limitados

por un acto anticipatorio de forclusión, la política de la identidad se funde en disputas facciosas por la autodefinición o en demanda de ofrecer testimonios aún más personalizados y específicos de autorrevelación que nunca satisfacen plenamente el ideal que las sustenta.

Entender el término "mujeres" como un sitio permanente de oposición[22] o como un sitio de lucha angustiosa, es suponer que no puede haber ningún cierre de la categoría y que, por razones políticamente significativas, nunca debería haberlo. El hecho de que la categoría nunca pueda ser descriptiva es la condición misma de su eficacia política. En este sentido, lo que en la perspectiva basada en el ideal descriptivo se deplora como desunión y división en facciones, en la perspectiva antidescriptivista se *afirma* como el potencial democratizador y de apertura de la categoría.

Aquí, las numerosas negativas de las "mujeres" a aceptar las descripciones ofrecidas en nombre de las "mujeres" no sólo atestiguan las violencias específicas que provoca un concepto parcial, sino que demuestra la imposibilidad constitutiva de un concepto o categoría imparcial o general. La pretensión de haber logrado tal concepto o descripción imparcial se sustenta excluyendo el campo político mismo que pretende haber agotado. Esta violencia se ejerce y al mismo tiempo se desdibuja mediante una descripción que pretende ser final e incluirlo todo. Para moderar y reelaborar esta violencia, es necesario aprender un movimiento doble: invocar la categoría e instituir así, provisoriamente, una identidad y, al mismo tiempo, abrir la categoría como un sitio de permanente oposición política. Que el término sea cuestionable no significa que no debamos usarlo, pero la necesidad de usarlo tampoco significa que no debamos cuestionar permanentemente las exclusiones mediante las cuales se aplica y que no tengamos que hacerlo precisamente para poder aprender a vivir la contingencia del significante político en una cultura de oposición democrática.

22. Véase Denise Riley, *Am I that Name?*, Nueva York, MacMillan, 1989.

8. Acerca del término *"queer"**

El discurso no es la vida, su tiempo no es el vuestro.
MICHEL FOUCAULT, "Política y estudio del discurso".

El riesgo que se corre al ofrecer un capítulo final sobre el término *"queer"* es que se tome la palabra en su acepción sumaria, pero yo quiero mostrar que ésta quizás sólo sea la más reciente. En realidad, la temporalidad del término es precisamente lo que me importa analizar aquí: ¿cómo es posible que una palabra que indicaba degradación haya dado un giro tal –haya sido "refundida" en el sentido brechtiano– que termine por adquirir una nueva serie de significaciones afirmativas? ¿Es ésta una mera inversión de valoraciones en virtud de la cual *"queer"* puede significar, o bien una degradación pasada o bien una afirmación presente o futura? Cuando el término se utilizaba como un estigma paralizante, como la interpelación mundana de una sexualidad patologizada, el usuario del término se transformaba en el emblema y el vehículo de la normalización y el hecho de que se pronunciara esa palabra constituía la regulación discursiva de los límites de la legitimidad sexual. Gran parte del mundo heterosexual tuvo siempre necesidad de esos seres *"queers"* que procuraba repudiar mediante la fuerza performativa del término. Si el término ha sido so-

* Este ensayo fue publicado originalmente en *GLQ*, vol. 1, n° 1, otoño de 1993. Les agradezco a David Halperin y a Carolyn Dinshaw sus provechosas sugerencias editoriales. Este capítulo es una versión modificada de aquel ensayo.

metido hoy a una reapropiación, ¿cuáles son las condiciones y los límites de esa inversión significante? Esa inversión, ¿reitera la lógica de repudio mediante la cual se engendró el término? ¿Puede el término superar su historia constitutiva de agravio? ¿Presenta hoy la oportunidad discursiva para construir una fantasía vigorosa y convincente de reparación histórica? ¿Dónde y cuándo un término como *"queer"* experimenta, para algunos, una resignificación afirmativa, cuando un término como *"nigger"* [vocablo despectivo para referirse a la gente de raza negra], a pesar de todos los esfuerzos y reivindicaciones recientes, sólo parece capaz de reinscribir su dolor? ¿Cómo y dónde reitera el discurso los agravios, de modo tal que los diversos esfuerzos por recontextualizar y resignificar una determinada palabra siempre encuentran su límite en esta otra forma más brutal e implacable de repetición?[1]

En *La genealogía de la moral*, Nietzsche introduce la noción de "cadena significante", que podríamos interpretar como una investidura utópica en el discurso, idea que reaparece en la concepción de Foucault del poder discursivo. Nietzsche escribe, "toda la historia de una 'cosa', un órgano, una costumbre puede ser una cadena significante continua de interpretaciones y adaptaciones siempre renovadas cuyas causas no siempre tienen que estar relacionadas entre sí, sino que, por el contrario, en algunos casos se suceden y alternan de manera puramente fortuita" (pág. 77). Las posibilidades "siempre renovadas" de resignificación se hacen derivar aquí de una supuesta discontinuidad histórica del término. Pero esta misma suposición, ¿no es en sí misma sospechosa? Esa posibilidad de resignificar, ¿puede hacerse derivar de una mera historicidad de los "signos"? ¿O debe haber una manera de reflexionar sobre las restricciones impuestas a la resignificación y en la resignificación que tome en consideración su inclinación a retornar a lo "ya establecido desde hace tiempo" en las relaciones del poder social? Y, en este caso, Foucault ¿puede ayudarnos o más bien reitera la desesperanza nietzscheana dentro del discurso del poder? Invistiendo el poder con una especie de vitalismo, Foucault se hace eco de Nietzsche al referirse al poder como "las luchas y

1. Ésta es una cuestión que corresponde de manera más apremiante a las recientes cuestiones del "habla del odio".

confrontaciones incesantes [...] producidas de un momento al siguiente, en todo punto, más precisamente, en toda relación de un punto a otro".[2]

Ni el poder ni el discurso se renuevan por completo en todo momento; no están tan desprovistos de peso como podrían suponer los utópicos de la resignificación radical. Y, sin embargo, ¿por qué debemos entender su fuerza convergente como un efecto acumulado del uso que limita y a la vez habilita su reelaboración? ¿Cómo es posible que los efectos aparentemente injuriosos del discurso lleguen a convertirse en recursos dolorosos a partir de los cuales se realiza una práctica resignificante? Aquí no se trata solamente de comprender cómo el discurso agravia a los cuerpos, sino de cómo ciertos agravios colocan a ciertos cuerpos en los límites de las ontologías accesibles, de los esquemas de inteligibilidad disponibles. Y además, ¿cómo se explica que aquellos que fueron expulsados, los abyectos, lleguen a plantear su reivindicación a través y en contra de los discursos que intentaron repudiarlos?

EL PODER PERFORMATIVO

Las recientes reflexiones de Eve Sedgwick sobre la performatividad *queer* nos instan a considerar, no sólo cómo se aplica cierta teoría de los actos de habla a las prácticas homosexuales, sino además cómo se explica que el término *queering* persista como un momento definitorio de la performatividad.[3] El carácter central que tiene la ceremonia del matrimonio en los ejemplos de performatividad de J. L. Austin sugiere que la heterosexualización del vínculo social es la forma paradigmática de aquellos actos de habla que dan vida a lo que nombran. "Yo os declaro..." sanciona la relación que nombra. Pero, ¿de dónde y en qué momento adquiere su fuerza esta expresión performativa? ¿Y qué le ocurre al enunciado performativo cuando su propósito es precisamente anular la presunta fuerza de la ceremonia heterosexual?

2. Foucault, *History of Sexuality. Volume One*, págs. 92-93.

3. Véase Eve Kosofsky Sedgwick, "Queer Performativity", en *GLQ*, vol. 1, n° 1, primavera de 1993. Estoy en deuda con su sugestiva obra y por incitarme a reflexionar sobre la relación entre género y performatividad.

Los actos performativos son formas del habla que autorizan: la mayor parte de las expresiones performativas, por ejemplo, son enunciados que, al ser pronunciados, también realizan cierta acción y ejercen un poder vinculante.[4] Implicadas en una red de autorización y castigo, las expresiones performativas tienden a incluir las sentencias judiciales, los bautismos, las inauguraciones, las declaraciones de propiedad; son oraciones que realizan una acción y además le confieren un poder vinculante a la acción realizada. Si el poder que tiene el discurso para producir aquello que nombra está asociado a la cuestión de la performatividad, luego la performatividad es una esfera en la que el poder actúa *como* discurso.

Sin embargo, es significativo que no haya ningún poder, construido como un sujeto, que no actúe repitiendo una frase anterior, que no ponga por obra un acto reiterado cuyo poder *estriba* en su persistencia y en su inestabilidad. Éste es menos un "acto" singular y deliberado que un nexo de poder y discurso que repite o parodia los gestos discursivos del poder. De ahí que el juez que autoriza e instala la situación que nombra invariablemente *cita* la ley que aplica y el poder de esta cita es lo que le da a la expresión performativa una fuerza vinculante o el poder de conferir. Y aunque pueda parecer que el poder vinculante de las palabras del juez deriva de la fuerza de su voluntad o de una autoridad anterior, lo cierto es que se da más bien la situación contraria: precisamente, la figura de la "voluntad" del juez y de la "anterioridad" de

4. Por supuesto, nunca es del todo acertado decir que el lenguaje o el discurso "realice" [*performs*], puesto que no está claro que el lenguaje esté primariamente constituido como un conjunto de "actos". Después de todo, esta descripción de un "acto" no puede sostenerse a través del tropo que establecía el acto como un evento singular, pues el acto terminará refiriéndose a actos anteriores y a una reiteración de "actos" que probablemente se caracterice mejor llamándola "cadena de citas". En "Rhetoric of Persuasion", Paul de Man señala que la distinción entre las enunciaciones afirmativas y las performativas es confusa a causa de la condición ficticia de ambas: "la posibilidad de realizar que tiene el lenguaje es tan ficticia como la posibilidad que tiene de afirmar" (pág. 129). Además, escribe Paul de Man, "considerada como persuasión, la retórica es performativa, pero considerada como un sistema de tropos, desconstruye su propia realización" (*Allegories of Reading*, New Haven, Yale University Press, 1987, págs. 130-131 [ed. cast.: *Alegorías de la lectura*, Barcelona, Lumen, 1990]).

la autoridad textual se producen y establecen *a través* de la cita.[5] En realidad, el acto de habla del juez hace derivar su poder vinculante mediante la invocación de la convención. Ese poder vinculante no debe buscarse ni en la figura del juez ni en su voluntad, sino que estriba en el legado de la cita, por el cual un "acto" contemporáneo emerge en el contexto de una cadena de convenciones vinculantes.

Cuando hay un "yo" que pronuncia o habla y, por consiguiente, produce un efecto en el discurso, primero hay un discurso que lo precede y que lo habilita, un discurso que forma en el lenguaje la trayectoria obligada de su voluntad. De modo que no hay ningún "yo" que, situado *detrás* del discurso, ejecute su volición o voluntad *a través* del discurso. Por el contrario, el "yo" sólo cobra vida al ser llamado, nombrado, interpelado, para emplear el término althusseriano, y esta constitución discursiva es anterior al "yo"; es la invocación transitiva del "yo". En realidad, sólo puedo decir "yo" en la medida en que primero alguien se haya dirigido a mí y que esa apelación haya movilizado mi lugar en el habla; paradójicamente, la condición discursiva del reconocimiento social *precede* y *condiciona* la formación del sujeto: no es que se le confiera el reconocimiento a un sujeto; el reconocimiento *forma* a ese sujeto. Además, la imposibilidad de lograr un reconocimiento pleno, es decir, de llegar a habitar por completo el nombre en virtud del cual se inaugura y moviliza la identidad social de cada uno, implica la inestabilidad y el carácter incompleto de la formación del sujeto. El "yo" es pues una cita del lugar del "yo" en el habla, entendiendo que ese lugar es de algún modo anterior y tiene cierto anonimato en relación con la vida que anima: es la posibilidad históricamente modificable de un nombre que me precede y me excede, pero sin el cual yo no puedo hablar.

5. En lo que sigue será importante tener en cuenta ese conjunto de expresiones performativas que Austin llama "ilocutorias", es decir, aquellas en las que el poder vinculante del acto *parece* derivar de la intención o la voluntad del hablante. En "Signature, Event, Context", Derrida sostiene que el poder vinculante que Austin atribuye a la intención del hablante en tales actos ilocutorios debería atribuirse, antes bien, a la fuerza citacional del lenguaje, a la iterabilidad que establece la autoridad del acto de habla, pero que establece el carácter no singular de ese acto. En este sentido, todo "acto" es un eco o una cadena de citas y esa apelación a la cita es lo que le da su fuerza performativa.

DIFICULTADES DE LA PALABRA *QUEER*

El término *queer* emerge como una interpelación que plantea la cuestión del lugar que ocupan la fuerza y la oposición, la estabilidad y la variabilidad, *dentro* de la performatividad. El término *"queer"* operó como una práctica lingüística cuyo propósito fue avergonzar al sujeto que nombra o, antes bien, producir un sujeto *a través de* esa interpelación humillante. La palabra *"queer"* adquiere su fuerza precisamente de la invocación repetida que terminó vinculándola con la acusación, la patologización y el insulto. Ésta es un invocación mediante la cual se forma, a través del tiempo, un vínculo social entre las comunidades homofóbicas. La interpelación repite, como en un eco, interpelaciones pasadas y vincula a quienes la pronuncian, como si éstos hablaran al unísono a lo largo del tiempo. En este sentido, siempre es un coro imaginario que insulta *"¡queer!"*. ¿Hasta qué punto, pues, el término performativo *"queer"* opera a su vez como una deformación del "Yo os declaro..." de la ceremonia matrimonial? Si la expresión performativa opera como la sanción que realiza la heterosexualización del vínculo social, tal vez también funcione como el tabú vergonzante que "perturba" [*queers*] a aquellos que se resisten o se oponen a esa forma social, así como a aquellos que la ocupan sin la sanción social hegemónica.

En este aspecto, recordemos que las reiteraciones nunca son meras réplicas de lo mismo. Y el "acto" mediante el cual un nombre autoriza o desautoriza una serie de relaciones sociales o sexuales es, necesariamente, una *repetición*. Derrida se pregunta: "¿Podría surtir efecto una expresión performativa, si su formulación no repitiera una enunciación 'codificada' y repetible [...] si no se la identificara de algún modo como una 'cita'?"[6] Si una expresión performativa surte efecto provisoriamente (y yo sugeriría que su éxito sólo puede ser provisorio), ello no se debe a que haya una intención que logra gobernar la acción del habla, sino únicamente a que esa acción repite como en un eco otras acciones anteriores y *acumula la fuerza de la autoridad mediante la repetición o la cita de un conjunto anterior de prácticas autorizantes*. Esto significa, pues,

6. "Signature, Event, Context", pág. 18.

que una expresión performativa "tiene éxito" en la medida en que *tenga por sustento y encubra* las convenciones constitutivas que la movilizan. En este sentido, ningún término ni declaración puede funcionar performativamente sin la historicidad acumulada y disimulada de su fuerza.

Esta visión de la performatividad implica que el discurso tiene una historia[7] que no solamente precede, sino que además condiciona sus usos contemporáneos y que esta historia le quita efectivamente su carácter central a la visión presentista del sujeto según la cual éste es el origen o el propietario exclusivo de lo que se dice.[8] Esto significa además que los términos que, sin embargo, pretendemos reivindicar, los términos a través de los cuales insistimos en politizar la identidad y el deseo, a menudo exigen que uno se vuelva *contra* esta historicidad constitutiva. Quienes hemos cuestionado los supuestos presentistas de las categorías de identidad contemporáneas, a veces tenemos sin embargo el deber de despolitizar la teoría. Con todo, si la crítica genealógica de este tema es la interrogación de aquellas relaciones de poder constitutivas y excluyentes a través de las cuales se forman los recursos discursivos contemporáneos, de ello se sigue pues que la crítica del tema *queer* es esencial para lograr la continua *democratización* de la política *queer*. Así como es necesario emplear los términos de identidad y es necesario afirmar la "exterioridad", es indis-

7. La historicidad del discurso implica el modo en que la historia es constitutiva del discurso mismo. No se trata sencillamente de que los discursos estén localizados *en* contextos históricos, además los discursos tienen su propio carácter histórico constitutivo. Historicidad es un término que implicaa directamente el carácter constitutivo de la historia en la práctica discursiva, es decir, una condición en la que una "práctica" no podría existir independientemente de la sedimentación de las convenciones mediante las cuales se la produce y se la hace legible.

8. En cuanto a la acusación de presentismo, entiendo que una indagación es presentista en la medida en que (a) universalice un conjunto de afirmaciones sin tener en cuenta las oposiciones históricas y culturales a tal universalización o (b) tome una conjunto históricamente específico de términos y los universalice falsamente. Es posible que, en algunos casos, ambos gestos sean el mismo. No obstante, sería un error sostener que todo lenguaje conceptual o filosófico es "presentista", una afirmación que sería equivalente a declarar que toda filosofía llega a ser historia. Interpreto la noción de genealogía de Foucault como un ejercicio específicamente filosófico que procura exponer y trazar la trayectoria de cómo se instalan y cómo operan los falsos universales. Les agradezco a Mary Poovey y a Joan W. Scott haberme explicado este concepto.

pensable someter estas mismas nociones a una crítica de las operaciones excluyentes de su propia producción: ¿Para quiénes la "exterioridad" es una opción históricamente disponible y que pueden permitirse? La demanda de una "exterioridad" universal, ¿tiene un disimulado carácter de clase? ¿A quiénes representan y a quiénes excluyen los *diversos* empleos del término? ¿Para quiénes el término representa un conflicto imposible entre la afiliación racial, étnica o religiosa y la política sexual? Las distintas formas de emplear el término, ¿qué tipo de políticas alientan y qué tipo de políticas relegan a un segundo plano o sencillamente hacen desaparecer? En este sentido, la crítica genealógica de todo el tema *queer* será esencial para una política *queer*, por cuanto constituye una dimensión autocrítica dentro del activismo, un persistente recordatorio de que es necesario darse tiempo para considerar la fuerza excluyente de una de las premisas contemporáneas más valoradas del activismo.

Así como es necesario afirmar las demandas políticas recurriendo a las categorías de identidad y reivindicar el poder de nombrarse y determinar las condiciones en que deba usarse ese nombre, hay que admitir que es imposible sostener este tipo de dominio sobre la trayectoria de tales categorías dentro del discurso. Éste no es un argumento *en contra* del empleo de las categorías de identidad, simplemente nos recuerda el riesgo que corre cada uno de estos usos. La expectativa de autodeterminación que despierta la autodenominación encuentra, paradójicamente, la oposición de la historicidad del nombre mismo: la historia de los usos que uno nunca controló, pero que limitan el uso mismo que hoy es un emblema de autonomía; como así también los esfuerzos futuros por esgrimir el término en contra de las acepciones actuales, intentos que seguramente excederán el control de aquellos que pretenden fijar el curso de los términos en el presente.

Si el término *"queer"* ha de ser un sitio de oposición colectiva, el punto de partida para una serie de reflexiones históricas y perspectivas futuras, tendrá que continuar siendo lo que es en el presente: un término que nunca fue poseído plenamente, sino que siempre y únicamente se retoma, se tuerce, se "desvía" [*queer*] de un uso anterior y se orienta hacia propósitos políticos apremiantes y expansivos. Esto también significa que indudablemente el término tendrá que ceder parte de su lugar a otros términos que

realicen más efectivamente esa tarea política. Tal cesión bien puede llegar a ser necesaria para ofrecer un espacio –sin que ello implique domesticarlas– a las oposiciones democratizantes que rediseñaron y continuarán rediseñando los contornos del movimiento de modos que nunca pueden anticiparse completamente de antemano.

Bien puede ocurrir que la ambición de autonomía que implica la autodenominación sea la pretensión paradigmáticamente presentista, esto es, la creencia de que hay alguien que llega al mundo, al discurso, sin una historia y que ese alguien se hace en y a través de la magia del nombre, que el lenguaje expresa una "voluntad" o una "elección" antes que una compleja historia constitutiva del discurso y el poder que componen los recursos invariablemente ambivalentes a través de los cuales se forma y se reelabora la instancia *queer*. El hecho mismo de que el término *"queer"* tenga desde su origen un alcance tan expansivo hace que se lo emplee de maneras que determinan una serie de divisiones superpuestas: en algunos contextos, el término atrae a una generación más joven que quiere resistirse a la política más institucionalizada y reformista, generalmente caracterizada como "lesbiana y gay"; en algunos contextos, que a veces son los mismos, el término ha sido la marca de un movimiento predominantemente blanco que no ha abordado enteramente el peso que tiene lo *queer* –o que no tiene– dentro de las comunidades no blancas. Y, mientras en algunos casos ha movilizado un activismo lesbiano,[9] en otros casos, el término representa una falsa unidad de mujeres y hombres. En realidad, es posible que la crítica del término inicie un resurgimiento tanto de la movilización feminista como de la antirracista dentro de la política lesbiana y gay, o que abra nuevas posibilidades para que se formen alianzas o coaliciones que no partan de la base de que cada una de estas agrupaciones es radicalmente diferente de las otras. El término será cuestionado, remodelado y considerado obsoleto en la medida en que no ceda a las demandas que se oponen a él precisamente a causa de las exclusiones que lo movilizan.

No creamos los términos políticos que llegan a representar nuestra "libertad" a partir de la nada y somos igualmente respon-

9. Véase Cherry Smyth, *Lesbian Talk Queer Notions*, Londres, Scarlet Press, 1992.

sables de los términos que conllevan el dolor del agravio social. Sin embargo, todos esos términos necesitan por igual que se los someta a una reelaboración dentro del discurso político.

En este sentido, continúa siendo políticamente indispensable reivindicar los términos "mujeres", "*queer*", "gay", "lesbiana", precisamente a causa de la manera en que esos mismos términos, por así decirlo, nos reivindican a nosotros antes de que lo advirtamos plenamente. A la vez, reivindicar estos términos será necesario para poder refutar su empleo homofóbico en el campo legal, en las actitudes públicas, en la calle, en la vida "privada". Pero la exigencia de movilizar el necesario error de identidad (según la expresión de Spivak) estará siempre en tensión con la oposición democrática del término que se alza contra los despliegues que se hacen de él en los regímenes discursivos racistas y misóginos. Si la política "*queer*" se situara en una posición independiente de todas estas otras modalidades de poder, perdería su fuerza democratizadora. La desconstrucción política de lo "*queer*" no tiene por qué paralizar el empleo de tales términos, sino que, idealmente, debería extender su alcance y hacernos considerar a qué precio y con qué objetivos se emplean los términos y a través de qué relaciones de poder se engendraron tales categorías. Cierta teoría reciente de la raza ha destacado cómo se emplea el término "raza" al servicio del "racismo" y propuso una indagación de base política a cerca del proceso de *racialización*, la formación de la raza.[10] Una indagación de esta índole no suspende ni destierra el uso del término, pero no deja de señalar la necesidad de analizar cómo se vincula la formación de un concepto con la cuestión contemporánea que plantea el término. Este enfoque podría aplicarse también a los estudio *queer*, de modo tal que el término *queering* pueda indicar una indagación sobre (a) la *formación* de las homosexualidades (un estudio histórico que no dé por descontada la estabilidad del término, a pesar de la presión política ejercida en ese sentido) y (b) el poder de deformar y asignar erradamente que tiene en la actualidad la palabra. En una historia de este tipo será esencial la formación diferencial de la homosexualidad en relación con las fronteras raciales e, incluso, la cuestión de establecer

10. Véase Omi y Winant, *Racial Formation in the United States: From the 1960s to the 1980s.*

cómo llegan a articularse entre sí las relaciones raciales y reproductivas.

Uno podría sentirse tentado a decir que las categorías de identidad son insuficientes porque toda posición de sujeto es el sitio de relaciones convergentes de poder que no son unívocas. Pero tal formulación subestima el desafío radical que implican esas relaciones convergentes para el sujeto. Pues no hay ningún sujeto idéntico a sí mismo que cobije en su interior o soporte esas relaciones, no hay ningún sitio en el cual converjan tales relaciones. Esta convergencia e interarticulación *es* el destino contemporáneo del sujeto. En otras palabras, el sujeto como entidad idéntica a sí misma ya no existe.

Es por ello que la generalización temporal que realizan las categorías de identidad es un error necesario. Y si la identidad es un error necesario, entonces será necesario afirmar el término "*queer*" como una forma de afiliación, pero hay que tener en cuenta que también es una categoría que nunca podrá describir plenamente a aquellos a quienes pretende representar. Como resultado de ello, será necesario ratificar la contingencia del término: permitir que se abra a aquellos que quedan excluidos por el término pero que, con toda justificación, esperan que ese término los represente, permitir que adquiera significaciones que la generación más joven, cuyo vocabulario político bien puede abarcar una serie muy diferente de investiduras, aún no puede prever. En realidad, el término "*queer*" mismo fue precisamente el punto de reunión de las lesbianas y los hombres gay más jóvenes y, en otro contexto, de las intervenciones lesbianas y, todavía en otro contexto, de los heterosexuales y bisexuales para quienes el término expresa una afiliación con la política antihomofóbica. Esta posibilidad de transformarse en un sitio discursivo cuyos usos no pueden delimitarse de antemano debería defenderse, no sólo con el propósito de continuar democratizando la política *queer*, sino además para exponer, afirmar y reelaborar la historicidad específica del término.

LA PERFORMATIVIDAD DEL GÉNERO Y EL TRAVESTISMO

¿Cómo se vincula, si es que se vincula de algún modo, la noción de resignificación discursiva con el concepto de parodia o personificación de género? ¿Significa esto que uno se coloca una máscara o

un personaje, que existe un "alguien" anterior al momento de colocarse esa máscara que, desde el comienzo, es de un género diferente? ¿O lo que ocurre en cambio es que esta imitación, esta personificación precede y forma a ese "alguien" y funciona como su condición formativa previa antes que como su artificio prescindible?

De acuerdo con el primer modelo, la construcción del género como travestismo parece ser el efecto de una cantidad de circunstancias. Ya consideré una de ellas al citar el travestismo como un ejemplo de performatividad, un movimiento que, para algunos, es el *prototipo* de la performatividad. Si bien el travestismo es performativo, ello no significa que toda performatividad deba entenderse como travestismo. La publicación de *El género en disputa* coincidió con la aparición de una serie de obras que afirmaban que "el vestido hace a la mujer", pero yo nunca pensé que el género fuera como un vestido ni tampoco que el vestido hiciera a la mujer. A esto se suman, no obstante, las necesidades políticas de un movimiento *queer* emergente en el que ha llegado a ocupar un lugar central el hecho de dar publicidad a la instancia teatral.[11]

La práctica mediante la cual se produce la generización, la incorporación de normas, es una práctica obligatoria, una producción forzosa, aunque no por ello resulta completamente determinante. Puesto que el género es una asignación, se trata de una asignación que nunca se asume plenamente de acuerdo con la expectativa, las personas a las que se dirige nunca habitan por entero el ideal al que se pretende que se asemejen. Además, esta encarnación es un proceso repetido. Y la repetición podría construirse precisamente como aquello que *socava* la ambición de un dominio voluntarista designado por el sujeto en el lenguaje.

11. Esto no implica que la teatralidad sea completamente intencional, pero posiblemente es lo que he dado a entender al caracterizar el género como "intencional y no referencial" en "Performative Acts and Gender Constitution", un ensayo publicado en Sue-Ellen Case (comp.), *Performing Feminisms*, Baltimore, Johns Hopkins University, 1991, págs. 270-282 [ed. cast.: "Actos performativos y constitución del género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista", *debate feminista*, vol. 18, octubre de 1998]. Empleo el término "intencional" en un sentido específicamente fenomenológico. La "intencionalidad", en el marco de la fenomenología, no significa un acto voluntario o deliberado, sino que es un modo de indicar que la conciencia (o el lenguaje) *tiene un objeto*, más específicamente, que se dirige a un objeto que puede existir o no. En este sentido, un acto de la conciencia puede tender a (postular, constituir, aprehender) un objeto *imaginario*. El género, en su concepción ideal, podría construirse como un objeto intencional, un ideal constituido, pero que no existe. En este sentido, el género sería como "lo femenino", entendido como una imposibilidad, tal como lo presenta Drucilla Cornell en *Beyond Accommodation*, Nueva York, Routledge, 1992.

Como se ve claramente en *París en llamas*, el travestismo es una postura subversiva problemática. Cumple una función subversiva en la medida en que refleje las personificaciones mundanas mediante las cuales se establecen y naturalizan los géneros ideales desde el punto de vista heterosexual y que socava el poder de tales géneros al producir esa exposición. Pero nada garantiza que exponer la condición naturalizada de la heterosexualidad baste para subvertirla. La heterosexualidad puede argumentar su hegemonía *a través* de su desnaturalización, como cuando vemos esas parodias de desnaturalización que reidealizan las normas heterosexuales *sin* cuestionarlas.

Con todo, en otras ocasiones, el carácter transferible de un ideal o una norma de género pone en tela de juicio el poder de abyección que lo sostiene. Pues una ocupación o reterritorialización de un término que fue empleado para excluir a un sector de la población puede llegar a convertirse en un sitio de resistencia, en la posibilidad de una resignificación social y política capacitadora. Y, en cierta medida, esto es lo que ocurrió con la noción de *queer*. La acepción contemporánea del término hace que la prohibición y la degradación inviertan su sentido, engendra un nuevo orden de valores, una afirmación política que parte de ese mismo término y se desarrolla a través de ese mismo término que en su acepción anterior tuvo como objetivo último erradicar precisamente tal afirmación.

No obstante, parecería que hay una diferencia entre corporizar y cumplir las normas de género y el uso performativo del discurso. ¿Son éstos dos sentidos diferentes de "performatividad" o son dos conceptos que convergen como modos de apelar a la cita en los cuales el carácter obligatorio de ciertos imperativos sociales se somete a una desregulación más promisoria? Para poder operar, las normas de género requieren la incorporación de ciertos ideales de femineidad y masculinidad, ideales que casi siempre se relacionan con la idealización del vínculo heterosexual. En este sentido, la performativa inicial: "¡Es una niña!" anticipa la eventual llegada de la sanción, "Os declaro marido y mujer". De ahí el pe-

culiar placer que produce la historieta en la que nace una niña y la primera interpelación del discurso que oye es: "¡Es una lesbiana!" Lejos de ser una broma esencialista, la apropiación *queer* de la performativa parodia y expone tanto el poder vinculante de la ley heterosexualizante como *la posibilidad de expropiarla*.

En la medida en que la denominación de "niña" sea transitiva, es decir, inicie el proceso mediante el cual se obliga a alguien a adoptar la "posición de niña", el término o, más precisamente, su poder simbólico, gobierna la formación de una femineidad interpretada corporalmente que nunca se asemeja por completo a la norma. Sin embargo, ésta es una "niña" que está obligada a citar la norma para que se la considere un sujeto viable y para poder conservar esa posición. De modo que la femineidad no es producto de una decisión, sino de la cita obligada de una norma, una cita cuya compleja historicidad no puede disociarse de las relaciones de disciplina, regulación y castigo. En realidad, no hay "alguien" que acate una norma de género. Por el contrario, esta cita de la norma de género es necesaria para que a uno se lo considere como "alguien", para llegar a ser "alguien" viable, ya que la formación del sujeto depende de la operación previa de las normas legitimantes de género.

Precisamente, la noción de performatividad de género exige que se la reconciba y se la juzgue como una norma que obliga a "apelar a cierta cita" para que sea posible producir un sujeto viable. Y justamente, es necesario explicar la teatralidad del género, en relación con ese carácter obligatorio de la cita. Aquí conviene no confundir teatralidad con autoexhibición o autocreación. En realidad, en la política *queer* misma, en la significación misma de lo que es *queer*, creemos ver una práctica resignificante por la cual se invierte el poder condenatorio de la palabra *"queer"* para sancionar una oposición a los términos de legitimidad sexual. De manera paradójica, aunque también implica una importante promesa, el sujeto encasillado como *"queer"* en el discurso público a través de interpelaciones homofóbicas de diverso tipo *retoma* o *cita* ese mismo término como base discursiva para ejercer la oposición. Esta clase de cita se manifestará como algo *teatral* en la medida en que *imite y haga hiperbólica* la convención discursiva que también invierte. El gesto hiperbólico es esencial para poner en evidencia la "ley" homofóbica que ya no puede controlar los términos de sus propias estrategias de abyección.

Yo diría que es imposible oponer lo teatral a lo político dentro de la política *queer* contemporánea: la "actuación" hiperbólica de la muerte en la práctica de *"die-ins"* y la "exterioridad" teatral mediante la cual el activismo *queer* rompió con la distinción encubridora entre el espacio público y el espacio privado hicieron proliferar sitios de politización y una conciencia del sida en toda la esfera pública. En realidad, podrían contarse muchas historias en las que está en juego la creciente politización *de* la teatralidad por parte de los *queers* (una politización más productiva, creo, que el hecho de insistir en la supuesta polaridad entre los grupos *queer*). Una historia de este tipo podría incluir tradiciones de vestimenta cruzada, bailes de travestis, recorridos callejeros, espectáculos de mujeres varoniles, el deslizamiento entre la "marcha" (de Nueva York) y la *parade* (de San Francisco); los *die-ins* realizados por ACT UP y los *kiss-ins* de Queer Nation; actuaciones *queer* a beneficio de la lucha contra el sida (entre las que yo incluiría la de Lypsinka y la de Liza Minnelli, en la que esta última finalmente hace de Judy);[12] la convergencia de la obra teatral con el activismo teatral;[13] la demostración excesiva de la sexualidad y la iconografía lesbianas que contrarresta efectivamente la desexualización de la lesbiana; interrupciones tácticas de foros públicos por parte de activistas lesbianas y gay en favor de llamar la atención pública y condenar la insuficiencia de los fondos que destinan los gobiernos a la investigación y el tratamiento del sida.

La creciente teatralización de la indignación política en respuesta a la nefasta falta de atención de los responsables políticos en la cuestión del sida aparece como una alegoría en la recontextualización de lo *"queer"* que pasó de ocupar un lugar en la estrategia homofóbica de abyección y aniquilación a constituir una

12. Véase David Román, "'It's My Party and I'll Die If I Want To!': Gay Men, AIDS and the Circulation of Camp in U.S. Theatre", *Theatre Journal*, 44, 1992, págs. 305-327; véase asimismo "Performing All Our Lives: AIDS, Performance, Community", en Janelle Reinelt y Joseph Roach (comps.), *Critical Theory and Performance*, Ann Harbor, University of Michigan Press, 1992.

13. Véase Larry Kramer, *Reports from the Holocaust: The Making of an AIDS Activist*, Nueva York, St. Martin's Press, 1989; Douglas Crimp y Adam Roston (comps.), *AIDSDEMOGRAPHICS*, Seattle, Bay Press, 1990, y Doug Sadownick, "ACT UP Makes a Spectacle of AIDS", *High Performance*, 1990, págs. 26-31. Le agradezco a David Román haberme indicado este último ensayo.

insistente condena pública de aquella interpelación desde el efecto de la vergüenza. Puesto que la vergüenza se produce como el estigma no sólo del sida sino también de la condición *queer* y que esta última se considera, según la argumentación homofóbica, como la "causa" y la "manifestación" de la enfermedad, la cólera teatral es parte de la resistencia pública a aquella apelación de vergüenza. Movilizada por los agravios de la homofobia, la indignación teatral reitera aquellos agravios precisamente "actuando", y esta actuación no se limita a repetir o citar aquellos agravios, sino que además despliega una exhibición hiperbólica de muerte y dolor para aplastar la resistencia epistémica al sida y a la gráfica del sufrimiento o una exhibición hiperbólica de los besos para terminar con la ceguera epistémica a una homosexualidad cada vez más gráfica y pública.

LA MELANCOLÍA Y LOS LÍMITES DE LA ACTUACIÓN

El potencial crítico del travestismo tiene que ver principalmente con una crítica del régimen de verdad del "sexo" que prevalece, un régimen que considero profundamente heterosexista: la distinción entre la verdad "interior" de la femineidad, entendida como disposición psíquica o núcleo del yo y la verdad "exterior", considerada como una apariencia o una presentación, produce una formación de género contradictoria en la que no puede establecerse ninguna "verdad" fija. El género ni es una verdad puramente psíquica, concebida como algo "interno" u "oculto", ni puede reducirse a una apariencia de superficie; por el contrario, su carácter fluctuante debe caracterizarse como el juego *entre* la psique y la apariencia (entendiendo que en este último dominio se incluye lo que aparece *en las palabras*). Además, éste será un juego regulado por imposiciones heterosexistas, aunque, por esa misma razón, no pueda reducirse a ellas.

En ningún sentido podemos llegar a la conclusión de que la parte del género que se "actúa" es la "verdad" del género; la "actuación" como un "acto" limitado se distingue de la performatividad porque esta última consiste en una reiteración de normas que preceden, obligan y exceden al actor y, en este sentido, no pueden considerarse el resultado de la "voluntad" o la "elección" del actor;

además, lo que se "actúa" sirve para ocultar, si no ya para renegar de aquello que permanece siendo opaco, inconsciente, irrepresentable. Sería un error reducir la performatividad a la manifestación o actuación del género.

El repudio de un modelo expresivo de travestismo que sostiene que en la actuación se exterioriza parte de esa verdad interior debe someterse, sin embargo, a una consideración psicoanalítica sobre la relación entre cómo *aparece* el género y cómo *significa*. El psicoanálisis insiste en afirmar que la opacidad de lo inconsciente fija los límites a la exteriorización de la psique. También sostiene, y creo que adecuadamente, que lo que se exterioriza o manifiesta sólo puede entenderse haciendo referencia a lo que ha sido excluido del significante y de la esfera de la legibilidad corporal.

¿Cómo hacen las identificaciones repudiadas, las identificaciones que no se "muestran" para circunscribir y materializar las identificaciones manifiestas? Aquí parece útil examinar la noción del "género como travestismo" desde el punto de vista del análisis de la melancolía de género.[14] Dada la figura iconográfica de la travesti melancólica, podríamos considerar si esos dos términos funcionan en conjunción y cómo lo hacen. Aquí también podríamos preguntarnos (partiendo de la renegación que ocasiona la actuación y que la actuación a su vez "representa") en qué momento la actuación pasa a ser *acting out* en el sentido psicoanalítico.[15] Si la melancolía, en el sentido en que la emplea Freud, es el efecto de una pérdida por la que no se ha hecho el debido luto (una manera de conservar el objeto/Otro perdido como una figura psíquica con la consecuencia de aumentar la identificación con ese Otro, la autocensura y la exteriorización de una ira y un amor no resueltos),[16]

14. *Gender Trouble*, págs. 57-65. Véase también mi "Melancholy Genders, Refused Identifications", en *Psychoanalytic Dialogues*, de próxima aparición.

15. Le agradezco a Laura Mulvey el hecho de que me haya instado a considerar la relación entre performatividad y renegación y a Wendy Brown por alentarme a reflexionar sobre la relación entre melancolía y travestismo y por preguntarse si la desnaturalización de las normas de género es lo mismo que su subversión. También le agradezco a Mandy Merck las numerosas preguntas esclarecedoras que me condujeron a estas especulaciones, además de la sugerencia de que si la renegación condiciona la performatividad, entonces tal vez el género mismo pueda entenderse según el modelo del fetiche.

16. Véase "Freud and the Melancholia of Gender", en *Gender Trouble*.

bien puede ser que la actuación, entendida como *acting out*, esté significativamente relacionada con el problema de una pérdida no reconocida. Cuando en la actuación de un travesti hay una pérdida no lamentada (y estoy segura de que semejante generalización no puede universalizarse), tal vez se trate de una pérdida rechazada e incorporada en la identificación adoptada, identificación que reitera una idealización del género y la imposibilidad radical de habitarlo. Ésta no es ni una territorialización masculina de lo femenino ni una "envidia" femenina de lo masculino, ni un signo de la plasticidad esencial del género. Antes bien, sugiere que la actuación del género constituye una alegoría de una pérdida que no se puede llorar, una alegoría de la fantasía incorporativa de la melancolía mediante la cual se adopta o se toma fantasmáticamente un objeto como una manera de negarse a dejarlo ir.

El análisis ofrecido hasta aquí es riesgoso porque sugiere que el "hombre" que actúa la femineidad o la "mujer" que actúa la masculinidad (que siempre implica, en efecto, actuar un poco menos, puesto que la femineidad se considera a menudo como el género espectacular) sienten un apego y a la vez la pérdida y el rechazo de la figura femenina, en el primer caso, y masculina, en el segundo. De modo que es importante señalar que el travestismo es un esfuerzo por negociar la identificación transgenérica, pero que esa identificación no es el paradigma ejemplar para reflexionar sobre la homosexualidad, aunque puede ser un modelo entre otros. En este sentido, el travestismo es una alegoría de algunas fantasías incorporativas melancólicas que estabilizan el *género*. No sólo hay muchos heterosexuales que practican el travestismo, sino que además sería un error pensar que la mejor manera de explicar la homosexualidad es a través de la performativa que es el travestismo. Sin embargo, parece provechoso destacar de este análisis que el travestismo expone u ofrece una alegoría de la psique mundana y las prácticas performativas mediante las cuales se forman los géneros heterosexualizados renunciando a la *posibilidad* de la homosexualidad, una forclusión que produce un ámbito de objetos heterosexuales al tiempo que produce el ámbito de aquellos a quienes sería imposible amar. El travestismo ofrece, pues, una alegoría de la *melancolía heterosexual*, la melancolía mediante la cual se forma el género masculino partiendo de la negación a lamentar lo masculino como un objeto posible de amor;

a su vez, el género femenino se forma (se adopta, se asume) a través de la fantasía incorporativa que excluye lo femenino como objeto posible de amor, una exclusión nunca deplorada, pero "preservada" mediante la intensificación de la identificación femenina misma. En este sentido, la lesbiana melancólica "más auténtica" es la mujer estrictamente heterosexual y el gay melancólico "más auténtico" es el hombre estrictamente heterosexual.

Con todo, lo que expone el travestismo es la constitución "normal" de la presentación del género en la cual el género adoptado exteriormente está constituido en muchos sentidos mediante una serie de inclinaciones o identificaciones renegadas que constituyen un campo diferente de lo "no representable". En realidad, bien podría ser que lo que constituye lo *sexualmente* impresentable se presente en cambio como *identificación de género*.[17] En la medida en que las inclinaciones homosexuales no se reconozcan dentro de la heterosexualidad normativa, no estarán constituidas meramente como deseos que emergen y luego se prohiben. Antes bien, son deseos proscritos desde el comienzo. Y cuando emergen del lado opuesto del censor, muy posiblemente carguen con la marca de la imposibilidad y representen, por así decirlo, lo imposible dentro de lo posible. Como tales, no serán inclinaciones que puedan llorarse abiertamente. Se trata, pues, menos de *negarse* a hacer el duelo (una formulación que pone el acento en la decisión) que de una anticipación del duelo realizada por la ausencia de convenciones culturales que permitan confesar la pérdida del amor homosexual. Y esta ausencia es la que produce una cultura de melancolía heterosexual, que puede leerse en las identificaciones hiperbólicas mediante las cuales se confirman la masculinidad y la femineidad mundanas. El hombre heterosexual *llega a ser* (imita, cita, se apropia y asume el rango de) el hombre al que "nunca" amó y cuya pérdida "nunca" lloró; la mujer heterosexual *llega a ser* la mujer a la que ella "nunca" amó y cuya pérdida "nunca" lloró. En este sentido, entonces, lo que se manifiesta de manera

17. Esto no equivale a sugerir que haya una matriz excluyente que distinga entre cómo se identifica uno y cómo desea; es perfectamente posible tener una identificación y un deseo superpuestos en un intercambio heterosexual u homosexual o en una historia bisexual de práctica sexual. Además, la "masculinidad" o la "femineidad" no son conceptos que agoten los términos ni de la identidad erotizada ni del deseo.

más evidente como género es el signo y el síntoma de una penetrante renegación.

Por lo demás, precisamente para contrarrestar este penetrante riesgo cultural de la melancolía gay (que los periódicos generalizan llamándola "depresión") se le ha dado tanta publicidad y se ha politizado profundamente el duelo por aquellos que murieron de sida; el NAMES Project Quilt es un buen ejemplo: ritualizar y repetir el nombre mismo como un modo de admitir públicamente la pérdida ilimitada.[18]

En la medida en que el duelo continúe siendo algo indecible, la ira provocada por la pérdida puede intensificarse en virtud de la imposibilidad de confesarla. Y si se proscribe la cólera misma que produce la pérdida, los efectos melancólicos de semejante proscripción pueden alcanzar proporciones suicidas. La aparición de instituciones colectivas que alientan la expresión del duelo son, pues, esenciales para sobrevivir, para unir a la comunidad, para reelaborar los lazos de afinidad, para volver a entretejer relaciones de sostén mutuo. Y, en la medida en que tales instituciones den publicidad y promuevan la dramatización de la muerte, deben interpretarse como una repuesta en favor de la vida y en contra de las horrendas consecuencias psíquicas de un proceso de duelo obstaculizado y proscrito culturalmente.

PERFORMATIVIDAD DE GÉNERO Y PERFORMATIVIDAD SEXUAL

¿Cómo se vincula, pues, el tropo mediante el cual se describe el discurso como "performativo" con el sentido teatral de "*performance*", de esa actuación en la que parece esencial el rango hiperbólico que alcancen las normas de género? En el travestismo lo que se "actúa" es, por supuesto, *el signo* del género, un signo que no es lo mismo que el cuerpo que figura, pero que, sin ese cuerpo, no puede leerse. El signo, entendido como un imperativo de género –"¡niña!"– es menos una asignación que un mandato y, como tal, produce sus propias insubordinaciones. El acatamiento hiperbólico

18. Véase Douglas Crimp, "Mourning and Militancy", *October*, 51, invierno de 1989, págs. 97-107.

del mandato puede revelar la jerarquía hiperbólica de la norma misma; en realidad, puede llegar a ser el signo cultural que hace legible el imperativo cultural. Pero, puesto que las normas heterosexuales de género producen ideales que no pueden alcanzarse plenamente, podría decirse que la heterosexualidad opera a través de la producción regulada de versiones hiperbólicas del "hombre" y la "mujer". En su mayor parte, éstas son actuaciones impuestas que ninguno de nosotros ha elegido, pero que todos estamos obligados a negociar. Y digo "obligados a negociar" porque el carácter obligatorio de estas normas no implica que siempre sean eficaces. Su propia ineficacia las perturba permanentemente; de ahí el intento angustiosamente repetido de instalar y aumentar su jurisdicción.

La resignificación de las normas es pues una función de su *ineficacia* y es por ello que la subversión, el hecho de *aprovechar la debilidad de la norma,* llega a ser una cuestión de habitar las prácticas de su rearticulación. La promesa esencial del travestismo no tiene que ver con la proliferación de géneros, como si el mero aumento de las cifras bastara para obtener un resultado, antes bien lo que ofrece es un modo de exponer, de poner en evidencia la incapacidad de los regímenes heterosexuales para legislar o contener por completo sus propios ideales. Por lo tanto, no se trata de que el travestismo se *oponga* a la heterosexualidad, ni de que la proliferación de travestis vaya a derrocar la heterosexualidad; por el contrario, el travestismo tiende a ser la alegoría de la heterosexualidad y su melancolía constitutiva. Como alegoría cuya fuerza reside en lo hiperbólico, el travestismo pone de relieve lo que, después de todo, sólo está determinado en relación con lo hiperbólico: la cualidad subestimada, sobreentendida, de la performatividad heterosexual. De modo que, en el mejor de los casos, el travestismo puede leerse por el modo en que las normas hiperbólicas se disimulan como lo trivial heterosexual. A la vez, esas mismas normas, aunque se las considere no como mandatos a los que hay que obedecer sino como imperativos que deben "citarse", torcerse, desarticularse y señalarse como imperativos heterosexuales, no necesariamente han de subvertirse en el proceso.

Es importante destacar que aunque la heterosexualidad opera en parte a través de la estabilización de las normas de género, el género designa un sitio denso de significaciones que contienen y

exceden la matriz heterosexual. Aunque las formas de la sexualidad no determinan unilateralmente el género, es sin embargo esencial mantener una conexión no causal y no reductora entre la sexualidad y el género. Precisamente porque la homofobia con frecuencia opera atribuyendo a los homosexuales un género perjudicado, fracasado o, de lo contrario, abyecto, esto es, llamando a los hombres gay "afeminados" y a las lesbianas "marimachos", y porque el terror homofóbico a realizar actos homosexuales, cuando se da, frecuentemente coincide con un horror a perder el género apropiado ("Ya no ser un verdadero hombre o un hombre hecho y derecho" o "dejar de ser una verdadera mujer o una mujer adecuada"), parece fundamental atenerse a un aparato teorético que explique cómo se regula la sexualidad mediante la vigilancia y la humillación del género.

Quisiéramos destacar que cierto tipo de prácticas sexuales vinculan más profundamente a las personas que la afiliación de género,[19] pero una afirmación de este tipo sólo puede negociarse, en caso de que pueda hacérselo, en relación con ocasiones específicas de afiliación; nada hay en la práctica sexual ni en el género que permita dar prioridad a uno sobre el otro. Con todo, las prácticas sexuales invariablemente se experimentarán de manera diferente de acuerdo con las relaciones de género en las que se den. Y puede haber formas de "género" dentro de la homosexualidad que requieran una teorización que supere las categorías de "masculino" y "femenino".

Si pretendemos dar prioridad a la práctica sexual como un modo de trascender el género, podríamos preguntarnos qué precio hay que pagar para que el hecho de separar *analíticamente* los dos ámbitos pueda considerarse una distinción. ¿Existe acaso un dolor específico de género que provoque fantasías de una práctica sexual que trascienda directamente la diferencia de género, una práctica en la que ya no fueran legibles las marcas de la masculinidad y la femineidad? ¿No sería ésa una práctica sexual paradigmáticamente fetichista que intentaría no saber lo que sabe, aún sabiéndolo? Esta pregunta no implica degradar el fetiche (¿dónde estaríamos sin él?), sino que pretende determinar si el carácter

19. Véase Sedgwick, "Across Gender, Across Sexuality: Willa Cather and Others".

radicalmente separable de la sexualidad y el género sólo puede concebirse de acuerdo con una lógica del fetiche.

En teorías tales como la de Catharine MacKinnon, se entiende que las relaciones sexuales de subordinación establecen categorías de género diferenciales, de modo tal que se define a los "hombres" como aquellos que ocupan una posición social sexualmente dominante y a las "mujeres" como quienes ocupan una posición de subordinación. El enfoque en alto grado determinista de MacKinnon no permite teorizar las relaciones de sexualidad fuera del rígido marco de la diferencia de género ni concebir algún tipo de regulación sexual que no tome el género como su objeto principal (es decir, la prohibición de la sodomía, el sexo público, la homosexualidad consensuada). Es por ello que la influyente distinción entre la esfera de la sexualidad y la del género establecida por Gayle Rubin en "Thinking Sex" y la reformulación de esa posición ofrecida por Sedgwick constituyen una importante oposición teorética a la forma determinista del estructuralismo de MacKinnon.[20]

En mi opinión, es necesario reelaborar esta oposición a fin de confundir las líneas que separan la teoría *queer* del feminismo.[21] Seguramente es tan inaceptable insistir en que las relaciones de subordinación sexual determinan la posición de género como lo es separar radicalmente las formas de sexualidad de los efectos de las normas de género. Sin duda, la relación entre la práctica sexual y el género no es una relación determinada estructuralmente, pero para poder desestabilizar el supuesto heterosexual de ese estructuralismo aún es necesario concebir los dos términos en una relación dinámica y recíproca.

En términos psicoanalíticos, la relación entre el género y la sexualidad se negocia en parte a través de la relación entre la identi-

20. Véase Gayle Rubin, "Thinking Sex: Notes for a Radical Theory of the Politics of Sexuality", en Carole S. Vance (comp.), *Pleasure and Danger*, Nueva York, Routledge, 1984, págs. 267-319; Eve Kosofsky Sedgwick, *Epistemology of the Closet*, págs. 27-39.

21. Hacia el final de la breve conclusión teorética de "Thinking Sex", Rubin retorna al feminismo de manera gestual, al sugerir que "en el largo plazo, la crítica de la jerarquía del género que ofrece el feminismo deberá incorporarse a una teoría radical del sexo y la crítica de la opresión sexual debería enriquecer al feminismo. Pero, es necesario desarrollar una teoría y una política autónomas relativas específicamente a la sexualidad" (pág. 309).

ficación y el deseo. Y aquí se hace evidente por qué negarse a trazar líneas de implicación causal entre estos dos ámbitos es tan importante como mantener abierta una investigación sobre la compleja interimplicación que existe entre ambos. Porque, si identificarse como mujer no implica necesariamente desear a un hombre y si desear a una mujer no indica necesariamente la presencia constitutiva de una identificación masculina, sea cual fuere ésta, luego la matriz heterosexual se manifiesta como una lógica *imaginaria* que demuestra insistentemente que no puede ser manejada. La lógica heterosexual que exige que la identificación y el deseo sean mutuamente excluyentes es uno de los instrumentos psicológicos más reductores de heterosexismo: si uno se identifica *como* un determinado género, debe desear a alguien de un género diferente. Por un lado, no existe una única femineidad con la que uno pueda identificarse, lo cual equivale a decir que la femineidad podría ofrecer una variedad de sitios identificatorios, como demuestra la proliferación de posibilidades de lesbianas ultrafemeninas. Por el otro lado, suponer que las identificaciones homosexuales "se reflejan" o repiten entre sí difícilmente baste para describir los complejos y dinámicos intercambios que se dan en las relaciones lesbianas y gay. El vocabulario que describe el difícil juego, el cruce y la desestabilización de las identificaciones masculinas y femeninas dentro de la homosexualidad sólo ha comenzado a emerger en el seno del lenguaje teorético: el lenguaje no académico inmerso históricamente en las comunidades gay resulta mucho más instructivo. Aun hace falta teorizar en toda su complejidad el pensamiento de la diferencia sexual *dentro* de la homosexualidad.

Pues será decisivo determinar si las estrategias sociales de regulación, abyección y normalización no han de continuar vinculando el género y la sexualidad de modo tal que el análisis que intente oponerse deba sufrir la presión de teorizar sus interrelaciones. Esto no será lo mismo que reducir el género a las formas prevalecientes de relaciones sexuales, de modo tal que uno "sea" el efecto de la posición sexual que supuestamente ocupa. En contra de tal reducción, debe ser posible afirmar una serie de relaciones no causales y no reductoras entre el género y la sexualidad, no sólo para asociar el feminismo con la teoría *queer*, como podrían asociarse dos empresas separadas, sino para establecer su

interrelación constitutiva. De modo similar, la indagación acerca de la homosexualidad y el género tendrá que ceder la prioridad de *ambos* términos en aras de lograr un mapa más complejo del poder, que cuestione la formación de cada uno de ellos en regímenes raciales y sectores geopolíticos específicos. Y, por supuesto, la tarea no termina allí, pues no hay ningún término que pueda considerarse fundacional y el éxito de cualquier análisis dado que se concentre en un único término bien puede constituir la marca de sus propias limitaciones como un punto de partida excluyente.

Por lo tanto, el objetivo de este análisis no puede ser la subversión pura, como si bastara con socavar lo que ya existe para establecer y dirigir la lucha política. Antes que la desnaturalización o la proliferación, parecería que para reflexionar acerca del discurso y el poder atendiendo al futuro hay diversas sendas posibles: ¿hay un modo de concebir el poder como resignificación y a la vez como la convergencia o interarticulación de relaciones de regulación, dominación y constitución? ¿Cómo saber cuál podría considerarse una resignificación afirmativa –con todo el peso y la dificultad que implica semejante tarea– y cómo correr el riesgo de reinstalar lo abyecto como el sitio de su oposición? Pero también, ¿cómo reconcebir los términos que establecen y sustentan los cuerpos que importan?

Fue interesante analizar la película *París en llamas*, no tanto por el modo en que exhibe las estrategias desnaturalizantes para reidealizar la condición de blanco y las normas heterosexuales de género, como por las rearticulaciones de parentesco menos estabilizadoras que ocasiona. Los bailes de travestis mismos a veces producen la femineidad exacerbada como una función de la condición de blanco y desvían la homosexualidad a través de una transgenerización que *reidealiza* ciertas formas burguesas de intercambio heterosexual. Sin embargo, si bien esas actuaciones no son subversivas de una manera inmediata u obvia, bien puede ocurrir que en la *reformulación del parentesco*, particularmente en la redefinición de la "casa" y sus formas de colectividad –los cuidados maternales, la aflicción por el otro, las lecturas y el hecho de llegar a ser legendario–, la apropiación y el redespliegue de las categorías dominantes permitan establecer relaciones de parentesco que, al ofrecer apoyo incondicional, funcionen como discursos opositores. En este sentido, puede ser provechoso leer *Pa-*

rís en llamas comparándolo con, digamos, *El ejercicio de la maternidad* de Nancy Chodorow e interrogarse qué ocurre con el psicoanálisis y el parentesco en cada obra. En el primero, las categorías tales como "casa" y "madre" derivan del escenario familiar, pero también se despliegan para formar hogares y comunidades alternativos. Esta *resignificación* señala los efectos de una capacidad de acción que (a) no es lo mismo que voluntarismo y que (b) aunque está *implicada* en las mismas relaciones de poder con las que procura rivalizar, no por ello puede reducirse a esas formas dominantes.

La performatividad describe esta relación de estar implicado en aquello a lo que uno se opone, este modo de volver el poder contra sí mismo para producir modalidades alternativas de poder, para establecer un tipo de oposición política que no es una oposición "pura", una "trascendencia" de las relaciones contemporáneas de poder, sino que constituye la difícil tarea de forjar un futuro empleando recursos inevitablemente impuros.

¿Cómo podremos saber cuál es la diferencia entre el poder que promovemos y el poder al que nos oponemos? Podría replicarse ¿se trata de una cuestión de "saber"? Porque uno está, por así decirlo, en el poder, aun cuando se oponga a él, porque el poder nos forma mientras lo reelaboramos y esta simultaneidad es a la vez la condición de nuestra parcialidad, la medida de nuestro desconocimiento político y también la condición de la acción misma. Los efectos incalculables de la acción son una parte de su promesa subversiva, tanto como lo son los efectos que planeamos de antemano.

Los efectos de las expresiones performativas, entendidas como producciones discursivas, no concluyen al término de una determinada declaración o enunciación, la aprobación de una ley, el anuncio de un nacimiento. El alcance de su significación no puede ser controlado por quien la pronuncia o escribe, pues esas producciones no pertenecen a quien las pronuncia. Continúan significando a pesar de sus autores y, a veces, en contra de las intenciones más preciadas de sus autores.

Una de las implicaciones ambivalentes de la descentralización del sujeto es que su escritura sea el sitio de una expropiación necesaria e inevitable. Pero esa cesión de propiedad de lo que uno escribe tiene una serie importante de corolarios políticos, porque la

ocupación, reformulación, deformación de las palabras de uno abren un difícil campo futuro de comunidad, un campo en el que la esperanza de llegar a reconocerse plenamente en los términos por los cuales uno significa seguramente terminará en desengaño. Sin embargo, esa no posesión de las palabras propias está allí desde el comienzo, puesto que hablar es siempre de algún modo el habla de un extraño a través de uno mismo y como uno mismo, la reiteración melancólica de un lenguaje que uno nunca eligió, que uno no considera el instrumento que quisiera emplear, pero esa misma persona es utilizada, expropiada, por decirlo de algún modo, como la condición inestable y continua del "uno" y el "nosotros", la condición inestable del poder que obliga.

Índice de nombres

Abraham, Karl, 128
Abraham, Nicolas, 284 n. 12
ACT UP, 327
Alarcón, Norma, 262, n. 15
Alexander, M. Jacqui, 175 n. 18
Althusser, Louis, 65 n. 13, 66, 111, 180, 181, 268, 271, 272, 316
Andrews, Julie, 185
Anzaldúa, Gloria, 175 n. 17, 183, 262 n. 15
Appiah, Anthony, 41 n. 15
Aristóteles, 40, 58-66, 73, 77
Austin, J. L., 29 n. 7, 34 n. 9, 315, 317 n. 5

Barrie, J. M., 222
Bataille, Georges, 150 n. 3
Bergson, Henri Louis, 30 n. 8
Berlant, Lauren, 308,
Bernal, Martin, 86 n. 44
Bersani, Leo, 170, 171 n. 15
Bhabha, Homi, 191 n. 6, 248 n. 5
Bloch, Ernst, 59 n. 5
Borch-Jacobsen, Michel, 35 n. 11
Bourdieu, Pierre, 31 n. 8
Brennan, Teresa, 201 n. 8
Brecht, Bertold, 313
Brontë, Charlotte, 222, 223 n. 15
Brown, Wendy, 59 n. 4, 150 n. 3
Busch, Wilhelm, 97, 101
Butler, Judith, 12 n. 1, 35 n. 11, 57 n. 2

Carby, Hazel, 249-252, 256.
Caruth, Cathy, 27 n. 5
Cather, Willa, 39, 44, 45, 67 n.17, 183, 200-203, 208-210, 214-220, 222, 224, 226-230, 233-236, 258, 271-274
Chodorow, Nancy, 176 n.18, 338,
Chow, Rey, 176

Christian, Barbara, 241, 249, 250 n. 6, 262
Cope, Karin, 216 n. 9
Cornell, Drucilla, 83 n. 39, 274 n. 5, 324 n. 11
Crimp, Douglas, 327 n. 13

De Beauvoir, Simone, 21
De Lauretis, Teresa, 135 n. 33, 158 n. 6
De Man, Paul, 316 n. 4
Deleuze, Gilles, 21
Derrida, Jacques, 17, 23-28, 30 n. 8-10, 35, 57, 58 n. 70, 71-76 n. 74, 140 n. 34, 225 n. 17, 270, 272, 274 n. 5, 276, 317 n. 5, 318, 358 n. 3
Diotima, 90 n. 48
Doane, Mary Ann, 35 n. 11, 158 n. 6
Douglas, Mary, 93 n. 49
Du Bois, Page, 77 n. 30
Du Bois, W.E.B, 256

Ellis, Havelock, 227 n. 18

Fanon, Frantz, 175 n. 18, 176,
Felman, Shoshana, 34 n. 9
Feuerbach, Ludwig, 59 n. 5
Fineman, Joel, 217 n. 10
Foucault, Michel, 28, 30, 40, 48, 60-66, 143, 150 n. 3, 165, 270, 273, 280, 284, 291, 313, 315, 319 n. 8
Fox Keller, Evelyn, 60 n. 7
Freud, Sigmund, 29 n. 7, 35, 36 n.12, 39, 40, 48 n. 19, 77 n. 31, 94, 95-106, 114-119, 130, 131, 134 n. 32, 141, 142, 159, 161 n. 9, 166 n. 14, 167, 259-262, 271 n. 3, 284, 289, 329
Frye, Marilyn, 185
Fuss, Diana, 35 n. 11

Gallop, Jane, 70, 95, 100 n. 7, 130
Garber, Marjorie, 185 n. 3
Garlan, Judy, 327
Gates, Henry Louis Jr., 41 n. 15, 250 n. 6, 264
Gilroy, Paul, 175 n. 18
Gomez, Jewelle, 253 n. 8
Gramsci, Antonio, 171, 193
Grosz, Elizabeth, 69 n. 19, 98 n. 5
Guillaumin, Colette, 41 n. 15

Habermas, Jürgen, 273
Hall, Radclyffe, 135 n. 33
Halperin, David, 88 n. 46
Haraway, Donna, 17, 86 n. 44
Harris, Jeane, 208 n. 1
Hegel, George Wilhelm Friedrich, 170, 174, 276, 305
Heidegger, Martin, 30 n. 8
Hoffman, Dustin, 185
Holofernes, 155
hooks, bell, 185, 186 n. 4, 194-198

Hombre de los Lobos (caso de Freud), 289
Huggins, Nathan, 250 n. 6
Hull, Gloria, 249, 250 n. 6
Husserl, Edmund, 283 n. 12

Irigaray, Luce, 40, 53, 60, 66-72, 74-89, 93, 113 n. 15, 116, 124 n. 26, 183, 241, 267
Irma (caso de Freud), 102 n. 9

Jan Mohamed, Adbul R., 41 n. 15, 176
Johnson, Barbara, 34 n. 9
Jones, Ernest, 128

Kafka, Franz, 164 n. 11, 213
Kant, Immanuel, 107
Kellner, Bruce, 257 n. 9
Klein, Melanie, 107 n. 11, 128
Kojève, Alexander, 120 n. 23
Kramer, Larry, 327 n. 13
Kripke, Saul, 221, 291, 296-301, 303, 304 n. 18, 305
Kristeva, Julia, 26 n. 4, 74, 76 n. 29, 111, 112 n. 14, 113
Lacan, Jacques, 19 n. 2, 29 n. 7, 33, 36, 37 n. 13, 40, 41 n. 14, 45, 48, 83 n. 40, 94, 95-100, 104, 111-135, 137-141, 146-149, 152, 153 n. 4,154, 156, 161-164, 167, 168, 181, 191, 200, 201 n. 8, 203, 220, 221, 261, 262, 267, 270 n. 2, 271 n. 3, 272, 283 n. 12, 286, 289, 291, 294, 295, 297, 301, 303
Laclau, Ernesto, 46, 272, 273 n. 4, 274 n. 5, 276, 286, 292, 295, 296-298, 303, 305
Lacou-Labarthe, Philippe, 161 n. 8, 216 n. 8, 275 n. 7, 277 n. 9, 283 n. 12
Laplanche, Jean, 19 n. 2, 148 n. 2, 159 n. 7
Laqueur, Thomas, 60 n. 7
Larsen, Nella, 42, 45, 89, 169, 181, 241-245, 248-258, 262, 264, 266
Lee, Hermione, 208 n. 2
Lemmon, Jack, 185
Lévi-Strauss, Claude, 140 n. 34
Leys, Ruth, 35 n. 11
Livingston, Jennie, 39, 188, 194-198
Lloyd, David, 41 n. 15
Lowe, Lisa, 26 n. 4, 43 n. 16, 175 n. 18, 176
Lyotard, Jean François, 26 n. 4
Lypsinka, 327

Maquiavelo, Nicolás, 59 n. 4, 67 n. 15
MacKinnon, Catharine, 335
McDonald, Bridget, 67 n.15
McDowell, Deborah, 249-252, 258, 250 n. 6, 251 n. 7, 257 n. 10
McKay, Claude, 257 n. 10

McLendon, Jacquelyn, 57 n. 2, 250 n. 6
Madonna, 191
Marcus, Sharon, 57 n. 2
Marks, Patricia, 229 n. 19
Marx, Karl, 58, 59 n. 5, 241, 284
Mercer, Kobena, 191 n. 6
Merleau-Ponty, Maurice, 111
Miller, James, 150 n. 3
Miller, Richard, 216 n. 8
Minnelli, Liza, 327
Minh-ha, Trinh T., 241
Mohanty, Chandra Talpade, 40, 43 n. 16, 175 n. 18
Morrison, Toni, 176 n. 19, 232 n. 21, 263 n. 17, 264
Mouffe, Chantal, 46, 273, 275, 292, 303

Nagel, Tomas, 298
NAMES Project Quilt, 332
Nancy, Jean-Luc, 161 n. 8
Nietzsche, Friedrich, 36, 37 n. 13, 70, 137, 180, 225 n. 17, 313, 315
Ninja, Willi, 191
Niranjana, Tejaswini, 43 n. 16
Nunokawa, Jeff, 105

O'Brien, Mary, 60 n. 7
O'Brien, Sharon, 208, 209, 214 n. 7, 223 n. 13, 235 n. 23
Omi, Michel, 41 n. 15, 322 n. 10
Ortner, Sherry, 21 n. 3

Pêcheux, Michel, 308 n. 21
Platón, 39, 40, 60, 66, 70 n. 22, 73 n. 24, 85, 88, 92, 94, 104, 183
Plotino, 73 n. 26, 74 n. 28, 77, 78 n. 32, 79, 86 n. 44
Pontalis, J.-B., 19 n. 2, 148 n. 2, 159 n. 7
Pratt, Mary Louise, 34 n. 9

Queer Nation, 327

Rainey, Ma, 252
Rancière, Jacques, 162 n. 10
Raymond, Janice, 185
Rich, Adrienne, 210, 210 n. 5
Riley, Denise, 311 n. 22
Robinson, Phyllis. C., 217 n. 10
Román, David, 327 n. 12
Rose, Jacqueline, 123 n. 25, 158 n. 6
Rubin, Gayle, 162 n. 10, 335 n. 20, 335 n. 21, 336

Sadownick, Doug, 327 n. 13
St. Lourent, Octavia, 197
Sartre, Jean-Paul, 121 n. 24
Sato, Hiroko, 250 n. 6
Schor, Naomi, 63 n. 19, 81, 117 n. 19
Searle, John, 29 n. 7
Sedgwick, Eve Kosofsky, 45, 209, 210, 216 n. 8, 223 n. 13, 230, 233, 315, 334

Silverman, Kaja, 35 n. 11, 101 n. 8, 162 n. 10
Singer, Linda, 193 n. 7
Singh, Amritjit, 249, 250 n. 6
Shakespeare, William, 218 n. 11
Sócrates, 73 n. 25, 90 n. 48
Smith, Bessie, 252
Smyth, Cherry, 321 n. 9
Spelman, Elizabeth, 68 n. 18
Spillers, Hortense, 250 n. 6
Spivak, Gayatri Chakravorty, 17, 43 n. 16, 53, 55, 83 n. 39, 174 n. 16, 176, 181, 306 n. 19, 322
Stein, Gertrude, 216 n. 9
Strawson, P. F., 298

Tate, Claudia, 249, 250 n. 6, 251, 264
Thornton, Hortense, 250 n. 6
Torok, Maria, 134 n. 32, 283 n. 12

Van Vechten, Carl, 256
Vattimo, Gianni, 53, 54 n. 1

Wall, Cheryl, 249, 250 n. 6, 251
Walsh, Michael, 288 n. 13, 289
Washington, Mary Helen, 249, 250 n. 6
Weed, Elizabeth, 69 n. 19
Whitford, Margaret, 69 n. 19, 83 n. 41, 84, 116 n. 18, 124 n. 26
Wilde, Oscar, 220, 228, 230, 234
Williams, Patricia, 182
Williams, Walter, 175 n. 18, 176,
Winant, Howard, 41 n. 15, 322 n. 20
Winkler, John, 73 n. 27
Wittgenstein, Ludwig, 34 n. 9, 144 n. 1
Wittig, Monique, 115 n. 17
Wollheim, Richard, 107 n. 11
Wynter, Sylvia, 41 n. 15

Xtravaganza, House of, 184, 196
Xtravaganza, Venus, 184, 189-194

Yale University, 194, 237
Yaoumans, Mary Mabel, 249

Žižek, Slavoj, 45, 46, 221, 268-273, 276-294, 301, 303-309

Ley N° 26.743

IDENTIDAD DE GÉNERO

Infojus
SISTEMA ARGENTINO DE INFORMACIÓN JURÍDICA

SDH

Secretaría de Derechos Humanos
Ministerio de Justicia y Derechos Humanos
Presidencia de la Nación

Ley Nº 26.743

IDENTIDAD DE GÉNERO

Infojus
SISTEMA ARGENTINO DE INFORMACIÓN JURÍDICA

SDH

Secretaría de Derechos Humanos
Ministerio de Justicia y Derechos Humanos
Presidencia de la Nación

Argentina. Leyes
Ley Nº 26.743. Identidad de género. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación. Secretaría de Derechos Humanos, 2014.
16 p. ; 13x9 cm.

ISBN 978-987-1407-77-4

1. Derechos Humanos. 2. Legislación. I. Título.
CDD 343.071

1ª edición: septiembre de 2014
3.000 ejemplares

© Secretaría de Derechos Humanos

Esta publicación fue realizada por el Área de Publicaciones de la Secretaría de Derechos Humanos del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación.

25 de Mayo 544. PB. Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Argentina.
publicacionessdh@jus.gob.ar
www.derhuman.jus.gob.ar

Impreso en la Argentina

Presidenta de la Nación
Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Ministro de Justicia y Derechos Humanos
Dr. Julio César Alak

Secretario de Derechos Humanos
Dr. Martín Fresneda

La política de derechos humanos, impulsada por el gobierno nacional desde 2003, se enriqueció, amplió su mirada y buscó integrar dentro del marco legal y jurídico a todos los habitantes de la Argentina. En la sanción de nuevas leyes y reforma y modernización de otras se evidencia el interés real de un Estado presente que trabaja para que todo el pueblo de la República pueda saberse en pie de igualdad ante la ley.

Estas políticas públicas, enfocadas desde una perspectiva de garantía, protección y ampliación de los derechos humanos, se fortalecen cuando todas las personas conocen sus derechos y, en consecuencia, pueden ejercerlos. Con ese objetivo, la Secretaría de Derechos Humanos publica esta colección de bolsillo que incluye la Declaración Universal de Derechos Humanos, la Constitución de la Nación Argentina y otros instrumentos jurídicos que reflejan parte de los logros alcanzados en estos últimos años.

Ley Nº 26.743
Identidad de Género

Sancionada: 9 de mayo de 2012
Promulgada: 23 de mayo de 2012
Publicada en B.O.: 24 de mayo de 2012

Establécese el derecho a la identidad de género de las personas.

El Senado y Cámara de Diputados de la Nación Argentina reunidos en Congreso, etc. sancionan con fuerza de ley:

Artículo 1º.- Derecho a la identidad de género. Toda persona tiene derecho:

a) Al reconocimiento de su identidad de género;

b) Al libre desarrollo de su persona conforme a su identidad de género;

c) A ser tratada de acuerdo con su identidad de género y, en particular, a ser identificada de ese modo en los instrumentos que acreditan su identidad respecto de el/los nombre/s de pila, imagen y sexo con los que allí es registrada.

Artículo 2º.- Definición. Se entiende por identidad de género a la vivencia interna e individual del género tal como cada persona la siente, la cual puede corresponder o no con el sexo asignado al momento del nacimiento, incluyendo la vivencia personal del cuerpo. Esto puede involucrar la modificación de la apariencia o la función corporal a través de medios

farmacológicos, quirúrgicos o de otra índole, siempre que ello sea libremente escogido. También incluye otras expresiones de género, como la vestimenta, el modo de hablar y los modales.

Artículo 3º.- Ejercicio. Toda persona podrá solicitar la rectificación registral del sexo, y el cambio de nombre de pila e imagen, cuando no coincidan con su identidad de género autopercibida.

Artículo 4º.- Requisitos. Toda persona que solicite la rectificación registral del sexo, el cambio de nombre de pila e imagen, en virtud de la presente ley, deberá observar los siguientes requisitos:

1. Acreditar la edad mínima de dieciocho (18) años de edad, con excepción de lo establecido en el artículo 5 de la presente ley.

2. Presentar ante el Registro Nacional de las Personas o sus oficinas seccionales correspondientes, una solicitud manifestando encontrarse amparada por la presente ley, requiriendo la rectificación registral de la partida de nacimiento y el nuevo documento nacional de identidad correspondiente, conservándose el número original.

3. Expresar el nuevo nombre de pila elegido con el que solicita inscribirse.

En ningún caso será requisito acreditar intervención quirúrgica por reasignación genital total o parcial, ni acreditar terapias hormonales u otro tratamiento psicológico o médico.

Artículo 5º.- Personas menores de edad. Con relación a las personas menores de dieciocho (18) años de edad la solicitud del trámite a que refiere el artículo 4º deberá ser efectuada a través de sus representantes legales y con expresa conformidad del menor, teniendo en cuenta los principios de capacidad progresiva e interés superior del niño/a de acuerdo con lo estipulado en la Convención sobre los Derechos del Niño y en la Ley 26.061 de protección integral de los derechos de niñas, niños y adolescentes. Asimismo, la persona menor de edad deberá contar con la asistencia del abogado del niño prevista en el artículo 27 de la Ley 26.061.

Cuando por cualquier causa se niegue o sea imposible obtener el consentimiento de alguno/a de los/as representantes legales del menor de edad, se podrá recurrir a la vía sumarísima para que los/as jueces/zas correspondientes resuelvan, teniendo en cuenta los principios de capacidad progresiva e interés superior del niño/a de acuerdo con lo estipulado en la Convención sobre los Derechos del Niño y en la Ley 26.061 de protección integral de los derechos de niñas, niños y adolescentes.

Artículo 6º.- Trámite. Cumplidos los requisitos establecidos en los artículos 4º y 5º, el/la oficial público procederá, sin necesidad de ningún trámite judicial o administrativo, a notificar de oficio la rectificación de sexo y cambio de nombre de pila al Registro Civil de la jurisdicción donde fue asentada el acta de nacimiento para que proceda a emitir una nueva

partida de nacimiento ajustándola a dichos cambios, y a expedirle un nuevo documento nacional de identidad que refleje la rectificación registral del sexo y el nuevo nombre de pila. Se prohíbe cualquier referencia a la presente ley en la partida de nacimiento rectificada y en el documento nacional de identidad expedido en virtud de la misma.

Los trámites para la rectificación registral previstos en la presente ley son gratuitos, personales y no será necesaria la intermediación de ningún gestor o abogado.

Artículo 7º.- Efectos. Los efectos de la rectificación del sexo y el/los nombre/s de pila, realizados en virtud de la presente ley serán oponibles a terceros desde el momento de su inscripción en el/los registro/s.

La rectificación registral no alterará la titularidad de los derechos y obligaciones jurídicas que pudieran corresponder a la persona con anterioridad a la inscripción del cambio registral, ni las provenientes de las relaciones propias del derecho de familia en todos sus órdenes y grados, las que se mantendrán inmodificables, incluida la adopción.

En todos los casos será relevante el número de documento nacional de identidad de la persona, por sobre el nombre de pila o apariencia morfológica de la persona.

Artículo 8º.- La rectificación registral conforme la presente ley, una vez realizada, sólo podrá ser nuevamente modificada con autorización judicial.

Artículo 9º.- Confidencialidad. Sólo tendrán acceso al acta de nacimiento originaria quienes cuenten con autorización del/la titular de la misma o con orden judicial por escrito y fundada.

No se dará publicidad a la rectificación registral de sexo y cambio de nombre de pila en ningún caso, salvo autorización del/la titular de los datos. Se omitirá la publicación en los diarios a que se refiere el artículo 17 de la Ley 18.248.

Artículo 10.- Notificaciones. El Registro Nacional de las Personas informará el cambio de documento nacional de identidad al Registro Nacional de Reincidencia, a la Secretaría del Registro Electoral correspondiente para la corrección del padrón electoral y a los organismos que reglamentariamente se determine, debiendo incluirse aquéllos que puedan tener información sobre medidas precautorias existentes a nombre del interesado.

Artículo 11.- Derecho al libre desarrollo personal. Todas las personas mayores de dieciocho (18) años de edad podrán, conforme al artículo 1º de la presente ley y a fin de garantizar el goce de su salud integral, acceder a intervenciones quirúrgicas totales y parciales y/o tratamientos integrales hormonales para adecuar su cuerpo, incluida su genitalidad, a su identidad de género autopercibida, sin necesidad de requerir autorización judicial o administrativa.

Para el acceso a los tratamientos integrales hormonales, no será necesario acreditar la voluntad en la

intervención quirúrgica de reasignación genital total o parcial. En ambos casos se requerirá, únicamente, el consentimiento informado de la persona. En el caso de las personas menores de edad regirán los principios y requisitos establecidos en el artículo 5º para la obtención del consentimiento informado. Sin perjuicio de ello, para el caso de la obtención del mismo respecto de la intervención quirúrgica total o parcial se deberá contar, además, con la conformidad de la autoridad judicial competente de cada jurisdicción, quien deberá velar por los principios de capacidad progresiva e interés superior del niño o niña de acuerdo con lo estipulado por la Convención sobre los Derechos del Niño y en la Ley 26.061 de protección integral de los derechos de las niñas, niños y adolescentes. La autoridad judicial deberá expedirse en un plazo no mayor de sesenta (60) días contados a partir de la solicitud de conformidad.

Los efectores del sistema público de salud, ya sean estatales, privados o del subsistema de obras sociales, deberán garantizar en forma permanente los derechos que esta ley reconoce.

Todas las prestaciones de salud contempladas en el presente artículo quedan incluidas en el Plan Médico Obligatorio, o el que lo reemplace, conforme lo reglamente la autoridad de aplicación.

Artículo 12.- Trato digno. Deberá respetarse la identidad de género adoptada por las personas, en especial por niñas, niños y adolescentes, que utilicen un nombre de pila distinto al consignado en su docu-

mento nacional de identidad. A su solo requerimiento, el nombre de pila adoptado deberá ser utilizado para la citación, registro, legajo, llamado y cualquier otra gestión o servicio, tanto en los ámbitos públicos como privados.

Cuando la naturaleza de la gestión haga necesario registrar los datos obrantes en el documento nacional de identidad, se utilizará un sistema que combine las iniciales del nombre, el apellido completo, día y año de nacimiento y número de documento y se agregará el nombre de pila elegido por razones de identidad de género a solicitud del interesado/a.

En aquellas circunstancias en que la persona deba ser nombrada en público deberá utilizarse únicamente el nombre de pila de elección que respete la identidad de género adoptada.

Artículo 13.- **Aplicación.** Toda norma, reglamentación o procedimiento deberá respetar el derecho humano a la identidad de género de las personas. Ninguna norma, reglamentación o procedimiento podrá limitar, restringir, excluir o suprimir el ejercicio del derecho a la identidad de género de las personas, debiendo interpretarse y aplicarse las normas siempre a favor del acceso al mismo.

Artículo 14.- Derógase el inciso 4 del artículo 19 de la Ley 17.132.

Artículo 15.- Comuníquese al Poder Ejecutivo Nacional.

Dada en la sala de sesiones del Congreso Argentino, en Buenos Aires, a los nueve días del mes de mayo del año dos mil doce.

Amado Boudou. — Julián A. Domínguez. — Gervasio Bozzano. — Juan H. Estrada.

SECRETARÍA DE DERECHOS HUMANOS
25 de Mayo 544 | C1002ABL | CABA
(011) 5167-6500
www.derhuman.jus.gob.ar

Derechos Sexuales y Derechos Reproductivos

Leyes que reconocen **tus derechos**














Leyes que reconocen **tus derechos**



Derechos Sexuales y Derechos Reproductivos



hos-SS.indd 1 07/01/2013 13:16:0

Derechos sexuales y derechos reproductivos 5

Leyes de referencia en salud sexual y salud reproductiva 7

Textos completos
· Ley 25.673 Programa Nacional de Salud Sexual y Procreación Responsable 8
· Decreto 1.282/2003 Reglamentación de la Ley 25.673 13
· Ley 26.130 Anticoncepción Quirúrgica 22

Textos abreviados
· Ley 26.485 Protección integral para prevenir, sancionar y erradicar la violencia contra las mujeres en los ámbitos en que desarrollen sus relaciones interpersonales 25
· Ley 26.529 Derechos del Paciente en su Relación con los Profesionales e Instituciones de la Salud 36
· Ley 26.743 Derecho a la identidad de género de las personas 39

hos-SS.indd 3 07/01/2013 13:16:0

Derechos sexuales y derechos reproductivos

Derechos sexuales: aquellos derechos que involucran la capacidad de disfrutar una vida sexual libremente elegida, satisfactoria, sin violencia ni riesgos.

Derechos reproductivos: se refieren a la posibilidad de decidir en forma autónoma y sin discriminación si tener o no tener hijos, cuántos hijos tener y el espaciamiento entre sus nacimientos, para lo que se requiere disponer de información suficiente y acceso a los medios adecuados.

Los derechos sexuales y reproductivos son reconocidos como parte de los derechos humanos. Están establecidos en la Constitución Nacional, por los tratados internacionales de derechos humanos que la integran, otros tratados y acuerdos internacionales aprobados por la Argentina, así como por las leyes nacionales sobre el tema.

hos-SS.indd 5 07/01/2013 13:16:0

Todas las personas tienen derecho a:

- Disfrutar una vida sexual saludable y placentera, sin presiones, coacción ni violencia.

- Ejercer la preferencia y orientación sexual libremente, sin sufrir discriminación ni violencia.

- Elegir si tener o no hijos, el número de hijos, cuándo tenerlos, con quién y con qué intervalo entre uno y otro.

- Recibir atención gratuita e integral de la salud sexual y reproductiva.

- Elegir el método anticonceptivo que más se adapta a sus necesidades, criterios y convicciones.

- Recibir de forma totalmente gratuita al método anticonceptivo elegido, incluidos la ligadura y la vasectomía, en hospitales, centros de salud, obras sociales y prepagas.

- Obtener información y orientación clara, completa y oportuna sobre salud sexual y reproductiva, expresada en términos sencillos y comprensibles.

- Acceder a la atención en salud sexual y reproductiva en un ambiente de respeto y garantía de confidencialidad, con preservación de la intimidad, de los derechos a la igualdad, a la no discriminación y a la autonomía.

hos-SS.indd 6 07/01/2013 13:16:0



Leyes de referencia en salud sexual y salud reproductiva

hos-SS.indd 7 07/01/2013 13:16:0

Textos completos

· Ley 25.673
Créase el Programa Nacional de Salud Sexual y Procreación Responsable, en el ámbito del Ministerio de Salud.

Sancionada: Octubre 30 de 2002
Promulgada de hecho: 21 de noviembre de 2002

Artículo 1º · Créase el Programa Nacional de Salud Sexual y Procreación Responsable en el ámbito del Ministerio de Salud.

Artículo 2º · Serán objetivos de este programa:

a) Alcanzar para la población el nivel más elevado de salud sexual y procreación responsable con el fin de que pueda adoptar decisiones libres de discriminación, coacciones o violencia;
b) Disminuir la morbimortalidad materno-infantil;
c) Prevenir embarazos no deseados;
d) Promover la salud sexual de los adolescentes;
e) Contribuir a la prevención y detección precoz de enfermedades

hos-SS.indd 8 07/01/2013 13:16:0

de transmisión sexual, de vih/sida y patologías genital y mamarias;
f) Garantizar a toda la población el acceso a la información, orientación, métodos y prestaciones de servicios referidos a la salud sexual y procreación responsable;
g) Potenciar la participación femenina en la toma de decisiones relativas a su salud sexual y procreación responsable.

Artículo 3º · El programa está destinado a la población en general, sin discriminación alguna.

Artículo 4º · La presente ley se inscribe en el marco del ejercicio de los derechos y obligaciones que hacen a la patria potestad. En todos los casos se considerará primordial la satisfacción del interés superior del niño en el pleno goce de sus derechos y garantías consagrados en la Convención Internacional de los Derechos del Niño (Ley 23.849).

Artículo 5º · El Ministerio de Salud en coordinación con los Ministerios de Educación y de Desarrollo Social y Medio Ambiente tendrán a su cargo la capacitación de educadores, trabajadores sociales y demás operadores comunitarios a fin de formar agentes aptos para:

a) Mejorar la satisfacción de la demanda por parte de los efectores y agentes de salud;
b) Contribuir a la capacitación, perfeccionamiento y actualización de conocimientos básicos, vinculados a la salud sexual y a la procreación responsable en la comunidad educativa;
c) Promover en la comunidad espacios de reflexión y acción para

hos-SS.indd 9 07/01/2013 13:16:0

la aprehensión de conocimientos básicos vinculados a este programa;
d) Detectar adecuadamente las conductas de riesgo y brindar contención a los grupos de riesgo, para lo cual se buscará fortalecer y mejorar los recursos barriales y comunitarios a fin de educar, asesorar y cubrir todos los niveles de prevención de enfermedades de transmisión sexual, vih/sida y cáncer genital y mamario.

Artículo 6º · La transformación del modelo de atención se implementará reforzando la calidad y cobertura de los servicios de salud para dar respuestas eficaces sobre salud sexual y procreación responsable. A dichos fines se deberá:

a) Establecer un adecuado sistema de control de salud para la detección temprana de las enfermedades de transmisión sexual, vih/sida y cáncer genital y mamario. Realizar diagnóstico, tratamiento y rehabilitación;
b) A demanda de los beneficiarios y sobre la base de estudios previos, prescribir y suministrar los métodos y elementos anticonceptivos que deberán ser de carácter reversible, no abortivos y transitorios, respetando los criterios o convicciones de los destinatarios, salvo contraindicación médica específica y previa información brindada sobre las ventajas y desventajas de los métodos naturales y aquellos aprobados por la ANMAT;
c) Efectuar controles periódicos posteriores a la utilización del método elegido.

Artículo 7º · Las prestaciones mencionadas en el artículo anterior

hos-SS.indd 10 07/01/2013 13:16:0

serán incluidas en el Programa Médico Obligatorio (PMO), en el nomenclador nacional de prácticas médicas y en el nomenclador farmacológico.
Los servicios de salud del sistema público, de la seguridad social de salud y de los sistemas privados las incorporarán a sus coberturas, en igualdad de condiciones con sus otras prestaciones.

Artículo 8º · Se deberá realizar la difusión periódica del presente programa.

Artículo 9º · Las instituciones educativas públicas de gestión privada confesionales o no, darán cumplimiento a la presente norma en el marco de sus convicciones.

Artículo 10º · Las instituciones privadas de carácter confesional que brinden por sí o por terceros servicios de salud, podrán con fundamento en sus convicciones, exceptuarse del cumplimiento de lo dispuesto en el artículo 6°, inciso b), de la presente ley

Artículo 11º · La autoridad de aplicación deberá:

a) Realizar la implementación, seguimiento y evaluación del programa;
b) Suscribir convenios con las provincias y con la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, para que cada una organice el programa en sus respectivas jurisdicciones para lo cual percibirán las partidas del Tesoro nacional previstas en el presupuesto. El no cumplimiento del mismo cancelará las transferencias acordadas. En el marco

hos-SS.indd 11 07/01/2013 13:16:0

del Consejo Federal de Salud, se establecerán las alícuotas que correspondan a cada provincia y a la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Artículo 12º · El gasto que demande el cumplimiento del programa para el sector público se imputará a la jurisdicción 80 - Ministerio de Salud, Programa Nacional de Salud Sexual y Procreación Responsable, del Presupuesto General de la Administración Nacional.

Artículo 13º · Se invita a las provincias y a la Ciudad Autónoma de Buenos Aires a adherir a las disposiciones de la presente ley.

Artículo 14º · Comuníquese al Poder Ejecutivo.

hos-SS.indd 12 07/01/2013 13:16:0

· Decreto 1282/2003
Reglamentación de la Ley Nº 25.673

Bs. As., 23/5/2003

VISTO el Expediente Nº 2002-4994/03-7 del registro del MINISTERIO DE SALUD y la Ley Nº 25.673 sobre Salud Sexual y Procreación Responsable, y

CONSIDERANDO:
Que dicha norma legal crea el PROGRAMA NACIONAL DE SALUD SEXUAL Y PROCREACIÓN RESPONSABLE en el ámbito del MINISTERIO DE SALUD.

Que la Ley Nº 25 673 importa el cumplimiento de los derechos consagrados en Tratados Internacionales, con rango constitucional, reconocido por la reforma de la Carta Magna de 1994, como la Declaración Universal de Derechos Humanos; el Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales; la Convención sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación Contra la Mujer; y

hos-SS.indd 13 07/01/2013 13:16:0

la Convención Internacional sobre los Derechos del Niño, entre otros. Que el artículo 75, inc. 23) de nuestra CONSTITUCIÓN NACIONAL, señala la necesidad de promover e implementar medidas de acción positiva a fin de garantizar el pleno goce y ejercicio de los derechos y libertades fundamentales reconocidos por la misma y los Tratados Internacionales de Derechos Humanos, antes mencionados.

Que la ORGANIZACIÓN MUNDIAL DE LA SALUD (OMS) define el derecho a la planificación familiar como "un modo de pensar y vivir adoptado voluntariamente por individuos y parejas, que se basa en conocimientos, actitudes y decisiones tomadas con sentido de responsabilidad, con el objeto de promover la salud y el bienestar de la familia y contribuir así en forma eficaz al desarrollo del país."

Que lo expuesto precedentemente implica el derecho de todas las personas a tener fácil acceso a la información, educación y servicios vinculados a su salud y comportamiento reproductivo.

Que la salud reproductiva es un estado general de bienestar físico, mental y social, y no de mera ausencia de enfermedades o dolencias, en todos los aspectos relacionados con el sistema reproductivo, sus funciones y procesos.

Que estadísticamente se ha demostrado que, entre otros, en los estratos más vulnerables de la sociedad, ciertos grupos de mujeres y varones, ignoran la forma de utilización de los métodos anticonceptivos más eficaces y adecuados, mientras que otros se encuentran imposibilitados económicamente de acceder a ellos.

hos-SS.indd 14 07/01/2013 13:16:0

Que en consecuencia, es necesario ofrecer a toda la población el acceso a: la información y consejería en materia de sexualidad y el uso de métodos anticonceptivos, la prevención, diagnóstico y tratamiento de las infecciones de transmisión sexual incluyendo el HIV/ SIDA y patología genital y mamaria; así como también la prevención del aborto.

Que la ley que por el presente se reglamenta no importa sustituir a los padres en el asesoramiento y en la educación sexual de sus hijos menores de edad sino todo lo contrario, el propósito es el de orientar y sugerir acompañando a los progenitores en el ejercicio de la patria potestad, procurando respetar y crear un ambiente de confianza y empatía en las consultas médicas cuando ello fuera posible.

Que nuestro ordenamiento jurídico, principalmente a partir de la reforma Constitucional del año 1994, incorporó a través del art. 75, inc.) 22 la CONVENCIÓN INTERNACIONAL SOBRE LOS DERECHOS DEL NIÑO, y con esa orientación, ésta ley persigue brindar a la población el nivel más elevado de salud sexual y procreación responsable, siendo aspectos sobre los que, de ninguna manera, nuestros adolescentes pueden desconocer y/o permanecer ajenos.

Que, concretamente, la presente ley reconoce a los padres, justamente, la importantísima misión paterna de orientar, sugerir y acompañar a sus hijos en el conocimiento de aspectos, enfermedades de transmisión sexual, como ser el SIDA y/o patologías genitales y mamarias, entre otros, para que en un marco de responsabilidad y autonomía, valorando al menor como sujeto de derecho, mujeres y

hos-SS.indd 15 07/01/2013 13:16:0

hombres estén en condiciones de elegir su Plan de Vida.

Que la Ley Nº 25.673 y la presente reglamentación se encuentran en un todo de acuerdo con lo prescripto por el artículo 921 del CÓDIGO CIVIL, que otorga discernimiento a los menores de CATORCE (14) años y esta es la regla utilizada por los médicos pediatras y generalistas en la atención médica.

Que en concordancia con la CONVENCIÓN INTERNACIONAL SOBRE LOS DERECHOS DEL NIÑO, se entiende por interés superior del mismo, el ser beneficiarios, sin excepción ni discriminación alguna, del más alto nivel de salud y dentro de ella de las políticas de prevención y atención en la salud sexual y reproductiva en consonancia con la evaluación de sus facultades.

Que el temperamento propiciado guarda coherencia con el adoptado por prestigiosos profesionales y servicios especializados con amplia experiencia en la materia, que en la práctica asisten a los adolescentes, sin perjuicio de favorecer fomentar la participación de la familia, privilegiando el no desatenderlos.

Que en ese orden de ideas, las políticas sanitarias nacionales, están orientadas a fortalecer la estrategia de atención primaria de la salud, y a garantizar a la población el acceso a la información sobre los métodos de anticoncepción autorizados, así como el conocimiento de su uso eficaz, a efectos de su libre elección, sin sufrir discriminación, coacciones ni violencia, de conformidad con lo establecido en los documentos de Derechos Humanos y en ese contexto a facilitar el

hos-SS.indd 16 07/01/2013 13:16:0

acceso a dichos métodos e insumos.

Que, en el marco de la formulación participativa de normas, la presente reglamentación ha sido consensuada con amplios sectores de la población de los ámbitos académicos y científicos, así como de las organizaciones de la sociedad civil comprometidas con la temática, las jurisdicciones locales y acordado por el COMITÉ DE CRISIS DEL SECTOR SALUD y su continuador, el CONSEJO CONSULTIVO DEL SECTOR SALUD.

Que la DIRECCIÓN GENERAL DE ASUNTOS JURÍDICOS del MINISTERIO DE SALUD ha tomado la intervención de su competencia.

Que la presente medida se dicta de conformidad con las facultades emergentes del artículo 99, inciso 2º) de la CONSTITUCIÓN NACIONAL.

Por ello,
EL PRESIDENTE DE LA NACIÓN ARGENTINA
DECRETA:

Artículo 1º · Apruébase la Reglamentación de la Ley Nº 25.673 que como anexo I forma parte integrante del presente Decreto.
Artículo 2º · La Reglamentación que se aprueba por el artículo precedente entrará en vigencia a partir del día siguiente de su publicación en el Boletín Oficial.
Artículo 3º · Facúltese al MINISTERIO DE SALUD para dictar las

hos-SS.indd 17 07/01/2013 13:16:0

normas complementarias interpretativas y aclaratorias que fueren menester para la aplicación de la Reglamentación que se aprueba por el presente Decreto.

Artículo 4º · Comuníquese, publíquese, dése a la Dirección Nacional de Registro Oficial y archívese. — DUHALDE. — Alfredo N. Atanasof. — Ginés M. González García.

ANEXO I

REGLAMENTACIÓN DE LA LEY Nº 25.673

Artículo 1º · El MINISTERIO DE SALUD será la autoridad de aplicación de la Ley Nº 25.673 y de la presente reglamentación.

Artículo 2º · A los fines de alcanzar los objetivos descriptos en la Ley que se reglamenta el MINISTERIO DE SALUD deberá orientar y asesorar técnicamente a los Programas Provinciales que adhieran al Programa Nacional, quienes serán los principales responsables de las actividades a desarrollar en cada jurisdicción. Dicho acompañamiento y asesoría técnica deberán centrarse en actividades de información, orientación sobre métodos y elementos anticonceptivos y la entrega de éstos, así como el monitoreo y la evaluación.

Asimismo, se deberán implementar acciones que tendientes a ampliar y perfeccionar la red asistencial a fin de mejorar la satisfacción de la demanda.

La ejecución de las actividades deberá realizarse con un enfoque preventivo y de riesgo, a fin de disminuir las complicaciones que alteren el bienestar de los destinatarios del Programa, en coordinación con otras acciones de salud orientadas a tutelar a sus beneficiarios y familias.

hos-SS.indd 18 07/01/2013 13:16:0

Las acciones deberán ser ejecutadas desde una visión tanto individual como comunitaria.

Artículo 3º · SIN REGLAMENTAR.

Artículo 4º · A los efectos de la satisfacción del interés superior del niño, considéreselo al mismo beneficiario, sin excepción ni discriminación alguna, del más alto nivel de salud y dentro de ella de las políticas de prevención y atención en la salud sexual y reproductiva en consonancia con la evolución de sus facultades.

En las consultas se propiciará un clima de confianza y empatía, procurando la asistencia de un adulto de referencia, en particular en los casos de los adolescentes menores de CATORCE (14) años.

Las personas menores de edad tendrán derecho a recibir, a su pedido y de acuerdo a su desarrollo, información clara, completa y oportuna; manteniendo confidencialidad sobre la misma y respetando su privacidad.

En todos los casos y cuando corresponda, por indicación del profesional interviniente, se prescribirán preferentemente métodos de barrera, en particular el uso de preservativo, a los fines de prevenir infecciones de transmisión sexual y VIH/ SIDA. En casos excepcionales, y cuando el profesional así lo considere, podrá prescribir, además, otros métodos de los autorizados por la ADMINISTRACIÓN NACIONAL DE MEDICAMENTOS, ALIMENTOS Y TECNOLOGÍA MEDICA (ANMAT) debiendo asistir las personas menores de CATORCE (14) años, con sus padres o un adulto responsable.

Artículo 5º · Los organismos involucrados deberán proyectar un plan de acción conjunta para el desarrollo de las actividades previstas en la ley, el que deberá ser aprobado por las máximas autoridades de cada organismo.

hos-SS.indd 19 07/01/2013 13:16:0

Artículo 6º · En todos los casos, el método y/o elemento anticonceptivo prescripto, una vez que la persona ha sido suficientemente informada sobre sus características, riesgos y eventuales consecuencias, será el elegido con el consentimiento del interesado, en un todo de acuerdo con sus convicciones y creencias y en ejercicio de su derecho personalísimo vinculado a la disposición del propio cuerpo en las relaciones clínicas, derecho que es innato, vitalicio, privado e intransferible, sin perjuicio de lo establecido en el artículo 4º del presente, sobre las personas menores de edad.

Entiéndase por métodos naturales, los vinculados a la abstinencia periódica, los cuales deberán ser especialmente informados.

La ADMINISTRACIÓN NACIONAL DE MEDICAMENTOS, ALIMENTOS Y TECNOLOGÍA (ANMAT) deberá comunicar al MINISTERIO DE SALUD cada SEIS (6) meses la aprobación y baja de los métodos y productos anticonceptivos que reúnan el carácter de reversibles, no abortivos y transitorios.

Artículo 7º · La SUPERINTENDENCIA DE SERVICIOS DE SALUD, en el plazo de DIEZ (10) días contados a partir de la publicación del presente Decreto, deberá elevar para aprobación por Resolución del MINISTERIO DE SALUD, una propuesta de modificación de la Resolución Ministerial Nº 201/02 que incorpore las previsiones de la Ley Nº 25.673 y de esta Reglamentación.

Artículo 8º · Los Ministerios de SALUD, de EDUCACIÓN, CIENCIA Y TECNOLOGÍA y de DESARROLLO SOCIAL deberán realizar campañas de comunicación masivas al menos UNA (1) vez al año, para la difusión periódica del Programa.

Artículo 9º · El MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CIENCIA Y TECNOLOGÍA adoptará los recaudos necesarios a fin de dar cumplimiento a lo

hos-SS.indd 20 07/01/2013 13:16:0

previsto en el artículo 9º de la Ley Nº 25.673.

Artículo 10º · Se respetará el derecho de los objetores de conciencia a ser exceptuados de su participación en el PROGRAMA NACIONAL DE SALUD SEXUAL Y PROCREACIÓN RESPONSABLE previa fundamentación, y lo que se enmarcará en la reglamentación del ejercicio profesional de cada jurisdicción.

Los objetores de conciencia lo serán tanto en la actividad pública institucional como en la privada.

Los centros de salud privados deberán garantizar la atención y la implementación del Programa, pudiendo derivar a la población a otros Centros asistenciales, cuando por razones confesionales, en base a sus fines institucionales y/o convicciones de sus titulares, optaren por ser exceptuados del cumplimiento del artículo 6, inciso b) de la ley que se reglamenta, a cuyo fin deberán efectuar la presentación pertinente por ante las autoridades sanitarias locales, de conformidad a lo indicado en el primer párrafo de este artículo cuando corresponda.

Artículo 11º · SIN REGLAMENTAR.

Artículo 12º · SIN REGLAMENTAR.

Artículo 13º · SIN REGLAMENTAR.

Artículo 14º · SIN REGLAMENTAR.

hos-SS.indd 21 07/01/2013 13:16:0

· Ley 26.130
Anticoncepción quirúrgica

Establécese que toda persona mayor de edad tiene derecho a acceder a la realización de las prácticas denominadas "ligadura de trompas de Falopio" y "ligadura de conductos deferentes o vasectomía" en los servicios del sistema de salud.

Sancionada: Agosto 9 de 2006
Promulgada: Agosto 28 de 2006

Artículo 1º · Objeto. Toda persona mayor de edad tiene derecho a acceder a la realización de las prácticas denominadas "ligadura de trompas de Falopio" y "ligadura de conductos deferentes o vasectomía" en los servicios del sistema de salud.
Artículo 2º · Requisitos. Las prácticas médicas referidas en el artículo anterior están autorizadas para toda persona capaz y mayor de edad que lo requiera formalmente, siendo requisito previo inexcusable que otorgue su consentimiento informado.
No se requiere consentimiento del cónyuge o conviviente ni autorización judicial, excepto en los casos contemplados por el artículo siguiente.
Artículo 3º · Excepción. Cuando se tratare de una persona declarada judicialmente incapaz, es requisito ineludible la autorización judicial

hos-SS.indd 22 07/01/2013 13:16:0

solicitada por el representante legal de aquélla.

Artículo 4º · Consentimiento informado. El profesional médico interviniente, en forma individual o juntamente con un equipo interdisciplinario, debe informar a la persona que solicite una ligadura tubaria o una vasectomía sobre:

a) La naturaleza e implicancias sobre la salud de la práctica a realizar;

b) Las alternativas de utilización de otros anticonceptivos no quirúrgicos autorizados;

c) Las características del procedimiento quirúrgico, sus posibilidades de reversión, sus riesgos y consecuencias.

Debe dejarse constancia en la historia clínica de haber proporcionado dicha información, debidamente conformada por la persona concerniente.

Artículo 5º · Cobertura. Las intervenciones de contracepción quirúrgica objeto de la presente ley deben ser realizadas sin cargo para el requirente en los establecimientos del sistema público de salud.

Los agentes de salud contemplados en la Ley 23.660, las organizaciones de la seguridad social y las entidades de medicina prepaga tienen la obligación de incorporar estas intervenciones médicas a su cobertura de modo tal que resulten totalmente gratuitas para el/la beneficiario/a.

Artículo 6º · Objeción de conciencia. Toda persona, ya sea médico/a o personal auxiliar del sistema de salud, tiene derecho a ejercer su objeción de conciencia sin consecuencia laboral alguna con respecto a las prácticas médicas enunciadas en el artículo 1º de la presente ley.

hos-SS.indd 23 07/01/2013 13:16:0

La existencia de objetores de conciencia no exime de responsabilidad, respecto de la realización de las prácticas requeridas, a las autoridades del establecimiento asistencial que corresponda, quienes están obligados a disponer los reemplazos necesarios de manera inmediata.

Artículo 7º · Modifícase al inciso 18, del artículo 20, del capítulo I; del título II de la Ley 17.132 de régimen legal del ejercicio de la medicina, odontología y actividades auxiliares de las mismas, el que quedará redactado de la siguiente manera:

18: Practicar intervenciones que provoquen la imposibilidad de engendrar o concebir sin que medie el consentimiento informado del/ la paciente capaz y mayor de edad o una autorización judicial cuando se tratase de personas declaradas judicialmente incapaces.

Artículo 8º · Agrégase al inciso b), del artículo 6º, de la Ley 25.673 de creación del Programa Nacional de Salud Sexual y Procreación Responsable, el siguiente texto:

Aceptándose además las prácticas denominadas ligadura de trompas de Falopio y ligadura de conductos deferentes o vasectomía, requeridas formalmente como método de planificación familiar y/o anticoncepción.

Artículo 9º · Comuníquese al Poder Ejecutivo.

hos-SS.indd 24 07/01/2013 13:16:0

Textos abreviados

· Ley 26.485
Ley de protección integral para prevenir, sancionar y erradicar la violencia contra las mujeres en los ámbitos en que desarrollen sus relaciones interpersonales

Sancionada: Marzo 11 de 2009
Promulgada de Hecho: Abril 1 de 2009

TÍTULO I
DISPOSICIONES GENERALES

· La presente ley tiene por objeto promover y garantizar:
a) La eliminación de la discriminación entre mujeres y varones en todos los órdenes de la vida;
b) El derecho de las mujeres a vivir una vida sin violencia;
c) Las condiciones aptas para sensibilizar y prevenir, sancionar y erradicar la discriminación y la violencia contra las mujeres en cualquiera de sus manifestaciones y ámbitos;

hos-SS.indd 25 07/01/2013 13:16:0

d) El desarrollo de políticas públicas de carácter interinstitucional sobre violencia contra las mujeres;
e) La remoción de patrones socioculturales que promueven y sostienen la desigualdad de género y las relaciones de poder sobre las mujeres;
f) El acceso a la justicia de las mujeres que padecen violencia;
g) La asistencia integral a las mujeres que padecen violencia en las áreas estatales y privadas que realicen actividades programáticas destinadas a las mujeres y/o en los servicios especializados de violencia.

• Esta ley garantiza todos los derechos reconocidos por la Convención para la Eliminación de todas las Formas de Discriminación contra la Mujer, la Convención Interamericana para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia contra la Mujer, la Convención sobre los Derechos de los Niños y la Ley 26.061 de Protección Integral de los derechos de las Niñas, Niños y Adolescentes. Señala, en especial, los derechos referidos a:

- Una vida sin violencia y sin discriminaciones;
- La salud, la educación y la seguridad personal;
- La integridad física, psicológica, sexual, económica o patrimonial;
- Que se respete su dignidad;
- Decidir sobre la vida reproductiva, número de embarazos y cuándo tenerlos, de conformidad con la Ley 25.673 de Creación del Programa Nacional de Salud Sexual y Procreación Responsable;
- La intimidad, la libertad de creencias y de pensamiento;
- Recibir información y asesoramiento adecuado;
- Gozar de medidas integrales de asistencia, protección y seguridad;

hos-SS.indd 26 07/01/2013 13:16:04

- Gozar de acceso gratuito a la justicia en casos comprendidos en el ámbito de aplicación de la presente ley;
- La igualdad real de derechos, oportunidades y de trato entre varones y mujeres;
- Un trato respetuoso de las mujeres que padecen violencia, evitando toda conducta, acto u omisión que produzca revictimización.

• Define por violencia contra las mujeres toda conducta, acción u omisión, que de manera directa o indirecta, tanto en el ámbito público como en el privado, basada en una relación desigual de poder, afecte su vida, libertad, dignidad, integridad física, psicológica, sexual, económica o patrimonial, como así también su seguridad personal. Quedan comprendidas las perpetradas desde el Estado o por sus agentes. Considera violencia indirecta toda conducta, acción omisión, disposición, criterio o práctica discriminatoria que ponga a la mujer en desventaja con respecto al varón.

• Define los tipos de violencia contra la mujer:
- Física: La que se emplea contra el cuerpo de la mujer produciendo dolor, daño o riesgo de producirlo y cualquier otra forma de maltrato agresión que afecte su integridad física.
- Psicológica: La que causa daño emocional y disminución de la autoestima o perjudica y perturba el pleno desarrollo personal o que busca degradar o controlar sus acciones, comportamientos, creencias y decisiones, mediante amenaza, acoso, hostigamiento, restricción, humillación, deshonra, descrédito, manipulación aislamiento. Incluye también la culpabilización, vigilancia constante, exigencia de obediencia sumisión, coerción verbal, persecución,

hos-SS.indd 27 07/01/2013 13:16:04

insulto, indiferencia, abandono, celos excesivos, chantaje, ridiculización, explotación y limitación del derecho de circulación o cualquier otro medio que cause perjuicio a su salud psicológica y a la autodeterminación.

- Sexual: Cualquier acción que implique la vulneración en todas sus formas, con o sin acceso genital, del derecho de la mujer de decidir voluntariamente acerca de su vida sexual o reproductiva a través de amenazas, coerción, uso de la fuerza o intimidación, incluyendo la violación dentro del matrimonio o de otras relaciones vinculares o de parentesco, exista o no convivencia, así como la prostitución forzada, explotación, esclavitud, acoso, abuso sexual y trata de mujeres.
- Económica y patrimonial: La que se dirige a ocasionar un menoscabo en los recursos económicos o patrimoniales de la mujer.
- Simbólica: La que a través de patrones estereotipados, mensajes, valores, íconos o signos transmita y reproduzca dominación, desigualdad y discriminación en las relaciones sociales, naturalizando la subordinación de la mujer en la sociedad.

• Señala formas en que se manifiestan los distintos tipos de violencia:
- Violencia doméstica: aquella ejercida contra las mujeres por un integrante del grupo familiar, independientemente del espacio físico donde ésta ocurra. Incluye las relaciones vigentes o finalizadas, no siendo requisito la convivencia;
- Violencia institucional: aquella realizada por las/los funcionarias/os, profesionales, personal y agentes pertenecientes a cualquier órgano, ente o institución pública, en los partidos políticos, sindicatos, organizaciones empresariales, deportivas y de la sociedad civil;

hos-SS.indd 28 07/01/2013 13:16:04

- Violencia laboral: aquella que discrimina a las mujeres en los ámbitos de trabajo públicos o privados;
- Violencia contra la libertad reproductiva: aquella que vulnere el derecho de las mujeres a decidir libre y responsablemente el número de embarazos o el intervalo entre los nacimientos, de conformidad con la Ley 25.673 de Creación del Programa Nacional de Salud Sexual y Procreación Responsable;
- Violencia obstétrica: aquella que ejerce el personal de salud sobre el cuerpo y los procesos reproductivos de las mujeres, expresada en un trato deshumanizado, un abuso de medicalización y patologización de los procesos naturales, de conformidad con la Ley 25.929 (Derechos de toda mujer, en relación con el embarazo, el trabajo de parto, el parto y el postparto).
- Violencia mediática: aquella publicación o difusión de mensajes e imágenes estereotipados a través de cualquier medio masivo de comunicación.

TÍTULO II
POLÍTICAS PÚBLICAS

Capítulo I
PRECEPTOS RECTORES

• Establece que los tres poderes del Estado, sean del ámbito nacional o provincial, adoptarán las medidas necesarias y ratificarán en cada una de sus actuaciones el respeto irrestricto del derecho constitucional a la igualdad entre mujeres y varones.

Deberán garantizar los siguientes preceptos rectores:

- La eliminación de la discriminación y las desiguales relaciones de

hos-SS.indd 29 07/01/2013 13:16:04

poder sobre las mujeres;
- La adopción de medidas tendientes a sensibilizar a la sociedad, promoviendo valores de igualdad y deslegitimación de la violencia contra las mujeres;
- La asistencia en forma integral y oportuna de las mujeres que padecen cualquier tipo de violencia, asegurándoles el acceso gratuito, rápido, transparente y eficaz en servicios creados a tal fin, así como promover la sanción y reeducación de quienes ejercen violencia;
- La adopción del principio de transversalidad estará presente en todas las medidas así como en la ejecución de las disposiciones normativas, articulando interinstitucionalmente y coordinando recursos presupuestarios;
- El incentivo a la cooperación y participación de la sociedad civil, comprometiendo a entidades privadas y actores públicos no estatales;
- El respeto del derecho a la confidencialidad y a la intimidad, prohibiéndose la reproducción para uso particular o difusión pública de la información relacionada con situaciones de violencia contra la mujer, sin autorización de quien la padece;
- La garantía de la existencia y disponibilidad de recursos económicos que permitan el cumplimiento de los objetivos de la presente ley;
- Todas las acciones conducentes a efectivizar los principios y derechos reconocidos por la Convención Interamericana para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia contra las Mujeres.

hos-SS.indd 30 07/01/2013 13:16:0

Capítulo II
ORGANISMO COMPETENTE

• Se establece al Consejo Nacional de la Mujer como el organismo rector encargado del diseño de las políticas públicas para efectivizar las disposiciones de la presente ley.

Capítulo III
LINEAMIENTOS BÁSICOS PARA LAS POLÍTICAS ESTATALES

• Se establece que el Estado nacional deberá promover y fortalecer interinstitucionalmente a las distintas jurisdicciones para la creación e implementación de servicios integrales de asistencia a las mujeres que padecen violencia y a las personas que la ejercen. El Estado nacional implementará el desarrollo de las acciones prioritarias, promoviendo su articulación y coordinación con los distintos Ministerios y Secretarías del Poder Ejecutivo nacional, jurisdicciones provinciales y municipales, universidades y organizaciones de la sociedad civil con competencia en la materia.

• Algunas acciones prioritarias señaladas para el ámbito de Salud son:

- Incorporar la problemática de la violencia contra las mujeres en los programas de salud integral de la mujer;
- Promover la discusión y adopción de los instrumentos aprobados por el Ministerio de Salud de la Nación en materia de violencia contra las mujeres;
- Diseñar protocolos específicos de detección precoz y atención de todo tipo y modalidad de violencia contra las mujeres;
- Promover equipos interdisciplinarios especializados en la preven-

hos-SS.indd 31 07/01/2013 13:16:04

ción y atención de la violencia contra las mujeres y/o de quienes la ejerzan con la utilización de protocolos de atención y derivación;
- Alentar la formación continua del personal médico sanitario con el fin de mejorar el diagnóstico precoz y la atención médica con perspectiva de género;

Capítulo IV
OBSERVATORIO DE LA VIOLENCIA CONTRA LAS MUJERES

• Se establece la creación del Observatorio de la Violencia contra las Mujeres en el ámbito del Consejo Nacional de la Mujer, destinado al monitoreo, recolección, producción, registro y sistematización de datos e información sobre la violencia contra las mujeres.

TÍTULO III
PROCEDIMIENTOS

Capítulo I
DISPOSICIONES GENERALES

• Establece un procedimiento judicial a nivel nacional para lograr un mecanismo ágil y amplio de recepción de denuncias, en el marco de las cuales el/la juez/a competente podrá adoptar medidas urgentes para la protección de la integridad psicofísica de la mujer y el ejercicio de sus derechos. Las provincias pueden adherir o adecuar su legislación a esta ley.

• La ley establece que los organismos del Estado deberán garantizar a las mujeres, en cualquier procedimiento judicial o administrativo, además de todos los derechos reconocidos en la Constitución Nacio-

hos-SS.indd 32 07/01/2013 13:16:04

nal, los Tratados Internacionales de Derechos Humanos ratificados por la Nación Argentina, la presente ley y las leyes que en consecuencia se dicten, los siguientes derechos y garantías:

- A la gratuidad de las actuaciones judiciales y del patrocinio jurídico preferentemente especializado;
- A obtener una respuesta oportuna y efectiva;
- A ser oída personalmente por el juez y por la autoridad administrativa competente;
- A que su opinión sea tenida en cuenta al momento de arribar a una decisión que la afecte;
- A recibir protección judicial urgente y preventiva cuando se encuentren amenazados o vulnerados cualquiera de los derechos enunciados en el artículo 3º de la presente ley;
- A la protección de su intimidad, garantizando la confidencialidad de las actuaciones;
- A participar en el procedimiento recibiendo información sobre el estado de la causa;
- A recibir un trato humanizado, evitando la revictimización;
- A la amplitud probatoria para acreditar los hechos denunciados, teniendo en cuenta las circunstancias especiales en las que se desarrollan los actos de violencia y quienes son sus naturales testigos;
- A oponerse a la realización de inspecciones sobre su cuerpo por fuera del estricto marco de la orden judicial. En caso de consentirlas y en los peritajes judiciales tiene derecho a ser acompañada por alguien de su confianza y a que sean realizados por personal profesional especializado y formado con perspectiva de género;
- A contar con mecanismos eficientes para denunciar a los funcio-

hos-SS.indd 33 07/01/2013 13:16:04

narios por el incumplimiento de los plazos establecidos y demás irregularidades.

Capítulo II
PROCEDIMIENTO

• Sobre la denuncia establece que:

- La presentación de la denuncia por violencia contra las mujeres podrá efectuarse ante cualquier juez/jueza de cualquier fuero e instancia o ante el Ministerio Público, en forma oral o escrita. Y se guardará reserva de identidad de la persona denunciante.

- Las personas que pueden efectuar la denuncia son:

a) La mujer que se considere afectada o su representante legal sin restricción alguna;

b) La niña o la adolescente directamente o través de sus representantes legales de acuerdo lo establecido en la Ley 26.061 de Protección Integral de los Derechos de las Niñas, Niños y Adolescentes;

c) Cualquier persona cuando la afectada tenga discapacidad, o que por su condición física o psíquica no pudiese formularla;

d) En los casos de violencia sexual, la mujer que la haya padecido es la única legitimada para hacer la denuncia. Cuando la misma fuere efectuada por un tercero, se citará a la mujer para que la ratifique o rectifique en VEINTICUATRO (24) horas. La autoridad judicial competente tomará los recaudos necesarios para evitar que la causa tome estado público.

e) La denuncia penal será obligatoria para toda persona que se desempeñe laboralmente en servicios asistenciales, sociales, educativos y de salud, en el ámbito público o privado, que con motivo o en

hos-SS.indd 34 07/01/2013 13:16:0

ocasión de sus tareas tomaren conocimiento de que una mujer padece violencia siempre que los hechos pudieran constituir un delito.

• Señala que el/la juez/a interviniente también podrá considerar los informes que se elaboren por los equipos interdisciplinarios de la administración pública sobre los daños físicos, psicológicos, económicos o de otro tipo sufridos por la mujer y la situación de peligro, evitando producir nuevos informes que la revictimicen.
También podrá considerar informes de profesionales de organizaciones de la sociedad civil idóneas en el tratamiento de la violencia contra las mujeres.

• Los/as funcionarios/as policiales, judiciales, agentes sanitarios, y cualquier otro/a funcionario/a público/a a quien acudan las mujeres afectadas, tienen la obligación de informar sobre:
- Los derechos que la legislación le confiere a la mujer que padece violencia, y sobre los servicios gubernamentales disponibles para su atención;
- Cómo y dónde conducirse para ser asistida en el proceso;
- Cómo preservar las evidencias.

Se puede consultar el texto completo de esta ley en:
www.infoleg.gov.ar

hos-SS.indd 35 07/01/2013 13:16:04

· Ley 26.529
Derechos del Paciente en su Relación con los Profesionales e Instituciones de la Salud.

Sancionada: Marzo 11 de 2009
Promulgada de Hecho: Abril 1 de 2009

Rige los derechos del paciente, en cuanto a la autonomía de la voluntad, la información y la documentación clínica.

Capítulo I
DERECHOS DEL PACIENTE EN SU RELACIÓN CON LOS PROFESIONALES E INSTITUCIONES DE LA SALUD

• Declara como esenciales los derechos a la asistencia por profesionales de la salud sin discriminación, al trato digno y respetuoso, a la intimidad, al respeto por la dignidad humana y la autonomía de la voluntad -El paciente tiene derecho a aceptar o rechazar determinadas terapias o procedimientos médicos o biológicos, con o sin expresión de causa-, a la confidencialidad en la elaboración o manipulación de la documentación clínica, derecho a la información sanitaria y a la interconsulta médica.

• Reconoce a los niños, niñas y adolescentes el derecho a intervenir

hos-SS.indd 36 07/01/2013 13:16:0

en los términos de la Ley 26.061 de Protección Integral de los Derechos de las Niñas, Niños y Adolescentes a los fines de la toma de decisión sobre terapias o procedimientos médicos o biológicos que involucren su vida o salud.

Capítulo II
DE LA INFORMACIÓN SANITARIA

• Se entiende por información sanitaria aquella que, de manera clara, suficiente y adecuada a la capacidad de comprensión del paciente, informe sobre su estado de salud, los estudios y tratamientos que fueren menester realizarle y la previsible evolución, riesgos, complicaciones o secuelas de los mismos.

Capítulo III
DEL CONSENTIMIENTO INFORMADO

• Establece que es obligatorio el consentimiento informado del paciente previo a cualquier acto del profesional de la salud. Deberá garantizarse que el paciente en la medida de sus posibilidades, participe en la toma de decisiones a lo largo del proceso sanitario luego de recibir, por parte del profesional interviniente, información clara, precisa y adecuada.

Capítulo IV
DE LA HISTORIA CLÍNICA

• Se reconoce que el titular de la Historia Clínica es el paciente y que se le debe entregar en copia autenticada dentro de las 48 horas de haberla solicitado, él mismo o a través de su representante legal. También pueden pedirla el cónyuge o conviviente, sus sucesores

hos-SS.indd 37 07/01/2013 13:16:04

forzosos o un médico, siempre con la autorización del paciente. La historia clínica es inviolable, los establecimientos deben evitar el acceso a la información contenida en ella por personas no autorizadas

• En caso que el profesional o el servicio de salud se negaran a entregar la Historia Clínica, la ley reconoce el derecho a que el solicitante utilice el procedimiento judicial de "hábeas data", además de las responsabilidades administrativas, civiles y penales que pudiesen caber al profesional o servicio de salud que se haya negado.

Se puede consultar el texto completo de esta ley en: www.infoleg.gov.ar

hos-SS.indd 38 07/01/2013 13:16:04

· Ley 26.743
Establécese el derecho a la identidad de género de las personas.

Sancionada: Mayo 9 de 2012
Promulgada: Mayo 23 de 2012

• Establece que toda persona tiene derecho (Art.1):
a) Al reconocimiento de su identidad de género;
b) Al libre desarrollo de su persona conforme a su identidad de género;
c) A ser tratada de acuerdo con su identidad de género y, en particular, a ser identificada de ese modo en los instrumentos que acreditan su identidad respecto de el/los nombre/s de pila, imagen y sexo con los que allí es registrada.

• Se entiende por identidad de género (Art.2) a la vivencia interna e individual del género tal como cada persona la siente, la cual puede corresponder o no con el sexo asignado al momento del nacimiento, incluyendo la vivencia personal del cuerpo. Esto puede involucrar la modificación de la apariencia o la función corporal a través de medios farmacológicos, quirúrgicos o de otra índole, siempre que ello sea libremente escogido. También incluye otras expresiones de género,

hos-SS.indd 39 07/01/2013 13:16:0

como la vestimenta, el modo de hablar y los modales.
• Esta ley aborda 3 ejes fundamentales:

1. El reconocimiento de la identidad de género autopercibida (Art. 3 al 10), mediante la emisión por parte del Estado Nacional de un nuevo DNI con su nombre y sexo de elección y una nueva partida de nacimiento corregida.

2. Al acceso a la salud integral (Art. 11), que incluye el acceso a todas las prácticas que las personas trans deseen realizar para adaptar su cuerpo a su género autopercibido (Hormonización y cirugías parciales y totales).

Artículo 11º — Derecho al libre desarrollo personal. Todas las personas mayores de dieciocho (18) años de edad podrán, conforme al artículo 1° de la presente ley y a fin de garantizar el goce de su salud integral, acceder a intervenciones quirúrgicas totales y parciales y/o tratamientos integrales hormonales para adecuar su cuerpo, incluida su genitalidad, a su identidad de género autopercibida, sin necesidad de requerir autorización judicial o administrativa.
Para el acceso a los tratamientos integrales hormonales, no será necesario acreditar la voluntad en la intervención quirúrgica de reasignación genital total o parcial. En ambos casos se requerirá, únicamente, el consentimiento informado de la persona. En el caso de las personas menores de edad regirán los principios y requisitos establecidos en el artículo 5° para la obtención del consentimiento informado. Sin perjuicio de ello, para el caso de la obtención del mismo respecto de la intervención quirúrgica total o parcial se deberá

hos-SS.indd 40 07/01/2013 13:16:0

contar, además, con la conformidad de la autoridad judicial competente de cada jurisdicción, quien deberá velar por los principios de capacidad progresiva e interés superior del niño o niña de acuerdo con lo estipulado por la Convención sobre los Derechos del Niño y en la Ley 26.061 de protección integral de los derechos de las niñas, niños y adolescentes. La autoridad judicial deberá expedirse en un plazo no mayor de sesenta (60) días contados a partir de la solicitud de conformidad.
Los efectores del sistema público de salud, ya sean estatales, privados o del subsistema de obras sociales, deberán garantizar en forma permanente los derechos que esta ley reconoce.
Todas las prestaciones de salud contempladas en el presente artículo quedan incluidas en el Plan Médico Obligatorio, o el que lo reemplace, conforme lo reglamente la autoridad de aplicación.

3. Al trato digno (Art. 12), que significa que te traten por tu nombre de elección aunque no coincida con el del DNI.

Artículo 12º — Trato digno. Deberá respetarse la identidad de género adoptada por las personas, en especial por niñas, niños y adolescentes, que utilicen un nombre de pila distinto al consignado en su documento nacional de identidad. A su solo requerimiento, el nombre de pila adoptado deberá ser utilizado para la citación, registro, legajo, llamado y cualquier otra gestión o servicio, tanto en los ámbitos públicos como privados. Cuando la naturaleza de la gestión haga necesario registrar los datos obrantes en el documento nacional de identidad, se utilizará un sistema que combine las iniciales del nombre, el apellido completo, día y año de nacimiento y número

hos-SS.indd 41 07/01/2013 13:16:04

de documento y se agregará el nombre de pila elegido por razones de identidad de género a solicitud del interesado/a. En aquellas circunstancias en que la persona deba ser nombrada en público deberá utilizarse únicamente el nombre de pila de elección que respete la identidad de género adoptada.

Se puede consultar el texto completo de esta ley en: www.infoleg.gov.ar

hos-SS.indd 42 07/01/2013 13:16:04

Notas:

hos-SS.indd 43 07/01/2013 13:16:04

hos-SS.indd 44 07/01/2013 13:16:04



Transfeminismos
Epistemes, fricciones y flujos



TRANSFEMINISMOS

Epistemes, fricciones y flujos



Imagen de los interiores de portada:
Fantasía postnuclear 0.01. (Post-Op, 2013)

PRIMERA EDICIÓN DE TXALAPARTA
Tafalla, noviembre de 2013
TERCERA EDICIÓN DE TXALAPARTA
Tafalla, mayo de 2014

© DE LA EDICIÓN: Txalaparta
Entrevista con Cayenne y la Bruja de Quimera Rosa
Ofensiva transhackfeminista de Klau Kinki + PECHBLENDA laboratorio interdisciplinar de experimentación bio-electro química
El resto de textos

EDITORIAL TXALAPARTA, S.L.L.
San Isidro 35, 1. A
Código Postal 78
31300 Tafalla NAFARROA
Tel. 948 703 934
Fax 948 704 072
txalaparta@txalaparta.com
www.txalaparta.com

DISEÑO DE COLECCIÓN Y CUBIERTA
Esteban Montorio

MAQUETACIÓN
Monti

IMPRESIÓN
GRÁFICAS LIZARRA S.L.
Tafallako bidea, 1 km.
31132 Villatuerta - Nafarroa

DEPÓSITO LEGAL
NA. 1965-2013

ISBN
978-84-15313-66-3

txalaparta

ÍNDICE

PRÓLOGO
Decimos revolución. Beatriz Preciado..... 9
INTRODUCCIÓN
Pre-textos, con-textos y textos. Miriam Solá..... 15

I. MEMORIAS COLECTIVAS Y ANTICUERPOS TEÓRICOS
1. Redes transfeministas y nuevas políticas de representación sexual (I). Diagramas de flujos. Tatiana Sentamans [O.R.G.I.A]..... 31
2. Genealogías trans(feministas). Sandra Fernández y Aitzole Araneta..... 45
3. Feminismos, sexualidades, trabajo sexual. Cristina Garaizabal..... 59
4. Violencia y transfeminismo. Una mirada situada. Medeak..... 73
5. ¿El corto verano del transfeminismo? Itziar Ziga..... 81

II. EL CAPITALISMO O LA VIDA
6. Economía y (trans)feminismo; retazos de un encuentro. Amaia Orozco y Sara Lafuente..... 91
7. Transfeminismo(s) y capitalismo gore. Sayak Valencia..... 109
8. Autónomo *versus* industria del sexo. Trabajo sexual. Verónika Arauzo..... 119
9. Políticas trans-feministas y trans-fronterizas desde las diásporas trans migrantes. Migrantes transgresorxs [Leticia Rojas & Alex Aguirre]..... 127
10. prácticas de atravesamiento: (over)flow. mery sut..... 141
11. Somewhere under the rainbow: Mercantilización y asimilación de la disidencia sexual. Brot Bord..... 153
12. Disforias institucionales en las luchas transfeministas. Teo Pardo..... 167

III. SUENAN LOS CUERPOS: UN LLAMADO A LAS ALIANZAS
13. Redes transfeministas y nuevas políticas de representación sexual (II). Estrategias de producción. Tatiana Sentamans [O.R.G.I.A] 177
14. De placeres y monstruos. Interrogantes en torno al postporno. Post-Op 193
15. Críticas al capacitismo heteronormativo: queer crips. Raquel (Lucas) Platero 211
16. Un rugido de rumiantes. Apuntes sobre la disidencia corporal desde el activismo gordo. Lucrecia Masson 225

IV. EL AMOR SIEMPRE FUE POLÍTICO
17. El amor en los tiempos de fakebook. Helen Torres 237
18. Las relaciones afectivas como proceso creativo revolucionario. bengala & magnafranse 251
19. Bonobo: una especie que puede inspirar la revolución. Diana J. Torres 267

V. ÁNODOS, CÁTODOS, CIRCUITOS Y FILAMENTOS: CON ESTOS OBJETOS EL MALEFICIO ESTA COMPLETO
20. Entrevista con Cayenne y la Bruja. Quimera Rosa 281
21. Cortaypegas y pantallazos de transfeminismo en (la) red. Ana Burgos & Yendéh R. Martínez 289
22. Ofensiva transhackfeminista: your machine is a battleground. Klau Kinki 305
23. Tecnofeminismo: Apuntes para una tecnología transfeminista. Lucía Egaña 313

BIOGRAFÍAS 325

TIMELINE
UNA LÍNEA DEL TIEMPO TRANSFEMINISTA. Genderhacker 335

PRÓLOGO

DECIMOS REVOLUCIÓN [1]

LOS ANALISTAS POLÍTICOS ADVIERTEN del inicio de un nuevo ciclo de rebeliones sociales que habría comenzado en 2009 en reacción al colapso de los mercados financieros, el aumento de la deuda pública y las políticas de austeridad. La derecha, compuesta por un no siempre reconciliable enjambre de *managers*, tecnócratas, capitalistas financieros opulentos y monoteístas más o menos desposeídos, oscila entre una lógica futurista que empuja a la máquina bursátil hacia el plusvalor y el repliegue represor hacia el cuerpo social que reafirma la frontera y la filiación familiar como enclaves de soberanía. En la izquierda neocomunista (véase Slavoj Žižek, Alain Badiou y compañía) se habla del resurgimiento de la política emancipatoria a escala global, de Wall Street al Cairo pasando por Atenas y Madrid, pero se anuncia, con pesimismo, la incapacidad de los movimientos actuales de traducir una pluralidad de demandas en una única lucha antagonista. Žižek retoma la frase de William Butler Yeats para resumir su arrogante diagnóstico de la situación: «Los mejores carecen de toda convicción, mientras que los peores están llenos de apasionada intensidad»[2].

1.- Una versión abreviada de este texto fue publicada por primera vez en el periódico francés *Libération,* el 13 de marzo de 2013. Gracias a Graciela Villanueva por la ayuda con la traducción del francés.

2.- Žižek, Slavoj: *El año que soñamos peligrosamente,* Akal, Madrid, 2013, p. 66.

Los gurús de izquierda de la vieja Europa colonial se obstinan en querer explicar a los activistas de los movimientos Occupy, del 15M, a las transfeministas del movimiento tullido-trans-puto-marico-bollero-intersex y postporn que no podemos hacer la revolución porque no tenemos una ideología. Dicen «una ideología» como mi madre decía «un marido». No necesitamos ni ideología ni marido. Los transfeministas no necesitamos un marido porque no somos mujeres. Tampoco necesitamos ideología porque no somos un pueblo. Ni comunismo ni liberalismo. Ni la cantinela católico-musulmano-judía. Nosotros hablamos otra lenguas.

Ellos dicen representación. Nosotros decimos experimentación. Dicen identidad. Decimos multitud. Dicen lengua nacional. Decimos traducción multicódigo. Dicen domesticar la periferia. Decimos *mestizar* el centro. Dicen deuda. Decimos cooperación sexual e interdependencia somática. Dicen desahucio. Decimos habitemos lo común. Dicen capital humano. Decimos alianza multiespecies. Dicen diagnóstico clínico. Decimos capacitación colectiva. Dicen disforia, trastorno, síndrome, incongruencia, deficiencia, minusvalía. Decimos disidencia corporal. Un tecnochamán de la Pocha Nostra vale más que un psiconegociante neolacanicano y un fisting contrasexual de Post-Op es mejor que una vaginoplastia de protocolo. Dicen autonomía o tutela. Decimos agencia relacional y distribuida. Dicen ingeniería social. Decimos pedagogía radical. Dicen detección temprana, terapia genética, mejora de la especie. Decimos mutación molecular anarcolibertaria. Dicen derechos humanos. Decimos la tierra y todas las especies que la habitan tienen también derechos. La materia tiene derechos. Dicen carne de caballo en el menú. Decimos subámonos a los caballos y escapemos del matadero global. Dicen que facebook es la nueva arquitectura de lo social. Nosotros llamamos, con la Quimera Rosa y Pechblenda, a un cyberakelarre de putones geeks. Dicen que Monsanto nos dará de comer y que la energía nuclear es la más barata. Decimos saca tu pezuña radiactiva

de mis semillas. Dicen que el FMI y el Banco Mundial saben más y toman mejores decisiones. Pero ¿cuántos transfeministas seropositivos hay en el comité de dirección del FMI? ¿Cuántas trabajadoras sexuales migrantes pertenecen al cuadro directivo del Banco Mundial?

Dicen píldora para prevenir el embarazo. Dicen clínica reproductiva para convertirse en mamá y papá. Decimos colectivización de fluidos reproductivos y de úteros reproductores. Dicen poder. Decimos potencia. Dicen integración. Decimos proliferación de una multiplicidad de técnicas de producción de subjetividad. Dicen copyright. Decimos código abierto y programación estado beta: incompleta, imperfecta, procesual, colectivamente construida, relacional. Dicen hombre/mujer, blanco/negro, humano/animal, homosexual/heterosexual, válido/inválido, sano/enfermo, loco/cuerdo, judío/musulmán, Israel/Palestina. Decimos ya ves que tu aparato de producción de verdad no funciona... ¿Cuántas Galileas nos harán falta esta vez para aprender a ponerle un nombre nuevo a las cosas?

Nos hacen la guerra económica a golpe de machete digital neoliberal. Pero no vamos a ponernos a llorar por el fin del Estado benefactor, porque el Estado benefactor también tenía el monopolio del poder y de la violencia y venía acompañado del hospital psiquiátrico, del centro de inserción de discapacitados, de la cárcel, de la escuela patriarcal-colonial-heterocentrada. Llegó la hora de someter a Foucault a una dieta tullido-queer y empezar a escribir *La muerte de la clínica*. Llego la hora de invitar a Marx a un taller ecosexual. No queremos ni velo ni prohibición de llevar velo: si el problema es el pelo, nos lo raparemos. No vamos a entrar en el juego del Estado disciplinario contra el mercado neoliberal. Esos dos ya llegaron a un acuerdo: en la nueva Europa, el mercado es la única razón gubernamental, el Estado se convierte en un brazo punitivo cuya función se limitará a recrear la ficción de la identidad nacional agitando la amenaza de la inseguridad.

Necesitamos inventar nuevas metodologías de producción del conocimiento y una nueva imaginación política capaz de confrontar la lógica de la guerra, la razón heterocolonial y la hegemonía del mercado como lugar de producción del valor y de la verdad. No estamos hablando simplemente de un cambio de régimen institucional, de un desplazamiento de las élites políticas. Hablamos de la transformación de «los dominios moleculares de la sensibilidad, de la inteligencia, del deseo»[3]. Se trata de modificar la producción de signos, la sintaxis, la subjectividad. Los modos de producir y reproducir la vida. No estamos hablando solo de una reforma de los Estados-Nación europeos. Estamos hablando de descolonizar el mundo, de interrumpir el Capitalismo Mundial Integrado. Estamos hablando de modificar la «terrapolítica»[4].

Somos los jacobinos negros y maricas, las bolleras rojas, los desahuciados verdes, somos los trans sin papeles, los animales de laboratorio y de los mataderos, los trabajadores y trabajadoras informático-sexuales, putones diversos funcionales, somos los sin tierra, los migrantes, los autistas, los que sufrimos de déficit de atención, exceso de tirosina, falta de serotonina, somos los que tenemos demasiada grasa, los discapacitados, los viejos en situación precaria. Somos la diáspora rabiosa. Somos los reproductores fracasados de la tierra, los cuerpos imposibles de rentabilizar para la economía del conocimiento.

No queremos definirnos ni como trabajadores cognitivos ni como consumidores fármacopornográficos. No somos Facebook, ni Shell, ni Nestle, ni Pfizer-Weyth. Tampoco somos Renault o Peugeot. No queremos producir francés, ni español, ni catalán, ni tampoco producir europeo. No

3.- Guattari, Félix: *Les Trois Écologies*, Galilée, Paris, 1989, p. 14.

4.- Ver Haraway, Donna, *SF: Speculative Fabulation and String Figures*, Documenta (13), Hantje Cantz, Kassel, 2011.

queremos producir. Somos la red viva descentralizada. Rechazamos una ciudadanía definida a partir de nuestra fuerza de producción o nuestra fuerza de reproducción. No somos bio-operarios productores de óvulos, ni cavidades gestantes, ni inseminadores espermáticos. Queremos una ciudadanía total definida por la posibilidad de compartir técnicas, códigos, fluidos, simientes, agua, saberes... Ellos dicen que la nueva guerra limpia se hará con drones de combate. Nosotros queremos hacer el amor con esos drones. Nuestra insurrección es la paz, el afecto total. Ya sabemos que la paz es menos sexy que la guerra, vende menos un poema que una ráfaga de balas y una cabeza cortada pone más que una cabeza parlante. Pero nuestra revolución es la de Soujourneth Truth, la de Harriet Tubman, la de Jean Deroin, la de Rosa Parks, la de Harvey Milk, la de Virginia Prince, la de Jack Smith, la de Ocaña, la de Sylvia Rae Rivera, la del Combahee River Collective, la de Pedro Lemebel. Hemos abandonado la política de la muerte: somos un batallón sexo-semiótico, una guerrilla cognitiva, una armada de amantes. Terror anal. Somos el futuro parlamento postporno, una nueva internacional somatopolítica hecha de alianzas sintéticas y no de vínculos identitarios. Dicen crisis. Decimos revolución.

BEATRIZ PRECIADO

Pre-textos

RESULTA CASI IMPOSIBLE ESCAPAR a la extraña sensación que causa tener entre las manos un libro sobre transfeminismo, algo así como una antología de textos para acercarnos a lo que podrían ser las bases de un movimiento. Y en este sentido, este libro emerge de una contradicción. Digamos que se encuentra atravesado por una paradoja. Incluso podríamos asumir de entrada que constituye en sí mismo un oxímoron. Una doble tensión en direcciones opuestas lo recorre: la imposibilidad de una teoría acabada sobre el transfeminismo y la posibilidad afirmativa de su política; pero esta contradicción sobre la que se asienta es también su condición de posibilidad.

Sea esta compilación una apuesta por buscar diversas formas de huir de una definición cerrada del transfeminismo, negándola, trascendiéndola o representándola por exceso. Pues no nos corresponde a nosotras la labor de delimitar unas bases, de circunscribir un campo de pensamiento, de canonizar a una serie de gurús, ni la de fijar las estrategias y prácticas de un movimiento. Mucho menos queremos presentar una serie de propuestas cerradas para comprender el transfeminismo. Más bien, el hilo conductor que atraviesa en diagonal este proyecto, es un compromiso imaginativo

con nuestro presente, con la recreación y la reconstrucción de saberes subversivos, de conocimientos situados, de experiencias y memorias políticas que vayan más allá de los saberes institucionales y al servicio de quienes luchan en los intersticios del feminismo.

A medio camino entre la teoría y la práctica, el arte y la política, la militancia o la academia, este libro pretende contribuir a reconstruir una parte de nuestro presente y de nuestro activismo a través, y desde el interior, de nuestra comunidad. Pretendemos que los textos aquí recogidos puedan servir a la transmisión y creación de experiencias y conocimientos generados desde los movimientos feministas y su entorno, rompiendo así la separación entre sujeto que piensa y sujeto que actúa. Cartografiar la emergencia de una serie de discursos, producciones culturales y prácticas políticas ligadas al feminismo, al movimiento lesbiano y a las luchas trans que habitan activamente los últimos años de movimientos feministas en el contexto del Estado español. Se trata, pues, de recrear un archivo para recuperar y mantener un legado de discursos, activismos y experiencias políticas de la mano de algunas de sus protagonistas. Aquí nos hemos limitado a ser meras recolectoras o, más bien, a tejer las conexiones de un mapa posible, para que el eco de estas pequeñas contribuciones culturales resuene aún más fuerte.

Es importante señalar también que se trata de un proyecto inacabado, parcial y situado. Esto es, «ni están todas las que son ni son todas las que están». Una antología determinada por nuestro propio recorrido político, teórico y artístico. Ante todo, esta cartografía nace como consecuencia de unas trayectorias concretas vinculadas a nuestra experiencia en el activismo queer y los nuevos feminismos. Nuestras elecciones están situadas en un marco donde la teoría y la praxis, lo personal y lo político, se interconectan formando un todo. Nuestros mapas de conocimiento vienen delimitados por nuestras propias lecturas, experiencias, influencias, afinidades, vínculos, alianzas y deseos.

El contexto de surgimiento de estos discursos y prácticas esta fuertemente ligado a una serie de debates sobre la forma tradicional de entender el sistema sexo/género y la sexualidad que afectan al sujeto político del feminismo. El género, si bien en un primer momento era entendido como la construcción cultural de diferencia sexual, poco a poco ha ido mutando, ampliando sus horizontes, hasta su conceptualización como sistema de opresión que afecta directamente a otros individuos o grupos, más allá de las mujeres, que el feminismo tradicionalmente no había incluido en su sujeto de representación. En segundo lugar, este movimiento de deconstrucción del género trata de poner en el centro de los debates feministas la especificidad de la opresión sexual, sin que esta esté eclipsada por el género; y el cuestionamiento de la norma heterosexual como régimen político-económico y como base de la división sexual del trabajo o de las desigualdades estructurales entre los géneros. Hablamos, en definitiva, de un conjunto de cambios que, desde los años ochenta, han traído consigo el emerger de una polifonía de voces, dando lugar a una serie de micropolíticas postidentitarias.

Pero, ¿cómo interactúan las nuevas conceptualizaciones de la identidad con los discursos activistas y con las prácticas políticas de nuestro contexto? ¿Qué intersecciones se producen en el Estado español entre las nuevas teorías feministas postestructuralistas y las luchas feministas, queer y transfeministas? Cuando hablamos de transfeminismos, nuevos feminismos o feminismos queer ¿a qué nos estamos refiriendo?

Existe una tendencia generalizada a pensar que, hasta la emergencia de la teoría y el activismo queer en los años noventa, el feminismo se ha organizado en torno a una visión muy naturalizada del género que ha determinado la articulación de un movimiento identitario en torno a la

categoría «mujer». De esta forma, solo la aparición en escena de lo queer habría posibilitado el cuestionamiento de la categoría «mujeres». Desde algunos sectores se tiende a una historiografía del feminismo como un movimiento que, en su afán por explicar la opresión de las mujeres y articular su lucha, de alguna forma, ha contribuido a una visión esencialista de los sexos. Esto es: a construir una lucha que deja de lado las diferencias de raza, clase, sexualidad, procedencia; que invisibliza la opresión de las lesbianas o que excluye de sus formas de organización a las personas trans. Si bien esto es lo que se deduce de determinadas narrativas estadounidenses, hay que tener presente que cada contexto tiene sus especificidades y, sobre todo, que el feminismo ha sido siempre un movimiento muy heterogéneo. Es importante, por tanto, analizar la emergencia de los feminismos queer en nuestro contexto de una forma que se haga cargo tanto de las rupturas como de las líneas de continuidad que lo conectan con la historia de las diferentes luchas en torno al género y a la sexualidad. Es importante tener en cuenta tanto las especificidades de estos fenómenos como sus conexiones con algunas formas de feminismos, como el lesbianismo feminista o el movimiento transexual, o con el activismo en torno al trabajo sexual.

En el Estado español, en un clima de luchas antifranquistas y por las libertades, cuando a duras penas habíamos salido de la dictadura y los derechos sexuales eran aún muy limitados, el feminismo renace a mediados de los setenta, siendo las lesbianas una importante parte activa prácticamente desde sus inicios. También desde finales de los ochenta reconocemos la existencia de un movimiento travesti organizado. Un activismo transexual, pleno de divergencias, ligado al movimiento gay pero que también defiende los derechos de las trabajadoras del sexo, que, a partir de mediados de los noventa, pasa a dialogar intensamente con el movimiento feminista en torno a temas como la naturalización de género, la prostitución o los derechos trans. La influencia del pensa-

miento y el activismo queer ha contribuido al cuestionamiento del binarismo de género y de la dicotomía homo/hetero, a evidenciar la violencia de toda formación identitaria, tanto en el feminismo como en los movimientos de liberación sexual y de género. Pero, sobre todo, durante la última década, ha permitido la articulación de discursos minoritarios, prácticas políticas, artísticas y culturales que estaban emergiendo en las comunidades feministas, okupas, lesbianas, anticapitalistas, maricas y transgénero. De esta forma, la crítica queer se ha asentado en nuestro contexto, y en su interacción con el feminismo, el lesbianismo, el movimiento marica y las luchas trans, ha favorecido la conexión de toda esta serie de formas organizativas.

Sin embargo, en un gesto de desplazamiento geopolítico, pero cercano a los postulados queer, el concepto «transfeminista» está siendo reivindicado por algunos colectivos trans-bollo-marica-feministas surgidos en los últimos años en el Estado español. Un conjunto de microgrupos han reclamado esta palabra que suena mejor en castellano que el término queer. Algo más tangible, más contextualizado, más local, cargado de potencia y de frescura, y que parece contener una importante fuerza movilizadora. Este «nuevo»[5] vocablo materializa la necesidad política de hacerse cargo de la multiplicidad del sujeto feminista. Pero también es un término que quiere situar al feminismo como un conjunto de prácticas y teorías en movimiento que dan cuenta de una pluralidad de opresiones y situaciones, mostrando así la complejidad de los nuevos retos a los que debe enfrentarse y la necesidad de una resistencia conjunta en torno al género y a la sexualidad.

5.- El término transfeminismo aparece por primera vez en las Jornadas Feministas Estatales del año 2000 en Córdoba en dos ponencias: «El vestido nuevo de la emperatriz» del Grup de Lesbianes Feministes de Barcelona y en «¿Mujer o trans? La inserción de las transexuales en el moviemiento feminista» de Kim Pérez.

La primera cuestión que se nos plantea como feministas es si esta relativización de las identidades que propone lo queer puede llevar a un ocultamiento de la asimetría entre hombres y mujeres. Es decir, si la critica al binarismo puede implicar la invisibilidad de las desigualdades de género estructurales. De ahí la parte de un vocablo que, a diferencia del concepto queer, conserva el término «feminismo». De esta forma, se hace cargo de una experiencia y de unos vínculos con las luchas feministas que le preceden y permite no olvidar las diferentes posiciones de poder de hombres y mujeres en la sociedad. Como afirma Teresa de Lauretis[6], el instinto de supervivencia nos advierte de que no podemos contentarnos con una simple definición o con una visión restringida de nuestra individualidad. Ni el color, ni la clase, ni el género, ni la diferencia lesbiana pueden constituir por separado la identidad ni ser la base de una política de transformación radical. Sin negar ninguna de las determinaciones sociales que nos componen, la crítica activista debe nombrarlas, buscarlas, afirmarlas, reivindicarlas, para poder trascenderlas y volver nuevamente a ellas.

Por otro lado, como señala Silvia L. Gil, estos cambios conceptuales han venido aparejados de una serie de mutaciones no solo en los análisis de la opresión de las mujeres, sino también en las temáticas, en las acciones, las estrategias y en las formas de organización y comunicación de los feminismos. Desde los años noventa y, sobre todo, a partir del año 2000, aparecen una serie de alianzas móviles y recombinables, de actuaciones dispersas donde el feminismo unitario va perdiendo su fuerza y su eficacia. Junto con estas formas fragmentadas de entender la identidad emergen otras formas políticas de visibilidad y representación y diversas

6.- De Lauretis, Teresa: «Diferencia e indiferencia sexual», *Diferencias. Etapas de un camino a través del feminismo. Cuadernos inacabados,* nº 35, horas y Horas, Madrid, 2000.

estrategias cotidianas de resistencia. A partir de los noventa, «las luchas ya no son exclusivamente económicas o por el reconocimiento, sino luchas que incorporan toda una economía subjetiva y simbólica. De ahí la importancia que adquiere la producción de imágenes, el juego de representaciones, la guerrilla de la comunicación, las interrelaciones entre arte y política, el ciberfeminismo como posibilidad de reinventar las identidades a través de las nuevas tecnologías, y todas las estrategias relacionadas con el plano simbólico (campañas gráficas, vídeos, fotografías, relatos ficticios, performances, diseño de webs, blogs), anudadas con el deseo de construir nuevas representaciones propias de la realidad»[7].

Aparecen también nuevas temáticas: la cuestión de la construcción de la subjetividad y de la corporalidad, la pornografía y el trabajo sexual, la patologización de la transexualidad, la crítica al feminismo de estado y a los procesos de institucionalización del movimento LGBT, la okupación, las luchas contra el sida, las resistencias transmigrantes, la precarización de la vida, la feminización de la pobreza... Un mapa de cuestiones e inquietudes «que actualizan y repiensan las temáticas clásicas del feminismo (el aborto, la sexualidad, el cuerpo, la violencia, el acceso al mercado laboral o el trabajo en el hogar) en relación con otras problemáticas que antes no existían»[8].

En este sentido, las últimas Jornadas Feministas Estatales del 2009 reflejan un punto de inflexión. Diversos colectivos y activistas feministas acuden en bloque y redactan el *Manifiesto para la insurrección transfeminista* en el que se hace visible la articulación de una nueva alianza. Llegados desde distintos puntos de la geografía ibérica y al grito del insolente y provocador «aquí está la resistencia trans», un conjunto

7.- Gil, Silvia L.: *Nuevos Feminismos. Sentidos comunes en la dispersión,* Traficantes de Sueños, Madrid, 2011, p. 37.

8.- Ibíd. 38.

de grupos y activistas irrumpíamos en las jornadas. Un grito combativo para poner en el centro del debate relaciones, acuerdos y desacuerdos con determinados postulados feministas, una llamada a problematizar ciertas formas de feminismo que, pensábamos, no querían dialogar con lo queer, con lo trans, con lo porno, con lo puto, con lo ciborg... Decíamos que «el sujeto mujer se nos había quedado pequeño» y nos parecía «excluyente por sí mismo», dejaba fuera muchas cosas que hablaban de nosotras, de nuestras vidas, deseos y prácticas, comunidades y subculturas. Parece mentira, pero cuatro años dan para mucho y algo ha llovido ya. Desde entonces, hemos ido construyendo un movimiento más reflexivo, más responsable y más humilde. Porque el feminismo será lo que le dé la gana ser y, por fortuna, eso no está en nuestra mano cambiarlo[9].

Algunas feministas veteranas, en su afán de comprensión, afirmaban que se trataba de un conflicto generacional, que la juventud venía apretando fuerte y con garra: látigos, dildos, lubricantes y orgías mezclados con asambleas, okupas, blogs, vídeos, manifiestos, radios libres... Y, para escenificar el debate de una forma irónica y divertida, con su monólogo de la madre feminista clásica y la hija queer[10], Isabel Franc nos brindó otra forma de ponerle palabras a los conflictos mientras nos reíamos de ellos. Sabia ocurrencia, sin duda, y un buen comienzo. Nosotras, la manada insurgente, aún situadas en la lógica de la confrontación, éramos incapaces de reconocer la variedad de posturas y visiones feministas, de entender que no eran tantas las resistencias o que el feminismo, en diversos enclaves, era ya «trans» desde hacía mucho tiempo. Era necesario, pues, tomar un poco

9.- Nos referimos aquí al lema «el feminismo será transfeminista o no será» que aparecía en el *Manifiesto para la insurrección transfeminista*.

10.- Isabel Franc en la inaguración de las Jornadas Feministas Estatales de Granada 2009. Ver en http://www.youtube.com/watch?v=TJ2VxHV9FIg

de distancia para realizar un análisis más responsable del movimiento precedente junto con una apuesta política que pusiera de manifiesto nuestra singularidad.

En parte, este libro nace de la necesidad de contextualizar estos debates una vez que ha pasado, por un lado, la fiebre de lo queer de la primera década del siglo xxi y, por otro, esa necesidad de autoafirmación y confrontación de cualquier movimiento que empieza a dar sus primeros pasos. Por ello, desde aquí queremos hacer hincapié en la vigencia política del feminismo. Resaltar unos vínculos que tienen que ver con nuestro pasado reciente, con las tres últimas décadas de movimiento feminista y de las luchas en torno a la libertad y diversidad sexual y de género. Unas conexiones que representan la especificidad de nuestra historia: la importancia de un feminismo que ha dado lugar a una serie de discursos y prácticas políticas que han creado el caldo de cultivo de lo que hoy llamamos transfeminismo. Se trata, pues, de pensarnos en situación, conscientes de nuestra historia y junto a otras para poder desarrollar interpretaciones que reconozcan lazos genealógicos, fortalezcan las alianzas y acerquen las luchas.

Textos

Los textos que conforman esta antología no constituyen una propuesta totalmente coherente o acabada ni son, en realidad, formas de continuidad; son espacios que liberan problemas y que emergen como acontecimiento. Son posiciones arriesgadas, búsquedas, respuestas que abren otras cuestiones. No dejan de ser sugerencias e indicaciones de un modo de proceder crítico que se inscriben en unos procesos que procuran, en efecto, experimentar y problematizar, con la consiguiente autocrítica y reescritura que comportan. Estamos ante segmentos dispersos que, más que responder a un espíritu de sistema, ponen sobre todo de manifiesto formas de trabajar

desde el feminismo y la variedad de sus intereses. Todos ellos responden a modos de hacer, de proceder, de vivir.

Un pensamiento feminista es por definición un pensamiento intempestivo, es decir, un pensamiento que crea las condiciones para que se produzcan cambios tanto en el orden social como en el categorial. Se reclaman, en este sentido, una actitud y una serie de prácticas que, en definitiva, comportan un modo de cuestionar feminista que implica la crítica permanente de nuestro ser y hacer. En ese sentido, los textos aquí recogidos llaman a una labor y convocan a la tarea crítica del pensar. Centran su mirada sobre determinadas zonas estratégicas, espacios conflictivos, ámbitos problemáticos. De esta forma, se tornan instrumentos que permiten diseccionar y proyectar luz sobre regiones oscuras de la vida social que se podrían leer como espacios para pensar nuevas dimensiones de la reflexión y la praxis política.

Estos textos no están destinados a alimentar una escolástica ni una ortodoxia feminista, y menos aún a reavivar polémicas trasnochadas. Su ir y venir entre ciertas cuestiones, obsesiones y dudas compartidas, enfados e ironías, ofrece una polifonía de voces de las que no hay propietario. A través de cada texto se reconstruye una genealogía, se lanzan preguntas, se visibilizan posturas, debates y colectivos. Resuenan no solo una pluralidad de voces sino una variedad de tonos, estilos y lenguajes. La brillantez de la erudición se ve acompañada, en determinados momentos, de otro tipo de brillantez, la de un clima coloquial, la de una conversación informal, la de una prosa poética o la de una simple charla. En ocasiones, el estilo parece menos adornado, se sienten los aires de una sencillez que no es pura improvisación. Son textos diferentes. Desde el artículo pulido a la transcripción de una conversación o las notas en las que se adivinan también otras manos. Tal vez se trate solo de ensayos de ensayos, de apuntes y preparaciones en las que el propio ensayo busca ensayarse. Pero siempre con la misma tensión crítica. Una atmósfera de lenguajes que saltan del cuidadoso rigor

a la complicidad de un tono sin remilgos. En este sentido, parecería que llaman más a intervenir. Los textos aquí ofrecidos guardan ese sabor. Sin embargo, con ello no evidencian su inconsistencia o su insuficiencia, pues coexisten en el tiempo, comparten un espacio común y un contexto histórico y geopolítico. Del entrelazamiento entre unos y otros, de las superposiciones y contigüidades, se podría extraer una extraña coherencia de fondo. Unos escritos refuerzan a otros, convirtiéndolos en partes de una partitura más compleja, una partitura en la que faltan otros fragmentos, inacabada, suspendida.

Es difícil dotar de estructura a algo cuyo sentido parte de la disgregación y la diseminación, marcar un ruta lineal de lectura cuando, si las limitaciones de un libro no nos lo impidieran, sería más coherente presentar un collage, un diagrama rizomático o mapa interactivo... A pesar de lo limitante de la linealidad, hemos optado por dividir el libro en seis bloques que agrupan estos escritos de manera parcial, en base a la determinación de una serie de conexiones temáticas que, pensamos, pueden facilitar la lectura así como un acercamiento a ciertas cuestiones y debates. Sin embargo, el libro que tienes entre tus manos puede leerse de maneras diferentes. Es decir, es posible realizar diversos itinerarios de lectura guiados por los intereses propios, saltando y alternando capítulos y obviando el orden propuesto.

El libro comienza con un bloque de capítulos que, bajo el título «Memorias colectivas y anticuerpos teóricos», recoge aquellas aportaciones que se podrían situar en el ámbito de lo conceptual y del análisis crítico pero también de la genealogía y la memoria de las luchas feministas y trans y de las prácticas artísticas en torno a las libertades sexuales y de género. Una miscelánea teórica e historiográfica que nos aproxima a los inicios de las luchas por la despatologización trans, a la red transfeminista, sus antecedentes, sus límites y sus retos.

En el segundo bloque, «El capitalismo o la vida», se sitúan una serie de textos que dan cuenta del inexorable

carácter anticapitalista de las luchas transfeministas y de las perversas articulaciones de un sistema económico y social que solo funciona a través de una determinada ordenación sexual. Estos análisis tratan de desgranar las intersecciones entre la producción de subjetividades y las nuevas formas de explotación y violencia. En esta parte, se pone de relieve la pugna entre el asimilacionismo y la mercantilización de la vida. También se señala la emergencia de nuevas resistencias precarias, transmigrantes, genderqueer... en el contexto del capitalismo global y los nuevos circuitos transnacionales. La entrada en escena de estos cuerpos no será indiferente a los aparatos de control y regulación propios del neoliberalismo.

El bloque «Suenan los cuerpos: un llamado a las alianzas», situado en tercer lugar, recoge una serie de artículos teóricos, artísticos y activistas centrados en la cuestión del cuerpo, sus fisuras, cicatrices y límites materiales. Unos escritos que comprenden la producción inmaterial como un lugar para la generación de nuevos significados, representaciones, afectos, deseos. Pero, también, como un nuevo campo de posibilidades para la acción política que incide de manera directa en las estructuras sociales de la opresión. Un grupo de textos que intentan reconstruir, ensanchar y subvertir el ordenamiento que los dispositivos de producción simbólica establecen sobre lo real; y que colocan en el centro de los debates actuales la cuestión de la producción de la corporalidad y de cómo lo simbólico crea comunidad y, por tanto, se convierte en un dispositivo indispensable para construir nuevas formas de relación y sociabilidad.

«El amor siempre fue político», el cuarto bloque, arroja luz sobre aquellas esferas de la vida social más difíciles de politizar y de asumir de manera colectiva: las relaciones sexo-afectivas. Estos escritos se centran en las experiencias y formas de organización de aquellas que eligen desviarse, aunque no siempre con éxito, de las lógicas de control privativas y exclusivistas de la familia nuclear, el consumo, la heteronorma, la pareja monogámica... Conscientes de que

las relaciones entre individuos están atravesadas también por el poder, estos textos se abren como una caja de herramientas vividas y encarnadas para hacernos pensar los afectos, las relaciones sexuales, los cuidados, los vínculos interpersonales, la interiorización del modelo autoritario, la sociabilidad, etc. constituyendo así toda una apuesta por la producción de otros modos de vida.

Finalmente, «Ánados, cátodos, circuitos y filamentos: con estos objetos el maleficio está completo» es el último bloque. Los textos aquí recogidos ponen de manifiesto las relaciones de desigualdad y poder en el ámbito de la tecnología, el carácter androcéntrico de la ciencia y tecnología occidental, las relaciones indisolubles entre cuerpo y tecnología y la necesidad de incorporar nuevos valores en la teoría y en la práctica tecnocientífica. En la misma línea, cuestionan el uso de tecnologías privativas y enfatizan en la imprescindibilidad de la difusión y desarrollo de tecnologías libres que posibiliten un activismo transciber- y transhack- feminista.

Aquí están, con sus errores y aciertos, con reiteraciones e innovaciones, estos escritos.

MIRIAM SOLÁ

I
Memorias colectivas y anticuerpos teóricos

REDES TRANSFEMINISTAS Y NUEVAS POLÍTICAS DE REPRESENTACIÓN SEXUAL (I). DIAGRAMAS DE FLUJOS [11]

Tatiana Sentamans
{O.R.G.I.A}

EL TÍTULO DE ESTE TEXTO engloba estas dos cuestiones que están vinculadas, pero que no tienen por qué ser lo mismo: «transfeminismo» y «nuevas políticas de representación sexual». De hecho, no lo son. Por ello, mi objetivo es realizar una revisión crítica no de tales fenómenos por separado, sino de aquellas prácticas artísticas que se encuentran en la intersección de ambos en el Estado español durante el siglo XXI. Y esto lo hago poniendo palabras a una perspectiva grupal que compartimos en O.R.G.I.A y con el resto de hermanas[12]. En la última década, y en paralelo al desarrollo de una serie de reflexiones, obras y alianzas, hemos asistido a una proliferación de nuevas denominaciones a la luz de estas: postporno, feminismo postpornopunk, tranzmarikabollo, transfeminismo, Red PutaBolloNegraTransFeminista, etcé-

11.- Texto a partir de la contribución homónima para el seminario «En torno a genealogías feministas en el arte español: 1960-2010», Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, Madrid, febrero de 2013.

12.- Véase el vídeo proyectado en la citada conferencia, realizado con las contribuciones de Medeak, Quimera Rosa, Helen Torres, Ideadestroyingmuros, O.R.G.I.A y Post-Op, y editado por O.R.G.I.A: http://vimeo.com/60567871 [última consulta: 25/06/2013].

tera. Si bien mi intención va más allá de realizar un examen de tales conceptos, de partida sí es necesario puntualizar dos cuestiones de suma relevancia para el tema.

Por un lado, la pluralidad de nombres corresponde a una cuestión política fundamental: el nombrarse. Aquí, debe considerarse, en primer lugar, que la fluctuación responde a una manera cambiante de sentirse de acuerdo a la propia experiencia vital. En segundo lugar, no debe olvidarse la estrategia de empoderamiento que, a partir de un determinado momento, realizó la comunidad queer, reapropiándose de los apelativos del discurso del odio que los discrimina por ser «diferentes», llenando palabras como «marica» o «bollera» de un nuevo significado político de orgullo. En tercer lugar, el hecho de que muchas veces sean nombres compuestos responde a una voluntad inclusiva. Por otro lado, considero que la presencia de los prefijos «post-» o «trans-» (respectivamente «después de», y «al otro lado de» o «a través de») no suponen un intento por distanciarse de los fenómenos a los que se anteponen y, mucho menos, por erigirse en una especie de vanguardia de los mismos, sino que amplían estrategias y cuestionan dogmas. Sin embargo, y, lamentablemente, las palabras que los contienen a veces son vistas como una amenaza y un miedo a la desintegración por los sectores más arraigados (caso del transfeminismo); o bien como un intento snob de distinción de tendencia, cuando no tendenciosa (caso del postporno en el Estado español). Esto mismo produce un extraño efecto en los círculos académicos, artísticos e intelectuales. Por una parte, el de «subirse al carro de la moda»; por otra, y debido a lo anterior, una especie de estigmatización de superficialidad por la inclusión dentro de una determinada corriente de nuevo cuño, ante la cual, en un primer momento, no se sabe muy bien cómo reaccionar.

Etiquetas aparte, a la hora de realizar un primer ejercicio historiográfico sobre un fenómeno sin literatura previa, el primer instinto es ver cuál fue el inicio, qué, quiénes, cuándo, cómo y por qué, y buscar antecedentes, referentes, e

indicios de proto-lo-que-sea. A estos tópicos fueron a los que nos enfrentamos Daniel Tejero y yo cuando afrontamos el Congreso Cuerpos/Sexualidades Heréticas y Prácticas Artísticas (4-5/11/2009)[13]. Desde el grupo de investigación FIDEX de la Facultad de Bellas Artes de Altea, nos habíamos planteado como reto iniciático establecer un marco comparativo entre los acontecimientos artísticos que, en torno al binomio sexo-género, habían sucedido durante la década de los noventa en el marco geográfico levantino –y que, por lo tanto, conocíamos de cerca– y los acontecidos a partir del año 2000 en torno a una nueva política de representación sexual en el Estado español, en ocasiones denominada postporno (aunque este último término englobe solo a una parte). Era el año 2009 y todavía no se había firmado el *Manifiesto para la insurrección transfeminista*, que a principios de 2010 –y tras el impulso final de las Jornadas de Granada (5-7/12/2009)– puso el broche a una década de circulaciones, debates y trabajos en varios apartados de la vida social. Estos compartían, entre otras muchas cuestiones, una idea amplia de crisis y crítica de la categoría estanca «mujer» como único sujeto político posible del feminismo. No sin ayuda, en el momento de plantear el contenido del segundo bloque del citado congreso, y de la posterior publicación homónima, no tuve dudas sobre una cuestión que dejé clara en el subtítulo de su texto introductorio: «de cómo todo surge del feminismo». Ser feminista no es algo que se elige, sino que, como dice Esther Ferrer, «sale de las tripas»[14]. Y lo que se aprende o se conoce, en todo caso, son los diferentes idearios, las agendas y las tensiones históricas derivadas, y su registro en la variada bibliografía.

Retomando nuevamente el citado congreso, para mí uno de los retos fundamentales fue proponer una breve génesis

13.- Véase al respecto, Sentamans y Tejero, 2010.

14.- García Muriana, Carmen: Entrevista inédita a Esther Ferrer, estudio de la artista, París, mayo de 2006.

de la andadura de ciertos grupos y personas en cuanto a una nueva política de representación sexual en el Estado español durante la primera década del siglo xxi, máxime, desde mi posición «académica» en la universidad y siendo parte activa de uno de los colectivos participantes; pura esquizofrenia. Así, decidí esbozar tangencias, hablar de cómo algunas éramos amigas en nuestra época valenciana de estudiantes de la facultad, de cómo coincidimos en el Maratón Posporno con muchas, y conocimos otras; de cómo, de la mano de Erreakzioa, Belbel y Preciado, presentamos nuestro trabajo fuera de programa en Arteleku, y conocimos a los colectivos vascos (curiosamente en «La repolitización sexual de las prácticas artísticas contemporáneas»); y todo ello sin atribuir patentes ni proponer paladines. Mi intención fue, en todo momento, hablar de cómo un conjunto de personas que compartían una serie de intereses se fueron encontrando siguiendo (a veces con excesiva devoción) una serie de programaciones que respondían a sus inquietudes de conocimiento a lo largo y ancho del territorio, primero como asistentes, y más tarde como participantes y organizadoras.

Pasado el tiempo, no puedo sino reafirmarme en mi postura anterior. Yo hablaría de coincidencias y contaminaciones y, ante la insistencia de atribuir gurús, en todo caso, de apoyos, ampliaciones y amplificaciones siempre imprescindibles. No debe entonces importarnos quién trabajó primero con qué, quién escribió o quién organizó o, por lo menos, no en estos momentos, porque podríamos caer en un tipo de disección que nos hiciera perder de vista el potencial político del conjunto. De hecho, cabe señalar la propensión a la colaboración o el característico cuestionamiento de la autoría dentro de los propios grupos, que más adelante retomaré cuando hable estrictamente de producción artística.

Por ello, al hilo de estas cuestiones, me gustaría reivindicar el concepto de ósmosis como una influencia mutua entre grupos de personas en el campo de las ideas. Enlazando esto con la fuerte fisicidad corporal de la mayoría de los grupos

y personas (como las expresivas demostraciones de afecto mutuo en forma de besos, abrazos y, en ocasiones, sexo), quisiera proponer como metáfora el pogo, recuperando su origen etimológico (del griego, «acción de empujar» e «impulso»). Este baile, atribuido a Sid Vicious y, en general, al punk y practicado por una de las vertientes musicales comprometidas con el feminismo como el Riot Grrrl, consiste en saltar, hacer gestos y dar patadas al aire al ritmo de la música, en un movimiento encadenado de empujones. A pesar de su aspecto agresivo, que puede ser reforzado por la propia apariencia física antisistema, se trata de un gesto de camaradería que, por un lado, libera adrenalina, como el acto de correrse y, por otro, supone un acto de confianza recíproca. Por ello, más que su posible interpretación como acto violento, esta ósmosis de la que hablo (o red pogo), constituye una instigación o empujón para la integración en formato abierto a través de una fuerza centrípeta de afectos y acuerdos, que se traduce en un proyecto político con afán centrífugo.

Hay muchas personas trabajando en las redes transfeministas, en colectivos, en asociaciones de base y en la academia, que no participan de la creación artística; por otro lado, aunque afortunadamente en nuestro contexto ha habido una proliferación de nuevas formulaciones artístico-políticas sexuadas en los últimos años, no todas participan de la red transfeminista. Como adelantaba al inicio, a continuación me aproximaré a los casos de aquellos colectivos y personas que, en un sentido amplio, han propuesto y proponen formulaciones plásticas en torno a una nueva política de representación sexual en el Estado español y participan de la red transfeminista. De hecho, fueron firmantes, en su día –y en su mayoría–, junto con otros colectivos y agentes de índole más social, del *Manifiesto para la insurrección transfeminista* circulante por internet.

Monique Wittig dice que «lo que creemos que es una percepción directa y física no es más que una construcción sofisticada y mítica, una «formación imaginaria que reinterpreta rasgos físicos (en sí mismos tan neutrales como cualquier

otro, pero marcados por el sistema social) por medio de la red de relaciones con que se los percibe»[15]. A mi parecer, en lo concerniente a reinterpretar rasgos físicos y marcas sociales, tiene cabida una producción artística con vocación política. El universo de la creación facilita una lista interminable de posibilidades conceptuales, formales y procedimentales; y es un medio que ha sabido renacer, cadáver tras cadáver, haciendo estallar las limitaciones de preceptos, cánones y disciplinas. De hecho, son pocos los medios que hayan conocido tales presiones históricas y las hayan ido haciendo trizas, una tras otra. Por eso creo que el arte contemporáneo es un artefacto que ya conoce el camino para hacer saltar por los aires encorsetamientos estilísticos y estereotipos; para generar, como dice Fefa Vila, «posibilidades de ampliar lo vivible para muchos sujetos que estaban excluidos: ampliar la posibilidad de ser más feliz, de vivir en espacios cada vez más simbólicos y reales, cada vez más amplios y productivos» (Sentamans y Tejero, 2009). Es, además, un medio poroso que sabe reconocer la herencia en un sentido positivo, y dialogar con apuestas anteriores y futuras.

Pero, para ampliar lo vivible, considero fundamental ampliar lo visible: en su dimensión real como reflejo de la vida de los sujetos o *representación*, pero también en su dimensión simbólica o *nueva presentación*. La demarcación simbólica de lo social crea límites entre lo permitido y lo prohibido, lo excluido y lo integrado, lo correcto y lo incorrecto, lo posible y lo imposible, y está fuertemente arraigada en la tradición y en las costumbres y, por ello, también en las disciplinas académicas. Todo proceso de construcción identitaria se basa en cierta autopercepción colectiva, en un sentido de la pertenencia a valores, códigos y significaciones culturales (no naturales). La noción de continuidad en estos, la seguridad y la posibilidad de ser reconocido, suponen una

15.- Wittig, Monique: «No se nace mujer», *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*, Egales, Madrid-Barcelona, 2006 [1992], p. 34.

limitación. Por ello, la introducción de nuevas imágenes, o una alteración de las mismas en su orden simbólico, posibilita una transformación y enriquecimiento necesarios del imaginario colectivo. Está claro que visibilidad significa existencia (ser visible ratifica que se *es* en la realidad), y la producción de nuevas imágenes con nuevos significados abre una puerta a que la experiencia simbólica y real se nutra, creciendo de modo irregular, y desbordando los compartimentos estancos. La sociedad tiende a reconocer lo que ya ha conocido, es decir, una imagen que se ajuste a la lógica de una visión del mundo basada en un conjunto de patrones culturales heredados. Como dice Bourdieu, «lo visible no es nunca sino lo legible»[16]. Y es justamente aquí donde pueden empoderarse los sujetos, para, a través de la práctica artística, saturar el ojo social con documentos ilegibles que configuren una nueva tradición de la discontinuidad, de la pluralidad, y de *lo imprevisible*.

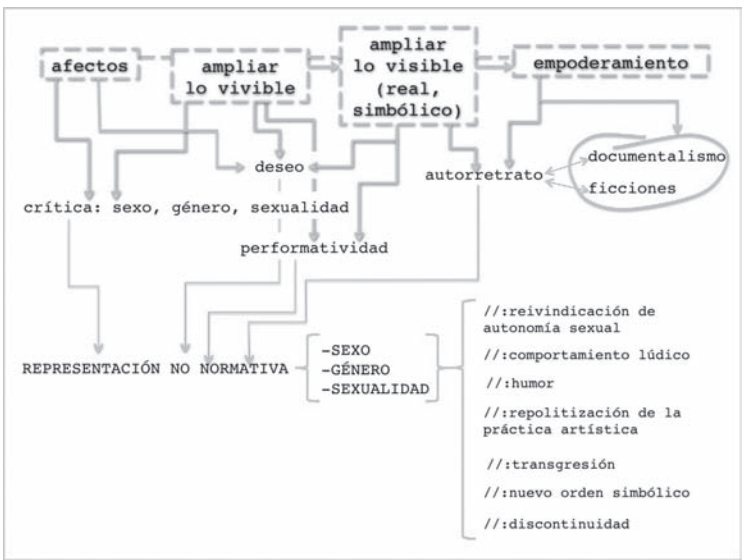


Fig. 1 // Diagrama 1.

16.- Bourdieu, Pierre: *Un arte medio. Ensayo sobre los usos sociales de la fotografía*, Gustavo Gili, Barcelona, 2003 [1965].

En el diagrama 1 vemos cómo una serie de flujos a partir de lo expuesto nos lleva a un conjunto de cuestiones a subrayar: el deseo; una crítica al sistema sexo-género-sexualidad; la noción de performatividad y su potencial, literalmente, «realizativo»; la importancia del autorretrato como control subjetivo de la propia imagen, del propio cuerpo; y, en relación posible a este, el documentalismo y la ficción. Todo ello confluye en una nueva presentación no-normativa del sexo, el género y la sexualidad que ha caracterizado a las producciones artísticas de un conjunto de personas a lo largo de la primera década del siglo xxi en el Estado español. Esta nueva presentación, a su vez, posee un conjunto de rasgos más o menos comunes. Por un lado, hay una reivindicación manifiesta de una autonomía sexual personal, fuera de la tutela familiar y estatal, y al margen de la pedagogía de la pornografía heteronormativa y, por lo tanto, excluyente. Por otro lado, hay un claro componente lúdico y humorístico, un punto este heredero de la *mamma* del postporno, Annie Sprinkle. El ámbito del juego es el ámbito del simulacro, del ser de otro modo, en el que la acción, con un claro componente de júbilo, tiene lugar bajo un contrato aceptado de duración limitada. Así, se trata de una celebración caleidoscópica de la sexualidad, en contraposición a la acostumbrada represión y/o victimización. En cuanto al humor, cabe apuntar que la risa es un arma de doble filo: puede ejercerse como castigo en contra de lo diferente y lo nuevo (al servicio de la moral de un sistema cultural), o como forma de insurrección y provocación. En este último uso, el humor es una potente herramienta política para la subversión de discursos monolíticos dominantes, máxime si tenemos en cuenta su carácter directo en el proceso de comunicación y la variedad de sus fórmulas.

Todo ello comporta un ánimo de repolitizar la práctica artística, en su acepción de *intensificar* las vindicaciones, de enriquecerlas teniendo en cuenta la multiplicidad identitaria y a aquellos sectores que son objeto de discriminación, violencia, marginación y desamparo. Y, en este sentido,

debe reconocerse no solo la herencia de los feminismos, sino también de la teoría queer. A veces, dar valor y legitimidad a otras formas de ser y de existir, de follar, implica la transgresión y la provocación como práctica política, no como una forma individualista de significación, sino como un modo de ampliar los límites traspasándolos, haciendo así evidente su artificio naturalizado. En este punto, una de las estrategias confluye en la creación de un nuevo orden simbólico, que viene a ampliar la estrechez de miras –sin voluntad sustitutoria– y propone nuevas imágenes donde reconocernos que alimentan nuestro deseo. Tampoco tiene una voluntad estable y perenne, ya que su fortaleza radica en su propia discontinuidad, en su oposición a trazar líneas divisorias continuas, y en la capacidad de sorpresa que conlleva toda intermitencia, más allá de la prejuzgada y, a veces esperada, disolución.

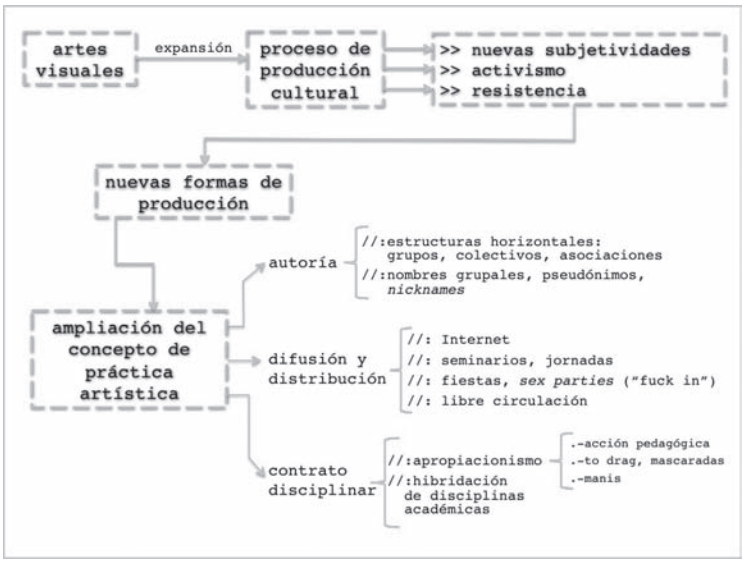


Fig. 2 // Diagrama 2.

En el diagrama 2, vemos cómo la ampliación auspiciada por el desarrollo del concepto de artes visuales y su expansión, en detrimento de la encorsetadora noción Arte (con

mayúsculas), ha implicado un enriquecimiento del proceso de producción cultural, que admite estas nuevas subjetividades, su activismo y resistencia. Esto ha desembocado en un reconocimiento y proliferación de nuevos modos de hacer, dilatando así la idea de práctica artística. En este punto, me gustaría profundizar sobre tres aspectos que considero básicos en estas nuevas políticas de representación sexual en el Estado español: la autoría, la difusión y distribución, y el contrato disciplinar.

La propia estructura horizontal de asociaciones, grupos y colectivos, de carácter asambleario y basada en el consenso, ha propiciado en ocasiones un cuestionamiento de la autoría de diversas producciones, como presupuesto o como modo práctico. En otros casos, ello ha constituido una premisa de partida, primando el ideario de una asociación y sus resultados a la identificación sistemática de sus miembros. Este es el caso del uso de nombres grupales como un paraguas identitario bajo el que se articula el trabajo de diferentes personas, que pueden no estar obligadas a participar en todos y cada uno de los proyectos. De hecho, es habitual en el paradigma del funcionamiento grupal la intermitencia de sus miembros, la libre circulación, la colaboración puntual, la disolución, la reconversión o la escisión, entre otras vías. Otra variante que puede contribuir en el despiste identificativo es la utilización, por parte de agentes individuales, de sobrenombres, alias y *nicknames* en internet. Todo esto supone una deslocalización de la autoría, que pone en jaque, nuevamente, el mito del artista, pero que a su vez conlleva una serie de complicaciones para el rígido sistema de derechos predominante, especialmente, en los casos de retribución, distribución y archivo[17].

17.- Esta cuestión está pendiente de que especialistas del ámbito investiguen y busquen soluciones al respecto en colaboración con los agentes involucrados.

Por otro lado, el desarrollo y afianzamiento de la web 2.0, en el primer decenio de este siglo, sin duda ha sido un telón de fondo contextual que ha contribuido a consolidar los vínculos y encuentros producidos en los seminarios y jornadas (el primer caldo de cultivo) y a construir otros nuevos en un proceso de retroalimentación continua entre lo virtual y lo real. En este apartado de la conexión ha ido tomando peso el formato de la fiesta y la sex party, precisamente en ese sentido de celebración del que hablaba anteriormente, y también como un espacio de lucha, como un lugar en el que follar de *otro* modo que supone, además, un medio para estrechar alianzas, para fracturar en la práctica imposiciones morales naturalizadas sobre la afectividad y el placer.

Pero quizás uno de los principales pegamentos ha sido la red que genera hipervínculo, y que consolida y amplía el tejido. El modelo abierto de internet ha constituido un canal idóneo de difusión y distribución, particularmente por su carácter participativo y su economía en cuanto al disfrute de recursos; por la accesibilidad para compartir y poner en circulación, convocatorias, información y conocimiento; y por su inmediatez. Internet hace posible diarios personales y aparatos de opinión y crítica micropolíticos, e hizo posible el tráfico, firma y difusión del *Manifiesto para la insurrección transfeminista* en pocos días.

El cuestionamiento de los canales de distribución abre un espinoso debate tangencial en torno a la cultura libre (en el que no pretendo ahondar aquí), y a una forma de conocimiento al margen del sistema productivo hegemónico, a través del uso de diferentes licencias, que retoma la cuestión de los derechos de autor. En esta acalorada discusión, las posiciones son divergentes en los modelos retributivos de la producción cultural y su difusión: ¿se debe pagar la producción?; ¿el pago de la difusión debe convertirse en una forma de financiamiento póstumo de lo primero?; ¿limita esto la circulación de la cultura?; ¿qué pasa con la situación de precariedad de muchas y muchos, teniendo en cuenta la habi-

tual escasez y ahora casi aniquilación de ayudas públicas en el marco de la cultura? En este mapa enconado, resurge la autogestión como otro modelo de producción posible y sostenible, que abarca desde la financiación inicial a la distribución final; que no supone una solución, especialmente en el ámbito de lo público, aunque constituya una alternativa de supervivencia. Dentro de dicho modelo, en los últimos años se ha abierto paso el *crowdfunding* (un sistema de financiación colectiva o micromecenazgo), con páginas españolas como Goteo, Lanzanos, Verkami o La Tahona Cultural[18].

Pero la red no es un espacio ideal. Internet acoge también mecanismos de jerarquía en las búsquedas, y una censura manifiesta, como la ejercida por plataformas masivas como youtube, blogger y facebook, que, por ejemplo, bloquearon la portada del libro *Sexual Herria,* de Itziar Ziga (Txalaparta, 2012), o el vídeo de la presentación del libro *Pornoterrorismo,* de Diana J. Torres (Txalaparta, 2010), además de contenidos de otras autoras.

Entrando ya en materia de los procedimientos utilizados, a modo de introducción me gustaría realizar algunas observaciones al respecto del uso del término disciplina, muy común en el ámbito de las bellas artes. Por definición, este se caracteriza por ser un concepto hermético con un componente de sometimiento o, de lo contrario, no habría habido necesidad de buscar su apertura en la interdisciplinariedad. Sin embargo, esta última denominación se ha convertido en un distintivo de contemporaneidad artística que, de tanto usarlo, se ha vaciado de sentido. Si digo que las nuevas políticas de representación sexual en el Estado español se caracterizan por ser interdisciplinares, yo misma pensaría que os digo todo y nada. Por esto mismo, y tras darle muchas vueltas, a partir de

18.- Este sistema es el que ha permitido, por ejemplo a Quimera Rosa, desarrollar desde octubre del pasado 2012 parte de su proyecto *Akelarre 2.0.* junto a Transnoise, en una residencia artística en Bolivia.

la imagen del contrato sexual, me arriesgo a proponer la idea de «contrato disciplinar» como marco provisorio y cambiante, donde las directrices y principios para la materialización de la obra artística son susceptibles de ser negociados. Me parece mucho más adecuado pensar en una sucesión de contratos disciplinares –que se adaptan mejor a la naturaleza cambiante de inquietudes, conceptos, deseos y colaboraciones, así como a las urgencias políticas– que en un compromiso definitivo o en una palabra que dé lugar a ambigüedades.

En cuanto a la consecución de los métodos de producción, considero clave el espíritu de experimentación, de buscar y probar de manera práctica, y de encontrar soluciones y nuevas preguntas. Es aquí donde irrumpe con fuerza un rasgo propio, el del aprendizaje autónomo. Podría decirse que una buena parte de artistas con interés en esta nueva política de representación sexual de la que hablo tienen una formación reglada en artes plásticas y otra no. Sin embargo, creo que la idea de aprendizaje autónomo está presente en ambos sectores. Primero, porque hay una búsqueda autodidacta de soluciones en otras disciplinas no contenidas en los *curricula* particulares; segundo, porque compartir experiencia y conocimiento es muchas veces un motivo de colaboración; y, tercero, porque existe un interés latente por experimentar y reintroducir otros elementos y prácticas en la propia actividad artística. Todo ello da lugar a múltiples estrategias para la producción, que he decidido articular en dos grandes bloques: apropiacionismo y recodificación de disciplinas académicas[19].

19.-Debido al límite del texto, desarrollo estas cuestiones en base a la idea de contrato disciplinar a través de casos prácticos en el texto «Redes transfeministas y nuevas políticas de representación sexual en el Estado español (II). Estrategias de producción.

VVAA: *Desacuerdos. Sobre arte, políticas y esfera pública en el Estado español*, vol. 7, Centro José Guerrero-Diputación de Granada, MACBA, MNCARS, UNIA arteypensamiento, Barcelona, 2012.

Genealogías feministas en el arte español: 1960-2010, This side up – MUSAC, Madrid, 2013.

Sentamans, Tatiana y Tejero, Daniel (eds.): *Cuerpos/Sexualidades Heréticas y Prácticas Artísticas. Antecedentes en el Estado español. De la teoría a la práctica y viceversa*, Generalitat Valenciana, Alicante, 2010.

Sandra Fernández y Aitzole Araneta

> El mismo nombre de trans significa una bandera que no debe ceder el movimiento feminista en su más profunda expresión. Porque somos personas que visiblemente hemos transitado de una condición aún peor, más opresora, la clandestinidad, hasta esta mucho más tranquila. Nos hemos liberado. Somos mujeres que hemos tenido que ser reconocidas o nacionalizadas. Somos un paradigma de la condición humana que todos pueden ver. Personas en proceso, en transición. Personas trans. Y este derecho al cambio social liberador, al no esencialismo, es lo que reivindica el feminismo para todo ser humano.
>
> KIM PÉREZ (2000: 4)[20]

Historias políticas situadas[21]

CUANDO RECIBIMOS EL ENCARGO de escribir una breve genealogía del movimiento trans(feminista) en el Estado español nos pareció correr con la parte menos creativa de una publicación bastante más prometedora. Una vez reconocimos esta sensación, se abrieron otras. Nos preguntamos: ¿qué puede tener de particular que seamos nosotras, justamente,

20.- Pérez, Kim: «¿Mujeres o trans? La inserción de las transexuales en el movimiento feminista». Ponencia presentada en las Jornadas Feministas Estatales de Córdoba del 2000. Disponible on-line: http://www.caladona.org/grups/uploads/2010/04/mujertrans-kim-perez.pdf

21.- Esta genealogía hubiera resultado imposible sin la ayuda y aportaciones de Teo, Marina Collell, David Montilla y Juana Ramos.

quienes escribamos acerca de esta historia?, ¿cómo afrontar el reto de (re)escribir una genealogía de algo que actualmente concebimos fragmentado y de lo que hemos sido parte –tanto en sus éxitos como en sus fracasos–?

Hallamos una encrucijada poco casual en la intersección de nuestras trayectorias: compartimos algunos años del nacimiento del movimiento trans prodespatologización en Madrid y, tras la ruptura que vivimos en torno al año 2010, una de nosotras quedó más cerca del naciente transfeminismo y la otra del movimiento trans prodespatologización. El reto era cómo construir una historia que hile algunos vacíos –para lo que nuestras diferencias pueden ser más que necesarias– aprovechando nuestra corta distancia con la historia y la mayor del paso del tiempo. Deslizándonos entre el juego de la proximidad de la acción y la distancia de la elaboración.

Trazar genealogías es un asunto profundamente político y literalmente creativo. Nuestra apuesta es hacerlo reconociendo nuestra mirada parcial y situada. Se trata de una genealogía atravesada por nuestra experiencia que afirma su dependencia de otras historias y su vulnerabilidad al paso del tiempo. Con fines analíticos realizamos un corte en dos periodos de la historia del movimiento trans(feminista): el surgimiento y consolidación del movimiento trans prodespatologización (2006-2010) y la consolidación del movimiento transfeminista (2010-2013).

Primer periodo: surgimiento y consolidación del movimiento trans prodespatologización

En el Estado español, podemos fijar el nacimiento del movimiento prodespatologización de las identidades trans en torno al surgimiento de la Guerrilla Travolaka (Barcelona, 2006) y las nuevas articulaciones que comenzaron a gestarse a partir de esta fecha. Guerrilla condensa varios rasgos que caracterizarán a los grupos que harán de la lucha trans un

eje central de su activismo: son movimientos autónomos, no identitarios y con una elaboración de lo trans explícitamente enmarcada en la lucha contra el heteropatriarcado. Es decir, los inicios del movimiento prodespatologización están enraizados en las luchas feministas transmaribolleras críticas y radicales. Surgen a partir de grupos involucrados en una denuncia más amplia de las condiciones de opresión que atraviesan los márgenes (mercantilización, institucionalización y despolitización del movimiento LGTB, regulaciones de extranjería, expropiación de los derechos laborales de las trabajadoras sexuales...). Se trata de colectividades que tejen su punto de encuentro en torno al proyecto político y no en torno a la identidad. El punto en común entre sus activistas giraba alrededor del tipo de transformación social por el que era necesario apostar: aquella en la que la diversidad de nuestros cuerpos, sexos, géneros, deseos e identidades fuese celebrada antes que aplastada bajo clasificaciones médico-políticas que nos resultan tan ajenas como opresoras. Esa transformación apuntaba a las raíces del heteropatriarcado, donde las transfobias, lesbofobias y homofobias aparecían como tres de sus grandes expresiones. Las puntas de un iceberg mayor.

Queremos destacar dos rasgos de la práctica política de Guerrilla Travolaka que consideramos relevantes para comprender el tipo de redes que fue posible generar a través de lo trans. En primer lugar, en el año 2006, Guerrilla desarrolló un discurso-acción público que desligaba los cuerpos, las vidas y el pensamiento trans de las narrativas médicas. Las vidas trans emergían desde una colectividad propia que combatía la medicalización de la mirada a través del deseo: aparecían los cuerpos trans como lugares de deseo, un deseo expropiado y reapropiado. En esa reapropiación, las conexiones con el discurso feminista emergían con una claridad abrumadora, a pesar de los comienzos de la Guerrilla Travolaka como colectivo trans y no, por aquel momento, feminista. Cuando señalamos que el punto de encuentro de los gru-

pos que conformaron después una red trans era el proyecto político, nos referimos a las posibilidades que se abrieron ya desde los inicios para trazar las conexiones entre el discurso trans y algunos feminismos con capacidad para reconocerse en dichos lazos.

En segundo lugar, la nueva red de grupos que fue apareciendo no estaba constituida por colectivos exclusivamente trans, ni siquiera, en muchos casos, por colectivos mayoritariamente trans. El hecho de que Guerrilla Travolaka, como colectivo con una participación importante de activistas trans, diese vida a un discurso feminista permitió que otros colectivos críticos hiciesen suyo un discurso con unas demandas muy explícitas respecto a las experiencias de vida trans y las problemáticas concretas de la transfobia. Creemos que Guerrilla jugó un papel legitimador dentro de este proceso. Entiéndase que, además, en algunos territorios del Estado los grupos críticos convivíamos con colectivos transexuales con una trayectoria histórica muy importante, que respecto a la despatologización de la transexualidad se hallaban inmersos en el conocido dilema de «sanidad para enfermxs o renunciemos a sanidad»[22]. Por tanto, no era fácil defender un discurso despatologizador sin un apoyo fuerte que legitimase los riesgos y compensase la acusación de que tal postura atentaba contra los derechos trans de forma directa.

Así, a partir del año 2006, se crean las condiciones de posibilidad para la gestación de una red que aglutinaría a distintos grupos alrededor del Estado español. Esta red de trabajo informal será la que, a posteriori, adquiera el nombre de Red por la Despatologización Trans del Estado

22.- La aparición de dicho dilema se producía al asumir que solo se puede hablar de atención sanitaria por la vía pública si entendemos la transexualidad como una enfermedad o trastorno. Bajo esta asunción, una defensa basada en encuadrar las identidades trans como parte de la diversidad ponía en entredicho el acceso a los derechos sanitarios.

español[23] en el año 2008, que originaría la campaña Stop Trans Patologization 2012 (STP 2012) en el 2009. La propia campaña STP 2012 acaba de gestarse no ya como un proceso informal, sino como algo completamente formal y organizado: la Xarxa Contra la Homofobia en cuya asamblea de Oporto (2008) se introdujo el tema de la despatologización, y en mayo de 2009, en la reunión fundacional de Zaragoza, donde se explicitaba el concepto de la campaña STP 2012, al cual, un mes más tarde, en la cumbre trans de junio 2009 en el CSOA Patio Maravillas de Madrid, se le acabó de dar forma y contenido.

El primer periodo de la red se caracterizó por un contexto de defensa minoritaria de la despatologización dentro de los ámbitos LGTB[24]. Además de la preocupación ya mencionada sobre el impacto que pudiera tener el discurso prodespsiquiatrización a la hora de defender el acceso a sanidad, cabe señalar la amenaza debida a la proliferación de las identidades que aparecían bajo el paraguas de lo «trans». Decir «trans» desde esta red no equivalía a decir «transexual»[25], algo que denunciaban ciertas asociaciones oficialistas. Esta brecha entre el movimiento trans y transexual debe contextualizarse dentro de las relaciones con el estamento médico. Las personas transexuales que han pasado por las consultas han vivido en el limbo constante de la sospecha: ¿es realmente una persona transexual o se trata de un impostor o

23.- En adelante, con «Red» nos referimos a la estructura de la Red por la Despatologización Trans del Estado español. Mientras que usamos la palabra en minúsculas, «red» para nombrar el tejido informal de grupos autónomos previo a la formación de la Red.

24.- Utilizamos en este artículo tres agentes principales: el movimiento trans prodespatologización, el transfeminista (más o menos diferenciados en función de los objetivos según el momento) y los colectivos transexuales o LGTB que llamamos «oficialistas» (con unos parámetros de lucha determinados por el diálogo con las instituciones y/o los partidos políticos).

25.- Entendida como la idea de persona que siente haber nacido «en un cuerpo equivocado».

impostora (transgénero) que en realidad no desea convertirse en un hombre o mujer de verdad y pese a lo cual quiere lograr el certificado de «disforia de género» para acceder a ciertos tratamientos? El foco de la sospecha es un ardid activado por las consultas de psiquiatría de las unidades de los hospitales públicos que seleccionan, mediante la extensión o la negación de un certificado, a quienes son verdaderamente transexuales respecto de quienes, teóricamente, no lo son. La aparición pública de un discurso en torno a las identidades trans (identidades que desbordaban las definiciones de los manuales médicos) reavivaba la sospecha y, con ella, la posibilidad del castigo. Este conflicto con el poder médico estaba en la raíz de algunas diferencias entre grupos trans y transexuales y de la resistencia de algunos de estos últimos a dar el paso de realizar una defensa pública de la despatologización.

Cabe decir que lo que entonces estaba en juego dentro del movimiento era un cambio en la política del reconocimiento, que afectaba de lleno a la autoridad de la profesión médica en materia de transexualidad. Hasta entonces, el acceso a cierto grado de legitimidad social había ritualizado el paso por la categoría *hetero-designada*[26] de trastorno. A partir de este momento, las luchas trans se reivindican desde la política del autonombramiento y la denuncia de la transfobia, una de cuyas expresiones institucionalizadas es el tratamiento patologizado en la atención sanitaria. Pasamos de una legitimidad médica a una legitimidad que se disputa en el terreno de la política, escenario en el que se enmarca su encuentro con las prácticas y los saberes médicos hegemónicos.

En el trascurso de estos primeros años del movimiento prodespatologización se fueron creando alianzas y estrate-

26.- El vocablo *hetero-designada* adquiere aquí un doble sentido: denota que el diagnóstico es impuesto desde fuera y denuncia también el pensamiento heterosexual que está detrás de la clasificación de las identidades de género que no casan con el modelo heterocentrado.

gias de lucha que fueron canalizándose progresivamente hacia las demandas que construyeron la campaña STP 2012, centrada en la retirada de la transexualidad de los manuales de enfermedades (DSM y CIE). Las raíces radicales del discurso se expresaron fundamentalmente en las convocatorias de las manifestaciones del Octubre Trans que tenían lugar cada año desde 2007 y en acciones locales de los distintos grupos. Los encuentros internos de la Red fueron concentrándose en articular una agenda común de trabajo estatal e internacional. A nivel del Estado español, fueron causa de la acción coordinada las denuncias de casos de violencia por transfobia, la denuncia de la ley 3/2007 (patologización y exclusión migrante), así como el vacío que existía en torno a la defensa y la concreción de la atención a personas trans en términos de derechos sanitarios[27], entre otras temáticas. En esta etapa, gran parte de los esfuerzos se dirigieron hacia la visibilización de las demandas prodespatologización y la gestación de apoyos desde diversos sectores, entre los que destacan los propios movimientos sociales. A nivel internacional, los esfuerzos se centraron en la formación de redes para las convocatorias del Octubre Trans, que pasaron de

27.-Previo a la aparición de la Red, en el año 2007 ya se había creado en Madrid la Plataforma por la Inclusión de los Derechos Sanitarios de las Personas Transexuales en el Sistema Nacional de Salud (PDST) impulsada por el Bloque Alternativo por la Liberación Sexual y en la que participaron colectivos de distinto corte político (críticos y oficialistas): Así Somos (Castilla-León), Ilota Ledo (Navarra), Guerrilla Travolaka (Barcelona), Towanda (Aragón), Ex Presos Sociales (ámbito estatal), COGAM (Madrid) y AET/Transexualia (estatal). El objetivo de la Plataforma fue defender la inclusión, vía decreto, del tratamiento integral en el Catálogo General de Prestaciones de la Seguridad Social y la dotación de una partida específica con cargo a los Presupuestos Generales del Estado. La Plataforma condujo las demandas ante el Ministerio de Sanidad, que ignoró tales peticiones. No obstante, en los meses que duró y debido a la heterogeneidad que internamente la conformaba, hubo un acuerdo más o menos explícito de no utilizar un lenguaje patologizante ni tampoco abiertamente despatologizante (en pro del consenso), que se resolvió mediante la articulación de las demandas en el lenguaje de los «derechos sanitarios». La demanda de derechos sanitarios situaba a la Plataforma en un lugar más cercano al de agentes políticxs que al de colectivo de pacientes.

ser celebradas por grupos de tres ciudades en 2007 (París, Barcelona y Madrid), a las cincuenta repartidas por diferentes continentes que participaron en la convocatoria del año 2012, organizada por más de 80 grupos.

La brecha entre el movimiento trans y transexual en torno a la defensa de la despatologización comenzó a estrecharse en el año 2009, cuando la propia Federación Estatal de Lesbianas, Gays, Transexuales y Bisexuales (FELGTB) marcó su adhesión a la campaña STP 2012. Si bien esta adhesión fue únicamente nominal, podemos decir que el año 2009 fue el principio del cambio en la hegemonía interna del movimiento: lo que antes había sido una lucha minoritaria pasaba a liderar el cambio de perspectiva de las demandas trans dentro del movimiento. Para el conjunto del movimiento quedaba claro públicamente que la transexualidad no era una enfermedad. A partir de aquí, la despatologización se convirtió en una consigna que ya no había que cuestionar, aunque el contenido de la misma siguiera siendo el lugar de una disputa no menos interesante.

Coincidiendo con este cambio de hegemonía interna, en el 2009 tuvo lugar un segundo acontecimiento de profundo calado para el devenir posterior: la participación de distintxs activistas y grupos ligadxs a la Red en las Jornadas Feministas Estatales de Granada, ya fuera como parte de la Red o de forma independiente. Dicha participación tuvo un carácter cuando menos diverso, pero podemos decir que, desde distintos ángulos, trajo a la palestra las relaciones entre el movimiento trans y los feminismos. Resaltamos tres perspectivas que aparecieron a lo largo de las participaciones y que visibilizaban fines distintos:

1. La interpelación al feminismo para que participase e hiciese suyas las demandas trans en torno a la despatologización.
2. La interpelación mutua en torno al discurso y las agendas: los silencios de los feminismos en torno a lo trans

y los vacíos no pensados en el movimiento trans que comenzaban a cuestionar sus raíces feministas.

3. La reafirmación de un «transfeminismo» ante un tipo de feminismo tradicional basado en el pensamiento binario, condensada en la elaboración y lectura del *Manifiesto para la insurrección transfeminista*.

Por tanto, las Jornadas Feministas Estatales de 2009 fueron el punto de articulación del transfeminismo como tal que, si bien había sido impulsado por grupos autónomos que participaban también de la Red, no hacía, en su manifiesto, ninguna mención explícita a la despatologización. Es decir, las identidades trans aparecían aquí como parte de un complejo de opresiones de género atravesadas por el refuerzo del binarismo mujer/hombre y todos sus correlativos (homo/hetero...). En este momento, la interpelación era dirigida al feminismo, desde dentro, que denunciaba las exclusiones internas al grito de: «el feminismo será transfeminista o no será».

La tensión sobre cuál es el contenido político del que habríamos de dotar al no-binarismo, y cómo manejarlo desde una perspectiva feminista reaparece en dos escenarios distintos en direcciones opuestas. Mientras, en diálogo con los feminismos, el naciente transfeminismo denunciaba los peligros de atarnos a las categorías que son producto de la opresión, no mucho más tarde, en el contexto interno de la Red, nacían posturas que atribuían un talante binarista a ese mismo sector. Tal binarismo se entendía derivado del uso de las categorías de «sexismo», «machismo» o «violencia de género» para denunciar la opresión contra las mujeres. Esta tensión marcará el eje de la ruptura interna de la Red por la Despatologización Trans, un año después de la celebración de la aparición pública de un claro movimiento transfeminista en las Jornadas Estatales.

Así, en torno al año 2010, una vez ya consolidado el movimiento prodespatologización, que había surgido desde

una base feminista aútonoma radical, la pregunta política de la identidad resurge de nuevo con fuerza: ¿tenemos que deshacernos de los sujetos políticos para cuestionar las opresiones de género? Por el contrario, ¿podemos seguir hablando de las mujeres, las bolleras, los maricas y, por consiguiente, lxs trans, para denunciar las diversas opresiones comúnmente enraizadas, sin que ello conduzca a un refuerzo de las diferencias que mantienen las jerarquías? Y, en relación con el transfeminismo, como se ha señalado ya en otras ocasiones, al hablar de riadas de sujetos, bolleras, precarixs, putxs, trans, negrxs...: ¿cómo transformar este nombramiento en algo más que una apostilla al final de un manifiesto[28]?

Segundo periodo: consolidación del transfeminismo y campaña STP 2012 internacional

Es, por tanto, a partir de finales de 2010, que identificamos un nuevo periodo, en el cual el movimiento transfeminista toma definitivamente cuerpo por derecho en el contexto concreto del Estado español, trabajando con movimientos y agentes sociales locales; diferenciado ya de la campaña STP 2012.

Paralelamente, la campaña por la despatologización STP –independizada también de la Red–, previamente enraizada en el marco estatal, acaba por acomodarse en el escenario internacional donde, en adelante, construirá su marco de acción[29]. El campo de trabajo en el que se centra la campaña corresponderá en este periodo, casi en exclusiva, a los cinco

28.- Gil, Silvia L. y Orozco, Amaya P.: «Transfeminismo, ¿sujetos o vida en común?» *Periódico Diagonal*. Disponible *on-line*: http://www.caladona.org/grups/uploads/2011/06/transfeminismo-_sujetos_o_vida_en_comun_0.pdf

29.- En los últimos años, ha alcanzado presencia en marcos internacionales y de carácter institucional como el Parlamento de Europa (2010), Transgender Europe (2010), Encuentro de ILGA Mundo (2010).

objetivos[30] planteados en el 2009 por la Red por la Despatologización Trans del Estado español como herramientas de llamada a la acción que han situado la lucha en contacto estrecho con las instituciones.

A su vez, la red transfeminista hace suyas aquellas demandas cuyo análisis resulta más transversal, poniendo el foco en las diferentes violencias con raíz de género que operan de modo simultáneo y en conjunto. Especialmente visibles resultan, a partir de este corte analítico que las autoras hemos realizado, temas de trabajo que en la anterior etapa pudieron quedar en un segundo plano (en torno a personas migrantes, la descolonialización o la propia del trabajo sexual) se convierten, entre otras, en buques insignia de la red transfeminista. La preocupación por dotar de contenido al transfeminismo se halla patente en las distintas convocatorias que han proliferado a partir del 2010. Ambas líneas de trabajo confluyen, además, en la fecha que cada año se plantea en torno al Octubre Trans[31], que ambas propuestas reivindican como fecha de referencia legítima y propia.

Significativo de este periodo (2010-2013) es el surgimiento de espacios de encuentro y autoapoyo politizados articulados por y para la comunidad trans impulsados por activistas ligadxs al movimiento prodespatologización y/o al transfeminismo. Se trata de espacios de proximidad en los que destaca la presencia y el protagonismo de chicos trans,

30.- http://stp2012.info/old/es/objetivos 1. La retirada del TIG de los manuales internacionales de diagnóstico (sus próximas versiones DSM-V y CIE-11); 2. La retirada de la mención de sexo de los documentos oficiales; 3. La abolición de los tratamientos de normalización binaria a personas intersexo; 4. El libre acceso a los tratamientos hormonales y a las cirugías (sin la tutela psiquiátrica); 5. La lucha contra la transfobia: el trabajo para la formación educativa y la inserción social y laboral de las persones trans.

31.- Un programa del Octubre Trans 2011 http://genderhacker.net/?p=1125, con otro programa del Octubre Trans en la misma fecha para Barcelona también http://www.stp2012.info/old/es/prensa

cuyo surgimiento, relacionado con la evolución planteada, puede ligarse a varias necesidades:

1. La necesidad de «tocar tierra», acudir a las bases concretas desde donde parte toda acción política y donde se hallan las personas afectadas por las realidades que se plantean desde ambas perspectivas.
2. La búsqueda de espacios de seguridad entre personas trans, a veces acompañado de una fuerte sintonía política.
3. La comprensible búsqueda de afectos, apoyos y cariño después del proceso de separación descrito previamente, que no estuvo exento de factores sentimentales.
4. La necesidad de generar respuestas a cuestiones concretas de la experiencia trans (y de los múltiples y diversos procesos de transición) desde una perspectiva no patologizante, que demanda la creación de espacios propios de intercambio más allá de la mirada médica.

Ajenos al debate con el transfeminismo, los colectivos transexuales ligados a espacios y luchas más oficialistas y, en algunos casos, a formaciones políticas, han entrado en esta etapa en un proceso de trasladar las demandas prodespatologización a las instituciones mediante lo que podríamos llamar una «reducción de daños». Aun bajo las amenazas de lo que podría generar una defensa de los derechos sanitarios desde una apuesta clara y contundente por la perspectiva de la diversidad, tienden a convertir la despatologización en una simple despsiquiatrización. Dejando la puerta abierta a que las identidades trans puedan entenderse como el producto de una afección orgánica –un trastorno no mental–, el discurso médico trata de encontrar un lugar donde acomodarse para hablar de las identidades trans sin tener que dar cuenta del rendimiento político que la normalidad obtiene del control, clasificación y tratamiento de la diversidad. Invisibilizando que el tratamiento médico es, ante todo, un tipo de tratamiento social.

A modo de conclusión, sugerimos que actualmente nos encontramos en un escenario plural con un origen común. Creemos que es posible identificar un movimiento transfeminista y un movimiento prodespatologización que, sin embargo, se solapan en algunas regiones (en cuanto a actrices y actores, en acciones y en algunos grupos como la Pandi Trans[32]), mientras que en otros momentos se diferencia con mayor claridad por los objetivos y los centros de interés que se plantean en los eventos y acciones. Esta complejidad puede ser autocuestionadora, autocrítica y productiva.

No cabe duda de que los retos presentes se plantean en todos los escenarios posibles. Aquí solo recogemos dos. En el terreno de la despatologización, ¿qué identidades trans quedarán despatologizadas y cuáles no? ¿cómo manejar la tensión entre obtener reconocimiento –en forma de retiradas o cambios en las menciones de los manuales– y no reducir el contenido de la diversidad?

En el ámbito transfeminista, un reto presente podría ser la articulación de un no-binarismo crítico enraizado en nuestras realidades vividas, aunque estas sean más locales, menos diversas y numerosas de lo que idealmente propugnamos. Un no-binarismo crítico nos permite multiplicar los sujetos en lugar de tener que renunciar a ellos. Está conectado con una conciencia de que los sujetos políticos son creaciones colectivas cambiantes, lugares que emergen para otorgar vida social a las experiencias que vivimos. Construimos, en cada momento, las categorías que necesitamos y esas categorías representan, de manera incompleta y parcialmente fracasada, nuestra experiencia. Y este aspecto parece importante para no caer en el esencialismo de las categorías: en la demanda de que actúen por sí solas las transformaciones para las que únicamente pueden servir de herramientas.

32.- http://octubretransmadrid2012.wordpress.com/ o https://www.facebook.com/PandiTrans

Esta reflexión presenta dos consecuencias: en primer lugar, permitirnos salir de la inacción que representa quedarnos sin sujetos políticos por miedo a reproducir el binarismo. Necesitamos sujetos, mejor si son múltiples, para ser capaces de «crear» vidas habitables en contextos cargados de transfobia, homofobia...; pero hacer uso de ellos no implica generarnos una deuda que pagar a costa de una defensa acrítica de su trascendencia histórico-cultural y de la inmanencia de su contenido. El significado nos lo disputamos constantemente, es del terreno de la negociación y la lucha. Inventemos lo que queramos que vivamos y defendamos las diversidades en la que nos reconocemos. Aquellas con las que podemos trazar luchas comunes en nuestros contextos concretos y realidades. Las que no, corren el peligro de convertirse en una apostilla escrita al final del manifiesto.

Cristina Garaizabal

EN EL ESTADO ESPAÑOL, desde los primeros años de existencia del movimiento feminista, la sexualidad ha sido un elemento de reivindicación. Si bien, en los primeros momentos, las reivindicaciones eran bastante unitarias, pronto empezaron a manifestarse más abiertamente las diferentes conceptualizaciones de la sexualidad. Las discusiones sobre la violencia machista, sobre pornografía, sobre las relaciones *butch/femme* entre lesbianas, sobre las relaciones sadomasoquistas consensuadas, las relaciones intergeneracionales o sobre la prostitución... todas estas discusiones plantearon nuevos interrogantes a las teorías feministas.

En las Jornadas Estatales contra la Violencia Machista[33] saltaron estas diferencias plasmándose en un debate furibundo sobre la pornografía. Mientras un sector pedía la prohibición de la pornografía por considerar que esta solo podía interesar a los hombres –ya que era la causa de las agresiones sexuales contra las mujeres–; otro sector defendíamos que las causas de la violencia sexual contra las mujeres eran más complejas

33.- Organizadas por la Coordinadora Estatal de Organizaciones Feministas en Santiago de Compostela en 1989.

y múltiples y que la pornografía podía gustar y responder a los deseos sexuales de las mujeres aunque, en algunos casos, pudiera tener contenidos machistas –pero no toda ella tenía por qué ser así–[34].

En el fondo de estos debates latían concepciones diferentes no solo sobre la sexualidad, sino también sobre cómo se concebía la lucha feminista, cómo favorecer el cambio social, qué cambio social queríamos, quién era el sujeto de la lucha feminista.... Diferentes concepciones que, con el paso del tiempo, se fueron haciendo más patentes y que, en cierta medida, provocaron la ruptura de la unidad en la que nos habíamos movido hasta entonces.

Se podría decir que, hasta principios de los noventa, la posición mayoritaria en el feminismo era la consideración de la prostitución como una institución patriarcal que jugaba un papel privilegiado en la situación de opresión de las mujeres. Aunque, en algunos casos, la intención era acercarse a las prostitutas, siempre las veíamos como «las otras», un sector de mujeres de difícil abordaje ya que en nuestros mensajes estaba implícita la idea de que debían de dejar de ser prostitutas para obtener nuestro apoyo. Estas posiciones estaban basadas, en cierta medida, en una consideración de la sexualidad femenina completamente diferente y casi opuesta a la masculina, pensando que el sexo sin más era algo patriarcal, que solo interesaba a los hombres pero muy alejado de las vivencias de las mujeres que siempre deseaban sexo con amor. Estas ideas conectaban con parte de la realidad generada en los años de la dictadura franquista, pero el problema era que algunas corrientes feministas hacían de las vivencias sexuales de un sector de mujeres ley para el conjunto, algo deseable por lo que había que luchar.

34.- De hecho, ya en aquellos momentos existía una buena producción pornográfica desde un punto de vista feminista y/o lésbico.

A principios de los años noventa, en unas jornadas feministas de ámbito estatal celebradas en Madrid, participaron las trabajadoras del sexo y las mujeres transexuales[35]. Desde ese momento, un sector del feminismo nos sentimos interrogadas por esas realidades, siendo conscientes de que los esquemas teóricos con los que nos habíamos movido hasta entonces tenían fuertes limitaciones para apoyar de manera consecuente a las personas trans o a las trabajadoras del sexo.

Las personas trans nos hicieron replantearnos el sistema sexo/género. Un esquema teórico que tuvo una gran aceptación dentro del feminismo y que había servido de punto de partida para la elaboración de prácticamente todas las teorías feministas existentes en esos momentos en nuestro país. Unas teorizaciones que adolecían de estar profundamente impregnadas de la dicotomía naturaleza/cultura imperante en los discursos dominantes: así, el sexo sería lo biológico, natural e incuestionable, mientras que el género sería lo construido culturalmente. Obviamente este esquema tenía que ser revisado al calor de la realidad trans, obligándonos a preguntarnos qué es eso de ser mujer u hombre y a revisar el porqué de esa dicotomía que, en parte, nunca habíamos cuestionado.

Por otra parte, las trabajadoras del sexo, autoafirmadas y reivindicando su trabajo, nos obligaban a replantearnos las concepciones feministas sobre la sexualidad. Y, especialmente, la cuestión del trabajo sexual nos obligó a reflexionar sobre la relación entre género y sexualidad así como sobre la manera que teníamos de entender el género. De una concepción en la que el género era entendido como categoría que homogeneizaba a las mujeres por ser el elemento fundamental de inserción social para todas y que prevalecía frente

35.- Ver las ponencias «Me llaman Pepe, me siento María» y «Soy puta y qué» recogidas en el libro de las Jornadas Feministas Estatales, Madrid, 1993.

a cualquier otra circunstancia, llegamos a una concepción más estructural de este, entendiéndolo como un sistema de opresión desde una perspectiva más interrelacional, es decir, relacionándolo con otras categorizaciones igualmente opresivas como, por ejemplo, la sexualidad. De esta forma, acercarnos a las trabajadoras del sexo nos ayudó a quitarnos prejuicios y a revisar lo que pensábamos de la prostitución.

En 1995 nace el Colectivo Hetaira[36], un colectivo basado fundamentalmente en la alianza entre mujeres para cuestionar un estigma, el de puta, que no solo recae sobre las que se dedican al trabajo sexual. El estigma puta actúa como amenaza para todas y especialmente para aquellas que manifiestan comportamientos sexuales «incorrectos» desde el punto de vista de la moral dominante.

Las mujeres que veníamos del feminismo y que participamos en la fundación de Hetaira estábamos cada vez más alejadas del feminismo, entonces mayoritario, que se había ido institucionalizando y simplificando ideológicamente. Sus reivindicaciones estaban dirigidas casi exclusivamente a conseguir leyes que favorecieran la igualdad entre mujeres y hombres, algo importante y necesario, pero insuficiente para que se produzca un cambio real en la sociedad. Esta lucha por la igualdad se defendía, en ocasiones, en detrimento de la libertad, haciendo recaer el peso de la situación de las mujeres como grupo social en sectores concretos de mujeres a los que se les hacía responsables del mantenimiento del sistema heteropatriarcal, como era el caso de las trabajadoras del sexo. Estas posiciones reforzaban el binarismo de género, ya que se entendía que la sociedad estaba dividida en dos grupos homogéneos entre sí: mujeres y hombres, considerando a los hombres y su afán de dominio, los culpables –siempre y exclusivamente– de la situación de discriminación de las mujeres. Asimismo, era un feminismo que se dirigía, fun-

36.- Para ver más sobre Hetaira existe la web www.colectivohetaira.org.

damentalmente, al sector mayoritario de mujeres de clase media o asalariadas, dejando de lado a aquellas otras minorías excluidas, que se mueven en los márgenes –como es el caso de las trabajadoras del sexo, entre otras–.

Cuando creamos Hetaira, partíamos de una visión feminista diferente. No creíamos que existiera una única forma de entender el feminismo, por el contrario, éramos conscientes de que los feminismos se construyen en función de múltiples variables que se entrecruzan. Las propuestas feministas son eso, propuestas y no verdades absolutas. La bondad de estas propuestas se irá viendo en la medida en que las mujeres las hagan suyas y se animen a luchar por ellas. Si uno de los objetivos feministas fundamentales es el empoderamiento de las mujeres y la defensa de su capacidad de decisión, una de las tareas de primer orden es escuchar, respetar y aprender de las estrategias que las mujeres utilizan para sobrevivir, partiendo de ellas para proponer cualquier cambio. Y en este sentido no caben posiciones redentoristas que vayan en contra de la voluntad de las mujeres a las que supuestamente pretendemos defender. No se puede obligar a que, las prostitutas que quieren seguir ejerciendo, lo dejen. Y menos haciendo caer sobre ellas el peso de la consideración social del conjunto de mujeres. No vale eso de que «normalizar la prostitución refuerza las actitudes patriarcales y extiende el estigma a todas las mujeres» como plantea, entre otras, Beatriz Gimeno[37].

Asimismo, desde Hetaira queríamos huir del victimismo con el que frecuentemente se hablaba de los sectores de mujeres más discriminados o excluidos. Partíamos del hecho de que la victimización no es una buena estrategia para nadie y mucho menos para encarar la transformación social. Todas las personas tenemos cierta capacidad para rebelarnos y es a esta capacidad a la que las feministas hemos apelado siempre en nuestros discursos. Por ello es importante

37.- Gimeno, Beatriz: *La prostitución*, Edicions Bellaterra, Barcelona, 2012.

escuchar y respetar las opciones que toman las mujeres, sin considerarlas sujetos menores de edad necesitados de una protección estatal aun en contra de su voluntad. Incluso en los casos en los que esta protección es necesaria, no podemos perder de vista cómo reforzar su autonomía y su capacidad de decisión. Quienes vivimos bajo el franquismo sabemos las tropelías contra las mujeres que se dieron con la excusa de esa supuesta necesidad de protección.

Además, el intento de abolir la prostitución, obligando a las prostitutas a dejar de serlo, reafirma el estigma que recae sobre ellas y refuerza la división entre mujeres «buenas» y «malas» mujeres, ya que, en el fondo, hace suya la premisa patriarcal de que las prostitutas son la representación, por excelencia, de las malas mujeres. «Malas mujeres» definidas por el heteropatriarcado porque manifiestan explícitamente su carácter sexual y consideradas también así por un feminismo que las ve como traidoras a la causa feminista, también por sus comportamientos sexuales.

El trabajo sexual es vivido por algunas de las mujeres que lo ejercen con grandes dosis de ambivalencia, estando sus vidas llenas de las contradicciones personales que les implica ejercer esta actividad. Son mujeres educadas, la mayoría de las veces, en las ideas tradicionales sobre la sexualidad femenina y para las que el estigma de «puta» representa el límite que han trasgredido. Eso hace que, en parte, lo asuman y se sientan «malas mujeres», viviendo su trabajo a veces de manera vergonzante y, otras, con destellos de autoafirmación y orgullo por haber mejorado su situación económica y haber tirado para adelante de manera independiente. No obstante, es importante subrayar que también existen otras trabajadoras del sexo que tienen una relación con la sexualidad más desprejuiciada y que viven el ejercicio de la prostitución con menores dosis de ambivalencia. Al hablar de la prostitución se tiende a mostrar exclusivamente su lado oscuro y victimista: el control social, la represión, la desprotección, los abusos y la vulnerabilidad que padecen las trabajadoras... pero se

oculta el aspecto trasgresor que representan las prostitutas autoafirmadas como profesionales.

Las trabajadoras del sexo nos han enseñado cómo dar la vuelta a las situaciones de subordinación con las que pueden encontrarse en su trabajo. Y esto depende, en gran medida, de las condiciones subjetivas (autoafirmación, seguridad en sí mismas, profesionalidad...) y objetivas en las que se mueven. Así, por ejemplo, tener un ambiente de trabajo tranquilo les permite negociar mejor los precios y los servicios sexuales y sentirse con poder frente al cliente; reconocer que son trabajadoras les permite profesionalizarse y saber más claramente qué servicios sexuales están dispuestas a ofrecer, a quién y en qué condiciones.

Subvertir el significado de la categoría «puta», despojándola de sus contenidos patriarcales –mujeres «malas», sin deseos propios, «objetos» al servicio de los deseos sexuales masculinos– y reivindicarla resaltando la capacidad de autoafirmación, de autonomía y de libertad que las trabajadoras sexuales tienen es un acto de afirmación feminista de primer orden. Pero para ello es necesario huir de fundamentalismos ideológicos y de las grandes abstracciones para ver y apoyar las estrategias concretas que este sector de mujeres utiliza para autoafirmarse en un mundo que no es, ni mucho menos, ideal. Es necesario, también, cuestionar la simplicidad de que las cosas malas que les pasan a las mujeres se deben, exclusivamente, a la maldad de los hombres y de su sexualidad.

A la hora de analizar el trabajo sexual desde determinados feminismos, se simplifica el análisis de la prostitución como institución como si su función fuera exclusivamente el dominio sexual de los hombres sobre las mujeres y se olvida que es una construcción social histórica y cambiante.

Podemos decir que, ciertamente, la prostitución es una institución patriarcal, pero esto aclara poco a la hora de posicionarnos ante ella. La manera en la que históricamente ha sido considerado el intercambio de actos sexuales por dinero o «favores» ha cambiado totalmente a lo largo de la historia.

Así, mientras en la Antigua Grecia, las hetairas[38] eran mujeres que gozaban de una alta consideración social, hoy las putas son estigmatizadas y sufren la desconsideración social más absoluta. Pero, además, esta institución está habitada por personas que mantienen diferentes actitudes, tanto en el caso de las trabajadoras como en el de los clientes. Y no es lo mismo una situación en la que las prostitutas se vivencian como trabajadoras, están autoafirmadas y se profesionalizan imponiendo sus condiciones a los clientes, a otra en la que, por el contrario, se presupone que están a disposición total de su clientela porque «venden su cuerpo y se venden a ellos para que estos hagan lo que quieran», como frecuentemente se escucha desde determinados feminismos. Defender la normalización del trabajo sexual y la profesionalización de las prostitutas, implica subvertir una buena parte del contenido patriarcal de esta institución y apostar por el empoderamiento de las trabajadoras del sexo.

Hablar de prostitución es hablar de género, de sexualidad y también de capitalismo y mercantilización. Una de las críticas que frecuentemente se expresan desde posiciones de izquierdas es que legalizar la prostitución es dar por buena la mercantilización de actividades humanas tan íntimas como son aquellas relacionadas con la sexualidad y refrendar la apropiación capitalista de toda actividad humana.

Ciertamente, estamos en sociedades donde la mercantilización afecta a un número cada vez mayor de actividades y sería deseable reducirla. De hecho, entre mis sueños está vivir en una sociedad donde la única medida de valor de las cosas no sea el dinero y donde para vivir no tengamos que ser explotadas laboralmente. Este debate implica una discusión sobre el sistema económico capitalista y las alternativas para su deseable transformación o desaparición. Pero no creo que

38.- Palabra griega para nombrar a las prostitutas de aquella época y de la que el colectivo Hetaira cogió el nombre.

esta inquietud deba ser el axioma fundamental del que partir a la hora de analizar situaciones o actividades concretas.

De hecho, muchas de las mercantilizaciones que se han producido en los últimos tiempos, por ejemplo, las escuelas infantiles, las residencias para personas dependientes, para ancianxs, los comedores sociales.... han trasladado actividades que se producían en el ámbito de lo privado, no-remuneradas y que se suponía que se hacían por «amor», al ámbito de lo público y eso ha supuesto un gran avance en la situación de discriminación de las mujeres como grupo social. Mercantilizar esos aspectos que formaban parte del trabajo doméstico ha permitido ver que lo que hacen mayoritariamente las mujeres en casa es un trabajo y no «sus labores», como se decía antiguamente, y ha descargado a estas de una obligación que ha sido un paso importante en su emancipación. ¿Por qué, entonces, nos cuesta tanto aceptar la mercantilización del sexo? ¿Es más importante el sexo que el cuidado de niñxs y ancianxs? ¿Compromete más nuestra subjetividad el sexo? ¿En qué sentido?

Vivimos en sociedades en las que la sexualidad está magnificada, de manera que todo lo que sucede en ese ámbito adquiere una importancia desmesurada. Igualmente, la sexualidad ha pasado a ser, a partir de la modernidad, un elemento fundamental en la construcción de nuestra subjetividad. Pero eso no es inmutable. Cabe pensar que no siempre tiene por qué ser así, aunque hoy haya que tenerlo en cuenta.

En este sentido, la opción de Hetaira es partir de lo que hoy significa la sexualidad y, consecuentemente, no considerar la prostitución como un trabajo más, pero atrevernos a dibujar un horizonte diferente y soñar «con un mundo en el que la gente pueda vivir y respirar dentro de la sexualidad y el género que ya viven»[39], como plantea Butler.

39.- Entrevista, *Butler para principiantes*, mayo de 2009. Sabsay, Leticia: Judith Butler para principiantes, Suplemento Soy, Página12 (periódico), Buenos Aires, 2009. http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/soy/1-742-2009-05-09.html

¿Cómo llegar a ese mundo? En el tema de la prostitución, para nosotras implica dar poder a las trabajadoras del sexo. Eso quiere decir que, en las posibles formas de reconocimiento legal del trabajo sexual, hay que partir de la defensa de la autonomía y la capacidad de decisión de las trabajadoras del sexo a la hora de decidir cómo quieren desarrollar ese trabajo, con qué actos sexuales se sienten más seguras a la hora de ofrecerlos y qué clientela quieren escoger. Y junto con esto, ser conscientes de que estas transformaciones darán pie a nuevas intersecciones entre sexo, género, sexualidad y mercantilización. Intersecciones que crearán nuevas realidades que deberán ser atendidas y que harán que tengamos que cuestionarnos muchas de las cosas que hoy escribo en este artículo.

De hecho, la experiencia del trabajo de Hetaira ha significado un permanente cuestionamiento de las ideas de las que partíamos, allá en los años noventa. La defensa de la libertad de las trabajadoras del sexo para captar su clientela en la calle y los conflictos que esto genera frecuentemente con el vecindario nos ha llevado a reflexionar sobre los límites de esta libertad. Como bien plantea Gerard Coll-Planes[40], la demanda de libertad puede entrar en colisión con la necesidad de límites para la vida en común, ya que vivir en sociedad implica renunciar a cotas de libertad individual para facilitar la convivencia. Así, por ejemplo, la contradicción de intereses entre trabajadoras del sexo y vecinxs debe ser negociada para ser subsanada, teniendo que ceder ambas partes una parcela de su libertad.

En estos años, nos hemos movido en una tensión permanente: actuar sobre el presente para mejorarlo pero sin perder de vista un futuro libre de opresiones. Por un lado, hemos luchado contra las discriminaciones de este sector de mujeres que son olvidadas de manera sistemática en las

40.- Coll-Planes, Gerard: *La voluntad y el deseo*, Egales, Madrid, 2010.

políticas igualitarias gubernamentales y hemos reivindicado derechos que implicaran una mejora de las condiciones en las cuales se movían las trabajadoras del sexo. Pero, junto con esto, también hemos realizado una permanente reflexión sobre cuestiones ideológicas; sobre el peso de lo simbólico en el imaginario colectivo sobre las mujeres, la sexualidad y la prostitución; y han sido objeto de nuestros análisis las estructuras que mantienen la discriminación y el estigma. Intentando siempre que nuestras acciones estuvieran ancladas en el presente, pero sin que perdieran de vista un futuro más estimulante y menos opresivo.

Hemos intentado trasladar una visión no-victimista de las trabajadoras del sexo, darles la palabra allí donde éramos invitadas, comparecencias en las Comisiones del Congreso, del Senado o los Parlamentos Autónomos; en la recogida del premio René Cassin[41] o en la gala de los Goya por la música de la película *Princesas;* hemos participado en masters universitarios. Toda una labor para que la voz de las trabajadoras del sexo llegara lo más lejos posible, para convencer al conjunto de la población de los derechos de este sector de mujeres.

Pero, junto con esto, también hemos realizado cacerolaadas, pasarelas de moda como la Lumi Fashion[42], manifestaciones con máscaras, acciones diversas donde el objetivo fundamental era desvelar y visibilizar a las prostitutas, trasgrediendo los mandatos patriarcales que las victimizan. Reivindicarse puta y dar la cara, manifestándose abiertamente como tal y haciendo gala de ello, implica mucho valor, y quienes así lo han hecho han sido vanguardia, una avanzadilla que ha posibilitado que otras trabajadoras del sexo se

41.- Premio concedido por el Gobierno Vasco a quienes luchan por los Derechos Humanos.

42.- Pasarela en la que desfilaban las trabajadoras del sexo como respuesta a otra pasarela que se había organizado para desalojar de la zona centro de Madrid a las prostitutas. Para más información ver la web de Hetaira.

sientan menos culpabilizadas y vivan mejor su trabajo. Todo ello ha posibilitado que se conviertan en sujetos de derecho y ha ayudado a imaginar un mundo diferente, más diverso y menos encorsetado que el actual. Su visibilidad es un canto a la libertad. Pero, a su vez, cuando se empoderan y salen del victimismo con que una parte importante de la sociedad las ve, también provocan incomprensiones y rechazos.

Por ello, siempre hemos mantenido una tensión, para que nuestras acciones llamaran la atención pero también tuvieran en cuenta qué queríamos denunciar o reivindicar, a quién nos dirigimos para que comprenda que nuestra causa es justa. Siempre nos ha preocupado explicar el sentido de nuestras acciones mediante hojas, carteles, pancartas... Tener muy presentes a las trabajadoras del sexo y su participación en las acciones para no agrandar las distancias entre las activistas y el resto de trabajadoras del sexo. Buscar alianzas en los sectores sociales más cercanos a nuestras posiciones, pero también intentar encontrar apoyos lo más amplio posibles.

En definitiva, en Hetaira intentamos imaginar escenarios diferentes, un futuro y una sociedad distinta, pero lo tenemos como faro y procuramos no dejar de conectar con lo presente, con lo que existe hoy, para así aliviar los sufrimientos que provocan las discriminaciones que hoy se producen.

Necesitamos un feminismo que vaya a la raíz de los problemas, que cuestione el sistema binario de géneros y convierta en sujeto de la lucha feminista a todas aquellas personas disidentes con los géneros establecidos y que sufren por ello. Llamarle a eso feminismo o transfeminismo, desde mi punto de vista, no tiene mucha discusión, porque creo que lo importante es el contenido, la agenda y el sujeto de la lucha feminista, y no tanto el nombre que le pongamos. Pero de lo que sí estoy convencida es de que es necesario apostar firmemente por conseguir la igualdad para mujeres, hombres, trans, lesbianas, gays, bisexuales; cuestionar las

categorías rígidas y cerradas; fomentar la solidaridad entre las personas, especialmente con aquellas que están más discriminadas, excluidas y marginadas; y apostar por la libertad para transitar, quedarse y expresarse en las formas de ser y en las prácticas sexuales que a cada cual mejor le vayan, para vivir la vida con autonomía, respeto y responsabilidad.

VIOLENCIA Y TRANSFEMINISMO. UNA MIRADA SITUADA

Medeak

EN 2009, DIVERSOS GRUPOS, activistas y demás especímenes pensantes nos reunimos en Donostia, en unas jornadas cuyo título era: «Re-pensando el concepto de violencia sexista»[43]. Este evento sirvió como catalizador para que un grupo de distintas personas y colectivos se presentaran en las posteriores jornadas feministas de Granada[44] firmando el *Manifiesto para la insurrección transfeminista*. A partir de aquí y gracias a posteriores encuentros, asambleas y jornadas, se configuró en el contexto hispano-parlante –no es un término solo usado en las fronteras del actual Reino de España[45]– una corriente dentro del feminismo, denominada transfeminismo. Este término no es más que un gran paraguas donde diversos cuerpos quieren inscribirse. Es erróneo hablar de un único transfeminismo, ya que cada cuerpo y

43.- Esas jornadas fueron organizadas por Garaipen y Medeak.

44.- Nos referimos a las jornadas estatales que tuvieron lugar en 2009.

45.- Llamamos Reino de España al actual Estado español con el objetivo de visibilizar que aún hoy vivimos sometidas a un estado creado bajo el yugo de los reyes católicos, la Inquisición y el imperialismo más rancio que ha producido la vieja Europa.

colectivo le da sus matices a esto que hemos definido como una «corriente» interna del feminismo.

Esta es la versión de Medeak, no es ni la verdad ni la definición de nada, tan solo el relato situado que cuenta un colectivo. En este relato el enclave o la excusa para empezar a hablar es la violencia. Crecimos en el feminismo de finales de los noventa. Si en los ochenta el aborto había sido más visible en Euskal Herria, en la década posterior preocupaba la violencia. Sobre todo la violencia heterosexual, esa que mata casi a 100 mujeres todos los años en las comarcas del Reino de España. En 2009 nos interesaba repensar el concepto de violencia sexista desde una perspectiva no-binaria o queer.

Hipótesis

La hipótesis de la que partíamos era la siguiente: si el transfeminismo –queer o pensamiento no-binario– une de una forma específica pilares fundamentales para el feminismo, como deseo, género, sexo, sexualidad, identidad o sujeto político, es seguro que tiene muchas herramientas que ofrecer para comprender y gestionar la cuestión de la violencia sexista. Lo que a nosotras nos gusta llamar un pequeño giro paradigmático que justifica que hablemos de TransFeminismo.

Estado de la cuestión

A finales de los noventa, nos urgía –y aún hoy nos urge– visibilizar que nos exterminan por el mero hecho de ser cuerpos diagnosticados como mujeres al nacer. Pero también nos interesa entender esta forma de violencia inscrita en un contexto más amplio de violencias conectadas. Dicho de otro modo, no entender la violencia sexista a través de otro prisma produjo herramientas como la actual ley contra la violencia de género, en el Reino de España.

Una ley que es totalmente heterosexual, está centrada en el ámbito familiar y tiende a hacer lo mismo que hacen todos los estados y todas las legislaciones: naturalizar a las mujeres como víctimas y a los hombres como agresores. Además, y en el contexto de la ley española, no contempla ni siquiera la violación como violencia de género, separa a las mujeres buenas de las malas, las que son susceptibles de ser víctimas de las que no lo serán nunca –o bien porque son trabajadoras sexuales o porque son mujeres que andan solas en las calles por las noches–.

Uno de los problemas que emergen de la cuestión es que, mientras se exigen leyes y se insta al estado a hacer algo con la violencia sexista, no se analiza la gestión que de ella hará el propio estado. Un ente que, precisamente, se sustenta en el monopolio de la violencia. Eso hace que vivamos en una contradicción permanente: por un lado, debemos asimilar que el estado puede y debe ejercer la violencia y, al mismo tiempo, debemos creer que quiere evitarla y busca la paz. No obstante, esta sacrosanta institución no quiere erradicar la violencia sexista, ni siquiera la violencia en general, solo le interesa erradicar aquella que no le viene bien. Como mucho impulsará que esos cuerpos entendidos como hombres peguen un poco menos; gobernará un poco la casa, pero nada más. Sirvan de ejemplo los cuerpos de represión que produce. La policía no es más que el mayor de los modelos de masculinidad hegemónica, son los cuerpos legitimados por el estado para ejercer la violencia en su nombre.

Al mismo tiempo, ese estado, a través de sus leyes y de instituciones como el colegio, produce una feminidad definida desde la víctima, expropiada de la posibilidad de defenderse, esencializada como objeto y potencial víctima de todo cuerpo definido como hombre más allá de los poderes policiales y militares. Para que las instituciones estatales hagan algo por ellas, primeramente, las mujeres que se enfrentan a situaciones violentas deben entenderse a sí mismas como víctimas; pero, además, deben cumplir ciertas características: ser

«mujeres buenas», esposas, parejas. No pueden beber, ni drogarse, ni ser trans, ni ser trabajadoras sexuales. Ya que si algo les sucediera en esas circunstancias nunca serían objeto de la ley ni de los servicios que la propia norma activa.

Una de las propiedades más esenciales que hace que las mujeres seamos verdaderamente mujeres, no son los genitales, es que estemos condenadas a vivir con miedo. Somos esos cuerpos obligados a temer, expropiados de cualquier habilidad corporal que nos refuerce. Nacemos condenadas a temer a los hombres, a la noche, a la calle, a la casa, al padre, al marido, al estado... Del mismo modo, debe aceptarse su correlato desde los parámetros del patriarcado: no hay nada que haga más hombre que la capacidad de poder ejercer violencia.

No debemos olvidar que el actual sistema estado-nación y su violencia heteropatriarcal tiene un objetivo –que cumple con creces–: mantener un orden de poder con cuerpos identificables como varones y mujeres, que producen la sociedad de una forma determinada y que se segregan en los espacios (público-privado) de un modo específico. De eso, justamente, se encarga la violencia sexista. Y el actual estado y el actual sistema neoliberal se sustentan en esta gestión coercitiva de los cuerpos. ¿Quién puede creer que les interese solucionar el problema?

Por todo ello, pensamos que es necesario y fundamental derrocar a los estados-nación y la idea de que las instituciones estatales deban ser represivas. No creemos que la ciudadanía deba ser ni vigilada, ni apaleada. Por otro lado, derrocar al estado no debe suponer necesariamente violencia; es más, lo interesante es producir otras formas de rebeldía distintas a las basadas en la lógica de la guerra y el mando militar.

Representar ¿a quién?

Los estados-nación o los mercados neoliberales –en la actualidad cuesta mucho distinguirlos– producen violencia a

través de sus normas, violencia en la gestión de los cuerpos: la ley de extranjería, la definición del territorio-nación y la limitación de ciertos cuerpos a moverse por la tierra, entre otras. O, en el caso de la transexualidad, la gestión a golpe de protocolo, pasando por la enfermedad mental y otro tipo de suplicios heteropatriarcales como, por ejemplo, tener que autodefinirse a través de parámetros hegemónicos de masculinidad y feminidad.

Es necesario ampliar el concepto de violencia sexista ya que nos enfrentamos a muchas formas distintas de represión que, incluso, a veces son contradictorias. Llevamos mucha historia sobre nuestras espaldas. Eso hace que convivamos con el machismo de nuestras abuelas, con el que se produce en las redes sociales o en los manuales de psiquiatría. Las formas de violencia pueden ser muy sutiles y está claro que van más allá del golpe.

No negamos la violencia que la familia heterocentrada produce, es más, la entendemos como un enclave básico en la creación de poder del patriarcado, de ahí su extremismo. Ahora bien, urge conectarla con otras formas o herramientas que normativizan y vulneran a otros cuerpos como el de las bolleras, el del transexual, el de las trabajadoras sexuales, el del indígena o racializado, el del diverso funcional, el del marica...

El sujeto mujer blanca heterosexual no es el sujeto del transfeminismo. No se define desde ahí, desde la posición de sujeto. El transfeminismo se caracteriza por tender alianzas entre cuerpos de identidad diversa que se revelan ante un sistema de opresión conectado y múltiple. Se establece una relación entre los cuerpos que se sitúan en los mismos mecanismos de opresión, yendo más allá de la definición identitaria. Por ello asociamos la trans-lesbo-homofobia y la violencia machista.

No nos basamos en una teoría de la representación, no creemos que podemos representar a «las otras». Estamos por el contacto y por la construcción de un relato colectivo,

no necesariamente coherente, que pueda articular estrategias de lucha conjunta y transformación múltiples.

Además, entendemos que ese sujeto blanca-heterosexual-mujer produce exclusión y violencia, al definirse desde esa identidad, generando políticas para las iguales y las afines. Y excluyendo al resto de cuerpos que viven formas específicas de violencia pero que no se ajustan a la identidad establecida como sujeto.

Reapropiándonos

En 2009, en las citadas jornadas, Beatriz Preciado propuso que nos «reapropiáramos de las técnicas performativas de la violencia», basándonos en la idea de que los cuerpos diagnosticados como mujer al nacer son expropiados de su uso y educados para tener miedo. Tiene lógica plantear distribuir el miedo e igualar el agenciamiento en cuanto a la violencia. Los cuerpos diagnosticados como mujeres al nacer –así como otros cuerpos expropiados– tienen el mismo derecho a ser temibles, y también les corresponde saber pegar y defenderse.

Esta es una cuestión polémica y compleja: no se trata de reproducir la misma violencia que criticamos, no se trata de convertirnos en «los amos». Más bien se trata de generar estrategias propias de defensa y gestión de la violencia, lo que hemos traducido como autogestión de la resistencia transfeminista contra la violencia machista o sexista. Estrategias que no pasen necesariamente por llamar a la policía y al estado para que nos salve de lo insalvable.

Son necesarias otras representaciones de mujeres, mujeres que también pueden ser temibles en el cine, en la literatura y en otros soportes culturales. Es necesario desnaturalizar el concepto de debilidad de su cuerpo, así como de otros cuerpos, y mostrar que todo cuerpo vivo es de por sí vulnerable y codependiente. Esto supone deconstruir la masculinidad, la feminidad y la heteronormatividad tal y como

las conocemos. Asimismo, es necesario revisar otras realidades corporales que se vean expropiadas y vulnerabilizadas, y trabajar desde las alianzas. No es posible separar la violencia machista, del mercado neoliberal, del maltrato animal o del racismo. Por ello, son necesarias estrategias múltiples que vayan a derrocar una compleja conexión de sistemas y mecanismos preparados para gestionarnos y manternernos dentro de los parámetros de la norma: lo normal.

Esta propuesta se mueve entre la tensión de apropiarnos de las técnicas de la violencia y, al mismo tiempo, producir otras formas de hacer que no supongan más violencia. El objetivo sería caminar hacia formas de organizar lo común no-violentas. Es necesario pensar que esas utopías son posibles, ya que en la actualidad vivimos en realidades distópicas que nos hacen creer que otras formas de hacer son imposibles. Lo que nos interesa de esta propuesta es trabajar para crear esas realidades, que escapan de las formas de gestionar el género, el sexo, la raza, la diversidad funcional y la vida en general de forma coercitiva.

Ahora bien, creemos que esto pasa por equilibrar el miedo entre los cuerpos. Si no se va a trabajar para expropiar la violencia de todos los cuerpos, una tarea fundamental para el feminismo y el transfeminismo debe de ser generar técnicas para gestionar de forma autónoma la violencia que vivimos. Sobre todo, necesitamos generar estrategias de supervivencia propias que cumplan mejor el objetivo –que no es otro que vivir vidas en contextos no-violentos–. Eso no quiere decir que no vayamos a aprender a defendernos y que no sigamos pensando que es necesario transformarnos en guerrillas y operar en lógicas de transformación total. Aunque el objetivo último sea poder hacer otra cosa, y no la misma mierda.

Itziar Ziga

¿Sabes lo que fue más hermoso de aquella noche?
Ver a todas las hermanas de pie como una gente unida.
SYLVIA RIVERA sobre el 28 de junio de 1969

Tengo el presentimiento de que llega la acción.
SHAKIRA

ME SIENTO EXTRAÑA APORTANDO CRÍTICAS a este manifiesto colectivo fundacional, soy del feminismo eufórico. Pero es vigorizante para una (y para todas) enclavarse en parajes nunca antes habitados. He resumido en tres peligros los derroteros hacia los que no me gustaría nada que se dirigiese el transfeminismo y que, a veces, asoman en nuestros debates y en nuestras prácticas políticas. Tres tristres trampas que elijo señalar para que no acabemos desactivando el prodigioso potencial emergente de los últimos años que late en estas páginas. ¡Larga vida al transfeminismo!

Peligro nº 1: Superación del feminismo

A la mínima, ya estamos otra vez reproduciendo las malditas dicotomías de las que pretendemos huir. Ardua labor descolonizarnos del pensamiento occidental binarista, muy ardua. Formularnos como transfeministas desde las Jornadas Feministas Estatales de Granada, en diciembre de 2009, fue la visibilización de un proyecto colectivo descabeza-

do, supuso recuperar radicalidad, multiplicar las alianzas políticas y desesencializar para siempre la identidad sexogenérica. Pero no en oposición al resto de feministas, no dando por hecho arrogante e ignorantemente que el resto de feministas no son radicales y sí sectarias y biologicistas. No estableciendo una frontera entre nosotras y ellas, porque, al menos yo, siempre me he sentido nosotras, vosotras, ellas.

Entender el transfeminismo como una superación del feminismo me horripila y aburre sobremanera. ¡Ay, el antagonismo sistemático, cuánto daño nos ha hecho históricamente y cómo cuesta renunciar a la asquerosa comodidad que nos aporta! Si nos autoerigimos soberbias como las feministas auténticas, arrollaremos a todas nuestras hermanas pasadas y presentes. Y sabotearemos desde el principio todas esas alianzas políticas que pretendíamos entablar.

Una tarde escuché decir a Beto Preciado que la del feminismo era la historia de su propio autoborrado. Autodenorminarse transfeminista no puede servir de excusa para borrar todas las maravillosas genealogías de feminismos radicales que nos nutren, porque entonces el transfeminismo, queridas, será neomachista. Y le estaremos haciendo el trabajo al patriarcado, desarrollando propaganda antifeminista y dividiéndonos entre nosotras. Y, precisamente, si en este momento de la jugada hemos preferido aglutinarnos semánticamente como transfeministas más que como queers, ha sido, en parte y precisamente, para ahuyentar cualquier tentación antifeminista. Y no porque los activismos y multitudes queer –o kuir–, allá donde emergieron y por donde se han contagiado, hayan renegado jamás del feminismo que los posibilitó.

El feminismo está cruzado desde su difuso origen (me niego a repetir que nació europeo e ilustrado) por la tensión permanente entre la radicalidad y el intento de desactivación de esa radicalidad. Ese tira y afloja incesante se da desde fuera, y también desde dentro. Aclaro, *one more time,* que cuando hablo de radicalidad me refiero a su sentido

etimológico, no televisivo. Como ya señalaba a principios de los setenta nuestra amatxo transfeminista Angela Davis (lo escuché en el documental que acaba de estrenarse, *Free Angela and All Political Prisoners*), radical significa que busca la raíz de las cosas. Por lo tanto, si no eres radical, serás superficial. O, directamente, estúpida.

Cualquiera que tenga un poquito de memoria, un centro de documentación de mujeres o conexión a la red sabe que desde hace décadas hablamos de feminismos, en plural. Y que al no haber aceptado jamás mando alguno entre nosotras, en cada instante conviven, se entremezclan, discuten, se retroalimentan y se mandan al carajo también multitud de colectivos e individualidades feministas. Nuestra historia no es ni unívoca ni lineal ni nominal ni resumible. Si afirmamos que en un momento dado el feminismo, así, como si fuera un ente, se institucionalizó y decidió priorizar los intereses de las mujeres burguesas, blancas y heterosexuales, estaremos negando a todas las feministas autónomas, obreras, radicales, putas, gitanas, bolleras que operaban en dicho momento. Por ello, prefiero formular el transfeminismo como una actualización más, aquí y ahora, de la radicalidad del feminismo. Una actualización efervescente, bulliciosa, prometedora, ilusionante, que está sucediendo y, por tanto, podemos presenciar y vivir. Y que ha atraído en los últimos años a multitud de criaturas de todo pelaje, bárbaras, listísimas, entusiastas que se identifican como feministas pegando una patada en los huevos al estigma. Porque si con diecinueve años ya has leído *Teoría King Kong,* tu vida será diferente.

Peligro nº 2: La rebelión de los globos de helio

Un feminismo no-binarista no puede invisibilizar las opresiones de género porque, entonces, simplemente, no será feminista, incluso servirá al patriarcado. Una cosa es que,

para muchas, la genealogía queer haya supuesto una liberación al mostrarles lugares desde los que rebatir el género que les fue asignado médica y socialmente al nacer y con el que nunca se sintieron cómodas, y otra muy distinta que, por ello, las relaciones de poder de género desaparezcan. Una cosa es que sepamos que el género (la raza, la clase, la opción sexual...) sean socialmente construidos y otra, que no existan. Que las opresiones se cimenten en identidades que pueden cambiarse no significa que de hecho estemos derribando ni remotamente esas opresiones.

El prefijo «trans-» no significa solo no-binario, sino, sobre todo, no-anquilosado, no-antagonista. Abierto, promiscuo, ágil, generoso, aventurero... Monto en cólera cuando escucho que no debemos seguir hablando de mujeres. Claro, a partir de ahora somos globos de helio suspendidos en el limbo social. No somos ni mujeres ni hombres. Ni blancas ni negras ni gitanas ni moras. Ni vascas ni palestinas ni somalíes ni alemanas. Ni ricos ni parados, ni bolleras ni maricas ni putas ni heteros. Ni gordas ni flacas ni sordas ni downs ni seropositivas ni cojas... Quienes andan siempre con esta monserga y parece molestarles más el binarismo que la opresión, que vayan a decirle a una mujer negra que, en realidad, no es ni mujer ni negra. Y que no se preocupe, que grite bien alto: «¡El género y la raza son construcciones sociales!». Y así el machismo y el racismo que han cruzado violentamente su vida desaparecerán para siempre como por arte de magia. Chica, ¡no ves qué fácil era! Venga, va, atreveros a decirlo: «¡Todxs somos personas!». Al final, las posturas que malentienden lo queer se asemejan peligrosamente al liberalismo.

La desdramatización del género provocada por las insurgencias queer y por la noción butleriana de la performatividad han posibilitado más que nunca que las identidades sean estratégicas, no esenciales. Así, ser identificada socialmente como mujer pesa menos, son más fáciles las reapropiaciones y las rupturas y las alianzas con otras se multipli-

can. Pero tratar de desmantelar el sujeto político «mujeres» es un despropósito, un salto al vacío, un suicidio político. Y aguantar que otros me señalen a mí con un dedito aleccionador para corregirme porque me identifico como mujer o como bollera no solo es antifeminista y estúpido, sino que merece otra patada en los huevos, estén o no estén.

Entremos en harina. ¿Cómo hostias detectamos y combatimos la violencia machista si no podemos hablar de mujeres?, ¿acaso no es precisamente el hecho de ser identificada socialmente como mujer en el seno de una sociedad androcéntrica que legitima la violencia machista lo que te pone en riesgo de ser asaltada por tu padre, tu novio, tu jefe, o cualquier desconocido?, ¿al agresor le va a disuadir de atacarte el hecho de que tú no te nombres en femenino?, ¿al transfeminismo solo le importan las vidas de quienes no se identifican ni como hombres ni como mujeres?, ¿para qué coño quiero un transfeminismo que no nos va a servir para defendernos de la violencia machista?

Peligro nº 3: Fenómeno jornadista ombliguista blablabla

Más que nunca, creo en el feminismo comunitario. En situarse en un lugar concreto, formarse políticamente en grupo, entablar diálogos con otros colectivos, desarrollar actividades abiertas que respondan no solo a las necesidades nuestras, sino también a las del vecindario y ofrecer asesoramiento, apoyo, cuidado, recursos, red, burbujas de bienestar. Y con intención de continuidad. Echo de menos el activismo hormiguita, pero mi vida nómada actualmente me lo impide. Recuerdo que era agotador, que te obligaba a ser operativa y a llegar a acuerdos, a entenderte, que era práctico, preciso y ahuyentaba los protagonismos desmesurados.

Pasado un primer momento de fundación transfeminista, tiene que llegar la acción. Estoy cansada de debates interminables jornada tras jornada entre las mismas (yo incluida)

donde se priorizan las declaraciones arrojadizas a lo Belén Esteban y no se propone nada. Hermanas, no nos convirtamos en transfeministas de salón, por mucho que sea el salón de una okupa. Agitemos un transfeminismo comunitario, contagioso. Encarnemos esas alianzas múltiples que hemos formulado y soñado tantas veces. Generemos una red de seguridad que nos defienda individual y colectivamente de este heteropatriarcado capitalista y supremacista blanco que nunca cesa de usurpar y violentar nuestras vidas. Porque el despojo a multitudes por parte del sistema nos asola más que nunca y los planes de ajuste estructural del neoliberalismo ya no son aquello terrible que les sucedía a las otras. Y aquí detecto el más precioso potencial del transfeminismo: puesto que nos aglutinamos desde el rechazo más radical e irrenunciable al capitalismo, a la democracia de partidos, al racismo, al control policial, al europeísmo, a las trampas de la modernidad, al desarrollismo, y no solo al patriarcado (única lucha común de todos los feminismos), nuestras voces y nuestras propuestas son hoy apremiantes e imprescindibles. Construyendo, hermanas, construyendo.

Shola, Lynch: *Free Angela and All Political Prisoners*, 2012.
Despentes, Virginie: *Teoría King Kong,* Melusina, Barcelona, 2007.

II
El capitalismo o la vida

ECONOMÍA Y (TRANS)FEMINISMO. RETAZOS DE UN ENCUENTRO

Amaia Orozco y Sara Lafuente

Introducción

ESTAS NOTAS PARTEN DE UNA CONVERSACIÓN a dos bandas (feministas): una viene de la economía y se cuestiona cómo introducir planteamientos vinculados a la teoría queer, la otra parte de cuestionamientos queer en torno a la ciencia y se pregunta cómo abordar desde ahí la economía.

Vemos cómo, en muchas ocasiones, tanto desde el ámbito académico como desde el feminismo más militante, tendemos a realizar análisis centrados en dos cuestiones: las más *materiales*, fijándonos en la desigual distribución de recursos y trabajos (cómo se sostienen las condiciones de vida, etcétera), o las vinculadas al lenguaje de cuerpos, identidades, libertades de ruptura con la matriz heterosexual, etcétera. Generalmente nos cuesta conectar estos dos enfoques (que en realidad son múltiples), por cuestiones de tiempo, o porque cada cual está en su historia y es complejo enlazar aproximaciones[46]. Esta

46.- Con esto no queremos decir, ni mucho menos, que este texto sea el primero que ahonda en el cruce entre cuestiones ligadas a lo económico y planteamientos queer. Más bien, querríamos ahondar en lo interesante de la conexión y continuar, ojalá aportar, a un campo amplio de reflexiones en torno a estas cuestiones. Muchas de nuestras reflexiones tienen un origen colectivo, muy vinculado a la generación de pensamiento fuera de los ámbitos reconocidos oficialmente como generadores de pensamiento. En este pequeño texto pretendemos ponerlas en diálogo con las aportaciones y límites extraí-

conversación intenta rastrear algunas lagunas existentes y conexiones posibles, con el ojo puesto en que tengan algún tipo de utilidad, fundamentalmente política.

En esta conversación, partimos de la economía feminista, centrándonos, en primer lugar, en retomar sus aportes principales y las limitaciones de abordarla sin atender a cuestiones más queer. En segundo lugar, discutimos la potencia de mirar la economía desde un enfoque transfeminista en torno a dos cuestiones: la pregunta sobre el buen vivir y el carácter heteronormativo del capitalismo. Entendemos por *transfeminismo* el intento de superar la escisión entre *palabras* y *cosas*, con especial atención a la desestabilización de las identidades fuertes y a cómo el binarismo heteronormativo permea el conjunto de estructuras.

1. ¿Economía feminista? Aportes y límites

Podemos englobar en dos los aportes clave de la economía feminista. Por un lado, señalar que la economía tiene un *otro oculto* que los discursos androcéntricos invisibilizan: la reproducción, los hogares como instituciones económicas, los trabajos no pagados... Por otro, demostrar que las relaciones de género son económicamente significativas: las desigualdades entre mujeres y hombres no son solo injusticias de reconocimiento, sino también de redistribución; más aún, ¿son ambas indisolubles? No podemos entender cómo funciona la economía si no atendemos a las relaciones de género porque, además del capitalismo, el heteropatriarcado también regula la organización de recursos y trabajos. Quizá la máxima expresión de estos dos planteamientos cruzados haya sido la denuncia de la división sexual del trabajo, que

dos de una bibliografía que, aunque mayoritariamente académica, creemos que puede resultar interesante en términos políticos.

con el surgimiento del capitalismo cristaliza en la familia nuclear (radioactiva)[47].

Cuando nos dispusimos a sacar a la luz ese *otro*, parecería que pensábamos que el problema era que la economía nos hablaba solo de la mitad masculina del mundo, y que lo que debíamos hacer era recuperar la femenina y así tendríamos el dibujo completo. Hemos aplicado una mirada dicotómica, bastante estática y con una noción muy monolítica y binaria de mujeres y hombres, haciendo quizás una economía feminista *moderna* y cartesiana, que partía de un sujeto fuerte «mujer» para construir una metanarrativa de su subordinación en el capitalismo patriarcal. Buscábamos estructuras, y no cuerpos, vidas o discursos, sin darnos cuenta de que al elaborar discurso no nos limitamos a describir la realidad, sino que la reconstruimos. Así, arrastrábamos dicotomías propias de la modernidad, como, por ejemplo, la escisión público/privado-doméstico, que nos impiden comprender que las fronteras entre ambos son cada vez más fluidas, con procesos como la mercantilización de la vida íntima y de la vida en sí o la feminización del trabajo[48]. Así, la economía feminista está más pensada para un capitalismo fordista que para este, el neoliberal y globalizado. Esta

47.- Hay multitud de referencias bibliográficas sobre economía feminista. Para introducirse a varios de los debates, podrían verse los siguientes textos: Sobre los trabajos, Cristina Borderías y Cristina Carrasco (1994). Sobre cuidados, Cristina Carrasco, Cristina Borderías y Teresa Torns (2011). Sobre economía feminista en general, Cristina Carrasco (2005), Antonella Picchio (2009), Grupo de Género y Macroeconomía de América Latina (2011), Corina Rodríguez Enríquez (2010). Un texto introductorio, de lectura fácil, es Grupo Dones i Treballs (2003). Finalmente, un texto en inglés ya un poco antiguo pero que sigue de plena actualidad: Ingrid Robeyns (2000). Además de lo anterior, la comprensión de la economía feminista que usamos aquí está muy inspirada en Sira del Río y Precarias a la deriva.

48.- Sobre mercantilización de la vida íntima, puede verse Arlie Russell Hochschild (2000). Sobre las economías en torno a la *vida en sí* o bioeconomías Catherine Waldby y Robert Mitchell (2006) y Nikolas Rose (2007). Sobre la feminización del trabajo, Precarias a la deriva (2004) y Silvia L. Gil (2011).

modernidad de la economía feminista podemos observarla en múltiples asuntos.

A menudo leemos las normas de género como algo dado, previo al funcionamiento del sistema socioeconómico, con lo que no entendemos el proceso performativo de imposición y recreación de la normalidad hegemónica. Así, no vemos las ocasiones en las que la norma se rompe, ni nos preguntamos cómo esto es castigado. Pero si no entendemos cómo se reconstruye la norma, no entendemos las resistencias y rupturas; si no entendemos las resistencias, difícilmente podremos impulsarlas. Al leer una situación de desigualdad, podemos perpetuarla. Vemos todo esto en la manera en la que hemos pensado la familia nuclear. Al denunciarla como una institución desigual, la hemos leído más como la forma habitual de convivencia –aunque, de hecho, no lo sea o, al menos, no de forma estática– y menos como la forma normativa de organización microeconómica sobre la que se asientan el mercado laboral y el estado del bienestar, impuesta de forma violenta. Esta familia, como normalidad hegemónica, se ha impuesto mediante políticas públicas y legislaciones (salarios mínimos diferenciados por sexo; prohibición a las mujeres de trabajar en ciertos sectores; normativas que castigan lo que queda fuera de esa familia...); discursos científicos (economistas clásicos que diseñaron la escisión público/privado-doméstico y alabaron la reclusión de las mujeres en el segundo ámbito); discursos médicos de delineamiento de la diferencia sexual y patologización de todo aquello que salga del binarismo heteronormativo; e intervenciones políticas (entre ellas, la lucha sindical por el salario familiar... para los hombres).

Así, vemos que hemos tenido problemas en el proceso de sacar a la luz a ese *otro*. Entre ellos, el hecho de que al recuperar las actividades socioeconómicas ocultas, hemos fijado la atención en las labores propias de *la buena madre y esposa*, no partiendo nunca de las experiencias de *la mujer al otro lado del espejo*. Todo lo que tiene que ver con sexo, cuerpos

sexuados y sexualidad no ha existido, ni como trabajo, ni como dimensión del bienestar. Por ejemplo, las encuestas de usos del tiempo (herramienta clave para recoger la economía fuera del mercado) obvian que en el tiempo pueda haber espacio para el sexo. Las pocas veces que se abordan cuestiones como la industria del sexo o los nuevos mercados en torno a la reproducción se aplica una mirada economicista, aislando el papel que esos procesos puedan tener en la reconstrucción de sistemas de regulación de cuerpos e identidades.

Otro de los límites ha sido que hemos problematizado muy poco ese *otro*, tendiendo más bien a idealizarlo. Frente al egoísmo del mercado, recuperamos la voluntad de cuidar, perdiendo de vista otras motivaciones –coerción, obligación, expectativas sociales–, olvidando en ocasiones que en los cuidados no solo hay amor, sino también relaciones personales dolorosas y violentas, cesiones no deseadas pero asumidas como inevitables, multitud de arreglos que salvan las situaciones de forma precaria e injusta. Al hablar del papel de los trabajos no remunerados, nos hemos preguntado muy poco sobre cómo y quién accede a sus servicios. Fuera del mercado no se pide un precio, pero sí cumplir con ciertas normas que te hagan merecedorx de cuidados, entre ellas, una férrea normativa de género. ¿Qué ocurre cuando no se cumplen?, ¿se establecen otros núcleos *familiares* diversos y libres con la misma capacidad de respuesta cuando la cosa se pone mal?

Poco a poco, vamos viendo que la economía androcéntrica está construida en torno a las experiencias del sujeto hegemónico de la modernidad europea: el BBVA (blanco, burgués, varón, adulto) heterosexual y funcionalmente normativo. Y no podemos limitarnos a sacar a la luz las experiencias de su *espejo femenino*, universalizándolas como si fueran de todas. Si lo hacemos, dejamos fuera todas las realidades que exceden a *su* propia realidad. Por ejemplo, al insistir en la frontera monetaria para reconocer los trabajos (pagados frente a gratuitos) no entendemos la vida de muchas mujeres que no puede clasificarse así. Pensar los problemas de

conciliación como una disyuntiva de «o te quedas en casa con lxs niñxs o vas a la oficina» no nos permite comprender a la mujer que deja a su hijx durmiendo en un semáforo mientras vende periódicos en una esquina. La idea de cuidados, tal como la hemos construido, puede ser uno de los mayores ejemplos de universalización de la experiencia del espejo femenino del BBVA.

Quizá necesitemos hacer un triple movimiento interconectado: pensar la economía desde un feminismo más crítico con la modernidad[49]. Atrevernos a ver que sacar a la luz al *otro* oculto feminizado e invisibilizado no nos lleva a hacer un sumatorio de cosas que nos dejábamos fuera, sino a cuestionar el conjunto: no es producción y reproducción, sino sostenibilidad de la vida; no es capitalismo y heteropatriarcado, sino esa Cosa escandalosa[50]; y ver que la relevancia económica del género no es tanto que mujeres y hombres estén colocadxs en esferas distintas, sino que la estructura socioeconómica está atravesada por una comprensión binaria y heteronormativa del mundo.

2. Hacia una economía transfeminista

Desde los estudios centrados en el cuerpo y la sexualidad, tendemos a prestar atención al deseo, la ruptura con la fami-

49.- No hay mucho escrito sobre los cruces entre teoría queer y economía feminista (expresamente reconocida como tal), ni sobre lecturas más *postmodernas* de esta última. Y, lo que hay, suele estar en inglés y difícil de acceder. Entre otras cosas: Ulla Grapard (1995), Gillian J. Hewitson (1999), Deirdre N. McCloskey (2000), Suzanne Bergeron (2001 y 2009), Jane Rossetti (2001), Colin Danby (2007), Drucilla Barker y Susan Feiner (2009) y Spike Peterson (2009). Así como artículos y capítulos diversos en *Feminist Economics*, nº 4 (2), 1998; Drucilla K. Barker y Edith Kuiper (eds.) (2003); y Joyce Jacobsen y Adam Zeller (eds.) (2008).

50.- Como se pregunta Donna Haraway al hablar sobre el «Patriarcado Capitalista Blanco»: «¿De qué otra manera podríamos llamar a esa Cosa escandalosa?» (1995: 340).

lia nuclear, la construcción de identidades y su flexibilidad, el papel del lenguaje en esa reconfiguración, etc. Pero esto lo vinculamos poco con las condiciones materiales de existencia. A veces, al vincularlo, lo hacemos desde una comprensión androcéntrica de lo económico emperrada en que el elemento central es el dinero, los mercados o lo laboral y no la sostenibilidad de la vida. ¿Qué podemos ganar si acercamos más esas dos miradas? Queremos resaltar dos cosas: pensar sobre la potencia de la pregunta en torno al buen vivir y reformular una crítica anticapitalista y transfeminista a esa Cosa escandalosa.

2.1. La pregunta por el buen vivir

La denuncia de la división sexual del trabajo obliga a reorganizar las estructuras económicas, saliendo de la trampa de «o consumes en los mercados capitalistas o lo haces gratis en familia». Queremos abolir el empleo en tanto trabajo alienado y socializar los cuidados. Pero ¿qué cuidados queremos socializar y cómo? ¿Para lograr qué tipo de *vida vivible*[51]?

Al mismo tiempo, las críticas a la mercantilización de las identidades no-normativas (trans, queer, bollo, bi...) ponen en el centro que este sistema que nos aboca a consumir en los mercados capitalistas no es universalizable ni da respuestas a nuestras vidas. Como decía una pegatina: «Bollera no es una marca»[52]. Pero ¿cómo mantenemos esa vida libre que queremos en el plano más *material*? ¿Quién le hace la comida a la chica queer que huye de la pareja estable y ha roto con su familia de origen cuando está con cuarenta

51.-La idea de *vida vivible* la tomamos de Judith Butler (2010). Desde América Latina están produciéndose discursos muy potentes sobre buen vivir y feminismos, por ejemplo: Articulación Feminista Marcosur (2010).

52.- Manifiesto de la Eskalera Karakola, 28 junio de 2006.

de fiebre? ¿Y cuando no es solo un día, sino muchos, una vida? ¿Cómo sustentamos el cuidar o no a nuestras familias –m/padres, abuelxs– mientras decidimos construir otras redes de cuidados?

Si queremos abrir el debate sobre qué entender por vida que merece la pena ser vivida y cómo organizarnos para hacerla posible, necesitamos pensar conjuntamente deseos y necesidades, transformarlos en *desesidades*[53] hechas carne. Las dimensiones sexuales de la vida (en interrelación con el resto de dimensiones) deben estar en primer plano del debate. Si apostamos por una vida libre, abierta a la diversidad y que garantice la universalidad, debemos escapar de la lógica en la que yo consigo mi parcelita de libertad e independencia a costa de que otras no la tengan.

En el camino de ir abordando estos debates, aparecen cuestiones concretas: ¿deben las políticas de cuidados atender a la dimensión sexual de la vida? ¿Qué opinamos sobre la mercantilización creciente de muchas facetas relacionadas con la sexualidad? ¿y las vinculadas a la reproducción? ¿Qué posiciones tenemos o queremos tener en relación al acceso a la reproducción asistida? ¿Y en relación a la mercantilización de partes del cuerpo, como los óvulos, en un mercado claramente heteropatriarcal y desigual? ¿Qué alternativas queremos y podemos construir? ¿Con qué riesgos? ¿Con qué límites (elegidos)?

Poner el cuerpo y sus *desesidades* en el centro es una apuesta política clara[54]. De cara a concretarla y darle forma,

---

53.- Desde Centroamérica, en el contexto de la Educación Popular y la Investigación Acción Participativa, las mujeres lanzan la propuesta de un nuevo vocablo para resignificar la idea de «necesidades» sin escindirla de los «deseos»: las «desesidades».

54.- Esto es lo que hacen las feministas comunitarias e indígenas en América Latina (o Abya Yala, como lo denominan) cuando reclaman entender el buen vivir desde su territorio cuerpo, que, además, vinculan al territorio tierra (ver, por ejemplo, Lorena Cabnal, 2010).

utilizar y pensar desde herramientas propuestas por las economías feministas resulta muy potente si, al hablar de sostenibilidad de la vida, esta vida la pensamos aterrizada en subjetividades encarnadas y no como una vida abstracta, pura e inmaculada.

2.2. ¿Es el binarismo heteronormativo el régimen de política sexual del capitalismo?

Quizá sea esta la pregunta del millón (¡y no vamos a resolverla aquí!). Una mirada posible insiste en la capacidad del capitalismo para integrar cualquier diferencia siempre que pueda hacer negocio con ella. Desde esta, se señala al mercado rosa como mecanismo de cooptación de la disidencia sexual y de género, denunciando que ese mercado rosa es accesible solo a una minoría privilegiada (BBVA o blanca, europea, de clase media-alta).

Aquí intentamos sumar otro argumento. El sistema capitalista es heteropatriarcal en tanto se basa en una comprensión dicotómica y heteronormativa del mundo[55]. Dicotómica porque, como se ha denunciado desde diversos ámbitos del pensamiento, parte de que la realidad es comprensible bajo una lógica dual y binaria. El modelo de progreso capitalista se fundamenta en dicotomías fuertemente entrelazadas, que se alimentan entre sí, como la férrea división entre naturaleza y cultura. Y heteronormativa porque se traza una estricta línea divisoria entre lo que se delimita como mujeres, por un lado, y hombres, por otro, y se delimita la forma en que deben interconectarse: lo feminizado encuentra su sentido de ser en su darse a lo masculinizado.

55.- Las reflexiones en torno a heteronormatividad, binarismo heteronormativo y matriz heterosexual están basadas en Judith Butler (2001 y 2002) y en Gayle Rubin (1989). Para una aproximación al pensamiento de Judith Butler puede verse Elvira Burgos (2008).

Todo esto se relaciona con la posición de los sujetos en las esferas socioeconómicas. La idea de autosuficiencia –central para el funcionamiento del capitalismo, más aún en su fase neoliberal– está fuertemente vinculada a la construcción de la masculinidad. Esta se entiende como la construcción de sí para sí, tanto a nivel emocional (los chicos no lloran y no necesitan ayuda) como material a través de la inserción en el mercado (el empleo y/o el consumo). El modelo de *trabajador champiñón*[56], denunciado desde los feminismos, se basa en estas construcciones tan estáticas de masculinidad. Pero para que esa autosuficiencia exista hacen falta agentes que encarnen una feminidad basada en la construcción de sí para el resto, haciendo lo necesario para garantizar el bienestar ajeno (los trabajos residuales, los no valorados o no asumidos por otros en función de deseos propios, el cuidado emocional...). Todo esto debe ocurrir de forma invisibilizada, porque si se hiciera de forma abierta y explícita se visibilizaría lo falso de esa autosuficiencia, ya que la vida es una realidad de interdependencia. He aquí los cuidados no remunerados y el precarísimo empleo doméstico. En relación a esta construcción hablamos de ética reaccionaria del cuidado. Cuidado porque los sujetos –posicionados en una situación leída como de dependencia[57]– cuidan al *trabajador champiñón* y, en un sentido más amplio, cuidan de que la vida no se hunda. Reaccionaria en tres sentidos: se cuida el bienestar ajeno en detrimento del propio; solo se cuida a quienes entran dentro de un núcleo estrecho de pertenencia (la *familia*) o a quienes tienen dinero para pagarlo; y su despliegue sirve para ocultar conflictos sociales, acallar-

56.- Champiñón porque parece que brota de la nada en el mercado laboral, como si surgiese en la fábrica/oficina ya crecidito, enseñado, limpio y con el traje puesto.

57.- Esta triple comprensión de lo reaccionario de esta ética la debemos a los debates en torno a cómo desobedecer la deuda sostenidos dentro de la Comisión de Feminismos-Sol (15M-Madrid).

los y situarlos *de puertas adentro,* desde donde resulta infinitamente más complicado generar conflicto político.

Esa construcción dicotómica heteronormativa permea también las esferas económicas: el mercado funciona con una lógica propia de acumulación de capital, que encarna los valores de lo definido como propiamente humano desde una epistemología heteropatriarcal: la civilización que nos permite llegar a colmar *deseos,* desapegándonos progresivamente de las necesidades más básicas. El mercado se plantea como el súmmum de la realización individual, estadio de civilización superior al de las economías de subsistencia o a las esferas regidas por los cuidados. Dentro de esta lógica dicotómica, existen una serie de cuestiones que han de resolverse en *otro ámbito,* que desde la economía feminista se rescata como la esfera socioeconómica invisibilizada, la *reproducción,* que encarna los valores feminizados de lo natural y lo inmanente.

El capitalismo implica la imposición de la lógica de acumulación y esto conlleva una amenaza constante sobre la vida, lo que hemos llamado el conflicto entre la acumulación de capital y la sostenibilidad de la vida. ¿Dónde se resuelven las tropelías cometidas contra la vida? ¿Dónde se atiende a las dimensiones de la vida que no son rentables, de las cuales los mercados se desentienden? La responsabilidad de sostener la vida en un sistema que la ataca se asume en esferas socioeconómicas que están privatizadas (no se organizan en común, sino que se meten en el ámbito de lo doméstico-familiar), invisibilizadas y feminizadas. La forma en que opera la invisibilización y feminización de estas esferas tiene mucho en común con el funcionamiento de la matriz heterosexual: sus protagonistas son *mujeres* que deben ajustarse a mandatos de género, pues esas esferas se vinculan con la *feminidad* y están situadas en el ámbito de lo minusvalorado por *poco complejo/civilizado,* visto y construido como poco rentable en términos monetarios. Estas esferas se minusvaloran lo suficiente como para no ser siquiera

consideradas económicas, y el ejercicio de invisibilización de las mismas hace que se presenten como desprovistas de capacidad para generar conflicto político desde sí (ya que pertenecen al ámbito de lo privado).

La matriz heterosexual que hace inteligibles a los sujetos mientras sigan un patrón dicotómico de coherencia entre sexo (mujer/hombre), género (femenino/masculino) y deseo (heterosexual) implica y replica unas esferas socioeconómicas que dependen de que la propia heteronormatividad continúe funcionando. Por un lado, la heteronorma –conexión coherente entre sexo-género-deseo–, implica la reproducción de la familia nuclear y actúa más allá de las relaciones sexuales establecidas (la ética reaccionaria del cuidado no afecta solo a las madres heterosexuales). Por otro, no actúa solo sobre sujetos concretos, sino sobre la comprensión de las estructuras macro: la producción y el mercado capitalista frente a la reproducción y la sostenibilidad de la vida.

Vemos, así, el heteropatriarcado como un sistema de regulación de cuerpos y sexualidades, y de ordenamiento de esferas socioeconómicas, que permite la existencia de esos ámbitos feminizados al servicio de los masculinizados y garantiza la existencia de sujetos subalternos que los ocupen. El heteropatriarcado es imprescindible para mantener en pie al capitalismo y a su sujeto fetiche autosuficiente.

Todo esto abre múltiples interrogantes, que engarzan con amplios debates postestructuralistas que nos preceden pero que quizás resulte interesante plantearse en lo concreto y desde nuestro ahora político: ¿tienen las prácticas micro de desobediencia sexual y de género el potencial para desestabilizar ese sistema de regulación de cuerpos, identidades y estructuras económicas?, ¿pueden romper con la ética reaccionaria del cuidado y la autosuficiencia?, ¿qué capacidad tienen los espacios de pensamiento y acción política que construimos de sostener las vidas por las que (y desde las que) luchamos?

Si, desde la teoría queer, vemos que podemos hacer política desde el deseo, romper con el modelo de familia nuclear heteronormativa conformando familias disidentes ¿puede hacerse dotando de igual valor (al menos simbólico) a los trabajos remunerados y los no remunerados? ¿Qué capacidad tenemos, en la práctica, de que estas *familias* funcionen con un reparto equitativo, justo y compartido de los cuidados? ¿Nos apetece/podemos sacar la reproducción del ámbito de la pareja? Si sabemos que podemos resignificar los nombres con los que nos llaman y, a partir de ahí, construir reapropiaciones políticas potentes, ¿podríamos extender esta idea para entender que esos agentes feminizados son sujetos políticos y que hay que cuestionar la Cosa escandalosa desde las esferas invisibilizadas?, ¿que cuestionar el conjunto y generar conflicto colectivo desde ahí es una práctica transfeminista?

Las preguntas abiertas son infinitas. Surgen muy vinculadas a las cotidianidades, tanto las que nos vamos encontrando como las nuevas por construir, ojalá más libres pero también más responsables, partiendo de que queremos buscar respuestas (temporales, dinámicas) que sean compatibles con la asunción de la singularidad y que garanticen que cabemos todas. No queremos respuestas que se construyan a costa de negar espacio a otras personas ni a otras posibles respuestas.

3. Concluyendo (por ahora…)

Ninguna lucha anticapitalista que no desestabilice las esferas invisibilizadas donde se está absorbiendo la dureza del conflicto capital-vida puede cuestionar a fondo el *statu quo*. Al mismo tiempo, para cuestionar esas esferas, es imprescindible cuestionar el binarismo heteronormativo que las conforma. Uniendo todo esto, creemos que son necesarias luchas contra esa Cosa escandalosa que busquen generar

espacio y libertad para pensar y construir (desde) otros agentes y otras esferas nuevas. Necesitamos imaginar el buen vivir y la forma de hacerlo materialmente posible desde otros puntos, desde otras vidas que se revuelvan contra la normatividad del mercado, la familia nuclear, el género y la heterosexualidad obligatoria. Desde ahí, la autosuficiencia no existe y la interdependencia es evidente.

Esos otros lugares ya están siendo explorados. Por ejemplo, la búsqueda del porno feminista y anticapitalista del que nos habla Martu Långstrumpf[58]; o la fuerza con la que desde Territorio Doméstico lanzan el «sin nosotras, no se mueve el mundo»[59]. Seguiremos poniendo la oreja, compartiendo espacios y vivencias, testando nuestros pasos, conversando sobre esta madeja de ideas.

58.- Långstrumpf, Martu: «Otro porno es posible», presentación escuchada en Jornadas Transmaribibollo de la UAM, 29 de noviembre de 2012, organizadas por la asociación de estudiantes Malayerba.

59.- Este fue el lema de la manifestación por los derechos de las empleadas de hogar el 28 de marzo de 2010.

Articulación Feminista Marcosur: *Diálogos Complejos. Miradas de mujeres sobre el Buen Vivir. 1er encuentro entre líderes indígenas y líderes feministas*, Articulación Feminista Marcosur, Asunción del Paraguay, 2010, disponible en http://www.cotidianomujer.org.uy/fsa_indigenas/relatoria_indigenas2010.pdf

Barker, Drucilla y Feiner, Susan F.: «Affect, Race, and Class: An Interpretive Reading of Caring Labor», *Frontiers*, nº 30 (1), 2009, pp. 41-54.

Barker, Drucilla y Kuiper, Edith (eds.): *Towards a Feminist Philosophy of Economics*, Routledge, Londres-Nueva York, 2003.

Bergeron, Suzanne: «No More Nice Girls? Feminism, Economics and Postmodern Encounters», en Cullenberg, Stephen, Amariglio, Jack y Ruccio, David F. (eds.): *Postmodernism, Economics and Knowledge (Economics as Social Theory)*, Routledge, Nueva York, 2001.

Bergeron, Suzanne: «An Interpretive Analytics to Move Caring Labor Off the Straight Path», *Frontiers*, nº 30 (1), 2009, pp. 55-64.

Borderías, Cristina y Carrasco, Cristina: «Las mujeres y el trabajo: aproximaciones históricas, sociológicas y económicas», en Borderías, Cristina; Carrasco, Cristina y Alemany, Carmen (comp.): *Las mujeres y el trabajo: algunas rupturas conceptuales*, Icaria, Barcelona, 1994, pp. 15-109.

Burgos, Elvira: *Qué cuenta como una vida. La pregunta por la libertad en Judith Butler*, Antonio Machado Libros, Madrid, 2008.

Butler, Judith: *El género en disputa*, Paidós, México, 2001.

Lenguaje, poder e identidad, Paidós, México, 2002.

Marcos de guerra. Las vidas lloradas, Paidós, Barcelona, 2010.

Cabnal, Lorena: «Acercamiento a la construcción de la propuesta de pensamiento epistémico de las mujeres indígenas feministas comunitarias de Abya Yala», *Feminismos diversos: el feminismo comunitario*, ACSUR, 2010; disponible en http://porunavidavivible.files.wordpress.com/2012/09/feminismos-comunitario-lorena-cabnal.pdf

Carrasco, Cristina: «La economía feminista: una apuesta por otra economía», en Vara, Mª Jesús (coord.): *Estudios sobre género y economía*, Madrid, Akal, 2005, pp. 43-62; disponible en http://www.seminariovirtual.com.ar/seminario2010-2/documentos/Carrasco-recomendadoAlmaEspino.pdf

Carrasco, Cristina; Borderías, Cristina y Torns, Teresa: «Introducción», en Borderías, Cristina; Carrasco, Cristina y Torns, Teresa (comps.): *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas,* Catarata, Madrid, 2011, pp. 13-96, disponible en http://www.fuhem.es/media/cdv/file/biblioteca/Analisis/2012/El_trabajo_de%20cuidados_introduccion_C._CARRASCO_C._BORDERIAS_T._TORNS.pdf

Danby, Colin: «Political Economy and the Closet: Heteronormativity in Feminist Economics», *Feminist Economics*, nº 13 (2), 2007.

Feminist Economics, nº 4 (2), 1998. Número especial en perspectivas LGBT.

Franklin, Sarah: «Embryonic Economies: the Double Reproductive Value of Stem Cells» [online] London: LSE Research Online. Disponible: http://eprints.lse.ac.uk/943/

Gil, Silvia L.: *Nuevos Feminismos. Sentidos comunes en la dispersión. Una historia de trayectorias y rupturas en el estado español*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2011.

Grapard, Ulla: «Robinson Crusoe: the Quintessential Economic Man?», *Feminist Economics*, nº1 (1), 1995, pp. 33-52

Grupo de Género y Macroeconomía de América Latina: *La economía feminista desde América Latina. Una hoja de ruta sobre los debates actuales en la región,* ONU Mujeres,

Santo Domingo, 2011, disponible en http://www.unwomen.org/wp-content/uploads/2012/06/Economia-feminista-desde-america-latina.pdf

Grupo Dones i Treballs: *Malabaristas de la vida. Mujeres, tiempos y trabajos*, Icaria, Barcelona, 2003, disponible en http://www.caladona.org/wp-content/pujats/2009/12/2003-malabaristas-de-la-vida-DONES-I-TREBALLS.pdf

Haraway, Donna J.: *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinvención de la naturaleza*, Cátedra, Madrid, 1995.

Hewitson, Gillian J.: *Feminist Economics: Interrogating the Masculinity of Rational Economic Man*, Edward Elgar Pub., Northampton-Massachusets, 1999.

Jacobsen, Joyce y Zeller, Adam (eds.): *Queer Economics: A Reader*, Routledge, Nueva York, 2008.

McCloskey, Deirdre N.: «Crossing Economics», *The International Journal of Transgenderism*, nº4 (3), 2000, http://www.deirdremccloskey.com/docs/pdf/Article_244.pdf

Peterson, Spike: «Interactive and Intersectional Analytics of Globalization», *Frontiers*, nº 30 (1), 2009, pp. 31-40.

Picchio del Mercato, Antonella: «Condiciones de vida: Perspectivas, análisis económico y políticas públicas», *Revista de economía crítica*, nº 7, 2009, pp. 27-54, http://revistaeconomiacritica.org/sites/default/files/revistas/n7/2_condiciones_de_vida.pdf

Precarias a la deriva: *A la deriva por los circuitos de la precariedad femenina*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2004.

Robeyns, Ingrid: «Is There a Feminist Economics Methodology?», 2000, http://www.ingridrobeyns.nl/content/articles/Robeyns_2000_Is%20there%20a%20Feminist%20Economic%20Methodology.pdf

Rose, Nikolas: *The Politics of Life Itself: Biomedicine, Power, and Subjectivity in the Twenty-first Century*, Princeton University Press, 2007.

Rossetti, Jane: «Postmodernism and Feminist Economics», en Cullenberg, Stephen, Amariglio, Jack, y Ruccio, David

F. (eds.), *Postmodernism, Economics and Knowledge (Economics as Social Theory)*, Routledge, NY, 2001.
Rubin, Gayle: «Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad», *Placer y peligro*, Talasa, Madrid, 1989.
Waldby, Catherine y Mitchell, Robert: Tissue economies: Blood, organs, and cell lines in late capitalism. Duke University Press, 2006.

Sayak Valencia

> Llegar a escribir/visualizar/vivir en otros términos,
> más oportunos al presente, que opongan resistencia local
> exuberante
>
> SALGADO & ESTEBAN hackeadxs por Valencia

DESDE HACE VARIAS DÉCADAS es evidente que el feminismo no es uno, sino que en su composición puede ser comparado con una gota de mercurio que estalla y se pluraliza, pero que guarda dentro de sí una composición que le permite multiplicarse, separarse y volver a unirse por medio de alianzas; al ser un movimiento que se rige por la crítica contra la opresión y la violencia ejercida por el sistema hegemónico y (hetero)patriarcal, es imposible que el discurso feminista se sustraiga de teorizar y actuar sobre las dinámicas del capitalismo gore (Valencia, 2010).

Con capitalismo gore nos referimos al derramamiento de sangre explícito e injustificado (como precio a pagar por los tercermundizados de todo el orbe, quienes se aferran a obedecer las lógicas del capitalismo, cada vez más exigentes), al altísimo porcentaje de vísceras y desmembramientos, frecuentemente mezclados con la economía del crimen, la división binaria del género y los usos predatorios de los cuerpos, todo esto por medio de la violencia más explícita como herramienta de *necroempoderamiento*[60].

60.- Denominamos necroempoderamiento a los procesos que transforman contextos y/o situaciones de vulnerabilidad y/o subalternidad en posibilidad de

Resulta urgente situarnos, desde los distintos feminismos, en una actitud crítica a este respecto. Una actitud de autocrítica y de redefinición donde se pongan sobre la mesa los diversos temas que han preocupado a los primeros feminismos pero también a los nuevos feminismos y postfeminismos que se adscriben al contexto específico de nuestras realidades contemporáneas postfordistas, los cuales se matizan y están atravesados por particularidades pero que, sin embargo, participan, de alguna manera, de las consecuencias físicas, psicológicas y mediáticas traídas por la creciente globalización de la violencia gore que tiene efectos reales sobre el género, pues instaura y naturaliza artificialmente una «estrategia narrativa deliberadamente fracturada» (Villaplana, 2005: 269) que atañe a todos los campos discursivos y que se puede identificar, con especial ahínco, en la forma que tienen los medios de presentar la violencia machista.

A este respecto, no aseguramos que la categoría de capitalismo gore sea válida e idéntica en todos los contextos. Sin embargo, esta forma de entender la violencia como herramienta de enriquecimiento se encuentra de forma creciente en distintos espacios geopolíticamente lejanos y está siendo globalizada puesto que se entreteje con la creación de una subjetividad y una agencia determinadas por las fuerzas de control y de producción del capitalismo.

Las mujeres, junto a todos aquellos sujetos entendidos como subalternos o disidentes de las categorías heteropatriarcales de normalidad y funcionalidad, hemos vivido en lo gore a través de la historia. En la violencia extrema, tanto física como psicológica –y más recientemente la violencia mediática–, pues estas han sido parte de nuestra cotidianidad, de nuestra educación. La violencia como elemento medular en la construcción del discurso (Villaplana y Sichel,

---

acción y autopoder, pero que los reconfiguran desde prácticas distópicas y autoafirmación perversa lograda por medio de prácticas violentas.

2005 y Marugan y Vega, 2001) que presupone que la condición de vulnerabilidad y violencia son inherentes al *destino manifiesto*[61] de las mujeres –y de aquellxs que han *devenido mujeres* por cuestión de clase, raza, diversidad funcional o disidencia sexual–, algo así como un privilegio inverso, «un estigma que nos introduce en la ruleta rusa de las alimañas bárbaras» (Liddell, 2008). Por eso, somos nosotrxs quienes buscamos trazar una respuesta a la violencia encarnizada ejercida por el capitalismo gore que permea el amplio espectro de los cuerpos, los cuales no se reducen a las rígidas jerarquías de lo femenino y lo masculino.

La radicalidad de la violencia nos sitúa en el filo, en la transmutación de una época que exige que revisemos nuestros conceptos clásicos sobre feminismo, que sacudamos las teorías y las actualicemos. Lo encarnizado del capitalismo gore no deja más salidas que la creación de nuevos sujetos políticos para el feminismo; es decir, «un devenir mujer entendido como ruptura con el modo de funcionamiento de la sociedad actual» (Guattari y Rolnik, 2006: 100), que logre hacer alianzas con otros devenires minoritarios y se proponga en respuesta a «un modo falocrático de producción de la subjetividad –modo de producción que tiene en la acumulación de capital su único principio de organización» (Guattari y Rolnik, Ibíd.) y en el cual se ancla el capitalismo gore y sus sujetos endriagos; entendidos como aquellos varones que buscan cumplir vicariamente las prescripciones de la masculinidad hegemónica que les exigen (a cambio de legitimidad y privilegios de género otorgados por el complejo heteropatriarcal y machista) erigirse como machos proveedores en un sistema económico que ha reconfigurado el concepto de trabajo y precariza cotidianamente el empleo, haciendo casi

61. Hacemos aquí un paralelismo entre la política expansionista de Estados Unidos, vinculada a la conquista del territorio por voluntad divina-patriarcal y la ocupación/opresión/destrucción del cuerpo de las mujeres y de sus acciones como un territorio conquistado que pertenece al patriarcado.

imposible el cumplimiento de esta demanda de masculinidad, por vías legales y poniendo en el horizonte de la posibilidad las prácticas de violencia extrema como una forma de trabajo, al mismo tiempo que un medio de autoafirmación viril.

Ante la coyuntura del capitalismo gore, se erige de manera apropiada el concepto de *transfeminismo,* entendido como una articulación tanto del pensamiento como de resistencia social que es capaz de conservar como necesarios ciertos supuestos de la lucha feminista para la obtención de derechos en ciertos espacios geopolíticamente diversos, que, al mismo tiempo, integra el elemento de la movilidad entre géneros, corporalidades y sexualidades para la creación de estrategias que sean aplicables in situ y se identifiquen con la idea deleuziana de minorías, multiplicidades y singularidades que conformen una organización reticular capaz de una «reapropiación e intervención irreductibles a los eslóganes de defensa de la "mujer", la "identidad", la "libertad", o la "igualdad", es decir, poner en común "revoluciones vivas"» (Preciado, 2009).

El prefijo «trans-» hace referencia a algo que atraviesa lo que nombra. Lo revertebra y lo transmuta; aplicado a los feminismos, crea un tránsito, una trashumancia entre las ideas, una transformación/actualización que lleva a la creación de anudaciones epistemológicas que tienen implicaciones a nivel micropolítico, entendiéndolo como una *micropolítica procesual* de agenciamientos mediante la cual el tejido social actuará y se aproximará a la realidad. Creando una contraofensiva a las «fuerzas sociales que hoy administran el capitalismo [que] han entendido que la producción de subjetividad tal vez sea más importante que cualquier otro tipo de producción, más esencial que el petróleo y que las energías» (Guattari y Rolnik, 2006: 40).

Los sujetos del transfeminismo pueden entenderse como una suerte de *multitudes queer* que, a través de la materialización performativa, logran desarrollar agenciamientos

g-locales. La tarea de estas *multitudes queer* es la de seguir desarrollando categorías y ejecutando prácticas que logren un agenciamiento no-estandarizado, ni como verdad absoluta ni como acciones infalibles, que puedan ser aplicadas en distintos contextos de forma desterritorializada. Estos sujetos queer/cuir juegan un papel fundamental, dadas sus condiciones de interseccionalidad[62], en «la confrontación de las maneras con las que hoy se fabrica la subjetividad a escala planetaria» (Guattari y Rolnik, 2006: 43). Visibilizando las causas y las consecuencias de la violencia física, para que esta no quede reducida a un fenómeno mediático donde la forma de evidenciar el problema se limite a «la batalla por las audiencia y el número de tiradas que sostienen los poderes económicos que sustentan a los grandes medios» (Marugán y Vega, 2001: 17); deformando el verdadero problema que se basa en «la producción y reproducción de la violencia contra las mujeres [y contra los cuerpos en general] como fenómeno social de producción discursiva [y de producción de riqueza]» (Ibíd: 09).

En este punto, es importante señalar que «[e]l transfeminismo queer y postcolonial se distancia de lo que Jackie Alexander y Chandra Tapalde Mohanty denominan "feminismo de libre mercado", que ha hecho suyas las demandas de vigilancia y represión del biopoder y exige que se apliquen (censura, castigo, criminalización...) en nombre y para protección de "las mujeres" (Preciado, 2009). Proponiendo

62.- La interseccionalidad es una herramienta para el análisis en el trabajo de abogacía y la elaboración de políticas, que aborda múltiples discriminaciones y nos ayuda a entender la manera en que conjuntos diferentes de identidades influyen sobre el acceso que se pueda tener a derechos y oportunidades. Para ahondar en este término, revísese la bibliografía de Kimberley W. Crenshaw. Respecto a la transversalidad, que lleva a la creación de identidades múltiples que pueden encarnar en un mismo momento la opresión y el privilegio, se recomienda revisar las obras de Gloria Anzaldúa, Chela Sandoval, Cherie Moraga y, sobre todo, la antología *Este Puente, mi espalda. Voces de mujeres tercermundistas en los Estados Unidos*. Ism Press, Inc, 1988, San Francisco, CA.

discursos y prácticas feministas que hacen frente a la realidad y logran distanciarse de lo políticamente correcto, que desactiva la agencia, y de *las políticas de escaparate* ejecutadas por ciertas instituciones pretendidamente feministas que, bajo este eslogan, ocultan prácticas desarrolladas dentro del neoliberalismo más feroz.

Hay, en el transfeminismo, al mismo tiempo, una conciencia de la memoria histórica que tiene, tras de sí, la herencia aportada por el movimiento feminista de los últimos dos siglos, y una llamada para proponer nuevas teorizaciones sobre la realidad y la condición de las mujeres dentro de esta, pero no solo de las mujeres sino de las distintas corporalidades y disidencias, que marchen a la misma velocidad y ritmo que los tiempos actuales y que tomen en cuenta las circunstancias económicas específicas de los sujetos dentro del precariado laboral (y existencial) internacional.

Ahora bien, bajo las condiciones anteriormente enunciadas, llama la atención que los esfuerzos por crear redes político-sociales no hayan crecido, que las alianzas entre los géneros no estén en auge, enfrentándose ante el sistema aplastante del capitalismo hiperconsumista y gore. Sin embargo, hay una causa específica para este hecho: el miedo que tiene lo patriarcal a la pérdida de privilegios, a la pérdida de poder, o lo que se llama de forma eufemística, *el miedo a la desvirilización* de la sociedad. Es necesario que las anudaciones y agenciamientos de los sujetos que buscan ofrecer una crítica y una resistencia ante el sistema dominante pasen por la conciencia del *devenir mujer, devenir negrx, devenir indígena, devenir migrante, devenir precarix* en lugar de reificar su pertenencia a un único género o a un grupo social para demarcarse dentro de una lucha sectorial; debemos trabajar la resistencia como un proceso que se interrelaciona con otros procesos de minorización.

En este contexto, es necesario hacer una revisión y una reformulación de las demandas de la masculinidad hegemónica transmitidas por los sistemas de dominación que, en

nuestro caso, emparentamos con el capitalismo gore. Ya que existe un paralelismo entre este y la masculinidad hegemónica que «está compuesta por una constelación de valores, creencias, actitudes y conductas que persiguen el poder y autoridad sobre las personas que consideran más débiles» (Varela, 2005: 322).

No es posible fraguar una resistencia real ante el sistema económico en el que vivimos, que basa su poder en la violencia exacerbada, sin cuestionar la masculinidad. Ya que dicha masculinidad se transforma también en violencia real sobre el cuerpo de los varones, como puede constatarse en la economía criminal y su mercado de sangre, donde los muertos conforman las filas de dicho sistema ya sean como mercancías o daños colaterales del capitalismo gore.

La cuestión de la creación de nuevos sujetos políticos construidos desde el transfeminismo abre de nuevo el debate sobre la necesidad, la vigencia y el reto que supone que los sujetos masculinos se planteen otras configuraciones y condiciones bajo las cuales construir sus masculinidades, que sean capaces no solo de ejecutarlas sino de crear un discurso de resistencia a través de ellas[63].

Dicha construcción teórico-práctica debe tomar en cuenta la perspectiva feminista y el trabajo de deconstrucción, así como las herramientas conceptuales que han creado los feminismos, para replantear al sujeto femenino y para descentrarlo a través de un desplazamiento hacia lo no-hegemónico, no predeterminado por la biología.

Así como *no nacemos mujeres, sino que devenimos en ello*, es hora de pasar la pregunta, una vez más, al campo de la

63.- Ponemos de relieve que nos referimos especialmente a la revisión de Masculinidad incorporada en las realidades latinoamericanas y, sobre todo, no obviamos el hecho de que existen ya algunas formas de confrontación de esta Masculinidad en esos espacios que no comparten ni obedecen los dictados del poder capitalista y masculinista y han logrado desanudarse, en la medida de lo posible, de forma crítica de la identidad dominante. Sin embargo, dichas des-anudaciones no están suficientemente visibilizadas.

masculinidad, para descentrarla y hacer construcciones de esta más aterrizadas en la realidad y en la encarnación de las masculinidades individuales que comprueben que tampoco se nace hombre sino que se puede devenir en ello a través de un proceso en todo momento modificable.

Se sabe que alguien con poder y legitimidad difícilmente renunciará a sus privilegios. Sin embargo, el confort silente bajo el que se desarrolla la *masculinidad cómplice* debe ser cuestionado, ya que estos privilegios detentados por los varones por su condición de género son una promesa que pronto dejará de poder ser cumplida por el sistema de la dominación masculina, dadas las condiciones de precariedad económica y existencial en las que se desarrolla la vida cotidiana alrededor del planeta.

Por ello, es inminente e importantísimo que los hombres deconstruyan el modelo de masculinidad hegemónica, que constriñe a una gran mayoría de mujeres y de varones, y, al mismo tiempo, se desmarquen de la pasividad silente de la masculinidad cómplice, ya que esta, antes o después, terminará fagocitándolos e insertándolos en las lógicas del daño, a causa de la tercermundización del primer mundo y el devenir mujer de los sujetos por causa de la economía voraz.

Finalmente, el capitalismo gore, como resultado de la globalización, nos muestra las distopías del sistema, pero también nos muestra que «[l]os sujetos sociales contemporáneos se desbordan. La dimensión del yo ético social es el centro del desorden» (Villaplana, 2008: 63). Es decir, las fisuras del sistema muestran rutas que los sujetos que basan su condición existencial en la reinvención del agenciamiento a través de la crítica, la inadaptación y la desobediencia trazan caminos de fugas posibles del sistema; trazan senderos que lo contravienen y permiten vivir en lucha, y resistencias efectivas de una manera micropolítica.

Anzaldúa, Gloria y Sandoval, Chela: *Este puente, mi espalda. Voces de mujeres tercermundistas en los Estados Unidos*, Ism Press, San Francisco, CA, 1988.

Guattari, Felix y Rolnik, Suely: *Micropolítica. Cartografías del deseo*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2006.

Liddell, Angélica: *3ra. desobediencia. Yo no soy bonita ni lo quiero ser* (Performance), La Casa Encendida, 23 de mayo de 2008.

Marugán Pintos, B. y Vega Solís, C.: «El cuerpo contrapuesto. Discursos feministas sobre la violencia contra las mujeres», BERNÁRDEZ (ed.): *Violencia de género y sociedad: una cuestión de poder.* Ayuntamiento de Madrid, Madrid, 2001.

Preciado, Beatriz: «Transfeminismos y micropolíticas del género en la era *farmacopornográfica*», ARTECONTEXTO, nº 21, mayo, 2009.

Valencia, Sayak: *Capitalismo Gore*, Melusina, Barcelona, 2010.

Varela, Nuria: *Feminismo para principiantes,* Ediciones B, Barcelona, 2005.

Villaplana, Virginia: «Argumentos de no-ficción: género, representación y formas de violencia», Villaplana, Virginia y Sichel, Berta: *Cárcel de Amor. Relatos culturales sobre la violencia de género*, Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, Madrid, 2005.

Villaplana, Virginia y Sichel, Berta: *Cárcel de Amor. Relatos culturales sobre la violencia de género*, Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, Madrid, 2005.

Villaplana, Virginia: *Zona de intensidades,* Aconcagua Publish, Madrid, 2008.

AUTÓNOMO *VERSUS* INDUSTRIA DEL SEXO. TRABAJO SEXUAL

Verónika Arauzo

MI NOMBRE ES VERÓNIKA ARAUZO, nacida un 1 de julio de 1974 en Madrid. Soy activista independiente e interactúo con colectivos y grupos de corte transfeminista y pro derechos sociales. Siempre concebí el movimiento feminista como un modo de pensamiento basado en la igualdad de los individuos dentro de su diversidad más allá de los géneros, las razas, las creencias religiosas, sociopolíticas y los sexos. Desde el respeto a la pluralidad de la diferencia, como la suma de un todo.

Mi comienzo como activista nace de la necesidad de encontrar grupos que luchen por los derechos sociales basados en la igualdad y el replanteamiento de la estructura social en la que vivimos. He colaborado con diversos colectivos y artistas desde la perspectiva de replantear la construcción social de los géneros y la dignificación de otras identidades no-normativas. En relación al trabajo sexual, he aportado mi experiencia como forma de reflexionar sobre una realidad desde la perspectiva de la prostituta, bajo la transmisión de mi propia vivencia en el ejercicio y el entorno que conozco sobre el trabajo sexual.

Mi primer grupo de contacto fue el colectivo Transexualia en Madrid, en 1992, lugar de reunión y discusión de las realidades de los géneros en los que nos desarrollamos, hacia los que nos reafirmábamos y vivíamos, con diferentes concepciones de la identidad y de nuestras opciones sexuales. Conocí Transexualia por compañeras que ejercían la prostitución, en

Rubén Darío, zona de trabajo sexual de calle, frecuentada por chicas trans en Madrid. Ciudad en la que nací y a la que volví a vivir y a desarrollarme libremente a la edad de 15 años, después de escaparme de la tutela de mi padre en el año 1989. En ese momento, me encontraba sumergida en una realidad social en la que parte de mi vida estaba basada en producir dinero y evitar el asedio policial que vivíamos por controles constantes en nuestra zona de trabajo, hasta que llegué a mi mayoría de edad.

Como trabajadora sexual, empecé, como la inmensa mayoría de las personas que ejercen este trabajo, por lo más básico: la necesidad de producir economía. Y ello solo fue posible a través del empoderamiento de mi sexualidad. Este empoderamiento viene de una autogestión del control y de la representación, a través de la prostitución, del imaginario sexual que se construye de los cuerpos de las chicas trans. En mi caso y en el de muchas chicas trans, sobre todo en la época en la que yo me desarrollé a finales de los ochenta, la actitud de autodeterminación se enfrentaba a una actitud de transfobia social, basada en la misoginia que inculca la heteronormatividad de la estructura patriarcal.

Llego a Barcelona en 1995, durante cinco años intercalo mi estancia allí, trabajando en los alrededores del Camp Nou, con viajes esporádicos a París, donde ejerzo el trabajo sexual en el Bois du Bologne. Allí conozco asociaciones de apoyo a las trabajadoras del sexo de tipo sociosanitario y otras también enfocadas a la ayuda legal para chicas trans emigrantes que ejercen la prostitución. Dos años después, hago mi primer *break* en el ejercicio del trabajo sexual y viajo hasta Tenerife para buscar otro modo de producir dinero. Mi primer trabajo como asalariada es en el sector agrícola, hasta que decido volver a ser autónoma a finales de 1999. Tras una escala en París de más de cinco meses, viajo a Barcelona y, por casualidad, empiezo a trabajar en una lista bastante amplia de bares en la zona del Gótico, Raval y Borne. Intercalo mi trabajo en la hostelería con el trabajo sexual hasta el 2007, año en el que

decido alejarme por una temporada larga del trabajo que no sea autogestionado, cansada en parte de ver situaciones de abuso de los derechos laborales del contratado y exceso de funciones impuesto por los empresarios. En mi trabajo como prostituta yo gestionaba mi ejercicio y regulaba mis tarifas, es por lo que vuelvo a apostar por ejercerlo. En 2008, incremento mi oferta, discontinuamente, como dómina, dando a luz a mi alter ego Mistress Misskronoss.

Aunque es gratificante colaborar con y aportar a los grupos transfeministas mis facetas tanto de trabajadora sexual como de activista independiente, a través de la visibilidad y el replanteamiento de las construcciones sociales normativas, estas esferas en mi vida como trabajadora sexual y Misskronoss no son muy fáciles de articular. De todo ello se desprenden algunas reflexiones:

Como trabajadora sexual he ejercido de forma independiente y he conocido de primera mano la industria del sexo: distintas realidades y modos de ejercer la prostitución. Es por ello que considero que esta industria debe ser regulada y legislada, delimitando y reglamentando su modo de interacción con las personas que ejercen el trabajo sexual bajo esas estructuras.

Si alguna vez se legisla el trabajo sexual con derechos y deberes, lo que se deberían replantear y, por tanto, regularizar son una serie de estructuras que se crearon de forma ilegal, amparadas en el estigma y en la clandestinidad, para la explotación de las personas que ejercían el trabajo sexual. Me refiero a clubs, burdeles, macroburdeles, agencias, casas... entre otras. Estos empresarios o empresarias, muchas veces, articulan situaciones y modos de ejercer para aprovecharse de la necesidad de creación de capital de las personas. A favor de la oferta que crean estos locales de alterne, se tejen, muchas veces, redes de proxenetismo y extorsión. En este sentido, creo que construir un sistema basado en el ejercicio autónomo posibilita una vía de trabajo independiente que podría evitar el proxenetismo y la explotación de personas con fines sexuales.

Como trabajadora, conozco también la amplitud y variedad de identidades presentes en el sector, ya sean las más visibles mujeres *cis*[64], mujeres trans y hombres –a los que no queremos ver, pero que son un gran mercado negado en el trabajo sexual–. También hombres trans y personas intersex en menor medida, pero no por ello inexistentes, en algunos países donde he trabajado. Por eso, construir un debate sobre el trabajo sexual que únicamente se replantee desde el sector femenino, perpetúa el estigma de la puta y niega las múltiples posibles reflexiones en un proceso legalizador.

El estigma «puta» es el primer motivo creado para la represión contra la libertad sexual de la mujer, para someterla. Así como al hombre se le niega la exploración de su sexualidad (como su sexualidad anal) desde la construcción misógina que la estructura sociocultural ha creado para encasillar los cuerpos y sexualidades. Es singular que, en países de la Unión Europea donde he ejercido el trabajo sexual, siendo en estos legal, al presentarme como puta ante mis clientes, la mayoría de ellos me corrigiera diciendo que eso era un insulto, que era una trabajadora, o una prostituta en último término. A mi entender, como persona involucrada e interesada, la concepción de la prostitución como trabajo es lo único que puede dignificar a este sector, cambiar la mentalidad social en la que vivimos y concebir sus derechos sociales.

A su vez, el estigma puta retroalimenta a múltiples estructuras sociales creadas para dar cobertura y soluciones al estigma del trabajo sexual. Entidades, asociaciones y ONG's que consideran el ejercicio como una vejación de los derechos fundamentales y contra la moral de la mujer, no lo ven igual en relación a los hombres o a otras identidades. Estas entidades están enfocadas al ámbito femenino, creando situaciones de victimismo en este sector, construyendo necesidades y si-

64.- Con el termino *cis* me refiero a aquellas personas que funcionan socialmente con el género asignado al nacer.

tuaciones de inserción social escudadas en fomentar el nivel de formación de las trabajadoras en otros ámbitos laborales. De esta forma, inutilizan mecanismos que el sistema ya tiene creados para ayudar a otros colectivos con carencias en la formación. Es interesante el hecho de que no se las forme para el acceso a la universidad o a ciclos de formación superior de adultos, ni para puestos que no sean del sector servicios. Además, la mayoría de las opciones de recolocación laboral para las mujeres que ejercen el trabajo sexual que ofrecen estas entidades están centradas en sectores laborales de baja remuneración económica. La realidad sociolaboral, en la que cada vez hay sueldos más bajos y menor seguridad laboral, hace que el número de mujeres que se queden en esos puestos de trabajo sean muy pocas y la mayoría vuelva a su oficio anterior. De manera que el problema que se ha creado nunca se soluciona y se retroalimenta.

Mi experiencia trabajando en países nórdicos, donde está legalizado el trabajo sexual, es que este se considera un ejercicio de respeto y parte de la estructura social y económica. Por otro lado, el reconocimiento del trabajo sexual permite cubrir las necesidades sexo-afectivas de los colectivos de diversidad funcional, con una atención creada y adaptada. También, al informar de los derechos y deberes en el idioma de origen de la persona que se declara para trabajar, se facilita la comprensión de las legislaciones de estos países y los derechos. Existe, además, una estructura especializada contra el tráfico y explotación de personas con fines sexuales, supervisada por instancias externas, que aseguran la máxima transparencia para regular la situación legal de las personas que se prostituyen. Aun así, es difícil controlar el desarrollo de núcleos de proxenetismo.

En la mayoría de los lugares en los que he estado, donde se ha regulado por ley el trabajo sexual, lo que se ha legalizado ha sido la posibilidad de ejercerlo al 50 %. Siempre bajo la libre decisión de la persona trabajadora. Y me explico: ejercer al 50 % consiste en entregar la mitad de cada servicio sexual

a las empresas donde se trabaja a cambio de la publicidad *on-line* y el arriendo del espacio de trabajo. Estas legislaciones contemplan la posibilidad de poder ejercer a personas que no residen en el país, cotizando de modo indirecto, si son de la Unión Europea. En *penthouse* habilitados para este propósito, alquilando el espacio diario o semanal, en las zonas específicas. A través del arriendo de los espacios se pagan, de modo indirecto, una serie de impuestos que permiten el ejercicio sin un número de cotización fiscal. En estos espacios, cada vez más, a raíz de la incorporación de estados a la Unión Europea, ejercer al 50 % es norma, y no una opción. Sería, por así decirlo, el próximo paso de la evolución de un cohecho, cuando la persona acepta ya la realidad de la situación de explotación como parte lógica del entorno del ejercicio del trabajo sexual.

Por el contrario, la situación legal es diferente en el Estado español, Italia, Grecia, Portugal, Francia y los países del Este de Europa, donde el trabajo sexual no es un delito, en algunas de sus formas, pero sí lo es el proxenetismo. La industria del sexo está reglamentada pero no están legislados los derechos de las personas que ejercen el trabajo sexual. Estos países generan un gran número de emigración de trabajadorxs sexuales que, en su gran mayoría, van a trabajar en el régimen del 50 % a los países donde sí está legalizado. Una circunstancia más, a tener en cuenta, a la hora de plantear la legalización del trabajo sexual y los derechos de sus trabajadorxs, de manera que tengan realmente la posibilidad de elegir su régimen laboral.

En contraposición a estas formas se encuentra el trabajo como autónomo e independiente, autogestión del ejercicio y autonomía en la actuación para los pactos y prácticas sexuales. Desde esta perspectiva, se trata de que cada cual sea su propio gestor o gestora y que cada cual cree los límites que considere correctos, sus tarifas, sus tiempos, vías de promoción (internet, prensa...) y lugares de trabajo (calle, burdeles, apartamentos propios...).

En el caso de Barcelona, la Ordenanza Cívica, aprobada el 24 de diciembre del 2005, entre otras cosas, prohíbe el derecho a ejercer el trabajo sexual en la calle, única vía de autogestión que no necesita de mecanismos publicitarios, ni de estructuras externas creadas para su desarrollo y consumo. A su vez, impone y dictamina cómo han de ser los lugares para ejercer, reglando la disposición de los mismos para su uso, metros cuadrados y equipamientos. Es una ordenanza que regula una estructura para burdeles de una capital como Barcelona y no legisla sobre ningún derecho de las personas que deben ejercer la prostitución en los mismos. Y, también, que insta a las personas independientes que ejercemos el trabajo sexual en la calle a tener que pactar nuestras condiciones de forma individual con estas industrias del sexo. Esto es pasar a perder una parte de –o casi toda– nuestra autonomía en el desarrollo como trabajadorxs independientes de la calle.

Es por ello que colaboré en la creación del sindicato de trabajadorxs del sexo que vio la luz en febrero del 2006, cuyas bases fueron recogidas con el apoyo de CCOO, para tener la posibilidad de colaborar en la creación de derechos y negociar con los sitios donde la Ordenanza de Civismo de Barcelona nos ha permitido trabajar. Sabíamos qué significaba ejercer de puertas adentro en estos lugares, y por ello creamos un almanaque de derechos de lxs trabajadorxs del sexo en mayo del 2007, que todavía no se ha difundido de forma masiva.

En colaboración con ONG´s enfocadas a la atención de mujeres, personas trans y hombres que ejercían el trabajo sexual, conseguimos frenar lo máximo posible las multas desproporcionadas que la Ordenanza de Civismo había creado para penar el ejercicio del trabajo sexual en la vía publica. Multas de base ilegal e inconstitucional, pues la penalización se basa en la negación de la libertad de la utilización del espacio público y atenta contra la libre circulación de las personas que ejercen el trabajo sexual. No pudimos actuar en relación a las multas que se les imponían a los demandantes o clientes de este tipo de oferta, por la realidad social en la que vivimos. No hace

falta aclarar mucho lo que significa el miedo a ser descubierto cuando se tipifica como delito pactar o demandar información de servicios sexuales en la calle.

Nuestra finalidad también fue la de luchar contra el tráfico y la explotación de personas con fines sexuales. En este aspecto, es importante diferenciar las redes de apoyo que se generan en torno a algunxs trabajadorxs sexuales de las estructuras creadas para la extorsión y el tráfico de personas. Por ejemplo, no es lo mismo que un colectivo ayude a un emigrante a acceder a un país donde pueda ejercer libremente su trabajo que una mafia que trafica con personas.

La abolición del ejercicio del trabajo sexual crea una situación de vulnerabilidad e indefensión extrema, sobre todo entre inmigrantes y mujeres, al negar la posibilidad de denuncia de situaciones de extorsión por considerarse el ejercicio un delito.

Las mafias dedicadas al tráfico y explotación de seres con fines sexuales, son una lacra contra la que hay que luchar desde todos los frentes sociales. Muchas mujeres, en menor medida hombres, han sido liberadas gracias a las denuncias de los propios clientes de estos locales, algo que muy poca gente conoce pero que es una realidad.

Para finalizar, las reivindicaciones de los colectivos de trabajadorxs del sexo, en su mayoría son lícitas pues casi todas están formadas por gente independiente. A las asociaciones con gente activa y reconocida se las ha de tener en cuenta a la hora de buscar y crear soluciones en pos del bien general del colectivo. Sus experiencias puede ayudar a conocer mucho mejor las realidades más allá del estigma.

Migrantes Transgresorxs
[Leticia Rojas & Alex Aguirre]

EN ESTE TEXTO BUSCAMOS UN ACERCAMIENTO REFLEXIVO a las acciones discursivas transfronterizas –transnacionales «aquí» (Madrid) y «allí» (Ecuador)–. Cabe señalar que nos posicionamos como transfeministas y transfronterizas sudakas[65]. Desde esta posición denunciamos tanto la exclusión y la explotación de los cuerpos y sexualidades subversivas y racializadas, como las políticas migratorias que se vienen organizando desde el Estado español y la Unión Europea. También hemos decidido articularnos con los colectivos transmaricabollos no-normativos[66] y las luchas de los grupos y movimientos sociales que se manifiestan en contra de los dispositivos de poder neocoloniales, neoliberales y heteropatriarcales. En esta dirección, nos planteamos establecer una reflexión/acción «encarnada» y crítica, tal y como lo plantea Haraway: «La objetividad feminista trata de la localización limitada y del conocimiento situado, no de la transcendencia y del desdoblamiento del sujeto-objeto» (Haraway, 1991/1995: p.327).

65.- Es una expresión insultante hacia las poblaciones latinoamericanas, sudamericanas o andinas pero, al mismo tiempo, dicha expresión es utilizada para reivindicar las identidades políticas de género disidentes del Sur neocolonial.

66.- Son colectivos no-normativos y críticos con las políticas de inclusión que impulsan las organizaciones institucionalizadas LGTB en el contexto español.

Uno de los trabajos más importantes en torno a las identidades migrantes trans, lesbianas, gays y bisexuales (TLGB) en el Estado español es, a nuestro modo de ver, el trabajo de Romero Bachiller que analiza la interseccionalidad de la discriminación (raza, clase, sexualidad), introduce la reflexión sobre los «otros» racializados y cuestiona la visión estereotipada que se hace sobre los migrantes: «Las personas inmigrantes se presentan como heteros y las personas LGTB como blancas» (2007: p. 160). Otro trabajo importante es el de Osborne, Longo, Montero, Aguirre, Rojas y López (2012), que analiza la situación de los migrantes TLGB en el contexto español. A través de un amplio trabajo de campo, da cuenta de las formas de exclusión/opresión racializadas y de las estrategias de resistencia de los migrantes. Sin duda alguna, ambos trabajos registran o hacen visibles esas identidades «otrxs», cuerpos racializados y «otras» prácticas y resistencias políticas.

Este artículo se desarrolla en tres apartados. En el primero, reflexionaremos alrededor de la construcción de «lxs otrxs» racializadxs como identidades políticas transfeministas y transfronterizas. Para ello tomaremos en cuenta el manifiesto «Transfeminista transfronterizo. Transformando feminismos – transformando fronteras», presentado en el «Orgullo Crítico trans-les-gay-bi-queer, 2010». En el segundo apartado, presentamos las narrativas de dos activistas trans masculinos que dan cuenta de cómo se ejerce la violencia racializada a través de la Policía Nacional en Madrid y de la Guardia Urbana de Barcelona. Finalmente, en el tercer apartado, analizamos, por un lado, la crítica anti-colonialista de los dispositivos académicos científicos/técnicos a través de un audiovisual, «El Loco Doctor»[67]; y por otro lado, describimos la lucha transnacional entre Ecuador y el Estado espa-

67.- Es una animación realizada en colaboración teatral entre la Casa Trans (Quito, Ecuador) y de transacciones la Compañía de Teatro (Manchester, Reino Unido). Esta producción formó parte de la campaña Alto a la Patologización de lo Trans (2010). Véase en: http://www.proyecto-transgenero.org/videos_ki.php

ñol, haciendo referencia a la campaña Yo Decido mi Nombre[68] como estrategia política de las identidades migrantes transfeministas.

Los «otros» conquistables: lucha transfeminista y transfronteriza

Las identidades transfeministas sudakas cuestionan la multiplicación de las fronteras que se reproducen sobre los cuerpos trans racializados. Nuestra posición discursiva transfeminista transfronteriza y sudaka cuestiona el capitalismo neoliberal, el racismo y la reproducción de la institucionalidad heteronormativa y patriarcal en sus diversas formas. Una parte de las diásporas transfeministas latinoamericanas se posiciona de forma crítica ante las formas de racismo y xenofobia que se materializan en la reproducción de la violencia y que se imponen a través de las directivas de la Unión Europea[69] y los continuos cambios de la Ley de Extranjería en el Estado español[70]. También nos indigna-

68.- La campaña Yo Decido mi Nombre está siendo impulsada por el colectivo Migrantes Transgresorxs. Véase en: http://migrantestransgresorxs.blogspot.com.es

69.- Véase el Reglamento (CE) Nº 562/2006 del Parlamento Europeo y del Consejo, 15 de marzo de 2006 por el que se establece un código comunitario de normas para el cruce de personas por las fronteras (Código de Fronteras Schengen). Y sus modificaciones: Reglamento (CE) Nº 296/2008, de 11 de marzo de 2008 que modifica el Reglamento (CE) Nº 562/2006, por el que se establece un código comunitario de normas para el cruce de personas por las fronteras (Código de fronteras Schengen), por lo que se refiere a las competencias de ejecución atribuidas a la Comisión. Reglamento (CE) Nº 81/2009, de 14 de enero de 2009, por el que se modifica el Reglamento (CE) Nº 562/2006 en lo relativo al Sistema de Información de Visados (VIS) en el marco del Código de Fronteras Schengen. Y, por último, el Reglamento Nº 265/2010, de 25 de marzo de 2010, se modifica el Convenio de aplicación del Acuerdo de Schengen y el Reglamento (CE) Nº 562/2006 por lo que se refiere a la circulación de personas con visados de larga duración (Rojas, 2012: nota al pie 16: p. 21).

70.- La Ley de Extranjería (LO 4/2000) ha sido reformada en tres ocasiones (LO 8/2000; LO 14/2003; LO 2/2009).

mos ante las barreras cotidianas que tienen que ver con las exclusiones obvias y obviadas que imprimen las políticas y prácticas del gobierno sobre los cuerpos racializados y las sexualidades disidentes.

En concreto, las políticas transfeministas de los colectivos migrantes ponen en cuestión la criminalización de los procesos y desplazamientos migratorios, ya que funcionan como dispositivos que reproducen diferencias excluyentes y racializadas. Por ejemplo, el acoso policial y los controles de identidad a extranjeros, que no son más que el control sobre los cuerpos de color; la odisea de tramitar el documento de residencia cada cierto tiempo; los centros de internamiento para extranjeros que son cárceles para inmigrantes de color empobrecidos. Si bien la normativa jurídica reconoce y protege los derechos[71] de las personas migrantes, al mismo tiempo, incurre en violaciones a los derechos humanos de estas[72]. Además, las poblaciones migrantes «sin papeles» sobreviven con un trabajo precario, al tiempo que son objeto de explotación bajo el modelo de la economía capitalista neoliberal.

Las diásporas disidentes transfeministas y transfronterizas son afectadas por los dispositivos de control fronterizos y por la criminalización de los desplazamientos migratorios.

> Hoy queremos hablar de las barreras que nos constriñen diariamente, de las exclusiones obvias y obviadas que devienen de esas barreras, de cómo se instrumentalizan nuestros cuerpos, identidades, exotismos, procedencias, nuestras ideas, nuestra

71.- Por ejemplo, el «derecho a la libertad de circulación» de los extranjeros (Artículo 4, Ley de Extranjería LO 2/2009).

72.- Véase el caso 169. Agresión policial en el control de identidad a una ecuatoriana transexual y VIH-Positiva: «Es detenida por la policía en la Casa de Campo de Madrid. Le piden que los acompañe a la comisaría, donde la maltratan. No la dejan en libertad hasta el día siguiente. Le abren expediente sancionador de expulsión» (en s.o.s. Racismo y Women's Link Worldwide: *Acción contra la discriminación. 612 casos de discriminación en el territorio español*, VyB editores, España, 2007).

> pobreza... de cómo nos marcan y ubican siempre al otro lado de la línea, de cómo siempre somos lxs otrxs conquistables, materia prima, objetos de estudio, adoración e investigación (Manifiesto Transfeminista transfronterizo. Transformando feminismos – transformando fronteras, 2010).

Como observamos, la noción de frontera tiene que ver con el hecho de que las diásporas transfeministas sudakas transfronterizas se perciben marcadas y ubicadas «al otro lado de la línea» o como «lxs otrxs conquistables». Desde nuestra manera de ver, esos «otrxs» –en el contexto español– son sujetos racializados y cuerpos a conquistar. En este sentido, somos identidades marcadas como cuerpos de color y culturas «otras», ubicadas del «otro lado de la línea» o, como menciona nuestro compañero Alex Aguirre, «al otro lado del charco». Consideramos que dichas diferencias reproducen, por un lado, cuerpos modernos, blancos y válidos, es decir, sujetos de derechos, ciudadanos. Mientras que, por otro, los cuerpos racializados de las excolonias, los cuerpos de color, son objetos marcados como «no-sujetos», es decir, no se les reconoce como sujetos plenos de derechos.

Por ello, la expresión «como siempre somos lxs otrxs conquistables» no es otra cosa que la reiteración de la acción de conquistar y someter a esos «otrxs cuerpos» migrantes. Consideramos que la fuerza discursiva de dicha acción está en la expresión «como siempre», que indica que «en todo o en cualquier tiempo»[73] es posible ejercer el acto de conquistar/someter tanto a los cuerpos racializados como a sexualidades y géneros disidentes. La acción de conquistar se refiere a la «obtención del dominio y control de una población y territorio o posición como consecuencia de una guerra»[74].

73.- Según el diccionario de la Real Academia Española, vigésima segunda edición.

74- Véase en The Free Dictionary: http://es.thefreedictionary.com/conquista.

Al hilo de esta breve reflexión, las políticas transfeministas establecen articulaciones histórico-culturales del pasado colonial para cuestionar las fronteras transnacionales y/o las barreras cotidianas como actos de dominación y exclusión. Por tanto, las políticas migratorias actuales dentro del Estado español y la Unión Europea se reinterpretan como actos o políticas neocoloniales. De tal manera que el acto de conquistar se repite a través de dispositivos normativos y jurídicos de criminalidad e ilegalidad de los desplazamientos migratorios.

En concreto, se acosa y criminaliza los desplazamientos de los cuerpos racializados de sudakas o del sur, pero también a cuerpos ambiguos y sexualidades disidentes. Por otro lado, las diásporas transfeministas y sudakas transfronterizas se resisten a que su condición migratoria, sus cuerpos racializados y sexualidades disidentes, sean instrumentalizadas o re-conquistados como «materia prima, objeto de estudio, adoración e investigación» (Manifiesto Transfeminista transfronterizo. Transformando feminismos – transformando fronteras, 2010).

Resistencias: cuerpos y sexualidades racializadas

En relación con lo anterior, presentamos a continuación el relato de dos activistas «trans» que vivieron la represión y el acoso policial[75]. El primer relato es un extracto de la entrevista realizada a Maro. Su testimonio evidencia la agresión sufrida por parte de la Guardia Urbana en Barcelona:

> Yo contesté que no estaba haciendo nada y se acercaron dos agentes uniformados de la Guardia Urbana. Me cogieron fuerte

75.- Tanto el relato de Maro como de Ricardo (entrevistas en profundidad) son parte de una reflexión más amplia: Rojas, Leticia: *Diásporas trans y lésbicas andina/latinoamericana: Percepciones y trayectorias políticas en Madrid* (Tesis de Diploma de Estudios Avanzados), Universidad Complutense de Madrid, 2012.

del brazo, traté de hacer una llamada por el móvil para informar de mi situación y me lo impidieron. Me metieron en el coche y me llevaron a la comisaría de las Ramblas. Durante el trayecto, el policía secreto y una agente me golpearon en la cabeza repetidamente mientras me gritaban: «Cállate maricón» [...]. Era evidente que fue racismo, porque si fuese un rubio sentado en la plaza, los policías no me hubieran pedido coca [...]. Pero me eligieron y me cogieron por mi color y también porque pensaron que sería más vulnerable y dijeron: «Este no va a denunciar». Me dio mucha rabia porque ellos me denunciaron primero, me pegan y después me denuncian [...]. Esto me lo hicieron por mi color, por mis pintas, un poco por marica y sudaka [...]. Mi caso es una reivindicación (Maro, entrevista, 2010).

El segundo relato es otro extracto de una entrevista realizada a Ricardo, quien se autodefine como activista transfeminista transfronterizo. Su narración evidencia el acoso policial en los controles de identidad a extranjeros en la ciudad de Madrid:

P. ¿Qué tipo de confrontaciones tuviste con la policía?

R. ¡Es que me indigna! Los policías me han pedido así porque sí los papeles en dos ocasiones en la parada de metro de Lavapiés y de Embajadores. En una primera ocasión la policía nos pidió los documentos a una peruana, boliviana y a mí, pero a los demás los dejaron pasar [...]. Fue una agresión muy fuerte. Esto no lo había sentido antes ¡Es una agresión que nos paren y nos pidan los papeles! Solo con mirarnos nos clasifican por tener un color diferente y nos piden los papeles. Claro, los otros eran blancos y no les pedían los papeles (Ricardo, entrevista, 2010).

Tal y como se observa en ambos relatos, la discriminación y la exclusión se manifiestan de forma violenta sobre los cuerpos de color, subordinados y definidos como «objetos», a pesar de que Ley de Extranjería (LO 2/2009) reconoce determinados derechos a las personas migrantes. Como observamos, las tácticas de gobierno ejecutadas por la Policía Nacional en el contexto español violan dichos derechos mediante los dispositivos específicos de agresión que imprimen las redadas de

control de identidad a extranjeros. Estos dispositivos no solo se ejercen en el espacio público sino también en los cuerpos de color que manifiestan una identidad disidente o subversiva. Es decir, la violencia que se imprime en un cuerpo negro trans es más agresiva que la que se ejerce en un cuerpo no tan negro o mestizo (oscuro). No obstante, estos cuerpos, en otras circunstancias –dentro del territorio español–, también pueden ser agredidos con la misma fuerza.

Algo que evidencia que los agentes del orden (Policía Nacional y/o Guardia Urbana) cuentan con determinados patrones y tácticas diferenciadas de violencia sobre los cuerpos no-blancos. Como hemos observado, no es lo mismo un «cuerpo negro» en una plaza de Barcelona que un cuerpo de color «latino/indígena» entrando o saliendo de la boca de metro. El primero es golpeado e insultado mientras que el segundo es acosado y amenazado sistemáticamente.

Según el Manifiesto Transfeminista transfronterizo. Transformando feminismos – transformando fronteras, las reivindicaciones transfeministas (migrantes y nativos) se posicionan en contra de la homogeneización de los cuerpos, géneros y prácticas sexuales disidentes. Las luchas transfeministas se desprenden de los modos patriarcales y heteronormativos y se posicionan como antirracistas, anticapitalistas y de-coloniales. Dicho de otra manera, las políticas transfeministas no pretenden gestionar identidades políticas estáticas, sino que insisten en posiciones autocríticas dentro del propio movimiento y abiertas a otros procesos: cuerpos otros, epistemes otras, sexualidades otras...

Las identidades migrantes transfeministas proponen reflexionar colectivamente sobre cómo construir relaciones horizontales entre migrantes y nativos y evitar que se reproduzcan relaciones jerarquizadas de poder/saber. Además, el manifiesto demanda y/o propone que se «redistribuyan los poderes y saberes, identidades donde lxs otrxs no seamos más exóticxs, no impliquemos un elemento de adorno o color a desplegar».

A continuación realizaremos un primer acercamiento a las políticas transfeministas trasnacionales desde una perspectiva de-colonial.

«El pensamiento de-colonial se abre a posibilidades encubiertas (colonizadas y desprestigiadas como tradicionales, bárbaras, primitivas, místicas...) por la racionalidad moderna» (Mignolo, 2008: p. 250). El objetivo de este apartado es enunciar las narrativas «otras» que se producen/crean desde espacios otros, cuerpos otros, políticas otras, que suelen ser invisibilizadas o marcadas por Occidente como «subdesarrollados», «premodernos», «incivilizadas» o del «tercer mundo».

Para analizar las acciones subversivas transfeministas desde una perspectiva de-colonial hemos seleccionado dos registros: el primero es parte del activismo transfeminista en Ecuador y el segundo es una acción transnacional entre Ecuador y el Estado español.

El primer registro es el vídeo que tiene por título la *Crítica de-colonial a la patologización trans* (2010)[76]. Este trabajo habla de la posible occidentalización de las identidades trans a través del aparato de reproducción del conocimiento académico científico/técnico, pensamiento universal de Occidente en correspondencia con las instituciones internacionales que organizan la construcción universal de los cuerpos modernos. El Doctor Loco es un personaje trans masculino ecuatoriano que se piensa y se construye como sujeto trans occidentalizado durante sus estudios de psiquiatría en una de las universidades más prestigiosas de Inglaterra. El Doctor Loco

76.- Véase el vídeo completo en: http://www.proyecto-transgenero.org/videos_ki.php

habla de sí mismo así: «Ahora soy de verdad un hombre con hormonas, mastectomía, histerectomía, corbata y papeles en regla. Sí, eso es, hoy tengo nombre legal masculino, sexo legal masculino y todo en orden, gracias a Europa». Este discurso se presenta como válido en oposición a las identidades trans masculinas y femeninas poco «civilizadas»:

> El DSM se queda corto a la hora de «catalogar» toda la «fauna» que encuentra en Manabí [...]. Figúrese que las trans-femeninas andan en camisilla sin sostén [sujetador] y sin ninguna vergüenza con bigotes y felices de la vida. Los trans-masculinos peor, ellos andan pariendo hijos y dando de lactar. ¿Acaso cree usted que se fajan el busto? Por supuesto que no. Andan felices por la vida enseñando su hembritud: «varones con pechos», así se autodenominan. ¡Qué gente poco civilizada, Doctor Loco!

De modo que los dispositivos académicos, técnicos/científicos y psiquiátricos, junto a los dispositivos heteronormativos (sexualidad monolítica, relación sexo/género) pretenden «normalizar» y «civilizar» a dichos sujetos «monstruosos». Estos dispositivos se constituyen como verdades únicas, modernas, civilizadas y universales.

Esta narrativa audiovisual pone en cuestión «la matriz de poder de la colonialidad/modernidad» (Quijano, 1992) que aún sigue imperando en la reproducción del saber/poder en torno a la sexualidad.

El segundo registro es la campaña en desarrollo Yo Decido mi Nombre impulsada por el colectivo Migrantes Transgresorxs de Madrid. El objetivo de esta campaña transnacional entre el Estado español y Ecuador es articular acciones estratégicas para demandar mayor atención de los consulados hacia las personas trans que se encuentran en el extranjero. Por lo general, cuando se cuestiona la Ley de Identidad de Género (3/2007) entre las activistas transfeministas, se debaten especialmente los procedimientos médicos, psiquiátricos y psicológicos del proceso transexual, pero la cuestión

del cambio de nombre de los migrantes trans se discute muy poco o casi nada, al menos en el interior de los colectivos transfeministas y los grupos transmaricabollos alternativos.

Si bien lxs migrantes trans, con o sin papeles, tienen acceso al proceso transexualizador, al igual que cualquier otro ciudadano que haya nacido en el Estado español, no pueden iniciar el cambio de nombre ya que el propio Estado español no tiene competencia jurídica para ello. Solo el Registro Civil de los países de origen, que tiene dicha competencia, puede realizar los cambios de nombre en el documento de identidad. De modo que, cuando determinada identidad de género, por ejemplo, una identidad trans masculina, no se corresponde con la identidad de género que marca su documento de identidad (inscrita como mujer en el nacimiento), se activan los dispositivos administrativos y/o coercitivos relacionados con la seguridad nacional o con el delito de falsedad de documentos, además de ejercerse violencia transfóbica y/o racializada. A continuación, el relato de Ricardo, activista trans masculino ecuatoriano:

> El hecho de no poder acceder a ese derecho [al cambio de nombre en España] que otra gente tenía me molestó mucho, me molestó que no pudiera hacerlo yo, los migrantes, y me pareció denigrante [...]. Sin embargo, eso no era un justificante para que las personas trans tengan aquí una vida tan precaria [...]. Me indigné [...]. ¡Políticamente yo quería obtener mi cambio de nombre siendo migrante! Luché por eso y fui a Ecuador con esa idea en la cabeza [...] contacté con un amigo trans e hicimos mi cambio de nombre en Ecuador [...]. No he llevado muy bien, no sé si es el tema personal o activista, no he llevado muy bien el tema migrante acá. Muchas trabas... el racismo. Si eres migrante puedes acceder a esto y a esto no. Entonces esas cosas me fueron indignando y esto [no poder cambiar el nombre en España] era una cosa más que me colmó. Además ¡Es mi nombre, es mi decisión y por qué se tienen que meter! Que esta maldita economía capitalista me exija que mi nicho de trabajo sea de empleada doméstica, pero que quiera meterse con mi nombre que es algo mío, que yo decido [...]. Esa es mi decisión (Ricardo, entrevista, 2013).

En la entrevista, el cambio de nombre no solo se refiere a la lucha por una identidad jurídica, sino que busca contrarrestar los dispositivos violentos del racismo y la precariedad que viven cada día él y otrxs trans migrantes en el contexto español. Por tanto, al hacer uso de la normativa que regula el cambio de nombre en Ecuador[77], Ricardo puede pasar la frontera jurídica que el Estado español le exige, y así evitar el proceso de nacionalización y la Ley de Identidad de Género (3/2007). Su lucha y su deseo es que otrxs trans puedan iniciar este proceso, siempre y cuando en sus respectivos países reconozcan el cambio de nombre. En el caso de los trans ecuatorianos, activistas ecuatorianos están exigiendo el servicio a su consulado para que faciliten el procedimiento en el extranjero.

En conclusión, la acción subversiva transfeminista y decolonial pasa por ser irreverente a los dispositivos administrativos.

77.- Véase el Artículo 84 de la «Ley General de Registro Civil Identificación y Cedulación».

Haraway, Dona: *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reivindicación de la naturaleza*, Cátedra, Madrid, 1995.

Osborne, Raquel; Longo, Valentina; Montero, Silvina; Aguirre, Alex; Rojas, Leticia y López, Silvia: *La situación social de la población migrante latinoamericana* TLGB *(Transexual, Transgénero, Lesbiana, Gay y Bisexual) en España desde un enfoque de género y derechos humanos*, Santo Domingo, 2012.

Mingolo, Walter: «La opción de-colonial: desprendimiento y apertura. Un manifiesto y un caso», *Tabula Rasa,* Núm. 8, 2008, disponible en http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=39600813 (visitada el 20 de julio de 2013).

Quijano, Aníbal: «Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina», 1992, disponible en http://www.cholonautas.edu.pe/modulo/upload/Anibal%20Quijano.pdf, (visitada el 20 de junio de 2013).

Rojas, Leticia: *Diásporas trans y lésbicas andina/latinoamericana: Percepciones y trayectorias políticas en Madrid* (Tesis de Diploma de Estudios Avanzados), Universidad Complutense de Madrid, 2012.

Romero Bachiller, Carmen: «Poscolonialismo y teoría queer», *Teoría queer, políticas bolleras, maricas, trans, mestizas,* Egales, Madrid, 2007, pp. 149-164.

«Indagando en la diversidad: un análisis de la polémica del hiyab desde el feminismo internacional», *Discriminaciones diversas en personas jóvenes*, Revista de Estudios de Juventud, nº 89, Madrid, 2010, pp. 15-38.

Maro, abril, 2010
Ricardo, 14 de julio de 2010 y 7 junio de 2013.

prácticas de atravesamiento: (over)flow[78]

mery sut[79]

NO HAY LUCHA SIN AMOR
NO HAY LUCHA SIN RISA
NO HAY AMOR Y RISA SIN LUCHA
Y NO HAY LUCHA
SIN POSIBILIDAD DE FUGA...

ideadestroyingmuros

la práctica que nos permite situarnos en el transfeminismo es el atravesar que hemos vivido y experimentado en nuestra vida. el *atravesamiento* como una necesidad, como un camino que deja huellas, donde encontrar y encarnar diferentes perspectivas geopolíticas, económicas, de género y sexuales. esto nos ha dado la posibilidad de tomar

78.- pistas de lectura: este texto puede resultar difícil por la complejidad procesual misma de puesta en común y toma de decisiones entre diferentes personas y por especificidades formales por las cuales apostamos y que requieren más dedicación. primero, reivindicamos el espacio de las mayúsculas y sometemos la construcción entera del relato a las minúsculas como señal de un devenir minoritario posible, que empieza a partir de la estética de la frase. segundo, utilizamos la herramienta de la escritura de palabras sueltas en otros idiomas que puede complicar la comprensión inmediata pero que plantean la necesidad de relacionarse con el texto como una jungla de contextos y lenguajes, como un proceso de investigación y traducción con tiempos más dilatados.

79.- este texto ha sido escrito de manera colectiva por todas las manos de ideadestroyingmuros. hasta ahora nos hemos nombrado como colectivo en lugar de firmar a través de la autoría como una sola persona. en este texto, en particular, la elección de firmar con el nombre propio de solo una de nosotras ha sido una excepción (para nosotras necesaria) debida a un error en el artículo «occupy sex. notas desde la revolución feministapornopunk» de beatriz preciado, en la edición física de *genealogías feministas en el arte español: 1960-2010*. creemos que invisibilizar una parte del colectivo significa también perder una parte de cada una de nosotras. por esta razón aquí somos todas mery sut.

conciencia de nuestras historias, de reconocer los modelos identitarios, de desmontarlos, reconstruirlos, sexualizarlos y destruirlos... esto nos ha hecho encontrarnos con vacíos «inevitables» que solo se solucionan con procesos de creación compartidos y por lo tanto anticapitalistas.

ideadestroyingmuros nace en italia en 2005 y vive *passages* inestables surgidos por nuestras diferentes procedencias dentro de la misma nación.

en la época del segundo gobierno de berlusconi, la huida resultó para nosotras (nacidas entre 1978 y 1983) una herramienta de supervivencia: en las múltiples líneas de *dépaysement* y de deseo que hemos marcado, principalmente en europa, hemos sentido la necesidad de elaborar algunas prácticas que nos permitieran posicionarnos de manera autocrítica respecto a la neodiáspora italiana contemporánea[80] y al proceso de europeización actual.

para situarnos en relación con estos fenómenos históricos contemporáneos ha sido necesario politizar las prácticas de la mudanza y del traslado. esto ha significado trabajar sobre las ideas de centro, margen, norte y sur, este y oeste; sobre los privilegios económicos y sobre los beneficios derivados de la nacionalidad que nos asignaron.

también ha significado aprender a orientar los traslados, conscientes de las «relaciones de poder que marcan profundamente los imaginarios colectivos geopolíticos que incitan a desplazarse hacia el/las capital/es del noroeste de europa, como hacia identidades sexuales definidas por un sistema de privilegios heteropatriarcales, étnicos y de clase, que sustentan las democracias europeas contemporáneas»[81].

80.- sobre el tema de la neodiáspora italiana, cfr. caltabiano, cristina; gianturco, giovanna: *giovani oltre confine. discendenti ed epigoni dell'emigrazione italiana nel mondo,* carocci, 2005. densitydesign lab, «ces italiens loin de la péninsule», infographie, *courrier international* n°1147, del 25 al 31 de octubre de 2012, p. 55.

81.- les îles postexotiques: «corpi geopolitici: confini italiani a sud e a est, frontiere sessuate e narrazioni transnazionali», lectora 19, barcelona 2013, pp. 167-176.

procedemos de zonas periféricas (casarsa, covolo, palermo, pescincanna, prata, roncaglia...) y hemos pasado de los lugares de nuestra infancia hacia contextos percibidos como centrales (barcelona, berlin, london, paris, roma) atraídas por las posibilidades que podían darnos, o, al revés, hemos decidido trasladarnos a lugares que pensábamos marginales (granada, napoli, palermo...), con la intención de hacer rutas prioritarias «invertidas»: de norte a sur, del centro al margen.

en todos estos lugares cada una experimentó/experimenta y vivió/vive los conflictos que cada ciudad puede generar o que nosotras hemos creado/creamos en relación a la precariedad, la violencia, la raza, las prácticas sexuales, de amor y amistad no-heteronormativas, al ser nativa, *outsider*, *insider*, extranjeras...

hemos optado por valorar la sensación de *spaesamento*/desorientación y por cuestionar el ideal de pertenencia a una nación y a una familia determinada y, finalmente, determinante. en cierto sentido, todos los lugares que hemos atravesado se han convertido para nosotras en «centrales» por estar organizados por fuerzas capitalistas, que homologan, mientras que nuestra opción es apostar siempre y en cualquier caso, por posicionamientos transfronterizos.

en la perspectiva de los *iunaited steitz of iurop* (USE) que se está consolidando, «*le frontiere italiane* al este y al sur hacen de cremallera y encarnan la partición: al este dividen el este postsocialista del oeste democrático-capitalista y al sur crean un pasaje entre occidente europeo, oriente medio y áfrica»[82].

la represión sexual, lingüística y familiar italiana que hemos *vissuto* durante los años ochenta y noventa seguía ese modelo de modernidad filoestadounidense que el propio χωρα todavía defiende y considera *as the best*. a la vez

82.- Ibíd.

que este mismo principio de separación fundaba la división entre este y oeste, sociedad *capitalist* y sociedad socialista, subrayaba también, de manera siempre diferente, las fronteras entre lo público y lo privado, la construcción de lo masculino y la subordinación de lo femenino[83], la heterosexualidad y la homosexualidad, entre el norte y el sur de italia y los nortes y los sures del mundo.

confrontarnos con todos estos binarismos que realmente no *partagent* la realidad según un único eje divisorio sino que se cortocircuitan entre ellos, nos ha proporcionado la necesidad de resolver algunas contradicciones que hemos individualizado en nuestros posicionamientos optando por diferentes atravesamientos a la vez.

por ejemplo, desplazarnos desde italia del norte hacia españa ha conllevado, también y de manera imprevisible, unos cambios en el vivir la orientación sexual como el tener la posibilidad de vivir la homosexualidad de forma visible y pública.

a lo largo del tiempo, este proceso nos hizo conscientes de cómo algunas posibilidades favorecen la construcción de un capitalismo progresista, y sobre todo de cómo la economía rosa se apropia de ciertas luchas despolitizándolas y absorbiendo sus potencias, proponiéndose como partidaria de las libertades civiles, invisibilizando movimientos y activismos existentes y oponiéndose a otros contextos etnizados, racializados y considerados inciviles.

en este sentido, para algunas de nosotras aquí, en el estado español, la homosexualidad se ha convertido en un «centro» por su potencial homologador. por lo tanto, respecto a las actuales políticas estatales lgtb elegimos situarnos como sexualidades diaspóricas.

por ello este posicionamiento representa también una fortaleza respecto al contexto italiano, donde, incluso hoy en día, vivimos de forma muy marcada la presión social

83.- rada ivekovic, *le sexe de la nation*, léo scheer, paris, 2003.

y católica hacia la heterosexualidad obligatoria. la fuerza reside entonces en haber podido crear en otro lugar, en este exilio voluntario, unas herramientas de contraste con este régimen, con la conciencia de que sería inútil reducir nuestra lucha a la reivindicación de una identidad homosexual institucionalizada.

a partir de aquí, nuestra mirada sobre la política económica de los cuerpos en los USE es escéptica: el proceso hacia el ideal de una europa unida genera una fortificación militar de sus confines externos, mientras la separación de los territorios europeos internos está marcada, sobre todo, por la explotación económica, reafirmando la posición subordinada de los surestes respecto a los nortestes.

¿cuál es el proyecto económico de los USE en relación a los países PIGS[84] de la europa del sur? ¿se convertirá españa en la nueva california europea? ¿hasta qué punto entran las islas del mediterráneo en la economía del ocio noreuropeo? ¿qué tipo de inclusión buscan los sures y los estes?

en todo caso y hasta ahora, nuestros caminos no coinciden con las *positions* a que aspira la *nation* y que la nación representa. nuestras experiencias han estado marcadas por diferentes actos de conciencia, renuncias simbólicas y protestas en contra del valor de la nacionalidad y del *monolinguisme* impuesto por la *lingua* italiana y por cuestionamientos sobre la heterosexualidad normativa que la cultura y la legislación italiana fomentan.

han sido recorridos accidentados por diferentes *errors* que en vez de alejarnos las unas de las otras nos han unido en contra de los modelos binarios y en oposición al frenético individualismo, al valor propio de cada sociedad occidental

84.- PIGS, PIIGS (o GIPSI), PIIGGS y PIGGS son acrónimos utilizados por lo economistas y periodistas para referirse, de manera despectiva y técnica, a los diferentes países de la unión europea (portugal, irlanda, grecia, italia y españa) que se caracterizan por situaciones financieras «no virtuosas».

y, al mismo tiempo, principio neo/colonizador de cada sur y de cada este.

«somos vidas en relación entre ellas y también en convivencia con otrxs. no se trata de un grupo de personas *compact* sino de distintas energías que *partagent* puntos de encuentro y, tal vez, direcciones comunes, imaginarias y reales. cuando coincidimos y nos empeñamos juntas es porque imponemos una *privlačnost* necesaria entre nuestro imaginario y la realidad.

estas r/esistencias toman y cambian de forma en la rabia, en el compartir de micropolíticas *everyday,* de ejercicios de autocrítica, personales y comunes, de autoempoderamientos, de forma de autoayuda mutua, de *mreža* que utiliza internet como medio de comunicación, pero, sobre todo, somos un sólido entramado de amistades y de *relations* de amor»[85].

con estas intenciones y en confianza hemos podido enfrentarnos a una larga serie de experiencias *transnationales*, sexuales, *translinguistics*.

por medio de una perspectiva feminista hemos convertido en disidentes algunas disciplinas dominantes como el vídeo, la fotografía, el dibujo, la traducción.

se nos hizo necesario re-crear en autonomía algunas herramientas dando valor a prácticas artísticas, antropológicas, sexuales, consideradas marginales o devaluadas como las plantillas, la experimentación corporal[86], la autoetnografía, el maquillaje, el collage, el envío postal[87], la costura.

85.- les îles postexotiques – ideadestroyingmuros: «pratiche di attraversamento. la rabbia» en vía de publicación prevista en marzo 2014 en epiche. perché eroina non è il femminile di eroe, seminario de verano residenciale sil, iacobelli editore.

86.- www.ideadestroyingmuros.info/videoarmsidea/fakin-iurop

87.- ge, lara y anturia, cloé: «marchandise. il farsi dell'inconsumabile» en *dwf segni eccentrici,* 2009, pp. 20-29.

apostamos por la revalorización política de herramientas y materiales comunes, accesibles y cotidianos: los cuerpos de cada una, los idiomas, los periódicos, los tejidos de segunda mano, los colchones, los maquillajes, las cosas que se pueden reciclar o recuperar, las calles[88]... por *battere*[89].

todas estas estrategias de re-significación que se contaminan las unas con las otras y que tratan de reducir la distancia entre personal y político, público y privado.

(over)flow

el texto poético que presentamos es un proceso abierto que ha sido posible gracias a la combinación de prácticas autoantropológicas y videoentrevistas. es un pretexto para visualizar nuestro proceso creativo y también para compartirlo a través de la escritura, un lenguaje que con demasiada frecuencia se concibe en la soledad de «una habitación propia» y que nos esforzamos en romper y volver a utilizar.

lo llamamos *epiche* ya que consiste en una costura de textos orales que celebra y crea, como todas las épicas, una historia colectiva.

el punto de partida fueron nueve autoentrevistas en formato vídeo donde nos preguntamos: ¿de dónde viene nuestra rabia?; ¿de dónde ha nacido la confianza en el instrumento de la creación artística?; ¿qué relación hay entre la utilización de las herramientas y los desplazamientos?; ¿de qué manera el cuerpo deviene territorio de atravesamiento y a través de qué estrategias?

88.- y estas son, en la red, nuestras rutas: www.antonellaius.com, www.corpografiasessuale.wordpress.com, www.lara-bia.tumblr.com, www.magnafranse.tumblr.com, www.merisma.net, www.perlatempesta.tumblr.com

89.- www.ideadestroyingmuros.info/armsidea/borrador-battonz-kabaret

durante la primavera de 2009 se entregaron en el 43 rue de nantes, en parís, nueve paquetes que contenían cintas mini dv o cd procedentes de arnac, barcelona, garlate, napoli, valencia y venezia. los videos han sido utilizados para componer el documental *pratiche di attraversamento*.

vesna, una de nosotras que no había participado en las videoentrevistas, dio vida a los (over)flow transcribiendo algunas partes del vídeo y cortando y ensamblando las diferentes posiciones de cada una: combinando un brazo sobre un otro torso, dos ojos diferentes sobre el mismo rostro, una pierna larga y una corta sobre una tercera ingle, una *figa dentata*[90] sobre una boca. así que nos hemos convertido en un cuerpo que soporta y recorre la rabia de todas.

90.- www.lara-bia.tumblr.com/battonz

rabbia

la rabia es una ~~origen~~ **origine**
tiene una origen,
a veces tiene muchas.
dos sobre todas:
el coño de mi madre
y el estado de las cosas.
el carácter natural,
o mejor normativo
que los conecta.
mi madre y su ~~sexo~~ **sesso**
por qué no ha entendido
el valor que tiene,
la fuerza que tiene.
mi rabia
comienza en la infancia
esta rabia sigue
persistente
interminable
sin momentos de respiro.
la rabia que vivo
no se aplica a un individuo
o a un sujeto.
está hecha de singularidades
con quienes la comparto,
no tiene a que ver solo con mi
género.
me da rabia
la omertà
el buenismo
la vergüenza
la iglesia
la necesidad de una seguridad
económica y estatal
física y emotiva,
me da rabia la moral por todas
partes
las cosas estantías
la moderación
la imposibilidad de una autoestima
real
la historia con h mayúscula.

me doy rabia yo.

el problema es que la rabia
puede dejar ciegos e inermes
el esfuerzo es
encontrar un estrategia
para resistirle y aprovecharla.
mi rabia tiene origen en la ~~distancia~~
en el alejamiento **distanza**
hacía las personas
que amé
y que amo.
yo he tenido que moverme
de donde he crecido,
donde la única perspectiva
es la de la ganancia.
haber nacido en Italia
y haber vivido allí
durante 24 años
me trajo
a sentir
un odio profundo
a un país que ya no entiendo más.
¿por qué?
soy consciente de la limitación
de las posibilidades,
a través de
la disciplina del sufrimiento.
de un poder
que quita
la conciencia
que cada cuerpo es
un arma potencial de cambio.
decidí que tenía que salir
para alejarse de todo
lo que era familiar para mí.
he podido cambiar
el concepto de patria
y de mis orígenes,
la idea de mujer.

(ciudades y personas)
se encuentran
ex:
extrañas, expatriadas, extranjeras,

una experiencia de
sradicamento ~~desarraigo~~
con la consiguiente pérdida del
mundo.
desde cinco años gozo
en españa
del privilegio que aquí se está
viviendo.
para mí es un territorio de
investigación
y me iría a un millar de otros
lugares
si esto significara
poner en duda
lo que hago, soy, busco.

al optar por irme otra vez,
he llegado a parís:
cómo llegar a ninguna parte,
hundirse en el vacío
donde ninguna relación
soporta
la imaginación
de una vida nueva, diferente.

tuve que aceptar
que algo murió
a mi espaldas.
sustentar el suicidio
de una parte de mi,
apostando por el vacío.
FRONTIERE
las ~~fronteras~~ que he atravesado
son aquellas invisibles
de quién tiene el derecho a viajar
pero ha perdido
el derecho a la hospitalidad.

la persona,
o el gobierno,

que me golpea
me denomina como víctima,
vendiéndome
derechos y deberes.

yo,
[redacted] incluso como mujer,
no soy una víctima,
ni una persona pacífica
y el uso de la violencia
en contra de la policía biopolítica
es para mi vital.
no pretendo derechos de nadie.
creo que irse
del propio país
del propio stato
o del habitual estado de las cosas
debería ser
un evento natural
un proceso vivido
de forma voluntaria
metódica

para poder desarrollar
un mayor grado de investigación
personal
multidisciplinar y multicultural,
un nivel mayor de experiencia,
de experimentación.
atravesamientos:
que pretenden derribar
esas ideas específicas
excluyentes u opresivas
a través de las cuales quieren
controlarnos y mantenernos
estáticas
arraigadas
y divididas
a través de los modelos binarios
estado-nación/extranjero
hombre/mujer
occidente/tercer mundo.
no es en sí mismo el movimiento
que determina una transformación.
el sujeto no se destruye
non si distrugge

replicando el sujeto,
el género no destruye el género.
el desplazamiento
es una condición

en mí misma
sobre mí misma.

el cuerpo puede convertirse
en un territorio de atravesamiento
solo cuando
somos capaces de desobjetivizarlo.
creo profundamente
en los cuerpos
que están juntos.

estar,
aparecer y desaparecer,
irse,
reaparecer,
reconstruir,
poner un punto,
escapar,
pensar en la fuga,
volver,
poner otro punto:
es una especie de estrategia de red.
así llegamos a ser incontrolables.
una estrategia,
un estado de conciencia
es el territorio carnal.
el territorio visto como huesos,
venas, ritmos y ciclos
oxígeno, heces y órganos.
las propias células del cuerpo
regenerar cada siete años;
nunca he vivido
en el mismo cuerpo.
un cuerpo vivido
sensible y receptivo
consciente y hablante.
absolutamente
deconstruido.

que se refleja en el territorio:
hay los rascacielos penes
las colinas senos
las calles venas
y los túneles anos.

recuerdos de colores y olores
que en cualquier otro lugar
ya no consigues revivir.
una especie de nostalgia.
aquel país queda
en la memoria
de cuando eres niña.
mi rabia
la llamaría
exilio

desde que tomé
mi vida
en mis manos,
como antes
era imposible
vivir en ~~Italia~~ Italia
por como soy ahora
es imposible volver.
todas las fronteras son
atravesadas por los cuerpos.
creo de haber sido atravesada
para las fronteras
desde la infancia
y luego
por todos
los desplazamientos territoriales
que he llevado a cabo
junto con vosotras, sola o
o con otras, y otros,

creo que he empezado
para cruzar
yo misma
ese límite

que es la frontera de cada estado
y de hacer de estos
atravesamientos
o de estos intentos:

mi práctica.
pratica

SOMEWHERE UNDER THE RAINBOW: MERCANTILIZACIÓN Y ASIMILACIÓN DE LA DISIDENCIA SEXUAL

Brot Bord

> No és això, companys, no és això,
> ni paraules de pau amb barrots,
> ni el comerç que es fa amb els nostres drets,
> drets que són, que no fan ni desfan
> nous garrots sota forma de lleis[91].

CON LOS COLORES DEL ARCO IRIS, la pequeña Dorothy imaginaba un mundo mejor, s*omewhere over the rainbow*[92], un mundo libre, una utopía a construir. En las siguientes líneas analizaremos, desde nuestra perspectiva (ideológica y geográfica[93]), cómo el chispazo de Stonewall[94] (todo aquel potencial revolucionario de la disidencia sexual, el triángulo rosa, todas aquellas maricas, bolleras y trans que vislumbra-

91.- Fragmento del poema «Companys, no és això», de Lluís Llach, 1978.

92.- Se trata de una de las canciones más representativas del cine estadounidense. Fue interpretada por primera vez por Judy Garland a finales de los años treinta del siglo pasado, y es también el tema más recordado de *El mago de Oz*, película simbólica para la lucha de liberación GLBTI.

93.- Nos centramos en la realidad de los Países Catalanes, especialmente a la de la ciudad de Barcelona y en la lucha que ha desplegado el movimiento de liberación Gai, Lésbica, Bisexual, Trans e Intersexual (GLBTI, si tomamos las siglas que utiliza habitualmente la Comissió Unitària 28 de juny del Principado de Cataluña, de la cual somos partícipes).

94.- Los disturbios de Stonewall fueron una serie de encuentros violentos entre miembros del colectivo GLBTI y la policía de Nueva York que marcaron un punto de inflexión para los nuevos movimientos de liberación sexual alrededor del mundo. Los primeros hechos sucedieron a primeras horas de la madrugada del viernes 28 de junio de 1969, a raíz de una redada en el bar Stonewall Inn en el barrio de Greenwich Village, después de que un número significativo de personas homosexuales y trans se negaran a ser arrestadas.

ban otra sociedad, toda aquella liberación) hoy se ha visto transformado en una mercancía, en un negocio, y en una lucha vacía de contenido.

El «capitalismo rosa» ha especulado con todos y cada uno de los seis colores de la bandera del arco iris, y se ha apropiado de nuestros discursos políticos mientras nos ha impuesto unos modelos únicos con los que ser y ejercer de lesbianas o gays. Lo ha hecho a partir de la necesidad de unos espacios de relación en el seno de nuestra comunidad. Nuestro discurso ha servido como legitimación y perpetuación de unos espacios (debidamente promocionados como espacios de libertad) que han articulado un negocio (comúnmente llamado «negocio rosa») que se plantea a sí mismo como la pauta de consumo propia y necesaria para la liberación de gays y lesbianas.

Todo el potencial revolucionario de aquellas prácticas e identidades que (sobre-)viven en contra del patriarcado ha sido reinventado como modelo particular de consumo perfectamente asimilable a la cultura económica dominante. Mientras tanto, nuestras sociedades, lejos de la utopía, continúan hundidas bajo el arco iris.

1. Una realidad urgente: la necesidad de espacios de relación

«No queremos un barrio, queremos todo el planeta» es una de las consignas que año tras año se escuchan en la manifestación del 28 de junio en Barcelona. No tenemos que pedir permiso a nadie por ser bolleras, maricas o trans, y lo queremos ser siempre y en cualquier lado. No queremos espacios delimitados, supuestamente libres, en los que poder socializarnos como gays, lesbianas o trans, ya sean estos bares, barrios, pueblos o una isla entera. Queremos todo el planeta.

Vivimos una realidad hostil. Estamos en minoría. La norma heterosexual es imperante, y la homofobia, lesbofobia y la transfobia siguen estando presentes en todos los

ámbitos de la sociedad. La presunción de heterosexualidad es una inercia difícil de romper que a menudo reproducimos también lesbianas, gays, trans, y toda la disidencia sexual. Sobrevivimos en un mundo absolutamente heteronormativizado. Es por todo esto que necesitamos, para poder hacer nuestro camino hacia la destrucción de la heteronormatividad machista y sexista, espacios donde encontrarnos y relacionarnos. Necesitamos espacios donde socializarnos con libertad absoluta, real.

Crear estos espacios no es tarea sencilla. Hay muchos factores en contra de su expansión: el éxodo maribollotrans hacia las grandes ciudades, la invisibilización que sufrimos fuera de las metrópolis (aunque también dentro de ellas), la dificultad de muchas personas jóvenes para acceder a estos espacios si no se dispone de medios y de autonomía económica... Por todo esto, es muy necesario partir de la misma base: no queremos lugares delimitados y pautados, queremos disponer de todos los espacios y de todos los instantes. Pero esta voluntad es también la expresión de unas necesidades que tenemos ahora mismo, y ni podemos ni queremos esperar a satisfacerlas.

El problema principal, claro está, nos lo encontramos cuando analizamos cuáles son los espacios de los que disponemos a día de hoy, quién los dirige, quién les saca provecho, dónde están... pero, sobre todo, cuando nos paramos a pensar en si estos son o no son realmente espacios de libertad, en las dinámicas que se dan en ellos, y en cómo consiguen estos espacios darle la vuelta a nuestras reivindicaciones.

2. De la necesidad de espacios al negocio rosa

La misma historia de Stonewall debería ser un ejemplo de los peligros capitalistas a los que estamos permanentemente sometidxs: «El bar, situado en Christopher Street, era pro-

piedad de la Mafia, y los encargados mantenían alejada a la policía por medio de sobornos periódicos» nos cuenta Alberto Mira[95]. Los espacios de disidencia sexual y de resistencia ya estaban entonces, en 1969, en manos de «emprendedores» que sabían muy bien lo que hacían. Stonewall era un negocio: uno de los muy pocos lugares de encuentro en los márgenes de la heteronormatividad... y sus propietarios le sacaban buen partido.

Los primeros Gay Liberation Fronts, representados por el triangulo rosa, cuestionaban los mismos cimientos de la sociedad con un discurso radical y transformador. Pero, con el tiempo, la bandera del arco iris cobijó bajo el paraguas del esencialismo todo tipo de neg-ocios de ocio (valga la contradicción) dirigidos hacia lesbianas y gays. Éramos un negocio. Un negocio que encontraba, y sigue encontrando, su «nicho de mercado» en aquellas personas que más duramente sufrimos las consecuencias de la homofobia y la heteronormatividad.

«Somewhere over the rainbow...» cantaba la joven Judy Garland. Su muerte, cuenta la leyenda, fue la chispa que prendió Stonewall. Hoy, este mundo «somewhere over the rainbow» es un mundo de consumo, de estereotipos, de capitalismo, de lesbofobia, de clasismo, de normatividad. Y es un mundo caro, muy caro.

Como nos cuenta el gurú neoliberal Xavier Sala i Martín, la homosexualidad es un fenómeno muy positivo para la economía porque «genera mercados que los heterosexuales no pueden crear»[96]. Lo que creemos que está diciendo en realidad es que la homofobia es un negocio redondo, porque evita que la esfera pública desarrolle aquellos mecanismos que nos permitan vivir y relacionarnos libre y tranquilamente a lesbianas, gays, trans, y el resto de disidentes sexuales,

95.- Mira, Alberto: *Para entendernos. Diccionario de cultura homosexual, gay y lésbica*, La Tempestad, Barcelona, 2002, p. 695.

96.- Extraído de ecodiario.eleconomista.es, visto el 23 de julio de 2013.

forzándonos a la privatización de nuestras necesidades sociales. La clase empresarial, con la complaciente complicidad de la política (ansiosa de votos y de nuevas vías de ingreso para sus protegidos), ha ido consolidando, sobre todo a partir de los años noventa del siglo pasado, una serie de barrios o zonas en grandes y medianas ciudades que constituyen auténticos parques temáticos para gays y lesbianas. Bares, discotecas, tiendas de ropa, floristerías, librerías, gimnasios, peluquerías, saunas, cruceros u hoteles «de ambiente» han transformado la fachada de nuestras calles. La especulación inmobiliaria y los procesos de gentrificación han jugado también un papel clave en esta transformación. Este es el caso del Gaixample barcelonés, pero también de otros barrios en grandes capitales europeas (Chueca en Madrid, el Soho en Londres, Marais en París, etcétera).

Pero la burguesía rosa ha sabido ir más allá del simple aprovechamiento eficiente de un nicho de mercado. Ha conseguido devenir incuestionable mediante: 1) la disposición del consumo rosa como la única forma de liberación posible; 2) la apropiación de nuestro discurso político como mecanismo de legitimación; y 3) la imposición de unos modelos de comportamiento únicos que generan constantemente nuevas y rentables discriminaciones.

2.1. ¡Consumir os hará libres!

Muy pocas veces pasamos nuestras necesidades socializadoras por el filtro de la reflexión política. A veces, ni tan siquiera hemos tenido tiempo de hacerlo porque acabamos de «salir del armario» o porque recién acabamos de aterrizar en un espacio urbano anonimizado, otras quizás no hemos tenido a mano las herramientas necesarias para hacerlo y, otras, sencillamente, no hemos tenido ganas de hacerlo y lo único que buscábamos era «tener la fiesta en paz». Se trata de factores variables pero muy importantes a la hora de comprender por qué cada unx de nosotrxs se lanza a estos

barrios y participa activamente de las dinámicas capitalistas de los mismos. En cualquier caso, quien mejor entiende siempre este fenómeno es el empresariado rosa. Y el mensaje es siempre el mismo: solo dentro de mi jaula serás libre. Es la conexión entre «consumo» y «libertad» la que hace que el negocio funcione y resulte incuestionable. Lo resume Eugeni Rodríguez, miembro del Front d'Alliberament Gai de Catalunya (FAGC):

> Una vez creado el nombre y delimitado el territorio, hace falta crear la necesidad y darlo a conocer como la panacea. El crecimiento de locales y tiendas requiere, para su supervivencia económica, un aumento considerable de consumidores. Valga de ejemplo un anuncio publicado en revistas gays comerciales que tiene como lema «Afírmate: consume gay». La fórmula del beneficio rosa pasa por crear una necesidad de consumo disfrazada del orgullo de ser gay[97].

La operación política consiste en asimilar opciones sexuales a pautas de consumo. Las consecuencias de esta son múltiples y diversas. Por un lado, tal y como relata Aurora Mora, se consigue que «lesbianas y gays [...] pasamos de ser vistos como agentes de transformación social hace unos años a convertirnos en un segmento de mercado en expansión»[98]. Es decir, pasamos de representar una alternativa global al modelo de relaciones heteropatriarcales (con todas sus implicaciones económicas y culturales) a ser una simple variante del mismo, un subproducto que refuerza el modelo. Por otro lado, cabe destacar dos consecuencias más: 1) la aparición de una percepción dentro de la comunidad GLTBI de estar «en deuda» con nuestros empresarios «liberadores»

97.- https://www.diagonalperiodico.net/cuerpo/perfecto-modelo-consumo-gay.html, visto el 23 de julio de 2013.

98.- Mora, Aurora (coord.): *Nosaltres les dones. Discursos i pràctiques feministes*, Edicions CEPC, Valencia, 2005, pp. 114-115.

y 2) la estereotipación de la comunidad conforme a estas mismas pautas de consumo que son promocionadas.

2.2. Apropiación del discurso político

Hoy en día están muy de moda los conceptos de «misión», «visión», o «valores» en la cultura empresarial. Los especialistas argumentan que el «compromiso social» es una fuente de «valor añadido» para los negocios, especialmente en épocas de crisis económica, política y de «valores». Pero el empresariado rosa siempre ha trabajado con estos supuestos, y ha contado siempre con el apoyo de los sectores más reformistas de la comunidad GLTBI para legitimarse.

Jordi Petit, miembro del FAGC desde 1977 hasta 1986, y después fundador de la Coordinadora Gay Lesbiana de Catalunya, sostiene un relato historiográfico en el que el empresariado rosa aparece como una de las claves en la lucha por la liberación GLTBI, llegando incluso a insinuar que sus logros y la prosperidad de su negocio son un síntoma de la mejora de las condiciones de vida del mismo:

> La función del derecho de reunión en lo político y de servicio de barra y copas en lo comercial, supone para el colectivo homosexual muchas más cosas que una libertad civil o un simple consumo. [...] El papel de los locales o actividades de reunión, se ha mantenido aunque haya evolucionado y se haya diversificado, porque no se trata de un simple problema de libertad. Es una cuestión de identidad, en el sentido gregario del término, de compartir cosas comunes, sin menoscabo de compartirlas o no fuera de este ámbito. [...] A menor presión mayor visibilidad, horarios más amplios[99].

Más allá de una perspectiva identitaria que nos parece peligrosa, y que sin duda daría para un montón de páginas,

99.- Petit, Jordi: *Vidas del Arco Iris*, Debolsillo, Barcelona, 2004, pp. 155-56.

tampoco compartimos su análisis. No entendemos que la prosperidad del negocio (los «horarios más amplios») se explique por la mala salud de las condiciones materiales que complican la vida de lesbianas, gays, trans y otras disidentes sexuales (la «presión»), sino por todo lo contrario. Entendemos, además, que el empresariado GLTBI forma parte de este grupo de personas tremendamente interesadas en que nuestras condiciones de vida no se vean significativamente mejoradas, pues les va el negocio en ello.

Afirmar que estos negocios son homofobia puede parecer panfletario y simplista, pero es una realidad que ya ha sido puesta por escrito con mucha contundencia y que queremos remarcar aquí:

> Y me reiré de los empresarios intentando movilizarnos contra la homofobia y el acoso de las autoridades. Homofobia la de los empresarios, que ni se preocupan porque sus locales no sean escombraderas ni criaderos de infecciones. [...] no hay preservativos ni lubricantes en las barras [...] homofobia empresarial es no tenerlos. [...] Homofobia es el puto derecho de admisión y el *dress code*. Homofobia es que las tías no puedan entrar en los bares gays. Homofobia es que los inmigrantes entren a veces sí, a veces no. Homofobia es que echen a los vendedores ambulantes de los locales. [...] Homofobia, misoginia y racismo[100].

No han sido pocas las veces en que se han reflejado las tensiones entre empresariado rosa y el movimiento catalán de liberación GLTBI (para abreviar, aquí nos referiremos solo a dos). Eugeni Rodríguez y Joan Pujol nos cuentan las consecuencias que tuvieron los hechos de Sitges[101] en el movi-

---

100.- Vidarte, Paco: *Ética marica. Proclamas para una militancia LGTBQ*, Egales, Mardid, 2007, pp. 92-93.

101.- En 1996 el FAGC organizó una manifestación de rechazo a la campaña del Ayuntamiento para fichar a las personas con «comportamientos gays o lésbicos» con el propósito de realizar un censo, con especial atención a los prac-

miento: «Sitges 1996 marcaría una inflexión en la historia del movimiento LGT en Catalunya, que [...] significó el primer paso en la construcción del «modelo único gay», la pérdida de la inocencia del discurso integracionista»[102].

En 2013, asistimos a la contraprogramación del empresariado rosa a la manifestación política del 28 de junio (que lleva 36 años celebrándose, manteniendo vivo el espíritu de Stonewall) con su Pride Parade. Pese a eso, ACEGAL, la asociación de empresas y profesionales que promociona el Pride Barcelona, presume de ser una entidad «dedicada a la visibilidad GLTB y a la defensa de sus derechos»[103]. No es de extrañar, pues la incorporación del discurso político GLTBI a las operaciones empresariales es, como hemos visto, una práctica más que habitual de la burguesía rosa que encuentra su legitimación, como hemos explicado, en los sectores menos combativos de la comunidad GLTBI:

> Los locales de encuentro, el llamado «ambiente», incluso al aire libre o en forma de cualquier actividad lúdica, y hasta asociativa, más allá de su utilidad meramente instrumental para encontrar ligues o simple amistad, que ya está muy bien, es un espacio de resistencia a la norma heterosexual[104].

2.3. La imposición de modelos únicos

A partir de esta lógica políticamente blindada que asimila consumo a sexualidad, que como hemos dicho ya, es la carta

---

ticantes de cruising en l'Espigó. La convocatoria fue rechazada por el empresariado rosa de la ciudad y por los sectores más reformistas del movimiento.

102.- Rodríguez, Eugeni y Pujol, Joan (coords.): *Dels drets a les llibertats. Una historia política de l'alliberament* GLT *a Catalunya (*FAGC *1986-2006)*, Virus, Barcelona, 2008, p. 66.

103.- www.acegal.org, el 23 de julio de 2013.

104.- Petit, Jordi: *op. cit.* p. 156.

de presentación del empresariado rosa que pretende dirigir el movimiento GLTBI, se han ido creando paulatinamente una serie de modelos o pautas de comportamiento que estipulan cómo debemos «ser» lesbianas o gays. Esto ha dado lugar a la proliferación de negocios especializados, y a una creciente legitimación del modelo empresarial dispuesto. Con ello, también han crecido las condiciones de exclusión de aquellas que no pueden pagarse la fiesta, de las que no encajan en los moldes predispuestos y de los superficiales tópicos y estereotipos que nutren el imaginario colectivo de y sobre la comunidad.

Basta con echar un vistazo a la publicidad de estos mismos negocios para ver cuáles son los estereotipos. En ocasiones, nos cuenta Javier Sáez mediante el ejemplo de la comunidad *bear*, incluso los subgrupos o subculturas que emergen de la crítica hacia estos modelos han acabado también por ser asimilados por las lógicas sistémicas dispuestas por el empresariado rosa:

> La comunidad *bear*, que surgió como reacción contra un modelo de cultura gay estandarizado que excluía otros cuerpos y otras formas de deseo, corre el riesgo de convertirse a su vez en una cultura excluyente. Y lo que es peor, aliándose con el régimen que produce la mayoría de los procesos de marginación y odio homofóbico: el régimen heterosexual. [...] Escuchamos cada vez más en boca de muchos osos expresiones como «la pluma no tiene cabida en nuestra cultura», «somos gente normal, no como esas locas afeminadas», «lo nuestro es la masculinidad natural», etc. solo les falta decir que los osos en realidad somos heterosexuales que por accidente follamos con hombres. ¿Ahora resulta que la cultura de los osos es el retorno del hombre de verdad, el de la copa de soberano y el faria, que lee el *Marca* mientras se rasca los huevos antes de golpear a su mujer? La plumofobia que se respira entre algunos osos (no todos, por suerte) supone una alianza repugnante con lo peor del machismo y la misoginia («en nuestros bares no entran chochos ni locas») que

caracteriza la cultura dominante, es decir, hetero, y en el fondo no es sino otra forma de homofobia[105].

Cualquiera de los modelos que ha tratado de imponer (muchas veces con éxito) el capitalismo rosa ha tenido un fuerte componente sexista, machista, gerontofóbico y, muy a menudo, también homofóbico. Vivimos, como las heteras, bajo la dictadura del cuerpo y la eterna juventud (cosa que excluye, por definición, a toda persona en uno u otro momento de su vida). Cualquiera de los modelos que ha tratado de imponer el capitalismo rosa ha hecho que sus locales, más que espacios de libertad, sean auténticas cárceles.

Todos y cada uno de los intentos del empresariado rosa de encabezar y representar la comunidad GLTBI ha traído consigo una indeseable regulación de las identidades y los deseos eróticos[106]. La explicación del fenómeno no cabe buscarla en la perversidad de sus miembros, sino más bien en la contradicción objetiva que existe entre sus intereses como empresarios y los nuestros como personas oprimidas por el heteropatriarcado capitalista. Hay que liquidar de forma urgente cualquier intento de la burguesía de representarnos o de liderar nuestros discursos políticos.

3. Patriarcado y capitalismo: dos caras de la misma moneda

Estos modelos únicos impuestos por el capitalismo rosa representan la asimilación al sistema de lesbianas y gays siguiendo las normas que él mismo dicta. No hay liberación en ello. No ha habido transformación. Solo se nos ha aceptado (¡y no quisimos nunca esa aceptación!) cuando hemos reportado un beneficio. No hemos podido derrotar ni el

105.- www.hartza.com/OSOSDESPLUMADOS.htm, visto el 23 de julio de 2013.

106.- Mora, Aurora (coord.), *op. cit.* p. 113-114.

patriarcado ni el capitalismo. Han vaciado el contenido de nuestras relaciones, todo aquel potencial revolucionario que la disidencia sexual podía aportar y contagiar al resto de la sociedad. Nos han neutralizado.

En este sentido, la lógica capitalista ha sido la otra cara de la moneda del sistema patriarcal. Cuando ya no ha sido políticamente correcto discriminarnos, agredirnos o matarnos; cuando la visibilidad ha crecido y han tenido que tolerar algunas de nuestras diversidades; cuando luchar descaradamente contra nosotrxs podía poner en cuestión este sistema patriarcal... la burguesía se ha percatado de que somos un negocio, y desde esta lógica capitalista es mucho más fácil y fructífero asimilarnos al sistema, heterosexualizarnos, controlarnos y, sobre todo, ponernos a consumir. De esta forma, nada ha cambiado.

El capitalismo lo ha hecho siempre. Ya lo hizo con la incorporación de la mujer al mundo del trabajo productivo sin desatarla del reproductivo, que hoy en día sigue siendo desarrollado por mujeres de manera absolutamente mayoritaria. Lesbianas y gays no hemos sido la excepción; se nos aceptó solo cuando representamos un beneficio. El sistema siempre gana y nosotras siempre perdemos.

El matrimonio igualitario es el colofón de esta asimilación. Se trata, en definitiva, de ver una vez más cómo las luchas antipatriarcales transformadoras acaban siendo parceladas, neutralizadas y asimiladas por el sistema de la mano de los beneficios económicos que se les puedan extraer. Son pequeños grandes cambios para que todo siga igual.

Mira, Alberto: *Para entendernos. Diccionario de cultura homosexual, gay y lésbica*, La tempestad, Barcelona, 2002.
Mora, Aurora (coordinadora): *Nosaltres les dones. Discursos i pràctiques feministes*, Edicions CEPC, València, 2005.
Petit, Jordi: *Vidas del Arco Iris*, Debolsillo, Barcelona, 2004.
Rodríguez, Eugeni y Pujol, Joan (coords.): *Dels drets a les llibertats. Una història política de l'alliberament GLT a Catalunya (FAGC 1986-2006)*, Virus Editorial, Bilbao, 2008.
Vidarte, Paco: *Ética marica. Proclamas para una militancia LGTBQ*, Egales, Mardid, 2007.

Teo Pardo

Pinceladas a modo de introducción

ESTE TEXTO HABLA DE UN CONFLICTO que para nada es nuevo y que, a la vez, no está para nada resuelto. Un conflicto que nos ha desestructurado y nos ha hecho crecer a partes iguales. Y, aunque es cierto que hay cosas que hasta que no se confrontan no se mueven, cierto es también que estaría bien no tener que pasar siempre por el conflicto para crecer juntas[107]. Por eso intento aquí apuntar algunas de las reflexiones que esta discusión nos ha dejado (claramente pasadas por mi filtro), para que puedan servir como posibilidades de pensamiento, desde la conciencia absoluta de que hay muchas cosas que no pensaríamos si otras no las hubieran pensado antes, y de que este debate se va a volver a dar una vez tras otra. Al menos estará bien no partir de cero.

El debate en cuestión gira alrededor de cómo nos queremos relacionar con las instituciones (o como queremos no

107.- Voy a usar el femenino genérico porque, aunque el medio escrito permite el uso de «x» o asteriscos para construir los genéricos, lo importante no es lo que está escrito, sino lo que cada una lee, y en la sociedad profundamente machista en la que vivimos aquello que no se especifica se convierte inmediatamente en masculino en nuestras cabezas.

hacerlo) desde los movimientos transfeministas, en tanto que apostamos por una lucha política basada en la disidencia, que busca romper el actual orden de dominación y que, por lo tanto, entra en conflicto con las instituciones que lo sostienen. Al mismo tiempo, estas instituciones nos ofrecen oportunidades, muchas veces de carácter económico, que nos permiten abastar más, pero que siempre tienen contrapartidas. En las múltiples formas en las que se presenta, este conflicto adquiere un carácter de dilema, en el sentido de que hay que elegir y de que no hay una solución única ni sencilla. La propuesta de este texto es desgranar un poco esta complejidad.

Antes de entrar al turrón, y siguiendo con la idea del primer párrafo sobre los pensamientos que colectivizamos, me parece importante contar de donde salen las reflexiones que llenan estas páginas. Lo que aquí intento plasmar son mis ideas alrededor del tema, y estas son fruto de debates colectivos: en asambleas, en jornadas, en bares, en radios libres... no hay prácticamente ninguna que haya pensado yo solo. Así que planteo aquí mi visión de un proceso de discusión colectivo que se ha ido dando tanto en espacios de encuentro formales como informales. Siendo esto así, me encuentro ante la imposibilidad de establecer un sistema de citas que reconozca el trabajo intelectual de mis compañeras de lucha, no solo porque hay veces que no tienes más información que la que puedes ver o escuchar u oler, sino también porque es fácil olvidar quién dice las cosas cuando somos veinte en una mesa de un bar en lugar de ser una sola en un atril. Sirva este párrafo de reconocimiento a ese trabajo anónimo y a esa lucidez que nos da encontrarnos.

Esta inadaptación de los procesos colectivos al sistema de citas (que es algo que A. Huelgadearte me hizo pensar) o, mejor, esta inadaptación del sistema de citas a los procesos colectivos, da cuenta de qué formas de trabajar rescata la academia y cuáles invisibiliza. Este ejemplo, que está muy situado en lo concreto y retomaré hacia el final del texto, es

paradigmático de algo que sucede fácilmente con las instituciones: imponen un formato, un marco metodológico, y este condiciona lo que miramos y lo que no, lo que tenemos en cuenta, lo que hacemos... es decir, los marcos también son políticos, y cuando vienen impuestos, en general, reproducen el sistema que los alimenta.

Desgranar la discusión de cómo nos relacionamos con las instituciones pasa inevitablemente por pensar sobre quién somos «nosotras» y quién son las «instituciones». Es cierto que ni una categoría ni la otra son muy rigurosas en este debate, pero las he nombrado así porque las discusiones que he compartido en espacios transfeministas se han dado en estos términos.

Sobre el «nosotras», la idea de las que planteamos el debate como una cuestión conflictiva era tematizar cómo queríamos trabajar colectivamente en entornos transfeministas, es decir, hablar de cuando hacemos cosas juntas. Esto es importante porque eliminaba gran parte del juicio hacia las prácticas individuales, que no teníamos intención de entrar a valorar, cosa que en principio debía hacer la discusión menos dolorosa. En la práctica no conseguimos demasiado dejar de lado ni el dolor ni la personalización de la crítica, a veces debido a desencuentros abruptos, y a veces porque el límite entre el «yo» y el «nosotras» puede ser difuso.

En relación a las «instituciones», nos referíamos a las organizaciones que tienen la capacidad y el objetivo de normalizar los comportamientos en sociedad y hacerse cargo de la disidencia. Y dentro de esas organizaciones, las que entraron en la discusión fueron las que generaban conflicto por algunas particularidades de los movimientos transfeministas, que desarrollo en los párrafos siguientes. En concreto, el debate ha girado alrededor de instituciones como museos, la academia o las administraciones públicas, pero no alrededor de la familia nuclear, la Iglesia o las prisiones y los CIES, instituciones que creo que todas estamos de acuerdo en dinamitar.

En realidad, este debate es un clásico en el seno de los movimientos políticos, donde acostumbra a enunciarse como el conflicto entre revolución y reforma del sistema. Se pueden encontrar muchos textos que hablan del tema, desde el de Rosa Luxemburgo hasta muchos de los publicados por las compas de Terra Cremada[108], por ejemplo. Entonces ¿cuál es el sentido de volver a escribir sobre lo mismo? Pues, sobre todo, el sentido pasa por el hecho de que nunca es lo mismo, porque los contextos en los que se dan estas discusiones son múltiples y tienen sus especificidades. En concreto, hay cuatro rasgos vinculados a los movimientos transfeministas que hacen relevante una discusión que parta desde estas prácticas y estas formas de mirar el mundo: la relativamente reciente convergencia de las luchas transfeministas, la relación con las prácticas artísticas, la relación con las prácticas académicas y la relación con las administraciones públicas.

En primer lugar, los movimientos transfeministas son relativamente recientes. Eso no quiere decir que no haya habido luchas anteriores que desde nuestra perspectiva consideramos transfeministas, pero sí que significa que nos autodenominamos así y nos encontramos para hacer política juntas (en una relación política promiscua que resultó no estar exenta de dramas) hace no muchos años. Eso implica que hay muchos debates que podíamos haber tenido en otros espacios, pero que juntas no nos habíamos dado (sigue habiendo muchos que no nos hemos dado todavía), es decir, empezábamos a construir una lucha política y los conflictos y las contradicciones son una parte inseparable de estos procesos.

En segundo lugar, muchas de las luchas relacionadas con los feminismos, y las luchas transfeministas no son una

108.- http://terracremada.pimienta.org/

excepción, han usado prácticas artísticas como vía de expresión, de denuncia, de creación de otras representaciones y otros imaginarios posibles. Esto ha generado que algunos museos y salas de exposición, especialmente de arte contemporáneo, hayan acechado por distintos flancos, y que la relación con estas instituciones haya sido bastante habitual. Además, las luchas transfeministas no nacen como una seta, sino que vienen de otras luchas, relativamente diversas, que se relacionan de distinta forma con estas instituciones.

Por otro lado, desde la aparición de los estudios feministas y los estudios queer en las universidades, ha habido mucha producción teórica que ha influenciado en gran medida a los movimientos transfeministas, de la misma forma que los movimientos transfeministas han generado prácticas y producción teórica que la academia ha asumido. Esta relación bidireccional, de igual manera que con los museos, materializa la tensión entre la creación y la difusión de herramientas que nos permiten pensarnos, que nos dan posibilidades de existencia y la absorción de prácticas que, en espacios regulados, quedan vacías de potencia política.

Finalmente, las administraciones públicas son una de las máximas instituciones de mantenimiento del orden de cosas en el que vivimos y, en ese afán, es habitual el ejercicio de apropiarse de las luchas e intentar convertirlas en inofensivas, intentar aplacar los malestares sin hacer cambios estructurales. El feminismo es una de esas luchas que el Estado y sus administraciones han intentado absorber (y muchas veces lo han conseguido). A la vez, el hecho de que otros espacios de lucha que podrían ser afines estén invadidos por *zorocotrocos*[109] hace que a veces estemos más cerca de feministas institucionales que de los llamados movimientos sociales.

109.- Modo en que algunas ortocompañeras nombran a los maromos.

Entonces, recogiendo un poco las ideas que he ido apuntando, creo que sí es importante tener en cuenta (y esto es un reconocimiento):

–que los contextos son diversos y que los efectos de estos contextos, claro, también lo son;
–que cuando señalamos las prácticas ajenas, nos estamos situando en un lugar de cuestionamiento, y que es importante hacerlo con cuidadito con las compañeras que queremos conservar;
–que en el mundo en que vivimos, la incoherencia forma constantemente parte de nuestras vidas;
–que muchas veces la separación entre lo individual y lo colectivo no está tan clara, como tampoco lo está la separación entre lucha política y academia o entre movimiento social y administración pública;
–y, sobre todo, que constelaciones complejas, como serían las transfeministas, requieren análisis complejos, que vayan más allá de la valoración bueno/malo.

Pero, a la vez, me parece básico apuntar:

–que, como bien sabemos, el relativismo absoluto acaba invisibilizando las opresiones;
–que los museos, las universidades y las administraciones públicas tienen el objetivo de controlar la disidencia (otra cosa es que les pueda salir mal y nos aprovechemos de ello);
–que la estetización de las luchas que nos ofrecen los museos nos desposee de la capacidad de desafiar;
–que tanto los museos como la academia generan unas élites de representación que no nos hacen ningún favor, porque somos mucho más potentes como horda irreconocible, y que asumir eso pasa por controlar nuestros egos, yo el primero;

–que desde estas instituciones se dan a menudo ejercicios de apropiación, tanto de discursos como de prácticas políticas, que cuando están fuera de su control tienen mucha más fuerza de transformación;
–que estas instituciones están siempre en una posición de poder, y que tienen la capacidad de imponernos unos ritmos imposibles de asumir con estructuras asamblearias;
–que, como comentaba en la introducción, también tienen la capacidad de imponernos formatos, modelos de funcionamiento, que es algo profundamente político que condiciona, en gran medida, las prácticas que llevamos a cabo.

Por todo eso, la propuesta no es establecer un protocolo de relación con las instituciones que los colectivos transfeministas que se precien tengan que seguir a pies juntillas (¡qué horror!), pero sí asumir que es algo a tematizar colectivamente. Y eso no quiere decir tener que justificar lo que hacemos con nuestras vidas delante de una inquisición transfeminista, sino más bien darnos los espacios de discusión, desde el no-juicio, partiendo de que tendremos desacuerdos que no tienen por qué significar rupturas (o sí), que podemos tener distintas formas de trabajar, y, a la vez, entendiendo que, a veces, el «hago lo que me sale del coño» implica a otras, y que es importante pensar sobre en nombre de quién estamos hablando. Sobre todo porque en este tipo de procesos de construcción política, los méritos individuales son más bien escasos.

Para cerrar el texto, un ejemplo de la tensión constante entre relaciones institucionales y autónomas, entre construcciones individuales y colectivas, es este texto mismo. Al producir una serie de discursos que se recogen con la voluntad de generar una antología transfeminista, estamos estableciendo qué ha sido hasta ahora el transfeminismo o, al menos, qué ha sido lo importante. Pero ¿quién decide qué

es lo importante y quién lo tiene que contar? ¿No contemplamos la opción de generar procesos abiertos y colectivos para crear estas narrativas sobre nuestras luchas? Las editoriales, ¿trabajan con procesos abiertos (que también son a veces procesos inciertos)? Y cuando no hay una editorial detrás, ¿a quién le llegan los materiales que producimos? La disforia está servida. De nuevo y como cada vez, la cuestión no es tanto tener la gran respuesta, como hacernos todas las preguntas.

III
Suenan los cuerpos:
Un llamado a las alianzas

REDES TRANSFEMINISTAS Y NUEVAS POLÍTICAS DE REPRESENTACIÓN SEXUAL (II). ESTRATEGAS DE PRODUCCIÓN [110]

Tatiana Sentamans
{O.R.G.I.A}

DESDE LAS PRIMERAS VANGUARDIAS ARTÍSTICAS del siglo pasado, el apropiacionismo es una acción común dentro de la práctica artística. Tiene un componente ideológico, procesual y formal, e implica una actitud de revisión y de consideración de las posibilidades de lo «tomado» en la nuevo área, así como de sus efectos. En este sentido, los talleres, como práctica artística, son el máximo exponente de la introducción de la acción pedagógica como método. En ellos no solo importa la documentación generada (vídeo, foto, objetos, etcétera), sino la información compartida, y la propia experiencia performativa de sus participantes como técnica de aprendizaje basada en el ejercicio, la experimentación y el proceso. Todo forma parte de la obra. Además, se trata de una fórmula que pervierte el binomio artista-público, transformando a este en parte de la pieza. Sin embargo, ello sucede de forma diferente que en un *happening*, ya que quien participa en un taller habrá recibido una formación y adquirido una experiencia práctica que le permitirá, a su

110.- Para comprender este texto se recomienda la lectura previa de su primera parte, «Redes transfeministas y nuevas políticas de representación sexual en el Estado español (I). Diagramas de flujos», incluida en la presente compilación (páginas 31-44).

vez, desarrollar otro, y así sucesivamente. De este modo, el taller supone un generador político exponencial de redes de conocimiento y un dispositivo para la proliferación de microsaberes.







Quimera Rosa: *Violon d'Ingres & Violín de Agujas*, performance, Cochabamba, Bolivia, 2012. // Post-Op: *Taller Todxs somos pornostars - Revista Perras en Acción I y II*, Arteleku y Egham [fragmento], 2008.

Post-Op es un colectivo afincado en Barcelona desde 2003 que a través de sus talleres postporno ha influido en numerosas personas y colectivos[111]. En ellos plantean la creación de personajes múltiples, con identidades y roles confusos. Esto lo llevan a cabo a través del uso de juguetes, del bricolaje con objetos cotidianos de lo más variados a modo de prótesis que, además, propician la desinhibición y fortalecen la dinámica. Asimismo, proponen un desplazamiento de la sexualidad (focalizada socialmente en la genitalidad) para sexualizar otras partes del cuerpo, sexualizar los objetos, dar paso a una experimentación que abra los límites del placer y del deseo constreñidos por la pornografía dominante y su plano corto. Su metodología es la del juego. Por ello, quien participa tras aceptar el contrato inicial, acaba relacionando la sexualidad no solo con cualquier objeto o parte del cuerpo, sino también con la diversión, la exploración y el placer.

Otro de los aspectos retomados o apropiados para sí es el *drag* como herramienta. Esto, obviamente, no es una novedad en el campo de la plástica artística contemporánea: desde Marcel Duchamp a Claude Cahun, pasando por Pierre Molinier, Eleanor Antin, Adrien Piper, Michel Journiac, Andy Warhol, Jurgen Klauke, Catherine Opie o Del La Grace. Diferentes artistas, de manera puntual o continuada, han usado el drag revelando así el género como una construcción en ambas direcciones, con sus diferentes matices. Lo que me interesa aquí es la asimilación generacional del carácter constructivista del género y el uso extendido de la mascarada, unas veces conciso, otras expandido, en ocasiones lúdico-festivo, y casi siempre político y experiencial. Opino que de tal inclinación o tendencia deriva el interés de base por la prótesis en su sentido más amplio, como medida de cuestionamiento, pero también de ampliar la imagen de

111.- Por ejemplo, y como ellas mismas reconocen, en *Quimera Rosa*.

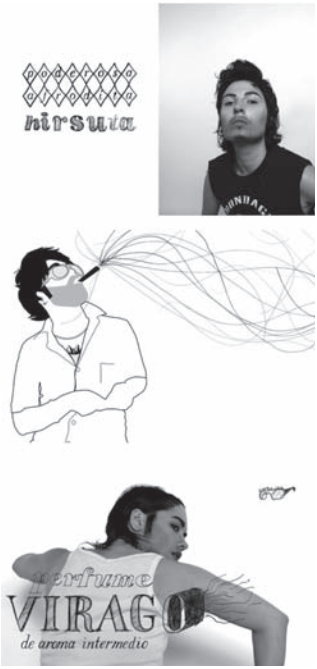
sí, en lo cotidiano y en su aspecto más simbólico; de acrecentar los deseos y placeres, que son muchos y variados. Y esto ha sido propiciado no solo por el engrosamiento del catálogo de imágenes, sino gracias de nuevo a la acción pedagógica y a la ocupación del espacio público, entendido todo ello como una manifestación artístico-política.

Dentro de la vía formativa debo citar a Diane Torr, si no como fuente originaria en el Estado español, sí como multiplicadora de la red de conocimiento de la que hablaba antes. Ella es quien, desde principios de los ochenta, desarrolló una serie de talleres de empoderamiento de carácter político con biomujeres a través del *drag king*, que además están vinculados a su práctica artística[112]. No debemos obviar la importancia del taller drag king como formato didáctico de divulgación para desnaturalizar la masculinidad, en un contexto histórico y social como el actual en el que, a pesar de los análisis académicos a partir de Rivière[113] y los esfuerzos de muchas personas, el género se agarra a los tópicos. Fuera de una determinada burbuja, la feminidad sigue siendo la encarnación del postizo, y la masculinidad una cuestión natural infranqueable.

Un ejemplo de aproximación a este ejercicio lo constituye el taller de reyes de O.R.G.I.A, un colectivo que trabaja de modo multilocalizado desde 2001, que, coincidiendo con su investigación en torno a la masculinidad del franquismo tardío, planteó unos códigos de trabajo muy acotados. Estos se articulaban en estereotipos de masculinidad predefinidos, estructurados a través de los cuatro palos de la baraja espa-

112.- *Mutaciones del feminismo* en Arteleku (2005) hizo posible que muchas la viéramos en vivo, y participáramos en su taller, descubriendo ciertos entresijos que enriquecieron nuestras aproximaciones autodidactas a la construcción del género, en ese momento mucho más claras en lo que al drag queen se refiere.

113.- Rivière, Joan: «La femineidad como máscara», *La Femineidad como máscara*, Tusquets, Barcelona, 1979, pp. 11-24.





O.R.G.I.A: *Objetos Reversibles de Género Indefinido y Anómalo / Ontología de Representaciones Gastadas e Indumentaria Arbitraria*, libro de artista [fragmento], 2004-2005. // Sayak Valencia Triana: *Welcome to Hairy Tales. (No tengo un pelo de tonta)*, performance, varias ciudades de España y México, 2005-... // Post-Op: *Implantes*, vídeo [frames], 2005.

ñola de naipes (bastos, copas, oros y espadas), e introduciendo el dildo como comodín desestabilizador del binarismo de género. Precisamente por esto último, abrieron su propuesta a biohombres, e incorporaron además la hiperfeminidad como contrapunto[114]. Otro ejemplo es el trabajo desarrollado en este sentido por Medeak, en activo también desde 2001 y con base en Donostia, que confluye con el realizado por otras asociaciones de trabajo político y social en las bases. La acción que el colectivo vasco ha estado haciendo y hace, no solo se ha quedado en los talleres o performances, sino que ha trascendido a las manifestaciones como las del Día de la Mujer, Stop Transpatologización, 28-J, etcétera. Sea en formato taller y manifestación o en el tradicional formato artístico, la deconstrucción de los modelos de masculinidad más hegemónicos ha sido realizada, por un lado, de forma humorística y mordaz, donde la sátira ha supuesto una crítica política que ridiculizara el arquetipo de dominación patriarcal y heteronormativo; y, por otro lado, de forma exploratoria, siendo de gran importancia para ciertas personas trans, como un modo de indagación y remodelación de su identidad de género.

Dentro de ese contrato disciplinar del que hablaba, uno de los aspectos fundamentales es la hibridación, valga la redundancia, de disciplinas académicas. Sin embargo, hay una cuestión subyacente a la que me he referido en el texto previo al comentar el diagrama 1 (página 37), y es la noción de performatividad como una cualidad poderosa del discurso, cuya reivindicación en las últimas décadas ha planteado una confusión entre esta y la performance[115]. Sin embargo,

---

114.- Véase al respecto O.R.G.I.A: «Bastos, copas, oros, espadas y *dildos*. Los reyes de la baraja española», *Fugas subversivas. Reflexiones híbrida(s) sobre la(s) identidad(es),* Universidad de Valencia, Valencia, 2005, pp. 84-95.

115.- Para no entrar en el debate inabarcable de los límites de la performace me remito al brillante texto de Judit Vidiella (miembro del extinguido Corpus Deleicti) y publicado en *Zehar* (nº 65, Arteleku, 2009).



O.R.G.I.A: Taller *Bastos, copas, oros, espadas y dildos. Los Reyes de la Baraja Española*, Sala Matilde Salvador, Universidad de Valencia y *Serie Verde*, colección fotográfica [fragmento], 2004-2005. // Medeak: *IV Jornadas Feministas de Euskal Herria*, Bilbao, 2008. // Post-Op Y Ben Berlín: *Atracciones*, vídeo, Berlín [frames], 2012.

quiero señalar la condición efímera y procesual de la performance; su resistencia intermitente al materialismo artístico; su genética política; y, por último, sus tres componentes fundamentales: tiempo, espacio y presencia. Estos últimos están íntimamente vinculados al contexto temporal, histórico, geográfico, político y social, si entendemos esos aspectos más allá de su componente formal o plástico, además de en relación a los cuerpos que son atravesados por sus sistemas. Por todo ello, no parece un disparate reconocer el interés por el arte de acción en sus diferentes vías o en contaminación con otras disciplinas, ya que está presente en gran parte de los trabajos o, por lo menos, forma parte de la «paleta» de la mayoría de artistas que estamos analizando. Saltando sobre las posibles fronteras y disolución de la performance en el sentido purista más estricto, al margen de lo que se considera como una documentación de la misma (fotográfica y/o audiovisual), podemos encontrar, en diferentes obras, contratos disciplinares protagonizados por romances de la performance con la acción pedagógica –como hemos visto en ejemplos anteriores– pero también con el vídeo, la fotografía, el *happening*, el teatro, el cabaret, la procesión, la conferencia, la poesía o el manifiesto.

En el ámbito de la vídeo-acción, la performance está pensada para ser grabada, por lo que no se trata de una documentación de la misma. Así, la narratividad de la obra está condicionada, entre otros aspectos, por el encuadre, pero también por el montaje o el plano secuencia, y la sonorización en directo o *a posteriori*. Son precisamente estas cuestiones las que permiten determinar un único punto de vista controlado de la performance de cara al público: el del objetivo. Un ejemplo claro lo constituye *J.Oda a Man Ray* (O.R.G.I.A, 2004), donde el contrapicado de la cámara enfatiza la posición corporal de transmutación. En este trabajo, la coreografía de movimientos sumada a la acción con las vejigas de vaca permite un tránsito entre las composiciones pene-testículos y ovarios-útero hasta el «plano de la







O.R.G.I.A: *J.Oda a Man Ray*, vídeo-acción, Godella [frames], 2004. // Girlswholikeporno: *La bestia*, vídeo, Valencia [frames], 2005. // Post-Op: *Fantasía Post-Nuklear*, vídeo, L'Hospitalet [frames], 2006.

corrida» final, generando una imagen unidireccional que en directo no sería posible. Tampoco la interpelación de *La Bestia* (GWLP[116], 2005) tendría el mismo resultado sin el efecto embudo de la cámara, donde la perspectiva espacial es siempre la misma, y donde la mirada, desde un punto de vista físico, solo puede ir en un sentido. Siguiendo la misma lógica, la edición de *Fantasía Postnuklear* (Post-Op, 2006) permite al público contemplar un conjunto de performances localizadas en diferentes escenas de un amplio espacio como es la fábrica de zapatos okupada de L'Hospitalet[117].

En este punto me gustaría que no perdiéramos de vista que el postporno, en su dimensión audiovisual, se apropia

116.- Girls Who Like Porno.

117.- En ese mismo espacio se celebró la *Queeruption* de 2005.

y transgrede las mismas estrategias que usa la pornografía *mainstream* para naturalizar su simulacro y legitimar solo ciertos cuerpos y prácticas: control del encuadre, repetición, sonorización off, desplazamiento del *cum shot*...





Corpus Deleicti: *Gender Lab: protopoesía_01*, vídeo-acción [frames], 2005. // Diana Pornoterrorista: *Pornoterrorismo* [documentación fotográfica], 2010.

Otro enfoque dentro de este variado contrato protagonizado por vídeo y performance es el ejemplificado por el trabajo de Corpus Deleicti. Este colectivo, hoy disuelto pero diversificado, lo usó para componer un conjunto de lo que denominaron acciones protopoéticas, alternando la edición de microperformances en el espacio público con elementos sacados de contexto del entorno urbano barcelonés. En su primer proyecto, las protopoesías (suma de prótesis y poesía) estaban formadas por frutas y verduras con inscripciones populares valencianas, ya que fueron generadas para un *happening* realizado en el Festival Agroeròtic de L'Alcúdia (2004). A partir de ahí surgió la vídeo-acción clínica *Gender Lab* (2005) donde se realizan unas operaciones a partir de la enunciación de un particular contrato político.

Siguiendo esta transición difusa entre contratos disciplinares, en una intersección entre poesía y performance, se localiza el trabajo de Diana J. Torres. Desde el 2006, esta artista viene desarrollando la noción de pornoterrorismo como un código abierto político-artístico basado en la acción directa, donde combina su discurso textual y corporal. Sus directos están armados por un lenguaje poético soez, callejero, deslenguado y muy lúcido, en el que se suceden pajas, fistings, proyecciones de *snuff movies*, y lo que se conoce como *squirting* o eyaculación «femenina».

En un marco de hibridación entre la performance y el teatro, me parece imprescindible referenciar la investigación desarrollada por Ideadestroyingmuros (2006-...) a través de su facción plástica Videoarmsidea. Este es un colectivo de origen italiano y arraigado en Valencia en los últimos años, que, en sus propias palabras, ha huido del cubo blanco de la galería y del museo, aséptico y controlado, encontrando en el cubo negro del teatro un conjunto de valores más afines a su intereses. En la oscuridad del espacio escénico han articulado un discurso donde la performance se focaliza en el lenguaje del cuerpo como contenedor de placeres pero también como encrucijada de regulaciones e imposiciones. En el







Ideadestroyingmuros: *Pornodrama*, performance, VLC, BCN, Santiago de Chile, 2009-2010; *Pornocapitalismo*, performance, Roma, Barcelona, VLC, Madrid, Santiago de Chile, 2011; *Borrador Battonzz Kabaret*, performance, varios emplazamientos, 2012-…

contrato que han ido renovando han conseguido desplazar el atrezo y la escenografía hasta convertir ambos elementos en una suerte de instalaciones procesuales que se ajustan al devenir de cada performance. De la sobriedad dramática e hiperrealista de *Pornodrama* (2009) y *Pornocapitalismo* (2011), han saltado a la sátira del cabaret político en su particular revisión del *Manifiesto s.c.u.m.* de Valerie Solanas (*Borrador Battonzz Kabaret*, 2012).

Otra intersección disciplinar, en esta ocasión entre la performance, el pasacalles y la procesión, es *Oh-Kaña!*, una práctica colaborativa en forma de zoo-cyborg y mutante, que desde el Palau de la Virreina tomó las Ramblas y la zona de la Boquería de Barcelona en 2010. Este trabajo con tintes BDSM es un homenaje al artista José Pérez Ocaña y a sus «teatrillos», como él mismo los denominaba, y pone el acento sobre el debate acerca de la regulación de la sexualidad en

el espacio público. La Barcelona que en los setenta acogió a Ocaña puede no vanagloriarse de haberse convertido en una de las ciudades del Estado español que encabeza la consecución de políticas cada vez más restrictivas en este sentido. Bajo la coartada de la rentabilidad del turismo y las necesidades económicas, se ha ejecutado una limpieza ideológica del centro de la ciudad, una depuración clínica de su imagen metropolitana como paisaje europeo que, en el proceso, está expulsando *lo otro* a la periferia.

Pornojet es un proyecto expandido que, al hilo de lo anterior, realiza una revisión crítica de la doble moral imperante en ese proceso de urbanismo higienista e ideológico de la ciudad condal. A través de lemas como «Sex, Sun and Sea or Support the local porn», «Tour heteronormativo» o «Barcelona, la botiga + gran del món», Corpus Deleicti parodiaba la hipocresía de ofrecer la ciudad como un espacio sexualizado para maravillosas aventuras sexuales (despedidas de soltero, fiestas, paquetes de ocio...), y, a su vez, de «limpiar» sistemáticamente las calles mediante la aprobada ordenanza de civismo. Otro ejemplo de proyecto expandido geopolítico, aunque de carácter transnacional, es *Follarse la ciudad*. Si entendemos el paisaje como una construcción que responde a una política de la representación, como el resultado de una fórmula que pone en relación cuerpo y territorio de acuerdo con ciertas leyes político-visuales, cuestiones como la escala o el punto de vista no pueden ser inocentes. Aquí es donde entra en juego la *Giganta Autoerótica*, una ficción plástica y performativa postcolonial, que sexualiza el espacio de la ciudad, y que pervierte el concepto de *souvenir*, transformando los emblemas urbanos usados para satisfacer su pulsión político-sexual en *sex toys* redimensionados.

Siguiendo este recorrido a lo largo de diversos casos de contratos disciplinares, el sonido también juega un papel protagonista más allá de su dimensión complementaria en otros ámbitos. Este es un formato que, *a priori*, puede resultar más abstracto debido a que, en el proceso de per-







Quimera Rosa, Post-Op, Mistress Liar y Dj Doroti: *Oh-Kaña!*, Palau de la Virreina, Ramblas, Mercado de la Boquería, 2010. // Corpus Deleicti: *Pornojet*, vídeo, BCN [frames], 2008. // O.R.G.I.A: *Follarse la ciudad*, art project [#1, fragmento], 2009-...

cepción, el grueso de propuestas suelen primar lo visual. Además, su articulación radica por lo general en una conceptualización del referente físico de sexo-género y sexualidad, que conjugado con la performance, el *happening*, la instalación, la radio-emisión o el paisaje sonoro, puede traducirse en sonido de síntesis, en un trabajo con el discurso –y por lo tanto con el lenguaje– o en una mezcla de ambos[118].

Precisamente, en relación al discurso existe otra hibridación recurrente entre conferencia y performance, otra fórmula de contrato que ha sido utilizado por varias personas siguiendo partituras y motivaciones muy diversas[119].

118.- Son ejemplo de ello, los siguientes proyectos entre otros; Quimera Rosa (2012): *sEXOSKELETON*, performance sonora, Laboral, Gijón; Helen Torres (2012): *Otro sonido postporno es posible* y *Serendipia*, paseo sonoro y narrativa sonora geolocalizada, Laboral, Gijón; O.R.G.I.A (2007): *Flori·cultura subversiva*, happening sonoro e instalación, La Noche en Blanco, Madrid.

119.- Muy usado frecuentemente por Itziar Ziga en sus presentaciones, pero también puntualmente por otros colectivos como Corpus Deleicti (Arteleku 2008)

Y así podría continuar desgranando contratos a partir de ejemplos: vídeo-jocking, música electrónica, vestuario, más maquillaje y más prótesis, esculturas, dibujos, *flyers* y carteles, fanzines, revistas, libros, prensa, películas, cortometrajes, ilustraciones, imagotipos, bailes, consignas, lemas, aullidos, presentaciones, ciclos, exposiciones, pintura, blogs, ensayo, proyectos, etc. Todos estos componen un sinfín de líneas de fuga a lo expuesto (formuladas en el marco de diferentes tipos de contratos disciplinares) donde los niveles de simulacro y de juego, en la encrucijada de las redes transfeministas y las nuevas políticas de representación sexual, son variados e ilimitados.

---

u O.R.G.I.A en su «Flori-cultura subversiva: representación en un acto [Pantomima de credibilidad científico-artística para cuatro cuerdas]» (UIMP y UPV, Valencia, 2008 y 2009).

VVAA: *Desacuerdos. Sobre arte, políticas y esfera pública en el Estado español*, vol. 7, Centro José Guerrero-Diputación de Granada, MACBA, MNCARS, UNIA, Barcelona, 2012.

-Genealogías feministas en el arte español: 1960-2010, This side up – MUSAC, Madrid, 2013

Sentamans, Tatiana y Tejero, Daniel (eds.), *Cuerpos/Sexualidades Heréticas y Prácticas Artísticas. Antecedentes en el Estado español. De la teoría a la práctica y viceversa*, Generalitat Valenciana, Alicante, 2010.

POST-OP

La sala estaba oscura, me he conectado/despertado, tú estás a mi lado esperando como en estado de hibernación.
Recorro tu cuerpo extraño, cuerpo por descubrir, es como una malla, una amalgama de extrañas texturas deseantes. Noto como palpitan al acariciarlas.
Encuentro decenas de orificios que penetrar en tus extremidades, pequeños volcanes que acaricio lentamente, son esponjosos, rápidamente absorben mis movimientos, los fisteo, son cálidos y húmedos. Me recuerda a antiguos orificios humanos, a vulvas olvidadas.
Tu cuerpo me invita a entrar, meto mi garra por tus agujeros arenosos mientras gimes de placer en frecuencias desconocidas para mí hasta ahora. Tu cuerpo postnuclear va engullendo mis múltiples extremidades. Sé que me miras con deseo desde esos ojos pixelados.
Me tocas mis pechos, unos tras otros, hasta acariciar los ocho. Mis pezones excitados se empalman y se van alargando convirtiéndose en ansiosos dildos que te buscan. Mi boca gira 360 grados excitada y anhelante entrando y saliendo de mi torso.
La sala se humedece con el vapor de tus volcanes, hierves literalmente. Eso me hace ponerme aún más cachondx.
La humedad penetra en mis poros, tus fluidos me penetran, estamos conectados, un torrente de imágenes y sensaciones extremas recorren al unísono nuestros cuerpos. Me estoy quemando, la sala huele a metal fundido, se doblan mis engranajes, mis conductos, mis arterias... pero yo solo siento un placer extremo que atraviesa mis circuitos y explota como una sobrecarga de información en mi cerebro.
Recuerdo viejos tiempos con seres de un solo sexo, seres de antaño de sexos binarios de acoples reproductores. Seres previos a la mutación. Ya no nos queda nada de aquellos humanos. Solo el deseo.

FANTASÍA POSTNUCLEAR 0.01

EN NUESTRO PERIPLO COMO ACTIVISTAS postporno por diferentes jornadas en el Estado español, hace unos meses oímos una frase que nos sorprendió, a la vez que nos dejó un tanto

intranquilxs: alguien comentaba que un vídeo que había visto tenía «una estética muy postporno».

¿Cuándo se había convertido el postporno en una definición esteticista? ¿Cómo podía ser algo estético en lugar de vivencial y experimental? ¿Acaso ya no había nada más que decir sobre el postporno? ¿Quizás estaba perdiendo su poder desestabilizador? ¿Estaba ya tan definido y sobreexpuesto que se había estetizado?

Nos resulta difícil relacionar una imagen concreta con el término postporno. Es decir, ¿qué es lo primero que te viene a la cabeza cuando oyes postporno? En nuestro caso, tantos aspectos que sería como mirar a través de un caleidoscopio; abarca producciones y prácticas tan diversas que sería imposible apreciarlas en un golpe de vista.

Pero, ¿por qué el público mayoritario relaciona solo el postporno con prácticas agresivas, estética postpunk, *indie porn* o *alt porn*, cuando sabemos que la producción es tan variada? ¿Cómo se pueden estetizar producciones tan diversas como *Sex party* de Post-Op, *1929* de Videoarmsidea o *La mazmovil* de USB? ¿Qué elementos en común comparten estos vídeos aparte del intercambio de fluidos entre colectivos? Estéticamente apenas nada, lo que nos une es el interés y la necesidad de generar otro imaginario pornográfico.

Podríamos reconocer que en Barcelona ha habido ciertas performances conjuntas (*Perras del apokalipsis*[120], *Oh-Kaña!*[121], *UKI*[122]) con un estilo medianamente común, con prácticas bastante bizarras que incluían bdsm, utilización de

120.- Klau Kinki, Mistress Liar, Quimera Rosa, Post-Op, Dj Doroti, Videoarmsidea, Diana Pornoterrorista. Dentro de las jornadas Stonewall Contraataca, Fagc, Barcelona, 2009. Puede verse en www.postop.es

121.- Post-Op + Quimera Rosa + Mistress Liar + Dj Doroti Durante la exposición de «Ocaña, acció, actuacions, activisme», Palau de la Virreina, Barcelona, 2010, visto en www.postop.es

122.- Hangar, Barcelona, 2009 y en *la Internacional Cuir,* Museo Reina Sofia, Madrid, 2011.



Post-op: *Sex party* 2006. Videoarmsidea: *1929*. 2008. USB: *La Mazmovil*. 2011.

prótesis DIY[123], personajes mutantes, ciborgs, estética ciberpunk o sexo en público. Con todo, esto representaba solo una pequeña parte de lo que nuestro trabajo era y es, y cada colectivo perfilaba sus propias inquietudes.

Post-Op se gestó en 2003, un momento en el que en Barcelona había un boom de encuentros, tanto institucionales como autogestionados, en los que reflexionábamos sobre lo problemático de las identidades, hablábamos de nuevas masculinidades, de políticas queer, de otra pornografía y rematábamos todo esto con mucho sexo y mucho amor.

Las charlas nos inspiraban, y nosotrxs inspirábamos las charlas (aquí con nosotrxs me refiero a toda la manada que en esos años compartíamos fluidos al calor de La Bata[124]). En ese contexto, vimos necesario llevar al espacio público –al más identitario (LGBT) e incluso al supuestamente liberado (CSO)[125]– todas estas inquietudes respecto al sexo, al género y a la pornografía. Pensábamos que todo quedaba circunscrito a un entorno muy concreto: el académico, el de jornadas autogestionadas o el nocturno, de tal modo que a quien no tuviese un acceso más o menos fácil a estos contextos nunca le llegaría este tipo de información. Lo que queríamos era

123.- *Do it yourself*. En inglés, «hazlo tú mismo».

124.- La Bata de Boatiné es un bar situado en la calle Robadors, uno de los puntos de trabajo sexual más conocidos del Raval de Barcelona y lugar de encuentro durante esos años para muchxs de nosotrxs.

125.- Centros sociales okupados.



Quimera Rosa, Post-Op, Diana Pornoterrorista, Shu Lea Cheang, Oskoff Lovich. Foto: Arcaro. *Uki viral performance*. Museo Reina Sofia, Madrid, 2011.

llegar al público que nunca iría a una charla al MACBA (Museu d'Art Contemporani de Barcelona) o a unas jornadas queer en una okupa del extrarradio. Queríamos funcionar como una granada que explota donde menos te lo esperas: las Ramblas[126], una fiesta de lesbianas pijas, un evento de *strippers* para señores de edad avanzada[127], el aniversario de una casa okupa, los jardines de Montjuic, las zonas de *cruising* de

126.- *Ramblas* es la primera performance que hicimos en el espacio público. Puede verse en www.postop.es

127.- Actuación en el festival Agroerótica en l´Alcúdia (Valencia). En este festival, la media de edad rondaba los 70 años, aunque nosotrxs pensábamos que acudíamos a una especie de *rave*. Antes de nosotrxs actuaron unas *strippers* vestidas de conejitas de Play Boy y el público esperaba algo parecido. Se encontraron con personajes mutantes y música tecno-industrial y, a pesar de todo, nuestra performance fue un éxito y fuimos testigos de un par de pajas en primera fila. Creemos que este hecho, teniendo en cuenta lo extraño y desconcertante de nuestras prácticas para este público, tiene mucho mérito. Puede verse http://generatech.org/es/postop/node/2978

Barcelona[128], el Palau de la Virreina[129] o los estantes de un *sex shop*[130]... De este modo, nuestra estrategia ha sido procurar llegar al mayor público posible en un intento de remover deseos y generar interrogantes a través de performances, vídeo-creaciones, charlas o talleres.

En 2013, hemos sido conscientes de que el postporno se confundía con porno alternativo, con porno amateur, con porno casero, con *indie porn*... Sabemos que las fronteras en algunos casos son difusas y no se trata de que el postporno no pueda ser todo eso; sino que no es solo eso.

Para nosotrxs el postporno es intrínsecamente feminista o, más aún, intrínsecamente transfeminista, porque ya sabemos que feminismos hay muchos y nosotrxs partimos de un feminismo prosexo y de un sujeto político que va mas allá de la categoría mujer.

El postporno es intrínsecamente político. El porno mayoritario ha perpetuando históricamente unos estereotipos de sexo, género y normalidad corporal. A través de la repetición de unos estándares nos muestran qué cuerpos son deseables y cuáles no, qué prácticas son sexuales y cuáles no... Decide qué se supone que es el sexo ignorando una multitud de prácticas y cuerpos, o mostrándolos como abyectos o anecdóticos.

Sabemos que con la pornografía nos están educando estratégicamente para perpetuar el heteropatriarcado, de forma que solo nos queda subvertirla y generar imaginarios en los que se muestren otros cuerpos, otras prácticas, otra

---

128.- Colaboración para el vídeo de Roberto Delgado *Happy cruising* en la zona emblemática de *cruising* de Barcelona. Disponible on-line.

129.- Ver nota nº 122.

130.- Hablamos del proyecto de la revista *Piratte* (2008-13), editada finalmente en 2013 con motivo del décimo aniversario de Post-Op. La idea inicial era colocar subrepticiamente una revista postporno en las estanterías de un *sex shop* haciéndose pasar por una revista de porno gay convencional. Puede verse en www.postop.es

relacionalidad, otros afectos. Sentimos que debemos poner el cuerpo para hacer deseable lo invisible. El deseo es algo construido, construyamos otros deseos que rompan con las categorías de sexo, género y normalidad corporal. Como dice Beatriz Preciado, filosofx de influencia innegable en muchxs de nosotrxs, «la pornografía es un arma demasiado poderosa para dejarla en manos de otrxs».

El postporno es de las monstruas. El postporno es de monstruas empoderadas que muestran su sexualidad sin pudores ni tapujos, que muestran sus heridas de guerra, que muestran lo que la sociedad bienpensante les ha invitado a esconder. Muestran cuerpos que rompen con el sistema binario de sexo-género, con las categorías de orientación sexual, de normalidad corporal y de capacidad... y que no solo buscan la excitación sexual, sino que buscan que esta excitación se produzca también a través del humor, la ironía y el discurso crítico.

Empezamos en el 2003 con ganas de «cambiar el mundo», tratando de romper las dicotomías de sexo y género a través de la performance y la ocupación del espacio público con seres confusos y mutantes. Desde las primeras acciones, en las que parodiábamos a lxs protagonistas de las cintas de porno *mainstream*, dejando entrever lo construido de la sexualidad y las identidades, hasta los personajes ciborg que escapaban totalmente de las categorías de sexo, género, raza y normalidad corporal. Imposibles de leer como hombres ni como mujeres, ni siquiera como humanos. Seres postnucleares que, con sus múltiples órganos protésicos, nos permitían una serie de prácticas más allá de las categorías que nos encorsetan y oprimen. Diez años después, no hemos cambiado el mundo, pero sí nos sentimos parte del entramado que ha generado una serie de micropolíticas que han ampliando deseos e imaginarios.

A comienzos del 2000 en el Estado español era prácticamente imposible encontrar porno hecho por disidentes corporales, por trans masculinos o por marimachos, por

bolleras o por personas *gender queer*[131]. Actualmente, en las páginas más visitadas de porno *mainstream* en la red –xvideos, youporn, tube8– seguimos prácticamente sin aparecer, solo algunos vídeos ftm[132] haciéndose pajas o los típicos vídeos de trans femeninas de la industria pornográfica. Sin embargo, en otras páginas más especificas conocidas como porno queer –queerporntube, indiepornrevolution, crash pad series, ftmfucker, gooddykeporn, pornforeveryone–, podemos encontrar con bastante facilidad cuerpos *gender queer,* ftm, bolleras masculinas, femeninas, gordxs, flacxs y razas diversas. Pero la etiqueta postporno no aparece en ninguna de las páginas nombradas anteriormente, ni en las *mainstream* ni en las queer. Creo que es algo que debemos valorar positivamente porque significa que no tiene valor como categoría, que no acota lo suficiente.

Por un lado, nos entusiasma ver estas producciones. Por otro, aunque esos cuerpos encarnan identidades disidentes, las prácticas que nos muestran quizás no lo sean tanto. Echamos en falta que aporten algo más a la creación de nuevos imaginarios, más allá de la corporalidad en sí. Tampoco vemos que sexualicen otros objetos más allá de los juguetes propiamente sexuales (dildos, fustas, látigos...) ni que se utilicen objetos cotidianos o inventados para follar, ni que se erotizen otras partes del cuerpo más allá de los genitales. Aunque se nombren como porno queer, en general están únicamente centradas en hablar de otros sexos y géneros, pero prácticamente ninguna ofrece porno que cuestione categorías como la clase o la diversidad funcional.

Seguimos necesitando un porno transfeminista; es decir, un porno que no se centre solamente en los ejes de opresión

131.- Personas cuya identidad de género no encaja en las categorías inscritas en el binarismo (masculino/femenino; hombre/mujer).

132.- Ftm son las siglas utilizadas para nombrar a las personas que transitan de mujer a hombre, esto es, a personas trans que viven en masculino.

más referenciados (sexo y género), sino también en otros ejes de opresión transversales como la raza, la clase y la diversidad corporal y psíquica.

La representación de cuerpos *gender queer* o trans sigue siendo una estrategia para desestabilizar al espectador con cuerpos que rompen las dicotomías de sexo y género. Sin embargo, ¿a qué espectador se está llegando? ¿A quién se quiere llegar? ¿Es un porno para consumo «interno», es decir, hecho por nostrxs, para empoderarnos, sentirnos deseables y tener referentes? ¿Es un porno hecho con intención de trastocar y desestabilizar el sistema patriarcal más allá de nuestros círculos? No son planteamientos contradictorios sino complementarios. Durante estos años nos hemos planteado diversas cuestiones: cuáles son las plataformas de difusión más adecuadas, la participación o no en las páginas de porno *mainstream* y a qué público queremos llegar.

Las ventajas de las páginas de la industria del porno es que se llega a espectadorxs a lxs que desde otro lugar sería muy complejo acceder. Pero, ¿a qué precio? Para empezar, has de ceder todos los derechos sobre el contenido de tus vídeos y, en la mayoría, pueden hacer lo que quieran con ellos: reproducir, modificar, incorporar a otros trabajos o páginas, publicar... Así, un trabajo que en un primer momento tiene un gran contenido político, puede ser modificado perdiendo todo su poder transgresor o puede publicarse en páginas con las que no estés de acuerdo. Es decir, puede ser comercializado y estetizado. Por ello, la mayoría de activistas postporno colgamos nuestros trabajos en nuestros propios blogs o webs y llegamos a otros públicos través de herramientas como la performance, la acción directa, las presentaciones o la escritura.

En la obra de algunxs de estxs activistas encontramos gran variedad de prácticas y gusto por la experimentación y es ahí donde creemos que se tratan más profundamente temas como la etnia, la clase, el colonialismo o la violencia. Es el caso de gran parte de las acciones de Leche de Virgen

Trimesgisto, La Fulminante o La Pocha Nostra. Tambien se profundiza sobre la diversidad funcional, ejemplo de ello es el proyecto Pornortopedia de Post-Op, centrado en generar protésis, ortésis y juguetes con fines sexuales pensados para todxs incluyendo cuerpos con movilidades y sensibilidades poco usuales. Otros trabajos interesantes en cuanto a prácticas y a la sexualización más allá de los cuerpos se encuentran en vídeos de O.R.G.I.A como *Horror Vacui u Orgia de dedos,* donde se sexualizan recetas e ingredientes de cocina; o las acciones fruto de los talleres postporno de la revista *Perras en acción* de Post-Op, donde podemos ver prácticas con los más diversos objetos cotidianos. También *Akelarre Cyborg* de Quimera Rosa y Transnoise en el que se realizan prácticas sexuales con micros de contacto, amplificadores y sintetizador de vídeo DIY, sexualizando el sonido, la tecnología y los cuerpos ciborg.



Quimera Rosa y Transnoise: *Akelarre Cyborg,* Hangar, Barcelona, 2013. Fotos: María Berzosa.

Si queremos ampliar imaginarios debemos generar un porno más allá de la mirada: un porno sonoro, un porno táctil... Un porno pensado para cuerpos con capacidades sensoriales muy diversas. Como dice Helen Torres[133]: «no es solo una cuestión de cuerpos diversos sino también de trabajar con otros sentidos además de la mirada, para que así la representación sea fruto de todos los sentidos».

En 2013, Post-Op realizó el primer taller postporno para grupos con diversidad funcional, enmarcado dentro del proyecto *Yes, we fuck*[134]. Hasta ahora habíamos compartido juegos con cuerpos muy variados, pero nunca con tantas personas con corporalidades no aceptadas como normales, cuyos cuerpos son considerados aberrantes. Porque, aunque los talleres sean abiertos y defendamos y hablemos de corporalidades no-estandarizadas, debemos tener muy en cuenta si las condiciones y lugares en los que celebramos estos talleres permiten que pueda acudir cualquier persona. Muchas veces los espacios no están lo suficientemente adaptados ni los ejercicios están pensados para todas las corporalidades. Si queremos sexualizar otros cuerpos que hasta ahora nos habían vendido como desagradables e incapaces, tendremos que generar herramientas para que se empoderen y se muestren sin pudor ni rechazo a su propio cuerpo y generar condiciones de posibilidad. No podemos hablar de poner el cuerpo cuando no se están dando las mismas posibilidades para todxs.

La experiencia de este taller fue increíblemente enriquecedora. Vimos claramente que las posibilidades que ofrecen las prácticas postporno son, en muchos casos, más gratificantes e indicadas para personas con cuerpos y sensibilidades tan variadas. Y, no solo eso, estos cuerpos aportaban

133.- Helen Torres, Zorra Suprema, activista feminista que actualmente trabaja en torno al porno sonoro. http://narrativasespaciales.wordpress.com/159-otro-sonido-posporno-es-posible/

134.- *Yes, we fuck* es un proyecto de documental que aborda la sexualidad de personas con diversidad funcional. www.yeswefuck.org.



Taller de Post-Op con colectivos con diversidad funcional para el documental *Yes, we fuck*, Barcelona 2013 y logo del Proyecto Pornortopedia, 2013.

nuevos imaginarios y prácticas a la sexualidad propiciando una visión positiva de la diferencia. Es decir, el postporno tenía mucho que ofrecerles, pero ellxs al postporno y a la sexualidad también.

Nos dimos cuenta de que compartíamos unos ejes de opresión y que, al no encajar en los parámetros de normalidad corporal, seguíamos siendo lxs mostruxs de esta sociedad. Pero, sobre todo, nos dimos cuenta de que no somos ellxs y nosotrxs, como explican Lucas Platero y María Rosón: «no son dos situaciones, sino una misma, compleja, donde sexualidad y capacidad están imbricadas la una en la otra, al tiempo que están íntimamente relacionadas con el género, la clase social, la etnia, la migración y otras cuestiones interseccionales vitales»[135].

135.- Raquel (Lucas) Platero y María Rosón: «De la parada de los monstruos, al monstruo de lo cotidiano: la diversidad funcional y sexualidad no-normativa», Feminismo-s, Centro de Estudios sobre la Mujer de la Universidad de Alicante, Alicante, 2012, pp.127-14.
http://cdd.emakumeak.org/ficheros/0000/0733/Raquel__Lucas__Platero_Mendez_y_Maria_Roson_Villena.pdf

El taller nos hizo ver que son posibles nuevas alianzas, pero nos siguen pareciendo insuficientes los cambios que generamos en nuestros micromundos. Incluso en nuestros entornos politizados se tiene rechazo a ciertos cuerpos como consecuencia de la imposición de un sistema estético y de valores implantado en nuestro cerebro desde la infancia que, en muchos casos, todavía no hemos podido resetear. ¿Por qué sino seguimos hablando de lo buenx que está esx tix o esx chulazx? ¿Por qué generalmente esa persona encarna los estándares de belleza mayoritarios?

Con todo, el panorama no es tan desalentador. Aunque los cambios no sean suficientes, existen y podemos hablar de un contexto en el que se han ampliado gustos y en el que se valora positivamente la diferencia. Ahora nos ponen las chicas peludas, los chicos trans que no ocultan sus tetas, los que las ocultan, las marimachos, los cuerpos con tamaños y capacidades diversas... y no solo eso, sino que también nos excita el viento, las edificios en ruinas, la arena, el sonido de los tornillos rozando el metal... Hemos aprendido a leer como deseables cuerpos y prácticas que ni habríamos soñado antes de generar otros imaginarios o tener estas experiencias.

También hemos vivido cambios en cuanto al interés por parte de la academia. La proliferación de tesis, artículos y textos sobre postporno ha sido tanta que, durante un tiempo, creímos que nuestra nueva profesión era ser «sujeto de estudio».

Hemos sentido el interés del público general en cada *Muestra Marrana*[136], que va aumentando su afluencia de público y proyecciones año tras año, así como la multiplicación de encuentros y jornadas donde sexualidad y pornografía son un aspecto a tratar. Sin olvidar, por supuesto, la red de aliadxs, amigxs y guarrxs que conforman un entramado cada vez más rico y frondoso.

136.- Muestra de cine porno no-convencional. http://muestramarrana.org

Hemos trabajado estas cuestiones con la performance y la videocreación durante muchos años, pero ha sido a partir de nuestros talleres postporno cuando realmente hemos visto un cambio en las personas. Es a través de las prácticas performativas cuando la gente deja de ser mera espectadora para convertirse en generadora de su propio deseo y del de lxs demás. El cambio viene cuando la práctica atraviesa el cuerpo. Más allá de generar otros imaginarios y visibilizar otras prácticas, hay que poner el cuerpo para que la transformación sea real.

Otra metodología que usamos es la de generar estrategias de difusión eficaces; la estrategia viral es la más efectiva. Si el cambio se da cuando se ha experimentado internamente, entonces, generemos espacios de investigación y experimentación. Muchas de nuestras alianzas políticas se han producido en estos espacios. Muchos grupos se han formado en estos encuentros propagando su carga viral en sus respectivas zonas de trabajo y hábitat. La estrategia contra la estetización es la diversificación, la multiplicidad de imaginarios y plataformas de difusión.

Por ello, creemos también que la irrupción en el espacio público es un camino que nunca debemos abandonar. Las nuevas estrategias del ecosex[137] y del urbasex[138] y las prácticas más desgenitalizadas nos permiten sortear las cada vez más restrictivas leyes cívicas[139] y reapropiarnos del espacio público.

137.- Atracción sexual por la naturaleza. Ver el *Manifiesto ecosexual* firmado por lxs activistas postporno Annie Sprinkle y Beth Setephens: http://sexecology.org/research-writing/ecosex-manifesto/

138.- Atracción sexual por el espacio y el mobiliario urbano.

139.- La ordenanza de civismo aprobada en el 2005 en Barcelona restringió la utilización del espacio público enormemente prohibiendo cocinar, beber alcohol, andar en patinete, bicicleta, tocar instrumentos, ir sin camiseta o desnudx y se recrudeció la persecución de las trabajadorxs sexuales que contactaban con sus clientes en la calle.

Es imprescindible que pongamos nuestros cuerpos, cada cual el suyo, con sus particularidades; que generemos espacios de posibilidad para todo tipo de cuerpos y que visibilicemos las prácticas que propician esas otras corporalidades, esa amalgama que no encaja con la normalidad corporal, experimentando, disfrutando y siendo conscientes del poder que tiene mostrar nuestros cuerpos en el imaginario colectivo.

Si nosotrxs hemos vivido cambios, sabemos que es posible; sabemos que podemos sentirnos deseables y desear cuerpos que no encajan con las categorías de sexo-género ni con los parámetros de normalidad corporal impuestos.

Somos monstruxs y queremos seguir siéndolo. Pero queremos ser monstruxs deseantes y deseadxs y ese es un trabajo que solo podemos hacer mostrando nuestros cuerpos, poderosos, fuertes, bellos y valiosos a la luz... Mutantes, mutables y orgullosos.



Fantasía postnuclear 0.01. Post-Op, 2013



CRÍTICAS AL CAPACITISMO HETERONORMATIVO: QUEER CRIPS

Raquel (Lucas) Platero

EXISTE UN DEBATE CRUCIAL sobre la intersección de las críticas a la heterosexualidad obligatoria y las normas sobre los cuerpos capaces y el capacitismo, desde hace más de un siglo (Peers, Brittain y McRuer, 2012); esta trayectoria cuestiona «la novedad» que parece representar este conjunto de activismos, prácticas artísticas y literatura crítica. Sin embargo, estas aportaciones no se han hecho necesariamente con estos mismos términos, de «heterosexualidad obligatoria» o «capacitismo», al menos no en el Estado español, que ha necesitado de las experiencias generadas por Movimiento de Vida Independiente, así como del trabajo y aportaciones de personas concretas que con sus vivencias han cuestionado las normas sociales. También se ha servido de las influencias internacionales para generar la posibilidad de este debate en el momento actual.

El término mismo de «capacitismo» (que traduce el inglés *ableism* y también *able-bodiedness*) busca todavía su sitio en castellano, para señalar la formación de estereotipos, actitudes negativas y discriminación hacia aquellas personas que tienen una diversidad funcional, por la que serán discriminadas. Resulta problemático que desde los años ochenta y noventa en el Estado español se va aceptando progresiva-

mente que existen discriminaciones estructurales con efectos particulares sobre algunas personas, como son el sexismo, la homofobia, la xenofobia, el clasismo y otros «ismos y fobias», y, sin embargo, hemos tardado mucho tiempo (casi dos décadas más) en plantearnos la necesidad de hablar del capacitismo. Constatamos, además, que el uso de este término es aún limitado. Incluso quienes niegan que estas discriminaciones existan o que sean estructurales (situándolas como cuestiones individuales y, por tanto, privadas y fuera de la acción gubernamental) se sirven de estos mismos conceptos, que, a su vez, son necesarios para la comunicación de realidades infraestudiadas.

El capacitismo se basa en la creencia de que algunas capacidades son intrínsecamente más valiosas, y quienes las poseen son mejores que el resto; que existen unos cuerpos capacitados y otros no, unas personas que tienen discapacidad o diversidad funcional y otras que carecen de ella, y que esta división es nítida (Toboso y Guzmán, 2010). Por otra parte, siento que el capacitismo está conformado por una noción medicalizada del «cuerpo normal» y un patrón de belleza normativa que es central para nuestras sociedades capitalistas, que descansa sobre la heterosexualidad obligatoria y los valores occidentales de lo aceptable, que incluyen a su vez nociones racistas y de clase sobre el cuerpo racializado. En suma, no creo que podamos hacer un análisis que no sea interseccional de lo que supone el capacitismo, si queremos hacer algo mínimamente interesante. Por poner algunos ejemplos, este análisis crítico permite desvelar el papel que ha jugado para las religiones cristianas las nociones de «tullido» y de «milagro» (ver Garland-Thomson, 2002); o también permite vislumbrar la subordinación de las mujeres, con y sin diversidad funcional, que acarrea que tengan que enfrentarse al estereotipo de la asexualidad, o de sexualidad femenina construida en función de la sexualidad masculina (ver Allué, 2003; Arnau, 2008); o que la sociedad sea incapaz de ver a las personas diversas funcionales como

sujetos y objetos de deseo (Guzmán y Platero, 2012), por mencionar solo algunos problemas clave.

Estas discusiones críticas sobre la sexualidad y la diversidad funcional son el punto de arranque para este breve artículo, en el que queremos situar el debate en algunas experiencias concretas desarrolladas en el Estado español para, finalmente, aportar algunas ideas alrededor de la utilidad de esta mirada crítica en el momento actual de crisis y retroceso neoliberal.

1. Las teorías críticas sobre la sexualidad y la diversidad funcional

Muchas son las voces que nos llaman la atención sobre los paralelismos de las teorías críticas sobre la diversidad funcional (como es la teoría crip) y sus equivalentes sobre la sexualidad (como es la teoría queer), que sirven para entender que la sexualidad o la diversidad funcional no son cuestiones naturales, ni biológicas, sino extremadamente enraizadas en valores culturales y son producto de momentos históricos concretos. Brevemente apuntaremos que la teoría crip (literalmente, «teoría tullida») surge tras una larga lucha contra las injusticias vividas por personas que son consideradas como ciudadanía de segunda clase, o situada en los márgenes. Literalmente, crip es una expresión coloquial ofensiva que se usa para designar a una persona que tiene una discapacidad y no puede servirse de algunos de sus miembros. Proviene del término ofensivo cripple, que podemos traducir como lisiado, una persona que no puede caminar o moverse adecuadamente por su discapacidad o tener una lesión en la espalda o piernas. También se usa actualmente para señalar una limitación relevante en un área concreta de la persona (*Oxford Dictionary*). Por otra parte, la teoría queer utiliza el apelativo queer que tiene también el poder de hacerte sentir mal, porque es un insulto, intencionalidad que se pierde cuando se usa en el contexto del

Estado español, donde a menudo se traduce por términos como maricón, travelo, bollera, raro, torcido, etc. Lo cierto es que tiene una difícil traducción, para no reducirse solo a la sexualidad, o no solo para los varones, y a menudo se olvida que la teoría queer surge en el seno de un feminismo crítico. Así, lo más frecuente es usar queer literalmente, evitando traducirlo, y por tanto perdiendo la connotación de insulto o de reapropiación y significación que tiene.

Volviendo a los nexos de las teorías queer y crip, ambas aproximaciones evidencian que hay sujetos con diversidad funcional y/o con sexualidades no-normativas que tienen un legado histórico de patologización, sujetos que necesitan monitorización médica y/o legal, que dependen de un reconocimiento de la sociedad para ser aceptados como «personas». También tienen una trayectoria histórica por la que se les ha considerado «seres pecaminosos», «demoníacos», «defectuosos». Por otra parte, la discriminación cotidiana que viven afecta a áreas clave de su desarrollo y de su socialización, como son la aceptación familiar, el acceso a la escuela, vivienda, ocio o empleo, entre otras. Asimismo, son similares los procesos de estereotipación y representación simplista y repetitiva en todo tipo de medios. Fruto de esta estigmatización, a menudo se sienten aisladas, incluso en sus familias, en sus barrios o en los entornos más inmediatos en los que viven (Sandahl, 2003: 25-56). Otra similitud es su construcción como minorías o colectivos; no tanto en sentido cuantitativo (que también), sino que, a través de la concienciación y el empoderamiento, pueden generar un sentido comunitario e identitario. Esta idea de la minoría contribuye, sin embargo, a construirse dentro del marco de una diferencia homogeneizante que no cuestiona necesariamente los privilegios sociales dominantes, que residen en la heteronormatividad o las capacidades consideradas como «normales».

Finalmente, podemos afirmar también que estas personas han creado movimientos sociales que cuestionan la naturalización de las normas sociales anteriormente men-

cionadas, que tratan de situar a las personas como sujetos, no como objetos, ya sea de estudio, de tratamiento o de cambio social (McRuer, 2003). Las herramientas de agencia y empoderamiento de ambos movimientos sociales incluyen también el sentido del humor, que permite manejarse no solo con las mayorías normalizadas que a menudo hacen preguntas que no se atreverían a hacer a otras personas, o que no entienden muchos de los matices cotidianos de las vidas de otras personas, un humor útil también para entenderse fuera de la representación estereotipada de víctima o marginado social (Allué, 2003).

2. Algunas aportaciones queer y crip en clave ibérica

Las multitudes queer y crip, a través de las prácticas artísticas, los movimientos sociales y la literatura académica, hacen un llamado a fijarnos más en las normas sociales dominantes, denunciando los intricados nexos de poder que someten a las personas, más que en la «normalización» o «aceptación» de los sujetos que rompen estas mismas normas, voluntaria o involuntariamente. Estas perspectivas críticas plantean serios retos a las nociones de normalidad o de tolerancia y, por tanto, no buscan ser amables o aceptables en la misma medida que otros movimientos sobre los derechos LGTB o sobre la discapacidad, que se esfuerzan por ser integrados y asimilados por la sociedad mayoritaria.

En este epígrafe queremos mostrar brevísimamente algunos ejemplos de estas prácticas queer y crip que tienen lugar en el contexto del Estado español y en nuestra historia reciente, que contribuyan a generar cierta genealogía imperfecta, y a todas luces inacabada, de experiencias artísticas, activistas, intelectuales y personales. Obviamente, el objetivo no es mapear todas y cada una de ellas, sino ofrecer algunos pocos ejemplos que ayuden a estudiar las aportaciones propias de nuestro contexto y que configuran parcialmen-



Portada de *Desde mis ruedas*, de Asun Balzola

te «un estado de la cuestión inacabado pero ejemplificado».

Comenzando por un ejemplo artístico queer y crip en clave ibérica, podríamos servirnos de la artista Asun Balzola, y especialmente fijándonos en su libro *Desde mis ruedas* (2002), que conozco gracias Gema Pérez Sánchez y su libro *Queer Transitions in Contemporary Spanish Culture. From Franco to la Movida* (2007). Asun Balzola (1940-2006) explora su diversidad funcional sobrevenida tras un accidente y también hace patente su bisexualidad; en esta obra deliciosa, cruel y con finales inesperados, se adelanta al tiempo. Su trabajo podría ser comparable al trabajo de Alison Bechdel, autora de *Dykes to watch Out For* y *fun home*. Asun Balzola se negaba a ser comparada con Frida Kahlo, en la medida en que no quería ser objeto de pena o ser entendida como una víctima de una situación trágica, y prefería autorepresentarse como alguien sonriente y en movimiento, más parecido a otro modelo bien distinto, como es la norteamericana Flannery O'Connor, a quien le caracterizaba un ácido sentido del humor (Pérez Sánchez, 2007: 220). Sirva este apunte para reclamar el legado de una autora no suficientemente conocida en la actualidad y que supone un referente en el cómic feminista, queer y crip.

Pasando a otro ámbito que no es el artístico sino el del activismo crítico, encontramos el Movimiento de Vida Independiente[140], que fue capaz de dar lugar a un nuevo término

140.- El movimiento de vida independiente es un movimiento social a favor de los derechos civiles, la desinstitucionalización y la desmedi-

autoasignado para abandonar el modelo médico de la minusvalía y la discapacidad, como fue «diversidad funcional», y que busca demostrar que estas mismas personas tienen la capacidad de poder decidir sobre sus vidas. Este término surge precisamente en el Foro de Vida Independiente (2001), donde Manuel Lobato, Juan José Maraña y Javier Romañach generaron una «comunidad virtual en la red para cubrir un hueco imprescindible en el mundo de la discapacidad: el de la reflexión y el pensamiento» (Lobato y Romañach, 2003: 1).

Este movimiento social ha tenido éxito a la hora de introducir una perspectiva crítica que ha hecho posible que personas que *a priori* no conocían la crítica capacitista, porque su práctica artística o política estaba clasificada dentro de otros movimientos sociales como el feminista o queer, y que desconocían este ámbito, puedan compartir luchas porque con su trabajo quieren desmantelar las mismas normas sociales. Este es el caso del encuentro entre el movimiento feminista, en concreto del grupo Agenda de Asuntos Precarios Todas aZien y el movimiento sobre la diversidad funcional, tal y como refleja el libro *Cojos y precarias haciendo vidas que importan* (Traficantes de Sueños, 2012). Este «cuaderno polifónico» recoge los debates sostenidos a lo largo de tres años, realizados en primera persona por sus protagonistas sobre la precariedad y los nexos que unen ambos movimientos. En estas conversaciones emergen la necesidad de reconceptualizar el valor del cuidado

---

calización de las personas con diversidad funcional surgido a finales de los años sesenta en EEUU. Posteriormente el movimiento se internacionalizó siendo el germen de movimientos similares en diferentes países y foros internacionales. El modelo de la diversidad explica la discapacidad como la consecuencia directa del marco social discriminatorio que ha sido diseñado sin pensar en las necesidades de cierto tipo de personas. La discapacidad no es un estigma con el que carga la persona, sino resultado de la exclusión y opresión social que se ejerce sobre ella, al negársele los apoyos necesarios, simplemente porque es diferente (Toboso, y Guzmán 2010).



Portada de *Cojos y precarias haciendo vidas que importan*

y la interdependencia en nuestra sociedad, poniendo palabras a la vulnerabilidad y las normas que sujetan a los cuerpos. Ya no son dos grupos *marginales* del activismo planteando problemas particulares, sino que generan una discusión fructífera en la que se plantean cuestionamientos al papel que se otorga al cuidado, al sujeto productivo y la necesaria interdependencia de las personas.



Logo de *Yes we fuck*

Y el segundo ejemplo activista que se presenta sería el proyecto colectivo *Yes we fuck*, una experiencia desarrollada en 2013 y liderada por Raúl de la Morena y Antonio Centeno que, en un documental con el mismo título, buscan hacer una contribución crítica al desarrollo de la sexualidad humana, donde la diversidad funcional tiene una experiencia importante que aportar. En la preparación de este trabajo incluyen experiencias que se elaboran desde el activismo crítico, pero también desde el postporno (colaborando con el colectivo Post-Op). Persiguen impulsar maneras de entender la sexualidad fuera del marco heteronormativo, y que incluyen el disfrute de la prostética, la desgenitalización y la búsqueda de nuevas formas de obtener placer, entre otras



Paco Guzmán, activista e intelectual

reflexiones emancipatorias y claramente generadoras de agencia.

Finalmente, querría cerrar este epígrafe de ejemplos con una aportación de una persona muy querida, una aportación tanto intelectual como personal proveniente del recientemente fallecido investigador y activista Paco Guzmán. Ha sido miembro del Foro de Vida Independiente e investigador en el Instituto de Filosofía del CSIC y tiene numerosas publicaciones en las que la ética sobre la vida independiente está muy presente. Además, antes de dejarnos, escribió un texto a modo de despedida titulado «Panegírico», que se ha publicado en 2013 en diferentes medios (como *eldiario.es* o *El País semanal*). Es una despedida llena de paz, dirigida a tranquilizar a quienes seguimos viviendo, y donde tiene una clara voluntad de confrontarnos con las preguntas que nos hacemos los capaces sobre la felicidad y las posibilidades de vivir bien y dignamente, donde también reflexiona sobre sus afectos y la sexualidad. Extraemos unos párrafos del mismo texto:

> He amado mucho, hasta querer morirme, fijaos que disparate... y no tengo noticia de haber sido correspondido, tan solo indicios, destellos confusos, y algún que otro chasco. Finalmente el acontecimiento no tuvo lugar... queda pendiente para la próxima vida.
>
> Sin embargo, he practicado relaciones sexuales plenas, más de lo que la mayoría probablemente habría imaginado, y mucho, mucho menos de lo que me hubiera gustado en la vida. No lo comentaba casi nunca para evitar desaprobaciones inútiles e innecesarias. Pero en esta lista de cosas por las que mi vida ha merecido la pena el sexo no podía faltar.

Sirvan estas líneas a modo de cuestionamiento de lo que las personas, incluso las conocedoras de las críticas capacitistas, hacemos de la sexualidad y de las posibilidades de vivir de las personas diversas funcionales, de las «desaprobaciones inútiles e innecesarias» que implican un control social capacitista. Son las normas sociales que aluden al cuerpo bello y capaz las que anulan la posibilidad de podernos imaginar una vida sexual posible para las personas diversas funcionales.

En conjunto, conscientes de la brevedad de estas pinceladas sobre las experiencias que podríamos llamar queer y crip, queremos evidenciar el valor que tienen, porque generan un horizonte posible, tanto de un legado por conocer como de un futuro al que aspirar, rompiendo con la imposibilidad paralizante y el vacío que cerramos con frases como «no hay nada», «no se habla de esto», «no hay nadie hablando de estas cuestiones». Es precisamente esta invisibilidad que borra el pasado e imposibilita el futuro la que genera una ininteligibilidad del deseo del sujeto diverso funcional de tener una vida vivible, y revela que todos vivimos atados por normas sociales heterosexualizantes, occidentalizantes, coitocéntricas y capitalistas, de efectos interseccionales.

3. Algunas ideas finales: La crisis neoliberal y una austeridad que mata

Quisiera cerrar este texto poniendo en valor el estudio crítico de la sexualidad y la diversidad funcional en el contexto actual, donde las políticas de austeridad están recortando ideológica y materialmente las posibilidades de vida de las personas. No solo es que la esperanza de vida se esté acortando para la población en general (cuestión que ya es evidente en el Estado español), sino que aún es más corta y con menos calidad para algunas personas, en concreto para las personas con diversidad funcional, que de nuevo han de acudir a las familias y a la caridad para satisfacer sus necesidades. Contextos donde se impone volver a los armarios, donde ya no caben ni desean estar.

Sin embargo, además de ser una cuestión en la que se nos va la vida, también se trata de lo que entendemos como vidas vivibles, de esa noción de la vida con dignidad que concebimos como deseable para todos los seres humanos. La sexualidad no es una necesidad cuya satisfacción sea prescindible, ni una cuestión recortable ideológicamente, sino que responde a un ámbito de contestación y lucha política donde las alianzas potenciales entre los movimientos críticos queer y de la diversidad funcional pueden tejer un maraña de resistencias. Estas alianzas son complejas y necesitan de voluntades explícitas, y pueden alimentarse de las buenas experiencias y conocimiento acumulado desde el feminismo, las prácticas queer y sobre la diversidad funcional, que se produce en nuestro contexto y fuera de él.

Y es que, al final, somos un conjunto de cuerpos desobedientes, a veces monstruosos y siempre incómodos que cuestionan la normalidad, dicho esto en un momento especialmente necesario, donde una masa heterogénea de personas queremos decidir sobre nuestros cuerpos y nuestros deseos, hoy, aquí y ahora.

Arnau, Soledad: *Otras Voces de Mujer: El Feminismo de la diversidad funcional*, Dilemata.net. Portal de éticas aplicadas, 2008, visto el 9 de julio de 2013.

Allué, Marta: *DisCapacitados. La reivindicación de la igualdad en la diferencia,* Bellaterra, Barcelona, 2003.

Bechdel, Alison: *Unas bollos de cuidado y otras formas de vida singulares* (Dykes to Watch Out For), La cúpula, Barcelona, 2005.

Bechdel, Alison: *Fun Home. A Family Tragicomic,* Houghton Mifflin, Boston & New York, 2006.

Balzola, Asun: *Desde mis ruedas,* Alberdania, Irun, 2002

Foro de vida independiente y agencia de precarios todas a zien: *Cojos y precarias haciendo vidas que importan,* Traficantes de Sueños, Madrid, 2012.

Garland-Thomson, Rosemarie: «The Politics of Staring: Visual Rhetorics of Disability in Popular Photography», Snyder, Sharon L.; Bruegge-mann, Brenda Jo; Garland-Thomson, Rosemarie (eds.): *Disability Studies: Enabling the Humanities,* The Modern Language Association of America, New York, 2002, pp. 56-75.

Guzmán, Paco y Platero, Raquel (Lucas): «Passing, enmascaramiento y estrategias identitarias: diversidades funcionales y sexualidades no-normativas», Platero, Raquel (Lucas) (ed.): *Intersecciones: cuerpos y sexualidades en la encrucijada*, Bellaterra, Barcelona, 2012.

Lobato, Manolo y Romañach, Javier: *El foro de vida independiente – Algo más que una comunidad virtual,* 2003, disponible en www.minusval2000.com

Mcruer, Robert: «As good as it ges. Queer Theory and Critical Disability», *GLQ: A Journal of Lesbian and Gay Studies*, 9 (1-2), 2003, pp. 79-105.

Peers, Danielle; Brittain, Melisa & Mcruer, Robert: «Crip Excess, Art, and Politics: A Conversation with Robert McRuer», *Review of Education, Pedagogy, and Cultural Studies* 34 (3-4), 2012, pp. 148-155.

Pérez-Sanchez, Gema: *Queer Transitions in Contemporary Spanish Culture. From Franco to la Movida,* State University of New York, New York, 2007.

Sandahl, Carrie: «Queering the Crip or Cripping the Queer?: Intersections of Queer and Crip Identities in Solo Autobiographical Performance», *GLQ: A Journal of Lesbian and Gay Studies*, 9 (1-2), 2003, pp. 25-56.

Toboso Martín, Mario y Guzmán Castillo, Francisco: «Cuerpos, capacidades, exigencias funcionales... y otros lechos de Procusto», *Política y Sociedad*, Vol. 47 n° 1, Madrid, 2010, pp. 67- 83.

UN RUGIDO DE RUMIANTES
APUNTES SOBRE LA DISIDENCIA CORPORAL DESDE EL ACTIVISMO GORDO

Lucrecia Masson

> El cuerpo es relacional: constituido por relaciones internas entre sus órganos, por relaciones externas con otros cuerpos y por afecciones, esto es, por la capacidad de afectar a otros cuerpos y de ser por ellos afectado sin destruirse, regenerándose con ellos y regenerándolos. Un cuerpo es una unión de cuerpos.
>
> SPINOZA

> No hay cuerpo sin f(r)icción.
>
> FELIPE RIVAS SAN MARTÍN

EL FEMINISMO SERÁ TRANSFRONTERIZO O NO SERÁ, enuncia entre otras transpalabras el *Manifiesto para la insurrección transfeminista. Crossing the border is the original sin* (cruzar la frontera es el pecado original)[141]. Las fronteras que me ocupan a continuación son aquellas que intentan poner límites a nuestros cuerpos. Que nos dicen dónde está lo normal corporal y a qué hay que ajustarse. Y ser un cuerpo es habitar el lugar de la frontera.

El feminismo lleva décadas encargándose del binomio que nos divide en hombres y mujeres, pero me parece importante poner sobre la mesa esos otros binomios que también se expresan en nuestros cuerpos, que materializan subjetividades y las naturalizan. Hablo de esas dicotomías

141.- Canción: *Oldie de la Violencia,* 2010. Guillermo Gómez-Peña. Disponible en: http://hemisphericinstitute.org/web-cuadernos/en/radio-free-pocha/songs

que nos ponen en un lugar u otro de la normalidad corporal, en un lugar u otro del circuito del deseo. Algunos de estos binomios son el cuerpo bello o indeseable, sano o enfermo, joven o viejo, válido o inválido.

Entiendo que no podré abordar todas estas dimensiones. Por tanto, me situaré sobre todo en la cuestión de la gordura y en la necesidad de un activismo gordo desde nuestras regiones, pasando por un cuestionamiento del deseo, para desde ahí reflexionar sobre esas «verdades» que se han dicho sobre nuestros cuerpos, sobre las etiquetas que nos han puesto, y pensar el cuerpo como una construcción, un artefacto, una ficción política.

El activismo gordo nos abre una puerta para empezar a pensar la corporalidad disidente, disruptiva, defectuosa. Creo que desde el transfeminismo y otros activismos afines, estamos empezando a hablar desde nuestras propias carnes. Nuestras carnes: las que sobran, las que faltan, las que están viejas, las que están enfermas, las que no son funcionales.

Es necesario empezar a cuestionarnos cómo se crea el cuerpo normal y evidenciar su carácter de artefacto. Nuestros cuerpos gordos, enfermos, viejos o discapacitados son construcciones sociales. Nuestros cuerpos, así definidos, son el resultado de relaciones sociales donde unos cuerpos se privilegian sobre otros. Existe una escenografía de lo social, con cuerpos actuantes que logran diferentes repartos.

No tengo sobrepeso, soy gorda

Sirva como subtítulo esta frase de Beth Ditto para acompañar una gran pregunta: ¿reproducimos jerarquías corporales incluso en nuestros espacios que se pretenden libres de normas y opresiones?

Era necesario que se empezaran a instalar debates en torno al cuerpo que fueran más allá del género. Es importante dar otro paso y problematizar la normalidad corporal.

Una vez me dijeron: «Pero las gordas tienen mucha presencia en nuestros espacios, se las escucha, hablan fuerte y bien». Me quedé pensando en esto y después de darle vueltas pensé que sí, que es verdad. Pero el hecho de hacer estallar ciertos estándares hace que necesitemos estrategias de supervivencia en el espacio social, incluso dentro del feminismo. Y digo que no se trata solo de la gordura, sino de pararnos a reflexionar sobre esas fronteras que definen lo normal corporal. Hay una especie de plus que se debe pagar, un peaje que los cuerpos no-estándar pagan como tributo a este régimen que ha colonizado nuestros cuerpos.

No es mi apuesta la de entrar en un reclamo identitario en torno a la gordura. El punto está en reconocer en el cuerpo gordo una construcción médico-política más. La apuesta es partir de aquí para poder cuestionarnos las ficciones naturalizadas que ponen etiquetas y diagnósticos a nuestros cuerpos.

Pero, al mismo tiempo, quiero identificarme como gorda. Toda mi trayectoria corporal está atravesada por esta palabra, casi siempre en tono injurioso. Enunciarme desde ahí es hoy una necesidad política. Apropiarnos del insulto para salir del lugar de la herida, como bien dice mi amiga Laura Contrera. Se trata también de seguir rompiendo armarios y dar respuestas colectivas a cosas que nos han dicho que pasan por lo individual. Igual que desde el feminismo se politiza la sexualidad, la economía o la violencia, también es importante trabajar colectivamente en torno a otras dimensiones. Se me ocurre pensar en el clásico «quiérete a ti misma». Parece que hubiera un logro personal a celebrar en el haber aprendido a *quererse*, alcanzado con esfuerzo y a costa de padecimientos que deben quedarse en un terreno individual y en el espacio del silencio. Prefiero pensar que podemos crear colectivamente condiciones de posibilidad donde las existencias corporales, a veces incómodas, no se vivan en soledad. Una vez alguien me dijo: «mi cuerpo lo que quiere es que lo quieran», y con esta frase entendí muchas cosas.

«El cuerpo es experiencia», me dijo alguien a quien creo cuando habla. Y pienso, ¿qué pasa si experimentamos a partir de la corporalidad, cuestionando esas verdades que se han inscrito sobre nuestros cuerpos? Si mediante ejercicios performativos podemos evidenciar que el género y el sexo se construyen y vivencian a través de un conjunto de técnicas y tecnologías y de la repetición de estas, de igual manera podemos evidenciar que el «cuerpo normal» se construye a través de estas y otras técnicas, dando lugar a un artificio que es el cuerpo bello, deseable, funcional. El cuerpo es ficción política.

El mundo angloparlante lleva aproximadamente cuatro décadas de *fat activism*. En nuestras regiones no contamos aún con un activismo consolidado y feminista en torno a la gordura.

Este despertar gordo viene con una impronta muy sudaka. He utilizado antes la idea del cuerpo colonizado como metáfora, ahora el colonialismo se presenta en un sentido más literal. Y como las fronteras no nos detienen, muchas cosas están pasando.

Entre ellas, la página *Gorda!zine*[142], de consulta obligada para quien quiera abrirse a nuevas formas de pensar el cuerpo. En este fanzine electrónico, disponible tambien en papel, encontramos reflexiones fundamentales de Laura, su autora. También nos acerca traducciones de textos del *fat activism*, que como dije antes nos llevan la delantera en estas cuestiones. Además, el *Gorda!zine* nos invita a hacer un interesante y creativo recorrido visual por sus páginas, donde Beth Ditto cobra el papel de figura casi totémica.

142.- Fanzine electrónico *Gorda!zine* http://gordazine.tumblr.com. También disponible en papel, en el Estado español, en las distribuidoras afines: Coños como llamas y Peligrosidad Social.

Luego está el poderoso Manifiesto Gordx[143] que llega desde Chile. Este manifiesto, en formato audiovisual (que, por supuesto, fue rápidamente censurado en internet) ha sido traducido a varios idiomas y logra condensar en poco más de cuatro minutos una serie de ideas que no nos dejan indiferentes. Los cuerpos se exhiben primero en cortos planos, donde es difícil distinguir qué partes estamos viendo, y luego el plano se va ampliando a medida que crece la fuerza del texto. Me interesa particularmente este juego de cercanías y distancias con respecto a los cuerpos que muestra el vídeo. ¿Qué etiqueta le ponemos a un cuerpo que no vemos? Y si no vemos el total, ¿qué decimos de ese cuerpo? Hay una tarea etiquetadora que se corresponde con la mirada. Desafiar el monopolio de la mirada y experimentar lo sensorial desde sus diversas posibilidades es, a mi entender, otro interesante y necesario ejercicio a asumir.

Siguiendo con mis queridas gordas sudakas, desde México y vía redes sociales, Bala Rodriguez comparte su producción performática y fotográfica. A través de su cuerpo, Bala habla, hermosa y generosamente. También están en Colombia Dianita Pulido y Alias Angelita, accionando siempre en torno al tema. Dianita escribió estas palabras, tan contundentes como poéticas:

> Mi cuerpo es un extenso campo de batalla. Su mera existencia es, en sí misma, retadora e incómoda. Mi cuerpo excesivo, anormal, indeseado, feo... resiste, lucha, revoluciona [...] me amo gorda, me amo rebosante... me amo rebelde, me amo por no encajar y no desear hacerlo. Por todo, amo mis excesos.

Entre todas, estamos inventando nuevas maneras de encontrarnos y accionar. Intercambiamos material, experiencias, nos cuidamos y nos reunimos, ordenador median-

143.- http://missogina.perrogordo.cl/manifiesto-gordx/

te. Practicamos nuevas formas de activismo. ¿Transfeminismo transasambleario?

También en el Estado español, concretamente en Barcelona, contamos con lo que fue la experiencia de Masa Crónica. Este colectivo, del que formé parte, surgió de la necesidad de poner sobre la mesa cuestiones como la gordura, la representación de los cuerpos y la necesidad de una (de)construcción del deseo. Los debates, performances y talleres que en diferentes ocasiones propusimos fueron recibidos con gran entusiasmo. Esto nos habla claramente de la necesidad de abordar temas como la gordura, entendiéndola como un asunto importante del feminismo[144].

En Canarias surgió el grupo de facebook *La vista gorda - Stop Gordofobia,* creado por iniciativa personal de Carlos, cuyo nombre en la red es (¡atenti!) Carlos Sinolesgustatubarrigaclavasela. *La vista gorda* se presenta como «un grupo crítico contra los cánones de belleza establecidos, contra los cuerpos ideales, contra la tiranía de la estética, contra la dictadura de la belleza y contra todo aquello que atente contra la diversidad corporal».

Es el *FatPower*. La red comienza a hacerse gorda.

…cuerpos proletarios, más deseantes que deseables…

Así lo afirma el Manifiesto Gordx. Desde esta convicción, apuesto por cuestionar siempre el deseo a partir de la idea de que no hay una verdad última en él. Asociamos el deseo a esa cosa casi instintiva, que nos lleva a lanzarnos sobre aquello que deseamos, desafiando todo orden. Pero no, el

144.- Si bien Masa Crónica actualmente no está activo como colectivo, existe como plataforma virtual en código libre, como espacio de encuentro e intercambio en N-1 https://n-1.cc/g/masa_cr%C3%B3nica

deseo es algo que se aprende, deseamos lo que nos es posible desear, deseamos lo que nos es permitido desear.

No podemos fiarnos del deseo.

Y tampoco se trata de generar un discurso destinado a decir la verdad sobre el deseo, o a subvertir las leyes que lo rigen. Se trata más bien, siguiendo a Foucault[145], de preguntarnos por qué decimos con tanta pasión que deseamos esto o aquello.

Nos toca entonces comenzar la difícil y urgente tarea de replantearnos el deseo. Será entonces necesario dejar de lado el *yo deseo*, para entrar en un *crear deseo*, en construirlo colectivamente, reconociéndonos y teniendo siempre bien claro que no deseamos libre ni autónomamente. Está en nuestras manos el generar nuevas representaciones, construir nuevos imaginarios, dar lugar a otros cuerpos. Necesitamos un cuestionamiento transfeminista del deseo que atraviese, transgreda, transforme.

Y la mirada. La ficción política del cuerpo se construye, entre otras cosas, a través de la mirada. ¿Dónde termina mi cuerpo y empieza el tuyo? Y estamos otra vez en la frontera.

Dice Juan Manuel Burgos: «Llevo marcas de miradas por todo el cuerpo, cicatrices que no cierran y se actualizan en cada parpadeo –y sin embargo, que sean vistas es, al final del día, lo único que espero–»[146].

Y estoy confiada, porque siento que esto está empezando a suceder. El camino es largo pero está empezado. Tenemos mucho que mirarnos y mirar cómo miramos. Y para eso tenemos el gran laboratorio que es el feminismo, donde nuestros cuerpos son material a intervenir, descodificar, descolonizar.

145.- Foucault, Michel: *Historia de la Sexualidad. 1. La voluntad del saber,* Madrid 2009, pp 8-9.

146.- Burgos, Juan Manuel: http://complementozine.blogspot.com.es/2012/09/testimonio.html.

Los cuerpos deben ser todavía aprehendidos
como algo que se entrega para ser cuidado

Así habló Judith Butler. Se es vulnerable porque se es susceptible de ser afectado. Y paradójicamente, en el hecho de reconocer la vulnerabilidad está la potencia, la capacidad de. Hablo del cuerpo y sus afecciones, de su capacidad de componerse con otros cuerpos.

«Nadie sabe qué es lo que puede un cuerpo», dice Spinoza. De esta manera, en lugar de preguntarse qué es un cuerpo, se pregunta qué es lo que puede un cuerpo, y la respuesta a esta pregunta es siempre una incógnita. Este autor nos propone la increíble idea de pensar el cuerpo fuera de la esencia para entrar en el campo de la potencia. A partir de ahí, podemos desmontar la idea de cuerpo gordo, cuerpo discapacitado, cuerpo enfermo. Un cuerpo no es en función de una esencia o de un deber ser en función de una norma, sino que puede en relación a su potencia.

También, y no olvidemos esto, un cuerpo nunca puede de una forma totalmente libre: «el cuerpo es relacional», decía en el primer epígrafe. Las estrategias de resistencia siempre se construirán en interdependencia. «Mi cuerpo es y no es mío»[147]. Un cuerpo puede siempre en diálogo, siempre en esas relaciones con otros cuerpos y otras entidades que se constituyen en su capacidad de afectación. Nadie ni nada es absolutamente autosuficiente. Entonces será nuestra tarea la de aprender nuevas maneras de habitar el cuerpo, nuevas maneras de afectar y ser afectados, siempre entendiéndonos como cuerpos interdependientes, como cuerpos que han sido arrojados para ser cuidados. Y aquí está la propuesta política. La interdependencia no es, entonces, un

147.- Butler, Judith: *Deshacer el género,* Barcelona, 2006, p. 41

estado de cosas, sino una vía para crear nuevas formas de relación. Nuevas formas de habitar y habitarnos.

Suena el cuerno. El llamado a las alianzas

En el espacio que cae fuera de los estandares de normalidad corporal nos encontramos con otros cuerpos. Cuerpos aberrantes. Aberrante, según el diccionario de la RAE significa: «lo que se aparta o desvía de lo considerado normal». Necesitamos establecer alianzas entre estos cuerpos aberrantes, generizados, racializados, medicalizados, diagnosticados capaces o no.

Y estoy confiada, vuelvo a decir. Creo que está comenzando a suceder un feminismo que nos atraviesa, cual lanza bañada en potencia creadora y, así, nos transforma, nos da herramientas para la vida, hace del feminismo algo que vivir. Tal vez ya era el momento y estamos entrando en una revuelta orgánica, en un revolver órganos. Un afectarnos y afectar, regenerándonos sin destruirnos. Las alianzas han sido llamadas. Algo está empezando a suceder.

Soy un rumiante. Y no he estado sola rumiando este texto. Gracias Pedro, Guille, Aída, Maura, Helen y Miriam, por las aportaciones y la paciencia vacuna.

IV
El amor siempre fue político

EL AMOR EN TIEMPOS DE FAKEBOOK*

Helen Torres

Aquella semana corregía una novela de amor. Mientras, fui a visitar a un amor antiguo.

Volví a casa después de la visita. Terminé la corrección. Mi cuerpo estaba convaleciente. Las piernas me pesaban como prótesis extrañas.

Sentía que me había consumido hasta los huesos con aquel texto sobre un amor perturbado y sus efectos en una joven inadaptada. En mi mente cansada se mezclaban los recuerdos de aquel romance ajeno con los de mi propia historia. Entonces me di cuenta de hasta qué punto mi vida había estado moldeada por la búsqueda del amor como proyecto vital, como proyección del yo en el futuro. Y cómo, gracias a la práctica continuada del sexo y la relacionalidad amorosa fuera del paradigma de la heteronormatividad, había llegado a distinguir entre deseo y placer, amor y sexo, confianza y conocimiento, compromiso e inmutabilidad.

Dicen que has de separar para entender, y luego, volver a juntar. Así, entendí que el deseo podía ser un placer; que el placer podía venir sin sexo; que la confianza era indispensable en toda relación; y que el compromiso se hace efectivo aquí y ahora.

Nunca antes se me había ocurrido que había emociones tan o más importantes que el amor. Ni que el sexo no fuera una necesidad imperiosa para mantener la cordura. Y resultó que, no solo el amor no era tan importante, sino

*.- Agradezco a Lucía Egaña y Lucrecia Massón las conversaciones que hicieron posible este artículo.

que el sexo dejó de ser la fuente primordial de placer y aquello que me definía como persona.

La llave que abrió las puertas a esa comprensión fue dejar de ser lo que (no) era –mujer, pareja, madre, diosa– para ser algo que no sabía que era, una amalgama incierta más allá de las proyecciones y los deseos.

Yo no era tan importante. Ni tan poca cosa. Era algo más. Algo desconocido e intrigante, algo que no me esperaba, que se extendía más allá de mis fronteras. Y podía existir sin que el amor de otros seres confirmaran mi existencia.

Mi cuerpo sigue queriendo que lo quieran. Mi piel sigue deseando otras pieles. Pero el cuerpo no entiende de sapos, princesas ni novelas; si acaso de poros, sudores, estremecimientos. Placeres. Y que le dejen en paz.

(Luego está el hijo[148]. Alguien a quien es difícil decir «te quiero». Suena a banalidad. Una redundancia. Una incomodidad. Al hijo lo quieres antes de conocerle. Y luego, has de aprender a amarle, a pesar suyo, a tu pesar. Sin sexo. No todas las madres aman siempre su creación. El amor no es una condición vital, sino una forma más agradable de vivir).

La cunita

«¿De qué es esta mani?». «No sé... debe ser algo de lesbianas». (Escuchado en manifestación por la despenalización del aborto, Barcelona, 2012)

Discutir los qué, cómo y porqués de un movimiento político supone definir acciones, propiciar una serie de acontecimientos, promover valores para una ética. Pero no buscar un pensamiento común.

148.- Utilizo el masculino porque es mi caso.

Ya desde principios de los años ochenta, Donna Haraway viene advirtiéndonos sobre los peligros de la visión única y de un lenguaje común que homogenicen las luchas contra el patriarcado. Amante de las metáforas, Haraway nos habla del conocimiento situado como puntos de vista articulados a la manera del juego de hilos llamado la cunita.

> La cunita trata sobre diseños y nudos, el juego requiere gran destreza y puede acabar con serias sorpresas. Una persona puede construir un gran repertorio de figuras de cuerdas en un solo par de manos, pero las figuras de las cunitas pueden ir y venir entre las manos de quienes juegan, añadiendo nuevos giros en la construcción de diseños complejos. La cunita invita a un sentido del trabajo colectivo, hablan sobre la incapacidad de una sola persona para crear todos los diseños por sí sola. Nadie «gana» en el juego de la cunita, el objetivo es mucho más interesante y con un final más abierto. No siempre es posible repetir diseños interesantes, y deducir cuál será el fascinante diseño resultante es una habilidad analítica encarnada. El juego es practicado en todo el mundo y puede tener una significación cultural considerable. La cunita es global y local a la vez, distribuida y ligada[149].

Así imagino el transfeminismo: puntos de vista que se enredan para formar diseños inesperados y abiertos, alianzas parciales y contingentes alejadas de las ansias de universalización y homogeneización. Estas son herramientas de la Casa del Amo. La parcialidad y la heterogeneidad no son lujos de la postmodernidad, sino condiciones de supervivencia para quienes conocen los peligros que encarna el liderazgo y las miserias del pensamiento único.

Mi mirada es desde y hacia el interior de esta comunidad permeable y vírica llamada transfeminismo, en busca de herramientas en la lucha contra el patriarcado.

Las batallas son cansinas. Vuelves con hambre, sueño, barro y ganas de una bañera bien caliente. Para esos

149.- Haraway, Donna: *Testigo_Modesto@Segundo Milenio*, UOC, Barcelona, 2004.

momentos está pensado este texto: para el descanso de las guerreras.

Seguro que hay temas más urgentes en estos momentos críticos. Sin embargo, propongo este ejercicio justo cuando menos tiempo tenemos para pensar, y sobre asuntos que, aunque cotidianos, solemos arrinconar en el cajón de las confidencias, los chismes, las quejas, los secretos, los silencios.

Para ello me valdré de una figura y una pregunta.

La figura es la del idiota (rescatado por Isabelle Stengers que lo rescata de Deleuze que lo rescata de Dostoievsky). El idiota es aquel que nos reclama detenernos, que se resiste a aceptar lo consensuado. No pide una desaceleración porque considere que la explicación sea errónea sino porque cree que «hay algo más importante»:

> Sabemos que allí está el conocimiento, pero el idiota nos pide que ralenticemos la marcha, que no nos consideremos con la autoridad para creer que poseemos el significado de lo que sabemos[150].

La pregunta es qué hacer con nuestra herencia emocional patriarcal[151]. ¿Cómo resignificar la ecuación sexo=amor=pareja=familia=lazos sanguíneos? ¿Cómo redefinir la mirada? ¿Cómo abandonar la reproducción de un yo coherente y centrado para crear otras formas de amar?

150.- Stengers, Isabelle: «The Cosmopolitical Proposal», *Making Things Public: Atmospheres of Democracy,* MIT Press, Cambridge, MA, 2005.

151.- Despret, Vincianne: *Our Emotional Make-Up,* Other Press, Nueva York, 2004.

> Locura es la lógica estúpida de la vigilia que insiste en que la identidad se sostiene a lo largo del tiempo y las desdichas. Como si yo, sin vos, fuera la misma persona
>
> ANA MARÍA SHUA[152].

La diferencia se puede plantear entre entidades y en el interior de esas entidades[153]. Para salir de la dominación jerárquica es necesario realizar estos dos movimientos de manera simultánea. Porque no solo «los hombres y las mujeres de nuestro tiempo» tienen miedo al cambio y reproducen valores y prácticas patriarcales. Las transfeministas también nacimos en esta sociedad; aquí fuimos socializadas, aquí vivimos, amamos, algunas pocas nos reproducimos y aquí mismo moriremos. Nosotras también somos la sociedad.

Hemos de habitar la contradicción, hacernos preguntas interesantes para usar como señales y olvidar los modelos. Generar formas de vida inesperadas que no remitan a un modelo binario de opresión, a una oposición antagónica entre el Uno y las otras. Y para ello no sirve oponerse al Uno como un todo coherente y homogéneo, porque ese todo no existe, y si lo creamos, le damos más razones de existencia. Se trata de resaltar las diferencias al interior de esas otras, nosotras; preguntarse por las fisuras, las contradicciones, la incoherencia de toda identidad.

Ni la transexualidad ni la homosexualidad son fases superiores de la heterosexualidad. Hay otras exclusiones: de clase, color de piel, país de origen, títulos universitarios, historial depresivo, especificidades corporales y otras de esas pequeñeces que definen al mundo. No somos huestes de Xenas gays:

152.- Shua, Ana María: *La muerte como efecto secundario*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1997, p. 43.

153.- Minh-Ha, Trinh T.: *Woman, Native, Other: Writing Postcoloniality and Feminism,* University of Indiana Press, 1989.

aguerridas, certeras, invencibles. Armadas hasta los dientes y capaces de enfrentarse a todo. Con glamour y mala leche.

Nadie es valiente todo el rato. A veces nos cansamos. No todas tenemos mala leche. Y mucho menos glamour. ¿Y qué pasa con quienes *no pueden* ser transfeministas? ¿Qué con quienes han sido oprimidas por otras mujeres (quizás lesbianas, quizás blancas, probablemente feministas)?

Vivir en la distopía con un libreto utopista es una contradicción dolorosa. Sostener que *todas unidas jamás seremos vencidas* es peligroso. Y un olvido imperdonable de la historia de nuestras antepasadas.

Como dijo Haraway, no nos salvará el cyborg como no nos salvó el Che. No se trata de salvarnos sino de crear nuestros propios mecanismos y redes de apoyo. Un lenguaje propio. Otras formas de relacionarnos. Otras maneras de amar. Devenires inapropiados e inapropiables.

Propongo poner sobre el escenario nuestra herencia emocional y afectiva y demostrarnos capaces de superarla. Preguntarnos sobre nuestras contradicciones, miedos y angustias, no como cuestiones privadas y personales, sino como problemas públicos y políticos.

Ya lo dijeron nuestras abuelas feministas. Escuchémoslas.

El espejo

En un espacio relacional que no funciona con los códigos de la normatividad heteropatriarcal, la pareja es una figura conflictiva, tanto para quienes la practican como para quienes no.

Un *fisting* público entre dos biomujeres es una bofetada a la normalidad. Un mimo a tu amada en una celebración soleada podría leerse como la definición de un espacio de intimidad, la circunscripción de un coto privado. No digo que lo es. Pero sí que nuestra mirada es también una herencia aún por resignificar.

La mirada se construye a partir de patrones de normalidad tan grabados en nuestras retinas que difícilmente podamos identificar si no hacemos ejercicios performativos que los pongan en jaque.

Uno de estos ejercicios son los talleres de drag king, prácticas encarnadas de modificación corporal y gestual que nos ponen en un lugar extraño: saber qué se siente al performar públicamente la masculinidad con la rabia de quien ha sido construida como mujer. Lo más sorprendente es la reacción del king: sus emociones son diferentes, siente unas ganas de dar hostias antes inimaginables. Su personaje le hace hacer. Este es uno de los grandes logros de este ejercicio: ser consciente de hasta qué punto la mirada te hace ser. Y entender cómo la reproducimos y cómo resignificarla.

Luego está el Drag Incómodo, una propuesta de Lucrecia Masson, que propone «habitar corporalidades que nos resulten incómodas, inapropiadas, defectuosas». Si sientes que tus tetas, tu culo o tu barriga son demasiado pequeñas o demasiado grandes, luciéndolas dejarás de ver la mirada ajena como arquitecta de tus curvas. Esta vez eres tú quien delinea tus contornos.

La mirada se cuestiona alterando los códigos de lectura, cambiando los papeles, haciendo un *cut-up* con el guion a partir del cual te leen/te lees. Cuando la mirada desenfoca, se siente ridícula. Tiene miedo. No sabe qué hacer. Mientras tanto, tú tienes la satisfacción de disfrutar de tu masculinidad, tus tetas pequeñas, tu culo grande y tus michelines. Y das la oportunidad a quienes sean capaces de descubrirte de admirar tu belleza. Porque un cuerpo orgulloso y valiente, un cuerpo guerrero, no puede ser sino hermoso.

La mesa

En la comunidad postporno se ha trabajado durante años la distinción entre amor y sexo. Pero la urgencia del presente

hace difícil entender las emociones. ¿No sientes nada en una relación sexual ocasional? ¿Es el sexo condición de las relaciones amorosas? ¿Es la pareja garantía del amor? ¿Es el amor una flor que solo crece en el jardín de los humanos?

Amamos a partir de estereotipos regidos por códigos estrictos. El poliamor como multiplicación de parejas; la pareja como coto privado de los cuidados y del amor sexual. La negociación entre las partes es compleja y remite siempre al patrón.

Luego está la distribución jerárquica de amantes, por la cual las relaciones amorosas se establecen según prioridades definidas por una de las partes. Aquí, la confianza y el respeto pueden sufrir graves reveses, además de perpetuarse una de las enfermedades humanas más perniciosas: la de las jerarquías[154]. Desde el punto de vista antropocéntrico en el que ubicamos las relaciones amorosas, las jerarquías son un vicio difícil de reconocer y más difícil de llevar en las relaciones con no-humanos.

Tampoco hemos profundizado en las relaciones entre humanos y no-humanos, remitiéndonos a interpretaciones más o menos literales de la metáfora del cyborg, relegando los aportes de diversas investigadoras feministas sobre la constitución y la domesticación mutua entre las especies[155] y la responsabilidad que esto conlleva.

Pretendemos ceñir nuestras emociones en modelos que albergan por igual celos, decepción, odio, frustración, ruptura, desamor. Aplicamos esta fórmula a todas las relaciones,

---

154.- «Son ustedes jerárquicos. Esa es la característica más antigua y más atrincherada en ustedes. La vimos tanto en sus más cercanos parientes animales como en los más lejanos. Es una característica terrestre.» Octavia Butler, *Amanecer,* Ultramar, Barcelona, 1989.

155.- Haraway, Donna: *The Companion Species Manifesto. Dogs, People, and Significant Otherness,* Prickly Paradigm Press, Chicago, 2003.
Tsing, Anna: «Unruly Edges: Mushrooms as Companion Species, Otoño, 2004, http://tsingmushrooms.blogspot.com.es/.
Despret, Vincianne: «The Body We Care For: Figures of Anthropo-zoo-genesis.» *Body & Society*, 10(2–3), Sage, 2004 pp. 111–134.

con humanos o no-humanos, poniéndonos siempre en el centro de la relación. Hacemos del acople con otro humano el bálsamo emocional exclusivo o desacreditamos el amor. «El amor es heterosexual», dijo alguien una vez. ¡El amor apesta! ¡Cuidado con el amor!

Quienes escapan a los modelos devienen turistas emocionales. Con un pie en el futuro, siempre a punto de lanzarse al tren que pasa al lado, pero sin llegar a saltar. No es una conducta temeraria sino temerosa. Un no querer estar aquí, un deseo de un otro lugar al que se llega por teletransportación, sin restos de sudor en la frente (porque el cuerpo no viaja, es energía que se desplaza a otro lugar). Un destino (difuso, intercambiable, anodino) sin viaje. Aunque nos guste pintarlo como un viaje sin destino.

Procrastinar es querer ser otra persona pero no tener agallas para intentarlo. Es no tener el valor de transformarse, de aceptar el devenir. Escapar del acontecimiento. No querer perderse nada. Estar en muchos sitios a la vez. Ampliar el vocabulario sin profundizar en el significado. Preferir la fugacidad de una promesa al sudor de un encuentro. Temer el fracaso mientras se busca con determinación.

Así pues, jerarquías o procrastinación. Hemos pensado en identidades queer y trans; en cuerpos abyectos y protésicos; en metahumanos y articulaciones entre especies. Pero todavía arrastramos el ideal bíblico de ser el centro del Universo, heredado de la concepción cristiana de la creación divina del hombre como ser superior al resto de las criaturas (incluyendo a las mujeres).

Estas concepciones sobre qué es el ser humano y cómo se relaciona dan forma a nuestra concepción del amor, la pareja, las formas de vida ideales y las vivibles. Es una herencia difícil de identificar y, por tanto, de cambiar. En la era de la física cuántica, aún no nos hemos librado del pantojismo amoroso ni del miedo a la soledad.

Quizás porque creemos que rechazar el romanticismo es separar el significado del gesto y dejarlo huérfano, perdido,

esperando que alguien lo venga a rescatar. Que abandonar el romanticismo es negar el amor. Que el amor es la búsqueda de aquello que no somos, el deseo de lo que nos falta, la pasión desenfrenada que nos hará vibrar. Por eso, cuando se nos presenta un deseo que no tiene nada que ver con la complementariedad nos cuesta leerlo como deseo.

Entendemos el deseo como «hago lo que me sale del coño». Una afirmación de que no importa el efecto de mis acciones. Que mis deseos están por encima de los de los demás. Que son puros. Auténticos. Como si nos guiara una identidad central fija y coherente. Como una religión, o el deseo de una religión.

> La liberación sexual es una mistificación... la liberación acontecerá cuando la sexualidad devenga deseo, y deseo es la libertad de ser sexual, ser algo más al mismo tiempo. El deseo solo puede ensamblar sin constituir todos: los quiebres maquínicos, las parcialidades, las discontinuidades producen deseo. Deseo es producción y destrucción, composición y descomposición de ensamblajes[156].

El deseo como fuerza impulsora, como potencia, como motor y no como ausencia[157]. El deseo como un desvío de la línea continua del tiempo. El sexo como ser algo más al mismo tiempo.

Ni rechazar las pasiones ni caer en su esclavitud[158]. Abrirse al acontecimiento[159]; responsabilizarse de las emociones;

156.- Guattari, Félix: *Soft Subversions*. Semiotext(e), Nueva York, 1996. p. 56.

157.- Para *brain-lovers* y amantes de la ética, recomiendo la lectura de Baruj Spinoza (especialmente su *Ética*, argumentada según un riguroso sistema geométrico) aquel filósofo judío de quien Borges decía que no podíamos no amar, o no deplorar el no haberle conocido.

158.- «Esperar es desesperar esperando algo del tiempo, que es un atributo de Dios», B. Spinoza, *Ética*.

159.- «No solo la fabricación de la silla es un acontecimiento, la silla misma es un acontecimiento», Alfred Whitehead.

no transformar todo sentimiento en acción; no hacer de la pasión amorosa chivo expiatorio, prótesis emocional que separa los cuerpos de la razón.

El fuego

El sitio del fuego: lo que no tiene forma, lo que adquiere la forma de aquello a lo que se adhiere[160]. Un lugar alrededor del cual contar y escuchar historias, donde tejer relaciones y hacerse preguntas idiotas al amparo del frío de la urgencia. El fuego, el hogar.

El hogar no tiene porqué ser punto de partida, puede ser punto de llegada. Un lugar de encuentro, un espacio a habitar, en el sentido que le da Henri Lefebvre: habitar como apropiarse de algo, pero no en el sentido de tener en propiedad, sino de «hacer la propia obra, modelarla, formarla, poner el sello propio».

Charis Thompson habla de coreografías ontológicas[161]. Entender los seres no como diseño atemporal sino como danza compartida de carne, materia, signo y significado. Específica. Localizada. Cambiante. A veces los acoplamientos funcionan. A veces no.

Las coreografías necesitan mucho esfuerzo para ser dinámicas, para no ser un amasijo de fragmentos, para poder bailar.

Haraway[162] sostiene que parejas, socios, compañeros, colegas... no preexisten a la relación, sino que son lo que surge de esas articulaciones dentro y entre los seres.

160.- Así se define al fuego en el *I Ching*.

161.- Thompson, Charis: *Making Parents: The Ontological Choreography of Reproductive Technologies,* MIT Press, Cambridge, MA, 2005.

162.- Haraway, Donna: «A Note of a Sportswriter's Daughter: Companion Species», *Bodies in the Making: Trangressions and Transformations,* New Pacific Press, Santa Cruz, CA, 2006.

Vincianne Despret[163] argumenta que las prácticas de domesticación crean y transforman a humanos y animales a través del «milagro de la sintonización» (sujetos que se construyen mutuamente estando juntos) y no de la empatía (un sujeto transformándose al okupar un objeto). Para que la sintonización sea posible es necesario estar disponible a los acontecimientos.

El amor es una afectación, una práctica de interés: lo que está entre; la creación de una conexión; el ser importante. Su ingrediente primordial es la confianza. «Y nunca se debe ser indiferente a la confianza que se inspira»[164].

Annie Sprinkle y Beth Stevens proponen el ecosexo. Si somos híbridos de animal y máquina, realidad y ficción, cultura y naturaleza, la Tierra no es madre sino amante. Amémosla. Es nuestro hogar, el sitio del fuego.

Arquitecturas habitables

A partir de las figuras esbozadas en este breve artículo –la cunita, el sofá, el espejo, la mesa y el fuego– Lucrecia Massón y una servidora planteamos un proyecto para crear cartografías relacionales y diversas herramientas performativas para hackear códigos emocionales y redefinir las relaciones afectivas en tanto prácticas de interés basadas en la confianza.

Siguiendo el flujo de cruces entre hackers, artistas y activistas transfeministas que se viene dando en los últimos años en el Estado español[165], estrenamos la propuesta en

163.- Despret Vincianne: «The Body We Care For: Figures of Anthropo-zoo-genesis» *Body & Society*, 10(2–3), Sage, 2004, pp. 111–134.

164.- Isabelle Stengers, en V. Despret, op.cit., p.122

165.- Estas intersecciones se han ido materializando sobre todo en el proyecto Generatech, el programa de «Summer of Labs», el Hackmeeting 2012 en la colonia postindustrial Calafou y, concretamente en la comunidad postporno, a

agosto de 2013 en una residencia en Artropocode, encuentro sobre «Intersecciones artísticas entre cuerpos, tecnologías y ecologías» programado por la Red Arco Atlántico en Baleiro Lab y la usc (Universidade de Santiago de Compostela)[166].

Nuestra intención es mapear articulaciones afectivas entre participantes del encuentro, tecnologías y entorno para tomar conciencia de la manera en que nos constituimos mutuamente en las relaciones entre entidades humanas y no-humanas. Proponemos una cartografía emocional y una narrativa sonora geolocalizada, en un intento de alterar la jerarquía de los sentidos destronando la mirada a través de un relato colectivo, contingente y situado.

La propuesta surge de la inquietud de un grupo de amigas que compartimos una serie de atributos: somos eurakas (sudamericanas residentes en Europa), no padecemos heterosexualidad obligatoria, quizás somos artistas, somos definitivamente políticas y gozamos de altos niveles de precariedad económica, familiar y emocional. Nos hemos denominado La Sudaka Coaching Kuir. Por un lado, buscamos fortalecer redes afectivas y discutir sobre nuestras emociones en tanto cuestiones políticas y no como conflictos individuales, lejos del psicoanálisis, la confesión y las terapias «alternativas». Por otro lado, inspiradas en lo que la socióloga y etnógrafa Susan Leigh Star llama «el privilegio de la perspectiva parcial» de quienes viven fuera de la norma, intentamos trasladar al resto de la red transfeminista nuestras experiencias y saberes como subjetividades monstruosas con una doble visión (desde dentro como residentes del espacio europeo, desde fuera como exiliadas del espacio sudamericano).

---

partir de propuestas colectivas de artistas como Shu Lea Cheang y los colectivos Quimera Rosa, Transnoise y Minipimer.tv.

166.- http://www.baleiro.org/content/residencia-artropocode-summer-labs-2013

Y termino aquí mis devaneos, a la espera de volver a encontrarnos alrededor de un fuego, una barbacoa o una queimada, en alguna coreografía ontológica que nos permita bailar y sintonizar afectos, emociones, cuerpos y tecnologías sin miedo a la conjunción entre amor, sexo, deseo y placer. Que la vida es demasiado corta, y la lucha demasiado larga.

las relaciones de amor como proceso creativo revolucionario[167]

bengala * magnafranse

hablar de relaciones de amor en nuestro contexto histórico-geográfico todavía significa amor de pareja y monogamia, concepto que hemos visto traducido en nuestras vidas y que relacionamos con otros como fidelidad, posesión, propiedad privada, matrimonio, familia...

no pretendemos atacar la monogamia ni defender la poligamia, o viceversa, ni hacer un juicio sobre cuál es la relación sexo-afectiva más justa, buena o válida.

nos parece importante subrayar que si decidimos hablar de monogamia es porque vemos en este concepto un potencial semántico y político para retratarnos y retratar nuestra contemporaneidad contextual.

vivimos en un momento histórico de imperialismo capitalista donde este proyecto político económico y cultural

167.- hemos decidido utilizar las letras minúsculas como práctica aprendida de http://lara-bia.tumblr.com/texts «reivindicar el espacio de las mayúsculas, y someter la entera construcción del cuento a las minúsculas, es el signo de un devenir-minoritario posible, que empieza a partir de la estética de la frase. la importancia de esta propuesta es atacar la estructura bajo cada una de sus formas mayoritarias, también por medio de la escritura que es (en cuanto lengua nacional) una de sus herramientas de poder más eficaces. significa forzar la mayoría, por medio de sus mismas herramientas y su capacidad de lectura, a emprender un proceso de devenir-minoritario».

se difunde como el único posible gracias a la violencia, las guerras, las violaciones, la explotación y también gracias al desarrollo de tecnologías globalizantes como puede ser internet, la facilidad de desplazamientos por algunos sujetos privilegiados, los medios de comunicación de masas, el idioma anglófono como oficial o las metrópolis como único polo de atracción y centros de vida y progreso.

por eso, para nosotras el concepto de monogamia no solo se refiere y se introduce en nuestra vida sentimental, sino que condiciona cualquier relación con nosotras mismas y nuestro contexto. cómo nos relacionamos con nuestro género y sexualidad como pilares identitarios fijos, cómo construimos nuestro deseo y obtenemos placer desde dinámicas preconstruidas, desde qué perspectiva cultural hablamos cuando asumimos los privilegios eurocéntricos como naturalizados, cómo construimos nuestra identidad nacional a partir de la pertenencia a un territorio, hasta cómo las luchas y las ideologías se convierten en estructuras mentales rígidas.

desde esta visión transversal del concepto de monogamia hemos realizado una revisión de nuestra propia genealogía, cómo esta se ha proyectado y plasmado en nosotras mismas y en nuestra experiencia como pareja.

nos conocimos hace cuatro años. vivimos una primera fase en la que la ruptura con un concepto monogámico de la sexualidad y del género tomó mucho espacio y fue un momento en el que saltamos muchísimos de nuestros límites. follábamos con otras personas, juntas o por separado, en público, en lugares de cruising, en orgías... y exploramos prácticas que rompían con la centralidad del sexo genital, buscando placeres por medio de la fantasía.

fue un encuentro lleno de creatividad. estábamos muy seguras de querer vivir y estar viviendo una relación libre, sin posesividad ni celos. pero esa seguridad era muy inocente y desprovista de herramientas. sobrevaloramos nuestra capacidad para asumir la libertad y la diversidad de la otra,

lo que nos condujo a otra fase de la relación muy dolorosa, cerrada y problemática.

la práctica feminista «lo personal es político» es, antes que nada, eso, una práctica, una traducción real de nuestra existencia, un desplazamiento de conciencia que nos permite entender que nuestras historias personales y emocionales son historias políticas, son vidas situadas en contexto, geografía, momentos históricos cruzados por relaciones de poder que se han hundido en nuestra carne. y así actuar en base a quienes somos y tomar responsabilidad sobre la manera en la que construimos nuestras relaciones de amor. una responsabilidad situada y consciente de los límites que heredamos, sabiendo identificar los agentes externos que operan en nuestros cuerpos, pero tomando la total responsabilidad de expulsarlos mediante prácticas de empoderamiento, individual y colectivo. nos permite armarnos y crear alianzas.

en definitiva, este texto quiere hablar de vida, de amor y de cómo transformar en algo revolucionario procesos vitales como el dolor, el sufrimiento, la pérdida, el abandono y las diferencias. quiere hablar de procesos, en los que cada conflicto, movimiento o cambio son oportunidades para poner en marcha nuestra creatividad y decir en voz alta incluso lo que nos cuesta decirnos a nosotras mismas.

*168

articular un discurso sobre mi genealogía implica para mí asumir la responsabilidad de haber crecido en un territorio que eligió y elige el privilegio, el blanco, la heteronormatividad, el catolicismo y el dólar.

he nacido en el territorio italiano en 1979, en un pueblo, roncaglia, entre el campo y la ciudad de padua, en lo que es llamado el nord-este productivo.

168.- los asteriscos marcan un salto de un relato a otro, una pausa, un momento de silencio en el cuento en el que la linealidad de la narración desaparece y todos los recorridos vuelven a estar presentes, en el que la observación cesa y todo vuelve a ser posible.

este lugar de confín permitió un último pedazo de colectividades infantiles espontáneas y vividas en las calles, no en parques diseñados por los adultos para los más pequeños.

nunca he estado sola, ni en dos, mi infancia ha sido desde el número tres hacia arriba. he sido feliz, ahora lo recuerdo como un momento que me gusta llamar «anarquismo infantil». teníamos la conciencia de que una manada de niñas y niños podía oponerse a las reglas de los adultos, a sus tristezas, a sus gritos, a sus planes... nuestros gritos eran más fuertes. en sus miradas reconocíamos la envidia por aquella sencillez de estar juntos.

en la manada había cada día tensión erótica y sexual, reflejábamos la codificación de los adultos organizándonos en bandos opuestos entre niñas[169] y niños, aunque esto no fuera un límite para la creación del juego, al revés, era a menudo un estímulo y también un morbo.

aprendí los flujos de energía de las creaciones colectivas: aprender a dejarse llevar, a proponer, a tomar espacio o a quedarse a un lado, a luchar por hacer visibles mis deseos y necesidades, comprender los conflictos, cómo poder solucionarlo mediante la creatividad.

*

sentada en un rincón del colegio miro a las demás niñas y niños jugar, correr, pelear, competir por ser el más fuerte, la más guapa, la más lista... me parecen un montón de autómatas comportándose de forma estúpida, programada y aburrida.

cuando, cada vez que vuelves del colegio, piensas en que quizás tu madre esté muerta de sobredosis, los problemas infantiles (quién le robó una canica a quién, etc.) se vuelven como de un mundo paralelo al que no perteneces.

169.- a lo largo del texto distinguiremos entre sexos siempre que hayamos sentido como significativa en nuestras vidas la diferencia de roles de género y queramos remarcar su impacto en nosotrxs. para el resto de ocasiones utilizaremos la x.

me digo a mí misma que lo que sé, ellxs no lo saben, y no quieren saberlo, no pueden entenderlo. su inocencia infantil me horroriza, la detesto, me parece insulsa y superficial... y en el fondo la envidio.

pero ¿dónde empezó todo esto? empieza en lo que yo siempre he llamado un «pueblo de mierda» de la provincia de alicante. un lugar seco, semidesértico, en el que no había nada que hacer excepto ser normal y copiar, generación tras generación, esa normalidad. la sensación de que «aquí nunca pasa nada» se hace lo suficientemente densa en este lugar como para poder verla, tocarla y odiarla.

mientras esa sensación lo invade todo, espero apoyada, quizás con ocho años, en el balcón de un sexto piso con vistas a las montañas donde no crece nada, a que mi madre vuelva de comprar heroína. mi padre no volverá; él murió de sobredosis cuando yo tenía cinco años.

me transporto aquí a un momento de total decadencia, en el que cualquier resquicio de vida, de sueños y de esperanza está marchito. ya no suena música, y el tiempo ya no lo marcan los relojes, sino la heroína. pero no siempre fue así.

bajo la presencia de una gran «a», símbolo de la anarquía, crecí entre música de los pretenders, rolling stones o lou reed. *walk on the wild side* o *vicius* suenan en casa como el himno de una nueva ideología, una ideología que viene a sustituir la vieja conservadora burguesa que había reinado durante tantos años. frecuentaba con mi madre *la máquina del sur*, un bar enorme lleno de pintadas y de punk. la calle se llenaba todos los fines de semana de grandes crestas, botas militares y cadenas, todas tiradas en fila en la acera compartiendo birras y porros.

*

mi «anarquismo infantil» estaba contextualizado en un barrio de un pueblo hipercatólico y semirrural en el que convivían mis padres, comunistas, católicos y feministas y vecinxs más o menos conservadorxs.

enfrente de mi casa había un bar donde iba la generación anterior a la nuestra, eran las guapas y malditas, los guapos y malditos.

me acuerdo de que íbamos a comprar helado para verles. nos intrigaban mucho sus estilos, lo que hacían, los besos. sin embargo, los adultos decían que teníamos que estar lejos, les veían como un peligro para la seguridad de la comunidad, que había que defender mediante la exclusión[170].

eran cambios sociales, políticos, económicos, tecnológicos. hablamos claramente del paso al imperialismo del capital: la caída del muro de berlín fue el símbolo del fin de la guerra fría y de los modelos del socialismo real como alternativa.

este proceso fue articulado de forma muy compleja. la heroína también llegó a mi barrio, me acuerdo que de pequeña se vendía justo en el bar de enfrente de mi casa, y a menudo venían jóvenes a drogarse en los garajes y los padres los echaban amenazándolos con azadas.

recuerdo como un momento metafórico de contraposición, la diferencia de herramientas que las distintas generaciones utilizaban para situarse en el mundo: uno la azada y el trabajo como construcción identitaria y los otros una cucharita, un limón y la heroína como autodestrucción.

*

imagino la primera vez que mis padres probaron la heroína como las primeras veces en las que he follado con alguien de quien me estaba enamorando. en la etapa de enamoramiento, el cerebro libera dopamina y endorfinas, hormonas todas ellas causantes de la sensación de placer, plenitud y energía sin límites. a mí me da una sensación de estar viviendo algo excepcional, único, que me diferencia del resto de humanos, que rompe con la forma de mirar

170.- Ragusa, Kim: *La pelle che ci separa*, Nutrimenti, Roma, 2008, p. 124.

el mundo que tenía hasta el momento. el mundo se revela como una absurdo sinsentido, como una ficción demasiado densa al lado de la sensación de ingravidez que da la heroína, que da el enamoramiento[171].

esto me ha llevado a buscar a *k* de forma automática y casi obsesiva, olvidando otras fuentes de placer, intereses o motivaciones, porque realmente lo que sentía es que no necesitaba nada más, que nada podía igualar esa sensación que ya es un recuerdo, un ideal dentro de un bote de formol.

muchas veces se ha descrito ese momento flash de la heroína como un orgasmo eléctrico en todo el cuerpo, como el que causa la oxitocina liberada en el momento del orgasmo sexual junto a la dopamina. la búsqueda del orgasmo se convirtió en un símbolo del poder mutuo de atracción, comprobar, una y otra vez, que el deseo ocupa tanto lugar que difícilmente podría caber nadie más. hasta que el miedo a la ausencia superó el placer de la presencia, hasta que el dolor que producía un síndrome de abstinencia fue lo suficientemente grande como para que lo que empecé haciendo por amor y placer, lo acabara haciendo por miedo.

*

las relaciones interpersonales empezaban a reflejar un aspecto consumista, basado en la envidia, la desconfianza y el oportunismo, y los modelos de amor, sexualidad y relación *meid in iuesei*[172] empezaron a irrumpir.

171.- Thalmann, Yves-Alexandre: *Las virtudes del poliamor*, Plataforma, Barcelona, 2008, p. 10.

172.- escribir *american dream, made in usa* y *united states of europe* como suena es un acto de resistencia al dominio colonialista e imperialista anglófono. la distorsión y la transformación son por lo tanto herramientas creativas y políticas. este proceso tiene referentes en las práctica propuesta por el colectivo de disidencia sexual cuds, santiago de chile, respecto al término queer, transformado en *cuir*. http://www.bibliotecafragmentada.org/wp-content/uploads/2012/09/Por-un-Feminismo-sin-Mujeres-CUDS.pdf, p. 59, 10 de julio de 2013.

la intervención de los estados unidos en italia y en europa occidental fue desde el plan marshall de 1947 parte de un plan tanto de control del comunismo, como de desarrollo de los *iunaited steitz of iurop*[173].

después de una tradición hipercatólica fundada en el sufrimiento, el dolor, el sacrificio, entra por los cables eléctricos el *american drim*, el consumismo: primero el placer y luego el pago. un colonialismo cultural que no deja espacio ni a las traducciones de las series televisivas, ni a propuestas que tuvieran otra procedencia.

soy consciente de haber articulado mis referentes desde una perspectiva eurocéntrica estadounidense (incluidos mis referentes feministas, artísticos y culturales). a esto se le unió una educación sentimental hacia el amor romántico burgués que se añadía a la estructura católica.

hace poco leí un concepto que he encontrado útil al respecto. vicente verdú en su libro *el planeta americano* habla de pornografía sentimental[174].

me interesa este concepto para abrir un paralelismo: si la pornografía es un contenedor donde educar la sexualidad, la pornografía sentimental lo es para las emociones y las formas de vivir las relaciones.

*

más allá de mi recuerdo, sé que fue entre los 12 y los 15 años cuando mis padres probaron por primera vez la heroína, es decir, entre el 1975 y 1978, después de la muerte de franco y antes de que fuera redactada la constitución española. bajo la aparente libertad que traía consigo la llegada de la democracia, se esconden muchas decisiones encaminadas a destruir cualquier opción que no fuera la que proponía el modelo americano capitalista. de hecho, lo que sucede en españa no es más que una continuación de la guerra fría: lo

173.- http://es.wikipedia.org/wiki/Estados_Unidos_de_Europa, 10 de julio de 2013.

174.- verdú, vicente: e*l planeta americano*, anagrama, barcelona, 1996, p. 96.

que sea con tal de acabar con el modelo comunista, ¡y ni qué decir el anarquista!

la aparición de la heroína fue denunciada desde el comienzo como una forma de contrarrevolución perfectamente diseñada, desde publicaciones como *ajoblanco, el viejo topo* o *egin*. de la misma forma que fue estratégicamente utilizada para contrarrestar los estallidos de las black panthers en *iuesei*.

el nombre, heroína, se lo puso la farmacéutica bayer porque le hizo gracia el juego de palabras entre la capacidad heroica de su nuevo invento para curar o mitigar los efectos de la tuberculosis o para curar a adictos a la morfina, y el sufijo médico *–ina*. pero para mí tiene toda una historia diferente.

la heroína cumple todos los atributos de un gran héroe para este sistema, solo que es una mujer; porque su trabajo no es reconocido oficialmente. la heroína es la gran mujer que se escondía detrás de los héroes de la transición, portadores de la democracia. ella se encargó del trabajo sucio, de limpiar la mierda que sobraba; meció hasta dormir para siempre a miles de personas que de no haber dormido hubieran sido un gran peligro para la estabilidad social.

la estrategia a seguir era simple, se permite el paso de la droga a través de las fronteras, se ahoga al comercio de hachís, haciendo casi imposible conseguir costo, y haciendo la vista gorda con el caballo. se genera todo un imaginario sensacionalista en torno a la heroína, se mitifica y mistifica hasta hacerla deseable, se convierte en un emblema del desacuerdo total con el sistema y, listo, la gente se inyectará el sistema por sí misma. el yonqui del que hablaba william burroughs ya no tenía nada de revolucionario, ya no tenía capacidad crítica con el sistema, era una moda estadounidense, era una construcción de la rebeldía *meid in iuesei*.

la heroína es para mí las más obscena versión del capitalismo. es una vida construida a través del consumo, pero no es diferente a ningún otro tipo de consumo en el que nos

identificamos por lo que consumimos. dime qué compras y te diré quién eres.

¿es esto un rollo moralista de esos que dicen que tomar drogas es malo? no tengo ningún interés en saber qué cosas están bien y qué cosas están mal, y no veo nada de malo en consumir drogas también. lo que yo me he preguntado y me sigo preguntando a mí misma: ¿te defines por la droga que consumes? si ya no eres esa que se pone hasta el culo de speed ¿quién eres?, y si ya no eres la novia de *k*... ¿quién eres?

*

¿cómo mi entorno y mis miedos afectaron a mi forma de amar?

mucha confusión.

desarrollé en mí impulsos contradictorios durante la adolescencia: deseo de relaciones románticas monogámicas estereotipadas, rechazo y a la vez envidia de quienes las podían vivir; inseguridad por tener conciencia de no encajar en los modelos de feminidad dominante y acabar deseándolos porque los reconocía como la única vía de sentirme amada.

otro conflicto era tener que elegir entre el dos y amistades con proyectos y sueños de cambiar el mundo.

un momento de cambio fue acceder a bellas artes, encontrar personas que vivían inquietudes a las cuales todavía no sabían dar nombres pero que se podían expresar y transformar en formas y en realidad, creando así puentes de entendimiento. fueron encuentros que todavía siguen vivos, que crean y que se desplazan[175].

las relaciones que tuve en el contexto norte fueron heterosexuales y con personas enraizadas en aquel territorio. me permitieron vivir los roles de género como estructuras identitarias fijas, aunque me generaban bastante frustración.

175.- http://www.ideadestroyingmuros.info/bio/chi-siamo/

más tarde aprendí que esta estructura es el patriarcado y que existen los feminismos. para comprobarlo necesité salir de mi contexto.

desplazarme a granada me concienció de la relación monogámica que había tenido con un estado, un norte, un género; significó romper con la idea única de sexualidad y experimentar la homosexualidad o sexualidades diferentes (aunque las estructuras del amor romántico siguieron y siguen ocupando espacio).

desear amores pasionales como el fuego, el drama queen, volcarse totalmente en alguien, fundirse con alguien, cuidar como seguro de permanencia o, mejor, como chantaje emocional, el sentimiento de culpabilidad...

el grado de exigencia que desarrollé en mí misma y en mis relaciones fue proporcional al valor de perfección, pilar ilusorio monogámico del norte.

esto se tradujo en autoexplotación y se rompieron los vínculos de amistad por falta de cuidado. coincidió con el suicidio de *p* y las reflexiones que este acto abrió sobre la vitalidad de las luchas y con mi estancia compartida con *b* y *g* en palermo, sur italia, explotado por el norte, lugar que contribuyó a poner en crisis pilares de mi existencia, como la utilidad de mi lucha.

todo se tradujo en un encierro en la relación con *b* que, aunque me diera una posible respuesta a los fracasos colectivos, me llenaba de tristeza. afloraron, como una pesadilla, los celos, la culpa por romper con la relación, el miedo a estar sola.

esto me llevó al extremo, a la violencia física sobre *b*. calqué la estructura de poder en su estrategia más explícita, el abuso, fui el imperio, el capitalismo, el machismo, el norte.

perder legitimidad y empezar desde otra posición la lucha y la creatividad, reconociendo ante todo las estructura de poder que encarnaba, fue un proceso dolorosamente creativo, también desde una perspectiva feminista y geopolítica.

*

es casi aterrador descubrir en ti la misma estructura que has odiado siempre, aunque posiblemente basta con odiarla para reproducirla de forma inconsciente, posiblemente la odias porque sabes que está en ti y no lo quieres reconocer, porque es más fácil verla fuera que dentro.

en aquel pueblo de mierda yo me fui ahogando con mi madre poco a poco mientras intentaba seguir haciendo como si nada de cara al resto de la gente. la fortaleza se convirtió en un rasgo de identidad, y me fui construyendo una armadura muy sólida, aunque pesada, que me fue haciendo olvidar qué se siente cuando algo te roza la piel.

esa es mi droga, poder ser yo, encontrar a alguien con quien todas mis defensas se relajan y puedo salir de mi armadura. mi heroína es la persona que me salva de mi encierro, la que me monta en un caballo salvaje, por la que me lanzo por el lado más salvaje de la vida a un mundo de mierda en el que solo el amor vale la pena (el amor entendido como una adicción).

puro fuego, darlo todo, con toda la pasión que era capaz de generar; si no duele no es amor, si no estoy dispuesta a olvidarme incluso de mí misma, no es amor, si no siento deseo constante no es amor. de esta forma fui llevando al límite un relación que se fue agotando en sí misma, en la que la creatividad dejó de fluir y que acabó estallando.

esto es el sistema para mí, esto es esa abstracción a veces esquizofrénica hecha carne, mi propia carne. pero no es fácil a veces darse cuenta de esto, ni es fácil a veces romper límites que tienen su origen en experiencias que nunca has asimilado realmente, sino más bien escondido y enterrado. ni tampoco es fácil a veces darse cuenta de las conexiones con lo macro que tienen estas experiencias, cuando nunca te han dado herramientas para comprenderlo así, sino más bien lo contrario, cuando aprendes a tener una relación de monogamia con tu propia historia, en la que el dolor es de propiedad privada, en la que la familia es el límite en el que

todo ocurre y en el que nada se habla, en la que tú y solo tú puedes y debes superarlo todo.

ahora pienso que hay algo extremadamente conservador en pensar que el mundo es una mierda y que nada vale para nada, en buscar una salida al sistema absolutamente individual, en la que solo existe una vía, una persona, una sola forma de placer, un solo objetivo orgásmico de cada encuentro. que hay algo extremadamente conservador en el romanticismo del lado más salvaje de la vida. en buscar continuamente el exceso, el consumo, el placer, el límite.

*

dediqué tiempo a reencontrar mi individualidad y aceptarme, admitiendo mis errores, la distancia de los demás. rompí con la relación de monogamia que había construido con mi identidad, basada en la fuerza de un grupo, la legitimidad en la lucha, la seguridad de la osadía.

aprendí que el ansia de compartir puede acabar siendo igualmente opresora y que pretender demasiado de mi misma y de una persona significa someterla a una responsabilidad desmedida.

*

enfrentarme a mi sentimiento de víctima para que no se adueñara de todo mí ser me dio la posibilidad de no identificarme cómodamente en el lugar de la «pobrecita b que no se merecía que le pegaran», y, además, hizo que aflorara el victimismo disfrazado de fortaleza que arrastraba desde mi infancia. sabía que el final de la relación había sido el resultado de un proceso largo en el que jugar a víctimas y opresores no nos había ayudado a crecer ni a solucionar nada.

en este tiempo me alejé de toda mi vida anterior, de las luchas feministas, de las personas que habían sido mi día a día y me fui de la ciudad al campo. rompí con la relación de monogamia que había construido con mi propia identidad. me probé en situaciones diferentes, con personas nuevas que me permitieron sacar también otras partes de mí, partes que había marginado durante mucho tiempo.

*

después de andar por caminos diametralmente opuestos, volvimos a encontrarnos. poco a poco fuimos entendiendo hasta qué punto habíamos precarizado nuestra relación en un contexto en el que todo lo demás se está también precarizando.

aprendimos y seguimos aprendiendo a cuidarnos de forma sana, consciente, sin prisa. y esto es lo que entendemos por relación de amor como proceso creativo del que no somos dueñas, que no podemos controlar una relación en la que nunca sabremos a qué tendremos que enfrentarnos, pero en la que sí sabemos que podemos amarnos para siempre cruzando todas las transformaciones que necesitemos cruzar.

*

burroughs, william: *yonqui*, anagrama, barcelona, 1997.
comunicado de herri batasuna al pueblo vasco: «existe en euskadi una mafia de la heroína, sin que se pongan los medios para erradicarla», *egin,* p. 1, 17 de abril de 1980.
favaretto, mery: *único punto fijo: la paradoja. el límite como lugar de la posibilidad y del arte.* dea en bellas artes, granada, 2007.
grimaldo, alfredo: *la c.i.a. en españa,* ciencias sociales, la habana, 2007.
gómez mompart, j.l.: «la contra-revolución del caballo», *el viejo topo*, nº 61, barcelona, 1981, pp. 38-41.
mindell, arnold: *sentados en el fuego,* icaria, barcelona, 2004.
preciado, beatriz: *testo yonqui,* espasa calpe, madrid, 2008.
ragusa, kim: *la pelle che ci separa*, nutrimenti, roma, 2008.
ribas, pepe: *los ´70 a destajo: ajoblanco y libertad,* destino, barcelona, 2011.
thalmann, yves-alexandre: *las virtudes del poliamor*, plataforma, barcelona, 2008.
vvaa: *amor libre. eros y anarquía,* txalaparta, tafalla, 2010.
verdú, vicente: *el planeta americano*, anagrama, barcelona, 1996.

www.ideadestroyingmuros.info
www.lara-bia.tumblr.com/
http://www.bibliotecafragmentada.org/wp-content/uploads/2012/09/por-un-feminismo-sin-mujeres-cuds.pdf
http://es.wikipedia.org/wiki/estados_unidos_de_europa

BONOBO:
UNA ESPECIE QUE PUEDE INSPIRAR LA REVOLUCIÓN

Diana J. Torres

Violence is the last refuge of the incompetent.
[La violencia es el último refugio de los incompetentes.]
ISAAC ASIMOV

DESDE HACE UN TIEMPO VIVO OBSESIONADA con la revolución. No, perdón, con la RE-VO-LU-CIÓN. Esa que aún no aconteció en ninguna parte ni momento, la innombrada, cuyas consignas solo se escuchan en muy pocas ocasiones cuando lxs monstruxs salimos a la calle en nuestras pequeñas microalianzas a decir «sí, existimos, y esto ya es una victoria».

La revolución que llevo imaginando mucho tiempo, efectivamente, será feminista o no será, pero no solo eso: su motor será la sexualidad y su arma más poderosa el cuerpo.

Hasta la fecha, en esta triste Historia que tenemos como especie, manipulada y contada por y para hombres, no se ha producido un verdadero cambio en el paradigma de las revoluciones, todas ellas han supuesto modificaciones que de algún modo seguían concordando con muchas de las cosas que en realidad se estaban combatiendo y todas ellas estaban viendo al enemigo como algo que habita fuera de unx mismx. No supieron ver esxs revolucionarixs que el punto de mira había que situarlo en el centro del espejo pues es ahí donde este sistema patriarcal y perverso ha situado a sus mejores soldaditos, a sus más efectivos dispositivos de control.

Es por eso que me pone tanto cualquier pista de que existe una forma diferente de modificar, de modo radical, la realidad en que vivimos. Las censuras que recibe la sexualidad humana son una buena pista, la forma en que atraviesan nuestros cuerpos con normas e identidades mansas impuestas desde que nacemos es otra señal inconfundible. Tratan de evitar a toda costa que ambas cosas, nuestra carne y nuestro orgasmo, nos pertenezcan, nos sean algo conocido, propio, poderoso y empoderante.

Siempre pensé que la especie *homo sapiens sapiens* (cuánta soberbia) a la que pertenezco era un terrible error del curso evolutivo, de la naturaleza, del universo. ¿Cómo es posible que un sistema en principio perfecto en su forma y contenido se permita generar algo capaz de destruir por completo una de sus partes?

El libro *La especie elegida*[176] (cuánta ingenuidad), que cayó en mis manos cuando estudiaba Humanidades en Madrid, vino a revelarme algunos datos interesantes del por qué de la catástrofe. Un cambio climático acabó con nuestro bosque protector y fuente de alimento vegetal para convertirlo en una sabana en la que para sobrevivir había que hacer dos cosas básicas: comer algo que no fuera vegetal y caminar erguidxs. Estas dos modificaciones en nuestro comportamiento repercutieron drásticamente en la evolución de nuestro cuerpo e hicieron que por un lado el estómago tuviera que trabajar menos, quedando entonces un excedente energético para el otro órgano más importante junto al estómago, el cerebro. Ese excedente de energía fue a parar al lugar donde más falta hacía, porque no se sobrevive a un cambio tan grande sin imaginación y sin habilidades mentales avanzadas. Y, por otro lado, el hecho de tener que caminar erguidxs para poder localizar posibles depredadores en esa sabana de hierba alta, conllevó una posición diferente

176 Arsuaga, J. L.: *La especie elegida*, Temas de Hoy, Barcelona, 2001.

de la cadera que trajo como consecuencia un estrechamiento del canal del parto y un considerable ahorro de energía pues es mucho más económico caminar con dos extremidades que con cuatro.

Lo que no comentaba el señor Arsuaga en su libro es que esa necesidad de ayuda al parto de la especie fue el comienzo de la sociedad humana, que como podemos imaginar, nada tenía que ver con lo que vivimos hoy en día en los hospitales, donde las mujeres son tratadas como absolutas inútiles por doctores con prisa por marcharse a casa seguramente a engancharse al televisor y cuyo milagro de la oxitocina inyectada les permite este tipo de libertades. Lo cierto es que empezaron a ser necesarias las alianzas emocionales basadas en lo práctico de traer un nuevo ser a la vida y esas alianzas se producían entre hembras pues solo ellas entendían claramente lo que estaba sucediendo entre las piernas y en el interior de la otra.

También olvidó decir que en su origen nuestra especie era matrilineal y que nuestra forma de organización era matriarcal en su esencia y que así fue durante miles de años (casi un millón). Esto es lo que hacen los señores que estudian y analizan nuestra evolución, de forma intencional o no, son incapaces de pensar desde perspectivas no machocentristas, y todo lo que yo, que no estoy interesada en analizar el mundo con esos ojos, puedo llegar a conocer sobre estas cuestiones me viene dado desde lugares que me son ajenos, a los que no pertenezco.

Así, toda la información que voy a entregar a continuación ha sido analizada desde una crítica a la propia ciencia, intentando acomodar todas las piezas en un puzle un tanto caótico que se ajuste más a la realidad que vivo y, por supuesto, a mis ideas.

Buscando materiales para la Muestra Marrana de 2012 recibí una sugerencia que al principio me pareció del todo

bizarra. Chiara Schiavon[177] me pasó algunos vídeos de animales que tienen sexualidades de interés especial, por curiosas, divertidas o sencillamente alucinantes. Además del sexo de los tiburones (extremadamente violento) me llamó mucho la atención el caso de lxs bonobo. En los vídeos pude ver todo tipo de prácticas sexuales, llevadas a cabo con algo que me atrevería a llamar cariño y en todas las combinaciones de género y edad que nos podamos imaginar. Mi curiosidad me llevó a buscar más información sobre estos seres y me llevé muchas y gratas sorpresas, las dos mejores: sus sociedades son matriarcales y compartimos un 98 % del genoma (al igual que con los chimpancés). Así es como obtuve una de las mejores pistas para reafirmarme en esta idea revolucionaria, que a veces he llegado a pensar como utópica o inalcanzable pero que gracias a la existencia de algo como lxs bonobo se hace más fuerte, más tangible, más obvia. También esto me llevó a corregir mis ideas sobre lxs *homo sapiens sapiens*: no es la propia especie a la que pertenezco en sí misma ese terrible error, sino el habernos dejado vencer por algo tan terrible como el patriarcado. Eso es en realidad el gran fallo, el patriarcado como sistema.

Hasta 1929, la ciencia dijo que chimpancés y bonobos eran una misma especie, a pesar de las diferencias abismales que hay entre ambas, sobre todo a nivel de conducta y organización. ¿Cómo es posible que no se dieran cuenta de esto antes? Esas diferencias no están basadas en cuestiones de laboratorio sino que pueden apreciarse con la mera observación, de un vistazo.

Los chimpancés se organizan mediante jerarquías rígidas verticales en grupos dominados por machos, son xenófobos (generan conflictos con otros grupos de su misma especie),

177.- Chiara Schiavon es una activista y artista feminista italiana que trabaja dentro del colectivo Video Arms Idea junto a Mery Favaretto, Giulia Perli y Antonella Ius; http://ideadestroyingmuros.blogspot.com

utilizan el sexo solo en su función reproductiva y comen carne. Lxs bonobo se organizan de una forma mucho más flexible y horizontal, las hembras mayores son las encargadas de mantener la estabilidad y la paz, el sexo y los juegos son utilizados mucho más a menudo en funciones no reproductivas como la resolución de conflictos o el establecimiento de vínculos afectivos fuertes, suelen alimentarse de fruta y, he aquí una de las diferencias que se me hace ridículo que «la ciencia» no haya advertido hasta 1929; caminan erguidxs un 25 % del tiempo que pasan a ras de tierra.

Yo hace mucho tiempo ya que dejé de confiar en la «verdad» que la ciencia trata de vendernos, en esa pequeña parte de lo que descubren y que hacen pública y divulgan, y se me hace muy evidente que no es inocente el hecho de que no haya sido tenida en cuenta antes la existencia de algo tan subversivo como que el pariente más cercano que tenemos se organice de forma matriarcal y utilice la relaciones sexoafectivas para reemplazar la violencia.

Como con el tema de la eyaculación femenina, lo que no tiene interés para la ciencia, no existe. En este mundo donde todo lo legítimo está avalado por la razón y la razón la regulan y sostienen una panda de psicópatas de bata blanca o trajecitos de «coronel tapioca», cualquier cosa que no quiera ser visibilizada, con alegar que no es razonable es suficiente.

De este modo, conocer y analizar a lxs bonobo es muy importante para ayudarnos a reconstruir nuestros orígenes desde una perspectiva muy diferente de la que ha dominado hasta ahora, en la que se piensa que a lo que más nos parecemos es a los chimpancés, argumento usado muy frecuentemente para justificar nuestra forma violenta de relacionarnos y para afirmar que el sistema patriarcal es algo ineludible en nuestra especie.

Actualmente, dado que no se puede continuar negando la realidad de que bonobo y chimpancé son cosas bien distintas, hay un inmenso debate dentro de la primatología donde

un sector minoritario[178] (como siempre) realizó la propuesta de incluir la especie bonobo dentro de la categoría de *homo* como *homo paniscus*. Este hecho lo que en realidad viene a decir es que, científicamente, deberíamos empezar a considerar al bonobo como algo más que un pariente lejano. La especie humana es la única que ocupa en la actualidad la categoría *homo* pues somos, hasta la fecha, lxs únicxs supervivientes de la misma (*habilis*, *erectus*, *neanderthalensis* y demás, están extintas), pero debido a las conductas de lxs bonobo y yendo más allá de lo genético, más bien parece que no estamos solxs en cuanto a *homo*, como nos ha querido hacer creer la ciencia androcentrista. Si la especie bonobo fuera aceptada como humana, eso demostraría de alguna forma que nuestra especie era matriarcal por naturaleza y que nuestra sexualidad era nuestra mejor forma de comunicación, todo ello, claro, antes de que esta cagada del patriarcado hiciera acto de presencia para acabar llevándonos a la mierda gigantesca en la que estamos ahora metidxs, como sociedad, como especie, como seres vivos.

Durante mucho tiempo, las feministas hemos rechazado la idea de que las cosas son «por naturaleza». ¿Cómo íbamos a aceptar una «verdad científica» que dice que la hembra es por naturaleza sumisa y su función son los cuidados y el macho ostenta el poder y su función es proveer y proteger mediante la violencia y el asesinato de sus congéneres?

Pero ¿qué sucede cuando descubrimos que esa concepción de «lo natural» es solo una más de las múltiples tergiversaciones que la ciencia patriarcal ha elaborado a través de la selección manipuladora de la realidad, de los datos que las

178.- Morris Goodman, el polémico científico que consiguió a través de la biología molecular demostrar que gorilas, bonobos, chimpancés y orangutanes pertenecían al género homínido, propuso junto a Emile Zuckerkandl y Harold Klinger la denominación científica *homo paniscus* para la especie bonobo, dando inicio a una gran controversia.

investigaciones entregan? Creo que tenemos que empezar a replantearnos esta cuestión.

Si vamos a la etimología de la palabra «bonobo», descubrimos algo fascinante: significa «ancestro» en una de las lenguas antiguas provenientes del *bantú*[179]. Como deducción directa, diría que las sociedades humanas que cohabitaban con lxs bonobo cuando se acuñó la palabra tardaron mucho menos en darse cuenta de dónde venían (simplemente a través de la observación) que toda la ciencia occidental moderna con sus avances tecnológicos, sus laboratorios y sus universidades. Y un grupo de personas jamás llamaría «ancestro» (que no es más que otra forma de reconocerse en «lo otro» a través de la búsqueda de las propias raíces, orígenes, de la identidad como grupo) a un ser que supusiera un reto a nivel cultural o que de alguna forma rebajara moralmente lo que somos. Es decir, las personas que habitaban el mismo medio que lxs bonobo se sentían orgullosas de sus prácticas y conductas, no era algo censurable sino digno de respetar y venerar.

Pero, en nuestro temible occidente «evolucionado», moderno, racional y tecnológico, algo como lxs bonobo básicamente pone en riesgo la legitimidad del patriarcado como sistema de organización, hace tambalearse seriamente los cimientos de lo que somos.

Sus prácticas sexuales también nos pueden ayudar mucho a comprender por qué, en las sociedades en las que vivimos, el sexo es algo denigrante, sucio, censurable, peligroso y que necesita ser ocultado. Lxs bonobo nos están mostrando algo clave: el sexo une, genera alianzas poderosas, ayuda a resolver tensiones y es un lenguaje más válido que cualquier otro para mantenernos sanxs y felices.

Sin haber profundizado demasiado (tampoco es fácil encontrar documentación sobre sus prácticas sexuales, estoy

179.- https://es.wikipedia.org/wiki/Lenguas_bantúes

convencida de que para muchxs científicxs, periodistas y escritorxs es algo absolutamente vergonzoso y de lo que es mejor no hablar pues supone un reto ético e intelectual), he encontrado que lxs bonobo emplean gran parte de su imaginación, tiempo y energía para entregarse placer mutuamente. Estas prácticas incluyen besos con lengua, frotamiento de genitales, sexo cara a cara, sexo oral, sexo anal, masturbaciones, caricias, abrazos, etcétera. Algo muy relevante también es que practican lo que llamamos «marcha atrás». Es decir, el macho no eyacula dentro de la hembra salvo cuando el grupo (y básicamente las hembras mayores) decide que un nuevo miembro del mismo es bienvenido. Y otra cosa muy relevante (estoy segura de que esto es lo que más ampollas levanta en la comunidad científica) es que mantienen sexo con sus crías, pues es una forma de hacerlas sentir integradas y queridas. Por supuesto, también incluyen las relaciones homosexuales (es lo que pasa cuando follamos por gusto y no para tener crías, que el género no es el mayor factor a tener en cuenta a la hora de arrejuntarnos para compartir placer) y, con todos estos datos, la cantidad de combinaciones y posibilidades que podemos imaginar es infinita.

También es claro que no usan el sexo únicamente como fuente de placer. Para lxs bonobo tiene una función primordial en su sistema de organización: mantener la unidad y la paz. Un ejemplo claro de esta función se da cuando encuentran una fuente importante de alimento. Lxs bonobo son nómadas y se desplazan por la cuenca sur del río Congo y el norte de uno de sus afluentes, el Kasai, generando rutas circulares de comida ininterrumpida. Al vivir en el trópico, los árboles frutales están constantemente ofreciéndoles alimento, de modo que, cuando consumen todo lo que hay en una zona, se desplazan hasta la siguiente. Encontrar un nuevo lugar repleto de fruta es para ellxs un momento de tensiones y excitación, pero a diferencia de los chimpancés que se desviven en múltiples peleas y conflictos por el control sobre el alimento y el territorio, lxs bonobo comienzan a follar y

después, cuando esas tensiones se han evaporado a base de cariño y orgasmos, comen todxs juntxs.

A diferencia también de los chimpancés, que tienen la misma saña fratricida que lxs humanxs, cuando un grupo de bonobo se encuentra en su camino con otro (también fuente de excitación y nervio), las hembras mayores de ambos grupos mantienen sexo juntas, como saludo pero también como forma de mostrar al resto del grupo que no hay nada de lo que preocuparse.

El sexo es su forma de resolver los conflictos y de generar un tejido social que funciona sin violencia y esto, al igual que su sociedad matriarcal, forma parte de sus tradiciones culturales. Esto no quiere decir que sus sociedades no contengan violencia, sino que es manejada de una forma totalmente opuesta a la nuestra. Conceptos como «poder» o «propiedad», principales generadores de violencia, muerte y destrucción en la especie humana, sencillamente no existen en las agrupaciones de bonobo. Y en este aspecto no podemos obviar el dato del matriarcado ni el dato del sexo no reproductivo, porque son la esencia de esa gran diferencia entre nuestras sociedades y las suyas.

Buscando documentación y más información sobre lxs bonobo, llegué al programa especial de Redes[180] dedicadx a ellxs. En él, Eduard Punset conversa con la especialista chilena en bonobo Isabel Behncke[181] y hace un comentario particular que me dobla de la risa. Cuando Isabel comenta que las bonobo son una sociedad matriarcal, él añade: «Son las hembras las que deciden en última instancia y somos muchos los que decimos que eso tendría que haber ocurrido con los humanos». Gilipollas, claro que ocurrió, durante un

180.- www.redesparalaciencia.com/7951/redes/redes-133-nuestros-primos-hermanos-los-bonobos

181.- http://www.ted.com/talks/lang/es/isabel_behncke_evolution_s_gift_of_play_from_bonobo_apes_to_humans.html

espacio mucho más largo en la línea temporal de nuestra existencia como especie que el que llevamos de patriarcado, pero ustedes, los machos propietarios, acaparadores y necios se encargaron de destruirlo y nosotras no supimos o no pudimos defenderlo porque quien no cree en la violencia como forma de solucionar conflictos sencillamente no contempla esa posibilidad, no maneja esas armas.

Para las tribus y grupos étnicos que viven con lxs bonobo, respetarlxs y cuidarlos como algo sagrado era parte de su labor y de cultura. Esto fue así hasta que en 1996 estalló la primera guerra del Congo, conflicto que ha sido aparentemente concluido en 2003. Para las poblaciones indígenas de las zonas donde lxs bonobo habitan, cazarlos, matarlos y comerlos es tabú, porque de alguna forma sería como estar devastando a la propia comunidad humana. Pero las guerras generan hambre y miseria y lxs bonobo son una presa muy fácil pues no huyen de otros seres que caminen erguidos, no nos identifican como depredadores pues hasta esa maldita guerra nunca lo fuimos, y para ellxs éramos más semejantes que enemigxs.

Es paradógico y muy triste que sea precisamente nuestra incapacidad para resolver los conflictos de formas no violentas lo que vaya a acabar con la única especie cuyo ejemplo podría enseñarnos a hacer las cosas de otra manera.

Barbara Kruger decía «mi cuerpo es un campo de batalla» y muchxs de nosotrxs nos hemos reafirmado en esa frase, porque en ella encontramos identidad. Pero creo que ya llegó la hora de cambiar tal afirmación.

Cuando imagino un lugar con semejante conflicto (¿nos sirven las batallas del Congo para obtener una imagen?), veo que no es ni algo placentero, ni algo bello, ni algo con fuerza suficiente como para vencer nada, es algo herido profundamente, destruido, un lugar de paso que se siembra de cadáveres, surcos, muerte.

Tenemos que sacar la batalla de nuestros cuerpos, llevarla fuera de ellos. En eso han convertido el cuerpo de las

mujeres y del resto de seres abyectos quienes gobiernan este mundo donde nadie sabe resolver los conflictos mediante el cariño y el orgasmo. No puedo imaginarme algo más feminista que contradecir eso.

¿Qué pasaría si dejamos de entender nuestro cuerpo como el escenario del conflicto para pasar a considerarlo la mejor arma para combatir ese enemigo que nos conflictúa? La especie bonobo, nuestras primas hermanas del corazón de África de las que nos separamos hace seis millones de años, tienen mucho que aportarnos a este respecto a todas las personas que desde el feminismo deseamos absolutamente la RE-VO-LU-CIÓN. ¡Devengamos bonobas!

Algunas referencias en internet:

Charla sobre sexualidad bonoba en la Muestra Marrana 5
http://www.freesound.org/people/antigonia/sounds/170966/

Entrevistas a Isabel Behncke:
http://www.emol.com/tendenciasymujer/Noticias/2012/03/22/22495/Isabel-Behncke-La-chilena-que-estudia-a-los-chimpances-para-saber-mas-de-los-humanos.aspx

http://www.caras.cl/sociedad/isabel-behncke-juega-en-serio/

V
Ánodos, cátodos, circuitos y filamentos: con estos objetos el maleficio está completo

Quimera Rosa

ESTA ENTREVISTA FUE REALIZADA a finales de junio del 2013 en La Bata de Boatiné, antro queer de la ciudad de Barcelona.

Hemos invitado a Cayenne y la Bruja, habitués del sitio, para una conversación informal, pero no casual, en esta T.A.Z.[182] que acaba justo de sufrir un atraco robocop a mano armada –que no a dildo en mano– por parte de las fuerzas del *old-order*. No es nada casual que esto haya ocurrido el mismo 28J de madrugada; justo cuando se daba comienzo al festejo noctámbulo en familia, previo al aniversario de Stonewall[183].

182.- Hakim, Bey: *T.A.Z.*, Anagal, Barcelona, 2006. http://anagal.files.wordpress.com/2007/11/web1taz2.pdf

183.- La madrugada del 28 de junio de 2013 un grupo de antidisturbios asaltó por sorpresa (armados con cascos y porras y sin su placa a la vista) cuatro bares habituales de ambiente gay en Barcelona, «pero ninguno de ellos ubicado en la zona de mayor poder adquisitivo, la izquierda del Ensanche, lo que se conoce popularmente como la peseta rosa» Dice el semanario Directa, «Es la noche del 28 al 29 de junio. En el pequeño local La Bata de Boatiné de la calle Robadors se celebra una fiesta en conmemoración del Día del Orgullo Gay (LGTBQI). Precisamente un día como este hace 40 años sucedieron los hechos de Stonewall, cuando la policía asaltó un local de ambiente en el barrio Greenwich Village de Nueva York, un evento que desencadenó un punto de inflexión en el movimiento en defensa de los derechos de las personas homosexuales en todo el planeta y que fijó el 28J como una fecha de referencia en el calendario. Fuentes:
http://www.setmanaridirecta.info/noticia/em-va-recordar-els-fets-dstonewall-ara-fa-44-anys-pero-al-centre-barcelona
http://helenlafloresta.blogspot.com.es/2013/06/noche-del-28j.html

Quimera Rosa: Pues después de este chupito de bienvenida nos gustaría que os presentaseis.

Cayenne: Hola, soy Cayenne, una perra. Vivo con Donna Haraway desde que tengo conocimiento, es decir, creo que hace ya unos cuantos años. Algunas dirían que soy su perra. Ella me llama Cayenne y yo la llamo Donna. Y Perra también, a veces. Pues, no sé, he recibido vuestra invitación y aquí estoy, curiosa de conocer los motivos de esta entrevista tan poco común.

Bruja: Kari, tampoco es tan extraño... ¿Cuántos encuentros hemos compartido, aquí y en otros sitios con el resto de la manada, como dicen las perras, viviendo akelarres, como dicen las brujas?

Q R: Para nosotras hacer aquí esta entrevista tiene una relevancia especial. Es como nuestro sitio de nacimiento y de adopción a la vez. Y, justo ahora, este nuevo Stonewall en calle Robadors... Un Stonewall que representa un punto de inflexión claro en las políticas que se están dando desde años en esta ciudad.

Nos interesaba juntaros para ver posibles cruces teóricos, prácticos y divagatorios entre brujería, akelarre, transfeminismo, postporno, políticas cyborgs y perrunas...

C: Quizás os puedo recomendar el libro que he co-escrito con mi ama 24/7, el *Manifiesto Cyborg*.

B: Perra, creo que no hace falta el autobombo, las quimeras estas citan a Donna cada dos por tres, algunos trozos se habrán leído, digo yo...

¿Os acordáis del akelarre que hicimos todas juntas en la iglesia de Nou de la Rambla, justo frente a la Guardia Civil? Creo que lo que se vive en estos momentos no puede ser normalizado de ninguna manera. Palabra de bruja (risas). Lo que hemos vivido ese día, y otros, y que otrxs perrxs han vivido allí y allá, es motivo de hoguera y cárcel. Y de puertas abiertas a patadas. Y de acoso administrativo y económico. Aunque algunos seguirán pensando que lo nuestro

es fútil, superficial. Que no es política de la de verdad. O que no es arte. O que solo es arte... O que solo es fiesta... Pero tampoco vamos a basar y legitimar nuestras prácticas sobre la represión que podamos vivir. Ya sabemos cómo acaba esto. La Historia solo se queda con lo escrito por la Inquisición. Pero nos quedan nuestras historias... Bueno, me enrollo, yo soy la Bruja, me llaman «la Bruja», también podría definirme como Cayenne... «una perra» (risas). No mantengo una identidad definida sino estratégica. Es como un hechizo, depende del contexto, puedo cambiar lo que se llama realidad, mediante un simple enunciado sobre lo que soy, aquí y ahora.

Q R: Perras y brujas...

C: ¡Y cyborgs! Sí, el momento del cual hablas representa muy bien esta política bastarda, impura, nocturna podríamos decir. Donde se diluyen las fronteras entre público y privado, entre realidad y ficción, entre arte y política...

B: ¡Un akelarre!

C: ... entre natural y artificial. Los cuerpos como prótesis, las prótesis como cuerpos, no hay un lugar donde empiece uno y acabe el otro. Dildos, manos, pies, guantes, lenguas, bailes, agujas, meadas, ojos, risas, gritos, fuegos, pócimas, silicona, moléculas, cortes y pelos... esta es nuestra política cyborg, identidades hechas a medida y sin patentes... O más bien eso intentamos.

Q R: Todo lo que acabas de decir también suena a brujería, no deja de ser curioso, siendo que esta noción de brujería evoca un «pasado lejano».

B: Sí, pasa un poco lo mismo que con el cyborg, que evoca un «futuro lejano». Hay el mismo embudo mental de la linealidad histórica, del progreso. Nos

imaginamos las brujas como representantes de la era premoderna, cuyos saberes y prácticas han sido sobrepasados por la ciencia y la técnica. Pero, a ver, ¿cuáles eran la ciencia y la técnica del momento? Parece que mientras ellas «solo» conocían la acción de las plantas, había algunos por allí sintetizando moléculas en un laboratorio. Esta linealidad histórica, leída desde el presente hacia el pasado, descontextualiza totalmente las circunstancias de producción de los saberes. Estos conocimientos que tenían, por ejemplo, sobre las plantas, representaba el mayor conocimiento de la época en la materia, basado en experimentos y observaciones. Nada diferente del conocimiento «científico moderno» en este aspecto. ¿Cómo es entonces que las que detentan el mayor conocimiento de la época pasan a ser en la Historia las que tenían un saber arcaico?

Y con esto quizás cuestionar qué es lo que sabemos de las brujas. O, mejor dicho, cómo las vemos. Creo que en general nos generan simpatía, a veces hasta cierto punto identificación, pero cuesta realmente poder acercarse a ellas, más allá de unas figuras de colección de cromos. ¿Por qué cuesta llevarlas en nosotras más allá de los tópicos? O, dicho de otra manera, ¿qué es lo que llevamos dentro que dificulta hacerlo?

C: Sí, creo que pasa un poco lo mismo con la imagen del cyborg, parece que cueste despegar del imaginario *sci-fi made in Hollywood*. Esta imagen de superhumano (hombre), con más fuerza, más velocidad, más algo... nunca con más diferencia... siempre con más de lo mismo... más él mismo... gracias a unos cuantos *gadgets high-tech*. Parece como si el cyborg naciera a partir de cierto nivel de tecnología. ¿Dónde empieza este? ¿Cuál es la fecha de inicio? Y ¿qué era el humano antes? ¿Y las perras?

Cuando con Donna pensábamos la metáfora del cyborg, estábamos hablando de esto. De identidades

híbridas, bastardas, mezcla de humano y animal, humano y máquina, animal y máquina... Y las brujas no solo han renegado de su identidad como mujeres sino que han generado una relación diferente con su entorno, las plantas, los animales y el conocimiento e intercambio que tenían de y con estos. Eran cyborgs en cuanto que no respetaban las fronteras identitarias entre especies y su relación con el entorno. Eran cyborgs por su relación con las tecnologías y con la producción de conocimiento.

Tecnologías de producción de subjetividades y conocimientos situados. Creo que en la metáfora del cyborg así como en la de la bruja, uno de los elementos clave es precisamente la negación de cualquier génesis. Podríamos pensar a las brujas como las cyborgs *low-tech* de su época.

B: Este punto es para mí muy importante. Porque no es cuestión aquí de desvelar o defender alguna versión de la historia. Porque precisamente hay un límite en la información disponible.

Siempre conocemos la historia del ganador. Por eso la historia solo nos permite analizar la represión de las brujas. Pero si queremos acercarnos a las brujas y sus prácticas necesitamos producir narrativas propias. La historia oficial suele plantear que las brujas no eran más que personas condenadas por ser mujeres. Quizá podemos imaginar que, más bien, han sido condenadas por no ser mujer. De la misma manera que Wittig[184] plantea que las lesbianas no son mujeres, podemos imaginar que las brujas eran mujeres que, por su modo de vida, suponían un desafío para lo que se esperaba del sujeto mujer en plena transición del feudalismo a la modernidad, uno de cuyos elementos clave era una

184.- Wittig, Monique: *El pensamiento heterosexual*, Egales, Barcelona, 2005.

transferencia del poder hacia la estructura familiar, con el fin de asegurar la transmisión del patrimonio de la burguesía, la nueva clase social.

La estructura de la familia patriarcal heterosexual no era hasta entonces la estructura de poder dominante ya que, fuera de la aristocracia, no había bienes ni tierras que transmitir. Y sabemos que, en ese mismo momento, había un número creciente de mujeres que decidió vivir en conventos no mixtos. Podemos imaginar que no era para vivir allí unas vidas especialmente católicas, sino más bien para adaptarse estratégicamente a las condiciones del momento. Si tengo que imaginarme la vida en estos conventos, me imagino algo muy parecido a un akelarre. También sabemos de movimientos de niños que se autoorganizaban al margen de los adultos, llegando a crear importantes comunidades nómadas. Y, por fin, hay constancia de un movimiento a escala europea de una red de mujeres autónomas que se dan cita de manera regular para encontrarse.

Q R: ¿Las llamadas brujas?

B: Eso creo... y tiene sentido. Hay que ver esto en un movimiento más amplio de normalización que toma la forma oficial de lucha contra la herejía, pero que sobre todo expresa las transformaciones en curso de las relaciones de poder. La crisis del feudalismo nace de una insuficiencia de tierras cultivables para la población existente, y de la incapacidad de las tecnologías disponibles para remediar esa situación. Esto propició el nacimiento de las comunidades que mencionamos antes, así como la aparición de la burguesía. Desmembramiento de las tierras feudales, aparición de ciudades dedicadas al comercio como nuevas fuentes de riqueza, y necesidad de producción de nuevos conocimientos para la creación de tecnologías, civiles y militares. Es, en estas circunstancias de nue-

vas luchas por el control y la apropiación de tierras, materias primas y conocimientos, a base de copiar y pegar... hostias, que hay que leer la caza de brujas y la colonización.

Q R: Ya tenemos varias analogías entre las políticas cyborg y la brujería, y muchas tienen que ver con la producción de saberes: rechazo de génesis, hibridación, redes de saberes situados... Esto me hace pensar en cierta tendencia a considerar al feminismo como algo que nace con la modernidad.

B: Exactamente. ¿Cómo considerar que el feminismo no haya existido hasta la Ilustración? ¿Qué hacía el sujeto mujer hasta entonces? ¿Esperaba estar despierto por el beso iluminado de la Ilustración, ese que le traía por fin un marco de progreso en el cual, si esperaba un poco más, llegaría poco a poco a la igualdad? ¿Un ser dormido al cual se le iba a insuflar una vida de derechos? ¿Esto puede ser el feminismo? ¿Un subproducto de la Ilustración? Condiciona el movimiento feminista a unas circunstancias tan ajenas a sí mismo que no parece precisamente un programa que dé mucho margen de liberación.

Q R: Y esta otra imagen de la bruja que se caracteriza como la máxima expresión del conocimiento propio de la mujer y su relación con la naturaleza, ¿es una posibilidad para acabar con esta génesis moderna?

B: No, esta imagen es producto del mismo proceso, de su otra cara: el Romanticismo. Este encuentra en la figura de la bruja la metáfora de una naturaleza libre de contaminación de la razón fría del «nuevo mundo ilustrado». Le permite expresar su profunda melancolía por un mundo perdido. La bruja encarna la esencia femenina a través de su supuesta conexión con la naturaleza. Representa todos los factores idealizados

de la mujer heterosexual: belleza, fertilidad, naturaleza salvaje... Esta imagen es parte de la misma génesis.

C: Es esta imagen, nacida en aquel momento, que ha recuperado cierto feminismo esencialista. ¿Pero no hay aquí cierta contradicción respecto a los supuestos conocimientos «femeninos»? Si consideramos estos conocimientos como «naturales», ¿no estamos precisamente negando su capacidad de generar conocimientos por cuenta propia?

Lo interesante, creo, sería no pensar el feminismo como con una génesis, porque no tiene fecha ni lugar de nacimiento. Podríamos pensar en devenires feministas, retomando de Deleuze el devenir animal, el devenir bruja... podemos pensar la política como agenciamientos ajenos a la Ilustración, la razón, el estado, la universidad o la familia. Son devenires minoritarios, postidentitarios, colectivos, experimentales, abyectos...

B: Y devenir Perra...[185]

C: ¡Prefiero ser una perra que ser una diosa!

Q R: La Bruja hablando de devenir perra, y la Perra hablando de devenir bruja.... mauuuu... Quizá sea una buena manera de cerrar por ahora este encuentro, ¿no?

Entrevista integra en:
http://quimerarosa.tumblr.com/cayenneylabruja

185.- Ziga, Itziar: *Devenir Perra,* Melusina, Barcelona, 2009.

Ana Burgos y Yendéh R. Martínez

CON LOS OJOS AÚN PEGADOS, los pies malolientes y una resaca considerable, Ona se incorpora a duras penas, enciende el bicho, pone al fuego el café que sobró de ayer y empieza su jornada. Abre su escritorio virtual. Seis nuevos posts en los blogs de sus colegas, decenas de eventos en *infousurpa*. Cinco mails en la bandeja de entrada de la cuenta seria [gmail, inicial.apellido.arroba], dos de ellos publicidad, otros dos directos a la carpeta «buscando currele», el otro adjunta el certificado del último cursillo online. Veintisiete correos en la cuenta punki [riseup, arrikitaun666.arroba], veinticuatro de ellos de tres listas de distribución diferentes; en la de la casa de mozas se está liando... el debate de marras. Pero ¿eso no se tendría que discutir en asamblea? ¿Es este el espacio? Los otros tres son de colegas: una fiesta, un consejo y unas risas desatadas por un vídeo petardo con 345 898 visitas en youtube. Cuatro comentarios a la entrada que publicó ayer en el blog del colectivo. Estaba cantado que daría que hablar. Tres de machirulos. Sacan, como siempre, las carcajadas y el vómito. Acción en lote: «Rechazar». El otro es de la Pepa, que siempre le echa un cable con los troles. ¡Qué paciencia! «Aprobar». diagonalperiodico.net, setmanaridirecta.info y pikaramagazine.com a golpe

de rap feminista recién colgado en el soundcloud. El corto que todo el bollerío ha enviado una y otra vez a la lista se está cargando en vimeo. Twitter. Ay, mira, que no, que vas de un tuitstar que no se puede aguantar #unfollow. ¡Por fin aquel fanzine traducido! Está subido en pdf al grupo de postporno de n-1. Es que todo está en inglés, jo. Qué lenta es esta conexión, joder con el vecino, todo el día con el emule. Burrito traidor. En media hora vienen estas a la reu y tengo que conectarme a skype para que Nagore participe desde México. Y aún tengo once pestañas abiertas, treinta y siete notificaciones por revisar... y ese maldito DM.

Ofelix lleva tres días viviendo en el pad. Se ha cambiado cinco veces de color porque no se soporta a sí misma. Morado feminista, rojinegro anarka, rosa maricón, verde vegano, naranja butano. Ni por esas. Tanto consenso ni tanta hostia. Que si «representar» no es la palabra, que si ese término es limitador, que si aquella coma sobra. Odio la escritura colectiva. No carga el streaming del taller de una compa ladyfestera que tuvo que perderse. Tampoco el dropbox, y tiene que compartir ya carpetas de actas con las de la colectiva. ¿Por qué me comprometo con todo? ¿Todavía, con todo el trabajazo feminista y de autocuidado que llevo a mis espaldas, no sé decir NO? No tiene ganas de seguir con el pad. Retoca la foto con gimp, difumina las caras, gestionando como puede esa seguridad que las redes no le dan, la sube a flickr y la enlaza al blog. Abre su queridísima red social. Veinte notificaciones. Me parece que esta página se pasa de esencialista, ¿le doy al «Ya no me gusta»? Siete invitaciones a eventos, ¿por qué te invitan a movidas que te pillan a cientos de kilómetros de tu casa, joder, todo pasa en Barna, todo pasa en Madrid? ¡Qué articulazo! Comparto. Ya tiene al de siempre comentando «desde el respeto». Muy cercano para bannearlo. Diox, no le soporta. Se jura a sí misma que el día menos pensado se hace scummer. ¿A ver? Revuelo en la manada. Una díscola. Nosequién ha dicho nosequé. Se ha liado. Abre una ventana y se lo cuenta a su herma-

na loba que está con el puntito verde y, como en un patio de vecinas, se asoma y se dicen «¿Quilla, has visto esto?», «¡Quilla, mu' fuerte!». Menos mal que ahí empiezan las risas en mayúsculas que le harán seguir la mañana con alegría. Pero se olvidó de votar en aquel doodle y se fijó el encuentro el sábado. Mierda. Curra en el bar. Servir a turistas cuando podría estar en el campo con ellas, conspirando. La vida no es justa. Fucking precarity. Y ahora a acabar el artículo. No quiere volver al pad, ¡nooo! Pero Ona está conectada y la pilla por banda.

Iniciar sesión

<oncorratona> ¿Estás conectada?
<ovejaeléctricx> Sí, se me va la conexión a ratos, pero ya sabes que mi red vive a cachos. Como yo. Fragmentada, dicen
<oa> Ok. Abro el pad, ¿cómo lo habías titulado?
<ox> articulocibertransfem
<oa> Estoy dentro. ¿Sistematizamos este batiburrillo de ideas? ¿Por dónde empezamos?
<ox> Pues explicando por qué las redes, el ciberespacio y las estrategias de comunicación y difusión virtual han tenido una importancia clave en el desarrollo del movimiento transfeminista en el Estado español, ¿no?
<oa> Vale. Podemos contar que a través de blogs, grupos de n-1, fanzines on line, cuentas de twitter y listas de distribución, el movimiento ha trascendido las fronteras corporales, geopolíticas y verbales
<ox> Es complicado porque su historia no es lineal, ni compacta ni, mucho menos, coherente. Ni siquiera los límites del conjunto de activismos transfeministas están claros. Es amorfo
<oa> Más bien anamórfico
<ox> Deforme

<oa> Deforme tú, feminazi andrógina tullida de amor
<ox> Calla, perra, me desconcentras
<oa> Sigo: en el espacio virtual se han librado batallas, se han llorado rupturas, hemos presenciado auténticos dramas
<ox> ¡Pantojiles! La política y los afectos... una vez más el #hamor en el centro
<oa> Me flipa cuando te pones moderna y me dices palabrotas como #procomún, #copylove o comunidad. Ahora, si me hablas de ciudadanía te corto el clitopene
<ox> Deja de entretenerme, trola. Sigo: se han producido escisiones por cuestiones de forma, objetivos, estrategias y contenidos
<oa> Sí, qué disgustos nos hemos llevado. Y las broncas de las hackers por nuestro software privativo. Mucho cable, mucho circuito y muchos colgajos de usb en las perfos pero algunas seguimos sin oler un terminal $. ¡Cuerpos libres y tecnologías libres!
<ox> sudo apt-get install. ¿Ves como sé?
<oa> Ya, pero tienes tu blog en blogspot. Uuuh, ¡qué antiguaaa!
<ox> Jajaja #LOL Sí, pero bien que guerreo en facebook. Y de ti ni rastro
<oa> «Las herramientas del amo nunca desmontarán la casa del amo», dijo Lorde[186]
<ox> Pero yo no, con fachabú no busco desmontar la casa del amo, sino okuparla, reapropiármela y...
<oa> No me lo digas: resignificarla y deconstruirla. Algo así como un giro ontoepistemológico postindustrial, o sea, ¿no? Pesada
<ox> ¡Je! Venga, que te vas. Sigue

186 Lorde, Audre: *La hermana, la extranjera: artículos y conferencias,* horas y HORAS, Madrid, 2013.

<oa> Es importante resaltar que en internet también se han vivido lunas de miel poliamorosas y colectivas; nos hemos aliado, tejido, compartido, eyaculado :)

<ox> También se han generado lugares de enunciación y legitimidad política, donde subalternidades deslenguadas, precarias, indocumentadas, zorras, han hablado y gritado

<oa> Hombres y mujeres se han desplazado de la pista de baile para dar paso a monstruos lesbianos sin sentido del ritmo (¡No nos gusta el compás 2/4!)

<ox> ¡Si no se puede bailar coja y desde el vertedero no es nuestra revolución!

<oa> #ouyeah. Hay que hacer una revisión de las prácticas en (la) red que han posibilitado, limitado y desordenado estas luchas

<ox> Resulta fundamental analizarlas ya que el ciberespacio desactiva, o al menos cuestiona, las dicotomías que el transfeminismo pretende dinamitar: público-privado, naturaleza-cultura, hombre-mujer, sexo-género, cuerpo-máquina, realidad-ficción... Ciber-cyborg-trans van de la mano

<oa> O de los pies :P Eso de las dicotomías habrá que verlo, porque yo no veo sino reproducción de dinámicas que se dan en la calle. Violencias de género, binarismos, estereotipos, reproducción de roles, machismo, puritanismo, doble moral, acoso y troleo

<ox> Obviamente, el ciberespacio responde a condiciones de posibilidad determinadas, a un contexto, no es ahistórico ni atemporal

<oa> Pero es que cierto ciberfeminismo es esencialista, criticando mucho la exclusión de las mujeres del mundo de la tecnociencia y teniendo una visión demasiado optimista sobre las mujeres y el mundo virtual, no solo sobre su capacidad empoderante, de la que no cabe duda, sino sobre su papel como herra-

mienta de invención, confusión y deconstrucción del género

<ox> Claro que tiene una relación estrecha con lo que pasa en la calle, pero la red también se rige por lógicas propias

<oa> Cierto. No olvidemos tampoco que habitamos cuerpos, que aunque el ratón pueda ser una extensión de la mano o la tecnología una «prolongación de lo humano»[187], tenemos, somos, devenimos cuerpos, materia y símbolo

<ox> Te amo (no románticamente), oncorratona

Abrir con

<ovejaeléctricx> ¿Qué condiciones favorecen el activismo transfeminista del ciberespacio? ¿Hacemos lluvia dorada?

<oncorratona> Ok. Por un lado, se han generado instrumentos de globalización de las relaciones (también de la hegemonía o el capital). No son relaciones muy simétricas que digamos

<ox> Pero nos han acercado. Han posibilitado el contacto y el diálogo interregional, transnacional

<oa> Se ha facilitado el acceso a internet. No es que todo el mundo tenga ordenador ni conexión, pero el número de usuarixs ha aumentado bastante en los últimos años

<ox> Ya, pero no olvidemos las brechas de género, edad, clase, procedencia y otras que marcan el uso desigual de las redes. Igual sí, muchxs monstruitxs indeseables

187 Braidotti, Rosi: «Un ciberfeminismo diferente», http://www.estudiosonline.net/texts/diferente.html, visto el 27 de junio de 2013.

nos hemos hecho presentes gracias a este mundo virtual donde ¿cabemos todxs?

<oa> También el abaratamiento de los costes de las herramientas de creación. Por ejemplo, se han hecho vídeos activistas con cámara de móvil que han tenido un montón de repercusión por youtube –donde han sido censurados– y después por dailymotion

<ox> Además, se ha facilitado. Hay programas que permiten diseñar carteles, editar imágenes, montar vídeos o crear memes feministas muy fácilmente :P

<oa> Y más fácil es difundirlos: clic, RT, compartir, etiquetado malicioso... y se entera la vecina del 5º

<ox> ¡Qué control del descontrol!

<oa> Lo cierto es que muchxs nos hemos convertido en agentes de enunciación y difusión, en pequeños medios de comunicación

<ox> También se ha generado y visibilizado un lenguaje desbinarizante gracias a las características de la comunicación escrita en otros códigos propios de la red

<oa> @ x = +

<ox> Tendríamos que hablar del «cómo», desgranar las características de estas nuevas formas de comunicación y activismo

<oa> Y de organización social en general y de militancia en concreto

<ox> Total. Cómo internet ha desordenado, reorganizado y cambiado los tiempos y ritmos vitales, sociales y de la información, y cómo eso revierte en el activismo y en el trabajo de lucha en-red-dado que hacemos

<oa> ¿Te refieres al tema de la brevedad y caducidad de noticias, contenidos e ideas en la web?

<ox> No solo eso. La fugacidad en internet, el poder del instante; lo que ahora es TT mundial o se haya «meneado» más de mil veces a las 11h, a las 17h del mismo día ya no lo recuerda nadie. Eso es un factor clave que lo hace tan intenso como volátil. El tema

de los espacios es también un filón. Espacios no-corpóreos donde se sustenta la sociedad red, realidades de soporte virtual generadas de manera comunal por diferentes individuos conectados desde lugares, tiempos, estaciones y meridianos diferentes. La manera en que eso cambia nuestras percepciones es una ruptura brutal. Igual que cambiara la comprensión del espacio, la velocidad y el movimiento con la invención de la locomotora

<oa> O igual que se reguló nuestra forma de follar a partir del surgimiento de la industria del porno y la pedagogía heterohegemónica inscrita en ella. Pero ahí está el postporno. Ese es un potencial clave: el poder apropiarnos de esas herramientas, a priori tan disciplinadoras, y convertirlas en armas de defensa, ataque y libertad

<ox> Otro tema: cómo internet ha condicionado la lucha, cómo ha vertebrado otros modelos de activismo[188] y cómo conectar la vida on line con la off line. ¿Qué se te ocurre?

<oa> Desde la gestión de un espacio diverso, complejo y grande por una sola persona, hasta la aparición de colaboraciones, solidaridades y sororidades. El desarrollo de proyectos experimenta un gran cambio cuando pasa del papel y boli de las asambleas cara a cara, a la pantalla, cable a cable, con entes no-corpóreos quizás a cientos de kilómetros de distancia

<oa> #TrueStory. Como esto que hacemos ahora, trabajar desde el pad, tú allí, yo acá, construir afinidades y afectos desde el teclado, organizarnos con documentos de creación colectiva, compartir info con enlaces y archivos adjuntos. En definitiva, contribuir a otro

188 Burgos, Ana y R. Martínez, Yendéh: «Luchas emergentes en red. Feminismos 2.0» *Píkara Magazine,* 2013.

modo de hacer política en espacios 2.0, que surge precisamente con la eclosión de internet y las redes sociales

<ox> Y he aquí el dilema: si bien es verdad que la red propicia modos de organización y gestión novedosos, así como dinámicas más horizontales y colaborativas, no podemos obviar que es solo una parte más de la acción política. Sigue existiendo el trabajo en el mundo tangible, salida a la calle, manifestación, acción y difusión por canales tradicionales complementarios y no sustituibles. Está guay tener acceso a todos los fanzines que quieras en la web, pero anda que no nos gusta tenerlos calentitos en la mano, subrayarlos, manosearlos, o montar un stand con una distri

<oa> En el fondo eres una nostálgica

<ox> Y tú una futurista distópica

<oa> Me [alt]eras, zorrón. Otro aspecto a tratar, aunque lo hemos ido haciendo ya a lo largo del chat, sería sistematizar las potencias y limitaciones del activismo en el ciberespacio

<ox> Sobre las potencias, diría que es un espacio empoderante y reapropiable por sujetos oprimidos. Es deslocalizado y transfronterizo, lo que posibilita el intercambio, la polifonía, la generación y gestión colectiva del conocimiento

<oa> Se facilita la respuesta inmediata, espontánea y multitudinaria a las agresiones (troleo) o al tratamiento heterosexista de la realidad. Potencia la creatividad. Favorece la denuncia. Agiliza la comunicación multidireccional y la circulación de la información

<ox> Pero está claro que ni todo el campo es orégano ni esto es la panacea de la aldea global. No todxs somos usuarixs, ni todx usuarix es hacker, ni todo internet es libre y color violeta

<oa> Más: el hecho de no poder ver, oír, sentir o tocar a tu interlocutorx se puede convertir en un hándicap

<ox> Y surgen obstáculos y conflictos ante los que podemos carecer de experiencias previas o herramientas para enfrentarlos. Un claro ejemplo: una ida de olla que queda registrada para siempre, un debate que se va de las manos, una frase mal entendida o desafortunada...

<oa> Ya, en la red también somos vulnerables, nos encontramos en territorio hostil y hegemónicamente hombril, con todo lo que conlleva

<ox> Los ataques de trolls son una muestra clara de ello. Siempre me planteo qué tipo de maniobra llevar a cabo ante cada agresión machista en la red, ¿alimentar al troll o no? Me preocupa la impunidad, sentirme/nos indefensas, reconocerme a mí misma como extraña en un mundo técnico-digital del que se me excluye por mi diagnóstico mujer

<oa> Bueno, ya... pero no te olvides de la llamada a la jauría virtual, la mención en una publicación como señales de humo o grito de guerra, de los grupos de apoyo, del #NosTocanAUnaNosTocanATodas y del #SomosManada

<ox> No me olvido, pero en ocasiones experimentas una gran soledad. Administras grupos, blogs, páginas, creas eventos, publicas, debates... pero a veces la gestión de los conflictos no pasa por lo colectivo, sino por una misma, lo que te puede hacer pequeña

<oa> Otro temazo: la censura, las advertencias de contenido

<ox> Los bloqueos en facebook por «mal comportamiento», por poner una foto con un pezón, un coño peludo o una imagen con copyright

<oa> Y las políticas de privacidad, la falta de transparencia informativa en los contratos de registro, el tráfico de datos personales de usuarixs y el control que ejer-

cen sobre nuestra propia intimidad debería darnos qué pensar a la hora de usar estas multinacionales de las comunicaciones

<ox> La red en general. Como dice Zafra, «la red hizo de la pantalla: ventana, espejo, pizarra y panóptico»[189]

Nueva pestaña, nueva pestaña, nueva... y así hasta el infinito

<oncorratona> ¿Quiénes son las que están dando caña en internet? ¿Están solo en internet? De eso también deberíamos hablar

<ovejaeléctricx> Sí, no únicamente hacer una lectura transfeminista de la Red sino un mapeo o radiografía de los movimientos, personas y colectivos transfeministas que se mueven. Señalemos los hitos más significativos que los han articulado, va, sin pretender ser exhaustivas

<oa> Ok, pero ya sabes que hablo en calidad de espía

<ox> Y yo de testiga

<oa> Jojo, llevamos años con los rulos bien puestos y cotilleando en la red. Pero cuánto aprendemos, cómo nos educamos sin necesidad de un curso reglado en la universidad...

<ox> Mogollón. Tú al menos te fuiste a vivir a Barna y las conociste en persona. Manada tangible. Yo aquí en los sures sobrevivo con mi manadita (pequeña pero matona) y tengo al resto sobreviviendo en las periferias del ciberespacio

<oa> Y yo en las cloacas del cibergazpacho :P

<ox> La eclosión del bloguerío transfeminista empezó alrededor de 2006-2007 con los blogs de activistas

189.- Zafra, Remedios: *Un cuarto propio conectado. (Ciber)espacio y (auto)gestión del yo*, Fórcola, Madrid, 2010, p.16.

como Post-Op, como tantos otros, en blogspot. La mayoría con su reglamentaria advertencia: «Lo comprendo y deseo continuar». Censura a saco. Antiguas. ¡Si hasta tienen un myspace! Antiquísimas

<oa> Pero ahora, como se han vuelto (aún más) modernas se han hecho un tumblr :D

<ox> Tan modernas no son, tienen una agonizante cuenta en twitter ¡con diez tweets!

<oa> Uuuh, ¡qué uno punto cerooo!

<ox> Otro blog del momento era el de ex_dones, «el eslabón perdido entre el feminismo y el esperpento» #FAN. Tuvo una corta vida, pero Itziar Ziga, una de sus integrantes, pronto volvió a la carga con su blog «Hasta la limusina siempre», cuyos escritos le han posibilitado sacar un libro[190]. El ordenador y el papel haciéndose mimitos

<oa> También estaban los de Maribolheras Precárias, Medeak, Girlswholikeporno, Sayak Valencia, Diana Junyent, Guerrilla Travolaka... Al poco tiempo llegaron Idea Destroying Muros, Helen Torres, O.R.G.I.A, La quimera rosa, Miriam Solá o Lucía Egaña

<ox> Son un montón. Pero si te vas a cualquiera de esas páginas, a muchxs de estxs activistas lxs encontrarás en los listados de enlaces

<oa> ¡Qué endogamia, Mari! En la cama e internet todxs juntxs y revueltxs

<ox> Y en la calle. Porque todxs estaban en la calle hiriendo al heteropatriarcado, claro, pero algunas no organizadas, al menos en sus inicios. Eso es interesantísimo: la Red posibilitó aquello que comentábamos antes, que se convirtieran en agentes de enunciación ellxs solitxs

190.- Ziga, Itziar: *Un zulo propio.* Melusina, Barcelona, 2009.

<oa> Ahí estaban por ejemplo Bicharraca, M en conflicto o Heroína de lo Periférico

<ox> ¿Y los hitos? Se me ocurre las Jornadas Feminismo-PornoPunk de Donosti de julio de 2008. La difusión y la participación tan nutrida no habría sido posible sin la actividad virtual

<oa> ¿Recuerdas los comentarios de todas, recién conocidas, en la entrada posterior al encuentro del blog de Medeak[191]?

<ox> Las Jornadas Feministas de Granada, de diciembre de 2009, también marcaron un antes y un después. De ahí derivaron, entre otras, las Jornadas Transfeministas de Barcelona de abril de 2010

<oa> O la generación de textos fundamentales como el *Manifiesto para la insurrección transfeminista*, publicado en muchos blogs a la vez a las 00h del 1 de enero de 2010

<ox> Un guiño al levantamiento zapatista 16 años antes en Chiapas

<oa> Aún recuerdo el intercambio de mails explicando cómo programar una entrada para que se publicara automáticamente a las 00h

<ox> ¡Me veo a alguna que otra petardo-analógica subiendo la entrada al ritmo de las campanadas y atragantándose con las uvas! ¡Alfabetización digital y en software libre para todxs ya!

<oa> Luego llegó facebook, twitter o n-1 a nuestras vidas

<ox> Sí, n-1, la «red del pueblo para el pueblo», es un espacio más seguro, libre, autogestionado y crítico. Ahí destacan grupos abiertos como el de Compartiendo otro porno, Octubre Trans de Barcelona, Asamblea

191.- medeak.blogspot.com.es/2008/07/resumen-feminismopornopunk.html, visto el 20 de junio de 2013.

Transmaricabollo de Sol, Transfeminismo, LelaCoders o Asamblea de Zorras Mutantes

<oa> ¿Y en tu jardín amurallado de facebook qué se mueve?

<ox> Pues estamos muchxs, faltas tú y otra gente molona pero sobreviviré :P Hay muchas páginas en las que colgamos cosas, se generan debates interesantes, nos vamos conociendo

<oa> Perdona, guapa, el enfado que traías el otro día no era por un «debate interesante», sino por un machirulo jodiendo tu muro

<ox> Uf, cansino. Pero si ladran es porque cabalgamos, ¿no? Va, te cuento cositas del transfeminismo en facebook: hacemos grupos para compatir información, los colectivos cuelgan los eventos, fotos o crónicas de sus acciones, nos etiquetamos para que todas estemos al tanto

<oa> Y mientras, a comerte imágenes de Coelho con frases tontas, ver fotos del bodorrio de la prima de tu cuñada o tragarte el comentario lesbófobo de tu compa de curro, ¿no?

<ox> Que sí, pero me merece la pena. Es un lujazo conocer a gente que está haciendo cosas chulas por Latinoamérica y otras partes del Estado. Aunque parezca cínico, se están generando alianzas (y desencuentros) a través de los «me gusta», por ejemplo

<oa> Son interesantes también los crowdfoundings y la financiación colectiva de proyectos. Como La Quimera Rosa y Transnoise, que consiguieron así pasta para su [Aquelarre 2.0] el año pasado

<ox> Exacto. La Red también ha posibilitado proyectos impensables sin el soporte virtual, como la revista *Una Buena Barba*, o iniciativas que solo están en el ciberespacio, como Memes Feministas. Estamos dando la lata

<oa> ¡Y lo que nos queda!

<ovejaeléctricx> Va siendo hora de hablar de retos, de lo que nos depara lo transformado, del «y ahora, ¿qué?»

<Oncorratona> Uno de los retos fundamentales que se están llevando a cabo poco a poco es el de generar espacios de seguridad dentro de las redes hegemónicas, públicas y capitalistas, autocuidarnos, protegernos y defendernos

<ox> Eso lo explica bien Lucía Egaña cuando dijo «usar los espacios públicos e institucionales para generar experiencias extremas»[192]. Puede extrapolarse a sitios virtuales que forman parte del cibermundo capitalista y sexista conectando también con el debate del empleo de las herramientas del amo. Habla de que nos hemos visto obligadxs a entrar y salir de esos espacios popularizados, normativos, constreñidores, no seguros, hecho que nos ha obligado a autoprotegernos, formular estrategias de autodefensa y cuidado, brotando así redes de resistencia. ¡Crackeando el eje del mal heteropatriarcal!

<oa> ¿Cómo configurar espacios transfeministas en la red? ¿Cómo se traduce el transfeminismo en el lenguaje codificado de internet? ¿Cómo intervenir con una lectura cibertransfeminista del cibermundo?

<ox> Se me ocurre que solo con ser usuarias de la red, haciendo tecnopolítica feminista desde «un ordenador propio», estamos produciendo subjetividades alteradas, identidades divergentes, realidades confusas e inapropiadas. El anonimato, el pseudónimo, el avatar

192.- Egaña, Lucía: «Algunos apuntes para una tecnología transfeminista», http://www.lucysombra.org/TXT/03ApuntesParaUnaTecnologiaTransfeminista_LuciaEganaRojas.pdf., visto el 20 de junio de 2013.

o las bios no son solo la cara que mostramos en la comunidad virtual, son dispositivos de creación de ficciones, de producción de sujetos desencarnados y virtuales cuya intermediaria es la máquina, proceso que facilita la exploración de la identidad y su subversión. «El sujeto y el cuerpo ya no son inseparables»[193].

<oa> Asimismo, como reto y desafío estaría, por un lado, la capacidad de interconexión de seres, sentires e identidades en diáspora, marginales, indeseables e híbridas; por otro, vertebrar esa banda ancha invisible para que genere comunidades red, nodos con los nuevos o no tan nuevos y multiversos sujetos del feminismo en alianza, para proponer alternativas y estrategias para dinamitar la realidad heteronormativa y patriarcal

<ox> Eres una pesada postvueltaymedia. ¿Descansamos un rato?

<oa> Dale. A las 18h aquí, en el pad. Tú y yo. Cuerpo a cuerpo, pantalla a pantalla, chateando y apostando por una política ciberespacial del des[ctrl]. A muerte, ovejita mía

193.- Wajcman, Judy: El tecnofeminismo, Cátedra, Madrid, 2006, p. 107.

OFENSIVA TRANSHACKFEMINISTA

your machine is a battleground[194]

Klau Kinki

DESPUÉS DE MUCHAS VUELTAS SOBRE ESTE TEXTO, de intentar encajar en tan poco tiempo ganas bestiales de cerrar ciclos que aún no cicatrizan, de desclasificar[195] archivos y experiencias invisibilizadas y en muchísimos casos desconocidas, como la traumática muerte de generaTech[196], me decanto por otra estrategia.

Nunca he aguantado la despolitización sobre sexo-género en los espacios tecnológicos libres (*hacklabs* u otros espacios rizomático-virtuales que conozco), por no decir que me enferma su profunda normatividad heteropatriarcal. Se acabó el buen rollo. Se acabó el silencio. Se acabaron las medias tintas.

194.- Para fraseando a Barbara Kruger: «Tu cuerpo es un campo de batalla».

195.- Dar prioridad a documentos olvidados, perdidos, escondidos, o mal difundidos, documentos que permitan abrir nuevos debates en torno a las relaciones entre las formas de hegemonía sociocultural y las diferentes prácticas de actualización o cuestionamiento de esta en sus aspectos políticos e históricos. http://www.desclasificacion.org/

196.- generaTech RIP (2007-2010) murió de un cáncer interno en diciembre del 2010, un tumor predeterminado por su propia genética: la institucionalidad burocrática. Sobrevivió una cascara virtual en forma de plataforma audiovisual que poco a poco devora el spam farmacopornográfico. Un ataúd online profanado. Su desclasificación es inminente.

Mi deseo por encontrar y/o generar un lugar donde fluyera el feminismo cyborg, la disidencia tecnopolítica y biopolítica más allá de binarismos corporales, me llevó a una deriva práctica de conceptos y acciones situadas en diversos posicionamientos. Comencé por el clásico y generalista «género y tecnología», luego probé la adaptación cruzada de herramientas[197] como en las «cartografías tecnofeministas»[198]. Poco a poco, el discurso se fue radicalizando hacia el «hacktivismo feminista queer», para resituarlo recientemente como «hacktivismo transfeminista»[199] y finalmente situarnos hoy desde el «Transhackfeminismo». Es decir, un transfeminismo que opera hackeando todo a su alrededor.

No soy programadora, no encajo en la categoría mujer, no soy ni feminista de la diferencia ni abolicionista (¡ni muerta!), y no creo al ciento por ciento en las alianzas de coños solo por ser coños, como tampoco me fío de alianzas basadas en el software o hardware libre. Las reconozco como alianzas necesarias, pero me he llevado demasiadas sorpresas desagradables.

El transfeminismo radical ha de ser una base mínima que no he de transar más, no confío en quienes no se cuestionan, no reflexionan ni desarrollan un mínimo posicionamiento crítico sobre el sexo-género y el sistema patriarcal. Eso sí, sin puritanismos inocentones y conservadores... ¡Fuera! ¿Asistencialismo? No, gracias, asco me da.

Actualmente me encuentro experimentando en Calafou[200], un proyecto de envergadura compleja que carece por

197.- https://prism-break.org/#es

198.- ¿Cartografías tecnofeministas? Trazar ciberestrategias para utilizar las tecnologías en beneficio de nuestras satisfacciones, ideas, campañas, resistencias o lo que nos salga del coño.
http://desobedienciasexual.blogspot.de/p/programa.html

199.- http://ladyfestnafarroa.blogspot.com.es/p/programa.html

200.- Calafou, colonia ecoindustrial postcapitalista, una colonia textil fundada hacia 1850 en el municipio de Cabrera d'Anoia, sobre el río Anoia. Hacia 1960,

completo de una perspectiva crítica al respecto. Despolitización y negación continua de problemáticas de género y jerarquías patriarcales. Un entorno muy duro y embrutecedor, paraíso de machirulos de paso y no tan de paso. Allí estoy con la clara y fija intención de lograr un posicionamiento político menos retrógrado (por no decir lo menos) y que se reconozca de una vez por todas la gran necesidad de asumir manifiestamente una política (trans)feminista, e implementar lo que ya existe de manera subterránea y opera rizomáticamente con gran fuerza, aunque nos invisibilizen y machaquen constantemente. De aquí surge con fuerza un nodo estratégico de ofensiva: **PECHBLENDA**.

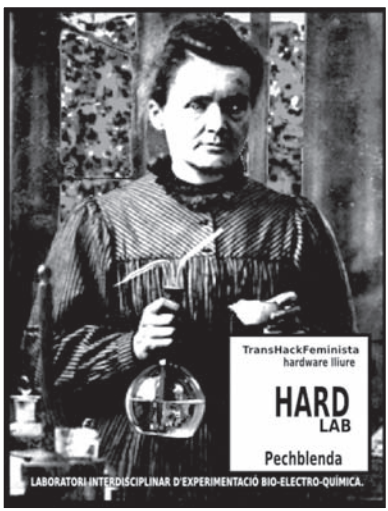
---

sus moradores la abandonaron, pero se mantuvo su actividad industrial, con varias empresas que usaban las naves y el uso hidroeléctrico de la antigua turbina. En 2004, un incendio quemó una fábrica de pinturas y se aceleró su abandono. http://www.calafou.org

PECHBLENDA LABORATORIO INTERDISCIPLINAR DE EXPERIMENTACIÓN BIO-ELECTRO-QUÍMICA

Hardlab TransHackFeminista[201]
(Texto por Pin, Julito y Klau)

PECHBLENDA, recibe su nombre del alemán *Pechblende* (*Pech* = brea; *blenden* = lucir, brillar, cegar), que hace referencia al aspecto del mineral.



Hartas del polvo mugriento, monótono y aburrido, de las atmósferas inertes, irrespirables, competitivas y excluyentes, de la información semiliberada y, por tanto, totalmente bajo control, poder y decisión de maromos encogidos de hombros por su enorme infantilismo y egocentrismo. Cansadas de cuerpos reprimidos, impenetrables y «homogenéricos», reseteamos y migramos nuestros cuerpos, códigos modificables lubricados y fluidos, lejos de tan triste panorama.

Cansadas de la manipulación inservible y recursiva de la información, estudiamos, construimos y fxllamos en todo lo que nos rodea con fines múltiples, monstruosos y odiosos. Desde la expansión informativa hasta la mutación dispo-

201.- https://cooperativa.ecoxarxes.cat/g/pechblenda_hardlab

sitiva, deseamos hackear y recodificar todo aquello que se encuentra estática y estrictamente programado, social y tecnológicamente impuesto.

PECHBLENDA se inocula en nuestras venas como antídoto destructor de la arrogancia heteropatriarcal que nos rodea. Un disturbio, una distorsión electrónica *transhackfeminista*.

Hemos encontrado el lugar para nuestros rituales,
lo habíamos soñado, escrito en ciencia ficción.
Ahora lo habitamos
con la potencialidad del alto voltaje,
con la intensidad de las tinieblas;
despegamos unidas con deseos comunes, con nuestras diferencias.
Las paredes tiemblan y el agua penetra los ínfimos agujeros,
se expande cual código indescifrable excitándonos las neuronas;
cambiamos el rumbo aparente del acontecer de las cosas transitando antimelodías,
el noise como apertura aritmética, fuera de lo homogéneo y calculado,
el ruidismo como fuente de alimentación hacia la experimentación ilimitada.
Si no podemos generar noise no es nuestra revolución.
Performance improvisada
creando y descifrando códigos,
construyendo máquinas híbridas.
Beat roots y oscuros paisajes mutantes
que devienen secreciones incontroladas de nuestros deseos.
Electronáutica y bioelectricidad que saturan el entorno químicamente
el olor a ácido de nuestras hormonas sacude el espacio,

resituadxs entre cables, resistencias, condensadores y líquidos corrosivos.

Natura y tecnología no son cosas diferentes,
la natura fue a las brujas lo que la tecnociencia es para nosotrxs, las *cyborg witches*.

Nos infiltramos en la máquina con las manos, el sudor y la atención dispersa,
nos preparamos para una verificación inexacta donde el error aparente es deseado,
donde fallamos, follamos, somos.

Somos putones *geeks*,
cyborg zorras.
Devoramos Haraway y Asimov,
Preciado y manuales de Python,
Itziar Ziga y Neil Sthepenson,
Margulis y Despentes,
hackmeetings y jornadas transfeministas,
electronica DIY y bricolaje sexual;
absorbemos pdf's sobre teoría de la electrónica
escuchando psicofonías del entorno;
leemos y diseñamos circuitos,
y experimentamos con ellos en nuestros cuerpos.
Chillamos *noise* y akelarres cyborgs,
soldadura y alquimia;
escupimos performances e instalamos gnu-linux,
frikeamos reciclando y reparando hardware en tetas.

Nos reímos de todo, de nosotrxs mismxs...
Nos repugna lo políticamente correcto.
Parodiamos lo socialmente entendido como femenino y masculino.
Cuestionamos la identidad de género que nos asignó el sistema,

la exageramos, la ridiculizamos.
Extremadamente sexuales, irónicas, sarcásticas,
nos encanta la fiesta, no dormir si nos apetece,
drogarnos si nos sale del coño,
tanto para irnos con nuestrxs amigxs
como para acabar un circuito
o improvisar una *jam noise ad infinitum*.
Nutridas por el pornoterrorismo y la cultura libre,
sabemos sacar garras y dientes cuando hace falta.

Pechblenda nace como una necesidad de generar un espacio adecuado a nuestras necesidades en Calafou, un espacio TransHackFeminista no-patriarcal en donde el aprendizaje surge de la experimentación cruda (reparación electrónica y de electrodomésticos, experimentación con turbinas, bio-electro-química), de la auto-formación de donde emergen conocimientos libres. En Pechblenda los comportamientos maxirulistas, asistencialistas, invasivos y patriarcales NO son bienvenidos.

Este vocablo mineral lo absorbimos vía Isaac Asimov en uno de sus maravillosos libros científico-divulgativos, *Momentos estelares de la ciencia*, mientras nos cuenta las peripecias de Marie Salomea Skłodowska y Pierre Curie. Ocho años y dos toneladas de pechblenda marcaron el rumbo de las radioactivas investigaciones de los Curie. PECHBLENDA es Uraninita masiva incrustante, oxidada total o parcialmente a U_3O_8; teóricamente su composición es UO_2.

FICHA: HISTORIA PECHBLENDA

Fórmula química: UO2
Densidad: 6,5 – 10,95 g/ml (8,72 g/ml de media)
Dureza en la escala de Mohs: 5 – 6
Color: habitualmente negro
Color de la raya en placa de porcelana: pardo – negro
Opacidad: opaco
Propiedades clave : mineral muy radiactivo
Forma cristalina: cúbico; a veces amorfo o granulado

Marie Curie es unas de nuestras más grandes inspiraciones, a nivel científico, por su rigurosidad y constancia, por su trabajo obsesivo y arriesgado, por sus desviaciones prácticas y experimentales. Testó los efectos de la radiación en sus propias carnes provocando quemaduras y deformaciones; prácticas que demostraban una aproximación y concepción diferente del dolor. Cuestionamiento metódico de todo lo que la rodeaba y perseverante para alcanzar sus fines.

Porque su historia como mujer, inmigrante y de clase baja, no se conoce tanto como parece ni como debería, y sus logros y perturbaciones considerables se esconden bajo trapos mojados de incertidumbre e invisibilidad.

PECHBLENDA es un mineral que en ese tiempo se sabía contenía trazos de uranio. Es el mineral que Marie y Pierre estuvieron fraccionando durante 8 años hallando (en 1910) otro elemento con una radio-actividad mayor: el radio. Este elemento, siendo un millón de veces más radioactivo que el uranio, es asimilado como calcio por el cuerpo y depositado en los huesos, donde la radio-actividad degrada la médula osea y provoca mutaciones en las células.

Radiaciones emitidas por nosotrxs mismxs, a las cuales estamos constantemente expuestas, mutaciones intrínsecas y auto-producidas; "multiplicarnos en vez de reproducirnos". Porque somos radioactivas y mal formadas. Porque PECHBLENDA es para nosotrxs lo que es para Marie, un diamante a fraccionar y des-en-polvar. Radioactivas convulsivas, epilépticas psicomaniacas.

En 1934, Marie murió de leucemia, causada probablemente por la continua exposición a las radiaciones radioactivas.

TECNOFEMINISMO
APUNTES PARA UNA TECNOLOGÍA TRANSFEMINISTA
(VERSIÓN 0.3)[202]

Lucía Egaña Rojas

> root@root: Hablo desde la precariedad de las máquinas, desde el estado alterado del error. Hablo como pornoObrera del código, como paria. Hablo desde el *smartphone* que compré con mi primera paga de prostituta; escribo en Open Office cartas de amor a *hackers* que no conozco. Hablo por videochat, uso anglicismos y los uso mal. Tecnología y ciencia son palabras sacadas con mala leche de la misma definición del diccionario. Hablo con este lenguaje mediado por el ordenador y los diccionarios *on-line*. El diccionario *on-line* me sale por la boca. Tecnofilia y tecnofobia son dos fuerzas que pelean dentro de mí. Son como las bacterias de la vagina, el peligro está en el desajuste de su equilibrio (y en esos casos uso inyecciones de kéfir para neutralizar). Hablo como *spammer*, *streamer*, *blogger* y *switcher*[203].

MARGARITA PADILLA RELATA cuándo deseó ser *hacker* por primera vez. Tras una conferencia que la deja fascinada, fantasea con presentar una ponencia al año siguiente. Luego llega

---

202.- Este texto forma parte de un proceso abierto de reutilización documentado en:
http://www.lucysombra.org/archives/category/textos/genero-y-tecnologia.
La segunda versión de este texto fue leída en las Jornadas de Post-Op en marzo del año 2013 (Barcelona). La mecánica reutilitarista de este texto opera como si fuese un software de código abierto: partes se mantienen intactas y otras se modifican. Esta será de alguna forma la misma mecánica del feminismo y de muchas de las resistencias contemporáneas que van constantemente reutilizándose, cambiando, agregando o eliminando alguna frase del código. En resumen y como advertencia, este texto no tiene nada de original.

203.- Fragmento reutilizado del texto «PornoObreros del código» que escribí para la exposición de Felipe Rivas San Martín «La categoría del porno», Biblioteca de Santiago, Sala +18, junio de 2012 en Santiago de Chile.

a casa y ve el pasillo sucio. Entonces piensa: «si me meto en Gnome ¿quién va a barrer el pasillo?»[204].

Escribir es difícil ante lo doméstico o el yugo del *multitasking*, y no solo así es como se ha expropiado la herramienta de la escritura[205], también a través de su definición unívoca, correcta. Ortografía, metodología, categoría y orden. Dicción y ciencia. Dedicación exclusiva a algo, especialización y profesionalismo. En la ducha pienso en la escritura como tecnología de fijación discursiva (no había visto aún la entrevista a Padilla). ¿Cuáles serían los métodos de asentamiento discursivo del transfeminismo? Jabón. Una escritura transfeminista incluiría, además de textos, blogs, performances, actualizaciones de estado, rasguños y tatuajes, desgarros vaginales (desgarros protésicos). «La escritura es, sobre todo, la tecnología de los cyborgs, superficies grabadas al aguafuerte en estos años finales del siglo xx. La política de los cyborgs es la lucha por el lenguaje y contra la comunicación perfecta, contra el código que traduce a la perfección todos los significados, el dogma central del falogocentrismo» (Haraway, 1995, p. 302). «La escritura deviene una mesa de operaciones privilegiada para intervenir la anatomía de los significados sexopolíticos del cuerpo, que intenta cortocircuitar las tecnologías de producción de las ficciones somáticas, sacudiendo las instituciones del Estado, la Iglesia, el capital, la ciencia y sus industrias» (Flores, 2011, p. 9).

204.- Cito un material semiinédito, entrevista Lelacoders con Margarita Padilla (noviembre 2010) https://vimeo.com/30812111 / https://n-1.cc/g/donestech+lelacoders.

205.- Ada Lovelace redacta un contrato para Charles Babbage en 1843: «*undertake to give your mind wholly and undivided, as a primary object that no engagement is to interfere with, to the consideration of all those matters in which I shall at times require your intellectual assistance & supervition; & can you promise not to slur & hurry things over; or to mislay & allow confusion & mistakes to enter into documents &c?*» (Plant, 1999).

La definición habitual de tecnología presupone que hay una división entre el medio ambiente y quien tiene o crea la tecnología, una diferencia entre natural y artificial. Un antagonismo entre ambas partes, una lucha de poder. La definición habitual de tecnología presupone un ordenamiento científico de los conocimientos generados, una visión progresista orientada a la industrialización tecnológica regida por los fines del capital. En su aplicación corporal se reserva a los órganos del trabajo industrial, reemplazando, por ejemplo, la mano rebanada del obrero por una mecánica que pueda seguir trabajando.

Audre Lorde da, en 1984, una conferencia en la Universidad de Nueva York denunciando cómo la tecnología de la raza y de la orientación sexual han construido su única posibilidad discursiva. Dice: «las herramientas del amo nunca desmantelarán la casa del amo» (Lorde, 1984). Con «herramientas», Lorde se refiere a la clasificación de «feminista, lesbiana y negra» que, dentro del feminismo (y a partir de la, en principio, buena intención de darle un espacio de visibilidad exclusiva a su condición), provocaba una división categorial que la excluía de poder referirse a otros ámbitos vitales que no fueran los que únicamente su condición de feminista lésbica y negra le daban oportunidad de enunciar. Su naturaleza cortada por un cuchillo-tecnología, por un polvo en el pasillo, por un jabón en el programa académico de visibilización feminista. Porque «todas las personas estamos constituidas (operadas) por tecnologías sociales muy precisas que nos definen en términos de género, clase social, raza»[206].

Cómo podría ser una tecnología transfeminista, cuál sería su definición, su uso. Cómo hablar de tecnología cuando ya sabemos que la construcción social del género, del sexo y de las prácticas pasan por una programación de código cerrado y que, incluso en la medida en que lo vayamos abriendo,

206.- postporno.blogspot.com.es, visto en marzo 2013.

liberando y haciendo explícito, grandes porciones de código reabierto vuelven a clausurarse a través de la industrialización más salvaje, del deseo de casarse, de la moda, de los hospitales y de las cárceles.

El «tecnotransfeminismo» es un espacio retratado en una novela de ciencia ficción distópica que estamos protagonizando desde hace más de quince años. En esta novela los «cuerpos son pantallas en las que vemos proyecciones de acuerdos temporales que surgen tras luchas incesantes por creencias y prácticas dentro de las comunidades académicas y médicas» (Stone, 1991). En esta novela está también la resistencia.

A continuación, la descripción, en desorden, de algunas de sus escenas:

Artefactos y capacidades

La «competencia de pollas» es, en ámbitos tecnológicos, una práctica tan habitual que ya está naturalizada (como la fascinación por los resultados). En la competencia de pollas no importa qué haces con la tuya sino qué tamaño tiene y cuánto tarda en ponerse dura. Efectividad y presencia. Rapidez. En esta competencia no califica nada que no sea polla y de «carne» (nada que no sea un *gadget*, un artefacto, un artilugio, una máquina, nada que no tenga un circuito integrado, una *cpu*, un código informático). Empoderamiento pareciera, en esta carrera, ser lo mismo que ego. En la competencia de pollas no califican los procesos, ni las observaciones, ni las narrativas, ni los sentidos. Se trata de una dinámica cosificante y material, y, en cierto punto, de un aberrante esencialismo tecnológico[207]. La competencia de pollas es, como su nombre

207.- En 2012, en el LabSurLab 2012 en Quito, en la mesa dedicada al tema de género y tecnología, unas compañeras de CORPANP (Corporación de Productores Audiovisuales de las Nacionalidades y Pueblos) planteaban que sus conocimientos tecnológicos eran milenarios. Se trataba de saber observar los

indica, un desfile de capacidades cosificadas donde eventualmente ganaría una de las expuestas (y aquí la posibilidad de «ganar» se incrementa con maquinarias de último modelo, con el acceso a la propiedad privada y con una relación muy propia a las definiciones tradicionales de lo tecnológico).

La «competencia de pollas» no sirve como metodología para aprender algo, sino solo para admirar cosas. Es una dinámica basada en la propiedad y en el reconocimiento público («mira qué guapo mi cacharro»), y por eso esta escena es la que describe una especie de estado primitivo y hegemónico en la novela de ciencia ficción distópica. Un antecedente que justifica la emergencia de nuevos personajes cyborg, de máquinas emancipadas y de cortocircuitos múltiples que darán lugar a una especie de comando tecnoScum.

La nube

La tecnología del capitalismo se orienta a la pérdida progresiva de autonomía y autodeterminación. Las interfaces y sistemas operativos contemporáneos funcionan como cajas negras de los procesos que se dan en su interior. Internet se visualiza como «nube», y los dispositivos conectados a ella, a través de hilos invisibles e inmateriales, transmiten performances identitarias fácilmente categorizables y siempre ordenadas.

El capitalismo produce en serie, necesita de la repetición porque necesita (y produce) el acostumbramiento y la fábrica. La única diferencia entre un artículo y otro es su número de serie, cosa que paradojalmente es lo que lo hace ser «original». En el capitalismo, la acción está dada por el consu-

---

cauces del río y los ciclos de la luna para saber cuándo plantar, se trataba de escuchar la tierra y de coordinar ritmos vitales. Evidentemente, este tipo de tecnología no calificaría en una «competencia de pollas».

mo, y la libertad se traduce a la posibilidad de elección entre un abanico limitado de productos, de alternativas.

Una tecnología anticapitalista no tiene números de serie, ni fábricas, ni eufemismos de nubes[208]. Una tecnología anticapitalista no está en la nube ni en el ensamblaje en China, porque está, entre otras partes, en el coño rebelde que se resiste a un salvaslip como paradigma de la homogeneización castrante (y aquí las tecnologías del olfato que propone Evax son una de las herramientas de la industria).

Una tecnología anticapitalista será transfeminista porque no estará en las nubes, porque cuando se abre el código aparecerán todas las inmundicias de su escritura, aparecerán los *bug*s, aparecerá la ingeniería fina de la monogamia como producción de culpa, aparecerán candados chinos, rayos x y *presets* por defecto. En la cultura dominante, el sistema operativo por defecto es *Windows*, la sexualidad por defecto es blanca, monógama y monoparental, el acostumbramiento es un nicho del mercado, y cuando los códigos están abiertos nada de eso es creíble porque parece tan «original» que a lo menos resulta aburrido. La repetición es hastío. Una tecnología transfeminista se basa en lo irrepetible del pequeño gesto, en la serendipia y en la casualidad.

Analfabeta

¿Podemos imaginar a alguien que fuese un analfabeto de las tecnologías del género? ¿Alguien que usara mal los dispositivos, que pronunciara mal la identidad, alguien que nunca aprendió?

Según las estadísticas mundiales, el analfabetismo es carácter propio de la pobreza, hay una relación entre analfa-

208.- La campaña publicitaria de salvaslips Evax del año 1999 tenía por slógan la pregunta *¿a qué huelen las nubes?*. Spot publicitario en http://www.youtube.com/watch?v=d-p8FxFS1_M (consultado en marzo 2013).

betismo, poco acceso a la tecnología y poblaciones marginadas (que en el mapa son las zonas que se ven más grandes).

Una tecnología transfeminista valorará el analfabetismo en su función improductiva para la industria, como una vía para obtener caminos impensados por la productividad y la rapidez, como resistencia. La afasia, más que una enfermedad, se volverá un camino para el desarrollo de nuevos lenguajes.

Las metodologías tradicionales se plantean una búsqueda de resultados descarnada donde lo estudiado es un objeto al que se le superponen preguntas e hipótesis en una carrera que acabará destruyendo lo que quedaba de vida en ello. Así es como la vida privada, la experiencia, el cuerpo, son elementos que han de estar excluidos de la investigación (y de la acción tecnológica) puesto que, de esta forma, se mantendrán estas cláusulas cerradas de lo abyecto, los códigos cerrados de la construcción de la subjetividad.

«Una metodología queer es, en cierto sentido, una metodología carroñera, que utiliza diferentes métodos para recoger y producir información sobre sujetos que han sido deliberada o accidentalmente excluidos de los estudios tradicionales del comportamiento humano. La metodología queer trata de combinar métodos que a menudo parecen contradictorios entre sí y rechaza la presión académica hacia una coherencia entre disciplinas» (Halberstam, 2008, p. 32).

Una relación transfeminista con la tecnología no podrá invisibilizar el espacio de la subjetividad y del cuerpo porque son precisamente esos elementos los que están en medio del entramado de poder y jerarquización. El tecnotransfeminismo buscará un lenguaje y unos caminos de aprendizaje que no blanqueen las tecnologías, sino que permanentemente las hagan funcionar del modo en que no funcionan o para obtener efectos que deconstruyan la maquinación original del sistema. Una serie de conocimientos no reglados, y probablemente desaprobados por la ciencia. Una pedagogía contagiosa, que opera a través de la encarnación, una antipedagogía, porque nunca sería reconocida como tal,

porque trabaja con la biografía y la vida y porque esta antipedagogía se vuelve una de las herramientas más potentes para generar redes de resistencia, para el contagio subjetivo y para abandonar, de alguna forma, este concepto tan pasado de moda que es el «yo».

Geología, cuerpo y materia

Si Foucault nos dejó una caja de herramientas hace más de treinta años, que seguimos reutilizando hasta el día de hoy, ¿para qué nos hace falta un ordenador de siete núcleos? ¿Por qué coño me he prostituido por un *smartphone*?

Tal como enuncia Gayle Rubin, «en el tiempo geológico, el presente es un pestañeo [...] las infraestructuras del conocimiento requieren espacios físicos y estructuras organizacionales durables» (Rubin, 2011, p. 355). ¿Son hacklabs, son bibliotecas, son cuerpos?

Buscar las fuentes, el código, no solo en el interior del software sino también en la historia, en las máquinas impuestas, en la ortopedia cultural y en la borradura institucional.

Una tecnología necesita memoria, conocer el origen de cada cicatriz. Necesita puentes, traductoras, archivadoras. Que el lastre de la documentación salga de la órbita feminizada del cuidado para diseñar nuevas formas de memoria y de acción. Un cuerpo tiene memoria, no hace falta ir más lejos, una tecnología transfeminista lleva en la carne el encarcelamiento de Angela Davis, la caza de brujas, las trans muertas en cualquier frontera, en su casa. Un cuerpo tecnotransfeminista conoce la injusticia y la brecha, conoce y convive con la precariedad de las máquinas (que hay en su cuerpo). Entender el cuerpo cyborg como uno marcado, cruzado por la lucha de clases, la xenofobia y el racismo.

La tecnología es material. No es una abstracción. En Silicon Valley hay mucho ancho de banda sobrevolando los tejados blandos de las maquiladoras. La tecnología es una

cuestión geológica, llena de capas que se superponen formando dibujos estructurales a partir de cataclismos, cicatrices y lluvias doradas. Nos han hecho creer que tecnología es software, inmaterial, intangible, pero «come código y muere [...]. Somos el accidente maligno que cayó en tu sistema mientras dormías. Y cuando despiertes, terminaremos con tus falsas ilusiones digitales, secuestrando tu impecable software» (VNS Matrix, 1996). No hace falta únicamente reivindicar la historia, sino también recuperar la memoria. Buscar métodos de propagación y de fijación de las viralidades cyborg[209], porque lo cyborg no es solo una estética sino, sobre todo, una experiencia adolorida por la materialidad tecnológica.

Miedo

Una tecnología transfeminista busca espacios de seguridad que, en teoría, ya se han asumido en las fiestas, en los encuentros y en los *afters.* Una tecnología transfeminista buscará también sobrepasar la vulnerabilidad en el espacio público de lo tecnomaquínico del internet. Google no es un espacio de seguridad. Sus servidores están inscritos en la lista de herramientas del discurso heteropatriarcal, en un *rack* blindado. Podemos entrar y salir de ellos (y la mayoría de las veces nos obligarán a salir por la fuerza y sin explicación), porque, de alguna forma, hemos vivido siempre en espacios no seguros, montando fortalezas colectivas y afec-

209.- Y, de hecho, si la conciencia cyborg ha de ser considerada como algo totalmente distinto a aquello que reproduce exactamente el orden global dominante, entonces la conciencia cyborg debe ser desarrollada a partir de una serie de tecnologías que reunidas componen la metodología de las oprimidas, una metodología que puede ofrecernos orientaciones para la supervivencia y resistencia bajo las condiciones culturales transnacionales del Primer Mundo. Esta conciencia «cyborg» opositiva ha sido también identificada mediante términos como «conciencia mestiza», «subjetividades situadas», «mujerismo» y «conciencia diferencial» (Sandoval, 2004, p. 96).

tivas de protección. Pero pido una tecnología transfeminista que genere sus espacios de seguridad, en la ciudad y en la red. Pido servidores libres, sin censura, donde no haya que disimular contenidos, ni autocensurar[210] vídeos. Pido que nos organicemos para lograrlo.

Una tecnología transfeminista no tiene miedo, ni a las máquinas ni a la autoexploración del cuerpo, a saber qué es lo que hay dentro, la cérvix y el más allá. Una tecnología transfeminista será un ejercicio colectivo y sistemático de pérdida del miedo, una búsqueda por conocer cómo se conectan los cables (culturales o maquínicos) dentro de las cajas grises que son los cuerpos o los portátiles. Sandy Stone se fabrica en los ochenta su propio ordenador y luego lo programa. Una tecnología transfeminista burlará la obsolescencia programada del cuerpo para programar la obsolescencia del género, y así mismo tocará máquinas, reutilizará componentes, sabrá cómo abrir el portátil o conocer los placeres del ano.

Pido que exploremos las tecnologías artesanales, sin patentes, las tecnologías del error, el hackeo, las tecnologías disidentes, de bajo perfil. Las tecnologías sociales, de los géneros abyectos y de la contracultura. Pido, como un grito desesperado iluminado por el *led* de la Haraway, que extraigamos sin miedo los códigos de la escritura, que abramos las máquinas y que no se derrame nunca más una lágrima por un ordenador muerto.

(Ya tengo el módem entre las piernas)[211].

210.- Resulta sugerente el fragmento de una entrevista realizada a Pier Paolo Pasolini en la cadena RAI (sin fecha consignada), donde habla sobre los medios de masas aludiendo justamente a que dentro del dispositivo televisivo opera una autocensura implícita que él mismo ejerce en dicho instante al estar hablando en ese contexto además de una relación jerárquica construida por el propio dispositivo. *Pasolini sulla television di massa* [Entrevista] RAI, Italia, (sin año especificado). http://www.youtube.com/watch?v=FCMlxopkiOM (consultado en marzo 2013).

211.- VNS Matrix, 1996.

Flores, valeria: *«Industrias del cuerpo». Ficciones feministas, fábulas epistemológicas y políticas del desacato,* texto presentado en el Tercer Circuito Disidencia Sexual «No hay Respeto», organizado por la Coordinadora Universitaria por la Disidencia Sexual (CUDS), Santiago de Chile, junio del 2011.

http://www.bibliotecafragmentada.org/industrias-del-cuerpo, visto en mayo 2013.

Halberstam, Judith: *Masculinidad femenina*, Egalés, Madrid, 2008.

Haraway, Donna: *Ciencia, cyborgs y mujeres*, Cátedra, Madrid, 1995.

Lorde, Audre: *Las herramientas del amo nunca desmantelarán la casa del amo*, Flora Tristán, Lima, 1984.

Preciado, Beatriz: *Manifiesto Contra-sexual*, Opera Prima, Madrid, 2002.

Rubin, Gayle: *Deviations, A Gayle Rubin Reader*, Duke University Press, Durham, 2011.

Sandoval, Chela: «Nuevas ciencias. Feminismo cyborg y metodología de los oprimidos», hooks, bell (et. al.): *Otras Inapropiables*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2004, pp. 81-106.

Stone, Sandy: *El imperio contraataca. Un manifiesto post-transexual*, http://www.estudiosonline.net/texts/stone_manifiesto.htm, visto en mayo 2013.

Plant, Sadie: «The Future Looms: Weaving Women and Cybernetics", Wolmark, Jenny (ed.): *Cybersexualities, a reader on feminist theory cyborgs and cyberspace*, Edimburgo, 1999, pp. 99-118.

VNS Matrix: *Manifiesto de la Zorra/Mutante*, www.estudiosonline.net/texts/vns_matrix.html, visto en mayo 2013.

AITZOLE ARANETA es licenciada en Empresa, máster en Sexología y en Estudios de Género, ha sido coordinadora de la campaña internacional «Stop Trans Pathologization 2012», consultora internacional en el Parlamento europeo, la OMS y la ILGA, Transgender Europe, Amnistía Internacional, ILGA-Europa, Global Advocates for Transgender Equality. Coorganizadora de los seminarios «Movimiento en las Bases», en la UNIA, o el I Congreso Internacional de Derechos Humanos e Identidad de Género. Actualmente trabaja en temas de responsabilidad social corporativa. Es, además, educadora, conferenciante y autora de varias cositas que aparecen en otros tantos libros. Y, sin embargo, precaria pero conjuntada.

ALEX AGUIRRE, transfeminista–sudakx, estudió un diplomado en Migración y Desarrollo (Universidad Juan Carlos I de Madrid). Activista en derechos de las LTGB y coordinador del colectivo Migrantes Transgresorxs, es parte de la Red por la Despatologización de las Identidades Trans. Asimismo, es activista del colectivo Pandi Trans en Madrid. Expertx en talleres de desarrollo personal y de grupos con mención en terapia corporal. Ha impartido talleres de identidades de género, migración y sexualidad.

AMAIA OROZCO estudió Economía, *ciencia* bien alejada de lo trans-queer. Se dedica a algo tan poco *económico* como la economía feminista. Participa en movimientos sociales y, sobre todo, en los feminismos; aspira a escindir lo menos posible la política y lo laboral.

ANA BURGOS es activista feminista, antropóloga, periodista, bloguera, precaria. Pueblerina onubense afincada en Barcelona, crea junto a otras el proyecto Memes Feministas, el fondo documental La Fondona o la iniciativa de investigación-acción La Centrifugadora. Su militancia en Sevilla, Madrid, México DF o Bogotá le ha aportado herramientas que, aunque no le permiten tener un empleo digno (¡qué oxímoron!), le posibilitan investigar, escribir, hacer radio, dinamizar talleres o montar saraos donde conspirar. Le interesa el ciberespacio, acabar con el troleo machista y reventar los muros de las prisiones.

BENGALA & MAGNAFRANSE

Esta es su bio, no creen necesario añadir más información sobre ellas de la que ya aparece en el texto.
http://magnafranse.tumblr.com/
http://brendabengala.tumblr.com/

BROT BORD son una asamblea de lucha contra el patriarcado, la homofobia, la lesbofobia y la transfobia y forman parte del movimiento catalán de liberación lésbica, gay, bisexual, trans e intersexual. Sus acciones incluyen la participación en movimientos populares y políticos, así como la creación y promoción de espacios de ocio autogestionados y alternativos al capitalismo. Difunden sus ideas a través de varios medios, como la web o sus publicaciones periódicas. El concepto «bord» es una propuesta de adaptación a la realidad catalana del concepto anglosajón «queer».

CRISTINA GARAIZABAL es activista feminista desde los principios del movimiento feminista primero en Barcelona y posteriormente en Madrid. Es cofundadora del colectivo Hetaira, un grupo que defiende los derechos de las trabajadoras del sexo y que nació en 1995, compuesto por mujeres que se dedican a diferentes actividades, entre

otras el trabajo sexual. Es psicóloga clínica y de las primeras profesionales que empezó el acompañamiento psicológico a personas trans, formándose en estos asuntos y siendo hoy una referencia en los temas relacionados con las identidades no-normativas.

DIANA J. TORRES (Madrid, 1981) es eyaculadora precoz, terrorista lúbrica, tocapelotas pro, poeta de bragueta, prostituta fracasada (y añada a continuación lo que le dé la gana). Dedica su tiempo a idear estrategias para destruir a los malos (Estado, Iglesia y racionalismo científico, todo ello manejado por la gran máquina heteropatriarcal) que van desde la performance, a la que es adicta desde 2001, a la acción directa, pasando por la escritura (publicó su primer libro *Pornoterrorismo* en 2011 con Txalaparta), los talleres, la organización del festival de postporno La Muestra Marrana desde 2007, etc.
http://pornoterrorismo.com
http://muestramarrana.org

DIEGO GENDERHACKER es activista transhackerfeminista, artista audiovisual y pluriempleado. Su obra ha sido expuesta en Can Felipa, Caixaforum, Sala d'Art Jove y MNCARS. Ha participado en los proyectos «El arte depués de los feminismos» y «Peligrosidad Social» (MACBA), y en los seminarios «Movimiento en las bases» y «Cuerpo Impropio» (UNIA). Es docente e investigador en la Facultad de Bellas Artes de la UB, donde conspira contra el sistema sexo-género y realiza su tesis doctoral.
http://genderhacker.net
http://archivo-t.net

ELENA-URKO Elena, Urko, Ylenia, Urka, Mari, Elenoide... y seguimos contando. Activista postporno perteneciente al grupo Post-Op. Forma parte de la escena feministaporno-

punk. Defiende la copla y el bdsm a partes iguales porque ¿qué hay más bonito que un arnés de lunares? Su labor más conocida es viajar por la península de jornada en jornada dando talleres, charlas y dinamizando los espacios públicos y festivos con un buen petardeo a golpe de fusta. Ha sobrevivido a la coordinación de este libro gracias al sol y sombra, las amapolas, el lorazepam y una tarifa plana en el teléfono. www.postop.es

HELEN TORRES, investigadora social, educadora, escritora, traductora, euraka, artista sub/e-mergente (subterránea, e-lectrónica, emergente, fusionada), trabaja desde puntos de vista transfeministas postcolonialistas en la articulación entre arte, política y tecnología. Ha investigado publicado y desarrollado proyectos en torno a corporalidades disfuncionales, homofobia y transfobia, teoría queer, sexualidades desviadas, identidades nómadas, deconstrucción de las identidades, postpornografía, articulaciones cyborgs.
Más información: http://helenatorres.wordpress.com/

ITZIAR ZIGA fue educada en un colegio público de un barrio obrero de Rentería en los años ochenta, después en un instituto (también público) infectado por el Opus en Iruñea, se licenció en Periodismo por una universidad donde volaban las sillas por las ventanas contra los antidisturbios invitados por el rector de turno. Hija de su madre, de las calles y del feminismo; y de repente, gogó. Ha publicado los ensayos *Devenir Perra, Un zulo propio* (Melusina, 2009) y *Sexual Herria* (Txalaparta, 2011).

KLAU KINKI, pulpo audiovisual, hacktivista transfeminista, Vj experimental, performer y diseñadorx gráficx (solo herramientas de software libre), es investigadorx instintivx en soldadura, electrónica y mecatrónica. Costurera manos

de aguja y serígrafa DIY. Agitadora *free style* de eventos, encuentros, jornadas, talleres, fiestas, muestras audiovisuales y cursos relacionados con tecnologías libres y herramientas audiovisuales FLOSS. Organizó generaTech desde el 2007 a 2010 (festival itinerante y plataforma virtual sobre tecnologías audiovisuales libres y des-género) hasta que la hegemónica institución le escupió fuera. Actualmente forma parte del laboratorio interdisciplinar transhackfeminista de experimentación bio-electro-química Pechblenda. http://pechblenda.hotglue.me/

LETICIA ROJAS es antropóloga y activista transfeminista sudaka. Fue promotora del colectivo Lesbianas Desafiando Mitos, en Ecuador (2002-08). Actualmente trabaja en su tesis doctoral sobre los discursos políticos de las diásporas trans y lesbianas latinoamericanas: Ecuador y el Estado español (Universidad Complutense de Madrid). Realizó una maestría en Género y Desarrollo (FLACSO-Ecuador). En los últimos años compatibiliza la investigación sociocultural con el activismo transfeminista, transfronterizo decolonial en el colectivo Migrantes Transgresorxs (Madrid).

LUCÍA EGAÑA (1979, apátrida) http://lucysombra.org
TAGS: feminismo, basura, pornografía, low-fi, escritura, protoacademia, precariedad, feminismo, open source, streaming, representación, tarot, sexo, internet, contracapitalismo, video, hacking, sexualidad, feminismo, minipimer.tv, género, ciclismo urbano, DIY, arte, tecnofilia, tecnofobia, esoteria, tiempo real, residuos, collage, erroismo, spanglish.

LUCRECIA MASSON es activista transfeminista, sudaka y gorda en descolonización. Asignada al género femenino al nacer en un hospital del coño sur, pasó su infancia entre vacas y cardos rusos, un día dijo que quería ser bailarina

y sus padres, que sabían sobre el mundo, le dijeron que el cuerpo no le daba. Más tarde cruzó el charco y ya en las europas se enteró que hasta las personas podían ser ilegales. Actualmente se ocupa, sobre todo, de pensar y accionar sobre corporalidades disidentes, emociones y afectos.

MEDEAK es un grupo feminista radical que nace en el año 2000. Ha dado varios giros y cambios, y en él han participado varias y diferentes miembras. Desde el principio ha puesto el cuerpo en el centro de su acción política, identificándose así con diferentes etiquetas, como bolleras radicales, transexuales, transgéneros, putas, negras... con el objetivo de reivindicar lo que se ha considerado en los márgenes. Estos últimos años la reflexión política también ha marcado el mismo camino; colocar la identidad, las violencias, la regulación de los cuerpos... en el centro del discurso las ha llevado a encontrarse en lo que ahora conocemos como transfeminismo.

MERY SUT es un colectivo transcultural de militancia poética y activismo deseducativo.
nace en venecia en 2005 y su nombre hace referencia al título de la composición musical de luigi nono «voci destroying muros» (1970).
consideramos imprescindible posicionarnos políticamente en la creación artística.
esta práctica ha hecho posible la elaboración de procesos geopolíticos y sociales que nos han atravesado, por medio de la interpretación y la traducción de nuestras experiencias singulares y colectivas.
la búsqueda artística, feminista, la performance, la videocreación, la traducción, el dibujo y la escritura son los instrumentos a través de los cuales transformamos nuestros límites en recursos.

MIRIAM SOLÁ siempre se queda corta o se pasa, y le suele gustar todo en exceso. Tras estudiar filosofía, salió despavorida de un pueblo de pozos, en el corazón de la huertica murciana, en búsqueda de aventuras con un préstamo universitario, de los que no se devuelven, en los bolsillos. En su sexilio barcelonés encontró un montón de feministas; feliz, se adentró en los estudios de género y en el activismo tranz-mari-bollo. Ahora sobrevive como investigadora en apuros, translover, charnega y empollona.
http://cartografiastransfeministas.wordpress.com/

O.R.G.I.A es en la actualidad un monstruo de cuatro cabezas (las de Sabela Dopazo, Beatriz Higón, Carmen Muriana y Tatiana Sentamans), que desde el año 2001 plantea su investigación y creación artística en torno a cuestiones relativas al género, al sexo y a la sexualidad desde un posicionamiento feminista y queer. Se trata de una identidad fluctuante, inestable y bastarda que transita a su antojo y en base a sus posibilidades por diferentes disciplinas metodológicas. En definitiva, O.R.G.I.A es un espacio heterotópico en el que cuando se entra, las leyes, los tiempos, y los placeres son marcados por el propio ser amorfo que se conforma.

PECHBLENDA es un espacio de experimentación y desarrollo de circuitos electrónicos y político-corporales. Ofrece servicios de reparación de todo tipo de dispositivos, de automatización de procesos, de instalación de leds, distribución de componentes y artilugios varios, asesoramiento, talleres básicos, intermediarios, prácticos y técnicos. De Gin Tonic y Paliza! Formado por Pin, Julito y Klau, y por múltiples tentáculos y telarañas. Movidas por la performance y, concretamente, por la tecnología en la performance, noise, ruidismo extremo, células en shock.
besameelintro.blogspot.com

POST-OP (2003) es un grupo interdisciplinar que investiga sobre género, sexualidad y postpornografía desde una perspectiva queer transfeminista. Infectan espacios públicos, locales nocturnos, c.s.os y museos con sus prácticas pornográficas disidentes, ocupando las calles con sus personajes multigenerados, monstruosos y mutantes; visibilizando cuerpos, sexualidades y prácticas no-normativas. Su trabajo abarca performances, realización de talleres e instalaciones, la videocreación o la acción directa.
www.postop.es
www.postporno.blogspot.com.es
www.facebook.com/ARTIVISTASPost.Op

QUIMERA ROSA [CECILIA PUGLIA & YAN REY] es un laboratorio transdisciplinar de experimentación e investigación sobre identidad, cuerpo y tecnología. Mediante obras vinculadas con la performance, buscamos desarrollar prácticas productoras de identidades cyborgs y no-naturalizantes. Hacemos del cuerpo una plataforma de intervención pública y concebimos la sexualidad como una creación artística y tecnológica, creación que pretendemos libre de patentes y códigos propietarios. La mayor parte de nuestro trabajo es colaborativo.
http://quimerarosa.tumblr.com/
http://sexoskeleton.org/
http://akelarrecyborg.tumblr.com/

RAQUEL (LUCAS) PLATERO sSiempre se ha sentido en la encrucijada de varias realidades vitales, como son la diversidad funcional, la sexualidad, el género y la clase social. Su trabajo tiene mucho que ver con darle sentido a las cuestiones cotidianas que aparentemente son invisibles bajo la imposición de las normas mayoritarias y neutrales. Y, al mismo tiempo, le interesa que estas rupturas con lo esta-

blecido nos hacen especialmente hipervisibles, a veces, casi monstruosamente.

SANDRA FERNÁNDEZ es licenciada en Biología y realizó su formación de postgrado en Estudios de Género y actualmente en el campo de la Antropología Médica. Ha formado parte del movimiento LGTBQ desde hace más de diez años como miembro de diferentes colectivos críticos y activista independiente. Participó del movimiento trans(feminista) como parte de La Acera del Frente (Madrid) y la Red por la Despatologización de las Identidades Trans, interesándose por las articulaciones entre el movimiento prodespatologización y el feminismo.

SARA LAFUENTE intenta combinar activismo (trans)feminista y sociología. En la actualidad desarrolla su tesis doctoral, investiga sobre partenogénesis, reproducción asistida e investigación en células madre desde una perspectiva feminista, enlazando estudios sociales de la ciencia con teoría queer.

SAYAK VALENCIA (Tijuana, 1980) es doctora europea en Filosofía, Teoría y Crítica Feminista por la Universidad Complutense de Madrid. Poeta, ensayista y exhibicionista performática, ha publicado los libros *Adrift´s Book* (Aristas Martínez, Badajoz, 2012), *Capitalismo Gore* (Melusina, Barcelona, 2010), *El reverso exacto del texto* (Centaurea Nigra Ediciones, Madrid, 2007), *Jueves Fausto* (Ediciones de la Esquina / Anortecer, Tijuana, 2004), así como diversos artículos, ensayos y poemas en revistas de España, Alemania, Francia, Polonia, México, Argentina, Estados Unidos y Colombia.

TEO PARDO es un salvaje activista trans que tiene una alta tendencia a hacer todo a última hora... Adora las hamburguesas de lentejas, el pan recién sacado del horno

con mantequilla, las hostias de luz por las mañanas y las noches (más por las noches), la calle, la cerveza, la cerveza en la calle, la gente que le da que pensar (que es casi toda) y los espacios en los que lo hacemos juntas. Le emociona encontrar placer en la política y política en el placer.

VERONIKA ARAUZO En su militancia ha formado parte de la Guerrilla Travolaka y ha sido colaboradora del Octubre Trans y parte del movimiento prodespatologización. Ha participado en la creación de obras que cuestionan la construcción patológica que la psiquiatría tiene de las personas trans. Algunos de sus trabajos más representativos son *Vero 2004* de Roger Bernat, *Transgénere sota franquisme* junto a Joan Suqué y Roger Lapuente, *Des Paradis Experience* de Roger Bernat, *Test de la Vida Real* de Florencia P. Marano, *Not Gulity* de Diana Martin La Peña, *Fake Orgam´s* de Jo Sol, *Yo soy la Vero* de Andres Roccatagliata, *Apocalipsis Animal* de XY Mutación. Como bien dice su hermana: en la visibilidad está la dignidad.

YENDÉH R. MARTÍNEZ De Yendéh dice su madre que es «un caso». A veces La Bruja de Kamchatka, a veces Lamalapécora, siempre una feminazi cualquiera. Bloguera, militante con acento, libertaria, cateta, nómada y bastarda de un pueblo costero y especulado. Una de las creadoras de Memes Feministas, participa en la Casa Invisible (Málaga) y en varias colectivas de machorras odiahombres. De la historia de las mujeres saltó a los feminismos, de Joan Scott a Teresa de Lauretis. Tallerista, docente, bailonga, cachonda mental. Su frase favorita hoy, mañana puede ser otra: *I'm not a girl. I'm a grrrl.*

A Itziar Ziga por su valiosos consejos, su inestimable ayuda y por darnos el empuje preciso para materializar la idea.
A Anita Ramos, Lucía Egaña, Helen Torres, Ana Burgos y Diana J. Torres por su neurosis filolingüística y trabajo de pulidoras, por creerse este proyecto y hacerlo suyo.
A nuestra heroína de lo periférico, por salvarnos en esos «pequeños» momentos, por su inmediatez y capacidad resolutiva.
A Karmen Tep por hacer comando apoyo y hacerlo muy bien.
A Beto Preciado por regalarnos un prólogo tan incendiario.
A nuestra familia por aguantarnos el agosto de revisiones, correcciones y estreses.
A todas las que nos han acompañado en este viaje: Majo Pulido, Lucre Masson, Tatiana Sentamans, Medeak, Laia Lloret, Patricia Bertolin, Andrea Corrales, Meri Escala, Sayak Valencia, Quimera Rosa, MariKarmen Free y Calala.
Al CSO Can Vies, escenario de tantos debates y luchas.
Y por supuesto a la red transfeminista por su apoyo y por hacer que esto sea posible.

Timeline

Una línea del tiempo transfeminista

Genderhacker

Acontecimientos históricos

Seminarios & Jornadas

1987
I Encuentro Estatal de Lesbianas. *Barcelona*

1988
II Jornadas de lesbianas del estado español. *Madrid*

1988
Jornadas feministas contra la Violencia Machista. *Santiago de Compostela*

Colectivos

1986
Grup de lesbianes feministes de Barcelona

1986
Transexualia. *Madrid*

1985

Publicaciones



1985
"Polémicas feministas". Empar Pineda & Montse Oliván & Paloma Uría

1984
Revista "Nosotras que nos queremos tanto". Colectivo feminista de lesbianas de Madrid

1987
"Historia de la sexualidad". Michel Foucault



1986
Revista "Sorginak". Colectivo de Lesbianas de Euskadi

1989
"Placer y peligro". Carol S. Vance

1989
"Las mujeres en la encrucijada de la sexualidad". Raquel Osborne

1988
Revista "Tribades". Colectivo de Lesbianas Feministas de Barcelona

Films & Documentales

Exposiciones artísticas

1986
"El arte y su doble". Dan Cameron
MNCARS. *Madrid*



1992
Asesinato de la transexual Sonia.
Barcelona

1993
OMS desclasifica la homosexualidad como enfermedad mental

1993
Jornadas feministas estatales "Juntas y a por todas". *Madrid*

1990
Lumatza.
Iruña



1991
La Radical Gai.
Madrid

1993
FELGTB
Federación estatal de lesbianas, gays, transexuales y bisexuales

1993
LSD.
Madrid

1994
Erreakzioa/ Reacción.
Donostia

1994
RQTR.
Madrid

1990

1991
"Las prostitutas, una voz propia".
Raquel Osborne

1991
Revista "Desde nuestra acera". Colectivo de Feministas Lesbianas de Madrid

1993
"El andrógino sexuado".
Estrella de Diego

1993
"De amor y rabia".
Juan Vicente Aliaga & Jose Miguel Cortés



1993
Revista "De un plumazo".
La Radical Gai

1994
Fanzine "Non Grata".
LSD

1993
"Políticas de género".
Carmen Navarrete.
Institut Valencià de la Dona & Filmoteca Valenciana. *València*

1993
"Visiones Paralelas: artistas modernos y arte marginal".
Maurice Tuchman & Carol S. Eliel.
MNCARS. *Madrid*

1993
"100%".
Mar Villaespesa & Estrella de Diego.
Museo de Arte Contemporáneo.
Sevilla



1994
"Escultura lesbiana".
LSD. *Madrid*

1994
"Cocido y crudo".
Dan Cameron
MNCARS. *Madrid*

1995
Derogación completa de la ley de peligrosidad social (1983, 1989, 1995)



1996
Okupación feminista de la Eskalera Karakola. *Madrid*

1996
Campaña "Sexo seguro". RQTR

1995
Plazandreok. *Donostia*



1995
Hetaira. *Madrid*

1995

1995
"Ciencia, cyborgs y mujeres". Donna Haraway

1995
"Construcciones del Cuerpo Femenino". Erreakzioa/Reacción

1997
"Identidad y diferencia". Juan Vicente Aliaga & José Miguel Cortés



1995
"Sincronías". Eugenia Balcells & Claudia Giannetti MNCARS. *Madrid*

1995
"Territorios indefinidos". Cabello/Carceller. Museo de Arte Contemporáneo. *Elx*



1996
"Identidad múltiple". Johanna Drucker & Coco Fusco. MACBA. *Barcelona*

1997
"El rostro velado". José Miguel Cortés. Gipuzkoako Foru Aldundia. *Donostia*

1996
"Pepe Espaliú". Gloria Picazo. MACBA. *Barcelona*

1997
Manifestación unitaria del movimiento gay, lésbico y transexual por la legalización de las parejas de hecho. *Madrid*

1997
Primer insumiso que se declara homosexual (Sergio García Hornos)

1998
1ª Ley de parejas de hecho.
Catalunya

1999
Towanda.
Zaragoza

1999
Les Atakás.
Barcelona

1997
"El don de safo".
Pat Califa

1997
"Bajo vientre".
Juan Vicente Aliaga

1998
"Teoría torcida".
Ricardo Llamas

1998
"Transexualidad, transgenerismo y cultura".
José Antonio Nieto



1998
Fanzine "Mujeres Preokupando".
Colectivos de mujeres autónomas

1998
"Transgéneric@s".
Juan Vicente Aliaga.
Koldo Mitxelena Kulturunea. *Donostia*

1999
"Pierre Molinier".
Juan Vicente Aliaga
IVAM. *Valéncia*

1997
"Sólo para tus ojos".
Erreakzioa/Reacción.
Arteleku. *Donostia*

1998
"El jo divers". Cabello/Carceller.
Sala Montcada. *Barcelona*

1999
"El jardín de Eros".
Victoria Comabía &
Jean Jaques Lebel.
Institut de Cultura de Barcelona



2000
Jornadas Feministas Estatales
"El feminismo es... y será".
Córdoba

2000
Grup de Transexuals masculins de Barcelona

2000
Medeak.
Donostia

2001
O.R.G.I.A.
València

2000

1999
"Diferencias".
Teresa de Lauretis



2000
Fanzine
"Bollus vivendi".
Bollus vivendi



2001
"El género en disputa".
Judith Butler



1999
"A sangre y fuego".
Juan Vicente Aliaga.
EACC. *Castelló*

2000
"Zona F".
Cabello/Carceller
EACC. *Castelló*

2001
"Claude Cahun".
Juan Vicente Aliaga.
IVAM. *València*



2001
"TransSexual Espress".
Xavier Arakistain.
CASM.
Barcelona

2002
1ª Manifestación de trabajadoras del sexo.
Madrid

2002
"Cuerpos de producción".
Santiago de Compostela

2002
"Retóricas del género".
UNIA arteypensamiento



2002
Girls Who Like Porno.
Barcelona



2003
"Maratón Posporno".
MACBA. *Barcelona*



2003
Post Op.
Barcelona

2003
I Jornadas Estatales de Transexualidad Masculina. *Barcelona*

2003
"Nuevas masculinidades".
CCCB. *Barcelona*



2003
Corpus Deleicti.
Barcelona

2002
"Sexualidades transgresoras".
Rafael M. Mérida

2002
"Cuerpos que importan".
Judith Butler



2002
"Manifiesto contra-sexual".
Beatriz Preciado



2002
"Héroes caídos. Masculinidad y representación".
José Miguel Cortés
EACC. *Castelló*

2002
"El bello género".
Margarita Aizpuru.
Sala Plaza de España.
Madrid

2003
"Micropolíticas".
Juan Vicente Aliaga &
María del Corral &
José Miguel Cortés.
EACC. *Castelló*

2004
Ley Orgánica 1/2004
Violencia de Género

2003
Akampada Queer.
Sant Quirze de Besora. Barcelona



2003
Jornadas queer.
CSO Kan Kun.
L'Hospitalet

2004
"La repolitización del espacio sexual en las prácticas artísticas contemporáneas". Arteleku.
Donostia

2004
"Tecnologías del género". MACBA.
Barcelona

el hombre transexual

2003
El Hombre Transexual.
Madrid

2004
"Contrageografías de la globalización".
Saskia Sassen

2004
"Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras". VVAA



2004
"Arte y cuestiones de género". Juan Vicente Aliaga



2004
"Desacuerdos".
VVAA. Arteleku & MACBA & UNIA



2003
"Pepe Espaliú".
Juan Vicente Aliaga.
MNCARS. *Madrid*



2004
Documental
"El camino de Moisés".
Cecilia Barriga

2004
Documental
"A la deriva.
Por los circuitos de la precariedad femenina".
Precarias a la deriva

2004
"En construcción".
Cabello / Carceller.
Sala Verónica. *Murcia*

2004
"Hannah Höch".
Juan Vicente Aliaga.
MNCARS. *Madrid*

2005
Ley Orgánica 13/2005
Matrimonio homosexual

2006
Manifestación del Orgullo Migrante.
Madrid

2005
"Tecnologías del género 2". MACBA.
Barcelona

2005
"Mujeres, raza, clase". Angela Davis. MACBA.
Barcelona

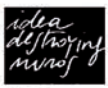
2005
Toma Kandela.
Granada



2005
Queeruption 8.
Barcelona

2005
Go Fist Fundation.
Barcelona

2005
"Mutaciones del feminismo".
Arteleku.
Donostia



2005
Idea destroying muros.
Venezia



2006
Guerrilla Travolaka.
Barcelona

2005



2005
"Mujeres, raza y clase".
Angela Davis



2005
"El pensamiento heterosexual".
Monique Wittig

2005
"Teoría queer".
David Córdoba & Javier Sáez & Paco Vidarte



2006
"Deshacer el género".
Judith Butler



2005
"Fugas Subversivas".
La nau. *València*

2005
"Performatividad, arte, identidad y género".
Institut Universitari d'Estudis de la Dona.
La nau. *València*



2005
"No es él". Cabello/Carceller.
Galería Joan Prats. *Barcelona.*

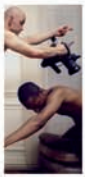
2006
Okupación feminista de M.A.M.B.O.
Barcelona

2006
Comienza el proceso "4F"

2007
Ley 3/2007
Identidad de género

2006
"Encuentros entre especies". Donna Haraway. MACBA.
Barcelona

2007
"Deshacer el género". Judith Butler. MACBA.
Barcelona



2007
"La nouvelle vague porno". MACBA.
Barcelona

2006
7menos20.
Gasteiz



2006
Maribolheras Precárias.
A Coruña

2006
Feministas Nómadas.
Málaga

2006
Bricolaje Sexual.
Barcelona



2007
MDMA.
Bilbao



2007
Pornoterrorismo.
Barcelona

2007
La acera del frente.
Madrid

2006
"Cuerpos sexuados".
Anne Fausto-Sterling



2006
"El eje del mal es heterosexual". GTQ



2006
"Ejercicios de poder".
Cabello/Carceller.
Galería Elba Benítez.
Madrid

FEMI NIST ALDIA

2006
"Feministaldia".
Plazandreok.
Arteleku. *Donostia*



2007
"Kiss kiss Bang Bang".
Xavier Arakistain.
Museo de Bellas Artes.
Bilbao



2007
1º Manifestació per la lluita Transsexual, Transgènere i Intersexual de Barcelona



2008
2º Manifestació per la lluita Transgènere, Transsexual i Intersex de Barcelona



2007
Generatech.
Barcelona, Madrid, València, A Coruña



2008
"Sexualitats Trans-gressores".
CCDFB. *Barcelona*

2008
"Producción de géneros y cuerpos".
UPV. *Bilbao*



2008
"Feminismo pornopunk".
Arteleku.
Donostia



2007
Ex-Dones.
Barcelona



2008
La Quimera Rosa.
Barcelona



2008
PornoLab.
Madrid

2008
QueerEkintza.
Bilbao



2008
Genderhacker.
Barcelona



2007
"Teoría King Kong".
Virginie Despentes

2008
"Deseo y resistencia (1977-2007)".
Gracia Trujillo

2008
"Lesbianas. Discursos y representaciones".
Ed. Raquel Platero

2008
Revista "Parole de Queer"

2008
"Testo Yonqui".
Beatriz Preciado



2008
Revista "Piratte".
Post Op (2008-13)



2008
"Masculinidad femenina".
Judith Halberstam

2008
"Generos???".
Juan Nicolás.
Centro Párraga.
Murcia



2008
"Muestra marrana".
CSOA Magdalenes.
Barcelona

2007
"La batalla de los géneros". Juan Vicente Aliaga.
CGAC. *Santiago de Compostela*

2008
"La mirada iracunda".
Xavier Arakistain & Maura Reilly.
Montehermoso. *Gasteiz*

2008
"¡Aquí y ahora!".
Erreakzia/Reacción.
Sala Rekalde. *Bilbao*

2009
Red STP2012

2009
Detención de
Laura Bugallo



2009
"Stonewall
Contraataca".
Cotxeres de
Sants.
Barcelona

2009
DILDO.
València

2009
"Interferencias viscerales".
Facultad BBAA San Carlos.
València

2009
"Moviment Intersex".
CCCB. *Barcelona*

2009
"El arte después de los
feminismos." PEI. MACBA.
Barcelona



2009
1º Congreso Internacional
"Cuerpos/sexualidades
Heréticas". Palau Altea
Centre d'Arts. *Altea (Alacant)*



2009
Transblock.
Barcelona



2009
Jornadas Feministas
Estatales "30 años
después". *Granada*

2009
Nación Scratch.
Barcelona

2009
"Deseos,
cuerpos y
ciudades".
José Miguel
Cortés



2009
"Cuerpos
desordenados".
Rafael M. Merida

2009
"Venus barbuda
y el eslabón
perdido".
Pilar Pedraza



2009
"Devenir Perra".
Itziar Ziga

2009
Documental
"El test de la
vida real".
Florencia P.
Marano



2009
"MosTra'ns"
1º Festival
Internacional
de Cinema
Trans-
Intersex".
Barcelona



2009
Documental
"Mutantes".
Virginie
Despentes

2009
"U.K.I". Shu Lea Chang.
Hangar. *Barcelona*

2009
"En todas partes".
Juan Vicente Aliaga.
CGAC. *Santiago de
Compostela*

2010
Ley Orgánica 2/2010
del Aborto



2010
1ª Manifestación
internacional de
lucha Trans e
Intersex.
Barcelona



2010
1ª Jornadas
Transfeministas
"En construcción".
CSO Can Vies.
Barcelona

2010
1º Congreso Internacional
de Identidad de género y
derechos humanos.
Barcelona

2010
1º Congreso Internacional
Intersexual. *Barcelona*



2010
1ª Jornadas queer
transfeministas de
desobediencia sexual.
CSO La nau. *Castelló*



2010
"Movimiento
en las bases".
UNIA artey-
pensamiento.
Sevilla

2010

2010
"Un zulo propio".
Itziar Ziga

2010
Fanzine-revista "La
C.U.L.O". *Barcelona*



2010
Documental
"Guerriller@s".
Montse Putjantell

2010
"La voluntad y el
deseo". Gerard
Coll-Planas



2010
"El género desordenado".
Gerard Coll-Planas &
Miquel Missé

2010
Ciclo de video
"Contraseñas".
Monterhermoso.
Gasteiz

2010
"Pornotopía".
Beatríz Preciado



2010
"Archivo: Drag Modelos".
Cabello/Carceller. Galería
Joan Prats. *Barcelona*

2010
"El postporno
era eso".
María Llopis

2010
"Capitalismo Gore".
Sayak Valencia

2010
"Los géneros de la
violencia". Olga Arisó &
Rafael M. Mérida



2010
"Peligrosidad social".
PEI & Beatriz Preciado.
MACBA. *Barcelona*



2011
Manifestación "Orgullo indignado". *Madrid*

2011
Muere Patricia Heras. *Poeta Difunta*



2011
"Ecosex silver wedding to the rocks". Annie Sprinkle. CCCB. *Barcelona*

2011
"Summerlab'11". La Laboral. *Xixón*



2011
5º Manifestació per la lluita Transgènere, Transsexual i Intersex de Barcelona



2011
"La lokal Kuir". CSO Casablanca. *Madrid*



2011
"Jornadas 10 años de Medeak". Casa de las Mujeres. *Donostia*



2011
"Cuerpo Impropio". UNIA artey-pensamiento. *Sevilla*



2011
Asamblea Trasmarikabollo. Plaza del sol. 15 M. *Madrid*

2011
"Autopsia de una langosta". Helena Torres

2011
"Por el culo. Políticas anales". Javier Sáez & Sejo Carrascosa

2011
"Nuevos feminismos". Silvia L. Gil



2011
"Pornoterrorismo" Diana J. Torres



2011
"Sexual Herria". Itziar Ziga



2011
"Mi sexualidad es una creación artística". Lucía Egaña

2011
"Kick in the eye". Xavier Arakistain. Montehermoso. *Gasteiz*



2011
"La internacional cuir". Beatríz Preciado. MNCARS. *Madrid*



2011
"Claude Cahun". François Leperlier & Juan Vicente Aliaga. La Virreina. *Barcelona*

2011
"Assume Nothing". Rebecca Swan. CCDFB. *Barcelona*

2011
"Ocaña (1973-1983)". Pedro G. Romero. La Virreina. *Barcelona*



2012
6º Manifestació per la lluita Transgènere, Transsexual i Intersex de Barcelona

Acontecimientos históricos



2012
"Jornadas por la Diverdesidad". *Gasteiz*

2013
"Jornadas Post-Apocalípticas". 10 años de Post Op. Hangar. *Barcelona*

Seminarios & Jornadas



2012
Pandi Trans. *Madrid*

Colectivos

2012
"Intersecciones". Raquel (Lucas) Platero

2012
Revista "R.E.I.N.A". *Madrid*



2012
Revista "Putas e Insumisas". Herstory

2013
"Dibujando el género". Gerard Coll-Planas.

2013
"Transexualidades". Miquel Missé

2012
"La carne y la metáfora". Gerard Coll-Planas



2013
"Bye Bye Blondie". Virginie Despentes

Publicaciones

2013
Documental "Piratte". Post Op (2008-2013)

Films & Documentales



2012
"Genealogías feministas en el arte español: 1960-2010". Juan Vicente Aliaga & Patricia Mayayo. MUSAC. *León*

2013
"Mujeres bajo sospecha. (1930-1980)". Raquel Osborne & María Rosón. Ateneo de Madrid

Exposiciones artísticas

Otros títulos de esta colección

ENSAYO

Mumia Abu-Jamal
Brota la vida
Desde la Galería de la muerte

Gerry Adams
Hacia la libertad de Irlanda
La búqueda de la paz

Dario Azzellini
El negocio de la guerra

Carlos Aznárez
Los sueños de Bolívar en la Venezuela de hoy

Carlo Batà
El África de Thomas Sankara

Osvaldo Bayer
La Patagonia Rebelde

Juan Antonio Blanco
Tercer Milenio

Tomás Borge
Un grano de maíz. Hablando con Fidel

Francisco Javier Caballero Harriet
Algunas claves para otra mundialización

Fidel Castro
La historia me absolverá
Mañana será demasiado tarde
La honda de David. Cuba frente al Nuevo Orden (*conversaciones con Fidel Castro*)
De Seattle al 11 de septiembre

Ernesto *Che* Guevara
Diario de Bolivia
Textos revolucionarios
La guerra de guerrillas
Pasajes de la guerra revolucionaria

Noam Chomsky
Mantener la chusma a raya
Las intenciones del Tío Sam
El mundo después de Iraq

Karlheinz Deschner
El credo falsificado

Heinz Dieterich
Cuba ante la razón cínica
Curar en Cuba

Iñaki Errazkin
Hasta la coronilla
Y en eso se fue Fidel

Frantz Fanon
Los condenados de la tierra

Txema García
El Salvador. De la lucha armada a la negociación

Manuel García Viñó
El País: la cultura como negocio

Serge Halimi
Los nuevos perros guardianes

Madres de Plaza de Mayo
Ni un paso atrás

Nelson Mandela
Un ideal por el cual vivo

Subcomandante Marcos
Los del color de la tierra

José Martí
Contra España

Roberto Massari
Che Guevara. Pensamiento y política de la utopía

Luis Alberto Matta Aldana
Colombia y las FARC-EP
Origen de la lucha guerrillera. Testimonio del Comandante Jaime Guaraca

OLP/MNU de la Intifada
Intifada. La voz del levantamiento palestino

Fundación José Peralta
La rebelión del arco iris

James Petras
Imperialismo y barbarie

Guido Piccoli
El sistema del pájaro

Alberto Pradilla
El judío errado

Gonzalo Puente Ojea
La Cruz y la Corona. Las dos hipotecas de la Historia de España
Ideologías religiosas. Los traficantes de milagros y misterios

Philippe Ganier Raymond
El cartel rojo

Ricardo E. Rodríguez Sifrés
El desafío de Ben Laden

Edward W. Said
Gaza y Jericó. Pax americana
Palestina: paz sin territorios

Jacqueline Sammali
Ser kurdo, ¿es un delito?

James C. Scott
Los dominados y el arte de la resistencia

Andrés Sorel
La guerrilla antifranquista
Siglo XX. Tiempo de canallas

Luismi Uharte Pozas
El Sur en revolución. Una mirada a la Venezuela Bolivariana

Andrés Vázquez de Sola
Jaque mate

Maurice Verzele
La muerte sin dolor. Suicidio y eutanasia

Immanuel Wallerstein
La decadencia del imperio. EEUU *en un mundo caótico*

Slavoj Žižek,
¡Bienvenidos a tiempos interesantes!

Noam Chomsky, Heinz Dieterich
La Aldea Global

Froilán González, Adys Cupull
Amor revolucionario. Celia, la madre del Che

Sergio Guerra, Alejo Maldonado
Historia de la Rervolución cubana

James Petras, Steve Vieux
La historia terminable. Sobre democracia, mercado y revolución

Carlos Aznárez, Javier Arjona
Rebeldes sin Tierra. Historia del MST de Brasil

Robert Ali Brac de la Perrière, Franck Seuret
Plantas transgénicas. La amenaza del siglo XXI

David Cromwell, David Edwards
Los guardianes del poder. El mito de la prensa progresista

BIOGRAFÍA

Gerry Adams
Antes del amanecer

Arturo Alape
Manuel Marulanda, Tirofijo

Autobiografía
Malcolm X. Vida y voz de un hombre negro

Osvaldo Bayer
Severino Di Giovanni. El idealista de la violencia

Katiuska Blanco
Todo el tiempo de los cedros

Brendan Beham
Confesiones de un rebelde irlandés

Carlos *Calica* Ferrer
De Ernesto al Che

Hugo Chávez
Cuentos del arañero

Ronnie Kasrils
Armado y peligroso

María López Vigil
Camilo camina en Colombia

Helmut Ortner
Sacco y Vanzetti. El enemigo extranjero

Leonard Peltier
Mi vida es mi Danza del Sol

Mario Scialoja
Renato Curcio. A cara descubierta

María José Silveira
Eleanor Marx, hija de Karl

Pramoedya Ananta Toer
Canción triste de un mudo

Ruth Werner
Olga. La roja inolvidable

Gretchen Wilson
Con todas sus fuerzas

Elizabeth Subercaseux, Malú Sierra
Evo: Despertar indígena

NARRATIVA

André-Marcel Adamek
El pájaro de los muertos

Marie-Célie Agnant
El libro de Emma

Germano Almeida
Historias de dentro de casa

Eduardo Antonio Parra
Parábolas del silencio

Fernando Arias
Pájaros de altura

Salwa Bakr
El carro dorado
Las artimañas de los hombres y otras historias

Gioconda Belli
La mujer habitada
Sofía de los presagios
El país bajo mi piel. Memorias de Amor y Guerra

Frei Betto
El día de Angelo

Juan Antonio de Blas
Michael Collins: Día de Ira

Miguel Bonasso
La memoria en donde ardía
Recuerdo de la muerte

Madeleine Bourdouxhe
La mujer de Gilles

Omar Cabezas
Canción de amor para los hombres
La montaña es algo más que una inmensa estepa verde

Daniel Chavarría
Allá ellos
Príapos
Una pica en Flandes

Paulina Chiziane
Vientos del Apocalipsis

Francisco Coloane
El Guanaco Blanco

Mia Couto
Cronicando
Venenos de Dios, remedios del Diablo
Voces anochecidas

Osamu Dazai
El ocaso

Ramón Díaz Eterovic
Ángeles y solitarios
Nunca enamores a un forastero

Nicolas Dickner
Nikolski

Giuseppe Fava
Mafia. Historias a la sombra del Poder

Rubem Fonseca
El gran arte

Vernella Fuller
Mujeres poco corrientes

Juan José Garfia
Adiós prisión

Patricia Grace
Potiki

Zhang Jie
Galera

Françoise Kesteman
Morir por Palestina

Sahar Khalifeh
Cactus

Jamaica Kincaid
Un pequeño lugar
Autobiografía de mi madre
En el fondo del río
Mi hermano
Mr. Potter

Elina Malamud, Héctor E. Dinsmann
Los pueblos del ámbar

Manuel Jorge Marmelo
Las mujeres deberían llevar libro de instrucciones

X. L. Méndez Ferrín
En el vientre del silencio

Malika Mokeddem
Los hombres que caminan
El siglo de las langostas
La prohibida

Patrick Mosconi
El canto de la muerte por un dolor apache

Émile Ollivier
Pasos

Ondjaki
Buenos días, camaradas

José Emilio Pacheco
Las batallas en el desierto

Eduardo Antonio Parra
Tierra de nadie
Los límites de la noche
Nadie los vio salir

Shahrnush Parsipur
Mujeres sin hombres

Senel Paz
Fresa y chocolate

Gilles Perrault
La Orquesta Roja

Artur Pestana, *Pepetela*
Mayombe
La generación de la utopía

James Petras
Escribiendo historias

Elena Poniatowska
Las siete cabritas
Luz y Luna, las lunitas
Tlapalería

José Revueltas
La palabra sagrada

Sonia Rivera-Valdés
Las historias prohibidas de Marta Veneranda

Ricardo E. Rodríguez Sifrés
¿Cuántas veces en un siglo mueve las alas el colibrí?
La ruta del esqueleto

Francisco Rojas
El diosero y otros relatos indígenas

Tabajara Ruas
Persecución y cerco de Juvencio Gutiérrez

Yuri Rytcheau
Cuando la ballena se va

Suzan Samanci
Hêlîn olía a resina

Moacyr Scliar
El ejército de un hombre solo

Marcela Serrano
Nosotras que nos queremos tanto
Para que no me olvides

John Steinbeck
La luna se ha puesto

Paco Ignacio Taibo II
La bicicleta de Leonardo
La vida misma
Sintiendo que el campo de batalla
Sombra de la sombra
Que todo es imposible
Doña Eustolia blandió el cuchillo cebollero

Urbano Tavares
Bastardos del sol

Ngugi wa Thiong'o
El diablo en la cruz

Bernard Thomas
La Belle Époque de la Banda de Bonnot
Jacob. Recuerdos de un rebelde

Manuel Tiago
Hasta mañana, camaradas

Pramoedya Ananta Toer
Hacia el mañana
Hijo de todos los pueblos
La casa de cristal
Tierra humana

Lev Tolstoi
Hadzi Murat

B.Wongar
Walg. Regreso a la vida

Mirta Yáñez
Habaneras. Diez narradoras cubanas

Raul Zelik
Situaciones berlinesas

Yusuf Yeshilöz
Viaje al crepúsculo

Patxi Zamoro
A ambos lados del muro

Ernesto *Che* Guevara, Alberto Granado
Viaje por Sudamérica

Mauricio Rosencof, Eleuterio Fernández Huidobro
Memorias del calabozo

VVAA

Nuestra América contra el V Centenario

Chiapas insurgente. 5 ensayos sobre la realidad mexicana

El Nuevo Orden Mundial o la Conquista Interminable

Terrorismo de Estado. El papel internacional de EEUU

Perestroika. La revolución de las esperanzas

El año que estuvimos en ninguna parte

Fin del capitalismo global. El Nuevo Proyecto Histórico

¿Por qué no te callas, Borbón?

El amor libre. Eros y anarquía

Terra Lliure:punto de partida 1979-1995 Una biografía autorizada

Transfeminismos epistemes, fricciones y flujos

Aurkeztu dizugun liburuaren eduki, itxura edo inprimaketari buruzko iritzia guri helarazi nahi izanez gero, bidal iezaguzu. Zinez eskertuko dizugu.

La Editorial le quedará muy reconocida si usted le comunica su opinión acerca del libro que le ofrecemos, así como sobre su presentación e impresión. Le agradecemos también cualquier otra sugerencia.

EDITORIAL TXALAPARTA S.L.L.
San Isidro 35-1A
Apartado de correos 78
31300 TAFALLA
Nafarroa
Tfno.: 948 70 39 34
Fax: 948 70 40 72
txalaparta@txalaparta.com
www.txalaparta.com

Esta segunda edición del libro,
TRANSFEMINISMOS
EPISTEMES, FRICCIONES Y FLUJOS
se terminó de diseñar, componer y maquetar en Bilbao,
en el taller gráfico de MONTI DISEINU GRAFIKOA,
el día en que se cumplían 132 años del nacimiento de Virginia Woolf,
utilizándose la familia tipográfica Celeste
creada digitalmente por Chris Burke en 1990.



